

CABAL

CLIVE BARKER

Título: **CABAL**

Autor: (1988) Clive Barker

Título Original: Cabal

Traducción: (1994) Isabel Aguirre

Edición Electrónica: (2002) Pincho

A Annie

“Todos somos animales imaginarios...”

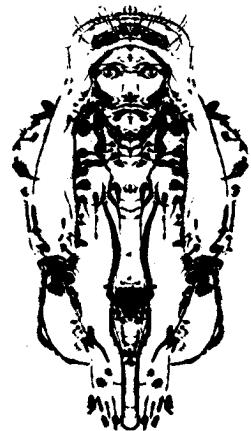
DOMINGO D'YBARRONDO
A Bestiary of the Soul

Primera parte

Loco

Nací viva. *¿Acaso no es castigo suficiente?*

MARY HENDRIKSON, en su juicio por parricidio.



I. LA VERDAD

Boone sabía ahora que de todas las precipitadas promesas hechas a medianoche en nombre del amor, ninguna era más fácil de romper que: «*Nunca te abandonaré.*»

Lo que el tiempo no nos roba ante nuestras narices, lo roban las circunstancias. Era inútil esperar otra cosa, inútil esperar que de algún modo, el mundo te deparase algo bueno. Cualquier cosa de valor, cualquier cosa a la que te aferrases por tu salud, se consumiría o te sería arrebatada a largo plazo, y el abismo se abriría tras de ti, como se había abierto ahora para Boone, y de pronto, con una explicación que no duraría más que un abrir y cerrar de ojos, te habrías ido. Al infierno o peor, con las declaraciones de amor y todo lo demás.

Su perspectiva no había sido siempre tan pesimista. Había habido un tiempo —no hacía tanto— en que había sentido cómo el peso de su angustia mental se disipaba. Había menos episodios psicopáticos, menos días en que él sentía como si se le partieran las muñecas en vez de soportar las horas hasta su próxima medicación. Entonces parecía que existiera una posibilidad de ser feliz.

Era esa perspectiva la que había obtenido su declaración de amor, aquel «*Nunca te abandonaré*» susurrado al oído de Lori cuando yacían en aquel angosto lecho donde él nunca hubiera pensado que cabrían. Las palabras no habían surgido del clímax de la pasión. Su vida amorosa, como muchas otras cosas entre ellos, estaba cargada de problemas. Pero donde otras mujeres habían renunciado, sin poder perdonarle su fracaso, ella perseveró: le dijo que tenían mucho tiempo de mejorarlo, todo el tiempo del mundo. Su paciencia parecía decir: Estaré contigo mientras tú quieras que esté.

Nadie le había ofrecido un compromiso como aquél y él quería ofrecerle algo a su vez. Y fueron aquellas palabras: «*Nunca te abandonaré.*»

El recuerdo de ellas y del cutis de ella, casi luminoso en la oscuridad de su habitación, y el sonido de su respiración cuando al fin cayó dormida junto a él, todo aquello aún tenía el poder de sobrecoger su corazón y estrujárselo hasta hacerle daño.

El ansiaba liberarse del recuerdo y de las palabras, ahora que las circunstancias le habían arrebatado de las manos cualquier esperanza de realización. Pero no los olvidaría. Permanecerían para atormentarle por su flaqueza. Su leve consuelo era que *el/la* —sabiendo lo que ahora sabría de él—, se estaría esforzando por borrar su recuerdo y que con el tiempo lo lograría. Él sólo esperaba que ella comprendiera que cuando hizo su promesa él no se conocía Nunca se hubiera arriesgado a sufrir aquel dolor si hubiera dudado siquiera que la salud estaba al alcance de su mano.

¡Soñar!

Decker había puesto bruscamente fin a sus ilusiones el día en que cerró la puerta de la oficina, echó las persianas sobre el sol primaveral de Alberta y dijo, en una voz apenas más alta que un susurro:

—Boone, creo que tú y yo tenemos un problema terrible

Boone vio que Decker estaba temblando, circunstancia difícil de ocultar en un cuerpo tan grande. Decker tenía el aspecto físico de un hombre que se librara de toda la angustia del día sudando en un gimnasio. Ni siquiera sus trajes sastre, siempre color carbón, podían ocultar su volumen, Al principio de trabajar juntos, a Boone le ponía nervioso, le intimidaba la autoridad física y mental del doctor. Ahora temió la falibilidad de su fuerza. Decker era una Roca; era la Razón; era Calmado. Aquella ansiedad chocó contra todo lo que sabía de aquel hombre.

—¿Qué pasa? —le preguntó Boone.

—Siéntate, ¿quieres? Siéntate y te lo explicaré.

Boone hizo lo que se le pedía. En su oficina, Decker era el que mandaba. El doctor se recostó en la butaca de cuero y respiró por la nariz, con los labios curvados hacia abajo.

—Dime... —dijo Boone.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por cualquier parte.

—Pensaba que estabas mejor —dijo Decker—. De verdad. *Los dos* lo pensábamos.

—Yo aún lo pienso —dijo Boone.

Decker movió levemente la cabeza. Era un hombre de un intelecto notable, pero sus rasgos llenos y apretados apenas lo mostraban, excepto quizás sus ojos, que ahora no miraban a su paciente sino a la mesa que había entre ambos.

—Tú empezaste a hablar en las sesiones —dijo Decker—, de crímenes que creías haber cometido.

¿Recuerdas algo de eso?

—Ya sabes que no —los trances en los que Decker le sumía eran demasiado profundos como para recordar—. Sólo me acuerdo cuando pasas la cinta otra vez.

—No voy a poner ninguna de esas cintas —dijo Decker—. Las he borrado

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo, Boone, tengo miedo por ti —hizo una pausa—. Quizá por los dos.

La grieta se había abierto en la Roca y Decker no podía hacer nada para disimularlo.

—¿Qué crímenes son? —preguntó Boone con tono vacilante.

—Asesinatos. Hablas de ellos obsesivamente. Al principio, creí que se trataba de crímenes soñados. Tú siempre sostienes una violenta lucha en tu interior.

—¿Y ahora?

—Ahora temo que los hayas cometido realmente.

Hubo un largo silencio mientras Boone observaba a Decker, más desconcertado que furioso. Las persianas no estaban del todo echadas. Un rayo de sol se filtraba y caía sobre él y sobre la mesa que les separaba. Encima de la superficie acristalada había una botella de agua inmóvil, dos vasos y un sobre grande. Decker se inclinó hacia delante y lo cogió.

—Probablemente, lo que estoy haciendo ahora también sea un delito —le dijo a Boone—. La confidencialidad del paciente es una cosa y proteger a un asesino es otra muy distinta. Pero una parte de mí aún reza y espera que no sea cierto. Quiero creer que he tenido éxito, que *hemos* tenido éxito. Juntos. Quiero creer, que estás bien.

—Y lo estoy.

En lugar de responder, Decker abrió el sobre.

—Me gustaría que mirases esto por mí —le dijo, metiendo la mano en el sobre y sacando a la luz un montón de fotografías.

—Te lo advierto, no son agradables.

Las dejó bajo la luz, volviéndolas para que Boone pudiera verlas. Su advertencia era cierta. La primera foto del montón mostraba un ataque físico. Al enfrentarse a ella, le invadió un miedo que no había sentido desde que estaba en manos de Decker. Temió que la imagen le *poseyera*. Había construido muros contra aquella superstición, ladrillo a ladrillo, pero ahora había recibido un impacto y amenazaba con derrumbarse.

—Sólo es una foto,

—Cierto —replicó Decker—. Sólo es una foto. ¿Qué ves en ella?

—Un hombre muerto.

—Un hombre asesinado.

—Sí. Un hombre asesinado.

No simplemente asesinado, descuartizado. Le habían cercenado la vida en un furia de tajadas y puñaladas y la sangre manaba sobre la hoja que le había cortado el cuello y la cara, así como sobre la pared que había tras él. Sólo llevaba unos pantalones cortos, de modo que las heridas del cuerpo podían contarse a pesar de la sangre que las cubría. Incluso ahora, Boone hizo un esfuerzo para dominar el terror que se apoderaba de él. Incluso allí, en aquella habitación donde el doctor había cincelado otro ser a partir de la situación de bloqueo de su paciente, Boone nunca había sentido tanto terror como entonces. Pudo paladear su desayuno en el fondo de la garganta, o la cena de la noche anterior, alzándose de sus entrañas contra natura. Porquería en su boca, como la suciedad de aquel acto.

Cuenta las heridas, se dijo, *imagínate que son cuentas en un ábaco*. Tres, cuatro, cinco en el abdomen y el pecho, una especialmente hendida, más como un desgarre que una herida, abriéndose tanto que asomaban las entrañas del hombre. Dos más sobre el hombro. Y luego la cara, cosida a cortes. Tantos que no podían contarse; ni el más frío observador hubiera podido calcular el número. La víctima había quedado irreconocible: los ojos fuera de las órbitas, los labios destrozados, la nariz hecha jirones.

—¿Suficiente? —preguntó Decker como si la pregunta necesitara respuesta.

—Sí.

—Hay muchas más.

Destapó la segunda, dejando la primera junto al montón. Ésta era de una mujer, con la parte superior e inferior del cuerpo retorcida de un modo imposible. Aunque probablemente no tenían ninguna relación con la primera víctima, el carnicero había creado un vil parecido. Allí estaba el mismo aspecto sin labios, sin ojos. Nacidos de padres distintos, se habían hermanado en la muerte, destruidos por la misma mano.

—¿Y soy yo el padre? —se encontró pensando Boone—. No —fue la respuesta de sus tripas— Yo no he hecho eso.

Pero dos cosas le prevenían para no expresar su inocencia. Primera, sabía que Decker no hubiera puesto en peligro el equilibrio de su paciente de aquel modo si no hubiera tenido una buena razón para hacerlo. Segundo, su negativa no tenía valor, pues ambos sabían con qué facilidad la mente de Boone se había engañado a sí misma en el pasado. Si era responsable de aquellas atrocidades, no había ninguna certeza de que él pudiera averiguarlo.

Así que guardó silencio, sin atreverse a mirar a Decker por miedo a ver la Roca fragmentándose.

—¿Otra? —dijo Decker.

—Si es necesario.

—Lo es.

Descubrió una tercera fotografía, y una cuarta, dejándolas sobre la mesa como cartas en una lectura de Tarot, excepto que aquí cada una de ellas representaba a la Muerte. En la cocina, yaciendo frente a la puerta de la nevera abierta. En el dormitorio, junto a la lámpara y el despertador. En el rellano, sobre las escaleras. En la ventana. Las víctimas eran de todas las edades y colores, hombres, mujeres y niños. Quien fuera que fuese el loco responsable, no había hecho distinciones. Simplemente destruía la vida donde la encontraba. Y no lo hacía rápida y eficazmente. Las habitaciones donde había muerto toda aquella gente atestiguaban cómo el asesino, con su humor particular, había jugado con ellos. Los muebles habían sido derribados al tropezar las víctimas, intentando evitar el *coup de grâce*, y sus huellas sangrientas habían quedado impresas en las paredes y papel pintado. Uno había perdido los dedos con la cuchilla, quizás intentando agarrarla, la mayoría habían perdido los ojos. Pero ninguno había escapado, por muy valerosa que hubiera sido su resistencia. Todos habían acabado cayendo, enmarañados en su ropa interior o buscando refugio tras una cortina. Habían caído gimiendo, aqueándose.

Había once fotografías en total. Cada una era distinta de las demás; habitaciones grandes y pequeñas, víctimas desnudas y vestidas. Pero todas eran lo mismo: fotografías de la realización de la locura, tomadas cuando el actor ya había desaparecido.

Dios Todopoderoso, ¿era él aquel hombre?

Como no hallaba en sí la respuesta, se lo preguntó a la Roca, hablando sin atreverse a alzar la vista de las brillantes cartas.

—¿He hecho yo eso? —preguntó.

Oyó suspirar a Decker, pero como no llegaba ninguna respuesta, así que echó un vistazo a su acusador. Cuando Decker había extendido las fotografías ante él, Boone había sentido la mirada escrutadora del otro como un pavoroso dolor en el cuero cabelludo. Pero ahora encontró una vez más aquella mirada esquiva.

—Por favor, dime. ¿He hecho yo eso?

Decker se secó las húmedas arrugas de la piel de debajo de sus ojos grises. Ya no temblaba.

—Espero que no —dijo.

La respuesta pareció ridículamente suave. No estaban hablando de una leve infracción de la ley. Era la muerte repetida once veces, ¿y cuántas otras más podía haber fuera de la vista, fuera de la conciencia?

—Dime de qué te hablé —dijo—, Dime las palabras...

—La mayor parte eran divagaciones.

—¿Entonces por qué crees que soy el responsable? Debes de tener alguna razón.

—He tardado tiempo —dijo Decker— en juntar todas las piezas —inclinó la vista hacia las macabras fotografías que había sobre la mesa y alineó con el dedo medio una foto que estaba levemente torcida—. Como sabes, tengo que hacer un informe trimestral sobre nuestros progresos. Así que pongo las cintas de nuestras sesiones previas consecutivamente, para dar sentido a lo que estamos haciendo... —hablaba despacio, pesadamente—, y me fui dando cuenta de que se repetían las mismas frases en tus respuestas, mezcladas y enterradas casi siempre, en distintos temas, pero se repetían. Era como si estuvieras confesando algo, pero algo tan horrendo para ti, incluso en trance, que no podías decirlo. En lugar de hacerlo, llegaba a través de ese... código.

Boone sabía lo que eran los códigos. Había oído códigos por todas partes en los malos tiempos. Mensajes del enemigo imaginario a través del ruido de las emisoras de radio, o en el murmullo del tráfico antes de que amaneciese. El hecho de que él mismo hubiera sido capaz de aprender la técnica no le sorprendía.

—Hice algunas averiguaciones fortuitas —continuó Decker— entre los policías que he tratado. Nada concreto. Ellos me hablaban de los asesinatos. Por supuesto, supe de los detalles por la Prensa. Parece que empezaron hace dos años y medio. Algunos aquí en Calgary, el resto en el radio de una hora de distancia. Son obra de un solo hombre.

—Yo.

—No lo sé —dijo Decker, mirando finalmente a Boone—. Si estuviera seguro, habría dado parte.

—Pero no lo estás.

—No quiero creer esto, como tampoco quieres tú. Tampoco me cubriría de gloria si resultase cierto —había irritación mal disimulada en su voz—. Por eso he esperado. Esperando que tú estarías conmigo cuando ocurriese el siguiente.

—¿Quieres decir que algunas de esas personas han muerto cuando tú ya lo sabías?

—Sí —dijo Decker categóricamente.

—¡Dios mío!

La idea empujó a Boone de la silla y la mesa le golpeó la pierna. Las escenas de asesinatos se agitaron.

—Habla en voz más baja —le pidió Decker.

—¿La gente muriendo y tú esperando?

—Corré ese riesgo por ti, Boone. Tendrías que comprenderlo.

Boone se dio la vuelta. Un hilillo de sudor frío le recorría la columna.

—Siéntate —le dijo Decker—. Por favor, siéntate y dime lo que esas fotografías significan para ti.

Involuntariamente, Boone se había puesto la mano cubriendo la parte inferior de su rostro. Sabía, por Decker, lo que significaba aquel gesto de lenguaje corporal. Su mente estaba usando su cuerpo para ahogar alguna revelación, o para silenciarla del todo.

—Boone. Necesito respuestas.

—No significan nada —dijo Boone sin volverse.

—¿Nada en absoluto?

—Nada en absoluto.

—Míralas otra vez.

—No —dijo Boone—. No puedo.

Oyó el aliento del doctor y casi esperó la demanda de que se encarase de nuevo con todo aquel horror. Pero en lugar de eso, el tono de Decker fue conciliador.

—De acuerdo, Aaron —dijo—. De acuerdo. Las guardaré.

Boone apretó el dorso de sus manos contra los ojos cerrados. Tenía las cuencas calientes y húmedas.

—Ya no están, Aaron —dijo Decker.

—Sí que están.

Seguían todavía con él, las recordaba perfectamente. Once habitaciones y once cuerpos fijados en los ojos de su mente, más allá del exorcismo. El muro que Decker había tardado cinco años en construir había sido derrumbado en unos minutos por el mismo arquitecto. Boone estaba de nuevo a merced de su locura. La escuchaba gimotear en su cabeza. Venía de once gargantas degolladas, de once vientres agujereados. Resuello y gas intestinal, cantando las viejas locas canciones,

¿Por qué caían tan fácilmente sus defensas, después de tanto esfuerzo? Sus ojos conocían la respuesta, derramando lágrimas para admitir lo que sus labios no podían decir. Era culpable. ¿Por qué si no? Las manos que ahora reposaban limpias y secas en sus bolsillos habían torturado y masacrado. Si pretendía otra cosa sólo serviría para tentarlas a cometer más crímenes. Era mejor que confesara, aunque no recordase nada, que ofrecerles otro momento de indefensión.

Se volvió, encarándose con Decker. Las fotografías estaban recogidas y boca abajo sobre la mesa.

—¿Recuerdas algo? —le preguntó el doctor, leyendo el cambio del rostro de Boone.

—Sí —dijo él.

—¿Qué?

—Lo hice —dijo Boone simplemente—. Los maté a todos.

II. ACADEMIA

1

Decker era el acusador más benigno que ningún acusado pudiera esperar. Las horas que pasó con Boone tras aquel primer día se llenaron de preguntas planteadas cuidadosamente mientras juntos examinaban, asesinato por asesinato, la prueba de la vida secreta de Boone. A pesar de la insistencia del paciente de que él había cometido los crímenes, Decker aconsejó cautela. Admitir la propia culpabilidad no era una prueba definitiva. Tenían que asegurarse de que la confesión no se debía simplemente al esfuerzo de las tendencias autodestructivas de Boone, admitiendo el crimen por su ansia de ser castigado.

Boone no estaba en posición de discutir. Decker le conocía mejor que él mismo. Tampoco había olvidado la observación de Decker de que si lo peor resultaba ser cierto, su reputación como psiquiatra caería en picado: ninguno de los dos podía permitirse el lujo de equivocarse. El único método seguro era analizar los detalles de los asesinatos —nombres, fechas y lugares— con la esperanza de que Boone estuviera dispuesto a recordar. O bien que descubrieran que uno de los asesinatos se había producido mientras Boone estaba indiscutiblemente en compañía de otras personas.

La única parte del proceso que Boone eludió fue el reexaminar las fotografías. Durante cuarenta y ocho horas, resistió la amable presión de Decker, accediendo tan sólo cuando la amabilidad se debilitó y Decker le acorraló, acusándole de cobardía y engaño. Aquello no era más que un juego, arguyó Decker, un ejercicio de automortificación que acabaría ayudándoles a los dos. Así Boone podría sacar de su oficina aquel infierno y dejar que otros se ocuparan de ello.

Boone accedió a examinar las fotografías.

No había nada en ellas que le refrescara la memoria. Muchos de los detalles de las habitaciones habían desaparecido con el *flash* de la cámara y lo que quedaba era muy común. La única visión que podría haber obtenido una respuesta por su parte —los rostros de las víctimas— había sido borrada por el asesino, acuchillada hasta hacerse irreconocible, pues ni el forense más experto habría podido recomponer aquellas caras destrozadas.

Así que todo se basaba en los pequeños detalles de dónde había estado Boone esa noche o aquella otra, con quién estaba y qué hacía. Él no escribía ningún Diario, así que era difícil verificar los hechos, pero la mayor parte del tiempo —exceptuando las horas en que había estado con Lori o con Decker, que no coincidían en ningún caso con las noches de los asesinatos—, él estaba solo y sin coartada. Al finalizar el cuarto día, el caso contra él empezó a parecer muy persuasivo.

—Ya es suficiente —le dijo a Decker—. Ya hemos hecho bastante.

—Me gustaría repasarlo todo una vez más.

—¿Para qué? —dijo Boone—. Quiero acabar con esto de una vez.

Durante los últimos días —y noches—, muchos de sus viejos síntomas, los signos de la enfermedad de la que él se creía casi curado para siempre, habían vuelto. No podía dormir siquiera unos minutos seguidos sin que aparecieran visiones que le desvelaban y desconcertaban, no podía comer bien, durante cada minuto del día le temblaban hasta las entrañas. Quería acabar con todo aquello, confesar la historia y ser castigado.

—Déjame un poco más de tiempo —le dijo Decker—. Si vamos a la Policía, te llevarán con ellos, fuera de mi alcance. Probablemente ni siquiera me dejarán verte. Estarás solo.

—Ya lo estoy —replicó Boone. Desde que había visto las fotografías se había aislado de todo contacto, incluso de Lori, temiendo su capacidad de hacer daño.

—Soy un monstruo —dijo—. Los dos lo sabemos. Esa es la única prueba que necesitamos.

—No es sólo una cuestión de pruebas.

—¿Y de qué si no?

Decker se apoyó en el marco de la ventana, como si su voluminoso cuerpo fuese una carga.

—No te entiendo, Boone —le dijo.

La mirada de Boone fue del hombre hacia el cielo. Aquel día soplaban un viento del sudeste. Jirones de nubes corrían ante él. Qué vida maravillosa sería, pensó Boone, estar allí arriba, más ligero que el

aire. Allí abajo todo era pesado; la carne y la culpa doliéndole en la columna vertebral.

—Me he pasado años tratando de comprender tu enfermedad, esperando que podría curarla. Y creía que lo estaba logrando. Creía que había una posibilidad de que todo se aclarase...

Se quedó en silencio, en el hoyo de su fracaso. Boone no estaba tan inmerso en su agonía como para no darse cuenta de cómo sufría aquel hombre. Pero él no podía hacer nada para aliviar su herida. Simplemente, contempló las nubes que pasaban allí arriba, junto a la luz, y supo que en adelante sólo vendrían tiempos sombríos.

—Cuando la Policía te detenga... —murmuró Decker—. No sólo tú estarás solo, Boone. Yo también estaré solo. Tú serás el paciente de otro: algún psicólogo criminalista. Ya no podré verte más. Por eso te estoy preguntando... Dame un poco más de tiempo. Déjame entender en lo posible antes de que todo se acabe entre nosotros.

Hablaban como un enamorado, pensó Boone vagamente, como si lo que había entre ellos fuese su vida.

—Sé que estás sufriendo —continuó Decker—. Tengo medicación para ti. Las píldoras te ayudarán a soportar lo peor. Hasta que terminemos.

—No confío en mí —dijo Boone—. Puedo hacerle daño a alguien.

—No —replicó Decker con una grata certeza—. Los fármacos te dejarán dormido toda la noche. El resto del tiempo estarás conmigo. Conmigo estarás a salvo

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Unos pocos días como máximo. No es mucho tiempo para preguntar, ¿verdad? Necesito saber por qué hemos fracasado.

La idea de rehacer aquel camino sangriento era espantosa, pero tenía que pagar una deuda. Con la ayuda de Decker había vivido con un rayo de esperanza de nuevas posibilidades, y ahora le debía al doctor la posibilidad de sacar algo de las ruinas de aquella visión.

—Intenta que sea rápido —le dijo.

—Gracias —contestó Decker—. Esto significa mucho para mí.

—Y necesitaré las pastillas.

2

Tuvo las pastillas. Decker se aseguró de que así fuera. Pastillas tan fuertes que apenas se las tomaba era difícil que pudiera pronunciar su nombre correctamente. Pastillas que le facilitaban el sueño, y al despertar tenía que vivir experiencias que le alegraba abandonar de nuevo. Pastillas a las que en cuarenta y ocho horas se había hecho adicto.

La palabra de Decker se cumplió. Cuando pedía más, se las suministraban, y bajo su soporífera influencia volvían al trabajo de las pruebas, y el doctor volvía una y otra vez a los detalles de los crímenes de Boone, en la esperanza de comprenderlos. Pero no se aclaraba nada. Todo lo que la cada vez más pasiva mente de Boone pudo rescatar de esas sesiones eran vagas imágenes de puertas que había atravesado y escaleras que había subido en la realización de los asesinatos. Cada vez era menos consciente de Decker, que aún luchaba para salvar lo mejor de la mente de su paciente. Ahora Boone sólo era consciente de su sueño, de la culpa y de la esperanza, cada vez más apremiante, de un final para los dos.

Sólo Lori, o más bien el recuerdo de ella, agujoneaba su régimen de drogas. A veces oía su voz en su oído interior, clara como una campana, repitiendo palabras que le había dirigido en conversaciones casuales y que él recuperaba en su rastreo del pasado. Aquellas frases no tenían nada en sí mismas, pero quizás se asociaban a una mirada o una caricia que él atesoraba. Ahora ya no podía recordar las miradas ni las caricias, pues las drogas habían alterado casi totalmente su capacidad de *imaginar*. Sólo quedaban aquellas frases inconexas que le inquietaban, no sólo porque las oía como si alguien las murmurase a sus espaldas, sino porque no tenían ningún contexto que él pudiera recordar. Y lo peor era que le recordaban a la mujer que había amado y a la que no volvería a ver, salvo quizás en el pasillo de un Juzgado. Una mujer a la que él había hecho una promesa que había roto al cabo de unas pocas semanas. En su desgracia, su mente apenas podía convencerle de que aquella promesa rota no fuese tan monstruosa como los crímenes de las fotografías. Le condenaría al infierno para siempre.

O a la muerte. La muerte era preferible. Ya no sabía muy bien cuánto tiempo había pasado tratando con Decker, intercambiando su estupor durante unos días más de investigación, pero estaba seguro de que había cumplido su parte del trato. Había hablado. Ya no quedaba más que decir, ni que escuchar. Sólo quedaba entregarse a la ley y confesar sus crímenes, o hacer lo que el estado ya no podía hacer, matar al monstruo.

No se atrevió a alertar a Decker sobre su plan. Sabía que el doctor haría todo lo que estuviera en su poder para evitar el suicidio de su paciente. Así que continuó representando el papel durante un día más. Luego, tras prometerle a Decker que estaría en la oficina a la mañana siguiente, volvió a su casa y se preparó para matarse.

Había otra carta de Lori esperándole, la cuarta desde que él desapareciese, preguntándole qué ocurría. La leyó con la escasa receptividad que su aturdida mente le permitía y luego intentó escribir una respuesta, pero no pudo dar sentido a las palabras que trataba de escribir. En vez de continuar, se guardó la carta de ella en el bolsillo y salió a la oscuridad buscando la muerte.

3

El camión que le atropello no fue benévolos. Le quitó la respiración, pero no la vida. Magullado y sangrando por los araños y cortes, fue recogido y transportado al hospital. Más tarde, llegaría a comprender cómo habían ido las cosas y que la muerte le había sido denegada bajo las ruedas del camión con un objetivo preciso. Pero sentado en el hospital, esperando frente a una habitación blanca, lo único que podía hacer era maldecir su mala fortuna. Había podido arrebatar otras vidas con increíble facilidad, pero la suya se le resistía. Incluso en esto estaba dividido contra sí mismo.

Pero aquella habitación —aunque él lo ignoraba cuando fue conducido a ella— albergaba una promesa que sus desnudas paredes parecían desmentir. En ella había oído un nombre que con el tiempo le convertiría en un hombre nuevo. A su llamada, él acudiría de noche, como el monstruo que era, e iría al encuentro del milagro.

El nombre era Midian.

Aquel nombre y él tenían mucho en común, al igual que compartían el poder de hacer promesas. Pero mientras sus declaraciones de amor eterno habían demostrado quebrarse en cuestión de semanas, Midian hacía promesas —a medianoche, como la suya, en lo más profundo de la medianoche—, que ni siquiera la muerte podía romper.

III. EL RAPSODA

Durante los años de su enfermedad, entrando y saliendo de sanatorios mentales y asilos, Boone había conocido a muy pocos sufrientes que no llevaban con ellos algún talismán, algún signo o alguna prenda que montase guardia a las puertas de sus mentes y corazones. En seguida aprendió a no menospreciar tales amuletos. Sea *lo que sea lo que te pase por la noche* era un axioma que sacó de la más dura experiencia. Muchos de estos salvaguardas contra el caos eran personales y pertenecían a aquellos que los esgrimían. Baratijas, llaves, libros y fotografías: recuerdos de los buenos tiempos atesorados como defensa contra los malos tiempos. Pero algunos pertenecían a la mente colectiva. Eran palabras que podía oír más de una vez: rimas absurdas cuyo ritmo ayudaba a dominar el dolor, nombres de dioses.

Entre ellos estaba Midian.

Había oído el nombre de aquel lugar quizá media docena de veces, pronunciado por gente que se cruzaba en el camino, casi siempre gente cuya fuerza se había desvanecido. Cuando apelaban a Midian significaba un lugar de refugio, un lugar adonde ser llevados. Y aún más: un lugar donde fueran cuales fuesen los pecados que hubieran cometido, reales o imaginarios, les serían perdonados. Boone no conocía el origen de aquella leyenda, ni tampoco le había interesado nunca averiguarlo. Nunca había necesitado el perdón o, al menos, eso creía él. Ahora sabía algo más. Había intentado limpiarse por todos los medios, pero las obscenidades se habían quedado grabadas en su mente desde que Decker las sacara a la luz y ningún medio conocido podría librarte de ellas. Se había unido a otra clase de criatura.

El nombre de Midian fue pronunciado.

Sumido en su tristeza, no se había dado cuenta de que alguien más compartía con él la blanca habitación, hasta que oyó la áspera voz.

—Midian...

Al principio, pensó que se trataba de otra voz del pasado, como la de Lori. Pero cuando la oyó de nuevo ya no estaba a sus espaldas como la de Lori, sino que venía del otro lado de la habitación. Abrió los ojos. El izquierdo aún estaba pegajoso de sangre de un corte en la sien. Miró hacia la voz. Aparentemente, era otro herido en andanzas nocturnas, al que habrían llevado allí para coserle y le habrían dejado que se valiera por sí mismo hasta que le pudieran hacer algún remiendo. Estaba sentado en una esquina de la habitación, la más lejana de la puerta, y sus ojos estaban fijos en ella, como si de un momento a otro pudiese aparecer su salvador en el umbral. Era virtualmente imposible averiguar nada de su edad o de su auténtico aspecto: la sangre sucia y coagulada lo encubría todo. «Yo debo de tener un aspecto similar o peor», pensó Boone. No le preocupaba demasiado; la gente siempre le miraba. En su estado en aquel momento, él y el hombre de la esquina eran el tipo de locos que uno evita cruzarse por la calle.

Pero mientras que él, con sus pantalones vaqueros, sus botas, que arrastraba al andar y su camiseta negra, era simplemente otro don nadie, en el otro hombre había ciertos signos que le definían. El largo abrigo que llevaba tenía una severidad monacal, su pelo gris peinado hacia atrás, muy tirante sobre el cuero cabelludo, caía por el medio de su espalda en una cola de caballo trenzada. Llevaba joyas semiocultas por el cuello alto y dos uñas artificiales se curvaban como garras en sus pulgares con algo que parecía plata.

Finalmente, estaba aquel nombre, saliendo de boca del hombre otra vez.

—¿... Querría llevarme? —preguntó suavemente—. ¿Llevarme hasta Midian?

Sus ojos no habían dejado de mirar la puerta ni por un instante. Parecía que se había olvidado de Boone, cuando sin previo aviso, volvió su cabeza herida y escupió hacia el otro extremo de la habitación. La flema veteada de sangre se estrelló contra el suelo a los pies de Boone.

—¡Lárgate de aquí! —gritó—. Los estás apartando de mí. No vendrán mientras tú estés aquí.

Boone estaba demasiado cansado como para discutir, y demasiado magullado como para levantarse. Dejó que el hombre despoticara.

—¡Lárgate! —volvió a decirle—. Nunca se muestran ante tipos como tú. ¿Es que no lo ves?

Boone echó la cabeza hacia atrás e intentó mitigar así el dolor del otro, que se sentía invadido.

—¡Mierda! —dijo el otro—. Los he perdido. *Los he perdido*.

Se levantó y atravesó la habitación. Fuera reinaba una densa oscuridad.

—Han pasado de largo —murmuró, súbitamente lastimero. Al momento siguiente estaba a un metro de Boone, haciendo una mueca a través de su suciedad.

—¿Tienes algo para el dolor? —quiso saber.

—La enfermera me ha dado algo —contestó Boone.

El hombre volvió a escupir, esta vez no hacia Boone sino al suelo.

—Bebida, tío. . —dijo—. ¿No tienes nada que beber?

—No.

La mueca se evaporó instantáneamente, y el rostro se contrajo mientras afluían las lágrimas. Se volvió de espaldas a Boone, sollozando, recomendando su letanía.

—¿Por qué no me llevan con ellos? ¿Por qué no vienen a por mí?

—Tal vez vengan más tarde —dijo Boone—, cuando yo me haya ido.

El hombre volvió a mirarle.

—¿Qué sabes tú? —preguntó.

La respuesta era bien poca cosa, pero Boone la guardó para sí. Tenía demasiados fragmentos de Midian en la cabeza como para no desear saber más. ¿No era un lugar para que aquellos que habían escapado de sus refugios encontrasen un hogar? ¿Y acaso no era ésa su condición actual? No tenía dónde encontrar alivio. Ni Decker, ni Lori, ni siquiera la Muerte. Aunque Midian no fuese sino un talismán, él quería oír su historia.

—Cuéntamelo —dijo.

—Te he preguntado qué sabes tú —replicó el hombre, pellizcándose la carne de su barbilla sin afeitar con la garra de su mano izquierda.

—Sé que cura el dolor —dijo Boone.

—¿Y?

—Sé que nadie vuelve de allí.

—No es verdad —fue la respuesta.

—¿No?

—Si nadie volviese, yo estaría allí, ¿no crees? ¿Qué crees? ¿Qué es la ciudad más grande de la tierra? Claro que se vuelve de allí...

Los ojos del hombre, brillantes de lágrimas, estaban fijos en Boone. ¿Se daba cuenta de que no sabía nada?, se preguntó Boone. Parecía que no. El hombre hablaba, contento de comentar su secreto. O más concretamente, el temor que le inspiraba.

—Yo no voy porque no consigo ser mejor —dijo—. Y ellos no perdonan eso fácilmente. No perdonan en absoluto. ¿Sabes lo que les hacen... a los que no son mejores?

Boone estaba menos interesado en los ritos de acceso a Midian que en la certidumbre del hombre de que existía. No hablaba de Midian como un lunático hablaría de un paraíso imaginario, sino como de un lugar que podía encontrarse, al que se podía entrar y en el que podía hallarse la paz.

—¿Sabes cómo llegar hasta allí? —le preguntó.

El hombre miró a otra parte. Cuando dejó de mirarle, a Boone le invadió el pánico: quizás aquel bastardo pensara guardarse el resto de la historia para sí.

—Necesito saberlo —dijo Boone.

El otro hombre lo miró de nuevo.

—Ya lo veo —dijo, y en su tono de voz se adivinaba que el espectáculo de la desesperación de Boone le divertía.

—Está al noroeste de Athabasca —contestó.

—¿Sí?

—Eso he oído decir.

—Ése es un lugar desierto —repuso Boone—. Puedes pasarte la vida errando, a menos que tengas un mapa.

—Midian no está en ningún mapa —dijo el hombre—. Hay que buscar el este del río Peace, cerca del collado de Shere, al norte de Dwyer.

No había ningún matiz de vacilación en su discurso de direcciones. Creía en la existencia de Midian tanto o más que en las cuatro paredes que ahora le limitaban.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Boone.

La pregunta pareció despistarle. Había pasado mucho rato sin que ninguno de los dos se preocupase por preguntarle el nombre al otro.

—Narcisse —dijo finalmente—. ¿Y el tuyo?

—Aaron Boone. Pero nadie me llama Aaron. Sólo Boone.

—Aaron —dijo el otro—. ¿Dónde has oído hablar de Midian?

—En el mismo sitio que tú —dijo Boone—. Todo el mundo lo oye en el mismo sitio. De otros. De gente que sufre.

—Monstruos —dijo Narcisse.

Boone nunca había pensado en ellos como locos, pero quizás a ojos desapasionados sí lo eran, vociferantes y sollozantes, incapaces de guardar sus pesadillas encerradas bajo llave.

—Son los únicos bienvenidos en Midian —explicó Narcisse—. Si no eres una bestia, eres una víctima. ¿No es cierto? Sólo puedes ser una cosa o la otra. Por eso temo ir solo. Quiero que vengan mis amigos a buscarme.

—¿Gente que ya ha estado allí?

—Exacto —dijo Narcisse—. Algunos de ellos viven. Otros ya murieron y fueron después.

Boone no estaba seguro de estar oyendo bien.

—¿Cómo *después*? —preguntó.

—¿No tienes nada para el dolor, tío? —dijo Narcisse, suavizando el tono de nuevo, esta vez muy persuasivo.

—Tengo unas pastillas —dijo Boone, recordando los restos de la provisión de Decker—. ¿Las quieres?

—Dame lo que tengas.

Boone estaba contento de librarse de ellas. Le encadenaban la mente hasta tal punto que ya no le importaba vivir o morir. Ahora sí le importaba. Tenía un lugar a donde ir, donde quizás encontrase finalmente a alguien capaz de comprender los horrores que estaba sufriendo. No necesitaba las pastillas para ir a Midian. Necesitaba fuerza, y la voluntad de ser perdonado. La última condición sí la tenía y en cuanto a la primera, su cuerpo malherido tendría que hacer acopio de ella.

—¿Dónde están? —preguntó Narcisse, con la ansiedad dibujada en sus rasgos.

A Boone le habían quitado la chaqueta de cuero al ingresar en el hospital, para hacerle un examen de los daños que se había inflingido. Ahora pendía del respaldo de una silla, con la piel desgarrada por dos sitios. Metió la mano en el bolsillo interior, pero para su sorpresa, se encontró con que el bote que ya le era tan familiar no estaba allí.

—Alguien me lo ha quitado de la chaqueta.

Rebuscó en el resto de los bolsillos. Todos estaban vacíos. Las cartas de Lori, su cartera, las pastillas, todo había desaparecido. Tardó sólo unos segundos en comprender por qué necesitaban pruebas de su identidad y cuál era la consecuencia. El había intentado suicidarse, sin duda ellos pensaban que estaba dispuesto a intentarlo de nuevo. En su cartera estaba la dirección de Decker. Probablemente, Decker estaba ya de camino, para recoger a su errabundo paciente y entregarlo a la Policía. Una vez en manos de la Ley, nunca podría ver Midian.

—¡Dijiste que había unas *pastillas**! —aulló Narcisse.

—¡Me las han quitado!

Narcisse arrancó la chaqueta de manos de Boone y empezó a desgarrarla.

—¿*Dónde!* —aulló—. ¿*Dónde!*)

Su rostro empezó a contraerse de nuevo en cuanto comprendió que no iba a poder chutarse su dosis de paz. Tiró la chaqueta y se volvió de espaldas a Boone, mientras le afluyan de nuevo las lágrimas, pero forzó su rostro a esbozar una amplia sonrisa.

—Sé lo que estás haciendo —dijo señalando a Boone con el dedo. La risa y los sollozos se alternaban a parte iguales—. Te envía Midian. Para ver si soy mejor. ¡Has venido a ver si soy uno de los vuestros o no!

No le dio oportunidad a Boone de contradecirle, su exaltación bordeaba la histeria.

—Estaba aquí sentado rezando para que viniese alguien, *rezando*. Y tú estabas aquí sentado durante todo el tiempo, mirando cómo me cagaba en mí mismo. ¡Mirando cómo me cagaba!

Se rió ruidosamente. Luego se puso mortalmente serio:

—Nunca he dudado. Ni una sola vez. Siempre he sabido que alguien vendría. Pero esperaba un rostro conocido. Por ejemplo, Marvin. No me habría dado cuenta si hubiesen enviado a otra persona. Sé lógico. Y tú lo *viste*, ¿no? Y lo *oíste*. No estoy avergonzado. Nunca me han hecho avergonzarme. Pregunta a cualquiera. Lo han intentado una y otra vez. Se metieron en mi cabeza e intentaron despedazarme, sacarme a los Salvajes. Pero me resistí. Sabía que más pronto o más tarde aparecerías, y quería estar preparado. Por esa razón voy vestido así.

Alzó los pulgares frente a su rostro.

—Para poder enseñártelo.

Movió la cabeza a derecha e izquierda.

—¿Quieres verlo? —dijo.

No necesitaba respuesta. Ya había alzado las manos, a ambos lados de su rostro, y sus garras rozaban la piel bajo las orejas. Boone le observó, las palabras de rechazo o de súplica hubieran sido ociosas. Narcisse había ensayado innumerables veces este momento; nada podría detenerle. No se escuchó ningún ruido mientras sus garras, afiladas como cuchillas, desgarraron su piel, pero la sangre

empezó a manar instantáneamente hacia el cuello y los brazos. La expresión de su rostro no cambió, sólo se intensificó: una máscara en la que las musas cómicas y trágicas se habían unido. Luego los dedos se extendieron a cada lado de su rostro y él condujo firmemente sus garras como cuchillas por el borde de su quijada. Tenía la precisión de un cirujano. Las heridas se abrieron con perfecta simetría hasta que sus garras gemelas se encontraron en la barbilla.

Sólo entonces dejó caer la mano a un lado, con la sangre resbalando por las uñas y la muñeca, mientras la otra recorría su rostro buscando la herida de la piel.

—¿Quieres verlo? —repitió.

Boone murmuró:

—No.

No fue escuchado. Con una afilada uña, Narcisse despegó la máscara de piel del músculo que había debajo y empezó a arrancarla, descubriendo su verdadero rostro.

Boone oyó gritar a alguien detrás de él. Habían abierto la puerta y una enfermera estaba en el umbral. La vio por el rabillo del ojo: la cara más blanca que el uniforme y la boca totalmente abierta, Y tras ella, el pasillo y la libertad. Pero no pudo apartar la mirada de Narcisse, no mientras la sangre llenaba la atmósfera entre los dos oscureciendo la revelación. Quería ver el rostro secreto del hombre: el salvaje que había tras su piel y que le había puesto al alcance de Midian. La lluvia roja se estaba despejando. La atmósfera empezó a aclararse. Ahora veía un poco de la cara, pero no podía darle un sentido a su complejidad. ¿Era la anatomía de una bestia que se contraía espasmódicamente y gruñía frente a él, o era el tejido humano agonizando por la automutilación? Un momento más y lo sabría.

Entonces alguien le sujetó cogiéndole por los brazos y arrastrándole hacia la puerta. Vio de refilón a Narcisse levantando las armas de sus manos para mantener a raya a sus salvadores, luego los uniformes cayeron sobre él y se eclipsó. Rápidamente, Boone aprovechó su oportunidad. Se quitó de encima a la enfermera, cogió la chaqueta de cuero y corrió hacia la puerta que estaba libre de custodia. Su cuerpo magullado no estaba preparado para la acción violenta. Se tambaleó, la náusea y el dolor en sus miembros, competían por el honor de derribarle, pero la visión de Narcisse rodeado y maniatado fue suficiente para darle fuerzas. Ya había llegado a la entrada antes de que nadie pudiera reaccionar.

Mientras cruzaba el umbral de la puerta y se sumergía en la noche, escuchó la voz de Narcisse que se alzaba en un grito de protesta; un aullido de rabia que era dolorosamente humano.



IV. NECRÓPOLIS

1

Aunque la distancia de Calgary a Athabasca apenas alcanzaba los quinientos kilómetros, el viaje llevó al viajero a las fronteras de otro mundo. Al norte de allí, las autopistas eran escasas, y los habitantes aún más. Las ricas llanuras verdes daban paso a los bosques, pantanos y desiertos. También marcaba los límites de la experiencia de Boone. Un breve trabajo de camionero cuando tenía veintipocos años le había llevado tan lejos como Bonnyville hacia el sureste, Barrhead hacia el sudoeste y la propia Athabasca. Pero el territorio que había más allá le era desconocido, salvo por los nombres de un mapa. O mejor dicho, la ausencia de nombres. Había grandes extensiones de tierra ocupadas tan sólo por algunos asentamientos agrícolas. Uno de ellos llevaba el nombre que había pronunciado Narcisse: Shere Neck.

Boone había encontrado el mapa que contenía esta información, junto con suficiente dinero suelto como para comprarse una botella de brandy, en un hurto de cinco minutos a las afueras de Calgary. Había saqueado tres vehículos que había en un aparcamiento subterráneo y una vez provisto de mapa y dinero, había huido, tras cerciorarse de que las alarmas estuvieran desconectadas.

La lluvia le lavó la cara y él se deshizo de su sangrienta camiseta, feliz de sentir su querida chaqueta cerca de la piel. Luego encontró un vehículo que le llevó hacia Edmonton y otro que le llevó a través de Athabasca hasta High Prairie. Era fácil.

2

¿Fácil? ¿Ir en busca de un lugar del que sólo había oído rumores entre lunáticos? Quizá no tan fácil. Pero era necesario, incluso inevitable. Desde el momento en que el camión que había escogido para morir le había dejado a un lado, aquel viaje estaba determinado. Quizá desde hacía mucho más tiempo, sólo que él nunca había visto la invitación. El sentido que él tenía de la *justicia* quizás le hubiera convertido en un fatalista. Si Midian existía y quería acogerlo, entonces estaría viajando hacia un lugar donde finalmente hallaría cierta paz y auto-comprensión. Si no era así, si sólo existía como talismán para los aterrorizados y los perdidos, entonces aquello también sería *justo*, y él iría al encuentro de la destrucción que le esperase, en busca de la nada. Mejor que las pastillas, mejor que la vana búsqueda de Decker en pos de razones y argumentos.

La indagación del doctor para sacar el monstruo del interior de Boone había fracasado. Estaba tan claro como el cielo que había allí arriba. Boone el hombre y Boone el monstruo no podían separarse. Eran uno solo, viajaban por el mismo camino, en la misma mente y en el mismo cuerpo. Y fuera lo que fuese lo que hubiera al final de aquel camino, la muerte o la gloria, sería el destino de ambos.

3

Al este del río Peace, había dicho Narcisse, cerca del poblado de Shere Neck, al norte de Dwyer.

Tuvo que dormir a la intemperie en High Prairie, hasta que a la mañana siguiente, encontró un vehículo que le llevaría a río Peace. Lo conducía una mujer que estaba cerca de los sesenta años, orgullosa de la región que conocía desde su infancia y contenta de darle una rápida lección de geografía. No mencionó Midian, pero conocía Dwyer y Shere Neck. El último era un pueblo de cinco mil almas que estaba al final de la autopista 67, hacia el este. Se hubiera ahorrado más de tres kilómetros si no se hubiera ido hasta High Prairie, le dijo, y hubiera enfilado hacia el norte desde un poco antes. No importa, añadió ella. Conocía un sitio en río Peace donde los granjeros se paraban a comer antes de dirigirse hacia sus hogares. Allí encontraría a alguien que le llevase hasta donde quería ir.

«¿Conocía a alguien allí?», le preguntó. Él dijo que sí.

Ya era casi oscuro cuando el último de los conductores le llevó a un kilómetro o así de Dwyer. Él contempló al camión mientras tomaba un camino de grava bajo la azulada y creciente oscuridad y luego echó a andar el corto camino hacia el pueblo. Una noche durmiendo a la intemperie y el viaje en vehículos de granja por caminos que habían visto mejores días le habían afectado a su ya maltrecho sistema. Tardó una hora en perder de vista las afueras de Dwyer y entre tanto, la noche había caído completamente. El destino estaba una vez más de su parte. De no ser por la oscuridad no hubiera visto las luces rutilando más adelante, no a modo de bienvenida sino de amenaza.

La Policía había llegado allí antes que él. Calculó que había tres o cuatro coches. Era posible que estuvieran persiguiendo a cualquier otro, pero lo dudaba. Era mucho más probable que Narcisse, perdido para sí mismo, hubiera contado a las autoridades lo mismo que le había dicho a él. En ese caso se trataba de un comité de recepción. Probablemente ya le estaban buscando casa por casa. Y si estaban allí, también estarían en Shere Neck. Le esperaban.

Agradecido a la protección que le procuraba la noche, salió del camino y se dirigió a un campo segado donde podría echarse a descansar y pensar su próximo movimiento. No era muy inteligente intentar ir a Dwyer. Era mejor que se encaminase a Midian ahora, dejando de lado al hambre y el cansancio que le embargaban y confiando en que las estrellas y su instinto le orientarían.

Se levantó oliendo a tierra y se dirigió hacia donde creía que estaba el norte. Sabía muy bien que podía errar el camino en varios kilómetros yendo por aquellos caminos difíciles, o simplemente, que la oscuridad le impidiese ver. No importaba; no tenía otra elección, y ésta era una forma de consolarse.

En su hurto de cinco minutos no había encontrado ningún reloj que llevarse, así que el único sentido que tenía del tiempo era la lenta progresión de las constelaciones sobre su cabeza. El aire era cada vez más frío, luego se hizo punzante, pero él mantuvo su dolorido paso, evitando los caminos siempre que podía, aunque hubiera sido mucho más fácil caminar por ellos que atravesar aquellos campos arados y segados. Esta precaución estaba, bien fundada, como se vio después, cuando dos vehículos de la Policía seguidos de una limusina negra se deslizaron silenciosamente por una carretera que acababa de cruzar hacía un minuto. No tenía ninguna prueba en qué fundar el sentimiento que le invadió cuando pasaron los coches, pero sintió con gran intensidad que el pasajero de la limusina era Decker, el buen doctor, todavía intentando *comprender*.

4

Luego, Midian.

Fuera, en ninguna parte, Midian. Un momento antes, la noche que había ante él era oscuridad sin forma, y al momento siguiente había un enjambre de edificios en el horizonte, con sus paredes pintadas rutilando en un gris azulado bajo la luz de las estrellas. Boone se detuvo varios minutos y observó el lugar. No quedaba ninguna luz encendida tras las ventanas ni en los porches. Seguramente sería más tarde de medianoche, y los hombres y mujeres de la ciudad que tenían que trabajar a la mañana siguiente, estarían en la cama. ¿Pero ni una sola luz? Le pareció muy extraño. La pequeña Midian podía haber sido olvidada por los geógrafos y por los que hacían los carteles de la carretera, ¿pero no había en ella nadie con insomnio? ¿O un niño que necesitase el consuelo de una luz encendida durante la noche? Probablemente ellos estaban allí, esperándole —Decker y el abogado—, ocultos en las sombras hasta que él fuera lo bastante idiota como para precipitarse en la trampa. La solución más sencilla sería darse media vuelta y dejarles que continuaran con la vigilia, pero ya le quedaban muy pocas energías. Si huía ahora, ¿cuánto tiempo tendría que esperar para volver?

Decidió bordear los límites de la ciudad para tener conciencia del terreno en el que se movía. Si no observaba presencia policial, entraría en la ciudad y aceptaría las consecuencias. No había andado tanto como para retirarse a la primera de cambio.

Midian no revelaba nada de sí mientras él avanzaba por el flanco sudoeste, excepto quizás una gran sensación de vacío. No sólo no veía signos de vehículos policiales en las calles, ni ocultos entre las casas, no veía automóvil de ningún tipo, ningún camión ni vehículo agrícola. Comenzó a preguntarse si la ciudad no sería una de esas comunidades religiosas sobre las que había leído algunas cosas, y en las que estaban prohibidas la electricidad o las máquinas de combustión.

Pero mientras trepaba por una pequeña colina, en cuya cima se alzaba Midian, se le ocurrió una segunda explicación mucho más sencilla. No había nadie en Midian. La idea le dejó paralizado. Echó un vistazo a las casas buscando alguna prueba de descomposición, pero no pudo ver nada. Los techos estaban intactos; por lo que podía ver, no había ningún edificio al borde de la destrucción. Sin embargo, con la noche tan silenciosa podía oír hasta las estrellas fugaces en su caída, pero de la ciudad no se oía nada. Si alguien hubiera suspirado en Midian mientras dormía, se hubiera escuchado, pero sólo había silencio.

Midian era una ciudad fantasma.

Nunca en su vida había visto tal desolación. Se sentía como un perro que regresa al hogar y que no encuentra a su dueño, sin saber qué sucedería con su vida.

Tardó varios minutos en salir de su inmovilidad para seguir recorriendo la ciudad. Sin embargo, después de recorrer unos doscientos metros, tuvo aún una visión más misteriosa que la del vacío de Midian.

En el lado más alejado de la ciudad había un cementerio. Aquel ventajoso punto de mira le daba una visión muy clara del cementerio, pese a los altos muros que lo circundaban. Presumiblemente, había sido construido para atender a las necesidades de toda la región, ya que era mucho mayor de lo que hubiera necesitado una pequeña ciudad como Midian. La mayor parte de los mausoleos eran de un tamaño impresionante, y visto desde lejos, el despliegue de calles, árboles y tumbas le daban al cementerio la apariencia de una ciudad.

Boone empezó a bajar por la colina hacia el cementerio. Este camino le alejaba un poco de la ciudad. Después de la adrenalina provocada por la sensación de aproximarse a Midian, volvió a sentir que las fuerzas le abandonaban rápidamente; el dolor y el cansancio que la excitación había mitigado, volvieron vengativos. Sabía que no faltaba mucho para que sus músculos le traicionasen y todo él se derrumbase. Quizá tras los muros del cementerio encontraría un nicho en el que ocultarse de sus perseguidores y dejar que sus huesos reposasen.

Había dos formas de acceder al lugar. Una pequeña puerta en un muro lateral, y una doble puerta que daba a la ciudad. Eligió la primera. Estaba cerrada, pero sin candado. La empujó suavemente y entró. La impresión que había tenido desde la colina se le confirmó, el cementerio era una pequeña ciudad, con los mausoleos alzándose a un tamaño casi de edificio. Ahora que podía observarlos de cerca, quedó impresionado por su tamaño. ¿Qué tipo de familias acaudaladas habían ocupado la ciudad como para poder pagarse tal esplendor? Las pequeñas comunidades de la llanura vivían de la

tierra, pero raramente se hacían ricos con esa actividad. Y si lo conseguían, gracias al oro o al petróleo, no era desde luego un gran número de personas. Sin embargo, allí había espléndidas tumbas, avenida tras avenida, construidas en todo tipo de estilos, desde el clásico al barroco, y marcadas —aunque no estaba seguro de que sus cansados sentidos no le estuvieran jugando una mala pasada— con leyendas de religiones muy distintas.

Estaba detrás de él. Necesitaba dormir. Las tumbas llevaban allí más de un siglo; al amanecer, el enigma todavía seguiría allí.

Encontró un lecho alejado de la vista entre dos tumbas y se echó en él. El dolor de la hierba primaveral era dulce. Había dormido en lechos mucho peores y seguiría durmiendo en ellos.



V. UN SER DIFERENTE

Le despertó el ruido de un animal. Sus gruñidos se abrían camino entre sus sueños flotantes y le llamaban hacia la tierra. Abrió los ojos y se sentó. No podía ver al perro, pero aún lo oía. ¿Estaba detrás de él? La proximidad de las tumbas hacía retumbar los ecos por todas partes. Muy despacio, volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro. La oscuridad era profunda, pero no podía ocultar a una bestia grande, aunque era imposible adivinar a qué especie pertenecía. De todas formas, no había duda respecto a la amenaza que salía de su garganta. A juzgar por el tono de sus gruñidos, no le gustaba su inspección.

—Eh, chico —dijo él suavemente—. Está bien.

Empezó a levantarse y le crujieron los ligamentos. Sabía que si se quedaba en el suelo, el animal le llegaría fácilmente a la garganta. Los miembros se le habían entumecido de estar echado en el suelo frío, se movía como un viejo. Quizá gracias a eso el animal no le atacaba, pues simplemente le miraba, y las lunas de los blancos de sus ojos —el único detalle que podía distinguir— se ensanchaban mientras le veía cambiar a una posición erecta. Una vez de pie, se volvió para enfrentarse a la criatura, que empezaba a moverse hacia él. Había algo en su modo de avanzar que le hizo pensar que estaba herido. Podía oírle arrastrar uno de sus miembros tras él. Llevaba la cabeza gacha y su paso era irregular.

Tenía palabras de consuelo en los labios cuando un brazo le rodeó el cuello, ahogando palabras y respiración.

—Muévete y te saco las tripas.

Con esta amenaza, un segundo brazo se deslizó por su cuerpo y los dedos le oprimieron el vientre con tal fuerza que no dudó de que el hombre cumpliría su amenaza con la mano desnuda.

Boone respiró profundamente. Incluso este movimiento menor intensificó la tensión de la garra mortal en torno a su cuello y en el abdomen. Sintió la sangre corriendo por su vientre y bajo sus pantalones vaqueros.

—¿Quién cono eres tú? —preguntó la voz.

Boone mentía muy mal; era más seguro decir la verdad.

—Me llamo Boone, He venido..., he venido buscando Midian.

—Se aflojaría un poco la presión que le oprimía el vientre cuando le oyera nombrar su meta?

—¿Por qué? —preguntó ahora una segunda voz. Boone no tardó más que un latido del corazón en darse cuenta de que la voz venía de las sombras que había frente a él, donde estaba la bestia herida. Venía de la bestia.

—Mi amigo te ha hecho una pregunta —le dijo la voz en el oído—. Contéstale.

Boone, desorientado por el ataque, fijó su mirada de nuevo en lo que ocupaba las sombras y se encontró sin dar crédito a sus ojos. La cabeza de su interlocutor no era sólida, parecía casi como si estuviera inhalando sus profusos rasgos, cuya sustancia se oscurecía y huía a través de sus cuencas, sus agujeros de la nariz y su boca de vuelta a sí mismo.

Toda idea sobre el peligro que corría desapareció. Le invadió el júbilo. *Narcisse no había mentido*. Allí estaba la verdad transformadora.

—He venido a estar entre vosotros —dijo, contestando a la pregunta milagrosa—. He venido porque aquí es donde pertenezco.

Una pregunta surgió de la suave risa que se oía tras él.

—¿Qué aspecto tiene, Peloquin?

La cosa había sorbido su cabeza de animal. Tras ella, tenía rasgos humanos, colocados sobre un cuerpo más parecido al de los reptiles que al de un mamífero. El miembro que arrastraba tras de sí era la cola, una cola herida que se movía como la de una lagartija. Esto también era provisional, pues el estremecimiento de un nuevo cambio le recorría su acentuada columna.

—Parece un Natural —replicó Peloquin—. Aunque eso no quiere decir mucho.

—Por qué no miraba por sí mismo a su atacante? se preguntó Boone.

Miró a la mano que había en su vientre. Tenía seis dedos y no terminaban en uñas sino en garras que ahora se enterraban en sus carnes.

—No me matéis —dijo—. He tenido que recorrer mucho camino para llegar hasta aquí.

—Has oído eso, Jackie? —dijo Peloquin saltando sobre el suelo con sus cuatro piernas para

situarse de pie frente a Boone. Sus ojos, ahora al mismo nivel que los de Boone, eran azul brillante. Su aliento era tan caliente como la ráfaga exhalada por un horno abierto.

—¿Qué tipo de bestia eres tú, entonces? —quiso saber. La transformación no había terminado, ni mucho menos. El hombre que había tras el monstruo era muy normal. Cuarentón, delgado y de piel pálida.

—Deberíamos llevarle abajo —dijo Jackie—. Lylesburg querrá verlo.

—Probablemente —dijo Peloquin—. Pero creo que perderá el tiempo. Es un Natural, Jackie. Lo hueles.

—He derramado sangre... —murmuró Boone—. He matado a once personas.

Los ojos azules le escudriñaron. Había sorna en ellos.

—No lo creo —dijo Peloquin.

—No somos nosotros quienes tienen que decidirlo —interrumpió Jackie—. Tú no puedes juzgarle.

—Tengo ojos en la cara, ¿no? —dijo Peloquin—. Conozco a un hombre limpio en cuanto lo veo —señaló a Boone con el dedo—. Tú no eres un Engendro de la Noche —dijo—. Tú eres comida. Esto es lo que eres. Comida para las bestias.

Mientras hablaba, la sorna desapareció de su expresión y fue remplazada por el *hambre*.

—No podemos hacer eso —protestó la otra criatura.

—¿Quién se va a enterar? —dijo Peloquin—. ¿Quién lo sabrá nunca?

—Eso es infringir la ley.

Peloquin parecía indiferente a esa cuestión. Enseñó los dientes, mientras un humo oscuro rezumaba de las aberturas y se elevaba hacia su rostro. Boone sabía lo que vendría después. El hombre estaba exhalando lo que momentos antes había inhalado: su yo de lagarto. Las proporciones de su cabeza ya empezaban a alterarse sutilmente, como si su cráneo se estuviera desmantelando y reorganizando tras el caparazón de su carne.

—¡No podéis matarme! —exclamó—. Soy uno de vosotros.

¿Hubo una negativa detrás del humo que había frente a él? Si era así se había perdido a medio camino. No habría más discusión. Las bestias iban a intentar devorarle...

Sintió un agudo dolor en el vientre y miró hacia abajo para ver cómo las garras de aquella mano le desgarraban la carne. La presión de la nuca se suavizó y la criatura que había tras él dijo:

—Vamos.

No necesitaba que le convencieran. Antes de que Peloquin completase su reconstrucción, Boone escapó del abrazo de Jackie y echó a correr. Su sentido de la orientación se había enajenado con la desesperación del momento, una desesperación alimentada por el rugido de furia de la bestia hambrienta, y el ruido —casi instantáneo, o así le pareció— de su persecución.

La necrópolis era un laberinto. Corrió a ciegas, girando a derecha e izquierda cuando veía una salida, pero no necesitaba mirar por encima del hombro para saber que su devorador estaba cerca. Oía su acusación en su mente mientras corría:

No eres un Engendro de la Noche. Eres comida. Comida para las bestias.

Las palabras le procuraban una agonía más profunda que el dolor de sus piernas o sus pulmones. Incluso allí, entre los monstruos de Midian, sentía que él no pertenecía. Y si no era de allí, ¿de dónde entonces? Corría, como la presa corre siempre cuando tiene al hambriento en los talones, pero era una carrera que no podía ganar.

Se detuvo. Se volvió.

Peloquin estaba a cinco o seis metros de él, todavía con su cuerpo humano, desnudo y vulnerable, pero con la cabeza enteramente animal, las fauces abiertas y llenas de dientes afilados como espinas. Él también dejó de correr, quizás esperando que Boone sacara un arma. Cuando vio que no pasaba nada, alzó los brazos hacia su víctima. Tras él, Jackie apareció tambaleante y Boone pudo ver por primera vez al hombre. ¿O eran varios hombres? Había dos rostros en su abultada cabeza y los rasgos de ambas estaban totalmente distorsionados; ojos desorbitados que parecían mirar a cualquier sitio menos hacia delante, bocas aplastadas en una sola hendidura, narices partidas y sin huesos. Era el rostro de un feto sacado de un espectáculo de horror.

Jackie intentó su última súplica, pero los brazos extendidos de Peloquin se estaban transformando en garras hasta los codos y su delgadez daba paso a una fuerza formidable.

Antes de que se fijaran sus músculos, fue hasta Boone, saltando para tirar a su víctima al suelo. Boone cayó antes que él. Era demasiado tarde para lamentar su pasividad. Sintió los garfios desgarrándole la chaqueta para desnudar la tierna carne de su pecho. Peloquin levantó la cabeza y esbozó una *mueca*, una expresión para la que su boca no estaba hecha, luego le mordió. Los dientes no eran muy largos, pero eran muchos. Hacían menos daño de lo que Boone se había imaginado hasta que Peloquin se echó hacia atrás, llevándose una bocanada de músculos, junto con la piel y los pezones.

El dolor sacó a Boone de su resignación. Empezó a agitarse bajo el peso de Peloquin. Pero la bestia escupió el mordisco de sus fauces y volvió a por más, exhalando el olor de la sangre en el rostro de su presa. Había un motivo para la exhalación; en su siguiente aliento aspiraría el corazón y los pulmones de Boone. Él gritó pidiendo socorro y lo consiguió. Antes de que llegase la inspiración fatal. Jackie agarró a Peloquin y lo arrancó de su presa. Boone sintió aliviarse el peso de la criatura y a través de la nebulosa de su agonía, vio al campeón luchando con Peloquin, con sus viles miembros entrelazados. No esperó para vitorear al vencedor. Oprimiendo la palma de la mano contra su pecho herido, se levantó.

No había salvación para él. Seguramente, Peloquin no era el único habitante del lugar al que le gustaba la carne humana.

Sentía que otros le acechaban mientras se tambaleaba por la necrópolis, esperando a que vacilase y cayese para poder cogerle impunemente.

Su sistema, traumatizado como estaba, aún no le falló. Había un vigor en sus músculos que no había sentido desde que no se había inflingido daño a sí mismo, una idea que ahora le repugnó como nunca. Incluso su herida, palpitándole bajo la mano, estaba llena de vida y lo celebraba. El dolor se había desvanecido y no había dado paso al agarrotamiento sino a una sensibilidad que era casi erótica, que tentaba a Boone a arrancarse el corazón del pecho. Sumido en aquellos absurdos, dejó que el instinto guiara sus pies y así llegó a la doble puerta. El picaporte pudo con sus sangrientas manos, así que trepó, escalando las puertas con una facilidad que le hizo reír. Estaba fuera, hacia Midian, y no corría por temor a la persecución sino por el placer de sentir sus miembros en movimiento y sus sentidos a toda velocidad.

VI. PIES DE BARRO

La ciudad estaba vacía, como él se había imaginado. Aunque las casas parecían en buen estado a un kilómetro y medio de distancia, un examen de cerca le mostró que estaban mucho peor, que habían estado desocupadas a través del sempiterno ciclo de las estaciones. Aunque aún le invadía la sensación de bienestar, temió que la pérdida de sangre le trastornara a medida que pasaba el tiempo. Necesitaba algo con qué vendar su herida, aunque fuese de un modo rudimentario. Buscando un trozo de cortina o una pieza de lencería abandonada, abrió la puerta de una de las casas y se sumió en la oscuridad del interior.

No se dio cuenta hasta que no estuvo dentro de cuan extrañamente se habían enrarecido sus sentidos. Sus ojos vieron rápidamente la habitación, descubriendo los lastimosos restos dejados por los ocupantes de otro tiempo, todo polvoriento por lo que los años de campos secos, sin cultivo, habían traído por las ventanas rotas y las puertas mal cerradas. Había ropa, un trozo de sábana húmeda y sucia que hizo jirones tirando con los dientes y la mano derecha mientras con la izquierda se sujetaba la herida.

Estaba en ello cuando oyó el crujido de los listones de madera del porche. Dejó la tela colgando entre sus dientes. La puerta se abrió. En el umbral apareció la silueta de un hombre cuyo nombre conocía Boone, pero su rostro era todo oscuridad. Olió la colonia de Decker, oyó el latido del corazón de Decker, notó el sudor de Decker en el aire que había entre ellos.

—Ah —dijo el doctor—. Estás aquí.

Había fuerzas reunidas en la calle, bajo la luz de las estrellas.

Con los oídos aguzados de un modo sobrenatural, Boone oyó el sonido de susurros nerviosos, del viento pasando a través de revueltos intestinos, y de las ramas preparadas para derribar al lunático si intentaba esquivarlos.

—¿Cómo me has encontrado? —le dijo.

—Narcisse, ¿no se llamaba así? —dijo Decker—. Tu amigo del hospital.

—¿Está muerto?

—Me temo que sí. Murió luchando

Decker dio un paso hacia el interior de la casa.

—Estás herido —le dijo—. ¿Qué te has hecho?

Algo persuadió a Boone de responder. ¿Acaso el misterio de Midian era demasiado extraño como para ser creído? ¿O tal vez su naturaleza no era asunto de Decker? No, la segunda razón no era El compromiso de Decker para comprender lo monstruoso no podía ponerse en duda. ¿Quién mejor que él compartiría su revelación? Pero todavía dudaba.

—Dime —dijo Decker otra vez—. ¿Cómo te has hecho esa herida?

—Más tarde —dijo Boone.

—No habrá más tarde. Supongo que ya lo sabes.

—Sobreviviré —dijo Boone—. Esto no es tan malo como parece. Al menos, no me encuentro tan mal.

—No me refiero a la herida. Me refiero a la Policía. Te están esperando.

—Ya lo sé.

—Y no vas a salir pacíficamente, ¿verdad?

Boone ya no estaba seguro. La voz de Decker le hacía pensar que estaba a salvo y casi lo creía posible otra vez, si el doctor quería intentarlo.

Pero Decker no pronunció ninguna palabra sobre estar a salvo. Sólo habló de muerte.

—Eres un asesino múltiple, Boone. Desesperado. Peligroso.

Ha sido muy difícil persuadirles de que me dejaran acercarme a ti.

—Me alegro de que fuese así.

—Yo también me alegro —repuso Decker—. Quería tener la oportunidad de decirte adiós.

—¿Por qué tiene que ser así?

—Tú sabes por qué.

Boone no lo sabía, realmente no lo sabía. Lo que sabía con más certeza era que Peloquin había dicho la verdad.

Tú no eres un *Engendro de la Noche*, había dicho.

No lo era, era inocente.

—No he matado a nadie —murmuró

—Lo sé —replicó Decker.

—Por eso no podía recordar ninguna de las habitaciones. Nunca estuve *allí*.

—Pero ahora las recuerdas —dijo Decker.

—Sólo porque... —Boone se detuvo y miró al hombre del traje color carbón—. Porque tú me lo mostraste.

—*Enseñaste* —corrigió Decker

Boone siguió mirando, esperando una explicación que no fuese la que tenía en la cabeza. No podía ser Decker. Decker era la Razón. Decker era la Calma.

—Esta noche han muerto dos niños en Westlock —dijo el doctor—. Te culpan a ti.

—Nunca he estado en Westlock —protestó Boone.

—Pero yo sí —replicó Decker—. Me he asegurado de que los hombres que hay aquí fuera vieran las fotos. Los asesinos de niños son lo peor. Sería mejor morirte que entregarte a ellos.

—¿Tú? —dijo Boone—. ¿Tú lo hiciste?

—Sí.

—¿Todos?

—Y más.

—¿Por qué?

Decker lo meditó un momento.

—Porque me gusta —dijo rotundamente.

Seguía pareciendo tan sano, con su traje tan bien cortado... Incluso su rostro, que ahora Boone podía ver claramente, no revelaba ningún indicio del lunatismo que había detrás. ¿Quién hubiera adivinado viendo a aquel hombre ensangrentado y a aquel hombre impecable, cuál era el lunático y cuál le ayudaba? Pero las apariencias engañan. Sólo el monstruo, el hijo de Midian, alteraba realmente su carne para exhibir su verdadero yo. El resto permanecía oculto tras su calma y tramaba la muerte de unos niños.

Decker sacó una pistola del interior de su chaqueta.

—Me han armado —dijo—. Para el caso de que tú pierdas el control.

Su mano temblaba, pero a aquella distancia difícilmente podía errar. En unos instantes, todo habría terminado. La bala volaría y él moriría, dejando tantos misterios sin resolver. La herida, Midian, Decker. Tantos interrogantes que nunca tendrían respuesta para él.

Aquel era el único momento que quedaba. Arrojando hacia Decker la tela que aún sostenía, se colocó tras él. Decker disparó y el disparo llenó las habitaciones con su sonido y su luz. Cuando la tela cayó al suelo, Boone estaba ya en la puerta. Cuando estaba a un metro y medio de ella, se vio otro fagonazo. Y un instante después, el sonido. Y con el sonido, una explosión a espaldas de Boone le arrojó hacia delante, a través de la puerta y hacia el porche.

El grito de Decker fue tras él.

—¡Está armado!

Boone oyó cómo las sombras se preparaban para derribarle. Levantó los brazos en señal de rendirse y abrió la boca para reclamar su inocencia.

Los hombres que se apiñaban tras sus coches sólo vieron sus manos ensangrentadas; culpable. Dispararon.

Boone oyó las balas acercándose —dos de la izquierda, tres de la derecha y una de enfrente, dirigidas a su corazón. Tuvo tiempo de asombrarse de lo lentas y musicales que eran. Se mantuvo de pie durante unos segundos, luego alguien volvió a disparar y dedos nerviosos liberaron una segunda ráfaga. Dos de aquellos disparos erraron, el resto dio en el blanco: abdomen, rodilla, dos en el pecho, uno en la sien. Esta vez cayó.

Cuando chocó contra el suelo sintió la herida que Peloquin le había abierto convulsionarse como un segundo corazón, y su presencia le reconfortó curiosamente en aquellos momentos en que se consumía.

En algún lugar cercano oyó la voz de Decker y sus pasos aproximándose mientras salía de la sala para examinar el cuerpo.

—Se ha muerto el bastardo —dijo alguien.

—Está muerto —dijo Decker,

—No, no lo estoy —pensó Boone.

Luego no volvió a pensar.



Segunda parte

LA MUERTE ES UNA RAMERA

Lo prodigioso también nace, tiene su estación y muere...
CARMEL SANOS, *Orthodoxies*



VII. CAMINOS DIFÍCILES

1

Saber que Boone la había dejado fue bastante duro, pero lo que pasó después fue mucho peor. Primero fue la llamada telefónica. Había visto a Philip Decker una sola vez y no reconoció su voz hasta que él no se identificó.

—Me temo que tengo malas noticias.

—Ha encontrado a Boone.

—Sí.

—¿Está herido?

Hubo una pausa. Antes de que se rompiera el silencio, ella supo lo que vendría después.

—Me temo que está muerto, Lori.

Ahí estaban las noticias que medio había imaginado. Porque había sido demasiado feliz y no podía durar. Boone había cambiado su vida totalmente. Su muerte haría otro tanto.

Le agradeció al doctor su amabilidad por habérselo dicho él en vez de dejar que lo hiciese la Policía. Luego colgó y esperó hasta poder asumirlo.

Algunos compañeros suyos decían que un hombre como Boone nunca la hubiera cortejado si hubiese estado en sus cabales, no queriendo decir que su enfermedad le hubiera hecho escoger ciegamente, sino que una cara así, que inspiraba tales elogios en la gente sensible al encanto de una cara, se habría acompañado de una belleza similar si su mente no hubiera estado desequilibrada. Estas observaciones le hacían mucho daño porque en el fondo de su corazón ella las consideraba ciertas. Boone no poseía gran cosa, pero su rostro era su mayor gloria y provocaba tal devoción en las miradas que llegaba a inquietarle y a hacerle desconfiar. No le gustaba nada que le mirasen. Más de una vez, Lori había temido que se hiciese daño con la esperanza de destruir lo que tanto llamaba la atención, un impulso reiterado de total desinterés por su apariencia. Ella sabía que Boone se había pasado días sin ducharse, semanas sin afeitarse, casi medio año sin cortarse el pelo. Pero eso apenas le servía para disuadir a sus devotas. Le acechaban precisamente porque él a su vez se sentía acechado; era tan simple como eso.

Ella no perdió tiempo intentando persuadir a sus amigos del hecho. En vez de eso, hablaba lo menos posible de él, especialmente cuando la conversación giraba hacia el tema del sexo. Sólo había dormido tres veces con Boone y cada vez había sido un desastre. Sabía lo que los cotilleos podían hacer con este dato. Pero su ternura y su deseo hacia ella sugerían que sus proposiciones eran algo más que la voluntad de cumplir. Simplemente, no podía realizarlas, lo que le producía rabia, y le hacía caer en tales depresiones que ella tenía que retroceder, enfriando sus encuentros para no llevarlos a nuevos fracasos.

Pero soñaba con él a menudo, con escenas inequívocamente sexuales. Ahí no había simbolismo. Sólo Boone y ella en habitaciones desnudas, follando. A veces había gente llamando a la puerta para entrar a ver, pero nunca llegaban a entrar. Él le pertenecía completamente, con toda su belleza y toda su desdicha.

Pero sólo en sueños. Ahora más que nunca, sólo en sueños.

Su historia juntos se había terminado. No habría más días oscuros, en que su conversación era un círculo de derrota, no habría momentos de repentina luz porque ella había acertado con alguna frase que le hacía recobrar la esperanza. Ella no se había preparado para un final tan brusco, para algo como aquello. Como Boone desenmascarado como asesino y muerto a tiros en una ciudad cuyo nombre nunca había oído. Era un final equivocado.

Pero por malo que fuese, lo peor era la continuación.

Después de la llamada de teléfono vino la inevitable cruz del interrogatorio de la Policía: ¿Había sospechado ella de sus actividades criminales? ¿Había sido violento en sus relaciones con ella? Ella les dijo docenas de veces que sólo la había tocado para amarla, y sólo convenciéndole. Ellos creían encontrar una confirmación tácita en su relato de sus vanas tentativas, intercambiando miradas

significativas mientras ella hacía un ruborizante relato de su forma de hacer el amor. Cuando acabaron con sus preguntas le preguntaron si quería identificar el cuerpo. Ella aceptó la responsabilidad. Aunque le habían advertido que no sería agradable, quería despedirse.

Fue entonces cuando las cosas, que ya se habían vuelto extrañas, se volvieron aún más extrañas.
El cuerpo de Boone había desaparecido.

Al principio, nadie le dijo por qué se había aplazado el proceso de identificación, la esquivaban con excusas que no sonaban creíbles. Pero al fin no tuvieron más remedio que decirle la verdad. El cuerpo, que había dejado en el depósito de la Policía la noche anterior, se había esfumado. Nadie sabía cómo lo habían robado —el depósito estaba cerrado y no había señales de que hubiesen forzado la puerta— ni del porqué. Se había iniciado la investigación, pero a juzgar por la expresión molesta de los que le dieron la noticia, no tenían mucha esperanza de encontrar a los ladrones del cadáver. La encuesta sobre Aaron Boone tendría que llevarse a cabo sin el cadáver.

2

La atormentaba pensar que él nunca pudiera descansar en paz. La idea de su cuerpo utilizado para algún juego perverso o algo peor, como terrible ícono, la acosaba día y noche. Le sorprendió su capacidad para imaginar los usos que podían dar a la pobre carne de Boone. Su mente había entrado en una espiral morbosa que la hacía temer, por primera vez en su vida, por su propia salud mental.

Boone había sido un misterio en su vida y su afecto, un milagro que le daba una sensación de sí misma hasta entonces desconocida. Ahora, con la muerte, el misterio se había hecho más profundo. Parecía como si ella nunca le hubiese conocido, ni incluso en aquellos momentos de traumática lucidez juntos, cuando él estaba dispuesto a romperse el cráneo hasta que ella lograba mitigar su desazón, incluso entonces, él había estado ocultándole una vida secreta de asesinatos.

Parecía casi imposible. Ahora, cuando ella se lo imaginaba haciéndole muecas o sollozando en su regazo, la idea de que nunca le había conocido de verdad le dolía como una herida física. Tenía que curar aquella herida de alguna forma, o bien prepararse para sufrir la herida de la traición definitiva de Boone. Tenía que averiguar *por qué* su otra vida le había llevado lejos de todo. Quizá la mejor solución fuese ir a investigar donde le habían encontrado: ir a Midian. Tal vez allí encontraría la respuesta al misterio.

La Policía le había advertido que no abandonase Calgary hasta que acabase la investigación, pero ella era, como su madre, una criatura impulsiva. Se despertó a las tres de la madrugada con la idea de ir a Midian. A las cinco estaba haciendo el equipaje y una hora después del alba se dirigía al norte por la autopista número 2.

3

Al principio todo iba bien. Era agradable estar lejos de su oficina —la echarían de menos, ¿pero qué demonios?— y de su apartamento, lleno de recuerdos de su época con Boone. No conducía a ciegas, pero casi; en ninguno de los mapas que había conseguido aparecía ninguna ciudad llamada Midian. Sin embargo, había oído mencionar otros lugares en sus conversaciones con la Policía. Uno era Shere Neck, lo recordaba, y aquél sí que aparecía en los mapas. Así que lo convirtió en su meta.

Conocía poco o nada del territorio que ahora atravesaba. Su familia era oriunda de Toronto, el civilizado Este, como solía llamarlo su madre hasta el día en que murió, reprochándole a su marido el haberles llevado al interior. Aquel prejuicio se había desvanecido. La visión de los campos de trigo extendiéndose hasta perderse de vista nunca le había sugerido nada a la imaginación de Lori y nada de lo que vio mientras conducía la hizo cambiar de opinión. El grano había crecido libremente; al parecer, quienes lo plantaban y segaban se habían dedicado a otra cosa. La clara monotonía de todo aquello la fatigó más de lo que había previsto. Interrumpió su viaje en McLennan, a una hora de automóvil de río Peace, y durmió toda la noche de un tirón en la cama de un motel, para levantarse temprano y fresca a la mañana siguiente y proseguir. Calculaba que llegaría a Shere Neck a mediodía.

Pero las cosas no salieron como esperaba. En algún lugar al este de río Peace, perdió el rumbo y tuvo que conducir durante sesenta y pico de kilómetros en una dirección equivocada hasta que encontró una gasolinera y alguien que podía orientarla.

Había dos niños gemelos jugando con soldaditos de plástico en medio de la suciedad de los escalones de la oficina. Su padre, cuyo pelo rubio era igual que el de los niños, alejó con el pie una colilla de entre los batallones de soldados y se dirigió hacia el coche.

—¿Qué desea?

—Gasolina, por favor. Y que me informe.

—Eso vale dinero —dijo sin sonreír.

—Estoy buscando una población llamada Shere Neck. ¿La conoce?

Los juegos de guerra se habían intensificado detrás suyo. Él se volvió hacia los niños.

—¿Queréis cerrar la boca de una vez? —les dijo.

Los chicos intercambiaron miradas de soslayo y se quedaron silenciosos hasta que él se volvió hacia Lori. Muchos años trabajando a la intemperie bajo el sol del verano le habían envejecido prematuramente.

—¿Qué quiere de Shere Neck? —le dijo.

—Estoy intentando... seguir la pista de alguien.

—Sí? —repuso, claramente intrigado. Le dedicó una sonrisa diseñada para mejores dientes—.

—Alguien que yo conozco quizás? —dijo—. No tenemos muchos forasteros aquí.

Ella pensó que no pasaba nada por preguntar. Se volvió al asiento posterior y cogió una fotografía de su bolso.

—¿Ha visto alguna vez a este hombre?

Armageddon estaba mirando a las escaleras. Antes de fijarse en la fotografía se dirigió a los niños:

—¡Os he dicho que *cerrarais el pico!* —dijo y luego se volvió a examinar la foto. Su respuesta fue inmediata—. ¿Usted sabe quién es este tipo?

Lori dudó. La ruda cara que tenía enfrente estaba ceñuda. Pero era demasiado tarde para aparentar ignorancia.

—Sí —dijo, intentando no parecer ofensiva—. Sé quién es.

—¿Y sabe lo que ha hecho? —los labios del hombre se curvaron mientras hablaba—. Había fotografías. Yo las vi —y otra vez se volvió a los niños—: ¿Queréis cerrar el pico?

—Yo no he sido —protestó uno de los dos.

—¡Me importa un huevo quién ha sido! —fue la respuesta.

Se movió hacia ellos con el brazo alzado. Ellos se alejaron en unos segundos, poniendo sus soldados a salvo de él. Su rabia hacia los niños y su disgusto por la fotografía se convirtieron en una súbita aversión.

—¡Un jodido animal! —exclamó, volviéndose hacia Lori—. Eso es lo que era Un jodido animal
Le devolvió la fotografía manchada.

—Estuvo condenadamente bien lo que hicieron con él. ¿Qué quiere? ¿Ir a bendecir el sitio?

Ella recuperó la fotografía de sus grasientos dedos sin replicar, pero él vio perfectamente la expresión de su rostro. Sin amilanarse, continuó su andanada.

—A los hombres como éhos habría que matarles como a perros. Como jodidos perros.

Ella se retiró ante tanta vehemencia, las manos le temblaban de tal modo que casi no podía abrir la puerta del coche.

—¿No quiere gasolina? —preguntó él de pronto

—Váyase al infierno —contestó ella.

Él pareció perplejo

—¿Cuál es su problema? —espelotó.

Ella puso el contacto, rezando entre dientes para que el coche se pusiera en marcha. Estaba de suerte. Alejándose a toda velocidad echó un vistazo al retrovisor para ver al hombre gritando tras ella a través de la polvareda que había levantado el coche.

Ella no sabía por qué estaba tan furioso pero se lo podía imaginar: por los niños. Era absurdo preocuparse por eso. El mundo estaba lleno de padres brutales y madres tiránicas y esto daba lugar a niños crueles y desamparados. Así era la vida. Ella no podía mejorar la especie humana.

Aliviada por no haber tenido que seguir contestando allí, donde se había sentido acorralada durante diez minutos, se alejó de prisa, pero le invadió un temblor tan violento que tuvo que detenerse al ver el primer signo de civilización y encontrar un lugar donde recobrar la calma. Había un pequeño comedor entre una docena de tiendas, y ella pidió café y un trozo de pastel y entró en los lavabos para echarse un poco de agua fresca en las ardientes mejillas. Soledad, aunque fuese un momento, era todo lo que necesitaba para poder llorar. Contemplando sus facciones agitadas y llenas de ronchas en el espejo roto empezó a sollozar con tal insistencia que nada —ni incluso la entrada de otra persona— pudo detenerla.

La recién llegada no hizo lo que hubiese hecho Lori en circunstancias similares: retirarse. En vez de eso, mirando a Lori, a los ojos en el espejo le preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿Hombres o dinero?

Lori se secó las lágrimas con los dedos.

—Lo siento —dijo.

—Yo, si lloro —dijo la chica, pasándose un peine por su pelo teñido de *henna*—, es sólo por hombres o por dinero.

—Oh —la curiosidad impertérrita de la chica hizo cesar las lágrimas de Lori—. Un hombre —dijo.

—¿Te ha dejado, ha muerto?

—No exactamente.

—¡Jesús! —dijo la chica—. ¿Volvió? Eso es casi peor.

La observación arrancó una leve sonrisa al rostro de Lori.

—Siempre pasa lo mismo con los que no quieras, ¿verdad? —continuó la chica—. Mándales a hacer púnelas, siempre vuelven como perros.

La mención a los perros le recordó a Lori la escena del garaje y sintió que otra vez le afluyan las lágrimas.

—Cierra la boca, Sheryl —se dijo a sí misma la recién llegada—. Aún lo estás poniendo peor.

—No —dijo Lori—. De verdad que no. Necesito hablar.

Sheryl sonrió.

—¿Tanto como yo el café?

Sheryl Margaret Clark era su nombre y hubiera logrado hacer chismorrear hasta a los ángeles. Al cabo de dos horas de conversación y con el quinto café, Lori le había contado su triste historia, desde el primer encuentro con Boone hasta el momento en que ella y Sheryl habían intercambiado sus miradas en el espejo. Sheryl también tenía una historia que contar, más cómica que trágica, sobre la pasión de su amante por las noches y la suya por el hermano de él, que había terminado con palabras duras y ruptura. Ahora estaba en la carretera para aclarar la mente.

—No lo había hecho desde que era una cría —dijo—. Ir donde se me antoje. Había olvidado lo bien que sienta. Quizá podríamos ir juntas. A Shere Neck. Siempre he querido ver ese lugar.

—¿De verdad?

Sheryl se rió.

—No. Pero es un destino tan bueno como otro cualquiera. Cualquier dirección es igual para el despreocupado.

VIII. DONDE ÉL CAYO

Así que continuaron el viaje juntas, tras ser orientadas por el propietario del restaurante que, según dijo, tenía una idea bastante aproximada de las cercanías de Midian. Las instrucciones resultaron ser correctas. Su ruta las llevó a través de Shere Neck, que era más grande de lo que Lori esperaba, y luego a una carretera sin señalizar que teóricamente conducía a Midian.

—¿Por qué quieren ir allí? —había querido saber el propietario del restaurante—. Ya no va nadie. Está vacío.

—Estoy escribiendo un artículo sobre la fiebre del oro —respondió Sheryl, una mentirosa entusiasta—. Ella es turista.

—Ha venido a admirar las vistas —fue la respuesta del hombre.

La observación era irónica, pero era más verdad de lo que suponía quien la había pronunciado. Era última hora de la tarde, con la luz dorada iluminando el camino de grava. Cuando la ciudad apareció a la vista y hasta que no llegaron a las propias calles, estaban seguras de haberse confundido de sitio porque no había ninguna ciudad fantasma tan acogedora como aquélla. Pero al ponerse el sol, aquella impresión cambió. Había algo desesperadamente romántico en las casas desiertas, pero la vista era desalentadora y bastante pavorosa. Al ver el lugar, el primer pensamiento de Lori fue:

—¿Por qué vendría aquí Boone?

Y el segundo:

—No vino por propia voluntad. Le perseguían. Fue un accidente que viniese a parar aquí.

Aparcaron en medio de la calle Mayor que, aparte de algún que otro callejón, era la única.

—No hace falta cerrar el coche —dijo Sheryl—. Nadie va a venir a robarlo.

Ahora que estaban allí, Lori estaba más contenta que nunca de la compañía de Sheryl. Su verborrea y su buen humor eran un desafío a aquel lúgubre sitio y mantenían a raya a todo lo que allí acechaba.

Los espectros podían vencerse con la risa, la desgracia estaba hecha de un tejido más inflexible. Por primera vez desde la llamada telefónica de Boone, sintió algo parecido al dolor del duelo. Era fácil imaginarse a Boone allí, solo y confuso, sabiendo que sus perseguidores se estaban acercando a él. Y todavía era más fácil encontrar el lugar donde le habían derribado a tiros. Los agujeros que habían hecho las balas perdidas estaban rodeados de marcas de tiza; las manchas y salpicaduras de sangre habían empapado los listones de madera del porche. Ella se quedó allí, fuera del lugar durante varios miñutos, incapaz de acercarse pero igualmente incapaz de alejarse. Sheryl se la llevó con mucho tacto a explorar: no había nadie que rompiera la hipnótica huella que la visión del lecho de muerte de Boone había dejado en ella.

Le había perdido para siempre. Y sin embargo no había lágrimas. Quizá las había expulsado ya en el lavabo del restaurante. Lo que ahora sentía alimentando su sentimiento de perfida era el misterio de que un hombre al que había conocido y amado —o amado y creído conocer— hubiera muerto allí por crímenes que ella nunca hubiese sospechado de él. Quizás era la rabia que sentía hacia él lo que le impedía llorar, sabiendo que pese a sus promesas de amor, él se había ocultado tanto de ella, y ahora estaba fuera del alcance de su demanda de explicación. ¿No podía haber dejado al menos una señal? Se encontró mirando las manchas de sangre y preguntándose si unos ojos más penetrantes que los suyos podrían encontrarles algún significado. Si se podían leer profecías en los posos del café, seguramente, la última marca que Boone había dejado en el mundo tendría algún significado. Pero ella no era intérprete. Los signos eran sólo uno de los misterios sin resolver, y el principal de éstos era el sentimiento que ella expresó en voz alta mientras miraba las escaleras:

—Todavía te quiero, Boone.

Se sentía confusa pues, a pesar de su rabia y su enfado, hubiera dado la vida que le quedaba para que él cruzara aquella puerta y la abrazase.

Pero no hubo réplica a su declaración, ni siquiera indirectamente. Ningún aliento espectral contra su mejilla, ningún suspiro en su oído. Si Boone estaba aún allí en cualquier forma fantasmal, estaba muerto y sin aliento, no liberado por la muerte, sino prisionero de ella.

Alguien pronunció su nombre. Levantó la vista.

—...yo crees? —estaba diciendo Sheryl.

—Perdona, ¿cómo decías?

—Es hora de irse —repitió Sheryl—. ¿No crees?

—Oh.

—No me hagas caso, ven.

—Gracias.

Lori tendió la mano, necesitaba apoyo. Sheryl la cogió.

—Has visto todo lo que tenías que ver, cariño —le dijo.

—Sí.

—Vámonos.

—¿Sabes? Aún no me parece *real* —dijo Lori—. Ni siquiera estando aquí de pie, ni viendo el sitio. No puedo creerlo. ¿Cómo puede ser tan... *irrecuperable*? Debe de haber alguna forma de que podamos alcanzarlo, ¿no crees?, alcanzarlo y tocarlo.

—¿A quién?

—Me refiero a la muerte. Si no, todo es tan absurdo, ¿no? Todo es de un sadismo absurdo —se deshizo del brazo de Sheryl, se puso la mano en la ceja y se la frotó con las puntas de los dedos—. Lo siento —dijo—. Estoy desvariando, ¿verdad?

—¿Sinceramente? No.

Lori le dedicó una mirada de disculpa.

—Oye —dijo Sheryl—, la vieja ciudad ya no es lo que era. Creo .que deberíamos irnos y dejar todo esto. ¿Qué dices?

—De acuerdo

—Sigo pensando... —Sheryl se detuvo—. No me gusta mucho esta compañía —dijo—. No os necesito —añadió rápidamente.

—¿A quién?

—A toda esa gente muerta —dijo.

—Encima de la colina hay un maldito cementerio.

—¿De verdad?

—No es una visión idónea para tu estado de ánimo —dijo Sheryl rápidamente. Pero por la expresión de Lori se dio cuenta de que no tenía que haberle suministrado la información.

—No quieres verlo —le dijo—. De verdad, no quieres.

—Sólo un par de minutos —dijo Lori.

—Si nos quedamos más rato tendremos que conducir en la oscuridad.

—Nunca más volveré aquí.

—Seguro que vuelves. A admirar las vistas. Magníficas vistas de casas de muertos.

Lori esbozó una leve sonrisa.

—Acabaré en seguida —dijo ella, empezando a bajar la calle en dirección al cementerio. Sheryl dudó. Se había dejado el jersey en el coche y empezaba a refrescar. Pero durante todo el tiempo que llevaban allí, no había podido evitar la sensación de que estaban siendo vigiladas. Estaba a punto de oscurecer y no quería quedarse sola en la calle.

—Espérame —dijo y alcanzó a Lori, que ya estaba mirando el muro del cementerio.

—¿Por qué es tan grande? —preguntó Lori en voz alta.

—Dios sabrá. Quizá murieron todos a la vez.

—¿Tantos? Es un pueblo pequeño.

—Es verdad.

—Y mira el tamaño de las tumbas.

—¿Debería impresionarme?

—¿Has entrado?

—No. Y no me gustaría entrar.

—Sólo un poco.

—¿Dónde he oído eso antes?

No hubo respuesta de Lori. Ya estaba ante las puertas del cementerio, metiendo la mano a través de la reja de hierro para abrir el picaporte. Lo consiguió. Empujando una de las puertas justo lo suficiente para poder deslizarse, entró. Sheryl la siguió de mala gana.

—¿Por qué tantas? —volvió a decir Lori. No era sólo curiosidad lo que reflejaba su voz. Aquel extraño espectáculo la movía a preguntarse de nuevo si Boone había aterrizado allí simplemente de un modo accidental o si Midian había sido su *destino*. ¿Había alguien enterrado allí a quien esperaba encontrar vivo? ¿O alguien ante cuya tumba quería confesar sus crímenes? Aunque todo eran conjeturas, las avenidas de tumbas parecían ofrecer una débil esperanza de comprensión de que la sangre que él había derramado no se perdería si ella se quedaba a observar hasta que anocheciera.

—Es tarde —le recordó Sheryl.

—Sí.

—Y yo tengo frío.

—¿Sí?

—Me gustaría irme, Lori.

—Ah... Lo siento. Sí. Desde luego. Está oscureciendo demasiado como para ver nada.

—Veo que te has dado cuenta.

Empezaron a alejarse de la colina hacia la ciudad. Sheryl abría el paso.

La poca luz que quedaba se había extinguido cuando llegaron a las afueras de la ciudad. Dejando que Sheryl se dirigiera hacia el coche, Lori se detuvo para echar una última mirada al cementerio. Desde su elevada perspectiva parecía una fortaleza. Quizá los altos muros impedían la entrada a los animales, pero parecía una precaución innecesaria. Los muertos estaban seguros bajo sus lápidas. Era más probable que los muros fueran la forma en que los vivos impedían que los muertos ejercieran poder sobre ellos. Dentro de aquel recinto, el suelo era sagrado para los que se habían ido, vigilado por sus nombres. Fuera, el mundo pertenecía a los vivos, que no habían dejado ninguna pista sobre aquellos a quienes habían perdido.

Ella no era tan soberbia. Aquella noche tenía mucho que decirles a los muertos y mucho que escuchar. Era una lástima.

Se volvió hacia el coche extrañamente vivificada. Sólo cuando las puertas estuvieron cerradas y el coche se puso en marcha, Sheryl dijo:

—Había alguien vigilándonos.

—¿Estás segura?

—Te lo juro. Lo he visto cuando iba hacia el coche. —Se estaba frotando los pechos vigorosamente— ¡Jesús, cuando tengo frío se me entumecen los pezones!

—¿Cómo era? —dijo Lori.

Sheryl se encogió de hombros.

—Estaba muy oscuro —dijo—. Ahora ya da igual. Como has dicho tú, no vamos a volver aquí nunca.

Era verdad, pensó Lori. Se alejarían conduciendo por una recta carretera y nunca mirarían atrás. Quizá los difuntos ciudadanos de Midian las envidiasen, tras sus muros fortificados.

IX. ALCANZADO

1

No fue difícil elegir el lugar donde hospedarse en Shere Neck, sólo había dos sitios disponibles y uno estaba ya de bote en bote con los compradores y vendedores de una feria de maquinaria agrícola que acababa de celebrarse. Algunos ocupaban ya habitaciones en el otro establecimiento: el «Sweetgrass Inn.». Si no hubiera sido por la forma de sonreír de Sheryl hubieran tenido que volver a marcharse, pero después de unas palabras, consiguieron una habitación doble que podían compartir. Era sencilla pero confortable.

—¿Sabes lo que solía decirme mi madre? —dijo Sheryl mientras colocaban en el cuarto de baño sus respectivos utensilios de toilette.

—¿Qué?

—Solía decir: ahí fuera hay un hombre para ti, Sheryl. Deambula por ahí con tu nombre escrito en él. Piensa que era una mujer que se pasó treinta años buscando a su hombre y nunca lo encontró. Pero siempre siguió creyendo en esa romántica idea. Ya sabes, el hombre de tus sueños está a la vuelta de la esquina. Y me lo pegó a mí, maldita sea.

—¿Todavía?

—Ay, sí. Todavía lo estoy buscando. Tendría que haber aprendido después de todo lo que me ha pasado. ¿Quieres ducharte tú primero?

—No. Pasa tú.

En la habitación contigua se había iniciado una fiesta y las paredes eran demasiado delgadas como para contener tanto ruido. Mientras Sheryl se duchaba, Lori se echó en la cama y repasó en su mente los acontecimientos del día. El ejercicio no duró mucho. Lo siguiente que supo fue que Sheryl la despertó de su sueño, una vez duchada y dispuesta para pasar una noche en la ciudad.

—¿Vienes? —le preguntó.

—Estoy demasiado cansada —dijo Lori—. Que pases un buen rato.

—Si es que hay buenos ratos que pasar —respondió Sheryl melancólicamente.

—Seguro que tú encontrarás la manera —le dijo Lori—. Así tendrás algo que contarme.

Sheryl prometió intentarlo y dejó a Lori para que descansara, pero de pronto ya no tenía sueño y sólo pudo dormitar un poco, interrumpida a intervalos por estallidos de ebrias risas estrepitosas de la habitación adyacente.

Se levantó a sacar de la nevera una soda con hielo y volvió a su desasosegado lecho con su acalórico tentempié nocturno. Tomaría un baño placentero, decidió, hasta que la bebida o el cansancio pacificasen a sus vecinos. Sumergida hasta el cuello en agua caliente sintió cómo se le distendían los músculos y cuando salió del agua, se sentía mucho mejor. El baño no tenía extractor y ambos espejos se habían empañado. Ella se sintió aliviada por la discreción. El catálogo de sus defectos era demasiado largo como para resistir otro autoescrutinio en aquel momento. Su cuello era demasiado grueso, su rostro demasiado delgado, sus ojos demasiado grandes, su nariz demasiado pequeña. El conjunto estaba lleno de excesos y cada intento suyo de mitigar los defectos simplemente los empeoraba. Su pelo, que se dejaba largo para disimular los pecados de su cuello, era tan oscuro y exuberante que al enmarcar su rostro le daba un aire enfermizo. Su boca, que era idéntica a la de su madre, era de un rojo natural, casi indecente, pero cuando intentaba mitigar el tono con un pintalabios más pálido, sus ojos aún parecían más grandes y vulnerables que nunca.

El conjunto de sus rasgos no dejaba de ser atractivo. Tenía más hombres a sus pies de los que hubiera querido. No, el problema era que su aspecto no se parecía a su forma de sentir. Tenía un rostro dulce y ella no era dulce, no quería ser dulce ni parecerlo. Tal vez las fuertes emociones que habían invadido en las últimas horas —al ver la sangre y las tumbas— dejarían su huella en ella con el tiempo. Así lo esperaba. El recuerdo de todo aquello se agitó en su interior y se sentía más rica aunque hubiera sido doloroso.

Aún desnuda, vagó por la habitación. Tal como esperaba, los de la otra habitación se habían

calmado. La música ya no era rock and roll sino algo más suave. Se sentó al borde de la cama y empezó a acariciarse los pechos de arriba abajo, disfrutando de su suavidad. Su aliento seguía el pausado ritmo de la música que llegaba a través del tabique, música para bailar mejilla contra mejilla, con los labios unidos. Se tumbó en la cama y su mano derecha se deslizó por su cuerpo. Le llegaba el olor del humo de los cigarrillos fumados durante meses sobre aquella colcha donde yacía. Hacía que la habitación pareciera un lugar público, con sus idas y venidas nocturnas. La idea de su desnudez en una habitación así y el olor de su piel fragante en aquella cama rancia le resultó muy excitante.

Introdujo los dedos índice y medio en su vulva, levantando ligeramente las caderas para facilitar la exploración. Era un goce que raramente se ofrecía; su educación católica había interpuesto la culpa entre sus dedos y su instinto. Pero aquella noche ella era una mujer distinta. Encontró rápidamente la abertura, puso el pie al borde de la cama y separó las piernas para permitir que sus dos manos pudiesen actuar.

No era Boone quien apareció en las primeras oleadas de su placer carnal. Los muertos son malos amantes. Era mejor olvidarle. Su rostro había sido hermoso, pero ella nunca podría volver a besarlo. Su pene también era hermoso, pero ella no podría acariciarlo ni volver a tenerlo dentro de sí. Sólo se tenía a sí misma y al placer por el placer. Esto era lo que se imaginaba: el propio acto que estaba realizando. Un cuerpo desnudo en una habitación rancia. Una mujer en una habitación disfrutando de su propia y extraña intimidad.

El ritmo de la música ya no la movía. Ella tenía su propio ritmo, levantando y cayendo, levantando y cayendo, subiendo cada vez más. No había clímax. Sólo altura y más altura, hasta que sintió que la recorría el sudor y la engulló aquella sensación. Se quedó echada unos minutos más. Luego, dándose cuenta de que el sueño la invadiría en seguida y de que no podía dormir en aquella posición, quitó todos los cobertores y dejó una simple sábana, apoyó la cabeza en la almohada y cayó en el espacio que había entre sus ojos cerrados.

2

El sudor enfriaba su cuerpo a través de la fina sábana. En su sueño, estaba en la necrópolis de Midian y el viento la azotaba por entre sus avenidas, desde todas las direcciones a la vez —norte, sur, este y oeste— helándola mientras fustigaba su pelo en torno a su cabeza y le recorría la blusa. El viento no era invisible. Tenía textura, como si arrastrase un peso de polvo y las motas fuesen directamente a sus ojos y a su nariz, abriéndose camino entre su ropa interior y su cuerpo por las mismas rutas.

Sólo cuando el viento la cegó completamente se dio cuenta de lo que era: los restos de los muertos, de los muertos antiguos, volando con vientos contrarios desde pirámides y mausoleos, desde criptas y dólmenes, osarios y hornos crematorios. Polvo de féretros y cenizas humanas, huesos desmigajados, todo volando hacia Midian y ocultando sus encrucijadas ante ella.

Sintió a los muertos en su interior. Detrás de sus párpados, en la garganta, arrastrándose hacia su útero. Y a pesar del frío y de la furia de la tormenta, no le daban miedo ni deseaba expulsarlos. Veía su calor y su feminidad y no los rechazaba.

—¿Dónde está Boone? —preguntó en sueños, convencida de que los muertos lo sabrían. Al fin y al cabo, él era uno de ellos.

Sabía que no estaba lejos de ella, pero el viento se hacía cada vez más fuerte y la azotaba desde todas direcciones, ululando alrededor de su cabeza.

—¿Boone? —volvió a decir—. Quiero a Boone. Dádmelo.

El viento la oyó. Su aullido se volvió más alto.

Pero alguien estaba cerca, impidiéndole oír la respuesta del viento.

—Está muerto, Lori —dijo la voz.

Intentó ignorar aquella estúpida voz y concentrarse en la interpretación del viento. Pero había perdido el hilo de la conversación y tuvo que volver a empezar.

—Es a Boone a quien quiero —dijo—. Tráemelo.

—¡No!

Otra vez la maldita voz.

Lo intentó por tercera vez, pero la violencia del viento se convirtió en otra violencia. La estaban sacudiendo.

—¡Lori, despierta!

Se aferró al sueño del viento. Tal vez todavía pudiera decirle lo que necesitaba saber, si podía resistir el asalto de la conciencia durante un momento más.

—¡Boone! —llamó otra vez, pero los vientos se alejaban de ella llevándose a los muertos consigo. Sintió su roce cuando salían de ella, de sus venas y sus sentidos. Fuera cual fuese su conocimiento, se lo estaban llevando consigo. Ella no podía retenerlos.

—¡Lori!

Se habían ido, todos se habían ido, arrastrados por la tormenta.

Sólo le quedaba abrir los ojos, sabiendo que encontraría a Sheryl ante ellos, hecha de carne y hueso, sentada al borde de la cama y sonriéndole.

—¿Una pesadilla? —le preguntó.

—No, no exactamente.

—Le estabas llamando.

—Ya lo sé.

—Tendrías que haber salido conmigo —dijo Sheryl—. Despojarte de su recuerdo.

—Tal vez.

Sheryl estaba radiante. Estaba claro que tenía noticias que darle.

—¿Has encontrado a alguien? —inquirió Lori.

La sonrisa de Sheryl se convirtió en una mueca.

—¿Quién lo iba a pensar? —dijo—. Mamá, tenía razón después de todo.

—¿Era él?

—Era él.

—Cuéntame.

—No hay mucho que contar. He salido buscando un bar y allí he conocido a este chico fantástico.

¿Quién lo iba a pensar? —repitió—. ¡En medio de estas malditas praderas! El amor viene a mi encuentro.

Su excitación era una dicha que compartir. Apenas podía contener su entusiasmo mientras le hizo a Lori un relato completo del romance nocturno. El nombre del hombre era Curtís, un banquero nacido en Vancouver, divorciado y recién trasladado a Edmonton. Según ella, eran tal para cual: signos astrológicos, gustos de comidas y bebidas, origen familiar. Y mejor aún, aunque habían hablado durante horas, él no había intentado convencerla de que se desnudase. Era un caballero: hablaba bien, era inteligente y anhelante de la sofisticada vida de la Costa Oeste, a la que pensaba volver cuando encontrase su compañera ideal. Quizás ella fuese esa persona.

—Volveré a verle mañana por la noche —dijo Sheryl—. Y si las cosas van bien quizás se quede unas semanas.

—Irán bien —repuso Lori—. Te mereces buenos tiempos.

—¿Volverás a Calgary mañana? —preguntó a Lori.

—Sí —fue la respuesta que dictó su mente. Pero el sueño estaba todavía ante ella, contestando de modo distinto—. Creo que primero volveré a Midian —dijo—. Quiero ver ese sitio otra vez.

Sheryl frunció el ceño.

—Por favor, no me pidas que te acompañe —le dijo—. No me apetece otra visita.

—No te preocupes —contestó Lori—. Me hace ilusión ir sola.



X. SOL Y SOMBRA

El cielo estaba despejado de nubes sobre Midian y el aire era efervescente. Todo el desasosiego que había sentido durante su primera visita había desaparecido. Aunque aquélla seguía siendo la ciudad en la que había muerto Boone, ella no podía odiarla. Era más bien al contrario: la ciudad y ella eran aliadas, pues ambas estaban marcadas por el paso de aquel hombre.

No había venido a visitar la propia ciudad, sino el cementerio, y no le decepcionó. El sol refulgía sobre los mausoleos y las agudas sombras embellecían su factura. Incluso la hierba que brotaba entre las tumbas tenía un tono verde más brillante en aquel día. No soplaban el viento de ningún punto cardinal, ni el aire tempestuoso que en su sueño arrastraba a los muertos. En el interior de los altos muros había una quietud extraordinaria, como si el mundo exterior no existiese. Aquél era un lugar sagrado para los muertos, que no eran los que habían cesado de vivir, sino que se convertían casi en otra especie y requerían ritos y oraciones que les pertenecían únicamente a ellos. Estaba rodeada por todas partes de aquellos signos: epitafios en inglés, francés, polaco y ruso, imágenes de mujeres cubiertas con velos y urnas diseminadas, santos sobre cuyos martirios ella sólo podía conjeturar, perros de piedra sobre las tumbas de sus amos, todo el simbolismo que acompañaba a aquella otra gente. Y cuanto más exploraba, más se sorprendía planteándose la misma pregunta del día anterior: ¿por qué era tan grande aquel cementerio? ¿Y por qué había tantas nacionalidades distintas en las tumbas que iba examinando? Pensó en su sueño, en el viento que había venido desde todos los puntos cardinales de la tierra. Era como si aquel sueño hubiera tenido algo profetico. La idea no le preocupaba. Si el mundo funcionaba así —a base de presagios y profecías—, entonces habría al menos un sistema, y ella había vivido demasiado tiempo sin tener ninguno. El amor le había fallado, quizás esto no le fallara.

Pasó una hora errando por las silenciosas avenidas hasta alcanzar el muro posterior del cementerio. Contra el muro había una hilera de tumbas de animales, gatos enterrados junto a pájaros, perros junto a gatos, en paz con los demás y convertidos en polvo. Era una extraña visión. Aunque sabía de otros cementerios de animales, nunca había oído que los animales yacieran en el mismo suelo sagrado que sus amos. ¿Pero debía sorprenderse por algo de lo que viera allí? El lugar era una ley en sí mismo, construido lejos de cualquiera que pudiese cuidarlo o condenarlo.

Volviendo desde el muro posterior, no pudo ver ningún rastro de la puerta principal, y tampoco recordaba cuál de aquellas avenidas conducía hasta allí. No importaba. Se sentía segura en aquel lugar desierto y había mucho por ver: sepulcros cuya arquitectura, elevándose sobre las demás, invitaba a la admiración. Escogiendo una ruta entre media docena de las más prometedoras, emprendió un ocioso viaje de vuelta. El sol calentaba aún más mientras ascendía hacia su mediodía. Aunque su marcha era lenta, empezó a sudar y se le secó rápidamente la garganta. Seguramente, no habría ningún camino corto hasta llegar a un lugar donde mitigar su sed. Pero pese a su garganta seca, no se apresuró. Sabía que nunca más volvería y quería irse con un recuerdo muy preciso.

A lo largo del camino, había varias tumbas que habían sido virtualmente cubiertas por los arbustos plantados frente a ellas. La mayoría siempre vivas, recordando la vida eterna, los arbollillos florecían en el aislamiento de los muros, bien alimentados por el rico suelo. En algunos casos, sus raíces extendidas habían quebrado las propias lápidas a las que tenían que dar sombra y protección. Lori encontró particularmente commovedoras aquellas escenas de ruinas y verdor. Se había rezagado frente a una de ellas cuando el perfecto silencio que reinaba se rompió.

Oculto tras el follaje, alguien o algo jadeaba. Ella se echó hacia atrás automáticamente, fuera de la sombra de los árboles y a pleno sol. El susto hizo latir furiosamente su corazón y su latido ahogaba a sus oídos el ruido que lo había espoleado. Tuvo que esperar unos instantes y aguzar el oído para asegurarse de que no lo había imaginado. No había error. Algo se escondía tras las ramas del árbol, que pesaban tanto con su carga de hojas que casi rozaban el suelo. Al escucharlo con más atención, se dio cuenta de que el sonido no era humano ni saludable. Su rudeza y su irregularidad hacían pensar en un animal agonizante.

Se quedó al calor del sol durante un minuto o más, mirando entre la masa de follaje y sombras, intentando captar la visión de la criatura. Hubo algún que otro movimiento: un cuerpo intentando enderezarse en vano, un pateo desesperado en el suelo mientras la criatura intentaba levantarse. Su desamparo la conmovió. Si no hacía lo que pudiera por él, el animal moriría ciertamente, sabiendo —y

esta idea fue lo que la puso en acción—que alguien había oído su agonía y había pasado de largo.

Volvió hacia la sombra. Por un momento, el jadeo cesó completamente. Quizá la criatura sintiera miedo de ella e interpretando su acercamiento como una agresión, se preparaba para un acto final de defensa. Dispuesta a retroceder ante garras y dientes, partió las ramas exteriores y escudriñó a través de la masa de ramas. Su primera impresión no fue visual ni auditiva, sino olfativa: un olor amargo y dulce que no le resultó desagradable, y su procedencia era la pálida criatura que ahora salía de la lóbrega sombra mirando a sus atónitos ojos. Era un animal joven, pensó, pero de ninguna especie conocida. Una especie de gato salvaje quizás, pero con la piel más parecida a la de un ciervo. La observó cauteloso. Su cuello estaba demasiado débil como para soportar el peso de su cabeza, delicadamente contorneada. Aunque la estaba mirando parecía sin vida. Con los ojos cerrados apoyó la cabeza en el suelo.

La profusión de ramas desafiaba cualquier aproximación. En vez de intentar acercarse, ella empezó a romperlas para poder coger a la criatura muriente. Eran de madera sólida y se resistían. A medio camino de la espesura, una rama especialmente salvaje le golpeó la cara con una fuerza tan punzante que ella lanzó un grito de dolor. Se llevó la mano a la mejilla. La piel se le había desgarrado en el lado derecho de la boca. Secándose la sangre, atacó la rama con renovado vigor, consiguiendo al fin alcanzar al animal. Casi respondía a su tacto, con los ojos momentáneamente abiertos y parpadeantes mientras ella lo cogía por el flanco, y luego volviendo a cerrarlos. No había trazas de ninguna herida, pero el cuerpo que yacía bajo su mano estaba tembloroso y febril.

Mientras luchaba por levantar al animal, éste empezó a orinar mojándole las manos y la blusa, pero aun así ella lo sostuvo como un peso muerto en sus brazos. Aparte de los espasmos que le recorrían el sistema nervioso, no le quedaba fuerza en los músculos: Sus miembros caían inertes, al igual que la cabeza. Sólo el olor que había percibido al principio tenía cierta fuerza y se intensificaba a medida que la criatura se acercaba a su fin.

Algo parecido a un sollozo llegó a sus oídos. Ella se estremeció.

Otra vez aquel sonido. En algún lugar a su izquierda y levemente ahogado. Ella retrocedió y salió de la sombra y de las siemprevivas, llevando consigo al animal agonizante. Cuando la luz del sol cayó sobre la criatura, ésta reaccionó con una virulencia que contrastaba con su debilidad aparente, y se le contrajeron extrañamente los miembros. Ella volvió a la sombra, guiada por su instinto más que por su capacidad de análisis y concluyendo que la luz era la responsable. Sólo entonces se volvió hacia la dirección de donde había venido el sollozo.

Más abajo, en la misma avenida, la puerta de uno de los mausoleos, una estructura maciza de mármol agrietado, estaba entreabierta, y en la columna de oscuridad de más allá, pudo ver vagamente una figura humana. Vagamente, porque iba vestida de negro y parecía llevar un velo.

No acababa de entender la escena. El animal agonizante atormentado por la luz, la mujer sollozante —seguramente era una mujer— en el umbral, vestida de luto. ¿Cuál era la relación?

—¿Quién es usted? —exclamó ella.

La doliente pareció retroceder hacia las sombras, pero luego se arrepintió y se acercó otra vez a la puerta abierta, aunque lo hizo con tanta precaución que empezó a aclararse la relación entre la mujer y el animal.

Ella también teme al sol, pensó Lori. Ellos estaban juntos, el animal y la doliente, y la mujer lloraba por la criatura que Lori llevaba en brazos.

Miró el pavimento que se extendía entre ella y el mausoleo. ¿Podía llegar hasta la puerta de la tumba sin tener que pasar por el sol ni acelerar así la muerte de la criatura? Quizá, si tenía cuidado. Planeó su ruta antes de moverse, empezó a cruzar hacia el mausoleo, utilizando las sombras como piedras en un río. No volvió a mirar a la puerta —estaba concentrada en proteger al animal de la luz—, pero podía sentir la presencia de la doliente deseando que ella llegase. Una vez, la mujer dijo algo, no una palabra sino un sonido suave, un sonido de arrullo, que no iba dirigido a Lori sino al animal muriente.

A unos cuatro o cinco metros de la puerta del mausoleo, Lori se atrevió a mirar. La mujer del umbral no podía esperar más. Salió de su refugio y sus brazos se desnudaron cuando la tela que la cubría cayó hacia atrás y su piel quedó expuesta a la luz del sol. Pero fue sólo un instante. Mientras sus dedos intentaban liberar a Lori de su carga se oscurecieron e hincharon como si se le hubieran magullado instantáneamente. La doliente dio un grito de dolor y casi cayó en la tumba mientras retiraba los brazos, pero no antes de que la piel se le abriera, cayéndole de los dedos motas de polvo amarillento, como polen, bajo la luz del sol, y depositándose en el suelo.

Segundos después; Lori estaba en el umbral y al atravesarlo entró en la oscuridad protectora. La habitación era apenas más que una antecámara. Dos puertas conducían respectivamente a una capilla y a una cripta bajo tierra. La mujer de luto estaba de pie ante esta segunda puerta, que estaba abierta, lo más lejos posible de la hiriente luz. Con la prisa, se le había caído el velo. Su rostro era huesudo,

delgado y demacrado, lo que prestaba a sus ojos una fuerza especial. Incluso en la esquina más oscura de la habitación, aquellos ojos captaban un reflejo de la luz de la puerta abierta, de modo que parecían brillar.

Lori no sentía ningún miedo. Era la otra mujer la que temblaba tocándose sus manos heridas por el sol y su mirada iba del rostro perplejo de Lori al animal.

—Me temo que está muerto —dijo Lori, ignorando el mal que afligía a aquella mujer, pero reconociendo el mismo pesar que ella misma había sentido hacía poco.

—No —dijo la mujer con serena convicción—. Ella no puede morir.

Sus palabras no eran una súplica, sino una constatación, pero la inmovilidad que había en los brazos de Lori parecía contradecir aquella certeza. Si la criatura no estaba muerta ya, sin duda le faltaba poco.

—¿Quiere traérmela? —preguntó la mujer.

Lori dudó. Pese a que el peso de aquel cuerpo le dolía en los brazos y ella quería cumplir con su deber, no quería cruzar la habitación.

—Por favor —dijo la mujer, tendiendo sus manos heridas.

Lentamente, Lori dejó la seguridad de la puerta y la luz del sol fuera. Pero cuando había bajado dos o tres escalones oyó el rumor de un susurro. Sólo podía venir de un sitio: las escaleras. Había gente en la cripta. Se detuvo mientras la invadían supersticiones de su infancia. Miedo a las tumbas, miedo a las escaleras que *bajaban*, miedo al otro mundo.

—No es nadie —dijo la mujer con el rostro dolorido—. Por favor, tráigame a Babette.

Como para animar a Lori, dio un paso alejándose de la escalera y empezó a murmurar hacia el animal al que había llamado Babette. Tal vez las palabras, la proximidad de la mujer o la fría oscuridad de la habitación motivaron una respuesta por parte de la criatura, un temblor le recorrió el espinazo como una descarga eléctrica, tan fuerte que Lori estuvo a punto de dejarla caer. El murmullo de la mujer se hizo más alto, como si estuviera regañando a la criatura agonizante, con una ansiedad cada vez más apremiante. Pero había un problema. Lori no quería acercarse a la entrada de la cripta ni la mujer a la puerta exterior, y en los segundos de estancamiento, el animal cobró nueva vida. Una de sus garras aferró un pecho de Lori, como retorciéndose en su abrazo.

El murmullo dio paso a un chillido:

—¡Babette!

Pero si la criatura lo oyó, no dio señales de ello. Su movimiento se hizo violento, una mezcla de espasmo y de sensualidad. Se estremeció un instante como torturada y al siguiente onduló como una serpiente desprendiéndose de su piel.

—¡*No mire! No mire!* —oyó decir a la mujer, pero Lori no podía apartar los ojos de aquella horrenda danza. Tampoco podía entregarle la criatura a la mujer, porque la zarpa la aferraba con tal fuerza que no podía separarse sin hacerse sangre.

Pero aquel *¡No mire!* tenía sentido. Ahora le tocó a Lori gritar aterrada mientras se daba cuenta de que lo que estaba sucediendo en aquella habitación desafía a la razón.

—¡Dios mío!

El animal se transformaba ante sus ojos. En la exuberancia del cambio de piel y los espasmos, perdía su bestialidad, no reorganizando su anatomía sino licuando su cuerpo —hasta los huesos— hasta que lo que había sido sólido se redujo a una confusión de materia. Aquél era el origen del olor dulce y amargo que ella había percibido entre los arbustos: el olor de la "disolución de la bestia. En el momento en que perdió su coherencia, la materia estaba preparada para desvanecerse, pero algo en su esencia —tal vez su voluntad o tal vez su *alma*— la hizo volver al acto de reconstruirse. La última parte de la bestia que se mezcló fue su garra y su desintegración envió una oleada de placer a través del cuerpo de Lori. Ello no le impidió darse cuenta de que su pecho se había liberado de la garra. Horrorizada, no podía soportar por más tiempo su carga y la arrojó en los brazos extendidos de la doliente como si fuera un montón de excrementos.

—Dios mío —dijo retrocediendo—. Dios mío, Dios mío.

En el rostro de la mujer ya no había horror, sólo dicha. Lágrimas de bienvenida rodaban por sus pálidas mejillas y caían sobre la mezzcolanza que sostenía. Lori miró hacia la luz de fuera. Después de la oscuridad del interior le resultó cegadora. Momentáneamente desorientada, cerró los ojos para adaptarse a los cambios de luz y sombra.

Fue el ruido de un sollozo lo que le hizo abrir los ojos. Esta vez no era la mujer, sino una niña, una niña de cuatro o cinco años que yacía desnuda en el lugar donde se había producido la transformación.

—Babette —dijo la mujer.

Imposible, replicó la razón. La delgada y blanca niña no podía ser el animal que ella había rescatado de debajo del árbol. Era un juego de manos o cualquier espejismo absurdo. Imposible, del todo imposible.

—Le gusta jugar por ahí fuera —estaba diciendo la mujer mientras miraba a la niña y luego a Lori—. Y yo se lo digo: nunca, nunca juegues al sol. No juegues al sol nunca. Pero es una niña y no lo comprende.

Imposible, repetía la razón. Pero en sus tripas, algo le decía a Lori que era verdad. El animal era real. La transformación había sido real. Ahora había una niña viva, llorando en brazos de su madre. Ella también era real. Cada momento que dedicaba a negar lo que sabía, era un momento perdido para su comprensión. Que su visión del mundo no pudiera asumir tal misterio sin quebrantarse era su responsabilidad, y un problema para otro día. Ahora simplemente quería salir a la luz, donde sabía que aquellas criaturas de forma cambiante temían seguirla. No se atrevía a apartar sus ojos de ellas hasta que estuviera al sol, de modo que se arrastró por la pared para guiarse hasta los escalones. Pero la madre de Babette quería retenerla todavía.

—Le debo algo... —dijo.

—No —replicó Lori—. No quiero nada... de ustedes.

Sentía una urgencia de expresar su repulsión, pero la escena de la reunión que se desarrollaba ante sus ojos —la niña tocando la barbilla de la madre y dejando de sollozar— era demasiado tierna. El disgusto se convirtió en desconcierto, miedo, confusión.

—Déjeme ayudarla —dijo la mujer—. Yo sé por qué ha venido hasta aquí.

—Lo dudo —dijo Lori.

—No pierda el tiempo aquí —replicó la mujer—. Aquí no hay nada para usted. Midian en un lugar para los Engendros de la Noche, sólo los Engendros de la Noche.

Su voz había bajado de volumen, era apenas un susurro.

—¿Los Engendros de la Noche? —preguntó Lori en voz más alta.

La mujer parecía afligida.

—Ssssst... —dijo—. No debería decirle esto. Pero se lo debo, es lo mínimo.

Lori se había detenido en su retirada hacia la puerta. Su instinto le indicaba que debía esperar.

—¿Conoce a un hombre llamado Boone? —dijo.

La mujer abrió la boca para responder. Su rostro era una mezcla de sentimientos contradictorios. Quería contestar, eso estaba claro, pero el miedo le impedía contestar. No importaba. Su duda era una respuesta suficiente. Conocía a Boone, o lo había conocido.

—Rachel.

Una voz emergió de la puerta que llevaba bajo tierra. Una voz de hombre.

—Venga aquí —le dijo—. No tiene nada que decir.

La mujer miró hacia las escaleras.

—Mister Lylesburg —dijo en tono formal—. Ella ha salvado a Babette.

—Lo sabemos —la respuesta surgió de la oscuridad—. Ya lo hemos visto. Pero venga aquí.

Nosotros, pensó Lori. ¿Cuántos otros habría allí abajo? ¿Cuántos *Engendros de la Noche*?

Confiada por la proximidad de la puerta al exterior, desafió a la voz que intentaba silenciar a su informadora.

—He salvado a la niña —dijo—. Creo que merezco algo a cambio.

Hubo un silencio en la oscuridad, luego brilló un puntito de brasa ardiente y Lori se dio cuenta de que Mister Lylesburg estaba de pie casi arriba de las escaleras, donde la luz del exterior le habría luminado, al menos ligeramente, si no hubiera sido porque las sombras se cernían de algún modo sobre él, manteniéndole invisible excepto su cigarrillo.

—La niña no tiene ninguna vida que salvar —le dijo a Lori—. Pero lo que tiene es suyo, si lo quiere —hizo una pausa—. ¿La quiere? Si es así, llévesela. Es suya.

La idea de aquel intercambio la horrorizó.

—¿Por quién me toma? —exclamó.

—No lo sé —replicó Lylesburg—. Es usted la que ha pedido una recompensa.

—Sólo quería que me contestaran unas preguntas —protestó Lori—. No quiero a la niña. No soy una salvaje.

—No —dijo la voz suavemente—. No lo es. Así que váyase. No tiene nada que hacer aquí.

Levantó el cigarrillo, y gracias a su débil luz Lori entrevió los rasgos de su interlocutor. Sintió que él quería descubrirse en aquel instante, quitándose el velo de sombras para encontrarse cara a cara con ella por un momento. Él, como Rachel, estaba demacrado, y su delgadez era aún más exagerada por la amplitud de sus huesos, concebidos para un revestimiento más grueso. Ahora, con los ojos hundidos en sus cuencas y los músculos de su rostro demasiado planos bajo su apergaminada piel, dominaban el arco de sus cejas, surcados y enfermizos.

—Esto no podría entenderse —dijo—. Usted no tenía que haberlo visto.

—Lo sé —respondió Lori.

—Entonces también sabrá que hablar de ello traería consecuencias fatales.

—No me amenace.

—No para usted —dijo Lylesburg—. Para nosotros.

Ella sintió cierta vergüenza de haberse confundido. No era ella la vulnerable, ella podía andar a la luz del sol.

—No diré nada —le dijo.

—Gracias —dijo él.

Alzó de nuevo su cigarrillo y el humo oscuro ocultó su rostro.

—Lo que hay abajo... —dijo desde detrás del velo—, permanecerá abajo.

Rachel suspiró suavemente al oír esto, mirando a la niña mientras la acunaba con dulzura.

—Váyase —le dijo Lylesburg, y las sombras que le ocultaban se movieron escaleras abajo.

—Tengo que irme —dijo Rachel y se volvió—. Olvide que estuvo aquí alguna vez. No puede hacer nada. Ya ha oído a mister Lylesburg. Lo que está abajo...

—... Permanecerá abajo. Sí, lo he oído.

—Midian es para los Engendros. Nadie de aquí la necesita...

—Sólo dígame —preguntó Lori—. ¿Está Boone aquí?

Rachel ya estaba junto a las escaleras y ahora empezó a descender.

—Está aquí, ¿verdad? —dijo Lori, abandonando la seguridad de la puerta abierta y cruzando la habitación hacia Rachel—. ¡Ustedes robaron el cuerpo!

Tenía un sentido terrible y macabro. Aquellos guardianes de tumbas, aquellos Engendros de la Noche impidiéndole a Boone que descansara en paz.

—¡Fueron ustedes! ¡Robaron su cuerpo!

Rachel hizo una pausa y miró a Lori, con el rostro apenas visible en la negrura de las escaleras.

—Nosotros no robamos nada —dijo, y en su respuesta no había rencor.

—¿Entonces dónde está? —preguntó Lori.

Rachel se volvió y las sombras la ocultaron totalmente.

—¡Dígamelo! ¡Por favor, por Dios! —gritó Lori tras ella. Súbitamente lloraba, en un torbellino de rabia, miedo y frustración—. ¡Dígamelo, por favor!

La desesperación la llevó escaleras abajo tras Rachel, convirtiendo sus gritos en súplicas.

—Espere... Hableme...

Bajó tres escalones, luego un cuarto. En el quinto se detuvo, o quizás fue su cuerpo el que se detuvo, los músculos de sus piernas se tensaron sin esperar sus instrucciones, rehusando llevarla un escalón más abajo en la oscuridad de la cripta. De pronto, se le puso la piel de gallina y el pulso le retumbaba en los oídos. Toda su fuerza de voluntad no habría podido vencer el imperativo animal que le prohibía bajar, lo único que podía hacer era quedarse allí pegada y mirar en la oscuridad. Hasta sus lágrimas se habían secado repentinamente y la saliva habla huido de su boca, de modo que tampoco podía hablar. Tampoco quería seguir gritando en la oscuridad, por miedo a convocar a las fuerzas que allí se ocultaban. Aunque no podía verles, sus tripas le decían que eran mucho más terroríficas que Rachel y su niña-bestezuela. El cambio de forma era un acto natural comparado con las otras técnicas que manejaban allí. Ella sintió su perversidad como una cualidad del aire. Lo aspiró y expiró. Le frotó los pulmones y aceleró su corazón.

Si habían cogido el cadáver de Boone como un juego no había forma de reclamarlo. Tendría que consolarse con la esperanza de que su espíritu estuviera en un lugar más radiante.

Derrotada, subió unos escalones más arriba, pero las sombras parecían reacias a abandonarla. Las sintió ondular por dentro de su blusa y engancharse de sus pestañas, un millar de pequeñas garras sobre ella, retrasando su retirada.

—No se lo diré a nadie —murmuró—. Por favor, dejad que me vaya.

Pero las sombras la retuvieron y su fuerza era una promesa de venganza si ella las desafiaba.

—Lo prometo —dijo ella—. ¿Qué más puedo hacer?

Y súbitamente capitularon. Ella no se había dado cuenta de cuan fuerte era su tirón hasta que desapareció. Ella retrocedió, subiendo las escaleras a la débil luz que venía de la antecámara. Dando la espalda a la cripta, corrió hacia la puerta y salió a la luz del sol.

Era una luz demasiado radiante. Se tapó los ojos y se apoyó agarrándose al soportal de piedra para acostumbrarse a la virulencia de la luz. Tardó varios minutos, de pie contra el mausoleo, temblando y tensándose alternativamente. Sólo cuando empezó a ver con los ojos semientornados, intentó andar, iniciando la ruta hacia la puerta principal, un laberinto de callejones sin salida y vías erróneas.

Pero cuando llegó, ya se había acostumbrado más o menos a la brutalidad de la luz y del cielo. Pero su cuerpo todavía no apoyaba la disposición de su mente. Las piernas se negaban a andar más de unos pasos colina arriba hacia Midian, amenazando con tirarla al suelo. Su sistema hacía cabriolas por el exceso de adrenalina. Pero al menos estaba viva. Durante un breve lapso de tiempo en las escaleras había corrido peligro. Las sombras que la retenían sosteniéndola por las pestañas, podían haberse

apoderado de ella, no tenía ninguna duda. Arrastrada hacia el otro mundo y muerta. ¿Por qué la habían liberado? Quizá porque había salvado a la niña, quizás porque había prometido guardar silencio y confiaban en ella. En cualquier caso, ignoraba los motivos de los monstruos y creía que los que vivían bajo el cementerio de Midian merecían dicho nombre. ¿Quién sino unos monstruos anidaban entre los muertos? Ellos podían llamarse a sí mismo Engendros de la Noche, pero ni las palabras ni los gestos de buena fe podían disfrazar su verdadera naturaleza.

Ella había escapado a los demonios —a cosas de desdicha y putrefacción— y hubiera ofrecido una oración de gracias por su liberación si el cielo no hubiera sido tan inmenso y brillante, y tan claramente desprovisto de dioses que pudieran escuchar.

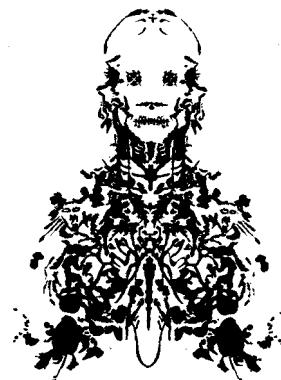


Tercera parte

ÉPOCAS SOMBRÍAS

... fuera en la ciudad, con dos pieles. El cuero y la carne. Tres, si cuentas la frente. Todas fuera para ser tocadas esta noche, sí señor. Todas preparadas para ser frotadas, acariciadas y amadas esta noche, sí señor.

CHARLES KID, *Colgado de un hilo*



XI. EL TERRENO ACECHANTE

1

Conduciendo de vuelta a Shere Neck, puso la radio a un volumen ensordecedor, para confirmar su existencia y para no perderse. Cada vez veía más claro que ciertas promesas no pueden mantenerse y que no podría resistir sin contarle su experiencia a Sheryl. ¿Cómo podía ser que no se le notara en la cara y en la voz? Estos miedos demostraron ser infundados. O bien ella era más cumplidora de lo que pensaba, o Sheryl era más insensible. En cualquier caso, Sheryl sólo le preguntó las cuestiones más superficiales de su segunda visita a Midian, antes de desviar el tema hacia Curtís.

—Quiero que lo conozcas —le dijo—. Sólo para asegurarme de que no estoy soñando.

—Me voy a casa, Sheryl —dijo Lori.

—Esta noche no te irás. Ya es demasiado tarde.

Tenía razón, el día estaba demasiado avanzado para que Lori se plantease un viaje de vuelta a casa. Y tampoco pudo inventarse ninguna razón para negarse a la petición de Sheryl sin ofenderla.

—No te sentirás como una carabina, te lo prometo —le dijo Sheryl—. Él me ha dicho que quería conocerte. Le he hablado de ti. Bueno... no le he contado *todo*. Pero ya sabes, lo suficiente sobre cómo nos conocimos —puso una cara afligida—. Dime que vendrás —dijo.

—Iré.

—¡Fabuloso! Ahora mismo le voy a llamar.

Mientras Sheryl iba a hacer su llamada, Lori aprovechó para ducharse. Al cabo de dos minutos había noticias sobre su cita de aquella noche.

—Nos encontraremos con él en un restaurante que él conoce, hacia las ocho —vociferó Sheryl—. Incluso traerá un amigo para ti...

—No, Sheryl...

—Creo que lo ha dicho en broma —fue la respuesta. Sheryl apareció en el cuarto de baño—. Tiene mucho sentido del humor —dijo—. Nunca sabes si está hablando en serio o en broma. Él es así.

Muy bien, pensó Lori, un cómico fallido. Pero había algo innegablemente reconfortante en volver con Sheryl y su pasión juvenil. Su interminable charla sobre Curtís sólo le dio a Lori un retrato del hombre como los que hacen los artistas callejeros: todo superficie sin contenido. Pero era la distracción perfecta para olvidar sus pensamientos sobre Midian y sus revelaciones. El atardecer estuvo tan lleno de buen humor y de los rituales de preparación para una noche en la ciudad, que de vez en cuando, Lori se sorprendió preguntándose si todo lo que había pasado en la necrópolis no había sido una alucinación. Pero tenía una prueba que confirmaba su recuerdo: el corte junto a su boca que le había inflingido la rama díscola. Era una señal pequeña, pero el agudo escozor que le seguía produciendo le impedía dudar de su mente. Ella había ido a Midian. Había sostenido a la cambiante criatura en sus brazos y se había quedado parada en las escaleras de la cripta mirando un miasma tan profundo que podía haber quebrantado la fe de un santo.

Aunque el profano mundo que había bajo el cementerio estuviera tan lejos de Sheryl y sus romances como la noche del día, no por ello era menos real. A la vez, le hubiera gustado orientar aquella realidad, encontrarle un lugar aunque desafiase toda lógica y todo sentido común. De momento, la guardaría en su mente con el corte como vigilante y disfrutaría de los placeres de la velada que venía.

2

—Es una broma —dijo Sheryl mientras estaban fuera del Hudson Bay Sunset—. ¿No te he dicho que tiene un extraño sentido del humor?

El restaurante que él había nombrado había sido completamente devorado por el fuego hacía unas pocas semanas, a juzgar por el estado de la madera.

—¿Estás segura de que tienes bien la dirección? —preguntó Lori.

Sheryl se echó a reír.

—Te digo que es una de sus bromas —le dijo.

—Entonces habrá que reírse —dijo Lori—. ¿Cuándo iremos a cenar?

—Probablemente nos está observando —dijo Sheryl, con un humor levemente forzado.

Lori miró a su alrededor buscando algún signo del *voyeur*. Aunque no había nada que temer en las calles de una ciudad como aquélla, ni siquiera en un sábado por la noche, el vecindario estaba lejos de ser acogedor. Todas las tiendas del edificio estaban cerradas, algunas permanentemente, y las aceras desiertas en ambas direcciones. No había ningún sitio donde esperar.

—No le veo —dijo.

—Yo tampoco.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Lori, haciendo lo posible por disimular su irritación. Si aquélla era la idea que Curtís tenía de pasar un buen rato, había que cuestionar el buen gusto de Sheryl, ¿pero cómo iba a juzgarla ella, que había amado y perdido a un psicópata?

—Debe de estar en alguna parte —dijo Sheryl esperanzada—. ¡Curtís! —le llamó, empujando la destrozada puerta.

—¿Por qué no le esperamos fuera de aquí, Sheryl?

—Probablemente estará dentro.

—Este sitio puede ser peligroso.

Su observación fue ignorada.

—*Sheryl*.

—Ya te he oído. Estoy bien —se había sumergido en la oscuridad del interior. El olor a madera y tapicería quemadas irritó la nariz de Lori.

—¡Curtis! —oyó decir a Sheryl.

Pasó un coche con el motor mal ajustado. Su ocupante, un joven prematuramente calvo se asomó por la ventanilla.

—¿Necesitan ayuda?

—No, gracias —contestó Lori, sin saber con certeza si la pregunta era por cortesía o era un pretexto. Más bien lo último, concluyó mientras el coche tomaba velocidad y desaparecía; la gente era igual en todas partes. Su ánimo, que había mejorado a pasos agigantados al volver con Sheryl, se estaba agriando. No le gustaba aquella calle vacía, a la luz agonizante del día. La noche, que siempre había sido un tiempo de promesas, pertenecía demasiado a los Engendros, que se habían apropiado de su nombre. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, toda la oscuridad era una. Del corazón de los cielos, una oscuridad. Incluso ahora, en Midian, se abrirían las puertas de los mausoleos, sabiendo que la luz del sol no les heriría. Se estremeció al pensarlo.

Más allá, en una de las calles, se oyó el motor del coche rugiendo y luego el chillido de los frenos. ¿Volvían los Buenos Samaritanos a echar una segunda ojeada?

—¡Sheryl! —gritó—. ¿Dónde estás?

La broma, si es que había sido una broma y no un error de Sheryl, había acabado con su humor hacia rato. Quería volver al coche y marcharse, de vuelta al hotel si hacía falta.

—¡Sheryl! ¿Estás ahí?

Hubo una risa en el interior del edificio, la risa gorgoteante de Sheryl. Sospechando su implicación en el fiasco, Lori atravesó la puerta en busca de los bromistas.

De nuevo oyó la risa, que se interrumpió cuando Sheryl dijo:

—¡Curtís! —en un tono de burlona indignación que acabó en nuevas risas. Así que su gran amor estaba allí. Lori consideró la posibilidad de volver a la calle, dirigiéndose al coche y dejando atrás aquellos estúpidos jueguecitos. Pero la idea de pasar la velada sola en la habitación del hotel, escuchando otras fiestas, la movió a dirigirse hacia los muebles quemados.

Si no hubiera sido por el brillo de las baldosas del suelo que proyectaban su luz hacia las vigas del techo, no se habría atrevido a avanzar. Pero más adelante apenas veía oscuramente los corredores donde había flotado antes la risa de Sheryl. Se abrió camino hacia allí. Habían cesado los ruidos. Debían de estar observando cada uno de sus pasos. Ella sentía sus miradas.

—Venga, chicos —dijo—. Se acabó la broma. Tengo hambre.

No hubo respuesta. Tras ella, en la calle, oyó gritar a los samaritanos. La retirada no era aconsejable. Avanzó a través del corredor.

Su primer pensamiento fue: sólo les había mentido en parte, aquello era efectivamente un restaurante. La exploración la había llevado a la cocina, donde seguramente se habría iniciado el fuego. También estaba embaldosada de blanco, con la superficie llena de humo pero aún lo bastante brillante como para reflejar el interior, que era amplio y con una extraña luminiscencia. Se quedó en el umbral y examinó la habitación. La cocina más grande estaba en el centro e hileras de utensilios pendían sobre ella, cortando la visión. Los bromistas debían de haberse escondido al otro lado de aquella hilera, era el único refugio que ofrecía la habitación.

A pesar de su ansiedad, sintió el eco de sus recuerdos de juegos de escondite. El primer juego, el más simple. Cómo le gustaba ser asustada por su padre, perseguida y finalmente atrapada. Si hubiera sido él el escondido ahora, se sorprendió pensando, esperando para abrazarla... Pero el cáncer se lo había llevado hacía mucho tiempo, un cáncer de garganta.

—¡Sheryl! —dijo—. ¿Dónde estás?

Mientras hablaba, siguió avanzando y pudo ver a uno de los jugadores, de forma que el juego se terminó.

Sheryl no estaba escondida, a menos que la muerte fuese una forma de escondite. Estaba en el suelo, apoyada en la cocina y la rodeaba una oscuridad demasiado apagada como para ocultarla, con la cabeza hacia atrás y su rostro abierto a cuchillazos.

—¡Dios mío!

Detrás de Lori hubo un ruido. Alguien venía a su encuentro. Era demasiado tarde para esconderse. La cogería. Y no unos brazos afectuosos, no sería su padre jugando al monstruo. Sería el monstruo mismo.

Se volvió para verle el rostro antes de que la alcanzase, pero lo que corría hacia ella era una mueca de trapo con boca de cremallera, dos botones en vez de ojos y todo cosido sobre sábana blanca y atado a la cabeza del monstruo tan tirante que su saliva humedecía un trozo alrededor de la boca. No veía su rostro pero sí sus dientes. Colgaban en lo alto de la cabeza, cuchillos brillantes con hojas finas como briznas de hierba que parecían a punto de cortarle los ojos. Ella se alejó de su alcance, pero en seguida volvió a tenerlo tras de sí, mientras aquella boca que había bajo la cremallera voceaba su nombre.

—Es mejor que abandones, Lori.

Las hojas se acercaban a ella, pero ella era más rápida. La máscara no parecía tener prisa, se acercaba a ella con paso firme, con una confianza obscena.

—Sheryl lo ha hecho mejor —dijo—. Se ha quedado quieta y me ha dejado hacer.

—Jódete.

—Quizás un poco más tarde.

Pasó una de las hojas a lo largo de la hilera de cazos colgantes, dando alardos y produciendo chispazos.

—Más tarde, cuando estés un poco más fría.

Él se rió, abriendo la cremallera.

—Hay que esperar una cosa.

Ella le dejó hablar mientras intentaba calcular qué posibles salidas tenía. Las perspectivas no eran buenas. La salida de incendios estaba bloqueada por maderas quemadas, su única salida era el pasillo abovedado por donde había entrado y la máscara se interponía entre ella y dicho pasillo, afilando sus dientes uno con otro.

Él empezó a acercarse otra vez. Esta vez no hizo ningún comentario, el tiempo de hablar se había terminado. Mientras se aproximaba, ella pensó en Midian. Seguramente no había sobrevivido a aquellos horrores para ser asesinada por un psicópata solitario. ¡Que se jodiera él mismo!

Cuando los cuchillos se acercaron a ella, Lori arrancó un cazo de la hilera y lo dirigió con fuerza hacia su rostro. Apenas dio en el blanco. Se sorprendió de su propia fuerza. La máscara se tambaleó y dejó caer uno de sus cuchillos. Pero no hubo ningún ruido detrás de la sábana. Simplemente, cambió el cuchillo de la mano derecha a la izquierda, movió la cabeza como para que dejase de zumbar y se precipitó rápidamente hacia ella. Ella apenas tuvo tiempo de alzar la cazucla como un escudo. La hoja cayó sobre su mano. Por un instante no hubo sangre ni dolor. Luego ambos llegaron profusamente y el cazo cayó a sus pies. Entonces él hizo un ruido, un ruido de arrullo y la inclinación de su cabeza

sugería que estaba mirando la sangre, como si corriese hacia la herida que él había originado.

Ella miró hacia la puerta, calculando el tiempo que tardaría en llegar y la velocidad de su perseguidor. Pero antes de que pudiera actuar, la máscara empezó su último avance. No había alzado el cuchillo, ni tampoco alzó la voz al hablar:

—Lori, tú y yo tenemos que hablar.

—Apara ese maldito cuchillo.

Para su sorpresa, él obedeció su orden. Ella consideró el poco tiempo que tenía para recoger el otro cuchillo del suelo. Su mano herida la hacía menos eficaz, pero él ofrecía un gran blanco. Podía hacerle daño, preferiblemente en el corazón.

—Con él he matado a Sheryl —dijo—. Lo hubiera dejado si hubieras estado tú.

Tenía el filo pegado a la palma.

—Sí, esto ha rajado a la pequeña Sheryl. De oreja a oreja —continuó—. Y ahora tiene tus huellas por todas partes. Tendrías que llevar guantes, como yo.

El pensamiento de lo que había hecho aquella hoja la llenó de consternación, pero no podía cogerlo y siguió desarmada.

—Desde luego, podrías seguir inculpando a Boone —estaba diciendo la máscara—. Dile a la Policía que fue él.

—¿Qué sabes de Boone? —dijo ella. ¿Acaso no le había jurado Sheryl que no le había contado nada de su amante?

—¿Sabes dónde está? —preguntó la máscara.

—Está muerto —contestó ella.

La cara cosida negó con un temblor.

—No, me temo que no. Se levantó y se fue. ¿Te lo imaginas? El hombre estaba lleno de agujeros de balas. Tú viste la sangre que derramó...

Nos estaba vigilando todo el tiempo, pensó. *Nos siguió hasta Midian el primer día*. ¿Pero por qué? Aquello era lo que tenía que descifrar. ¿Por qué?

—... Toda aquella sangre, todas aquellas balas y todavía no se ha muerto.

—Alguien robó el cuerpo —dijo ella.

—No —fue la respuesta—. No fue así.

—¿Quién demonios es usted?

—Buena pregunta. No hay razón para que no tengas una respuesta.

Su mano fue a su rostro y apartó la máscara. Tras ella estaba Decker, sudoroso y sonriente.

—Me gustaría haberme traído la cámara —dijo—. La cara que has puesto.

Ella no podía abofetearle, aunque odiaba divertirle. El shock le hizo abrir la boca como un pez. Decker era Curtís, el Mister Magnífico de Sheryl.

—¿Por qué? —le preguntó.

—¿Por que qué?

—¿Por qué ha matado a Sheryl?

—Por la misma razón que maté a todos los demás —dijo ligeramente, como si la pregunta le hubiera molestado mucho. Luego añadió muy serio—: Por divertirme, naturalmente. Por placer. Boone y yo solíamos hablar mucho del por qué. Escarbando muy hondo, ya sabes, intentando comprender. Pero la realidad es que yo lo hice porque me gusta.

—Boone era inocente.

—Es inocente, se esconde donde se esconde. Lo cual es un problema porque él conoce los hechos reales y uno de estos días puede encontrar a alguien y convencerle de la verdad.

—¿Entonces usted quiere detenerle?

—¿Y quién no querría? Con lo que me costó dar con él para que muriera como culpable a ojos de todos. Incluso le disparé yo mismo una bala y todavía pudo levantarse y marcharse.

—Ellos me dijeron que se había muerto. Estaban totalmente seguros.

—El depósito fue abierto *desde dentro*. ¿Te contaron eso? Sus huellas dactilares estaban en el picaporte, las huellas de sus zapatos en el suelo, ¿te contaron eso? No, claro que no. Pero yo te lo digo. Yo lo sé. Boone está vivo. Y tu muerte le hará salir de su escondite. Me apuesto lo que quieras. Tendrá que salir a la luz.

Lentamente, mientras hablaba, iba levantando el cuchillo.

—Es lamentable.

Súbitamente estaba frente a ella. Ella se puso la hoja que había matado a Sheryl entre ella y su perseguidor. Eso le hizo ir más despacio, pero no evitó que se acercase.

—¿De verdad puedes hacerlo? —le dijo—. No lo creo. Y te hablo por experiencia. La gente es *escrupulosa* incluso cuando su vida está en peligro. Y ese cuchillo, desde luego, ya se ha hundido en la pobre Sheryl. Tendrías que clavármelo muy hondo para causarme alguna impresión.

Hablabía casi en broma y seguía avanzando.

—Aunque me gustaría ver cómo lo intentas —dijo—. De verdad. Me gustaría verte intentarlo.

Por el rabillo del ojo, ella había visto que había pilas de platos apenas a unos centímetros de su codo. ¿Le daría eso tiempo suficiente' como para llegar a la puerta? No había duda de que si luchaba en un combate a cuchillo con aquel maníaco, ella perdería. Pero todavía podía escapar de él.

—Venga. Inténtalo. Mátame si puedes. Por Boone. Por el pobre y loco Boone.

Mientras las palabras se confundían con las risas, ella alargó su mano herida hacia los platos, los cogió y los empujó al suelo frente a Decker. Siguió una segunda pila y una tercera, y los fragmentos de porcelana volaban en todas direcciones. Él dio un paso atrás y se llevó las manos a la cara para protegerse. Ella aprovechó la oportunidad corriendo hacia el pasillo. Lo atravesó y cruzó al restaurante antes de oír a su perseguidor. Pero ya había llegado a la puerta exterior y salió a la calle. Una vez en la acera se volvió a la puerta por donde él tenía que salir. Pero él no tenía intención de seguirla a plena luz.

—Zorra lista —dijo él desde la oscuridad—. Te atraparé. Cuando tenga a Boone volveré a por ti en un abrir y cerrar de ojos.

Con los ojos todavía fijos en la puerta, ella retrocedió por la acera hasta el coche. Sólo entonces se dio cuenta de que aún llevaba el arma mortal y lo agarraba tan fuerte que casi se le había pegado. Lo único que podía hacer era llevárselo consigo y entregarlo como prueba a la Policía. De vuelta al coche, abrió la puerta y entró y sólo se volvió a mirar el edificio incendiado cuando hubo cerrado las puertas. Entonces dejó el cuchillo en el asiento de al lado, puso el motor en marcha y se alejó.

3

Se planteó el siguiente dilema: ir a la Policía o a Midian. Una noche de interrogatorio o regresar a la necrópolis. Si elegía lo primero, no podría avisar a Boone de que Decker iba tras él. Pero, ¿y si Decker había mentido y Boone no había sobrevivido a las balas? Entonces no sólo se estaría alejando del lugar del crimen sino que además se pondría al alcance de los Engendros, y sería en vano.

El día anterior habría elegido acudir a las autoridades. Hubiera confiado en sus procedimientos para aclarar los misterios, ellos hubieran creído su historia y Decker hubiera sido entregado a la justicia. Pero el día anterior ella creía que las bestias eran bestias y los niños, niños. Pensaba que sólo los vivos habitaban la tierra y que existía la paz. Pensaba que los médicos curaban y cuando el loco se hubiera quitado la máscara habría dicho: «es el rostro de un loco».

Todo aquello era un error. El viento se había llevado las creencias de ayer. Cualquier cosa era posible.

Boone podía estar vivo.

Condujo hacia Midian.

XII. ARRIBA Y ABAJO

1

En la autopista la asaltaron visiones producidas por los efectos retardados del shock y de la pérdida de sangre de su mano herida y vendada. Empezaron a caer como copos de nieve sobre el parabrisas, copos tan refulgentes que desafían el cristal y volaban hacia ella, gimoteando. Mientras su estado de ensueño empeoraba, creyó ver rostros volando hacia ella, y embriones de vida como fetos que susurraban al caer. El espectáculo no le inquietó, al contrario. Parecía confirmar una idea creada por su mente alucinada: que ella, como Boone, estaba viviendo una vida hechizada. Nada podría hacerle daño, al menos aquella noche. Su mano cortada estaba tan agarrotada que ya no podía asir el volante y lo dejaba navegar por una carretera oscura, con una sola mano en el acelerador, pues si el destino la había dejado sobrevivir al ataque de Decker no sería simplemente para dejarla morir en la autopista.

Había una reunión en el aire. Por eso venían las visiones, corriendo con los reflectores y saltando sobre el coche para caer sobre ella en chorros de luces blancas. Le daban la bienvenida.

A Midian.

2

En una ocasión miró al retrovisor y vio un coche detrás con las luces apagadas. Pero cuando volvió a mirar ya se había ido. Quizá nunca había estado allí. Más adelante se extendía la ciudad, con las casas ocultas por sus faros. Ella condujo por la calle principal hasta las puertas del cementerio.

Los efectos mezclados de la pérdida de sangre y el agotamiento habían hecho desvanecerse todos sus temores hacia aquel lugar. Si podía sobrevivir a la maldad de los vivos, también sobreviviría a la de los muertos o a la de sus compañeros. Y Boone estaba allí, aquella esperanza se había convertido en certidumbre mientras conducía. Boone estaba allí y al fin podría cogerle en sus brazos.

Salió del coche y sintió que la invadía el desánimo.

—Adelante... —se dijo.

Las luces aún se dirigían hacia ella aunque ya no se movía, pero todos los detalles se habían desvanecido. Sólo quedaba su brillo, su ferocidad amenazando con barrer el mundo entero. Sabiendo que el colapso total estaba cerca, cruzó las puertas llamando a Boone por su nombre. Obtuvo una respuesta inmediata, aunque no era la que esperaba.

—¿Está aquí? —preguntó alguien—. ¿Está Boone aquí?

Agarrándose a la puerta, volvió la cabeza y a través de la ola de luz vio a Decker, que estaba de pie a unos metros de ella. Detrás de él estaba su coche sin luces. A pesar de su estado de confusión, comprendió cómo la había utilizado. Decker la había dejado escapar sabiendo que ella buscaría a Boone.

—¡Qué estúpida! —se dijo.

—Claro, claro. ¿Y qué ibas a hacer? Seguro que pensabas que podrías salvarle.

Ella no tenía la fuerza ni la capacidad mental para resistir a aquel hombre. Empujando el picaporte de las puertas, entró en el cementerio.

—¡Boone! —gritó—. ¡Boone!

Decker no fue tras ella en seguida, no lo necesitaba. Ella era un animal herido en busca de otro animal herido. Miró hacia atrás y le vio buscar su revólver a la luz de sus faros. Luego abrió más la puerta y empezó a perseguirla.

Ella apenas podía ver las avenidas que tenía frente a sí, cegada por la luz de su cabeza. Era como una ciega, llorando y tambaleándose, sin saber si Decker estaba detrás o delante. En cualquier momento podía eliminarla. Una bala y su hechizada vida llegaría a su fin.

3

Bajo tierra, los Engendros oyeron su llegada con los sentidos atenazados por el pánico y la desesperación. También conocían las pisadas del cazador, las habían oído tras ellos demasiado a menudo. Ahora esperaron compadeciendo a la mujer en sus últimos momentos, pero demasiado codiciosos de su refugio como para arriesgarlo. Había muy pocos lugares ocultos donde los monstruos pudieran encontrar paz. No pondrían en peligro su morada de ermitaños por una vida humana.

Pero aún así les dolía oír sus llamadas y sus súplicas. Y para uno de ellos el sonido era casi insoportable.

—Déjame ir por ella.

—No puedes. Sabes que no puedes.

—Puedo matarle. ¿Quién sabrá nunca que había venido?

—Tal vez no esté solo. Puede haber otros esperándole tras los muros. Recuerda cómo vinieron a por ti.

—No puedo dejarla morir.

—¡Boone! ¡Dios mío, por favor!

Era peor de lo que nunca había sufrido, oírla llamándole y sabiendo que la ley de Midian no le dejaría contestar.

—¡Escúchala, por Dios! —dijo—. Escúchala.

—Cuando te acogimos hiciste unas promesas —le recordó Lylesburg.

—Lo sé. Lo comprendo.

—Lo dudo. No se pueden tomar a la ligera, Boone. Si las rompes, no pertenecerás a ningún sitio. Ni a nosotros ni a ellos. —Me estás pidiendo que escuche cómo muere. —Tápate los oídos. Pronto habrá terminado.

4

Ya no le quedaba aliento para llamarle. No importaba. Él no estaba allí. Y si estaba, estaría muerto bajo tierra, descomponiéndose. Más allá de la ayuda, de la entrega y la posesión.

Ella estaba sola y el hombre de la pistola se estaba acercando a ella.

Decker cogió la máscara del bolsillo, la máscara de botones tras la cual se sentía a salvo. Ah, cuántas veces en aquellos días agotadores con Boone, enseñándole las fechas y lugares de los asesinatos que había heredado, cuando Decker rebosaba de orgullo y casi deseaba reivindicar sus crímenes. Pero necesitaba la cabeza de turco más que la emoción fugaz de la confesión, para mantener controladas las sospechas. Si Boone hubiera admitido los crímenes todo hubiera acabado ahí. Al mismo tiempo, la máscara hubiera empezado a hablarle a su dueño otra vez, pidiéndole que la llenase de sangre, y los crímenes se hubieran reanudado. Aunque primero, Decker tenía que encontrar otro nombre y otra ciudad para abastecerse. Boone había echado por tierra sus cuidadosos planes, pero no le daría la oportunidad de contar lo que sabía. El viejo Cara de Botón acabaría con él.

Decker se puso la máscara. Olió su excitación. Tan pronto como respiraba en ella se acercaba al clímax. No al pequeño clímax del sexo, sino al de la muerte, el clímax de la muerte. La máscara olía el aire por él incluso a través del espesor de sus pantalones y de su ropa interior. Olía a la víctima que corría delante de él. A la máscara no le importaba que su presa fuera mujer, sentía la misma excitación con cualquiera. A veces, sentía una debilidad por los viejos, que se meaban en los pantalones mientras intentaban huir, a veces por las jóvenes, otras por las mujeres o por los niños. El viejo Cara de Botón miraba con los mismos ojos amenazadores a la humanidad entera.

Aquella mujer que corría ante él en la oscuridad no significaba para la máscara más que ninguno de los otros. Una vez les invadía el pánico y corrían, todos eran iguales. Él la seguía con paso firme; era una de las marcas de fábrica de Cara de Botón, el paso del ejecutor. Y ella corría ante él, y sus súplicas degeneraban en jadeo y mucosas. Aunque ya no le quedaba aliento para llamar a su héroe, sin duda aún rezaba para que acudiera a ella. Pobre perra. ¿No sabía que nunca se mostraban? Él había oído llamar, suplicar, rogar, a los sacrosantos padres y madres, a los campeones y los intermediarios, y ninguno había aparecido.

Pero su agonía acabaría pronto. Un tiro en la nuca la derribaría y entonces él cogería el cuchillo grande, el pesado cuchillo, y lo llevaría a su rostro del mismo modo en que lo había hecho con todos. Cris eras, cris eras, como los rayos de sus ojos, porque sólo debía verse carne sin rostro.

¡Ah! Ella estaba cayendo. Demasiado cansada como para seguir corriendo.

Abrió la boca de acero del viejo Cara de Botón y le habló a la joven caída:

—Estate quieta —dijo—. Así será mucho más rápido.

Ella intentó levantarse por última vez, pero sus piernas la habían abandonado completamente y la luz blanca se estaba consumiendo. Aturdida, volvió la cabeza en dirección a la voz de Decker y entre las olas blancas, vio que llevaba puesta la máscara. Su rostro era el rostro de la muerte.

Él levantó la pistola.

Ella sintió un temblor en el suelo que había bajo su cuerpo. ¿Era acaso el sonido de un disparo? Ya no podía ver la pistola, ni a Decker. Una ola final le había barrido de su vista. Pero su cuerpo sintió el impacto de la tierra y a través del gemido que había en su cabeza, oyó a alguien pronunciar el nombre del hombre al que ella esperaba encontrar allí.

—;Boone!

Ella no oyó la respuesta o quizás no la hubo, pero la llamada se repitió como si el eco la devolviera desde la tierra.

Antes de que pudiera reunir sus últimas fuerzas para localizar la llamada, su brazo bueno cedió y ella cayó boca abajo en el suelo.

Cara de Botón caminó hacia su presa, decepcionado de que la mujer no estuviera consciente para escuchar su bendición final. Le gustaba ofrecer unas pocas palabras inteligentes en el penúltimo instante, palabras que nunca planeaba pero que surgían como poesía de la boca de cremallera. A veces se reían de su sermón y entonces él se volvía cruel. Pero si lloraban, y solían hacerlo a menudo,

él lo tomaba en cuenta y hacía que el último momento, el definitivamente último, fuese rápido y sin dolor.

Le dio una patada a la mujer en la espalda para ver si podía despertarla de su sueño. Y sí, sus ojos parpadearon abriendose ligeramente.

—Bien —dijo, apuntando con la pistola a la cara.

Cuando sintió que la sabiduría le llegaba a los labios, oyó el gruñido. Por un instante, apartó la vista de la mujer. De alguna parte llegaba un viento silencioso que agitaba los árboles. El suelo gemía bajo sus pies.

La máscara no fue tocada. El viento erró por entre las tumbas pero no le levantó ni un pelo de la nuca. Él era la Nueva Muerte, su rostro actual: ¿Qué daño podía amenazarle?

Se echó a reír del melodrama. Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

A sus pies, la mujer empezó a gemir. Era tiempo de acallarla. Apuntó a su boca abierta.

Cuando reconoció la palabra que ella estaba pronunciando, la oscuridad que había frente a él se abrió y aquella palabra dio un paso fuera de su escondite.

—Boone —decía ella.

Y era.

Emergió de entre las sombras de los árboles trémulos, vestido tal como lo recordaba la máscara, con una camiseta y pantalones vaqueros. Pero había un brillo en sus ojos que la máscara no recordaba, y andaba —a pesar de las balas que le habían agujereado— como un hombre que nunca en su vida hubiese conocido el dolor.

Era misterio suficiente, pero había más. Incluso cuando apareció ante sus ojos, empezó a *cambiar*, exhalando un velo de humo que transformó su carne en una fantasía.

Era su cabeza de turco. Todavía no. En absoluto.

La máscara bajó la vista hacia la mujer para comprobar que compartía su visión, pero ella había caído en la inconsciencia. Tuvo que confiar en lo que sus ojos cosidos le decían y le dijeron horrores.

Los tendones de los brazos de Boone y su cuello ondeaban entre la luz y la oscuridad, sus dedos crecían más y más, su rostro, tras el humo que exhalaba, parecía correr con confusos filamentos que describían una forma oculta en el interior de su cabeza, donde se unían músculo y huesos.

Y fuera de aquella confusión, una voz. No era la voz que recordaba la máscara. No era la voz de su cabeza de turco, impregnada de culpa. Era un grito de furia.

—*Eres hombre muerto, Decker!* —gritó el monstruo.

La máscara odiaba aquel nombre, *Decker*. El hombre era sólo una vieja llama que había ardido una vez. En un ardor como aquél, con el clímax de la muerte tan alto, el viejo Cara de Botón apenas podía recordar si el doctor Decker estaba vivo o muerto.

Pero el monstruo volvió a llamarle por aquel nombre.

—¿Me oyes, *Decker*? —dijo.

«Pedazo de bastardo —pensó la máscara—. Especie de engendro, aborto hijo de perra.» Apuntó con la pistola hacia su corazón. Había terminado de exhalar sus transformaciones y se erguía frente a su enemigo entero, si una cosa nacida del cuchillo de un carnicero podía llamarse entera. Infantado por una loba y un payaso, era ridículo. No habría bendición para aquél, decidió la máscara. Sólo el escupitajo de aquella cabeza híbrida cuando estuviera muerto en el suelo.

Sin pensar más, disparó.

La bala abrió un agujero en el centro de la camiseta de Boone y en la cambiante carne que había debajo, pero la criatura sólo hizo una mueca.

—Ya lo intentaste otra vez, *Decker* —dijo Boone—. ¿No has aprendido aún?

—No soy *Decker* —replicó la máscara y volvió a disparar. Otro agujero se abrió bajo el primero, pero no salió sangre de ninguno de los dos.

Boone había empezado a avanzar hacia el arma. No iba de prisa, sino con paso firme que la máscara reconoció como su propio paso de ejecutor. Podía oler la suciedad de la bestia, incluso a través de la sábana que cubría su rostro. Era dulce y amarga y le enfermaba el estómago.

—Estate quieto —le dijo el monstruo.

—Así será más rápido.

El paso copiado del suyo ya era bastante insultante, pero oír la pureza de sus propias palabras en aquella garganta antinatural desazonó a la máscara. Gimió tras la tela y apuntó con la pistola a la boca de Boone. Pero antes de que pudiera disparar contra la ofensiva lengua de Boone, unas abultadas manos le alcanzaron y sujetaron el arma. Mientras se la arrancaba, la máscara apretó el gatillo disparando a la mano de Boone. Las balas le arrancaron el dedo pequeño. La expresión de su rostro se oscureció con disgusto. Separó el arma de las manos de la máscara y la arrojó lejos. Luego *alcanzó a su mutilador* y lo acercó a él.

Enfrentado a una destrucción inminente, la máscara se separó de quien la llevaba. El viejo Cara de

Botón no creía que pudiese morir. Decker sí. Sus dientes castañeteaban contra la jaula que los encerraba mientras él empezaba a suplicar.

—Boone... no sabes lo que estás haciendo.

Sintió cómo la máscara se tensaba en su cabeza furiosa de su cobardía, pero él habló, intentando recobrar aquel tono sereno que utilizara una vez con aquel hombre.

—Estás enfermo, Boone.

«No supliques —oyó decir a la máscara—, no te atrevas a suplicar.»

—¿Y tú podrás curarme? —dijo el monstruo.

—Claro que sí —contestó Decker—. Desde luego. Sólo tienes que darmel un poco de tiempo.

La mano herida de Boone agarró la máscara.

—¿Por qué te escondes detrás de esta cosa? —le preguntó.

—Me obliga a ocultarme. Yo no quiero, pero ella me obliga.

La furia de la máscara no tenía límites. Chillaba en la mano de Boone, oyendo cómo él traicionaba a su maestro. Si sobrevivía a aquella noche, le exigiría la compensación más vil por sus mentiras. Él pagaría alegremente, mañana. Pero ahora tenía que vengar a la bestia para vivir más.

—Debes sentir lo mismo qué yo —dijo—. Debajo de esa piel que tienes que llevar.

—¿Lo mismo? —dijo Boone.

—Atrapado. Obligado a derramar sangre. Tú no quieras derramar sangre y yo tampoco.

—No entiendes —dijo Boone—. No estoy detrás de esta cara. Yo soy esta cara.

Decker negó con la cabeza.

—No lo creo. Creo que en alguna parte, todavía eres Boone.

—Boone está muerto. Boone fue derribado a tiros frente a ti. ¿Te acuerdas? Tú mismo le disparaste.

—Pero sobreviviste.

—Vivo no.

El corpachón de Decker estaba temblando, pero ahora dejó de temblar. Todos sus músculos se tensaron, como si se aclarasen todos los misterios.

—Tú me llevaste a manos de los monstruos, Decker. Y me he convertido en uno de ellos. No monstruos de tu especie. No monstruos sin alma —se acercó mucho a Decker, con el rostro a unos pocos centímetros de la máscara—. Estoy muerto, Decker. Tus balas no me hacen daño. Llevo a Midian en mis venas. Eso significa que me curo a mí mismo una y otra vez. Pero tú...

La mano que agarraba la máscara arrugó la tela.

—Tú, Decker..., cuando mueras, morirás. Y quiero ver tu cara mientras eso ocurre.

Boone tiró de la máscara. Estaba muy bien sujetada y no cedió. Tuvo que clavar sus garras para rasgarla y abrirla descubriendo los sudorosos rasgos que había debajo. ¿Cuántas horas había pasado mirando aquel rostro, dependiendo de cada destello de aprobación suya? Tanto tiempo perdido. Aquella era la verdadera condición del doctor: perdido, débil y sollozante.

—Tenía miedo —dijo Decker—. Entiendes eso, ¿verdad? Iban a encontrarme y castigarme. Necesitaba culpar a alguien

—Elegiste al hombre equivocado.

—¿Hombre? —dijo una voz suave desde la oscuridad—. ¿Puedes llamarte a ti mismo hombre?

Boone corrigió:

—Monstruo.

Siguieron risas. Luego:

—¿Vas a matarle o no?

Boone apartó la vista de Decker hacia el que hablaba, acuclillado sobre una tumba. Su rostro era una masa de tejido desgarrado.

—¿Se acuerda él de mí? —le preguntó aquel hombre a Boone.

—No sé. ¿Te acuerdas? —le preguntó Boone a Decker—. Se llama Narcisse.

Decker lo miró.

—Otro de la tribu de Midian —dijo Boone.

—No estaba seguro de pertenecer a ella —musitó Narcisse—. Hasta que me quité las balas de la cara. Seguía pensando que era un sueño.

—Asustado —dijo Boone.

—Lo estaba. Ya sabes lo que hacen las balas a los hombres naturales.

Boone asintió.

—Mátalo —dijo Narcisse—. Cómete sus ojos o lo haré yo por ti.

—Espera a que le haga confesar.

—Confesar —dijo Decker y sus ojos se abrieron más ante la posibilidad de un aplazamiento—. Si eso es lo quequieres, dilo.

Empezó a buscar en su chaqueta, como si buscarse una pluma.

—¿De qué cono sirve una confesión? —dijo Narcisse—. ¿Crees que alguien iba a perdonarte? ¡Mírate!

Saltó de la tumba.

—Oye —susurró—. Si Lylesburg se entera de que he venido aquí, me echará. Sólo dame sus ojos, por los viejos tiempos. Luego, el resto es para ti.

—No dejes que me toque... —suplicó Decker a Boone—. Haré lo que quieras..., confesaré todo..., cualquier cosa. ¡Pero aléjalo de mí!

Demasiado tarde. Narcisse ya le alcanzaba, con o sin el permiso de Boone. Boone intentó apartarle con su mano libre, pero el hombre estaba demasiado impaciente por vengarse como para ser detenido. Se puso entre Boone y su presa.

—Mira por última vez —se rió, levantando las garras de sus pulgares.

Pero cuando Decker rebuscaba en su chaqueta no era sólo por el pánico. Cuando las garras se acercaron a sus ojos, sacó el cuchillo del escondite de su chaqueta y lo clavó en el vientre de su atacante. Había estudiado largamente aquella técnica. El corte que le hizo a Narcisse era una maniobra destripadora aprendida de los japoneses: profundizar en los intestinos y subir hacia el ombligo, llevando la hoja de doble filo contra el peso de la carne. Narcisse gritó, más por el recuerdo del dolor que porque lo sintiera de verdad.

Con un suave movimiento, Decker sacó el gran cuchillo sabedor, por las investigaciones en aquel campo, de que con el cuchillo iría su bien preparado contenido. No se equivocaba. Las tripas de Narcisse cayeron como un pedazo de carne a las rodillas de su dueño. La herida, que habría hecho caer inmediatamente a un hombre vivo a tierra, sólo puso en ridículo a Narcisse. Gruñendo con disgusto ante la visión de sus intestinos, se agarró a Boone.

—Ayúdame —se quejó—. Estoy descompuesto.

Decker aprovechó el momento. Mientras Boone estaba sujeto, corrió hacia las puertas. No había mucha distancia. Cuando Boone consiguió liberarse de Narcisse, su enemigo había desaparecido de aquella tierra sin consagrarse. Boone salió en pos de él, pero cuando llegaba a medio camino de las puertas oyó cerrarse la puerta del coche del doctor y el motor se puso en marcha. [Maldito!]

—¿Qué mierda puedo hacer con esto? —oyó gemir a Narcisse. Volvió al lugar. El hombre tenía sus intestinos en las manos sin saber cómo arreglarlos.

—Ves abajo —dijo rotundamente. Era inútil quejarse de la intromisión de Narcisse—. Alguien te ayudará.

—No puedo. Sabrán que he estado aquí.

—¿Te crees que no lo saben ya? —replicó Boone—. Ellos lo saben todo.

Ya no estaba preocupado por Narcisse. Era el cuerpo tendido en el camino lo que reclamaba su atención. En su ansia de aterrorizar a Decker, había olvidado completamente a Lori.

—Nos echarán a los dos —decía Narcisse.

—Tal vez —dijo Boone.

—¿Qué podemos hacer?

—Vete abajo —dijo Boone cansadamente—. Dile a mister Lylesburg que yo te he descarrido.

—¿Has sido tú? —dijo Narcisse. Luego, acariciando la idea, añadió—: Sí, creo que sí.

Se marchó llevándose sus intestinos.

Boone se arrodilló junto a Lori. Su aroma le aturdió, la suavidad de su piel bajo sus palmas era casi abrumadora. Todavía estaba viva y su pulso latía con fuerza, a pesar de todo lo que habría soportado de manos de Decker. Mirando su suave rostro, se le ocurrió que podía despertarse y verle en la forma que tenía tras el mordisco de Peloquin y esto le desazonó sobremanera. En presencia de Decker se había sentido orgulloso de llamarle *monstruo*, de exhibir su condición de Engendro de la Noche. Pero ahora, mirando a la mujer que había amado y que le había amado a su vez por su fragilidad y su condición humana, se sentía avergonzado.

Inhaló. Su voluntad hizo que la carne humease y que sus pulmones volvieran a su cuerpo. Era un proceso tan extraño en su facilidad como en su naturaleza. Cuan rápidamente se había acostumbrado a lo que una vez llamara milagroso...

Pero él no era ninguna maravilla comparado con aquella mujer. El hecho de que ella hubiera tenido tanta fe como para venir a buscarle con la muerte en los talones era más de lo que podía esperar ningún hombre natural, y para uno como él, era un auténtico milagro.

La condición humana de ella le enorgulleció de lo que había sido y de lo que pretendía ser todavía.

Así, fue en su forma humana cómo la recogió y la llevó tiernamente bajo tierra.

XIII. LA NIÑA PROFÉTICA

Lori escuchó las voces furiosas.

—¡Nos has engañado!

La primera era de Lylesburg.

—¿Y qué otra opción tenía?

La segunda era de Boone.

—¿Te parece justo arriesgar a Midian por tus buenos sentimientos?

—Decker no se lo dirá a nadie —respondió Boone—. ¿Qué iba a decir? ¿Qué intentaba matar a una mujer y un hombre muerto lo ha impedido? Es de sentido común.

—De pronto resulta que tú eres el experto. Unos días aquí y ya estás cambiando las leyes. Vete a hacerlo a otra parte, Boone. Coge a la mujer y márchate.

Lori quería abrir los ojos y acercarse a Boone, calmarle antes de que su enfado le hiciera decir alguna estupidez. Pero tenía el cuerpo agarrotado. Ni siquiera los músculos de la cara le respondían. Sólo podía seguir allí tumbada y escuchar la exaltada conversación.

—Yo pertenezco aquí —dijo Boone—. Ahora soy un Engendro de la Noche.

—No por mucho tiempo.

—No puedo vivir allí fuera.

—Nosotros hemos vivido allí. Durante generaciones intentamos vivir en el mundo natural y estuvieron a punto de extinguirnos. Ahora llegas tú y estás a punto de destruir nuestra única esperanza de sobrevivir. Si Midian es desenterrado, esa mujer y tú seréis los responsables. Piensa en eso durante el viaje.

Hubo un largo silencio. Luego Boone dijo:

—Déjame arreglarlo.

—Es demasiado tarde. La ley no hace excepciones. El otro también tiene que marcharse.

—Narcisse? No, le romperías el corazón. Se ha pasado media vida esperando venir aquí.

—La decisión está tomada.

—¿Por quién? ¿Por ti o por Baphomet?

Al oír aquel nombre, Lori sintió un escalofrío. La palabra no significaba nada para ella, pero estaba claro que sí significaba algo para los que estaban allí. Oyó susurros que se hacían eco de ella a su alrededor, frases reiteradas como palabras de culto.

—Quiero hablar con él —dijo Boone.

—Eso no es posible.

—¿De qué tienes miedo? ¿De perder tu poder sobre nuestra tribu? Quiero ver a Baphomet. Quiero intentarlo. Detenme, hazlo.

Cuando Boone hizo su desafío, Lori abrió los ojos. Había un techo abovedado sobre ella, donde tendría que haber estado el cielo. Estaba pintado de estrellas, aunque parecían fuegos de artificio en vez de cuerpos celestiales, girándulas de fuegos arrojando chispas mientras cruzaban el cielo.

Ella ladeó la cabeza ligeramente. Estaba en una cripta. Había ataúdes sellados a ambos lados de donde estaba ella, situados verticalmente contra la pared. A su izquierda, había una profusión de gruesas velas, cuya cera se derramaba y con llamas tan débiles como Lori. A su derecha, Babette estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, mirándola resueltamente. La niña iba vestida totalmente de negro. Sus ojos reflejaban la luz de las llamas, afirmando su parpadeo. No era guapa. Su rostro era demasiado solemne para la belleza. Incluso en la sonrisa que le dedicó a Lori al verla despertar, no se desvanecía la tristeza de sus rasgos. Lori hizo lo que pudo para devolverle la mirada de bienvenida, pero no estaba segura de que sus músculos le obedecieran.

—Nos ha hecho una mala herida —dijo Babette.

Lori creyó que se refería a Boone. Pero la siguiente frase de la niña le hizo ver que no.

—Rachel la ha limpiado. Ahora ya no duele.

Levantó la mano derecha. Estaba vendada con tela oscura alrededor del pulgar y del índice.

—La tuya tampoco.

Haciendo acopio de voluntad, Lori levantó su propia mano derecha. Estaba vendada de modo idéntico.

—¿Dónde... está Rachel? —preguntó Lori con una voz apenas audible para ella misma. Pero

Babette oyó claramente la pregunta.

—Por aquí cerca —dijo.

—¿Puedes pedirle que venga?

El ceño perpetuo de Babette se intensificó.

—¿Te vas a quedar para siempre? —le preguntó.

—No —fue la respuesta, pero no de Lori sino de Rachel, que había aparecido en la puerta—. No, no se quedará. Se irá muy pronto.

—¿Por qué? —dijo Babette.

—He oído a Lylesburg —murmuró Lori.

—Mister Lylesburg —dijo Rachel acercándose a donde yacía Lori—. Boone ha quebrantado su palabra yendo arriba a buscarte. Nos ha puesto en peligro a todos.

Lori conocía una pequeña fracción de la historia de Midian, pero era suficiente para saber que la máxima que había oído de labios de Lylesburg —«lo que está abajo permanece abajo»— no era una extraña frase casual. Era una ley que los habitantes de Midian habían jurado por su vida o algo similar so pena de perder su derecho a estar allí.

—¿Puede ayudarme? —preguntó. Se sentía vulnerable echada en el suelo.

No fue Rachel la que vino en su ayuda, sino Babette, que puso su pequeña mano vendada en el estómago de Lori. Su cuerpo respondió inmediatamente al tacto de la niña y todos los restos de agarrotamiento desaparecieron súbitamente. Recordó haber tenido una sensación igual o parecida en su anterior encuentro con la niña, aquella sensación de poder transferido que la había invadido cuando la bestia se disolvió en sus brazos.

—Se ha formado un lazo entre ella y usted —dijo Rachel.

—Eso parece. —Lori se sentó—. ¿Está ella herida?

—¿Por qué no me lo pregunta a mí? —dijo Babette—. Yo también estoy aquí.

—Lo siento —corrigió Lori—. ¿Tú también te has cortado?

—No. Pero siento tu herida.

—Ella es empática —dijo Rachel—. Siente lo que sienten los demás, especialmente si tiene alguna conexión emocional con ellos.

—Yo sabía que venías aquí —dijo Babette—. Lo vi a través de tus ojos. Y tú puedes ver a través de los míos.

—¿Es verdad? —preguntó Lori a Rachel.

—Créela —fue la respuesta.

Lori no estaba segura de poder ponerse de pie, pero decidió poner su cuerpo a prueba. Era más fácil de lo que pensaba. Se levantó rápidamente, con los miembros fuertes y la mente clara.

—¿Pueden llevarme con Boone? —inquirió.

—Si eso es lo que quieres.

—Él estaba aquí todo el tiempo, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—¿Quién le trajo?

—¿Traerle?

—A Midian.

—Nadie.

—Estaba medio muerto —dijo Lori—. Alguien debió de sacarle del depósito.

—Todavía no lo has entendido, ¿verdad? —dijo Rachel sombríamente.

—¿Midian? No; en realidad, no.

—No me refiero a Midian. Quiero decir lo de Boone, por qué está aquí.

—Cree que es un Engendro de la Noche —dijo Lori.

—Lo era, hasta que rompió su palabra.

—Entonces nos iremos —replicó Lori—. Es lo que quiere Lylesburg, ¿verdad? Y yo tampoco creo que me gustara quedarme.

—¿Adonde iréis? —preguntó Rachel.

—No lo sé. Quizá volvamos a Calgary. Será difícil probar que Decker es el culpable. Luego podemos empezar en otra parte.

—Eso no será posible —dijo Rachel moviendo la cabeza.

—¿Por qué? ¿Tienen alguna demanda más importante que hacerle?

—Vino aquí porque es uno de nosotros.

—Nosotros. ¿Qué significa? —replicó Lori vivamente. Estaba cansada de evasión y alusiones veladas—. ¿Quiénes sois vosotros? Gente enferma que vive en la oscuridad. Boone no está enfermo. Es un hombre sano. Un hombre sano y fuerte.

—Te sugiero que le preguntes a él lo saludable que se siente —fue la respuesta de Rachel.

—Oh, claro que se lo preguntaré, cuando llegue el momento.
A Babette le había afectado aquel desdeñoso intercambio.
—No debes irte —le dijo a Lori.
—Tengo que irme.
—A la luz no —agarró a Lori fieramente de la manga—. Yo no podría ir allí contigo.
—Ella tiene que irse —dijo Rachel, intentando soltar a su niña—. Ella no es de los nuestros.
Babette la cogió rápidamente.
—Puedes serlo —dijo mirando a Lori—. Es muy fácil.
—Ella no quiere —dijo Rachel.
Babette volvió a mirar a Lori.
—¿Es verdad eso? —le preguntó.
—Díselo —dijo Rachel, claramente satisfecha de la incomodidad de Lori—. Dile que ella también forma parte de la gente enferma.
—Pero nosotros viviremos siempre —dijo Babette. Miró a su madre—. ¿A que sí?
—Algunos de nosotros.
—*Todos nosotros*. Si queremos vivimos eternamente. Y un día, cuando el sol se vaya...
—*Basta!* —dijo Rachel.
Pero Babette tenía más cosas que decir.
—... Cuando el sol se vaya y sólo haya noche, viviremos sobre la tierra. Será nuestra.
Ahora le tocaba a Rachel sentirse mal.
—No sabe lo que dice —musitó.
—Creo que lo sabe muy bien —dijo Lori.
La proximidad de Babette y la idea de que un lazo las unía la hizo estremecerse súbitamente. La escasa paz que su mente racional había logrado con Midian se resquebrajaba. Deseaba marcharse de allí más que nunca, alejarse de niños que hablaban del fin del mundo, de velas y ataúdes y de la vida en las tumbas.
—¿Dónde está Boone? —le preguntó a Rachel.
—Ha ido al santuario. A ver a Baphomet.
—¿Quién es o qué es Baphomet?
Rachel hizo un gesto ritual a la mención de Baphomet, tocándose la lengua y el corazón con el dedo índice. Para ella era tan familiar y lo había hecho tantas veces que Lori se preguntó si se habría dado cuenta de que lo hacía.
—Baphomet es el Bautista —dijo—. El que fundó Midian. El que nos llamó aquí.
El dedo volvió a tocar lengua y corazón.
—¿Puedes llevarme al santuario? —preguntó Lori.
La respuesta de Rachel fue clara y simple:
—No.
—Al menos dime cómo se llega allí.
—Yo te llevaré —dijo Babette voluntariamente.
—No, no lo harás —dijo Rachel, esta vez arrancando la mano de la niña de la manga de Lori tan de prisa que Babette no tuvo oportunidad de resistirse.
—He pagado mi deuda contigo —le dijo Rachel—, curándote la herida. Ya no tenemos nada que ver.
Cogió a Babette en brazos. Babette se volvió para mirar a Lori.
—Quiero que veas cosas bonitas para mí.
—Estate quieta —gritó Rachel.
—Lo que tú veas, yo lo veré.
Lori asintió.
—Sí? —preguntó Babette.
—Sí.
Antes de que la niña pudiera pronunciar otra palabra de pesadumbre, Rachel se la llevó de la habitación, dejando a Lori en compañía de los ataúdes.
Ella echó la cabeza hacia atrás y exhaló el aire lentamente.
Calma, pensó. Ten calma. Pronto terminará todo esto.
Las estrellas pintadas jugueteaban sobre su cabeza y parecían moverse cuando las miraba. ¿Era una licencia del capricho del artista?, se preguntó, ¿o así era cómo se les aparecía en el cielo a los Engendros, cuando salían de sus mausoleos por la noche a tomar el aire?
Era mejor no saberlo. Ya era bastante malo que aquellas criaturas tuvieran hijos y arte, que además pudieran tener una visión era un pensamiento demasiado peligroso como para entretenérse en él.
La primera vez que les había visto, a medio camino entre las escaleras y el mundo de bajo tierra,

había temido por su vida. Todavía tenía miedo, en algún rincón oculto de sí misma. No de que se la arrebataran, sino de que la *cambiaran*, de que de algún modo, la contaminaran con sus ritos y visiones y ella no pudiera borrarlos de su mente.

Cuanto antes se alejara de allí, junto con Boone, antes llegaría a Calgary. Allí brillaba la luz en las calles, apagando a las estrellas.

Tranquilizada por aquella idea, fue en busca del Bautista.



XIV. SANTUARIO

Aquél era el verdadero Midian. No la ciudad vacía sobre la colina, ni tampoco la necrópolis que había sobre ella, sino aquella red de túneles y cámaras que presumiblemente se extendían bajo todo el cementerio. Algunas de las tumbas estaban ocupadas sólo por muertos que descansaban en paz, sus ataúdes yacían en repisas vaciadas. ¿Eran aquéllos los primeros ocupantes del cementerio, que yacían allí antes de que los Engendros de la Noche tornasen posesión del lugar? ¿O eran Engendros los que habían muerto de su media vida, tal vez sorprendidos por el sol, o que se habían marchitado por la melancolía? En cualquier caso, eran minoría. Muchas de sus cámaras eran ocupadas por espíritus más vitales, y sus cuartos iluminados por velas o lamparillas y en algún caso, por el propio ocupante: un ser que ardía con su propia luz.

Una sola vez vio algo así, indolente sobre un colchón en el rincón de su *boudoir*. Estaba desnudo, era corpulento y sin sexo definido, y su cuerpo solemne tenía una piel aceitosa y oscuramente moteada, con erupciones larvadas que parecían fosforescentes empapando su sencillo lecho. Parecía que todas las demás puertas conducían a lugares igualmente misteriosos, con un significado tan complejo como los cuadros que lo inspiraban. ¿Era el mero disgusto lo que le agitaba su estómago al ver al estigmatizado derramándose, con adherencias afiladas como dientes chupándole ruidosamente las heridas? ¿O era la excitación de ver la representación de la leyenda del vampiro en carne y hueso? ¿Y qué sensación le produjo ver a aquel hombre cuyo cuerpo se rompió en pájaros cuando vio que ella le miraba? ¿Y el pintor con cabeza de perro que se volvió, apartando la mirada de su fresco, y le hizo señas para que se uniera a su aprendiz mezclando pinturas? ¿O las bestias-máquinas que recorrían las paredes sobre piernas calibradoras? Después de recorrer doce pasillos, ya no podía separar el horror de la fascinación. Quizá nunca los hubiera distinguido.

Podía haber pasado días perdidos contemplando aquellas «vistas», pero el azar o el instinto la llevaron cerca de Boone, de modo que se interrumpió su vagar. Fue la sombra de Lylesburg la que apareció ante ella, como si hubiera atravesado un sólido muro.

—No puede seguir más adelante.

—Estoy intentando encontrar a Boone —le dijo ella.

—No la culpo por eso —dijo Lylesburg—. Es perfectamente comprensible. Pero usted también debe comprender que Boone nos ha puesto en peligro a todos...

—Entonces déjeme hablarle. Nos iremos de aquí.

—Eso habría sido posible no hace mucho —dijo Lylesburg, y su voz emergía de su abrigo de sombras tan mesurada y autoritaria como siempre.

—¿Y ahora?

—No está en mis manos. Ni en las tuyas. Hay que apelar a otra fuerza totalmente distinta.

Mientras él hablaba se oía ruido más allá, en las catacumbas, un estrépito que Lori ya había oído antes. Por un momento, estuvo segura de que se trataba de un terremoto. El sonido parecía provenir de la tierra que les rodeaba. Pero cuando empezó la segunda ola, percibió algo animal en él, quizás un gemido de dolor o de éxtasis... Seguramente aquello era Baphomet. *El que fundó Midian*, había dicho Rachel. ¿Qué otra voz hubiera podido sacudir la propia estructura de aquel lugar?

Lylesburg confirmó su idea.

—Es el ser con quien Boone ha oído hablar —dijo—. O al menos, eso pensaba él.

—Déjeme ir con él.

—Ya le ha devorado —dijo Lylesburg—. Le ha sumido en su llama.

—Quiero verlo por mí misma —pidió Lori.

Sin querer esperar ni un momento más, ella se abrió paso empujando a Lylesburg, esperando que opondría resistencia. Pero sus manos atravesaron la oscuridad que le rodeaba y tocaron la pared que había tras él. No tenía sustancia. No podía impedirle que fuera a donde quisiera.

—Eso la matará a usted también —le oyó advertir mientras corría en pos del sonido. Aunque el sonido la rodeaba, sentía de dónde venía. A cada paso que daba lo oía más alto y más complejo y sus ondas la alcanzaban en distintas partes de su cuerpo: cabeza, corazón, ingle...

Una rápida mirada hacia atrás le confirmó lo que ya sospechaba. Lylesburg no tenía ninguna intención de seguirla. Dobló una esquina, luego otra, y las corrientes de la voz seguían multiplicándose hasta que se encontró andando como en un fuerte viento, con la cabeza baja y los hombros

encorvados. A lo largo de aquel corredor no había cámaras y por tanto, tampoco luces. Había un resplandor frente a ella, frío e intermitente, pero lo bastante brillante como para iluminar el suelo que ella pisaba, que era de tierra desnuda, y la escarcha plateada de las paredes.

—¡Boone! —exclamó—. ¿Estás ahí? ¡Boone!

Después de lo que Lylesburg le había dicho, ya no esperaba obtener una respuesta, pero sí la tuvo. La voz de él vino a su encuentro desde el corazón de la luz y el sonido que tenía frente a sí. Pero lo único que oyó entre aquel estruendo fue:

—¡No!

—¿No qué? —preguntó ella.

—¿No avances más? ¿No me dejes aquí?

Ella avanzó más despacio y volvió a llamar, pero el ruido que hacía el Bautista ahogaba virtualmente el sonido de su voz y de cualquier posible respuesta. Habiendo llegado ya tan lejos ella tenía que seguir, ignorando si aquella respuesta había sido una advertencia o no.

Más adelante, el pasillo se convirtió en una pendiente escarpada. Ella se detuvo en la cima y escudriñó la oscuridad. Aquél era el agujero de Baphomet, sin ninguna duda. El estruendo que hacía erosionaba los muros de la pendiente y le llenaba la cara de polvo. Las lágrimas empezaron a afluir a sus ojos para lavarlos de aquella arena, pero ésta seguía inundándolos. Ensordecida por la voz y cegada por el polvo, se tambaleó en la cima de la pendiente, sin poder avanzar ni retroceder.

Súbitamente, el Bautista se quedó silencioso y las oleadas de sonido bajaron de pronto para acallarse definitivamente.

La calma que sobrevino era aún más alarmante que el estruendo que la había precedido. ¿Se había callado porque sabía que había un intruso en su centro? Ella contuvo el aliento, temerosa de hacer ruido.

La cumbre de la pendiente era un lugar sagrado, ella no tenía la más mínima duda. Años atrás, cuando visitara las grandes catedrales de Europa con su madre, mirando los ventanales y los altares, no había sentido aquel reconocimiento que ahora sentía. Nunca, en toda su vida despierta o en sueños, había sentido en su interior impulsos tan contradictorios. Deseaba apasionadamente irse de aquel lugar, ponerse a salvo y olvidarlo, y al mismo tiempo *le atraía*. No era la presencia de Boone lo que la llamaba, sino lo sagrado, lo profano, los dos en uno, y no podía resistirse.

Sus lágrimas acabaron de aclarar el polvo de sus ojos. Ya no tenía más excusa que la cobardía para quedarse allí. Empezó a descender por la pendiente. Era un descenso que no llegaría a los treinta metros, pero cuando había recorrido la mitad del camino vio aparecer ante sus ojos a una figura familiar al fondo.

La última vez que había visto a Boone había sido arriba, cuando él apareció para enfrentarse con Decker. En aquellos segundos antes de desvanecerse, le había visto como nunca, como un hombre que había olvidado y vencido totalmente el dolor. Ahora no era así. Apenas podía mantenerse en pie.

Ella susurró su nombre y la palabra fue cobrando peso al dirigirse a él.

Él la oyó y levantó la cabeza hacia ella. Ni siquiera en los peores tiempos, cuando ella le convencía y ayudaba a controlar sus terrores, nunca había visto tanto pesar en su rostro como ahora. Las lágrimas fluían a borbotones y sus rasgos estaban tan contraídos de pena que parecían los de un bebé.

Ella reanudó su descenso y cada ruido que hacían sus pies, cada leve respiración suya, eran multiplicadas por la acústica de la pendiente.

Viéndola acercarse, él intentó ahuyentárla, pero al hacerlo perdió sus medios de apoyo y cayó pesadamente. Ella apretó el paso, sin importarle el ruido que hacía. Sabía que fuera cual fuese el poder que ocupaba el hoyo del fondo, era consciente de la presencia de ella. Conocía su historia. De alguna forma, ella esperaba que así fuese. No temía su juicio. Ella tenía una razón de amor para su incursión, había venido sola e inerme. Si Baphomet era además el arquitecto de Midian, entonces comprendería la vulnerabilidad y no querría actuar contra ella. Ya estaba a menos de cinco metros de Boone. Él intentaba rodar sobre su espalda.

—¡Espera! —le dijo ella, angustiada de ver su desesperación.

Pero él no miró hacia ella. Era Baphomet quien miró por sus ojos cuando él se volvió hacia ella, ya vuelto sobre la espalda. Su mirada fue con él a una habitación con paredes de tierra helada y un suelo igual, con una hendidura que iba de una esquina a otra y en medio, una fisura abierta en la que se elevaba una columna de fuego de una altura cuatro o cinco veces superior a la de un hombre. Despedía un frío punzante en vez de calor y en su corazón no se veía la reconfortante oscilación del fuego. Sus entrañas se reabsorbían, dando vueltas constantes a una carga de material que al principio no pudo reconocer, pero que finalmente distinguió.

Había un *cuerpo* en el fuego, con los miembros cortados pero lo suficientemente humano como para que ella simplemente /reconociera carne pero nada más. Probablemente, Baphomet le había inflingido

aquel tormento a un trasgresor.

Boone pronunció el nombre del Bautista y ella se dispuso a obtener una visión de su rostro. Lo vio, pero en el interior de la llama, y la criatura que allí había estaba viva y no muerta. El creador de Midian hacía rodar su cabeza en el torbellino de llamas y miraba en dirección a ella.

Aquél era *Baphomet*. Aquella cosa cortada y dividida. Al ver su rostro, ella gritó. Ninguna película, ninguna desolación, ninguna dicha la había preparado para ver al hacedor de Midian. Debía de ser sagrado, como cualquier cosa extrema debe serlo. Una cosa más allá de las cosas. Más allá del amor o el odio y de la suma de ambos. Y finalmente, más allá de la capacidad de su mente para comprender o catalogar. En el instante en que apartó la vista de aquello, había borrado toda fracción de la visión de su memoria consciente y lo encerró allí donde ningún tormento o súplica podría hacerle volver a mirar nunca más.

Ella había ignorado su propia fuerza hasta que el frenesí de alejarse de aquella presencia la llevó a levantar a Boone y arrastrarle pendiente arriba. Él no podía hacer nada para ayudarla. El tiempo que había pasado con el Bautista había acabado con toda la fuerza de sus músculos. A Lori le pareció que pasaban siglos tambaleándose hacia la cima de la pendiente mientras la luz de la llama helada arrojaba sus sombras ante ellos como profecías.

El corredor de arriba estaba desierto. Ella había esperado que Lylesburg estaría esperándoles junto con cohortes de personajes más sólidos, pero el silencio de la cámara de abajo se había extendido a todo el túnel. Cuando ella hubo arrastrado a Boone unos pocos metros desde la cima de la pendiente, hizo un alto. Le quemaban los pulmones del esfuerzo de cargar con él. Él estaba emergiendo de la confusión de pesar y terror en que ella le había hallado.

—¿Conoces un camino para salir de aquí? —le preguntó ella.

—Creo que sí —dijo él.

—Tendrás que ayudarme un poco. No puedo soportar tu peso mucho tiempo más.

Él asintió y luego miró hacia atrás, hacia la entrada del hoyo de *Baphomet*.

—¿Qué has visto? —le preguntó.

—Nada.

—Bien.

Él se cubrió el rostro con las manos. Le faltaba uno de sus dedos y la herida era reciente, ella pudo observarlo. Pero él parecía indiferente a ello, así que ella no le hizo preguntas, sino que se concentró en animarle a moverse. Él era reacio, casi sombrío como resultado de su intensa emoción, pero ella le acosaba hasta que llegaron a una empinada escalera que les llevó a través de uno de los mausoleos hacia la noche.

El aire olía a *lejanía* después del confinamiento bajo tierra, pero en vez de pararse a disfrutarlo, ella insistió en que salieran del cementerio, abriéndose camino entre las tumbas hacia la puerta. Allí, Boone se detuvo.

—El coche está ahí fuera —dijo ella.

Él estaba temblando, pese a que la noche era cálida.

—No puedo ... —dijo.

—¿No puedes qué?

—Yo soy de aquí.

—No es verdad —dijo ella—. Tú me perteneces. Nos pertenecemos.

Ella se acercó a él, pero él estaba vuelto hacia las sombras. Ella le cogió el rostro con sus manos y le obligó a mirarla.

—Nos pertenecemos, Boone. Por eso estás vivo. ¿No lo ves? Después de todo lo que ha pasado. Después de todo lo que hemos pasado. Hemos sobrevivido.

—No es tan fácil.

—Ya lo sé. Hemos vivido tiempos terribles. Comprendo que las cosas no pueden ser como antes. Tampoco querría que lo fuesen.

—Tú no sabes... —empezó él.

—Entonces tú me lo explicarás —dijo ella—. Cuando sea el momento. Tienes que olvidar Midian, Boone. Ellos casi te han olvidado ya.

Los estremecimientos no eran de frío, sino que precedían a las lágrimas. Boone echó a llorar.

—No puedo irme —dijo—. No puedo.

—No tenemos otra elección —le recordó—. Sólo nos tenemos el uno al otro.

El dolor de su herida le encorvaba.

—Levántate, Boone —le dijo ella—. Rodéame con tus brazos. Los Engendros no te quieren, no te necesitan. Yo sí. Boone, por favor.

Lentamente, logró erguirse y abrazarla.

—Más fuerte —dijo ella—. Cógeme fuerte, Boone.

Él la estrechó más fuerte. Cuando ella le puso las manos en la cara para abrazarle a su vez, su mirada no volvió a la necrópolis. La miraba a ella.

—Vamos a volver al motel a recoger mis cosas, ¿eh? Tenemos que hacerlo. Hay cartas, fotografías, montones de cosas que no queremos que encuentren.

—¿Y luego? —dijo él.

—Luego encontraremos un lugar a donde ir, donde nadie nos busque y buscar un modo de probar tu inocencia.

—No me gusta la luz —dijo él.

—Entonces nos mantendremos alejados de ella —contestó—. Hasta que pierdas la perspectiva de este maldito lugar.

No pudo encontrar en su rostro ningún eco del optimismo que intentaba transmitirle. Sus ojos brillaban, pero era sólo por las lágrimas. El resto de él estaba frío, todavía llevaba consigo una parte de la oscuridad de Midian. Esto no le sorprendía. Después de todo lo que aquella noche (y los días que la habían precedido) había traído, ella se sorprendía de encontrar en sí misma tanta capacidad para la esperanza. Pero allí estaba, fuerte como un latido del corazón, y ella no permitiría que los miedos inspirados por los Engendros la rompieran.

—Te quiero, Boone —le dijo, sin esperar respuesta.

Quizá con el tiempo, él hablaría. Si no con palabras de amor, al menos de explicación. Y si no lo hacía o *no podía*, tampoco sería tan terrible. Ella tenía algo mejor que las explicaciones. Tenía el hecho de su presencia en carne y hueso. Su cuerpo era sólido entre sus brazos. Por mucho que Midian volviese a su memoria, Lylesburg había sido muy explícito: nunca le permitirían volver allí. En lugar de eso, él estaría junto a ella en la noche y su simple presencia le sería más preciada que cualquier despliegue de pasión.

Y con el tiempo, ella le aliviaría de los tormentos de Midian igual que le había aliviado de los que se autoinflingía con su locura.



Ella no se había equivocado en esto, pese a las sombrías observaciones de Decker. Boone no le había ocultado ninguna vida secreta, era inocente. Como ella. Inocentes ambos, habían sobrevivido a aquella precaria noche hasta la salvaguardia del día.

Cuarta parte

SANTOS Y PECADORES

¿Quieres mi consejo? Besa al Diablo, devora a la lombriz.
JAN DE MOOY, *Another matter; or, Man remade*



XV. EL TRIBUTO

1

El sol salió como un desnudista, guardando su gloria oculta por una nube como si no fuera a mostrarse nunca, y luego fue asomando sus rayos uno a uno. A medida que la luz aumentaba, aumentaba la desazón de Boone. Revolviendo en la guantera, Lori encontró unas gafas de sol con las que Boone se resguardó sus sensibilizados ojos. Aun así, tuvo que bajar la cabeza desviando el rostro del resplandeciente Este.

Apenas hablaron. Lori estaba demasiado preocupada intentando concentrar su agitada mente en la tarea de conducir, y Boone no intentó romper el silencio. Pensaba en muchas cosas, pero ninguna que pudiera expresar a la mujer que había a su lado. En el pasado, Lori había sido de gran ayuda para él, lo sabía, ahora, contactar con aquellos sentimientos no estaba a su alcance. Se sentía muy lejos de su vida con ella y de la vida en general. A través de sus años de enfermedad, se había fijado siempre a las consecuencias que veía en la vida: cómo una acción daba lugar a otra, y en los sentimientos que le producía. Había pasado por ello, casi a pasos tambaleantes, viendo cómo el camino que quedaba tras él se convertía en el camino hacia delante. Ahora no podía avanzar ni retroceder, excepto nebulosamente.

Lo más claro en su mente era Baphomet, el Dividido. Uno de los ocupantes de Midian era el más poderoso y el más vulnerable, al margen de antiguas enemistades pero protegido, sufriendo y sufriendo en la llama que Lylesburg había llamado el Fuego Mortificador. Boone había ido al hoyo de Baphomet esperando defender su caso, pero era el Bautista el que había hablado, oráculos de una severa cabeza. No podía recordar sus palabras, pero sabía que sus nuevas habían sido sombrías.

Entre sus recuerdos, el más intenso era el de Decker. Podía unir múltiples fragmentos de su historia juntos, y aunque sabía que debía enfurecerle, no podía ya odiar al hombre que le había conducido a las profundidades de Midian, como tampoco amar a la mujer que le había sacado de ellas. Eran parte de alguna otra vida, no de la suya.

No sabía hasta qué punto conocía Lori su condición, pero sospechaba que ignoraba la mayor parte. Fuera lo que fuese lo que ella sospechaba, parecía contenta de aceptarle como era, y en un modo simple, animal, él necesitaba su presencia demasiado como para arriesgarse a contarle la verdad, suponiendo que hubiera encontrado palabras para hacerlo. Él era como era. Hombre. Monstruo. Muerto. Vivo. En Midian había visto todos aquellos estados en una sola criatura, probablemente todos se cumplían en él. La única gente que podía haberla ayudado a comprender que aquellas contradicciones podían coexistir en él se habían quedado atrás, en la necrópolis. Apenas habían iniciado el largo, languardio proceso de educarle en la historia de Midian cuando él les había desafiado. Ahora estaba desterrado de su presencia para siempre y nunca llegaría a saber.

Había una paradoja. Lylesburg le había avisado con suficiente claridad cuando estaban juntos en los túneles y escuchaban los gritos de socorro de Lori. Le había dicho inequívocamente que si salía al aire libre rompería su acuerdo con los Engendros.

—Recuerda lo que eres ahora —le había dicho—. No puedes salvarla y seguir refugiándote aquí. Tienes que dejar que muera.

Pero él no podía. Aunque Lori pertenecía a otra vida, una vida que él había perdido para siempre, no podía dejarla en manos del loco. Lo que aquello significaba, si significaba algo, estaba más allá de su capacidad de comprensión, incluso ahora. Aparte de aquellos pensamientos, estaba marcado, y en aquel momento estaba viviendo, y al momento siguiente y al otro, moviéndose segundo tras segundo a través de su vida como el coche se movía por la carretera, ignorando el lugar donde había estado y a ciegas, sin saber a dónde se dirigía.

2

Cuando estaban a punto de llegar a Sweetgrass Inn, a Lori se le ocurrió que si habían encontrado el cuerpo de Sheryl en el Hudson Bay Sunset, era posible que la Policía estuviese allí.

Paró el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Boone.

Ella se lo dijo.

—Quizá sería más seguro que fuera yo sola —dijo—. Será más seguro que vaya a buscar mis cosas y luego vuelva a por ti.

—No —dijo él—. No sería buena idea.

Ella no podía ver sus ojos a través de sus gafas de sol, pero había temor en su voz.

—Iré muy de prisa —dijo.

—No.

—¿Por qué?

—Es mejor que estemos juntos —replicó él. Se cubrió el rostro con las manos como había hecho en la entrada de Midian—. No me dejes solo —dijo, y su voz se sosegó—. No sé dónde estoy, Lori. Ni siquiera sé quién soy. Quédate conmigo.

Ella se inclinó hacia él y le besó el dorso de la mano. Él le besó la mejilla y luego la boca. Se dirigieron juntos al motel.

De hecho, sus temores resultaron infundados. Si el cuerpo de Sheryl había sido localizado durante la noche, lo que era improbable dada su situación, no se había establecido ninguna relación con el motel. No sólo no había Policía para cortarles el paso, sino que apenas había señales de vida. Sólo un perro ladrrando en una de las habitaciones de arriba y un bebé llorando en alguna parte. Incluso el vestíbulo estaba desierto, y el recepcionista demasiado ocupado con el espectáculo de la mañana como para quedarse en su puesto. El sonido de risas y música les acompañó a través del vestíbulo y las escaleras hasta el primer piso. A pesar de lo fácil que había sido, a Lori le temblaban las manos cuando llegaron a la habitación y apenas podía meter la llave en la cerradura. Se volvió para que Boone la ayudase, pero descubrió que él se había quedado rezagado allí cerca, en el rellano de la escalera, mirando a ambos lados del corredor. Ella maldijo de nuevo las gafas de sol, que le impedían ver sus sentimientos con mayor claridad. Luego, él se puso contra la pared, buscando con los dedos aunque no había nada que coger.

—¿Qué pasa, Boone?

—Aquí no hay nadie —dijo él.

—Bueno, eso es mejor para nosotros, ¿no?

—Pero huele a...

—¿A qué huele?

Él movió la cabeza.

—Dímelo.

—Huele a sangre.

—¡Boone!

—Huelo mucha sangre.

—¿Dónde? ¿De dónde?

Él no contestó ni la miró, pero miró hacia el fondo del corredor.

—Iré muy de prisa —le dijo ella—. Quédate donde estás y en seguida vuelvo.

Agachándose, ella introdujo torpemente la llave en la cerradura, luego se incorporó y abrió la puerta. No olía a sangre en la habitación, sino al perfume rancio de la otra noche. Aquello le recordó instantáneamente a Sheryl y a los buenos ratos que habían pasado juntas, incluso en medio de todo lo malo. Menos de veinticuatro horas antes, se había estado riendo en aquella misma habitación y hablando de su asesino como del hombre de sus sueños.

Pensando en esto, Lori miró hacia atrás buscando a Boone. Todavía estaba apoyado contra la pared, como si fuera la única forma de estar seguro de que el mundo no se volcara. Lo dejó y volvió a la habitación a por su equipaje. Primero al baño para recoger el neceser y luego otra vez a la habitación, para recoger su desparramada ropa. Sólo cuando puso su maleta en la cama para guardarlo todo, vio la grieta en la pared. Era como si alguien hubiera dado un golpe desde el otro lado,

con muchísima fuerza. El yeso había caído a trozos y llenaba el suelo entre las dos camas. Miró el agujero durante un momento. ¿Había sido tan tumultuoso como para que empezaran a tirar los muebles contra las paredes?

Curiosa, se acercó a la pared. Era algo más que yeso lo que se había quebrado. El impacto del otro lado había hecho un agujero en el tabique, quitó un trozo de yeso y miró por el orificio.

Las cortinas de la habitación contigua aún estaban echadas, pero el sol era lo bastante fuerte como para atravesarlas, tiñendo el aire de un resplandor ocre. La fiesta de anoche debía de haber sido aún más alocada que la de la anterior, pensó. Manchas de vino en las paredes y los festejantes aún dormidos en el suelo.

Pero el olor no era de vino.

Se apartó de la pared con el estómago revuelto.

La fruta no desprendía aquel jugo...

Otro paso.

La sangre, sí. Y si era sangre lo que olía y sangre lo que veía, entonces los durmientes no estaban durmiendo porque, ¿quién yace en un matadero? Sólo los muertos.

Fue rápidamente hacia la puerta. En el corredor, Boone ya no estaba de pie, sino agazapado contra la pared, abrazándose las rodillas. Cuando se volvió a mirarla, vio que su cara estaba llena de tics nerviosos.

—Levántate —le dijo.

—Huelo a sangre —dijo él suavemente.

—Tienes razón. Levántate. De prisa. Ayúdame.

Pero él estaba rígido, pegado al suelo. Conocía su postura de los viejos tiempos: agachado en un rincón, temblando como un perro apaleado. En el pasado, ella tenía palabras reconfortantes que ofrecer, pero ahora no había tiempo para aquel alivio. Quizás alguien hubiera sobrevivido al baño de sangre de la habitación contigua. Si era así, ella tenía que ayudar, con o sin Boone. Giró el picaporte de la habitación de la carnicería y la abrió.

Cuando le llegó el olor a muerte, Boone empezó a gemir.

—... sangre —le oyó decir.

Sangre por todas partes. Se quedó de pie durante un minuto, mirando, hasta que se forzó a atravesar el umbral para buscar *algún* signo de vida. Pero incluso sus miradas más penetrantes a cada uno de los cuerpos confirmaron que la misma pesadilla les había atacado a los seis. Ella conocía su nombre también. Tres de los seis habían sido pillados *in fraganti*. Dos hombres y una mujer, semidesnudos y caídos en la cama unos sobre otros, en una maraña fatal. Los demás habían muerto inhalando fármacos alrededor de la habitación, sin llegar a despertarse de su letargo. Tapándose la boca para mantener el olor fuera y los sollozos dentro, se retiró de la habitación, con aquel sabor en el estómago y en la garganta. Cuando salió al corredor, su visión periférica alcanzó a Boone. Ya no estaba sentado, sino moviéndose hacia ella por el pasillo.

—Tenemos..., tenemos que... irnos —dijo ella.

No dio señales de haber oído su voz, pero pasó de largo hacia la puerta abierta.

—Decker... —dijo ella—. Ha sido Decker.

Él tampoco respondió.

—Háblame, Boone.

Él murmuró algo.

—Quizás esté aquí todavía —dijo ella—. Tenemos que darnos prisa.

Pero él estaba entrando a ver la carnicería más de cerca. Ella no quería volver a verlo. Volvió a la habitación contigua para acabar su apresurado equipaje. Mientras lo hacía, oyó a Boone moverse por la otra habitación, con un jadeo casi doloroso. Asustada de dejarle más tiempo solo, acabó de recoger las cosas más significativas —sobre todo fotografías y una agenda entre ellos—, y una vez terminó, salió al corredor.

El aullido de las sirenas de la Policía le llegó a los oídos y se llenó de pánico. Aunque los coches sonaban aún lejos, no cabía duda de cuál era su destino. Cada vez más alto, estaban acercándose al Sweetgrass, el lugar más caliente de culpa.

Ella llamó a Boone.

—¡Ya he acabado! —gritó—. ¡Vámonos!

No hubo respuesta de la otra habitación.

—¡Boone!

Ella fue a la puerta intentando apartar los ojos de los cadáveres. Boone estaba en la parte más alejada de la puerta y su silueta se recortaba contra las cortinas. Su aliento ya no era audible.

—¿Me oyes? —dijo ella.

Él no movió ni un músculo. No pudo distinguir ninguna expresión en su rostro, pues estaba

demasiado oscuro. Pero si vio que se había quitado las gafas de sol.

—No tenemos mucho tiempo —le dijo—. ¿Quieres venir?

Mientras ella hablaba, él exhalaba. No era una respiración normal, ella lo supo incluso antes de que el humo empezara a salir de su garganta. Mientras el humo subía, él levantó las manos hacia la boca como si quisiera detenerlo, pero al llegar a la altura de la barbilla, las manos se detuvieron y empezaron a agitarse convulsivamente.

—Vete —le dijo, con el mismo aliento del que salía el humo.

Ella no pudo moverse ni apartar sus ojos de él. La oscuridad no era tan densa como para impedirle ver el cambio que se iniciaba, su rostro reorganizándose tras el velo, la luz quemando sus brazos y trepando a su cuello en oleadas que llegaban a los huesos de su cabeza.

—No quiero que lo veas —le pidió, con una voz que se iba distorsionando.

Era demasiado tarde. En Midian, había visto al hombre que tenía fuego en la piel, y al pintor con cabeza de perro y además, Boone tenía todas las heridas en su sistema mientras disolvía su humanidad ante los ojos de ella. Él estaba hecho del mismo material de las pesadillas. No era extraño que aullase, con la cabeza echada hacia atrás mientras su propio rostro se perdía.

Pero el sonido fue casi ahogado por las sirenas. Ya no tardarían más de un minuto en llegar a la puerta. Si salía ahora tal vez aún tuviera tiempo de escapar de ellos.

Frente a ella, Boone ya estaba totalmente hecho, o deshecho. Bajó la cabeza y ráfagas de humo se evaporaron en torno a él. Entonces empezó a moverse y sus nuevos tendones le llevaban con ligereza, como si fuera un atleta.

Todavía entonces, ella esperaba que él entendiera el peligro que corría y se acercarse a la puerta para salvarse. Pero no. Se movió hacia los muertos, hacia donde yacía el *ménage à trois* y antes de que a ella se le ocurriera mirar a otro lado, una de sus garras cogía a un cuerpo del montón y se lo llevaba a la boca.

—¡No, Boone! —gritó ella—. ¡No!

Su voz le llegó, o al menos a una parte de lo que había sido Boone, perdida en el caos de aquel monstruo. Soltó la carne y la miró. Todavía tenía los ojos azules y estaban llenos de lágrimas.

Ella le miró.

—No lo hagas —le pidió.

Por un instante, pareció como si sopesara amor y apetito. Luego la olvidó y llevó la carne humana a sus labios. Ella no quería ver sus mandíbulas cerrarse, pero el ruido la alcanzó y lo único que podía hacer era seguir consciente, oyéndole llorar y masticar.

Desde abajo llegaba el sonido de los frenos chirriando y las puertas cerrándose. En pocos momentos habrían rodeado el edificio y bloqueado todas las salidas, momentos después subirían por las escaleras. Ella no tenía otra opción que dejar a la bestia entregada a sus apetitos. Boone estaba perdido para ella.

Decidió no marcharse por donde había venido y tomar la escalera posterior. La decisión fue acertada, pues cuando doblaba la esquina hacia el pasillo de arriba, oyó a la Policía en el otro extremo, golpeando las puertas. Inmediatamente después oyó un ruido arriba forzando alguna puerta y exclamaciones de disgusto. No podía ser que hubieran encontrado a Boone, él no tenía la puerta cerrada. Estaba claro que habían descubierto otra cosa en el pasillo de arriba. No necesitaba escuchar las noticias de la mañana para saberlo. Su instinto le decía alto y fuerte cómo había pasado la noche Decker. Había un perro ladando en alguna parte, y había olvidado a un bebé en su arrebato, pero el resto habían caído. Había venido directamente después de su fracaso en Midian y matado a todo bicho viviente de aquel lugar.

Arriba y abajo, los agentes de investigación descubrían el mismo hecho, y el shock les volvía ineficaces. Ella no tuvo ninguna dificultad en deslizarse fuera del edificio hasta los matorrales que había en la parte posterior. Sólo cuando llegaba a la protección de los árboles, uno de los agentes apareció por una esquina del edificio, pero tenía otras cosas que hacer en vez de buscar por allí. Una vez fuera de la vista de sus colegas, vomitó el desayuno en las basuras, luego se limpió escrupulosamente la boca con su pañuelo y volvió al trabajo que tenía entre manos.

Seguro que no empezarían a buscar fuera hasta que no hubieran terminado dentro, pensó ella. ¿Qué harían con Boone cuando le encontraran? Lo más probable era que le disparasen. Ella no podía imaginar cómo evitarlo. Pero pasaron los minutos, y aunque se oían exclamaciones desde dentro, no hubo ningún ruido de disparos. Tenían que haberle encontrado ya. Quizá desde la parte delantera del edificio vería mejor lo que había ocurrido.

El motel estaba rodeado de setos y árboles por tres lados. No le era difícil abrirse camino a través de los arbustos hacia el lado, pero su movimiento se detuvo por una afluencia de agentes armados de rifles que tomaban posiciones en la salida trasera. Dos coches patrulla más aparecieron en escena. El primero contenía más tropas armadas, el segundo una selección de agentes especializados. Dos

ambulancias tipo camioneta iban detrás.

Necesitarán más, pensó ella sombríamente. Muchos más.

Aunque la congregación de tantos coches y hombres armados había atraído a un público de paseantes, la escena frontal era discreta, casi indiferente. Había tantos hombres de pie, mirando al edificio como entrando y explorándolo. Ahora se daba cuenta de lo que había. El edificio era un ataúd de dos pisos. Probablemente habían asesinado a más gente allí, en una sola noche, que en todas las muertes violentas que habían tenido lugar en toda la historia de Shere Neck. En aquella radiante mañana, cualquiera que estuviese allí era parte de aquella historia. El conocimiento les serenaba.

Su atención se desvió de los testigos a un grupo de gente que había de pie en torno al coche guía. El círculo se abrió súbitamente y le permitió ver de modo fugaz al hombre que había en el centro. Decker presidía. ¿Qué estaba reclamando? ¿Una posibilidad de convencer a su paciente de que saliera a la luz? Si éste era su juego, era contestado por el único miembro del círculo que llevaba uniforme, probablemente el jefe de Policía de Shere Neck, que denegaba aquella petición con un gesto de la mano y al fin desestimó totalmente la idea. Desde la distancia en que se hallaba, Lori no podía entender la respuesta de Decker, pero parecía controlarse perfectamente, inclinándose a hablarle al oído a uno de los otros, quien asentía sensatamente a la susurrante observación.

La noche pasada, Lori había visto a Decker, el loco desenmascarado. Ahora quería desenmascararle otra vez. Romper su fachada de civilización. ¿Pero cómo? Si salía de su escondite y le desafiaba, intentaba empezar a explicar todo lo que había sentido y experimentado en las últimas veinticuatro horas, le habrían tomado medidas para una camisa de fuerza antes de que hubiera respirado por segunda vez.

Él era el mejor vestido, con su traje bien cortado, con su doctorado y sus amigos influyentes, él era el hombre, la voz de la razón y el análisis, mientras que ella era una simple mujer! ¿Qué credenciales tenía? ¿Amante de un lunático que se volvía animal? El rostro de medianoche de Decker estaba a buen recaudo.

Hubo una repentina erupción de exclamaciones en el interior del edificio. A una orden del jefe, las tropas de fuera apuntaron sus armas hacia la puerta frontal, el resto se retiró a unos metros de distancia. Dos agentes, apuntando las pistolas hacia dentro, salieron por la puerta. Un poco después, Boone, con las manos esposadas ante él, fue empujado hacia la luz. Casi le cegó. Intentó protegerse de su brillo y volver a la sombra, pero dos hombres armados le seguían y le empujaron hacia delante.

No había nada en él que recordase a la criatura en la que Lori le había visto convertirse, pero sí quedaban restos de su hambre. La sangre le empapaba la camiseta en el pecho y le impregnaba el rostro y los brazos.

Hubo un aplauso del público, uniformado y sin uniforme, a la vista del asesinato encadenado. Decker se unió a ellos, asintiendo y sonriendo, mientras se llevaban a Boone, que ocultaba la cabeza del sol, y le hicieron sentarse en la parte de atrás de uno de los coches.

Lori vigilaba la escena con un montón de sentimientos intentando captar la atención de su mente. Aliviada de que no hubieran tiroteado a Boone allí mismo, horrorizada por lo que ahora sabía de Boone, furiosa por la actuación de Decker y disgustada por todos aquellos a quienes éste había engañado.

Muchas máscaras. ¿Era ella la única que no tenía vida secreta, ningún otro yo en el núcleo de su mente? Si no, entonces quizás no hubiera lugar para ella en aquel juego de apariencias. Quizás Boone y Decker eran ahí los verdaderos amantes, intercambiando golpes y caras, pero necesitándose el uno al otro.

Y ella había abrazado a aquel hombre, pidiéndole que la abrazase, había puesto los labios en su rostro. Nunca más podría volver a hacerlo, sabiendo lo que había tras sus labios, tras sus ojos. Nunca podría besar a la bestia.

¿Entonces por qué aquel pensamiento hacía que su corazón latiese como un martillo?

XVI. AHORA O NUNCA

1

—¿Qué me dice? ¿Que hay más gente implicada? ¿Una especie de secta?

Decker contuvo el aliento antes de expresar por segunda vez su advertencia sobre Midian a aquel hombre. Sus tropas le llamaban de todo a sus espaldas y nunca por su nombre. Cinco minutos en su presencia le bastaron a Decker para saber la razón; cinco más y Decker ya estaba planeando su desmembramiento. Pero no sería hoy. Aquel día necesitaba a Irwin Eigerman: y ahora sabía que Eigerman le necesitaba a él. Mientras hubiese luz del día Midian sería vulnerable, pero tenían que actuar con rapidez. Era casi la una. El crepúsculo aún estaba lejos, pero también lo estaba Midian. Sacar de allí un Ejército para despejar el lugar era una tarea de varias horas; cada minuto perdido en discusiones era tiempo que se quitaba a la acción.

—Bajo el cementerio —dijo Decker volviendo a empezar por el mismo sitio que una hora y media antes.

Eigerman ni siquiera hizo amago de escuchar. Su euforia se había incrementado en proporción directa al número de cuerpos que habían sacado del Sweetgrass Inn, en un número que hasta el momento llegaba a dieciséis. Él tenía esperanzas de encontrar más. El único superviviente humano era un bebé de un año envuelto en unas sábanas empapadas de sangre. Él lo había sacado del edificio para que las cámaras pudieran fotografiarlo. Mañana todo el país sabría su nombre.

Nada de eso hubiera sido posible sin el aviso de Decker, por supuesto, por eso le seguía dando cuerda al hombre, aunque a esta altura de las investigaciones, con el ruido de reporteros y flashes, él maldecía para sus adentros por tener que perseguir a unos pocos locos a los que les gustaba la compañía de los cadáveres, que era lo que Decker le estaba sugiriendo.

Sacó un peine y se puso a rastillar su débil cabellera con la esperanza de engañar a las cámaras. Sabía que no era una belleza. Y por si acaso si se le olvidaba, tenía a Annie para recordárselo. Pareces un cerdo, solía decirle con orgullo antes de irse a la cama los sábados por la noche. Pero la gente veía lo que quería. Después de hoy, les parecería un héroe.

—¿Me escucha? —dijo Decker.

—Le oigo. Hay unos tipos que asaltan tumbas. Le oigo.

—No violan tumbas, y no son tipos.

—Locos —dijo Eigerman—. Los he visto.

—Pero no son como éstos.

—¿No estarás diciendo que alguno de éstos estaba en el Sweetgrass, verdad?

—No.

—¿Tenemos al responsable aquí mismo?

—Sí.

—Bajo llave.

—Sí, pero hay otros en Midian.

—¿Asesinos?

—Probablemente.

—¿No está seguro?

—Sólo tiene que llevar a su gente hasta allí.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ya se lo he dicho más de un millón de veces.

—Pues vuélvame lo a contar.

—Hay que cogerlos a la luz del día.

—¿Pero qué son? ¿Una especie de vampiros? —se rió para sí—. ¿Es eso lo que son?

—En cierto modo, sí —replicó Decker.

—Pues también en cierto modo, le diré que tenemos que esperar. Hay gente que me quiere entrevistar, doctor. No puedo hacerme de rogar, no sería muy correcto.

—A la mierda la educación. ¿No tiene ayudantes? ¿Es que sólo hay un poli en toda la ciudad?
Eigerman encajó el golpe.
—Sí que los tengo.
—¿Puedo sugerirle entonces que mande algunos a Midian?
—¿Para hacer qué?
—Cavar.
—Eso es tierra consagrada, señor —replicó Eigerman—. Tierra santa.
—Lo que hay debajo no lo es —replicó Decker con tal seriedad que Eigerman se quedó mudo—.
Usted ha confiado en mí una vez, Irwin —dijo—. Y ha cazado a un asesino. Vuelva a confiar en mí.
Tiene que registrar Midian de pies a cabeza.

2

Había sufrido terrores, sí, pero los viejos imperativos permanecían: el cuerpo tenía que comer y tenía que dormir. Después de dejar Sweetgrass Inn, Lori satisfizo la primera de las necesidades. Vagó por las calles hasta que encontró la tienda apropiada, un lugar anónimo y bullicioso, compró una comida instantáneamente gratificante: donuts, chirimoyas, manzanas, chocolate con leche y queso. Luego se sentó al sol y se puso a comer. Su abotargada mente era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese morder, masticar y tragarse. La comida le dio tanto sueño que no pudo evitar que se le cerraran los párpados. Cuando se despertó, el lado de la calle en que se hallaba, antes soleado, estaba en sombra. La piedra estaba fría y le dolía el cuerpo. Pero la comida y el descanso, aunque precario, le habían sentado bien. Su pensamiento estaba un poco más en orden.

Tenía pocas razones para el optimismo, eso era cierto, pero la situación había sido más desoladora aún cuando llegó a aquella ciudad por vez primera, de camino hacia el lugar donde había caído Boone. Entonces aún creía que el hombre al que amaba estaba muerto y la suya había sido la peregrinación de una viuda. Ahora al menos estaba vivo, aunque sólo Dios sabía el horror que le poseía desde su estancia bajo las tumbas de Midian. Dado aquel hecho, quizás fuese mejor que estuviera a salvo en manos de la Ley, cuyo lento proceso le daría tiempo a ella para pensar en sus problemas juntos. El más urgente era encontrar un modo de desenmascarar a Decker. Nadie podía matar a tanta gente sin dejar ningún rastro de pruebas. Quizás volviendo al restaurante donde había matado a Sheryl. Dudaba que él hubiera conducido a la Policía allí como había hecho llevándoles al motel. Conocer todos los lugares del delito hubiera implicado mostrar demasiada complicidad con el acusado. Seguramente esperaba que el otro cadáver fuese hallado accidentalmente, convencido de que el crimen le sería imputado a Boone. Esto significaba que quizás el lugar estuviera igual y quizás ella pudiera encontrar alguna pista para incriminarle, o al menos, para abrir una grieta en su respetabilidad.

Volver al lugar donde había muerto Sheryl y donde ella misma había sufrido las provocaciones de Decker no sería ningún plato de gusto, pero era la única alternativa que tenía para derrotarle.

Fue rápidamente. A la luz del día, tenía la esperanza de reunir el suficiente coraje como para atravesar el umbral de aquella puerta chamuscada. De noche hubiera sido muy distinto.

3

Decker observó a Eigerman instruyendo a sus hombres, cuatro hombres que tenían el mismo aspecto de pendencieros redimidos que su propio jefe.

—Ahora confiamos en nuestra fuente —dijo magnánimamente volviéndose a mirar a Decker—. Y si él me dice que algo malo está ocurriendo debajo de Midian, creo que será mejor escucharle. Quiero que cavéis un poco por los alrededores y veáis lo que haya que ver.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —quiso saber uno de los números. Su nombre era Pettine. Un cuarentón con el rostro amplio y vacío de un Policía de película cómica, una voz demasiado alta y una barriga demasiado gruesa.

—Ningún fantasma —le dijo Eigerman.

—¿Gente que se mezcla con los muertos? —preguntó el más joven de los cuatro.

—Algo así, Tommy —contestó Eigerman.

—Es algo más que eso —interrumpió Decker—. Creo que Boone tiene buenos amigos en el cementerio.

—¿Un cabrón como ése tiene amigos? —dijo Pettine—. Vamos a ver qué pinta tienen esos bastardos.

—Traedlos para acá, chicos.

—¿Y si no quieren venir?

—¿Qué me estás preguntando, Tommy?

—¿Les reducimos por la fuerza?

—Reducidle vosotros, chico, antes de que os reduzcan ellos.

—Son buenos chicos —le dijo Eigerman a Decker cuando el cuarteto desapareció—. Si hay algo que encontrar allí, ellos lo encontrarán.

—Muy bien.

—Voy a ver al prisionero. ¿Quiere venir?

—He visto a Boone mucho más de lo que quisiera.

—No hay problema —dijo Eigerman, y dejó a Decker sumido en sus cálculos.

Él casi hubiera preferido ir con los agentes a Midian, pero tenía mucho trabajo que hacer allí preparando el terreno para las revelaciones que haría más adelante. *Habría* revelaciones. Aunque Boone había declinado responder siquiera a las preguntas más simples, seguro que rompería el silencio en alguna ocasión y cuando lo hiciese Decker tendría preguntas que hacerle. No había ninguna posibilidad de que las acusaciones de Boone fueran creídas, pues le habían encontrado con carne en la boca, ensangrentado de pies a cabeza. Pero había elementos de los acontecimientos recientes que habían confundido incluso a Decker, y él tendría miedo hasta que cada pieza del entramado fuese localizada y comprendida.

Por ejemplo, ¿qué le había ocurrido a Boone? ¿Cómo había podido el cabeza de turco, con el cuerpo lleno de balas y dado por muerto, convertirse en aquel monstruo rapaz que había estado a punto de acabar con él la noche anterior? Boone le había dicho que estaba *muerto*, por Dios, y en el terror del momento, Decker casi había compartido su psicosis. Ahora veía con mayor claridad. Eigerman tenía razón. Los *freaks* existían, por extraño que pudiera parecer. Cosas que desafiaban a la Naturaleza, y que debían ser desenterrados de bajo las piedras y rociados en gasolina. Por suerte, él dirigía el cotarro.

—¡Decker!

Dejó sus pensamientos para encontrar a Eigerman cerrando la puerta a la muchedumbre de periodistas que esperaban fuera. Toda huella de su confianza anterior había desaparecido. Estaba sudando profusamente.

—Sí. ¿Qué cono pasa?

—Tenemos un problema, Irwin.

—Mierda, ¿cuál es el problema? ¿Boone?

—Por supuesto, Boone.

—¿Qué?

—Los médicos acaban de examinarle. Es parte del procedimiento.

—¿Y?
—¿Cuántas veces le dispararon? ¿Tres? ¿Cuatro?
—Sí, más o menos.
—Bueno, pues tiene las balas dentro todavía.
—No me sorprende —dijo Decker—. Ya le he dicho que no estamos tratando con gente ordinaria.
¿Qué dicen los médicos? ¿Que debería estar muerto?
—Está muerto.
—¿Cuándo ha sido?
—No quiero decir que yazga muerto, mierda —dijo Eiserman—. Quiero decir que está sentado en mi jodido suelo, pero muerto. Quiero decir que no le late el corazón.
—Eso es imposible.
—Dos cabrones han venido a decirme que el hombre estaba andando muerto y me han invitado a escucharlo por mí mismos. ¿Qué tiene que decirme ahora de esto, doctor?



XVII. DELIRIUM

Lori se quedó de pie al otro lado de la calle frente al restaurante incendiado, y lo observó durante cinco minutos para ver si había algún signo de actividad. No había ninguno. Sólo ahora, a plena luz del día, se daba cuenta de cuán abandonado estaba aquel vecindario. Decker había elegido bien. La posibilidad de que alguien le hubiera visto entrar o salir del lugar era casi inexistente. Incluso a media tarde, ningún paseante cruzó aquella calle en ninguna dirección, y los pocos vehículos que pasaban por allí aceleraban para dirigirse a algún lugar más prometedor.

Algo de aquella escena, quizás el calor del sol contrastando con la lápida invisible de Sheryl, le recordó a su solitaria aventura en Midian, o más especialmente, a su encuentro con Babette. No eran los ojos de su mente los que la niña había conjurado. Le parecía que su cuerpo entero estaba reviviendo su primer encuentro. Podía sentir el peso de la bestezuela cuando la recogió de bajo el árbol y la sostuvo contra su pecho. Su esforzado jadeo estaba en sus oídos y su amarga dulzura le llegaba a la nariz.

Las sensaciones le llegaban con tal fuerza que era casi una *unión*: el peligro pasado señalando al presente. Le parecía ver a la niña mirándola desde sus brazos, aunque nunca había llevado a Babette en forma humana. La boca de la niña se abría y cerraba, formulando una llamada que Lori no podía leer de sus labios.

Luego, como una pantalla de cine que se volviese blanca a mitad de película, las imágenes desaparecieron y ella se quedó sólo con un tipo de sensaciones: la calle, el sol y el edificio quemado enfrente.

No servía para nada posponer el mal momento por más tiempo. Ella cruzó la calle, subió a la acera y sin dejarse aminorar el paso ni un ápice, atravesó el marco de la carbonizada puerta hacia el vestíbulo. ¡Qué de prisa se hizo oscuro! ¡Qué de prisa sintió frío! A un solo paso de la luz del sol y estaba ya en otro mundo. Ahora ralentizó un poco la marcha, mientras atravesaba el montón de escombros que yacía entre la puerta frontal y la cocina. En su mente estaba fijada una sola intención: encontrar alguna pista que pudiera implicar a Decker. Tenía que controlar todos los demás pensamientos y emociones: repulsión, pesar y miedo. Tenía que mantenerse fría y serena. Jugar el juego de Decker.

Apresurándose, cruzó el pasillo abovedado.

Pero no hacia la cocina, sino hacia *Midian*.

Supo dónde estaba en el mismo momento en que ocurrió: el frío y la oscuridad de las tumbas eran inconfundibles. La cocina había desaparecido con todas sus vigas.

Al otro lado de la habitación estaba Rachel, mirando hacia el techo con expresión desazonada. Miró a Lori un momento, sin sorprenderse de su presencia. Luego volvió a mirar y escuchar.

—¿Qué ocurre? —dijo Lori.

—Calma —dijo Rachel vivamente. Luego pareció arrepentirse de su dureza y abrió los brazos—. Ven conmigo, hija —dijo.

Hija. Así que era eso. No estaba en Midian, estaba en Babette, viendo con los ojos de la niña. Los recuerdos que había sentido tan intensamente en la calle no eran sino un preludio de la unión de sus mentes.

—¿Es esto real? —dijo ella.

—Real? —susurró Rachel—. Desde luego que es real..

Sus palabras se quebraron y miró a su hija interrogativamente.

—Babette... —dijo.

—No... —contestó Lori.

—Babette, ¿qué has hecho?

Se movió hacia la niña, que retrocedió. Su visión a través de aquellos ojos robados tenía un regusto a su pasado. Rachel parecía increíblemente alta y su acercamiento desmañado.

—¿Qué has hecho? —le preguntó por segunda vez.

—La he traído —dijo la niña—. Para que vea.

El rostro de Rachel se llenó de furia. Intentó agarrar a su hija del brazo. Pero la niña era mucho más rápida. Antes de que pudiera cogerla, se escapó fuera de su alcance. Los ojos mentales de Lori fueron con ella, confusos con la carrera.

—Vuelve aquí —susurró Rachel.

Babette ignoró sus instrucciones y se fue hacia los túneles, doblando esquina tras esquina con la facilidad de alguien que conocía el laberinto como la palma de su mano. La ruta le llevó rápidamente a atravesar las principales vías y la condujo hacia pasajes más oscuros y estrechos, hasta que Babette se aseguró de que no era perseguida. Habían llegado a una abertura en la pared, demasiado pequeña como para permitir el paso de un adulto. Babette se metió por ella y entró a un espacio no mayor que una nevera e igualmente helado, que era el escondite de la niña. Allí se sentó a tomar aliento y sus sensitivos ojos veían perfectamente en la oscuridad total. La rodeaban sus escasos tesoros. Una muñeca hecha con hierbajos y coronada de flores de primavera, dos cráneos de pájaros y una pequeña colección de piedras. Pese a todo lo que la distinguía, Babette era en esto como cualquier otra niña: sensitiva y ritualista. Allí estaba su mundo. Dejárselo ver a Lori no era un cumplido insignificante.

Pero no había llevado a Lori allí simplemente para enseñarle su guarida. Había voces por encima de su cabeza, lo bastante cerca como para oírlas claramente.

—¡Eeeehh! ¿Habéis visto esta mierda? Aquí se podría esconder un ejército entero.

—No digas eso, Cas.

—¿Estás cagado en los pantalones, Tommy?

—No.

—Huele como si te hubieras cagado.

—Vete a la mierda.

—Cerrad la boca los dos. Hay que currar.

—¿Por dónde empezamos?

—Busquemos señales de desorden.

—Aquí hay gente. Lo siento. Decker tenía razón.

—Pues vamos a sacar a esos cabrones a donde podamos verlos.

—¿Quieres decir... *bajar ahí*? Yo no bajo.

—No hace falta.

—¿Pues cómo cono quieras que lo subamos, pedazo de animal?

La respuesta no fue una palabra sino un tiro que levantó las piedras.

—Será corno pescar peces en un barril —dijo alguien—. Si no quieren subir, se quedarán abajo para siempre.

—¡Nos ahorraremos tener que enterrarles!

¿Quién es esa gente? pensó Lori. Tan pronto como se planteó la pregunta, Babette se levantó y se dirigió a un estrecho canal que llevaba a su sala de juegos. Era apenas lo bastante amplia como para acomodar su pequeño cuerpo. A Lori le invadió una ráfaga de claustrofobia. Pero había una compensación. La luz del día enfrente y la fragancia del aire libre que al calentar la piel de Lori calentaba la de Babette.

El pasaje era al parecer una especie de sistema de drenaje. La niña esquivó una montaña de escombros, deteniéndose sólo para darle la vuelta al cadáver de una musaraña que había muerto en el canal. Las voces de arriba sonaban inquietantemente cerca.

—Digo que empecemos por aquí y abramos cada maldita tumba hasta encontrar a alguien que llevarnos a casa.

—Aquí no hay nada que llevarse a casa.

—¡Mierda, Pettine, quiero prisioneros! La máxima cantidad de cabrones que podamos atrapar.

—¿No deberíamos llamar primero? —preguntó entonces un cuarto. Aquella voz disidente se había oído hacia poco—. Quizás el jefe tenga instrucciones frescas que darnos.

—Que le den al jefe —dijo Pettine.

—Sólo si lo pide por favor —fue la respuesta de Cas.

En medio de las risas que siguieron hubo muchos otros comentarios, la mayoría obscenos. Fue Pettine el que hizo callar las risas.

—Vale ya. Dejad esas guerradas para otro momento y empecemos.

—Cuanto antes mejor —dijo Cas—. ¿Listo, Tommy?

—Yo siempre estoy listo.

Entonces se hizo visible la fuente de la luz hacia la que se arrastraba Babette: era una rejilla metálica que había al fondo del túnel.

—Aléjate del sol —se encontró pensando Lori.

—Está bien —contestaron los pensamientos de Babette. Estaba claro que no era la primera vez que utilizaba el agujero para espiar. Como un prisionero sin esperanza de liberación, aprovechaba cualquier entretenimiento para soportar el paso del tiempo. Contemplar el mundo desde allí era una distracción y ella había elegido bien su punto de mira. La rejilla ofrecía una vista de las avenidas pero estaba situada

en la pared del mausoleo con tal orientación que la luz del sol no le llegaba directamente. Babette puso la cara junto a la rejilla para obtener una visión más clara de la escena que se producía en el exterior.

Lori pudo ver a tres de los cuatro interlocutores. Todos llevaban uniforme, y todos —a pesar de su charla brava— tenían el aire de quien piensa en una docena de lugares mejores que aquél para pasar el tiempo. Incluso a plena luz del día, armados hasta los dientes y protegidos por el sol, se sentían mal. No era difícil comprender el porqué. Si hubieran ido a hacer prisioneros a un bloque de pisos, no hubiera habido aquellas miradas fugaces y tics nerviosos que se producían allí. Aquél era el territorio de la Muerte y ellos se sentían como transgresores.

En cualquier otra circunstancia ella hubiera disfrutado al ver su sufrimiento. Pero allí y en aquel momento no podía. Sabía lo que temían aquellos hombres y temía lo que su miedo les haría hacer.

—*Nos encontrarán* —oyó pensar a Babette.

—*Ojalá que no* —replicaron sus pensamientos. "—*Nos encontrarán* —dijo la niña—. *Lo dice el profeta.*

—*¿Quién?*

La respuesta de Babette fue una imagen, la imagen de una criatura que Lori había entrevisto cuando perseguía a Boone por los túneles: la bestia de las heridas larvadas que yacía en un colchón de una celda vacía. Ahora lo vio en circunstancias distintas, levantado por dos Engendros por encima de las cabezas de una congregación. Su ardiente sangre chorreaba por los brazos de los que le sostenían. Hablaba, pero ella no podía oír sus palabras. Pensó que se trataba de profecías, y entre ellas, aquella misma escena.

—*Nos encontrarán e intentarán matarnos a todos* —pensó la niña.

—*¿Y lo conseguirán?*

La niña se quedó en silencio.

—*¿Lo harán, Babette?*

—*El profeta no puede verlo porque él es uno de los que matarán. Quizá yo muera también.*

El pensamiento no tenía voz, le llegaba como un puro sentimiento, una oleada de tristeza que Lori no podía resistir ni aliviar.

Entonces Lori advirtió que uno de los hombres se acercaba a uno de sus colegas y señalaba supersticiosamente hacia una tumba que había a su derecha. Su puerta estaba ligeramente abierta. En su interior había movimiento. Lori veía lo que iba a venir, igual que la niña. Sintió un estremecimiento en la columna de Babette, sintió cómo sus dedos se agarraban a la rejilla anticipándose al horror que vendría. Repentinamente, los dos hombres se dirigieron a la puerta de la tumba y la tumbaron a patadas. Se oyó un grito de dentro y alguien cayó. El jefe estuvo dentro en unos segundos, seguido de su pareja, y el estrépito alertó al tercero y al cuarto, que fueron hacia la puerta del mausoleo.

—¡Apártate! —gritó el agente desde dentro. El otro retrocedió y con una mueca de satisfacción en el rostro, el oficial arrastró a su prisionero fuera del escondite mientras su colega pateaba desde dentro.

Lori sólo pudo ver fugazmente a su víctima, pero rápidamente, Babette la nombró con el pensamiento.

—*Ohnaka.*

—Arrodíllate, cerdo —le ordenó el policía que cubría la retaguardia, y le dio una patada en las piernas al prisionero. El hombre cayó, agachando la cabeza para protegerse del sol con su sombrero de ala ancha.

—Buen trabajo, Gibbs —dijo Pettine con una mueca.

—¿Y dónde está el resto de ellos? —preguntó el más joven de los cuatro, un chico tapado, con un compañero fanfarrón.

—Bajo tierra, Tommy —anunció el cuarto hombre—. Eso ha dicho Eigerman.

Gibbs se encaró con Ohnaka.

—Queremos ver vuestras jodidas caras —le dijo. Miró al compañero de Tommy, un hombre bajo y grueso—. Tú eres bueno interrogando, Cas.

—Nadie me ha dicho nunca que no —replicó el hombre—. ¿Es verdad o no?

—Es verdad —dijo Gibbs.

—¿Quieres que este hombre se ocupe de tu caso? —le preguntó Pettine a Ohnaka. El prisionero no dijo nada.

—No creo que te haya oído —dijo Gibbs—. Pregúntale, Cas.

—Claro.

—Pregúntaselo fuerte.

Cas se acercó a Ohnaka alcanzando y arrancándole el sombrero de la cabeza. Instantáneamente, Ohnaka empezó a gritar.

—¡Calla, joder! —le gritó Cas pateándole la barriga.

Ohnaka continuó gritando, con los brazos cruzados sobre su cabeza desnuda para protegerse del

sol mientras se incorporaba. Desesperado, buscó el auxilio de la oscuridad volviendo hacia la puerta abierta, pero el joven Tommy ya estaba allí para cerrarle el paso.

—¡Buen chico, Tommy! —exclamó Pettine—. ¡Cógele, Cas!

Forzado a volver al sol. Ohnaka se había echado a temblar como si fuera presa de un ataque.

—¿Qué mierda le pasa? —dijo Gibbs.

Los brazos del prisionero ya no tenían fuerza para protegerle la cabeza. Cayeron a ambos lados, humeantes, dejando así a Tommy mirarle fijo a la cara. El joven policía no habló. Se limitó a retroceder dos pasos, tambaleándose y dejando caer el rifle.

—¿Qué haces, cabeza de chorlito? —le gritó Pettine. Se acercó y sujetó el brazo de Ohnaka para evitar que se apoderase del arma caída. En la confusión del momento, a Lori le costó ver lo que ocurría después, pero al parecer, la carne de Ohnaka se estaba descomponiendo. Hubo un grito de disgusto de Cas y uno de furia de Pettine, que había soltado el brazo encontrándose con un pedazo de tela y de polvo en la mano.

—¿Qué coño pasa? —exclamó Tommy—. ¿Qué coño pasa? ¿Qué coño pasa?

—Cierra el pico! —le dijo Gibbs, pero el chico había perdido el control. No dejaba de repetir la misma frase:

—¿Qué cono pasa?

Sin dejarse conmover por el pánico de Tommy, Cas se acercó a pegarle a Ohnaka en las rodillas. El golpe produjo mayor efecto de lo que pretendía. Rompió el brazo de Ohnaka por el codo y el miembro cayó a los pies de Tommy. Sus exclamaciones dieron paso al vómito. Incluso Cas retrocedió, moviendo la cabeza sin dar crédito a sus ojos.

Ohnaka había sobrepasado sus límites. Las piernas se le habían doblado y su cuerpo se volvía más y más débil bajo el ataque del sol. Pero era su rostro —todavía vuelto hacia Pettine— el que provocaba las exclamaciones más horrorizadas, pues la carne se le descomponía y el humo se elevaba desde las cuencas de sus ojos mientras su cerebro se incendiaba.

Ya no gritaba. No le quedaban fuerzas para tal esfuerzo, iba cayéndose al suelo simplemente, con la cabeza expuesta como para acelerar su agonía bajo los rayos del sol. Antes de completar su caída contra el pavimento, su cuerpo pareció explotar con el sonido de un disparo y sus miembros cayeron en un amasijo de sangre y huesos.

Lori quería que Babette dejase de mirar, tanto por ella misma como por el bien de la niña. Pero ella se negaba a apartar los ojos. Incluso cuando acabó aquel horror y el cuerpo de Ohnaka quedó diseminado en fragmentos a lo largo de la avenida, ella seguía apretando el rostro contra la rejilla, como si quisiera conocer aquella muerte con todos sus detalles. Tampoco Lori podía dejar de mirar mientras la chiquilla mirase. Compartía cada uno de los estremecimientos de los miembros de Babette, sentía el sabor de las lágrimas que la pequeña derramaba, pero éstas no bastaban como para impedirle la visión. Ohnaka estaba muerto, pero sus ejecutores no habían acabado aún su trabajo. Mientras hubiera algo que mirar, la niña seguiría observando.

Tommy intentaba limpiarse el vómito de la parte delantera de su uniforme. Pettine seguía dando patadas a un fragmento del cuerpo de Ohnaka. Cas cogió un cigarrillo del bolsillo delantero de Gibbs.

—Dame fuego, ¿quieres? —dijo. Gibbs se llevó la trémula mano al bolsillo del pantalón buscando cerillas, con los ojos fijos en los humeantes restos.

—Nunca había visto una cosa así —dijo Pettine, casi en tono normal.

—Te has cagado, Tommy? —dijo Gibbs.

—Que te den —fue la respuesta—. La pálida piel de Tommy se había vuelto roja—. Cas decía que teníamos que haber llamado al jefe. Tenía razón.

—¿Qué cono tiene que saber Eigerman? —comentó Pettine, y escupió en el polvo rojo que había a sus pies.

—¿Le has visto la cara a ese desgraciado? —dijo Tommy—. ¿Has visto cómo me miraba? Yo estaba medio muerto, te lo digo. Casi me mata.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Cas.

Gibbs sabía casi la respuesta correcta.

—La luz del sol —replicó—. He oído hablar de enfermedades como ésa. El sol ha acabado con él.

—Qué dices, tío —dijo Cas—. Nunca he visto ni oído nada así.

—Bueno, lo hemos visto y oído *ahora* —dijo Pettine bastante satisfecho—. No ha sido una alucinación.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber Gibbs. Tenía serias dificultades para llevarse el cigarrillo a los labios con sus trémulas manos.

—Vamos a buscar más —dijo Pettine—. *Seguiremos* buscando.

—Yo no —dijo Tommy—. Voy a llamar al maldito jefe. No sabemos cuántos de esos locos habrá aquí. Pueden ser centenares. Tú lo has dicho. Aquí se puede esconder un jodido ejército, tú lo has

dicho.

—¿De qué tienes miedo? —replicó Gibbs—. Ya has visto lo que les hace el sol.

—Ya. ¿Y qué pasará cuando se ponga el sol, cabrón? —fue la réplica de Tommy.

Gibbs se quemó los dedos con la cerilla. La tiró al suelo.

—Lo he visto en las películas —dijo Tommy—. Las cosas pasan por la noche.

A juzgar por la expresión de Gibbs, él había visto las mismas películas.

—Quizá *deberías* pedir ayuda —dijo—. Por si acaso.

Los pensamientos de Lori le hablaron precipitadamente a la niña.

—*Tienes que avisar a Rachel. Dile lo que hemos visto.*

—*Ellos ya lo saben* —fue la respuesta de la niña.

—*Díselo de todas formas. ¡Olvídate de mí! Díselo, Babette, antes de que sea demasiado tarde.*

—*No quiero dejarte.*

—*Yo no puedo ayudarte, Babette. Yo no soy de los vuestros. Yo...*

Intentó apartar el pensamiento antes de llegar a formularlo, pero era demasiado tarde.

—*Yo soy normal. El sol no me matará como a vosotros. Estoy viva. Soy humana. No soy de los vuestros.*

No tuvo oportunidad de considerar aquella réplica precipitada. El contacto se rompió instantáneamente, desapareció la visión de los ojos de Babette y Lori se encontró en el umbral de la cocina.

El sonido de las moscas sonaba muy alto en su cabeza. Su zumbido no era un eco de Midian, sino algo real. Se apiñaban en la habitación que había frente a ella. Ella sabía demasiado bien cuál era el olor que las atraía allí, ávidas y hambrientas, y con la misma certeza que después de todo lo que había visto en Midian, no podría soportar dar otro paso hacia el cadáver que había en el suelo. Había demasiada muerte en su mundo, en su mente y fuera de ella. Si no escapaba enloquecería. Tenía que volver al aire libre, donde pudiera respirar libremente. Quizás encontrar alguna vulgar dependienta de tienda para hablar del tiempo, del precio de las compresas higiénicas, algo banal y previsible.

Pero las moscas querían zumar en sus oídos. Intentó apartarlas. Volvían a ella una y otra vez, desplegando las alas manchadas de muerte y con las patas rojas de sangre.

—Dejadme sola —sollozó. Pero su excitación las multiplicaba mucho más, y el sonido de su voz las levantaba de la mesa de comedor y las llevaba detrás de los hornos. Su mente luchaba por volver a la realidad para poder darse la vuelta físicamente y salir de la cocina.

Le fallaban ambos, mente y cuerpo. La nube de moscas la rodeaba y eran tantas que formaban una masa oscura. Oscuramente se dio cuenta de que aquello era imposible de que su mente creaba aquel horror en su confusión. Pero el pensamiento era demasiado lejano como para mantener a raya a la locura, su razón intentaba atraparlo una y otra vez, pero la nube volvía a posarse en ella. Sentía sus patas sobre sus brazos y rostro, dejando regueros de lo que las había impregnado: la sangre de Sheryl, la bilis de Sheryl, el sudor y las lágrimas de Sheryl. Había tantas que no encontraban superficie en su cuerpo para posarse y empezaban a abrirse camino por sus labios, arrastrándose por los agujeros de su nariz y entrándole en los ojos.

¿Acaso no había ocurrido una vez, en su sueño sobre Midian, que los muertos venían en el polvo hacia ella desde todas las direcciones del mundo? ¿Y no se había quedado ella allí de pie, en medio de la tormenta, acariciada y erosionada, contenta de sentir que los muertos estaban en el viento? Ahora sintió horror de aquel sueño, al conocer la segunda parte: un mundo de moscas acompañaba a aquel mundo de polvo, de incomprendión y ceguera, de muertos sin enterrar, y sin un viento que pudiera llevárselos. Sólo las moscas celebrando su festín con ellos, posándose en ellos y multiplicándose.

Y al unir el polvo a las moscas, supo lo que provocaría Supo, mientras la conciencia la abandonaba completamente, que si Midian moría —y ella lo permitía—, si Pettine, Gibbs y sus amigos desenterraban el refugio de los Engendros de la Noche, entonces *ella*, que se había convertido en polvo una vez, y que había sido tocada por la condición de Midian, no tendría ningún lugar a donde arrastrarse, y pertenecería a las moscas en cuerpo y alma.

Luego cayó sobre las baldosas.

XVIII. LA IRA DE LOS JUSTOS

1

Para Eigerman, las ideas brillantes y la evacuación estaban indisolublemente unidas. Siempre se le ocurrían sus mejores ideas con los pantalones bajados. Más de una vez, desde el water, le había explicado a alguien que escuchaba que la paz del mundo y el remedio definitivo contra el cáncer podrían lograrse durante una noche si los sabios y los justos quisieran sentarse a cagar juntos.

En realidad, la idea de compartir la más privada de las funciones humanas le hubiera consternado. El retrete era un lugar para la soledad, donde todos aquellos abrumados por el peso de las elevadas responsabilidades podían abandonarlo todo y sentarse unos instantes a meditar sobre sus problemas.

Observó los graffiti que había en la puerta frente a él. No había nada nuevo entre las obscenidades, y eso era reconfortante. Sólo las guardadas de siempre que había que raspar. Aquello le dio valor frente a sus problemas.

Sus problemas tenían una doble vertiente. Primero, tenía bajo custodia a un hombre muerto. Esto, como los graffiti, era una vieja historia. Pero los zombis pertenecían definitivamente al cine, como la sodomía a las paredes de los lavabos. No tenían lugar en el mundo real. Esto le llevó al segundo problema: la llamada de pánico de Tommy Caan, informando que algo malo estaba ocurriendo en Midian. Reflexionando, añadió un tercero: el doctor Decker. Llevaba un traje bueno y hablaba muy bien, pero había algo enfermizo en él. Eigerman no había querido admitir que sospechaba de él hasta aquel preciso momento en que se había sentado a cagar, pero en su cabeza de policía se hizo claro en cuanto empezó a pensarlo. El bastardo sabía mucho más de lo que estaba diciendo, no sobre el muerto llamado Boone, sino sobre Midian y lo que estaba pasando allí. Si le había engañado con lo de Shere Neck, llegaría el momento de ajustar las cuentas, eso era tan seguro como la mierda, y le haría arrepentirse.

Mientras, el jefe tenía que tomar algunas decisiones. Había empezado el día como un héroe, dirigiendo el arresto del ase sino de Calgary, pero el instinto le decía que los acontecimientos podían escapársele de las manos rápidamente. Había algunos imponderables en todo aquello, algunas preguntas para las que no tenía respuesta. Desde luego, había una salida fácil. Podía llamar a sus superiores de Edmonton y pasárselas todo aquel maldito asunto para que lo resolvieran. Pero si abandonaba el problema sería a costa de renunciar también a la gloria. La alternativa era actuar ahora, antes de que anocheciese, como había repetido Tommy, y apenas le quedaban... ¿cuántas? Tres o cuatro horas para arrancar a aquellos seres abominables de Midian. Si tenía éxito, los aplausos y apoyos se multiplicarían. En un solo día, no sólo habría entregado a la justicia a un malhechor humano, sino que habría limpiado aquel hoyo de inmundicia sin necesidad de pedir refuerzos.

Pero de nuevo, las respuestas a las preguntas volvieron a su mente y ofrecían un panorama difícil. Si había que creer a los médicos que habían examinado a Boone y hacer caso a los informes que llegaban de Midian, entonces aquel día se harían realidad cosas que sólo se conocían en las novelas. ¿Realmente quería luchar contra hombres muertos que andaban y bestias a las que mataba la luz del sol?

Sentado, cagó y sopesó las alternativas. Tardó media hora pero finalmente tomó una decisión. Como solía pasar, después de tanto sudor, parecía muy fácil. Quizás el mundo de aquel día no era el mismo que había conocido hasta entonces. Mañana, si Dios quería, todo volvería a su cauce: los muertos estarían muertos y la sodomía se quedaría en la pared de los retretes, donde debía estar. Si no aprovechaba la oportunidad para forjarse un destino, no se presentaría otra hasta que fuera demasiado viejo como para hacer otra cosa aparte de cuidar sus hemorroides. Aquella oportunidad era un don divino para mostrar su temple. No podía desperdiciarla.

Con nueva convicción en sus tripas, se limpió el culo, se subió los pantalones, tiró de la cadena y salió a enfrentarse al reto.

2

—Quiero voluntarios, Cormack, ¿quién va a venir a Midian conmigo a cavar?

—¿Cuándo los necesita?

—Ahora. No tenemos mucho tiempo Empiece con los bares. Llévese a Hollyday con usted

—¿Para qué decimos que es?

Eigerman meditó un momento: qué se podía decir.

—Diga que estamos buscando ladrones de tumbas Eso reunirá a un grupo considerable Cualquiera que tenga una pistola y una pala aceptable. Los quiero reunidos en una hora Y si es posible antes.

Cuando Cormack salió, Decker sonrió.

—¿Está contento ahora? —le preguntó Eigerman.

—Estoy contento de ver que siguen mi consejo.

—Su consejo. Mierda.

Decker siguió sonriendo.

—Láguese de aquí —dijo Eigerman—. Tengo trabajo que hacer. Vuelva cuando encuentre una pistola para usted.

—Eso iba a hacer.

Eigerman le miró salir y luego cogió el teléfono. Había un número que había pensado marcar desde que se había decidido a entrar en Midian, un número que no había tenido que marcar en mucho tiempo. Ahora lo marcó En unos segundos, el padre Ashbery estaba al otro lado del hilo.

—Suena como si estuviera sin aliento, padre.

Ashbery sabía quién era el que le llamaba sin necesidad de decírselo.

—Eigerman.

—El mismo. ¿Qué estaba haciendo?

—He estado corriendo.

—Buena idea. Así se sudan y expulsan los malos pensamientos.

—¿Qué quiere?

—¿Qué cree que quiero? Un sacerdote.

—Yo no he hecho nada.

—No es eso lo que he oído.

—No tengo nada que pagar, Eigerman Dios me perdonó ya mis pecados.

—No lo dudo.

—Pues entonces déjeme en paz

—¡No cuelgue!

Ashbery captó rápidamente la súbita ansiedad que había en la voz del policía

—Bueno, bueno —dijo

—¿Qué?

—Tiene un problema

—Quizá lo tengamos los dos.

—¿A qué se refiere?

—Le quiero aquí en seguida, con todo lo que tenga en plan de crucifijos y agua bendita

—¿Para qué?

—Confíe en mí.

Ashbery se rió.

—Ya no estoy a su disposición, Eigerman Tengo un rebaño al que vigilar.

—Entonces hágalo por ellos

—¿De qué me está hablando?

—Usted predica sobre el Juicio Final, ¿verdad? Bueno, pues la gente que hay en Midian lo está anunciando

—¿Quiénes son?

—No sé quién ni por qué. Lo único que sé es que necesitamos un poco de santidad de su parte, y usted es el único cura que tengo.

—Es su responsabilidad, Eigerman.

—No creo que me esté escuchando. Mierda, le estoy hablando de algo serio.

—No quiero jugar a ninguno de sus malditos juegos.
—Ashbery, quiero decir que si usted no viene por su propia voluntad, le obligaré a venir.
—Quemé los negativos, Eigerman. Soy un hombre libre.
—Tengo copias.
Hubo un silencio. Luego el padre habló:
—Usted juró que no.
—Le mentí —fue la respuesta
—Es usted un bastardo, Eigerman.
—Y usted lleva ropa interior de encaje. Bueno, ¿cuánto tardará en llegar?
Silencio.
—Ashbery. Le he hecho una pregunta
—Déme una hora.
—Tiene cuarenta y cinco minutos
—Que le den.
—Eso es lo que me gusta: una piadosa damita.

3

Debía de ser el calor, pensó Eigerman cuando vio cuántos hombres había logrado reunir Cormack y Holliday en el espacio de sesenta minutos. El calor siempre volvía a la gente turbulenta: para forniciar o para matar. Tal como estaba Shere Neck, y como forniciar no era tan fácil de conseguir al momento, el ansia de hacer algo disparando estaba en alza aquel día. Había veinte hombres reunidos fuera, bajo el sol, y tres o cuatro mujeres venían de camino, además de Ashberv y su agua bendita.

En aquella hora, había habido dos llamadas más de Midian Una de Tommy, a quien se le había ordenado volver al cementerio para ayudar a Pettine a contener el enemigo hasta que llegasen los refuerzos, y la segunda del propio Pettine, informando a Eigerman de que se había escapado uno de los ocupantes de Midian. Se había 'deslizado' por la puerta principal mientras sus cómplices les distraían con unas maniobras. La naturaleza de estas maniobras no sólo explicaba la alteración de Pettine mientras informaba de los hechos, sino también del por qué habían fracasado en alcanzarle. Alguien había quemado las llantas de los coches. El fuego se había apoderado rápidamente de los coches, incluyendo la radio desde la que se hacía el informe. Pettine estaba explicando que no podría haber más llamadas cuando se cortó la comunicación.

Eigerman se guardó para sí esta información, por miedo a enfriar el ansia de aventuras de alguien. Matar estaba muy bien para todos, pero no estaba seguro de que hubiera tantos dispuestos a seguir adelante si se enteraban de que alguno de los bastardos estaba dispuesto a luchar.

Mientras salía el convoy, él miró su reloj. Tenían tal vez dos horas y media de plena luz hasta que la oscuridad empezara a asentarse. Tardarían tres cuartos de hora en llegar hasta Midian, lo que significaba que les quedaban una hora y tres cuartos para tratar con aquellos cabrones hasta que el enemigo tuviera a la noche de su parte. Era bastante si se organizaban. Mejor hacerlo con método, pensó Eigerman. Sacar a los hijos de mala madre a la luz y ver qué ocurría. Si se resquebrajaban de la apestosa forma que había descrito Tommy, sería la prueba suficiente para demostrar ante un juez que aquellas criaturas eran tan profanas como el infierno. Si no era así —si Decker estaba mintiendo, Pettine había vuelto a las drogas y eran sólo unos locos vagabundos—, tendría que encontrar a alguien contra el que disparar para no perder el día. Podían darse una vuelta y atravesar a balazos al zombi de la celda quinta, el hombre que no tenía pulso ni sangre en el cuerpo.

De todas formas, no quería dejar que el día acabase sin lágrimas

Quinta parte

LAS BUENAS NOCHES

Ninguna espada podrá tocarte. Salvo la mía.
Lover's Oath (Anónimo)



XIX. UN ROSTRO DESAMPARADO

1

¿Por qué tenía que despertarse? ¿Por qué tenía que haber una llegada? ¿No podía simplemente yacer para siempre en la nada en la que se había refugiado? Pero la nada no la quería. Se despertó sin querer y volvió al viejo dolor de la vida y la muerte.

Las moscas se habían ido. Al menos, eso era algo. Se levantó con el cuerpo pesado, desconcertada. Mientras intentaba limpiarse el polvo de sus ropas oyó una voz que la llamaba por su nombre. Parecía que no se había despertado del todo. Alguien la había llamado. Durante un fantasmagórico momento, pensó que era la voz de Sheryl, que las moscas habían te nido éxito en su empeño y la habían hecho enloquecer. Pero cuando la oyó por segunda vez, le puso otro nombre a la voz: Babette.

La niña la estaba llamando. Volviendo la espalda a la cocina, recogió su bolso y empezó a abrirse paso a través de los escombros hacia la calle. La luz había cambiado desde que la había cruzado por primera vez, habían pasado horas mientras se debatía con el sueño. Pero su reloj, roto por la caída, se negaba a decirle cuántas.

Todavía se estaba muy bien en la calle, pero el calor del mediodía había pasado hacía rato. La tarde estaba llegando a su fin. No debía faltar mucho para que anocheciera.

Empezó a andar, sin mirar ni una sola vez hacia el restaurante. Fuerá cual fuese la crisis de realidad que había sufrido allí, la voz de Babette la había llamado, y ella se sentía extrañamente viva, como si se hubiera aclarado algo sobre el modo en que funcionaba el mundo.

Ella sabía lo que era sin tener que pensar mucho. Alguna de sus partes vitales, corazón o cabeza o ambos, habían hecho las paces con Midian y todo lo que contenía. Nada de lo que había ocurrido en sus cámaras había sido tan terrible como aquello que había encontrado al enfrentarse al edificio incendiado: la soledad del cuerpo de Sheryl, el hedor de la decadencia y la descomposición, la inevitabilidad de todo aquello. Comparado con aquello, los monstruos de Midian —transformándose, reorganizándose, embajadores de la carne del mañana y recuerdo de la del ayer— parecían llenos de posibilidades. ¿No tenían aquellas criaturas facultades que ella envidiaba? ¿Poder de volar, de transformarse, conocimiento de la condición animal, posibilidad de desafiar la muerte?

Todo lo que había codiciado o envidiado en otros de su especie parecía volar sin valor. Los sueños de poseer una anatomía perfecta, el rostro de una actriz, el cuerpo magnífico, la habían distraído con promesas de auténtica felicidad. Promesas vanas. La carne no podía conservar su hermosura ni los ojos su brillo. Pronto se desvanecerían.

Pero los monstruos eran para siempre. Parte de su yo prohibido. Su oscuro yo, capaz de transformarse a medianoche. Anhelaba ser uno de ellos.

Todavía faltaba mucho para que asumiera no sólo el apetito por la carne humana, sino lo que había presenciado en el Sweetgrass Inn. Pero aprendería a comprenderlo. La realidad es que no tenía elección. Había sido alcanzada por un conocimiento que había cambiado su paisaje interior hasta lo irreconocible. No había camino de retorno hacia los verdes prados de la adolescencia y los primeros años de su condición de mujer. Tenía que seguir adelante. Y aquella noche, quería decir seguir por la calle vacía para ver qué le reservaba la próxima noche.

El ruidoso motor de un coche en el lado opuesto de la calle atrajo su atención. Le echó un vistazo. Las ventanas estaban totalmente cerradas, a pesar del calor del aire, y esto le sorprendió. No podía ver al conductor, las ventanas y el parabrisas estaban demasiado llenos de mugre. Pero una incómoda sospecha se abría paso en ella. Estaba claro que el ocupante estaba esperando a alguien. Y dado que no había nadie más en la calle, aquel alguien debía de ser ella.

Si era así, el conductor sólo podía ser un hombre, el único que tenía una razón para estar allí. Decker.

Echó a correr.

El coche se puso en marcha. Ella miró hacia atrás. El coche se movía lentamente de su lugar de

aparcamiento. No tenía motivo para correr. No había señales de vida en la calle. Sin duda podía conseguir ayuda, pero tenía que saber en qué dirección correr. Pero el coche ya había salvado la distancia que había entre los dos. Aunque sabía que el coche podía alcanzarla, echó a correr en una dirección cualquiera, mientras el motor sonaba más y más alto tras ella. Oyó cómo las llantas rozaban la acera. Luego el coche se puso a su lado, guardando unos metros de distancia.

La puerta se abrió. Ella echó a correr. El coche le cortó el paso mientras la puerta golpeaba la pared.

Desde dentro le llegó la invitación

—Suba.

El muy bastardo estaba tan sereno.

—Suba, por favor, antes de que nos detengan.

No era Decker. No se dio cuenta lentamente, sino de un modo súbito. No era Decker el que hablaba desde el coche. Se detuvo y el cuerpo le pesaba con el esfuerzo de recuperar el aliento.

El coche también paró el motor.

—Suba —volvió a decir el conductor.

—¿Quién...? —intentó decir ella, pero sus pulmones estaban demasiado celosos de su aliento como para alimentar sus palabras.

La respuesta llegó de todos modos.

—Un amigo de Boone

Ella siguió agarrada a la puerta abierta.

—Babette me ha dicho cómo encontrarla —continuó el hombre.

—¿Babette?

—¿Quiere subir? Tenemos mucho que hacer.

Ella se acercó a la puerta. Cuando lo hizo, el hombre le dijo:

—No grite.

Ella no tenía fuerzas para emitir ningún sonido, pero la verdad es que sintió esa *inclinación* cuando sus ojos se posaron sobre aquel rostro en la penumbra del coche. Sin duda era una de las criaturas de Midian, pero no un hermano de las cosas fabulosas que había visto en los túneles. La apariencia del hombre era horrenda, su rostro burdo y rojo como hígado crudo. Si hubiera sido de otra forma hubiera desconfiado de él, sabiendo lo que sabía sobre pretendientes. Pero aquella criatura no pretendía nada: su herida era un vicio honesto.

—Me llamo Narcisse —dijo—. ¿Quiere cerrar la puerta, por favor? Así se apaga la luz. Y no entran moscas.

2

Su historia, o al menos lo esencia de ésta, se alargó mientras recorrían dos manzanas y media. Cómo había conocido a Boone en el hospital, cómo había vuelto a Midian y reencontrado a Boone, cómo habían quebrantado juntos las leyes de Midian saliendo de bajo tierra. Tenía un recuerdo de aquella aventura, le dijo, una herida en el vientre que una señora como ella nunca debía ver.

—¿Entonces le exiliaron como a Boone? —preguntó ella.

—Lo intentaron —le dijo—. Pero yo me quedé allí esperando ganarme el perdón. Entonces llegaron los policías, creo. Bueno, vayamos al asunto. Tengo que encontrar a Boone y tenemos que acabar con lo que hemos provocado.

—¿El sol no le mata?

—Quizá no estaría muerto mucho tiempo, pero no puedo soportarlo.

—¿Sabe que Boone está en la cárcel?

—Sí, ya lo sé. Por eso la niña me ha ayudado a encontrarla a usted. Creo que juntos podremos sacarle de allí.

—¿Y cómo demonios vamos a lograrlo?

—No lo sé —confesó Narcisse—. Pero tenemos que intentarlo. Y rápido. Ahora tienen gente cavando en Midian.

—Aunque consigamos liberar a Boone, no sé qué podemos hacer.

—Él estuvo en la habitación del Bautista —replicó Narcisse, y su dedo fue de los labios al corazón—. Habló con Baphomet. Por lo que he oído, sólo Lylesburg lo había hecho antes y había sobrevivido. Me imagino que el Bautista tendrá recursos para vencer. Algo que nos ayude a parar la destrucción.

Lori recordó el rostro aterrado de Boone cuando salió de la cámara del Bautista.

—No creo que Baphomet le dijese nada —dijo Lori—. Estuvo a punto de no sobrevivir.

Narcisse se rió.

—Sobrevivió, ¿verdad? ¿Usted cree que el Bautista lo hubiera permitido si no hubiera tenido una razón?

—De acuerdo... ¿Cómo llegamos hasta él? Lo han encerrado de por vida entre cuatro paredes.

Narcisse sonrió.

—¿Qué es lo gracioso?

—Se olvida de cómo es él ahora —dijo Narcisse—. Tiene poderes.

—No lo olvido —dijo Lori—. Simplemente no lo sé.

—¿Él no se lo ha dicho?

—No.

—Fue a Midian porque pensó que había derramado mucha sangre...

—Yo también lo creía.

—Era falso, desde luego. Era inocente. Lo que le convertía en carne.

—¿Quiere decir que le atacaron?

—Casi le matan. Pero escapó y llegó hasta la ciudad

—Donde le estaba esperando Decker —dijo Lori acabando la historia, o empezándola—. Tuvo una suerte increíble de que ninguno de los disparos le matase.

La sonrisa de Narcisse, que había persistido más o menos desde el comentario de Lori de que Boone estaba encerrado de por vida, se desvaneció.

—¿Qué quiere decir...? —dijo—. ¿Que ninguno de los disparos lo mató? ¿Por qué se cree que volvió a Midian? ¿Por qué cree que la segunda vez le abrieron las puertas de las tumbas?

Ella le miró sin entender

—No le sigo —dijo, esperando no comprender demasiado—. ¿Qué me está usted diciendo?

—Peloquin le mordió —dijo Narcisse—. Le mordió e infectó. El bálsamo le llegó a la sangre —se detuvo—. ¿Quiere que siga?

—Sí.

—El bálsamo le llegó a la sangre. Le dio poderes. Le dio hambre. Y le permitió escapar del encierro e irse andando

Sus palabras habían avanzado suavemente hasta el fin, respondiendo al shock que se reflejaba en el rostro de Lori

—¿Está muerto? —murmuró ella
Narcisse asintió.
—Creí que ya lo sabía —dijo— Creí que estaba bromeando acerca de., de que él sea,
La observación se interrumpió haciendo el silencio.
—Es demasiado —dijo Lori. Su puño se había cerrado en torno a la manilla de la puerta, pero le
faltaba fuerza como para apretarla—. Demasiado.
—Morir no es malo —dijo Narcisse—. Es sólo diferente. Es... sorprendente.
—¿Habla por experiencia?
—Sí.
Su mano soltó la puerta. Las últimas fuerzas le habían abandonado.
—No me deje ahora —dijo Narcisse.
Muertos, todos muertos. En sus brazos. En su mente
—Lori. Hábreme. Dígome algo. Aunque sea adiós.
—¿Cómo... puede... bromear sobre esto? —le preguntó ella
—Si no es divertido, ¿qué puede ser? Triste. No quiero estar triste, ¿y usted? Tenemos que salvar a
su amor, usted y yo
Ella no respondió.
—¿Debo tomar su silencio como asentimiento?
Ella todavía no respondió.
—Entonces lo haré yo.



XX. IMPULSADO

1

Eigerman sólo había estado en Midian una vez, cuando le habían solicitado que enviara refuerzos para detener a Boone. Entonces había conocido a Decker, que era el héroe de aquel día, arriesgando la vida para intentar sacar a su paciente del escondite. Había fracasado, por supuesto. Todo había terminado con la ejecución sumaria de Boone cuando éste salió a plena luz. Si alguna vez un hombre hubiera tenido que caer muerto era aquélla. Eigerman nunca había visto tantas balas en un solo pedazo de carne. Pero Boone no había muerto. O al menos, no se había quedado inmóvil. Se había levantado y caminado, sin que el corazón le latiese y con la piel del color del pescado.

Un asunto como para ponerse enfermo. Le ponía los pelos de punta a Eigerman sólo de pensarlo. Desde luego, nunca hubiera admitido aquel hecho ante nadie. Ni siquiera ante sus pasajeros del asiento de atrás, el cura y el doctor. Cada uno de ellos tenía secretos inconfesables. Los de Ashbery los conocía. Al hombre le gustaba vestirse con prendas íntimas de mujer, v Eigerman había bromado v utilizado aquel hecho como forma de presión cuando necesitaba santificar uno o dos pecados suyos. Pero los secretos de Decker seguían siendo un misterio para él. Su rostro no traicionaba nada, ni siquiera para el ojo de alguien experto en reconocer las culpas ajenas como Eigerman.

Moviendo el retrovisor, el jefe miró a Ashbery, que le disparó una mirada taciturna.

—¿Alguna vez ha exorcizado a alguien? —le preguntó al sacerdote.

—No.

—¿Pero lo ha visto hacer alguna vez?

Otra vez respondió:

—No.

—¿Pero cree? —preguntó Eigerman.

—En qué?

—En el cielo y el infierno, por Dios...

—Defina esos términos.

—¿Hum?

—¿Qué quiere decir con cielo e infierno?

—Dios, no quiero entrar en un maldito debate. Usted es un cura, Ashbery. Se supone que cree en el diablo. ¿No está de acuerdo, Decker?

El doctor gruñó. Eigerman apretó un poco más.

—Todo el mundo ha visto cosas que no podría explicar, ¿verdad? Especialmente los médicos, ¿no? ¿Usted ha tenido pacientes que hablan en lenguas...?

—No puedo decir que los haya tenido —dijo Decker.

—¿Todo está bien? ¿Todo es perfectamente científico?

—Eso diría yo.

—Eso diría. ¿Y qué me diría de Boone? —presionó Eigerman—. Es un jodido zombi científico, ¿verdad?

—No lo sé —murmuró Decker.

—Bueno, bueno, bueno. Miren esto. Tengo un sacerdote que no cree en el diablo y un doctor que no distingue la ciencia de su culo. Eso me hace sentir muy cómodo.

Decker no contestó. Ashbery sí.

—¿De verdad cree que vamos a encontrar algo ahí? —preguntó—. Está usted sudando un montón.

—No me presione, querido amigo —dijo Eigerman—. Limítese a sacar su libro de exorcismos. Quiero que todos esos *freaks* sean enviados al jodido lugar de donde vengan. Supongo que usted sabrá cómo hacerlo.

—Actualmente hay otras explicaciones, Eigerman —replicó Ashbery—. Esto no es Salem. No vamos a una quema de brujas.

Eigerman volvió su atención a Decker, dejando flotar ligeramente la pregunta que hizo a

continuación:

—¿En qué piensa, Doc? ¿Tal vez piensa que debería poner al zombi en el sofá del psicoanálisis? ¿Preguntarle si quería follarse a su hermana? —Eigerman le lanzó una mirada a Ashbery—. ¿O ponerse su ropa interior?

—Pienso que nos dirigimos a Salem —repuso Decker. Había una corriente oculta en su voz que Eigerman nunca había oído—. Y también pienso que a usted le importa un huevo lo que pienso o dejo de pensar. Usted va a quemarlos igualmente

—Exacto —dijo Eigerman con una risa gangosa.

—Y creo que Ashbery tiene razón Usted parece *aterrado*

Aquello acalló la risa.

—Hijo de puta —dijo Eigerman con calma

Durante el resto del trayecto permanecieron en silencio Eigerman abriendo la marcha del convoy, Decker observando cómo se debilitaba la luz a cada momento, y Ashbery, tras unos minutos de introspección, hojeando su libro de oraciones, pasando las páginas de papel cebolla muy de prisa, buscando los Ritos de Expulsión.

2

Pettine les estaba esperando a más de cuarenta metros de distancia de las puertas de la necrópolis, con la cara sucia del humo de los coches, que aún estaban ardiendo.

—¿Cuál es la situación? —quiso saber Eigerman.

Pettine echó una mirada fugaz al cementerio.

—No ha habido señales de movimiento desde la escapada. Pero hemos oído algo.

—¿Como qué?

—Como si estuviéramos sentados en una colina de termitas —dijo Pettine—. Hay cosas moviéndose bajo tierra. De eso no hay duda. No sólo se oye, se siente.

Decker, que iba en uno de los últimos coches, se unió a los que discutían, cortó a Pettine a media frase para dirigirse a Eigerman.

—Tenemos una hora y veinte minutos antes de que el sol se ponga.

—Ya sé contar —replicó Eigerman

—Entonces vamos a excavar?

—Cuando yo lo diga, Decker.

—Decker tiene razón, jefe —dijo Pettine—. Esos bastardos temen al sol. Créame, no creo que debamos quedarnos aquí cuando anochezca. Hay un montón de ellos ahí abajo.

—Nos quedaremos aquí hasta que limpiemos esto de mierda —dijo Eigerman—. ¿Cuántas puertas hay?

—Dos. La grande, y otra en el lado noreste

—Muy bien. Así no será difícil controlar su salida. Ponga uno de los camiones frente a la puerta principal y luego apostaremos unos hombres por turnos alrededor del muro para asegurarnos de que nadie se escapa Una vez colocados, nos acercaremos.

—Veo que ha traído algo para asegurarse comentó Pettine mirando a Ashbery

—Condenadamente cierto

Eigerman se volvió al sacerdote.

—Puede bendecir el agua, ¿verdad, padre? ¿Convertirla en sagrada?

—Sí.

—Pues hágalo. Toda el agua que pueda encontrar. Bendígala. Derrámela entre los hombres. Si las balas fallan, quizá sirva de algo bueno. Y usted, Decker, salga de en medio, joder Ahora esto es trabajo de policías.

Una vez dadas las órdenes, Eigerman se acercó a las puertas del cementerio. Cuando cruzó el polvoriento camino, rápidamente comprendió lo que había querido decir Pettine con *la colina de las termitas*. Había algo moviéndose debajo de tierra Incluso le parecía oír voces que le hacían pensar en entierros prematuros. Una vez había visto uno, o más bien sus consecuencias. Había ayudado a desenterrar a una mujer a la que habían oído gritar bajo tierra. Ella tenía razón: había dado a luz y muerto en el ataúd. El niño, un monstruito, había sobrevivido. Probablemente habría acabado en un hospicio. O quizás allí, bajo tierra, con el resto de hijos de puta.

Si estaba con ellos, podía contar los minutos que le quedaban de su vida enferma con su mano de seis dedos. En cuanto asomaran sus cabezas, Eigerman les daría una patada para que volvieran a donde venían, pero con el cerebro lleno de balas. Que vinieran. Él no tenía miedo. Que vinieran. Que intentaran abrirse camino hacia fuera.

Su talón les esperaba.

3

Decker observó la organización de las tropas hasta que empezó a ponerle nervioso. Entonces se retiró un tanto hacia la colina. Odiaba ser espectador del trabajo de otros hombres. Le hacía sentirse impotente. Le hacía anhelar una exhibición de su fuerza. Y aquél era siempre un impulso peligroso. Los únicos ojos que podían mirar sin riesgo para él su impulso asesino, eran los que iban a nublarse, y aun así tenía que borrarlos después de que le hubieran visto, por miedo a que contaran la escena.

Volvió la espalda al cementerio y se entretuvo haciendo planes para el futuro. Una vez terminado el juicio de Boone, sería libre para empezar de nuevo el trabajo de la máscara. Contempló esta perspectiva con pasión. Se iría a un territorio más lejano. Encontraría lugares para sus carnicerías en Manitoba y Saskatchewan, o quizás más allá, en Vancouver. Ardía de placer pensando en ello. Desde el maletín que llevaba casi podía oír suspirar a Cara de Botón a través de sus dientes plateados.

—Calma —se sorprendió diciéndole a la máscara.

—¿Qué dice?

Decker se volvió. Pettine estaba a un metro de él.

—¿Ha dicho algo? —quiso saber el policía.

—*El irá hacia el muro* —dijo la máscara.

—Sí —replicó Decker.

—No le he entendido.

—Hablababa conmigo mismo.

Pettine se encogió de hombros.

—Mensaje del jefe. Dice que empecemos. ¿Quiere echar una mano?

—*Estoy listo* —contestó la máscara,

—No —dijo Decker.

—No le culpo. ¿Es usted médico de la cabeza?

—Sí. ¿Por qué?

—Creo que vamos a necesitar médicos dentro de poco. No se van a rendir sin luchar.

—Yo no puedo ayudarles. Ni siquiera soporto la vista de la sangre.

Hubo una risa dentro del maletín, tan alta que Decker imaginó que Pettine la habría oído. Pero no.

—Entonces, manténgase a distancia —dijo, y se volvió para dirigirse al campo de batalla.

Decker mantuvo el maletín contra su pecho sosteniéndolo fuerte entre sus brazos. Desde dentro le llegaba el ruido de la cremallera abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose.

—Cierra el pico —susurró.

—*No me encierres* —se quejó la máscara—. *Esta noche no. Si no te gusta ver sangre, déjame que yo la vea en tu lugar.*

—No puedo.

—*Me lo debes* —dijo—. *Me lo negaste en Midian, ¿te acuerdas?*

—No tuve otro remedio.

—Ahora sí lo tienes. Dame un poco de aire. Ya sabes que te gustaría.

—Me verían.

—*Que sea pronto.*

Decker no contestó.

—*¡Pronto!* —chilló la máscara.

—Calma.

—*Contéstame.* —... Por favor... —*Di.* —Sí. Pronto.



XXI. AQUEL DESEO

1

Habían dejado dos hombres en la comisaría al cuidado del prisionero de la celda quinta. Eigerman les había dado instrucciones explícitas. En ningún caso debían abrir la puerta de la celda, oyeran los ruidos que oyeran dentro. Tampoco se le permitiría acceder hasta el preso a ningún agente del exterior ni juez, ni médico ni Dios mismo si se presentara. Y para reforzar dichos edictos, por si era necesario, los agentes Cormack y Koestenbaum tenían llaves del arsenal y carta blanca para usarlo si la seguridad de la comisaría estuviera en juego. No podían sorprenderles. Shere Neck no vería jamás a otro preso tan proclive a figurar en los anales de atrocidades como Boone. Si Boone era mantenido bajo custodia, el buen nombre de Eigerman se extendería de costa a costa.

Pero había algo más que todo aquello y ellos lo sabían. Aunque el jefe no había sido explícito sobre la condición del prisionero, habían corrido rumores. El hombre era de alguna forma uno de esos *freaks*, poseído por poderes que le hacían peligroso, incluso detrás de una puerta cerrada a cal y canto.

Cormack se sentía agradecido de que le hubiera tocado vigilar el frente de la comisaría mientras Koestenbaum vigilaba la propia celda. El lugar era una fortaleza. Cada ventana y cada puerta cerraban herméticamente. Ahora era simplemente cuestión de sentarse fuera, con el rifle a punto, hasta que la caballería volviese de Midian.

No sería muy largo. El tipo de basura humana que iban a encontrar en Midian —adictos, pervertidos y radicales— sería rodeada en pocas horas y el convoy de vuelta relevaría a los centinelas. Y mañana vendrían fuerzas de Calgary para tomar posesión del prisionero, de modo que las cosas volverían a su cauce. Cormack no se había metido a policía para sentarse y sudar como estaba haciendo ahora, se había metido por la sensación fácil que daba en una noche de verano cuando podía conducir por la esquina de South y Emmett y obligar a las profesionales a poner la cara en su regazo durante media hora. Para eso le gustaba la ley. No aquella fortaleza sitiada.

—Ayúdeme —dijo alguien.

Oyó las palabras muy claramente. El que había hablado —una mujer— estaba justo frente a la puerta de fuera

—Ayúdeme, por favor.

La súplica era tan lastimera que no podía ignorarla. Fue hacia la ventana armado de su rifle. No había cristal, ni siquiera una mirilla, así que no podía ver a la mujer que hablaba. Pero volvió a oírla. Primero un sollozo, luego un golpe suave que se debilitaba al llegar.

—Tendrá que ir a otro sitio —dijo él—. Yo no puedo ayudarla ahora.

—Estoy herida —le pareció que decía, pero no estaba muy seguro. Apoyó el oído en la puerta.

—¿Me oye? —preguntó él—. No puedo ayudarla. Vaya a la tienda más cercana.

Ni siquiera llegó un sollozo a modo de respuesta. Sólo el más débil de los jadeos.

A Cormack le gustaban las mujeres, le gustaba al hombre dominante y vencedor. Incluso al héroe, siempre que no tuviera que sudar mucho para lograrlo. Si se saltaba la norma no era para abrirle la puerta a una mujer pidiendo ayuda. La voz sonaba joven y desesperada. No era su corazón que se le endurecía pensando en su vulnerabilidad. Mirando primero si Koestenbaum estaba fuera de la vista para atestigar su desafío a las órdenes de Eigerman, susurró:

—Pasa.

Y descorró la puerta.

Sólo la abrió unos centímetros y entró una mano cuyo pulgar le desgarró la cara. La herida erró el ojo por un centímetro, pero la sangre volvió el mundo rojo. Semicegado, fue empujado hacia atrás con fuerza desde el otro lado de la puerta, que se abrió. Pero él no soltó el rifle. Disparó, primero a la mujer (erró el tiro) y luego a su compañero, que corrió hacia él medio saltando para esquivar las balas. El segundo tiro, aunque falló como el primero, trajo sangre. Pero no la de su objetivo. Era su propia bota, y la carne y el hueso que había dentro, los que se desparramaron por el suelo.

—*Jodido Jesucristo!*

En su horror, dejó caer el rifle de los dedos. Sabiendo que no sería capaz de inclinarse a recogerlo sin perder el equilibrio, se volvió a mirar sobre la mesa, donde yacía su pistola.

Pero Pulgares de Plata ya estaba allí, devorando las balas como si fuesen vitaminas.

Sin defensas, y sabiendo que no podría mantenerse en pie más de unos segundos, empezó a aullar.

2

Fuera de la celda quinta, Koestenbaum se mantenía en su puesto. Había recibido órdenes. Pasara lo que pasase más allá de la puerta y en la propia comisaría, él tenía que seguir guardando la celda, defendiéndola de cualquier ataque. Y eso estaba decidido a hacer, por mucho que gritase Cormack.

Aplastando su cigarrillo, quitó la placa de la cerradura de la celda de al lado y puso los ojos en el agujero. En los últimos minutos, el asesino se había movido unos grados al borde de la esquina, como si se sintiera acosado por un débil fragmento de rayo de sol que caía por el ventanuco situado sobre su cabeza. Ya no podía moverse más. Estaba agazapado en la esquina, replegado sobre sí mismo. Aparte de aquel movimiento, tenía el mismo aspecto que había tenido durante todo el tiempo: parecía una ruina humana. No podía ser peligroso para nadie.

Desde luego, las apariencias engañan, y Koestenbaum llevaba demasiado tiempo con aquel uniforme para ser tan ingenuo en una cosa así. Pero él sabía reconocer a un hombre vencido en cuanto lo veía. Boone ni siquiera miró al oír otro aullido de Cormack. Se limitaba a vigilar la luz con el rabillo del ojo y se estremecía.

Koestenbaum cerró el agujero de un golpe y volvió a vigilar la puerta a través de la cual vendrían los atacantes de Cormack, fueran quienes fuesen. Le encontrarían dispuesto y esperando, disparando su arma.

No tuvo que esperar mucho rato en esta posición, pues una explosión hizo saltar la cerradura y derribó media puerta, y las astillas y el humo llenaron el aire. Disparó en plena confusión al ver que alguien se acercaba a él. El hombre llevaba el rifle que había utilizado para romper la puerta e iba levantando las manos, que destellaron mientras corrían hacia los ojos de Koestenbaum. El agente dudó todavía un momento para disparar y le dio tiempo de ver el rostro de su asaltante; parecía algo que hubiera estado cubierto de vendajes y sepultado a un metro bajo tierra. Luego disparó. La bala dio en el blanco, pero ni siquiera detuvo la marcha del hombre, y antes de que pudiera dispararle por segunda vez ya le había puesto contra la pared y tenía su rostro brutal a unos centímetros de sí. Ahora veía con claridad lo que brillaba en las manos del hombre. Una garra se clavó a unos centímetros de su ojo izquierdo. Y tenía otra en la ingle.

—¿De qué quieres prescindir para seguir viviendo? —le dijo el hombre.

—No hay necesidad de eso —dijo una voz de mujer, antes de que Koestenbaum tuviera la posibilidad de escoger entre la vista y el sexo.

—Déjame —dijo Narcisse.

—No le dejes —murmuró Koestenbaum—. Por favor... no le dejes.

Entonces la mujer apareció ante sus ojos. Lo que veía de ella parecía normal, pero él hubiera apostado que a lo mejor estaba debajo de su blusa. Más tetas que una perra, probablemente. Estaba en manos de unos *freaks*.

—¿Dónde está Boone? —le dijo ella.

Era absurdo arriesgar sus pelotas, sus ojos o lo que fuese. Encontrarían al preso con o sin su ayuda.

—Aquí —dijo él mirando hacia la celda quinta.

—¿Y las llaves?

—En mi cinturón.

La mujer lo alcanzó y sacó las llaves.

—¿Cuál? —preguntó.

—La azul.

—Gracias.

Ella se movió hacia la puerta.

—Espere —dijo Koestenbaum.

—¿Qué?

—Haga que él me deje en paz.

—Narcisse —dijo ella.

La garra se retiró de su ojo, pero la de la ingle siguió allí, pinchándole.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Narcisse.

—Lo sé —contestó la mujer.

Koestenbaum oyó abrirse la puerta. Miró para verla entrar en la celda. Cuando volvió la vista, el puño llegó a su rostro y él cavó al suelo con la mandíbula rota por tres partes

3

Cormack había sufrido por la misma y breve explosión, pero cuando se produjo, él ya se tambaleaba y en vez de sumirle automáticamente en la inconsciencia, le dejó en un estado de confusión que se sacudió de encima rápidamente. Se arrastró hasta la puerta y luego logró levantarse poco a poco. Tambaleándose salió a la calle. La agitación del tráfico de la vuelta a casa ya se había acabado, pero aún había vehículos pasando en ambas direcciones, y la visión de un policía sin dedos en el pie y cojeando en medio de la calle, con los brazos en alto, fue suficiente como para detener el flujo de coches con un chirrido de frenos.

Pero cuando los conductores y pasajeros salieron de coches y camiones para ayudarle, Cormarck sintió el shock retardado de la herida que él mismo se había inflingido y afectando a su sistema nervioso. Las palabras que le dirigían quienes le ayudaban llegaban a su confusa mente sin ningún sentido.

Él pensó (deseó) que alguien había dicho:

—*Cogeré una pistola.*

Pero no estaba seguro.

Esperó (y rezó para que así fuera) que su trabada lengua les hubiera dicho dónde encontrar a los criminales, pero aún estaba menos seguro de esto.

Pero cuando el coro de caras se borraba en torno a él, se dio cuenta de que su chorreante pie habría dejado un reguero que orientaría a aquella gente hacia los transgresores. Reconfortado, se desmayó.

4

—Boone —había dicho ella.
Su pálido cuerpo, desnudo hasta la cintura —llego de cicatrices y sin un pezón— se estremeció cuando ella pronunció su nombre. Pero no la miró.

—Nos vamos, ¿quieres?
Narcisse estaba en la puerta, mirando al prisionero.

—No sirve de nada gritar así —le dijo ella—. Déjame a solas con él un momento.

—No hay tiempo de folletines.

—Lárgate.

—Vale —alzó los brazos en una burlona rendición—. Me voy.

Cerró la puerta. Ahora sólo estaban ella y Boone. La viva y el muerto.

—Levántate —le dijo ella.

Él sólo se estremeció.

—¿Quieres levantarte? No tenemos mucho tiempo.

—Pues déjame —dijo él.

Ella ignoró el sentimiento, pero no el hecho de que él hubiera roto su silencio.

—Háblame —le dijo.

—Debes irte —le dijo él, vencido en cada una de sus palabras—. Te arriesgas para nada.

Ella no se esperaba aquello. Quizá que estuviese enfadado por dejar que le atrapasen en el Sweetgrass Inn. Sospecha, de que hubiera venido con alguien de Midian. Pero no aquella forma de muscular de una criatura rota, agazapada en un rincón como un boxeador tras luchar en demasiados combates. ¿Dónde estaba el hombre que había visto en el motel, transformando el orden de su carne ante ella? ¿Dónde estaba la fuerza que ella había visto? ¿Y su apetito? Apenas parecía capaz de levantar su propia cabeza, le hubiera sido imposible llevarse un trozo de carne a la boca.

—Aquél era la salida —pensó súbitamente—. Aquella carne prohibida.

—Todavía noto su sabor —dijo él.

Había tanta vergüenza en su voz, el ser humano que sentía repulsión por la bestia en que se había convertido.

—No tenías conciencia —le dijo ella—, No tenías control de ti mismo.

—Ahora sí lo tengo —replicó él. Sus uñas se clavaban en el músculo de sus antebrazos, ella lo vio, como si se estuviera sujetando. No voy a irme. Voy a esperar aquí hasta que me cuelguen.

—Eso no servirá de nada, Boone —le recordó ella.

—¡Dios! —la palabra acabó en lágrimas—. ¿Lo sabes todo?

—Sí. Narcisse me lo ha dicho. Estás muerto. ¿Para qué quieres que te cuelguen? Ellos no pueden matarte.

—Encontraré una forma —dijo él—. Cortarme la cabeza. Hacer estallar mi cerebro.

—¡No hables así!

—Tienen que acabar contigo, Lori. Sacarme de mi estado miserable.

—No quiero que salgas de tu estado miserable —dijo ella.

—¡Pero yo sí! —replicó él mirándola por primera vez. Al ver su cara recordó cuánto había significado para él y comprendió el por qué. El dolor no podía encontrar pretextos más persuasivos que sus huesos, sus ojos.

—Quiero salir —dijo él—. Salir de este cuerpo. De esta vida.

—No puedes. Midian te necesita. Lo están destruyendo, Boone.

—¡Déjalo! ¡Da igual! Midian es sólo un agujero en el suelo, lleno de cosas que debían yacer muertas. Ellos lo saben, todos. Simplemente no han tenido valor para hacer lo justo.

—Nada es justo —se sorprendió a sí misma diciendo (cuán lejos había llegado en su desolada relatividad)—, excepto lo que sientes y conoces.

Su ira fugaz se aplacó. La tristeza que la remplazó era más profunda que nunca.

—Me siento muerto —dijo—. Y no conozco nada.

—Eso no es verdad —replicó ella, dando los primeros pasos hacia él desde que entrara en la celda. Él se encogió como si pensara que ella iba a pegarle.

—Me conoces a mí —le dijo—. Me sientes a mí.

Le cogió el brazo y lo acercó a ella. Él no tuvo tiempo de cerrar el puño y ella se puso la palma en su estómago.

—¿Crees que me disgustas, Boone? ¿Crees que me horrorizas? No es así.

Ella se llevó la mano a sus pechos.

—Todavía te quiero, Boone. Midian te quiere también, pero yo te quiero más. Te quiero frío, si así es como eres. Te quiero muerto, si así es como eres. Y yo vendré a ti si tú no vienes a mí. Dejaré que me disparen.

—No —dijo él.

Ahora ella ya no le apretaba la mano y él podía haberse soltado. Pero decidió mantener su contacto, con sólo la liviana tela de su blusa entre la mano y el pecho. Ella deseó disolver la tela y tener su mano contra su piel, entre sus pechos.

—Van a venir a buscarnos tarde o temprano —dijo ella.

No era ninguna mentira. Se oían voces afuera. Un criterio como de linchamiento. Quizá los monstruos fueran para siempre. Pero también sus perseguidores.

—Nos destruirán, Boone. A ti lo que eres y a mí por quererte. Y nunca más podré abrazarte. Yo no quiero eso, Boone

No quiero que seamos polvo en el mismo viento, quiero que seamos de carne.

Su lengua había desnudado su intención. Ella no pensaba decirlo tan claro, pero ya estaba dicho y era verdad. No se avergonzaba de ello.

—No dejaré que me niegues, Boone —le dijo. Las palabras eran su motor. Llevaron su mano al frío cráneo de Boone. Ella le arrancó un puñado de su espeso cabello.

Él no se resistió. En lugar de ello, su mano se pegó más a la blusa mientras se arrodillaba apretando su rostro contra la entrepierna de ella, lamiéndola como queriendo limpiar la ropa, entrar en ella con la lengua y el espíritu.

Ella estaba húmeda bajo la tela. Boone olió su ardor hacia él. Sabía que ella no le había mentido. Besó su cono, o la tela que lo ocultaba, una y otra vez.

—Perdóname a ti mismo, Boone —le dijo ella.

Él asintió.

Ella le tiró más del pelo y le alejó de la dicha de su aroma.

—Dilo —le dijo—. Di que te perdonas.

Él la miró desde su placer y antes de que hablase, ella pudo ver que el peso de su vergüenza había desaparecido de su rostro. Tras su súbita sonrisa ella encontró los ojos del monstruo, oscuros y oscureciéndose más mientras él la sondeaba

La mirada le hizo daño.

—Por favor —murmuró ella— ... Ámame.

Él subió hacia su blusa. Su mano seguía en su hendidura con un suave movimiento y tras su sostén buscando su pecho. Aquello era una locura. La muchedumbre estaría allí a por ellos si no se daban prisa. Pero su locura la había arrastrado a ella a su círculo de polvo y moscas ya una vez. No era pues extraño que su viaje la hubiera llevado a aquella nueva locura. Mejor era aquello que su vida sin él. Mejor aquello que cualquier cosa.

Él se estaba alzando y sacándose el pene de su escondite, poniendo su fría boca en el caliente pezón de ella, lamiéndolo, mordiéndolo, en un juego perfecto de lengua y dientes. La muerte le había convertido en un amante. Le había hecho conocer la carne y cómo estimularla, le había descubierto los misterios del cuerpo. Estaba por todo el cuerpo de ella, uniendo sus caderas a las suyas en pequeños círculos, arrastrando su lengua por los pechos de ella hacia su clavícula y subiendo por su garganta hasta su barbilla, y de allí hasta su boca.

Sólo una vez en su vida había sentido aquel arrebato de hambre en ella. Años antes, en Nueva York, había conocido y hecho el amor con un hombre cuyo nombre no supo nunca, pero cuyas manos y labios parecían conocerla mejor que ella misma.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo juntos? —le dijo ella cuando se despegaron.

Él le dijo que no casi compasivamente, como si alguien tan ignorante de las normas fuera digno de lástima. Así que ella le observó mientras se vestía y se marchaba, furiosa consigo misma por habérselo preguntado y con él por aquella práctica de desapego. Pero soñó con él una docena de veces durante las semanas que siguieron, reviviendo aquellos escasos momentos juntos, ávida de ellos otra vez.

Ahora estaba en ellos. Boone era el amante de aquel oscuro rincón, perfeccionado. Frío y febril, apremiante y premeditado. Esta vez, ella sabía su nombre, pero aún era un extraño para ella. Y en el fervor de su posesión y en su ardor por ella, ella sentía a aquel otro amante y a todos los amantes que habían venido y se habían ido antes que él, y que ya se habían quemado. En ella sólo quedaban sus cenizas, donde antes estuvieran sus lenguas y sus pollas, y el poder de ella sobre ellos era completo.

Boone se estaba bajando la cremallera. Ella le cogió el pene con la mano. Ahora le tocaba a él

suspirar, mientras los dedos de ella le recorrían el miembro erecto desde los huevos hasta donde el anillo de la cicatriz de su circuncisión mostraba un pedacito de carne tierna. Ella se pegó a él allí, con pequeños movimientos que seguían el ritmo de su lengua arriba y abajo entre sus labios. Luego, en el mismo impulso repentino, llegó el momento de follar. Él le levantó la falda, le desabrochó la ropa interior y sus dedos llegaban a lugares que sólo los dedos de ella habían visitado durante mucho tiempo. Ella le apoyó contra la pared y le bajó los vaqueros hasta medio muslo. Luego, con una mano agarrada a su espalda y la otra disfrutando de la seda de su pene antes de que desapareciera de la vista, ella le metió dentro. El resistió su velocidad, en una guerra deliciosa que hizo gritar a Lori en pocos segundos. Nunca había estado tan abierta y nunca lo había necesitado tanto. Él la llenó para inundarla.

Y así ocurrió. Tras las promesas llegó la prueba. Asegurando los hombros contra la pared, él se curvó para acometerla, de modo que el peso de ella recayera sobre él. Ella le lamió la cara. Él sonrió. Ella le escupió. Él se rió y le escupió a su vez.

—Sí —decía ella—. Sí. Sigue. Sí.

Ella sólo podía pronunciar afirmativos. Sí a su saliva, sí a su pene, sí a su vida en la muerte, y al placer en la vida y en la muerte para siempre.

La respuesta de él fue a través de sus amorosas caderas, un trabajo sin palabras, de dientes apretados y cejas surcadas. La expresión de su rostro provocó el espasmo de ella. Verle cerrar los ojos a su placer, saber que la visión de su placer le llegaba demasiado a él como para poder contenerse. Tenían tanto poder uno sobre el otro... Ella demandaba su movimiento moviéndose, con una mano agarrada a los ladrillos que había junto a la cabeza de él para alzarse sobre el pene y luego volverlo a empujar hacia dentro por sí misma. No existía una herida tan agradable. Ella deseaba que no se detuviese nunca.

Pero había una voz en la puerta, Ella la oía a través de su gimiente cabeza.

—De prisa.

Era Narcisse.

—De prisa. —Boone también le oyó y de fondo, el alboroto de los linchadores congregados. Él se adaptó a su ritmo para ir al encuentro de su declive.

—Abre los ojos —le dijo ella.

Él obedeció, sonriendo a su orden. Era demasiado para él encontrarse con sus ojos. Demasiado para ella encontrar los de él. Sellado su pacto, se fueron hasta que el cono de ella humedeció la cabeza de su polla, tan mojada que podía resbalar y salirse, y luego se cerraron uno sobre el otro para la unión final.

El goce la hizo gritar, pero él ahogó el chillido con su lengua, sellando aquella erupción dentro de sus bocas. No tan abajo. Después de tantos meses de abstinencia, su eyaculación se derramó y corrió por las piernas de ella, con un curso más frío que su entrepierna o los besos.

Fue Narcisse quien les devolvió de su mundo al de los demás. La puerta se había abierto y él los miraba sin sentirse incómodo.

—¿Habéis terminado? —quiso saber.

Boone enjugó sus labios en el rostro de Lori, humedeciéndola con su saliva de mejilla a mejilla.

—Por ahora —contestó, mirándola sólo a ella.

—¿Entonces podemos irnos? —dijo Narcisse.

—Cuando sea. Donde sea.

—A Midian —fue la respuesta inmediata.

—Entonces a Midian.

Los amantes se separaron. Lori se puso su ropa interior. Boone intentó meterse la polla, aún dura, dentro de la bragueta.

—Hay una muchedumbre ahí fuera —exclamó Narcisse—. ¿Cómo demonios vamos a hacer para salir?

—Todos son iguales —dijo Boone—. Tienen miedo.

Lori, de espaldas a Boone, sintió un cambio en el aire a su alrededor. Una sombra ascendía por las paredes a izquierda y derecha, extendiéndose por su espalda, besando su nuca, su columna, sus nalgas y lo que había entre ellas. Era la oscuridad de Boone. Estaba en su pene y en su aliento.

Incluso Narcisse estaba intrigado.

—Santa mierda —musitó, y luego abrió la puerta de par en par para dejar pasar la noche.

5

La muchedumbre estaba ansiosa de divertirse. Los que tenían pistolas y rifles los habían traído en sus coches, los que tenían la suerte de haber viajado con cuerdas en sus maleteros estaban preparando nudos y los que no tenían cuerdas ni pistolas habían cogido piedras. Como justificación, no necesitaban buscar más, pues ya tenían los restos diseminados del pie de Cormack, extendido por el suelo de la comisaría. Los cabecillas del grupo —establecidos por sí mismos mediante una selección natural (hablaban en voz más alta y tenían armas más poderosas)— estaban hollando aquel suelo manchado de rojo cuando un ruido en la vecindad de las celdas atrajo su atención.

Alguien desde el fondo de la multitud empezó a gritar:

¡Disparemos contra los bastardos!

No fue la sombra de Boone el blanco que los ávidos ojos de los cabecillas encontraron. Era Narcisse. Su arruinado rostro provocó un gesto de disgusto de algunos de los concurrentes y gritos de muerte de muchos otros.

—¡Derribad al cabrón!

—¡Al corazón!

Los cabecillas no titubearon. Tres de ellos dispararon. Uno de ellos le dio. La bala alcanzó a Narcisse en el hombro atravesándolo. Hubo vítores de la multitud. Animados por su primera herida surgieron de la comisaría en gran número. Los de la retaguardia estaban ansiosos de sangre y los de delante cegados al ver que su blanco no derramaba ni una sola gota. Tampoco había caído, eso lo *habían visto*. Y ahora, uno o dos de ellos intentaban enmendar el asunto, disparándole una ráfaga a Narcisse. Muchos de los tiros erraron, pero no todos.

Pero cuando la tercera bala acertó en el blanco, un rugido de furia estremeció la habitación, haciendo explotar la lámpara del escritorio y acarreando polvo del tejado.

Al oír aquello, uno o dos de aquellos que cruzaban el umbral cambiaron de idea. Súbitamente dejó de importarles la opinión del resto de vecinos, y empezaron a abrirse camino hacia fuera. Todavía había luz en las calles y calor para mitigar el escalofrío de miedo que recorría cada columna vertebral al oír aquel grito. Pero para los que iban en cabeza de la multitud no había retirada posible. La puerta fue derribada. Sólo podían permanecer en el suelo y apuntar sus armas, mientras el rugido emergía de la oscuridad al fondo de la comisaría.

Uno de los hombres había sido testigo aquella mañana en el Sweetgrass Inn, y reconoció al hombre que aparecía entonces como el asesino que había visto arrestar. También sabía su nombre.

El hombre que había disparado el primer tiro contra Narcisse apuntó su rifle.

—¡Derribale! —exclamó alguien.

El hombre disparó

Boone había sido tiroteado antes, una y mil veces. Aquella pequeña bala, que entró en su pecho y fue a dar en su silencioso corazón, no era nada para él. Se echó a reír y sintió el cambio en él mientras exhalaba. Su sustancia era fluida. Se rompió en fragmentos y se convirtió en algo nuevo: parte de la bestia heredada de Peloquin, parte de cuerpo de guerrero, como Lylesburg, y parte de Boone el loco, contento de sus visiones al fin. Y ¡oh! el placer de ello, de sentir esa posibilidad liberada y perdonada, el placer de asustar a aquel rebaño humano y de verlo romperse ante él.

Olió su calor y sintió hambre de él. Vio su terror y le dio fuerzas. Aquella gente se arrogaba una autoridad excesiva. Se erigían en árbitros de lo bueno y lo malo, lo natural y lo antinatural, justificando su crueldad con leyes espúreas. Ahora sólo verían funcionar una ley muy simple, mientras sus tripas recordaban el antiguo miedo: el de ser la presa.

Corrieron ante él, extendiéndose el pánico a través de sus filas desordenadas. Los rifles y las piedras fueron olvidados en el caos y los gritos pidiendo sangre se convirtieron en gritos de huida. Tropezando unos con otros con las prisas, lucharon por abrirse camino hacia la calle.

Uno de los hombres armados se quedó en su sitio, o al menos, se quedó allí clavado a causa del shock. Pero su arma le fue arrancada por la mano hinchada de Boone, y el hombre se arrojó a la multitud que huía para escapar a cualquier otro enfrentamiento.

La luz del día aún reinaba en la calle y Boone era reacio a salir, pero Narcisse era indiferente a esas nimiedades. Una vez despejado el camino salió afuera, a la luz, moviéndose a través de la ajena multitud que huía, hasta que alcanzó el coche.

Boone vio que había gente reagrupándose. En la acera de enfrente, un grupo de gente reconfortado por la luz del sol y por la distancia de la bestia, hablaban acaloradamente de volver a organizarse. Las armas caídas eran recogidas del suelo. Podía ser sólo una cuestión de tiempo en cuanto se desvaneciera el shock causado por la transformación de Boone y reanudaran el ataque.

Pero Narcisse era rápido. Ya estaba en el coche y lo había puesto en marcha cuando Lori llegaba a la puerta. Boone iba tras ella, y el goce de su sombra —que arrastraba como si fuera humo— era más que suficiente para acabar con cualquier miedo que le quedara sobre su carne transformada. En cambio, se sorprendió imaginando que le gustaría follar con él dotado de aquella nueva forma, desparramarse por su sombra hacia el corazón de la bestia.

El coche ya estaba en la puerta rompiendo la nube con sus propios humos.

—¡Vamos! —dijo Boone empujándolo a través de la puerta y cubriendo con su sombra la acera para confundir la visión del enemigo. Con razón. Un disparo atravesó la ventanilla trasera cuando ella entraba en el coche, y a esto siguió una lluvia de piedras.

Boone ya estaba a su lado, cerrando la puerta.

—¡Nos persiguen! —dijo Narcisse.

—Déjales —fue la respuesta de Boone.

—¿A Midian?

—Ya no es ningún secreto.

—Es verdad.

Narcisse pisó el acelerador y el coche se puso en marcha.

—Les conduciremos al infierno —dijo Boone mientras cuatro vehículos se aprestaban a perseguirles—. Si es allí donde quieren ir...

Su voz gutural procedía de la garganta de la criatura en que se había convertido, pero la risa que siguió era la risa de Boone, como si siempre hubiera pertenecido a aquella bestia, un humor más extático de lo que su condición humana le permitía y que finalmente había encontrado su rostro y su objetivo.

XXII. TRIUNFO DE LA MÁSCARA

1

Si nunca vivía otro día como aquél, pensó Eigerman, no podría quejarse ante Dios cuando le llamase. Primero, la visión de Boone encadenado. Luego el haber llevado al bebé ante las cámaras sabiendo que su rostro saldría en la portada de todos los periódicos del país al día siguiente por la mañana. Y ahora aquello: la gloriosa visión de Midian en llamas.

Había sido una iniciativa de Pettine, una idea condenadamente buena, echar gasolina en las tumbas, obligando a salir a todo lo que hubiera bajo tierra. Había funcionado mucho mejor de lo que ninguno de ellos se imaginaba. Una vez el humo empezó a espesarse y las llamas a extenderse, el enemigo no tuvo otra opción que salir de su agujero al aire libre, donde el buen sol divino dejó fuera de combate a muchos de ellos.

Aunque no a todos. Algunos habían tenido tiempo de prepararse para su salida, protegiéndose de la luz con los recursos más inverosímiles que pudieron encontrar. Estas iniciativas resultaron vanas. La pira fue sellada: las puertas bloqueadas, los muros fortificados. Incapaces de echar a volar hacia el cielo y con las cabezas cubiertas contra el sol, fueron conducidos de vuelta a la conflagración.

En otras circunstancias, Eigerman no se habría permitido disfrutar tan abiertamente del espectáculo. Pero aquellas criaturas no eran humanas y eso se veía incluso a una distancia prudencial. Eran jodidas y deformes cabezas, no había dos iguales, y él estaba convencido de que los mismos santos se habrían reído al ver aquella exhibición. Al fin y al cabo, humillar al diablo era el deporte preferido de Dios.

Pero no podía durar siempre. Pronto anochecería. Cuando esto se produjera, su mayor defensa contra el enemigo se desvanecería y las cosas podrían cambiar de rumbo. Tenían que dejar que el incendio se prolongase durante la noche y volver al alba para desenterrar a los supervivientes de sus nichos y acabar con ellos. Protegiendo los muros y las puertas con cruces y agua bendita, habría pocas posibilidades de que alguno escapara antes del anochecer. No estaba seguro de cuál era la fuerza que les estaba ayudando a vencer a los monstruos: el fuego, el agua, la luz del día o la fe, todos juntos o una combinación de ello no importaba. Lo único que le preocupaba era que tuviera el poder suficiente como para romperles la cabeza.

Un grito desde el pie de la colina, rompió el hilo de pensamientos de Eigerman.

—¡Tiene que detener esto!

Era Ashbery. Parecía que hubiera estado demasiado cerca de las llamas. Tenía la cara colorada y bañada en sudor.

—¿Parar qué? —gritó Eigerman.

—Esta masacre.

—No veo ninguna masacre.

Ashbery estaba a un par de metros de Eigerman, pero todavía tenía que gritar a causa del ruido de abajo: el ruido ensordecedor de los monstruos y los disparos, que se alternaban con ruidos más fuertes cuando el calor rompía una losa o derribaba un mausoleo.

—¡No se les da ninguna oportunidad! —exclamó Ashbery.

—No la merecen —subrayó Eigerman.

—... Usted no sabe a quién está matando!

El jefe hizo una mueca.

—Lo sé condenadamente bien —dijo, con una expresión en los ojos que Ashbery sólo había visto en perros locos—. Estoy matando a muertos, así que, ¿cómo va a estar mal? ¿Eh'

Contésteme, Ashbery. ¿Cómo puede estar mal hacer que los muertos yazgan y sigan muertos?

—Hay niños ahí abajo, Eigerman —replicó Ashbery, extendiendo un dedo en dirección a Midian.

—Oh, sí. ¡Con ojos como bombillas! ¡Y dientes! ¿Ha visto los dientes de esos jodidos? Son los hijos del diablo, Ashbery.

—Usted no está en sus cabales.

—¿No tiene balas para confirmar eso, verdad? ¡No tiene balas!

Dio un paso hacia el sacerdote y le agarró la negra sotana.

—Quizás usted se parezca más a ellos que nosotros —dijo—. ¿Es así, Ashbery? Sentir la llamada del salvaje, ¿no es así?

Ashbery arrancó su ropa de manos de Eigerman. La tela se rasgó.

—De acuerdo... —dijo—. He intentado razonar con usted. Si tiene usted seres temerosos de Dios entre esos ejecutores, entonces quizás un hombre de Dios pueda detenerles.

—¡Deje en paz a mis hombres! —dijo Eigerman.

Pero Ashbery ya estaba a medio camino del pie de la colina y el tumulto se llevaba su voz.

—*Basta!* —aulló—. *Bajad las armas!*

Situado en el centro de las puertas principales, era visible para un buen número de hombres de Eigerman, y aunque pocos de ellos —o tal vez ninguno— habían pisado una iglesia después de su boda o su bautismo, ahora le escuchaban. Querían alguna explicación de las escenas que les había proporcionado aquella última hora, escenas de las que afortunadamente habían podido huir, pero que un impulso que apenas podían reconocer como propio mantenía presentes, con plegarias de la infancia en sus labios.

Eigerman sabía que su lealtad era sólo suya por defecto. Ellos no le obedecían porque amasen la ley. Le obedecían porque les daba más miedo retirarse delante de sus compañeros que acabar el trabajo. Obedecían porque no podían desafiar la fascinación de contemplar cómo aquellas cosas inermes eran golpeadas. Obedecían porque era más fácil obedecer que desobedecer.

Ashbery podía hacerles cambiar de idea. Tenía las ropas y la retórica necesarias. Si no le detenía podía estropearle el día.

Eigerman sacó su pistola de la funda y siguió al cura hacia abajo de la colina. Ashbery le vio venir y vio la pistola en su mano.

Levantó aún más la voz.

—¡Eso no es lo que Dios quiere! —gritó—. Y tampoco es lo que vosotros queréis. No queréis que vuestras manos se manchen de sangre inocente.

Ha llegado tu fin, pensó Eigerman sintiéndose culpable.

—Calla la boca, marica —le gritó.

Ashbery no tenía ni la más mínima intención de hacerlo, y menos, teniendo a su público en la palma de la mano.

—¡Ahí no hay animales! —dijo—. Hay gente. Y los estáis matando sólo porque os lo dice este lunático.

Sus palabras pesaban incluso entre los ateos. Estaba formulando en voz alta una duda que más de uno se había planteado, pero que nadie se había atrevido a expresar. Media docena de los no uniformados empezaron a retirarse hacia sus coches, evaporado su entusiasmo de exterminación. Uno de los hombres de Eigerman también se retiró de su puesto en la puerta y su lenta retirada se convirtió en una carrera cuando el jefe disparó en su dirección.

—*Quédate en tu puesto!* —aulló. Pero el hombre se había ido, perdiéndose entre el humo.

Eigerman volvió su furia hacia Ashbery.

—Tengo malas noticias —dijo, avanzando hacia el sacerdote.

Ashbery miró a izquierda y derecha buscando a alguien que le defendiera, pero nadie se movió.

—¿Vais a seguir mirando cómo se mata? —suplicó—. Por Dios, ¿nadie quiere ayudarme?

Eigerman levantó la pistola. Ashbery no tenía intención de esquivar la bala. Cayó de rodillas.

—Padre Nuestro... —empezó.

—Estás en tu derecho, lamepollas —espétó Eigerman—. Nadie te escucha.

—No es verdad —dijo alguien.

—¿Eh?

El orador se detuvo.

—Yo le estoy escuchando.

Eigerman volvió la espalda al cura. Una figura apareció entre humo a unos diez metros de él. Él apuntó su arma en dirección al recién llegado.

—¿Quién es usted?

—El sol está a punto de ponerse —dijo el otro.

—Un paso más y le dispara.

—Pues dispare —dijo el hombre, y dio un paso hacia la pistola. Las oleadas de humo que se cernían sobre él se aclararon y el prisionero de la celda quinta apareció ante los ojos de Eigerman, con la piel y los ojos brillantes. Estaba totalmente desnudo. Tenía un agujero de bala en medió de su pecho y más heridas decorando su cuerpo.

—Muerto —dijo Eigerman.

—Puede apostar a que sí.
—¡Dios mío!
Retrocedió un paso, luego otro.
—Veinte minutos quizá para la puesta de sol —dijo Boone—. Luego el mundo es nuestro.
Eigerman movió la cabeza.
—¡No me cogerás! —dijo—. ¡No dejaré que me cojas!
Sus pasos atrás se multiplicaron y de pronto se alejó a toda velocidad, sin mirar atrás. Pero aunque lo hubiera hecho. Boone no tenía interés en perseguirle. Se dirigía hacia las puertas vigiladas de Midian. Ashbery aún estaba allí, en el suelo.
—*Levántate* —le ordenó Boone.
—Si vas a matarme, ¿por qué no lo haces de una vez? —dijo Ashbery—. Acaba ya.
—¿Por qué iba a matarte? —dijo Boone.
—Soy un sacerdote.
—¿Y?
—Tú eres un monstruo.
—¿Y tú no lo eres?
Ashbery miró a Boone.
—¿Yo?
—Llevas encaje bajo la ropa —dijo Boone. Ashbery se arregló la rasgadura de la sotana—. ¿Por qué ocultarlo?
—Déjame en paz.
—Perdóname a ti mismo —le dijo Boone—. Yo lo he hecho.
Dejó atrás a Ashbery hacia las puertas.
—¡Espera! —dijo el sacerdote.
—Yo de ti no iría. En Midian no /es gustan las sotanas. Malos recuerdos.
—Quiero ver —dijo Ashbery.
—¿Por qué?
—Por favor. Llévame contigo.
—Si quieres arriesgarte.
—Sí.

2

Desde lejos era difícil saber lo que estaba sucediendo al otro lado de las puertas del cementerio. Pero el médico estaba seguro de un par de cosas: Boone había vuelto y de alguna forma había vencido a Eigerman. Ante el primer anuncio de su llegada, Decker se había ocultado en uno de los dos vehículos policiales. Allí estaba sentado, con el maletín en la mano, planeando el próximo golpe de efecto.

Era muy difícil, con dos voces que le aconsejaban cosas diferentes a la vez. Su yo público le exigía la retirada antes de que los acontecimientos se volvieran más peligrosos.

Déjalo, le decía, lárgate con el coche. Déjales que se mueran.

Había sensatez en aquel consejo. Con la noche al caer y Boone dispuesto a unirse a ellos, los huéspedes de Midian aún podían triunfar. Si lo lograban y encontraban a Decker, le arrancarían el corazón del pecho.

Pero había otra voz reclamando su atención.

—Quédate —le decía.

La voz de la máscara se elevaba desde el maletín que tenía en el regazo.

—Ya me lo negaste otra vez —decía.

Era verdad, lo había hecho sabiendo que habría tiempo para reparar la deuda.

—Ahora no —susurró.

—Ahora —insistió.

Él sabía que los argumentos racionales no tenían peso contra la avidez de la máscara, ni tampoco las súplicas.

—Usa los ojos —le dijo la máscara—. *Hay trabajo por hacer.*

¿Qué veía la máscara que él no viese? Miró por la ventanilla hacia fuera.

—¿No la ves?

Ahora la vio. En su fascinación por Boone, que estaba desnudo ante las puertas, no se había fijado en alguien que acababa de entrar en escena: la mujer de Boone.

—¿Ves a la perra? —dijo la máscara.

—La veo.

—Es el momento perfecto, ¿a que sí? Y en este caos, ¿quién va a darse cuenta de que acabo con ella? Y una vez eliminada, no quedará nadie que sepa nuestro secreto.

—Todavía quedará Boone.

—Él nunca testificará —la máscara se rió—. *Es un hombre muerto, por Dios... ¿Qué vale la palabra de un zombi, eh?*

—Nada —dijo Decker.

—Exactamente. *No es ningún peligro para nosotros. Pero la mujer sí. Déjame silenciarla.*

—Supón que te ven.

—Supón que me ven —dijo la máscara—. *Pensarán que soy uno del clan de Midian.*

—No, tú no —dijo Decker.

La idea de su precioso Otro Yo confundiéndose con los degenerados de Midian le producía náuseas.

—Tú eres pura —le dijo.

—Déjame demostrarlo —le persuadió la máscara.

—¿Sólo la mujer?

—Sólo la mujer. *Luego nos iremos.*

Él sabía que aquello tenía más sentido. Nunca tendrían una oportunidad mejor de acabar con aquella perra.

Empezó a abrir el maletín. En su interior, la máscara saltaba agitada.

—De prisa o se nos escapará.

Sus dedos se deslizaron por el dial marcando los números de la cerradura.

—Rápido, maldito seas.

El dígito final llegó a su sitio. La cerradura se abrió.

El Viejo Cara de Botón nunca había estado tan hermoso.

3

Aunque Boone le había advertido a Lori que se quedase con Narcisse, la visión de Midian en llamas era suficiente como para arrastrar a su compañero lejos de la seguridad de la colina hacia las puertas del cementerio. Lori fue con él durante un trecho, pero su presencia parecía entrometerse en su pesar, de modo que retrocedió unos pasos, y en el humo y la creciente luz crepuscular, pronto quedó lejos de él.

La escena que se desarrollaba ante ella era de una gran confusión. Todos los intentos de completar el asalto a la necrópolis habían cesado desde que Boone hiciera huir despavorido a Eigerman. Tanto sus hombres como los civiles que les apoyaban se habían retirado de los muros. Algunos se habían marchado en coche, la mayoría temiendo lo que sucedería cuando el sol desapareciese tras el horizonte. Con todo, la mayor parte permanecía, preparados para una rápida retirada si se hacía necesario, pero hipnotizados por el espectáculo de destrucción. La mirada de Lori iba de uno a otro, buscando algún sino de lo que sentían, pero sus rostros eran opacos. Parecían máscaras de muerte, pensó, sin ninguna reacción. Pero ahora ella *conocía* a los muertos. Había paseado con ellos, hablado con ellos. Les había visto sentir y llorar. ¿Quiénes eran los auténticos muertos? ¿Aquellos cuyo corazón no latía, que aún conocían el dolor, o sus torturadores de ojos opacos?

El humo se rompió descubriendo el sol, oscilando a la orilla del mundo. La luz rojiza la deslumbra. Ella cerró los ojos.

En la oscuridad oyó una respiración a sus espaldas. Abrió los ojos y empezó a volverse, sabiendo que se acercaba algo malo. Era demasiado tarde para esquivarlo. La máscara estaba a un metro de ella y se acercaba.

Apenas tuvo unos segundos antes de que el cuchillo la alcanzara, pero le bastó para ver la máscara como nunca la había visto. Allí estaba la opacidad perfecta de los rostros que había observado antes, la perversión humana convertida en mito. No servía de nada llamarle Decker. No era Decker. No servía de nada llamarle nada. Estaba por encima de los nombres y por encima de su poder de domesticar.

Le acuchilló el brazo. Una y otra vez.

Esta vez no hubo palabras para ella. Había venido sólo a eliminarla.

Las heridas se abrieron. Ella se llevó la mano hacia éstas instintivamente y su movimiento le dio la oportunidad a la máscara de patearle las piernas. Ella no tuvo tiempo de frenar su caída. El impacto le vació los pulmones. Gimiendo en busca de aliento, volvió la cabeza hacia el suelo para escapar al cuchillo. La tierra pareció estremecerse bajo ella. Seguramente era una ilusión. Pero volvió a repetirse.

Miró a la máscara. Él también había sentido los temblores y estaba mirando hacia el cementerio. Su distracción era la única oportunidad, tenía que aprovecharla. Rodó fuera de su sombra y se levantó. No había rastro de Narcisse o Rachel, ni podía esperar mucha ayuda de las máscaras de muerte, que habían abandonado su vigilancia y corrían huyendo del humo mientras los temblores se intensificaban. Con los ojos fijos en la puerta por donde había desaparecido Boone, ella corrió tambaleándose pendiente abajo, con el polvoriento suelo bailando bajo sus pies.

La fuente de la agitación era Midian. Su señal, la desaparición del sol y de la luz que atrapaba a los Engendros bajo tierra. Era su ruido lo que hacía temblar la tierra mientras destruían su refugio. Lo que había abajo no podría permanecer abajo por mucho tiempo.

Los Engendros de la Noche se estaban alzando.

El conocimiento de esto no la hizo detener su carrera. Fuera lo que fuese lo que quedase dentro, ella había hecho las paces con ello hacía tiempo, y podía esperar su merced. Del horror que dejaba atrás y que caminaba tras ella zancada tras zancada, nada podía esperar.

Sólo los fuegos de las tumbas iluminaban ahora, un camino abierto entre los escombros del asedio: latas de gasolina, palas y armas descargadas. Casi había llegado a las puertas cuando vio a Babette de pie cerca del muro, con el rostro lleno de terror.

—*¡Corre!* —le gritó, temiendo que la máscara pudiera herir a la niña.

Babette así lo hizo y su cuerpo pareció mezclarse al de la bestia mientras corría a atravesar las puertas. Lori iba unos pasos detrás, pero cuando atravesó el umbral, la niña ya había desaparecido, perdida entre las humeantes avenidas. Los temblores eran lo bastante fuertes como para mover las losas de piedra y los mausoleos, como si una fuerza bajo tierra —Baphomet, quizás, El que Fundó Midian— estuviera agitando sus cimientos para convertir el lugar en ruinas. Ella no había esperado

tanta violencia. Sus posibilidades de sobrevivir al cataclismo eran escasas.

Pero era mejor ser enterrada en los escombros que sucumbir a la máscara. Y se sintió halagada finalmente de que el Destino le hubiera ofrecido al menos elegir cómo se extinguiría

XXIII. EL TORMENTO

1

En la celda de Shere Neck, a Boone le habían atormentado los recuerdos del laberinto de Midian. Cerraba los ojos al sol y se encontraba allí perdido, para abrirlos otra vez y encontrar de nuevo el eco del laberinto en las yemas de sus dedos o las venas de sus brazos. Venas por las que no corría ningún calor, como Midian, imagen de su vergüenza.

Lori había roto aquel hechizo de desesperación, viniendo a él no a perdonarle sino a *pedirle* que se perdonara a sí mismo.

Ahora, de vuelta a las avenidas en las que había nacido su condición de monstruo, sentía su amor por él como la vida que no poseía desde hacía mucho tiempo.

Necesitaba su sensación reconfortante en medio de aquel pandemónium. Los Engendros no sólo estaban hundiendo Midian, sino borrando además todo vestigio de su naturaleza o recuerdo de su pasado. Los veía manos a la obra en todas partes, intentando completar el trabajo que el flagelo de Eigerman había empezado. Recogiendo los pedazos de sus muertos y arrojándolos a las llamas, quemando sus lechos, sus ropas, todo lo que no podían llevarse consigo.

No eran sólo los preparativos para huir. Él vio a los Engendros en formas que nunca había tenido el honor de contemplar: alas desplegadas, miembros estirados. Uno convirtiéndose en muchos (de un hombre, una multitud), muchos convirtiéndose en uno (de tres amantes, una nube). Por todas partes se veían los ritos de la partida.

Ashbery estaba aún al lado de Boone, lleno de curiosidad.

—¿Adonde van?

—He llegado demasiado tarde —dijo Boone—. Se van de Midian.

La piedra que cubría una tumba se abrió y una forma espectral emergió ante ellos como un cohete en el cielo nocturno.

—Hermoso —dijo Ashbery—. ¿Qué son? ¿Por qué nunca les había conocido?

Boone sacudió la cabeza. No se le ocurría ninguna forma de describir a los Engendros excepto las antiguas. No pertenecían al infierno, pero tampoco al cielo. Eran lo que la especie a la que él perteneciera una vez no podía soportar ser. La anti-gente, la anti-tribu, un saco de humanidad revuelta y unida junto a la luna.

Y ahora, antes de que él tuviera la oportunidad de conocerlos —y de conocerse a sí mismo a través de ellos— les estaba perdiendo. Transportaban lo que había en sus celdas y salían hacia la noche.

—Demasiado tarde —repitió, y el dolor de su partida le llenó los ojos de lágrimas.

Las salidas se estaban llenando por momentos. En ambos lados, las puertas estaban totalmente abiertas y las cerraduras quitadas. Mientras los espíritus ascendían en innumerables formas. No todos volaban. Algunos habían tomado forma de cabras o tigres, corriendo a través de las llamas hasta las puertas. Muchos iban solos, pero algunos —cuya fecundidad no había menguado ni con la muerte ni con la influencia de Midian— llevaban consigo familias de seis o más miembros, llevando a los más pequeños en brazos. Él sabía que estaba presenciando el paso de una era, cuyo final se había iniciado en el momento en que él pisó el suelo de Midian. El era el causante de aquella devastación, aunque no hubiera prendido el fuego ni destruido ninguna tumba. Él había traído hombres a Midian. Al hacerlo, la había destruido. Ni siquiera Lori podía persuadirle de que se perdonase por ello. Aquella idea le hubiera atraído hacia las llamas si no hubiera oído a la niña llamarla por su nombre.

Sólo era lo bastante humana como para usar palabras, el resto de su cuerpo era animal.

—*Lori* —dijo.

—¿Qué le pasa a Lori?

—La máscara la ha atrapado.

—¿La máscara? Sólo podía referirse a Decker.

—¿Dónde?

2

Cerca, cada vez más cerca.

Comprendiendo que no podía escapar de él, ella intentó asustarle, dirigiéndose hacia el lugar adonde él no quería ir. Pero él estaba demasiado ávido de acabar con su vida como para asustarse. La siguió al territorio donde el suelo estallaba como un volcán bajo sus pies y llovía piedra humeante a su alrededor.

Pero no fue su voz la que pronunció su nombre.

—¡Lori! ¡Por aquí!

Ella aventuró una mirada desesperada y allí —*Dios le bendijera!*— estaba allí haciendo señas. Ella se desvió de su camino o de lo que quedaba de él dirigiéndose hacia Narcisse, que estaba agachado entre dos mausoleos mientras rompía su sucio cristal y una corriente de sombras horadada por ojos dejaba su escondite dirigiéndose a las estrellas. Era como un pedazo del cielo nocturno y ella se maravilló al verlo. Pertenecía a los cielos.

Aquella visión le hizo disminuir su marcha de un modo fatal. La máscara recorrió el espacio que les separaba y la agarró por la blusa. Ella se echó hacia delante para evitar el cuchillazo que seguiría y la tela se desgarró mientras ella caía. Aquella vez la había atrapado. Incluso cuando ella logró asirse a la pared para levantarse, sintió su mano enguantada en la nuca.

—*Jijo de puta!* —gritó alguien.

Ella alzó la vista para ver a Narcisse al otro extremo del pasillo entre los mausoleos. También atrajo la atención de Decker. La mano se relajó en su nuca. Esto era suficiente como para liberarse, pero si Narcisse podía seguir atrayendo su atención lograría su propósito.

—*Tengo algo para ti* —dijo y sacó las manos de los bolsillos para desplegar las garras de plata de sus pulgares.

Las hizo chocar una contra otra y centellearon.

Decker dejó que el cuello de Lori se deslizase de sus dedos. Ella escapó de su alcance y empezó a tambalearse hacia Narcisse. Éste se acercaba a ella por el pasaje, o más bien hacia Decker, en quien había fijado los ojos.

—No —dijo ella—. Es peligroso.

Narcisse la oyó —se rió de su aviso— pero no contestó. La dejó pasar para interceptar al asesino.

Lori miró hacia atrás. Cuando estuvieron a un metro de distancia entre sí, la máscara sacó de su chaqueta un segundo cuchillo con una hoja tan grande como la de un machete. Antes de que Narcisse tuviera la oportunidad de defenderse, el carnícola dio un impulso certero a su arma que cortó la mano izquierda de Narcisse separándola de su muñeca de un solo golpe. Narcisse movió la cabeza y dio un paso atrás, pero la máscara avanzó con él y alzó el machete por segunda vez para llevarlo al cráneo de su víctima. El corte dividió la cabeza de Narcisse desde el cuero cabelludo hasta el cuello. Era una herida a la que ni siquiera un hombre muerto podía sobrevivir. El cuerpo de Narcisse empezó a temblar y entonces —como Ohnaka cuando fue atrapado bajo la luz— cayó con un crujido, y emergió un coro de aullidos y suspiros hacia el cielo.

Lori sollozó, pero ahogó los siguientes. No había tiempo de lamentarse. Si esperaba a derramar una sola lágrima, la máscara la alcanzaría y el sacrificio de Narcisse habría sido en vano. Empezó a retroceder, con las paredes estremeciéndose a ambos lados de ella, sabiendo que sólo debía correr pero incapaz de alejarse de aquella escena que reflejaba la perversidad de la máscara. En medio de la carnicería, separaba la mitad de la cabeza de Narcisse de la más fina de sus hojas y luego ponía el cuchillo en su hombro, como un trofeo, antes de reemprender su persecución.

Entonces ella echó a correr, fuera de las sombras de los mausoleos y volviendo a la avenida principal. Aunque su memoria hubiese podido guiarla por aquellos alrededores, todos los monumentos habían desaparecido convirtiéndose en ruinas idénticas, y ella no podía diferenciar el Norte del Sur. Todo era uno y lo mismo. Tomara el camino que tomara, volvía a la misma ruina y se encontraba con su mismo perseguidor. Si seguía persiguiéndola eternamente —*y lo haría*—, ¿de qué servía vivir temiéndole? Le dejaría que acabase con ella a su encarnizada manera. El corazón le latía demasiado fuerte como para seguir con aquella tensión.

Pero cuando ya se resignaba a caer bajo su cuchillo, la franja de pavimento que la separaba de su carnícola se agrietó súbitamente y una nube de humo se elevó entre los dos. Un instante después, se

abría la avenida entera. Ella cayó. No al suelo. No había suelo. Sino a la tierra.

3

—¡Cae! —dijo la niña.

El shock estuvo a punto de caer de la espalda de Boone. Él subió las manos para sujetarla y ella le agarró el pelo con fiereza.

—¿Lista? —le dijo.

—Sí.

Ella no había querido que Ashbery les acompañase. Lo habían dejado que se las arreglase solo en aquel *maelstrón* mientras ellos buscaban a Lori.

—Adelante —dijo ella dirigiendo a su montura—. No muy lejos.

Los fuegos se estaban extinguiendo tras devorar todo lo posible con sus lenguas. Contra el frío ladrillo sólo podían lamerlo y volverlo negro para luego extinguirse. Pero los temblores de abajo no habían cesado. Los movimientos todavía levantaban las piedras. Y tras las reverberaciones había otro sonido que Boone no oía tanto como sentía: en sus tripas, sus testículos y sus dientes.

La niña le hizo volver la cabeza con sus riendas.

—Por ahí —le dijo.

Los menguantes fuegos progresaban rápidamente; su brillo no era digno del de los ojos de Boone. Ahora él iba más de prisa, aunque las avenidas habían sido derruidas por el terremoto y pisaba tierra revuelta.

—¿Más lejos? —preguntó.

—*Calma* —le dijo ella.

—¿Qué?

—Estate quieto.

—¿Tú también lo has oído? —dijo él.

—Sí.

—¿Qué es?

Al principio, ella no contestó, sino que volvió a escuchar.

Luego dijo:

—*Baphomet*.

En sus horas de enclaustramiento, él había pensado más que cuando visitara la cámara del Bautista en el tiempo helado que había pasado en presencia del dividido Dios. ¿Acaso no le había revelado profecías, susurrando en su cabeza y pidiéndole que le escuchara? Él había visto aquella ruina. Le había dicho que la hora final de Midian era inminente. No había habido acusaciones, aunque debía de saber que estaba hablando con el responsable. Al contrario, le había hablado *íntimamente*, lo cual le había aterrador más que ningún ataque. Él no podía ser confidente de las divinidades. Había ido a apelar a Baphomet como uno de los recién muertos, para solicitarle un lugar en la tierra. Pero había sido recibido como el actor de un drama futuro. Incluso le había llamado por otro nombre. Él no quería nada de aquello. No quería nombres ni augurios. Había luchado contra ellos, volviéndole la espalda al Bautista, alejándose, sacudiéndose los susurros de la cabeza.

No lo había conseguido. Sólo al pensar en la presencia de Baphomet, sus palabras y aquel nombre volvían a él como furias.

—Tú eres *Cabal* —le había dicho.

Él lo había negado, lo negaba aún ahora. Por más que se compadecía de la tragedia de Baphomet, sabiendo que no podría escapar de aquella destrucción en su condición herida, tenía deseos más fuertes que sus simpatías.

No podía salvar al Bautista. Pero podía salvar a Lori.

—¡Allí está! —dijo la niña.

—¿Por dónde?

—Justo hacia delante. ¡Mira!

Sólo se veía caos. La avenida que se extendía frente a ellos se había derruido y las llamas y el humo se elevaban del suelo roto. No había signos de vida.

—No la veo —dijo él.

—Está bajo tierra —replicó la niña—. En el hoyo.

—Condúceme hacia ella.

—No puedo avanzar más.

—¿Por qué no?

—Ponme en el suelo. Te he llevado lo más lejos que podía —un pánico apenas contenido—. *Ponme en el suelo* —insistió.

Boone se agachó y la niña se deslizó hacia abajo.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—No debo ir contigo. No me está permitido.

Después de la devastación que habían atravesado, la desazón de ella iba en aumento.

—¿De qué tienes miedo? —le dijo él.

—No puedo mirar •—dijo ella—. No puedo mirar al Bautista.

—¿Está aquí?

Ella asintió, alejándose de él mientras nuevas fuerzas ahondaban aún más la fisura que había ante ellos.

—Ve con Lori —le dijo ella—. Llévatela. Tú eres todo lo que tiene.

Luego se fue, con las dos piernas convirtiéndose en cuatro mientras huía, dejando a Boone en el hoyo.

4

Lori perdió la conciencia al caer. Segundos después, cuando se dio la vuelta, yacía a medio camino de una escarpada pendiente. El techo que había sobre ella aún estaba intacto pero muy agrietado y las grietas seguían abriéndose mientras ella lo miraba augurando un colapso total. Si no se movía rápidamente sería enterrada viva. Miró hacia la cima de la pendiente. El túnel estaba abierto al cielo. Empezó a arrastrarse hacia allí, con la tierra cayéndole sobre la cabeza y las paredes crujiendo como si estuvieran a punto de rendirse.

—Todavía no —murmuró—. Por favor, todavía no...

Sólo cuando llegó a casi dos metros de la cima, sus abotargados sentidos reconocieron la pendiente. Había arrastrado a Boone una vez por aquella cuesta, alejándole del poder que residía en la cámara situada al fondo. ¿Estaba aún allí, mirándola mientras trepaba? ¿O aquel cataclismo era la prueba de su marcha, la despedida del arquitecto? No sentía su vigilancia, pero apenas podía sentir nada. Su cuerpo y su mente funcionaban sólo porque su instinto los guiaba. Había poca vida en la cumbre de la pendiente. Ella se arrastraba centímetro a centímetro por las ruinas para llegar hasta allí.

Un minuto después alcanzó el túnel o lo que quedaba del canal sin techo. Se apoyó boca arriba un momento, mirando al cielo. Una vez hubo tomado aliento, se levantó y examinó su brazo herido. Sus cortes se habían cubierto de polvo y barro, pero al menos, la sangre había cesado de manar.

Cuando consiguió mover las piernas, algo cayó frente a ella, mojado en lo sucio. Narcisse la miró con media cara. Ella gimió su nombre, volviendo los ojos para encontrarse con la máscara. El atravesaba el túnel como un enterrador y luego bajó a su encuentro.

La escarpia apuntaba a su corazón. Si ella hubiera estado más fuerte habría dado en el blanco, pero en la cima de la pendiente, la tierra se abrió tras ella, y ella no pudo evitar caer con la cabeza sobre los talones, por la inclinación...

Su grito orientó a Boone. Él se abrió paso hacia ella, sobre los escombros de pavimento en los túneles abiertos, luego a través del montón de paredes derruidas y brasas agonizantes. Pero no fue su figura la que vio frente a él volviéndose a su encuentro con los cuchillos preparados. Era el doctor, al fin.

Desde el precario equilibrio de la pendiente, Lori vio a la máscara darle la espalda, distraído de su propósito. Ella había logrado detener su caída agarrándose a una grieta de la pared con la mano buena, y esto fue lo bastante largo como para avistar a Boone en el canal, más arriba. Ella había visto lo que el machete le había hecho a Narcisse. Incluso los muertos tenían su mortalidad. Pero antes de que pudiera proferir ninguna palabra de aviso a Boone, una ola de poder frío subió la colina tras ella. Baphomet no había abandonado su llama. Aún estaba allí y apenas alcanzaba los dedos de ella en la pared.

Incapaz de resistirse, ella se deslizó hacia abajo de la pendiente, a la cámara en erupción.

El éxtasis de los Engendros no había contaminado a Decker. Fue a por Boone como el trabajador de un matadero a acabar la carnicería que le habían encargado: sin jactancia ni pasión.

Eso le hacía peligroso. Golpeaba de prisa, sin anticipar en nada sus movimientos. La fina hoja fue directa al cuello de Boone.

Para desarmar al enemigo, Boone simplemente saltó fuera de su alcance. El cuchillo se deslizó de los dedos de Decker, todavía prendido en la carne de Boone. El doctor no intentó cogerlo. Cogió uno de doble hoja y lo llevó a la hendidura del cráneo. Esta vez profirió un sonido: un leve quejido que rompió en jadeos mientras se inclinaba hacia delante para eliminar a su víctima.

Boone se agachó para esquivar el corte y la hoja se clavó en la pared del túnel. A ambos les cayó tierra encima cuando Decker rescató el cuchillo. Luego intentó volver a clavárselo, y esta vez erró el blanco por apenas un dedo de distancia.

Boone perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, y sus ojos cabizbajos vieron el trofeo de Decker. No podía olvidar aquella cara lisiada. Narcisse cortado y muerto en el barro.

—*Bastardo!* —rugió.

Decker se detuvo un momento y miró a Boone. Luego habló. No con su propia voz, sino con la de otro. Un extraño silbido en vez de voz.

—Puedes morir —le dijo.

Mientras hablaba balanceó la hoja arriba y abajo, sin intentar tocar a Boone, simplemente para demostrar su poderío. La hoja silbaba como la voz, la música de una mosca en el interior de un ataúd, zumbando y dando vueltas a través de los muros.

Boone se retiró ante el despliegue con un terror mortal en las tripas. Decker tenía razón. Los muertos *podían* morir.

Tomó aliento por la boca y sintió una punzada en la garganta. Había cometido un error casi fatal, seguir en forma humana en presencia de la máscara. ¿Y por qué? Por alguna absurda idea de que aquella confrontación final debía de ser de hombre a hombre, de que intercambiarían palabras mientras luchaban y de que él podría trastornar el ego del doctor antes de que el doctor acabara con su vida.

No sería así. Ésta no era la venganza de un paciente contra su médico corrompido. Eran una bestia y un carníceros, enfrentados a cuchillo.

Exhaló, y la realidad de sus células le llegó dulcemente. El goce inundó sus nervios y su cuerpo latió mientras se expandía. Nunca en su vida se había sentido tan vivo como en aquel momento, despojándose de su humanidad y vistiéndose para la noche.

—*Basta...* —dijo, y dejó que la bestia saliese de él hacia todas partes.

Decker alzó el machete para acabar con el enemigo antes de que el cambio se completase. Pero Boone no esperó. Aún transformándose, tiró de la cara del carníceros, le arrancó la máscara, botones, cremallera y todo, para descubrir las deformidades de detrás.

Decker aulló al ser desenmascarado y se llevó la mano a la cara para protegerla de la mirada de la bestia.

Boone recogió la máscara del suelo y empezó a romperla, desgarrando la tela con sus garras. Los aullidos de Decker subieron de tono. Dejando de cubrirse la cara con la mano, empezó a acuchillar a Boone con loco abandono. La hoja se clavó en el pecho de Boone y lo abrió, pero cuando volvía para cortarle por segunda vez, Boone se sujetó los jirones bloqueando el ataque y arrastró el brazo de Decker contra la pared con tal fuerza que le rompió los huesos. El machete cayó al suelo y Boone alcanzó el rostro de Decker.

El aullido exagerado se detuvo cuando las garras se acercaron a él. La boca se cerró. Los rasgos se distendieron. Por un instante, Boone miró el rostro que había observado durante horas, dependiendo de cada palabra suya. Con esa idea, desplazó la mano de la cara al cuello y alcanzó la tráquea de Decker, que había guardado tantas mentiras. Cerró el puño y sus garras se clavarón en la garganta de Decker. Luego apretó. La maquinaria saltó con un flujo de sangre. Los ojos de Decker se vaciaron, fijos en su silenciador. Boone apretó más y más. Los ojos se volvieron opacos. El cuerpo se convulsionó una y otra vez, luego empezó a aflojar.

Boone no lo soltó. Lo sostenía como en un baile y destrozó la carne y el hueso como había hecho con la máscara, de modo que algunos grumos de su cuerpo chocaron contra las paredes. En la mente de Boone sólo estaban presentes los crímenes que Decker cometiera contra él. Lo destruyó con celo propio de un Engendro, sintiendo una monstruosa satisfacción por un acto monstruoso. Cuando acabó su trabajo, recogió los restos de la tierra y terminó la danza pisoteando a su pareja.

No habría retorno en la tumba de aquel cuerpo. Ni esperanza de una resurrección terrenal. Incluso en pleno arrebato de su ataque, Boone había evitado el mordisco que hubiera permitido al sistema de Decker vivir después de la muerte. Su carne pertenecía sólo a las moscas y sus criaturas, su reputación de extravagancias a aquellos que quisieran contar su historia. A Boone no le importaba. Si alguna vez había dado importancia a los crímenes que Decker le había colgado del cuello, apenas le importaban ahora. Ya no era inocente. Con aquel carníceros, se había convertido en el asesino que Decker le decía que era. Al matar al profeta había convertido la profecía en realidad.

Dejó el cuerpo yacente y se fue en busca de Lori. Sólo había un lugar a donde hubiera podido ir: bajo la pendiente, a la cámara de Baphomet. Aquello seguía una norma, pensó. El Bautista la había llevado allí, deshaciendo la tierra que había bajo sus pies hasta que Boone llegase después.

La llama ocupada por su cuerpo dividido arrojó un cálido resplandor a su rostro. Él miró pendiente abajo hacia él, vestido con la sangre de su enemigo.



XXIV. CABAL

1

Perdido en el páramo, Ashbery fue encontrado por una luz que parpadeaba hacia arriba por entre las piedras del agrietado pavimento. Sus rayos eran amargamente fríos, y pegajosos como ninguna luz, adhiriéndose a su manga y a su mano antes de desvanecerse. Intrigado, investigó la fuente de una erupción a otra, y a cada punto se volvía más y más brillante que antes.

Erudito en su juventud, habría conocido el nombre de Baphomet si alguien se lo hubiera susurrado. Habría comprendido por qué la luz, saltando desde la llama de la deidad, ejercía tal atracción sobre él. Habría conocido a la deidad como dios y diosa en un solo cuerpo. Habría sabido también cómo habían sufrido sus adoradores por su ídolo, quemados por herejes o a causa de crímenes contra natura. Habría temido un poder que merecía tal homenaje, y sensatamente.

Pero no había nadie para decírselo. Sólo estaba la luz, arrastrándole.

2

Boone no encontró al Bautista solo en su cámara. Contó once de los Engendros a lo largo de las paredes, arrodillados dándole la espalda a la llama. Entre ellos estaban mister Lylesburg y Rachel.

A la derecha de la puerta, en el suelo, yacía Lori. Tenía sangre en el brazo y en la cara y los ojos cerrados. Pero incluso cuando acudió en su ayuda, la cosa de la llama fijó sus ojos en él, envolviéndole con su helado tacto. Tenía asuntos pendientes con él y no podían posponerse.

—Acércate —le dijo—. *Por tu propia voluntad.*

Él estaba asustado. Desde el suelo, la llama había duplicado su tamaño desde que él había entrado, golpeando el techo de la cámara. Fragmentos de tierra convertidos en hielo o cenizas caían en una lluvia deslumbrante que se derramaba sobre el suelo. De pie, a unos metros de la llama, la acometida de aquella energía era brutal. Pero Baphomet le *invitaba* a acercarse más.

—Estás a salvo —le decía—. *Vienes envuelto en la sangre de tu enemigo. Eso te dará calor.*

Dio un paso hacia el fuego. Aunque a lo largo de su vida después de la muerte, había sufrido el impacto de las balas y el corte de los cuchillos sin sentir nada, ahora sintió el frío de la llama de Baphomet. Le agujoneaba en su desnudez, dibujando franjas ante sus ojos. Pero las palabras de Baphomet no eran una vana promesa. La sangre que llevaba se calentó a medida que el aire se volvía más frío a su alrededor. Se reconfortó así y osó dar los últimos pocos pasos.

—El arma —dijo Baphomet—. *Descárgala.*

Había olvidado el cuchillo que llevaba en el cuello. Lo separó de su carne y lo arrojó junto a él.

—Más cerca aún —dijo el Bautista.

La furia de la llama se aplacó y sólo se vislumbró su carga, pero fue suficiente para confirmar lo que su primer encuentro con Baphomet le había enseñado: que su deidad había forjado criaturas en su propia imagen en las que nunca había puesto los ojos. Ni siquiera la materia de los sueños, nada se parecía al Bautista. Era uno y único.

Súbitamente, una parte de él le alcanzó, fuera de la llama. No veía si era un miembro, o varios o tal vez un órgano. Se asió a su nuca y a su pelo y le empujó hacia el fuego. La sangre de Decker ya no le caldeó y el hielo le escarchó la cara. Pero no luchó para liberarse. Sumergió la cabeza en la llama, que le agarró en seguida. Sabía que aquél era el instante en que el fuego se cernería sobre su cabeza: el *Bautizo*.

Y para confirmar su creencia, la voz de Baphomet resonó en su cabeza.

—Tú eres Cabal —le dijo.

El dolor menguaba. Boone abrió la boca para tomar aliento y el fuego le atravesó la garganta hacia su vientre y sus pulmones, y luego por su cuerpo entero. Llevaba su nombre con él, bautizándole en su interior.

Ya no era Boone. Era Cabal. Una alianza de muchos.

Desde aquella purificación sería capaz de dar calor y sangre, de engendrar hijos: estaba en el don de Baphomet y la deidad se lo había dado. Pero también sería frágil, o más frágil. No porque flotase, sino porque estaba cargado de objetivo.

—Debo ocultarme esta noche —dijo Baphomet—. *Todos tenemos enemigos, pero los míos han vivido más y han aprendido más crueldad que la mayoría. Debo ser sacado de aquí y escondido de ellos.*

Entonces cobró sentido la presencia de los Engendros. Se quedaban atrás para llevarse consigo una fracción del Bautista y protegerlo de las fuerzas que fuesen en su busca.

—Es tu obra, Cabal —dijo Baphomet—. *No te acuso. Estaba escrito. Ningún refugio es para siempre. Pero te encargo...*

—¿Sí? —dijo él—. Dime.

—Reconstruye lo que has destruido.

—¿Un nuevo Midian?

—No.

—¿Entonces?

—Debes descubrirlo para nosotros en el mundo de los humanos.

—Ayúdame —dijo él.

—No puedo. De ahora en adelante serás tú el que debe ayudarme a mí. Tú has acabado con

nuestro mundo. Ahora debes rehacerlo.

Hubo estremecimiento en la llama. Los ritos del Bautismo casi se habían acabado.

—¿Por dónde empezar? —dijo Cabal.

—Cúrame —replicó Baphomet—. *Encuéntrame y cúrame. Sálvame de mis enemigos.*

La voz que ya una vez se dirigiera a él había cambiado totalmente de naturaleza. Toda huella de exigencia había desaparecido. Sólo había una súplica de ser curado y salvado del dolor, entregado suavemente a su oído. Incluso la trailla de su cabeza se había soltado, dejándole mirar a izquierda y derecha. Una llamada que él no había oído congregó a los asistentes de Baphomet desde el muro. A pesar de llevar los miembros plegados, avanzaban con paso firme hacia el borde de la llama, que había perdido casi toda su fiereza. Levantaron los brazos envueltos en sudarios y la pared de la llama se rompió, mientras los fragmentos del cuerpo de Baphomet eran envueltos en los brazos de los viajeros para ser envueltos inmediatamente y apartados de la vista.

Aquella división pieza por pieza era una agonía. Cabal sintió el dolor como suyo propio, un dolor que le llenaba haciéndose casi insoportable. Para escapar, empezó a retirarse de la llama.

Pero al hacerlo así, una pieza apareció ante su vista frente a su rostro. La cabeza de Baphomet. Se volvió hacia él, blanca y vasta, con una fabulosa simetría. Su cuerpo entero se levantó ante ella: mirada, saliva y pene. Su cabeza empezó a latir curándole el ala dañada con su primera pulsación. Su sangre congelada se liquefió como la reliquia de un santo, y empezó a fluir. Sus testículos se tensaron y el esperma atravesó su pene. Eyaculó en la llama, y las perlas de semen atravesaron sus ojos para tocar la cara del Bautista.

El encuentro había llegado a su fin. Salió del fuego mientras Lylesburg —el último de los que se habían congregado en la cámara— recibía la cabeza de las llamas y la envolvía.

Sus porteadores partieron y la ferocidad de la llama se duplicó. Cabal se tambaleó como su desatado yo, con un vigor terrorífico...

Arriba, sobre el suelo, Ashbery sintió la fuerza construirse e intentó distanciarse, pero su mente estaba llena de lo que había espiado desde arriba, y su peso hacía disminuir su marcha. El fuego le atrapó, barriéndole hacia arriba como si le proyectase hacia el cielo. Él gimió al sentir su contacto y el sabor de Baphomet fluyendo por su cuerpo. Sus múltiples máscaras se habían borrado. Primero las ropas, luego el encaje que había sido incapaz de quitarse ni un solo día de su vida adulta. Luego la anatomía sexual que nunca había acabado de disfrutar. Y finalmente, su carne, limpiándole. Cayó a la tierra más desnudo de lo que había estado en el vientre de su madre, y ciego. El impacto le fragmentó brazos y piernas irremisiblemente.

Abajo, Cabal sintió el shock deslumbrante de la revelación. El fuego había hecho un agujero en el techo de la cámara y se extendía en todas direcciones. Consumiría la carne tan fácilmente como la tierra o la piedra. Tenían que salir de allí antes de que les alcanzase. Lori estaba despierta. Por la sospecha de sus ojos al acercarse, se hizo claro que había visto el Bautismo y que le temía.

—Soy yo —le dijo él—. Todavía soy yo.

Le ofreció su mano. Ella la cogió y él la cogió en brazos

—Yo te llevaré —le dijo.

Ella asintió. Sus ojos se habían movido de él a algún punto del suelo. El siguió su mirada. La hoja de Decker yacía cerca de la fisura, donde el hombre que él había sido antes del Bautismo se había desvanecido.

—¿Lo quieres? —le preguntó.

—Sí.

Protegiéndose la cabeza de las ruinas, él volvió sobre sus pasos y lo recogió.

—¿Está muerto? —le preguntó ella cuando volvió a su lado.

—Está muerto.

No había ningún rastro del cadáver para comprobarlo. El túnel, colapsado, le había enterrado como a todo lo de Midian Una tumba para las tumbas.

Con casi todo derruido era difícil abrirse camino hacia las puertas principales. No vieron ningún signo de los habitantes de Midian en su camino. El fuego, las ruinas y la tierra habían cubierto sus restos.

Justo al salir, en un lugar donde forzosamente debían encontrarlo, había un recuerdo para Lori de Babette, por cuya salvación tanto había rezado. La muñeca de Babette, tejida con hierbas y coronada de primulas, yacía en un pequeño anillo de piedras. Cuando los dedos de Lori tomaron contacto con el juguete le pareció ver un momento final a través de los ojos de la niña, un paisaje moviente con alguien dándose prisa para salvarla. La visión fue demasiado fugaz. No tuvo tiempo de rezar una oración por su buena suerte, pues la visión se desvaneció al oír un ruido a sus espaldas. Se volvió a tiempo para

ver los pilares que sostenían Midian empezando a derrumbarse. Cabal la cogió del brazo mientras las dos losas de piedra chocaban una contra la otra, oscilando cabeza contra cabeza como dos luchadores simétricos, y luego cayeron contra el suelo donde momentos antes habían estado Lori y Cabal.

3

Aunque no tenía reloj para saber la hora, Cabal tenía un claro sentido —un don de Baphomet, quizá— del tiempo que había pasado desde el alba. En los ojos de su mente veía el planeta, como una cara de reloj decorada con los mares y la mágica división de la noche y el día reptando alrededor.

No tenía miedo de la aparición del sol en el horizonte. Su Bautismo le había dado una fuerza que les era negada a sus hermanos y hermanas. El sol no le mataría. Él lo sabía y no dudaba. Sabía que le haría sentirse mal. La salida de la luna siempre sería más bien venida que el alba. Pero su trabajo no podía limitarse a las horas nocturnas. No necesitaría esconder su cabeza del sol del modo en que sus compañeros Engendros se veían obligados a hacer. Incluso ahora estarían buscando un lugar para refugiarse antes de que rompiera la mañana.

Se los imaginó en el cielo sobre América o corriendo junto a sus autopistas, separándose cuando algunos de ellos se sentían cansados o encontraban un refugio probable, y el resto seguían avanzando desesperadamente. En silencio les deseó un viaje feliz y un puerto seguro.

Más: prometió que les encontraría de nuevo con el tiempo. Los reuniría como había hecho Midian. Sin querer, les había hecho daño. Ahora tenía que aliviar el mal aunque le costara tiempo.

—Tengo que empezar esta misma noche —le dijo a Lori—. O sus huellas se enfriarán. Entonces nunca los encontraría.

—No irás sin mí, Boone.

—Ya no soy Boone —le dijo.

—¿Por qué?

Se sentaron sobre la colina que dominaba la metrópolis y él le contó todo lo que había aprendido con el Bautismo. Duras lecciones, que tenía que comunicar en pocas palabras. Ella estaba cansada y se estremecía, pero no quería dejarle detenerse.

—Vamos... —seguía diciendo cuando él se callaba—. Tienes que contármelo todo.

Ya sabía la mayor parte. Había sido instrumento de Baphomet tanto como él o más. Parte de la profecía. Sin ella, él nunca hubiera vuelto a Midian para salvarlo y fracasar en el intento. La consecuencia de aquel retorno y aquel fracaso era la tarea que tenía ante él.

Pero ella se rebelaba.

—No puedes dejarme —dijo— después de todo lo que ha pasado.

Le puso la mano en la pierna.

—Recuerda lo de la celda... —murmuró.

El la miró.

—Me dijiste que me perdonara. Y fue un buen consejo. Pero eso no significa que vuelva la espalda a lo que ha pasado aquí. Baphomet, Lylesburg, todos ellos... Yo he destruido el único hogar que nunca había tenido.

—Tú no lo has destruido.

—Si no hubiera venido todavía estaría en pie —replicó—. Tengo que compensar ese daño.

—Pues llévame contigo —dijo ella—. Iremos juntos.

—No puede ser. Tú estás viva, Lori. Yo no. Tú aún eres humana. Yo no.

—Tú puedes cambiar eso.

—¿Qué estás diciendo?

—Puedes hacerme igual que tú. No es difícil. Un solo mordisco y Peloquin te cambió para siempre. Cámbiate.

—No puedo.

—Querrás decir que no *quieres*.

Señaló la punta del cuchillo de Decker en la inmundicia.

—No *quieres* estar conmigo. Es tan simple como eso, ¿verdad? —esbozó una leve sonrisa curvando las comisuras hacia arriba—. ¿No tienes coraje para decírmelo?

—Cuando acabe mi trabajo... —contestó él—. Quizás entonces.

—Ah, dentro de cien años o así. —murmuró ella, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Entonces vendrás a buscarme, ¿verdad? A desenterrarme. A besarme. A decirme que hubieras querido venir antes pero los días habrán pasado volando.

—Lori.

—Calla —dijo ella—. No me des más excusas. Son insultantes —observó la hoja, no a él—. Tendrás tus razones. Yo creo que no son buenas, pero tú puedes seguir con ellas. Necesitarás aferrarte a algo.

Él no se movió.

—¿A qué esperas? No seré yo quien te diga lo que está bien. Vete. No quiero volver a verte nunca más.

Él siguió de pie. Su enfado le dolía, pero era más fácil que las lágrimas. Retrocedió tres o cuatro pasos y luego, comprendiendo que ella no le sonreiría y ni le miraría siquiera, se volvió.

Sólo entonces lo miró ella. Él no la miraba. Ahora o nunca. Puso la punta del cuchillo de Decker en su vientre. Sabía que no podría llevárselo hasta su objetivo con una sola mano, de modo que se arrodilló, clavó el mango entre las ruinas y dejó que el peso de su cuerpo la llevase hasta el cuchillo. Le hacía un daño horrible. Gritó de dolor.

Él se volvió para encontrarla retorciéndose con su sangre derramándose en el suelo. Corrió hacia ella volviéndola en si. Los espasmos de la muerte aún la sacudían.

—*He mentido* —murmuró—. Boone..., te he mentido. Tú eres lo único que quiero ver.

—No te mueras —dijo él—. Oh Dios del cielo, no te mueras.

—Pues páralo.

—No sé cómo.

—Mátame. Muérdeme. Dame el bálsamo.

El dolor le contrajo el rostro. Abrió la boca.

—O déjame morir, si no quieres llevarme contigo. Es mejor que vivir sin ti.

Él la acunó mientras las lágrimas afloraban a sus ojos. Sus pupilas se levantaban bajo los párpados. Al cabo de unos segundos se habría ido, él lo sabía. Una vez muerta, volver a llamarla estaría más allá de su poder.

—¿Es... que... no? —dijo ella. Ya no le veía.

Él abrió la boca para responder, levantándole el cuello para morderle. La piel le olía ácida. Mordió fuerte el músculo, notó su sangre sustanciosa en la lengua y el bálsamo subió por la garganta de él para entrar en la corriente sanguínea de ella. Pero los estremecimientos de su cuerpo habían cesado ya. Ella se desplomó entre sus brazos.

Él levantó la cabeza de su desgarrado cuello, devolviendo lo que había mordido. Había esperado demasiado. ¡Condenado fuese! Ella había sido su mentor y su confesor, y la había dejado caer. La muerte se la había llevado antes de que él tuviera tiempo de clavar su agujón y salvarla.

Consternado por su último y más lamentable fracaso, la dejó yacer en el suelo frente a él.

Cuando apartó los brazos de su nuca, ella abrió los ojos. —Nunca te abandonaré —le dijo.



XXV. QUÉDATE CONMIGO

1

Fue Pettine el que encontró a Ashbery, pero fue Eigerman quien reconoció los restos del hombre que fuera una vez. El sacerdote aún tenía algo de vida, hecho que —dada la gravedad de sus heridas— rozaba lo milagroso. Las dos piernas le fueron amputadas en los días que siguieron y uno de los brazos hasta medio bíceps. No se despertó del coma tras las operaciones, pero tampoco murió, aunque todos los cirujanos opinaron que sus posibilidades de sobrevivir eran virtualmente nulas. Pero el mismo fuego que le había lisiado, le había prestado una fortaleza sobrenatural. Contra todo pronóstico, resistió.

No estaba solo en las noches y los días de inconsciencia. Eigerman estaba a su lado veinticuatro horas al día, esperando como un perro espera junto a la mesa a que caiga alguna migaja, seguro de que el cura podría ayudarle a redimir el mal que había causado en sus vidas.

Recibió más de lo convenido. Cuando Ashbery finalmente emergió de las profundidades, después de dos meses oscilando en la pendiente de la extinción, emergió dicharachero. Dijo el nombre de Baphomet. Dijo el nombre de Cabal. Contó, en la lengua jeroglífica de los lunáticos irremisibles, cómo los Engendros habían dividido a su deidad en fragmentos para ocultarla. Más aún. Dijo que podría volver a encontrarles. Tocado por el fuego del Bautista y sus supervivientes, quería volver a tocarles.

—Puedo oler a Dios —decía una y otra vez.

—¿Puede llevarnos hasta Él? —le preguntó Eigerman.

La respuesta siempre era sí.

—Yo seré sus ojos entonces —ofreció Eigerman—. Iremos juntos.

Nadie más quería la prueba que Ashbery ofrecía, había habido demasiados sinsentidos que relatar, sin olvidar la dura realidad. Las autoridades le cedieron gustosamente a Eigerman la custodia del sacerdote. Se merecían el uno al otro; ésta era la opinión general. Entre los dos, no reunían una sola célula sana.

Ashbery quedó definitivamente dependiente de Eigerman: incapacitado, al menos en un principio, para alimentarse, cagar o lavarse sin ayuda. Por repugnante que resultara su imbecilidad, Eigerman sabía sin embargo que Ashbery era un don divino. A través de él se vengaría por las humillaciones recibidas en las últimas horas de Midian. Entre las frases codificadas de Ashbery había claves para encontrar al enemigo. Con el tiempo logaría descifrarlas.

Y cuando lo hiciera —*oh, cuando lo hiciera*— sería un día de ajustar cuentas que haría palidecer a las trompetas del Juicio Final.

2

Los visitantes llegaron de noche, furtivamente, y se refugiaron donde pudieron.

Sus antecesores habían propiciado que revivieran algunas obsesiones; pueblos bajo amplios cielos donde los creyentes aún cantaban en domingo y las verjas eran repintadas cada primavera. Otros escogieron las ciudades: Toronto, Washington o Chicago, esperando que entre las calles atestadas y la corrupción del comercio, fuese más difícil detectarles. En lugares así, su presencia podía pasar desapercibida durante un año, dos o tres. Pero no para siempre. Tanto si se refugiaban en los desfiladeros, la ciudad, los pantanos o los terrenos yermos, ninguno pretendía que aquélla fuese una residencia permanente. Serían descubiertos con el tiempo, y desarraigados. Había una nueva locura muy extendida, particularmente entre sus viejos enemigos los cristianos, que constituyan un espectáculo diario, hablando de su martirio y pidiendo purgas en su nombre. En cuanto descubrieran a los Engendros habitando entre ellos, reemprenderían las persecuciones.

La discreción era pues su proverbio. Sólo comerían carne cuando el hambre fuese irresistible y sólo cuando sus víctimas no pudieran ser echadas de menos. Tendrían cuidado en no infectar a otros, para no advertir así de su presencia. Si encontraban a uno solo, ninguno más se expondría a acudir en su ayuda. Eran leyes duras, pero no tan duras como las consecuencias si las rompían.

El resto era paciencia y estaban avezados a cultivarla. Su liberador llegaría alguna vez y si podían sobrevivir hasta entonces, esperarían.

Pocos tenían ninguna pista sobre la forma en que se presentaría. Pero todos conocían su nombre.

—*Cabal*—le llamaban—. *El que deshizo Midian*.

Sus plegarias estaban llenas de él. *Llegará cuando cambie el viento. Si no es hoy, será mañana*.

No habrían rezado tan apasionadamente si hubieran sabido el cambio de mareas que su llegada acarrearía. No habrían rezado en absoluto si hubieran sabido que se rezaban a sí mismos. Pero éstas eran revelaciones para un día posterior. De momento, tenían preocupaciones más simples. Vigilar a los niños que de noche subían a los tejados, cuidar que los afligidos no llorasen demasiado alto, que en verano, los jóvenes no se enamorasesen de los humanos. Era toda una vida.



El Ladrón de Días

CLIVE BARKER

Título: **EL LADRON DE DÍAS**

Autor: (1992) Clive Barker

Título Original: The Thief of Always

Traducción: (1993) Enric Canals





I

*Harvey medio
devorado*

Febrero, la gran bestia se había tragado vivo a Harvey Swick. Ahí estaba, enterrado en la barriga de aquel horrible mes, sin saber cómo ni cuándo encontraría el camino de salida para recorrer la fría espiral que conducía a Pascua.

No pensaba mucho en las probabilidades. Lo cierto era que se hallaba tan cansado, a medida que se acumulaban las horas, que simplemente pensaba que algún día se olvidaría de respirar. Luego, la gente se preguntaría cómo aquel lindo muchacho había perecido en el alba de la vida. Su muerte se convertiría en un sonado misterio que no podría resolverse hasta que algún gran detective decidiera reconstruir un día en la vida de Harvey.

Luego, y solamente luego, se descubriría la triste verdad. Ante todo, el detective seguiría el camino que todas las mañanas hacía Harvey para ir a la escuela, atravesando funestas calles. Luego se sentaría al pupitre de Harvey y escucharía los pesados rollos del profesor de historia y del de ciencias, asombrándose del heroísmo de aquel muchacho que *había* sabido mantener en todo momento los ojos abiertos. Al consumirse el día, ya al oscurecer, recorrería el camino de regreso a casa, y cuando pusiera el pie en el escalón del cual había partido aquella mañana y la gente le preguntara —como así lo haría— por qué una dulce criatura como Harvey había muerto, movería la cabeza, diciendo:

—Es muy simple.

—¿Ah, sí? —preguntaría la gente con curiosidad—. Explíquese.

Y, quitándose una lágrima, el detective respondería: —Harvey Swick fue devorado por una gran bestia llamada Febrero.

Fue un mes monstruoso, esto es seguro. Un horrendo y espantoso mes. Los placeres de Navidad, a la vez desabridos y dulces, todavía empañaban la memoria de Harvey, y la promesa del verano era tan remota como mítica. Habría entretanto la pausa de primavera, es cierto, pero ¡cuán lejos estaba! ¿Cinco semanas? ¿Seis? Las matemáticas no eran su fuerte, por lo que se atormentó todavía más intentando —y fallando— el cálculo de los días que faltaban. Él, simplemente sabía que mucho tiempo antes de que el sol viniera a salvarle se consumiría en la barriga de aquel monstruo.

—No deberías perder el tiempo ahí sentado —dijo su madre cuando entró en su habitación y le encontró observando cómo las gotas de agua se alcanzaban unas a otras en el cristal de la ventana.

—No tengo nada mejor que hacer —respondió Harvey, sin mover la cabeza.

—Bien, podrías hacer algo útil —dijo la madre.

Harvey se encogió de hombros. ¿Útil? Otra palabra que sonaba a trabajo duro. Se volvió de repente, poniendo en orden sus excusas —él no había hecho esto, no había hecho aquello—, pero era ya demasiado tarde.

—Podrías empezar arreglando esta habitación —dijo su madre.

—Pero...

—No te quedes ahí sentado dejando pasar los días, querido. La vida es demasiado corta.

—Pero...

—Eres un buen chico.

Y así le dejó. Musitando algo para sí mismo, su vista recorrió la habitación. ¿Arreglarla? En realidad no estaba desarreglada. Había uno o dos juegos tirados por el suelo; un par de cajones abiertos; unas cuantas prendas colgadas... Su aspecto era correcto.

—Tengo diez años —se dijo a sí mismo (al no tener hermanos ni hermanas hablaba mucho consigo mismo)—: Quiero decir que ya no soy un niño. No tengo que arreglar la habitación sólo porque ella lo diga. Es insoportable.

Harvey ya no estaba musitando; estaba hablando en voz alta.

—Quiero... Quiero... —Fue hacia el espejo y se miró de hito en hito—. ¿Qué es lo que quiero? —Aquel niño chato, de pelo pajizo y ojos pardos que vio ante él, sacudió la cabeza—. No sé lo que quiero —dijo—, sólo sé que quiero morir si no me divierto un poco.

Mientras hablaba, la ventana rechinó. Fue una ráfaga de viento. Hubo otra, y después otra. Harvey no recordaba que la ventana estuviera abierta ni siquiera unos centímetros; y, sin embargo, se abrió de golpe. La fría lluvia salpicó su cara. Cerrando un poco los ojos fue a la ventana y la cerró, asegurándose de que el cerrojo estuviera esta vez en su sitio.

El viento había empezado a mover la lámpara; y cuando ésta se dio la vuelta, toda la habitación pareció girar. La luz le deslumbró un instante; luego dio directamente en la pared opuesta, pero entretanto había iluminado el centro del cuarto y allí, de pie, sacudiéndose la lluvia del sombrero, había un intruso.

Parecía inofensivo. No era más que unos quince centímetros más alto que Harvey, de complexión esquelética y piel amarillenta. Llevaba un traje de fantasía, gafas y una pródiga sonrisa.

—¿Quién es usted? —le preguntó Harvey, sin saber cómo aquel entrometido había podido atravesar la puerta.

—No te pongas nervioso —respondió el hombre, quitándose uno de sus guantes de gamuza y cogiendo, acto seguido, la mano de Harvey para estrechársela—. Mi nombre es Rictus. Tú eres Harvey Swick, ¿verdad?

—Sí...

—Pensé por un momento que me había equivocado de casa.

Harvey no podía apartar los ojos de la sonrisa de Rictus. Era lo bastante ancha para avergonzar a un tiburón, con dos filas de fulgurantes dientes perfectamente alineados.

Rictus se quitó las gafas, sacó un pañuelo del bolsillo de su empapada chaqueta y empezó a limpiarlas de las gotas de lluvia. El olor que despedía, él o el pañuelo, no podía llamarse precisamente fragancia. En realidad era flatulento.

—Tendrás algunas preguntas que hacerme. Lo veo —dijo Rictus a Harvey.

—Sí.

—Pues pregunta. No tengo nada que esconder.

—Bien; en primer lugar, ¿cómo entró usted aquí?

—Por la ventana, naturalmente.

—Hay un buen trecho desde la calle.

—No, si puedes volar.

—¿Volar?

—Ya lo creo. ¿Qué otra cosa podía hacer en una noche como ésta? Los que somos bajitos tenemos que andar con cuidado en una noche así. Un paso en falso y te encuentras nadando. —Mirando a Harvey, en plan guasón, añadió: —Tú nadas?

—En verano, algunas veces —respondió Harvey, deseando volver al tema del vuelo.

Pero Rictus orientó la conversación en un sentido totalmente distinto.

—En noches como ésta —dijo—, ¿no te parece como si nunca pudiera haber otro verano?

—Efectivamente —dijo Harvey.

—Te he oído suspirar a más de un kilómetro de distancia y me dije: «Allí hay un chico que necesita unas vacaciones». —Consultó su reloj—. Si estás dispuesto, ya es la hora.

—¿La hora?

—¡Para emprender un viaje, muchacho, un viaje! Necesitas una aventura, jovencito. En algún lugar... fuera de este mundo.

—¿Cómo puede haberme oído suspirar a más de un kilómetro de distancia? —quiso saber Harvey.

—¿Por qué ha de preocuparte? Yo te oí. Esto es lo que importa.

—¿Se trata de alguna forma de magia?

—Puede.

—Y ¿por qué no me lo explica?

Rictus miró a Harvey fijamente.

—Creo que eres demasiado inquisitivo para tu bien, he ahí el porqué —dijo, dejando decaer un poco su sonrisa—. Si no quieres cooperar, por mí no hay inconveniente.

Hizo un movimiento hacia la ventana. El viento todavía golpeaba los cristales, como si tuviera ganas de volver y llevarse a su pasajero.

—Espere —dijo Harvey.

—¿Para qué?

—Lo siento. No haré más preguntas.

Rictus se detuvo, con la mano en el cerrojo.

—No más preguntas, ¿eh?

—Lo prometo —dijo Harvey—. Ya le dije que lo siento.

—Si, lo dijiste, lo dijiste. —Rictus miró hacia afuera donde persistía la lluvia—. Conozco un lugar donde los días son siempre soleados —dijo— y las noches llenas de maravillas.

—¿Puede llevarme allí?

—Dijiste que no harías preguntas, muchacho. Lo hemos acordado.

—Oh, sí, lo siento.

—Soy de los que perdonan y olvidaré que has hablado. Te lo contará: si quieras, haré la gestión por ti. Trataré de averiguar si hay habitación para otro huésped.

—Estupendo.

—No te garantizo nada —dijo Rictus, abriendo el cerrojo.

—Lo comprendo.

Una racha de viento abrió de súbito la ventana de par en par. La luz empezó a moverse locamente.

—¡Espérame! —gritó Rictus entre la lluvia y el viento.

Harvey empezó a preguntar si volvería pronto, pero se detuvo a tiempo.

—¡Sin preguntas, muchacho! —dijo Rictus.

Y mientras hablaba, el viento parecía hinchar su chaqueta, que se levantó a su alrededor como un globo negro que fue engullido de golpe por encima de la repisa.

—¡Las preguntas torturan la mente! —gritó mientras se alejaba—. ¡Mantén tu boca cerrada y ya nos veremos cuando sea tu turno!

Y con esto, el viento se lo llevó; el globo de su chaqueta elevándose como una luna negra en el cielo lluvioso.



||
El camino oculto

Harvey no dijo nada acerca de su peculiar visitante, ni a su madre ni a su padre, por si se les ocurriera poner cerraduras en las ventanas a fin de evitar el retorno de Rictus a la casa. Pero el problema, aun manteniendo en secreto la visita, era que, después de unos pocos días, Harvey empezó a dudar de si todo aquello había sido producto de su imaginación. Tal vez se hubiera quedado dormido junto a la ventana, pensó, y entonces Rictus habría sido sólo un sueño.

No obstante, mantuvo la esperanza. «Espérame», había dicho Rictus, y era lo que Harvey hacía. Observaba por la ventana de su habitación. Estaba atento desde su pupitre, en la escuela. Incluso por la noche vigilaba con un ojo mientras su cabeza descansaba en la almohada. Pero Rictus no aparecía.

Y luego, una semana después de la primera visita, precisamente cuando la esperanza de Harvey se iba desvaneciendo, su vigilancia fue recompensada. En su camino a la escuela, una mañana de niebla, oyó una voz por encima de su cabeza, y cuando la levantó vio a Rictus flotando con la chaqueta hinchada a su alrededor, lo que le daba un aspecto más gordo que el de un cerdo premiado.

—¿Qué tal? —dijo, mientras descendía.

—Ya empezaba a pensar que te había inventado —respondió Harvey—. Ya sabes, como un sueño.

—Ya he oído eso —dijo Rictus con su sonrisa más ancha que nunca—. Particularmente de las señoritas. ¿Eres un hecho o eres un sueño hecho realidad?, dicen. —Pestañeó—. Y ¿quién soy yo para decir lo contrario? ¿Te gustan mis zapatos?

Harvey miró los brillantes zapatos azules de Rictus. Eran todo un espectáculo, y así se lo dijo.

—Me los ha dado mi jefe —dijo Rictus—. Está muy contento de saber que vienes a visitarnos. Entonces, ¿estás dispuesto?

—Bueno...

—No perdamos tiempo —dijo Rictus—. Puede que mañana no haya habitación para ti.

—¿Puedo hacer sólo una pregunta?

—Creí que habíamos acordado...

—Ya lo sé. Pero solamente una.

—Está bien. Una.

—Ese lugar ¿está lejos de aquí?

—No. Al otro lado de la ciudad.

—¿Así que sólo faltaré a la escuela un par de horas?

—Esto son dos preguntas —respondió Rictus.

—No, solamente pensaba en voz alta.

Rictus gruñó.

—Mira —dijo—, no estoy aquí para cantar y bailar a fin de persuadirte. Tengo un amigo llamado Jive que sí lo hace. Yo sólo sonrío. Sonríe y digo: «Ven conmigo a la casa de vacaciones». Y el que no quiera venir... —se encogió de hombros y aclaró—: Bueno, es su problema.

Con esto volvió la espalda a Harvey.

—Espera —protestó Harvey—. Quiero ir. Pero sólo un rato.

—Puedes estar tanto tiempo como quieras —respondió Rictus—. O tan poco como quieras. Yo, lo que quiero es sacar de tu cara esa expresión de malhumor y poner, allí arriba, una como ésta. —Su sonrisa se hizo aún más ancha—. ¿Es esto algún crimen?

—No —respondió Harvey—. No es un crimen. Me alegro de que me hayas encontrado.

De manera que, aun faltando a la escuela toda la mañana, pensó, no perdería gran cosa. Puede que incluso pudiera coger una o dos horas de la tarde; siempre que estuviera de vuelta a casa hacia las tres, o las cuatro. En todo caso, antes de oscurecer.

—Estoy dispuesto a ir contigo —dijo a Rictus—. Condúceme.

Millsap, la ciudad en que Harvey había vivido toda su vida, no era muy grande, y él creía haberlo visto todo de ella a lo largo de los años. Pero las calles que conocía quedaron pronto detrás de ellos, y aunque el paso de Rictus era normal, Harvey procuró hacerse una lista mental de varios puntos de referencia durante el camino, por si tuviera que regresar solo. Una carnicería con dos cabezas de cerdo colgando de unos ganchos; al lado, una iglesia con un patio lleno de tumbas antiguas; la estatua ecuestre de algún general muerto, cubierta de excrementos de paloma, de la gorra a los estribos.

Todas estas señales, y más, fue anotándolas y archivándolas.

Y mientras andaban, Rictus no cesó de hablar de cosas fútiles.

—¡Odio la niebla! ¡La detesto de verdad! —dijo—. Y por la noche va a llover. Nosotros estaremos libres de esto, desde luego... —Prosiguió hablando de la lluvia y del estado de las calles—. Mira esta basura. ¡Todo el suelo está igual! ¡Es una vergüenza! ¡Y el barro! ¡Me está dejando los zapatos hechos un asco!

Tenía muchas más cosas de que hablar, pero ninguna de ellas muy ilustrativa; de modo que, al cabo de un rato, Harvey decidió no escucharle. ¿Estaba muy lejos aquella casa de las maravillas?, empezó a pensar. La niebla helaba su cuerpo y las piernas le dolían. Si no iban a llegar pronto, se volvería.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Rictus.

—Apuesto a que no.

—Estás pensando que todo esto es una trampa. Estás pensando que Rictus te lleva a un viaje misterioso y que al final no hay nada de lo dicho. ¿No es verdad?

—Puede que un poco.

—Pues bien, amigo mío; tengo noticias para ti. Mira al frente. —Señaló con el dedo y allí, no muy lejos de donde estaban, había una pared alta y tan larga que desaparecía en la niebla, tanto a derecha como a izquierda—. ¿Qué es lo que ves? —preguntó Rictus.

—Una pared —respondió Harvey, aunque cuanto más la miraba menos cierto estaba de ello.

Las piedras, completamente sólidas a primera vista, ahora parecían desplazarse y ondear, como formadas de la misma niebla; como puestas allí para mantener alejados a los curiosos.

—Parece una pared —aclaró Harvey—, pero no es una pared.

—Eres observador —respondió Rictus con admiración—. La mayor parte de la gente ve un camino sin salida y gira en redondo para tomar otra calle.

—Pero no nosotros.

—No, no nosotros. Nosotros seguimos andando. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque la casa está al otro lado?

—¡Qué chico tan asombroso eres! —respondió Rictus—. Esto es exactamente. Por cierto, ¿tienes hambre?

—Estoy a punto de caerme.

—Bien; pues hay una mujer esperándote en la casa, la señora Griffin, y permíteme decirte que es la mejor cocinera del mundo. Lo juro sobre la tumba de mi sastre. Cualquier cosa que te apetezca comer puede preparártela. Todo lo que tienes que hacer es pedirlo. Sus huevos a la diabólica... —chasqueó los labios como saboreando—. ¡Suculentos!

—No veo ningún portal —observó Harvey.

—Es porque no hay ninguno.

—Pues, ¿cómo vamos a entrar?

—Tú sigue andando.

En parte por el hambre y en parte por curiosidad, Harvey hizo lo que Rictus le había dicho y cuando estuvo a tres pasos del muro, una ráfaga de viento balsámico con fragancia de flores se deslizó entre las trémulas piedras, como besando sus mejillas. Su calor se agradecía después de tan largo y frío camino. Harvey acortó el paso tratando de tocar la pared al acercársele ésta. Las piedras de niebla parecían acogerle, abrazándole con sus suaves y grises brazos e introduciéndole al recinto a través del muro.

Miró hacia atrás, pero la calle que había pisado antes, con su pavimento gris y sus nubes grises, ya se había esfumado. Bajo sus pies, la hierba era alta y poblada de flores. Por encima de su cabeza, el cielo era de color veraniego y frente a él, en la cima de una pendiente, estaba la casa que con toda seguridad había sido antes imaginada en un sueño.

No esperó a comprobar si Rictus venía tras él ni preocuparse de cómo había sido muerta la gran bestia gris de Febrero, ya que este cálido día había aparecido en su lugar. Simplemente soltó una risa de la que Rictus habría estado orgulloso y se apresuró a subir la pendiente, introduciéndose en la sombra de la casa de los sueños.





III

Placer y 2020bra

Qué bonito sería, pensó Harvey, construir en un lugar así. Hundir los cimientos en la profundidad de la tierra; levantar paredes; tender los pisos, y decir: «Donde no había nada, he levantado una casa». Esto sería fantástico.

No era en realidad una edificación suntuosa. No había escalones de mármol ni columnas estriadas. Era una casa soberbia, eso sí; pero no había nada malo en ello. Tenía mucho de qué sentirse orgullosa. Con una altura de cuatro plantas, exhibía más ventanas de las que Harvey podía contar. Su porche era ancho, como lo eran los escalones que conducían a la tallada puerta principal. Sus tejados de pizarra eran empinados y coronados con magníficas chimeneas y pararrayos.

El punto más alto, sin embargo, no era ni una chimenea ni un pararrayos, sino una veleta de construcción muy elaborada, que Harvey estaba contemplando cuando oyó que se abría la puerta principal y una voz que decía:

—Eres Harvey Swick, no me cabe duda.

Él bajó la mirada, con la blanca veleta todavía ante sus ojos, y allí, en el porche, había una mujer que hacía a su abuela (la mujer más vieja que conocía) parecer joven. Tenía la cara como un manojo de telarañas, de la que colgaba una abundancia de pelo que también podía ser obra de las arañas. Sus ojos eran pequeños y su boca tensa, sus manos nudosas. Su voz, sin embargo, era melodiosa y sus palabras muy dulces.

—Pensé que tal vez hubieras decidido no venir —dijo, recogiendo un cesto de flores recién cortadas que había dejado en el peldaño—, y habría sido una lástima. ¡Entra! Hay comida en la mesa. Debes de estar hambriento.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo.

—Puedes hacer lo que gustes —fue la respuesta—. A propósito, soy la señora Griffin.

—Sí, Rictus me ha hablado de usted.

—Espero que no te haya hinchado mucho los oídos con sus charlas. Le gusta escuchar su propia voz. Esto y sus reflejos.

Harvey ya había subido los escalones del porche y se detuvo ante la puerta abierta. Éste era el gran momento de la decisión; lo sabía, aunque no estaba muy seguro del porqué.

—Vamos, entra —dijo la señora Griffin, apartando de su arrugada ceja uno de sus hilos de araña.

Pero Harvey todavía dudaba; pudo volverse sin pisar nunca el interior de la casa, de no haber sido por la voz de un niño al que oyó gritar:

—¡Ya te he pillado! ¡Te he pillado! —seguido de una estridente risa.

—¡Wendell! —exclamó la señora Griffin—, ¿otra vez cazando los gatos?

El sonido de la risa creció aún más y ello daba a la casa un toque tan alegre que Harvey atravesó el umbral, tratando de ver la cara de su dueño.

Sólo vio por un momento una estólica cara con gafas al final del pasillo. Luego, un abigarrado gato escapó entre las piernas del muchacho y éste fue tras él, gritando y riendo de nuevo.

—Es un niño alocado —dijo la señora Griffin—, pero todos los gatos le quieren.

La casa era más hermosa por dentro que por fuera. Sólo en su corto camino hasta la cocina, Harvey vio lo suficiente como para convencerse de que este lugar estaba construido para practicar juegos, cañas y aventuras. Era un laberinto en el cual no había dos puertas iguales; una casa de tesoros donde algún famoso pirata había escondido su botín manchado de sangre. Era un lugar de descanso para alfombras volantes y cajas selladas antes del Diluvio Universal, donde los huevos de los animales que la Tierra había perdido habían sido atrapados en espera del calor del sol para ser incubados.

—Es perfecto —murmuró Harvey para sí mismo.

La señora Griffin recogió sus palabras.

—Nada es perfecto —replicó.

—¿Por qué no?

—Porque el tiempo pasa —y prosiguió, mirando las flores que había recogido—. El escarabajo y el gusano encontrarán el camino para meterse en todas las cosas, tarde o temprano.

Al oír esto, Harvey pensó que alguna causa muy grave la habría vuelto así, tan fúnebre.

—Lo siento —dijo la señora Griffin, cubriendo su melancolía con una tímida sonrisa—. No has venido aquí para escuchar mis endechas. Has venido para divertirte, ¿no es así?

—Supongo que sí —respondió Harvey.

—Pues deja que te tiente con buenos sabores.

Harvey se sentó a la mesa de la cocina y, en seis segundos, la señora Griffin había dispuesto una docena de platos de comida para él: hamburguesas, perritos calientes y pollo frito; montones de patatas untadas con mantequilla; tartas de manzana, cereza y chocolate; helado con nata; uvas, naranjas y un plato de frutas de las que ni conocía su nombre.

Se dispuso a comer con placer y ya estaba devorando su segundo corte de tarta cuando entró una niña pecosa de cabello rubio, largo y rizado, y de grandes ojos de color azul verdoso.

—Tú debes ser Harvey —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Wendell me lo ha dicho.

—Y ¿cómo lo sabía él?

Ella se encogió de hombros.

—Lo ha oído. A propósito, me llamo Lulu.

—¿Acabas de llegar?

—No. Llevo aquí siglos, más que Wendell. Pero no tanto como la señora Griffin. Nadie lleva aquí tanto tiempo como ella. ¿No es verdad?

—Casi —dijo la señora Griffin con algo de misterio—. ¿Quieres comer algo, cielo?

Lulu movió la cabeza negativamente.

—No, gracias. No tengo mucho apetito en este momento.

Sin embargo, se sentó al lado opuesto de Harvey, pasó su pulgar por la tarta de chocolate y lo limpió con la lengua.

—¿Quién te invitó aquí? —preguntó.

—Un hombre llamado Rictus.

—Ah, sí. ¿El de la sonrisa?

—Sí, es él.

—Tiene una hermana y dos hermanos —prosiguió.

—Luego, ¿los conoces?

—No a todos —admitió Lulu—. Son muy suyos. Pero vas a conocer a uno o dos de ellos tarde o temprano.

—Pues... no creo que esté aquí. Quiero decir que papá y mamá no saben aún que estoy aquí.

—Claro que lo saben —respondió Lulu—. Es que no te lo han dicho. —Esto confundió a Harvey y así lo dijo—. Llama a tus papas —sugirió Lulu—. Pregúntaselo.

—¿Puedo hacerlo? —dijo, todavía confundido.

—Desde luego que puedes —respondió la señora Griffin—. El teléfono está en el pasillo.

Llevándose una cucharada de helado, Harvey fue al teléfono y marcó el número. Al principio hubo un chillido en la línea, como si el viento rozara los cables. Luego desapareció el ruido y oyó la voz de su madre.

—¿Diga?

—Antes de que empieces a reñirme... —empezó.

—Hola querido —dijo la madre con arrullo—. ¿Ya has llegado?

—¿Llegado?

—Supongo que ya estás en la casa de vacaciones.

—Sí, estoy aquí, pero...

—Estupendo. Estaba preocupada por si te hubieras perdido por el camino. ¿Te gusta estar ahí?

—¿Sabías que iba a venir? —dijo Harvey; sorprendió la mirada de Lulu. «Te lo dije», musitó ella.

—Claro que lo sabíamos, hijo —dijo la madre, y siguió—: Nosotros pedimos al señor Rictus que te enseñara el lugar. Estabas tan deprimido, mi pobre corderito, que pensamos que te vendría bien un poco de distracción.

—¿De veras? —dijo Harvey, sorprendido por el nuevo rumbo de los acontecimientos.

—Sólo queremos que lo pases bien —dijo la madre—. O sea, que puedes estar el tiempo que quieras.

—¿Y qué pasa con la escuela? —preguntó.

—Te mereces un tiempo de descanso —respondió ella—. No te preocunes por nada. Sólo de pasarlo bien.

—Lo haré, mamá.

—Adiós, hijo.

—Adiós.

Harvey volvió del teléfono moviendo la cabeza con regocijo.

—Tenías razón —dijo a Lulu—. Ellos lo arreglaron todo.

—Por tanto, ahora ya no debes sentirte culpable de nada —dijo Lulu—. Espero verte luego, ¿eh? Y con estas palabras se fue.

—Si has terminado ya de comer—dijo la señora Griffin—, te enseñaré tu habitación.

—Sí, vamos.

Condujo a Harvey escaleras arriba. En el rellano intermedio había un gato tomando el sol en el antepecho de la ventana. El color de su pelo era el de un cielo sin nubes.

—Este es el gato *Blue* —dijo la señora Griffin—. Ya has visto al gato *Stew* jugando con Wendell. No sé dónde está en este momento el gato *Clue*, pero ya te encontrará. Le gustan los huéspedes nuevos.

—¿Viene aquí mucha gente?

—Sólo niños. Niños muy especiales como tú, Lulu y Wendell. El señor Hood preferiría no tener a nadie.

—¿Quién es el señor Hood?

—El hombre que construyó esta casa —respondió la señora Griffin.

—¿Voy a conocerle también?

La señora Griffin parecía desconfiada con la pregunta.

—Es posible —dijo, desviando la mirada—, pero es un hombre muy reservado.

Ahora ya se hallaban en el rellano del piso y la señora Griffin condujo a Harvey a una habitación de la parte trasera de la casa, pasando por delante de una hilera de retratos pintados. La habitación daba a un huerto y un cálido aire llevaba a la habitación el olor de las manzanas maduras.

—Pareces cansado, querido —dijo la señora Griffin—. Puede que te apetezca tumbarte un rato.

Harvey generalmente odiaba dormir por la tarde. Le recordaba demasiado la gripe o el sarampión. Pero la almohada parecía fresca y confortable, y cuando la señora Griffin se hubo despedido, decidió acostarse, sólo por unos minutos.

Ya fuera porque estaba más cansado de lo que pensaba, o porque la calma y la comodidad de la casa le habían sosegado hasta dormirse, el caso es que sus ojos se cerraron tan pronto como puso la cabeza en la almohada, y no se abrieron hasta la mañana siguiente.



IV

Una muerte entre estaciones

El sol vino a despertarle poco después del amanecer. Un blanco rayo de luz se reflejaba en sus párpados. Se sentó de golpe, sin saber, de momento, en qué cama se encontraba, qué habitación era aquélla o qué casa. Luego acudieron a su memoria los acontecimientos del día anterior y se dio cuenta de que había dormido desde la última tarde hasta primeras horas de la mañana siguiente. El descanso le había fortalecido. Se sentía energético y, con una exclamación de placer, saltó de la cama y se vistió.

La casa era más acogedora que el día anterior; las flores que la señora Griffin había colocado en cada mesa y en cada repisa eran toda una sinfonía de color. La puerta principal estaba abierta y, deslizándose por los brillantes pasamanos de la escalera, Harvey descendió hacia el porche para inspeccionar la mañana.

Una sorpresa le aguardaba. Los árboles que la tarde anterior estaban llenos de hojas, ahora se habían desprendido de ellas y había nuevos y pequeños brotes en las ramas, como si fuera el primer día de primavera.

—Otro día, otro dólar —dijo Wendell, que se acercaba doblando la esquina de la casa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harvey.

—Es lo que decía siempre mi padre. «Otro día, otro dólar.» Papá es banquero. Wendell Hamilton Segundo. Y yo, soy...

—Wendell Hamilton Tercero.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he adivinado. Soy Harvey.

—Sí, lo sé. ¿Te gustan las casas en los árboles?

—Nunca he tenido ninguna.

Wendell señaló la parte superior del árbol más alto. Había una plataforma colgada entre las ramas, con una rudimentaria casa construida encima.

—He estado trabajando allí arriba durante semanas —dijo Wendell—, pero no puedo terminarla yo solo. ¿Quieres ayudarme?

—Claro que sí. Pero ante todo he de ir a comer algo.

—Ve y come. Yo estaré por aquí.

Harvey volvió a la casa y encontró a la señora Griffin preparando un desayuno digno de un príncipe. Había leche en el suelo y un gato lamiéndola con la cola enrollada como un signo de interrogación.

—¿El gato Clue? —dijo Harvey.

—Sí, efectivamente —contestó con ternura la señora Griffin—. Es el más diablillo de todos.

Clue levantó la mirada como si supiera que hablaban de él. Luego dio un salto colocándose sobre la mesa y husmeó entre los platos de repostería en busca de algo más de comida.

—¿Puede hacer siempre lo que quiere? —preguntó Harvey, viendo que el gato ponía la nariz en esto y lo otro—. Quiero decir si nadie le controla.

—Ah, bueno. Siempre tenemos a alguien que nos controla, ¿no es verdad? —respondió la señora Griffin—. Nos guste o no. Ahora come. Tienes ante ti momentos maravillosos.

Harvey no necesitó una segunda invitación. Atacó su segunda comida en la casa con incluso más apetito que la primera vez. Seguidamente salió para encontrarse con el día.

¡Oh! ¡Qué día!

La brisa era cálida y tenía aquel olor de las cosas verdes que crecen; el cielo era perfecto y estaba lleno de pájaros.

Vagó entre la hierba con las manos en los bolsillos, como el gran señor de todo aquello que inspeccionaba. Al aproximarse a los árboles llamó a Wendell.

—¿Puedo subir?

—Sí, si tienes la cabeza a prueba de alturas —advirtió Wendell.

La escalera crujío mientras subía, pero llegó a la plataforma superior sin omitir ni un peldaño. Wendell quedó impresionado.

—No está mal para un chico nuevo —dijo—. Tuvimos aquí a dos chavales que no pudieron llegar ni a medio camino.

—¿Y adonde fueron?

—De regreso a sus casas, supongo. Los chicos vienen y van, ¿sabes?

Harvey miró a través de las ramas que empezaban a brotar.

—No se puede ver mucho desde aquí, ¿verdad? —preguntó—. Quiero decir que no hay ni rastro de la ciudad.

—¿Y a quién le importa? —respondió Wendell—. De todos modos allí todo es gris.

—Y aquí brilla el sol —dijo Harvey mirando la pared de piedras de niebla que separaba los terrenos de la casa del mundo exterior—. ¿Cómo es esto posible?

La respuesta de Wendell fue la misma:

—¿A quién le importa? Sé que yo no lo sé. Ahora vamos a empezar a construir, ¿o qué?

Las dos horas siguientes las pasaron trabajando en la casa del árbol; descendieron una docena de veces para ahondar entre los troncos apilados al lado del huerto, en busca de tablones para terminar la obra. Hacia mediodía, todavía no habían encontrado madera suficiente para construir el tejado, pero cada uno de ellos había encontrado un amigo. A Harvey le gustaban los chistes malos de Wendell, así como lo de «¿a quién le importa?» que aplicaba a cualquier frase.

Y también Wendell parecía feliz de tener a Harvey por compañía.

—Eres el primer chico realmente divertido —dijo.

—Y ¿qué hay de Lulu?

—¿Qué quieras decir?

—¿No es divertida?

—Era estupenda cuando llegué —admitió Wendell—. Quiero decir que lleva aquí muchos meses, fue muy simpática y me enseñó el lugar. Pero últimamente se ha vuelto muy extraña. La veo muchas veces andando como una sonámbula y con la cara muy pálida.

—Probablemente se está volviendo loca —dijo Harvey—. Sus sesos se vuelven gachas.

—¿Tú entiendes de eso? —quiso saber Wendell, iluminándose su cara con vampírico interés.

—Desde luego —mintió Harvey—. Mi papá es cirujano.

Wendell estaba cada vez más impresionado, y durante los minutos siguientes escuchó boquiabierto y con envidia lo que Harvey le contaba acerca de todas las operaciones que había visto: cráneos abiertos y piernas aserradas; pies cosidos donde usualmente están las manos, y un hombre con un forúnculo en su pompis que le creció hasta convertirse en una cabeza que hablaba.

—¿Lo juras?

—Lo juro —dijo Harvey.

—Es tan extraño...

Toda esta charla desembocó en un hambre atroz, y a sugerencia de Wendell bajaron por la escalera y se encaminaron a la casa para comer.

—¿Qué quieras hacer esta tarde? —preguntó Wendell a Harvey mientras se sentaban a la mesa—. Hará mucho calor. Siempre lo hace.

—¿Hay por aquí algún lugar donde podamos nadar?

Wendell frunció el ceño.

—Pues, sí... —dijo dudando—. Hay un lago al otro lado de la casa, pero no te va a gustar mucho.

—¿Por qué no?

—Es tan profundo que ni siquiera puedes ver el fondo.

—¿Hay peces?

—Seguro.

—Quizá podríamos pescar alguno. La señora Griffin podría cocinarlos para nosotros.

Ante esto, la señora Griffin, que estaba junto a la cocina preparando un plato con aros de cebolla, dio un ligero grito y tiró el plato. Se volvió a Harvey, pálida como la ceniza.

—No querrás hacer eso —dijo.

—¿Por qué no? —respondió Harvey—. Pensé que podíamos hacer lo que quisiéramos.

—Bueno, sí, podéis —aclaró—. Pero no quiero que os pongáis enfermos. Los peces son... venenosos, ¿sabéis?

—Ah —musitó Harvey—. Bueno, después de todo, no es necesario que los comamos.

—¡Mira qué desastre! —exclamó la señora Griffin, tratando de disimular su nerviosismo—. Necesito un nuevo delantal.

Se fue corriendo a buscar otro, dejando a Harvey y a Wendell cruzándose miradas interrogantes.

—Ahora quiero realmente ver esos peces —dijo Harvey.

Mientras hablaba, el siempre refitolero gato Clue saltó encima del mostrador de la cocina, junto a los

quemadores, y antes de que ninguno de los dos muchachos pudiera detenerle, ya tenía las uñas en el borde de una de las ollas.

—¡Eh, sal de ahí! —le gritó Harvey.

El gato no admitía órdenes. Se subió del todo al borde de la olla para oler su contenido, con la cola ondeando de un lado a otro. Al momento siguiente, el gran desastre. La cola danzaba demasiado cerca de uno cíe los quemadores y el fuego prendió en ella. El animal dio un maullido desesperado y tiró el recipiente. Una ola de agua hirviendo lo bañó, echándole del hornillo, y cayó al suelo como un cúmulo humeante. Ya fuera ahogado, escaldado o incinerado, el final iba a ser el mismo. Cayó al suelo, muerto.

El incidente atrajo a la señora Griffin, que volvió corriendo.

—Creo que voy a salir y comer fuera —dijo Wendell cuando la mujer apareció en el portal. Cogió un par de perritos calientes y se fue.

—¡Oh, Dios mío! —gritó la señora Griffin, fijando sus ojos en el gato muerto—. ¡Oh! ¡Insensato!

—Fue un accidente —aseguró Harvey, impresionado por lo que había visto—. Se había subido encima de la cocina...

—¡Insensato, insensato! —era todo lo que la señora Griffin parecía saber decir. Se arrodilló y miró el triste aspecto de aquel pedazo de piel quemada—. Se acabaron los problemas contigo —murmuró finalmente.

La triste expresión de la señora Griffin ante la desgracia hizo que los ojos de Harvey se inundaran, pero detestaba que alguien le viera llorar y se enjugó las lágrimas lo mejor que pudo, diciendo:

—¿La ayudo a enterrarlo? —preguntó Harvey con voz entrecortada.

La señora Griffin, agachada, parecía redonda.

—Eres muy amable —dijo suavemente—. Pero no es necesario. Vete a jugar.

—No quiero dejarla así —dijo Harvey.

—Oh, mira, tienes lágrimas en las mejillas.

Harvey se sonrojó y se las quitó con el dorso de la mano.

—No te avergüençe llorar, hijo —dijo la mujer—. Es algo maravilloso. Desearía poder soltar aunque fuera una lágrima o dos.

—Usted está triste —aseguró Harvey—. Puedo verlo.

—Lo que siento no es precisamente tristeza —respondió la señora Griffin— ni tampoco solaz. Tengo miedo.

—¿Qué quiere decir solaz? —preguntó Harvey.

—Es algo sedante —dijo ella, levantándose—. Algo que cura las heridas de tu corazón.

—¿Y usted no tiene nada de eso?

—No, no tengo —respondió. Luego extendió su brazo y tocó la mejilla de Harvey—. Excepto, quizás, en esas lágrimas tuyas. Ellas me reconfortan. —Suspiró y siguió los trazos con sus dedos—. Tus lágrimas son dulces, muchacho. Y así eres tú. Ahora sal y juega. Hay sol afuera y no lo habrá siempre, créeme.

—¿Está usted segura?

—Estoy segura.

—Entonces la veré luego —concluyó Harvey, mientras iba a encontrarse con la tarde.





V

Los prisioneros

La temperatura había estado subiendo durante la comida de Harvey. Una calima cubría el césped (que era más fresco y más denso de flores de lo que recordaba) y hacía resaltar los árboles que rodeaban la casa.

Se dirigió hacia ellos, llamando a Wendell mientras avanzaba. No hubo respuesta. Miró hacia atrás, en dirección a la casa, pensando que podría ver a Wendell en alguna de las ventanas, pero todas reflejaban el azul prístino del cielo. Miró al cielo. No había ninguna nube a la vista.

Entonces le asaltó una sospecha, que se hizo cierta cuando su mirada retrocedió hacia los trémulos matorrales y las flores que crecían debajo de ellos. Durante la hora transcurrida en la fresca cocina, la estación había cambiado. El verano, en efecto, se instaló en la casa de vacaciones del señor Hood; un verano tan mágico como la primavera que le había precedido.

Ésta era la razón por la que el cielo era tan falsamente azul y los pájaros ofrecían aquella música. Las ramas cargadas de hojas no eran menos convincentes; ni la floración en la hierba, ni las abejas que zumbaban de flor en flor disfrutando de la generosidad de la estación. Todo era maravilloso.

Harvey pronosticó que no sería una estación larga. Si la primavera se había extinguido en una mañana, lo más probable era que aquel perfecto verano no pasara de aquella tarde.

Era preciso aprovecharlo, pensó, y se fue corriendo en busca de Wendell. Finalmente descubrió a su amigo sentado a la sombra de unos árboles, con un fajo de tebeos a su lado.

—¿Quieres sentarte a leer? —propuso.

—Puede que más tarde —respondió Harvey—. Ante todo, quiero ir a ver ese lago de que me hablaste. ¿Quieres venir?

—¿Para qué? Ya te dije que no es nada divertido.

—Está bien. Iré yo solo.

—No tardes mucho —remarcó Wendell. Luego siguió leyendo.

Aunque Harvey tenía una idea general de las características del lago, los arbustos en aquella parte de la casa eran gruesos y espinosos, por lo que tardó varios minutos en encontrar un camino para atravesarlos. Cuando tuvo el lago a la vista, el sudor que cubría su cara y su espalda era pegajoso, y sus brazos habían sido arañados y ensangrentados por las espinas.

Tal como Wendell había predicho, el lago no valía la pena. Eran grande. Tan grande que la parte más alejada era difícilmente visible; pero brumoso y lúgubre. Tanto el lago como las piedras de su orilla estaban cubiertos de una capa de espuma verde. Había una legión de moscas zumbando por encima en busca de algo podrido para alimentarse, y Harvey sabía que no tendrían ninguna dificultad en encontrar su festín. Era el lugar a donde pertenecían las cosas muertas.

Estaba a punto de marcharse cuando un movimiento en las sombras atrajo su atención. Había alguien de pie un poco más allá, en el extremo de un banco, casi eclipsado por la densa maleza. Dio unos pocos pasos, acercándose al lago, y vio que era Lulu. Estaba sobre las viscosas piedras del banco mirando hacia el fondo.

Casi con un susurro, por temor a asustarla, Harvey dijo:

—Parece fría.

Ella se volvió hacia él con gran confusión en su cara, y luego, sin una sola palabra por respuesta, se fue brincando a través de la vegetación.

—¡Espera! —gritó Harvey, corriendo tras ella.

Lulu, sin embargo, había desaparecido, dejando las matas moviéndose. Pudo haberla seguido, pero el sonido de las burbujas del lago, al romperse, atrajo su mirada hacia el agua; y allí, moviéndose debajo de la película de espuma, vio los peces. Eran casi tan grandes como él, con sus escamas sucias y encostradas, y sus bulbosos ojos vueltos hacia la superficie como ojos de prisioneros en un foso pantanoso.

Le estaban observando; estaba cierto de ello y su escrutinio le hizo estremecerse. Pensó que posiblemente tenían hambre y rogaban a sus dioses pez que le hicieran resbalar y caerse dentro. ¿O tal vez deseaban que viniera con una caña y un hilo para sacarlos de las profundidades y acabar con su miseria?

«¡Qué vida! —pensó—. Sin sol que los ilumine, sin flores para oler ni juegos para jugar. Sólo el fondo, aguas oscuras para recorrer en círculo, dando vueltas y más vueltas.»

Se mareó sólo de verlo y pensó que si persistía en permanecer allí posiblemente perdería el equilibrio y se iría con ellos. Abrió la boca para coger aliento y dio la espalda al espectáculo, volviendo a la luz del sol tan rápido como las plantas espinosas se lo permitieron.

Wendell todavía estaba sentado bajo el árbol. Tenía dos botellas de limonada fría a su lado y alargó una a Harvey mientras éste se acercaba.

—Bien, ¿y qué? —preguntó.

—Tenías razón —respondió Harvey.

—Nadie en su sano juicio va nunca allí.

—He visto a Lulu.

—¿No te lo he dicho? —insistió Wendell—. Nadie en su sano juicio.

—Y aquellos peces...

—Sí, ya sé, repugnantes espantajos de pantano, ¿no es verdad?

—¿Por qué querrá el señor Hood tener peces como aquéllos? Quiero decir que, siendo todo lo demás tan hermoso, los céspedes, la casa, el huerto...

—¿A quién le importa? —dijo Wendell.

—A mí —respondió Harvey—. Quiero saber todo lo que hay que saber acerca de este lugar.

—¿Por qué?

—Para contárselo a papá y mamá cuando vuelva a casa.

—¿A casa? —dijo Wendell—. ¿Quién quiere una casa si aquí tenemos todo cuanto necesitamos?

—Aún me gustaría saber cómo funciona todo esto. ¿Hay alguna clase de máquina que haga cambiar las estaciones?

Wendell señaló el sol a través de las ramas.

—¿Te parece esto mecánico? —dijo—. No seas torpe. Esto es real. Es mágico, pero real.

—¿Tú crees?

—Hace demasiado calor para pensar —respondió Wendell—. Ahora siéntate y calla —y lanzando unos cuantos tebeos en la dirección de Harvey, añadió—: Mírate esto y encuentra un monstruo para esta noche.

—¿Qué pasa esta noche?

—Halloween [Noche del 31 de octubre. En Estados Unidos se celebra con disfraces, decoración de calabazas vacías, con luz en su interior, cantos... de carácter jocosamente lúgubre. (N. del E.)], naturalmente —dijo Wendell—, como todas las noches.

Harvey se dejó caer sentado al lado de Wendell, abrió su botella de limonada y empezó a hojear los tebeos, pensando entre página y bebida que tal vez Wendell estuviera en lo cierto y que hacía demasiado calor para pensar. Sin embargo, aquel lugar milagroso funcionaba, y parecía real. El sol calentaba, la limonada estaba fría, el cielo era azul, la hierba verde... ¿Qué más necesitaba saber?

En algún momento de sus meditaciones pudo haberse dormido, pues despertó con la sorpresa de que el sol ya no salpicaba el suelo a su alrededor y Wendell ya no estaba leyendo a su lado.

Quiso coger su limonada, pero la botella se había caído y su olor dulce había atraído a cientos de hormigas. Se amontonaban por encima y por dentro de la botella, y algunas de ellas se habían ahogado por su codicia.

Cuando se levantó, sintió la primera brisa verdadera desde el mediodía, y una hoja con los bordes secos cayó en espiral a sus pies.

—Otoño... —murmuró para sí mismo.

Hasta este momento, hallándose entre los crujientes arbustos y viendo cómo el viento sacudía y arrancaba las hojas, el otoño le había parecido siempre la estación más triste. Significaba que el verano había terminado y que las noches se volverían cada vez más largas y más frías. Pero ahora, cuando la lluvia de hojas se había convertido en un diluvio y el ruido de las bellotas y las nueces en un redoble de tambores, se rió al verlo y oírlo venir. Cuando dejó aquel lugar bajo los árboles, tenía hojas en la cabeza mientras otras bajaban por su espalda y a otras las chutaba a cada paso que daba al correr.

Cuando llegó al portal, las primeras nubes que había visto en toda la tarde taparon el sol, y al quedar la casa bajo su sombra, aquel edificio que antes ondeaba como un espejismo bajo el calor de la tarde, ahora de súbito quedaba magnificado, oscuro y sólido.

—Tú eres real —dijo, jadeando en el porche—. ¿Lo eres o no?

Empezó a reírse de su locura de hablar a una casa, pero la risa se le apagó cuando oyó una voz tan tenue que apenas estaba seguro de haberla oído, y que le decía:

—¿Tú qué piensas, nene?

Trató de localizar al que había hablado, pero no había nadie en el portal, ni en el porche, ni en los escalones detrás de él.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó.

No hubo respuesta, de lo cual se alegró. No habría sido una voz, se dijo. Pudo ser un crujido de los tablones o el murmullo de las hojas secas sobre la hierba. Pero entró en la casa con los latidos del corazón acelerados, recordándose a sí mismo que las preguntas no eran bien recibidas.

Después de todo, pensó, ¿qué importaba si era un lugar real o de sueño? Lo sentía real y esto era lo que contaba.

Satisfecho con ello, corrió a la cocina donde la señora Griffin estaba sobrecargando la mesa con regalos.



VI

Visto y no visto

Bien —dijo Wendell mientras comía—, ¿qué vas a ser esta noche?

—No lo sé —respondió Harvey—. ¿Qué serás tú?

—Un verdugo —dijo, con una mueca de espagueti—. He aprendido a hacer lazos. Ahora, lo único que me falta es encontrar a alguien a quien colgar —y añadió, mirando a la señora Griffin—: Es rápido. Sólo tienes que dejarlos caer y... ¡crac! ¡Los cuellos rotos!

—¡Eso es horrible! —exclamó la señora Griffin—. ¿Por qué les gustará tanto a los niños hablar siempre de fantasmas, crímenes y ejecuciones?

—Porque es excitante —respondió Wendell.

—Sois unos monstruos —replicó ella, con una sonrisa insinuada—. Monstruos, esto es lo que sois.

—Harvey lo es —dijo Wendell—. Le he visto limando sus dientes.

—¿Es luna llena? —dijo Harvey, tras untarse con kétchup los bordes de los labios y haciendo una contracción—. Espero que sí. Necesito sangre... sangre fresca.

—Bien —respondió Wendell—. Puedes ser un vampiro. Yo los colgaré y tú les chupas la sangre.

—¡Horrible! —volvió a exclamar la señora Griffin—. ¡Es horrible!

Es posible que la casa hubiera oído a Harvey manifestar su deseo de que hubiera luna llena, porque cuando él y Wendell subieron alocadamente las escaleras y miraron por la ventana del descansillo, vieron —entre las ramas desnudas de los árboles— una Luna tan grande y tan blanca como la sonrisa de un hombre muerto.

—¡Mírala! —dijo Harvey—. Puedo ver cada uno de los cráteres. Es perfecta.

—Oh, esto es solamente el comienzo —prometió Wendell. Y condujo a Harvey a una habitación grande y mohosa repleta de prendas de toda clase. Algunas colgaban de ganchos o perchas; otras estaban en cestos como los trajes de los actores. Pero había todavía más, amontonadas al final de la habitación, sobre el sucio suelo. Y, medio escondida hasta que Wendell despejó el camino, una vista que dejó a Harvey boquiabierto: una pared cubierta de máscaras, del suelo hasta el techo.

—¿De dónde han salido tantas máscaras? —le preguntó Harvey, contemplando el espectáculo.

—El señor Hood las colecciona —explicó Wendell—, y la ropa procede de niños que se la dejaron aquí.

Harvey no estaba interesado en las prendas; eran las máscaras las que le hipnotizaron. Eran como copos de nieve: no había dos iguales. Algunas estaban hechas de madera y plástico; otras de paja, paño y papel maché. Algunas eran vistosas como un papagayo, mientras otras, tan pálidas como un pergamino. Algunas eran tan grotescas que él estaba seguro de que habían sido confeccionadas por algún loco; otras tan perfectas que parecían mascarillas mortuorias de un ángel. Había máscaras de payasos y zorros, máscaras como cráneos, decoradas con dientes reales, e incluso una con llamas simuladas en lugar de pelo.

—Escoge —dijo Wendell—. Seguro que hay alguna de vampiro en algún lugar. Todo lo que vengo a buscar lo encuentro, tarde o temprano.

Harvey decidió dejar para más tarde el placer de escoger una máscara, y en su lugar se concentró en desenterrar algo para ponerse que le hiciera parecer un murciélagos. Mientras removía aquellos montones de prendas, se le ocurrió pensar en los niños que las habían dejado allí. A pesar de que siempre había odiado las lecciones de historia, sabía que muchas de las chaquetas, camisas, correas y zapatos ya habían pasado de moda hacía muchos años. ¿Dónde estaban ahora sus dueños? Muertos, supuso, o tan viejos que lo mismo daba.

La idea de que estas prendas pertenecieran a gente muerta le causó un ligero temblor, lo cual era normal. Pero, después de todo, esto era el Halloween, y ¿qué sería un Halloween sin algunos escalofríos?

Después de buscar durante unos minutos encontró un largo abrigo negro con un cuello que podía volverse hacia arriba y que Wendell consideró muy vampírico. Satisfecho por su elección, volvió a la pared de las caretas y sus ojos inmediatamente se iluminaron ante una que aún no había visto: tenía la palidez y las cuencas de los ojos igual que un alma recién salida de la tumba. La cogió y se la puso. Le encajaba perfectamente.

—¿A qué me parezco? —preguntó Harvey, volviendo la cara hacia Wendell, que había encontrado

una máscara de verdugo que asimismo se le ajustaba perfectamente.

—¡Feo como el pecado!

—Bien.

Había una titilante familia de cabezas de calabaza alineadas en el porche cuando salieron: el brumoso aire olía a humo de madera.

—¿Adonde vamos a jugar a trucos y bromas? —preguntó Harvey—, ¿afuera, a la calle?

—No —respondió Wendell—. No es Halloween en el mundo real, ¿recuerdas? ¡remos detrás de la casa.

—Esto no está muy lejos —remarcó Harvey, desilusionado.

—Lo está a esta hora de la noche —dijo Wendell reposadamente—. Esta casa está llena de sorpresas. Ya lo verás.

Harvey levantó la mirada hacia la casa por los pequeños orificios de su máscara. Parecía tan grande como un cumulo-nimbo, y su veleta, lo suficiente afilada como para pinchar las estrellas.

—¡Ven! —dijo Wendell—. Tenemos por delante un largo viaje.

¿Un largo viaje? pensó Harvey. ¿Cómo podía ser largo un viaje desde delante de la casa hasta su parte trasera? Pero nuevamente Wendell tenía razón: la casa estaba llena de sorpresas. El viaje, que por la tarde habría durado dos minutos, pronto se convirtió en una expedición en la que Harvey habría deseado llevarse consigo una antorcha y un mapa. Las hojas crujían bajo sus pies como serpientes que se arrastraban a su alrededor; los árboles, que durante el día les habían dado sombra, aparecían ahora terríficos, desvalidos y hambrientos en su desnudez.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —se preguntó mientras seguía a Wendell en la oscuridad—. Tengo frío y estoy incómodo (pudo haber añadido «aterrorizado», pero anuló ese pensamiento).

Cuando ya estaba a punto de proponer que se volvieran, Wendell señaló hacia arriba y siseó:

—¡Mira!

Harvey levantó los ojos. Directamente enfrente, una forma se movía silenciosamente en el cielo, como si acabara de despegar de los aleros de la casa. La Luna se había ocultado detrás del tejado y no iluminaba aquel nocturno volador, de modo que Harvey sólo podía adivinar su forma por las estrellas que borraba a su paso. Sus alas eran grandes, pero rasgadas; demasiado para sostenerle, pensó. Contrariamente, más bien parecía ir pegado a la oscuridad a medida que avanzaba, como si se arrastrara agarrado al mismo aire.

Todo lo que obtuvo de aquel objeto fue una visión rápida. Repentinamente había desaparecido.

—¿Qué era eso? —susurró.

No hubo respuesta. Durante los momentos en que había estado mirando al cielo, Wendell se había esfumado.

—¿Wendell...? —llamó Harvey en voz baja—. ¿Dónde estás?

Seguía sin respuesta; sólo el ruido de las hojas y los gemidos de las ramas hambrientas.

—Sé lo que estás haciendo —dijo Harvey, esta vez más alto—, y no vas a asustarme tan fácilmente. ¿Me oyes?

Esta vez hubo respuesta, en cierto modo. No en palabras, pero sí con un crujido que procedía de algún lugar entre los árboles.

«Está subiendo a la casa del árbol», pensó Harvey, y decidió pillarle para devolverle el susto. Escuchó y siguió la procedencia del ruido.

Pese a la desnudez de las ramas, sólo podía contar con minúsculos puntos de luz estelar para evitar caerse en el bosque. Se bajó la máscara, dejándola colgada alrededor del cuello para ver un poco mejor, pero incluso entonces se hallaba casi ciego y tenía que seguir el ruido de Wendell para orientarse. Aún podía oírlo y avanzó, como pudo, hacia aquella dirección con los brazos extendidos a fin de agarrar la escalera en cuanto la alcanzara.

Ahora el sonido se hacía más fuerte y tuvo la certeza de que se hallaba detrás del árbol. Miró hacia arriba, esperando un vislumbre del bromista; pero al hacerlo, algo le cepilló la cara. Trató de agarrarlo, pero se retiró, al menos por un momento. Luego volvió otra vez, rozando su codo por el otro lado. Intentó cogerlo por segunda vez y entonces, al tocarlo de nuevo, por fin lo agarró.

—¡Ya te he pillado! —gritó.

Su grito de triunfo fue seguido de un soplo de aire y del sonido de algo que se había caído a su lado. Dio un salto, pero rehusó soltar lo que tenía sujetado, fuera lo que fuese.

—¿Wendell...? —llamó.

A guisa de respuesta, una llama se encendió en la oscuridad detrás de él, y un fuego de artificio estalló en una lluvia de chispas verdes, cuya luz daba a la arboleda un aspecto de caverna gangrenada.

Bajo aquella luz centelleante vio lo que tenía agarrado y, al verlo, lanzó una exclamación de pánico

que hizo a los grajos levantarse de sus aseladeros, por encima de su cabeza.

El ruido que había oído no era de una escalera. Era una cuerda. No, tampoco una cuerda; era un lazo. En su mano tenía la pierna de un hombre que colgaba del lazo. La soltó y retrocedió tambaleándose; apenas pudiendo reprimir un segundo grito cuando sus ojos se levantaron y vio la mirada de un hombre muerto. A juzgar por su expresión, su muerte había sido horrible. Su lengua colgaba entre sus espumeantes labios y sus venas estaban tan hinchadas que su cabeza parecía una calabaza.

—Esto..., o era una calabaza.

Una nueva fuente de chispas se activaba ahora del fuego de artificio, y Harvey vio la verdad del asunto. El miembro que había estado sujetando era una pierna de pantalón rellena; el cuerpo, un abrigo que albergaba fajos de prendas; aquella cabeza, una máscara sobre una calabaza, con nata como baba y huevos como ojos.

—¡Wendell! —gritó, volviendo la espalda a aquella escena de ejecución.

Wendell estaba de pie en el lugar más alejado, donde había el fuego. Su risa le llegaba de oreja a oreja, iluminada por las chispas que el fuego escupía. Parecía un pequeño demonio recién llegado del infierno. A su lado, la escalera que había dejado caer para poner el drama en acción.

—¡Ya te lo advertí! —dijo Wendell, con la máscara en la mano—. Te dije que esta noche sería un verdugo.

—¡Te devolveré la jugada! —dijo Harvey, con el corazón latiendo todavía demasiado deprisa para ver el lado divertido de su ocurrencia—. Te aseguro... ¡que me las vas a pagar!

—Puedes intentarlo —respondió Harvey, pavoneándose. El fuego empezaba a desvanecerse; las sombras, a su alrededor, se hacían nuevamente más profundas—. ¿Tenemos ya bastante de Halloween por esta noche? —preguntó.

A Harvey no le gustaba mucho admitir una derrota, pero asintió ceñudamente, jurándose a sí mismo que cuando finalmente llegara su desquite, éste sería sonado.

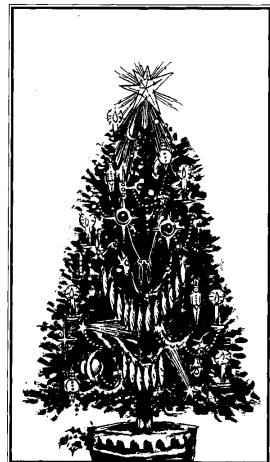
—¡Sonríe! —dijo Wendell, mientras la fuente de chispas agonizaba—. Estamos en la casa de la fantasía.

La luz ya casi se había consumido, y aunque Harvey estaba todavía enfurecido con Wendell (y consigo mismo por ser tan primo), no podía dejar que concluyera la fiesta sin hacer las paces.

—Está bien —dijo, permitiéndose una tímida sonrisa—. Habrá otras noches.

—Siempre —respondió Wendell. La respuesta le complació—. Esto es lo que es este lugar —dijo cuando la luz ya se había apagado—. Es la casa de los tiempos.





VII

Un regalo del pasado

Una cena junto al fuego les esperaba cuando volvieron a la casa. —Parece que vuelvas de una batalla —dijo la señora Griffin al ver el aspecto de Harvey—. ¿Ha estado Wendell practicando sus trucos?

Harvey admitió que había caído en todas sus trampas, pero que una de ellas le había impresionado en particular.

—¿Cuál fue? —preguntó Wendell con una mueca de presunción—. ¿La caída de la escalera? Ése fue un toque inteligente, ¿no?

—No, no fue la escalera —respondió Harvey.

—¿Cuál, pues?

—Aquella cosa del cielo.

—Ah, aquélla...

—¿Qué era? ¿Un cometa?

—No tuve nada que ver con aquello—respondió Wendell.

—Entonces, ¿qué fue?

—No lo sé —dijo Wendell al tiempo que desaparecía su sonrisa—. Mejor no hacer preguntas, ¿eh?

—Pero yo quiero saberlo —insistió Harvey, volviéndose hacia la señora Griffin—. Tenía alas y creo que volaba por encima del tejado.

—Entonces era un murciélago —dijo la señora Griffin.

—No. Esto era cien veces más grande que un murciélago —y extendiendo los brazos añadió—: Grande, con alas oscuras.

La señora Griffin frunció el entrecejo mientras Harvey hablaba.

—Probablemente lo imaginaste —dijo.

—No lo imaginé —protestó Harvey.

—¿Por qué no te sientas y comes? —replicó la señora Griffin—. Si no era un murciélago no pudo ser nada.

—Pero Wendell también lo vio. ¿No es verdad, Wendell?

Harvey miró al otro muchacho, que estaba como excavando un plato de pavo con salsa de arándano.

—¿A quién le importa? —dijo Wendell, mascando mientras hablaba.

—Dile solamente que lo viste.

Wendell se encogió de hombros.

—Puede que lo viera o puede que no. Es la noche de Halloween. Se supone que puede haber duendes por ahí.

—Pero no duendes reales —dijo Harvey—. Un truco es un truco, pero si esa bestia fuera real...

Mientras hablaba advirtió que había roto la regla asumida en el porche: el hecho de que la criatura que había visto fuera real o no, era indiferente. Era un lugar de ilusiones. ¿No sería más feliz si dejara de cuestionar acerca de lo que era real o no lo era?

—Síntate y come —dijo nuevamente la señora Griffin.

Harvey sacudió la cabeza. Su apetito había desaparecido. Estaba enfadado, aunque no estaba seguro de saber con quién. Puede que con Wendell, por sus gestos de indiferencia, o con la señora Griffin, por no creerle, o tal vez consigo mismo, por tener miedo a las ilusiones. Posiblemente con los tres a un tiempo.

—Subo a la habitación para cambiarme —dijo, al tiempo que abandonaba la cocina.

Descubrió a Lulu en el descansillo, mirando por la ventana. El viento soplabía contra el cristal, lo que recordó a Harvey la primera visita de Rictus. Sin embargo, lo que el viento traía no era lluvia, sino nieve en polvo.

—Pronto será Navidad —dijo ella.

—¿De veras?

—Habrá regalos para todo el mundo. Siempre los hay. Deberías formular un deseo de algo especial.

—¿Lo has formulado tú?

—No. Yo llevo aquí tanto tiempo que ya conseguí todo lo que deseaba. ¿Quieres verlo?

Harvey dijo que sí, y ella le condujo escaleras arriba hacia una habitación, que era inmensa y llena de tesoros.

Obviamente, ella tenía pasión por las cajas. Pequeñas, cajas de joyería; grandes, labradas. Una caja para su colección de canicas de vidrio; una caja que tocaba música de campanillas; una caja dentro de la cual encajaban medio centenar de cajas pequeñas, etc.

También tenía varias familias de muñecas: sentadas, con cara inexpresiva, formando hileras en las paredes alrededor del cuarto. Pero lo más impresionante de todo era la casa de la cual las muñecas habían sido exiliadas. Estaba en el centro de la habitación y medía más de metro y medio desde el suelo hasta la punta de la chimenea, con todos los ladrillos, ventanas y tejado. Todo perfecto, al detalle.

—Aquí guardo a mis amigos —dijo Lulu, abriendo la puerta principal.

Dos brillantes lagartos verdes salieron a saludarla, subiendo por sus brazos hasta los hombros.

—Los restantes están dentro —dijo—. Mira.

Harvey miró por las ventanas y vio que todas las habitaciones de la casa, perfectas en cada detalle, estaban ocupadas. Había lagartos descansando en las camas, otros dormitando en los baños, y lagartos columpiándose en las lámparas. Harvey soltó una carcajada al ver sus extravagancias.

—¿No parecen felices? —dijo Lulu.

—¡Mucho! —respondió él.

—Puedes subir a jugar con ellos siempre que quieras.

—Gracias.

—Son realmente simpáticos. Sólo muerden cuando tienen hambre. Aquí...

Lulu arrancó uno de su hombro y lo dejó en las manos de Harvey. Enseguida escaló para colocarse en su cabeza, lo que divirtió a la niña.

Ambos disfrutaban de la compañía, tanto de los lagartos como mutuamente uno de otro, hasta que Harvey vio su propia imagen reflejada en una de las ventanas y recordó el aspecto que tenía.

—Será mejor que vaya a lavarme —dijo a Lulu—. Te veré luego.

Ella sonrió.

—Me gustas, Harvey Swick —dijo.

Su sinceridad le hizo a él franco.

—Tú también me gustas —dijo. Y luego, con una expresión más oscura añadió—: No quisiera que te ocurriera nada.

Ella pareció confusa.

—Te vi junto al lago —dijo él.

—¿Me viste? —respondió—. No lo recuerdo.

—Bueno, de todas formas, es muy profundo. Debes tener cuidado. Podrías resbalar y caerte.

—Tendré cuidado —dijo ella mientras él habría la puerta—. Ah, y Harvey...

—¿Qué?

—No te olvides de desear algo.

¿Qué voy a pedir? se preguntó mientras se lavaba la cara. Algo imposible, quizás. Sólo por ver cuánta magia poseía la casa. Podría ser un tigre blanco, por ejemplo. ¿O un zeppelin de tamaño real? ¿Un pasaje para la Luna?

La respuesta surgió de las profundidades de su memoria. Deseaba un regalo que ya había tenido (y perdido) hacía mucho tiempo; un regalo que le había hecho su padre y que ahora, por más que el señor Hood quisiera complacer a su nuevo invitado, no podría ser capaz de duplicarlo.

—El arca —murmuró.

Con su cara limpia y los rasguños que se había hecho en los matorrales como heridas de guerra, bajó las escaleras, descubriendo que nuevamente la casa había sufrido una extraordinaria transformación. Un árbol de Navidad —tan alto que la estrella situada en su cima pinchaba el techo— adornaba el pasillo. Los colores de sus luces intermitentes llegaban a todas las habitaciones. Había en el aire un olor a chocolate, así como un canto de villancicos. En la sala de estar, la señora Griffin estaba sentada al lado de un fuego rugiente, con el gato Stew ronroneando en su regazo.

—Wendell ha salido afuera —le dijo a Harvey—. Hay una bufanda y guantes para ti junto a la entrada.

Harvey salió al porche. El viento era helado, pero ya estaba barriendo las nubes de nieve y dejaba a las estrellas brillar sobre un perfecto manto blanco.

No tan perfecto. Una hilera de pisadas que partía de la casa conducía al lugar donde Wendell construía un hombre de nieve.

—¿Vienes? —gritó a Harvey con una voz tan clara como las campanas que sonaban a través de aquel aire frío y seco.

Harvey movió la cabeza negativamente. Estaba tan cansado que se sentía confortado sólo con mirar la nieve.

—Quizá mañana —dijo—. Mañana volverá a ser Navidad, ¿no?

—Claro que sí —dijo Wendell, vociferando—. Y pasado, y al otro y al otro...

Harvey entró a ver el árbol de Navidad. En sus ramas había colgaduras de palomitas, oropel, luces de colores, bolas y soldados con brillantes uniformes plateados.

—Debajo del árbol hay algo para ti —dijo la señora Griffin, desde la puerta de la sala de estar—. Creo que es lo que deseas, querido.

Harvey se arrodilló y sacó de debajo del árbol un paquete que llevaba su nombre. Su pulso se aceleró ya antes de abrirlo, puesto que, por su forma y el ruido de su contenido al moverlo, sabía que su deseo se había realizado. Tiró del hilo, recordando cómo lo había hecho cuando sus manos eran mucho más pequeñas, la primera vez que recibió aquel regalo. El papel se rompió y cayó. Luego, allí, reluciente y nueva, estaba el arca de madera pintada.

Era una copia perfecta de la que su padre había hecho. El mismo casco amarillo. La misma proa de color naranja. La misma timonera con agujeros en su tejado rojo para que las jirafas pudieran sacar el cuello. Los mismos animales de plomo, todos en pares, acomodados en la bodega o sacando la cabeza por las portillas: dos perros, dos elefantes, dos camellos, dos palomas. Todos éstos y una docena más. Y finalmente, el mismo pequeño Noé con su barba cuadrada y su gorda esposa, completa y con delantal.

—¿Cómo pudo saberlo? —murmuró Harvey.

Él no había querido que se oyera su pregunta y mucho menos que se contestara, pero la señora Griffin, que estaba muy atenta, dijo:

—El señor Hood conoce todo sueño que pueda haber en tu cabeza.

—Pero esto es perfecto —dijo Harvey, asombrado—. Mire, mi padre andaba corto de pintura azul cuando estaba acabando los elefantes; por eso uno tiene los ojos azules y el otro verdes. Es lo mismo. Es exactamente lo mismo.

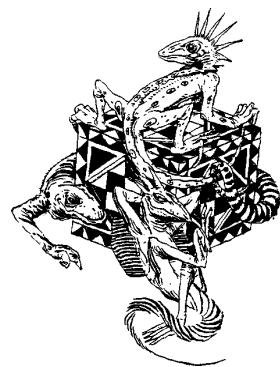
—Entonces, ¿te gusta? —preguntó la señora Griffin.

Harvey dijo que sí, pero no era toda la verdad. Le atemorizaba un poco el volver a tener el arca en sus manos cuando sabía que la original se había perdido hacia algunos años; como si el tiempo se hubiera vuelto atrás y él fuera todavía un niño pequeño.

Oyó a Wendell dar patadas al suelo en la entrada para quitarse la nieve de los zapatos, y se sintió súbitamente incómodo al tener en las manos aquel regalo infantil. Recogió el envoltorio y subió rápidamente la escalera, con la intención de bajar más tarde para cenar algo.

Pero su cama era demasiado atractiva para ser rechazada, y su estómago lo suficiente lleno por una noche, por lo que, en su lugar, decidió cerrar las cortinas a la noche ventosa y poner la cabeza en la almohada.

Las campanas navideñas sonaban todavía en algún campanario lejano, y sus respectivas notas alentaron su sueño, soñó que estaba de pie en los escalones de su casa mirando, a través del portal, el interior de su cálido corazón. Luego el viento lo arrancó de allí y se lo llevó a algún sitio para dormir sin soñar.





VIII

Aguas hambrientas

Aquel primer día en la casa de descanso, con todas sus estaciones y sus espectáculos, sentó el patrón de los muchos otros que iban a sucederse.

Cuando Harvey despertó a la mañana siguiente, el sol entraba de nuevo a través de una abertura de las cortinas, pero esta vez parecía yacer en un cálido charco sobre la almohada, justo a su lado. Se enderezó de golpe, con un grito y una sonrisa; y el primero o la segunda (alguna vez ambas cosas) permanecieron en sus labios para el resto del día.

Había mucho que hacer. Trabajo en la casa del árbol en la mañana primaveral, seguido de la comida y planes para la tarde. Juegos y horas de ocio bajo el calor del verano —algunas veces con Wendell y otras con Lulu—, luego aventuras a la luz de la luna de otoño. Y, finalmente, cuando el viento invernal hubiera apagado las llamas de las calabazas y con el terreno alfombrado de nieve, friolenta diversión bajo el escarchado aire, terminar con una calurosa bienvenida de Navidad.

Fueron días de vacaciones; el tercero tan fantástico como el segundo y el cuarto tanto como el tercero. Muy pronto Harvey empezó a olvidarse de que existía un mundo insulso al otro lado del muro, donde la gran bestia Febrero estaba todavía durmiendo su tedioso sueño.

Su único recordatorio real de la vida que *había*, dejado atrás —además de una segunda llamada telefónica para decirles a papá y mamá que todo seguía bien— era el regalo que había deseado y recibido aquella primera noche de Navidad: su arca. Había pensado varias veces llevarla al lago por ver si flotaba, pero no fue hasta la tarde del séptimo día cuando se decidió a hacerlo.

Wendell se había portado como un verdadero glotón a la hora de la comida, y había declarado que hacía demasiado calor para jugar; de modo que Harvey se fue paseando hacia el lago por su cuenta, con el arca bajo el brazo. En parte pensaba —y de hecho esperaba— encontrar a Lulu allí abajo y estar más acompañado, pero los bancos del lago estaban vacíos.

Una vez hubo puesto los ojos en las tenebrosas aguas, estuvo a punto de abandonar la idea de botar el arca; pero esto significaba admitir algo de sí mismo que él no deseaba admitir. De modo que se fue directo a la orilla, encontró una roca para posarse que parecía menos precaria que las otras y puso el arca sobre el agua.

Tuvo la satisfacción de comprobar que flotaba bien. Le dio pequeños empujones adelante y atrás durante un rato. Luego la levantó y miró adentro para ver si hacía agua. Era completamente impermeable, por lo que la colocó nuevamente sobre el agua y la empujó de nuevo.

Al hacerlo, vio un pez que subía del fondo del lago con la boca completamente abierta, como si tratara de tragarse entera la pequeña embarcación. Quiso sacar el arca del agua antes de que fuera hundida o devorada, con tan mala fortuna que, con este gesto precipitado, le resbaló el pie de la roca y, lanzando un grito, se cayó, zambulléndose en el lago.

El agua era fría e impaciente. Rápidamente le cubrió la cabeza. Movió salvajemente las extremidades, tratando de no imaginarse el oscuro fondo que yacía debajo de él ni el vasto buche del pez que había salido de aquellas profundidades. Volviendo la cara hacia la superficie, empezó a nadar con todas sus fuerzas.

Pudo ver flotando, por encima, el arca, al que su caída había volcado. Sus pasajeros de plomo ya se estaban hundiendo. En lugar de intentar salvarlos, subió a la superficie para respirar y chapoteó hasta la orilla. No había mucha distancia. En menos de un minuto se acercó hasta la misma, agarrándose a las rocas y alejándose del banco. Chorreaba agua por las mangas, los pantalones y los zapatos. Sólo cuando sus pies estuvieron completamente fuera del lago, sin peligro de que algún pez hambriento le mordiera los talones, se dejó caer al suelo.

Pese a que esto sucedía en pleno verano y que el sol abrasaba en alguna parte, el aire era frío en los alrededores del lago, y pronto empezó a temblar. Antes de empezar a caminar hacia el sol, sin embargo, buscó alguna huella del arca. El lugar donde se había hundido lo indicaba una flotilla de restos del naufragio, que se reuniría muy pronto con el resto del arca, en el fondo.

Del pez que parecía tan ávido de devorarlo no había ni señales. Posiblemente había bajado al fondo para sacar provecho de la casa de fieras naufragada. De ser así, Harvey deseaba que se atragantara con ella.

Ya había perdido muchos juguetes, antes. Había tenido una bicicleta nueva de marca —¡su

posesión más valiosa!— que fue robada de la entrada de su casa dos cumpleaños atrás. Pero la pérdida del arca le trastornó igualmente; de hecho, más aún. La idea de que ahora el lago contenía algo que le había pertenecido era mucho peor que la de un ladrón largándose con su bici. Un ladrón era carne caliente y sangre; el lago no. Sus posesiones habían ido a parar a un lugar de pesadilla, lleno de cosas monstruosas, y sentía como si una pequeña parte de sí mismo se hubiera ido con ellas, abajo, a la oscuridad.

Se alejó del lago sin mirar atrás; la brisa que vino a calentar su cara cuando se adentró en el matorral y el sonido de los pájaros que acariciaba sus oídos, no pudieron apartar de su mente el pensamiento que había tratado de ignorar al caerse al agua.

Pese a todos los entretenimientos que la casa ofrecía tan afanosamente, no dejaba de ser un lugar encantado, y por más que él había tratado de ignorar sus dudas y suprimir toda cuestión, ya no podían ser ignoradas ni suprimidas por más tiempo. Qué o quién era el encantador; Harvey no estaría satisfecho hasta ver su cara y conocer su naturaleza.



IX

¿En qué sueñas?

Harvey no había contado a nadie lo que había sucedido en el lago, ni siquiera a Lulu; en parte porque se sentía como un estúpido por haberse caído, y en parte también, porque la casa había tratado de proporcionarle toda clase de placeres durante los días posteriores al accidente que ya casi había olvidado. Por ejemplo, aquella misma noche, encontró una cinta de colores con una etiqueta a su nombre en la base del árbol de Navidad, y cuando la siguió por la casa, le condujo a una nueva bicicleta, incluso más espléndida que la otra, la que había perdido dos años antes.

Pero ésta fue solamente la primera de varias sorpresas agradables que se produjeron en rápida sucesión en la casa de vacaciones. Una mañana, Wendell y Harvey subieron a la casa del árbol y se encontraron las ramas que la rodeaban llenas de papagayos y monos. Otro día, en la cena de Navidad, la señora Griffin les llamó a la sala de estar, donde las llamas del fuego habían tomado formas de dragones y héroes que libraban una encarnizada lucha en la rejilla. Y bajo el calor de una tediosa tarde, Harvey fue despertando de un sueño ligero por una *troupe* de acróbatas mecánicos que hacían proezas con una envidiable precisión de relojería.

La mayor sorpresa, no obstante, empezó con la aparición de uno de los hermanos de Rictus.

—Mi nombre es Jive —dijo, saliendo del lóbrego atardecer por la parte superior de la escalera.

Cada músculo de su cuerpo parecía estar en actividad: tics y pasos de danza que lo habían adelgazado hasta hacerlo casi incapaz de proyectar una sombra. Incluso su cabello, que era una masa de rizos grasientos, parecía escuchar algún ritmo alocado al moverse sobre su cuero cabelludo con un salvaje frenesí.

—Mi hermano Rictus me ha enviado para ver cómo te va todo —dijo en tono meloso.

—Me va bien —respondió Harvey—. ¿Ha dicho usted «hermano» Rictus?

—Somos de la misma carnada, hablando llanamente —dijo Jive—. Supongo que llamas a tus padres de vez en cuando.

—Sí —respondió Harvey—. Ayer mismo los llamé.

—¿Te echan a faltar?

—No lo parece.

—Y tú, ¿les echas de menos a ellos?

Harvey se encogió de hombros.

—En realidad, no —dijo.

(Esto no era del todo verdad; tuvo sus días de añoranza, pero sabía que de haber vuelto a casa habría estado en la escuela al día siguiente, y lo que deseaba era pasar algo más de tiempo en la casa de vacaciones.)

—Entonces, ¿piensas aprovechar al máximo tu estancia aquí? —dijo Jive, bailando. Era una especie de danza mágica, subiendo y bajando peldaños de la escalera.

—Sí —dijo Harvey—. Sólo quiero divertirme.

—Y ¿quién no? —exclamó Jive con una sonrisa burlona—. ¿Quién no? —Se puso al lado de Harvey y le susurró al oído—: Hablando de diversión...

—¿Qué? —dijo Harvey.

—No has devuelto a Wendell la broma que te hizo.

—No, no lo hice —respondió Harvey.

—¿Y por qué narices no lo has hecho?

—Nunca se me ha ocurrido cómo.

—Bien, estoy seguro de que podremos tramar algo entre los dos —respondió Jive maliciosamente.

—Ha de ser algo que él nunca hubiera podido sospechar —dijo Harvey.

—Esto no será difícil —afirmó Jive—. Dime, ¿cuál es tu monstruo favorito?

Harvey no tuvo que pensarlo mucho.

—Un vampiro —contestó con una maliciosa sonrisa—. Encontré aquella fabulosa máscara...

—Las máscaras son un buen comienzo —dijo Jive—, pero los vampiros han de poder planear, saliendo de entre la niebla... —extendió sus brazos, doblando sus largos dedos como las garras de alguna ave de rapiña— lanzarse en picado sobre la presa, agarrarla y remontar el vuelo en dirección a la Luna. Puedo verlo ahora.

—También yo —dijo Harvey—. Pero no soy un murciélagos.

—¿No?

—A ver, ¿cómo puedo volar?

—Ah —dijo Jive—. Haremos que Marr trabaje en ello. Después de todo, ¿qué es un Halloween sin una transformación o dos? —Consultó el reloj del abuelo en el descansillo—. Aún estamos a tiempo de hacerlo esta noche. Vete abajo y dile a Wendell que os encontraréis fuera. Yo subiré al tejado a encontrarme con Marr. Reúnete allí con nosotros.

—No he subido nunca al tejado.

—Hay una puerta en el rellano superior, arriba de todo. Te veré allí dentro de unos minutos.

—Tengo que ir por mi máscara, el abrigo y lo demás.

—No vas a necesitar ninguna máscara esta noche —dijo Jive—. Confía en mí. Ahora, date prisa. No perdamos tiempo.

Sólo le llevó a Harvey uno o dos minutos decir a Wendell que saliera. Estaba seguro de que Wendell sospechaba algo, y probablemente prepararía algún contraataque, pero Harvey sabía que él y Jive tenían en la manga algo que incluso Wendell —gran experto en tácticas del susto— no podía sospechar. Trazada la primera parte del plan, subió como un rayo las escaleras, encontró la puerta que Jive había mencionado y subió al tejado.

Las alturas nunca habían sido un problema para él: le gustaba estar por encima del mundo y contemplarlo mirando hacia abajo.

—¡Aquí! —gritó Jive.

Y Harvey corrió por los estrechos pasadizos, escalando luego los empinados tejados hasta el lugar donde su colega conspirador le estaba esperando.

—¡Pisa con cuidado! —observó Jive.

—No hay problema.

—¿Hay que volar? —dijo una tercera voz mientras su dueño salía de la sombra de una chimenea.

—Esta es Marr —dijo Jive—. Otro miembro de nuestra pequeña familia.

Al contrario de Jive, que parecía suficientemente ágil para andar por los aleros si se le antojaba, Marr parecía tener sangre de babosa en alguna parte. Harvey casi esperaba ver cómo sus dedos dejaban rastros plateados en el ladrillo que había tocado, o ver aparecer suaves cuernos en su cabeza calva. Era gorda, y su carne a duras penas se adhería a sus huesos, acabando en viscosos pliegues por donde podía: alrededor de la boca, ojos, cuello y muñecas. Extendió su brazo y tocó a Harvey.

—He dicho: ¿hay que volar?

—No entiendo la pregunta —dijo Harvey, apartando su mano.

—¿Lo has hecho mucho?

—Una vez volé a Florida.

—No se refiere a volar en avión —le dijo Jive.

—Oh...

—¿En sueños, tal vez? —dijo Marr.

—Ah, sí. Sueño que vuelo.

—Esto está bien —respondió Marr, sonriendo con satisfacción. No tenía un solo diente en su boca. Harvey miró con disgusto aquel agujero vacío.

—Te estás preguntando dónde han ido a parar, ¿no es cierto? —dijo a Harvey—. Admítelo.

—Bien, pues sí.

—Carna me los quitó, el bruto ladrón. Tenía unos buenos dientes, unos preciosos dientes.

—¿Quién es Carna? —quiso saber Harvey.

—No importa —dijo Jive, acallando a Marr antes de que pudiera contestar—. Vamos a lo nuestro antes de que perdamos este buen momento.

Marr musitó algo entre su respiración y luego dijo:

—Ven, muchacho —extendiendo sus brazos sobre él. Su contacto era gélido.

—Se siente algo mágico, ¿eh? —preguntó Jive mientras los dedos de Marr flotaban sobre su cara, frotando aquí y allá—. No tengas miedo. Ella sabe lo que hace.

—Y ¿qué es lo que hace?

—Convertirte.

—¿En qué?

—Díselo tú a ella —dijo Jive—. No durará mucho y, por tanto, disfrútalo. Anda, dile que quieres ser un vampiro.

—Esto es lo que quiero hacerle ver a Wendell —les dijo Harvey.

—Un vampiro... —dijo Marr en voz baja.

Ahora sus dedos presionaban con más fuerza sobre su piel.

—Sí, quiero tener colmillos como un lobo, una garganta roja, y una piel blanca, como si hubiera

estado muerto durante mil años.

—¡Dos mil! —apostilló Jive.

—¡Diez mil! —continuó diciendo Harvey, empezando a disfrutar del juego—. Y ojos locos que puedan ver en la oscuridad, y orejas puntiagudas como las de los murciélagos.

—¡Espera! —dijo Marr—. Voy a hacerte todo esto perfectamente.

Sus dedos trabajaban fuertemente ahora sobre él, como si su carne fuera yeso y ella lo moldeara. Sentía un hormigueo en su cara, y quería tocársela con la mano, pero temía estropear aquel trabajo artesanal.

—También ha de tener piel peluda —observó Jive—. Pelo negro y liso en su cuello...

Las manos de Mar salpicaron su garganta y sintió cómo le salía pelo por donde tocaba.

—... ¡y las alas! —apuntó Harvey—. ¡No olvidéis las alas!

—¡Nunca! —respondió Jive.

—Extiende los brazos, muchacho —le ordenó Marr.

Obedeció y ella hizo deslizar sus manos sobre ellos, ahora sonriendo.

—Sale bien —dijo—. Sale bien.

Él bajó la mirada para verse a sí mismo. Asombrado, vio que sus dedos eran retorcidos y afilados y que tenía algo como una especie de alerones, como de cuero, colgando de sus brazos. Ahora el viento soplaba contra ellos, amenazándole con arrastrarle fuera del tejado.

—Ya sabes que estás jugando a un juego peligroso, ¿eh? —advirtió Marr mientras retrocedía un poco para contemplar su trabajo—. O bien te romperás la cabeza o marcarás la vida de tu amigo Wendell. O ambas cosas a la vez.

—¡No va a caerse, mujer! —dijo Jive—. Tiene destreza en esto. Estoy seguro de ello sólo con verlo.

—Miró a Harvey con sus ojos bizcos—. No me sorprendería que hubieras sido vampiro en otra vida, muchacho —añadió.

—Los vampiros no tienen otras vidas —aclaró Harvey, con más dificultad en pronunciar las palabras por culpa de los grandes colmillos—. Ellos viven siempre.

—Correcto —afirmó Jive, chasqueando los dedos—. ¡Esto es! ¡Esto es!

—Bueno, ya estoy lista —dijo Marr—. Ya puedes irte, muchacho.

El viento sopló nuevamente, y si Jive no hubiera ido agarrado a él mientras andaban por el borde del tejado, seguro que se lo habría llevado.

—Allí está tu amigo —susurró Jive, señalando abajo, hacia las sombras.

Harvey comprobó con asombro que podía ver a Wendell con toda claridad, aun cuando la oscuridad en el césped era absoluta. También podía oírle: cada menor respiro y cada latido de su corazón.

—Ahora es el momento —siseó Jive, poniendo la mano en su espalda.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Harvey—. Me deslizo planeando, ¿o qué?

—¡Salta! —exclamó Jive—. El viento se encargará del resto. El viento o la gravedad.

Y con esto, empujó a Harvey, que cayó al vacío.





X

Caída en desgracia

El viento no estaba allí para sostenerle. Se desplomó como una pizarra caída desde los aleros, mientras un grito de puro terror escapaba de su garganta. Vio a Wendell volverse con expresión de pavor en su cara. Luego vino un viento, frío y fuerte, de ninguna parte en particular, y en el momento justo en que sus piernas entraban en contacto con los arbustos se sintió levantar, subiendo y subiendo hacia el cielo.

El grito se convirtió en un alarido; su terror en placer. La Luna era más grande de lo que nunca la había visto, y su vasta cara blanca ocupaba toda su visión, como la cara de su madre cuando se agachaba, y le besaba para desearte buenas noches.

Pero esta noche no necesitaba dormir. No, no le hacía falta una madre deseándole felices sueños. Esto era mejor que cualquier sueño: volar con el viento bajo sus alas y el mundo estremeciéndose a sus pies bajo el terror de su sombra.

Buscó nuevamente a Wendell y le vio corriendo, en busca de seguridad en la casa.

«No. No vas a llegar», pensó. Y girando sus alas como velas de cuero, se lanzó en picado sobre su presa. Un chillido que helaba la sangre saturó sus oídos; por un momento creyó que era el viento. Luego descubrió que era su propia *garganta* la que emitía aquel sonido inhumano, y el chillido se convirtió en risa, una risa salvaje y lunática.

—No... por favor... ¡no! —Wendell sollozaba mientras corría—. ¡Que alguien me ayude! ¡Que alguien me ayude!

Harvey supo que ya se había vengado; Wendell estaba aterrorizado y fuera de sí. Pero era demasiado divertido para dejarlo ahora. Le gustaba sentir el viento debajo de él y la Luna a su espalda. Le gustaba la agudeza de sus ojos y la fortaleza de sus garras. Pero más que todo, le gustaba el miedo que causaba; le gustaba ver la cara de Wendell vuelta hacia arriba y el sonido del pánico en su pecho.

El viento lo llevó al césped; cuando aterrizó, Wendell se echó a sus pies, pidiendo clemencia.

—¡No me mates! Por favor, por favor, te lo ruego... ¡no me mates!

Harvey ya había visto y oído bastante. Su desquite se había cumplido. Ya era hora de terminar con el juego, antes de que la diversión se agriara.

Abrió la boca para identificarse, pero Wendell, al ver aquella garganta roja y los colmillos de lobo, pesó que esto significaba una muerte segura y empezó una nueva ronda de súplicas. Esta vez, sin embargo, no solamente pedía clemencia.

—Estoy demasiado flaco para que me comas —dijo—. Pero hay otro niño por aquí, en alguna parte...

Harvey gruñó al oír esto.

—¡Está! —insistió Wendell—. ¡Lo juro! ¡Y tiene más carne que yo!

—Escucha al chico —dijo una voz que venía de los arbustos, a su lado. Miró a su alrededor. Era Jive. Su alámbrica forma apenas era visible entre las matas—. Él quiere verte muerto, jovencito Harvey.

Wendell no oyó nada de esto. Todavía estaba proclamando la naturaleza comestible de su amigo, levantándose la camisa y sacudiendo su barriga para demostrar lo poco sabroso que era.

—No me quieres a mí... —sollozaba Wendell—. ¡Coge a Harvey! ¡Coge a Harvey!

—¡Muérdelo! —dijo Jive—. Adelante. Bebe un poco de su sangre. ¿Por qué no? La grasa no es buena, pero la sangre es caliente; la sangre es sabrosa. —Bailaba un poco mientras hablaba, pataleando al ritmo de su canto—. ¡No desprecies su sabor! ¡Cómete la carne!

Wendell seguía llorando, todo mocos y lágrimas.

—¡No me deseas a mí! ¡Encuentra a Harvey! ¡Encuentra a Harvey!

Y cuanto más lloraba, más influía el canto de Jive en Harvey. Al fin y al cabo, ¿quién era aquel ridículo niño llamado Wendell? Tenía demasiado interés en servir a Harvey como comida para ser llamado amigo. No era más que un bocado apetitoso. Cualquier vampiro mercedor de sus alas empezaría a mover las mandíbulas sólo con verlo. Y aún...

—¿A qué estás esperando? —insistía Jive—. Hemos trabajado mucho para hacer de ti un monstruo...

—Sí, pero es un juego —afirmó Harvey.

—¿Un juego? —dijo Jive—. No, no, muchacho. Es mucho más que eso. Es una educación. Harvey no sabía qué había querido decir con aquello, ni tampoco estaba seguro de querer saberlo.

—Si no le das pronto el zarpazo —musitó Jive— vas a perderlo.

Era verdad. Las lágrimas de Wendell se estaban despejando y miraba a su atacante con asombro.

—¿Vas a... dejarme... ir? —murmuró.

Harvey sintió la mano de Jive en su espalda.

—¡Hazlo! —ordenó Jive.

Harvey miró la cara de Wendell, manchada de lágrimas, y el temblor de sus manos. «Si la situación hubiera sido a la inversa —pensó—, ¿hubiera sido yo más valiente?» La respuesta que conocía era no.

—¡Ahora o nunca! —insistió Jive.

—Pues es nunca —dijo Harvey—. ¡Nunca!

La palabra vino como un rugido gutural, y Wendell huyó ante ella, gritando al topo de su voz. Harvey no le persiguió.

—Me decepcionas, muchacho —dijo Jive—. Pensé que tenías el instinto de matar.

—Bueno, pues no lo tengo —contestó Harvey, un poco avergonzado de sí mismo. Se sentía como un cobarde, por más que estaba seguro de haber hecho lo correcto.

—Esto ha sido malgastar la magia —decía otra voz, y Marr apareció de entre las matas, con sus brazos llenos de enormes hongos.

—¿Dónde los has encontrado? —preguntó Jive.

—En el sitio de siempre —respondió Marr, al mismo tiempo que dirigía a Harvey una mirada de desdén—. Supongo que quieres que te devuelva tu viejo cuerpo.

—Sí, por favor.

—Deberíamos dejarlo así —dijo Jive—. De esta forma tendría que chupar sangre, tarde o temprano.

—No —concluyó Marr—. Hay sólo esta magia para operar, tú lo sabes. ¿Por qué malgastarla en un miserable pequeño don nadie como ése?

Hizo un ademán en la dirección de Harvey y éste sintió que le abandonaba aquel poder que había fortalecido sus miembros y transformado su cara. Fue un alivio, desde luego, sentirse libre de aquella magia, si bien una pequeña parte de él lamentaba su pérdida. En pocos momentos fue de nuevo un muchacho que pertenecía a la tierra, débil y sin alas.

Una vez deshecho el hechizo, Marr le volvió la espalda y anadeó perdiéndose en la oscuridad. Jive, sin embargo, dilató su retirada lo suficiente para dirigir a Harvey su último reproche:

—Has desperdiciado tu oportunidad, niño. Pudiste haber sido uno de los grandes.

—Era un juego y basta —respondió Harvey, ocultando la extraña sensación de frustración que sentía—. Un truco de Halloween. No ha significado más que esto.

—Hay algunos que no estarían de acuerdo —dijo Jive con una sombría expresión—. Aquellos que dicen que los grandes poderes son chupadores de sangre y ladrones de almas, en el fondo. Y nosotros debemos servirles. Todos nosotros. Servirlos hasta el día de nuestra muerte.

Durante este pequeño y peculiar discurso, mantuvo la mirada fija en Harvey. Y luego, a paso lento, se retiró, adentrándose en las sombras hasta desaparecer.

Harvey encontró a Wendell en la cocina, con un perrito caliente en una mano y una galleta en la otra; contándole a la señora Griffin lo que había visto. Cuando entró Harvey se le cayó la comida y lanzó un grito de alivio.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo!

—Naturalmente que estoy vivo —respondió Harvey—. ¿No debería estarlo?

—Había algo allí fuera. Una terrible bestia. Por poco me come. Pensé que quizás te habría mordido a ti.

Harvey miró sus manos y piernas.

—Pues no, ya ves. Ni un mordisco.

—Me alegro —dijo Wendell—, ¡cuánto me alegro! ¡Tú eres mi mejor amigo, para siempre!

«Era comida de vampiro hace cinco minutos», pensó Harvey, pero no dijo nada. Posiblemente tendría ocasión, más adelante, de hablarle a Wendell de su transformación y de su tentación, pero éste no era el momento. Simplemente dijo:

—Tengo hambre.

Y se sentó a la mesa, al lado de su amigo de buenos momentos, para poner en su barriga algo más dulce que la sangre.





XI

Tiovivo

Al día siguiente, no vio por allí ni a Lulu ni a Wendell. La señora Griffin dijo haberlos visto antes del desayuno y que luego desaparecieron. Harvey, por tanto, estaba libre y podía actuar por su cuenta en lo que quisiera. Trató de no pensar en lo que había ocurrido la noche anterior, pero no podía evitarlo.

Fragmentos de conversación acudieron a su memoria y se interrogaba constantemente. ¿Qué había querido decir Jive, por ejemplo, cuando le dijo a Harvey que convertirlo en un vampiro no era tanto un juego como una educación? ¿Qué clase de lección *había* aprendido al saltar de un tejado para asustar a Wendell?

¿Y toda aquella historia acerca de ladrones de almas y de cómo había que servirlos? ¿Era el señor Hood, de quien hablaba Jive, el *gran poder al cual* todos ellos tenían que servir? Si Hood estaba en la casa, ¿por qué nadie —Lulu, Wendell o él mismo— lo había visto? Harvey había tratado de obtener detalles de Hood, y obtuvo de sus dos amigos la misma respuesta: no habían oído ni pasos, ni susurros ni risas. Si el señor Hood estaba aquí realmente, ¿dónde se escondía y por qué?

Tantas preguntas y tan pocas respuestas...

Y luego, como si estos misterios no fueran ya bastante, se *había* presentado otro para inquietarle. Por la tarde, cuando se hallaba descansando a la sombra de la casa del árbol, oyó un grito de desesperación; miró a través de las hojas y vio a

Wendell cruzar el césped corriendo. Iba vestido con anorak y botas, a pesar de que hacía un calor sofocante, y daba patadas al suelo como un loco.

Harvey le llamó; pero o bien no le oyó o decidió no hacerle caso. Por ello descendió y persiguió a Wendell por el lado de la casa. Cuando dio la vuelta hacia la parte de detrás lo encontró en el huerto, sudado y con la cara enrojecida.

—¿Qué te pasa? —preguntó Harvey.

—¡No puedo salir! —respondió Wendell, aplastando con el pie una manzana medio podrida bajo sus pies—. ¡Quiero marcharme, Harvey, pero no hay salida!

—¡Seguro que la hay!

—Lo he estado intentando horas y horas, y puedo asegurarte que la niebla me devuelve al lugar por donde he venido.

—¡Eh, cálmate!

—Quiero irme a casa, Harvey —dijo Wendell, ahora llorando—. La pasada noche fue demasiado para mí. Aquella cosa quería mi sangre. Sé que no me crees...

—Te creo —dijo Harvey—. De verdad, te creo.

—¿Seguro?

—Claro que sí.

—Bien, pues tú también deberías marcharte, porque si yo me voy vendrá a por ti.

—No lo creo —aseguró Harvey.

—Me he hartado ya de este lugar —dijo Wendell—. Es peligroso. Oh, sí, sé que parece que todo es perfecto, pero...

Harvey le interrumpió:

—Creo que deberíamos bajar la voz. Y hablar de esto reposadamente y en privado.

—¿Como dónde? —preguntó Wendell con terror en sus ojos—. Todo el lugar nos está vigilando y escuchando. ¿No lo sientes?

—¿Por qué tendría que ser así?

—¡No lo sé! —exclamó Wendell—. Pero anoche pensé que si no dejo este lugar ahora, voy a morir aquí. Voy a desaparecer cualquier noche; o volverme loco como Lulu. —Bajó la voz para hablar susurrando—. Ya sabes que no somos los primeros. ¿De dónde ha salido toda la ropa que hay arriba? Todas las chaquetas, zapatos y sombreros. Pertenecieron a chicos como nosotros.

Harvey se estremeció. ¿Había jugado a trucos y bromas con los zapatos de un muchacho muerto?

—Quiero salir de aquí —dijo Wendell, con lágrimas resbalando por sus mejillas—. Pero no hay salida.

—Si hay una entrada ha de haber una salida —razonó Harvey—. Iremos al muro.

Dicho esto, empezó a andar. Wendell le siguió, doblando la esquina de la casa y bajando luego por

la pendiente del césped. El muro de niebla parecía completamente inofensivo mientras se aproximaban a él.

—Ten cuidado —advirtió Wendell—. Tiene trucos guardados en la manga.

Harvey acortó el paso, esperando que el muro se abriera, o incluso que le acogiera como cuando entró. Pero no hizo nada. Más intrépido ahora, avanzó, adentrándose en la niebla, seguro de salir al otro lado. Pero por alguna clase de magia, se encontró con la casa enfrente, sin notar siquiera que le habían dado la vuelta y regresado a la parte de dentro.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó.

Asombrado, volvió a pasar entre la niebla. Ocurrió exactamente lo mismo. Entró en línea recta y salió, pero en dirección opuesta. Lo repitió una y otra vez. Siempre lo mismo; el truco operó de la misma manera, hasta que Harvey se sintió tan frustrado como Wendell media hora antes.

—Y ahora, ¿me crees? —dijo Wendell.

—Sí.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Bueno, ante todo bajar la voz —susurró Harvey—. Tenemos todo el día. Vamos a hacer como si hubiéramos abandonado la idea de huir. Voy a inspeccionar el terreno.

Empezó sus investigaciones tan pronto como volvieron a la casa, yendo en busca de Lulu. La habitación estaba cerrada. Primero llamó a la puerta, luego la llamó por su nombre. Al no obtener respuesta, empujó y vio que la puerta no estaba cerrada con llave.

—¿Lulu...? —dijo, abriendo la puerta—. Soy Harvey.

No estaba allí, pero le tranquilizó ver que había dormido en la cama y que aparentemente había estado jugando con sus animalitos no mucho antes. Las puertas de la casa de muñecas estaban abiertas y había lagartos por todas partes.

Percibió, sin embargo, una cosa extraña. El ruido de un chorro de agua lo atrajo hasta el cuarto de baño, donde encontró la bañera llena casi hasta el borde, y las prendas de Lulu esparcidas sobre los ladrillos encharcados.

Cuando bajó a la planta preguntó a la señora Griffin:

—¿Ha visto usted a Lulu?

—No, en las últimas horas —respondió—. Pero ha estado muy reservada. —La señora Griffin puso la cara seria y miró a Harvey—. Yo, de ti, no me ocuparía demasiado de esto, hijo. Al señor Hood no le gustan los huéspedes curiosos.

—Sólo trataba de saber dónde estaba —le respondió Harvey.

La señora Griffin frunció las cejas y trabó la lengua contra su pálida mejilla, como si quisiera hablar pero no se atreviera.

—De todas maneras —prosiguió Harvey, pinchando deliberadamente a la señora Griffin—, no creo que el señor Hood exista.

—Ten cuidado —respondió ella con la voz más grave y frunciendo más profundamente la frente—. No te conviene hablar del señor Hood de esa forma.

—He estado aquí... días y días —dijo Harvey, dándose cuenta, al hablar, de que había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en la casa—, y no le he visto ni una sola vez. ¿Dónde está?

Ahora, la señora Griffin se acercó a Harvey con las manos levantadas y, por un momento, pensó que iba a pegarle. Pero, en su lugar, le cogió por los hombros sacudiéndole.

—¡Por favor, hijo! Conténtate con lo que sabes. Estás aquí para pasártelo bien durante un tiempo. Y mira, muchacho, es muy poco tiempo. El tiempo vuela. ¡Oh, Dios mío, cómo vuela!

—Se trata sólo de unas pocas semanas —dijo Harvey—. No voy a estar aquí siempre. —Ahora era él quien la miraba fijamente—. ¿O sí? —preguntó.

—¡Basta! —exclamó ella.

—Usted cree que voy a estar aquí para siempre, ¿no es verdad? —dijo, librándose de sus manos—. ¿Qué es este lugar, señora Griffin? ¿Es una especie de prisión?

Ella movió la cabeza, negativamente.

—No me mienta —continuó él—. Sería absurdo. Estamos encerrados aquí, ¿no es cierto?

Ahora, aunque el cuerpo de la señora Griffin temblaba de la cabeza a los pies, osó insinuar un ligero asentimiento.

—¿Todos nosotros? —dijo, y ella nuevamente asintió—. ¿Usted también?

—Sí —susurró—. Yo también. Y no hay forma de escapar, créeme. Si tratas nuevamente de escapar, Carna irá a por ti.

—Carna... —recordó de pronto el nombre por la conversación entre Jive y Marr.

—Está arriba —dijo la señora Griffin—. En el tejado. Allí viven los cuatro. Rictus, Marr, Carna...

—... y Jive.

—¿Lo conoces?

—Los he conocido a todos, excepto a Carna.

—Rezo para que nunca lo conozcas —dijo la señora Griffin—. Ahora escúchame, Harvey. He conocido a muchos niños que han pasado por esta casa. Los ha habido de todos tipos —alocados, egoístas, simpáticos, valientes...—, pero tú..., tú eres una de las almas más brillantes que mis ojos han visto. Quiero que disfrutes tanto como puedas de tu estancia aquí. Utiliza bien las horas, porque habrá menos de las que tú piensas.

Harvey escuchaba pacientemente. Luego, cuando ella hubo terminado, dijo:

—De todas formas, aún quiero conocer al señor Hood.

—El señor Hood está muerto —dijo la señora Griffin, exasperada por su persistencia.

—¿Muerto? ¿Lo jura?

—Lo juro —respondió—. Sobre la tumba de mi pobre gato *Clue*, lo juro: el señor Hood está muerto. Por tanto, no me preguntes más acerca de él.

Ésta era la primera vez que la señora Griffin había llegado al punto de dar una orden a Harvey, y aunque quería presionarla aún más, decidió no hacerlo. En su lugar, dijo que sentía haber tenido que sacar el tema y que no lo haría más. Luego la dejó con sus secretos pesares.



XII

Lo que el agua devolvió (y lo que se llevó)

Y bien...? —dijo Wendell cuando Harvey fue a su habitación—. ¿Cuál es la historia? Harvey se encogió.

—Todo va bien —contestó—. ¿Por qué no nos divertimos mientras podamos?

—¿Divirtirnos? —exclamó Wendell—. ¿Cómo podemos divertirnos si estamos encerrados?

—Se está mejor aquí que en el mundo de fuera —dijo Harvey, ante la mirada confusa de Wendell—. Es verdad, ¿no te parece?

Mientras hablaba, agarró la mano de Wendell, y éste advirtió que en la palma de Harvey había una bola de papel que éste trataba de pasarle.

—Quizá te convendría buscar un rincón para leer un poco —insinuó, bajando la mirada a sus manos mientras hablaba.

Wendell cogió la idea. Retiró la nota enrollada de las manos de Harvey y dijo:

—Puede que lo haga.

—Bien —concluyó Harvey—. Yo voy fuera, a tomar el sol mientras pueda.

Esto fue exactamente lo que hizo. Tenía muchos planes que llevar a cabo antes de la medianoche, que sería, de acuerdo con la nota pasada a Wendell, cuando deberían encontrarse para escapar. Era muy posible que incluso las fuerzas que guardaban la casa tuvieran que dormir de vez en cuando (la tarea de mantener aquel ciclo de estaciones no podía ser fácil), y de todas las horas de posible ausencia para dormir, la medianoche parecía la más indicada.

Pero no esperaba que fuera fácil. La casa había sido una trampa durante décadas (siglos tal vez: ¿quién podía saber la edad de su maléfico espíritu?) e incluso a medianoche no serían tan estúpidos como para dejar la salida completamente abierta. Tendrían que ser rápidos e inteligentes, sin acobardarse ni perder la serenidad una vez estuvieran entre la niebla. El mundo estaba allí fuera, en alguna parte. Todo lo que debían hacer era hallarlo.

Cuando se encontró con Wendell para celebrar el Halloween, supo que había leído y comprendido la nota. Había una mirada en los ojos de Wendell que decía: «Estoy dispuesto. Nervioso, pero dispuesto».

El resto de la noche pasó para los dos como una representación de una extraña comedia, en la cual ellos eran los actores y la casa (o quienes fueran los que la vigilaban) el auditorio. Ellos iban a divertirse como si fuera una noche igual que las otras, yendo a jugar a los trucos, con risas y exhibiendo buen humor (temblando sobre sus zapatos prestados), volviendo luego a cenar y a pasar en la casa la que esperaban que fuera la última Navidad. Abrieron sus regalos (un perro mecánico para Wendell y un juego de magia para Harvey), dieron las buenas noches a la señora Griffin («Adiós», desde luego, no «buenas noches», aunque Harvey no se atrevió a decírselo) y se fueron a la cama.

Se hizo el silencio en la casa; más silencio que nunca. La nieve no chocaba contra los cristales ni el viento contra la chimenea. Era, pensó Harvey, el silencio más profundo que nunca había escuchado; tan profundo que podía oír los latidos del corazón en sus orejas, y cada roce de su cuerpo con las sábanas sonaba como un redoble de tambores. Poco antes de medianoche, se levantó y se vistió, moviéndose lentamente y con cuidado para hacer el menor ruido posible. Despues salió al pasillo y —escurriéndose como un ladrón de sombra a sombra— bajó rápidamente las escaleras y se introdujo en la noche.

No salió por la puerta principal (era grande y chirriaba demasiado) sino por la de la cocina, que daba al lado de la casa. Aunque el viento había cesado, el aire todavía picaba y la superficie nevada se había helado. Crujía al andar, por más que pisara suavemente. Pero empezaba a confiar en que los ojos y las orejas de la casa estuvieran cerrados a esta hora (si no, ¿por qué no había sido descubierto?) y podía bordearla sin atraer su atención.

Cuando estaba a punto de doblar la esquina, sin embargo, aquella esperanza se agrió, ya que alguien, detrás de él, le llamó por su nombre desde la oscuridad. Congeló sus pasos pensando que no sería visto, pero la voz vino de nuevo y otra vez con su nombre. No era una voz conocida. Seguro que

no era Wendell ni la señora Griffin, como así tampoco Jive, Rictus ni Marr. Esta voz era débil y quebradiza; la voz de alguien que apenas sabía formar las sílabas de su nombre.

—Harr... vvey...

Y luego, de golpe, reconoció aquella voz. Su corazón —que ya llevaba haciendo un trabajo extra desde que había saltado de la cama— sonó tan alto en sus oídos que casi le hizo olvidar la llamada cuando latió de nuevo.

—¿Lulu...? —murmuró.

—Sí... —respondió la voz.

—¿Dónde estás?

—Cerca —dijo.

Observó el follaje, esperando algún vislumbre de ella, pero todo lo que pudo ver fue el reflejo centelleante de la luz estelar en la escarcha de las hojas,

—Te vas... —dijo ella, con la voz entrecortada.

—Sí —susurró él—. Y tú vas a venir con nosotros.

Avanzó un paso hacia ella, y al hacerlo, una parte del brillo que había atribuido a la escarcha se apartó de él.

—¿Qué clase de vestidura llevaba Lulu que resplandeciera de aquel modo?

—No temas —dijo él.

—No quiero que me mires —respondió ella.

—¿Qué es lo que pasa?

—Por favor... —suplicó—, guarda la distancia...

Ella retrocedió aún más y pareció perder el equilibrio. Se cayó al suelo, removiendo el follaje. Harvey avanzó hacia ella para ayudarla, pero detuvo sus pasos al oír su protesta entre sollozos.

—Yo sólo quiero ayudarte —dijo.

—No puedes ayudarme —le respondió, pronunciando cada palabra con dificultad—. Es demasiado tarde. Tú debes... irte... mientras... aún puedas. Yo sólo... quería... darte... algo para que me recuerdes.

Él vio su movimiento en las sombras, y trató de acercarse más.

—¡No mires! —dijo ella.

Él volvió la cabeza.

—Ahora cierra los ojos y prométeme que no los vas a abrir.

Él obedeció y cerró los ojos.

—Lo prometo.

Y ahora sintió su proximidad. Su respiración era entrecortada y difícil.

—Abre tu mano —exigió Lulu.

Su voz era ahora cercana. Sabía que si abría los ojos se encontraría con ella cara a cara, pero había hecho una promesa y estaba decidido a cumplirla. Extendió la mano y sintió primeramente uno, después dos y luego tres pequeños y pesados objetos, fríos y mojados, depositados en su ahuecada palma.

—Esto fue todo... que pude encontrar... —dijo Lulu—. Lo siento.

—¿Puedo mirar? —preguntó Harvey.

—No aún. Déjame... marchar... primero...

Él cerró la mano guardando los regalos que le había dado, tratando de adivinar lo que eran por el tacto. ¿Qué eran? ¿Trozos de piedra, o hielo? No, eran tallados. Pudo notar muescas en uno; una cabeza en otro. Y ahora, naturalmente, sabía lo que su mano contenía: tres supervivientes del arca, rescatados de las profundidades del lago.

La respuesta no le reconfortó, sino todo lo contrario. Se estremeció cuando relacionó la incógnita del brillo plateado con el conocimiento de lo que le había dado. Ella había buceado hasta el fondo del lago para recuperar aquellas figuras, un descenso que estaba más allá de las posibilidades de un ser de tierra.

No era extraño que se hubiera retirado en las sombras, ordenándole que no la mirara. Ya no era humana. Se estaba volviendo —o se había vuelto ya— una hermana de aquellos extraños peces que circulaban en aquellas oscuras aguas: animales de sangre fría y piel plateada.

—Oh, Lulu... —exclamó—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—No pierdas el tiempo conmigo —murmuró—. Márchate mientras tengas una oportunidad.

—Quiero ayudarte —insistió todavía.

—No puedes... —fue la respuesta—. No puedes ayudarme... He estado aquí demasiado tiempo. Mi vida ha llegado al final...

—Eso no es verdad —dijo Harvey—. Tenemos la misma edad.

—Pero he estado aquí tanto tiempo... Ni siquiera recuerdo... —Su voz se alejaba.

—No recuerdas ¿qué?

—Puede que ni tan sólo quiera recordar. —Dio un ahogado suspiro—. Tú debes irte... —dijo susurrando— ahora que aún puedes.

—No tengo miedo.

—Entonces eres un estúpido —dijo—, porque deberías tenerlo.

Se oyeron los crujidos de las matas.

—Espera —dijo Harvey. Ella no respondió—. ¡Lulu!

El movimiento de la vegetación era más intenso al marcharse, y a medida que el sonido se iba disipando, pensó que ella estaría ya casi fuera de su alcance. Rompiendo la promesa, abrió los ojos y la vio por unos instantes mientras huía; una sombra en las sombras, no más. Empezó a seguirla, sin saber qué le diría o haría cuando diera con ella, pero sabiendo que nunca se perdonaría el no haber hecho nada para ayudarla de algún modo.

Tal vez si la persuadiera de marcharse con él, fuera de la sombra de la casa, su magia viciosa podría anularse. O quizás él podría encontrar en el mundo exterior algún médico para ella que pudiera curar su malformación. Cualquier cosa, antes que permitir que volviera al lago.

Ahora, sus aguas estaban a la vista, brillando oscuramente entre las ramas del bosquecillo. Lulu había llegado al banco y, por un momento, pudo verla bajo una luz muy tenue. Todo lo que Harvey había temido era verdad, y aún más. Una aleta crecía en su encorvada y escamosa espalda; sus piernas casi se habían fundido en una sola; sus brazos se habían vuelto cortos y rechonchos, y sus dedos estaban unidos por membranas.

Pero el golpe más duro fue al ver su cara cuando se volvió para mirarle.

Su cabello se había caído y había desaparecido su nariz. Su boca había perdido los labios y sus ojos azules se habían convertido en plateadas bolas giratorias, sin cejas ni pestañas. Y a pesar de su monstruosidad, aún había humanidad en sus ojos y en aquella cara; una terrible tristeza que nunca podría abandonar su corazón aunque viviera mil años.

—Tú has sido mi amigo —dijo ella, balanceándose en el banco—. Gracias por ello.

Luego se lanzó al agua.

En un impulso, él se acercó a la orilla del lago, pero cuando llegó al lugar donde ella había saltado, las orillas ya se estaban disipando y las burbujas se habían roto.

Observó las frías aguas durante un minuto o dos, esperando que ella le viera y subiera a la superficie; pero se había ido a un lugar donde él no podía seguirla, y esto, al parecer, era el final.

Empuñando fuertemente los regalos como talismanes, se retiró del lago y emprendió la marcha, bajando por el césped, hacia la cita que tenía con Wendell.





XIII

La cuarta parte de la oscuridad

—Qué te ha pasado? —susurró Wendell cuando Harvey llegó al final del césped—. ¡Creí que debimos encontrarnos a la medianoche! —Me he... sentido acechado —dijo Harvey.

Había empezado a hablar con la intención de contarle lo que había acontecido, pero su amigo ya estaba obviamente lo bastante nervioso como para que, encima, supiera la desgracia de Lulu. Harvey se guardó en el bolsillo las tres piezas supervivientes del arca y decidió hablarle del encuentro sólo cuando Wendell estuviera a salvo, fuera de aquel terrible lugar.

Solamente había una cosa entre ellos y aquel anhelo: el muro de niebla. Ahora, como siempre, parecía del todo inocente. Pero se trataba de una ilusión, naturalmente, como tantas otras cosas en el reino del señor Hood.

—Debemos estar bien organizados en esta operación —dijo Harvey a Wendell—. En cuanto estuvimos dentro del muro perdimos nuestro sentido de la dirección. Por tanto, debemos estar seguros de caminar en línea recta y no permitir que la niebla nos haga girar en redondo.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Wendell.

—Creo que uno de nosotros debería ir primero y el otro seguirle cogido de la mano.

—Yo —dijo ávidamente Wendell—. Yo iré primero.

—No hay problema. Luego, yo te mantendré de espaldas a la casa y te guiaré. ¡Quién sabe! A lo mejor el muro es tan delgado que puedes tirar de mí.

—Esperémoslo —dijo Wendell.

—¿Estás a punto? —preguntó Harvey, extendiendo la mano.

Wendell la cogió.

—Cuando tú lo estés —respondió.

—Entonces, vámonos.

Wendell asintió y dio sus primeros pasos hacia el interior de la niebla. Al instante, Harvey sintió que le apretaba fuertemente la mano.

—No... te... sueltes —pidió Wendell, con voz ya remota, pese a hallarse sólo a un paso de distancia.

—Sigue andando —dijo Harvey, al alcanzar la distancia del brazo estirado—. ¿Alguna señal de...?

Antes de que pudiera terminar su pregunta, un ruido procedente de la casa le cerró la boca. Miró hacia atrás. La puerta principal estaba abierta y había luz dentro; se dibujaba la silueta de una figura que bajaba, a toda prisa, los escalones del porche. Era la señora Griffin.

El ruido que había oído, sin embargo, no procedía de ella. Aquel sonido no podía producirlo nadie de naturaleza humana. Vio a la señora Griffin mirando hacia el tejado mientras bajaba corriendo por la pendiente del césped. Al seguirla con la mirada, vio al productor de aquel ruido elevarse hacia las estrellas.

Aun no pudiendo ver su cara, él conocía su nombre. Hood tenía cuatro servidores, y él había conocido sólo a tres: Rictus, Jive y Marr. Allí estaba el cuarto: Carna, el ladrón de dientes; Carna, el devorador; Carna, la bestia que la señora Griffin esperaba que Harvey nunca conociera.

—¡Volved a la casa, niños! —gritó la señora Griffin bajo un ruido ensordecedor de grandes alas—. ¡Rápido! ¡Rápido!

Harvey dio un tirón al brazo de Wendell al tiempo que le gritaba, pero éste tenía ya una vaharada de libertad en las ventanas de la nariz y no estaba dispuesto a dejarla escapar.

—¿A qué estáis esperando? —insistió la señora Griffin—. ¡Salid de ahí enseguida u os arrancará la cabeza!

Harvey alzó la mirada a la bestia que se lanzaba sobre ellos y vio que la señora Griffin no mentía. Las mandíbulas de Carna eran lo suficiente grandes como para partirla en dos de un solo mordisco. Pero no podía dejar a Wendell en la niebla. Empezaron la aventura juntos y así debían terminarla, vivos o muertos. No tenía más elección que meterse él también en la niebla y esperar que Wendell hubiera llegado a ver algo del mundo exterior y pudiera arrastrarle a él hasta la calle.

Al dar este paso, oyó a la señora Griffin decir algo sobre marcar el camino. Entonces fue cegado por la fría niebla y la voz de ella ya no era más audible que un susurro apagado.

Los chillidos de Carna, sin embargo, no se habían apagado. Estremecían el aire en la oscuridad, espetando los pensamientos de Harvey de la misma forma que aquellos dientes ensartarían su cabeza si la bestia llegara a alcanzarle.

—¡Wendell! —gritó Harvey—. ¡Viene a por nosotros!

Vislumbró por un momento la figura, por encima de él, y luego la cara de Wendell, borrosa por la niebla. Éste se volvió y dijo:

—¡No hay salida!

—¡Ha de haberla!

—¡No puedo encontrarla! —exclamó Wendell, siendo su respuesta casi ahogada por los chillidos de Carna.

Harvey miró hacia atrás, por donde había venido, más temeroso de no saber dónde estaba la bestia que de verla, por más aterradora que fuera su visión. Había encima un remolino de niebla, pero vio la forma de Carna cuando descendía. Era el más monstruoso de la prole; su piel estaba podrida y se extendía sobre hueso barbado y pulido. Su garganta era un nido de lenguas culebrinas y en sus mandíbulas había centenares de dientes.

«Esto es el final —pensó Harvey—. He estado vivo sólo diez años y cinco meses, y ahora mi cabeza está a punto de serme arrancada y comida por este animal.»

Después, por el rabillo del ojo, apareció una extraña visión. Los brazos de la señora Griffin metiéndose en la niebla para dejar en el suelo el gato *Blue*.

—¡Tiene un buen sentido de la dirección! —Harvey la oyó decir—. ¡Seguidle, seguidle!

No necesitó que se lo repitiera. Ni tampoco el gato *Blue*. Con la cola enderezada, echó a andar y Harvey tiró del brazo de Wendell para seguirle. El gato era rápido, pero también lo era Harvey. Tenía los ojos clavados en aquella cola brillante, aunque el torbellino alado, a su espalda, indicaba que Carna había entrado en la niebla.

Dos zancadas; tres zancadas; cuatro. Y ahora, la niebla parecía hacerse menos espesa. Oyó el grito de victoria de Wendell.

—¡La calle! ¡La he visto!

Inmediatamente después, Harvey también la vio. Las aceras estaban mojadas por la lluvia y brillaban a la luz de los faroles.

Ahora se atrevió a mirar hacia atrás y vio a Carna, con las mandíbulas a un metro de sus cabezas.

Se deshizo del brazo de Wendell y empujó a su amigo hacia la calle al mismo tiempo que se agachaba. La mandíbula inferior de Carna rozó su espina dorsal, pero la bestia se movía a demasiada velocidad para mantener el control, y en lugar de virar en redondo y coger su presa, siguió volando, introduciéndose en el mundo real.

Wendell ya estaba allí; Harvey se unió a él momentos después.

—¡Lo hicimos! —gritó Wendell—. ¡Lo hicimos!

—¡También lo ha hecho Carna! —dijo Harvey, señalando la bestia cuando ésta subía hacia el nuboso cielo para dar la vuelta y volver hacia ellos—. Quiere conducirnos nuevamente adentro.

—¡Yo no vuelvo allí! —gritó Wendell—. ¡Nunca! Jamás volveré allí dentro!

Carna oyó su desafío. Sus encendidos ojos se fijaron en él y bajó como un rayo. Sus chillidos resonaban en las desérticas calles en plena noche.

—¡Corre! —dijo Harvey.

Pero la mirada de Carna había paralizado a Wendell. Harvey lo agarró y estaba a punto de emprender una carrera con él cuando el sonido de la bestia se hizo distinto. El triunfo se convirtió en duda; la duda se convirtió en pena; y ahora, Carna ya no bajaba en picado, sino que se caía. Se abrían agujeros en sus alas como por efecto de una horda de invisibles polillas que se comieran su tejido.

Se esforzó en remontar el vuelo, pero sus heridas alas se negaron a realizar su función. Segundos más tarde se estrelló contra el suelo. Su impacto fue tan fuerte que se mordió una docena de lenguas y desparramó medio centenar de dientes a los pies de los muchachos. Sin embargo, no murió de la caída. Aun agonizando por sus heridas, se ayudó de las erizadas muletas de sus alas y empezó a arrastrarse hacia el muro. Incluso ahora, en su calamitoso estado, conservaba su ferocidad y, dando golpes a derecha e izquierda, apartó de su camino a Harvey y a Wendell.

—No puede sobrevivir aquí fuera... —observó Wendell en voz alta—, se está muriendo.

Harvey hubiera deseado tener un arma para que la bestia no pudiera volver a su refugio, pero tenía que contentarse con verla en aquel estado. «Si no hubiera sido tan ávida de nuestra carne —pensó—, no hubiera volado tras de nosotros a una velocidad tal que la ha llevado a tener que soportar dolor y humillación.» Había aquí una lección que debería recordar: el mal, por más poderoso que pueda parecer, puede ser vencido por su propia codicia.

Luego la criatura se marchó y dejó tras de sí una cortina de niebla.

Sólo había un signo que recordaba los misterios del otro lado del muro: la cara del gato *Blue*

observando el mundo que él, al igual que los demás ocupantes de la casa de vacaciones, nunca podría explorar. Su mirada azulada se encontró con la de Harvey por un momento; seguidamente miró hacia atrás, hacia su prisión, como si oyera la llamada de la señora Griffin, y con una mirada triste, se volvió y desapareció en la niebla.

—Fantástico —dijo Wendell, contemplando las calles mojadas—. Es como si nunca las hubiera dejado.

—¿Tú crees? —objetó Harvey.

Él no estaba tan seguro. Se sentía diferente: marcado por su aventura.

—No sé si recordaremos que estuvimos allí, dentro de una semana —comentó Wendell.

—Oh, sí. Yo lo voy a recordar —respondió Harvey—. Me he llevado algunos recuerdos.

Buscó en su bolsillo las figuras del arca. Al intentar sacarlas sintió que se estaban desmigajando, como si el mundo real se cobrara sus derechos de entrada.

—Ilusiones... —murmuró mientras se convertían en polvo y desaparecían entre sus dedos.

—¿A quién le importa? —dijo Wendell—. Es hora de irnos a casa. Y esto no es ilusión.



XIV

El tiempo robado

Les llevó una hora a los muchachos llegar al centro de la ciudad, y allí se despidieron, puesto que para llegar a sus casas debían seguir caminos opuestos. Pero antes, intercambiaron direcciones, prometiendo ponerse en contacto al cabo de uno o dos días, a fin de que cada uno pudiera apoyar al otro en cuanto al relato de lo ocurrido en la casa de vacaciones. Iba a ser muy difícil que la gente creyera lo que les había sucedido, pero siempre habría más posibilidades si fueran dos las voces que contaran la misma historia.

—Sé lo que hiciste allí —dijo Wendell antes de partir—. Me salvaste la vida.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí —respondió Harvey.

Wendell parecía dudar.

—Pude haber querido hacerlo —confesó, algo avergonzado—, pero nunca he sido muy valiente.

—Hemos escapado juntos —puntualizó Harvey—. Yo no habría podido hacerlo sin ti.

—¿De veras?

—De veras.

Wendell sintió ennoblecarse por ello.

—Sí —dijo—, puede que así sea. Bueno... Ya nos veremos.

Faltaban todavía varias horas para amanecer y las calles estaban virtualmente desiertas. Harvey tenía por delante un largo y solitario camino para llegar a su casa. Estaba cansado y un poco entristecido por la despedida de Wendell, pero el pensar en la bienvenida que le esperaba en el portal de su casa era como un resorte para sus pies.

Varias veces tuvo la impresión de haberse perdido, ya que las calles por donde pasaba no le eran familiares. Pasó por un barrio muy elegante, donde las casas y los coches estacionados en la calle eran de lo más bonito que nunca había visto. Otro, en cambio, era decadente, con las casas medio en ruinas y las calles llenas de escombros. Pero su sentido de orientación funcionó. Cuando el este empezó a palidecer y los pájaros empezaron a trinar en los árboles, dobló la esquina de su calle. Sus fatigadas piernas recobraron energía y, lleno de regocijo, emprendió una última carrera que le llevó a la entrada de su casa, donde llegó rendido y dispuesto a caer en brazos de sus padres.

Llamó a la puerta. Al principio no oyó nada en la casa, lo cual no debía sorprenderle dada la hora que era. Llamó otra vez, y luego otra. Finalmente se encendió una luz y oyó a alguien acercarse a la puerta.

—¿Quién es? —dijo su padre con la puerta todavía cerrada—. ¿Saben la hora que es?

—Soy yo —respondió Harvey.

Después de un ruido de cerrojos la puerta se abrió un poco.

—¿Quién es «yo»? —dijo el hombre, mirándole.

Parecía amable, pensó Harvey, pero no era su padre. Este hombre era mucho más viejo, su cabello era casi blanco y su cara delgada, arrugada y triste, con un bigote mal cuidado.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Antes de que Harvey pudiera responder, una voz de mujer dijo:

—Sal de la puerta.

No pudo ver todavía a la segunda persona que hablaba, pero sí, por unos instantes, el papel del recibidor y los cuadros de la pared. Le tranquilizó ver que aquella no era su casa. Simplemente, se había equivocado de puerta.

—Lo siento —dijo, retirándose—. No era mi intención despertarles.

—¿A quién buscas? —preguntó el hombre, ahora abriendo un poco más la puerta—. ¿Eres uno de los hijos de Smith?

A continuación, metió su mano en el bolsillo de su bata y sacó unas gafas.

«Ni siquiera puede verme bien —pensó Harvey—, pobre hombre.»

Pero antes de que las gafas llegaran a su nariz, apareció su mujer detrás de él y a Harvey le flaquearon las piernas al verla.

Aquella mujer era vieja, su cabello casi incoloro, como el de su marido, y su cara, todavía más arrugada y taciturna. Pero Harvey conocía aquella cara más que cualquier otra en la Tierra. Era la

primera cara que había querido. Era su madre.

—¿Mamá...? —murmuró.

La mujer se detuvo y se quedó mirando al muchacho mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Apenas pudo pronunciar la palabra siguiente:

—¿Harvey...?

—¿Mamá...? Mamá, eres tú, ¿verdad?

Ahora el hombre ya tenía las gafas puestas y miró a través de ellas con los ojos bien abiertos.

—No es posible —dijo llanamente—. Éste no puede ser Harvey.

—Es él —dijo su esposa—. Es nuestro Harvey. Ha vuelto a casa.

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Después de todos estos años? —dijo—. Ahora ya ha de ser hombre. Un hombre bien crecido. Éste es todavía un niño.

—Es él. Te lo aseguro.

—¡No! —respondió enérgicamente el hombre—. Es una juguete que nos ha hecho alguien para herir todavía más nuestros corazones. Como si no estuvieran ya demasiado rotos.

Cogió la puerta para cerrarla de golpe, pero la madre de Harvey le detuvo.

—Mírale —dijo—. Mira su vestidura. Es la misma que llevaba la noche que nos dejó.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Crees que no lo recuerdo?

—Hace treinta y un años —dijo el padre de Harvey, aún observando al muchacho—. Esto no puede... no puede ser... —balbuceó, cuando su cara empezaba a mostrar un ligero reconocimiento—. Oh, Dios mío, —concluyó, con un ronco susurro—, es él, ¿no?

—Ya te dije que sí —respondió su esposa.

—¿No eres una especie de fantasma? —preguntó él a Harvey.

—¡Por Dios! —exclamó la madre—. ¡No es un fantasma! —Y traspasó el umbral, adelantando a su marido—. No sé cómo es posible, pero no me importa —dijo, abriendo los brazos a Harvey—. Todo lo que sé es que nuestro hijito ha vuelto a casa.

Harvey no podía hablar. Había demasiadas lágrimas en su garganta, en su nariz y en sus ojos. Todo lo que podía hacer era lanzarse a los brazos de su madre. Era maravilloso sentir sus manos acariciando su pelo y sus dedos enjugar sus mejillas.

—Oh, Harvey, Harvey, Harvey —insistía sollozando—. Pensábamos que ya nunca te volveríamos a ver. —Le besó más y más—. Creímos que te habías ido para siempre.

—¿Cómo es esto posible? —quería saber todavía el padre.

—He rezado —dijo su madre.

Harvey tenía otra respuesta, aunque no la dijera. En el momento en que había puesto los ojos en su madre —tan cambiada, tan atormentada— comprendió al instante la terrible trampa que la casa de Hood les había tendido a todos ellos. Por cada día que pasaban allí, transcurría un año en el mundo real. Cada mañana, mientras jugaban dentro de aquel clima primaveral, pasaban meses. Por la tarde, cuando ganduleaban bajo el sol del verano, lo mismo. Y aquellos atardeceres, que parecían tan breves, eran otros tantos meses, al igual que las noches de Navidad, llenas de nieve y regalos. Todos se habían sucedido de una manera así de fácil y mientras él sólo había envejecido un mes, su papá y su mamá habían vivido treinta y un años de tortura, pensando que su hijo se había marchado para siempre.

El caso se aproximaba a esta realidad. Si él hubiera permanecido en la casa de las ilusiones, distraído por sus pequeños placeres, habría transcurrido toda una vida entre allí y el mundo real, y su alma habría pasado a ser propiedad del señor Hood. Él se habría unido a aquellos peces que circulaban por el lago, dando vueltas y más vueltas. Se estremeció sólo de pensarlo.

—Estás frío, querido —dijo su madre—. Vamos dentro.

Él, sorbió fuertemente los mocos y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Estoy muy cansado —dijo.

—Voy a hacerte la cama enseguida.

—No. Antes de irme a dormir quiero contáros lo que ha sucedido —respondió Harvey—. Es una larga historia de treinta y un años.





XV

Nuevas pesadillas

Era una historia más difícil de contar de lo que parecía. Aunque algunos de los detalles surgían claros en su mente —la primera aparición de Rictus, el hundimiento del arca o la reciente fuga de él y Wendell—, había muchas cosas que no podía recordar bien. Era como si la niebla que había atravesado se hubiera filtrado en su cabeza, poniendo un velo en su memoria que cubría la casa y todo lo que ella contenía.

—Recuerdo haber hablado con vosotros por teléfono dos o tres veces —dijo.

—Tú no hablaste con nosotros, cielo —le respondió su madre.

—Entonces, esto fue otro engaño —dijo Harvey—. Debí suponerlo.

—Pero, ¿quién practicaba esos engaños? —preguntó su padre—. Si esa casa existe —y digo si existe— luego, quienquiera que sea su dueño, te secuestró a ti y, de alguna manera, te impidió crecer. Puede que te haya congelado...

—No —respondió Harvey—. Allí había calor, excepto cuando llegaba la nieve, claro está.

—Ha de haber alguna explicación lógica.

—Claro que la hay —afirmó Harvey—. Era magia.

Su padre movió la cabeza.

—Esto es una respuesta de niño —aseguró—. Y yo ya no soy un niño.

—Y yo sé lo que sé —contestó Harvey firmemente.

—No es mucho, querido —dijo la madre.

—Quisiera recordar más cosas.

Seguidamente, ella puso el brazo en el hombro de su hijo para confortarle.

—No te preocupes, hijo. Hablaremos de ello cuando hayas descansado.

—¿Podrías encontrar nuevamente esa casa? —le preguntó su padre.

—Sí —respondió Harvey, aunque se le puso la piel de gallina sólo de pensar en volver allí—. Creo que sí.

—Pues esto es lo que haremos.

—No quiero que él vuelva a ese lugar —dijo su madre.

—Debemos asegurarnos de que existe, antes de contarlo a la policía. Lo comprendes, ¿verdad, hijo?

Harvey asintió.

—Sueno como si fuera algo que yo he inventado, lo sé. Pero no es así. Juro que no.

—Ven, cariño —dijo su madre—. Me temo que vas a encontrar tu habitación algo cambiada, pero aún es confortable. La mantuve tal como la dejaste durante años y años, confiando en que algún día encontrarías el camino de regreso. Al final pensé que si volvías, ya serías mayor y no te gustaría tener la habitación decorada con aeronaves y loritos. Por eso llamamos a los decoradores. Ahora es completamente nueva.

—Eso no me preocupa —dijo Harvey—. Es mi casa y esto es lo que realmente importa.

A primeras horas de la tarde, mientras dormía en su vieja habitación, estaba lloviendo; una lluvia intensa, propia del mes de marzo, que chocaba contra la ventana y pegaba con fuerza en la repisa. El ruido le despertó. Se incorporó en la cama. Los pelos de la nuca le picaban y supo que había estado soñando con Lulu. Pobre Lulu, la Lulu perdida, que arrastraba su deformado cuerpo entre los arbustos, llevando en su mano convertida en aleta los animales del arca que había rescatado del fango.

La imagen de su infelidad era insopportable. ¿Cómo podría vivir en este mundo al cual había vuelto, sabiendo que ella había quedado prisionera de Hood?

—Yo te encontraré —murmuró para sí mismo—. Lo haré, juro...

Volvió a poner la cabeza en la fría almohada y escuchó el ruido de la lluvia hasta que el sueño llegó de nuevo.

Exhausto por sus viajes y traumas, no despertó hasta la mañana siguiente. La lluvia había cesado. Era el momento de hacer planes.

—He comprado un plano de todo Millsap —dijo su padre, desplegado su adquisición y extendiéndola sobre la mesa de la cocina—. Aquí está nuestra casa. —Ya había marcado el lugar con una cruz—. Ahora, ¿recuerdas algún nombre de calle de los alrededores de aquel lugar?

Harvey movió la cabeza negativamente.

—Estaba demasiado ocupado en escapar —dijo.

—¿Viste algún edificio en particular?

—Estaba oscuro y llovía.

—De modo que sólo podemos confiar en la suerte.

—La encontraremos —aseguró Harvey—. Aunque nos lleve toda la semana.

Había sido más fácil decirlo que hacerlo. Habían pasado más de tres décadas desde que había hecho el camino atravesando la ciudad con Rictus, y eran incontables las cosas que habían cambiado. Había nuevas plazas y nuevos barrios pobres; nuevos coches en las calles y nuevos aviones en el aire. Demasiadas distracciones para mantener a Harvey atento a las pistas.

—No recuerdo qué camino es tal o cual —admitió, después de haber buscado durante media jornada—. No hay ninguna calle que recuerde.

—Lo iremos intentando, hijo —dijo su padre—. Todo se aclarará.

No se aclaró nada. Pasaron el resto del día yendo de una parte a otra, esperando algún signo que accionara la memoria del muchacho, pero la tarea era frustrante. De vez en cuando, en alguna plaza o calle, Harvey diría:

—Puede que sea éste el lugar.

Y ellos marchaban en una dirección o en otra, sólo para encontrarse con que la pista se enfriaba pocas calles más allá.

Aquella tarde, su padre volvió a practicarle un examen.

—Si tan sólo pudieras recordar cómo era la casa —dijo—, yo podría describirla a la gente.

—Era grande. Esto lo recuerdo. Y vieja. Estoy seguro de que era muy vieja.

—¿Podrías dibujarla?

—Puedo intentarlo.

Y lo hizo. A pesar de no ser un gran artista, su mano parecía recordar más que su cerebro, puesto que al cabo de media hora había dibujado la casa con bastante detalle. A su padre le gustó.

—Mañana nos llevaremos este dibujo —dijo—. Puede que alguien lo reconozca.

Pero el segundo día fue tan frustrante como el primero. Nadie conocía la casa que Harvey había dibujado ni nada remotamente parecido. Al final de la tarde, el padre de Harvey ya se mostraba irritable.

—¡Es inútil! —dijo—. Por lo menos he preguntado a quinientas personas y nadie, absolutamente nadie, ha reconocido ni siquiera vagamente este lugar.

—No es nada raro —afirmó Harvey—. No creo que nadie que haya visto la casa haya podido escapar, excepto Wendell y yo.

—Deberíamos contar todo esto a la policía —dijo su madre—, y dejar que ellos tomen cartas en el asunto.

—¿Y qué les vamos a contar? —respondió el padre, levantando la voz—. ¿Que suponemos que hay una casa por ahí que se esconde en una niebla y roba niños por arte de magia? ¡Es ridículo!



—Cálmate, por Dios —dijo la madre de Harvey—. Vamos a hablar de esto después de comer.

Volvieron a casa caminando, comieron y discutieron nuevamente el problema, pero sin llegar a ninguna solución. El señor Hood había tendido cuidadosamente sus trampas a lo largo de los años, para quedar protegido de las leyes del mundo real. Seguro, detrás de las nieblas de su ilusión, probablemente ya había encontrado a dos nuevos e inconscientes prisioneros para sustituir a Harvey y Wendell. Parecía que su maleficio continuaría sin ser descubierto ni castigado.

Al día siguiente, el padre de Harvey tomó una determinación.

—Esta búsqueda no nos lleva a ninguna parte —dijo—. Vamos a terminar con ella.

—¿Vas a ir a la policía? —preguntó la esposa.

—Sí. Y querrán que Harvey les cuente todo lo que sabe. Esto va a ser difícil, hijo.

—No me van a creer —dijo Harvey.

—Ésta es la razón por la que quiero hablarles yo primero —respondió su padre—. Encontraré a alguien que escuche.

Se marchó pronto, después de desayunar, con expresión de cansancio en su cara.

—Todo es culpa mía —aseguró Harvey a su madre—. Hemos perdido juntos todo este tiempo, sólo porque yo estaba aburrido.

—No te culpes, hijo. Todos estamos tentados, de vez en cuando, de hacer cosas que luego lamentamos. Algunas veces erramos al escoger.

—Yo sólo desearía saber cómo deshacer todo esto —respondió Harvey.

Su madre se fue de compras a media mañana y dejó a Harvey obsesionado con esta idea. ¿Había alguna forma de deshacer el daño que se había hecho? ¿De recuperar los años que le habían robado y vivirlos aquí, con la gente que le amaba y a quienes él amaba más en el mundo?

Estaba sentado junto a la ventana de su habitación, concentrándose en el problema, cuando vio la figura de un niño vagando en la esquina. Abrió la ventana y le gritó:

—¡Wendell! ¡Wendell! ¡Aquí!

Enseguida bajó corriendo la escalera. Cuando abrió la puerta, su amigo ya estaba en el umbral, con la cara enrojecida y mojada de lágrimas y sudor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Todo está cambiado. —Sus palabras eran entrecortadas por sollozos—. Mi papá se divorció de mamá y mamá se ha hecho tan vieja... Harvey, y gorda como una casa. —Se enjugó la nariz con el dorso de la mano y sorbió fuerte—. ¡No se suponía que fuera así! —concluyó—. ¿O, sí?

Harvey hizo cuanto pudo para explicarle cómo la casa les había traicionado, pero Wendell no estaba para teorías. Lo único que quería era quitarse de encima aquella pesadilla.

—Quiero que las cosas sean como antes —dijo llorando.

—Mi papá ha ido a la policía —le confesó Harvey—. Va a contárselo todo.

—Eso no hará ningún bien —afirmó Wendell desesperadamente—. Nunca encontrarán la casa.

—Tienes razón. Fui a buscarla con mis padres, pero fue inútil. Se está escondiendo.

—Claro que se esconde de ellos, estúpido —dijo Wendell—. No quiere a personas mayores.

—Es verdad —respondió Harvey—. Sólo quiere niños. Y apuesto que nos quieren a ti y a mí más que nunca.

—¿Por qué lo supones?

—Casi nos han tenido. Por poco nos comen vivos.

—Entonces, ¿crees que tienen un apetito especial por nosotros?

—Estoy seguro.

Wendell miró a sus pies por un momento.

—Tú crees que debemos volver, ¿no?

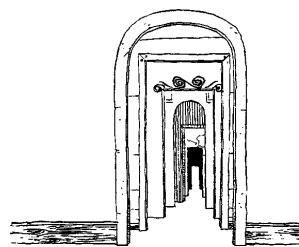
—Yo creo que nadie de los que han crecido, mi padre, tu madre o la policía, encuentren nunca la casa. Si queremos recuperar todos estos años, debemos ir a buscarlos nosotros.

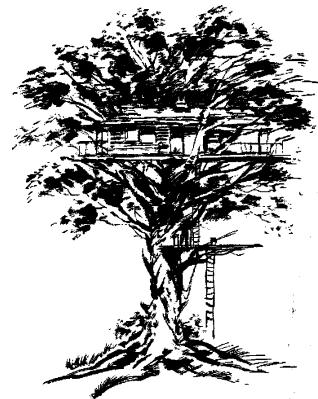
—No me gusta mucho la idea —confesó Wendell.

—Tampoco a mí —dijo Harvey, pensando que debería dejar una nota a sus padres para que no creyeran que su vuelta había sido un sueño—. Debemos ir.

—¿Cuándo partimos?

—¡Ahora! —dijo Harvey resueltamente—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.





XVI*De vuelta
a la tierra feliz*

Era como si la casa supiera que iban a volver y les llamara. Tan pronto como emprendieron la marcha, sus pies parecían conocer el camino. Todo lo que tenían que hacer era dejarse llevar.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos? —quiso saber Wendell—. Quiero decir, que la última vez escapamos salvando la vida por los pelos.

—La señora Griffin nos va a ayudar —dijo Harvey.

—Suponte que Carna se le haya comido la cabeza.

—Entonces, tendremos que hacerlo solos.

—Hacer ¿qué?

—Encontrar a Hood.

—Pero ¿no dijiste que estaba muerto?

—No creo que estar muerto signifique mucho para una criatura como él —dijo Harvey—. Está en algún lugar de la casa, Wendell, y tenemos que cazarle, nos guste o no. Él es quien nos ha robado estos años que debimos pasar con nuestros padres, y no los vamos a recuperar hasta que nos enfrentemos a él.

—Lo dices como si pareciera fácil —dijo Wendell.

—Toda la casa es una caja de trampas —le recordó Harvey—. Las estaciones. Los regalos. Todo son ilusiones. Tenemos que partir de este hecho.

—¡Mira, Harvey!

Wendell señaló al frente. Harvey recordó la calle en un abrir y cerrar de ojos. Treinta y tres días antes había estado allí con Rictus y había escuchado al tentador hablarle del maravilloso lugar que había al otro lado de la pared de niebla que tenían enfrente.

—Pues aquí la tenemos.

Era extraño, pero no sentía miedo, incluso sabiendo que iban de nuevo a ponerse en manos de su enemigo. Era mejor enfrentarse ahora con Hood y sus ilusiones que pasarse el resto de la vida interrogándose acerca de Lulu y doliéndose por los años que había perdido.

—¿Estás dispuesto? —preguntó a Wendell.

—Antes de ir —respondió su amigo—, ¿podemos tratar de aclarar una cosa? Si todo en la casa son ilusiones, ¿cómo es que sentimos el frío? ¿Y por qué engordo al comer los pasteles de la señora Griffin? Y...

—No lo sé —le cortó Harvey, estremeciéndose por la duda—. No puedo explicar cómo trabaja la magia de Hood. Todo lo que sé es que nos ha quitado todos estos años para alimentarse él.

—¿Alimentarse?

—Sí. Como... como... como un vampiro.

Era la primera vez que Harvey pensaba así de Hood, pero instintivamente le parecía lógico. La sangre era vida, y la vida era lo que Hood alimentaba. Era un vampiro, no cabía la menor duda. Tal vez un rey entre los vampiros.

—¿Y no vamos a necesitar una estaca, agua bendita... o algo?

—Esto es sólo en los cuentos —respondió Harvey.

—Pero, ¿y si nos ataca?

—Lucharemos.

—Lucharemos ¿con qué?

Harvey se estremeció de nuevo. La verdad era que no lo sabía. Pero de lo que sí estaba seguro era de que las cruces y las plegarias no servirían de nada en la batalla que tenían por delante.

—No hablemos más —dijo a Wendell—. Si no quieres venir, no vengas.

—Yo no he dicho eso.

—Muy bien —respondió Harvey. Y empezó a avanzar hacia el muro.

Wendell le siguió, pegado a sus talones, y cuando Harvey dio el primer paso hacia el interior de la niebla, él se agarró a la manga de su amigo para entrar tal como habían salido, o sea juntos.

La niebla les envolvía como una manta empapada de agua, presionando tanto sobre sus caras que Harvey casi pensó que intentaba asfixiarles. Pero, en realidad, sólo quería que no cambiaran de idea.

Un momento después, hubo una vibración en sus pliegues y les arrojó al otro lado.

El reino de Hood estaba en pleno verano, la estación del ocio. El sol, que había estado escondido en nubes de lluvia al otro lado de la niebla, lucía aquí con todo su esplendor sobre la casa y todos sus alrededores. Los árboles se movían bajo una fragante brisa. Las puertas y ventanas de la casa, su porche y sus chimeneas, relucían como si todo estuviera recién pintado.

Había canciones de bienvenida en los aleros; olores de bienvenida en la cocina; risas de bienvenida que se oían a través del portal. Atmósfera de bienvenida por todas partes.

—Había olvidado... —murmuró Wendell.

—¿Qué habías olvidado?

—Lo... lo bonito que es todo esto.

—No te dejes engañar —respondió Harvey—. Todo es ilusión, ¿recuerdas? Todo.

Wendell no respondió, pero se fue corriendo hacia los árboles. Aquella agradable brisa le envolvía como conduciéndole. Y él, lejos de resistirse, se dejó llevar hasta la sombra salpicada de sol.

—¡Wendell! —le gritó Harvey, siguiéndole a través del césped—. Hemos venido aquí para mantenernos juntos.

—Me había olvidado de la casa del árbol —dijo Wendell, como si soñara, mirando el altillo—. Lo habíamos pasado tan bien aquí, ¿recuerdas?

—No —respondió Harvey, determinado a no dejar que el pasado le distrajera de su misión aquí—. No lo recuerdo.

—Sí. Claro que lo recuerdas —dijo Wendell, sonriendo de oreja a oreja—. Trabajamos duro allí arriba. Voy a subir por ver como está.

Harvey le detuvo, cogiéndole del brazo.

—No, no vas a subir.

—Claro que voy a subir —insistió, soltándose de Harvey—. Puedo hacer lo que quiera. No eres mi dueño.

Harvey pudo ver, por la vidriosa mirada de Wendell, que la casa ya había ejercido su magia seductora. Sabía que podía ser sólo cuestión de tiempo el que su propio poder de resistencia se agotara. Y luego, ¿qué? ¿Olvidaría completamente el trabajo que había venido a realizar para convertirse en un muchacho con la cabeza vacía, riéndose como un necio mientras su alma le era succionada?

—¡No! —alzó la voz Harvey—. ¡No voy a permitir que lo hagas!

—¿Hacer qué? —dijo Wendell.

—Tenemos un trabajo que realizar —respondió Harvey.

—¿A quién le importa? —dijo Wendell.

—A mí. Y también a ti, hace sólo cinco minutos. ¡Recuerda lo que nos hizo, Wendell!

Ahora, el viento, al rozar los árboles, parecía suspirar diciendo:

—¡Aaaaahh...! —como si ahora comprendiera el motivo de la vuelta de Harvey y quisiera llevar sus intenciones a los oídos del señor Hood.

A Harvey no le importaba. De hecho, le complacía.

—¡Adelante! —dijo, mientras el viento volaba hacia la casa—. ¡Díselo! ¡Díselo! —Luego se volvió a Wendell—. ¿Vienes o voy solo?

—No me importa entrar —dijo Wendell alegremente—. Tengo hambre.

Harvey miró fijamente a Wendell.

—¿No recuerdas nada de lo que hablamos allí fuera?

—Claro que lo recuerdo —respondió Wendell—. Dijimos que íbamos a... —Hizo una pausa frunciendo la nariz—. Íbamos a... a...

—Este lugar nos ha robado un tiempo que nos pertenecía, Wendell.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Wendell, aún con el entrecejo arrugado—. Es un... es un... —y siguió balbuceando, buscando las palabras—. Un día perfecto. —El ceño empezó a desaparecer y una ancha sonrisa lo reemplazó—. ¿A quién le importa? —continuó—. Quiero decir que en un día como éste ¿a quién le importa? Vamos a divertirnos.

Harvey movió la cabeza. Aquí estaba perdiendo un tiempo precioso, y esto era precisamente lo que querían Hood y la casa. En lugar de malgastar más palabras con Wendell, se giró para dirigirse a la puerta principal.

—¡Espérame! —gritó Wendell—. ¿Hueles ese pastel?

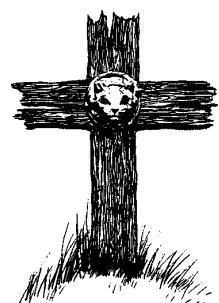
Harvey pudo, y hubiera deseado, poner algo en su barriga, antes de empezar su aventura. El hecho de saber que aquellos olores tentadores formaban parte del repertorio de Hood no bastaba para evitar que la boca se le hiciera agua o que su estómago roncara.

Todo lo que podía hacer era pensar en el polvo en que se habían convertido los animales de su arca cuando puso los pies en la calle. El pastel que había en la mesa de la cocina probablemente

estaba hecho de aquel mismo material amargo, recubierto de un dulce de ficción. Se aferró a este pensamiento tanto como pudo, sabiendo que la casa en la que estaba a punto de entrar estaba llena de tales zalamerías.

Con Wendell siguiéndole nuevamente a un paso de distancia, subió los escalones del porche y entró en la casa. Tan pronto como ambos estuvieron dentro, la puerta se cerró de golpe a sus espaldas. Harvey se volvió y se le puso la carne de gallina. No era el viento lo que había cerrado la puerta.

Era Rictus.





XVII*Cocinero, gato
y ataví*

Me alegro de volverte a ver, muchacho —dijo Rictus, con su característica sonrisa, ahora más ancha que nunca—. Ya les dije a todos que no resistirías mucho fuera de aquí. Nadie me creía. «Se ha ido —decían—, se ha ido.» Pero yo sabía más que ellos. —Avanzó lentamente hacia Harvey—. Sabía que no habrías quedado satisfecho con una corta visita... No, con la cantidad de cosas con las que todavía puedes disfrutar.

—Tengo hambre —dijo Wendell, casi lloriqueando.

—¡Servios vosotros mismos! —dijo Rictus.

Wendell corrió hacia la cocina.

—¡Oh, oh, chico! —gritó—. Mira toda esta comida.

Harvey no respondió.

—¿No tienes hambre? —preguntó Rictus, levantando una ceja por encima de sus gafas. Seguidamente puso una mano ahuecada detrás de su oreja y dijo—: Esto me suena a barriga vacía.

—¿Dónde está la señora Griffin? —preguntó Harvey.

—Oh, está por ahí —respondió Rictus, maliciosamente—. Pero se está haciendo vieja. Estos días pasa mucho tiempo en la cama. Por esto la hemos puesto en un lugar donde se encuentra sana y salva.

Mientras hablaba, se oyó un maullido que venía de la sala de estar, y allí en la puerta estaba el gato Stew. Rictus se enfurruñó.

—¡Vete de aquí, micho! —gritó—. ¿No ves que estamos hablando?

Pero el gato Stew no se dejaba intimidar fácilmente. Se acercó a Harvey y empezó a frotarse con sus piernas.

—¿Qué quieres? —dijo Harvey, agachándose para acariciarlo.

El gato empezó a ronronear de placer.

—Eh, esto es tope guay —dijo Rictus, al tiempo que abandonaba su expresión de enfado para renovar la sonrisa—. A ti te gusta el gato. Al gato le gustas tú. Todos felices.

—No soy feliz —dijo Harvey.

—Y ¿cómo es eso?

—Me dejé los regalos aquí, y no sé dónde.

—No hay problema —respondió Rictus—. Yo los encontraré.

—¿De verdad lo harás?

—Claro que sí, majo —dijo Rictus, persuadido de que su hechizo volvía a funcionar—. Por eso estamos aquí. Para darte todo lo que el corazón te pida.

—Creo que me los dejé arriba, en mi habitación —sugirió Harvey.

—¿Sabes? Creo que los he visto allí —respondió Rictus—. Espera un momento. Voy por ellos y vuelvo.

Subió las escaleras de dos en dos o de tres en tres, silbando sin tono a través de los dientes. Harvey esperó hasta que no le tuvo a la vista y fue a ver a Wendell, dejando suelto al gato Stew.

—¡Ah, ahora mira esto! —dijo una voz cuando él apareció en la puerta de la cocina.

Era Jive. Estaba de pie junto al hornillo, tan nervioso como siempre. Con una mano hacía juegos malabares con huevos y con la otra, lanzaba al aire los crepés de una sartén.

—¿Qué te apetece? —preguntó—. ¿Dulce o salado?

—Nada —respondió Harvey.

—Todo está muy bueno —dijo Wendell, sacando la cabeza por detrás de una pared de platos llenos—. ¡Prueba los pastelillos de manzana! ¡Están deliciosos!

Harvey estaba peligrosamente tentado. El bufete era realmente magnífico. Pero era polvo. Tenía que mantenerse alerta recordando eso,

—Puede que más tarde —dijo, apartando sus ojos de las pilas de barquillos impregnados de caramelo y las copas de helado.

—¿Adonde vas? —quiso saber Jive.

—El señor Rictus ha ido a buscar unos regalos míos —respondió Harvey.

Jive sonrió con satisfacción.

—Así que has decidido volver a las andadas, ¿eh, chaval? ¡Bien, esto será bueno para ti!

No se entretuvo por si Jive hubiera adivinado la mentira en sus ojos. Se volvió y salió nuevamente al pasillo. El gato *Stew* estaba todavía allí, mirándole.

—¿Qué te ocurre? —dijo Harvey.

El gato echó a correr en dirección a la escalera. Luego se detuvo y se volvió para mirarle de nuevo.

—¿Tienes algo que enseñarme? —susurró Harvey.

El gato dio la vuelta de nuevo y siguió andando. Harvey lo siguió suponiendo que le llevaría arriba. Pero antes de llegar al pie de la escalera, viró hacia la izquierda y condujo a Harvey hacia un estrecho pasadizo que daba a una puerta, de cuya existencia ni se había dado cuenta antes.

Accionó el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave. Al volverse para buscar el gato, observó que éste estaba frotando su arqueado lomo contra la pata de una mesilla situada a poca distancia de donde estaba. En la mesilla había una caja con entalladuras, y dentro de la caja, una llave.

Fue de nuevo a la puerta, abrió la cerradura y la empujó. Había frente a él una escalera de madera que descendía hacia un fondo oscuro con olor a rancio. Hubiera desistido de bajar de no haber sido por el gato, que se le adelantó hasta desaparecer en la oscuridad.

Ayudándose de los dedos para palpar las húmedas paredes a derecha e izquierda, siguió al gato *Stew* en su descenso, contando los peldaños mientras bajaba. Había cincuenta y dos, y durante el tiempo de bajada sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad en una medida razonable. La bodega era cavernosa y parecía vacía, excepto por muchos escombros y una gran caja de madera que se hallaba entre el polvo, aproximadamente a unos diez metros de él.

—¿Qué es aquello? —susurró al gato, sabiendo que el animal no tenía manera de responder, pero esperando de él alguna pista.

Como única respuesta, el gato *Stew* emprendió una carrera hacia la caja y saltó encima con gran agilidad. Seguidamente empezó a rasgar la madera.

La curiosidad de Harvey era mayor que su miedo, pero no tan fuerte como para atreverse a levantar la tapa. Se acercó a ella como si se tratara de alguna bestia durmiente, lo cual podía ser verdad, por todo lo que él sabía. Cuanto más se acercaba más se parecía a un simple ataúd; pero, ¿qué clase de ataúd podía estar cerrado con un candado? ¿Era quizás el lugar donde descansaba Carna después de que la bestia hubiera arrastrado su cuerpo hasta la casa? ¿Estaba, incluso ahora, escuchando al gato arañar la tapa, esperando liberarse?

Pero al llegar a un metro del baúl, dio con la clave de su contenido: quienquiera que hubiera cerrado la caja, se había dejado una cinta de delantal que colgaba hacia afuera. Sólo conocía a una persona de la casa que usara delantal.

—¡La señora Griffin! —preguntó, metiendo las uñas debajo de la tapa—. Señora Griffin, ¿está usted ahí?

Se oyó en la caja un ruido ahogado.

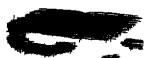
—Voy a sacarla de aquí —prometió, ahondando con los dedos por debajo de la tapa tan fuerte como pudo.

No tenía la fuerza necesaria para romper el candado. Desesperado, empezó a buscar en la bodega cualquier herramienta útil para su propósito y encontró dos piedras de tamaño considerable. Las recogió y volvió al arca.

—Haré un poco de ruido —advirtió a la señora Griffin.

Utilizando una piedra a guisa de cincel y la otra como martillo, atacó el candado. Mientras golpeaba el metal, saltaban cantidad de chispas azules, pero no parecía causarle ningún efecto, hasta que, de súbito, se oyó un fuerte crujido y el candado cayó al suelo.

Esperó unos momentos. Una sombra de duda rozaba sus sienes. ¿Y si fuera el ataúd de Carna? Luego tiró las piedras y levantó la tapa.





XVIII

La amarga verdad

Casi se le escapó un grito estridente al ver el terrible estado en que se hallaba la señora Griffin. Ella le miró con ojos aturdidos. Su pelo le había sido arrancado a zarpazos y su cara estaba morada por los golpes recibidos. Un trapo sucio amordazaba su boca. Harvey se lo quitó cuidadosamente y ella empezó a hablar. Su voz era *apagada y ronca*.

—Gracias, querido, gracias —susurró—. Pero no debiste volver. Es demasiado peligroso este lugar.

—¿Quién le hizo esto?

—Jive y Rictus.

—Pero él lo ordenó, ¿verdad? —afirmó Harvey mientras la ayudaba a incorporarse—. No me diga que está muerto, porque sé que esto no cambia las cosas. Hood está aquí, en la casa, ¿no es verdad?

—Sí —respondió ella, agarrándose a él para levantarse y salir de la caja—. Sí, está aquí. Pero no en la forma que tú piensas...

—Perfecto —dijo Harvey—. Todo va a salir perfecto.

—Creí... creí que nunca más volvería a llorar —dijo, con una mano en la cara para tocarse sus lágrimas—. ¡Mira lo que has hecho!

—Lo siento —respondió Harvey.

—Oh, no, no lo sientas, cielo. Es maravilloso. —La señora Griffin sonrió a través de sus lágrimas—. Tú has roto la maldición que me echó.

—¿Qué maldición?

—Oh, es una larga historia.

—Me gustaría escucharla.

—Yo fui la primera criatura que vino a la casa de Hood —dijo—. De esto hace muchos, muchos años. Tenía nueve años cuando subí por primera vez los escalones de la entrada. Me había escapado de casa, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Mi gato había muerto y mi padre no quiso comprarme otro. ¿Y qué crees que Rictus me dio el día de mi llegada?

—¿Tres gatos?

—Ya sabes cómo trabaja esta casa, ¿no?

Harvey asintió y dijo:

—Te da cualquier cosa que pienses que deseas.

—Y yo quería gatos, un hogar y...

—¿Qué?

—Otro padre. —El horror de aquel recuerdo le produjo un temblor—. Conocí a Hood aquella noche. Al menos, oí su voz.

El gato Stew se acercó a sus pies y ella hizo una pausa para agacharse y cogerlo en brazos.

—¿Dónde lo oyó? —preguntó Harvey.

—En el ático. La planta más alta de la casa. Y él me dijo: «Si te quedas aquí para siempre, nunca morirás. Te harás vieja pero vivirás hasta el final de los tiempos, y nunca volverás a llorar».

—¿Y eso es lo que usted quería?

—Era una estúpida; pero sí, era lo que quería. Yo tenía miedo. Miedo a ser puesta en un hoyo y cubierta de tierra como mi gato. —Una nueva racha de lágrimas invadió sus pálidas mejillas—. Huía desesperadamente de la muerte...

—... para meterse en su misma casa —dijo Harvey.

—¡Oh, no, hijo! —aclaró la señora Griffin—. Hood no está muerto. —Se quitó las lágrimas de los ojos para ver mejor a Harvey—. La muerte es una cosa natural. Hood no lo es. Ahora, yo acogería a la muerte como a una amiga a la que antes hubiera echado de casa. He visto demasiado, querido. Demasiadas estaciones, demasiados niños...

—¿Por qué no ha tratado usted nunca de detenerle?

—No tengo ningún poder sobre él. Todo cuanto podía hacer era proporcionar a los niños y niñas que pasaban por aquí cuanta felicidad pudiera darles.

—Entonces, ¿qué edad tiene usted? —preguntó Harvey.

—¡Quién sabe! —respondió, acercando su cara al pelo del gato *Stew*. Crecí y me hice vieja en cuestión de días, pero luego el tiempo ya no pasó para mí. A veces he tenido la tentación de preguntar a alguno de los niños: «¿Qué año es en el mundo de fuera?».

—Esto puedo decírselo.

—No —negó, llevándose el dedo a los labios—. No quiero saber cómo han volado los años. Todavía me haría más daño.

—¿Qué quiere entonces?

—Morir —dijo con una leve sonrisa—. Salir de esta piel y volar hacia las estrellas.

—¿Es esto lo que pasa?

—Es lo que yo creo —aseguró—. Pero Hood no me dejará morir. Nunca. Ésta será su venganza por haberte ayudado a escapar. Ya mandó asesinar al gato *Blue* por mostrarte a ti el camino.

—Hood la dejará salir—dijo Harvey—. Lo prometo. Haré que lo haga.

Ella movió la cabeza, diciendo:

—Eres muy valiente, Harvey; pero no nos dejará ir a ninguno de nosotros. Hay un terrible vacío en su interior. Quiere llenarlo con almas, pero es un pozo. Un pozo sin fondo...

—... y ambos estás abocados a él —se oyó una oleosa voz. La voz era de Marr. Se deslizaba escalera abajo—. Te hemos estado buscando por arriba y por abajo —continuó diciendo, dirigiéndose a Harvey—. Deberías venir conmigo, niño.

Marr extendió los brazos en la dirección de Harvey; pero él recordaba muy bien aquellos toques de transformación.

—¡Ven! ¡Ven! —llamó Marr—. Aún puedo quitarte los problemas si me dejas que haga de ti algo humilde. Al señor Hood le gustan las cosas humildes, como pulgas, lombrices o perros sarnosos. ¡Ven, guapo! ¡Corre!

Harvey dio una mirada a la bodega. No había otra salida. Si quería llevar a la señora Griffin arriba, donde le diera el sol, debía hacerlo por la escalera, y Marr estaba delante de ella.

Dio un paso en aquella dirección. Ella le mostró una sonrisa desdentada.

—Buen muchacho.

—¡No vayas! —gritó la señora Griffin—. Te va a hacer mucho daño.

—Cállate, mujer! —chilló Marr—. ¡La próxima vez vamos a tener que clavar la tapa! —Sus grises ojos verdes giraron hacia Harvey—. El muchacho sabe lo que es bueno para él. ¿No es verdad, chico?

Harvey no respondió. Simplemente siguió avanzando hacia Marr, cuyos dedos parecían crecer como cuernos de caracol, extendiéndose para fijarse en su cara.

—Has sido un niño tan obediente —prosiguió Marr—, que a lo mejor te convierto en una lombriz. ¿Te gustaría? Dime. Dime qué te pide tu corazón.

—No te preocupes por mi corazón —dijo Harvey, tendiendo, a su vez, los brazos hacia Marr—. ¿Qué hay del tuyo?

Marr miró con expresión confusa.

—¿El mío?

—Sí —dijo Harvey—. ¿Sueñas con ser algo especial?

—Yo nunca sueño —respondió ella en tono desafiante.

—Pues deberías probarlo —continuó diciéndole Harvey a Marr—. Si tú puedes convertirme en una lombriz o en un murciélago, ¿qué podrías hacer para ti misma?

El desafío en la cara de Marr se convirtió en frustración, y la frustración en pánico. Sus dedos extendidos empezaron a doblarse. Harvey, en cambio, le tendió los suyos a la velocidad de un relámpago, entrelazándolos con los de ella.

—¿En qué quieres convertirte? —insistió Harvey—. ¡Piénsalo!

Ella empezó a esforzarse y él sintió que la magia que fluía de los dedos de Marr pasaba a los suyos, intentando operar algún cambio en él. Pero él ya no quería ser más un murciélago vampiro y, naturalmente, no quería ser una lombriz. Estaba muy contento de ser él mismo. La magia, por tanto, no prendía en él. Contrariamente, fluía en dirección opuesta, introduciéndose en el cuerpo de Marr, quien empezó a temblar como si fuera sumergida en agua helada.

—¿Qué... estás... haciendo? —preguntó.

—Dime qué desea tu corazón —respondió Harvey, devolviéndole su invitación.

—¡No voy a decírtelo a ti! —dijo, aún tratando de liberarse de los dedos de él.

Pero ella no estaba acostumbrada a que sus víctimas se resistieran de aquella forma. Sus músculos eran débiles y flácidos. Tiraba y tiraba, pero no podía deshacerse de él.

—¡Déjame! —imploró casi—. Si me haces algún daño, el señor Hood tendrá tu cabeza.

—No te hago daño —respondió Harvey—. Sólo te dejo realizar tus sueños, al igual que tú me dejas realizar los míos.

—¡No los quiero! —gritó, intensificando su esfuerzo.

Él no quiso soltarla. Por el contrario, se le acercó más y más, como si quisiera envolverla con sus brazos. Ella empezó a escupirle —grandes bocanadas de cieno— pero él se las quitaba de la cara y continuaba acosándola.

—No... —empezó a murmurar Marr— No...

Pero ella no pudo evitar que la magia que intentaba transmitir a él trabajara ahora en su propia piel y en sus propios huesos. Su gorda cara empezó a ablandarse y a derretirse como cera; su cuerpo se hundió dentro de su roído vestido y una sustancia verdosa empezó a caer sobre el suelo.

—¡Oh...! —exclamó en sollozos—. ¡Condenado niño...!

Harvey no sabía cuál era aquel sueño que hacía a Marr convertirse en gachas. Cada vez era más pequeña, su ropa se caía a medida que se iba encogiendo y su voz se hacía más aguda. Era cuestión de segundos su total desaparición.

—¿Con qué sueñas? —repitió Harvey, mientras los dedos de Marr se derretían entre los suyos, convirtiéndose en agua nauseabunda.

—Yo sueño en nada... —respondió Marr. Sus ojos se hundieron en el cráneo que ya empezaba a desintegrarse— y en nada es en lo que me convierto... nada —dijo otra vez. Ahora ya no era más que un charco de agua sucia, un charco con una voz agonizante—. Nada.

Y desapareció, devorada por su propia magia.

—¡Lo hiciste! —gritó la señora Griffin—. ¡Lo hiciste, muchacho!

—Uno eliminado. Faltan tres —dijo Harvey.

—¿Tres?

—Rictus, Jive y el mismo Hood.

—Te olvidas de Carna.

—¿Todavía está vivo?

La señora Griffin asintió.

—Temo que he oído sus chillidos cada noche. Quiere venganza.

—Y yo quiero que me devuelvan mi vida —respondió Harvey, cogiéndola del brazo (aún llevaba el gato) para acompañarla hasta la escalera—. Voy a recuperarla, señora Griffin. No importa lo que tarde, pero voy a recuperarla.

La señora Griffin dio una mirada al montón de ropa que marcaba el lugar donde Marr se había convertido en nada.

—Quizá puedes hacerlo —dijo ella con asombro en su voz—. De todos los chicos que han pasado por aquí, seguramente tú eres el único que puede vencer a Hood con su propio juego.



XIX

Polvo al polvo

Rictus esperaba arriba, al final de la escalera. Su sonrisa era dulce. Sus palabras no. —Ahora eres un asesino, hombrecito —dijo—. ¿Te ha gustado sentir la sangre de Marr en tus manos?

—Él no la mató —protestó la señora Griffin—. Nunca estuvo viva. Ninguno de vosotros sois seres vivientes.

—¿Qué somos entonces?

—Ilusiones —dijo Harvey, mientras pasaba por delante de Rictus acompañando a la señora Griffin hacia la puerta principal—. Todo son ilusiones.

Rictus les siguió, riéndose convulsivamente.

—¿Qué es eso tan divertido? —preguntó Harvey, mientras abría la puerta para que la señora Griffin saliera a tomar el sol.

—¡Tú! —respondió Rictus—. Tú crees saberlo todo, pero no conoces al señor Hood.

—Dentro de muy poco lo voy a conocer —afirmó convencido Harvey—. Vaya a calentarse —añadió hacia la señora Griffin—. Luego iré yo.

—Ten cuidado, hijo.

—Lo tendré —respondió. Y luego cerró la puerta.

—Eres un tipo raro —dijo Rictus, con su sonrisa un poco decaída. Su cara, cuando sus dientes no deslumbraban, era como una máscara hecha de masa de harina. Dos rendijas como ojos y una burbuja por nariz—. Yo podría sacarte el cerebro por las orejas —continuó, ya sin música en su voz.

—Puede que sí —respondió Harvey—. Pero no lo vas a hacer.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo una cita con tu dueño.

Empezó a caminar hacia el pie de la escalera, pero antes de llegar, vio una figura movediza ante él. Era Jive, y llevaba un plato con pastel de manzana y helado.

—Hay un largo trecho de escalera —dijo—. Es mejor que antes pongas algo en tu estómago.

Harvey observó el plato. El pastel era marrón y dorado, espolvoreado con azúcar, y el helado se fundía en una mezcla blanca y dulce. Desde luego, era tentador.

—Adelante —dijo Jive—. Te mereces un convite.

—No, gracias —respondió Harvey.

—¿Por qué no? —quiso saber Jive, dando una vuelta completa sobre sus talones—. Es más ligero que yo.

—Pero sé de qué está hecho —respondió Harvey.

—Manzanas, canela y...

—No —le interrumpió Harvey—. Sé de lo que está hecho realmente.

Volvió a mirar el pastel y por un momento le pareció entrever la verdad: el polvo gris y las cenizas de los que estaba hecha aquella ilusión.

—¿Crees que está envenenado? —preguntó Jive—. ¿Crees que lo está?

—Puede —respondió Harvey, aún mirando el pastel.

—Pues no lo está, y voy a demostrártelo.

Harvey oyó a Rictus emitir una voz de alarma detrás de él, pero Jive no la captó. Hundió los dedos dentro del pastel y del helado. Luego, en un movimiento rápido, se llevó a la boca un trozo. En el momento de cerrar la boca, Rictus le gritó:

—¡No lo tragues!

Nuevamente era demasiado tarde. La comida fue ingerida de un solo trago. Un instante después, Jive dejó caer el plato y empezó a golpearse el estómago con los puños cerrados, tratando de devolverlo. Pero en lugar de pastel medio mascado, lo que salió de entre sus dientes fue una nube de polvo. Luego otra, y luego otra.

Casi sin poder ver, Jive agarró a Harvey por el cuello.

—¿Qué... has... hecho? —murmuró, tosiendo.

Harvey no tuvo dificultad en soltarse.

—Todo es polvo —dijo—. ¡Mierda, polvo y ceniza! ¡Toda la comida! ¡Todos los regalos! ¡Todo!

—¡Ayúdame! —gritó Jive, desgarrándose la boca—. ¡Que alguien me ayude!

—Ahora, ya no hay ayuda posible para ti —dijo una voz solemne.



Harvey se volvió. Era Rictus quien había hablado; y ahora retrocedía tapándose la cara con las manos. Dirigió una mirada a Jive por una rendija entre sus dedos y le rechinaban los dientes mientras declaraba la horrible verdad:

—No debiste comer de ese pastel. Recuerda a tu barriga de lo que tú estás hecho.

—¿Y qué es? —preguntó Jive.

—Lo que el niño ha dicho —respondió Rictus—. ¡Mierda y ceniza!

Jive se echó la cabeza hacia atrás, gritando: «¡Nooooo!», pero por más que abriera la boca para negarlo, la verdad salía de entre sus dientes: nuevos torrentes secos de polvo que fluían de su garganta y pasaban a sus dedos. Era como un mensaje fatal que se transmitía de una parte a otra de su cuerpo. Tocados por el polvo, sus dedos empezaron a quebrarse; al caer sus trozos, sembraban el mismo aviso de descomposición a los muslos, a las rodillas y a los pies.

Empezó a derrumbarse; pero, en una pируeta final, dio una vuelta y se agarró a la barandilla.

—¡Sálveme! —gritó angustiado, dirigiendo la voz hacia arriba—. ¡Señor Hood!, ¿puede oírme? ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Sálveme!

Sus piernas se desmoronaron; pero aún rehusó rendirse. Empezó a subir la escalera, arrastrándose y llamando aún al señor Hood para que detuviera su destrucción inminente. Sin embargo, no llegó ninguna respuesta de las alturas de la casa ni tampoco ninguna palabra de Rictus. Sólo se oían las súplicas y los gemidos de Jive y el siseo del polvo en los escalones, polvo que caía del saco de su cuerpo a medida que se iba vaciando.

—¿Qué pasa? —preguntó Wendell, que venía de la cocina con kétchup en los bordes de la boca.

Se quedó mirando la enorme nube de polvo que envolvía los primeros peldaños de la escalera, pero no pudo ver la criatura que había en el centro. Harvey, sin embargo, estaba más cerca de la nube y fue testigo de los terribles momentos finales de Jive. La criatura moribunda subió la escalera, ayudándose de una mano casi sin dedos, en la espera —aun al término de su vida— de que su creador viniera a salvarla. Poco después se desplomó sobre los peldaños y sus últimos fragmentos se desmigajaron.

—¿Alguien ha estado quitando el polvo de las alfombras? —preguntó Wendell cuando el polvo de Jive ya se había posado.

—Ya van dos —murmuró Harvey para sí mismo.

—¿Qué dices? —preguntó Wendell.

Antes de contestar, Harvey miró hacia el pasillo por si podía ver a Rictus. Pero el tercer servidor de Hood había desaparecido.

—No importa —aseguró Harvey—. ¿Ya has terminado de comer?

—Sí.

—¿Estaba buena la comida?

—Sí —respondió Wendell con cara de satisfacción—. Ahora puedo ir contigo.

Harvey movió la cabeza negativamente.

—¿Qué quieras decir con eso? —preguntó Wendell.

Harvey estaba a punto de contestar: «Quiere decir que no puedes ayudarme; quiere decir que tengo que subir yo solo a enfrentarme con el señor Hood». Pero, ¿para qué? La casa había seducido enteramente a Wendell. Iba a ser más un estorbo que una ayuda en la batalla que tenía enfrente. Por ello, en su lugar, dijo:

—La señora Griffin está allí fuera.

—¿Así que la encontramos?

—Sí. La encontramos.

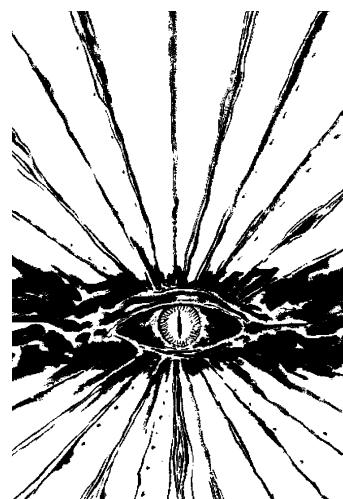
—Iré a decírle hola —dijo Wendell con una simpática sonrisa.

—Buena idea.

Wendell ya tenía su mano en la puerta cuando se volvió y preguntó:

—¿Dónde estarás tú?

Pero Harvey no respondió. Ya había pasado por encima del montón de polvo que había marcado la muerte de Jive y ya estaba cerca del primer rellano en su camino para encontrarse con el terrible poder que le esperaba, estaba seguro de ello, en la oscuridad del ático.



XX

Los ladrones se encuentran

Descubrir la polvorosa verdad enmascarada con pastel y helado era una cosa, pero rasgar la envoltura de engaños que la casa había pulido con tanta perfección, era otra muy distinta. Mientras Harvey subía las escaleras, mantenía la esperanza de encontrar algún pequeño detalle, en las paredes o en las alfombras, que le permitiera introducir los dedos de su mente debajo de la tapadera de aquella ilusión y levantarla para ver qué cosa diabólica se escondía dentro. Si Marr estaba hecha de cieno y espuma, y Jive de polvo, ¿de qué estaba hecha la casa? De lo que no cabía la menor duda era que conocía su negocio demasiado bien. Por más que Harvey lo examinara todo minuciosamente, le era imposible desentrañar sus mentiras. Deleitaba sus sentidos con calor, color y aromas del verano; arrullaba suavemente sus orejas y hacía soplar aquellos aires tan agradables en su cara.

Incluso cuando llegó al oscuro rellano del piso superior, la casa continuaba haciendo ver que esto era sólo otro inocente juego del escondite, al igual que los incontables juegos que había visto jugar a su sombra.

Tenía ante él cinco puertas; todas ellas entreabiertas unos cuantos centímetros, como queriendo decir: «Aquí no hay secretos. No, para un chico que quiera saber la verdad. ¡Entra y mira! ¡Entra y comprueba! Si te atreves».

Se atrevió; pero no tal como la casa lo había planeado. Después de entretenerte unos momentos examinando las puertas, decidió dejar de lado a todas y, en su lugar, descendió un piso, cogió una silla fuerte de una de las habitaciones y se la llevó arriba. Se subió en ella y empujó la trampilla del ático.

Fue un trabajo duro levantar su propio cuerpo para subirse allí, pero tan pronto como lo hubo conseguido, todavía jadeando, supo que la persecución de Hood había llegado ya casi al final. El rey vampiro estaba cerca. ¿Quién, excepto un maestro en ilusiones, podía vivir en un lugar tan distinto de los que creaba? El ático era todo lo que no era la casa: lóbrego, mugriento y lleno de telarañas.

—¿Dónde está usted? —gritó. Era inútil pensar que podía sorprender al enemigo. Hood había olido su visita desde que había pisado el primer escalón—. Salga —dijo—. Quiero ver cómo es un ladrón.

Al principio no hubo respuesta. Luego —procedente de alguna otra parte del ático— Harvey oyó un leve gruñido gutural. Sin esperar a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, empezó a avanzar hacia el lugar de donde procedía el ruido. Al andar, los tablones crujían bajo sus pies.

Se detuvo dos veces para mirar hacia arriba cuando otros ruidos en la oscuridad, por encima de su cabeza, llamaron su atención. ¿Sería un pájaro atrapado y asustado que volaba ciegamente de un lado a otro? ¿O, quizás, cucarachas en las vigas?

Se dijo a sí mismo que debía sacarse de la cabeza tales imaginaciones y concentrarse en hallar a Hood. Ya había suficientes razones para tener miedo sin necesidad de inventar otras. Al contrario de los alrededores de la trampilla, esta parte del ático servía de desván, y su enemigo estaba seguramente acechando entre aquel revoltijo de cuadros carcomidos y muebles viejos. De hecho, ¿no era él a quien veía agitarse en las sombras por el rabillo del ojo?

—¿Hood...? —dijo, mirando de soslayo y tratando de obtener una mejor imagen de aquella forma indeterminada—. ¿Qué hace usted escondido ahí?

Dio otro paso adelante, y al hacerlo, se dio cuenta de su error. No era el misterioso señor Hood. Conocía aquella figura, aún mutilada como estaba: aquellas alas medio descompuestas, aquellos pequeños ojos negros y aquellos dientes, aquellos incontables dientes.

¡Era Carna!

La criatura se levantó a medias de su escuálido nido y trató de atacar a Harvey. Él tropezó al retroceder y hubiera podido ser alcanzado en tres pasos si Carna no hubiera estado cojo por sus heridas y no hubiera tenido tantos obstáculos a su alrededor.

Carna dio golpes a diestra y siniestra para desembarazarse de los trastos, tirando sillas y tumbando cajas; luego se lanzó a una penosa persecución de su presa. Harvey mantenía sus ojos puestos en la bestia mientras retrocedía y su mente hervía de preguntas. ¿Dónde estaba Hood? Éste era el misterio principal. La señora Griffin estaba segura de que se encontraba aquí, en algún lugar, pero ahora Harvey había rastreado todo el ático y su único ocupante era una criatura que le empujaba hacia la salida.

Mientras escapaba echó todavía algunas ojeadas a las sombras, por si antes le hubiera pasado inadvertido algún otro ser escondido por allí. No era una forma humana lo que sus ojos captaron. Era un globo del tamaño de una pelota de tenis y brillante como si estuviera lleno de luz estelar; como una burbuja, surgida de los tablones del suelo, que se elevaba hacia el techo. Momentáneamente y olvidándose del peligro, Harvey observó cómo ascendía, junto con otra. Luego apareció una tercera y aún una cuarta.

Estupefacto por la visión, no se fijó en dónde ponía los pies, tropezó y cayó. Quedó tendido sobre los tablones con su mirada hacia el techo, entre una enrojecida bruma de dolor.

Y allí, encima de él, estaba Hood, en toda su gloria.

Su cara se extendía por todo el techo. Sus facciones aparecían completamente distorsionadas. Sus ojos eran oscuros agujeros escopleados en los maderos. Su nariz estaba chamuscada y era grotescamente chata, como la de un enorme vampiro. Su boca era un corte sin labios que medía probablemente tres metros de ancho, y del cual salía una voz que era como el rechinado de las puertas, el aullido de las chimeneas y el repiqueo de las ventanas.

—¡Niño! —dijo—. Has traído el dolor a mi paraíso. ¡Qué vergüenza!

—¿Qué dolor? —le gritó Harvey en respuesta. Estaba asustado hasta la médula, pero sabía que no era el momento de demostrarlo. Quería utilizar la ilusión, de la misma forma que lo hacía su enemigo; demostrar valor, aunque no lo sintiera—. He venido a buscar lo que es mío, y esto es todo.

Hood absorbió con su boca una de las iluminadas esferas. Su luz se apagó instantáneamente.

—Marr está muerta —dijo—. Jive está muerto. ¡Se han convertido en lodo y polvo por tu culpa!

—Nunca estuvieron vivos —replicó Harvey.

—¿No oíste sus súplicas y sus gritos de desesperación? —preguntó, con los ojos desorbitados—. ¿No sentiste piedad de ellos?

—No —respondió Harvey.

—Entonces, tampoco yo tendré piedad de ti —fue su seca respuesta—. Haré que mi pobre Carna te devore de pies a cabeza, y sienta placer en ello.

Harvey miró en la dirección de Carna. La bestia se había detenido, pero estaba en posición de ataque. Sus chorreantes mandíbulas estaban a pocos centímetros de los pies de Harvey. Ahora que la bestia estaba quieta podía ver la gravedad de sus heridas: su cuerpo degradado como una alfombra podrida, su enorme cabeza inclinándose cada vez que respiraba, como si cada respiro fuera una carga.

Mientras Harvey la contemplaba, recordó algo que la señora Griffin había dicho:

«Ahora acogería la muerte como a un amigo al que hubiera echado de casa.»

Puede que no fuera un viaje a las estrellas lo que esperaba Carna; quizás lo que quería era un retorno a la nada, contra lo cual Hood había conjurado. Pero la criatura quería aquel regalo. Estaba cansada y herida. Se mantenía viva, no por propia voluntad, sino porque Hood requería sus servicios.

—Es una lástima... —murmuró la voz del techo.

—¿Qué? —preguntó Harvey mirando a Hood, que tenía dos globos más en sus labios.

—Perderte de esta forma —prosiguió—. ¿No puedo persuadirte para que vuelvas a pensarlo? Al fin y al cabo, yo no te he hecho ningún daño. ¿Por qué no vuelves y vives aquí pacíficamente?

—¡Usted me ha robado treinta años de convivir con mis padres! —dijo Harvey—. Si me quedo aquí me robará todavía más.

—Sólo te quité los días que tú no querías —protestó Hood—. Los días lluviosos. Los días grises. Los días que tú querías que desaparecieran. ¿Qué crimen hay en esto?

—No sabía lo que me perdía —respondió Harvey.

—Ah —dijo Hood suavemente—, pero ¿no sucede siempre así? Las cosas las dejas escapar de tus dedos, pero cuando están fuera lo lamentas. ¡Pues, lo que se fue, se fue, Harvey Swick!

—¡No! —dijo Harvey—. Lo que usted me ha robado puedo recuperarlo.

Al oír esto, se le encendieron a Hood los agujeros gemelos de los ojos.

—¡Ardes bien, Harvey Swick! —dijo—. Nunca he conocido un alma que ardiera tan bien como la tuya. —Frunció lo que tenía por frente y estudió al muchacho que tenía debajo—. Ahora lo comprendo —dijo.

—¿Comprende qué?

—El motivo de tu vuelta.

Harvey empezó a decir: «Vine por lo que usted me quitó», pero Hood le corrigió antes de que pronunciara dos palabras.

—Tú viniste porque sabías que encontrarías aquí un hogar. Ambos somos ladrones, Harvey Swick. Yo quito tiempo. Tú quitas vidas. Pero, al fin, somos lo mismo: ladrones de los días.

Con todo lo repulsivo que era pensar de sí mismo como cualquier cosa similar a aquel monstruo, algún rincón de Harvey temía que aquello fuera verdad. Este pensamiento lo silenció.

—Quizá no deberíamos ser enemigos —dijo Hood—. Quizá debería acogerte bajo mi ala. Mi ala

oeste —se rió, sin regocijo, de su propio chiste—. Yo puedo educarte. Ayudarte a conocer mejor el sendero oscuro.

—¿De modo que yo acabaría alimentándome de niños, como usted? No, gracias.

—Creo que te gustaría, Harvey Swick —insistió Hood—. Ya has tenido un ensayo como vampiro.

No podía negar eso. La palabra «vampiro» le recordaba el vuelo de aquel Halloween, en que se elevó hacia la Luna de octubre con los ojos encendidos en rojo y sus dientes afilados como navajas.

—Veo que lo recuerdas —dijo Hood, captando la chispa de placer en la cara de Harvey.

Pero éste, instantáneamente, volvió a adoptar la expresión ceñuda de antes.

—No quiero estar aquí —concluyó—. Sólo quiero recoger lo que es mío y marcharme.

Hood suspiró.

—Es triste —dijo—, es muy triste. Pero si quieras lo que es tuyo tendrás la muerte. ¿Carna...? —La bestia levantó su lastimada cabeza—. ¡Devóralo!

Antes de que la maltrecha bestia pudiera levantarse, Harvey echó a correr. En su carrera hacia la trampilla, sabía que su oportunidad de ganar a Carna era remota; pero ¿no había quizás otra manera de apaciguar la bestia? Si él era un ladrón de siempre, como había dicho Hood, tal vez fuera el momento de probarlo. No con polvo ni conjuros robados, pero sí con la fuerza de sus propios huesos.

Carna dio un paso amenazante hacia él, pero en lugar de huir, Harvey le tendió un brazo, como si quisiera acariciar su dañado rostro. Vaciló, y su expresión mostraba alguna duda.

—¡Devóralo! —rugió el vampiro rey.

La bestia bajó la cabeza, esperando el castigo de arriba. Pero fue Harvey quien puso su mano encima; un toque suave que envió un temblor a todo su cuerpo. Levantó su hocico para presionarlo contra la palma de Harvey, y mientras lo hacía, emitió un gemido, largo pero casi imperceptible.

En aquel sonido no había dolor ni queja. De hecho, era casi una voz de gratitud. Por una vez, no estaba sometido a golpes ni a emitir aullidos de horror. Volvió los ojos hacia la cara de Harvey y experimentó una sensación de placer en todo su cuerpo. Parecía saber que el cambio sería fatal, ya que al instante se apartó de Harvey y sus temblores se multiplicaron, hasta que su cuerpo estalló, de súbito, en mil trozos.

Sus dientes, tan temibles momentos antes, se expandieron en la oscuridad. Su gigantesco cráneo quedó aplastado, y su espina dorsal despedazada. En pocos segundos no había más que un montón de huesos tan secos y viejos que incluso el perro más desesperado habría pasado de largo ante ellos.

Harvey levantó la mirada hacia la cara del techo. La expresión de Hood era de suma perplejidad. Su boca se había quedado abierta y sus ojos le miraban fijamente desde sus agujeros.

Harvey no esperó a que rompiera el silencio. Simplemente dio la espalda a los restos de Carna y se dirigió a la trampilla, casi esperando que la criatura del techo la cerrara de golpe. Sin embargo, no hubo respuesta de Hood hasta que Harvey se estaba deslizando sobre la silla del rellano. Solamente luego, cuando Harvey daba su última ojeada al ático, Hood habló:

—Oh, mi pequeño ladrón... —murmuró—. ¿Qué vamos a hacer contigo ahora?





XXI*Trucos y tentaciones*

Has hecho bien —dijo la cara sonriente que le esperaba en la escalera. —No sabía dónde estabas —respondió Harvey a Rictus.

—Siempre dispuesto a servirte —fue la tonta y servicial respuesta.

—¿De verdad? —dijo Harvey, bajando de la silla para luego acercársele.

—Naturalmente —respondió Rictus—. Siempre.

Ahora estaba más cerca de aquel ser y Harvey vio las fisuras de su capa exterior. Estaba moldeando una sonrisa y suavizando sus palabras con mantequilla y miel; pero era el ácido olor a miedo lo que fluía de su enfermiza piel.

—Tienes miedo de mí ¿verdad? —dijo Harvey.

—No, claro que no —insistió Rictus—. Soy respetuoso. Esto es todo. El señor Hood piensa que eres un chico muy brillante. Me ha instruido para ofrecerte todo lo que deseas para quedarte. —Y levantando los brazos, añadió—: El cielo es el límite.

—Ya sabes lo que quiero.

—Cualquier cosa menos los años, ladrón. No puedes recuperarlos. Además, tampoco los necesitas si quieras convertirte en el aprendiz del señor Hood. Vivirás siempre, al igual que él. —Se quitó las gotas de sudor de su labio superior con un trapo sucio y amarillento—. Piénsalo. Puedes ser capaz de matar a seres como Carna... o a mí mismo... Pero nunca podrás dañar a Hood. Es demasiado viejo; demasiado sabio; demasiado muerto.

—Si yo estuviera... —empezó Harvey.

La sonrisa de Rictus se ensanchó.

—¿Sí...?

—¿Podrían liberarse los niños del lago?

—¿Por qué molestarte por ellos?

—Porque entre ellos hay una amiga mía —le recordó Harvey.

—Hablas de la pequeña Lulu, ¿no es cierto? —dijo Rictus—. Bien, pues permíteme decirte que es muy feliz allí. Todos lo son.

—¡No, no lo son! —exclamó Harvey encolerizado—. El lago es asqueroso y tú lo sabes. —Dio unos pasos y se acercó a Rictus, apuntándole con el dedo. Éste retrocedió, como si temiera por su vida, lo cual podía estar justificado—. ¿Cómo puede gustarle a alguien vivir con frío y a oscuras?

—Tienes razón —respondió Rictus, levantando sus manos en señal de rendición—. Lo que tú digas.

—Pues ahora te lo ordeno: ¡Liberalos, ahora! ¡Si no lo haces, lo haré yo!

Empujó a Rictus, apartándole de su camino, y empezó a bajar los peldaños de dos en dos. No tenía idea de lo que iba a hacer cuando llegara al lago; los peces eran peces, después de todo, aun habiendo sido niños; si trataba de sacarlos del agua, probablemente se ahogarían en el aire. Pero estaba determinado a salvarlos de Hood como fuera.

Rictus bajó tras él, hablando como un charlatán que quisiera venderle algo.

—¿Qué quieres? —dijo—. ¡Sólo imagínalo y es tuyo! ¿Qué te parece una motocicleta para ti? —Mientras hablaba, algo brillaba en el rellano siguiente. Era la motocicleta más hermosa que los ojos humanos hubieran visto nunca—. ¡Es tuya, muchacho! —dijo Rictus.

—No, gracias —respondió Harvey.



—¡No te culpo! —dijo Rictus. Y al llegar a ella, la apartó de una patada—. ¿Libros? ¿Te gustan los libros?

Antes de que Harvey pudiera responder, la pared de enfrente se levantó como si fuera una gran cortina de ladrillos, dejando al descubierto una gran estantería completamente llena de volúmenes encuadrados en piel.

—¡Las obras maestras del mundo! —insistió Rictus—. ¡De Aristóteles a Zola! ¿No?

—¡No! —respondió Harvey, acelerando el paso.

—Ha de haber algo que te guste.

Ahora ya llegaban al tramo final de la escalera y Rictus sabía que no disponía de mucho tiempo antes de que su víctima saliera al aire libre.

—¿Te gustan los perros? —dijo, mientras irrumpían en la escalera cantidad de cachorros ladradores—. ¡Coge uno! ¡Demonios, cógelos todos!

Harvey estaba tentado, pero siguió bajando, prescindiendo de ellos.

—¿Algo más exótico, tal vez? —y una manada de papagayos de vistosas plumas descendieron del techo. Harvey los ahuyentó.

—Demasiado ruidosos, ¿eh? Tú quieras algo más silencioso y feroz. ¡Tigres! ¡Esto es lo que quieras! ¡Tigres!

Tan pronto como lo dijo, aparecieron en el vestíbulo dos tigres blancos con unos ojos que parecían de oro pulido.

—No hay donde cuidarlos —dijo Harvey.

—¡Eres práctico! —Rictus estuvo de acuerdo—. Me gustan los chicos prácticos.

Mientras se iban las fieras, sonó el teléfono del pasillo, junto a la cocina. Rictus bajó en dos saltos los peldaños restantes y en dos más llegó al teléfono.

—¡Escucha esto!. Es el presidente de Estados Unidos. ¡Quiere darte una medalla!

—No, no lo es —dijo Harvey, ya cansado de aquella jerigonza. Ahora ya estaba al final de la escalera y se dirigía a la puerta principal.

—Tienes razón —dijo Rictus, todavía con el auricular en la oreja—. ¡Quiere darte un campo petrolífero de Alaska! —Harvey seguía andando—. ¡No, no, me he equivocado! ¡Quiere darte Alaska!

—Demasiado frío.

—Dice si te gustaría Florida.

—Demasiado calor.

—Muchacho, eres difícil de contentar. ¡Por favor, Harvey Swick!

Desdeñando a Rictus, Harvey asió el picaporte. Rictus colgó el teléfono y corrió hacia él.

—¡Espera! —gritó—. ¡Espera! Aún no he terminado.

—No tienes nada de lo que yo quiero —dijo Harvey, abriendo la puerta—. Todo son filfas.

—¿Y qué, si lo son? —Rictus se alteró súbitamente—. También lo es el Sol de ahí fuera y puedes gozar de él. Y deja que te diga esto: se necesita una gran cantidad de magia para conjurar todas estas simulaciones y paparruchas. El señor Hood está sudando mucho para encontrar algo que te guste.

Sin hacerle caso, Harvey salió al porche. La señora Griffin estaba de pie, en el césped, con el gato Stew en sus brazos y mirando indirectamente la casa. Cuando vio salir a Harvey, sonrió y dijo:

—He oído muchos ruidos. ¿Qué ha pasado allí arriba?

—Se lo contaré luego —contestó Harvey—. ¿Dónde está Wendell?

—No lo sé. Hace rato que no lo veo.

Harvey ahuecó las manos junto a su boca y le llamó.

—¡Wendell! ¡Wendell!

La voz le era devuelta por el eco de la casa. Pero no había respuesta de Wendell.

—Es una tarde tan calurosa —dijo Rictus— que posiblemente ha ido... a nadar.

—¡Oh, no! —murmuró Harvey—. ¡No, Wendell, no! ¡Por favor! ¡Wendell no!

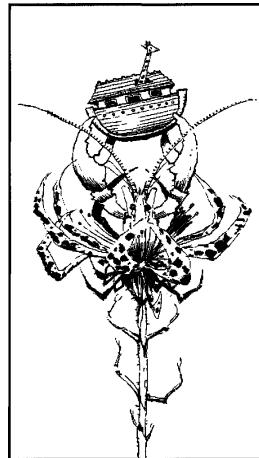
Rictus se encogió de hombros. Luego dijo:

—De todas maneras era un niño muy gordínflón. Probablemente tendrá mejor aspecto en forma de pez.

—¡No! —gritó Harvey a la casa—. ¡Esto es injusto! ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes!

Las lágrimas anegaron sus ojos. Se las quitó con sus puños y pensó que tan inútiles eran los puños como las lágrimas. No podía ablandar el corazón de Hood con lágrimas ni podía derribar la casa a puñetazos. Contra el enemigo, no tenía más arma que su ingenio, y su ingenio estaba a punto de agotarse.





XXII*Apetito*

Oh, si fuera nuevamente un vampiro —pensó Harvey—. Tener garras, colmillos y hambre de sangre, como lo fui en aquel Halloween, ya tan distante.» Al final, aquel hambre se había convertido en aversión. Ahora no se echaría atrás. Oh no. Ahora dejaría crecer en él la bestia para que pudiera volar hasta la misma cara de Hood con todo su odio bien afilado.

Pero él no era una bestia. Era un muchacho. Era el rey vampiro quien tenía el poder; no él.

Entonces, cuando alzó la mirada a la casa, recordó algo que Rictus le había dicho en la puerta:

«Se necesita mucha cantidad de magia para conjurar todas estas simulaciones y paparruchas. El señor Hood está sudando mucho para encontrar algo que te guste.»

Tal vez no necesite colmillos para dejarle seco, pensó. Puede que lo único que necesite sea simplemente desearlo.

—Quiero hablar con Hood —dijo a Rictus.

—¿Para qué?

—Bueno... Puede que haya algunas cosas que me gustaría tener. Pero quiero hablarle de ello personalmente.

—Está escuchando —respondió Rictus, señalando la casa con la mirada.

La vista de Harvey recorrió las ventanas, los aleros, el porche y todo lo demás; pero no había ningún signo de su presencia.

—No lo veo —dijo.

—Sí, lo ves —respondió Rictus.

—¿Está en la casa? —dijo Harvey, mirando hacia la puerta.

—¿Aún no lo has adivinado? —respondió Rictus—. Él es la casa.

Mientras hablaba, una nube ocultó el Sol. El tejado y las paredes se hicieron más oscuras; la casa entera parecía crecer como un hongo monstruoso. ¡Estaba viva! Del tejado a los cimientos. ¡Viva!

—¡Adelante! —dijo Rictus—. Háblale. Él te escucha.

Harvey avanzó un paso en dirección a la casa.

—¿Puedes escucharme?

La puerta principal se abrió un poco más, y el aire de un suspiro que llegaba de lo alto de las escaleras levantó una nube del polvo de Jive que salió hacia el porche.

—Puede oírte —dijo Rictus.

—Si yo me quedo... —empezó Harvey.

—¿Sí...? —dijo la casa, formando la palabra con crujidos y chirridos.

—... ¿me darás todo lo que quiera?

—Para un chico brillante como tú... cualquier cosa —fue la respuesta.

—¿Lo prometes? ¿Con tu magia?

—Lo prometo. Lo prometo. Pronuncia solamente la palabra.

—Bien, pues para empezar...

—¿Sí...?

—Perdí mi arca.

—Luego has de tener otra, mi Estrella Polar —dijo la casa—. Más grande, más hermosa.

Y un tablero del porche se dobló, formando un arca tres veces más grande que la primera.

—No quiero animales de madera —dijo Harvey mientras avanzaba en dirección a los escalones de la casa.

—¿De qué, pues? —preguntó Hood—. ¿Plomo? ¿Plata? ¿Oro?

—De carne y hueso —respondió Harvey—. Pequeños animales perfectos.

—Me gusta el reto —dijo Hood, y mientras hablaba, una pequeña barahúnda de bramidos y mugidos salió del arca. Las pequeñas ventanas se abrieron, así como las puertas, apareciendo inmediatamente medio centenar de animales perfectos en miniatura: elefantes, jirafas, hienas, marmotas, palomas...

—¿Satisfecho? —dijo Hood.

—Está bien, supongo.

—¿Cómo que está bien? —protestó Hood—. Es un pequeño milagro.

—Pues hazme otro.

—¿Otra arca?

—Otro milagro.

—¿Qué te gustaría?

Harvey dio la espalda a la casa y se dirigió al césped. La presencia de la señora Griffin, que observaba con asombro, le inspiró el deseo siguiente.

—Quiero flores —dijo—. ¡En todas partes! Y no quiero dos iguales.

—¿Para qué? —dijo la casa Hood.

—Has dicho que podía pedir lo que quisiera —respondió Harvey—. No has dicho que tuviera que darte razones. Si tengo que dártelas, entonces ya deja de ser divertido.

—Oh, no, no lo quisiera nunca —dijo la casa Hood—. Debes pasártelo bien a cualquier coste.

—Entonces, dame las flores —insistió Harvey.

El césped empezó a temblar como si se tratara de un pequeño movimiento sísmico, y segundos después, incontables tallos hacían presión por salir entre las hierbas. La señora Griffin empezó a reírse con ganas.

—¡Mira! —dijo—. ¡Mira!

Era todo un espectáculo. Decenas de miles de capullos floreciendo al mismo tiempo. Harvey hubiera podido identificar unas pocas si hubiera ido examinándolas: tulipanes, narcisos, rosas... Pero la mayor parte de ellas eran nuevas para él: especies que solamente florecían por la noche, en las alturas del Himalaya o en las erosionadas mesetas de Tierra de Fuego; flores tan grandes como su propia cabeza, o tan pequeñas como la uña del pulgar; flores que olían como carne podrida, y otras como la brisa del mismo cielo.

Pese a que sabía que todo aquello era una ilusión, estaba realmente impresionado, y así lo dijo.

—Es maravilloso —dijo, dirigiéndose a la casa Hood.

—¿Satisfecho?

La voz era un poco más débil que antes. Harvey tuvo una sospecha. Sospechaba la causa. Pero no dejó que se le notara. Simplemente dijo:

—Vamos para allá...

—¿Adonde? —dijo la casa Hood.

—Bueno —respondió Harvey—. Supongo que lo sabremos cuando lleguemos.

Un pequeño gruñido de irritación salió de la casa, sacudiendo las ventanas. Una o dos pizarras cayeron del tejado y se estrellaron contra el suelo.

«Tendré que andarme con cuidado», pensó Harvey. Hood se enfadaba. Rictus era de la misma opinión.

—Espero que no estés jugando con el señor Hood —advirtió—, porque no le gustan esa clase de juegos.

—Él quiere verme feliz, ¿no es así? —dijo Harvey.

—Desde luego.

—Entonces, ¿qué te parece algo para comer?

—La cocina está llena —respondió Rictus.

—Pero no quiero pastelitos ni perritos calientes. Quiero... —Hizo una pausa, hurgando en su memoria para recordar exquisitezcs de las que había oído hablar—. Cisne asado, ostras... y aquellos huevecitos negros.

—¿Caviar? —dijo Rictus.

—¡Eso es! ¡Quiero caviar!

—¿Estás seguro? No tiene muy buen sabor.

—¡De todas formas lo quiero! ¡Y ancas de rana... y rábano silvestre... y granadas...!

Los platos iban apareciendo en el vestíbulo, plato sobre plato, algunos calientes. Los olores ponían los dientes largos al principio, pero cuantos más platos añadía Harvey a la lista, más molesta se hacía la mezcla. Rápidamente empezó a agotar el menú de platos reales, pero en lugar de facilitar el trabajo a la casa con albóndigas o pizzas, empezó a inventar platos.

—¡Quiero langostas hervidas con limonada y filetes de caballo con salsa jelly-baby, y queso de granja, y sopa de pepperoni.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Rictus—. ¡Vas demasiado rápido!

Pero Harvey no paraba.

—¡... y coles de Bruselas con estofado de buey... y caracoles con pie de cerdo... y...!

—¡Espera! —aulló la casa.

Esta vez, Harvey esperó.

Mientras inventaba platos, ni siquiera había comprobado si Hood le servía aquellos comestibles, pero ahora vio todos los platos que había pedido, formando una pila tan alta que amenazaba con

derrumbarse y poner a flote el arca en un pestilente mar de carnes, dulces y estofados.

—Sé lo que estás haciendo —dijo la casa Hood.

«Uh —pensó Harvey—. Se me echa encima.»

Desde su festín, junto a la puerta, miró hacia arriba para examinar la fachada y vio que su plan de sangrar la casa de su magia estaba funcionando. Muchas de las ventanas estaban ahora rotas; las puertas resquebrajadas y colgando de sus bisagras; los tablones del porche, doblados e inservibles.

—Me estás probando, ¿no? —dijo Hood. Su voz no había sido nunca melodiosa, pero ahora era más desagradable que nunca; era como el rugir de la barriga del diablo—. Admítelo, ladrón.

—Si quiero convertirme en tu aprendiz debo saber hasta dónde llega tu poder.

—¿Y ya estás satisfecho? —dijo la casa.

—Casi —respondió Harvey.

—¿Qué más quieres?

Es verdad. ¿Qué más? pensó Harvey. Su mente estaba dando vueltas sobre aquellas ridículas listas. Quedaba poco por pedir.

—Puedes disponer de un regalo final —dijo la casa Hood—. Una prueba final de mi poder. Luego, tendrás de aceptarme como tu maestro para siempre. ¿De acuerdo?

Harvey sintió que un reguero de sudor le bajaba por su espina dorsal. Contempló la destalada casa con su mente a toda marcha. ¿Qué faltaba por pedir?

—¿De acuerdo? —repitió la casa.

—De acuerdo —respondió.

—Entonces, dime, ¿qué quieres?

Miró los pequeños animales alrededor del arca, las flores y la comida que llenaba la entrada. ¿Qué iba a pedir? Una demanda final que rompiera la espalda a Hood. Pero ¿qué?

De la parte del lago llegó un soplo de aire muy frío. El otoño no tardaría en llegar. La estación de las cosas que mueren.

—¡Ya lo sé! —dijo al fin.

—Dime —contestó la casa—. Dímelo y demos por terminado este juego de una vez por todas. Quiero tu ardiente alma bajo mi ala, pequeño ladrón.

—Yo quiero las estaciones —dijo Harvey—. Todas las estaciones enseguida.

—¿Enseguida?

—¡Sí, enseguida!

—¡Esto no tiene sentido!

—¡Pero es lo que quiero!

—¡Estúpido! ¡Imbécil!

—¡Es lo que quiero! ¡Has dicho un deseo más y basta!

—Muy bien —dijo la casa—. Voy a dártelo. Y en cuanto lo tengas, tu alma será mía.



XXIII

La guerra de las estaciones

Hood no perdió el tiempo. Apenas acababa de hacer su oferta final a Harvey, aquel viento fragante aumentó brutalmente de fuerza, llevándose las nubes de algodón que hasta entonces habían adornado el cielo estival. En su lugar, vino un cúmulo nimbo del tamaño de una montaña que se extendió por encima de la casa, como una sombra proyectada contra el cielo.

En sus oscuras entrañas había más que rayos y truenos. Estaban las ligeras lluvias que caían a primeras horas de la mañana para fijar las semillas de otra primavera; estaban las tristes nieblas del otoño, y también las nieves cíclicas que habían enmarcado tantas y tantas noches de Navidad en la casa. Ahora venían simultáneamente los tres fenómenos —lluvias, nieves y nieblas— fundidas en un aguanieve que lo cubría todo menos el sol. Habría matado de frío las flores del montículo si antes no se las hubiera llevado el viento, arrollándolas con tanta fuerza que cada pétalo y cada hoja volaban separados de sus tallos.

Situado en la línea frontal entre aquella corriente fragante y la contrapuesta cortina de hielo y brumas, Harvey apenas podía mantenerse en pie. Pero abrió las piernas y plantó sus pies en el suelo, dispuesto a resistir cada ráfaga y cada embate, sin intención de buscar refugio. Podía ser la última vez que contemplara una cosa así, como espíritu libre; naturalmente, como espíritu viviente. Valía la pena disfrutarlo.

Era un espectáculo digno de ver; una batalla única en el planeta.

A su izquierda, los rayos del sol se clavaban en las nubes de tormenta en nombre del verano, solamente suavizados por las nieblas de otoño; mientras que, a su derecha, la primavera movilizaba sus legiones de plantas y tierra, viendo luego cómo sus vástagos eran asesinados por las heladas de invierno, antes de que pudieran mostrar sus colores.

Ataque tras ataque, todos eran realizados y repelidos; los toques de diana y retirada sonaban cien veces, pero ninguna estación era capaz de gobernar el día. Pronto fue imposible distinguir entre victorias y derrotas. Los avances y los repliegues, las dispersiones y los cercos; todo se convirtió en una confusión. Las nieves se mezclaban con las aguas al caer; las lluvias se convertían en vapor, y el sudor alimentaba nuevos brotes con la putrefacción de sus hermanos.

Y en alguna parte, en medio del caos, el poder que lo había causado levantó la voz, encolerizado, pidiendo que cesara.

—¡Ya basta! —gritaba la casa Hood—. ¡Ya basta!

Pero su voz —otrota tan terriblemente autoritaria— se había debilitado. Sus órdenes no eran captadas; o, si lo eran, no se obedecían.

Las estaciones seguían luchando, lanzándose unas contra otras, con raros abandonos. A su paso, destrozaban la casa, ya que ésta se hallaba en el centro mismo del campo de batalla.

Las paredes, que ya habían empezado a debilitarse al disminuir el poder de Hood, fueron derribadas por el viento enfurecido. Las chimeneas se derrumbaron tras de ser alcanzadas por los rayos. Los pararrayos trabajaron tanto que se fundieron y cayeron sobre el tejado, desnudo ya de pizarra, en una lluvia de fuego que incendió todo tablón de madera, barandilla o mueble que alcanzara. El porche, aporreado por el granizo, quedó hecho astillas. La escalera, después de balancearse sobre sus cimientos por la acumulación de escombros a su alrededor, se desplomó como un castillo de naipes.

Harvey miraba de reojo la cara de la tormenta y era testigo de lo que ocurría, disfrutándolo de lo lindo. Había venido a la casa en busca de los años que Hood le había quitado, pero nunca se le había pasado por la cabeza que fuera capaz de derrumbar el edificio. Y sin embargo, allí estaba, cayéndose ante sus ojos. El intenso ruido del viento y de los truenos no fue suficiente para ahogar el estruendo de la casa al desplomarse y quedar convertida en polvo. Cada clavo, cada larguero y cada ladrillo parecían chillar a un tiempo. Un lamento de dolor que solamente el olvido podía aliviar.

A Harvey se le negó la oportunidad de dar la última ojeada a Hood en sus postreros momentos. Una nube de polvo se levantó como un velo para obstruir su visión. Pero él supo que su batalla con el rey vampiro había llegado a su fin cuando las estaciones cesaron en sus hostilidades y se restauró la paz. El cumulo nimbo suavizó su furia y se dispersó; el viento se convirtió en una agradable brisa; el sol

feroz se apaciguó y se cubrió de niebla.

No obstante, quedaban en el aire restos de la tormenta; pétalos y hojas, polvo y ceniza. Todo cayó como una lluvia de sueños, aunque su caída marcó realmente el final de un sueño.

—¡Oh, mi niño...! —gritó la señora Griffin.

Harvey se volvió hacia ella. Se hallaba a pocos metros de él, mirando al cielo. Había un pedazo de azul sobre sus cabezas; la primera visión del cielo real que aquellas pocas hectáreas de terreno habían visto desde que Hood había fundado su imperio de ilusiones. Pero no era aquel trozo de azul lo que miraba, sino una congregación de luces flotantes —las mismas que Harvey había visto alimentar a Hood en el ático— que habían sido liberadas por el colapso de la casa. Ahora formaban una corriente que se dirigía directamente al lago.

—Las almas de los niños —dijo ella. Su voz se agudizaba a medida que pronunciaba las palabras— . ¡Qué bello!

Harvey vio que su cuerpo ya no era sólido. Palidecía ante sus ojos.

—Oh, no —murmuró.

Ella, apartó los ojos del cielo y bajó su mirada al gato que sostenía en sus brazos, el cual también se volvía etéreo.

—Míranos —dijo la señora Griffin, con una sonrisa en su difusa cara—. ¡Es tan maravilloso!

—Pero usted está desapareciendo.

—Ya me he consumido aquí demasiado tiempo, hijo mío —dijo. Había un brillo de lágrimas en su cara, pero eran lágrimas de gozo, no de tristeza—. Ya es hora de irnos... —Siguió acariciando al gato *Stew* mientras iban desapareciendo de su vista—. Tú tienes el alma más brillante que nunca he conocido —dijo—. Sigue brillando. ¿Lo harás?

Harvey hubiera deseado tener palabras para persuadirla de quedarse un poco más. Pero aunque las hubiera tenido, sabía que habría sido egoísta en pronunciarlas. La señora Griffin se iba a otra vida donde todas las almas brillaban.

—Adiós, niño —continuó diciendo—. Dondequiera que vaya, hablaré de ti con cariño.

Luego, su fantasmagórica figura desapareció, dejando a Harvey solo en las ruinas.



XXIV

*Un aprendiz
de ladrón*

No iba a estar solo mucho tiempo. Apenas desaparecida la visión de la señora Griffin y el gato *Stew*, Harvey oyó una voz que le llamaba por el nombre. El aire estaba todavía turbio por el polvo y tuvo que buscar mucho para encontrar a la persona que hablaba. Pero, al fin, la vio corriendo hacia él.

—¿Lulu...?

—¿Quién, si no? —dijo riendo.

Estaba aún empapada del agua sucia del lago, pero al deslizarse ésta por el cuerpo y caer al suelo, los últimos restos de sus escamas plateadas se fueron con ella. Cuando le abrió los brazos, ya eran brazos humanos.

—¡Estás libre! —dijo, corriendo a su encuentro. Luego la abrazó fuertemente y dijo—: ¡No puedo creer que estés libre!

—Todos somos libres —respondió ella, volviendo la mirada hacia el lago.

Era una visión extraordinaria: una procesión de niños riendo, acercándose a través de la niebla. Los que estaban más cerca ya habían recuperado su forma humana; los que estaban más atrás, todavía se sacudían lo que les quedaba de pez en el cuerpo.

—Deberíamos salir todos de aquí —dijo Harvey, mirando hacia el muro—. No creo que ahora tengamos ninguna dificultad en atravesar aquella pared de niebla.

Uno de los niños que estaba detrás de Lulu *había* descubierto, en las ruinas de la casa, una caja que contenía prendas de vestir, y al anunciarlo a los demás, todos se precipitaron hacia allí para encontrar algo que ponerse. Lulu dejó a Harvey para unirse a la búsqueda, pero no antes de haberle dado un beso en la mejilla.

—No esperes ninguno de mí —se oyó una voz entre el polvo; y apareció Wendell, riéndose de oreja a oreja—. ¿Qué has hecho, Harvey? —dijo ante aquel caos—. ¿Desmontar la casa ladrillo a ladrillo?

—Algo parecido —respondió Harvey, incapaz de disimular su orgullo.

Del lago llegaba un ruido continuo e intenso.

—¿Qué es esto? —preguntó Harvey.

—El agua se va —respondió Wendell.

—¿Adonde?

—¿A quién le importa? —dijo—. ¡A lo mejor se va todo directamente al infierno!

Deseoso de verificarlo, Harvey se acercó al lago, y a través del polvo que había en el aire, comprobó que se había convertido realmente en una poza. Aquellas aguas, antes inmóviles, formaban ahora un gran remolino.

—A propósito, ¿qué le ha pasado a Hood? —preguntó Wendell.

—Se ha ido —respondió Harvey, casi magnetizado por la visión de la vorágine—. Todos se han ido.

Aún sus palabras no habían acabado de salir de sus labios cuando surgió una voz que dijo:

—No todos.

Volvió la espalda al agua por ver quién hablaba, y allí, entre los escombros, estaba Rictus. Su bonita chaqueta estaba rota, y su cara blanca del polvo... Parecía un payaso; un payaso con risa.

—¿Cómo podía irme? —dijo—. Nunca nos hemos dicho adiós.

Harvey lo miró con cara de frustración. Hood se había derrumbado con toda su magia. ¿Cómo pudo Rictus sobrevivir a la desaparición de su dueño?

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Rictus, mientras se metía una mano en el bolsillo—. Tú no te explicas cómo no estoy muerto y desaparecido. Bien, te lo explicaré. Hice planes con anticipación. —Sacó del bolsillo una esfera de cristal que centelleaba como si tuviera una docena de velas encendidas—. Robé una pequeña cantidad de magia del viejo por si alguna vez se cansaba de mí y trataba de ponerme fuera de mi miseria. —Levantó la esfera hasta la altura de su cara, que aún reía descaradamente—. Tengo aquí poder suficiente para ir tirando años y años —dijo—. Los suficientes para construir una nueva casa y continuar donde Hood nos dejó. Oh, no te inquietes, muchacho. Tengo un puesto para ti... —y le dio una palmada en el muslo—. Puedes ser mi secretario. Te mandaré a buscar nenes aburridos para traerlos a casa del tío Rictus. —Otra palmada—. ¡Ven! —concluyó—. No

malgastes el tiempo ahora. Yo no...

Se detuvo aquí cuando su mirada se fijó en las ruinas, junto a sus pies.

Una terrorífica exclamación ahogada, escapó de su garganta.

—¡Oh, no...! —murmuró—. Yo...

Antes de que pudiera terminar, una mano de unos treinta centímetros de largo se alzó de entre el cascajo y lo agarró por el cuello. Luego, con un movimiento increíblemente rápido, tiró de él, obligándole a agacharse entre las ruinas.

—¡Es mía! —dijo una voz que salía del suelo—. ¡Mía!

Harvey sabía que era Hood. No había otra voz en toda la Tierra que cortara tan a fondo.

Rictus se esforzó para soltarse de la mano de su creador y buscó en el suelo algún arma. Pero no tenía ninguna a mano. Todo lo que tenía era su maestría en persuasión.

—La magia es suya —cocedió—. ¡La tenía guardada para usted!

—¡Mentiroso! —dijo la voz de las ruinas.

—¡Es verdad! ¡Lo juro!

—¡Entonces, dámela! —ordenó Hood.

—¿Dónde la pongo? —preguntó Rictus con una voz que parecía un gruñido estrangulado.

La mano de Hood aflojó un poco y le permitió levantarse hasta colocarse de rodillas.

—Aquí mismo... —dijo Hood, con su dedo meñique todavía cogido al cuello de la camisa de Rictus, mientras el índice señalaba abajo, hacia la enrona—. Ponía en el suelo.

—Pero...

—¡En el suelo!

Rictus presionó la esfera entre sus manos y ésta se aplastó como una esfera de azúcar. Su brillante contenido se derramó entre sus manos y fue a parar al suelo.

Hubo un momento de silencio; luego, un temblor se extendió por todas las ruinas de la casa.

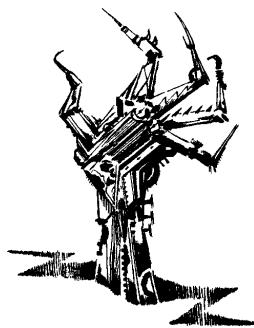
El dedo de Hood dejó libre a su cautivo, y Rictus se levantó rápidamente. Sin embargo, no tenía ninguna posibilidad de escapar. Trozos de madera y piedra se precipitaron instantáneamente, por encima de los montones de derribos, hacia el punto en donde la magia se había derramado. Algunos incluso volaban por el aire. Todo lo que Rictus pudo hacer fue cubrirse la cabeza cuando el pedrisco se incrementó.

Harvey estaba a salvo de los desechos volantes y pudo muy bien haberse retirado en aquellos momentos. Pero era demasiado listo para tomar tal decisión. Si huía ahora, su conflicto con Hood no terminaría nunca. Sería una pesadilla que nunca se quitaría de la cabeza. Cualquier cosa que pasara luego, aunque terrible, era mejor verla y comprenderla que volverle la espalda y tener su mente obsesionada con imaginaciones hasta el día de su muerte.

No tuvo que esperar mucho para ver el siguiente movimiento de Hood. La mano que sujetaba a Rictus se abrió de súbito y, en un momento, desapareció de su vista. Instantes después, el suelo se partió y apareció una figura que se doblaba a medida que escalaba para salir de su tumba de escombros.

Rictus lanzó un grito de horror, pero fue corto. Antes de que pudiera retroceder un paso, la figura humanoide lo agarró y, girando en dirección a Harvey, mantuvo en alto al traidor sirviente.

Al final, aquí estaba el genio maligno que había construido la casa de vacaciones, en forma más o menos humana. No estaba hecho de carne, sangre y hueso, sin embargo. Había utilizado la magia que Rictus le había proporcionado involuntariamente para crear otro cuerpo. En los buenos tiempos de su maléfico reinado, Hood había sido la casa. Ahora, era todo lo contrario. La casa, lo que quedaba de ella, se había convertido en el señor Hood.





XXV

La vorágine

Sus ojos estaban hechos de espejos rotos, y su cara de piedra picada. Tenía una melena hecha de astillas, y extremidades de madera. Sus dientes eran trozos de pizarra, y por uñas tenía tornillos oxidados. Cubría su cuerpo una capa de trapos viejos que apenas ocultaba la oscuridad de su corazón.

—O sea, ladrón... —dijo, ignorando los penosos esfuerzos de Rictus por deshacerse de él—, que me ves como el hombre que fui. O, mejor dicho, como una copia de aquel hombre. ¿Es esto lo que esperabas?

—Sí —respondió Harvey—. Es exactamente lo que esperaba.

—¿Ah, sí?

—Eres añicos, remiendos y porquería —dijo Harvey—. ¡No eres nada!

—¿Nada soy? —respondió Hood—. ¿Nada? ¡Ya! ¡Pues te voy a enseñar, ladrón! Te voy a enseñar lo que soy.

—¡Deje que lo mate yo por usted! —Rictus logró abrir la boca—. ¡No tiene por qué molestarte! ¡Yo lo haré!

—¡Tú lo trajiste aquí! —dijo Hood, mirando a su servidor con sus troceados ojos—. ¡Te maldigo!

—Sólo es un niño. Puedo con él. ¡Déjeme hacerlo! Déjeme...

Antes de que Rictus pudiera terminar, Hood cogió la cabeza de su sirviente y, con un simple movimiento, la giró en redondo y se la arrancó. Una nube amarillenta de apestoso gas salió de la cabeza cortada, y Rictus —el último del abominable cuarteto de Hood— pereció en un instante. Hood soltó la cabeza, y ésta se elevó como un globo sin cerrar; empezó a trazar rizos en el aire, al tiempo que expelía una sonora ventosidad, hasta quedar vacía y caer al suelo.

Hood se deshizo del cuerpo, el cual se encogió y quedó reducido a la nada.

—Ahora, ladrón —dijo—, ¡VAS A VER MI PODER DE VERDAD!

Su melena de astillas se enderezó, como si fueran dispuestas todas ellas para pinchar el corazón de Harvey. Su boca se ensanchó, formando un túnel, y de su barriga salió una bocanada de aire agrio.

—Acércate —gruñó, abriendo los brazos.

Los harapos que llevaba ondularon y se extendieron en forma de alas, como de algún vampiro anciano; un vampiro que hubiera cenado con la sangre de pterodáctilos y de tiranosaurus Rex.

—¡Ven! —dijo otra vez—. ¿O voy yo hacia ti?

Harvey no malgastó aliento en una respuesta. Necesitaba toda la abertura de su boca si quería superar aquel horror. Aun sin saber qué dirección iba a tomar, giró en redondo y echó a correr, cuando sintió otra bocanada de aquel aire congelador de almas. El terreno, resbaladizo y obstaculizado por los escombros, era traicionero. Después de seis zancadas se cayó y miró hacia atrás. Hood descendía sobre él, emitiendo chillidos de venganza. Se incorporó —los clavos enmohecidos de Hood no le alcanzaron por milagro— y a las tres zancadas siguientes, tambaleándose a la sombra de Hood, oyó que Lulu le llamaba.

Viró en la dirección de la voz, pero Hood agarró el cuello de su chaqueta.

—¡Ya te pillé, pequeño ladrón! —rugió, intentando abrazar a Harvey con sus astillas.

Sin embargo, antes de que Hood pudiera sujetarlo más fuerte, Harvey tiró de sus brazos y se lanzó hacia adelante. Se deshizo de la chaqueta y emprendió una nueva carrera para librarse de su perseguidor, con los ojos atentos a Lulu que le hacía señas para que fuera hacia ella.

Lulu estaba en la orilla del lago, a pocos centímetros de las aguas arremolinadas. Era absurdo imaginar que pudieran escapar por el lago. La vorágine les arrancaría las extremidades, una por una.

—No podemos —gritó a Lulu.

—¡Debemos! —respondió ella—. ¡Es el único camino!

Ahora ya se hallaba a tres zancadas de ella. La vio descalza, deslizándose y resbalando en la viscosa roca, como si luchara para mantener el equilibrio. Le tendió la mano, decidido a sacarla de su asentamiento antes de que se cayera; pero los ojos de ella no le miraban a él sino al monstruo que tenía a su espalda.

—¡Lulu! —le gritó—. ¡No mires!

Pero ella, con la boca abierta, mantenía fija su mirada en Hood, y Harvey no pudo evitar volverse a ver qué era lo que tanto la fascinaba.

Hood, en su persecución, había destrozado su manto de andrajos, y Harvey vio entre sus pliegues algo más oscuro que un cielo nocturno o una bodega sin luz. ¿Qué era? ¿La esencia de su magia, quizás, que guardaba su corazón sin amor?

—¿Te das por vencido? —dijo Hood, llevando a Harvey hacia las rocas, al lado de Lulu—. No creo que prefieras el sumidero.

—¡Huye! —dijo Harvey a Lulu, aún con su mirada fija en el misterio que encerraba el manto de Hood.

Sintió por unos momentos que la mano de Lulu cogía la suya.

—Es la única manera —dijo ella.

Luego, sus dedos ya no estaban y él se encontraba solo en la roca.

—Si escoges la corriente tendrás una muerte horrible —iba diciendo Hood—. Te tragará, dando vueltas, mientras que yo... —y tendiendo una mano a Harvey mientras ponía el pie en la roca, prosiguió— yo te ofrezco una muerte dulce, meciéndote para dormirte en un lecho de ilusiones. —La sonrisa que acompañaba sus palabras fue la visión de Hood más asquerosa que nunca había experimentado. Escoge —dijo finalmente.

Por el rabillo del ojo, Harvey captó una imagen de Lulu. No había huido como pensaba; simplemente había ido a buscar un arma. Y la tenía: un trozo de madera desenterrado de las ruinas. Sabía que no sería muy eficaz para luchar contra la enormidad de Hood.

Harvey volvió a fijar la mirada en Hood.

—Quizá debería dormirme —dijo.

El rey vampiro sonrió.

—Listillo ladrón —respondió, abriendo sus brazos para invitarle a su sombra.

Harvey avanzó un poco hacia Hood por encima de la roca, levantando al mismo tiempo el brazo. Su cara se reflejaba en los trozos de espejo que formaban los ojos del vampiro. Dos ladrones en una misma cabeza.

—Duerme —dijo Hood.

Pero Harvey no tenía la intención de dormir todavía. Antes de que Hood pudiera impedirlo, agarró el manto de la criatura y tiró de él. Los harapos cedieron con un sonido de esguince y Hood dio un rugido de rabia al verse destapado.

No había mucho encanto en su corazón. De hecho, no había corazón. Solamente había un hueco —ni frío ni caliente, ni vivo ni muerto—, no hecho de misterio sino de la nada. La ilusión de un ilusionista.

Furioso por esta revelación, Hood emitió otro ronquido y tendió su brazo para reclamar los trapos de su capa y cogerlos de las manos del ladrón. Harvey retrocedió un paso, esquivando los dedos por poco. Hood, con sus pies resbalando en la roca, fue tras él echando maldiciones, y no dejó a Harvey otra opción que retroceder otro paso hasta no quedarle otro sitio donde ir que no fuera la corriente.

Nuevamente, Hood trató de arrebatar a Harvey sus rasgadas ropas; hubiera capturado tanto la capa como al ladrón, de no haber sido por Lulu que lo golpeó por detrás con la estaca a guisa de bate de béisbol, dándole en la parte posterior de la rodilla. El impacto fue tan fuerte que el arma se partió y ella cayó al suelo.

El golpe no quedó sin efecto. Hizo que Hood perdiera el equilibrio y se tambaleara, agitándose de forma salvaje. La furia de la vorágine sacudía la roca sobre la cual estaban él y Harvey, con la amenaza de ser ambos lanzados al torbellino. Incluso ahora, Hood estaba determinado a arrebatar los trapos a Harvey y cubrir el vacío que tenía dentro.

—¡Dame mi capa, ladrón! —gritó.

—¡Es toda tuya! —respondió Harvey. Y lanzó a las aguas la ropa robada.

Hood se abalanzó hacia ellas y, mientras lo hacía, Harvey se echó para atrás, situándose en un terreno más sólido. Oyó a Hood chillar detrás de él y se volvió para ver al rey vampiro —con la ropa en su mano— ir de cabeza a las enfurecidas aguas.

La melenuda testa subió un momento a la superficie y Hood hizo un esfuerzo para alcanzar el banco, pero por muy fuerte que él fuera, las aguas lo eran más. Lo barrieron de las rocas, arrastrándole luego hasta el centro, donde las aguas bajaban en espiral hacia el fondo de la tierra.

Presa de terror, empezó a implorar ayuda. Sus lamentos eran sólo audibles cuando el remolino le llevaba al banco donde se hallaban Harvey y Lulu.

—¡Ladrón! —gritó—. ¡Ayúdame y te daré... el mundo! Para... siempre...

Luego, la ferocidad de las aguas empezó a destrozar su cuerpo provisional, arrancando sus clavos y triturando sus dientes; desparramando las astillas de su melena y arrancándole las extremidades de sus junturas. Reducido a un montón de restos y echazones, se lo tragaron las aguas por el corazón del remolino, y todavía chillando de cólera, se fue donde todo mal debe terminar: a la nada.

En la orilla, Harvey puso sus brazos alrededor de Lulu, riendo y sollozando al mismo tiempo.

—Lo hicimos —dijo.

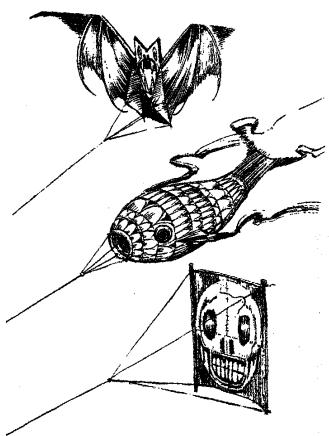
—¿Hicisteis qué? —dijo una voz, detrás de ellos.

Ambos se volvieron para ver a Wendell que se acercaba paseando, alegre como siempre. Cada prenda de vestir que había encontrado en el montón era, o demasiado grande o demasiado pequeña.

—¿Qué ha pasado? —insistió—. ¿De qué os estáis riendo? ¿Por qué estáis llorando? —Miró más allá de Harvey y Lulu a tiempo de ver todavía desaparecer los últimos fragmentos del cuerpo de Hood con un aullido agonizante—. ¿Y qué era aquello? —preguntó.

Harvey se quitó las lágrimas de sus mejillas y se puso firme. Al final, tenía una razón para utilizar la respuesta perpetua de Wendell:

—¿A quién le importa?



XXVI

Prueba viviente

El muro de niebla todavía se alzaba marcando el límite de los dominios de Hood, y allí fue donde los supervivientes se reunieron para despedirse. Naturalmente, ninguno de ellos sabía qué les esperaba al otro lado de la niebla. Cada uno de los niños y niñas había llegado a la casa en un año distinto. ¿Se encontrarían en aquella misma edad —con uno o dos meses de margen— cuando traspasaran el muro?

—Aunque no recuperemos los años que nos han robado —dijo Lulu mientras se preparaban para dar el primer paso niebla adentro—, estamos libres gracias a ti, Harvey.

Había murmullos de agradecimiento y aclamaciones por parte de la pequeña multitud, así como algunas lágrimas.

—Di algo —susurró Wendell a Harvey.

—¿Por qué?

—Porque eres un héroe.

—No me siento como tal.

—Pues diles eso.

Harvey levantó los brazos para corresponder a las voces de aclamación.

—Sólo quiero decir... que probablemente, dentro de muy poco, olvidaremos que hemos estado aquí... —Unos cuantos chicos dijeron: «No, no lo olvidaremos. Siempre te recordaremos». Pero Harvey insistió: Sí, lo haremos. Vamos a crecer y a olvidarlo. A menos que...

—A menos que qué? —preguntó Lulu.

—A menos que lo recordemos cada mañana. O hagamos de ello una historia para contársela a todo el mundo, a toda persona que encontremos.

—Nadie nos va a creer —dijo uno de los muchachos.

—No importa —respondió Harvey—. Nosotros sabremos que es verdad. Y esto es lo que cuenta.

Esto tuvo la aprobación de todos.

—Ahora, vámmonos a casa —dijo Wendell—. Ya hemos perdido aquí mucho tiempo.

Harvey le dio un codazo en las costillas mientras el grupo se dispersaba.

—¿Y qué hay de aquello de decirles a todos que no eres un héroe? —dijo.

—Ah, sí —respondió Harvey con una maliciosa sonrisa—. Se me olvidó.

Los primeros estaban ya provocando al muro, ávidos de dejar atrás los horrores de la prisión de Hood lo antes posible. Harvey observó cómo se fundían en la niebla a cada paso que daban, y hubiera deseado disponer de un momento para hablar con ellos; para saber cómo eran antes y cómo vinieron a parar a las garras de Hood. ¿Podría tratarse de huérfanos, sin otro lugar al que llamarle hogar? ¿O fugitivos, como él y Lulu? ¿O simplemente niños aburridos de sus vidas y seducidos por ilusiones, como lo había sido él?

Nunca lo sabría. Iban desapareciendo, uno a uno, hasta que sólo quedaron Lulu, Wendell y él mismo, en la parte interior del muro.

—Bueno —dijo Wendell a Harvey—. Si el tiempo se sitúa en su lugar allí fuera, yo llegaré con unos pocos años más que tú.

—Es verdad.

—Si volvemos a encontrarnos, yo seré algo mayor. Puede que ni siquiera me reconozcas.

—Te reconoceré —dijo Harvey.

—¿Prometido?

—Prometido.

Con esto, se estrecharon las manos y Wendell hizo su salida, introduciéndose en la niebla. En tres pasos desapareció.

Lulu suspiró fuertemente.

—¿No has deseado nunca dos cosas al mismo tiempo... —preguntó a Harvey— pero sabiendo que no puedes tenerlas a ambas?

—Una vez o dos —respondió—. ¿Por qué?

—Porque a mí me gustaría crecer contigo y ser tu amiga —dijo—, pero también quiero irme a casa. Y me temo que en el año que me espera al otro lado del muro, tú aún no habrás nacido.

Harvey asintió con tristeza. Luego volvió la vista a las ruinas.

—Creo que hay una cosa que debemos agradecer a Hood.

—¿Cuál?

—Que hemos sido niños, juntos —dijo, cogiendo su mano para apretarla fuertemente—. Al menos, durante un poco de tiempo.

Lulu trató de sonreír, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Vamos a ir juntos tan lejos como podamos —propuso Harvey.

—Sí, me gustaría —respondió Lulu.

Y, dándose las manos, avanzaron en dirección al muro. En el último momento, antes de que la niebla les eclipsara, se miraron uno a otro y Harvey dijo:

—A casa...

Luego entraron en el muro. Durante el primer paso sintió el contacto de la mano de Lulu; en el segundo se volvió tenue, y al tercer paso —cuando salió a la calle— ella y la pared habían desaparecido completamente, siendo ella devuelta al tiempo a partir del cual había atravesado todas aquellas estaciones.

Harvey alzó la mirada al cielo. El sol se había puesto, pero su luz rosácea todavía iluminaba las costillas de nubes tendidas encima de él. El viento era frío y helaba el sudor de miedo y de esfuerzo que tenía en su cara y en su espalda.

Temblando de dientes, emprendió el camino hacia su casa por las sombrías calles ante la incertidumbre de lo que le esperaba.

Era extraño que después de tantas victorias, el simple trabajo de irse a casa le resultara tan agotador, pero era verdad.

Después de andar una hora, sus sentidos y su fuerza —que tanto le habían asistido frente a todo el terror que Hood pudiera conjurar— ahora le fallaban. Su cabeza empezó a dar vueltas, sus piernas flaquearon y cayó exhausto en la acera.

Afortunadamente, dos transeúntes tuvieron compasión de él y amablemente le atendieron, preguntándole dónde vivía. Recordó que era peligroso confiar su vida a extraños, pero no tenía otra opción. Todo lo que podía hacer era abandonarse a su cuidado y esperar que en el mundo al cual había vuelto hubiera todavía un poco de amabilidad.

Despertó en la oscuridad y, por un instante, todavía pensó que aquel oscuro lago pudo haberse tragado al final, hallándose ahora prisionero en sus profundidades.

Con un grito de terror se incorporó, y con infinito consuelo, vio al final de su cama la ventana con las cortinas ligeramente abiertas y oyó el ruido acompasado de la lluvia al chocar con el antepecho. Estaba en casa.

Puso las piernas fuera de la cama y se levantó. Todo su cuerpo le dolía como si hubiera hecho diez asaltos con un boxeador de peso pesado. Pero estaba lo suficiente fuerte para coger la manecilla de la puerta y abrirla.

Del fondo de la escalera llegaba el sonido de dos voces familiares.

—Soy muy feliz de verlo en casa —oyó que decía la madre.

—Yo también —respondió el padre—. Pero necesitamos alguna explicación.

—La tendremos —le dijo la madre—. Pero no deberíamos agobiártelo ahora.

Cogido a la barandilla, Harvey empezó a bajar la escalera mientras sus padres seguían hablando.

—Necesitamos saber la verdad rápidamente —insistió su padre—. Supón que haya estado implicado en algún asunto criminal.

—No. Harvey no.

—Sí. Harvey sí. Ya viste en qué estado llegó. Lleno de barro y sangre. No ha estado recogiendo flores. Esto es seguro.

Al final de la escalera, Harvey se detuvo, algo temeroso de hacer frente a la verdad. ¿Había cambiado algo, o aquellas personas que aún estaban fuera de su visión eran viejas y caducas?

Se dirigió a la puerta y la abrió. Su padre y su madre estaban de pie y de espaldas a él, mirando la lluvia por la ventana.

—Hola —dijo.

Ambos se volvieron al mismo tiempo, y Harvey soltó un grito de alegría al ver que todas las pesadumbres y horrores de la casa no habían sido vanas. Aquí estaba el premio, mirándole: su madre y su padre. Los años robados ya estaban donde pertenecían. En su posesión.

—Soy un buen ladrón —dijo, a medias para sí mismo.

—¡Oh, querido hijo mío! —dijo su mamá, acercándosele con los brazos abiertos.

Él abrazó a su madre y luego a su padre.

—¿Qué te ha pasado, hijo? —preguntó su padre.

Harvey recordó lo difícil que había sido, la primera vez, explicarlo todo. Por ello, en lugar de intentarlo, dijo:

—Fui a pasear por ahí y me perdí. No quería preocuparos.

—Has dicho algo acerca de ser un ladrón.

—¿He dicho eso?

—Sabes que lo has dicho —dijo su padre.

—Bien... ¿eres un ladrón si tomas algo que antes te ha pertenecido? —dijo Harvey.

Su padre y su madre intercambiaron miradas interrogantes.

—No, querido —dijo la madre—. Naturalmente que no.

—Entonces, no soy un ladrón —respondió Harvey.

—Creo que nos debes a los dos la explicación de la verdad, Harvey —dijo la madre—. Queremos saberlo todo.

—¿Todo?

—Todo —dijo el padre.

En vista de esto, les contó toda la historia, desde el comienzo, tal como se lo habían pedido, y si sus expresiones habían sido de duda la última vez, eran ahora de incredulidad.

—¿Esperas realmente que nos creamos esto? —dijo su padre, interrumpiéndole cuando estaba contando lo del encuentro de Hood en el ático.

—Puedo acompañaros a la casa —dijo Harvey—. O a lo que queda de ella. No pude encontrarla la última vez porque se escondía de las personas mayores. Pero Hood ya no existe. Por eso ya no hay magia para esconderla.

Nuevamente su madre y su padre se cruzaron miradas de desconcierto.

—Si puedes encontrar esa casa —dijo su padre—, iremos los dos a verla.

Al día siguiente, salieron temprano, y esta vez, tal como lo esperaba Harvey, el camino de regreso a la casa no estaba escondido por la magia. Encontró las calles por las que la primera vez le había conducido Rictus con la máxima facilidad, y muy pronto tuvieron a la vista el pequeño montículo sobre el cual había estado la casa.

—Es aquí —dijo a sus padres—. La casa estaba allí.

—Sólo es una colina, Harvey —dijo su padre—. Una colina cubierta de hierba.

Efectivamente, también Harvey estaba sorprendido de que, después de los hechos ocurridos allí, el terreno hubiera enverdecido tan rápidamente.

—Esto más bien parece un lugar muy bonito —dijo su madre mientras se acercaban al lugar donde había estado el muro de niebla.

—Las ruinas están debajo, lo juro —dijo Harvey, empezando a subir la pendiente—. Os lo mostraré. Venid conmigo.

No eran los únicos visitantes. Había varios aficionados que hacían volar cometas en la cima del montículo; una docena o más de perros brincando por allí; niños que reían mientras bajaban haciendo rodar sus cuerpos por la pendiente; incluso una pareja de enamorados susurrándose cosas al oído.

Harvey lamentaba la presencia de aquella gente. «¿Cómo se atrevían a irrumpir aquí para reírse y hacer volar cometas —pensó— como si se tratara de una colina cualquiera?» Hubiera querido decirles que pisaban las ruinas de la casa de un vampiro y ver lo rápidamente que esto borraría las sonrisas de sus caras.

Pero luego, pensó que tal vez fuera mejor así; mejor que la colina no fuera infestada de rumores e historias. El nombre de Hood probablemente no cruzaría, nunca los labios de aquellos amantes y de aquellos aficionados a las cometas. Y ¿por qué debería hacerlo? Su mal no tenía sitio en los corazones felices.

—Bueno —dijo el padre de Harvey cuando los tres habían llegado a la cima de la colina—. Esa casa tuya está bien enterrada.

Harvey se puso a cuatro patas y empezó a escarbar con ambas manos. La tierra estaba blanda y desprendía un dulce olor a fertilidad.

—Es extraño, ¿no? —dijo una voz.

Harvey levantó la cabeza dejando sus labores. Tenía ambos puños llenos de tierra. Un hombre, un poco mayor que su padre, estaba a pocos metros de él, sonriendo.

—¿De qué habla usted? —preguntó Harvey.

—Las flores, el terreno —dijo—. Puede que la tierra tenga su propia magia. Magia buena, quiero decir. Y ha enterrado a Hood para siempre.

—¿Conoce usted la historia de Hood? —le preguntó Harvey.

—Sí, desde luego —respondió el hombre.

—¿Qué es exactamente lo que sabe? —preguntó la madre de Harvey—. Nuestro hijo nos ha

contado una serie de historias tan extrañas...

—Son verdad —aseguró el hombre.

—Ni siquiera las hemos escuchado —dijo el padre.

—Deben confiar en su hijo —dijo el hombre—. Sé, de la mejor fuente, que es un héroe.

El padre de Harvey miró a su hijo con un arranque de sonrisa en su cara.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Fue usted uno de los prisioneros de Hood?

—Yo no —respondió.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

El hombre miró por encima de su hombro, y allí, en el fondo de la colina, había una mujer con traje blanco.

Harvey estudió a aquel extraño, tratando de recordar su cara, pero el ala de su sombrero, muy ancha, daba sombra a sus facciones. Empezó a levantarse, intentando verle de más cerca, pero el hombre dijo:

—No, por favor. Ella me ha enviado en su lugar, sólo para decirte hola. Ella te recuerda tal como eres —joven, esto es— y a ella le gustaría que la recordaras de la misma forma.

—Lulu... —murmuró Harvey.

—Te estoy muy agradecido, jovencito. Espero ser tan buen marido como buen amigo fuiste tú para ella.

—¿Marido?

—Cómo vuela el tiempo —dijo el hombre, consultando su reloj—. Vamos a llegar tarde para comer. ¿Puedo estrechar tu mano, pequeño señor?

—Está sucia —dijo Harvey, dejando escapar la tierra entre los dedos de la mano derecha.

—¿Qué podría haber mejor entre nosotros —respondió el hombre con una sonrisa— que esta... tierra curativa?

Cogió la mano de Harvey, se la estrechó, y tras un saludo a sus padres, bajó rápidamente la pendiente.

Harvey le observó mientras hablaba a la mujer vestida de blanco; vio su movimiento de cabeza y vio la sonrisa que le dirigía. Luego enfilaron la calle y desaparecieron.

—Bueno —dijo el padre de Harvey—, parece ser que ese tal señor Hood existió, después de todo.

—Entonces, ¿me creéis?

—Algo debió pasar aquí —respondió—, y tú fuiste un héroe. Lo creo.

—Entonces, es suficiente —dijo la madre de Harvey—. Ya no es necesario que sigas escarbando, cariño. Cualquier cosa que haya aquí debajo debe ser enterrada.

Harvey estaba a punto de soltar la tierra que tenía en su mano izquierda cuando su padre le dijo:

—Dame esto —y abrió su mano.

—¿De verdad la quieres?

—He oído decir que un poco de buena magia siempre va bien —fue la respuesta del padre—. ¿No es verdad?

Harvey sonrió y vertió un puñado de tierra en la palma de su padre.

—Siempre —respondió.

Los días que siguieron fueron distintos a cualquier otro que Harvey hubiera conocido. Aunque no se habló más de Hood ni de la casa, ni de la verde colina donde una vez estuvo, el tema fue parte de cada mirada y de cada risa que se produjera en la relación entre él y sus padres.

Él sabía que ellos tenían solamente una muy vaga interpretación de lo que le había ocurrido, pero todos estaban de acuerdo en una cosa: que era fantástico volver a estar los tres juntos.

De ahora en adelante, el tiempo sería precioso. Desde luego, haría tic-tac, como siempre, pero Harvey estaba convencido de que no lo malgastaría en suspiros y quejas. Llenaría cada momento con las estaciones que encontrara en su corazón. Esperanzas como pájaros en una rama de primavera; felicidad como el sol de un verano caliente; magia como las nieblas de otoño; y, sobre todo, amor. Amor suficiente para mil Navidades.

LIBROS DE SANGRE I

CLIVE BARKER

Título de la edición original: *Books of Blood, I*
Traducción del inglés: Santiago Jordán Sempere

Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Editorial Planeta, S.A.

Clive Barker, 1984

Depósito legal: B 3866-1991
ISBN 84-226-3244-6

ÍNDICE

Agradecimientos
Prólogo

Los muertos tienen autopistas
El tren de la carne de medianoche
El geniecillo y Jack
El blues de la sangre de cerdo
Sexo, muerte y brillo de estrellas
En las colinas, las ciudades

A mi madre y a mi padre

AGRADECIMIENTOS

Debo expresar mi reconocimiento a diversas personas. A Norman Russell, mi tutor inglés de Liverpool, de quien recibí los primeros estímulos, y a Pete Atkins, Julie Blake, Doug Bradley y Oliver Parker, por sus estímulos posteriores; a James Burr y Kathy Yorke, por los excelentes consejos que me dieron; a Bill Henry, por su Intuición profesional; a Ramsey Campbell, por su generosidad y entusiasmo; a Mary Roscoe y Marie-Noëlle Dada, por su esmerada y laboriosa traducción de mis jeroglíficos; a Vernon Conway y Bryn Newton, por la Fe, Esperanza y Caridad de que han dado pruebas, y a Nann du Sautoy y Barbara Boote, de Sphere Books.

PRÓLOGO

«La criatura se aferró a su labio y tiró del músculo hasta que asomó el hueso, como si le despojase de un pasamontañas.»

¿Me siguen ustedes?

He aquí otra muestra de lo que pueden esperar de Clive Barker:

«Cada hombre, cada mujer y cada niño de aquella torre hirviente estaban ciegos. Sólo veían a través de los ojos de la ciudad. No pensaban, tenían tan sólo los pensamientos de la ciudad. Se creían inmortales en su pesada, implacable fuerza. Inmensa, loca e inmortal.»

Como habrán advertido, Barker es un visionario convincente y espantoso. Me permito añadir una nueva cita, procedente de otra historia:

«¿Qué sería de una resurrección sin unas cuantas risas?»

Presento estas citas deliberadamente, como advertencia para los pusiláñimes. Si les gustan las novelas de horror tranquilizantes, tan irreales que no se tomen muy en serio y bastante familiares para no correr el riesgo de que estimulen su imaginación o despierten sus pesadillas cuando ustedes las creían bien dormidas, estos libros no son para ustedes. Si, por el contrario, están cansados de esas historias que los impulsan a arroparse y asegurarse de que la luz de la lámpara queda encendida antes de dejarlas, para no mencionar el desfile de las Excelentes Historias Bien Narradas que no tienen nada mejor que ofrecer que citas de los mejores autores de obras de terror de quienes nunca ha oído hablar el público aficionado a los *best-sellers*, podrán regocijarse como yo lo hice cuando descubrí que Clive Barker es el autor más original de este género que ha aparecido desde hace años y, en el mejor sentido, el escritor más sorprendente que trabaja actualmente tales temas.

Las historias de terror suelen considerarse reaccionarias. Es cierto que algunos de sus mejores narradores lo han sido, pero ese género también ha producido gran cantidad de disparates y no hay razón alguna para que tales obras busquen su inspiración en sus fuentes. Cuando se piensa en ello se llega a la conclusión de que deben seguirse los propios instintos, y en el caso de Clive Barker éstos nunca fallan. Decir (como alegan algunos autores de obras de terror, según creo defensivamente) que este género de historias se preocupa fundamentalmente por recordarnos lo que es normal, aunque sólo sea demostrando la anormalidad de lo sobrenatural y extraño, es más o menos lo mismo que decir (según algunos editores parecen creer) que las novelas de terror *deberían* presentar a personajes de la vida corriente que se enfrentan a lo extraño. Gracias a Dios nadie convenció de ello a Poe y gracias también porque existen escritores tan radicales como Clive Barker.

No se trata de que Clive sea necesariamente contrario a los temas tradicionales, pero cuando ha concluido con ellos resultan transformados. *Sexo, muerte y brillo de estrellas* es una historia teatral fundamentalmente obsesiva. *Restos humanos* es una original y deslumbrante variación del tema del doble, pero en ambos casos se llevan más lejos que nunca esas temáticas familiares, basta alcanzar conclusiones que lindan con el humor negro y son misteriosamente optimistas. Lo mismo podría decirse de *Nuevos asesinatos en la calle Morgue*, una comedia desalentadoramente optimista de lo macabro, aunque ya nos encontramos en el ámbito más desafiante de la liberal claridad sexual de Barker. Dejo a juicio del lector lo que precisamente esta y otras de sus historias revelan acerca de sus posibilidades. Ya les advertí que estos libros no están destinados a los pusiláñimes y poco imaginativos, algo que debe tenerse en cuenta cuando uno se enfrenta a historias como *El tren de la carne de medianoche*, una historia de terror en tecnicolor que enraiza con las películas gráficas de miedo, pero que resulta más ingeniosa y vívida que cualquiera de ellas. *Víctimas propiciatorias*, una historia de terror aislada, utiliza realmente ese ingrediente de las películas de horror y videocasete de doblaje, el zombie submarino, e *Hijo del celuloide* acomete abiertamente un tabú biológico con una desenvoltura digna de las películas de David Cronenberg, pero vale la pena destacar que la auténtica fuerza de esta historia radica en su fluidez inventiva. Así sucede en historias como *En las colinas, las ciudades* (que demuestra la falsedad de la noción aceptada por tantísimos autores de novelas de terror de que no existen historias originales de ese género) y *Las pieles de los padres*. Su fértil inventiva recuerda a los grandes pintores de temas fantásticos, y ciertamente no se me ocurre que exista ningún autor contemporáneo que cultive esta temática cuya obra exija más imperativamente ser ilustrada. Y aún hay más: la terrible *El blues de la sangre de cerdo*, y *Terror*, que discurre por la vacilante cuerda floja entre claridad y voyeurismo a que se arriesga toda interpretación del sadismo. Y más aún, pero creo que ha llegado el momento de que me aleje del camino de ustedes.

He aquí aproximadamente un cuarto de millón de palabras del autor, su elección escogida de las

mejores de sus historias breves escritas por las noches durante dieciocho meses, mientras que de día componía obras teatrales (en cuya representación se agotaron las localidades). Creo que constituirá una sesión asombrosa y la más apasionante presentación de novelas de terror desde hace muchos años.

RAMSEY CAMPBELL
Merseyside, 5 de mayo de 1983

LOS MUERTOS TIENEN AUTOPISTAS

Discurren –vías infalibles de trenes fantasmas, de vagones de sueños– a través del erial que está más allá de nuestras vidas, acarreando un tráfico sin fin de almas que han muerto. Puede oírse su traqueteo y zumbido en los lugares quebrados del mundo, a través de grietas abiertas por actos de crueldad, violencia y depravación. Su cargamento –los muertos errantes– puede entreverse cuando el corazón está a punto de estallar y se vuelvan claramente visibles visiones que deberían permanecer ocultas.

Estas autopistas tienen señales indicadoras, y puentes, y zonas de aparcamiento. Tienen peajes e intersecciones.

En estas intersecciones, donde las masas de muertos se mezclan y cruzan, es más probable que esta autopista prohibida irrumpa en nuestro mundo. El tráfico es intenso en los cruces y las voces de los muertos alcanzan su mayor estridencia. Aquí las barreras que separan una realidad de la siguiente las desgasta el paso de innumerables pies.

Una intersección parecida a la autopista de los muertos se encontraba en el número 65 de la plaza Tollington. Tan sólo una casa independiente, con la fachada de ladrillos, imitación del estilo georgiano, el número 65 no destacaba por nada más. Era una casa vieja, anodina, olvidable, despojada de la grandeza barata a la que una vez aspiró, y que había permanecido vacía durante una década o tal vez más.

No era la humedad lo que mantenía alejados a los inquilinos del número 65. No era la podredumbre de los sótanos, o el hundimiento que había abierto en la fachada de la casa una grieta que iba desde el umbral hasta los aleros; era el ruido de sus huéspedes. En el piso de arriba el estrépito de ese trajín no cesaba nunca. Rajaba el yeso de las paredes y cuarteaba las vigas. Hacía temblar las ventanas. También hacia temblar la mente. El número 65 de la plaza Tollington era una casa encantada, y nadie podía ser el propietario mucho tiempo sin conocer la locura.

En algún momento de su historia se había cometido un horror en ella. Nadie sabía cuándo o cuál. Pero incluso al observador no experimentado le resultaba inconfundible la atmósfera opresiva de la casa, especialmente del piso de arriba. Había un recuerdo y una promesa de sangre en la atmósfera del número 65, un aroma que flotaba en los recodos y revolvía el estómago más resistente. Los bichos, los pájaros, hasta las moscas rehuían el edificio y sus alrededores. Ninguna cochinilla se arrastraba por la cocina, ningún estornino había construido su nido en el ático. Fuera cual fuese el acto violento cometido allí, había hendido la casa con la misma firmeza con que un cuchillo rasga la tripa de un pez; y por ese corte, esa herida en el mundo, los muertos se asomaban y tomaban la palabra.

Eso se decía, en cualquier caso...

Era la tercera semana de investigaciones en la plaza Tollington, 65. Tres semanas de éxito sin precedentes en el reino de lo paranormal. Utilizando como médium a un recién llegado al oficio, un hombre de veinte años llamado Simon Mc Neal, el departamento de Parapsicología de la Universidad de Essex había recogido pruebas casi indiscutibles de vida después de la muerte.

En la habitación superior de la casa, un pasillo claustrofóbico de una habitación, el joven Mc Neal había conjurado aparentemente a los muertos, que ante su demanda habían dejado pruebas abundantes de su visita, escribiendo con centenares de manos diferentes sobre las paredes ocre pálido. Escribían, al parecer, lo primero que se les ocurría. Sus nombres, naturalmente, y sus fechas de nacimiento y de muerte. Retazos de recuerdos y buenos deseos para sus descendientes vivos, extrañas frases elípticas que insinuaban sus tormentos actuales y añoraban sus alegrías pasadas. Algunos de los trazos eran recios y feos, otros, delicados y femeninos. Había dibujos obscenos y chistes a medio acabar, junto a versos de poesía romántica. Una rosa mal dibujada. Un juego de tres en raya. Una lista de compras.

Los famosos habían visitado este muro de las lamentaciones –ahí estaban Mussolini, Lennon y Janis Joplin– y también los don nadies, gente olvidada, habían firmado al lado de los grandes. Era una lista de muertos, y crecía día a día, como si la palabra se extendiera entre las tribus perdidas y las sedujera para que rompieran el silencio y sellaran esa habitación desnuda con su presencia sagrada.

Después de trabajar toda su vida en el campo de la investigación psíquica, la doctora Florescu

estaba acostumbrada a los desengaños del fracaso. Casi le había resultado cómodo hacerse a la idea de que no volvería a haber pruebas. Y ahora, al verse ante un éxito súbito y espectacular, se sintió al mismo tiempo satisfecha y confusa.

Se sentó, como se había sentado durante tres increíbles semanas, en el salón del piso de en medio, un tramo de escalera por debajo del despacho, y escuchó el clamor de ruidos procedente de arriba con una especie de temor reverente, osando apenas creer que se le permitiera presenciar ese milagro. Antes habían oído mordisqueos, aterradores indicios de voces de otro mundo, pero ésta era la primera vez que esa región había insistido en ser escuchada.

Arriba cesaron los ruidos.

Mary miró su reloj: eran las seis y diecisiete de la tarde.

Por alguna razón que los visitantes conocían mejor, el contacto no se prolongaba demasiado después de las seis. Ella solía esperar hasta la media y luego se iba. ¿Qué ocurriría hoy? ¿Quién habría venido a ese sórdido cuchitril y dejado su huella?

—¿Preparo las cámaras? —preguntó Reg Fuller, su ayudante.

—Por favor —murmuró, distraída por la espera.

—¿Te imaginas qué pasará hoy?

—Le concederemos diez minutos.

—De acuerdo.

Arriba, Mc Neal se había desplomado en una esquina de la habitación y observaba el sol de otoño a través de la pequeña ventana. Se sintió un poco encerrado, solo en ese maldito lugar, pero no por ello dejó de sonreírse con esa sonrisa triste, beatífica, que deshacía hasta el corazón más académico. En especial, el de la doctora Florescu: sí, la mujer estaba locamente enamorada de su sonrisa, sus ojos, la mirada perdida que ponía para ella...

Era un juego magnífico.

Efectivamente, al principio no fue más que eso: un juego. Ahora Simon sabía que estaban en juego premios más importantes; lo que había empezado como una especie de ensayo de detección de mentiras se había convertido en una contienda muy seria: Mc Neal contra la Verdad. La verdad era sencilla: era un trámoso. Escribía todos esos «mensajes de fantasmas» en la pared con pequeñas tiras de plomo que ocultaba bajo su lengua: daba portazos, golpetazos y chillidos sin más motivo que la pura travesura: y los nombres desconocidos que escribía —se reía al pensarlo— eran los que encontraba en los listines telefónicos.

Sí, era ciertamente un juego magnífico.

Ella le había prometido tanto... Lo tentó con la fama, alentando todas las mentiras que inventaba. Promesas de riqueza, de apariciones en programas de televisión, de una adulación que nunca había conocido antes. Siempre que creara los fantasmas.

Sonrió de nuevo con aquella sonrisa. Ella lo llamaba su Intermediario: un inocente transportista de mensajes. Estaría pronto arriba de las escaleras con los ojos sobre su cuerpo y la voz de él a punto de romperse por la excitación patética que sentiría ella ante una nueva sarta de palabras garabateadas y absurdas.

Le gustaba que ella mirara su desnudez, o casi desnudez. Efectuaba todas sus sesiones vestido sólo con unos calzoncillos para impedir cualquier ayuda oculta. Una precaución ridícula. Todo lo que necesitaba eran los plomos debajo de la lengua y la suficiente energía para agitarse durante media hora, bramando a voz en grito.

Estaba sudando. El canal de su esternón estaba empapado de sudor y tenía el cabello pegado a la pálida frente. El trabajo de hoy había sido duro: estaba deseando salir de la habitación, lavarse con agua y dejarse admirar un rato. El Intermediario llevó su mano a los calzoncillos y juguetéó, distraído. En alguna parte de la habitación estaba encerrada una mosca, o tal vez varias. La estación estaba demasiado avanzada para que hubiera moscas, pero las podía oír cerca, en alguna parte. Zumbaban y pasaban rozando la ventana, o alrededor de la bombilla. Oía sus pequeñas voces de mosca pero no le extrañaban, absorto como estaba pensando en el juego o en el simple placer de acariciarse.

Cómo zumbaban las voces de esos insectos inofensivos, zumbaban y cantaban y se lamentaban. ¡Cómo se lamentaban!

Mary Florescu tabaleó la mesa con sus dedos. Su anillo de casada estaba suelto, lo notaba moverse al ritmo de su tamborileo. Unas veces estaba apretado y otras suelto: uno de esos pequeños misterios que nunca había analizado debidamente, sencillamente, lo aceptaba. De hecho hoy estaba muy suelto: casi a punto de caerse. Pensó en la cara de Alan. En la querida cara de Alan. Pensó en ella a través de un agujero hecho en su anillo de casada, como del otro lado de un túnel. ¿Se había parecido a eso su muerte: fue arrastrado cada vez más lejos por un túnel hacia las tinieblas? Se caló

más firmemente el anillo. Con las yemas del índice y el pulgar creía apreciar el sabor agrio del metal al tocarlo. Era una sensación curiosa, una ilusión indefinible.

Para disipar la amargura pensó en el muchacho. Su cara se le hacia presente con facilidad, con mucha facilidad, irrumpiendo en su conciencia con aquella sonrisa y aquel físico corriente, aún no viril. Era realmente como una chica, con su redondez, la dulce claridad de su piel, la inocencia.

Sus dedos todavía estaban posados sobre el anillo, y la amargura que había experimentado creció. Miró hacia arriba. Fuller estaba organizando el equipo. Alrededor de su calva cabeza brillaba y zigzagueaba una aureola de luz verde pálido.

De repente se sintió mareada.

Fuller no vio ni oyó nada. Su mente estaba inmersa en los preparativos, absorta. Mary se quedó mirándolo, observando el halo que tenía a su alrededor, sintiendo nuevas sensaciones despertarse en ella, correr por su interior. El aire pareció súbitamente vivo: las moléculas de oxígeno, hidrógeno y nitrógeno se apretaban contra ella en un abrazo íntimo. La aureola crecía alrededor de la cabeza de Fuller, encontrando un brillo homólogo en cada objeto de la habitación. La sensación antinatural de sus yemas también crecía. Podía ver el color de su aliento al exhalarlo: era como un resplandor naranja rosado en el aire burbujeante. Podía oír con toda claridad la voz de la mesa de despacho en que estaba sentada: el sordo quejido de su sólida presencia.

El mundo se estaba resquebrajando: llevaba sus sentidos al éxtasis y, al halagarlos, provocaba una tremenda confusión de sus funciones. Era capaz, de repente, de comprender el mundo como un sistema, no político o religioso, sino como un sistema de los sentidos, un sistema que abarcaba desde la carne viva a la madera inerte de la mesa de despacho, al oro rancio de su anillo de bodas.

Y que iba más lejos. Más allá de la madera, más allá del oro. Se había abierto la grieta que conducía a la autopista. Oyó voces dentro de su cabeza que no procedían de ninguna boca viviente.

Miró hacia arriba, o más bien una fuerza le empujó violentamente la cabeza hacia atrás y se encontró mirando el techo. Estaba lleno de gusanos. No. ¡Era absurdo! Y sin embargo parecía estar vivo, hormigueando de vida, vibrando, bailando.

Podía ver al muchacho a través del techo. Estaba sentado en el suelo, con el miembro prominente en la mano. Tenía la cabeza echada hacia atrás, como la suya. Estaba tan perdido en su éxtasis como ella. En su siguiente visión observó cómo la luz palpitante, dentro y alrededor del cuerpo de Simon, indicaba que la pasión se había asentado en sus entrañas y que su cabeza estaba deshecha por el placer.

Vio también otra cosa, la mentira en él, la ausencia de ese poder en el que ella pensó que había algo maravilloso. No tenía talento para comunicarse con los fantasmas ni lo había tenido nunca, lo comprendió claramente. Era un pequeño mentiroso, un niño mentiroso, un dulce, blanco mentiroso, sin compasión o sabiduría para comprender lo que se había atrevido a hacer.

Ahora ya estaba hecho. Se habían contado las mentiras, hecho las trampas, y la gente de la autopista, hartos más allá de la muerte de que se burlaran de ellos y los desvirtuaran, zumbaban en la grieta de la pared, exigiendo satisfacción.

Esa grieta que ella había abierto: en la que ella había metido los dedos y hurgado sin saberlo, abriendola poco a poco. Su deseo del muchacho lo había conseguido: el que no dejara de pensar en él, su frustración, su acaloramiento –y su disgusto ante ese acaloramiento– habían agrandado la grieta. Entre los poderes que hacían manifestarse al sistema, el amor y su compañera, la pasión, y la compañera de ambos, la perdida, eran los más fuertes. Y ahí estaba ella, como un encarnamiento de los tres. Queriendo, deseando y dándose cuenta cabal de la imposibilidad de conseguir ambas cosas. Llena de angustia por los sentimientos que se había negado a sí misma, creyendo que sólo quería al muchacho como Intermediario.

¡No era cierto! ¡No era cierto! Lo deseaba, lo deseaba *ahora*, quería sentirlo dentro de ella. Sólo que ahora era demasiado tarde. No se podía aplazar el tráfico por más tiempo: exigía, sí, exigía tener acceso al pequeño embuster.

Era incapaz de evitarlo. Todo lo que pudo hacer fue emitir un débil grito de horror al ver abrirse ante ella la autopista, y comprendió que la intersección en la que se encontraban no era corriente.

Fuller oyó el ruido.

–¿Doctor?

Levantó su mirada de los preparativos y su cara –teñida de una luz azul que ella podía ver con el rabillo del ojo– adoptó una expresión interrogativa.

–¿Dijo usted algo? –preguntó.

Pensó con un retortijón de estómago cómo tenía que acabar todo aquello.

Las caras etéreas de los fantasmas se dibujaban con claridad ante ella. Podía ver la profundidad

de sus sufrimientos y entender que su dolor se hiciera oír.

Comprendió claramente que las autopistas que se cruzaban en la plaza Tollington no eran vulgares calles. No estaba contemplando el tráfico alegre y despreocupado de los muertos ordinarios. No, esta casa daba a un camino sólo hollado por las víctimas y los perpetradores de violencias. Los hombres, mujeres y niños que habían muerto soportando todo tipo de dolores nerviosos tuvieron la agudeza de reunirse, con las circunstancias de sus muertes grabadas en sus espíritus. Elocuentes sin palabras, sus ojos narraban sus angustias, sus cuerpos fantasmales aún llevaban las heridas que los habían matado. También podía ver, mezclados libremente con los inocentes, a sus asesinos y torturadores. Estos monstruos frenéticos, enloquecidos mensajeros sangrientos, miraban el mundo a hurtadillas: criaturas sin par, inefables, milagros olvidados de nuestra especie, parloteaban y aullaban su algarabía.

El muchacho que estaba encima de ella se dio cuenta de su presencia. Lo vio moverse un poco por la habitación silenciosa, sabiendo que las voces que oía no eran voces de moscas, que los lamentos no eran lamentos de insecto. Comprendió de repente que había vivido en un pequeño rincón del mundo y que el resto, los mundos tercero, cuarto y quinto, lo acosaban, hambrientos e irrevocables, mientras estaba tumbado. La visión de su pánico fue también para ella un sabor y un olor. Sí, gozó de él como siempre había deseado, pero no fue un beso lo que unió sus sentidos, sino su creciente pánico. La colmó: su empatía era absoluta. Los dos tenían la mirada espantada; sus secas gargantas emitieron con voz áspera la misma petición:

—Por favor...

Que el niño aprenda.

—Por favor...

Que reciba atenciones y regalos.

—Por favor...

Que hasta los muertos, ¡por supuesto!, que los muertos sepan y obedezcan.

—Por favor...

Esta vez no se concederían esos favores, lo sabía con seguridad. Estos fantasmas se habían sumido en una desesperación afligida durante una eternidad en la autopista, arrastrando las heridas por las que habían muerto y las locuras por las que habían asesinado. Habían soportado su levedad o insolencia, sus estupideces, las maquinaciones que habían trivializado sus sufrimientos. Querían decir la verdad.

Fuller, cuya cara flotaba ahora en un mar de luz naranja palpitante, la estaba observando más de cerca. Notó que le ponía las manos sobre la piel. Sabían a vinagre.

—¿Estás bien? —le preguntó, con un aliento de hierro.

Ella agitó la cabeza.

No, no estaba bien, nada estaba bien.

La grieta se abría por segundos: a través de ella podía ver otro cielo, el cielo pizarroso que encapotaba la autopista. Aplastaba la pequeña realidad de la casa.

—Por favor —dijo, dirigiendo sus ojos a la materia evanescente del techo.

Más profunda. Más profunda.

El frágil mundo que habitaba estaba tenso, a punto de romperse.

Súbitamente se rompió como un dique, y negras aguas irrumpieron inundando la habitación.

Fuller sabía que algo no iba bien (el miedo repentino se le reflejaba en el color de su aureola), pero no comprendía qué estaba pasando. Ella sintió erizarse su espina dorsal; podía ver cómo daba vueltas el cerebro del hombre.

—¿Qué está ocurriendo? —dijo.

Lo patético de su pregunta hizo sonreír a Mary.

Arriba se destrozó el aguamanil del despacho.

Fuller la dejó tal cual y corrió hacia la puerta. Al acercarse a ella empezó a traquetear y agitarse, como si todos los habitantes del infierno la estuvieran golpeando desde el otro lado. El pomo daba vueltas y vueltas y más vueltas. La pintura se llenó de ampollas. La llave brillaba, al rojo vivo.

Fuller miró de nuevo a la doctora, que todavía conservaba aquella grotesca postura, la cabeza atrás y los ojos como platos.

Fue a coger el pomo, pero la puerta se abrió antes de que pudiera tocarlo. El vestíbulo que se encontraba detrás también había desaparecido. Donde solía haber un interior familiar la perspectiva de la autopista se extendía hasta el horizonte. Esta visión mató instantáneamente a Fuller. Su mente no fue capaz de asimilar el panorama —no pudo controlar la sobrecarga que se acumuló en cada uno de sus nervios—. Su corazón se detuvo; una revolución trastornó el orden de su sistema; su vejiga falló, su

intestino falló, sus miembros se contrajeron y se desplomó. Segundo caía al suelo, su cara empezó a cubrirse de ampollas, como la puerta, y su cadáver traqueteó como el pomo. Ya era materia inerte: tan apropiada para ese ultraje como la madera o el acero.

Su alma se unió a la autopista de los lacerados en alguna parte del Este, camino de la intersección donde había muerto un momento antes.

Mary Florescu supo que estaba sola. Por encima de ella, el maravilloso muchacho, su hermoso, trámposo niño se retorcía y chillaba mientras los muertos ponían sus manos vengadoras sobre la piel fresca. Ella sabía su intención: la podía ver en sus ojos –no había nada nuevo en ella–. Cada historia tenía en su tradición este tormento particular. Iba a ser utilizado para grabar sus testamentos. Iba a ser su página, el receptáculo de sus autobiografías. Un libro de sangre. Un libro hecho con sangre. Un libro escrito con sangre. Pensó en los libros mágicos que se habían fabricado con piel de hombre muerto: los había visto, los había tocado. Pensó en los tatuajes que había visto: algunos de ellos exhibían monstruos, otros los llevaban simples trabajadores descamisados en la calle, con un mensaje para sus madres grabado en la espalda. El hecho de escribir un libro de sangre no le era desconocido.

Pero hacerlo sobre una piel parecida, una piel tan reluciente, ¡Dios mío, ése era el crimen! Gritaba mientras los afilados trozos de cristal de la jarra rota lo torturaban, rebotaban en su carne, abriendo surcos en ella. Sentía los sufrimientos del muchacho en su propia carne, y no eran tan terribles...

Sin embargo, gritaba. Y luchaba, y lanzaba obscenidades a sus atacantes. Éstos no le hacían caso. Hormigueaban a su alrededor, sordos a cualquier súplica o ruego, y trabajaban sobre él con el entusiasmo de criaturas forzadas demasiado tiempo al silencio. Mary oyó cómo iban remitiendo los lamentos de Simon y luchó contra el peso del miedo sobre sus miembros. Por alguna razón sentía que debía subir a la habitación. No importaba qué hubiera detrás de la puerta o en la escalera; él la necesitaba y eso era suficiente.

Se levantó y notó cómo le caía el pelo en remolinos, desgranándose como la pelambre de serpientes de la medusa Gorgona. Se dio cuenta de la situación: apenas podía ver el piso que había debajo de ella. Los tablones eran de madera fantasmal y por detrás de ellos se extendía ante su vista una tiniebla en ebullición que rugía. Miró a la puerta, sintiendo un continuo letargo muy difícil de combatir.

Estaba claro que no la querían allá arriba. «A lo mejor –pensó– me tienen un poco de miedo.» La idea le infundió resolución; ¿por qué se iban a molestar en intimidarla si su mera presencia, una vez abierta esa brecha en el mundo, no era una amenaza para ellos?

La puerta llena de ampollas estaba abierta. Detrás de ella la realidad de la casa había sucumbido por completo al caos estruendoso de la autopista. La atravesó concentrándose en la forma en que sus pies aún tocaban terreno sólido, aunque sus ojos ya no pudieran verlo. Por encima de ella, el cielo era azul prusia; la autopista, ancha y ventosa, y los muertos se apelotonaban a ambos lados. Se abrió camino entre ellos como a través de una masa de hombres vivos, mientras sus rostros boquiabiertos e idiotas la miraban maldiciendo su invasión.

El «por favor» había desaparecido. Ahora no decía nada; sólo rechinaba los dientes y fijaba los ojos en la autopista, avanzando a paso firme para encontrarse con la escalera que, lo sabía, se encontraba ahí. Tropezó al tocarla y se alzó un aullido de la multitud. No pudo distinguir si se reían de su torpeza o la advertían de que había ido demasiado lejos.

Primer escalón. Segundo. Tercero.

Aunque la atacaban por todas partes, estaba venciendo a la muchedumbre. Enfrente suyo podía ver a través de la puerta de la habitación donde su pequeño mentiroso estaba tumbado, rodeado de agresores. Los calzoncillos le colgaban de los tobillos: la escena se parecía a una especie de violación. Ya no gritaba, pero sus ojos estaban desorbitados a causa del dolor y del terror. Por lo menos todavía estaba vivo. Su joven cerebro, a pesar de su resistencia natural, había aceptado a medias el espectáculo que se había desencadenado ante él.

De pronto sacudió la cabeza y la miró directamente a través de la puerta. En esa parte del cuerpo había desarrollado un verdadero talento, una habilidad que era una fracción de la de Mary, pero suficiente para ponerle en contacto con ella. Sus miradas se encontraron. En un océano de oscuridad azul, rodeados por todas partes por una civilización que no comprendían ni conocían, sus corazones llenos de vida se encontraron y se unieron.

–Lo siento –dijo en silencio. Daba una lástima infinita–. Lo siento, lo siento. –Miró a otra parte, arrancó su mirada de la de ella.

Estaba segura de que tenía que estar en lo alto de la escalera, con los pies sobre el aire, por lo que le decían sus ojos, y las caras de los viajeros encima, debajo y a cada lado de ella. Pero podía ver, muy vagamente, el contorno de la puerta y los tablones y vigas de la habitación donde yacía Simon. Ya

era una masa de sangre, de la cabeza a los pies. Podía ver las marcas, los jeroglíficos de la angustia en cada pulgada de su pecho, su cara, sus miembros. Por un momento pareció brillar en una especie de epicentro, y pudo verlo en la habitación vacía, con el sol en la ventana y la jarra rota a su lado. Entonces vacilaba su concentración y, en lugar de eso, veía al mundo invisible vuelto visible; él colgaba en el aire mientras le escribían por todas partes, arrancándole el pelo de la cabeza y el cuerpo para limpiar la página, escribían en sus axilas, en sus párpados, en sus genitales, en los pliegues de sus nalgas, en las plantas de sus pies.

Sólo las heridas coincidían en las dos visiones. Lo viera rodeado de torturadores o solo en la habitación, sangraba y sangraba.

Ya había llegado a la puerta. Alargó una mano temblorosa para tocar la sólida realidad del pomo, pero por mucho que se concentrara no podía conseguir que se volviera nítido; aunque fue suficiente que se fijara en una mera imagen fantasmal. Agarró el pomo, le dio la vuelta y abrió la puerta del despacho.

Ahí estaba, frente a ella. No los separaban más que dos o tres yardas de aire poseído. Sus ojos se volvieron a encontrar e intercambiaron una elocuente mirada, común al mundo de los vivos y de los muertos. Había compasión en esa mirada, y amor. Las ficciones desaparecieron, las mentiras quedaron reducidas a cenizas. En lugar de las sonrisas manipuladoras del chico había una auténtica dulzura, que tenía réplica en la cara de Mary.

Y los muertos, temerosos de esa mirada, apartaron la vista. Sus rostros se endurecieron, como si les estuvieran tensando la piel sobre los huesos, su carne se volvió negra como una magulladura, sus voces tristes ante la previsión de la derrota. Intentó tocarlo, pues ya no tenía que luchar contra las huestes de los muertos; se estaban cayendo de cada lado de su presa, como moscas muertas que se despegaron de una ventana.

Le tocó ligeramente la cara. Su caricia fue una bendición. Los ojos se le llenaron de lágrimas, que cayeron por su mejilla desollada, mezclándose con la sangre.

Los muertos ya no tenían voz, ni siquiera boca. Estaban perdidos en la autopista; su maldad había sido contenida.

Plano a plano, la habitación empezó a restaurarse. Las planchas del suelo, todos los clavos, todos los tablones manchados, se hicieron visibles bajo su cuerpo sollozante. Reaparecieron las ventanas –y, fuera, la calle crepuscular repitió el eco del clamor de los niños–. La autopista había desaparecido por completo de la vista de los vivos. Los viajeros hablan vuelto la mirada hacia la oscuridad y se habían sumergido en el olvido, dejando sólo sus signos y talismanes en el mundo tangible. En mitad del rellano del número 65, sus pies, al pasar por la intersección, tropezaron casualmente con el cuerpo humeante y lleno de ampollas de Reg Fuller. Por fin, el alma de Fuller pasó entre la muchedumbre y echó una ojeada a la carne que había ocupado una vez, antes de que la multitud le empujara hacia el tribunal donde sería juzgado.

Arriba, en la habitación que se ensombrecía, Mary Florescu se arrodilló al lado del joven Mc Neal y acarició su cabeza pegajosa de sangre. No quería abandonar la casa en busca de ayuda hasta que estuviera segura de que los torturadores no volverían. Ya no había más ruido que el zumbido de un reactor buscando su camino por la estratosfera hacia la mañana. Hasta la respiración del muchacho era silenciosa y regular. Ningún halo de luz lo rodeaba. Todos los sentidos estaban indemnes. Vista. Oído. Tacto.

Tacto.

Lo tocó ahora como nunca se había atrevido a hacerlo antes, rozando ligerísimamente su cuerpo con las yemas, haciendo correr los dedos por su piel levantada como una mujer ciega que leyera Braille. Había palabras diminutas en cada milímetro de su cuerpo, escritas por una multitud de manos. Incluso a través de la sangre podía distinguir con cuánta meticulosidad lo habían desgarrado las palabras. Incluso podía leer, bajo la luz mortecina, alguna frase ocasional. Era una prueba que estaba más allá de toda duda, y deseó, joh, Dios, cuánto lo deseó!, no haberla conseguido jamás. Y, sin embargo, después de esperarla toda una vida, ahí estaba: la revelación de una vida más allá de la carne, escrita sobre la propia carne.

El muchacho sobreviviría, eso estaba claro. La sangre ya se iba secando y la miríada de heridas sanaban. Después de todo, era sano y fuerte: no tendría ninguna lesión física grave. Su belleza había desaparecido para siempre, por supuesto. A partir de ahora sería, en el mejor de los casos, objeto de curiosidad y, en el peor, de repugnancia y horror. Pero lo protegería y, con el tiempo, él aprendería a conocerla y confiar en ella. Sus corazones estaban inextricablemente unidos.

Después de cierto tiempo, cuando las palabras de su cuerpo fueran costras y cicatrices, ella lo leería. Seguiría, con amor y paciencia infinitos, las historias que los muertos habían contado encima de

él.

El cuento, escrito en su abdomen en un estilo agradable, fluido. El testimonio, impreso con exquisitez y elegancia, que cubría su rostro y su cráneo. La historia en su espalda, en su espinilla, en sus manos.

Las leería todas, las explicaría todas, hasta la última sílaba que reluciera y se deslizara bajo sus dedos adoradores, para que el mundo conociera las historias que cuentan los muertos.

Él era un Libro de Sangre, y ella su única traductora.

Al caer la oscuridad, abandonó la vigilia y lo guió, desnudo, hacia la noche reparadora.

He aquí, pues, las historias escritas en el Libro de Sangre. Léalas, si le gustan, y aprenda.

Son un mapa de esa oscura autopista que conduce más allá de la vida, a destinos desconocidos. Pocos deberán seguirla. Los más andarán pacíficamente por calles iluminadas, acompañados en su tránsito por rezos y caricias. Pero a unos pocos, los elegidos, les llegarán los horrores, brincando para llevárselos a la autopista de los condenados.

Así que lea. Lea y aprenda.

Después de todo, es bueno estar preparado para lo peor y sabio aprender a andar antes de perder el aliento.

EL TREN DE LA CARNE DE MEDIANOCHE

Leon Kaufman ya no era un recién llegado a la ciudad. El Palacio de los Placeres, como la había llamado siempre, en sus días de inocencia. Pero eso fue cuando vivía en Atlanta, y Nueva York todavía era una especie de tierra prometida, donde era posible cualquier cosa, todo.

Ahora había pasado tres meses y medio en la ciudad de sus sueños, y el Palacio de los Placeres le parecía menos placentero.

¿Sólo había transcurrido realmente una estación desde que se bajó en la parada de autobuses de Port Authority y miró por la calle 42 en dirección a la intersección de Broadway? Un tiempo muy corto para perder tantas ilusiones acumuladas.

Ahora se sentía avergonzado sólo de pensar en su ingenuidad. Se le ponía mala cara al recordar cómo se había parado y había declarado en voz alta: «Nueva York, te quiero».

¿Amor? Jamás.

Habla sido un enamoramiento como mucho.

Y ahora, después de sólo tres meses de vida con el objeto de su adoración, de pasar los días y noches en su presencia, éste había perdido su aureola de perfección.

Nueva York tan sólo era una ciudad.

La había visto despertarse por la mañana como una mujerzuela y sacarse hombres asesinados de entre los dientes y suicidios de la maraña de su pelo. La había visto a altas horas de la noche, con sus sucios callejones cortejando sin pudor a la depravación. La había observado en las tardes abrasadoras, perezosa y fea, indiferente a las atrocidades que se cometían cada hora en sus ahogados pasadizos.

No era ningún Palacio de los Placeres.

Alimentaba la muerte, no el placer.

Siempre que se encontraba con alguien, éste huía violentamente; eran cosas de la vida. Casi resultaba elegante haber conocido a alguien que hubiera muerto de forma violenta. Era una prueba de que se vivía en esa ciudad.

Pero Kaufman había querido a Nueva York desde lejos durante casi veinte años. Había planeado su aventura amorosa a lo largo de casi toda su vida de adulto. No le era fácil, por lo tanto, sacarse la pasión de encima, como si nunca la hubiera sentido. Aún había ocasiones, muy temprano, antes de que empezaran a sonar las sirenas de la policía, o al atardecer, en que Manhattan era un milagro.

Por esos momentos, y en nombre de sus sueños, aún le concedía el favor de la duda, aunque se comportara peor que una dama. Ella no hacía sencilla esa indulgencia. En los pocos meses que Kaufman había pasado en Nueva York, sus calles se habían inundado con la sangre vertida.

En realidad, no tanto las propias calles como los túneles bajo esas calles.

«Matanza en el metro» era la expresión de moda del mes. Sólo en la semana anterior se había informado de tres asesinatos. Los cuerpos se descubrieron en uno de los vagones de metro de la Avenida de las Américas, acuchillados y con las entrañas vaciadas en parte, como si se hubiera interrumpido en plena labor a un eficiente empleado de un matadero. Los asesinatos eran tan absolutamente profesionales que la policía interrogaba a cualquier hombre que hubiera estado relacionado con el gremio de los carníceros. Eran vigiladas las plantas de empaquetado de carne en el puerto, y registrados los mataderos en busca de pistas. Se prometió un rápido arresto, aunque no se realizó ninguno.

Este reciente trío de cadáveres no iba a ser el único que se descubriera en ese estado; el mismo día en que llegó Kaufman había aparecido una noticia en *The Times* que era la comidilla de todas las secretarías morbosas en la oficina.

La historia contaba que un visitante alemán, perdido en la red de metros entrada la noche, se había encontrado un cuerpo en un vagón. La víctima era una mujer de treinta años, muy atractiva, de Brooklyn. La habían despojado por completo. De cada jirón de ropa, de todo artículo de joyería. Hasta de los pendientes de sus orejas.

Más extraño que el hecho de que la desnudaran era la manera ordenada y sistemática en que habían doblado la ropa y la habían colocado, en bolsas de plástico separadas, sobre el asiento que estaba detrás del cadáver.

No era obra de ningún navajero irracional. Se trataba de un cerebro muy organizado: un lunático con un gran sentido de limpieza.

Había más: más extraño aún que el cadáver hubiera sido desnudado cuidadosamente, era el

ultraje que se había cometido con él. Los informes pretendían –aunque el Departamento de Policía no lo confirmó–, que lo habían afeitado minuciosamente. Le habían quitado todos los pelos: de la cabeza, de las ingles, de los sobacos; todos cortados y quemados sobre la carne. Le habían arrancado incluso las cejas y las pestañas.

Por último, habían colgado por los pies ese montón de carne absolutamente desnudo de uno de los asideros del techo del vehículo y habían colocado un cubo negro de plástico, forrado con una bolsa, también de plástico negro, para recoger la sangre que goteaba lentamente de sus heridas.

En ese estado, desnudo, afeitado, colgado y prácticamente desangrado, se había encontrado el cuerpo de Loretta Dyer.

Era repugnante, meticoloso y profundamente desconcertante.

No había habido violación, ni indicio alguno de tortura. Se había despachado rápida y eficazmente a la mujer como si fuera un trozo de carne. Y el carnicero aún andaba suelto.

Los Padres de la Ciudad, en su sabiduría, declararon una suspensión completa de los informes de la prensa sobre la matanza. Se dijo que el hombre que había encontrado el cuerpo había sido objeto de detención preventiva en Nueva Jersey, fuera de la vista de los curiosos periodistas. Pero la ocultación fracasó. Un policía codicioso había revelado los detalles sobresalientes a un reportero de *The Times*. Todo el mundo conocía ahora en Nueva York la horrible historia de las matanzas. Era un tema de conversación en todas las cafeterías y bares; y, por supuesto, en el metro.

Pero Loretta Dyer fue sólo la primera.

Se habían encontrado otros tres cuerpos en circunstancias idénticas, aunque esta vez el trabajo había quedado claramente interrumpido. No se habían afeitado todos los cuerpos, ni les habían cortado las yugulares para desangrarlos. Había otra diferencia más significativa en el descubrimiento: no fue un turista quien los descubrió por la noche; lo decía un informe de *The New York Times*.

Kaufman examinó el informe que cubría la primera página del periódico. No tenía ningún interés morboso por el asunto, a diferencia de su compañero de mostrador en la cafetería. Sólo sentía una ligera repugnancia, que le hizo apartar su plato de huevos demasiado cocidos. Era simplemente una prueba más de la decadencia de la ciudad. No podía divertirse con su enfermedad.

Con todo, como ser humano no conseguía ignorar por completo los detalles sangrientos de la página que tenía enfrente. El artículo no era sensacionalista, pero la sencilla claridad del estilo hacía más espantoso el tema. Tampoco pudo evitar el imaginarse qué hombre habría detrás de esas atrocidades. ¿Era un psicótico suelto, o eran varios, y cada uno de ellos aspiraba a imitar el asesinato original? Tal vez ése sólo fuera el principio del horror. A lo mejor le seguirían más asesinatos, hasta que por fin el asesino, confiado o exhausto, cometiera una imprudencia y fuera apresado. Hasta entonces la ciudad, la adorada ciudad de Kaufman, viviría en un estado intermedio entre la histeria y el éxtasis.

Al lado de su codo, un hombre con barba le tiró el café.

–¡Mierda! –dijo.

Kaufman se movió sobre su taburete para esquivar el goteo de café que caía de la barra.

–¡Mierda! –volvió a decir el hombre.

–No pasa nada –dijo Kaufman.

Miró al hombre con una expresión ligeramente desdeñosa. El torpe bastardo estaba intentando achicar el café con una servilleta que se quedaba hecha pegotes.

Kaufman se encontró pensando si ese zoquete, con sus mejillas coloradas y su barba descuidada, sería capaz de asesinar. ¿Había algún indicio en esa cara sobrealimentada, alguna pista en la forma de su cabeza o en el movimiento de sus pequeños ojos que revelara su auténtica naturaleza?

El hombre habló.

–¿Quiere otro?

Kaufman sacudió la cabeza.

–Café. Normal. Solo –le dijo el zoquete a la chica de detrás del mostrador. Ésta levantó la mirada de la parrilla cuya grasa fría limpiaba.

–¿Huh?

–Café. ¿Estás sorda?

El hombre sonrió a Kaufman.

–Sorda –dijo.

Éste se dio cuenta de que le faltaban tres dientes en la mandíbula inferior.

–Tiene mala pinta, ¿eh? –dijo.

–¿A qué se refería? ¿Al café? ¿A la ausencia de dientes?

–Tres personas así. Acuchilladas.

Kaufman asintió.

—Te hace pensar —dijo.

—Claro.

—Quiero decir, ¿es un encubrimiento, no? Saben quién lo hizo.

«Esta conversación es ridícula», pensó Kaufman. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo: la cara de la barba ya no estaba a la vista. Por lo menos eso era un progreso.

—Bastardos —dijo—. Jodidos bastardos, todos ellos. Le apostaría cualquier cosa a que es un encubrimiento.

—¿De qué?

—Tienen las jodidas pruebas: simplemente nos están manteniendo en la jodida ignorancia. Hay algo en todo esto que no es humano.

Kaufman comprendió. El zoquete estaba haciendo alarde de una teoría de conspiración. Las había oído con frecuencia: una panacea.

—Mire, hacen experimentos genéticos y se les van de las manos. Podrían estar criando jodidos monstruos por lo poco que sabemos. Hay algo en todo esto que no nos contarán. Encubrimiento, como le digo. Me jugaría cualquier cosa.

A Kaufman le pareció atractiva la seguridad del hombre. Monstruos al acecho. Seis cabezas: una docena de ojos. ¿Y por qué no?

Él sabía por qué no. Porque eso disculpaba a su ciudad: la sacaba del apuro. Y creía de corazón que los monstruos que se iban a encontrar en los túneles eran perfectamente humanos.

El hombre de la barba tiró el dinero sobre el mostrador y se levantó, deslizando su gordo trasero del manchado taburete de plástico.

—Probablemente un jodido policía —dijo, como conjeta de despedida—. Intentó hacerse el jodido héroe y, en vez de eso, se convirtió en un jodido monstruo. —Sonrió grotescamente—. Me apostaría cualquier cosa —añadió, y salió fuera torpemente sin decir nada más.

Kaufman espiró despacio por la nariz, sintiendo que se placaba la tensión de su cuerpo.

Odiaba estas confrontaciones: le hacían sentirse mudo e inútil. Cuando se paraba a pensar en ello, odiaba a este tipo de hombres: el bruto testarudo que Nueva York criaba tan bien.

Iban a ser las seis cuando se despertó Mahogany. La lluvia matinal se había convertido con el ocaso en una ligera llovizna. El aire era todo lo limpio que se podía esperar de Manhattan. Se estiró en la cama, tiró la manta sucia y se levantó para ir al trabajo.

En el cuarto de baño la lluvia caía sobre la caja del acondicionador de aire, llenando el piso de un rítmico sonido de palmadas. Enchufó la televisión para que cubriera el ruido, sin interés por lo que pudiera ofrecer.

Se acercó a la ventana. La calle, seis pisos por debajo, estaba atestada de tráfico y de gente.

Después de un duro día de trabajo, Nueva York regresaba a casa: a jugar, a hacer el amor. La gente salía en tropel de las oficinas y se metía en sus coches. Algunos estaban irritables después de un día de trabajo agotador en una oficina mal ventilada; otros, mansos como corderos, erraban por las avenidas en dirección a casa, acompañados por una incesante corriente de cuerpos. Otros, por último, entraban apretujados al metro, ciegos a las pintadas de las paredes, sordos al parloteo de sus propias voces y al frío estruendo de los túneles.

A Mahogany le gustaba pensar en eso. Él no era, después de todo, uno del montón. Podía asomarse a la ventana y mirar a un millar de cabezas por debajo suyo, sabiendo que era un hombre escogido.

Tenía tareas que cumplir, por supuesto, como la gente de la calle. Pero su trabajo no era como la faena absurda de éstos, se parecía más a una obligación sagrada.

También necesitaba vivir, dormir y defecar, como ellos. Pero no era la necesidad pecuniaria lo que le motivaba, sino las exigencias de la historia.

Estaba dentro de una tradición, que se remontaba más allá de América. Era un cazador nocturno: como Jack el Destripador, Gilles de Rais, una encarnación viviente de la muerte, un espectro con cara humana. Atormentaba los sueños y provocaba terrores.

La gente que estaba por debajo de él no podía conocer su cara; ni se habría molestado en mirarlo dos veces. Pero él los capturaba y calibraba con la mirada, seleccionando sólo a los más maduros del desfile, escogiendo sólo a los sanos y jóvenes para que sucumbieran bajo su cuchillo santificado.

A veces Mahogany deseaba revelar su identidad al mundo, pero tenía responsabilidades y éstas pesaban mucho sobre él. No podía esperar la fama. La suya era una vida secreta, y sólo por orgullo

deseaba reconocimiento.

Después de todo, pensaba, ¿saluda la vaca al carnicero cuando late arrodillada ante él?

En resumidas cuentas, estaba contento. Formar parte de la gran tradición era suficiente, y siempre debería serlo.

Recientemente, sin embargo, se habían producido descubrimientos. No eran culpa suya, naturalmente. Nadie podía achacárselo. Pero fue una mala temporada. La vida no era tan fácil como lo había sido hacia diez años. Era bastante viejo, por supuesto, y eso hacía más agotador el trabajo; las obligaciones cada vez pesaban más sobre sus hombros. Era un hombre escogido, y ése era un privilegio con el que resultaba difícil vivir.

De vez en cuando se preguntaba si no sería hora de pensar en entrenar a un hombre más joven para esos menesteres. Tendría que consultarlo con los padres, pero tarde o temprano habría que encontrar a un sustituto; le parecía que era un desperdicio criminal de su experiencia no tomar un aprendiz a su cargo.

¡Podía legar tantas alegrías! Los trucos de su extraordinario oficio. La mejor forma de acechar, de cortar, de desnudar, de sangrar. Cómo encontrar la mejor carne requerida. El modo más simple de disponer los restos. ¡Tantos detalles, tanta experiencia acumulada!

Mahogany entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Al meterse en ella se miró el cuerpo. La pequeña barriga, los pelos de su pecho hundido que encanecían, las cicatrices y granos que salpicaban su pálida piel. Se estaba haciendo viejo. Sin embargo, esa noche, como todas las demás, tenía un trabajo que hacer...

Kaufman se precipitó en la oficina con su bocadillo, ajustando el dobladillo del cuello y quitándose del pelo el agua de la lluvia. El reloj que había encima del ascensor marcaba las siete y dieciséis. Trabajaría sólo hasta las diez.

El ascensor lo llevó hasta el piso decimosegundo, a las oficinas de Pappas. Cruzó descontento el laberinto de despachos vacíos y máquinas encapuchadas hacia su pequeño territorio, que todavía estaba iluminado. Las mujeres que limpiaban las oficinas estaban charlando en el pasillo: por lo demás, el local estaba desierto.

Se sacó el abrigo, sacudió la lluvia lo mejor que pudo y lo colgó.

Luego se sentó frente a los montones de pedidos con los que había estado lidiando casi tres días y se puso a trabajar. Sólo le haría falta una noche más de dedicación, estaba seguro, para hacer la parte más complicada, y le resultaba más fácil concentrarse sin el tableteo incesante de mecanógrafas y máquinas de escribir por todos lados.

Desenvolvió el jamón en pan integral con mayonesa adicional y se dispuso a pasar la tarde.

Ya eran las nueve.

Mahogany estaba vestido para la salida nocturna. Llevaba su sobrio traje habitual con la corbata marrón bien anudada, los gemelos de plata (regalo de su primera esposa) puestos en las mangas de su camisa inmaculadamente planchada, el pelo, fino, reluciente de brillantina, las uñas cortadas y limadas y la cara lavada con colonia.

Su bolsa estaba a punto. Las toallas, los instrumentos y su delantal de mallas.

Comprobó qué aspecto tenía ante el espejo. Pensó que aún podía pasar por un hombre de cuarenta y cinco años, cincuenta como máximo.

Al inspeccionarse la cara se acordó de su deber. Ante todo debía tener cuidado. Habría ojos observándole a cada paso del camino, espiando su actuación nocturna y juzgándola. Tenía que salir como un inocente, sin despertar sospechas.

Si sólo supieran..., pensó. La gente que andaba, corría y saltaba a su espalda en la calle: que chocaban con él sin pedirle perdón: que se cruzaban con su mirada despreciándolo: que se sonreían ante esa masa que parecía incómoda dentro de un traje que le quedaba mal. Si ellos supieran lo que hacía, quién era y qué llevaba.

Cuidado, se dijo, y apagó la luz. El piso estaba a oscuras. Fue a la puerta y la abrió, acostumbrado a andar entre tinieblas: era feliz en ellas.

Los nubarones habían desaparecido por completo. Mahogany se dirigió por Amsterdam hacia el metro de la calle 145. Esta noche volvería a coger la Avenida de las Américas, su línea favorita, y a menudo la más productiva.

Bajó las escaleras del metro con el billete en la mano. Cruzó las puertas automáticas. El olor de

los túneles ya estaba en sus fosas nasales. No era el olor de los túneles profundos, por supuesto; ése tenía un aroma exclusivo. Pero hasta en el aire viciado de esta línea poco profunda se respiraba tranquilidad. La respiración regurgitada de un millón de viajeros circulaba por ese laberinto, mezclándose con el de criaturas mucho mayores; cosas con voces pastosas como la arcilla, cuyos apetitos eran abominables. Cuánto le gustaba. El aroma, la oscuridad, el estruendo.

Se quedó de pie en el andén y escrutó críticamente a sus compañeros de viaje. Estuvo contemplando uno o dos cuerpos, pero tenían tanta escoria encima que pocos merecían ser perseguidos. Los estropeados físicamente, los obesos, los enfermos, los cansados. Cuerpos destrozados por los abusos y la indiferencia. Como profesional le ponía enfermo, aunque comprendía la debilidad que echaba a perder lo mejor de los hombres.

Se demoró en la estación más de una hora, paseando entre los andenes mientras los trenes iban y venían, iban y venían, y la gente con ellos. Había tan poca calidad por todas partes que era desalentador. Parecía que cada día tuviera que esperar más y más para encontrar carne digna de uso.

Ya eran casi las diez y media y no había visto a una sola criatura que fuera ideal para el sacrificio.

No importa, se dijo; todavía quedaba tiempo. Muy pronto saldría la riada del teatro. Siempre proporcionaba uno o dos cuerpos robustos. La intelectualidad bien alimentada, sosteniendo los resguardos de sus billetes y opinando sobre los entretenimientos del arte; sí, habría algo ahí.

De lo contrario, y había noches en que parecía que no encontraría nunca nada apropiado, tendría que ir al centro y arrinconar a una pareja de amantes noctámbulos, o encontrar a un par de atletas recién salidos de un gimnasio. Siempre garantizaban un buen material, aunque con especímenes tan sanos se corría el riesgo de encontrar resistencia.

Recordó haber capturado hacía un año o más a un par de machos negros, puede que con cuarenta años de diferencia, a lo mejor padre e hijo. Se habían resistido con navajas y él tuvo que permanecer seis meses hospitalizado. Había sido un encontronazo muy duro, que le hizo dudar de sus habilidades. Peor aún, le hizo pensar qué habrían hecho sus amos con él de haber sufrido una herida fatal. ¿Lo habrían mandado a su familia en Nueva Jersey y le habrían dado un decente entierro cristiano? ¿O hubieran tirado su cadáver a las tinieblas, para su propio uso?

El titular del *New York Post* abandonado en el asiento de enfrente le llamó la atención: «Toda la policía movilizada para capturar al asesino». No pudo reprimir una sonrisa. Sus ideas de fracaso, debilidad y muerte se evaporaron. Después de todo, él era ese hombre, ese asesino, y esa noche la idea de que lo atraparan era ridícula. Al fin y al cabo, ¿no estaba su profesión sancionada por las máximas autoridades posibles? Ningún policía podía apresarlo, ningún tribunal juzgarlo. Las mismas fuerzas de la ley y el orden que armaban tanto alboroto con su persecución servían a sus amos igual que él; estuvo por desechar que algún policía insignificante lo capturara y lo llevara en triunfo ante el juez, sólo para ver qué cara ponían cuando les llegara la voz desde la oscuridad de que Mahogany era un hombre protegido por encima de todas las leyes de los códigos.

Eran las diez y media pasadas. El desfile de los espectadores de teatro había empezado, pero de momento no había nada prometedor. De todas formas le habría gustado dejar pasar al gentío: seguir simplemente hasta el final de la línea a una o dos piezas escogidas. Esperaba el momento oportuno, como cualquier cazador prudente.

Kaufman aún no había acabado hacia las once, una hora después de cuando se había prometido irse. Pero la exasperación y el aburrimiento estaban haciendo más difícil el trabajo, y las páginas de números que tenía delante empezaron a volverse borrosas. A las once y diez tiró su pluma y admitió la derrota. Se frotó los ojos –irritados– con las palmas de las manos hasta que la cabeza se le llenó de colores.

–¡Joder! –dijo.

Nunca decía tacos en público. Pero de cuando en cuando decirse joder a sí mismo era un gran consuelo. Salió de la oficina con el abrigo empapado sobre el brazo y se dirigió al ascensor. Sus miembros parecían drogados y apenas podía mantener abiertos los ojos.

Fuera hacía más frío de lo que había previsto, y el aire lo sacó un poco de su letargo. Anduvo en dirección a la parada de metro de la calle 34. Cogería un expreso hacia Far Rochaway. Estaría en casa en una hora.

Ni Kaufman ni Mahogany lo sabían, pero en la estación de la calle 96, la policía había arrestado al que tomaron por el Asesino del Metro, acorralándolo en uno de los trenes de la parte alta de la ciudad.

Un hombre pequeño, de origen europeo, armado con un martillo y una sierra, había arrinconado a una joven en el segundo vagón y la había amenazado con partirla por la mitad en nombre de Jehová.

Parecía dudoso que fuera capaz de cumplir su amenaza. Tal como fueron las cosas, no tuvo ocasión. Mientras el resto de los pasajeros (incluyendo a dos marines) observaban, la presunta víctima asestó una patada al hombre en los testículos. Se le cayó el martillo. Ella lo recogió y le rompió con él la mandíbula inferior y el pómulo derecho antes de que se interpusieran los marines.

Cuando el tren paró en la 96, la policía estaba preparada para arrestar al Carnicero del Metro. Se precipitaron al vagón en tropel, chillando como hadas y asustados como demonios. El Carnicero yacía en un rincón del vagón con la cara hecha pedazos. Lo sacaron de ahí, triunfantes. La mujer, después del interrogatorio, se fue a casa con los marines.

Iba a resultar una distracción útil, aunque Mahogany no lo pudo saber en su momento. A la policía le costó la mayor parte de la noche determinar la identidad del prisionero, especialmente porque con la mandíbula destrozada sólo podía babear. A las tres y media un tal capitán Davis, que se incorporaba al trabajo, identificó al hombre como un vendedor de flores jubilado del Bronx llamado Hank Vasarely. Hank, según parecía, era arrestado con regularidad por conducta intimidatoria y ademanes deshonestos, todo en nombre de Jehová. Las apariencias engañaban: era probablemente tan peligroso como el conejito de Pascua. Éste no era el Asesino del Metro. No obstante, cuando los policías lo descubrieron, Mahogany ya había acabado con su tarea desde hacía tiempo.

Eran las once y cuarto cuando Kaufman subió al expreso en dirección a Mott Avenue. Compartió el vagón con dos viajeros más. Uno era una mujer negra de mediana edad con un abrigo púrpura, el otro, un adolescente pálido, lleno de acné, que observaba con mirada extraviada la pintada del techo: «Besa mi blanco culo».

Kaufman iba en el primer vagón. Tenía treinta y cinco minutos de viaje por delante. Dejó que sus ojos se cerraran, tranquilizado por el bamboleo rítmico del tren. Era un viaje tedioso y estaba cansado. No vio apagarse, parpadeando, las luces del segundo vagón. Tampoco vio la cara de Mahogany, mirando por la puerta entre los vagones, buscando más carne.

En la calle 14 la mujer negra salió. No entró nadie.

Kaufman abrió un momento los ojos, reconociendo el andén vacío de la 14, y luego los volvió a cerrar. Las puertas se cerraron con un silbido. Estaba vagando entre la conciencia y el sueño y sentía un revoloteo de sueños nacientes en la cabeza. Era una sensación agradable. El tren se puso otra vez en marcha, traqueteando por entre los túneles.

Quizá percibió a medias que detrás de su cabeza adormilada habían abierto las puertas que separaban el segundo vagón del primero. Quizá sintió la ráfaga súbita de aire del túnel y se dio cuenta de que el ruido de las ruedas fue más fuerte durante un rato. Pero decidió ignorarlo.

Quizás oyó la pelea en que Mahogany sometió al joven de mirada extraviada. Pero el ruido era demasiado lejano y la perspectiva de sueño demasiado tentadora. Siguió adormecido.

Por alguna razón soñó con la cocina de su madre. Estaba cortando rábanos y sonriendo con dulzura al cortarlos. Él aún era pequeño y le miraba la cara radiante mientras trabajaba. Cortar. Cortar. Cortar.

De pronto abrió los ojos. Su madre se desvaneció. El vagón estaba vacío y el joven se había ido.

¿Cuánto tiempo había dormitado? No se acordó de que el tren paraba en la calle 4, oeste. Se levantó con la cabeza somnolienta y estuvo a punto de caerse cuando el tren se agitó violentamente. Parecía que iba a una velocidad considerable. Tal vez el conductor quería llegar a casa, arroparse en la cama con su mujer. Iba a todo gas; en realidad era sumamente aterrador.

La ventana entre los dos vagones tenía una cortina bajada que antes no lo estaba, según creía recordar. Una ligera inquietud se apoderó de la mente despierta de Kaufman. ¿Y si hubiera dormido mucho rato y el vigilante no lo hubiera visto en el vagón? A lo mejor habían pasado Far Rockaway y el tren se dirigía a toda prisa a donde quiera que los llevaran de noche.

—¡Joder! —dijo en voz alta.

¿Debería ir a la cabina y preguntarle al conductor? Era una pregunta completamente estúpida: ¿dónde estoy? A esas horas de la noche, ¿podía esperar algo más que una sarta de insultos a modo de respuesta?

Entonces el tren empezó a aminorar la marcha.

Una estación. Sí, una estación. El tren salió del túnel a la sucia luz de la parada de la calle 4, oeste. No se había pasado ninguna de largo.

Entonces ¿dónde se había metido el chico?

O había hecho caso omiso del aviso que había en la pared del vagón, que prohibía el cambio de vagones durante el trayecto, o se había ido delante, a la cabina del conductor. Probablemente estaría todavía entre sus piernas, pensó Kaufman, con los labios abarquillados. Había precedentes. Éste era el Palacio de los Placeres, después de todo, y todo el mundo tenía derecho a un poco de placer en la oscuridad.

Se encogió de hombros. ¿Qué le importaba dónde se hubiera metido el chico?

Las puertas se cerraron. No había subido nadie al tren. Cambió de vía después de la estación, las luces parpadearon al utilizar el tren más corriente para recuperar un poco de velocidad.

Kaufman notó que le volvían las ganas de dormir, pero el miedo súbito de haberse perdido había inyectado adrenalina en su sistema y sus miembros hormigueaban de tensión nerviosa.

Sus sentidos también se habían agudizado.

Incluso por encima del estrépito y del estruendo de las ruedas sobre las vías oía un ruido de desgarrones de ropa procedente del vagón contiguo. ¿Alguien se estaría rasgando la camisa?

Se levantó, agarrándose a una de las correas para conservar el equilibrio.

La ventana entre un vagón y otro estaba tapada del todo por la cortina, pero se quedó mirándola, ceñudo, como si pudiera descubrir de repente la visión de rayos X. El vagón avanzaba tambaleándose. Era como volver a viajar de verdad.

Otro ruido de desgarrones.

¿Sería una violación?

Con un vago interés de mirón se acercó por el oscilante vagón hacia la puerta intermedia, esperando que la cortina tuviera alguna grieta. Sus ojos aún estaban fijos en la ventana, y no se dio cuenta de las salpicaduras de sangre que estaba pisando.

Hasta que...

... su talón resbaló. Miró hacia abajo. Su estómago vio la sangre casi antes que su cerebro, y el jamón con pan integral se le atascó a mitad de camino de la garganta. Sangre. Tragó varias bocanadas de aire viciado y apartó la vista; miró de nuevo a la ventana.

Su cabeza no dejaba de repetir: sangre. No podía pensar en otra cosa.

Ahora no había más que un par de metros entre él y la puerta. Tenía sangre en el zapato y había un pequeño reguero hasta el vagón de al lado, pero a pesar de todo tenía que mirar.

Tenía que hacerlo.

Dio dos pasos más en dirección a la puerta y escudriñó la cortina buscando un rasguño: una hebra descosida sería suficiente. Había un pequeño agujero. Pegó el ojo a él.

Su cerebro se negaba a admitir lo que sus ojos estaban viendo al otro lado de la puerta. Rechazaba el espectáculo por absurdo, como si fuera una ensayo. Su razón decía que no podía ser real, pero su instinto le decía que sí lo era. El cuerpo se le quedó rígido de terror. Sus ojos no podían dejar de mirar sin pestañear lo que había detrás de la cortina. Se quedó en la puerta mientras el tren seguía traqueteando; entretanto la sangre se le iba de las extremidades y su cerebro se mareaba por falta de oxígeno. Se le encendieron manchas brillantes en la vista, emborronando la atrocidad.

Luego se desmayó.

Estaba inconsciente cuando el tren llegó a Jay Street. Permaneció sordo al aviso del conductor de que todos los que fueran más allá de esa parada tenían que cambiar de tren. Si lo hubiera oído se habría preguntado qué quería decir. Ningún tren vomitaba todos sus pasajeros en Jay Street; la línea seguía hasta Mott Avenue, pasando por el hipódromo del Acueducto, después del aeropuerto JFK. Habría ido a preguntar qué clase de tren era ése. Sólo que ya lo sabía. La verdad colgaba del vagón de al lado. Sonreía satisfecha desde detrás de un delantal de mallas ensangrentado.

Éste era el tren de la carne de medianoche.

En un desmayo absoluto no se controla el tiempo. Pudieron pasar segundos u horas antes de que los ojos de Kaufman volvieran a abrirse, parpadeando, y su espíritu recapacitó sobre esta nueva situación.

Estaba tumbado bajo uno de los asientos, recostado a lo largo de la vibrante pared del vagón, a salvo de miradas. El destino debía estar de su parte hasta ahora, pensó: de alguna manera el tambaleo del vagón debía haber desplazado su cuerpo inconsciente.

Pensó en el horror del segundo vagón y volvió a tragarse el vómito. Estaba solo. Donde quiera que estuviera el vigilante (tal vez asesinado), no tenía forma de pedir ayuda. ¿Y el conductor? ¿Estaba muerto junto a los mandos? ¿Estaría el tren precipitándose ahora mismo por un túnel desconocido, un túnel sin una sola estación que permitiera identificarlo, hacia su destrucción?

Y, si no había ningún accidente en que morir, siempre quedaba el Carnicero, que todavía daba puñaladas, separado tan sólo por una puerta de donde Kaufman estaba tumbado.

Mirara donde mirara, el nombre que estaba escrito en cada puerta era «muerte».

El ruido era ensordecedor, especialmente en el suelo. Los dientes le temblaban en los alveolos y su cara estaba entumecida por las vibraciones; incluso el cráneo le dolía.

Poco a poco fue notando que le volvía la fuerza a los exhaustos miembros. Estiró con cuidado los dedos y se apretó los puños para que la sangre corriera de nuevo.

Y a medida que volvía en sí sentía otra vez náuseas. Seguía representándose la espantosa brutalidad del vagón contiguo. En ocasiones había visto fotografías de víctimas asesinadas, por supuesto, pero éstos no eran asesinatos vulgares. Estaba en el mismo tren que el Carnicero del Metro, el monstruo que colgaba de las correas a sus víctimas por los pies, afeitadas y desnudas.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que el asesino cruzara esa puerta y lo encontrara? Estaba seguro de que si no lo mataba el Carnicero lo haría la espera.

Oyó movimientos del otro lado de la puerta.

Venció su instinto. Kaufman se apretujó todavía más bajo el asiento y se arrebujó en una pequeña bola, con la cara blanca y mareada vuelta hacia la pared. Luego se cubrió la cabeza con las manos y cerró los ojos tan fuerte como un niño aterrorizado por el coco.

La puerta se abrió con un silbido. Clic. Shsss. Entró una bocanada de aire de los raíles. Olía más raro que cualquier cosa que hubiera oido antes: y era más frío. Fue como un aire primitivo para sus fosas nasales, un aire hostil e insondable. Le hizo estremecerse.

La puerta se cerró. Clic.

El Carnicero estaba cerca, Kaufman lo sabía. No podía estar más que a unos cuantos centímetros de donde él se encontraba.

¿Estaría incluso ahora mirando hacia abajo, hacia su espalda? ¿Ahora mismo, inclinándose, navaja en mano, para sacarlo de su escondite como a un caracol de su concha?

No pasó nada. No sintió ningún aliento sobre su cuello. Su espina dorsal no estaba abierta en canal.

Sólo hubo un ligero ruido de pisadas cerca de su cabeza; luego, ese mismo sonido disminuyó.

Kaufman expulsó la respiración – contenida en los pulmones hasta que le dolieron–, con un chirrido entre los dientes.

Mahogany casi se sentía decepcionado porque el hombre dormido se hubiera bajado en la calle 4, oeste. Estaba deseando un trabajo más esa noche para distraerse hasta que bajaran. Pero no: el hombre se había ido. De todas formas, la víctima potencial no parecía demasiado sana, pensó para sus adentros, probablemente era un anémico contable judío. La carne no habría sido de calidad. Recorrió todo el vagón hasta la cabina del conductor. Pasaría ahí el resto del viaje.

«¡Cielos!», pensó Kaufman, «va a matar al conductor.»

Oyó abrirse la puerta de la cabina. Luego la voz del Carnicero: baja y ronca.

–Hola.

–Hola.

Se conocían.

–¿Trabajo hecho?

–Trabajo hecho.

Le sorprendió la banalidad del diálogo. ¿Trabajo hecho? ¿Qué significaba «trabajo hecho»?

Se perdió las pocas palabras restantes porque el tren pasó por un tramo especialmente ruidoso de la vía.

No pudo resistirse más tiempo a mirar. Se desdobló cautelosamente y echó una ojeada por encima del hombro hasta el fondo del vagón. Todo lo que pudo ver fueron las piernas del Carnicero y la base de la puerta abierta de la cabina. ¡Maldición! Quería volver a ver la cara del monstruo.

Se oyeron risas.

Kaufman meditó los riesgos de su situación: la matemática del pánico. Si se quedaba donde estaba, tarde o temprano el Carnicero lo sorprendería, y él se convertiría en carne picada. Por otra parte, si salía de su escondite, se arriesgaba a que lo vieran y le persiguieran. ¿Qué era peor: la inmovilidad, y encontrarse la muerte atrapado en un agujero, o la tentativa de fuga, y enfrentarse a su Hacedor en mitad del vagón?

A Kaufman le sorprendió su propio arrojo: se movería.

Salió infinitesimalmente despacio de debajo del asiento, arrastrándose y vigilando constantemente al hacerlo la espalda del Carnicero. Una vez fuera, empezó a reptar hacia la puerta. Cada paso que daba era un tormento, pero el Carnicero parecía demasiado absorto en la conversación para darse la

vuelta.

Había alcanzado la puerta. Empezó a levantarse, intentando prepararse para lo que vería en el vagón número dos. Agarró el pomo y abrió la puerta con suavidad.

El ruido de los raíles aumentó, y le llegó una ola de aire malsano, que no apetaba a nada terrestre. Seguro que el Carnicero lo oía, ¿o lo olía? Seguro que se daría la vuelta...

Pero no. Kaufman se deslizó por la rendija que había abierto y se adentró en la cámara sangrienta.

El alivio lo volvió imprudente. Se olvidó de echar el picaporte tras él y la puerta empezó a abrirse suavemente con el zarandeo del tren.

Mahogany sacó la cabeza de la cabina y miró por el vagón hacia la puerta.

—¿Qué narices es eso? —dijo el conductor.

—No cerré bien la puerta. Eso es todo.

Kaufman oyó al Carnicero dirigirse hacia ella. Se agazapó, hecho una bola de consternación, contra la pared intermedia, consciente de repente de cuán cargadas tenía las tripas. La puerta se cerró desde el otro lado y los pasos se volvieron a alejar.

Salvado, al menos por un momento.

Abrió los ojos, intentando permanecer insensible al espectáculo de la matanza que tenía delante.

No había forma de lograrlo.

Embriagaba cada uno de sus sentidos: el olor de entrañas abiertas, la vista de los cuerpos, la sensación de líquido sobre el suelo, bajo sus pies, el ruido de las correas crujiendo por el peso de los cadáveres, hasta el aire, que sabía salado de sangre. Estaba a solas con la muerte en ese cuchitril, precipitándose por la oscuridad,

Pero ya no sentía náuseas, Sólo una repugnancia ocasional. Incluso se vio inspeccionando los cuerpos con cierta curiosidad.

El cadáver más cercano a él eran los restos del joven cubierto de espinillas que había visto en el vagón número uno. El cuerpo colgaba cabeza abajo, meciéndose adelante y atrás al ritmo del tren al unísono con sus tres compañeros; una obscena danza macabra. Sus brazos se columpiaban, fláccidos, de las articulaciones de los hombros, en las que se habían practicado cuchilladas de una pulgada o dos de profundidad para que los cuerpos se balancearan con más elegancia.

Todas las partes de la anatomía del muchacho oscilaban de forma hipnótica. La lengua, colgando de la boca abierta. La cabeza, bailoteando del cuello rajado. Incluso el pene del joven se sacudía de lado a lado de sus ingles desolladas. De la herida de la cabeza y de la yugular aún manaba sangre en un cubo negro. Había cierta elegancia en el conjunto: la impronta de un trabajo bien hecho.

Detrás de este cuerpo estaban los cadáveres ahorcados de dos jóvenes mujeres blancas y de un hombre de piel oscura. Inclinó la cabeza a un lado para mirarles las caras. No tenían expresión. Una de las chicas era una belleza. Decidió que el hombre era un puertorriqueño. Todos tenían la cabeza y el vello corporal rapado. En realidad aún había un olor acre en el aire, de rapado. Kaufman se levantó deslizándose por la pared y, al hacerlo, el cuerpo de una mujer se dio la vuelta, presentando la parte dorsal.

No estaba preparado para este nuevo horror.

Habían abierto la carne de la espalda en canal desde el cuello hasta las nalgas y separado los músculos para exponer las vértebras relucientes. Era el triunfo final de la obra del Carnicero. Ahí colgaban esas tajadas de humanidad, afeitadas, sangradas y rajadas, abiertas como peces y listas para ser devoradas.

Estuvo a punto de sonreírse ante la perfección de ese horror. Sintió un arrebato de locura en la base del cráneo, tentándolo al olvido, prometiéndole una absoluta indiferencia ante el mundo.

Empezó a temblar incontrolablemente. Notó cómo sus cuerdas vocales trataban de formar un grito. Era intolerable: y sin embargo, gritar era convertirse en poco tiempo en una de las criaturas que tenía delante.

—Joder—dijo, más alto de lo que quería, y luego, apartándose de la pared, echó a andar por el vagón entre los cadáveres oscilantes, observando los cuidadosos montones de ropas y pertenencias depositados detrás de sus propietarios, en los asientos. Bajo sus pies, el suelo estaba pegajoso de bilis secándose. Aun sin hacer caso de las rajadas podía ver con demasiada claridad la sangre de los cubos: estaba espesa y embriagadora, con grumos de coágulos flotando dentro.

Ya había sobrepasado al chico y veía la puerta del vagón número tres ante él. Todo lo que tenía que hacer era huir de ese montón de atrocidades. Se animó a seguir avanzando, procurando ignorar esos horrores y concentrarse en la puerta que lo devolvería a la cordura.

Había pasado a la primera mujer. Unos pocos metros más, se dijo, diez pasos como máximo,

menos si andaba con tranquilidad.

Entonces se apagaron las luces.

—¡Dios mío! —exclamó.

El tren dio un bandazo y Kaufman perdió el equilibrio.

En la oscuridad más absoluta buscó un apoyo y, sacudiendo los brazos, abrazó el cuerpo que tenía al lado. Antes de que pudiera evitarlo, notó que sus manos se hundían en la tibia carne y sus dedos asían el borde de músculo que tenía la mujer abierto en la espalda, tocando con las yemas el hueso de la espina dorsal. Su mejilla rozaba la carne pelada del muslo.

Gritó y, justo al gritar, las luces se volvieron a encender parpadeando.

Según volvía la luz y se apagaba su grito, oyó el ruido de los pasos del Carnicero acercándose a lo largo del vagón número uno en dirección a la puerta intermedia.

Soltó el cuerpo al que estaba abrazado. Tenía la cara manchada por la sangre de la pierna. Podía sentirla en la mejilla; era como pintura de guerra.

El grito le había despejado la cabeza, y sintió que le invadía una especie de fuerza. No habría persecución por el tren, lo sabía: no habría cobardía, ahora no. Éste iba a ser un enfrentamiento primitivo; dos seres humanos, cara a cara. Y utilizaría todos los trucos que se le ocurriera —todos— para vencer a su enemigo. Era, pura y simplemente, cuestión de supervivencia.

El pomo de la puerta vibró. Kaufman buscó un arma a su alrededor, con una mirada tranquila y calculadora. Su vista recayó en la pila de ropas que estaba detrás del cuerpo del puertorriqueño. Ahí había una navaja tirada entre sortijas de diamantes falsos y cadenas de oro de imitación. Un arma de filo largo, inmaculadamente limpia, probablemente motivo de orgullo de ese hombre. Pasando el cuerpo muscular, la arrancó del montón. Le reconfortó la mano; sin duda era muy emocionante.

La puerta se abría, y asomó la cara del asesino.

Kaufman miró por entre el matadero a Mahogany. No era excesivamente corpulento; sólo otro cincuentón medio calvo y demasiado gordo. Su cara era de rasgos duros; los ojos, hundidos. Tenía la boca pequeña y de labios delicados. En realidad era una boca de mujer.

Mahogany no conseguía imaginar de dónde había salido ese intruso, pero se dio cuenta de que se trataba de un nuevo descuido, otro signo de su creciente incompetencia. Debía despachar inmediatamente a esa criatura que había pasado por alto. Después de todo no podían estar más que a una milla del final del trayecto. Tenía que cortar al hombrecito y colgarlo por los talones antes de que llegaran a destino.

Entró en el vagón número dos.

—Estabas durmiendo —dijo al reconocer a Kaufman—. Te vi.

Kaufman no dijo nada.

—Tendrías que haberte bajado del tren. ¿Qué intentabas hacer? ¿Esconderte de mí?

Kaufman siguió en silencio.

Mahogany sacó el mango de su cuchilla del cinturón de acero desgastado. Estaba sucio de sangre, igual que su delantal de mallas, su martillo y su sierra.

—Tal como están las cosas —dijo— tendré que deshacerme de ti.

Kaufman levantó la navaja. Parecía algo pequeña al lado de toda la parafernalia del Carnicero.

—Joder —dijo.

Mahogany se echó a reír ante las pretensiones de defensa del hombrecito.

—No deberías haber visto esto: no es para tipos como tú —dijo, dando otro paso hacia Kaufman—. Es secreto.

«O sea que es del tipo inspirado por la divinidad, ¿no?», pensó Kaufman. «Eso explica algo.»

—Joder —volvió a decir.

El Carnicero frunció el ceño. No le gustaba la indiferencia del hombrecito ante su trabajo, ante su reputación.

—Todos tenemos que dormir un día, tarde o temprano —dijo—. Tendrías que estar agradecido: no te van a quemar como a la mayoría: te puedo utilizar. Para dar de comer a los padres.

La única respuesta de Kaufman fue una mueca. No le aterrizaba nada ese energúmeno gordo y arrastrado.

El Carnicero descolgó la cuchilla de su cinturón y la blandió.

—Un judío de mierda como tú —dijo—, debería alegrarse sólo de ser útil: la carne es lo mejor a lo que puedes aspirar.

Sin previo aviso, lanzó una estocada. La cuchilla rasgó el aire a considerable velocidad, pero Kaufman se echó atrás. Rajó la manga de su abrigo y se hundió en la espinilla del puertorriqueño. El golpe partió a medias la pierna y el peso del cuerpo abrió aún más la cuchillada. La carne del muslo,

en exposición, era como un filete de primera, suculento y apetitoso.

El Carnicero empezó a desclavar la cuchilla de la herida y en ese momento saltó Kaufman. La navaja voló hacia el ojo de Mahogany, pero por un error de cálculo se hundió en el cuello. Atravesó la columna y asomó con una pequeña gota de sangre coagulada por el otro extremo. De lado a lado. De un solo golpe. De lado a lado.

Mahogany recibió la hoja en el cuello con una sensación de asfixia. Emitió un sonido ridículo, una especie de tos poco entusiasta. Manó sangre de sus labios, pintándolos, como el lápiz de labios a una boca de mujer. La cuchilla cayó al suelo con gran estrépito.

Kaufman arrancó la navaja. De las dos heridas chorrearon dos pequeños arcos de sangre.

Mahogany se desplomó sobre sus rodillas, mirando la navaja que lo había matado. El hombrecito lo observaba pasivamente. Estaba diciendo algo, pero sus oídos estaban sordos a los comentarios, como si se encontrara bajo el agua.

De repente se quedó ciego. Supo con nostalgia por sus sentidos que no volvería a ver ni a oír. Esto era la muerte: la tenía encima, sin duda.

Sin embargo todavía palpaba con las manos la tela de los pantalones y las salpicaduras calientes sobre su piel. La vida parecía temblarle en las yemas mientras sus dedos se aferraban al último sentido... luego se desplomó, y sus manos, su vida y su deber sagrado se doblegaron bajo el peso de una carne avejentada.

El Carnicero estaba muerto.

Kaufman introdujo bocanadas de aire viciado en sus pulmones y se agarró a una de las correas para serenar su cuerpo tambaleante. Las lágrimas emborronaron la carnicería ante la que se encontraba. Pasó un tiempo: no supo cuánto; estaba perdido en sueños de victoria.

Luego el tren empezó a reducir su velocidad. Notó y oyó cómo apretaban los frenos. Los cuerpos colgantes se inclinaron hacia adelante al frenar la locomotora, sus ruedas chirriaron sobre las vías, que rezumaban limo.

La curiosidad se apoderó de él.

¿Se desviaría el tren al matadero subterráneo del Carnicero, decorado con las carnes que había reunido a lo largo de su carrera? ¿Y qué haría el risueño conductor, tan indiferente a la masacre, cuando el tren se detuviera? Ahora podía ocurrir cualquier cosa. Podía enfrentarse a todo: espérate y verás.

El altavoz crepitó. Se oyó la voz del conductor:

—Ya estamos, colega. Es mejor que te vayas a tu sitio, ¿no?

¿Irse a su sitio? ¿Qué quería decir eso?

El tren iba ahora a paso de caracol. Fuera de las ventanas todo estaba tan oscuro como siempre. Las luces parpadearon y se apagaron. Esta vez no volvieron a encenderse.

Se quedó en la oscuridad absoluta.

—Llegaremos en media hora —anunció el altavoz, igual que un aviso de estación.

El tren se había detenido. De repente echó a faltar el ruido de las ruedas sobre los raíles, la precipitación de su paso, a los que tan acostumbrado estaba. Todo lo que pudo oír fue el zumbido del altavoz. Aún no podía ver nada.

Y de repente, un silbido. Las puertas se estaban abriendo. Penetró en el vagón un olor tan cáustico que tuvo que apretarse las manos contra la cara para zafarse de él.

Permaneció en silencio, la mano en la boca, durante lo que pareció una eternidad.

Entonces hubo un parpadeo de luz fuera de la ventana. Dibujó el perfil del marco de la puerta y se hizo progresivamente más intensa. Pronto hubo bastante luz en el vagón para que viera a sus pies el cuerpo arrugado del Carnicero y trozos cetrinos de carne colgando a cada lado de él.

También hubo un murmullo procedente de la oscuridad, fuera del tren, una congregación de pequeñas voces parecidas a las de los escarabajos. En el túnel, andando con los pies a rastras hacia el tren, había seres humanos. Kaufman pudo distinguir ahora su figura. Algunos llevaban antorchas que brillaban con una mortecina luz amarronada. El ruido tal vez procedía de su andar sobre el suelo húmedo, o del chasquido de sus lenguas, o de ambos.

No era tan ingenuo como lo había sido hacía una hora. ¿Podía haber alguna duda acerca de la intención de esas cosas que salían de la oscuridad dirigiéndose hacia el tren? El Carnicero había asesinado a hombres y mujeres para dar carne a esos caníbales; se acercaban, como comensales al oír la campana de la cena, a comer en este vagón restaurante.

Se agachó y recogió la cuchilla que Mahogany había dejado caer. El ruido de criaturas acercándose era cada vez mayor. Fue hacia el final del vagón, tratando de alejarse de las puertas abiertas, sólo para descubrir que las de detrás también lo estaban, y también allí se oía el rumor de

pasos acercándose.

Se volvió a encoger detrás de uno de los asientos, y estaba a punto de refugiarse debajo de ellos cuando una mano, delgada y frágil hasta el punto de transparentarse, apareció junto a la puerta.

No pudo apartar la vista. No porque el terror lo helara, como había ocurrido junto a la ventana. Simplemente quería observar.

La criatura entró en el vagón. Las antorchas que iban detrás de ella dejaron su cara en la sombra, pero se podía ver claramente su figura.

No había nada demasiado especial en ella.

Como él, tenía dos brazos y dos piernas. Su cabeza no tenía forma anormal. El cuerpo era pequeño, y el esfuerzo de trepar al tren había enronquecido su respiración. Tenía más de geriátrico que de psicótico; generaciones de ficticios devoradores de hombres no habían preparado a Kaufman para una vulnerabilidad tan angustiosa.

Detrás de aquello surgían criaturas similares de la oscuridad, entrando torpemente en el tren. Entraban por todas las puertas.

Kaufman estaba atrapado. Sopesó la cuchilla en sus manos, buscando su equilibrio, preparado para una batalla con esos monstruos antiguos. Habían metido una antorcha en el vagón que iluminaba las caras de los líderes.

Eran completamente calvos. La carne cansada de sus rostros estaba estirada fuertemente sobre sus cráneos, de forma que brillaba por la tirantez. Había manchas de descomposición y enfermedad sobre su piel, y en algunas zonas el músculo se había podrido con un pus negro, por el que sobresalía el hueso del pómulo o de la sien. Algunos estaban desnudos como bebés, con los cuerpos pastosos y sifílicos casi asexuados. Lo que una vez fueron pechos eran como bolsas de cuero colgando del torso, los genitales habían encogido.

Más desagradables que los que iban desnudos eran los que se cubrían con ropas. Pronto se dio cuenta de que la tela pútrida que les rodeaba los hombros o que llevaban atada en mitad del diafragma estaba hecha de pieles humanas. No una, sino una docena o más, amontonadas a la buena de Dios, como patéticos trofeos.

Los líderes de esta grotesca cola para comer ya habían llegado a los cuerpos y posaron las manos gráciles sobre los pedazos de carne, acariciando de arriba abajo la piel afeitada, de una forma que sugería placer sensual. Las lenguas bailoteaban fuera de las bocas, salpicando de baba la carne. Los ojos de los monstruos se abrían y cerraban con hambre y excitación.

Por fin uno de ellos lo vio.

Sus ojos dejaron de pestañear un momento y se clavaron en él. Una mirada inquisitiva le asomó a la cara, era como una parodia del desconcierto.

—Tú —dijo. Su voz estaba tan consumida como los labios de donde salía.

Kaufman levantó un poco la cuchilla, calculando sus posibilidades. Habría cerca de unos treinta en el vagón, y muchos más afuera. Pero parecían muy débiles y no tenían más armas que sus pieles y huesos.

El monstruo volvió a hablar con una voz bastante bien modulada cuando la recuperó; era el gorjeo de un hombre antaño cultivado, antaño encantador.

—Viniste después del otro, ¿no es verdad?

Miró de reojo el cuerpo de Kaufman. Estaba claro que había comprendido muy rápidamente la situación.

—Viejo, en cualquier caso —dijo, con sus húmedos ojos posados otra vez sobre Kaufman, estudiándolo cuidadosamente.

—Que te jodan —dijo éste.

La criatura esbozó una sonrisa forzada, pero casi había olvidado la técnica y el resultado fue una mueca que descubrió una boca con los dientes colocados sistemáticamente en fila.

—Ahora tienes que hacer esto para nosotros —dijo, con una sonrisa bestial—. No podemos sobrevivir sin comida.

La mano dio unas palmaditas al trasero de carne humana. Kaufman no supo qué replicar ante esa idea. Se limitó a observar con repugnancia cómo las uñas se deslizaban por la hendidura de las nalgas, valorando la curvatura del tierno músculo.

—Nos repugna tanto como a ti —dijo la criatura—. Pero estamos obligados a comer esta carne o si no moriremos. Dios sabe que no tengo ganas de hacerlo.

Sin embargo, esa cosa estaba babeando.

Kaufman recuperó la voz. Era débil, más por confusión de sentimientos que por miedo.

—¿Qué sois vosotros? —Recordó al hombre de la barba en la cafetería—. ¿Sois accidentes de algún

tipo?

—Somos los padres de la ciudad —dijo la cosa—. Y las madres, hijas e hijos. Los constructores, los legisladores. Hicimos esta ciudad.

—¿Nueva York? —dijo Kaufman—. ¿El Palacio de los Placeres?

—Antes de que nacieras tú, antes de que naciera cualquier ser vivo.

Mientras hablaba, las uñas de la criatura acariciaban por debajo de la piel el cuerpo destrozado y arrancaba la fina tira elástica del apetitoso músculo. Detrás de Kaufman las otras criaturas habían empezado a descolgar los cuerpos de las correas, posando las manos con la misma satisfacción sobre los suaves pechos y los costados de carne. También la habían empezado a despellejar.

—Nos traerás más —dijo el padre—, más carne para nosotros. El otro era débil.

Kaufman lo miró con reticencia.

—¿Yo? —dijo—. ¿Daros de comer? ¿Por quién me tomas?

—Lo tienes que hacer por nosotros y por otros más viejos que nosotros. Para los que nacieron antes de que se planeara la ciudad, cuando América era un bosque y un desierto.

La frágil mano señaló el exterior del tren.

La mirada de Kaufman siguió el dedo extendido en dirección a la penumbra. Fuera del tren había algo que no descubrió antes; más grande que nada humano.

El montón de criaturas se apartó para permitirle examinar más de cerca lo que estaba ahí fuera, pero sus pies no se movieron.

—Adelante —dijo el padre.

Kaufman pensó en la ciudad que había amado. ¿Eran éstos sus padres, sus filósofos, sus creadores? Tuvo que creer que así era. A lo mejor había gente en la superficie —burócratas, políticos y autoridades de todo tipo— que conocían este horrible secreto y cuyas vidas estaban consagradas a proteger a estas abominaciones dándoles de comer, como los salvajes ofrecen corderos a sus dioses. Había algo terriblemente familiar en este ritual. Pulsó una tecla, no en la inteligencia consciente de Kaufman, sino en su personalidad más recóndita, más antigua.

Sus pies, que ya no obedecían a su cerebro, sino a su instinto de adoración, se movieron. Atravesó el pasillo entre los cuerpos y bajó del tren.

La luz de las antorchas empezaba a iluminar débilmente la ilimitada oscuridad exterior. El aire parecía sólido, se espesaba con el olor de tierra antigua. Pero Kaufman no olía nada. Inclinó la cabeza, fue todo lo que pudo hacer para evitar tropezar de nuevo.

Ahí estaba el precursor del hombre. El americano primigenio, cuya tierra natal era ésta, y no Passamaquody o Cheyenne. Sus ojos, si los tenía, estaban mirándolo.

Su cuerpo se estremeció. Le castañetearon los dientes.

Podía oír los ruidos de esa anatomía: latidos, crujidos y sollozos.

Se movió un poco en medio de la oscuridad.

El ruido de su movimiento fue doloroso. Como el de una montaña al levantarse.

Kaufman levantaba la mirada en dirección a él y, sin pensar qué estaba haciendo o por qué, se postró de rodillas, sobre la mierda, ante el padre de los padres.

Todos los días de su vida estaban encaminados a éste, todos los momentos apresuraban este momento imprevisible de terror sagrado.

Si hubiera habido bastante luz en este infierno para verlo entero, tal vez su tibio corazón habría estallado. Con la que había, notó que su pecho se estremecía al ver lo que vio.

Era un gigante. Sin cabeza ni miembros. Sin un rasgo que fuera análogo al de un hombre, sin un órgano que tuviera sentido, o sentidos. Era como un banco de peces, si es que se podía comparar con algo. Miles de hocicos moviéndose al unísono, echando brotes, floreciendo y marchitándose rítmicamente. Era iridiscente, como el nácar, pero más oscuro a veces que cualquier color que Kaufman conociera o pudiera nombrar.

Eso fue todo lo que pudo ver; era más de lo que quería. Había mucho más en la oscuridad, parpadeando, boqueando y aleteando.

Pero no pudo seguir mirando. Se dio la vuelta y, mientras lo hacía, tiraron desde el tren una pelota que rodó hasta pararse delante del padre.

Por lo menos creyó que era un balón, hasta que se fijó con más atención y reconoció en él a una cabeza humana, la cabeza del Carnicero. Le habían pelado la cara a tiras. Tirada delante de su señor, relucía de sangre.

Kaufman apartó la mirada y volvió andando al tren. Todas las partes de su cuerpo parecían llorar, menos sus ojos. Estaban demasiado calientes por lo que habían visto; hicieron que sus lágrimas se evaporaran.

Dentro, las criaturas ya habían empezado a cenar. Vio a uno arrancar de su órbita el dulce bocado azul de un ojo de mujer. Otro tenía una mano en la boca. A los pies de Kaufman yacía el cadáver descabezado del Carnicero, que aún sangraba profusamente de las heridas del cuello.

El pequeño padre que había hablado antes se puso delante de Kaufman.

—¿Nos servirás? —le preguntó suavemente, como se pide a una vaca que nos siga.

Él miraba fijamente la cuchilla, el símbolo del trabajo del Carnicero. Las criaturas ya abandonaban el vagón arrastrando tras ellos cuerpos a medio comer. A medida que se retiraban las antorchas del vagón volvía la oscuridad.

Pero, antes de que desaparecieran todas las luces, el padre alargó la mano y cogió por la cabeza a Kaufman, y le hizo volverse para que se contemplara en el mugriento espejo de la ventana del vagón.

Fue un reflejo rápido, pero pudo ver perfectamente lo cambiado que estaba. Más blanco que cualquier ser vivo, cubierto de mugre y de sangre.

La mano del padre aún aferraba la cara de Kaufman; le metió el dedo índice en la boca y se lo hundió en la garganta, agarrando con la uña la raíz de la lengua. La intromisión le dio náuseas, pero no le quedaba voluntad para repeler el ataque.

—Sirve —dijo la criatura—. En silencio.

Se dio cuenta demasiado tarde de la intención de los dedos.

Aprisionaron repentinamente su lengua y la voltearon en la raíz. Commocionado, dejó caer la cuchilla. Intentó chillar, pero no emitió ningún sonido. Tenía sangre en la garganta, oyó cómo le rasgaban la carne y se contorsionó de dolor.

Luego salió la mano de su boca, y los dedos escarlatas, cubiertos de baba, tenían su lengua cogida entre el índice y el pulgar delante de su cara.

Kaufman estaba mudo.

—Sirve —dijo el padre, y se metió la lengua en la boca, mascándola con manifiesta satisfacción. Kaufman cayó de rodillas, vomitando el bocadillo.

El padre ya se iba, arrastrándose, hacia las tinieblas; el resto de los ancianos se habían escondido una noche más en su madriguera.

El altavoz crujío.

—A casa —dijo el conductor.

Las puertas silbaron al cerrarse, el tren vibró al volver a circular por él la corriente. Las luces se encendieron parpadeando, se apagaron y se volvieron a encender.

El tren se puso en marcha.

Kaufman estaba en el suelo; le rodaban lágrimas por el rostro, lágrimas de desconsuelo y resignación. Sangraría hasta morir —decidió—, donde yacía. No importaba que muriera. Al fin y al cabo era un mundo loco.

El conductor lo despertó. Abrió los ojos. La cara que lo miraba era negra, y no hostil. Sonreía. Kaufman intentó decir algo, pero su boca estaba sellada con sangre seca. Sacudió la cabeza como un idiota tratando de escupir una palabra. No emitió más que gruñidos.

No estaba muerto. No se había desangrado.

El conductor lo puso de rodillas, hablándole como si tuviera tres años.

—Tienes trabajo que hacer, colega: están muy contentos contigo.

Se había chupado los dedos y le frotaba los labios inflamados, intentando separarlos.

—Tienes mucho que aprender antes de mañana por la noche...

Mucho que aprender. Mucho que aprender.

Sacó a Kaufman del tren. Nunca había visto antes esta estación. Tenía azulejos blancos y era absolutamente prístina; el nirvana de un jefe de la estación. Ninguna pintada ensuciaba las paredes. No había máquinas de billetes, pero tampoco puertas, ni pasajeros. Ésta era una línea que sólo ofrecía un servicio: el Tren de la Carne.

Los limpiadores del turno de mañana ya estaban atareados eliminando la sangre de los asientos y del suelo del tren. Alguien desnudaba el cuerpo del Carnicero, preparándolo para despacharlo a Nueva Jersey. Alrededor de Kaufman todo el mundo trabajaba. Por una reja del techo la luz del alba entraba a raudales.

De las vigas caían motas de polvo dando vueltas y vueltas. Las observó, absorto. No había visto nada tan bonito desde que era niño. Precioso polvo. Vueltas y vueltas, vueltas y más vueltas.

El conductor había conseguido separarle los labios. Tenía la boca demasiado herida para poder

moverla, pero por lo menos podía respirar fácilmente. Y el dolor ya empezaba a calmarse.

El conductor le sonrió, y luego se volvió al resto de los trabajadores de la estación.

—Me gustaría presentarlos al sustituto de Mahogany. Nuestro nuevo carnicero —anunció.

Los encargados de la limpieza miraron a Kaufman. Había cierto respeto en sus rostros, cosa que a él le pareció conmovedora.

Levantó la vista a la luz del sol, que ahora caía a su alrededor. Agitó la cabeza, queriendo decir que quería subir al aire libre. El conductor asintió y lo condujo a un conjunto de escaleras y, a través de un pasadizo, hasta la calle.

Hacía un día precioso. El brillante cielo de Nueva York estaba rayado de filamentos de nubes rosa pálido, y el aire olía a mañana.

Las calles y avenidas estaban prácticamente vacías. A lo lejos un taxi atravesaba de vez en cuando un cruce, y su motor era un murmullo; un corredor pasaba sudando por el otro lado de la calle.

Muy pronto aquellas aceras desiertas estarían atestadas de gente. La ciudad se dedicaría a sus negocios en la ignorancia: sin conocer jamás sus cimientos ni saber a qué debía su vida. Sin dudarlo, Kaufman se postró de rodillas y besó el sucio asfalto con los labios ensangrentados, jurando en silencio eterna lealtad a su causa.

El Palacio de los Placeres acogió esta muestra de adoración sin un comentario.

EL GENIECILLO Y JACK

El geniecillo no acertaba a averiguar por qué los poderes (que puedan presidir el tribunal por largo tiempo, que por largo tiempo puedan iluminar las cabezas de los condenados) lo habían mandado desde el infierno a seguir los pasos de Jack Polo. Siempre que elevaba una demanda, por mediación del sistema, a su amo, planteando la simple pregunta de «¿Qué estoy haciendo aquí?», se le contestaba con un rápido reproche por su curiosidad. «No es asunto tuyo», era la réplica. «Tú hazlo. O muere en el intento.» Y, después de seis meses de perseguir a Polo, el geniecillo empezaba a ver en la extinción una salida fácil. Este interminable juego del escondite no beneficiaba a nadie y sólo contribuía a su inmensa frustración. Temía las úlceras, la lepra psicosomática (enfermedades a las que estaban sujetos los demonios inferiores como él) y, sobre todo, temía perder del todo el control y matar al hombre en el acto en un arrebato irreprimible de resentimiento.

¿Qué era Polo, a fin de cuentas?

Un importador de pepinillos, ¡por los cuernos del Levítico!, era un simple importador de pepinillos. Su vida estaba destrozada, su familia era gris, su política, necia, y su teología inexistente. El hombre era una insignificancia, una de las hormiguitas más diminutas de la naturaleza: ¿por qué preocuparse por tipos como él? No era precisamente un Fausto, un sellador de pactos, un vendedor de almas. Era la clase de individuo que no se lo piensa dos veces en espera de una inspiración divina: en semejante tesitura, la habría olsisqueado, se habría encogido de hombros y habría seguido importando pepinillos.

Con todo, el geniecillo estaba confinado a esa casa, durante largas noches y días aún más largos, hasta que convirtiera a ese hombre en un lunático, o casi. Iba a ser un trabajo lento, por no decir interminable. Sí, había veces en que hasta la lepra psicosomática sería soportable si ello significaba que lo dieran de baja por invalidez en esa misión imposible.

Por su parte, Jack J. Polo seguía siendo el más ignorante de los hombres. Siempre había sido así; desde luego, su historia estaba jalona por las víctimas de su ingenuidad. Cuando su última y llorada esposa lo había engañado (él había estado en casa por lo menos en dos de las ocasiones, mirando la televisión) fue el último en descubrirlo. ¡Con la de pistas que habían dejado! Un hombre ciego, sordo y mudo se habría oido algo. Jack no. Se ocupaba de su triste negocio y no advirtió jamás el fuerte olor de la colonia del adulterio ni la regularidad anormal con que su mujer cambiaba la ropa de cama.

No estuvo menos desinteresado por los acontecimientos cuando su hija menor, Amanda, le confesó que era lesbiana. Su respuesta fue un suspiro y una mirada de desconcierto.

—Bueno, mientras no te quedes embarazada, chata —le dijo, y salió a pasear por el jardín, alegre como siempre.

¿Qué podía hacer una furia con un hombre así?

Para una criatura enseñada a hurgar con los dedos en las heridas de la psiquis humana, Polo ofrecía una superficie tan glacial, tan profundamente lisa como para negarle cualquier influencia a la maldad.

Los acontecimientos no parecían hacer mella en su absoluta indiferencia. Los desastres de su vida no parecían conturbar su espíritu. Cuando se enfrentó finalmente a la infidelidad de su esposa (se los encontró haciendo el amor en el cuarto de baño) no llegó a sentirse herido o humillado.

—Estas cosas ocurren —se dijo, saliendo del baño para dejarles acabar lo que habían empezado.

—Che será, será.

Che será, será. El hombre mascullaba esa maldita frase con monótona regularidad. Parecía vivir con la filosofía del fatalismo, dejando que los ataques a su virilidad, a su ambición y a su dignidad resbalaran por su ego como la lluvia por su calva cabeza.

El geniecillo había oído a la mujer de Polo confesárselo todo a su marido (estaba colgado cabeza abajo de la lámpara, invisible como siempre) y la escena le había disgustado. Ahí estaba, la pecadora enloquecida, suplicando que la acusaran, la maldijeran, la pegaran incluso, y, en lugar de darle la satisfacción de su odio, Polo se había limitado a encogerse de hombros y a dejar que expusiera su parecer sin tratar de interrumpirla, hasta que no tuvo nada más que revelar. Al final se fue más llena de frustración y tristeza que de culpabilidad; el geniecillo la había oido decir al espejo del cuarto de baño cuánto la ultrajaba la ausencia de cólera legítima por parte de su marido. Poco después se tiró por el balcón del cine Roxy.

Su suicidio resultó útil de alguna manera a la furia. Con la mujer desaparecida y las hijas lejos de casa, podía planear trucos más refinados para acobardar a su víctima, sin tener que preocuparse por si se aparecía o no a seres que los poderes no habían designado como blancos.

Pero la ausencia de la esposa dejó la casa vacía durante el día y esto se convirtió pronto en una losa de aburrimiento que al geniecillo le costaba soportar. El tiempo transcurrido de nueve a cinco, solo en la casa, solía parecerle interminable. Tenía ideas negras y erraba meditando venganzas complejas e imposibles contra Polo, yendo y viniendo por las habitaciones, con el corazón enfermo, acompañado sólo por los tic-tacs y los zumbidos de la casa al enfriarse los radiadores o conectarse y desconectarse sola la nevera. La situación se hizo pronto tan desesperada que la llegada del correo de mediodía se convirtió en el punto culminante del día, y una insuperable melancolía se apoderaba de él si el cartero no tenía nada que dejar y pasaba de largo hacia la casa siguiente.

Cuando Jack regresaba empezaban en serio los juegos. La rutina habitual de calentamiento: se encontraba con Polo en la puerta y no dejaba que su llave girara en la cerradura. La competición duraba un minuto o dos, hasta que Jack descubría accidentalmente la medida de la resistencia del geniecillo y triunfaba momentáneamente. Una vez dentro, hacía oscilar todas las lámparas. El hombre ignoraba por lo general esa demostración, por violento que fuera el movimiento. A lo mejor se encogía de hombros y murmuraba para su coleteo: «hundimiento», y luego, inevitablemente, «*Che sarà, sarà*».

En el baño, el geniecillo había esparcido pasta de dientes alrededor de la taza y atascado la alcachofa de la ducha con papel higiénico empapado. Compartía incluso la ducha con Jack, colgando invisible de la barra que sostenía la cortina y murmurando a su oído sugerencias obscenas. Eso siempre tiene éxito, se les decía a los demonios en la academia. La rutina de las obscenidades al oído siempre angustiaba a los clientes, haciéndoles creer que eran ellos quienes imaginaban esos actos perniciosos, y llevándolos a asquearse de sí mismos, luego a rechazarse y finalmente a la locura. Naturalmente, en algunos casos las víctimas se enardecían tanto ante estas sugerencias murmuradas que salían a la calle y actuaban en ella. En esas circunstancias la víctima era a menudo arrestada y encarcelada. La prisión conducía a nuevos crímenes y a una lenta disminución de las reservas morales –y de esta forma se conseguía la victoria–. De una manera u otra acababa por aparecer la locura.

Salvo que, por alguna razón, esta regla no era aplicable a Polo; era imperturbable: un bastión de la decencia.

Desde luego, tal como iban las cosas, el geniecillo sería el primero en arrojar la toalla. Estaba cansado; cansadísimo. Fueron interminables días de torturar al gato, leer las tiras cómicas en el periódico de ayer, mirar los acontecimientos deportivos: agotaban a la furia. Últimamente había alimentado una pasión por la mujer que vivía enfrente de Polo. Era una viuda joven; y parecía ocupar la mayor parte de su vida paseando completamente desnuda por la casa. A veces le resultaba casi insoportable, en medio de un día en que el cartero no llamaba, observar a la mujer sabiendo que nunca podría cruzar el umbral de la casa de Polo.

Eso decía la ley. El geniecillo era un demonio menor y su radio de influencia anímica estaba estrictamente confinado al perímetro de la casa de su víctima. Salir de ahí era cederle todos los poderes a la víctima: ponerse a merced de la humanidad.

Todo el mes de junio, de julio y la mayor parte de agosto sudó en su prisión, y a lo largo de esos meses brillantes y calientes Jack Polo mantuvo una absoluta indiferencia con respecto a sus ataques.

Era completamente vergonzoso y estaba destrozando gradualmente la confianza del demonio en sí mismo el ver que su blanda víctima sobrevivía a cualquier tentativa o truco que intentara contra él.

El geniecillo lloró.

El geniecillo gritó.

En un acceso de angustia insoportable, hizo hervir el agua de la pecera, escalfando a los guppys. Polo no oyó nada. No vio nada.

Finalmente, a finales de septiembre, el demonio rompió una de las primeras reglas de su condición y apeló directamente a sus amos.

Otoño es la estación del infierno; y los demonios de las esferas superiores se sentían benignos. Condescendieron a hablar con su criatura.

–¿Qué quieras? –preguntó Belcebú, y su voz oscureció el aire del salón.

–Este hombre... –empezó a decir el geniecillo nerviosamente.

–¿Sí?

–Este Polo...

–¿Sí?

–No tengo recursos contra él. No puedo inducirle al pánico, no puedo provocarle miedo, ni siquiera una leve inquietud. Soy estéril, Señor de las Moscas, y deseo que me saquen de mi miseria.

La cara de Belcebú se dibujó un momento en el espejo que había encima de la repisa de la

chimenea.

—¿Que quieres qué?

Belcebú era mitad elefante mitad mosca. El geniecillo estaba aterrorizado.

—Yo... me quiero morir.

—No puedes morir.

—En este mundo. Sólo morirme en este mundo. Desaparecer. Ser sustituido.

—No morirás.

—¡Pero no puedo vencerlo! —chilló el geniecillo, lloroso.

—Es tu obligación.

—¿Por qué?

—Porque te lo ordenamos. —Belcebú siempre usaba el «nosotros» mayestático, aunque no tenía derecho a hacerlo.

—Déjeme saber por lo menos por qué estoy en esta casa —suplicó el demonio—. ¿Qué es él?

¡Nada! ¡No es nada!

A Belcebú esto le pareció ocurrente. Se rió, zumbó y barritó.

—Jack Johnson Polo es hijo de uno de los fieles de la Iglesia de la Salvación Perdida. Nos pertenece.

—Pero ¿por qué lo iba a querer? Es tan torpe.

—Lo queremos porque su alma nos estaba prometida, y su madre no la entregó. O se dejó convencer. Ella nos engañó. Murió en brazos de un sacerdote y fue escoltada sin peligro hasta el...

La palabra siguiente era anatema. El Señor de las Moscas le costaba trabajo pronunciarla.

—...cielo —dijo, con una debilitación infinita de su voz.

—Cielo —dijo el geniecillo, sin saber bien qué se entendía por esa palabra.

—Hay que perseguir a Polo en nombre del Diablo, y castigarlo por los crímenes de su madre. Ningún tormento es demasiado duro para una familia que nos ha engañado.

—Estoy cansado —confesó el geniecillo, atreviéndose a acercarse al espejo—. Por favor. Se lo suplico.

—Persigue a ese hombre —dijo Belcebú— o sufrirás en su lugar. La figura del espejo agitó su tronco negro y amarillo y se desvaneció.

—¿Dónde está tu orgullo? —dijo la voz de su amo según se perdía en la distancia—. Orgullo, geniecillo, orgullo.

Y desapareció.

En su frustración, cogió el gato y lo echó al fuego, donde se quemó rápidamente. Sólo con que la ley permitiera una crueldad tan sencilla con los seres humanos, pensó. Ojalá. Ojalá. Entonces le haría padecer esos tormentos a Polo. Pero no. El geniecillo conocía las reglas como la palma de la mano; los profesores se las habían grabado en su tierna corteza de demonio novato. Y la Ley Primera declaraba: «No pondrás la mano sobre tus víctimas».

Nunca le habían dicho por qué era pertinente esa ley, pero lo era.

«No pondrás...»

Así que todo siguió igual. Transcurrían los días, y el hombre no daba todavía señales de irse a someter. A lo largo de las semanas siguientes el geniecillo mató dos gatos más que Polo trajo a casa para sustituir a su querido *Freddy* (ahora reducido a cenizas).

La primera de estas pobres víctimas fue ahogada en la taza del water un aburrido viernes por la tarde. Fue una pequeña satisfacción ver cómo la cara de Polo se teñía de desagrado al desabrocharse la bragueta y mirar hacia abajo. Pero el placer que obtuvo el geniecillo con el desconcierto de Jack fue anulado por la forma alegre y eficaz con que el hombre trató al gato muerto, levantando el montón de piel empapada de la cazoleta, envolviéndolo en una toalla y enterrándolo en el jardín trasero sin una queja.

El tercer gato que trajo Polo a casa fue consciente de la presencia invisible del demonio desde el principio. Fue sin duda una semana divertida, a mediados de noviembre, en que la vida casi se volvió interesante para el geniecillo, mientras jugó al gato y al ratón con *Freddy III*. *Freddy* hacía de ratón. No siendo los gatos animales especialmente brillantes, el juego apenas suponía un gran desafío intelectual, pero fue un cambio frente a los días interminables de espera, persecución y fracaso. Por lo menos el gato aceptaba su presencia. Sin embargo, con el tiempo, en un estado de ánimo pésimo (debido a que la viuda desnuda se volvía a casar), el demonio perdió los estribos con el gato. Estaba afilándose las uñas sobre la alfombra de nilón, rasgando y arañando el pelo durante horas enteras. El ruido le daba dentera metafísica al demonio. Miró al gato una vez, brevemente, y éste salió volando como si se hubiera tragado una granada activada.

El efecto fue espectacular. Los resultados, sensacionales. Sesos de gato, pelo de gato, tripas de gato por todas partes.

Esa tarde Polo llegó exhausto a casa y se quedó en la puerta del comedor, con cara de mareo al observar la carnicería que había sido *Freddy III*.

—¡Malditos perros! —dijo—. ¡Malditos, malditos perros!

Había enfado en su voz. Sí, exultaba el geniecillo: enfado. El hombre estaba trastornado; había claras pruebas de emoción en su rostro.

Regocijado, el demonio atravesó la casa corriendo, decidido a sacar partido de su victoria. Abrió y cerró todas las puertas. Rompió jarrones. Hizo oscilar las pantallas.

Polo se limitó a recoger el gato.

El geniecillo se lanzó escaleras abajo, destrozó una almohada. Representó el papel de una cosa con cojera y hambre de carne humana, y se rió tontamente.

Polo se limitó a enterrar a *Freddy III* al lado de la tumba de *Freddy II* y a las cenizas de *Freddy I*.

Luego se metió en la cama sin su almohada.

El demonio se quedó totalmente perplejo. Si ese hombre no podía mostrar más que una chispa de pesadumbre cuando su gato explotaba en el comedor, ¿qué posibilidades tenía de derrotar algún día a ese bastardo?

Aún quedaba una última oportunidad.

Se acercaba la Navidad, y las hijas de Jack vendrían a casa, a la intimidad de la familia. A lo mejor podían convencerlo de que no estaba todo bien en el mundo; tal vez podrían clavar sus uñas en su absoluta indiferencia y empezar a socavarlo. Esperando contra toda esperanza, el geniecillo se estuvo quieto unas semanas hasta finales de diciembre, planeando sus ataques con toda la maldad imaginativa que pudo reunir.

Mientras tanto, la vida de Jack siguió su curso. Parecía vivir al margen de su experiencia, vivir su vida como un autor podría escribir una historia extravagante sin involucrarse nunca demasiado en el argumento. Sin embargo, mostró su entusiasmo de varias formas significativas por las vacaciones venideras. Limpió immaculadamente las habitaciones de sus hijas. Hizo sus camas con sábanas perfumadas. Lavó todas las manchas de sangre de gato de la alfombra. Hasta preparó un árbol de Navidad en el salón, con bolas iridiscentes, oropeles y regalos colgando de él.

De vez en cuando, mientras hacía los preparativos, Jack pensó en el juego al que jugaba y calculó tranquilamente los elementos que tenía en contra. En los próximos días no sólo su sufrimiento, sino también el de sus hijas, tendrían que decidir la posible victoria. Y siempre, cuando hacía esos cálculos, la posibilidad de una victoria parecía pesar más que los riesgos.

Así que siguió escribiendo su vida y esperó.

Llegó la nieve, en suaves golpecitos contra la ventana, contra la puerta. Llegaron niños cantando villancicos y fue generoso con ellos. Fue posible, durante unos pocos días, creer que la paz reinaba sobre la tierra.

Avanzada la tarde del veintitrés de diciembre llegaron las hijas con un revuelo de chismes y besos. La más joven, Amanda, llegó la primera. Desde el lugar privilegiado que ocupaba en el rellano, el geniecillo miró siniestramente a la joven. No parecía el material ideal en quien provocar una crisis. De hecho parecía peligrosa. Gina llegó una o dos horas más tarde; era una mujer de rasgos delicados, mundana, de unos veinticuatro años; parecía tan intimidatoria en todo como su hermana. Ambas trajeron a la casa su animación y sus risas; volvieron a disponer los muebles; metieron las sobras de comida en el congelador, se dijeron cada una (y a su padre) lo mucho que habían echado a faltar su mutua compañía. En unas pocas horas la casa gris se volvió a pintar de luz, alegría y amor.

Eso enfermó al geniecillo.

Gimoteando, se escondió en la habitación para no oír la efusión del cariño, pero sus ondas expansivas lo envolvieron. Todo lo que pudo hacer fue sentarse, escuchar y perfeccionar su venganza.

Jack estaba contento de tener a sus bellezas en casa. Amanda, tan llena de opiniones y tan fuerte como su madre. Gina, más parecida a la madre de él: equilibrada y sensible. Se sentía tan feliz con su presencia que se podría haber echado a llorar; y ahí estaba él, el padre orgulloso, exponiendo a ambas a tantos riesgos. Pero ¿qué alternativa le quedaba? Habría resultado muy sospechoso que suprimiera los festejos de Navidad. Podría incluso haber echado por tierra toda su estrategia, haciendo sospechar al enemigo qué trampa le tendía.

No, debía mantenerse en sus trece. Hacerse el mudo como el enemigo había acabado por esperar de él.

Ya llegaría el momento de actuar.

A las tres y cuarto de la madrugada del día de Navidad, el geniecillo inició las hostilidades tirando

a Amanda de la cama. Una actuación ínfima en el mejor de los casos, pero que tuvo el efecto deseado. Adormecida, se frotó la magullada cabeza y se subió otra vez a la cama, sólo para que ésta se corcoveara, agitara y la derribara otra vez, como un potro indomado.

El ruido despertó al resto de la casa. Gina fue la primera en llegar al cuarto de su hermana.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien debajo de mi cama.

—¿Qué?

Gina cogió un pisapapeles del tocador y le gritó al asaltante que saliera. El geniecillo, invisible, estaba sentado en el asiento junto a la ventana y hacía gestos obscenos a las mujeres, retorciéndose los genitales.

Gina se asomó debajo de la cama. El demonio estaba agarrado ahora a la lámpara, haciéndola oscilar adelante y atrás, para que la habitación diera vueltas.

—Aquí no hay nada.

—Sí.

Amanda lo sabía. Claro que lo sabía.

—Hay algo ahí, Gina —dijo—. Hay algo en la habitación, con nosotras, estoy segura.

—No. —Gina fue tajante—. Está vacía.

Amanda estaba buscando detrás del ropero cuando entró Polo.

—¿Qué es todo este jaleo?

—Hay alguien en casa, papá. Me tiraron de la cama.

Jack miró las sábanas arrugadas, el colchón fuera de su sitio, y luego a Amanda. Ésta era la primera prueba: tenía que mentir con toda la naturalidad de que fuera capaz.

—Parece que has tenido pesadillas, guapa —dijo, afectando una sonrisa inocente.

—Había algo debajo de la cama —insistió Amanda.

—Aquí no hay nadie ahora.

—Pero yo lo noté.

—Bueno, inspeccionaré el resto de la casa —propuso, sin entusiasmo por la tarea—. Vosotras dos quedáos aquí, por si acaso.

En cuanto Polo salió de la habitación, el geniecillo agitó un poco más la luz.

—¡Esto se hunde! —dijo Gina.

Hacia frío en el piso de abajo, y Polo se habría abstenido de andar de puntillas y descalzo sobre las baldosas de la cocina, pero estaba relativamente satisfecho de que la guerra hubiera empezado de una manera tan inocente. Temía que el enemigo se volviera salvaje con víctimas tan tiernas a mano. Pero no: había juzgado el espíritu de esa criatura con bastante precisión. Era de las órdenes menores. Poderoso pero lento. Se le podía sacar de sus casillas. «Procede cuidadosamente», se dijo, «procede cuidadosamente.»

Se paseó por toda la casa, abriendo pacientemente aparadores y mirando detrás de los muebles; luego volvió con sus hijas, que estaban sentadas arriba de las escaleras. Amanda parecía pequeña y pálida, no la mujer de veintidós años que era, sino de nuevo una niña.

—No pasa nada —les dijo con una sonrisa—. Es la mañana de Navidad y en toda la casa...

Gina acabó la estrofa.

—Nada se mueve; ni siquiera un ratón.

—Ni siquiera un ratón, cariño.

En ese momento el geniecillo hizo que su cola tirara un jarrón de la repisa del salón.

Incluso Jack se sobresaltó.

—Mierda —dijo. Necesitaba dormir, pero estaba claro que el demonio no tenía intención de dejarlos en paz justamente ahora.

—*Che sarà, sarà* —murmuró, recogiendo los pedazos del jarrón chino y envolviéndolos en un trozo de periódico—. Por cierto, que la casa se hunde un poco del lado izquierdo —dijo elevando la voz—. Lo ha hecho durante años.

—Un hundimiento —dijo Amanda con una serena tranquilidad— no me tiraría de la cama.

Gina no dijo nada. Las opciones eran limitadas. Las alternativas poco atrayentes.

—Bueno, a lo mejor fue Santa Claus —dijo Polo, ensayando la frivolidad. Empaquetó los pedazos del jarrón y se dirigió a la cocina, seguro de que lo seguían a cada paso—. ¿Qué otra cosa puede ser?

—Hizo la pregunta por encima del hombro al tirar el periódico a la basura—. La única explicación que resta... —y por poco se regocija al rozar tan de cerca la verdad—, la única explicación que resta es demasiado absurda para expresarla.

Fue una ironía exquisita negar la existencia del mundo invisible con el conocimiento pleno de que

ahora mismo estaba resoplando vengativamente detrás de su cuello.

—¿Quieres decir duendes? —dijo Gina.

—Me refiero a cualquier cosa que dé trastazos de noche. Pero somos gente mayorcita, ¿verdad? No creemos en el coco.

—No —dijo Gina categóricamente—, yo no, pero tampoco creo que la casa se esté hundiendo.

—Bueno, tendremos que aceptarlo de momento —dijo Jack con una determinación negligente—. La Navidad empieza ahora. Y no vamos a estropearla hablando de duendes, ¿verdad?

Se rieron juntos.

Duendes. Ese fue un duro golpe. Llamar duende a un enviado del infierno.

El geniecillo, debilitado por la frustración, con lágrimas ácidas que hervían en sus mejillas intangibles, hizo rechinar sus dientes y se calló.

Aún quedaba tiempo para borrar esa sonrisa atea de la cara suave y gorda de Jack. Tiempo de sobras. Ningún paño caliente de ahora en adelante. Ninguna sutileza. Sería un ataque a fondo.

Que haya sangre. Que haya sufrimiento.

Todos se desmoronarían.

Amanda estaba en la cocina, preparando la cena de Navidad, cuando el geniecillo lanzó su siguiente ataque. Por la casa resonaban las voces del coro del King's College: «Oh, pequeña ciudad de Belén, qué tranquila te vemos yacer...».

Se habían abierto los regalos se estaban bebiendo los gin-tonics, la casa era un cálido abrazo desde el tejado hasta el sótano.

En la cocina se coló una súbita ráfaga fría entre el calor y el vapor, haciendo estremecerse a Amanda; alcanzó la ventana, abierta de par en par para ventilar el aire, y la cerró. No fuera a resfriarse.

El geniecillo observó su espalda mientras ella se ocupaba de la cocina, disfrutando de la vida doméstica durante un día. Amanda notó con toda claridad que la miraban. Se dio la vuelta. Nadie, nada. Siguió lavando las coles de Bruselas y cortó una con un gusano acurrucado en medio. Lo ahogó.

El coro seguía cantando.

En el salón, Jack que estaba con Gina, se reía de algo.

Luego hubo un ruido. Un traqueteo al principio, seguido del golpear del puño de alguien contra una puerta. Amanda dejó caer el cuchillo en la pila de las coles y se dio la vuelta ante el fregadero siguiendo el ruido. Éste se hacia cada vez más fuerte. Como si algo encerrado en uno de los armarios intentara desesperadamente escapar. Un gato encerrado en una jaula o un...

Pájaro.

Procedía del horno.

A Amanda se le encogió el estómago y empezó a imaginar lo peor. ¿Habría encerrado algo en el horno al meter el pavo? Llamó a su padre mientras cogía el paño de cocina y avanzaba hacia el horno, que se agitaba con el pánico de su prisionero. Tuvo visiones de un gato apaleado saltándole encima, con el pelo achicharrado y la carne medio cocida.

Jack estaba en la puerta de la cocina.

—Hay algo en el horno —le dijo, como si hiciera falta que se lo dijeran. El horno estaba frenético; su sobresaltado contenido casi había echado la puerta abajo.

Le quitó el paño de cocina. «Éste es un truco nuevo», pensó. «Eres mejor de lo que creía. Esto es astuto. Es original.»

Gina ya estaba en la cocina.

—¿Qué se está cociendo? —preguntó irónicamente.

Pero el chiste se echó a perder cuando la cocina empezó a bailar y las cacerolas con agua hirviendo se cayeron bruscamente de los quemadores al suelo. El agua abrasó la pierna de Jack. Éste gritó y retrocedió tropezándose con Gina, antes de abalanzarse contra la cocina con un chillido que no habría asustado a un samurai.

El mango del horno estaba resbaladizo por el calor y la grasa, pero lo agarró y abrió la puerta.

Del interior salió una ola de vapor y de calor abrasadora; olía a carne de pavo suculenta. Pero el pájaro que estaba dentro no tenía aparentemente ninguna intención de que se lo comieran. Se arrojaba de lado a lado de la bandeja del asador, lanzando gotas de salsa en todas direcciones. Sus alas marrones y churruoscadas se agitaban lamentablemente, sus patas repiqueteaban contra el techo del horno.

Entonces pareció advertir que la puerta estaba abierta. Las alas se estiraron a cada lado de su cuerpo asado, y medio saltó medio cayó en la puerta del horno, en una parodia de su personalidad

viva. Descabezado, rezumando condimentos y cebollas, dio aletazos por doquier como si nadie le hubiera informado a ese condenado bicho de que estaba muerto; la manteca aún hervía en su lomo cubierto de bacon.

Amanda chilló.

Jack se abalanzó sobre la puerta mientras el pájaro daba bandazos por el aire, ciego pero vengativo. Nunca se descubrió qué pretendía hacer una vez que alcanzara a sus tres acobardadas víctimas. Gina arrastró a Amanda al pasillo, seguidas ambas de cerca por su padre, y cerraron la puerta de un portazo justo cuando el pájaro se lanzaba contra el revestimiento, golpeando contra él con todas sus fuerzas. Corrió salsa por la ranura de debajo de la puerta, oscura y grasienda.

Ésta no tenía cerradura, pero Jack pensó que el pájaro no sería capaz de hacer girar el pomo. Al retirarse sin aliento, maldijo su confianza. La oposición tenía más trucos en reserva de lo que se había imaginado.

Amanda estaba apoyada contra la pared, sollozando, con la cara manchada de salpicaduras de grasa de pavo. Sólo parecía capaz de negar lo que había visto, agitando la cabeza y repitiendo la palabra «no» como un talismán contra ese horror ridículo que todavía se abalanzaba contra la puerta. Jack la acompañó hasta el salón. La radio aún emitía villancicos que cubrían el estrépito del pájaro, pero sus promesas de buena voluntad eran un mediocre consuelo.

Gina sirvió un coñac fuerte a su hermana y se sentó detrás de ella en el sofá dándole, solícita, ánimos y palabras tranquilizadoras. Hicieron poca mella en Amanda.

—¿Qué fue eso? —preguntó Gina a su padre en un tono que exigía réplica.

—No lo sé —contestó Jack.

—¿Histeria colectiva? —El disgusto de Gina era evidente. Su padre tenía un secreto: sabía qué ocurría en la casa pero, por alguna razón, se negaba a revelarlo.

—¿A quién llamo: a la policía o a un exorcista?

—A ninguno de los dos.

—Por el amor de Dios...

—No pasa *nada*, Gina, de verdad.

Junto a la ventana, su padre se dio la vuelta y la miró. Sus ojos dijeron lo que su boca no quería decir: que eso era la guerra.

Jack estaba asustado.

La casa se había convertido en una prisión. De repente el juego era mortal. El enemigo, en lugar de jugar a juegos inofensivos, quería hacerles daño, daño de verdad, a todos ellos.

En la cocina, el pavo había admitido por fin su derrota. Los villancicos de la radio habían dado paso a un sermón sobre las bendiciones de Dios.

Lo que había sido dulce era agrio y peligroso. Miró a través de la habitación a Amanda y a Gina. Cada una por sus razones, estaban temblando. Polo quiso hablarles, explicarles lo que estaba ocurriendo. Pero la cosa debía estar ahí, lo sabía, refocilándose.

Estaba equivocado. El geniecillo se había retirado al ático, satisfecho con sus esfuerzos. El del pájaro, le parecía, había sido un golpe genial. Ahora podía descansar un rato: recuperarse. Dejar que poco a poco los nervios del enemigo flaquearan. Entonces, en el momento apropiado, asestaría el *coup de grâce*.

Pensó distraídamente si alguno de los inspectores habría observado su obra con el pavo. A lo mejor estaban lo bastante impresionados por su originalidad como para mejorar sus perspectivas de trabajo. Seguro que no había pasado todos esos años de entrenamiento para perseguir a imbéciles medio lerdos como Polo. Debía haber algo más estimulante que eso. Sentía la victoria, y era una sensación agradable.

La persecución de Polo seguramente se precipitaría. Sus hijas lo convencerían (si es que aún no lo estaba) de que había algo terrible en marcha. Se rajaría. Se tambalearía. A lo mejor se volvía loco a la manera clásica: mesándose los cabellos, rasgándose las vestiduras, untándose con sus propios excrementos.

Sí, la victoria se acercaba. ¿Y no tendrían sus amos atenciones con él? ¿No lo recompensarían con alabanzas y poder?

Sólo era necesaria una nueva manifestación. Una intervención final inspirada y Polo no sería más que una masa gimoteante.

Cansado pero confiado, el geniecillo bajó al salón.

Amanda estaba tumbada cuan larga era sobre el sofá, dormida. Obviamente, estaba soñando con el pavo. Sus ojos se movían bajo los finos párpados, el labio inferior le temblaba. Gina se había sentado detrás de la radio, que ahora estaba apagada. Tenía un libro abierto en el regazo, pero no lo

estaba leyendo.

El importador de pepinillos no estaba en la habitación. ¿No era ésa de la escalera su huella? Sí, la estaba subiendo para aliviar su intestino lleno de coñac.

Una sincronización perfecta.

El geniecillo cruzó la habitación. Mientras dormía, Amanda soñó que algo oscuro revoloteaba delante de su vista, algo maligno, algo que le sabía amargo en la boca.

Gina levantó la mirada del libro.

Las bolas plateadas del árbol se mecían suavemente. No sólo las bolas: el oropel y las ramas también.

De hecho, todo el árbol. Todo el árbol se agitaba como si alguien se hubiera apoderado de él.

A Gina le dio muy mala espina. Se levantó. El libro se cayó al suelo.

El árbol empezó a girar.

—Cristo —dijo—. Jesucristo.

Amanda seguía durmiendo.

El árbol ganaba velocidad.

Gina anduvo todo lo silenciosamente que pudo en dirección al sofá y trató de despertar a su hermana agitándola. Amanda, encerrada en sus sueños, se resistió un momento.

—Padre —dijo Gina. Su voz era fuerte y llegó hasta el vestíbulo. También despertó a Amanda.

Polo oyó un ruido como de perro quejándose en el piso de abajo. No, como dos perros quejándose. Al bajar corriendo las escaleras, el dúo se convirtió en trío. Irrumpió en el salón esperando encontrar a todas las huestes infernales con cabeza de perro bailando sobre sus bellezas.

Pero no. Era el árbol de Navidad el que gemía, gemía como una jauría de perros, y giraba y giraba.

Las bombillas habían saltado hacia mucho de sus casquillos. El aire apestaba a plástico chamuscado y a savia de pino. El propio árbol giraba como una peonza, repartiendo los regalos y adornos de sus atormentadas ramas con la generosidad de un rey loco.

Jack apartó la vista del espectáculo del árbol y encontró a Gina y Amanda, en cucillitas y aterrorizadas, detrás del sofá.

—¡Fuera de ahí! —chilló.

En aquel momento, la televisión se levantó impertinentemente sobre una pata y empezó a girar como el árbol, ganando velocidad rápidamente. El reloj de la repisa se unió al ballet. Y los atizadores del lado del fuego. Y los cojines. Y los adornos. Cada objeto añadía su propia nota singular a la orquestación de gemidos que crecían por segundos hasta alcanzar un volumen ensordecedor. El aire empezó a rebosar de olor a leña quemada, pues la fricción calentaba los extremos giratorios hasta hacerlos casi explotar. El humo se arremolinó por la habitación.

Gina cogió a Amanda por el brazo y la arrastró hacia la puerta, protegiendo su cara contra la lluvia de agujas de pino que el árbol, sin dejar de acelerarse, iba lanzando.

Ahora daban vueltas las luces.

Los libros, que se habían caído de las estanterías, se unieron a la tarantela.

Jack se podía imaginar al enemigo corriendo entre los objetos como un malabarista que hiciera rodar platos con palos, intentando que todos se movieran al unísono. Debía ser un trabajo agotador, pensó. Probablemente el demonio estaba a punto de venirse abajo. No podía pensar con claridad. Sobresaltado. Impulsivo. Vulnerable. Éste debía ser el momento, si es que había un momento, de unirse por fin a la batalla. De enfrentarse a eso, desafiarlo y hacerle caer en la trampa.

Por su parte, el geniecillo estaba disfrutando de esta orgía de destrucción. Lanzaba a la refriega todo objeto que pudiera moverse, haciendo que todo diera vueltas.

Observaba con satisfacción cómo la hija se crispaba y se escabullía; reía al ver cómo miraba el viejo, con los ojos desorbitados, ese ballet estafalario.

Seguro que ya estaba casi loco, ¿no?

Las bellezas habían llegado a la puerta, con el pelo y la piel llenas de agujas de pino. Polo no las vio salir. Corrió a través de la habitación esquivando una lluvia de adornos y recogió una horquilla de cobre para asar que el enemigo había descuidado. Las baratijas llenaban el aire alrededor de su cabeza, bailando a una velocidad vertiginosa. Tenía la carne herida y pinchada. Pero la hilaridad de unirse a la batalla se había apoderado de él, y se puso a hacer añicos libros, relojes y porcelanas chinas. Como un hombre en medio de una nube de cigarras, corrió por la habitación, derribando sus libros favoritos en un remolino de batir de páginas, golpeando a Dresden mientras dibujaba espirales, destrozando las lámparas. Un montón de objetos rotos inundaba el suelo, algunos de ellos aún se crispaban al salir la vida de sus fragmentos. Pero por cada objeto derrumbado quedaba todavía una

docena girando y gimiendo.

Podía oír a Gina en la puerta gritándole que saliera, que lo dejara tal cual.

Pero era muy divertido jugar contra el enemigo más directamente de lo que se había permitido hacerlo hasta entonces. No quería rendirse. Quería que el demonio se mostrase, que lo conocieran, que lo reconocieran.

Quería un enfrentamiento con el emisario de Pedro Botero inmediato y definitivo.

Sin previo aviso, el árbol dio paso a los dictados de la fuerza centrífuga y estalló. El ruido fue como un aullido de muerte. Ramas, ramitas, agujas, bolas, luces, cables y cintas volaron por la habitación. Jack, dando la espalda a la explosión, notó que una onda expansiva lo golpeaba con fuerza y lo tiraba al suelo. La parte de atrás de su cuello y cuero cabelludo fueron alcanzadas de lleno por las agujas de pino. Una rama reseca salió disparada por encima de su cabeza y atravesó el sofá. A su alrededor repiquetearon pedazos del árbol en el suelo.

Explotaban, como el árbol, otros objetos de la habitación, arrojados más allá de lo que sus estructuras toleraban. La televisión estalló, enviando una ola letal de cristales por la habitación, gran parte de la cual se hundió en la pared de enfrente. Sobre Jack, que reptaba hacia la puerta como un soldado bajo un bombardeo, cayeron trozos de entrañas del televisor tan calientes que chamuscaban la piel.

La habitación estaba tan atestada de andanadas de cascós que parecía envuelta en niebla. Los cojines habían contribuido al espectáculo con sus tripas, que caían como nieve sobre la alfombra. En cuanto a los trozos de porcelana, un brazo primorosamente barnizado y una cabeza de cortesano rebotaron en el suelo delante de su nariz.

Gina estaba en cucillas en la puerta, instándole a que se diera prisa y entornando los ojos para protegerse contra la lluvia. Cuando Jack la alcanzó y sintió sus brazos alrededor suyo, juró que podía oír risas en el salón. Risas tangibles, audibles, sonoras y satisfechas.

Amanda estaba en el vestíbulo, con el pelo lleno de agujas de pino, mirándolo. Arrastró sus piernas por el pasillo y Gina cerró la puerta de un golpe detrás de la demolición.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Duende? ¿Fantasma? ¿El fantasma de mamá?

La idea de que su difunta mujer fuera la responsable de esa destrucción total le pareció divertida a Jack.

Amanda sonreía a medias. «Bueno, pensó, lo está superando.» Entonces se cruzó con la mirada ausente de sus ojos y se dio cuenta de la verdad. Se había derrumbado, su cordura se había refugiado donde esta fantasmagoría no la pudiera alcanzar.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Gina, aferrándole el brazo tan fuertemente que le detuvo la circulación.

—No sé —mintió—. ¿Amanda?

La sonrisa de Amanda no desaparecía. Se quedó mirando hacia él, a través de él.

—Sí que lo sabes.

—No.

—Estás mintiendo.

—Creo...

Se levantó del suelo y se sacudió los trozos de porcelana, las plumas y el cristal de su camisa y pantalones.

—Creo... que me voy a dar un paseo.

Detrás de él, los últimos vestigios de zumbidos se habían apagado en el salón. El aire del pasillo estaba electrizado de presencias ocultas. Estaba muy cerca de él, invisible como siempre, pero muy cerca. Éste era el momento más peligroso. No debía perder la calma ahora. Debía actuar como si no hubiera pasado nada; tenía que dejar a Amanda tal cual, dejar las explicaciones y las recriminaciones hasta que todo se hubiera acabado y resuelto.

—¿Pasear? —dijo Gina, incrédula.

—Sí... pasear... Necesito un poco de aire fresco.

—No puedes dejarnos aquí.

—Buscaré a alguien que nos ayude a limpiar.

—¿Y Mandy?

—Se recuperará. Déjala tal como está.

Eso fue duro. Casi imperdonable. Pero ya estaba dicho.

Anduvo inseguro hasta la puerta principal, sintiendo náuseas después de tanto remolino. A sus espaldas, Gina estaba enfurecida.

—¡No puedes irte así, sin más! ¿Estás chiflado?

—Necesito aire —dijo, tan tranquilamente como se lo permitieron su corazón, que latía con fuerza, y

su reseca garganta-. Así que saldré un rato.

No, dijo el geniecillo. No, no, no.

Estaba detrás suyo, Polo podía sentirlo. Muy enfadado, a punto de cortarle la cabeza. Salvo que no estaba autorizado a tocarlo *jamás*. Pero podía notar su resentimiento como una presencia física.

Dio otro paso hacia la puerta principal.

Todavía estaba con él, siguiendo cada uno de sus pasos. Era su sombra, su lapa; inseparable. Gina le gritó:

–¡Hijo de puta, mira a Mandy! ¡Se ha vuelto loca!

No, no debía mirar a Mandy. Si la miraba, podría echarse a llorar, derrumbarse como quería esa cosa, y entonces todo estaría perdido.

–Se pondrá bien –dijo, apenas más fuerte que un murmullo.

Cogió el pomo de la puerta principal. El demonio echó el cerrojo rápidamente, sonoramente. Ya no estaba de humor para seguir fingiendo.

Jack, manteniendo sus movimientos todo lo pausados que pudo, descerrojó la puerta, por arriba y por abajo. Pero la puerta se cerró de nuevo.

Era un juego emocionante, pero también aterrador. Si iba demasiado lejos, la frustración del demonio se sobrepondría seguramente a lo que le habían enseñado.

Lentamente, suavemente, quitó otra vez el cerrojo. Con la misma lentitud, la misma suavidad, el geniecillo la cerró.

Jack pensó cuánto tiempo podría soportar eso. Tenía que salir como fuera: tenía que hacerle atravesar el umbral. Un paso era todo lo que la ley pedía, de acuerdo con sus investigaciones. Un solo paso.

Abierta. Cerrada, Abierta. Cerrada.

Gina estaba de pie a uno o dos metros de su padre. No comprendía lo que estaba viendo, pero era obvio que su padre luchaba con alguien, o algo.

–Papá... –empezó a decir.

–Cállate –dijo bondadosamente, gimiendo al abrir la puerta por séptima vez. Hubo un temblor de locura en su gemido: fue demasiado largo y demasiado laxo.

Inexplicablemente, ella le devolvió la sonrisa. Era triste, pero genuina. Por mucho que estuviera en juego en todo esto, ella lo quería.

Polo se dirigió hacia la puerta trasera. El demonio iba tres pasos por delante de él, corriendo por la casa como un esprínter y echando el cerrojo antes de que Polo pudiera alcanzar siquiera el pomo. Unas manos invisibles hicieron girar la llave en la cerradura y la redujeron en el aire a cenizas.

Jack fingió una escapada hacia la ventana que había junto a la puerta trasera, pero se bajaron las persianas y se cerraron los postigos de un golpe. El geniecillo, demasiado preocupado por la ventana para vigilar a Jack de cerca, no advirtió que éste volvía sobre sus pasos por la casa.

Cuando vio la trampa que le tendían, soltó un pequeño chillido y lo persiguió; estuvo a punto de resbalar sobre el pulimentado suelo y darse contra Polo. Evitó la colisión sólo gracias a la más artística de las maniobras. Eso habría resultado fatal, desde luego: tocar al hombre en el calor de la pelea.

Jack estaba otra vez en la puerta principal y Gina, comprendiendo la estrategia de su padre, le había quitado el cerrojo mientras el geniecillo y él luchaban en la puerta trasera. Jack había deseado fervientemente que aprovechara la oportunidad de abrirla. Lo había hecho. Estaba entornada: el aire gélido y vivificante de la tarde entraba en remolinos por el pasillo.

Jack cubrió los últimos metros que lo separaban de la puerta como un relámpago, sintiendo sin oírlo el aullido de queja que lanzó el geniecillo al ver que su víctima escapaba al mundo exterior.

No era una criatura ambiciosa. Todo lo que quería en ese momento, por encima de cualquier sueño, era coger ese cráneo humano entre sus manos y hacer un disparate con él. Hacerlo añicos y tirar su obsesión fuera, a la nieve. Hacer eso con Jack Polo, por siempre jamás.

¿Era eso mucho pedir?

Polo había salido a la nieve fresca y crujiente, con las zapatillas y los dobladillos de sus pantalones enterrados en el hielo. Para cuando la furia llegó al umbral, Jack ya estaba tres o cuatro metros más allá, andando tranquilamente por el sendero hacia la verja. Escapando, escapando.

El geniecillo volvió a aullar y olvidó sus años de entrenamiento. Todas las lecciones que había aprendido, todas las reglas de guerra que habían grabado en su cerebro quedaron anegadas por el simple deseo de hacerse con la vida de Polo.

Franqueó el umbral y se puso a perseguirlo. Fue una transgresión imperdonable. En alguna parte del infierno, los poderes (que por largo tiempo puedan presidir el tribunal, que por largo tiempo puedan iluminar las cabezas de los condenados) sintieron el pecado y supieron que la batalla por el alma de

Polo estaba perdida.

Jack también lo sintió. Oyó el sonido de agua hirviendo a medida que los pasos del demonio derretían la nieve del sendero. ¡Lo estaba siguiendo! La cosa había transgredido la primera condición de su existencia. Había perdido sus prerrogativas. Sintió la victoria en su espina dorsal y en el estómago.

El demonio lo alcanzó en la verja. Se podía ver claramente su aliento en el aire, aunque el cuerpo del que procedía aún no se había vuelto visible.

Jack intentó abrir la verja, pero el geniecillo la cerró de un portazo.

—*Che sarà, sarà* —dijo Jack.

El demonio no lo pudo soportar más. Cogió, lleno de ira, la cabeza de Jack con sus manos con la intención de reducir el frágil hueso a cenizas.

Tocarlo fue su segundo pecado; y lo hizo sufrir más de lo admisible. Aulló como un hada y se apartó tambaleando de su presa, resbalando en la nieve y cayendo de espaldas.

Conocía su error. Las lecciones que le habían inculcado a golpes se le presentaron vertiginosamente ante su imaginación. También sabía cuál era el castigo por abandonar la casa y tocar al hombre. Estaba sujeto a un nuevo amo, esclavizado a esa víctima idiota que tenía encima.

Polo había vencido.

Se reía observando la manera en que se formaba la figura del demonio sobre la nieve del sendero. Como una fotografía que se revelara en una hoja de papel, la imagen de la furia se hizo nítida. La ley se estaba cobrando sus derechos. El geniecillo nunca podría volver a esconderse de su amo. Ahí estaba, visible a los ojos de Polo, en toda su gloria desencantada. Piel castaña y ojo brillante sin párpado, brazos fláccidos, removiendo la nieve con su cola y derritiéndola a la vez.

—*Bastardo!* —dijo. Su voz tenía un deje australiano.

—No hablarás hasta que se te dirija la palabra —dijo Polo, con una autoridad tranquila pero absoluta—. ¿Comprendido?

El ojo sin párpado lo miró, lleno de humildad.

—Sí —dijo el geniecillo.

—Sí, señor Polo.

—Sí, señor Polo.

La cola se le hundió entre las piernas, como a un perro acobardado.

—Puedes levantarte.

—Gracias, señor Polo.

Se levantó. No era agradable de ver, pero Jack disfrutó a pesar de todo.

—Acabarán con usted, sin embargo.

—¿Quiénes?

—Ya lo sabe —dijo, dubitativo.

—Nómbralos.

—Belcebú —contestó, orgulloso de nombrar a su antiguo amo—. Los poderes. El propio infierno.

—No creo —musitó Polo—. No contigo sometido a mí como prueba de mis habilidades. ¿No soy el mejor de todos?

La mirada de la criatura parecía hosca.

—¿No lo soy?

—Sí —concedió amargamente—. Sí, usted es el mejor de todos.

Había comenzado a temblar.

—¿Tienes frío? —preguntó Polo.

Asintió, imitando el aspecto de un niño perdido.

—Entonces necesitas ejercicio —dijo—. Mejor que vuelvas a casa y empieces a arreglarlo todo.

La furia pareció perpleja, hasta desengañada, por esa orden.

—¿Nada más? —preguntó, incrédula—. ¿Ningún milagro? ¿Ni Helena de Troya ni vuelos?

La idea de volar en una tarde tan nevada como ésa dejó frío a Polo. Era ante todo un hombre de gustos sencillos: todo lo que le pedía a la vida era el amor de sus hijas, una casa agradable y un buen precio comercial para los pepinillos.

—Nada de vuelos —dijo.

Al dirigirse cabizbajo por el sendero hacia la casa, pareció idear una nueva maldad. Se volvió hacia Polo, obsequioso pero inconfundiblemente pagado de sí mismo.

—¿Podría decir algo? —preguntó.

—Habla.

—Es justo que le informe de que se considera impío tener contactos con tipos como yo. Incluso

herético.

—¿Es eso cierto?

—Sí —dijo el geniecillo, animándose por su profecía—. Se ha quemado a gente por menos.

—No en los tiempos que corren —replicó Polo.

—Pero el serafín lo verá —dijo—. Y eso significa que nunca irá a ese lugar.

—¿Qué lugar?

El demonio buscó la palabra especial que había oído usar a Belcebú.

—El cielo —dijo, triunfante. Había aparecido una fea sonrisa en su cara; ésta era la maniobra más astuta a la que había recurrido jamás; era teología malabar.

Jack asintió despacio, poniéndose el índice en el labio inferior.

Lo que decía la criatura era probablemente cierto: la asociación con él o con tipos como él no la verían con buenos ojos las huestes de santos y ángeles. Probablemente le fuera vedado el acceso a las praderas del paraíso.

—Bueno —dijo—, ya sabes lo que tengo que responder a eso, ¿no es verdad?

El geniecillo se quedó mirándolo frunciendo el entrecejo. No, no lo sabía. Entonces desapareció su sonrisa de satisfacción al ver lo que quería decir Polo.

—¿Qué digo? —le preguntó Polo.

Derrotado, murmuró la frase.

—*Che sarà, sarà.*

Polo sonrió.

—Todavía te queda una oportunidad —dijo, y lo llevó camino del umbral, cerrando la puerta con algo muy parecido a la serenidad en su rostro.

EL BLUES DE LA SANGRE DE CERDO

Se podía oler a los niños antes de verlos, su joven sudor se había vuelto rancio en aquellos pasillos de ventanas enrejadas, su aliento amargo, sus cabezas mustias. Más tarde, se oían sus voces, unas voces moldeadas por la rigidez de su encierro.

No corras. No grites. No silbes. No pelees.

Lo llamaban Centro de Rehabilitación para Delincuentes Juveniles, aunque, en realidad, era una maldita prisión. Todo cerraduras, llaves y guardianes. Los pocos gestos de liberalidad que existían en el centro no conseguían ocultar la cruda realidad; Tetherdowne era una auténtica prisión, con un nombre más suave quizás, y los internos lo sabían.

No es que Redman tuviera depositada ninguna ilusión en aquellos que iban a ser sus alumnos. Eran duros, y si estaban encerrados era por alguna razón. La mayoría de ellos intentarían robarte apenas te hubieran puesto la vista encima; te mutilarían, si les apeteciera, sin pestañear. Había estado demasiado tiempo en el Cuerpo para creer en aquellos argumentos sociológicos. Conocía a las víctimas, y conocía a los chicos. No se trataba de deficientes mentales incomprendidos, eran perspicaces, agudos y amorales; tanto como las cuchillas que solían esconder bajo sus lenguas. No tenían necesidad alguna de sentimientos, tan sólo querían salir de allí.

—Bienvenido a Tetherdowne.

El nombre de la mujer era Leverton, o Leverfall, o...

—Soy la doctora Leverthal.

Leverthal, sí. La perra que había conocido en...

—Nos conocimos en la entrevista.

—Sí.

—Es un placer verte, señor Redman.

—Neil; por favor, llámeme Neil.

—Intentamos no tuteamos en presencia de los chicos para que no tomen demasiada confianza.

Por eso preferiría que el uso del nombre quedara exclusivamente reducido a las horas de asueto.

Ella no dijo el suyo. Probablemente sería algo hermético, Yvonne. Lydia. Ya se le ocurriría algo apropiado. Aparentaba unos cincuenta, aunque probablemente sería diez años más joven. No llevaba ningún maquillaje, el pelo recogido tan rígidamente que parecía que los ojos iban a salírsele de las órbitas.

—Empezará las clases pasado mañana. El director me pidió que le diera la bienvenida al Centro de su parte, y pide disculpas por no poder estar presente él mismo. Existen problemas económicos.

—¿No los hay siempre?

—Lamentablemente, sí. Me temo que nadamos contra corriente. La política social del país se encuentra más bien orientada hacia el estricto cumplimiento del orden y la justicia.

—¿Era ésa una bonita forma de expresarlo? —Sacar a golpes la mierda que los niños habían cogido golfeando en las calles? Sí, él había seguido ese sistema en su tiempo, y era un asqueroso callejón sin salida; tan malo como ser sentimental.

—El hecho es que podemos perder Tetherdowne —dijo—, lo cual sería una vergüenza. Ya sé que no parece demasiado...

—...pero es nuestra casa —rió él. El chiste no tuvo ningún efecto. Ella ni siquiera pareció oírlo.

—Usted —su tono se endureció—, usted tiene un sólido (¿o dijo manchado?)¹ historial en el cuerpo de policía. Tenemos esperanzas de que su nombramiento sea bien recibido por las autoridades.

Así que era eso. Traían a un ex policía ejemplar para tranquilizar a las autoridades y demostrar buena voluntad en el Departamento de Disciplina. Realmente no le querían allí. Lo que realmente ellos deseaban era un sociólogo que redactara algunos de aquellos informes sobre el efecto del sistema de las clases en la brutalidad de los adolescentes. Estaba intentando decirle tranquilamente que él era tan sólo un extraño.

—Le conté por qué dejé la policía.

—Lo mencionó; invalidez.

—Nunca aceptaría un trabajo de oficina, así de sencillo; y ellos no me permiten desempeñar el trabajo que realmente sé hacer. Es peligroso para mí, según dicen.

Ella pareció turbarse un poco con su explicación. Ella, una psicóloga; ella, que debería estar ansiosa de escuchar todo aquel material, era su alma lo que estaba desnudando allí, por el amor de Dios.

—Así que me dieron la patada después de veinticuatro años. —Dudó y dijo—: No soy un policía ejemplar; no soy policía de ninguna clase. El cuerpo y yo hemos acabado. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Bien, bien.

Ella no había entendido una sola palabra. Redman intentó otra aproximación.

—Me gustaría saber qué les ha contado a los chicos.

—¿Contado?

—De mí.

—Bueno, algo sobre su pasado.

—Ya veo. Se les ha avisado. Ya llegan los cerdos.

—Parecía importante.

Gruñó.

—Comprenda usted, hay tantos de estos muchachos que tienen problemas de agresividad, que eso les crea muchos traumas. No pueden controlarse y, consecuentemente, sufren.

Redman no replicó nada, pero ella lo miró severamente, como si lo hubiera hecho.

—¡Oh, sí!, sufren. Para eso estamos nosotros aquí, para enseñarles que hay alternativas.

La doctora Leverthal se acercó a la ventana. Desde el segundo piso había una estupenda vista de los alrededores. Tetherdowne debía haber sido algún tipo de hacienda, por lo que había una respetable cantidad de tierras adyacentes al edificio principal. Un campo de juego, poblado de hierba mustia debido a la sequía veraniega. Más allá se encontraban las letrinas, delante de algunos árboles mustios, arbustos, y un yermo hasta llegar al muro. Había visto el muro desde el otro lado. Alcatraz se sentiría orgullosa de él.

—Intentamos darles un poco de libertad, algo de educación, y un poco de simpatía. Existe la opinión general de que los delincuentes disfrutan con sus actividades criminales, pero mi experiencia no indica eso en absoluto. Los chicos llegan aquí sintiéndose culpables, destrozados...

Una de aquellas víctimas destrozadas dibujó una «v» en la espalda de Leverthal mientras avanzaba por el corredor. Tenía el pelo alisado y arreglado, y la raya hecha por tres sitios. Un par de tatuajes caseros, sin terminar, aparecían en su antebrazo.

—No obstante, han cometido actos criminales —señaló Redman.

—Sí, pero...

—Y probablemente hay que recordárselo.

—Creo que no necesitan que nadie se lo recuerde, señor Redman. A ellos les quema su propia culpabilidad.

Insistía en lo de la culpabilidad, cosa que no le sorprendió. Estos analíticos se sentían en el pulpito. Estaban allá arriba, donde solían estar los predicadores, lanzando a la gente sus amenazantes sermones sobre fuegos eternos pero con un vocabulario menos colorido. La misma historia, con promesas de salvación, si se cumplían los mandamientos. Y además, los justos heredarían el reino de los cielos.

Abajo, en el campo de juegos, se estaba celebrando una cacería. Caza y captura. Una de aquellas víctimas estaba pisoteando a otra más pequeña; era todo una demostración de crueldad.

Leverthal se dio cuenta de lo que estaba sucediendo al mismo tiempo que Redman.

—Discúlpeme. Debo...

Comenzó a bajar la escalera.

—Su aula de trabajo se encuentra en la tercera puerta a la izquierda, por si desea echarle una ojeada. Estaré de vuelta dentro de un momento —dijo por encima del hombro.

Seguro que sí. A juzgar por la forma en que la escena se estaba desarrollando sobre el campo de juegos, iban a necesitar una palanca de tres apoyos para lograr separarlos.

Redman se dirigió a su aula de trabajo. La puerta estaba cerrada, pero a través del cristal enrejado pudo ver los bancos, los alicates, las herramientas. No estaba mal. Podría enseñarles cómo trabajar la madera, si le dejaban suficiente independencia para hacerlo.

Al no poder entrar, se sintió un poco frustrado. Volvió al corredor, y bajó la escalera; encontró sin dificultad el camino hacia el soleado campo de juegos. Un pequeño grupo de espectadores se había reunido entorno a la pelea —o a la masacre—, que ya había cesado. Leverthal permanecía de pie, mirando al muchacho que se hallaba tendido en el suelo. Uno de los guardianes estaba arrodillado junto a su cabeza; las heridas no tenían buen aspecto.

Algunos de los chicos levantaron la vista y se quedaron observando al extraño, mientras Redman se aproximaba. Hubo algunos murmullos y sonrisas entre ellos.

Redman miró al herido. Tendría unos dieciseis años. Se encontraba con la cara sobre el suelo,

escuchando las entrañas de la tierra.

—Lacey —le dijo Leverthal, refiriéndose al muchacho.

—¿Alguna herida seria?

El hombre que se encontraba arrodillado al lado de Lacey negó con la cabeza.

—Nada grave. Una pequeña caída. No hay nada roto.

La cara estaba manchada de sangre, que le manaba de la nariz. Tenía los ojos cerrados. Pacíficamente. Parecía estar muerto.

—¿Dónde está el cabrón del camillero? —dijo el guardián. Parecía encontrarse incómodo sobre la hierba seca del campo.

—Ya viene, señor —dijo alguien. Redman pensó que era el agresor. Un muchacho delgado de unos diecinueve años, con unos ojos que podían cortar la leche a diez metros de distancia.

Mientras tanto, un grupo de niños salía del edificio principal llevando una camilla y una sábana roja. Sonreían burlonamente entre ellos.

El grupo de espectadores había comenzado a dispersarse, ahora que lo mejor había acabado. No había diversión en recoger los trozos rotos.

—Esperen, esperen —dijo Redman—. ¿No necesitamos algún testigo? ¿Quién ha hecho esto?

Algunos se encogieron de hombros, la mayoría se hicieron los sordos. Se marcharon como si nadie hubiera dicho nada.

Redman dijo:

—Lo hemos visto. Desde la ventana.

Leverthal permaneció inmóvil, muda.

—¿No lo vimos? —le inquirió.

—Estábamos demasiado lejos para culpar a alguien. Creo. Pero no quiero volver a ver esta clase de intimidaciones. ¿Me habéis comprendido?

Si ella había visto a Lacey, y le había reconocido desde aquella distancia, ¿cómo no reconoció al agresor? Redman se culpó a sí mismo por no haberse fijado; sin nombres y personalidades que acompañaran las caras, era difícil distinguir entre ellos. El riesgo de hacer una acusación equivocada era alto, incluso a pesar de que estaba casi seguro de la culpabilidad del muchacho de la mirada gélida. Pero no era momento de cometer errores, esta vez no podía resolver el caso.

Leverthal parecía imperturbable por todo lo ocurrido.

—Lacey —dijo tranquilamente—, siempre es Lacey.

—Él se lo busca —dijo uno de los muchachos que llevaban la camilla, mientras apartaba un mechón de pelo rubio de los ojos—; no sabe hacer nada mejor.

Ignorando la observación, Leverthal supervisó el traslado de Lacey a la camilla, y empezó a caminar hacia el edificio principal, con Redman tras ella. Era todo tan casual.

—Lacey no es un chico sano —dijo crípticamente a modo de explicación; y eso fue todo. Cuánta compasión.

Redman miró hacia atrás, mientras el rígido cuerpo de Lacey era envuelto en la sábana roja. Entonces, dos cosas sucedieron casi simultáneamente.

La primera: alguien del grupo dijo:

—Ése es el cerdo.

La segunda: los ojos de Lacey se abrieron y miraron directamente a Redman; una mirada sincera, clara y abierta.

Redman empleó gran parte del día siguiente ordenando su aula. Muchas de las herramientas se habían roto o se encontraban inservibles debido al uso de manos inexpertas: sierras sin dientes, cinceles astillados y sin punta, piezas rotas. Necesitaría dinero para reponer las herramientas necesarias, pero aún no era el momento de empezar a pedir. Mejor esperar hasta que vieran que trabajaba bien. Estaba acostumbrado a la política de las instituciones; la policía había sido una buena escuela.

Serían las cuatro y media cuando un timbre comenzó a sonar. Parecía encontrarse lejos de donde él estaba. Él lo ignoró, pero sus instintos acabaron por imponerse. Los timbres eran alarmas, y las alarmas sonaban para alertar a la gente. Dejó de ordenar las herramientas, cerró el aula, y se dejó guiar por su oído.

El timbre estaba sonando en lo que, con sorna, llamaban el Centro Sanitario; dos o tres habitaciones independientes del edificio principal, adornadas con algunos cuadros y cortinas en las ventanas. No había indicios de humo, por lo que evidentemente no era el fuego la causa de la alarma. Se oyó un grito; más que un grito, un aullido.

Aligeró el paso avanzando por interminables pasillos; mientras doblaba una esquina para dirigirse

al Centro, una pequeña figura chocó contra él. El impacto aturdió a ambos, pero Redman sujetó al muchacho del brazo antes de que éste pudiera escaparse. El prisionero fue rápido en reaccionar, y golpeó con su pie descalzo la espinilla de Redman. Pero éste lo tenía bien sujetado.

—Déjame, cabrón.

—¡Calma!, ¡calma!

Sus perseguidores casi le habían dado alcance.

—¡Cogedle!

—¡Cabrón!, ¡cabrón!, ¡cabrón!, ¡cabrón!

—¡Cogedle!

Era como luchar contra un cocodrilo: el chico tenía toda la fuerza que infunde el miedo. Pero ésta se estaba acabando. Las lágrimas empezaron a inundar sus ojos mientras escupía a la cara de Redman. Era Lacey el que se encontraba en sus brazos, el enfermizo Lacey.

—Ya lo tenemos.

Redman retrocedió cuando el guardián cogió al muchacho, de una manera tan brutal, que parecía querer romperle el brazo. Dos o tres personas más aparecieron por la otra esquina. Dos chicos y una enfermera, una criatura poco adorable.

—Dejadme... Dejadme... —chillaba Lacey. Ya no ofrecía resistencia, y unos leves pucheros se asomaron a su rostro en señal de derrota. Sus ojos de carnero degollado, grandes y marrones, miraron acusadoramente a Redman. No aparentaba tener diecisésis años, ni siquiera estar en la adolescencia. A pesar de la suave pelusilla que cubría su rostro, algunos granitos que aparecían entre las magulladuras y la venda mal colocada sobre la nariz, su cara era bastante femenina; la cara de una virgen, en una época donde todavía hubiera vírgenes. Además, aquellos ojos...

Leverthal apareció demasiado tarde para ser útil.

—¿Qué sucede?

El guardián tocó su silbato. La cacería cobró un pulso más tranquilo.

—Se encerró en los lavabos. Intentó salir a través de la ventana.

—¿Por qué?

La pregunta se la hizo al guardián, no al muchacho. Un error significativo. El guardián, confundido, se encogió de hombros.

—¿Por qué? —Redman repitió la pregunta dirigiéndose a Lacey.

El muchacho se quedó mirando como si nadie le hubiera preguntado nunca nada.

—¿Usted es el cerdo? —dijo repentinamente, mientras le moqueaba la nariz.

—¿El cerdo?

—Quiere decir policía —dijo uno de los chicos con una precisión burlona, como si le estuviera hablando a un imbécil.

—Sé lo que quiere decir, muchacho —dijo Redman mirando fijamente a Lacey—: Sé muy bien lo que quiere decir.

—¿Lo es?

—Tranquilo, Lacey —dijo Leverthal—, ya tienes suficientes problemas.

—Sí, hijo. Yo soy el cerdo.

El desafío de miradas continuó, una batalla particular entre muchacho y hombre.

—Usted no sabe nada —dijo Lacey. No fue una observación sarcástica; el muchacho estaba, sencillamente, contando su versión de la verdad. Su mirada no vaciló.

—De acuerdo, Lacey, ya es suficiente. —El guardián comenzó a arrastrarle, dejando entrever, a través del pijama, la suave y blanca piel de su estómago.

—Dejadle hablar —dijo Redman—, ¿qué es lo que no sé?

—Puede contarle su versión de la historia al director —dijo Leverthal antes que Lacey pudiera replicar—, no es asunto suyo.

Sí que lo era. Aquella mirada, tan cortante y perversa, lo convertía en asunto suyo. Aquella mirada le exigía que lo convirtiera en asunto suyo.

—Déjenle hablar —dijo Redman. La autoridad de su voz amedrentó a Leverthal. El guardián aflojó ligeramente el brazo del muchacho.

—¿Por qué intentabas escapar, Lacey?

—Porque él ha regresado.

—¿Quién ha regresado? Un nombre, Lacey. ¿De quién estás hablando?

Durante varios segundos Redman percibió cómo el muchacho luchaba contra su propio silencio. Finalmente, Lacey sacudió la cabeza rompiendo la fuerte tensión que había entre ambos. Parecía que una especie de aturdimiento le atoraba, obligándole a callar.

—Nadie te va a hacer daño.

Lacey permaneció mirando al suelo, murmurando.

—Me gustaría ir a la cama —dijo. Una súplica virginal.

—Nadie te va a hacer daño, Lacey. Te lo prometo.

La promesa no tuvo ningún efecto; Lacey permaneció mudo. Pero aquello era una promesa, y tenía la esperanza de que Lacey se hubiera dado cuenta de ello. El niño se encontraba exhausto debido a su fallido intento de fuga, a la persecución, a la tensión de las miradas. Su cara estaba pálida, sin color. Por fin permitió al guardián que se lo llevara. Pero, antes de doblar la esquina, el muchacho pareció cambiar de opinión; forcejeó para liberarse y, al no lograrlo, miró hacia atrás, a su interlocutor.

—Henessey —dijo al encontrarse con los ojos de Redman una vez más. Eso fue todo. Antes de que pudiera decir algo más había desaparecido de su vista.

—¿Henessey? —dijo Redman, sintiéndose repentinamente como un extraño—. ¿Quién es Henessey?

Leverthal encendió un cigarrillo. Sus manos, como de costumbre, temblaban ligeramente. El día anterior Redman no se había dado cuenta de ello, pero no le sorprendió. Todavía no había encontrado a ningún lavacerebros que no tuviera sus propios problemas.

—El chico está mintiendo. Henessey ya no está con nosotros —dijo ella.

Se hizo un silencio. Redman no contestó, eso la habría hecho feliz.

—Lacey es inteligente —continuó, mientras ponía el cigarrillo entre sus descoloridos labios—. Conoce nuestro punto débil.

—¿Cómo?

—Usted es nuevo aquí, y quiere darle la impresión de conocer un gran misterio.

—¿No es un misterio, entonces?

—¿Henessey? —bufó—. Oh no, por Dios. Escapó a primeros de mayo. Él y Lacey... —dudó sin quererlo—, él y Lacey tenían algo entre ellos. Drogas quizás, nunca lo averiguamos. Puede que esnifaran pegamento juntos, masturbación recíproca, Dios sabe qué.

Estaba claro que Leverthal encontraba todo el asunto desagradable. Cada rasgo de su cara reflejaba el disgusto que le producía hablar de aquel hecho.

—¿Cómo escapó Henessey?

—Aún no lo sabemos —dijo—; sencillamente, al pasar lista, no apareció una mañana. Se le buscó por todo el lugar de arriba a abajo. Pero se había ido.

—¿Es posible que haya vuelto? —dijo Redman.

La doctora se rió sinceramente.

—No, por Dios. Odiaba este lugar. Además, ¿cómo podría haber entrado?

—Si salió...

Leverthal asintió con un murmullo.

—No era especialmente brillante, pero era listo. No me sorprendí demasiado cuando desapareció. Pocas semanas antes de su huida se volvió muy introvertido. No pude sonsacarle nada y eso que, hasta entonces, había sido siempre bastante comunicativo.

—¿Y Lacey?

—Siempre bajo su influencia. Sigue a menudo. Un chico más joven idolatra a otro mayor, con más experiencia. Lacey tenía un pasado familiar muy poco estable.

Muy claro, pensó Redman. Tan claro que no creyó ni una sola palabra. Las mentes no eran cuadros de exposición, todos numerados y colgados en orden según sus influencias, uno «listo», otro «impresionable». No era tan fácil. Existían garabatos, pequeños indicios inacabados, impredecibles, variables. ¿Y el nombre del pequeño Lacey? Estaba escrito sobre agua.

Al día siguiente, las clases comenzaron bajo un calor tan opresivo que, a las once, el aula parecía un horno. No obstante, los chicos respondieron rápidamente al recto comportamiento que Redman tuvo con ellos. Reconocieron en él a un hombre al que, aun sin gustarles, podían respetar. No esperaban favores, y no recibieron ninguno. Era un pacto estable.

Redman encontró a la totalidad de sus colegas del centro menos comunicativos que a los chicos. Un extraño entre extraños. Decidió mantenerse al margen de cualquier disputa. La rutina de Tetherdowne, sus rituales de clasificación, de humillación, parecía haberles convertido en un solo monolito de piedra. Paulatinamente, fue evitando toda conversación con sus compañeros de trabajo. Su aula se convirtió en su santuario, su hogar. Un santuario con olor a madera recién cortada y a cuerpos jóvenes.

No se enteró hasta el siguiente lunes —cuando uno de los chicos lo mencionó— de que existía una granja.

Nadie le había hablado de la existencia de una granja en los campos del Centro. La idea le pareció absurda.

—Nadie va demasiado por allí —dijo Creeley, uno de los peores carpinteros que había sobre la tierra—; apesta.

Hubo una carcajada.

—De acuerdo, muchachos, tranquilos.

La risa fue apagándose, tan sólo se oyó algún murmullo jocoso.

—¿Dónde está la granja, Creeley?

—No es ni siquiera una granja, señor —dijo Creeley mordiéndose la lengua (un gesto habitual en él)—. Tan sólo son unas cuantas casuchas. Apestan, señor, especialmente ahora.

Señaló hacia la ventana, más allá del campo de juegos. Desde que el primer día había visto el páramo con Leverthal, éste se hallaba más poblado de malas hierbas que entonces. Creeley señaló un muro de ladrillos escondido tras un pequeño grupo de arbustos.

—¿Lo ve, señor?

—Sí, lo veo,

—Ésa es la pocilga, señor.

Otra carcajada.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó a la clase. Una docena de cabezas se inclinaron atentas sobre su trabajo.

—Yo no iría allí, señor. Está tan alto como una jodida cometa.

Creeley no estaba exagerando. Incluso con el relativo frescor del atardecer, el olor que provenía de la granja revolvía el estómago. Redman tan sólo tuvo que guiarse por su olfato. Las cabañas que había visto desde la ventana de su aula fueron saliendo poco a poco de su escondido refugio. Unas cuantas casuchas de hierro oxidado y madera podrida, un gallinero, y una pocilga de ladrillo era todo lo que la granja ofrecía. Como Creeley había dicho, no era ni siquiera una granja. Parecía un pequeño Dachau domesticado; sucio y abandonado, Evidentemente, alguien daba de comer a los pocos prisioneros: algunas gallinas, media docena de gansos, los cerdos, pero nadie parecía haberse preocupado de limpiarlos. Había un insopportable olor a podrido. Los cerdos, en particular, vivían sobre un lecho de sus propios excrementos, innumerables islas de estiércol cocidas al sol y pobladas por miles de moscas.

La pocilga estaba dividida en dos compartimentos diferentes, separados por un alto muro de ladrillo. En el patio de uno de ellos había un pequeño cerdo moteado tumbado sobre los excrementos, con el lomo repleto de garrapatas y chinches. En el interior, se podía ver, a pesar de la oscuridad, otro cerdo más pequeño tumbado sobre la paja espesada por los excrementos.

Ninguno mostró el más mínimo interés en Redman.

El otro compartimento parecía vacío.

No había excrementos en el patio y apenas había moscas entre la paja. No obstante, el asfixiante olor a excrementos no era menor. Redman estaba a punto de volverse, cuando oyó un ruido que provenía del interior. Una forma inmensa se movió. El ex policía se apoyó en el portalón de madera y, aguantando la respiración, se asomó por encima de la puerta de la pocilga.

El cerdo salió a mirarlo. Tenía tres veces el tamaño de sus compañeros. Era una cerda inmensa que muy bien podría haber sido la madre de los inquilinos que habitaban el compartimento adyacente. Pero, mientras sus lechones tenían un aspecto sucio y lamentable, la cerda estaba inmaculada. El color rosa de su piel irradiaba buena salud. Su inmenso tamaño impresionó a Redman. Debía pesar el doble que él, supuso; una formidable criatura. Un animal fascinante en un inmenso volumen. Unas delicadas pestañas rubias y una suave curva sobre el brillante hocico adornaban una cabeza, afeada tan sólo por unas toscas cerdas que despuntaban sobre las orejas caídas, una aceitosa y escrutante mirada brillaba en sus oscuros ojos marrones.

Redman, un hombre de ciudad, había tenido pocas ocasiones de haber visto la realidad antes de tenerla en el plato. Esta magnífica criatura fue una revelación. El mal concepto que siempre había tenido de los cerdos, sinónimo de suciedad, aparecía, ahora, como una completa falsedad ante sus ojos.

La cerda era hermosa, desde su respingón hocico al delicado rizo de su cola; una belleza con pezuñas.

Sus ojos miraban a Redman como a un igual; él no tenía duda alguna sobre ello. Le admiraba bastante menos de lo que él la admiraba a ella.

Se sentía segura en su piel, él en la suya. Dos iguales bajo un cielo resplandeciente.

De cerca, su cuerpo olía a limpio. Alguien había estado allí, aquella mañana, lavándola y dándole

de comer. Su plato, Redman se daba cuenta ahora de ello, estaba lleno de judías, los restos de la comida del día anterior. No lo había tocado; no era glotona.

Una vez que lo hubo estudiado detenidamente, gruñendo, se dio la vuelta y regresó al fresco del interior. La audiencia había acabado.

Esa noche fue a ver a Lacey. El muchacho había sido trasladado del Centro Sanitario e instalado en una sucia habitación individual. Aparentemente, era objeto de intimidaciones también en el dormitorio, por lo que la única alternativa había sido este confinamiento solitario. Redman lo encontró sentado sobre una alfombra de viejos tebeos mirando la pared. Las oscuras cubiertas de aquéllos hacían que su cara pareciera más blanca que nunca. La venda de la nariz había desaparecido y los moretones que tenía bajo los ojos estaban tomando un color amarillento.

Estrechó la mano de Lacey, y el muchacho le dirigió la mirada. Había un cambio brusco desde su último encuentro. Lacey estaba tranquilo, dócil incluso. El apretón de manos, un ritual que Redman solía practicar cuando se encontraba con los chicos fuera de clase, fue leve.

—¿Estás bien?

El muchacho asintió.

—¿Te gusta estar solo?

—Sí, señor.

—Tendrás que regresar al dormitorio algún día.

Lacey sacudió la cabeza.

—No puedes permanecer aquí para siempre.

—Lo sé, señor.

—Tendrás que regresar.

Lacey asintió. De alguna manera parecía que la lógica no tenía nada que ver con el muchacho. Cogió un tebeo de Superman, y se quedó mirando la primera página sin abrirlo.

—Escúchame, Lacey. Quiero que tú y yo nos comprendamos. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Yo no puedo ayudarte si tú me mientes. ¿O sí?

—No.

—¿Por qué mencionaste el nombre de Kevin Henessey la semana pasada? Sé que él ya no está aquí. Se escapó, ¿verdad?

Lacey permaneció mirando al héroe tricolor.

—¿Verdad? —repitió Redman.

—Él está aquí —dijo Lacey con mucha tranquilidad. El niño adquirió repentinamente un aspecto sombrío. Su voz se volvió grave, y sus rasgos se contrajeron.

—Si se escapó, ¿por qué iba a regresar? No tiene demasiado sentido para mí. ¿Para ti sí?

Lacey sacudió la cabeza. Comenzó a moquear, y el agüilla enturbió algo sus palabras, pero éstas fueron lo bastante claras.

—Nunca se marchó.

—¿Qué? ¿Quieres decir que nunca escapó?

—Es inteligente, señor. Usted no conoce a Kevin. Es inteligente.

Cerró el tebeo, miró a Redman.

—¿Inteligente, en qué sentido?

—Lo planeó todo, señor. Todo.

—Tienes que ser más claro.

—Usted no me cree. Esto es el final, porque usted no me va a creer. Él le escucha. Está en todas partes. No le molestan los muros. Los muertos no se preocupan por cosas como éas.

Muerto. Una palabra tan corta que le cortó el aliento.

—Puede ir y venir tantas veces como quiera —dijo Lacey.

—¿Estás diciendo que Henessey está muerto? Ten cuidado, Lacey.

El muchacho dudó. Se daba cuenta de que estaba andando por la cuerda floja, a punto de perder a su protector.

—Usted lo prometió —dijo, frío como el hielo.

—Te prometí que nadie te haría daño y nadie te lo hará. Pero eso no quiere decir que me puedas mentir, Lacey.

—¿Mentir, señor?

—Henessey no está muerto.

—Lo está señor. Todo el mundo lo sabe. Se ahorcó. Con los cerdos.

Redman había oído mentiras muchas veces, y creía conocer bien todos los trucos de los que las

empleaban habitualmente, todos los indicios de la mentira. Pero el muchacho no mostraba ninguno de ellos. Estaba diciendo la verdad. Redman lo sentía en sus huesos.

La verdad; toda la verdad; nada más que la verdad.

Esto no significaba que el muchacho estuviera diciendo la verdad. Estaba simplemente contando su verdad. Él creía que Henessey estaba muerto. Eso no probaba nada.

—Si Henessey estuviera muerto...

—Lo está, señor.

—Si lo estuviera, ¿cómo podría estar aquí?

El muchacho miró a Redman, sin el menor rastro de mofa en su rostro.

—¿Usted no cree en fantasmas, señor?

Una conclusión lógica que confundió a Redman. Henessey estaba muerto y estaba allí. Luego, Henessey era un fantasma.

—¿No cree, señor?

El muchacho no estaba haciendo una pregunta retórica. Él quería, aun más, exigía una respuesta razonable a su razonable pregunta.

—No, muchacho —dijo Redman—. No creo.

Lacey permaneció tranquilo ante la respuesta.

—Ya lo verá, señor, ya lo verá —dijo simplemente.

En la pocilga, en los límites de la hacienda, la inmensa cerda sin nombre se encontraba hambrienta.

Seguía el ritmo de los días y, con su paso, su deseo crecía. Sabía que los tiempos de las judías en el plato habían pasado. Otros apetitos habían ocupado el lugar de aquellos viejos placeres.

Tenía un paladar hecho, desde aquella primera vez, a una comida con cierta textura, cierta resonancia. No era un tipo de comida que exigiera todo el tiempo, tan sólo cuando la necesidad se apoderaba de ella. No era una gran demanda: sólo de vez en cuando devorar la mano que le daba de comer.

Permaneció al lado de la puerta de su prisión, pacientemente, atenta; esperando y esperando. Mordisqueaba, olía, su impaciencia se volvía un hambre angustiosa. En el patio de al lado, sus castrados hijos, sintiendo su angustia, se agitaban. Conocían su naturaleza, y era peligrosa. Despues de todo, ella se había comido vivos a dos de sus hermanos, frescos y húmedos todavía de su propia placenta.

Se oyeron ruidos a través del velo azul del crepúsculo, un suave sonido de pasos arrastrándose por las ortigas acompañado por un murmullo de voces.

Dos muchachos estaban aproximándose a la pocilga con respeto y precaución en cada uno de sus pasos. Ella les ponía nerviosos, y era comprensible. Se contaban infinidad de historias sobre los trucos que empleaba.

¿No hablaba, cuando estaba furiosa, con esa voz de posesa, distorsionando su enorme boca para expresarse en un idioma que no era el suyo? ¿No se levantaría sobre sus cuartos traseros, como había hecho otras veces, arrogante e imperial, y exigiría que le enviasen al más pequeño de los muchachos para amamantarlo en su regazo, desnudo como un lechón? ¿No golpeaba la tierra con sus pezuñas hasta que la comida que le traían era troceada en *petits pedazos*² y se la ofrecían unos temblidos dedos? Hacía todo eso.

Y cosas peores.

Los chicos sabían que esa noche no habían traído lo que ella quería. El tipo de carne que llevaban en el plato no era lo que ella deseaba. No se trataba de la dulce carne blanca que había pedido con su otra voz y que, si quería, podía tomar por la fuerza. Esa noche la comida no era más que bacon robado de la cocina. El manjar que a ella realmente le apetecía era la carne que había perseguido y aterrado para engordar sus músculos, que masticaba con deleite, y que ahora estaba bajo una protección especial. Llevaría tiempo que estuviera lista para la matanza.

Mientras tanto, esperaban que aceptara sus excusas y sus lágrimas, y que no los devorara en un arrebato de ira.

Antes de llegar al muro de la pocilga, uno de los muchachos se había cagado en los pantalones, y la cerda lo olió. Disfrutando del olor acre de su miedo, su voz adquirió un timbre diferente. En lugar del gruñido grave, su boca emitió un sonido más alto y más agudo. Dijo:

—Ya sé, ya sé. Venid y sed juzgados. Ya lo sé, ya lo sé.

Los observó a través de las verjas del portalón con ojos resplandecientes como joyas en la noche

oscura, más brillantes que la noche porque estaban vivos, más puros que la noche porque estaban llenos de deseo.

Los muchachos se arrodillaron ante la puerta, inclinando sus cabezas a modo de súplica. El plato que sostenían ambos suavemente estaba cubierto por un mantelillo manchado.

—¿Bien? —dijo ella. La voz era inconfundible. Una voz masculina que surgía de la boca de la cerda,

El chico mayor, un niño negro con el paladar partido, habló tranquilamente a aquellos brillantes ojos, intentando ocultar su terror:

—No es lo que quería. Lo sentimos.

El otro muchacho, incómodo en los pantalones manchados, se excusó también con un leve balbuceo.

—Se lo conseguiremos. Seguro. Se lo traeremos muy pronto, tan pronto como podamos.

—¿Por qué no esta noche? —dijo la cerda.

—Lo están protegiendo.

—Un profesor nuevo. El señor Redman.

La cerda parecía saberlo todo. Recordó su enfrentamiento a través de la valla, el modo en que él la miraba como si fuera un espécimen zoológico. Así que era ése su enemigo, ese pobre viejo.

—Acabaré con él. Oh, sí.

Los muchachos oyeron su promesa de venganza y se alegraron de que el asunto hubiera escapado a su responsabilidad.

—Dale la carne —dijo el muchacho negro.

El otro se puso en pie mientras apartaba el mantelillo. El bacon olía mal; la cerda, no obstante, hizo ruidos de entusiasmo. Quizá les había perdonado.

—Vamos, rápido.

El muchacho cogió la primera loncha de bacon entre sus dedos, y se la ofreció. La cerda acercó la boca y la comió, mostrando sus dientes amarillentos. Acabó rápidamente. Lo mismo hizo con las siguientes.

El sexto y último trozo lo cogió agarrando también los dedos del muchacho; lo hizo con tal velocidad y elegancia, que éste sólo pudo chillar cuando ella ya masticaba sus delgados dígitos y se los tragaba. Sacó rápidamente la mano de la cochiquera y observó su mutilación. El daño había sido pequeño, considerándolo. La cabeza del pulgar y la mitad del índice habían desaparecido. Las heridas sangraban abundantemente, salpicándole la camisa y los zapatos. Ella gruñó y resopló. Parecía satisfecha.

El muchacho gritó y salió corriendo.

—Mañana —dijo la cerda al chico que permanecía suplicante—. No esta vieja carne de cerdo. Debe ser blanca. Blanca y... con lacitos³ —Pensó que era un buen chiste.

—Sí —dijo el muchacho—, sí, por supuesto.

—Sin falta —ordenó.

—Sí.

—O iré a por él yo misma, ¿me oyes?

—Sí.

—Iré a por él yo misma, donde quiera que se esconda. Lo comeré en su cama, si lo deseo, mientras duerme, comeré primero sus pies, después sus piernas, sus genitales, después sus caderas...

—Sí, sí.

—Le quiero —dijo la cerda rascando con las pezuñas entre la paja—. Es mío.

—¿Henessey muerto? —dijo Leverthal, con la cabeza aún inclinada, mientras escribía uno de aquellos interminables informes—. Es otra invención. Antes el chico decía que estaba en el Centro, ahora que está muerto. El muchacho no puede siquiera mantener su historia sin contradecirse.

Era difícil argumentar con tales contradicciones, a menos que se aceptara la idea de Lacey sobre fantasmas. No había manera alguna de intentar discutir ese punto con aquella mujer. No tenía sentido. Los fantasmas eran bobadas; tan sólo miedo hecho realidad. Pero la posibilidad del suicidio de Henessey tenía más sentido para Redman. Intentó seguir por ese lado.

—Entonces, ¿de dónde ha sacado Lacey esa historia sobre la muerte de Henessey? Es una invención curiosa.

Ella se dignó levantar la cabeza, su cara estaba concentrada en sí misma, como un caracol en su concha.

—Este Centro está repleto de imaginaciones desbordantes. Si usted oyese alguna de las historias que tengo grabadas: el exotismo de alguna de ellas le dejaría alucinado.

—¿Ha habido algún suicidio aquí?

—¿Desde que yo estoy? —Pensó un momento, mientras jugaba con su lápiz—. Dos intentos. Ninguno serio. Sólo para llamar la atención

—¿Fue Henessey uno de ellos?

La doctora se permitió una sonrisa burlona, mientras sacudía la cabeza.

—Henessey era inestable en un sentido completamente diferente. Pensaba que iba a vivir para siempre. Ése era su sueño: Henessey, el superhombre de Nietzsche. Sentía algo parecido al desprecio por el rebaño. Era de una raza aparte. Se encontraba tan lejos de nosotros, meros mortales, como lo estaba de esos desgraciados...

Redman supo que iba a decir «cerdos», pero se paró justo antes de mencionar el nombre.

—... Esos desgraciados animales de la granja —dijo, mientras bajaba la cabeza para mirar de nuevo sus informes.

—¿Pasaba Henessey mucho tiempo en la granja?

—No más que cualquier otro chico. —Estaba mintiendo—. A ninguno le gusta el trabajo de la granja, pero es parte de los turnos de trabajo. Limpiar excrementos no es una tarea agradable. Se lo puedo asegurar.

Esta mentira —que sabía le había contado— hizo que Redman encajara el detalle final de la historia de Lacey: la muerte de Henessey había tenido lugar en la pocilga. Se encogió de hombros y tomó un enfoque completamente diferente.

—¿Está Lacey bajo medicación?

—Algunos sedantes.

—¿Se administran sedantes a los chicos siempre que participan en alguna pelea?

—Sólo si intentan escapar. No tenemos suficiente personal para supervisar las preferencias de Lacey. No entiendo por qué esta usted tan preocupado.

—Quiero que él confíe en mí. Se lo prometí. No quiero defraudarle.

—Francamente, esto suena sospechosamente a preferencia personal. Un chico entre muchos, sin problemas especiales, y sin demasiadas esperanzas de redención.

—¿Redención? —Era una extraña palabra.

—Rehabilitación, o como quiera usted llamarlo. Mire, Redman, le voy a ser sincera. Existe la sensación general de que usted no está tocando bola aquí.

—¿Qué?

—Todos pensamos, incluyendo el director, que debería dejarnos manejar nuestros asuntos a nuestra manera. Apréndase las reglas del juego antes de empezar a jugar.

—Intromisión.

Ella asintió:

—Es una palabra tan buena como cualquier otra. Se está creando enemigos.

—Gracias por la advertencia.

—Este trabajo tiene ya suficientes dificultades por sí solo para, además, crearse enemigos, créame.

Ella le dirigió una mirada conciliadora, que Redman ignoró. Podía convivir con enemigos, con mentirosos, no.

La oficina del director estaba cerrada. Llevaba así una semana completa. Las explicaciones de esta ausencia cambiaban continuamente. Las reuniones con los benefactores del centro era una de las excusas más extendidas entre el personal, aunque su secretaria decía no saber dónde se encontraba exactamente. Alguien comentó que se encontraba asistiendo a unos seminarios, en alguna universidad sobre la investigación de los problemas en los Centros de Rehabilitación. Si el señor Redman quería, podía dejarle un mensaje, el director lo recibiría.

En su aula de trabajo, Lacey se encontraba esperándole. Eran casi las siete y cuarto: las clases habían acabado hacía rato.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperando, señor.

—¿Para qué?

—Para verle a usted, señor. Quería darle una carta, señor. Es para mi madre, ¿Podría mandársela usted?

—Puedes emplear los medios usuales, ¿no? Dásela a la secretaria, ella la mandará. Puedes enviar dos cartas semanales.

La cara de Lacey se apesadumbró.

—Ellos las leen, señor: por si escribes algo que no les gusta. Si lo haces, las queman.

—¿Y tú has escrito algo que no deberías?

El muchacho asintió.

—¿Qué?

—Sobre Kevin. Le cuento todo respecto a Kevin. Todo lo que le sucedió.

—No estoy muy seguro de que sepas todo sobre Henessey.

—Es verdad, señor.

El muchacho se encogió de hombros. Dijo, sin intentar convencer a Redman:

—Es verdad, está aquí. Dentro de ella.

—¿Dentro de quién? ¿De qué estás hablando?

Era posible que Lacey estuviese hablando, como Leverthal había sugerido, simplemente de sus miedos. La paciencia con este muchacho debía tener un límite, y parecía que éste había llegado.

Se oyó un golpe en la puerta; un muchacho con la cara llena de granos, llamado Slape, estaba observándoles a través del cristal.

—Entra.

—Una llamada urgente para usted, señor. En la oficina de la secretaría.

Redman odiaba el teléfono. Una máquina infernal: nunca traía buenas noticias.

—¿Urgente? ¿De parte de quién?

Slape se encogió de hombros y se tocó la cara.

—Quédate con Lacey. ¿Lo harás?

A Slape no pareció gustarle la idea.

—¿Aquí, señor? —preguntó.

—Aquí.

—Sí, señor.

—Estoy confiando en ti, así que no me falles.

—No, señor.

Redman se dio la vuelta y miró a Lacey. Su mirada amoratada era, ahora, una herida. Una herida abierta mientras lloraba.

—Dame tu carta. La llevaré a la oficina.

Lacey había metido el sobre en su bolsillo. Lo sacó, a disgusto, y se lo dio a Redman.

—Di gracias.

—Gracias, señor.

Los pasillos estaban vacíos.

Era la hora de la televisión. La adoración nocturna al receptor había comenzado. Seguramente estarían pegados al aparato, en blanco y negro, que dominaba con autoridad la habitación de recreo, allí sentados con la boca abierta, y la mente cerrada, viendo aquellos juegos de policías, aquellos concursos, aquellas guerras mundiales. Un silencio hipnótico se apoderaría de todos hasta que apareciese una escena de violencia, o una insinuación sobre sexo. Entonces la habitación se llenaría de silbidos, obscenidades y gritos, para caer de nuevo en un silencio interrumpido por leves susurros, durante el diálogo, mientras esperaban ansiosamente otro disparo, otro pecho. Incluso desde el pasillo podía oír los tiroteos y la música.

La oficina se encontraba abierta, pero la secretaria no estaba. Seguramente se había ido a casa. El reloj de la oficina marcaba las ocho y diecinueve. Redman puso el suyo en hora.

El teléfono estaba colgado. Quienquiera que hubiese llamado se habría cansado de esperar, y no dejó ningún recado. Aliviado porque la llamada no fuese urgente, se sintió frustrado por no haberse puesto en contacto con el mundo exterior. Como Crusoe viendo un velero pasar de largo ante su isla.

Era ridículo: aquella no era su prisión. Podría salir esa noche: y no ser Crusoe durante más tiempo.

Contempló la carta de Lacey, que había dejado sobre la mesa. Se lo pensó mejor. Había prometido proteger los intereses del chico y era lo que iba a hacer. Si era necesario, la enviaría él mismo.

Sin pensar en nada concreto, se dirigió a su aula. Vagos presagios de inquietud bloqueaban sus respuestas. Unos leves suspiros atosigaban su garganta, el ceño se fruncía en su cara. «Este maldito lugar», dijo en voz alta, sin referirse a los muros o a los suelos, sino a la trampa que representaba. Sintió que podía morir allí, con sus buenas intenciones adornando su cuerpo, como las flores rodeando un cadáver, y nadie lo sabría, a nadie le importaría. Nadie le lloraría. El idealismo era, allí, una debilidad, compasión e indulgencia. Todo era inquietud: Inquietud y...

Silencio.

Eso era lo que estaba mal. Aunque el programa de la televisión se oía desde el pasillo, tan sólo el silencio acompañaba su sonido. Ningún silbido, ningún grito.

Redman volvió al vestíbulo y bajó al pasillo que conducía a la habitación de recreo.

En esta zona del edificio se permitía fumar, por lo que el área apestaba a tabaco rancio. Podía oír los ruidos de un tiroteo que surgían del televisor. Una mujer gritó el nombre de alguien. Un hombre respondió, pero su voz fue apagada por el sonido de un disparo. Historias a medio contar, colgadas en el aire.

Llegó a la habitación y abrió la puerta.

El televisor le habló.

—¡Agáchate!

—¡Tiene una pistola!

Otro disparo.

La mujer, una rubia de pecho exuberante, recibió un balazo en el corazón, y murió sobre la acera al lado del hombre al que había amado.

La tragedia no tenía espectadores. La habitación de recreo estaba vacía, Las sillas y taburetes permanecían desiertos alrededor del receptor. La audiencia debía haber encontrado una diversión mejor esa noche. Redman avanzó entre los asientos y apagó el televisor. La fluorescente pantalla se desvaneció y el insistente ritmo de la música dejó de oírse. Se dio cuenta, en la oscuridad, en el silencio, de que había alguien en la puerta.

—¿Quién es?

—Slape, señor.

—Te dije que te quedaras con Lacey.

—Se tuvo que ir, señor.

—¿Irse?

—Salió corriendo, señor. No pude detenerlo.

—Maldito seas. ¿Qué quieres decir con que no pudiste detenerlo?

Redman comenzó a atravesar la habitación, se tropezó con un taburete. Rasgó el linóleo, chirriando levemente.

Slape se azaro.

—Lo siento señor —dijo—. No pude cogerle. Tengo un pie malo.

Sí, Slape cojeaba.

—¿Qué camino tomó?

Slape se encogió de hombros.

—No estoy seguro, señor.

—Bien, recuérdalo.

—No pierda los nervios, señor.

El «señor» lo pronunció con un énfasis sarcástico. Redman se dio cuenta de que su mano intentaba golpear al purulento adolescente. Estaba casi a medio metro de la puerta. Slape no se apartó.

—Fuera de mi camino, Slape.

—Realmente, señor, usted ya no puede ayudarle. Se ha ido.

—He dicho que fuera de mi camino.

Se disponía a apartar a Slape, cuando oyó un «click» a la altura de su ombligo. El bastardo apoyó una navaja automática en pleno estómago de Redman.

—No hay necesidad de ir tras él, señor.

—En nombre de Dios, ¿qué estás haciendo Slape?

—Tan sólo estamos jugando —dijo, dejando entrever unos dientes grisáceos—. No hay ningún mal en ello.

La punta del cuchillo comenzó a mancharse de sangre, que corría suavemente, templada, hasta la ingle de Redman. Slape iba a matarle, no había duda. Cualquiera que fuese el juego, Slape quería un poco de diversión para él solo. Asesinato de profesor, se llamaba. Empujaba el cuchillo muy suavemente, atravesando la carne de Redman. El pequeño manantial de sangre pronto se convirtió en un chorro.

—A Kevin le gusta salir, y jugar de vez en cuando —dijo Slape.

—¿Henessey?

—Sí, les gusta llamarnos por nuestros apellidos, ¿no? Así es más serio, ¿no? Quiero decir que ya no somos niños, que somos hombres. Kevin no es un hombre, ¿ve, señor? Nunca quiso ser un

hombre. De hecho creo que odiaba la idea. ¿Sabe por qué? —El cuchillo estaba atravesando el músculo—. Pensaba que, una vez te convertías en hombre, comenzabas a morir: y Kevin solía decir que él nunca moriría.

—Que nunca moriría.

—Nunca.

—Quiero verle.

—Todo el mundo quiere. Es carismático. Ésa es la palabra que usa la doctora para él: carismático.

—Quiero ver a ese carismático compañero.

—Pronto.

—Ahora.

—He dicho que pronto.

Redman agarró con tal rapidez la muñeca que sostenía el cuchillo, que Slape no tuvo tiempo de rematar la faena. La reacción del muchacho fue lenta, drogado quizá, y Redman se encontraba en plenas facultades. El cuchillo cayó al suelo mientras Redman aferraba la otra mano de Slape, rodeando su delgado cuello con una presa de estrangulamiento. Comenzó a apretar, haciéndole gargarizar.

—¿Dónde está Hennessey? Llévame hasta él.

Los ojos que miraron a Redman, inyectados en sangre, estaban tan ahogados como sus palabras.

—¡Llévame hasta él! —exigió Redman.

La mano de Slape encontró el estómago de Redman, y el puño hurgó en la herida. Redman blasfemó, aflojando su presa; Slape casi logró liberarse, pero Redman le golpeó en la ingle con la rodilla. Un golpe rápido y seco. Slape quiso doblarse debido al dolor, pero la presa del cuello se lo impidió. La rodilla golpeó otra vez, más fuerte. Y otra vez. Y otra.

El rostro de Slape se inundó de lágrimas, que corrieron entre las marcas de sus granos.

—Puedo hacerte mucho más daño del que tú puedes hacerme a mí —dijo Redman—. Siquieres seguir con esto durante toda la noche, me vas a hacer muy feliz.

Slape sacudió la cabeza, intentando recuperar el aliento entre gemidos y suspiros entrecortados.

—¿No quieres más?

Slape negó con la cabeza de nuevo. Redman lo soltó tirándole contra la pared del pasillo. Lloriqueando, con el rostro encrespado por el dolor, fue deslizándose lentamente junto a la pared, quedando en posición fetal, con las manos entre las piernas.

—¿Dónde está Lacey?

Slape había empezado a temblar; sus palabras apenas fueron perceptibles.

—¿Dónde cree usted? Kevin lo tiene.

—¿Dónde está Kevin?

Slape miró a Redman aturdido.

—¿No lo sabe?

—No preguntaría si lo supiera, ¿no?

Slape pareció intentar aclarar su voz, soltando un suspiro de dolor. Lo primero que pensó Redman fue que el joven se estaba desplomando, pero Slape tenía otras ideas. El cuchillo, que había recogido del suelo, se encontraba, súbitamente, de nuevo en su mano, y Slape lo estaba dirigiendo hacia la ingle de Redman. Apenas un momento después, se encontraba de pie de nuevo, el dolor olvidado. El filo del cuchillo cortaba el aire, moviéndose hacia delante y hacia atrás, mientras Slape susurraba sus intenciones entre dientes.

—Te voy a matar, cerdo. Te voy a matar.

Entonces su boca se abrió y comenzó a chillar:

—¡Kevin!, ¡Kevin! ¡Ayúdame!

Las cuchilladas eran cada vez menos precisas, a medida que Slape iba perdiendo el control de sí mismo, las lágrimas, el sudor, y los mocos ensuciaban su cara mientras se abalanzaba, torpemente, sobre su pretendida víctima.

Redman eligió su momento, y dio un tremendo golpe en la rodilla de Slape, en la que supuso era su pierna mala. Calculó bien. Slape chilló y se tambaleó hacia atrás girando sobre sí mismo y golpeándose la cabeza contra la pared. Redman insistió, embistiendo contra la espalda de Slape. Se dio cuenta de lo que había hecho demasiado tarde. Su cuerpo se relajó, y la mano que empuñaba el cuchillo, aplastada entre la pared y el cuerpo, resbaló, ensangrentada e inerme. Exhaló un último suspiro, chocando pesadamente contra la pared, mientras la navaja se hundía, aún más, en su propio intestino. Estaba muerto antes de tocar el suelo.

Redman le dio la vuelta. Nunca se había acostumbrado a lo súbito de la muerte. Irse tan

rápidamente, como una imagen que desaparece de la pantalla. Apretar un botón, y en blanco. Sin dejar ningún mensaje.

El perentorio silencio de los pasillos se hizo abrumador mientras volvía al vestíbulo. La herida de su estómago no era importante, y la sangre había hecho su propio vendaje con la camisa; adhiriendo el algodón a la carne, cerrando la herida. Pero el corte era el menor de sus problemas. Ahora tenía enigmas que descubrir, y se sentía incapaz de enfrentarse a ellos. La gastada y exhausta atmósfera del lugar le hacían sentirse igual que el entorno que lo rodeaba, exhausto y gastado. Allí no había salud, bondad, ni razón.

Repentinamente, creyó en fantasmas.

En el vestíbulo había una luz encendida; una bombilla desnuda que colgaba sobre aquel espacio muerto. Leyó la arrugada carta de Lacey. Las emborronadas palabras sobre el papel eran como cerillas que encendían la mecha de su pánico.

Mamá,

Me dieron de comer al cerdo. No les creas si te dicen que nunca te quise, o si dicen que escapé. No es cierto. Me dieron de comer al cerdo. Te quiero.

TOMMY

Se metió la carta en el bolsillo y salió corriendo del edificio campo a través. Estaba oscuro: una profunda oscuridad sin estrellas. El aire era húmedo. Incluso a la luz del día, no estaba muy seguro de cuál era el camino que conducía a la granja. De noche era peor. Pronto se encontró perdido en algún sitio entre el campo de juegos y la arboleda. Estaba demasiado lejos para poder ver la silueta del edificio principal detrás de él; delante, todos los árboles parecían iguales.

El ambiente nocturno era sucio; sin viento que refrescara los cansados miembros. Había tanta quietud en el exterior como dentro. Parecía como si el mundo se hubiera vuelto una inmensa y sofocante habitación interior aislada por un techo pintado de nubes.

Permaneció en la oscuridad, mientras la sangre golpeaba su cabeza, intentando orientarse.

A su izquierda, donde había supuesto que se encontraban las letrinas, brilló una luz. Estaba completamente equivocado sobre su situación. La luz venía de la pocilga. Mientras la observaba vio la silueta del desvencijado gallinero. Allí había figuras, varias; de pie, contemplando un espectáculo que él aún no podía distinguir.

Corrió hacia la pocilga sin saber qué haría una vez hubiera llegado. Si todos estaban armados como Slape y, compartían las mismas intenciones criminales, sería su final. Este pensamiento no le preocupó demasiado. De algún modo abandonar aquel mundo cerrado le parecía esa noche una opción atractiva. Abajo y fuera.

Y allí estaba Lacey. Había tenido un momento de duda, después de haber hablado con Leverthal, cuando ésta le preguntó la causa de su especial preocupación por el muchacho. Aquella acusación contenía bastante verdad. ¿Existía en él el deseo de tener a Lacey acostado desnudo a su lado? ¿No era ése el texto subliminal de la observación de Leverthal? Incluso ahora, mientras corría hacia las luces, en lo único que podía pensar era en los ojos del muchacho, grandes e implorantes, mirando profundamente a los suyos.

Delante, algunas figuras salían de la granja. Podía ver sus siluetas dibujarse contra las luces de la pocilga. ¿Había acabado todo? Dio un gran rodeo hacia la izquierda del edificio para evitar a los espectadores que abandonaban el escenario. No hicieron ruido. No hubo ningún comentario, ninguna risa entre ellos. Como una congregación abandonando un funeral, iban caminando silenciosamente en la oscuridad, cada uno separado del otro, con las cabezas inclinadas. Era escalofriante contemplar aquellos delincuentes ateos, subyugados por el respeto.

Llegó al gallinero sin tropezarse con ninguno de ellos.

Algunas figuras permanecían aún alrededor de la pocilga. El muro del compartimento de la cerda se encontraba cubierto de velas, docenas y docenas de velas. Ardían sin el más leve movimiento en la quieta noche, desprendiendo su caliente luz sobre los ladrillos y sobre los rostros de los pocos que aún permanecían contemplando los misterios de la pocilga.

Leverthal se encontraba entre ellos, también el guardián que se inclinó sobre la cabeza de Lacey el primer día. Había también dos o tres muchachos cuyas caras reconoció, aunque no sabía sus

nombres.

Un ruido salió de la pocilga, el sonido de las pezuñas de la cerda sobre la paja, como si aceptara sus miradas. Alguien estaba hablando pero no pudo averiguar quién. Era la voz de un adolescente, con un tono alegre. Mientras la voz hacía un alto en su monólogo, el guardián y uno de los muchachos deshicieron el grupo como si los despidieran, y desaparecieron en la oscuridad. Redman, reptando, se acercó un poco más. El tiempo era esencial. Los primeros de la congregación cruzarían pronto el campo y llegarían al edificio principal. Verían el cuerpo de Slape: se daría la alarma. Debía encontrar a Lacey ahora, si todavía se podía encontrar.

Leverthal lo vio primero. Lo miró desde la pocilga, y bajó la cabeza a modo de saludo, sin preocuparse aparentemente por su llegada. Era como si su presencia en este lugar hubiera sido inevitable, como si todos los senderos condujeran a la granja, a la casa de paja y al olor a excrementos. Tenía cierto sentido que ella hubiera creído eso. Casi lo creía él mismo.

—Leverthal —dijo.

Ella le sonrió abiertamente. El muchacho que se encontraba a su lado levantó la cabeza y sonrió también.

—¿Eres tú Henessey? —preguntó, mirando al muchacho.

El joven se rió, y también Leverthal.

—No —dijo ella—. No. No. No. Henessey está aquí.

Señaló el establo.

Redman recorrió los pocos metros que le separaban del muro de la pocilga, esperando, sin atreverse a hacerlo, encontrarse la paja y la sangre, al cerdo y a Lacey.

Pero Lacey no estaba allí. Tan sólo la cerda, grande y redonda, como siempre, de pie sobre sus propios excrementos; sus inmensas, ridículas orejas moviéndose sobre los ojos.

—¿Dónde está Henessey? —preguntó Redman, encontrándose con la fija mirada de la cerda.

—Aquí —dijo el muchacho.

—Esto es un cerdo.

—Ella se lo comió —dijo el joven sonriendo. Obviamente pensaba que la idea era deliciosa—. Y él habla desde dentro de ella.

Redman quiso reír. Esto hacía que los cuentos de fantasmas de Lacey fueran, por comparación, casi plausibles. Le estaban diciendo que el cerdo estaba poseído.

—¿Henessey se ahorcó, como dijo Tommy?

Leverthal asintió.

—¿En la pocilga?

Asintió de nuevo.

De pronto, la cerda cobró un aspecto diferente. Se la imaginó elevándose para oler los pies del rígido cuerpo de Henessey, sintiendo cómo la muerte se apoderaba de él, salivando ante la idea de su carne. Vio cómo lamía el sudor que fluía de su piel, degustándolo, mordisqueando delicadamente al principio; devorándolo después. No era difícil comprender cómo los muchachos habían mitificado tal atrocidad: componiendo himnos, tratando al cerdo como a un dios. Las velas, la reverencia, el pretendido sacrificio de Lacey: todo ello eran síntomas de una enfermedad, pero no eran más extraños que miles de diversas costumbres de distintos credos. Incluso comenzó a entender el desaliento de Lacey, su incapacidad para luchar contra los poderes que tomaban posesión de él.

«Mamá, me dieron de comer al cerdo.»

No decía mamá, ayúdame, sálvame. Tan sólo: me entregaron al cerdo.

Podía comprender todo esto: eran niños, la mayoría de ellos apenas sin educación, algunos cercanos a la inestabilidad mental, todos susceptibles a la superstición. Pero no podía explicarse el caso de Leverthal. La doctora estaba mirando a la pocilga de nuevo. Redman se dio cuenta, por primera vez, de que llevaba el pelo suelto, caído sobre sus hombros, color de miel, a la luz de las velas.

—A mí me parece un cerdo, simple y llanamente —dijo él.

—Habla con su voz —dijo Leverthal tranquilamente—. Podría decirse que habla articuladamente. Le oirás en seguida. Mi querido muchacho.

Entonces comprendió.

—¿Usted y Henessey?

—No se horrorice —dijo—. Tenía dieciocho años, el pelo más negro que jamás haya visto, y me amaba.

—¿Por qué se ahorcó?

—Para vivir eternamente, así nunca se convertiría en hombre, y no moriría —dijo ella.

—No lo encontramos durante seis días —dijo el joven casi susurrando al oído de Redman—. Incluso entonces no permitió que nadie se acercara a él, una vez que lo tuvo para ella. Me refiero al cerdo, no a la doctora. Todo el mundo amaba a Kevin —susurró íntimamente—. Era hermoso.

—¿Y dónde está Lacey?

La amorosa sonrisa de Leverthal desapareció.

—Con Kevin —dijo el joven—. Allí donde Kevin lo quiere.

Señaló hacia la puerta de la pocilga. Había un cuerpo echado sobre la paja, detrás de la puerta.

—Si lo quiere, tendrá que ir a cogerlo —dijo el muchacho. Al instante siguiente, tenía agarrado el cuello de Redman en una doble presa.

La cerda reaccionó ante esta acción repentina. Comenzó a patear la paja, mostrando el blanco de los ojos.

Redman intentó liberarse de la llave que el muchacho le había hecho, al mismo tiempo que le daba un codazo en el estómago. El chico cayó de espaldas retorciéndose y maldiciendo, sólo para que Leverthal lo reemplazara.

—Ven a por él —dijo, aferrando el pelo de Redman—. Ven a por él si loquieres. —Sus uñas le arañaban las sienes y la nariz, sin lograr llegar hasta los ojos.

—¡Súlteme! —dijo, intentando quitarse de encima a la mujer, pero ella se aferraba moviendo frenéticamente la cabeza hacia adelante y hacia detrás, intentando aprisionarlo contra el muro.

El resto sucedió con horrible velocidad. Su largo pelo acarició una de las velas encendidas, prendiéndose. Las llamas crecieron rápidamente. Suplicando ayuda, tropezó pesadamente contra la puerta. Ésta no soportó su peso, y cedió hacia el interior de la pocilga. Redman vio sin poder hacer nada cómo la mujer, envuelta en llamas, caía entre la paja. El fuego se extendió a una velocidad vertiginosa por el patio en dirección a la cerda, consumiendo velozmente el material combustible.

Incluso ahora, *in extremis*, el cerdo era todavía un cerdo. No había ningún milagro: ninguna palabra, o alegación en lengua alguna. El animal, asustado por el fuego que lo rodeaba, arrinconaba su inmenso volumen y lamía sus costados. El aire se llenó de un hedor a bacon chamuscado, mientras las llamas comenzaban a cubrir el lomo y la cabeza, avanzando por su pelaje como si de hierbas secas se tratara.

Su voz, era la voz de un cerdo, sus quejidos, los quejidos de un cerdo. Unos gruñidos histéricos salieron de su boca, y se abalanzó a través del patio, sobre la puerta rota, pisoteando a Leverthal.

El cuerpo de la cerda, ardiente aún, parecía algo mágico en la noche, mientras corría por los campos dando vueltas debido al dolor. Sus chillidos no disminuyeron una vez desaparecida en la oscuridad. Parecía un eco continuo que rebotaba una y otra vez en los campos, incapaz de encontrar la salida en una habitación cerrada.

Redman pasó por encima del cuerpo chamuscado de Leverthal y se introdujo en la pocilga. La paja ardía por todos lados, y el fuego estaba avanzando hacia la puerta. Entrecerró los ojos, debido al picor que le producía el humo, y penetró en el interior.

Lacey estaba allí, tendido de espaldas a la puerta. Redman le dio la vuelta. Estaba vivo, Estaba consciente. Su cara, entumecida por las lágrimas y el terror, le miraba fijamente desde su almohada de paja, los ojos tan abiertos que parecían salirse de las órbitas.

—Levántate —dijo Redman, inclinándose sobre el muchacho.

Su pequeño cuerpo estaba rígido. Intentó desentumecer sus anquilosados miembros. Con palabras de ánimo, reincorporó al chico, mientras el humo comenzaba a penetrar en el interior de la pocilga.

—Vamos, todo está bien, vamos.

Redman se puso en pie; algo acarició suavemente su pelo. Sintió una pequeña lluvia de gusanos caer por su cara, miró hacia arriba y vio a Henessey, o lo que quedaba de él, colgado aún de la viga central de la pocilga. Sus rasgos eran imperceptibles, convertidos ahora en una marchita masa ennegrecida. Su cuerpo estaba roído irregularmente hasta la cadera, y sus vísceras colgaban de su fétido cuerpo balanceándose en un nauseabundo contoneo frente al rostro de Redman.

De no haber sido por el espeso humo, el olor del cuerpo habría sido sobrecogedor. Aun así, Redman sintió repugnancia, y esta repugnancia dio fuerza a su brazo. Arrastró a Lacey fuera de la sombra del cuerpo, y lo empujó a través de la puerta.

En el exterior, la paja ya no ardía con tanta fuerza, pero el resplandor del fuego, de las velas y del cuerpo, que aún ardía, le deslumbraron tras la oscuridad del interior.

—Vamos —dijo, levantando al muchacho a través de las llamas. Los ojos de Lacey tenían un brillo metálico, un brillo lunático. Estaba diciendo: «futilidad».

Cruzaron la pocilga hasta llegar a la puerta, saltaron por encima del cuerpo de Leverthal hasta

penetrar en la oscuridad del campo abierto.

A cada paso que se alejaban de la granja el chico parecía ir despertando de su aturdimiento. Tras ellos, la pocilga era ya un recuerdo envuelto en llamas. Delante, la noche permanecía tan quieta e impenetrable como siempre.

Redman intentó no pensar en el cerdo. Seguramente ya debía estar muerto.

Mientras corrían, pareció oírse un ruido a sus espaldas, como si algo inmenso siguiera sus pasos, intentando mantenerse a distancia, prudente pero implacable en su persecución.

Tiraba del brazo de Lacey y según avanzaban la tierra iba cobrando vida bajo sus pies. El chico estaba lloriqueando, sin decir nada, pero al menos de su boca salía algún sonido. Era una buena señal, la señal que Redman necesitaba. Ya había visto demasiada locura.

Llegaron al edificio sin ningún incidente. Los pasillos estaban tan vacíos como los había dejado hacía una hora. Quizá nadie había encontrado todavía el cuerpo de Slape. Era posible. Parecía que ninguno de los muchachos se encontraba con ánimo suficiente para seguir buscando diversión. Quizás habían ido a sus dormitorios a dormir su adoración.

Era el momento de encontrar un teléfono y llamar a la policía. Hombre y muchacho recorrieron el pasillo que conducía a la oficina del director cogidos de la mano. Lacey estaba de nuevo en silencio, pero su expresión no era ya tan maníática; parecía que las purificadoras lágrimas se habían acabado. Resollaba; hacía ruidos con la garganta.

La mano que tenía cogida a Redman se apretó; después, se relajó completamente.

Delante, el vestíbulo estaba oscuro. Alguien había roto la bombilla, que aún se balanceaba levemente del cable, iluminada por un pequeño chorro de luz opaca que provenía de la ventana.

—Vamos. No hay nada que temer. Vamos, chico.

Lacey se inclinó hacia la mano de Redman y la mordió. El movimiento fue tan rápido que, antes de que pudiera evitarlo, el muchacho se había escapado rápidamente por el pasillo, desde el vestíbulo.

No importaba. No podía ir muy lejos. Por una vez Redman se alegró de que el lugar tuviera muros y barrotes.

Cruzó el oscuro vestíbulo hasta la oficina de la secretaría. Nada se movía. Quienquiera que hubiera roto la bombilla se mantenía inmóvil, silencioso.

El teléfono estaba destrozado. No roto, estaba hecho pedazos. Redman se dirigió a la oficina del director. Allí había un teléfono; no iba a ser detenido por unos vándalos.

La puerta estaba cerrada, por supuesto, pero Redman estaba preparado para eso. Rompió con el codo el cristal esmerillado de la ventana, y tocó el otro lado; tampoco había llave.

Al infierno con ella, pensó, y puso su hombro contra la puerta. Era maciza, de madera fuerte, y la cerradura de buena calidad. Su hombro le dolió, y la herida del estómago se volvió a abrir al tiempo que la cerradura cedía. Entró en la habitación.

El suelo estaba cubierto de paja; el olor que allí había, hacía parecer suave el de la pocilga. El director estaba tendido detrás de la mesa, su corazón había sido devorado.

—El cerdo —dijo Redman—. El cerdo. El cerdo. —Y, diciendo «el cerdo», alcanzó el teléfono.

Se oyó un sonido. Se dio la vuelta; el golpe le dio de lleno en la cara. Le rompió un pómulo y la nariz. La habitación se cubrió de diferentes colores; finalmente, se desvaneció.

El vestíbulo ya no estaba oscuro. Había velas encendidas, parecía haber cientos de ellas, en cada rincón, en cada estante. Tenía la cabeza flotando, la vista se le nublaba por la conmoción. Podía tratarse de una sola vela, multiplicada por unos sentidos en los que ya no podía confiar.

Permaneció en medio de la arena del vestíbulo⁴, sin saber cómo podía mantenerse en pie, ya que sentía las piernas entumecidas e inútiles. Fuera de su campo de visión, más allá de la luz de las velas, podía oír a gente hablando. No, realmente no estaban hablando. No eran palabras articuladas. Eran sonidos sin sentido emitidos por gente que podía o no estar allí.

Entonces escuchó el gruñido, aquel grave, asmático gruñido de la cerda. Delante de él ella surgió de la oscilante luz de las velas. Ya no era aquella criatura radiante y hermosa. Su lomo estaba chamuscado; sus pequeños y redondos ojos, marchitos; el hocico, retorcido de una forma inverosímil. Cojeando, avanzó hacia él muy lentamente, y muy lentamente la figura que la montaba fue haciéndose visible. Era Tommy Lacey, por supuesto, desnudo como el día en que nació, su cuerpo rosado y lampiño como uno de sus lechones; su cara inocente, exenta de sentimiento humano alguno. Sus ojos eran ahora los ojos de ella, mientras guiaba a la gran cerda por sus orejas. El sonido de la cerda, aquel sonido embocado, ya no salía de la boca de ella sino de la suya. Su voz era la voz de la cerda.

Redman pronunció su nombre, suavemente. No Lacey, sino Tommy. El muchacho pareció no oírle. Sólo entonces, mientras montura y jinete se aproximaban, Redman comprendió por qué no se había caído de brúces. Tenía una soga alrededor del cuello.

En el mismo momento en que este pensamiento pasaba por su mente, el nudo se ajustó, y sus pies quedaron colgando en el aire.

Ningún dolor, sino un terrible horror, peor, mucho peor que el dolor, se apoderó de él; un inmenso abismo de pérdida y pesar en el que irremisiblemente se hundía.

Deabajo de él, la cerda y el muchacho se habían parado bajo sus pies, que pataleaban en el vacío. El muchacho, todavía gruñendo, había bajado del cerdo y se encontraba en cucillas al lado de la bestia A través del aire grisáceo, Redman pudo ver la curva de la espina dorsal del chico, la immaculada piel de su espalda. También vio la cuerda anudada que salía de entre sus pálidas nalgas con el final deshilachado. Como el rabo de un cerdo.

El animal levantó la cabeza, aunque sus ojos ya no podían ver. A Redman le agració pensar que sufriría, y sufriría hasta el día en que muriera. Pensar eso, casi era suficiente. Entonces fue cuando la cerda abrió su boca y habló. No supo cómo salieron aquellas palabras, pero lo hicieron. Una voz de muchacho, con un tono musical:

—Ésta es la condición de la bestia —dijo—. Comer y ser comida.

La cerda sonrió, y Redman sintió, aunque había creído que ya estaba entumecido, la primera conmoción de dolor cuando los dientes de Lacey le arrancaron un trozo del pie, y el muchacho trepó, resoplando, sobre el cuerpo de su salvador para arrebatarle la vida.

1.-El autor juega, en el original, con *solid* = sólido, y *sullied* = manchado, que en inglés tiene prácticamente la misma pronunciación. (*N. del T.*)

2.-*Petit* = pequeño; en francés en el original. (*N. del T.*)

3.-El autor hace un juego de palabras con *lacy*, «con lacitos» en inglés, y Lacey, el nombre del muchacho. (*N. del T.*)

4.- «Arena» en el original. (*N. del T.*)

SEXO, MUERTE Y BRILLO DE ESTRELLAS

Diane pasó sus perfumados dedos entre la barba de dos días, color jengibre, de Terry.

—Lo adoro —dijo—. Incluso las partes grises.

Adoraba todo lo que se refería a él; o, al menos, eso era lo que decía.

Cuando la besaba: lo adoro.

Cuando la desnudaba: lo adoro.

Cuando él se quitaba los calzoncillos: lo adoro, lo adoro, lo adoro.

Ella bajó sobre él con un entusiasmo tan puro, que todo lo que éste pudo hacer fue observar cómo la coronilla de su cabeza color rubio ceniza se meneaba entre sus ingles, y pedir a Dios que nadie entrase en el vestuario. Después de todo, era una mujer casada, aunque fuese actriz. También él tenía una esposa en algún sitio. Este *tête-a-tête*¹ sería una jugosa noticia para cualquiera de los periódicos locales, y él estaba intentando ganarse una reputación de director serio; nada de chismes, ningún cotilleo, sólo arte.

Entonces, incluso sus pensamientos de ambición se disolvían en su lengua, mientras ella jugaba ávidamente con sus terminaciones nerviosas. No tenía mucho de actriz pero por Dios, que era una buena intérprete. Sin fallos en la técnica; precisa en el tiempo: sabía, bien por instinto, bien a base de ensayos, cuándo subir el ritmo, y conducir la escena hasta una conclusión satisfactoria.

Cuando acabó de ordeñar, al momento estaba seco. Casi quiso aplaudir. La totalidad del reparto de la producción de Calloway *La decimosegunda noche* conocía el asunto, por supuesto. Había comentarios pasajeros si la actriz y el director llegaban —ambos— tarde a los ensayos; o si ella llegaba radiante, y él sonrojado. Había intentado persuadirla para que controlara la mirada de «gato con leche en el plato», que aparecía en su rostro, pero no era una buena farsante, lo cual resultaba divertido, teniendo en cuenta su profesión.

Pero la Duvall, como Edward la llamaba, no necesitaba ser una gran intérprete, era famosa. Por eso, ¿qué importaba si recitaba a Shakespeare como si fuera el indio Hiawatha, si la captación de la psicología del personaje era dudosa, su lógica defectuosa y su proyección inadecuada? ¿Qué importaba si tenía el mismo sentido de la poesía que de la decencia? Era una estrella y eso significaba negocio.

No se le podía negar que su nombre era dinero. La publicidad del teatro Eliseo lo anunciaba como reclamo a la fama en letras romanas de ocho centímetros, negro sobre amarillo:

«Diane Duvall: estrella de *El niño amoroso*.»

El niño amoroso. Posiblemente el peor melodrama que había aparecido en las pantallas de la nación en la historia del género. Dos horas enteras semanales de personajes mal perfilados y un torpe diálogo que lo habían elevado a las más altas cotas de audiencia y habían convertido, de la noche a la mañana, a sus intérpretes en brillantes estrellas del falso cielo televisivo. Y reluciendo como la más brillante entre las brillantes, se encontraba Diane Duvall.

Era posible que no hubiese nacido para interpretar a los clásicos, pero era un buen reclamo para la taquilla. Y en esos tiempos en que los teatros estaban desiertos, todo lo que importaba era el número de butacas ocupadas.

Calloway se había resignado al hecho de que ésta no sería la versión definitiva de la «decimosegunda noche», pero si la producción tenía éxito, y con Diane en el papel de Viola tenía todas las posibilidades, podría abrirle unas cuantas puertas en el West End.

Además, trabajar con la siempre adorable y siempre exigente miss D. Duvall tenía sus compensaciones.

Calloway se subió los pantalones de estameña y la miró. Ella le estaba ofreciendo una de aquellas encantadoras sonrisas suyas, la que usaba en la escena de la carta. Expresión Número Cinco en el repertorio de la Duvall, algo entre virginal y maternal.

Él respondió a la sonrisa con una de su propio repertorio, una pequeña mirada de amor, que pasaba por genuina a medio metro de distancia. Luego miró su reloj.

—Cielos, es tarde, cariño.

Ella se relamió los labios. ¿Tanto le gustaba aquel sabor?

—Será mejor que me arregle el pelo —dijo, levantándose y echando una mirada al gran espejo que había al lado de la ducha.

—Sí.

—¿Estás bien?

—No podría estar mejor —replicó él. La besó suavemente en la nariz y dejó que se arreglara.

De camino al escenario, entró en el vestuario de hombres para arreglarse la ropa y refrescar sus ardientes mejillas con agua fría. El sexo siempre le dejaba manchitas en la cara y en el pecho. Mientras se inclinaba para echarse agua, se quedó estudiando sus rasgos en el espejo que había sobre el lavabo. Después de treinta y seis años de tener controladas las señales del paso del tiempo, éstas habían empezado a hacerse evidentes. Ya no era aquel galán juvenil. Había unas innegables bolsas bajo sus ojos que no eran debidas a la falta de sueño, y arrugas en la frente y alrededor de la boca. Había dejado de parecer «el niño prodigo»². Los secretos de sus depravaciones estaban escritos en su rostro. El exceso de sexo, de borracheras, de ambición, la frustración de sus aspiraciones, y la pérdida de oportunidades tantas veces ocurrida. Pensó amargamente en el aspecto que tendría ahora si se hubiera conformado con ser un don nadie, poco emprendedor, trabajando con un repertorio menor y con una asistencia garantizada de diez «aficionados»³ cada noche, devoto de Brecht; probablemente, tendría la cara tan lisa como el culito de un bebé; la mayoría de la gente del teatro comprometido tenía ese aspecto. Vacíos y contentos, pobres vacas.

«Bien, pagas tu dinero y haces tu elección», se dijo a sí mismo.

Echó una última mirada al trasnochado querubín del espejo, una figura que, con patas de gallo o sin ellas, aún era irresistible para las mujeres; y salió a enfrentarse con los ensayos y las tribulaciones del tercer acto. Sobre el escenario tenía lugar una ardiente discusión. El carpintero —su nombre era Jake—, había construido dos setos para el jardín de Olivia. Aún tenían que cubrirlo de hojas pero parecía bastante real, extendiéndose desde el fondo del escenario hasta el ciclorama, donde el resto del jardín iba a ser pintado. Nada de material simbólico. Un jardín era un jardín: la hierba verde, el cielo azul. Así le gustaba a la audiencia del norte de Birmingham, y Terry sentía algo de simpatía por sus sencillos gustos.

—Terry, amor.

Eddie Cunningham le cogió de la mano y del codo invitándole a entrar en la disputa.

—¿Cuál es el problema?

—Terry, amor, no puedes hablar en serio de estos jodidos —salió airosamente de su boca, jo-di-dos— setos. Dile a tío Eddie que no hablas en serio antes de que me enfade. —Eddie señaló los ofensivos setos—. Quiero decir que eches una mirada. —Al hablar, un pequeño salivazo siseó en el aire.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Terry otra vez.

—¿El problema?, bloqueo, amor, bloqueo. Piensa en ello. Hemos ensayado toda la escena conmigo subiendo y bajando como una liebre de marzo. Arriba a la derecha, abajo a la izquierda. Pero no funciona si no tengo acceso a la parte de atrás. —¡Y mira! Esas jo-di-das cosas llegan hasta el telón de foro.

—Pero es que tienen que estar. Es por la ilusión, Eddie.

—No puedo dar la vuelta, Terry. Debes comprender mi punto de vista.

Apeló a los pocos que se encontraban sobre el escenario: los carpinteros, dos técnicos, tres actores.

—Quiero decir que no hay tiempo suficiente.

—Lo volveremos a tapar, Eddie.

—¡Oh!

Ésa fue la gota que colmó el vaso.

—¿No?

—Hum...

—Quiero decir que así parece más fácil, ¿no?

—Sí... tan sólo me gustaría...

—Lo sé.

—Bien. Las necesidades obligan. ¿Qué pasa con el croquet?

—Cortaremos eso también.

—¿Y toda esa acción con los mazos de croquet? ¿El material obsceno?

—Tendrá que cortarse también. Lo siento. No pensé en ello. No lo planteé correctamente.

Eddie se movió con impaciencia.

—Eso es lo que haces siempre, cariño, pensar correctamente...

Risas entre dientes. Terry se desentendió. Eddie tenía razón en sus críticas; no había tenido en cuenta los problemas del diseño de los setos.

—Lo siento; pero no hay modo de acomodarlo.

—Estoy seguro de que no recordarás las acciones de nadie más —dijo Eddie.

Echó una mirada por encima del hombro de Calloway, a Diane, y se dirigió hacia los camerinos.

Salida de actor enfurecido, escenario abandonado. Calloway no intentó detenerlo. Estropear su salida hubiera empeorado considerablemente la situación. Tan sólo suspiró un leve «Oh, Jesús», mientras pasaba su ancha mano por la cara. Era el fallo de esta profesión: los actores.

—¿Va a traerlo alguien de vuelta? —dijo.

Silencio.

—¿Dónde está Ryan?

El director de escena asomó su cara, con gafas, por encima del ofensivo seto.

—¿Perdón?

—Ryan, amor, ¿harías el favor de llevarle una taza de café a Eddie y traerlo de nuevo al seno de la familia?

Ryan puso una cara que decía: Tú le has ofendido, tú le haces volver. Pero Calloway había pasado por esta situación: era un maestro en tales lides. Se quedó mirando a Ryan, desafiándole a contradecir su demanda, hasta que el otro hombre bajó los ojos y asintió a su súplica.

—Claro —dijo malhumorado.

—Buen chico.

Ryan le dirigió una mirada acusadora y desapareció en persecución de Ed Cunningham.

—No hay espectáculo sin erupción —dijo Calloway, intentando animar un poco el ambiente. Alguien gruñó, y el pequeño semicírculo de mirones comenzó a dispersarse. El espectáculo había acabado.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Calloway intentando recomponer la situación—. A trabajar. Vamos a repasar desde el principio de la escena. Diane, ¿estás lista?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Empezamos?

Calloway se apartó del jardín de Olivia y de los expectantes actores para fijar sus ideas. Tan sólo las luces del escenario estaban encendidas, el auditorio se encontraba a oscuras. Bostezaba ante él insolentemente, fila tras fila de asientos vacíos, desafiándolo a que les entretuviera. Ah, la soledad del director de larga distancia. Había días en este negocio en que la idea de llevar una vida de contable parecía una consumación que deseaba devotamente, por parafrasear al príncipe de Dinamarca.

Alguien se movió en el gallinero del Eliseo. Calloway dejó sus dudas, y miró a través del opaco ambiente. ¿Se habría refugiado Eddie entre las últimas filas? No, seguramente no. Por una sola razón, no habría tenido tiempo de llegar hasta allí.

—¿Eddie? —preguntó Calloway poniendo una mano sobre los ojos—. ¿Eres tú?

Pudo divisar una figura. No una figura, varias. Dos personas, moviéndose a lo largo de la última fila, buscando la salida. Quienquiera que fuese, ciertamente no era Eddie.

—No es Eddie, ¿verdad? —dijo Calloway volviéndose hacia el falso jardín.

—No —respondió alguien.

Era Eddie el que hablaba. Estaba de nuevo sobre el escenario, apoyado en uno de los setos con un cigarrillo entre los labios.

—Eddie...

—Está bien. —Dijo éste de buen humor—. No te humilles. No puedo soportar ver a un hombre guapo rebajándose.

—Veremos si podemos meter la acción de los mazos en algún sitio. —Dijo Calloway, intentando reconciliarse.

Eddie sacudió la cabeza y dejó caer la ceniza de su cigarrillo.

—No es necesario.

—De verdad...

—No funcionaba demasiado bien.

La gran puerta circular crujío un poco mientras se cerraba tras los visitantes. Calloway no se molestó en mirar. Se habían ido, quienesquiera que fuesen.

—Esta tarde había alguien en el auditorio.

Hammersmith levantó la vista de las hojas repletas de números que estaba revisando.

—¿Eh?

Sus cejas eran erupciones de un grueso pelo de alambre, que parecía demasiado ambicioso para su profesión. Se arquearon sobre los pequeños ojos de Hammersmith, en un evidente intento de fingir sorpresa. Se tiró del labio inferior con los dedos, que tenía manchados de nicotina.

—¿Tiene alguna idea de quién era? —Siguió tirándose del labio, mirando aún al joven; el desprecio se reflejaba abiertamente en su rostro.

–¿Es eso un problema?

–Tan sólo quiero saber quién estaba viendo el ensayo. Eso es todo. Creo que tengo perfecto derecho a preguntar.

–Perfecto derecho –dijo Hammersmith, asintiendo suavemente y arqueando sus pálidos labios.

–Se comentó que iba a venir alguien del National –dijo Calloway–. Mis agentes estaban arreglando algo. Tan sólo quiero que no venga nadie sin que yo lo sepa. Especialmente si es alguien importante.

Hammersmith se encontraba de nuevo revisando sus números. Su voz sonó cansada.

–Terry: Si viene alguien del South Bank a ver su obra acabada, le prometo que será el primero en enterarse. ¿De acuerdo?

La inflexión de su voz fue tan áspera, tan «lárgate muchacho», que a Calloway le apeteció golpearle.

–No quiero que nadie asista a los ensayos a menos que yo lo autorice, Hammersmith. ¿Me oye? Y quiero saber quiénes eran los que estaban dentro hoy.

El empresario suspiró profundamente.

–Créame, Terry. Ni siquiera yo lo sé. Le sugiero que pregunte a Tallulah. Estaba en la puerta del teatro esta tarde. Si alguien entró, seguramente ella los vio.

Suspiró de nuevo.

–¿De acuerdo... Terry?

Calloway se marchó sin contestar. Tenía sus recelos sobre Hammersmith. El teatro no le interesaba lo más mínimo, nunca se olvidaba de dejar ese punto absolutamente claro.

Adoptaba un tono cansino para hablar de todo aquello que no fuese dinero, como si los asuntos de la estética no merecieran su atención. Tenía una palabra que siempre usaba en voz alta, para referirse a actores y directores: mariposas. Maravillas de un día. En el mundo de Hammersmith, tan sólo el dinero era para siempre, y el teatro Eliseo se encontraba construido sobre un solar de primera calidad; terrenos de los que un hombre inteligente podría sacar un pingue beneficio si jugaba sus cartas correctamente.

Calloway estaba seguro de que vendería el local mañana mismo, si pudiera hacerlo. Una ciudad satélite como Redditch, en crecimiento como lo había hecho Birmingham, no necesitaba teatros; necesitaba oficinas, hipermercados, almacenes: necesitaba, por citar a los consejeros, crecimiento mediante la inversión en nuevas industrias. Y se necesitaban nuevos lugares donde construir esas industrias. Ningún arte podía sobrevivir ante tal pragmatismo.

Tallulah no estaba ni en la taquilla ni en el vestíbulo ni entre bastidores.

Irritado, tanto por la brusquedad de Hammersmith como por la desaparición de Tallulah, Calloway volvió al auditorio para recoger su chaqueta y salir a emborracharse. El ensayo había acabado y los actores ya se habían ido. Los setos desnudos parecían algo pequeños desde la última fila de butacas. Era posible que necesitaran unos cuantos centímetros de más. Escribió una nota detrás de la factura de un espectáculo que encontró en su bolsillo: Los setos, ¿más grandes?

El sonido de una pisada le hizo levantar la cabeza, y una figura hizo su aparición sobre el escenario. Una entrada suave, por el centro de la escena, donde los setos convergían. Calloway no reconoció al hombre.

–¿El señor Calloway?, ¿el señor Terence Calloway?

–Sí?

El visitante recorrió el escenario hasta donde, en una época pasada, debían haber estado las candilejas, y se quedó mirando hacia el auditorio.

–Le pido disculpas por interrumpir sus cavilaciones.

–No tiene importancia.

–Me gustaría hablar con usted.

–¿Conmigo?

–Si fuera posible.

Calloway avanzó hasta el frente de las butacas examinando al extraño.

Vestía de gris de la cabeza a los pies. Traje gris de estambre, zapatos grises, corbata gris. «Un elegante de pacotilla», fue la primera y poco caritativa impresión de Calloway. Pero el hombre tenía una impresionante figura intemporal. Su rostro, oculto tras el ala de su sombrero, era difícil de distinguir.

–Permítame que me presente.

La voz era persuasiva, cultivada. Ideal para acompañar anuncios de publicidad: anuncios de jabón quizás. Después de los malos modales de Hammersmith, la voz llegó como una bocanada de aire puro.

—Mi nombre es Lichfield. No es que espere que le diga mucho a un hombre de sus tiernos años. Tiernos años: Bien, bien. Era posible que su cara conservara aún algo del *niño prodigo*.

—¿Es usted crítico? —preguntó Calloway.

La risa que surgió tras el ala del sombrero, impecablemente colocado, fue moderadamente irónica.

—Por amor de Dios, no —replicó Lichfield.

—Lo siento, me ha confundido.

—No necesita excusarse.

—¿Estuvo usted en el teatro esta tarde?

Lichfield ignoró la pregunta.

—Me doy cuenta de que es usted un hombre ocupado, y no quiero malgastar su tiempo. El teatro es tanto mi profesión, como lo es suya. Creo que debemos considerarnos aliados, aunque no hayamos sido previamente presentados.

Ah, la gran hermandad. Las consabidas invocaciones sentimentales le hacían vomitar. Cuando pensaba en la cantidad de sus llamados aliados que le habían apuñalado alegremente por la espalda; y, en venganza, los dramaturgos que él mismo había vulgarizado y a los actores que había arruinado con una mofa casual, La maldita hermandad: todos se comportaban como hienas, lo mismo que sucedía en cualquier otra profesión demasiado solicitada.

—Tengo —comenzó a decir Lichfield— un permanente interés en el Eliseo. —Le dio un curioso énfasis a la palabra permanente. En los labios de Lichfield, sonaba evidentemente fúnebre.— Permanente, como yo.

—¿Eh?

—Sí, he pasado muchas horas felices en este teatro, en el transcurso de los años, y, francamente, me produce pena traer estas agobiantes noticias.

—¿Qué noticias?

—Señor Calloway, tengo que informarle de que su «*Decimosegunda noche*» será la última producción que vea el Eliseo.

Tal afirmación no era demasiado sorprendente pero, aun así, dolía; el disgusto interno se reflejó en la cara de Calloway.

—Ah! Entonces usted no lo sabía. Así lo supuse. Siempre mantienen a los artistas en la ignorancia, ¿verdad? Es una satisfacción a la que los seguidores de Apolo nunca renunciarán. La venganza de los contables.

—Hammersmith —dijo Calloway.

—Hammersmith.

—Bastardo.

—No se puede confiar en los de su clase, pero supongo que es algo que no necesito decirle.

—¿Está seguro de lo del cierre?

—Ciertamente. Lo haría mañana si pudiera.

—Pero, ¿por qué? Aquí he representado a Stoppard, a Tennessee Williams, siempre con buena aceptación del público. No tiene sentido.

—Me temo que tiene un admirable sentido financiero y, si usted piensa en números, como lo hace Hammersmith, no hay ningún pero que oponer a la simple aritmética. El Eliseo se está haciendo viejo. Todos nosotros nos estamos haciendo viejos. Crujimos. Empezamos a sentir la edad en nuestros cimientos: nuestro instinto es caer y desaparecer.

Desaparecer. La voz sonó melodramáticamente suave, como un largo susurro.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Fui durante muchos años administrador del teatro, y desde mi retiro he convertido en mi ocupación el..., ¿cuál es la frase?, ... mantener los ojos bien abiertos. Es difícil, en esta época, evocar los éxitos que ha visto este escenario...

Su voz permaneció vibrando, como en un ensueño. Pareció real, no un efecto.

Su voz volvió a recuperar el tono propio de los negocios:

—Este teatro va a morir, señor Calloway. Usted va a asistir a los últimos rituales, aunque no sea culpable. Pensé que debería ser... advertido.

—Gracias. Aprecio su gesto. Dígame, ¿ha sido usted actor alguna vez?

—¿Qué le hace pensar eso?

—La voz.

—Demasiado retórica, lo sé. Me temo que es mi maldición. Apenas soy capaz de pedir una taza de café, sin que suene como el rey Lear bajo la tormenta.

Rió abiertamente su propio chiste. A Calloway le empezaba a gustar aquel tipo. Era posible que tuviese una apariencia un tanto arcaica, levemente absurda, incluso, pero tenía unas maneras tan llenas de vida que atrapaban la imaginación de Calloway. Lichfield no hacía retórica sobre su amor al teatro, como tanta gente en su profesión, que pisaba las tablas como algo secundario, después de haber vendido su alma al cine.

—Debo reconocer que alguna vez he pisado el escenario —confesó Lichfield—, pero me temo que no tengo valor para ello. Sin embargo mi esposa...

—¿Esposa? Calloway se sorprendió de que Lichfield tuviera un solo hueso heterosexual en su cuerpo.

—... Mi esposa Constancia ha actuado sobre este escenario en innumerables ocasiones, y, debo decir que con gran éxito. Antes de la guerra, por supuesto.

—Es una pena que se cierre el local.

—Por supuesto, pero me temo que no va a ver ningún milagro. El Eliseo cerrará dentro de seis semanas. Quería que usted supiera que otros intereses, además de los puramente comerciales, están observando esta producción final. Piense en nosotros como en sus ángeles guardianes. Le deseamos lo mejor, Terence, todos le deseamos lo mejor.

Era un sentimiento auténtico, expuesto sencillamente. Calloway quedó impresionado por la preocupación de aquel hombre, y se sintió un tanto culpable por ello. Le colocaba a él, y a sus propias ambiciones, en una posición poco halagadora. Lichfield siguió:

—Nos preocupa que este teatro acabe sus días con un estilo adecuado; después, que muera pacíficamente.

—Maldita vergüenza.

—Es demasiado tarde para arrepentimientos. Nunca deberíamos haber abandonado a Dionisio por Apolo.

—¿Qué?

—Nos vendimos a los contables, al cine y la televisión, a la gente como Hammersmith, cuya alma, si la tiene, debe ser del tamaño de mi uña, y gris como la espalda de un piojo. Deberíamos haber tenido el valor de nuestras obras. Servir a la poesía y vivir bajo las estrellas.

Calloway no siguió detenidamente todas aquellas alusiones, pero había escuchado la idea general, y apreciaba su punto de vista.

Fuera del escenario, la voz de Diane rasgó la solemne atmósfera existente como si fuera un cuchillo de plástico.

—¿Terry? ¿Estás ahí?

El hechizo se rompió: Calloway no se había percatado de cuán hipnótica era la presencia de Lichfield hasta que otra voz se interpuso entre ellos. Escucharle era como dejarse mecer por unos brazos familiares. Lichfield avanzó hasta el borde del escenario, bajando su voz hasta convertirla en un murmullo conspirador.

—Una última cosa, Terence.

—¿Sí?

—Su Viola. Carece, si usted me perdona por mencionarlo, de las cualidades especiales que requiere el personaje.

Calloway se quedó estupefacto.

—Ya sé —continuó Lichfield— que en estos asuntos las lealtades personales entorpecen la honestidad.

—No —replicó Calloway—. Usted tiene razón, pero ella es popular.

—Así que es un cebo para osos, Terence.

Una amplia sonrisa se iluminó tras el ala del sombrero, ingrávida en la sombra como si fuera la mueca burlona del Gato Cheshire⁴.

—Tan sólo estoy bromeando —dijo Lichfield, su amplia carcajada era ahora una risa sofocada—; los osos pueden ser encantadores.

—Terry, ¿estás ahí?

Diane apareció desde detrás de los decorados, demasiado vestida, como en ella era habitual. Seguramente se iba a producir un embarazoso enfrentamiento en el ambiente. Pero Lichfield ya se estaba dirigiendo, a lo largo de la falsa perspectiva de los setos, hacia la parte posterior del escenario.

—Aquí estoy —dijo Terry.

—¿Con quién estabas hablando?

Lichfield ya había salido, tan suave y tranquilamente como había entrado. Diane ni siquiera lo vio marcharse.

—Oh, tan sólo era un ángel —dijo Calloway.

El primer en sayo general no fue, considerándolo en su totalidad, tan malo como Calloway había supuesto: fue inconmensurablemente peor. Los pies se habían perdido, los apuntadores extraviados, las entradas mal situadas; las situaciones cómicas parecían mal tramadas y excesivamente trabajadas; las interpretaciones, demasiado recargadas o excesivamente frívolas. Era una *Decimosegunda noche* que parecía durar todo un año. Durante la mitad del tercer acto Calloway echó una mirada a su reloj, y se dio cuenta de que una representación sin corte alguno de *Macbeth* (con descanso incluido) habría finalizado ya.

Se sentó en el patio de butacas, con la cabeza hundida entre las manos, pensando en todo el trabajo que aún tenía que llevar a cabo si quería salvar la producción. No era la primera vez en este trabajo que se sentía solo para afrontar todos los problemas que se le venían encima. Los pies debían ser ajustados, había que ensayar con los apuntadores, tenían que practicar las entradas hasta que quedasen grabadas en la memoria. Pero un mal actor era un mal actor. Él podía trabajar hasta el día del juicio Final puliendo y recortando la obra, pero no podía hacer un bolso de seda con la oreja de cerdo que era Diane Duvall.

Con la habilidad de un acróbatas, ella se las arreglaba para esquivar todo aquello que era significativo, para ignorar cada oportunidad de conmover a la audiencia, para evitar cada matiz que el dramaturgo insistiera en poner en su camino. La suya era una actitud heroica por su ineptitud, reduciendo toda la delicada caracterización, que a Calloway le había costado tantos dolores crear, a un quejido monocorde. Esta Viola era carne de melodrama, menos humana que los setos, y por lo menos, tan verde como ellos.

Los críticos la iban a hacer pedazos.

Y lo que era peor, Lichfield se sentiría defraudado. Para él, esto suponía una sorpresa considerable; el impacto que le había producido la aparición de aquel hombre no había disminuido. Calloway no podía olvidar su proyección de actor, su pose, su retórica. Le había conmovido más profundamente de lo que él estaba preparado a admitir; y el pensamiento de esta *decimosegunda noche*, con esta Viola, convertida en el canto de cisne de su bienamado Eliseo, le preocupaba y perturbaba. De algún modo, le parecía desagradecido.

Le habían advertido frecuentemente de la pesada carga que suponía ser director mucho antes de que se viera envuelto seriamente en la profesión. Su querido —y ya fallecido— gurú en el centro de actores, Wellbeloved (el del ojo de cristal) se lo había dicho desde el principio:

—Un director es la criatura más solitaria que hay sobre esta tierra de Dios. Sabe lo que es bueno y lo que es malo en su espectáculo, o al menos debería saberlo si merece el pan que come, y con toda esa información a su alrededor, tiene que mantener siempre la sonrisa.

En aquella época no le había parecido tan difícil.

—Este trabajo no tiene nada que ver con el éxito —solía decir Wellbeloved—; lo que se debe aprender es a no caer sobre tu despreciable cabeza.

Había sido un buen consejo. Aún podía ver a Wellbeloved escribiendo aquel juicio sobre un plato, su calva brillante, su ojo vivo reluciendo con cínico deleite. Ningún hombre sobre la tierra, pensó Calloway, había amado el teatro con más pasión que Wellbeloved y, seguramente, ninguno podía haber sido más crítico con sus pretensiones.

Era casi la una de la madrugada cuando consiguieron acabar el desgraciado reparto y revisaron las correcciones, se separaron malhumorados y mutuamente resentidos. Calloway no quería compañía. Nada de beber hasta tarde en uno u otro alojamiento, nada de masajes mutuos. Había una nube de melancolía sobre él y ningún vino, mujer o canción alguna podría dispersarla. Apenas podía soportar mirar a la cara de Diane. Las correcciones que le había hecho, situada en frente del resto del reparto, habían sido ácidas. Ni siquiera eso serviría de nada.

En el vestíbulo, se encontró a Tallulah, aún despierta, aunque era muy tarde para una mujer de su edad.

—¿Vas a cerrar esta noche? —le preguntó, más por decir algo que por verdadera curiosidad.

—Siempre cierro —dijo.

Pasaba con amplitud de los setenta: demasiado vieja para su trabajo en la taquilla, y demasiado obstinada para que la alejaran de ella fácilmente. Pero ahora ese alejamiento iba a ser forzoso, ¿no? Se preguntó cuál sería su reacción cuando oyera las noticias del cierre. Probablemente romperían su frágil corazón. ¿No le había dicho Hammersmith una vez que Tallulah llevaba en el teatro desde que era sólo una niña de quince años?

—Bien, buenas noches, Tallulah.

Ella hizo un pequeño asentimiento con la cabeza, como siempre. Entonces salió fuera, y cogió del brazo a Calloway.

—¿Sí?

—El señor Lichfield... —comenzó.

—¿Qué pasa con el señor Lichfield?

—No le gustó el ensayo.

—¿Estuvo aquí esta noche?

—Oh, sí —replicó, mientras pensaba que Calloway era un imbécil por creer lo contrario—. Por supuesto que estaba.

—No lo he visto.

—Bien... no importa. No estaba muy complacido.

Calloway intentó conservar un tono de indiferencia.

—No se puede hacer nada.

—Su espectáculo es muy importante para él.

—Me doy cuenta de ello —dijo Calloway, esquivando las acusadoras miradas de Tallulah. Ya tenía bastante para no poder dormir aquella noche, sin ese tono de reproche resonando en sus oídos.

Se soltó el brazo y se dirigió hacia la puerta. Tallulah no intentó detenerlo. Tan sólo dijo:

—Tenía que haber visto a Constancia.

—¿Constancia? ¿Dónde había oído ese nombre? Claro, la esposa de Lichfield.

—Es una Viola maravillosa.

Estaba demasiado cansado para perder el tiempo recordando actrices fallecidas; ella estaba muerta, ¿verdad? Él había dicho que estaba muerta, ¿no?

—Maravillosa —dijo Tallulah de nuevo.

—Buenas noches, Tallulah. Hasta mañana.

La arrugada anciana no respondió. Qué le iba a hacer si estaba ofendida por sus bruscos modales. La dejó con sus quejas y salió a la calle. Estaban a últimos de noviembre y hacía frío. No había ninguna fragancia nocturna, tan sólo el olor a alquitrán de la recién arreglada carretera, y el polvillo en el viento. Calloway levantó el cuello de la chaqueta y se dirigió rápidamente hacia el dudoso refugio de la pensión de Murphy.

En el vestíbulo, Tallulah dio la espalda al frío y la oscuridad del mundo exterior, y se introdujo de nuevo en el templo de los sueños. Ahora olía a cansado: rancio por el uso y la edad, como su propio cuerpo. Había llegado la hora de que los procesos naturales se cobraran su peaje; no había razón para que las cosas corrieran más allá del espacio que se les había adjudicado. Eso era tan cierto de los edificios como de la gente. Pero el Eliseo tenía que morir como había vivido, en la gloria.

Respetuosamente, fue abriendo las cortinas rojas que cubrían los retratos del pasillo que conducían del vestíbulo al patio de butacas. Barrymore, Irving: grandes nombres y grandes actores. Cuadros manchados y marchitos, quizás, pero los recuerdos estaban tan vivos y frescos como el agua en primavera. Y para orgullo del lugar, el último de la fila en ser descubierto, el retrato de Constancia Lichfield. Un rostro de gran belleza; una estructura ósea que haría llorar a un anatomista.

Había sido demasiado joven para Lichfield, por supuesto, y eso había sido parte de la tragedia. Lichfield el Svengali, que la doblaba en edad, había sido capaz de dar a su brillante belleza todo lo que ella deseaba: fama, dinero, compañía. Todo, menos el regalo que más necesitaba: vida. Murió antes de cumplir los veinte años; cáncer de pecho. Sucedió tan rápidamente, que era difícil creer que ella se hubiera ido.

Unas lágrimas se asomaron a los ojos de Tallulah mientras recordaba al perdido y malgastado genio. Constancia habría iluminado a tantos personajes si se hubiera salvado... Cleopatra, Hedda, Rosalinda, Electra...

Pero no pudo ser. Se había ido, se apagó como una vela en medio de un huracán; y para aquellos que ella dejó atrás, la vida se había convertido en una lenta y triste marcha a través de una tierra fría. Algunas mañanas, cuando apuntaba el amanecer, se daba la vuelta y rezaba para morir en su sueño.

Las lágrimas ahogaban sus ojos por completo, tenía la cara empapada. Y... ¡oh Dios!, había alguien detrás de ella, probablemente el señor Calloway que había vuelto a recoger algo, y allí estaba ella, sollozando, comportándose como la vieja tonta que sabía que él creía que era. ¿Cómo iba a comprender un hombre joven como él el dolor producido por el paso de los años, el profundo tormento de una pérdida irreparable? Todavía faltaba tiempo para eso. Llegaría antes de lo que él pensaba; no obstante, aún faltaba tiempo.

—Tallie —dijo alguien.

Supo quién era. Richard Walden Lichfield. Se volvió y ahí estaba él, a no más de un par de metros de distancia, con su estilizada figura de caballero, como siempre lo había recordado. Aunque debía ser veinte años mayor que ella, la edad no parecía haberlo doblado. Se sintió avergonzada de sus lágrimas.

—Tallie —dijo amablemente—; sé que es un poco tarde, pero supuse que querrías saludarnos.

Las lágrimas estaban desapareciendo, y ahora podía ver al acompañante de Lichfield, que se encontraba detrás de él, parcialmente obscurecido por la sombra de Lichfield. La figura salió de su refugio y allí estaba, una luminosa y delicada belleza que Tallulah reconoció tan fácilmente como su propio reflejo. El tiempo se rompió en pedazos, la razón abandonó el mundo. Aquellos rostros, tan ansiosamente deseados, habían regresado para llenar sus noches vacías y ofrecer una nueva esperanza a su tediosa vida. ¿Por qué negarse a la evidencia que veían sus ojos?

Era Constancia, la radiante Constancia, con su brazo entrelazado al de Lichfield y asintiendo seriamente con la cabeza, en señal de saludo a Tallulah.

Querida, fallecida Constancia.

El ensayo estaba convocado a las nueve y media de la mañana siguiente.

Diane Duvall llegó, como de costumbre, media hora tarde. Parecía que no hubiera dormido en toda la noche.

—Lo siento, llego tarde —dijo, arrastrando sus abiertas vocales hasta el escenario.

Calloway no estaba de humor para servilismos.

—Estrenamos mañana —dijo agriamente— y todo el mundo ha estado esperando por ti.

—¿Sí? —Se movió suavemente, intentando ser seductora. Era demasiado temprano y el efecto cayó sobre tierra mojada.

—De acuerdo, vamos a empezar desde el principio —anunció Calloway—, y que todo el mundo, por favor, tenga sus copias y un lápiz. He hecho una lista de cortes, y quiero tenerlos ensayados para la hora de la comida, Ryan, ¿tienes la copia del apuntador?

Hubo un rápido intercambio con el A. S. M., y una negativa llena de disculpas de Ryan.

—Bien, consíguela. Y no quiero quejas de nadie. El ensayo de anoche fue un velatorio, no una actuación. Las entradas duraban una eternidad; las acciones, muy lentas. Voy a cortar, y no va a ser muy agradable.

No lo fue. Llegaron las quejas, con o sin advertencia, las discusiones, los compromisos, las caras amargas y los insultos entre dientes. Calloway hubiera preferido que le colgasen de los dedos gordos de los pies desde un trapecio a manejar a catorce personas en un ambiente tenso, en una obra de la que dos tercios de los actores apenas comprendían nada, y el tercio restante no sabía ni de qué trataba. Destrozaba los nervios.

Las cosas empezaron porque durante todo el tiempo tuvo la agobiante sensación de que lo observaban, aunque el auditorio estaba vacío desde el gallinero hasta las primeras filas. Pensó que era posible que Lichfield estuviera observando desde algún orificio; después desechó la idea como el primer síntoma de una naciente paranoia.

Por fin llegó la comida.

Calloway sabía dónde encontrar a Diane y estaba preparado para la escena que tenía que representar con ella. Acusaciones, lágrimas, reproches, lágrimas de nuevo, reconciliación. Esquema habitual.

Golpeó la puerta del camerino de la estrella.

—¿Quién es?

Ya estaba llorando o hablando a través de un vaso de algo reconfortante.

—Soy yo.

—Oh.

—¿Puedo entrar?

—Sí.

Tenía una botella de vodka, buen vodka, y un vaso. Ninguna lágrima todavía.

—Soy una inútil, ¿verdad? —dijo tan pronto él hubo cerrado la puerta. Sus ojos mendigaban una respuesta negativa.

—No seas tonta —dijo, conciliador.

—Nunca le voy a coger soniquete a Shakespeare —gimoteó, como si fuese culpa del bardo—; todas esas malditas palabras... —La tormenta estaba sobre el horizonte, la podía ver congregarse.

—Todo va bien —mintió el director, poniendo su brazo alrededor de ella—, tan sólo necesitas un

poco de tiempo.

Su cara se ensombreció.

—Estrenamos mañana —dijo Diane con voz plana. Tal argumento era difícil de refutar—. Me van a hacer pedazos, ¿verdad?

Quiso decir que no, pero su lengua tuvo un gesto de honradez.

—Sí, a menos que...

—Nunca trabajaré otra vez, ¿no es cierto, Terence? Harry me metió en esto, ese maldito judío. Decía que era bueno para mi reputación, que era necesario para darme un poco más de experiencia. ¿Qué sabrá él? Recoge su maldito diez por ciento y me deja a mí con el bebé entre los brazos. Y yo soy la que parezco una completa idiota, ¿verdad?

La idea de poder parecer una idiota hizo estallar la tormenta. Nada de suaves lluvias: o un chaparrón o nada. Él hacía lo que podía pero era difícil. Lloraba con tal intensidad que las perlas de su sabiduría parecían estar ahogándose. La besó suavemente, todo lo que le estaba permitido a un director decente, y (milagro entre milagros) pareció dar resultado. Aplicó su terapia con un poco más de gusto, apretando con sus manos los pechos, buscando los pezones bajo la blusa, jugueteando con ellos entre sus dedos.

Funcionó a las mil maravillas. Ahora ya había claros entre las nubes; ella resopló y le desabrochó el cinturón, dejando que su calor secara el resto de la lluvia. Los dedos del hombre estaban buscando el borde de encajes de los panties; mientras él investigaba, ella suspiraba, suavemente pero no demasiado, insistenteamente pero nunca en exceso. Hubo un momento en que Diane golpeó la botella de vodka, pero ninguno de ellos se preocupó de parlarla; cayó de la mesa y se estrelló contra el suelo, haciendo de contrapunto a sus indicaciones, a sus suspiros.

Entonces la maldita puerta se abrió, y una corriente de aire barrió la habitación, enfriando el cálido momento.

Calloway casi se dio la vuelta, pero se percató de que estaba desabrochado; miró a través del espejo, que se encontraba detrás de Diane, para ver la cara del intruso. Era Lichfield. Estaba mirando fijamente a Calloway con la cara impasible.

—Lo siento, debería haber llamado.

Su voz era suave, como crema batida, y no revelaba el más mínimo síntoma de embarazo. Calloway se apartó, se abrochó el cinturón y se volvió hacia Lichfield, maldiciendo en silencio sus ardientes mejillas.

—Sí... Habría sido cortés de su parte —dijo.

—Pido disculpas de nuevo. Quería hablar con —sus ojos, tan hundidos que eran inescrutables, estaban puestos sobre Diane— su estrella —dijo.

Prácticamente Calloway pudo sentir cómo el ego de Diane se henchía ante aquella palabra. Esa aproximación le confundió: ¿Había escondido Lichfield una doble cara? ¿Venía aquí el admirador arrepentido a postrarse a los pies de su musa?

—Me gustaría, si fuera posible, charlar con ella en privado —continuó diciendo la melosa voz.

—Bien, tan sólo estábamos...

—Por supuesto —interrumpió Diane—, discúlpeme sólo un momento, ¿lo hará?

Ella se puso inmediatamente al frente de la situación, las lágrimas olvidadas.

—Esperaré fuera —dijo Lichfield, saliendo inmediatamente.

Antes de que él hubiese cerrado la puerta, Diane ya se encontraba frente al espejo, con una toallita de papel envuelta en el dedo, limpiándose los ojos para arreglarse el maquillaje.

—Bien —murmuró alegremente—, qué adorable es tener un admirador. ¿Sabes quién es?

—Su nombre es Lichfield —le dijo Calloway—; fue administrador de teatro.

—Puede que quiera ofrecerme algo.

—Lo dudo.

—No seas tan posesivo, Terence —gruñó—, no puedes soportar que alguien más llame la atención, ¿verdad?

—Es mi defecto.

Ella se contempló ante el espejo.

—¿Cómo estoy? —preguntó.

—Bien.

—Siento lo de antes.

—¿Lo de antes?

—Ya sabes

—Oh...sí.

—Te veré en el pub, ¿de acuerdo?

Fue despedido sumariamente; en apariencia, su función como amante o confidente ya no era necesaria.

Fuera del camerino, en el gélido pasillo, Lichfield se encontraba esperando pacientemente. Aunque había más luz aquí que en el pobemente iluminado escenario y ahora se encontraba más cerca que la noche anterior, Calloway aún no podía distinguir bien su cara bajo la ancha ala de su sombrero. Había algo, ¿qué idea le zumbaba en la cabeza?, algo artificial en los rasgos de Lichfield. La carne del rostro no se movía como lógicamente correspondía a un sistema compuesto de músculo y tendón; era demasiado rígida, demasiado rosada, casi como una máscara de papel cicatrizado.

—Todavía no está lista —dijo Calloway.

—Es una mujer adorable —murmuró Lichfield.

—Sí.

—No le culpo...

—Hum.

—Aunque no es actriz.

—Usted no va a entrometerse, ¿verdad Lichfield? No se lo permitiré.

—Olvide esa idea.

El placer voyeurístico que Lichfield había adoptado ante su embarazosa situación, hizo a Calloway ser menos respetuoso de lo que había sido antes.

—No quiero que la moleste.

—Mis intereses son sus intereses, Terence. Todo que quiero es ver prosperar esta producción, créame. ¿Cómo, en tales circunstancias, voy a alarmar a su protagonista? Seré tan manso como un cordero, Terence.

—Puede ser usted cualquier cosa —respondió— menos un cordero.

La sonrisa apareció de nuevo en la cara de Lichfield, el trozo de piel que rodeaba la boca apenas se estiró para acomodarse a su expresión.

Calloway se dirigió al pub con la imagen de aquella depredadora dentadura fija en su mente, ansioso sin saber por qué.

En la celda acristalada de su camerino, Diane Duvall estaba lista para representar su escena.

—Ya puede pasar, señor Lichfield —anunció.

Antes de que hubiese acabado de pronunciar la última sílaba, él se encontraba ya ante la puerta.

—Señorita Duvall —se inclinó suavemente con deferencia. Ella sonrió; era tan cortés—. ¿Podrá perdonar mi torpe entrada de antes?

La estrella puso una expresión tímida; siempre derretía a los hombres.

—El señor Calloway... —comenzó ella.

—Un joven muy insistente, creo —dijo Lichfield.

—Sí.

—¿No presta quizás demasiadas atenciones a su protagonista?

Diane frunció el ceño ligeramente, un pliegue oscilante donde sus cejas depiladas convergían.

—Eso me temo.

—Falta de profesionalidad por su parte —dijo Lichfield—; pero, y perdóneme... un ardor comprensible.

Ella se dirigió hacia el fondo del camerino, a las luces del espejo; se dio la vuelta, sabiendo que aquella iluminación posterior le sentaba bien a su pelo.

—Bien, señor Lichfield, ¿qué puedo hacer por usted?

—Es un asunto francamente delicado —dijo Lichfield—. El desagradable hecho es que, ¿cómo podría expresarlo?, sus talentos no son los idealmente adecuados para esta producción. Su estilo carece de delicadeza.

Se hizo un silencio. Ella sorbió por la nariz, pensando en lo que implicaba la observación, y se dirigió a la puerta. No le gustaba el modo en que había comenzado esta escena. Estaba esperando a un admirador y, en su lugar, ante ella había un crítico.

—¡Fuera! —dijo; su voz sonó severa.

—Señorita Duvall,,,

—Ya me ha oído.

—Usted no se siente a gusto en el papel de Viola, ¿verdad? —continuó Lichfield, como si la estrella no hubiera dicho nada.

—No es asunto suyo —escupió Diane.

—Sí lo es. Vi los ensayos. Estaba usted blanda, sin convicción. La comedia queda plana, la escena

de la reunión, que debería rompemos el corazón, es de plomo.

—No necesito su opinión, gracias.

—Carece usted de estilo.

—Lárguese.

—No tiene usted ni presencia ni estilo. Estoy seguro de que en televisión está usted radiante, pero el escenario requiere una sinceridad especial, una riqueza de alma de la que usted, francamente, carece.

La escena se estaba calentando. Ella quería golpearle, pero no encontraba el motivo adecuado. No podía tomar en serio a este viejo afectado. Se hallaba más cerca de la comedia musical que del melodrama con aquellos pulcros guantes grises, la pulcra corbata gris. Estúpida, irascible reina, ¿qué sabía él de interpretación?

—Salga antes de que llame al director de escena —dijo, pero él se interpuso entre ella y la puerta.

—¿Una escena de violación? ¿Era eso lo que estaba interpretando? ¿Le ponía caliente? Por amor de Dios.

—Mi esposa —comenzó a decir— ha interpretado a Viola...

—Mejor para ella.

—... Y cree que podría dar un poco más de vida al personaje que usted.

—Estrenamos mañana. —Se encontró a sí misma replicando, defendiendo su presencia en la escena. ¿Qué infiernos hacía ella intentando razonar con aquel hombre que irrumpía en su camerino para hacer aquellas terribles observaciones? Su aliento, muy cercano a ella ahora, olía a chocolate caro.

—Se sabe el papel de memoria.

—El papel es mío. Y yo lo voy a hacer. Lo voy a hacer aunque sea la peor Viola en la historia del teatro. ¿Entiende?

Estaba intentando mantener la compostura pero era difícil. Había algo en él que la ponía nerviosa. No era violencia lo que temía de él: pero temía algo.

—Me temo que ya he prometido el papel a mi esposa.

—¿Qué? —Los ojos se le salieron de las órbitas ante tal arrogancia.

—Y Constancia interpretará el papel.

Diane se rió del nombre. Podía ser que aquello fuera alta comedia, después de todo. Algo de Sheridan, o de Wilde, material pícaro, malicioso. Pero él había hablado con una certeza absoluta. *Constancia interpretará el papel*; como si todo estuviera ya decidido.

—No voy a seguir discutiendo más tiempo, Buster⁵, así que si su esposa quiere interpretar a Viola tendrá que hacerlo en la jodida calle. ¿De acuerdo?

—Ella estrena mañana —dijo Lichfield.

—¿Es usted sordo, o estúpido?, ¿o las dos cosas?

Control, le dijo una voz interior, control, estás sobrereactuando, estás perdiendo el control en la escena. Cualquiera que ésta fuese.

El hombre avanzó hacia ella, y las luces iluminaron de lleno el rostro que se ocultaba tras el ala del sombrero. No se había dado cuenta antes, cuando él hizo su primera aparición: ahora veía las arrugas profundamente marcadas, los huecos que había alrededor de los ojos y la boca. No era carne, de eso estaba segura. Llevaba postizos de látex, y estaban torpemente colocados. Su mano se moría de ganas de tirar de ellos y descubrir su verdadero rostro.

Claro, eso era. Ésa era la escena que estaba interpretando: el Desenmascaramiento.

—Veamos cómo eres —dijo.

La mano alcanzó la mejilla antes de que él pudiera detenerla, su sonrisa se hizo más abierta mientras ella le atacaba. Así que era esto lo que él quería, pensó, pero ya era demasiado tarde para lamentaciones o disculpas. Las yemas de sus dedos habían encontrado el extremo de la máscara, en la cuenca del ojo; pellizcó para tener mejor agarre, y tiró.

La delgada capa de látex cedió, y su verdadera fisonomía quedó al descubierto para que el mundo la viera. Diane intentó retroceder, pero una mano la cogió del pelo. Todo lo que pudo hacer fue mirar aquel rostro descarnado. Unas pocas estrías secas de músculos se retorcían aquí y allá y una insinuación de barba pendía de un colgajo de piel en su garganta, pero todo tejido vivo hacía mucho tiempo que se había podrido. La mayor parte de aquel rostro era simple hueso: sucio y gastado.

—No fui embalsamado —dijo la calavera—. No como Constancia. La explicación se le escapó a Diane. No emitió el sonido de protesta que la escena, seguramente, habría requerido. Todo lo que salió de su boca fue un gemido mientras él aferraba su mano con más fuerza y echaba la cabeza de la mujer hacia atrás.

—Tarde o temprano debemos hacer una elección —dijo Lichfield. Su aliento no olía tanto a chocolate, como a una profunda putrefacción—. Entre servirnos a nosotros mismos o servir a nuestro arte.

Ella no lo entendió.

—Los muertos deben elegir más cuidadosamente que los vivos. No podemos gastar nuestro aliento, si me permite la frase, en otra cosa que no sean los más puros placeres. Creo que usted no quiere arte. ¿Verdad?

Diane negó con la cabeza, pidiendo a Dios que ésa fuera la respuesta esperada.

—Usted quiere la vida del cuerpo, no la vida de la imaginación. Y puede tenerla.

—Gracias...

—Si la desea lo suficiente puede tenerla.

De pronto, la mano que había estado tirando de su pelo tan dolorosamente, se apoyó detrás de la cabeza, y atrajo sus labios hacia los suyos. Habría chillado mientras su boca putrefacta se unía a la suya, pero el saludo era tan insistente que la dejaba sin respiración.

Ryan encontró a Diane en el suelo del camerino pocos minutos antes de las dos. No había ningún rastro de sangre en la cabeza o el cuerpo, ni estaba muerta. Parecía encontrarse en una especie de coma. Quizás hubiera resbalado, golpeándose la cabeza mientras caía. Cualquiera que fuese la causa, estaba fuera de combate.

Faltaban pocas horas para el último ensayo general y Viola se encontraba en una ambulancia camino de Cuidados Intensivos.

—Cuanto antes derriben este lugar, mejor —dijo Hammersmith. Había estado bebiendo durante las horas de oficina, algo que Calloway nunca le había visto hacer antes. La botella de whisky todavía estaba sobre la mesa, al lado de un vaso medio vacío, que había dejado sus marcas circulares sobre las hojas de los libros de cuentas; su mano temblaba.

—¿Qué noticias hay del hospital?

—Es una bella mujer —dijo mirando fijamente su vaso. Calloway habría jurado que estaba a punto de llorar.

—Hammersmith, ¿cómo está ella?

—Está en coma. Pero su condición es estable.

—Eso ya es algo, supongo.

Hammersmith miró a Calloway; sus espesas cejas se fruncían de ira.

—Canalla. La estuviste exprimiendo ¿verdad? Te gusta presumir de eso ¿verdad? Bien, te voy a decir algo, Diane Duval vale doce veces más que tú. ¡Doce!

—¿Es ésa la razón por la que dejaste que esta última producción siguiera adelante, Hammersmith? ¿Porque la habías visto, y querías poner tus calenturientas manos sobre ella?

—No lo entenderías. Tienes el cerebro en los calzoncillos. —Parecía sinceramente ofendido por la interpretación que Calloway había hecho de su admiración por la señorita Duval.

—De acuerdo, como quieras, pero seguimos sin Viola,

—Ésa es la razón por la que voy a cancelar —dijo Hammersmith suavemente para saborear el momento.

Tenía que llegar. Sin Diane Duval, no habría *Decimosegunda noche*; y era posible que eso fuese lo mejor.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién mierda es? —dijo Hammersmith dulcemente—; entre.

Era Lichfield. Calloway casi se alegró al ver aquella extraña cara cicatrizada. Aunque tenía muchas preguntas que hacerle sobre el estado en que había dejado a Diane tras su estancia en el camerino, no era una conversación que estuviera deseando mantener en presencia de Hammersmith. Además, las posibles acusaciones que pudiera hacerle estaban en contradicción con su presencia allí. Si Lichfield había atentado contra la vida de Diane por la razón que fuera, ¿era razonable que hubiera vuelto tan pronto, tan sonriente?

—¿Quién es usted? —inquirió Hammersmith.

—Richard Walden Lichfield.

—Sigo sin saber quién es usted.

—Fui administrador del Eliseo.

—Oh.

—Lo considero asunto mío.

—¿Qué quiere usted? —dijo bruscamente Hammersmith, irritado por la serenidad de Lichfield.

—He oído que la producción está en peligro —replicó Lichfield sin inmutarse.

—No está en peligro —dijo Hammersmith, torciendo levemente la boca—; no está en peligro en absoluto, porque no va a haber representación. Ha sido cancelada.

—¡Oh! —Lichfield miró a Calloway—. ¿Con su consentimiento? —preguntó.

—No tiene nada que decir en este asunto; sólo yo tengo el derecho a cancelar una obra si las circunstancias lo requieren; lo dice en su contrato. El teatro está cerrado desde hoy. No volverá a abrir.

—Sí lo hará —dijo Lichfield.

—¿Qué? —Hammersmith se puso en pie tras su escritorio. Calloway se dio cuenta de que no le había visto nunca de pie. Era muy bajo.

—Representaremos *Decimosegunda noche* como estaba previsto —dijo Lichfield suavemente—. Mi esposa se encuentra amablemente dispuesta a representar el papel de Viola en lugar de la señorita Duvall.

Hammersmith soltó una carcajada, una risa vasta, de carníero, que murió en sus labios mientras la oficina se cubría de olor a lavanda; y Constancia Lichfield hacia su entrada, reluciente, vestida de seda y pieles. Estaba tan radiante como el día en que murió. Incluso Hammersmith contuvo la respiración y quedó en silencio cuando la vio.

—Nuestra nueva Viola —anunció Lichfield.

Tras un instante, Hammersmith pudo, al fin, hablar:

—Esta mujer no puede incorporarse en vísperas del estreno.

—¿Por qué no? —dijo Calloway, sin apartar los ojos de la mujer. Lichfield era un hombre afortunado; Constancia era una belleza extraordinaria. Apenas se atrevía a respirar en su presencia por temor a que ella se desvaneciera.

Entonces ella habló. Los versos pertenecían al quinto acto, escena primera:

*Si nada nos hace felices a ambos
sino este atavío de usurpación masculina,
no me abraes hasta que cada circunstancia
de lugar, tiempo y fortuna coincidan, y se regocijen
para que pueda ser Viola de nuevo.*

La voz era brillante y musical, pero parecía resonar por todo su cuerpo, llenando cada frase de una oculta corriente de pasión contenida.

Y su cara. Estaba maravillosamente llena de vida, sus rasgos interpretaban cada palabra de su parlamento con una delicada sobriedad.

Estaba encantadora.

—Lo siento —dijo Hammersmith—, pero existen reglas y condicionantes en esta clase de asuntos.

¿Está sindicada?

—No —dijo Lichfield.

—Bien, como usted ve es imposible. El sindicato prohíbe estrictamente esta clase de cosas. Nos despellejarían vivos.

—¿Qué significa eso para usted, Hammersmith? —dijo Calloway.

—¿Qué mierda le importa? Una vez que este lugar sea demolido, no tendrá que poner el pie en un teatro nunca más.

—Mi esposa ha asistido a los ensayos. Se sabe perfectamente el papel.

—Podría ser mágico —dijo Calloway. Su entusiasmo se encendía cada vez que miraba a Constancia.

—Se está arriesgando con el sindicato, Calloway —reprendió Hammersmith.

—Correré el riesgo.

—Como usted quiera, a mí no me importa. Pero si algún pájaro les cuenta algo, te va a caer un huevo en la cara.

—Hammersmith: dale una oportunidad. Danos a todos una oportunidad. Si el sindicato me pone en su lista negra, ése será mi sino.

Hammersmith se sentó de nuevo.

—No vendrá nadie, usted lo sabe, ¿verdad? Diane Duvall era una estrella; se habrían sentado a ver su aburrida producción para verla, Calloway. Pero, ¿una desconocida?... Bien, es su funeral. Siga

adelante y hágalo. Yo me lavo las manos. Es cosa suya, Calloway. Recuérdelo. Espero que le despielen vivo.

—Gracias —dijo Lichfield—. Muy amable.

Hammersmith comenzó a reordenar su escritorio, para dar mas importancia a la botella y al vaso. La entrevista había acabado: no le interesaba seguir con aquellas mariposas por más tiempo.

—Váyanse —dijo—, váyanse.

—Tengo una o dos proposiciones que hacerle —dijo Lichfield a Calloway, mientras salían de la oficina—. Unas modificaciones que realzarían la interpretación de mi esposa.

—¿Cuáles son?

—Para la comodidad de Constancia, le pediría que el nivel de iluminación se bajara sustancialmente. Sencillamente, no está acostumbrada a trabajar bajo unas luces que producen calor y reflejos.

—Muy bien.

—También le pediría que instalásemos una fila de candilejas.

—¿Candilejas?

—Una extraña petición, ya me doy cuenta, pero ella se siente mucho más a gusto con las candilejas.

—Tienden a deslumbrar a los actores —dijo Calloway—. Les hace difícil ver a la audiencia.

—No obstante... tengo que poner como condición que sean instaladas.

—De acuerdo.

—En tercer lugar, le pediría que todas las escenas en que haya besos, abrazos o cualquier otro contacto físico con Constancia, sean modificadas para evitarlos; cualesquiera que sean.

—¿Todas?

—Todas.

—Por amor de Dios, ¿por qué?

—Mi esposa no los necesita para dramatizar los sentimientos del corazón, Terence.

Dio un curioso énfasis a la palabra «corazón». Los sentimientos del corazón.

Calloway miraba a Constancia a la más mínima oportunidad. Era como una bendición.

—¿Presentamos nuestra nueva Viola al resto de la compañía? —sugirió Lichfield.

—¿Por qué no?

El trío entró en el teatro.

La nueva organización del escenario y lo de suprimir todo contacto físico resultó sencillo y, aunque el resto del reparto estuvo inicialmente receloso ante su nueva compañera, su falta de afectación y su gracia natural hicieron que muy pronto se le rindieran. Además, su presencia significaba que la obra iba a seguir adelante.

A las seis, Calloway concedió un descanso, anunciando que el ensayo general sería a las ocho. Les pidió que salieran y se divirtieran durante cerca de una hora. La compañía salió vibrando con un nuevo entusiasmo por la obra. Lo que era una ruina medio día antes, ahora parecía reconstruirse satisfactoriamente. Había miles de cosas que arreglar, por supuesto: deficiencias, vestuario que no se ajustaba bien, manías de dirección. Lo normal en estos casos. De hecho los actores estaban más felices de lo que habían estado en bastante tiempo. Ni el propio Ed Cunningham fue capaz de reprimir uno o dos piropos.

Lichfield encontró a Tallulah entre bastidores, limpiando.

—Esta noche...

—Sí, señor.

—No debes tener miedo.

—No tengo miedo —replicó Tallulah—. Vaya idea. Como si...

—Puede que sea algo doloroso, lo lamento. Por ti, y por nosotros.

—Comprendo.

—Por supuesto que comprendes. Amas el teatro tanto como yo. Conoces la paradoja de esta profesión. Interpretar la vida... Ah, Tallulah, interpretar la vida... qué cosa tan curiosa. Sabes, a veces me pregunto durante cuánto tiempo podré mantener la ilusión.

—Es una representación maravillosa —dijo ella.

—¿Lo crees así? ¿Realmente lo crees así? —Se animó por su favorable opinión. Era tan mortificante tener que fingir todo el tiempo; simular la carne, la respiración, aparentar estar vivo. Agradecido por la opinión de Tallulah, se acercó a ella.

—¿Te gustaría morir, Tallulah?

—¿Duele?

—Apenas.
—Me haría muy feliz.
—Así será.

Su boca cubrió la de ella. Estaba muerta en menos de un minuto, dejando paso felizmente a su penetrante lengua. La dejó tendida sobre el raído sofá del bastidor y cerró la puerta con su propia llave. Se enfriaría fácilmente en aquella gélida habitación y estaría de nuevo en pie cuando llegase la hora de la representación.

A las seis y cuarto, Diane Duval salía de un taxi frente a la fachada del Eliseo. Estaba oscuro. Hacía mucho viento aquella noche de noviembre, pero ella se sentía bien; nada podría deprimirla aquella noche. Ni la oscuridad, ni el frío.

Sin ser vista, pasó delante de los carteles que anunciaban su rostro y su nombre, y se dirigió a través del auditorio a su camerino. Allí, fumando, encontró al objeto de Su devoción.

—Terry.

Permaneció en la puerta durante un momento, para que el hecho de su reaparición surtiera efecto. Él se quedó blanco cuando la vio, por lo que ella hizo un puchero. No era fácil hacer pucheros. Había cierta rigidez en los músculos de su cara, pero consiguió el efecto deseado a su satisfacción.

Calloway no encontraba palabras. Diane parecía enferma, no habían pasado dos días siquiera, y si había abandonado el hospital para tomar parte en el ensayo general iba a tener que convencerla de lo contrario. No llevaba maquillaje, y su pelo rubio ceniza necesitaba un lavado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él, mientras ella cerraba la puerta.

—Asuntos sin acabar —dijo la actriz.
—Escucha... tengo algo que decirte...

Dios, aquello iba a ser embarazoso.

—Hemos encontrado una sustituta en el espectáculo. —Ella lo miró sin ninguna expresión. Calloway se apresuró tanto en hablar, que atropelló sus propias palabras—: Pensamos que estabas fuera de servicio, quiero decir, no permanentemente, claro, pero al menos para el estreno...

—No te preocupes —dijo.

Él se quedó boquiabierto.

—¿Que no me preocupe?
—¿A mí qué me importa?

—Has dicho que habías regresado para acabar...

Se paró. Ella se estaba desabrochando la parte superior del vestido. No va en serio, pensó, no puede ir en serio. ¿Sexo? ¿Ahora?

—He pensado mucho en estas últimas horas —dijo ella mientras se desabrochaba su arrugado vestido por encima de las caderas, lo dejaba caer, y daba un paso hacia delante. Llevaba unas bragas blancas, que intentaba quitarse sin conseguirlo—. He decidido no preocuparme más por el teatro. Ayúdame. ¿Lo harás?

Diane se dio la vuelta, mostrándole la espalda; automáticamente, él le sacó las bragas, sin preguntarse realmente si lo deseaba o no. Parecía ser un «hecho consumado». Había vuelto para acabar lo que había sido interrumpido, así de sencillo. A pesar de los extraños ruidos que salían de su garganta y de la vidriosa mirada que había en sus ojos, seguía siendo una mujer atractiva. Se dio la vuelta de nuevo y Calloway se quedó mirando la plenitud de sus pechos, más pálidos de lo que él recordaba, pero adorables. Sus pantalones se estaban haciendo incómodamente estrechos y la actuación de Diane sólo estaba empeorando su situación; la manera en que estaba moviendo sus caderas, como la más descarada artista de *strip-tease* del Soho, mientras se pasaba las manos entre las piernas.

—No te preocupes por mí —dijo—; he tomado una decisión. Todo lo que我真的 quiero...

Puso sus manos, que habían estado tan recientemente entre sus ingles, sobre la cara del director. Estaban frías como el hielo.

—Todo lo que realmente quiero eres tú. No puedo tener sexo y escenario... Llega un momento en la vida de cada uno en que hay que tomar decisiones.

Se lamió los labios. La boca no se le humedeció.

—El accidente me hizo pensar, me hizo analizar qué es lo que realmente me importa. Y francamente —estaba desabrochándole el cinturón—, no me importa una mierda...

Ahora la cremallera.

—... ni esta, ni cualquier otra jodida obra.

Los pantalones cayeron al suelo.

—... Te voy a enseñar lo que me importa.

Metió la mano en los calzoncillos, y le agarró. Estaba fría; esto hizo, de alguna manera, que el contacto fuera más sexual. Él se rió, cerrando los ojos, mientras ella le bajaba los calzoncillos hasta la mitad del muslo y se arrodillaba a sus pies.

Era una experta, como siempre. Su garganta se abría como un desagüe, la lengua un tanto áspera, pero las sensaciones le volvían loco. Era tan bueno, que él apenas se daba cuenta de la facilidad con que lo devoraba llegando más profundamente de lo que nunca lo había hecho, empleando todos los trucos que sabía para excitarle más y más. Al principio, lenta y profundamente; aumentando después la velocidad hasta que él casi se corría; después lento otra vez, hasta que la necesidad pasaba. Se encontraba a su merced.

Calloway abrió los ojos para observar su trabajo. Estaba espetada a él; la cara en éxtasis.

—Dios —jadeaba Terry—. Es *tan* bueno. Oh, sí, sí.

Diane ni siquiera parpadeó como respuesta a sus palabras, tan sólo continuaba su trabajo en silencio. No estaba haciendo los ruidos que en ella eran habituales: pequeños gruñidos de satisfacción, la pesada respiración que salía de su nariz. Tan sólo comía su carne en el más absoluto silencio.

El contuvo su respiración un momento mientras una idea le pasaba por el vientre. La cabeza de Diane seguía moviéndose, los ojos cerrados, sus labios abrazados totalmente alrededor de su miembro. Pasó medio minuto; un minuto; un minuto y medio. Su vientre se llenó de terror.

No estaba respirando. Estaba haciéndole este incomparable trabajo sin parar, ni siquiera un momento, para inhalar o exhalar.

Calloway sintió que su cuerpo se ponía rígido mientras su erección se iba debilitando en la garganta de ella. Diane no desfallecía en su labor; el implacable bombeo continuaba entre sus ingles, mientras en su mente se formaba una idea inconcebible:

Está muerta.

Me tiene en su boca, en su fría boca, y está muerta. Ésa era la razón por la que había regresado, se había levantado de su lecho mortuorio y había vuelto. Estaba ansiosa de acabar lo que había empezado; sin preocuparse de la obra o de la usurpadora. Este acto era lo que, para ella, tenía valor, tan sólo este acto. Y había elegido realizarlo eternamente.

Calloway no pudo hacer otra cosa sino quedarse mirando hacia abajo, como un idiota, mientras el cadáver cabeceaba.

Entonces ella pareció darse cuenta de su horror. Abrió los ojos y lo miró. ¿Cómo podía haber confundido esa mirada muerta con una viva? Gentilmente, ella retiró de sus labios la arrugada virilidad.

—¿Qué sucede? —preguntó con su voz aflautada, intentando fingir vida.

—Tú... no estás... respirando.

Diane agachó la cabeza. Dejó que él se retirara.

—Oh, cariño —dijo, dejando que toda simulación de vida desapareciera—. No interpreto bien el papel, ¿verdad?

Su voz era la voz de un fantasma: gruesa, triste. Su piel, que había considerado exquisitamente pálida, estaba blanca como la cera.

—¿Estás muerta?

—Eso me temo. Hace dos horas, mientras dormía. Pero tenía que venir, Terry; tantos asuntos sin acabar. Hice mi elección. Deberías sentirte halagado. Te sientes halagado, ¿verdad?

La muerta se puso de pie y buscó en su bolso, que había dejado al lado del espejo. Calloway miró hacia la puerta, intentando hacer trabajar sus extremidades; pero estaban inertes. Además, tenía los pantalones alrededor de los tobillos. Dos pasos, y hubiera caído de brúces.

Diane se volvió hacia él con algo plateado y puntiagudo en la mano. Intentó, mientras pudo, averiguar de qué se trataba, pero no podía ponerle la vista encima. Fuera lo que fuese, aquel objeto era para él.

Desde la construcción del nuevo crematorio en 1934, el cementerio había estado sufriendo una humillación tras otra. Las tumbas habían sido profanadas, las losas volcadas y hechas pedazos; todo ensuciado por los perros, y lleno de pintadas. Muy escasos visitantes se acercaban a cuidar las tumbas. Las generaciones habían ido disminuyendo y el pequeño número de gente que todavía tenían algún ser amado enterrado allí, se encontraban ya demasiado débiles para arriesgarse a caminar por aquellas atestadas aceras; o eran demasiado sensibles para soportar tales actos de vandalismo.

No siempre había sido así. Ilustres e influyentes familias se encontraban enterradas tras las

fachadas de mármol de aquellos mausoleos victorianos. Padres fundadores, industriales locales, altos dignatarios y todos aquellos que habían hecho sentirse orgullosa a la ciudad mediante su esfuerzo. El cuerpo de la actriz Constancia Lichfield había sido enterrado aquí («Hasta que los días acaben y se disipen las sombras»). Su tumba era casi la única que recibía cuidados de algún secreto admirador.

Nadie vigilaba esa noche, era demasiado fría para los amantes. Nadie vio a Charlotte Hancock abrir la tapa de su sepultura. Las batientes alas de las palomas aplaudían su vigor, mientras salía arrastrando los pies para encontrar la luna. Su marido Gerard la acompañaba menos fresco que ella; llevaba muerto trece años más. Joseph Jardine y familia se encontraba a no mucha distancia de los Hancock. También estaba Marriott Fletcher y Anne Snell y los hermanos Peacock. La lista seguía y seguía. En una esquina, Alfred Crawshaw (capitán del decimoséptimo de lanceros) estaba ayudando a su adorable esposa Emma a levantarse de la podredumbre de su lecho. Por todas partes surgían rostros entre las grietas de las tapas de las tumbas. ¿No era ésa Kezia Reynolds con su hijo, que tan sólo había vivido un día, entre sus brazos? Y Martin van de Linde («Que el recuerdo de los justos sea bendecido»), cuya esposa nunca había sido encontrada; Rosa y Selina Goldfynch: bellas mujeres las dos; y Thomas Jerrey, y...

Demasiados nombres para mencionarlos todos. Demasiados estados de putrefacción que describir. Es suficiente decir que se levantaron: sus adornos mortuorios se habían desvanecido, sus rostros desnudos de todo, excepto los cimientos de la belleza. Aun venían, salían oscilantes a través de la puerta trasera del cementerio, abriéndose paso a través del páramo, camino del Eliseo. A lo lejos, el sonido del tráfico. En el cielo retumbó el sonido de un avión. Uno de los hermanos Peacock miró hacia arriba mientras el gigante pasaba sobre ellos; dio un traspie, y cayó de cabeza, destrozándose la mandíbula. Amablemente, le ayudaron a levantarse, y le acompañaron en su marcha. No se había hecho ningún daño; ¿y qué sería de una resurrección sin unas cuantas risas?

El espectáculo continuaba.

*Si la música es el alimento del amor, sigue tocando,
dámela en exceso; así, saciado,
el apetito puede enfermar, y morir.*

Calloway no pudo ser encontrado en el entreacto; pero Ryan tenía instrucciones de Hammersmith (a través del omnipresente señor Lichfield) de que la representación comenzara, con o sin el director.

—Estará arriba, en el gallinero —dijo Lichfield—. Me parece que puedo verlo desde aquí.

—¿Está sonriendo? —preguntó Eddie.

—Sonriendo de oreja a oreja.

—Eso es que se está meando.

Los actores se rieron. Hubo una buena cantidad de risas esa noche. La obra se estaba desarrollando tranquilamente y, aunque no podían ver a la audiencia por el resplandor de las recién instaladas candilejas, percibían las oleadas de cariño y satisfacción que surgían del auditorio. Los actores salían alegres del escenario.

—Todos están sentados en el gallinero —dijo Eddie—. Pero sus amigos, señor Lichfield, hacen bueno un jamón viejo. Están tranquilos, por supuesto, pero esas enormes sonrisas en sus caras...

Acto primero, segunda escena; la primera aparición de Constancia Lichfield en el papel de Viola fue recibida con un aplauso espontáneo. ¡Qué aplauso! Como el sordo redoble de imaginarios tambores, como el quebradizo golpeo de un millar de palos sobre un millar de tensas pieles; un profuso, desenfrenado aplauso.

Y a fe que Constancia aprovechó la ocasión. Comenzó a actuar, y así continuó, poniendo todo su corazón en el personaje, sin necesidad de usar la fisiología para comunicar la profundidad de sus sentimientos; recitando la poesía con tal inteligencia y pasión, que el más leve movimiento de su mano era más expresivo que un centenar de gesticulaciones grandilocuentes. Después de esa primera escena, cada vez que entraba al escenario era recibida con el mismo aplauso de la audiencia, seguido de un silencio casi reverencial.

Detrás del escenario, una especie de ilusionada esperanza se apoderaba de todos. La compañía al completo paladeaba el éxito; un éxito que había sido rescatado milagrosamente de las fauces del desastre.

¡Otra vez! ¡Aplauso! ¡Aplauso!

En su oficina, Hammersmith percibía sombrío el frágil estruendo de la adulación entre una neblina etílica.

Se encontraba preparando su octavo vaso cuando se abrió la puerta. Levantó la cabeza un momento y se dio cuenta de que el visitante era el insolente Calloway. «Quizá viene a saborear su victoria, pensó, viene a decirme lo equivocado que estaba.»

—¿Quéquieres?

El estúpido no respondió. Por el rabillo del ojo Hammersmith tuvo la impresión de ver una orgullosa y brillante mirada en la cara de Calloway. Satisfecho de sí mismo, el imbécil, entrando allí cuando había un hombre de luto.

—¿Supongo que lo has oído?

El otro gruñó.

—Ha muerto —dijo Hammersmith, comenzando a llorar—. Ha muerto hace unas pocas horas sin recobrar la conciencia. No se lo he dicho a los actores. No valía la pena.

Calloway no respondió nada a estas noticias. ¿No le importaba al bastardo? ¿No podía ver que era el fin del mundo? La mujer estaba muerta. Había fallecido en el interior del Eliseo. Se iniciaría una investigación oficial, el seguro sería revisado, se llevaría a cabo una investigación judicial: revelaría demasiado.

Bebió profundamente de su vaso sin preocuparse de mirar a Calloway de nuevo.

—Su carrera se va a hundir después de esto, hijo. No voy a ser yo sólo. No, querido.

Calloway permanecía aún en silencio.

—¿No le importa? —preguntó Hammersmith.

Durante un momento, hubo un silencio; después Calloway respondió:

—No me importa una mierda.

—Unos presuntuosos pequeños directores de escena, eso es todo lo que sois. Eso es todo lo que *cualquiera* de vosotros, jodidos directores, sois. Una buena crítica, y ya os creéis un regalo de los dioses al arte. Bien, déjame que te lo deje claro...

Miró a Calloway. Sus ojos, inyectados en alcohol, tenían dificultad en enfocar su imagen. Finalmente lo consiguió. Calloway, esa sucia sabandija, estaba desnudo de cintura para abajo. Llevaba zapatos y calcetines, pero no pantalones o calzoncillos. Este exhibicionismo podría haber sido cómico, pero la expresión de su cara no lo era. El hombre se había vuelto loco. Sus ojos daban vueltas descontroladamente; de la boca y la nariz manaban constantemente saliva y mocos; su lengua colgaba como la de un perro cansado.

Hammersmith puso el vaso sobre el secafirmas, y vio la peor parte. Había sangre en la camisa de Calloway. Un rastro que recorría el cuello hasta el oído izquierdo, de donde sobresalía el extremo de la lima de uñas de Diane Duval. Había sido clavada profundamente en el cerebro de Calloway. Aquel hombre seguramente estaba muerto.

Pero estaba de pie, hablaba, caminaba.

Otra clamorosa ovación apagada por la distancia se oyó proveniente del teatro. De algún modo no era un sonido real. Venía de otro mundo, de un lugar donde las emociones mandaban. Un mundo del que Hammersmith siempre se había sentido excluido. Nunca había valido gran cosa como actor, aunque Dios sabe que lo había intentado, y las dos obras que él había escrito eran, y él lo sabía, abominables. Su fuerte era la contabilidad, y la había usado para permanecer tan cerca del escenario como podía, odiando su propia carencia de arte tanto como odiaba esa capacidad en otros.

La ovación se desvaneció como si hubiera recibido una indicación de un invisible apuntador. Calloway se acercó a él. La máscara que llevaba no era cómica, tampoco trágica; era sangre y risa juntas. Encogido de miedo, Hammersmith estaba acorralado tras su escritorio. Calloway saltó sobre la mesa (parecía tan ridículo con los faldones de la camisa mientras sus genitales se movían de un lado a otro) y agarró a Hammersmith de la corbata.

—Filisteo —dijo Calloway, incapaz de comprender el corazón de Hammersmith; le rompió el cuello (se oyó un chasquido) mientras, abajo, se iniciaba una nueva ovación.

*No me abraees hasta que cada circunstancia
de lugar, tiempo y fortuna coincidan, y se regocijen
para que pueda ser Viola de nuevo.*

Los versos que surgían de la boca de Constancia eran una revelación. Casi parecía que la *Decimosegunda noche* fuera una obra nueva, y hubiera sido escrita sólo para Constancia Lichfield. Los actores que compartían el escenario con ella, sentían cómo sus egos se arrugaban en presencia de semejante talento.

El último acto se acercaba a su agridulce desenlace, mientras la audiencia escuchaba embelesada, conteniendo el aliento.

El duque habló:

*Dame tu mano;
muéstrate ante mí, en luto de mujer.*

En el ensayo, la invitación del verso había sido ignorada. Nadie podía tocar a aquella Viola, y mucho menos cogerla de la mano. Pero en el calor de la actuación, semejantes tabúes fueron olvidados. Poseídos por la pasión del momento, el actor se acercó a Constancia. Ella, olvidando también la prohibición, se acercó para responder a su contacto.

Entre bastidores, Lichfield susurró un «no», pero la orden no fue oída, el duque tomó la mano de Viola en la suya; la vida y la muerte unidas, juntas bajo un cielo pintado.

Era una mano fría, sin sangre en las venas, sin color en la piel.

Pero aquí era tan buena como una viva.

Eran iguales, vivo y muerto, y nadie podría encontrar una causa justa para separarlos.

Entre bastidores, Lichfield suspiró y se permitió una pequeña sonrisa. Había temido aquel contacto, había temido que hubiera roto el hechizo. Pero Dionisio estaba con ellos esa noche. Todo iría bien; lo sentía en sus huesos.

El acto se acercaba a su conclusión; y Malvolio, pregonando aún sus amenazas, incluso en la derrota, era sacado de escena. Uno a uno, la compañía fue abandonando el escenario, dejando que el arlequín pusiera broche final a la obra.

*Ha mucho tiempo que el mundo comenzó,
con, hey, ho, el viento y la lluvia
pero son todos uno, nuestra obra ha acabado
y nos esforzaremos en complacerles día tras día.*

Las luces del escenario se apagaron, y el telón descendió. Desde el gallinero, estalló una entusiasta ovación; el mismo, desenfrenado, sordo aplauso. La compañía, con sus caras resplandecientes por el éxito del ensayo general, formó tras el telón haciendo una reverencia. Se levantó el telón: el aplauso se hizo mayor.

Entre bastidores, Calloway se unió a Lichfield. Estaba vestido y se había limpiado la sangre del cuello.

—Bien, hemos tenido un brillante éxito —dijo la calavera—. Es una pena que la compañía tenga que disolverse tan pronto.

—Lo es —dijo el cadáver.

Los actores estaban gritando entre bastidores, pidiendo a Calloway que se uniera a ellos. Lo estaban aplaudiendo, animándole a que saliera a escena.

Puso una mano sobre la espalda de Lichfield.

—Iremos juntos, señor —dijo.

—No, no, no podría.

—Debe salir. Es tanto su triunfo como el mío. —Lichfield asintió, y salieron juntos a saludar con el resto de la compañía.

Tallulah estaba trabajando entre bastidores. Se sentía restablecida después de su sueño en aquel lugar. Ya no sufriría durante más tiempo aquellos dolores en la cadera, ni la progresiva neuralgia en el cuero cabelludo. Ya no habría necesidad de respirar a través de unos conductos incrustados durante setenta años de suciedad, de frotarse el dorso de la mano para hacer que su circulación funcionara; ni

siquiera necesitaba parpadear. Se encontraba preparando el fuego con una nueva fuerza, haciendo útiles los restos de pasadas producciones: viejos telones, accesorios, vestuario. Cuando hubo amontonado suficiente combustible, encendió una cerilla y prendió fuego. El Eliseo comenzó a arder.

Por encima de los aplausos, alguien estaba gritando:

–Maravilloso, queridos, maravilloso.

Era la voz de Diane. Todos la reconocieron aunque no podían verla completamente. Avanzaba, tambaleándose, por el pasillo central hacia el escenario; se estaba poniendo en ridículo.

–Perra estúpida –dijo Eddie.

–Gritos –dijo Calloway.

Ella se encontraba al borde del escenario, increpándole.

–Ahora tienes todo lo que querías, ¿verdad? Ésta es tu nueva amada, ¿verdad?

Estaba intentando subir al escenario. Sus manos se aferraban a las calientes cubiertas de metal de las candilejas. Su piel empezó a chamuscarse. La carne se estaba quemando.

–Por amor de Dios, que alguien la detenga –dijo Eddie. Pero Diane no parecía sentir las quemaduras de sus manos; sólo se reía en su cara. El olor a carne quemada comenzó a extenderse desde las candilejas. La compañía rompió la formación, olvidando su triunfo.

Alguien dio un alarido:

–¡Apagad las luces!

Un golpe, y las luces del escenario se apagaron. Diane cayó hacia atrás con las manos humeantes. Uno de los actores se desmayó, otro se fue a vomitar entre bastidores. En algún sitio, detrás de ellos, podían oír el débil crepitar de las llamas, pero tenían su atención puesta en otro sitio.

Con las candilejas apagadas, podían ver el auditorio más claramente. El patio de butacas estaba vacío, pero el anfiteatro y el gallinero estaba lleno de ilusionados espectadores. Cada fila se encontraba repleta, y cada centímetro disponible de espacio atestado de público. Alguien, arriba, comenzó a aplaudir de nuevo, sólo durante unos instantes, antes de que la ola de aplausos empezara otra vez. Pero esta vez, pocos de la compañía se sintieron orgullosos de la ovación.

Incluso desde el escenario, incluso con los ojos cansados y deslumbrados por la luz, era obvio que ningún hombre, mujer o niño de aquella multitud llena de entusiasmo estaba vivo. Agitaban finos pañuelos de seda en honor a los actores entre puños putrefactos; algunos de ellos golpeaban rítmicamente los asientos que tenían delante, la mayoría sólo aplaudía, hueso contra hueso.

Calloway sonreía, se inclinaba reverentemente, y recibía su admiración con gratitud. Durante sus quince años de trabajo en el teatro, nunca había encontrado una audiencia tan agradecida.

Empapados del amor de sus admiradores, Constancia y Richard Lichfield unían sus manos y avanzaban hacia la parte delantera del escenario para hacer otra reverencia, mientras los actores vivos se retiraban aterrizados.

Comenzaron a chillar y a suplicar, de sus bocas salían aullidos, mientras corrían de un lado a otro como adulteros descubiertos en una farsa. Y como en la farsa, no había salida a la situación. Brillantes llamas acariciaban las vigas del techo, y olas de lino caían a derecha e izquierda mientras las bambalinas comenzaban a espesar el aire, era imposible ver hacia dónde se dirigía uno. Alguien llevaba una toga de lino ardiendo mientras chillaba. Otro más, empuñaba un extintor contra aquel infierno. Todo inútil: eran instrumentos viejos, mal revisados. El techo comenzó a ceder, mortíferos trozos de madera y de vigas hicieron callar a la mayoría.

En el gallinero, la audiencia se había ido casi por completo. Se marcharon lentamente de vuelta hacia sus tumbas mucho antes de que los bomberos hicieran su aparición; con los sudarios y las caras iluminadas por el resplandor del fuego mientras miraban hacia atrás para ver cómo el Eliseo perecía. Había sido un buen espectáculo, y estaban felices de volver a casa, contentos de poder charlar un rato en la oscuridad.

El fuego siguió ardiendo durante toda la noche, a pesar de los enormes esfuerzos de los bomberos por extinguirlo. Sobre las cuatro de la mañana, el incendio se dio como perdido, abandonando toda esperanza de salvación. El Eliseo ya no existía al amanecer.

Entre las ruinas se encontraron los restos de varias personas; la mayoría de ellos en estados que imposibilitaban una fácil identificación. Se recurrió a las identificaciones dentales; uno de los cuerpos resultó ser el de un tal Giles Hammersmith (administrador), otro el de Ryan Xavier (director de escena) y, el más chocante, un tercero, el de Diane Duvall. «Estrella de *El niño amoroso*, muerta en un incendio», dijeron los periódicos. En una semana se la había olvidado.

No hubo supervivientes. Varios cuerpos nunca fueron hallados.

Se encontraban de pie a un lado de la autopista, y observaban los coches circulando a toda velocidad a través de la noche.

Lichfield estaba allí, por supuesto, y Constancia, radiante como siempre. Calloway había decidido ir con ellos. También Eddie y Tallulah. Tres o cuatro más se habían unido también a la compañía. Era su primera noche de libertad y ahí estaban en carretera abierta, actores ambulantes. El humo sólo había acabado a Eddie, pero había algunos más entre ellos con serias heridas producidas por el fuego. Cuerpos quemados, miembros rotos. No obstante, la audiencia para la que iban a actuar en el futuro les perdonaría aquellas pequeñas mutilaciones.

—Hay vidas que se viven para el amor —dijo Lichfield a su nueva compañía— y hay vidas que se viven para el arte. Nosotros, feliz banda, hemos elegido esta última opción.

Hubo un murmullo de aplausos entre los actores.

—A vosotros, que nunca habéis muerto, puedo deciros: ¡Bienvenidos al mundo!

Risas: más aplausos.

Las luces de los coches que corrían hacia el Norte a lo largo de la autopista convertían a la compañía en una silueta. Parecían, a todos los efectos, hombres y mujeres vivos. ¿Pero no consistía en eso el engaño de su arte? ¿Imitar la vida tan perfectamente de modo que fuera imposible distinguir la ilusión de lo real? Y su nuevo público, que les esperaba en los depósitos de cadáveres, cementerios y capillas, apreciarían esa habilidad al máximo. ¿Quién mejor, para aplaudir la ficción de la pasión y el dolor que ellos iban a interpretar, que los muertos, que habían experimentado tales sentimientos, y habían tenido al fin que abandonarlos?

Los muertos. Necesitaban entretenerte no menos que los vivos; además de ser un mercado muy desatendido.

Sin embargo, esta compañía no actuaría por dinero, sino por amor al arte; Lichfield lo había dejado claro desde el principio. No serían, por más tiempo, esclavos de Apolo.

—Ahora —dijo—. ¿Qué carretera tomamos, hacia el norte o hacia el sur?

—Al norte —dijo Eddie—, mi madre está enterrada en Glasgow, murió antes de que yo debutara profesionalmente. Me gustaría que me viera.

—Sea el norte, entonces —dijo Lichfield—. ¿Vamos a buscar algún medio de transporte?

Les condujo hasta un restaurante que se encontraba al lado de la autopista. Sus luces de neón parpadeaban espasmódicamente, alejando la noche a intervalos mientras duraba la luz. Los colores eran teatralmente brillantes: escarlata, lima, cobalto, y algo de blanco que salpicaban, desde la ventana, el aparcamiento donde ellos se encontraban. Las puertas automáticas chirriaron mientras un hombre salía llevando una hamburguesa y un pastel a un niño que se encontraba en la parte trasera de su coche.

—Seguramente algún amable conductor encontrará un nicho para nosotros —dijo Lichfield.

—¿Para todos? —dijo Calloway.

—Un camión lo hará; los mendigos no pueden ser demasiado exigentes —dijo Lichfield—. Y ahora, nosotros somos mendigos: sujetos a los caprichos de nuestros mecenas.

—Siempre podemos robar un coche —dijo Tallulah.

—No debemos robar, salvo en casos extremos —dijo Lichfield—. Constancia y yo nos adelantaremos para encontrar un conductor.

Tomó la mano de su esposa.

—Nadie es insensible a la belleza —dijo.

—¿Qué hacemos si alguien nos pregunta qué estamos haciendo aquí? —preguntó Eddie nervioso.

No estaba acostumbrado a este papel; necesitaba unas palabras tranquilizadoras.

Lichfield se volvió hacia la compañía, su voz retumbó en la noche:

—¿Qué debes hacer? —dijo—. ¡Representar la vida, por supuesto! ¡Y sonréí!

1.-En francés en el original. (N. del T.)

2.-Niño prodigo: *wunderkind*, en alemán en el original. (N. del T.)

3.-Aficionados: en castellano en el original. (N. del T.)

4.-El Gato Cheshire: Personaje de *Alicia en el país de las maravillas*. Un gato siempre sonriente, que desaparece gradualmente en el aire hasta que sólo su sonrisa queda visible. (N. del T.)

5.-Se refiere a Buster Keaton. (N. del T.)

EN LAS COLINAS, LAS CIUDADES

Hasta la primera semana de su viaje por Yugoslavia, Mick no descubrió la clase de fanático político que había elegido como amante. Ciertamente se lo habían advertido. Una de aquellas reinas en los Baños le había dicho que Judd se encontraba a la derecha de Atila el Huno, pero aquel hombre había sido una de las anteriores aventuras de Judd, y Mick supuso que había más despecho que realidad en tal afirmación.

Si le hubiera hecho caso no estaría ahora conduciendo por aquella interminable carretera un Volkswagen, que de pronto le parecía del tamaño de un ataúd, escuchando las teorías de Judd sobre el expansionismo soviético. Jesús, era tan aburrido. No conversaba, daba conferencias, interminables conferencias. En Italia, el sermón había tratado del modo en que los comunistas habían explotado el voto de los campesinos. Ahora, en Yugoslavia, Judd se había entusiasmado con el tema, y Mick estaba a punto de pegarle con un martillo en su tercera cabeza.

No se trataba de que él estuviera en desacuerdo con todo lo que Judd decía. Algunos de sus argumentos (los que Mick entendía) parecían bastante razonables. Pero, ¿qué sabía él? Era profesor de danza. Judd era periodista, un erudito profesional. Sentía, como la mayoría de los periodistas que Mick había conocido, que estaba obligado a tener una opinión sobre todo lo que se encontraba bajo el sol. Especialmente en política; era su plato preferido. Podías meter el hocico, los ojos, la cabeza y las patas en aquel charco de porquería y pasar un buen rato chapoteando. Era una inagotable materia que devorar, una basura con un poco de todo; porque todo, según Judd, era política. Las artes eran política. El sexo era política. La religión, el comercio, la jardinería, el comer, el beber, y el tirarse pedos: todo política.

Jesús, era aburrido hasta hacerte estallar la cabeza; criminalmente, agonizantemente aburrido.

Peor aún, Judd no parecía darse cuenta de hasta qué punto aburría a Mick, y si lo hacía, no le importaba. Seguía divagando mientras sus argumentos se hacían más y más pomposos, y sus frases se iban alargando cada kilómetro que avanzaba.

Judd —Mick lo había decidido— era un bastardo egoísta, y tan pronto como su luna de miel acabara, iba a dejarlo.

Hasta su viaje, aquella inacabable caravana sin motivo a través de los cementerios de la cultura centroeuropea, Judd no se dio cuenta de la poca influencia política que tenía sobre Mick. El tipo no mostraba el más mínimo interés en la economía o en la política de los países que habían visitado. Se mostraba indiferente a los detallados hechos que se escondían tras la situación italiana; y bostezaba, sí, bostezaba cuando él intentaba (sin éxito) debatir sobre la amenaza rusa a la paz mundial. Tenía que afrontar la amarga verdad: Mick era una reina; no existía otra palabra para él. De acuerdo en que quizás no era demasiado amanerado al caminar, o no llevaba joyas en exceso; pero, con todo, era una reina, feliz de revolcarse en un mundo de ensueño, repleto de frescos de principios del Renacimiento y de iconos yugoslavos. Las complejidades, contradicciones, incluso las agonías que habían hecho florecer y marchitar las culturas, le aburrían. Su mente no era más profunda que sus miradas; era un don nadie con buena presencia.

¡Vaya luna de miel!

La carretera sur que conducía desde Belgrado a Novi Pazar se encontraba, teniendo en cuenta el nivel yugoslavo, en buen estado. Había menos baches que en la mayoría de las carreteras por las que habían viajado, y era relativamente recta. La ciudad de Novi Pazar estaba en el valle del río Raska; el sur de la ciudad se llamaba como el río. No se trataba de una zona particularmente turística. A pesar del buen estado de la carretera, era bastante inaccesible y carecía de atractivos sofisticados; pero Mick estaba empeñado en ver el monasterio de Sopocani, al oeste de la ciudad, y tras una amarga discusión había vencido.

El viaje había sido tedioso. Al otro lado de la carretera, los campos cultivados parecían secos y polvorrientos. El verano había sido inusualmente caluroso, y la sequía estaba afectando a la mayoría de los pueblos. Las cosechas se habían estropeado, y el ganado había sido prematuramente sacrificado para prevenir una muerte por desnutrición. Había una mirada de derrota en las pocas caras que vieron al lado de la carretera. Incluso los niños tenían una expresión austera; las cejas tan espesas como el

viciado calor que caía sobre todo el valle. Ahora, con las cartas sobre la mesa tras la discusión que habían tenido en Belgrado, viajaban en silencio la mayor parte del tiempo; pero el trazado rectilíneo de la carretera, como todas las carreteras rectas, invitaba a la discusión. Cuando la conducción era sencilla, la mente buscaba algo para mantenerse entretenida. ¿Y qué mejor que una pelea?

—¿Por qué demonios quieres ver ese maldito monasterio? —preguntó Judd.

Era una invitación inconfundible.

—Hemos recorrido todo ese camino... —Mick intentó conservar un tono tranquilo. No estaba de humor para mantener una discusión.

—Más jodidas Vírgenes, ¿verdad?

Manteniendo la voz tan imperturbable como pudo, Mick cogió la guía y leyó en alta voz:

—... allí se puede ver y disfrutar de algunas de las más grandes obras de la pintura serbia, incluida la que muchos críticos consideran la obra maestra de la escuela Raska: *El sueño de la Virgen*.

Se hizo un silencio. Habló Judd:

—Estoy hasta aquí de iglesias.

—Es una obra maestra.

—Todas son obras maestras, según ese maldito libro.

Mick sintió que perdía el control.

—Dos horas y media como máximo...

—Te lo dije, no quiero ver otra iglesia; el olor de esos sitios me pone enfermo. Incienso pasado, sudor rancio, y mentiras...

—Es un pequeño rodeo; después podemos volver a la carretera y así me podrás dar otra conferencia sobre los subsidios de las granjas en Sandzak.

—Simplemente, intento mantener una conversación decente, en vez de seguir con esas tonterías acerca de las jodidas obras maestras servias.

—¡Para el coche!

—¿Qué?

—¡Que pares el coche!

Judd aparcó el Volkswagen a un lado de la carretera. Mick salió.

Hacía calor pero había una ligera brisa. Respiró profundamente, y avanzó hasta el centro del asfalto. Se encontraba vacía de coches y peatones en ambas direcciones. Vacía en cada dirección. Las colinas resplandecían en el calor entre los campos. Había amapolas salvajes en la cuneta. Mick cruzó la carretera, se puso en cuclillas y cogió una.

Detrás de él oyó el portazo del Volkswagen.

—¿Para qué hemos parado? —dijo Judd. Su voz estaba nerviosa, buscando aún discusión, suplicándola.

Mick permaneció de pie, jugando con la amapola.

Estaba a punto de germinar, aunque la estación estaba bien entrada. Los pétalos se desprendieron del receptáculo nada más tocarlos, pequeñas manchas rojas cayeron balanceándose sobre el gris alquitranado.

—Te he hecho una pregunta —dijo Judd de nuevo.

Mick se dio la vuelta. Judd estaba de pie en el lado más lejano del coche, sus cejas se fruncían dibujando una arruga de cólera incipiente. Pero estaba atractivo; oh, sí; una cara que hacía llorar de frustración a las mujeres cuando se enteraban de que era gay. Tenía un espeso bigote negro (perfectamente arreglado), y unos ojos que podías mirar eternamente y nunca ver en ellos la misma luz dos veces seguidas. ¿Por qué, en nombre de Dios, pensó Mick, un hombre tan guapo tenía que ser una pequeña mierda tan insensible?

Judd le devolvió una mirada desdeñosa, observando cómo aquel bonito muchacho hacia pucheros al otro lado de la carretera. Ver aquella escena que Mick estaba interpretando para él le hacía vomitar. Podía haber sido plausible en una virgen de dieciséis años. En un hombre de veinticinco, carecía de credibilidad.

Mick dejó caer la flor y se sacó la camiseta de los pantalones vaqueros. Un terso estómago primero y un esbelto y plano pecho después quedaron al descubierto mientras se quitaba la prenda. Tras sacar la cabeza, tenía el pelo despeinado y su boca dibujaba una amplia sonrisa. Judd miró el torso. Estaba bien proporcionado, sin demasiada musculatura. Una cicatriz de apendicitis se asomaba bajo sus gastados vaqueros. Una pequeña cadena de oro, brillante bajo el reflejo del sol, colgaba en el hueco de su garganta. Sin quererlo, devolvió la sonrisa a Mick, y una especie de paz se hizo entre ellos.

Mick estaba desabrochándose el cinturón.

—¿Quieres follar? —dijo sin perder la sonrisa.
—Es inútil —respondió, sin contestar a la pregunta.
—¿A qué te refieres?
—No somos compatibles.
—¿Quieres apostar?

Se había bajado la cremallera; se dirigió hacia el trigal que bordeaba la carretera.

Judd observó cómo Mick se envolvía en aquel mar oscilante. Su espalda, del mismo color que el grano, casi se confundía con él. Retozar al aire libre era un juego peligroso; esto no era San Francisco, ni siquiera Hampstead Heath. Judd miró nervioso la carretera. Aún seguía desierta en ambas direcciones. Y Mick se daba la vuelta, hundido en aquel campo, se volvía, sonreía y saludaba como un nadador flotando entre un dorado oleaje. Qué demonios... allí no había nadie que pudiera verlos, nadie que pudiera saberlo. Tan sólo las colinas, líquidas bajo aquella agobiante calina, con sus arboladas laderas inclinadas sobre la tierra; y un perro perdido, sentado al borde de la carretera, esperando algún perdido amo.

Judd siguió la senda de Mick a través del trigal, desabrochando su camisa mientras andaba. Un ratón de campo pasó ante él escabulléndose entre los tallos, mientras el gigante avanzaba por su camino, sintiendo sus pisadas como estruendos. Judd se dio cuenta de su pánico y sonrió. No quería hacerle daño, pero ¿cómo iba él a saberlo? Era posible que acabara con cientos de vidas, ratones, escarabajos, gusanos, antes de llegar al lugar donde Mick estaba tendido, desnudo con la polla tibia, sobre una cama de grano pisoteado; aún sonriente.

Fue una relación satisfactoria la que tuvieron, buena, fuerte, igual de placentera para ambos; había una precisión en su pasión, sintiendo el momento en que el placer, que llegaba sin esfuerzo alguno, se hacía apremiante; cuando el deseo se convertía en necesidad. Se hicieron uno, miembro con miembro, lengua con lengua, entrelazados en un nudo que sólo el orgasmo podía desatar. Sus espaldas se abrasaban, y se arañaban alternativamente mientras rodaban intercambiando jadeos y besos. En el momento culminante de la situación, mientras se corrían juntos, oyeron el fut-fut-fut de un tractor que pasaba de largo; pero no se preocuparon en absoluto.

Volvieron al Volkswagen con el cuerpo cubierto de trigo, en el pelo y las orejas, en los calcetines, y entre los dedos de los pies. Sus amplias sonrisas se habían convertido en una leve expresión de felicidad. La tregua, si no permanente, al menos duraría unas cuantas horas.

El coche estaba ardiendo debido al calor, por lo que tuvieron que abrir todas las puertas y ventanas para que la brisa lo refrescara antes de reemprender la marcha hacia Novi Pazar. Eran las cuatro en punto y todavía les quedaba una hora de viaje.

Mientras entraban en el coche, Mick dijo:

—¿Olvidamos el monasterio, eh?
Judd se quedó boquiabierto.
—Pensé...
—... Que no podría soportar otra jodida virgen.

Se rieron alegramente. Despues se besaron, paladeando en sus bocas una mezcla de saliva y un resto de sabor a semen salado.

El día siguiente era brillante aunque no particularmente caluroso. El cielo no era azul: estaba cubierto por una capa uniforme de nubes blancas. El aire de la mañana tenía un olor penetrante, como éter o hierbabuena.

Vaslav Jelovsek observaba cómo los pichones de la plaza mayor cortejaban la muerte mientras saltaban y aleteaban entre los vehículos que rugían a su alrededor. Algunos eran militares, otros civiles. Se respiraba un aire de sobriedad que apenas podía contener la excitación que sentía en ese día, una excitación que sabía compartida por cada hombre, cada mujer y cada niño de Popolac. Compartido por los pichones también, según veía. Podía ser ésa la razón por la que jugueteaban bajo las ruedas con tal destreza, sabiendo que ese día nada podría causarles daño.

Miró el cielo de nuevo, ese mismo cielo blanco que había estado observando desde el amanecer. La capa de nubes estaba baja; no era lo más idóneo para celebraciones. Una frase le vino a la cabeza, una frase inglesa que había oído a un amigo: «tener la cabeza en las nubes». Significaba, según había sabido, encontrarse absorto en un blanco, ciego sueño. Eso, pensó irónicamente, era todo lo que el oeste sabía de las nubes, que representaban los sueños. Aquel refrán adquiría en esas escondidas colinas un nuevo significado. ¿No se convertían aquellas frívolas palabras en una impresionante realidad? Un refrán vivo.

Una cabeza en las nubes.

El primer contingente ya se estaba reuniendo en la plaza. Había una o dos ausencias debido a enfermedad, pero los auxiliares se encontraban listos, esperando para reemplazarlos. ¡Qué ansia! Aquellas amplias sonrisas cuando un auxiliar, hombre o mujer, escuchaba su nombre y número y salía de la fila para unirse al miembro que ya estaba tomando forma. En cada lugar se sucedían los milagros de organización. Todo el mundo tenía un trabajo que hacer y un sitio a donde ir. No había gritos ni empujones: es más, las voces apenas eran un ilusionado susurro. Permaneció observando con admiración cómo el trabajo de establecer las posiciones, de doblarse y atarse se llevaba a cabo.

Iba a ser un día largo y difícil. Vasilav se encontraba en la plaza desde un hora antes del amanecer, bebiendo café en tazas de plástico importadas, hablando de los partes meteorológicos que llegaban cada media hora de Pristina y Mitrovica, y observando cómo la luz del día se filtraba a través de aquel cielo sin estrellas. Estaba bebiendo su sexto café del día, y apenas eran las siete en punto. Al otro lado de la plaza, Metzinger parecía tan cansado y ansioso como Vasilav.

Habían estado observando juntos cómo surgía el amanecer desde el este. Pero ahora se habían separado olvidando su anterior camaradería y no volverían a hablar hasta que la contienda hubiera acabado. Después de todo, Metzinger era de Podujevo. Tenía que apoyar a su propia ciudad en la inminente batalla. Mañana intercambiarían sus historias y aventuras, ahora debían comportarse como si no se conocieran, sin dedicarse siquiera una sonrisa. Durante el día de hoy tenían que ser totalmente partisans, preocupándose tan sólo de buscar la victoria de su propia ciudad sobre la contraria.

Para mutua satisfacción de Metzinger y Vasilav, ya se había levantado la primera pierna de Popolac. Una vez realizados todos los controles de seguridad, la pierna abandonó la plaza mientras su inmensa sombra caía inmensa sobre la fachada del ayuntamiento.

Vasilav bebió su dulce, dulce café y se permitió un pequeño gruñido de satisfacción. Qué días. Días llenos de gloria, de banderas ondulantes y aquellas altísimas vistas que revolvían el estómago, suficientes para llenar toda la vida de un hombre. Era un dorado anticipo del cielo.

Que América gozara de sus simples placeres, de sus dibujos animados con ratones, de sus castillos cubiertos de chocolate, de sus cultos y su tecnología, él no quería ninguno de ellos. La más grandiosa maravilla del mundo se encontraba aquí, oculta en las colinas.

¡Ah, qué días!

En la plaza mayor de Podujevo la escena no era menos animada ni menos inspiradora. Quizás había un mudo sentimiento de tristeza subyacente en este día de celebración, pero era comprensible. Nita Obrenovic, la amada y respetada organizadora de Podujevo, ya no vivía. Se la había llevado el invierno anterior, a la edad de noventa y cuatro años, dejando a la ciudad desprovista de sus feroces opiniones y sus aún más feroces proporciones. Durante sesenta años había trabajado con los ciudadanos de Podujevo, siempre planeando la próxima contienda; mejorando los diseños, gastando sus energías en hacer la siguiente creación más ambiciosa y más realista que la anterior.

Ahora estaba muerta, y era amargamente añorada. No es que hubiera desorganización sin ella, la gente estaba demasiado disciplinada para que eso ocurriera; pero iban retrasados, y eran casi las siete y veinticinco. La hija de Nita había ocupado el lugar de su madre, pero carecía de su poder para galvanizar a la gente en la acción. Era, en una palabra, demasiado benévolas para llevar a cabo el trabajo que tenía entre manos. Éste requería un líder que fuera mitad profeta, mitad director de circo para engatusar, intimidar e inspirar a los ciudadanos a colocarse en sus lugares correspondientes. Era posible que después de dos o tres décadas, y con unas cuantas batallas sobre sus hombros la hija de Hita Obrenovic diera la talla. Pero hoy Podujevo iba con retraso; los controles de seguridad se descuidaban; los nervios habían reemplazado la confianza de otros años.

Con todo, cuando faltaban seis minutos para las ocho, el primer miembro de Podujevo salía de la ciudad hacia el punto de reunión para esperar a su compañero.

A esa hora, en Popolac, los flancos ya estaban ensamblados y los contingentes armados esperaban órdenes en la plaza de la ciudad.

Mick se despertó puntualmente a las siete, a pesar de que no había despertador en el cuarto austamente amueblado del hotel Beograd. Se quedó tendido en la cama escuchando la regular respiración de Judd desde su cama gemela al otro lado de la habitación. La pálida luz del día que se filtraba a través de las finas cortinas no animaba a efectuar una salida temprana. Tras unos minutos en que permaneció observando la rajada pintura del techo y un tosco crucifijo colgado sobre la pared opuesta, Mick se levantó y se acercó a la ventana. Era un día triste, como había supuesto. El cielo

estaba cubierto y los tejados de Novi Pazar parecían grises y monótonos bajo la deprimente luz de la mañana. Más allá de los tejados podía ver las colinas. El sol estaba allí. Vio rayos de luz acariciando el verde azulado del bosque, invitando a visitar sus laderas.

Hoy quizás fueran hacia el sur, a Kosovska Mitrovica. Allí había un mercado, ¿no?; ¿y un museo? Podían bajar hasta el valle de Ibar, siguiendo la carretera que corría paralela al río, donde las colinas se elevaban salvajes y resplandecientes a cada lado. Las colinas, sí; había decidido que hoy irían a ver las colinas.

Eran las ocho y cuarto.

Hacia las nueve, las partes más importantes de Polac y Podujevo se encontraban casi montadas. En sus lugares asignados, los miembros de ambas ciudades se encontraban listos, esperando unirse a sus toros expectantes.

Vaslav Jelovsek puso sus enguantadas manos sobre los ojos y examinó el cielo. Las compactas nubes se habían dispersado un tanto en la última hora, ahora había claros en el oeste. Incluso, a intervalos, se asomaban algunos rayos de sol. Quizás no fuera un día perfecto para la batalla, pero era ciertamente adecuado.

Mick y Judd desayunaron tarde *hemendeks* –tosca traducción de jamón y huevos– y varias tazas de buen café negro. El día se estaba aclarando, incluso en Novi Pazar, y tenían grandes proyectos para aquel día. Kosovska Mitrovica a la hora de la comida y era posible que visitaran el castillo de Zvecan por la tarde.

Sobre las nueve y media salían de Novi Pazar y tomaban la carretera sur hacia el valle de Ibar. El asfalto no estaba en buen estado, pero ni las sacudidas ni los baches podían estropear el nuevo día.

La carretera se encontraba vacía, sólo había algún peatón ocasional; y, en lugar de los maizales y campos de trigo que habían atravesado el día anterior, la carretera estaba flanqueada por unas onduladas colinas cuyas laderas estaban pobladas por espesos y oscuros bosques. Aparte de algunos cuantos pájaros no observaron vida salvaje. Incluso sus inhabituales compañeros de viaje desaparecieron totalmente después de unos kilómetros. Las únicas granjas por las que pasaron se encontraban cerradas, con las contraventanas echadas. Cerdos negros correteaban por el patio, sin ningún niño que los cuidara o les diera de comer. Había ropa colgada de una cuerda poco tensa, pero no se veía ninguna mujer por ningún lado.

Al principio este solitario viaje a través de las colinas fue refrescante por la falta de contacto humano, pero según avanzaba la mañana una cierta inquietud se apoderó de ellos.

–¿No deberíamos haber visto una señal que indicase Mitrovica, Mick?

Echó un vistazo al mapa.

–Es posible...

–... Nos hemos equivocado de carretera.

–Si hubiera habido una señal la habría visto. Creo que deberíamos intentar salir de esta carretera, avanzar hacia el sur un poco más, y encontrar el valle un poco más cerca de Mitrovica de lo que habíamos planeado.

–¿Y cómo salimos de esta maldita carretera?

–Hemos pasado por un par de desvíos.

–Pistas de ceniza.

–Bien, o eso, o seguimos por este camino.

Judd frunció los labios.

–¿Tienes un cigarrillo? –preguntó.

–Los acabamos hace varios kilómetros.

Frente a ellos, las colinas formaban una línea impenetrable. No había señales de vida; ni el más ligero rastro de humo salía de chimenea alguna. No se percibía ningún sonido, ni de voz ni de vehículo.

–De acuerdo –dijo Judd–. Tomaremos la siguiente desviación. Cualquier cosa es mejor que esto.

Siguieron avanzando. La carretera se deterioraba rápidamente. Los baches se estaban convirtiendo en cráteres y los morosos parecían cuerpos bajo las ruedas.

Y entonces:

–¡Allí!

Una desviación: una ostensible desviación. No se trataba ciertamente de una carretera principal, de hecho apenas era una pista de ceniza, como Judd había definido las anteriores. Pero era una salida

a la perspectiva sin fin de la carretera en que se encontraban atrapados.

—Esto se está convirtiendo en un jodido safari —dijo Judd mientras el Volkswagen comenzaba a dar sacudidas y a avanzar con dificultad por aquel lúgubre camino.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Olvidé meterlo en el equipaje.

Estaban comenzando a ascender; el camino serpenteaba entre aquellas laderas introduciéndose entre las colinas. El bosque se iba espesando, ocultando el cielo, por lo que una confusa variedad de luces y sombras se proyectaba sobre el capó del coche. Se oyó el canto de un pájaro, vacuo y optimista. Olía a pino fresco y a tierra virgen. Delante de ellos, un zorro cruzó el camino, permaneció observando cómo el coche avanzaba, traqueteando, hacia él. Entonces, con el pausado y largo paso de un príncipe sin miedo, desapareció tranquilamente entre los árboles.

A dondequiera que se dirigieran —pensó Mick— esto era mejor que la carretera que habían dejado. Era posible que pararan pronto, anduvieran un rato y se encontraran un promontorio desde el que podrían ver el valle; incluso Novi Pazar, asentada tras ellos.

Los dos hombres se encontraban todavía a una hora de viaje de Popolac, cuando la cabeza del contingente salía, al fin, de la plaza para ocupar su sitio encima del cuerpo principal.

Esta última salida dejó la ciudad completamente desierta. Ni siquiera los enfermos o los viejos eran olvidados aquel día; a nadie se le negaba el espectáculo y el triunfo de la batalla. Cada habitante, fuera joven o enfermo, los ciegos, los lisiados, los bebés, las mujeres embarazadas, todos salían de su orgullosa ciudad para dirigirse al prado. Era la ley y debían asistir: pero no era necesario obligarles; ningún ciudadano de cada respectiva ciudad se habría perdido la oportunidad de contemplar el espectáculo, para experimentar la emoción de la batalla.

La confrontación debía ser total, ciudad contra ciudad. Así había sido siempre.

Las ciudades subieron hacia las colinas. A mediodía, los habitantes de Popolac y Podujevo se encontraban reunidos en el secreto refugio de las colinas, ocultos a toda mirada civilizada, para celebrar una antigua batalla ritual.

Decenas de miles de corazones latían más rápido. Decenas de miles de cuerpos se estiraban, se tensaban y sudaban mientras las ciudades gemelas tomaban posiciones. Las sombras de los cuerpos oscurecían extensiones de tierra del tamaño de pequeñas ciudades; el peso de sus pies convertía la hierba en leche verde; su movimiento mataba animales, aplastaba arbustos y derribaba árboles. La tierra retumbaba, literalmente, a su paso. Las colinas resonaban al estruendo de sus pisadas.

En el elevado cuerpo de Podujevo, comenzaron a hacerse evidentes algunas dificultades técnicas. Una ligera grieta en la estructura del flanco izquierdo había producido cierta debilidad: como consecuencia, surgieron problemas en el mecanismo giratorio de las caderas. Estaba más rígido de lo que debía, por lo que los movimientos no eran suaves. Como resultado, existía un excesivo esfuerzo en esa región de la ciudad. Se estaba haciendo frente a este problema con gran valor; después de todo, la batalla consistía en presionar a los contendientes hasta el límite. Pero éste se encontraba más cerca de romperse de lo que cualquiera se hubiera atrevido a admitir. Los habitantes no eran tan resistentes como lo habían sido en batallas anteriores. Una mala década de cosechas había producido cuerpos mal nutridos, columnas vertebrales menos flexibles, voluntades menos resueltas. El flanco mal ensamblado podría no haber producido un accidente por sí mismo, pero, más tarde, debilitado por la fragilidad de los competidores, iba a producir una escena de muerte a una escala sin precedentes.

Pararon el coche.

—¿Has oído eso?

Mick sacudió la cabeza. Su oído no era bueno desde la adolescencia. Demasiados conciertos de rock habían mandado sus tímpanos al infierno.

Judd salió del coche.

Los pájaros estaban ahora más tranquilos. El ruido que había escuchado mientras conducía se oyó de nuevo. No era simplemente un ruido: era casi un movimiento en la tierra, un rugido que parecía surgir de las entrañas de las colinas.

—¿Era un trueno?

No, demasiado rítmico. El sonido volvió de nuevo a través de las plantas de los pies.

Bum.

Mick lo oyó ahora. Sacó la cabeza por la ventana del coche.

—Viene de algún sitio de ahí arriba. Ahora lo oigo.

Judd asintió.

Bum.

El estruendo sonó de nuevo.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Mick.

—Sea lo que sea, quiero verlo.

Judd, sonriendo, volvió a entrar en el Volkswagen.

—Suena casi como a armas de fuego —dijo mientras arrancaba el coche—. Cañones.

A través de sus prismáticos fabricados en Rusia, Vasilav Jelovsek observó cómo el oficial encargado de dar la salida levantaba su pistola. Vio cómo la blanca humareda salía del cañón; un segundo más tarde, oyó el sonido del disparo a través del valle.

La contienda había comenzado.

Miró las torres gemelas de Popolac y Podujevo. Cabezas en las nubes —bueno, casi—. Prácticamente se estiraban para tocar el cielo. Era una visión imponente que cortaba la respiración, una visión que apuñalaba el sueño. Dos ciudades oscilando, retorciéndose, preparándose para dar los primeros pasos la una hacia la otra en esta batalla ritual.

Podujevo parecía ser la menos estable de las dos. Hubo una pequeña oscilación cuando la ciudad levantó su pierna izquierda para comenzar la marcha. Nada serio, tan sólo una pequeña dificultad en la coordinación entre la cadera y los músculos del muslo. Un par de pasos y la ciudad encontraría su ritmo; otro más y sus habitantes se moverían como si fuera una sola criatura, un gigante perfecto dispuesto a enfrentar su gracia y su poder contra su propia imagen.

El disparo hizo que los pájaros revolotearan nerviosos sobre los árboles que poblaban el escondido valle. Elevaron su vuelo como celebración de la gran contienda, comentando su excitación mientras planeaban sobre el prado.

—¿Has oído el disparo? —preguntó Judd.

Mick asintió.

—¿Ejercicios militares...? —La sonrisa de Judd se ensanchó. Ya podía ver los titulares: «Reportaje exclusivo sobre maniobras secretas en el interior de Yugoslavia». Tanques rusos quizás, ejercicios tácticos llevados a cabo fuera de la entrometida mirada de occidente. Con suerte, él podría ser el transmisor de esta noticia.

Bum.

Bum.

Había pájaros en el aire. El estruendo se oía más fuerte.

Sonaba como a armas de fuego.

—Debe ser en la próxima cresta... —dijo Judd.

—Creo que no deberíamos ir más lejos.

—Tengo que verlo.

—Yo no. Es de suponer que no deberíamos estar aquí.

—No veo ninguna indicación.

—Nos echarán; nos deportarán. No sé... tan sólo creo que...

Bum.

—Tengo que verlo.

Apenas habían salido estas palabras de su boca cuando comenzó el griterío.

Podujevo estaba gritando: un grito de muerte. Alguien enterrado en el flanco más débil había muerto a causa del esfuerzo, y había iniciado una cadena de desmoronamiento en el sistema. Un hombre soltaba a su vecino, y ese vecino al suyo, extendiéndose un cáncer de caos por todo el cuerpo de la ciudad. La cohesión de la estructura de la torre se había deteriorado con una terrible rapidez; el fallo de una parte de la anatomía ejercía una inaguantable presión sobre la otra.

La obra maestra que los buenos ciudadanos de Podujevo habían construido con su propia carne y su propia sangre comenzó a tambalearse; entonces, como un rascacielos dinamitado, comenzó a caer.

El flanco roto vomito a sus habitantes como una arteria acuchillada escupiendo sangre. En aquel momento, con una elegante pereza que hizo sufrir a sus ciudadanos la más terrible de las agonías, se inclinó sobre la tierra, quebrando, mientras caía, todos sus miembros.

La enorme cabeza, que hacía tan sólo un momento había acariciado las nubes, se echó hacia

atrás sobre su grueso cuello. Diez mil gargantas emitieron un solo grito por aquella vasta boca; una inarticulada, infinitamente lastimosa súplica al cielo. Un aullido de pérdida, un aullido de anticipación, un aullido de perplejidad. ¿Cómo, inquiría aquel grito, podía, «el día entre los días» acabar así, en una confusión de cuerpos derrumbándose?

—¿Has oído eso?

Era un sonido inequívocamente humano, aunque ensordecedoramente fuerte. A Judd se le retorció el estómago. Miró a Mick, que estaba blanco como una sábana.

Judd paró el coche.

—No —dijo Mick.

—Escucha, por amor de Dios.

Un estruendo de gemidos moribundos, súplicas e imprecaciones inundó el aire. Estaba muy cerca.

—Tenemos que irnos —imploró Mick.

Judd sacudió la cabeza. Estaba esperando algún espectáculo militar —todo el ejército ruso concentrado sobre la siguiente colina—, pero aquel sonido que retumbaba en sus oídos era un sonido de carne humana, demasiado humano para definirlo con palabras. Le recordó sus visiones infantiles del infierno; aquellos eternos, horribles tormentos con los que su madre le había amenazado si dejaba de abrazar a Cristo. Era un terror que había olvidado durante veinte años. Y, repentinamente, aquí estaba otra vez; de nuevo ante él. Era posible que el infierno estuviera con sus fauces abiertas tras el horizonte próximo; su madre, al borde de aquel abismo, invitándole a probar sus tormentos.

—Si tú no conduces, lo haré yo.

Mick salió del coche, y lo cruzó por la parte anterior, mirando hacia el camino. Hubo un momento de duda, nada más que un momento, en que sus ojos parpadearon con incredulidad. Antes de que diera la vuelta hacia el limpiaparabrisas, su cara se puso más pálida, incluso, de lo que había estado previamente, y, con una voz apagada por una náusea contenida, dijo:

—¡Cielo santo!

Su amigo estaba sentado tras el volante, con la cabeza entre las manos, intentando hacer desaparecer sus recuerdos.

—Judd...

Judd levantó la cabeza lentamente. Mick se quedó fijamente observándole como si fuera un hombre salvaje; su cara brillaba por un repentino sudor helado. Judd miró delante de él. Unos metros más arriba, el camino se había oscurecido misteriosamente. Una especie de torrente avanzaba hacia el coche, una espesa, profunda marea de sangre. La razón de Judd se revolvió intentando encontrar sentido a aquella visión. Pero no había alternativa posible. Aquello era sangre, en insufrible cantidad, sangre sin fin.

Y ahora, en la brisa había un gusto a cadáver recién abierto: un olor que salía de las entrañas del cuerpo humano, mitad dulce, mitad salado.

Mick volvió tropezando hacia la puerta del Volkswagen; asustado, forcejeó la cerradura. La puerta se abrió repentinamente y se abalanzó al interior; sus ojos estaban vidriosos.

—Da la vuelta —dijo.

Judd acercó la mano a la llave de contacto. La marea de sangre ya estaba manchando las ruedas delanteras. Arriba, el mundo se había teñido de rojo.

—¡Arranca, hijo de puta, arranca!

Judd no estaba intentando poner en marcha el coche.

—Debemos mirar —dijo sin convicción—. Tenemos que hacerlo.

—No tenemos que hacer nada —dijo Mick— más que salir de aquí. No es asunto nuestro...

—Un accidente de avión...

—No se ve humo.

—Eso son voces humanas.

El instinto de Mick le decía que se alejaran de allí. Ya leería la noticia de la tragedia en un periódico, ya vería mañana las imágenes grises y granuladas. Hoy todo estaba demasiado fresco, demasiado reciente.

Podía haber cualquier cosa al final del camino, sangrando.

—Tenemos...

Judd arrancó el coche mientras Mick, a su lado, comenzó a gemir silenciosamente. El Volkswagen empezó a avanzar chapoteando en aquel río de sangre. Las ruedas giraban sobre el líquido viscoso, formando espuma en la corriente.

—No —dijo Mick muy suavemente—. Por favor, no...
—Debemos ir —replicó Judd—. Debemos. Debemos.

Tan sólo unos metros más allá, la superviviente ciudad de Popolac se recobraba de las primeras convulsiones. Miró fijamente, con un millar de ojos, los restos de su enemigo ritual ahora extendido en una maraña de cuerdas y cuerpos sobre la tierra, hecho pedazos para siempre. Popolac se tambaleó ante aquel espectáculo; sus vastas piernas aplastaban el bosque que rodeaba el prado, sus brazos golpeaban el aire. Consiguió mantener el equilibrio, al mismo tiempo que una locura general, despertada por el horror que se encontraba a sus pies, surgía entre sus fibras y se apoderaba de su cerebro. Se dio la orden: el cuerpo se revolvió, retorciéndose, dio la espalda a aquella horripilante alfombra que había sido Podujevo, y huyó hacia las colinas.

Mientras partía a sumirse en el olvido, su imponente forma se interpuso entre el coche y el sol, proyectando su fría sombra sobre la ensangrentada carretera. Mick no vio nada debido a las lágrimas que cubrían su rostro; y Judd, con los ojos semicerrados por el temor al espectáculo que iba a contemplar tras la siguiente curva, sólo percibió débilmente que algo oscurecía la luz. Una nube, quizás. Una bandada de pájaros.

Si hubiera mirado hacia arriba en ese momento, tan sólo una breve mirada hacia el noreste, habría visto la cabeza de Popolac; la vasta, multitudinaria cabeza de una ciudad enloquecida, desapareciendo de su campo de visión, mientras se hundía en las colinas. Habría sabido que este territorio se encontraba más allá de su comprensión; y que no existía salvación alguna en este rincón del infierno. Pero no vio la ciudad, y la última posibilidad, para, él y para Mick, de dar marcha atrás había pasado. De ahora en adelante, como Popolac y su fallecida gemela, habían perdido la cordura y toda esperanza de vida.

Doblaron la curva y los restos de Podujevo aparecieron ante su vista.

Sus domesticadas imaginaciones nunca podrían haber concebido un espectáculo tan horriblemente brutal.

Quizás en los campos de batalla de Europa hubiera habido semejante cantidad de cuerpos amontonados juntos: pero ¿cuántos de ellos habrían sido de mujeres y niños abrazados a los cuerpos inertes de los hombres? Podían haber existido pilas de muertos tan altas, pero ¿semejante cantidad, tan recientemente llena de vida? Era posible que se hubieran aniquilado ciudades con tanta rapidez, pero ¿una ciudad entera perdida por el simple dictado de la gravedad?

Era una visión que se encontraba más allá de la enfermedad. Ante un espectáculo de tal magnitud la mente se ralentizaba al paso de un caracol, las fuerzas de la razón ponían sus meticulosas manos sobre la evidencia buscando algún error, un lugar donde dijera: «Esto no está sucediendo. Esto es un sueño de muerte, no la muerte misma». Pero la razón no podría encontrar ningún resquicio en el muro. Era verdad. Se trataba de la muerte en persona.

Podujevo había caído.

Treinta y ocho mil setecientos sesenta y cinco habitantes se encontraban esparcidos sobre el suelo, o más bien desparramados en desorden, amontonados en pilas. Aquellos que no habían muerto a causa de la caída, o por asfixia, estaban agonizando. No había supervivientes en la ciudad, excepto un grupo de espectadores que habían salido de sus casas para asistir a la contienda. Esos pocos podujevianos, los inválidos, los enfermos, unos cuantos ancianos, estaban ahora —como Mick y Judd— contemplando la carnicería; intentando no creer lo que estaban viendo.

Judd fue el primero en salir del coche. La tierra, bajo sus zapatos de ante, estaba pegajosa por la sangre coagulada. Examinó la carnicería. No había restos de accidente alguno: ningún signo de explosión, fuego u olor a combustible. Sólo decenas de miles de cuerpos frescos, todos ellos desnudos o vestidos en un idéntico gris estameño, hombres, mujeres y niños. Algunos de ellos, según pudo ver, llevaban arreos de cuero fuertemente abrochados alrededor de sus pechos; de estos dispositivos salían cuerdas, kilómetros y kilómetros de cuerdas. Cuanto más cerca miraba, más se cercioraba del extraordinario sistema de nudos y lazos que aún mantenía unidos los cuerpos. Por alguna razón, esta gente había sido atada junta, la una al lado de la otra. Algunos se encontraban unidos a la espalda de su vecino con una pierna a cada lado como niños jugando a montar a caballo. Otros estaban trabados brazo contra brazo, atados juntos con trozos de cuerdas en un muro de músculo y hueso. Los había liados como una pelota, con la cabeza hundida entre las rodillas. Todos estaban de algún modo conectados con sus compañeros; atados juntos como si de algún demente juego de esclavitud

colectiva se tratara.

Se oyó otro disparo.

Mick miró hacia arriba.

Al otro lado del campo, un hombre solitario, vestido con un abrigo gris, caminaba entre los cuerpos con un revólver, rematando a los moribundos. Era un –lastimosamente inadecuado– acto de misericordia; sin embargo, continuaba, eligiendo primero a los niños que sufrían. Vaciando el revólver, cargándolo de nuevo, vaciéndolo, cargándolo, vaciéndolo...

Mick reaccionó.

Gritó con todas sus fuerzas, elevando su voz por encima de los gemidos de los moribundos.

–¿Qué es esto?

El hombre dejó aquella espantosa tarea y levantó la cabeza. Su cara tenía el mismo color gris muerto que su abrigo.

–¿Uh? –gruñó, mirando ceñudo a los dos intrusos a través de unas gruesas gafas.

–¿Qué ha ocurrido aquí? –gritó Mick.

Gritar le hacía sentirse bien, le hacía sentirse bien parecer enfadado ante aquel hombre. Era posible que él tuviera la culpa. Era bueno tener alguien a quien culpar.

–Cuéntenos... –dijo Mick. Podía oír las lágrimas estremeciendo su voz–. Cuéntenos, por amor de Dios. Explíquese.

El hombre del abrigo gris sacudió la cabeza. No comprendía una palabra de lo que aquel joven idiota estaba diciendo. Era inglés lo que hablaba, pero eso era todo lo que sabía. Mick comenzó a caminar hacia el hombre sintiendo durante todo el tiempo los ojos de los muertos fijos en él. Ojos negros, joyas relucientes engarzadas en rostros destrozados. Ojos mirándole de arriba a abajo, sobre cabezas separadas de sus cuerpos. Ojos de cabezas que emitían aullidos en lugar de voces. Ojos de cabezas que se encontraban más allá de los aullidos, más allá del aliento.

Miles de ojos.

Llegó hasta donde se encontraba el hombre del abrigo gris; tenía la pistola casi vacía. Se había quitado las gafas, y las había tirado. También él estaba llorando, pequeños escalofríos recorrían su enorme, desgarbado cuerpo.

Alguien estaba intentando alcanzar el pie de Mick. No quiso mirar, pero una mano tocó su zapato, y no tuvo más elección que ver a su dueño. Un hombre joven, tendido en forma de esvástica, tenía rotas todas las articulaciones. Una niña yacía debajo de él, sus piernas ensangrentadas sobresalían como dos palos rosados.

Quiso el revólver para hacer que aquella mano cesara de tocarle. Aun mejor, quiso una ametralladora, un lanzallamas, algo que hiciese desaparecer aquella agonía.

Mientras levantaba la vista de aquel cuerpo destrozado, Mick vio al hombre del abrigo gris alzar el arma.

–Judd... –dijo, pero mientras la palabra salía de sus labios, el hombre del abrigo gris deslizó el cañón del arma por su boca y apretó el gatillo.

Había guardado la última bala para él. La parte de atrás de la cabeza se abrió como un huevo chafado, la tapa de los sesos salió volando. El cuerpo cayó, flácido, y se hundió en el suelo; el revólver aún estaba entre sus labios.

–Debemos... –comenzó Mick sin dirigirse a nadie–. Debemos... ¿Cuál era el imperativo? ¿Qué debían hacer en esta situación?

–Debemos...

Judd estaba detrás de él.

–Ayuda... –dijo a Mick.

–Sí. Debemos conseguir ayuda. Debemos...

–Irnos.

¡Irse! Eso era lo que debían hacer. Bajo cualquier pretexto, por frágil o cobarde que fuera la razón, debían irse. Salir de aquel campo de batalla, salir del alcance de una mano moribunda que pertenecía a una herida en lugar de a un cuerpo.

–Tenemos que comunicarlo a las autoridades. Encontrar una ciudad. Conseguir ayuda...

–Sacerdotes –dijo Mick–. Necesitan sacerdotes.

Era absurdo pensar en administrar los últimos sacramentos a tanta gente. Habría sido necesario un ejército de sacerdotes, un cañón lleno de agua bendita, un altavoz para dar las bendiciones.

Dieron la vuelta, huyendo juntos de aquel horror; protegiéndose el uno en los brazos del otro, se abrieron camino entre aquella carnicería hasta llegar al coche.

Estaba ocupado.

Vaslav Jelovsek estaba sentado tras el volante, intentando poner en marcha el Volkswagen. Giró la llave de contacto una vez. Dos veces. Al tercer intento, el motor arrancó; las ruedas comenzaron a girar sobre el barro carmesí al tiempo que ponía la marcha atrás y retrocedía hacia el camino. Vaslav vio a los ingleses correr hacia el coche maldiciéndole. No había más remedio, no quería robar el vehículo, pero tenía trabajo que hacer. Había sido uno de los jueces, había sido responsable de la contienda de la seguridad de los participantes. Una de las heroicas ciudades había caído ya. Debía hacer todo lo que estuviera en su poder, para evitar que Popolac siguiera a su gemela. Debía dar alcance a la ciudad, y razonar con ella. Disipar sus terrores con palabras tranquilizadoras y promesas. Si fracasaba, ocurriría un desastre de igual magnitud al que tenía frente a él; y su conciencia ya se encontraba bastante destrozada.

Mick se encontraba todavía intentando dar alcance al Volkswagen, gritando a Jelovsek. El ladrón no hizo caso, concentrado en hacer maniobrar el coche marcha atrás por aquel estrecho y resbaladizo camino. Furioso, y sin aliento para expresar su furia, Mick se quedó en la carretera con las manos sobre las rodillas, resoplando y sollozando.

—¡Bastardo! —dijo Judd.

Mick miró hacia el camino. El coche ya había desaparecido.

—Ese cabrón no sabe ni conducir correctamente.

—Tenemos... tenemos... que... alcanzarle... —dijo Mick, sin recuperar el aliento.

—¿Cómo?

—A pie...

—Ni siquiera tenemos un mapa... Está en el coche.

—Jesús... Cristo... Todopoderoso.

Bajaron juntos por el camino, alejándose del prado.

Tras unos cuantos metros la riada de sangre comenzó a desaparecer. Tan sólo unos regueros coagulados descendían hacia la carretera principal, Mick y Judd siguieron las ensangrentadas marcas de los neumáticos hasta el cruce.

La carretera de Srbovac estaba desierta en ambas direcciones. Las marcas de los neumáticos mostraban un giro a la izquierda.

—Se ha metido en las colinas —dijo Judd, mirando fijamente a lo largo de la carretera hacia la verdiazul distancia—. ¡Ha perdido el juicio!

—¿Regresamos por donde vinimos?

—A pie nos tomará toda la noche.

—Haremos autostop.

Judd sacudió la cabeza. Tenía la cara inerte, la mirada perdida.

—¿No te das cuenta, Mick? Todos sabían lo que iba a ocurrir. La gente de las granjas se marchó al infierno, lejos de aquí, mientras esos otros se volvían locos allí arriba. No va a haber ningún coche en esta carretera, te apuesto lo que quieras a que ningún turista, excepto un par de tontos de mierda como nosotros, recoge a gente con esta pinta.

Tenía razón. Parecían carníceros salpicados de sangre. Las caras brillantes de mugre, los ojos enloquecidos.

—Tendremos que caminar por el camino que él ha seguido —dijo Judd.

Señaló hacia la carretera. Las colinas estaban ahora más oscuras; el sol había desaparecido de sus laderas. Mick se encogió de hombros. Tenían una noche de viaje cualquiera que fuese el camino que tomaran. Pero quería ir hacia algún sitio, no importaba cuál. Era suficiente con poner distancia entre él y la muerte.

En Popolac reinaba una especie de paz. En lugar de un delirio de pánico, había un entumecimiento, una pacífica aceptación ovejuna del mundo tal como era. Encerrados en sus posiciones, sujetos, atados y arreados el uno al otro en un sistema vivo que no permitía que una voz sonara más fuerte que otra, o que el trabajo de un individuo fuese menor que el del vecino, dejaron que un demente consenso ocupara el lugar de la tranquila voz de la razón. Se encontraban crispados, como una sola mente, por un solo pensamiento, una única ambición. Se convirtieron, en tan sólo unos momentos, en el gigante de una única inteligencia que tan brillantemente habían recreado. La ilusión de que existían insignificantes individualidades fue barrida por un irresistible torrente de sentimiento colectivo; no era la pasión de una multitud, sino una oleada telepática que disolvía miles de voces en una sola orden irresistible.

Y la voz decía: ¡Adelante!

La voz decía: Que esta horrible visión desaparezca de mi vista en algún sitio donde no tenga que verla otra vez.

Popolac se volvió hacia las colinas, sus piernas daban zancadas de más de medio kilómetro de largo. Cada hombre, cada mujer y cada niño de aquella torre hirviente estaban ciegos. Sólo veían a través de los ojos de la ciudad. No pensaban, tenían tan sólo los pensamientos de la ciudad. Se creían inmortales en su pesada, implacable fuerza. Inmensa, loca e inmortal.

Habían recorrido dos millas por la carretera, cuando Mick y Judd olieron a gasolina en el aire. Un poco más allá vieron el Volkswagen. Había volcado, el coche estaba atrapado entre los juncos de una acequia a un lado de la carretera. No se había incendiado.

La puerta del conductor estaba abierta, el cuerpo de Vasilav Jelovsek había caído fuera. El rostro en calma; estaba inconsciente. No había señales de heridas, excepto uno o dos pequeños cortes en su serena cara. Suavemente sacaron al ladrón de entre los restos del vehículo, apartaron el cuerpo de la suciedad de la acequia y lo tendieron sobre la carretera. Gimió levemente mientras lo trasladaban; usaron el suéter de Mick de almohada y le quitaron la chaqueta y la corbata.

Tardó poco en abrir los ojos. Se quedó mirándolos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mick.

El hombre no dijo nada al principio. Parecía no comprender. Luego habló:

—¿Ingléses?

Tenía un acento cerrado, pero la pregunta fue bastante clara.

—Sí.

—Oí sus voces. Ingleses.

Frunció el entrecejo e hizo una mueca de dolor.

—¿Le duele? —dijo Judd.

El hombre pareció encontrarlo divertido.

—¿Me duele? —repitió. Su cara se contrajo en una mezcla de agonía y placer.

—Voy a morir —dijo apretando los dientes.

—No. Se repondrá.

El hombre sacudió la cabeza con absoluta autoridad.

—Voy a morir —dijo otra vez con la voz llena de determinación—. Quiero morir.

Judd se acercó más a él. Su voz se debilitaba por momentos.

—Díganos qué debemos hacer —dijo.

El hombre cerró los ojos. Judd le sacudió violentamente para mantenerlo despierto.

—Díganos —repitió. Su muestra de compasión desapareció de pronto—. Díganos de qué trata todo esto.

—¿Esto? —dijo el hombre. Sus ojos permanecían cerrados—. Fue una caída. Eso es todo. Tan sólo una caída.

—¿Qué cayó?

—La ciudad. Podujevo. Mi ciudad.

—¿De dónde cayó?

—De sí misma, por supuesto.

Aquel hombre no estaba explicando nada; tan sólo respondía con un acertijo tras otro.

—¿Adónde iba? —inquirió Mick intentando parecer lo más inofensivo posible.

—Tras Popolac —dijo el hombre.

—¿Popolac? —dijo Judd.

Mick comenzó a encontrar algún sentido a la historia.

—Popolac es otra ciudad. Como Podujevo. Ciudades gemelas. Están en el mapa.

—¿Dónde está la ciudad ahora? —preguntó Judd.

Vaslav Jelovsek pareció decidirse a contar la verdad. Hubo un momento en que dudó entre morir con un enigma en sus labios, o vivir lo suficiente para confesar su historia. ¿Qué importaba si narraba lo sucedido ahora? Nunca habría otra contienda: todo había acabado.

—Vinieron a luchar —dijo; la voz era ahora muy suave—. Popolac y Podujevo. Vienen cada diez años.

—¿A luchar? —se extrañó Judd—. ¿Quiere decir que toda esa gente fue asesinada?

Vaslav sacudió la cabeza.

—No, no. Cayeron. Ya se lo dije.

—Bien, ¿cómo luchaban? —dijo Mick.

—Vayan a las colinas —fue la única respuesta.

Vaslav abrió levemente los ojos. Las caras que se asomaban sobre él estaban exhaustas y enfermas. Habían sufrido, estos inocentes. Merecían alguna explicación.

—Como gigantes —dijo—. Luchaban como gigantes. Construían un cuerpo con sus cuerpos, ¿entienden? El esqueleto; los músculos, el hueso, los ojos, la nariz, los dientes, todo hecho con hombres y mujeres.

—Está delirando —dijo Judd.

—Vayan a las colinas —repitió el hombre—. Vean ustedes mismos la verdad.

—Incluso suponiendo... —comenzó Mick.

Vaslav le interrumpió, impaciente por terminar.

—Eran buenos en el juego de los gigantes. Costó muchos siglos de práctica. Cada diez años la figura se hacía más y más grande. Una siempre ambicionando ser más grande que la otra. Cuerdas para atarlos a todos juntos, impecablemente. Tendones... ligamentos... había comida en su estómago... Había conductos desde los lomos, para recuperar el gasto. Los que tenían mejor vista se situaban en la cuenca del ojo, los que tenían la mejor voz en la boca y en la garganta. No lo creerían, era una maravilla de ingeniería.

—No me lo creo —dijo Judd poniéndose en pie.

—Es el cuerpo del estado —dijo Vaslav tan suavemente que su voz apenas era un susurro—. Es nuestra forma de vivir.

Hubo un silencio. Pequeñas nubes pasaron por encima de la carretera deshaciéndose silenciosas en el aire,

—Era un milagro —dijo. Parecía haberse dado cuenta, por primera vez, de la verdadera grandeza de aquel hecho—. Era un milagro.

Era suficiente. Sí. Ya era bastante.

Dichas estas palabras, cerró la boca y murió.

Mick sintió esta muerte más profundamente que las miles de muertes de las que habían huido; más aún, este momento fue la llave que desencadenó la angustia que sentía por todas ellas.

Mick se sentía incapaz, a primera vista, de saber si aquel hombre había decidido contar una fantasía antes de morir, o si de algún modo la historia era cierta. Su imaginación era demasiado estrecha para aceptar la idea. Le dolía el cerebro tan sólo de pensar en ello, su compasión se hundía bajo el peso de la miseria que padecía.

Se quedaron de pie en la carretera, mientras las nubes pasaban rápidamente con sus vagas, grises sombras avanzando sobre sus cabezas hacia las enigmáticas colinas.

Estaba anocheciendo.

Popolac no podía dar un paso más. Tenía todos los músculos exhaustos. Aquí y allá, a lo largo y ancho de su enorme anatomía, se producían muertes. Pero no había congoja en la ciudad por las células fallecidas. Si los muertos se encontraban en el interior, los cuerpos quedaban colgando de sus arreos. Si formaban parte de la piel de la ciudad, eran desatados de sus posiciones y liberados, para caer en el bosque.

El gigante era incapaz de sentir piedad. No tenía otra ambición que seguir andando hasta morir.

Cuando el sol desapareció en el horizonte, Popolac descansó, sentada sobre un pequeño montículo meciendo su enorme cabeza entre sus vastas manos.

Las estrellas comenzaban a salir, con su habitual prudencia. La noche se aproximaba, vendando con compasión las heridas del día, cegando ojos que habían visto demasiado.

Popolac se puso en pie de nuevo, y comenzó a moverse con un retumbante andar. No pasaría mucho tiempo antes de que la fatiga la venciera; antes de que pudiera yacer en la tumba de algún perdido valle y morir allí.

Todavía debía seguir caminando por un tiempo, cada paso más agónicamente lento que el anterior, mientras el manto negro de la noche iba envolviendo su cabeza.

Mick quería enterrar al ladrón de coches en algún sitio a la entrada del bosque. No obstante, Judd señaló que enterrar un cuerpo podía parecer, bajo la más sensata luz de la mañana, un tanto sospechoso. Además, ¿no era absurdo preocuparse por un solo cuerpo cuando había literalmente miles de ellos yaciendo a pocas millas de donde se encontraban?

Por esta razón, dejaron que el cuerpo quedara tendido en el suelo, y que el coche se hundiera

más profundamente en la acequia.

Comenzaron a andar de nuevo.

El frío aumentaba por momentos y estaban hambrientos. Las pocas casas que encontraron en su camino estaban todas desiertas, cerradas, incluso las contraventanas, todas.

—¿Qué quiso decir? —dijo Mick mientras se quedaba mirando otra puerta cerrada.

—Estaba hablando metafóricamente.

—¿Y todo eso de los gigantes?

—Tonterías trotskistas —insistió Judd.

—No lo creo.

—Lo sé. Era su discurso del lecho de muerte. Probablemente lo había estado preparando durante años.

—No lo creo —dijo Mick otra vez, volviendo hacia la carretera.

—¿Quéquieres decir? —Judd se encontraba a su espalda.

—No estaba refiriéndose a ninguna doctrina de partido.

—¿Me estás diciendo que crees que hay un gigante cerca de aquí, en algún sitio? ¡Por amor de Dios!

Mick se volvió hacia Judd. Era difícil distinguir su rostro en el crepúsculo. Pero su voz sonó seria al afirmar:

—Sí, creo que estaba diciendo la verdad.

—Eso es absurdo. Es ridículo. No.

Judd odió a Mick en ese momento. Odiaba su ingenuidad, su pasión por creer cualquier historia estúpida con tal de que tuviera cierto aire romántico. ¿Y esto? Esto era lo peor, lo más absurdo...

—No —dijo otra vez—. No. No. No.

El cielo, liso como la porcelana, dibujaba el perfil de las colinas, negras como la pez.

—Me estoy helando —dijo Mick cambiando de conversación—. ¿Te vas a quedar aquí o vienes conmigo?

Judd gritó:

—No vamos a encontrar nada por este lado.

—Es que el camino de vuelta es largo.

—Estamos metiéndonos cada vez más en las colinas.

—Haz lo que quieras. Yo voy a seguir andando.

Sus pasos retrocedieron: le envolvió la oscuridad. Después de un minuto, Judd le siguió.

Era una noche despejada y fría. Siguieron caminando, llevaban los cuellos de las chaquetas subidos para combatir el frío; tenían los pies hinchados. Sobre ellos el cielo se había convertido en un desfile de estrellas. Un triunfo de luz desbordante donde el ojo podía dibujar tantas formas como paciencia tuviera para ello. Después de un rato se cubrieron mutuamente con sus cansados brazos, para darse consuelo y calor.

Sobre las once vieron el resplandor de una luz en la distancia.

La mujer que se encontraba en la puerta de la cabaña de madera no sonrió, pero comprendió su situación y les dejó entrar. Parecía no tener objeto intentar explicar, bien a la mujer, bien a su lisiado marido, lo que habían visto. La cabaña no tenía teléfono ni había indicios de que hubiera algún vehículo; por eso, aunque encontraran algún medio de expresarse no podían hacer nada.

Mediante mimica y gesticulaciones con la cara explicaron que se encontraban hambrientos y exhaustos. Intentaron además explicar que estaban perdidos, maldiciéndose a sí mismos por haber dejado el libro de frases en el Volkswagen. Ella no parecía entender demasiado lo que decían, pero les hizo sentarse junto a un brillante fuego y puso a calentar en la cocina una cazuela con comida.

Comieron una espesa sopa de guisantes y huevos sin sal. De vez en cuando sonreían agradecidos a la mujer. Su marido, que se encontraba sentado junto al fuego, no hizo intento alguno de hablar, ni siquiera miró a los visitantes.

La comida estaba buena. Les levantó el ánimo.

Dormirían hasta la mañana siguiente y entonces emprenderían el largo camino de vuelta. Al amanecer, los cuerpos que yacían sobre el prado serían contados, identificados, embalados, y enviados a sus familias. El aire se llenaría de sonidos tranquilizadores, apagando los gemidos que aún resonaban en sus oídos. Habría helicópteros, camiones cargados de hombres que dispondrían las operaciones de limpieza. Todos los ritos y la parafernalia de un desastre civilizado.

Y en un tiempo todo sería digerible. Se convertiría en parte de su historia: una tragedia, por

supuesto, pero una tragedia que podrían explicar, clasificar, con la que aprenderían a vivir. Todo iría bien, sí, todo iría bien. Que llegara la mañana.

El sueño, debido a su inmensa fatiga, vino súbitamente. Estaban echados donde habían caído, aún sentados a la mesa con las cabezas sobre los brazos cruzados. Unos cuantos cuencos vacíos y varios mendrugas de pan les rodeaban en desorden.

No sabían nada. No soñaban nada. No sentían nada. Entonces el estruendo comenzó.

En la tierra, en las profundidades de la tierra, unas rítmicas pisadas, como de un titán, se acercaban poco a poco, más y más.

La mujer despertó a su esposo. Apagó la lámpara y fue hacia la puerta. Era una luminosa noche de estrellas. Las negras colinas se cernían a cada lado.

Aún se oía el estruendo: medio minuto entre cada estampido, ahora se oía más fuerte. Y más fuerte a cada paso.

Marido y mujer permanecieron juntos en la puerta escuchando el eco que resonaba en las colinas, delante y atrás. No había relámpago alguno que acompañara el trueno.

Tan sólo el bum...

Bum...

Bum...

Hacía temblar la tierra. Caía polvo del dintel de la puerta, los pestillos de las ventanas crujían.

Bum...

Bum...

No sabían qué se acercaba, pero cualquiera que fuera su forma, tuviera el propósito que tuviera, parecía no tener sentido intentar huir. Donde ellos se encontraban, en el lastimoso refugio de su cabaña, estaban tan seguros como en cualquier rincón del bosque. ¿Cómo podían elegir, entre cientos de árboles, uno que se mantuviera en pie cuando aquel estruendo hubiera pasado? Mejor esperar y observar.

La vista de la mujer no era buena, y dudó de lo que había visto cuando la negrura de la colina cambió de forma y se levantó, ocultando las estrellas. Su marido también lo vio: aquella cabeza inconcebiblemente enorme, más vasta aún en la engañosa oscuridad, se elevaba más y más, empequeñeciendo las colinas mismas.

El hombre cayó de rodillas balbuciendo una oración con sus artríticas piernas retorcidas tras él.

La mujer chilló. No conocía palabras que pudieran mantener a raya a aquel monstruo; ninguna oración, ninguna súplica tenían poder sobre él.

En la cabaña, Mick se despertó. Su brazo extendido se contrajo por un calambre, tirando el plato y la lámpara de la mesa.

Se rompieron.

Judd se despertó.

El grito del exterior había cesado. La mujer había desaparecido de la puerta, y había huido hacia el bosque. Un árbol, cualquier árbol, era mejor que una visión. Su marido aún seguía babeando sartas de oraciones por su inerte boca, mientras la grandiosa pierna del gigante se levantaba para dar otro paso.

Bum...

La cabaña tembló. Los platos saltaron del aparador y se rompieron. Una pipa de arcilla rodó por la repisa de la chimenea haciéndose pedazos en el hogar.

Los amantes conocían aquel sonido que resonaba en sus entrañas: el estruendo de la tierra.

Mick estiró el brazo hacia Judd y le cogió del hombro.

—¿Lo ves? —dijo. Sus dientes tenían un color gris azulado en la penumbra de la cabaña—. ¿Lo ves? ¿Lo ves?

Había una especie de rebosante histeria en sus palabras. Corrió hacia la puerta, tropezando con una silla en la oscuridad. Maldiciendo y magullado, salió tambaleando a la noche.

Bum...

El estruendo era ensordecedor. Esta vez rompió todas las ventanas de la cabaña. En el dormitorio, una de las vigas del techo se quebró; los escombros cayeron al piso de abajo.

Judd se unió a su amante en la puerta. El viejo estaba con la cara sobre el suelo, tenía sus enfermos e hinchados dedos encrespados; los suplicantes labios apretados contra el húmedo piso.

Mick miró hacia arriba, hacia el cielo. Judd siguió su mirada. Había un lugar donde no había estrellas. Era una oscuridad con la forma de un hombre; una vasta, extensa figura humana, un coloso que se elevaba hasta encontrar el cielo. No era un gigante perfecto. Su silueta no era constante; hervía y hormigueaba.

Parecía, también, más ancho que cualquier hombre real. Tenía las piernas anormalmente gruesas y achaparradas, y los brazos no eran tan largos. Las manos, que se abrían y cerraban, parecían extrañamente articuladas y demasiado delicadas para su torso.

Entonces levantó un inmenso pie plano y lo puso sobre la tierra, avanzando hacia ellos.

Bum...

El paso hizo que el techo se derrumbara sobre la cabaña. Todo lo que había contado el ladrón de coches era verdad. Popolac era una ciudad y un gigante; y se había dirigido hacia las colinas...

Sus ojos ya se estaban acostumbrando a la luz de la noche. Podían distinguir la estructura de aquel monstruo. Era una obra maestra de ingeniería humana: un hombre hecho enteramente de hombres. Mejor, un gigante sin sexo, construido con hombres, mujeres y niños. Todos los habitantes de Popolac retorcidos y deformados en el cuerpo de este gigante tejido con carne, con los músculos extendidos hasta la máxima tensión tolerable y los huesos a punto de quebrarse.

Podían ver cómo los arquitectos de Popolac habían alterado, sutilmente, las proporciones del cuerpo humano; cómo la criatura había sido construida desproporcionadamente rechoncha para bajar el centro de gravedad; cómo la cabeza se encontraba hundida entre los anchos hombros de manera que los problemas que podía haber causado un cuello débil quedaran minimizados.

A pesar de estas malformaciones, parecía horriblemente vivo. Los cuerpos estaban unidos de tal manera que hacían que la superficie fuese –excepto los arreos– completamente lisa, brillante a la luz de las estrellas como un vasto torso humano. Incluso los músculos estaban bien copiados, aunque simplificados. Podían ver el modo en que los cuerpos atados se empujaban y tiraban uno contra otro, formando sólidas cuerdas de carne y hueso. Podían ver a la gente entrelazada que confeccionaba el cuerpo: las espaldas, como tortugas comprimidas juntas para formar la curva de los pectorales; los acróbatas, atados y anudados en las articulaciones de brazos y piernas, enrollándose y desenrollándose para articular la ciudad.

Pero seguramente la más asombrosa visión de la ciudad era la cara.

Las mejillas hechas con cuerpos; las cavernosas cuencas de los ojos, desde donde unas cabezas miraban fijamente, cinco cabezas unidas formaban cada globo ocular; una ancha, aplastada nariz y una boca que se abría y cerraba, mientras los músculos de la mandíbula se juntaban y separaban rítmicamente. Y de aquella boca revestida de dientes por niños desnudos, la voz del gigante, que ahora sólo era una débil copia de su anterior potencia, emitía una única nota de música estúpida.

Popolac caminaba y Popolac cantaba.

¿Había habido alguna vez en Europa una visión semejante?

Mick y Judd observaban mientras la ciudad daba otro paso hacia ellos.

El viejo se había mojado los pantalones. Llorando y suplicando, se alejó reptando de la cabaña en ruinas, para esconderse entre los árboles cercanos, arrastrando tras él sus piernas muertas.

Los ingleses se quedaron donde estaban, observando el espectáculo mientras se aproximaba. No sentían pavor ni horror alguno, sólo un temor reverencial que los tenía inmovilizados. Sabían que aquello era una visión que nunca podrían volver a ver; era la cumbre, tras esto sólo había experiencias corrientes. Era mejor quedarse, aunque cada paso trajera la muerte más cerca; mejor quedarse y contemplar aquel espectáculo mientras estuviera allí para poder verlo. Y si aquel monstruo les mataba, al menos habrían vislumbrado un milagro, habrían conocido aquella terrible majestad durante un breve instante. Parecía un trato justo.

Popolac se encontraba a dos pasos de la cabaña. Podían ver las complejidades de su estructura con bastante claridad. Las caras de sus habitantes se concretaban por momentos: blancas, empapadas de sudor, satisfechas en su cansancio. Algunos muertos colgaban de sus arreos, con las piernas balanceándose hacia delante y hacia detrás como los ahorcados. Otros, los niños en particular, habían cesado de cumplir sus ejercicios, y habían relajado sus posiciones de manera que la forma del cuerpo se estaba degenerando, comenzando a borbotear con los hervores de las células rebeldes.

A pesar de todo aún caminaba, y cada paso suponía un incalculable esfuerzo de coordinación y potencia.

Bum...

Bum...

El paso que alcanzaba la cabaña llegó antes de lo que pensaban.

Mick vio cómo se levantaba la pierna; vio las caras de la gente de la espinilla, del tobillo y del pie –ahora tenían su mismo tamaño–, todos ellos hombres inmensos elegidos para llevar el peso de la gran creación. Muchos de ellos estaban muertos. La planta del pie, según pudo ver, era un amasijo de cuerpos aplastados y ensangrentados, presionados hasta morir por el peso de sus conciudadanos.

El pie descendió con un rugido.

En cuestión de segundos la cabaña quedó reducida a astillas y polvo.

Popolac ocultó completamente el cielo. Se convirtió durante unos instantes en el mundo entero, cielo y tierra; su presencia llenaba los sentidos hasta desbordarlos. A esta distancia, una mirada no podía abarcar al gigante, el ojo tenía que oscilar hacia delante y hacia atrás sobre su volumen para poder abarcarlo e, incluso entonces, la mente rehusaba aceptar toda la verdad.

Un fragmento de piedra, que había salido violentamente despedido de la cabaña mientras ésta se derrumbaba, dio de lleno en la cara de Judd. Oyó en su cabeza el golpe mortal, como una pelota golpeando un muro: fue una muerte de patio de recreo. No sintió ningún dolor: ningún remordimiento. Se extinguío como una llama, una pequeña, insignificante llama; su grito de muerte se perdió en aquel estruendo infernal, su cuerpo quedó escondido entre el humo y la oscuridad. Mick no vio ni oyó morir a Judd.

Estaba demasiado ocupado mirando fijamente cómo el pie se apoyaba, sólo un momento, sobre las ruinas de la cabaña, mientras la otra pierna reunía la voluntad necesaria para moverse.

Mick aprovechó su oportunidad. Aullando como un demonio, corrió hacia la pierna, anhelando abrazarse al monstruo. Tropezó entre las ruinas y, ensangrentado, se levantó de nuevo, intentando alcanzar el pie antes de que éste se levantara y lo dejara atrás. Hubo un clamor de agónico aliento cuando el mensaje que ordenaba moverse llegó al pie; Mick vio cómo los músculos de la espinilla se agrupaban y unían mientras la pierna comenzaba a levantarse. Hizo una última embestida sobre el miembro cuando éste iniciaba su ascenso, aferrándose a un arreo, o a una cuerda, o al pelo humano, o a la carne misma; cualquier cosa que le sirviera para asirse a este milagro pasajero y formar parte de él. Mejor ir con él a cualquier parte, servir a su propósito, cualquiera que fuese; mejor morir con él, que vivir sin él.

Cogió el pie, y encontró un asidero firme en su tobillo. Chillando en un éxtasis absoluto por su éxito, sintió cómo la enorme pierna se levantaba, y echó una mirada hacia abajo entre un torbellino de polvo, hasta el lugar donde había estado; se iba alejando mientras la extremidad subía.

La tierra había quedado por debajo de él, era el autoestopista de un dios: la vida sencilla que había dejado no significaba nada ahora, o nunca. Viviría con este ser, sí, viviría con él, mirándolo y mirándolo, devorándolo con los ojos hasta que muriera de pura glotonería.

Gritaba y aullaba, se columpiaba en las cuerdas saboreando su triunfo. Abajo, allá abajo, vio por un instante el cuerpo de Judd, acurrucado, pálido sobre el oscuro suelo, irrecuperable. El amor, la vida y la cordura habían desaparecido; se habían ido como el recuerdo de su nombre, de su sexo, o de su ambición.

No significaba nada. Nada en absoluto.

Bum...

Bum...

Popolac caminaba, el sonido de sus pasos se alejaba hacia el este. Popolac caminaba, el murmullo de su voz se perdía en la noche.

Un día después, llegaron pájaros, llegaron zorros, moscas y mariposas, llegaron avispas. Judd se movió, Judd cambió de sitio, Judd dio a luz. Los gusanos buscaron el calor de su estómago, la buena carne de sus muslos fue devorada en la madriguera de una rata. Después de eso, todo fue rápido: sus huesos se volvieron amarillos, sus huesos se desmoronaron: pronto, aquel espacio que una vez había estado lleno de aliento y de opiniones quedó vacío.

Oscuridad, luz, oscuridad, luz. Ni siquiera interrumpió con su nombre.

LIBROS DE SANGRE II

CLIVE BARKER

Título de la edición original: *Books of Blood, II*
Traducción del inglés: Santiago Jordán Sempere

Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Editorial Planeta, S.A.

Clive Barker, 1984

Depósito legal: B 3866-1991
ISBN 84-226-3244-6

ÍNDICE

- Terror
- Espectáculo infernal
- Jacqueline Ess: su voluntad y su testamento
- Las pieles de los padres
- Nuevos asesinatos en la calle Morgue

Para Johnny

TERROR

No hay placer como el terror. Si fuera posible sentarse sin ser visto entre dos personas en cualquier tren, sala de espera u oficina, la conversación entroída rondaría una y otra vez este tema. Podría parecer que se trataba de algo completamente distinto: el estado de la nación, una charla despreocupada sobre las muertes en carretera, la subida de las minutas de los dentistas; pero poniendo al desnudo la metáfora, la insinuación, ahí, encerrado en el corazón del discurso, se encuentra el terror. Mientras aceptamos sin discusión la naturaleza de Dios y la posibilidad de vida eterna, rumiamos alegremente las minucias de la miseria. El síndrome no tiene límites; tanto en los baños como en el seminario se repite el mismo ritual. Con la inexorabilidad de una lengua que se retuerce para explorar un diente dolorido, volvemos una, dos y mil veces a nuestros miedos, sentándonos para discutir sobre ellos con la impaciencia de un hombre hambriento ante un plato lleno y humeante.

Mientras estaba en la universidad y tenía miedo de hablar, Stephen Grace aprendió a hablar acerca de su miedo. De hecho, no sólo a hablar de él, sino a analizar y diseccionar cada una de sus terminaciones nerviosas en busca de pequeños terrores.

En esta investigación tuvo como profesor a Quaid.

Era una época de gurús; su agosto. En las universidades de toda Inglaterra jóvenes de ambos性es buscaban por todas partes a gente a la que seguir como corderos; Steve Grace fue simplemente uno más. Tuvo la mala suerte de encontrar a Quaid como mesías.

Se habían conocido en la sala de estudiantes.

—El nombre es Quaid —dijo el hombre que estaba al lado de Steve en la barra.

—Oh.

—¿Tú eres...?

—Steve Grace.

—Sí. Vas a clase de ética, ¿verdad?

—Exacto.

—No te he visto en ninguno de los otros seminarios o conferencias de filosofía.

—Es mi asignatura suplementaria de este año. Hago la carrera de literatura inglesa. No podía soportar la idea de un año en clase de nórdico antiguo.

—Así que escogiste ética.

—Sí.

Quaid pidió un coñac doble. No parecía tan rico, y un coñac doble habría arruinado las finanzas de Steve para la semana siguiente. Quaid lo bebió rápidamente y encargó otro.

—¿Tú qué tomas?

Steve estaba acariciando media pinta de cerveza tibia, dispuesto a hacerla durar una hora.

—Yo nada.

—Sí.

—Estoy servido.

—Otro coñac y una pinta de cerveza para mi amigo.

Steve no se resistió a la generosidad de Quaid. Una pinta y media de cerveza en su sistema malnutrido serviría de gran ayuda para animar el tedio de sus próximos seminarios sobre «Charles Dickens como analista social». La sola idea le hacía bostezar.

—Alguien tendría que escribir una tesis sobre la bebida como actividad social.

Quaid escrutó un momento su coñac y lo dejó otra vez sobre la barra.

—O como forma de olvidar.

Steve miró a aquel hombre. Debía de tener unos veinticinco años, cinco más que él. La mezcla de ropa que vestía era sorprendente. Zapatillas de deporte andrajosas, pantalones de pana, una camisa entre gris y blanca que había conocido días mejores, y sobre todo ello una chaqueta de cuero muy cara que sentaba mal a su tipo alto y delgado. Tenía la cara alargada y anodina; los ojos, de un azul lechoso, y tan pálidos que el color parecía diluirse en las escleróticas, de forma que sólo se podían ver, detrás de sus gruesas gafas, sus iris rasgados. Labios gordos, como los de Jagger, pero pálidos, secos y poco sensuales. El pelo, de un rubio sucio.

Steve pensó que Quaid podía pasar por un traficante de drogas holandés.

No llevaba chapas. Eran la manifestación corriente de las obsesiones de un estudiante, y Quaid parecía desnudo sin nada que indicara cómo se divertía. ¿Era homosexual, feminista, defensor de las ballenas o un vegetariano fascista? ¿En qué estaba metido, por Dios?

—Deberías haber escogido nórdico antiguo —dijo Quaid.

—¿Por qué?

—En esa asignatura ni siquiera se preocupan de puntuar los exámenes.

Steve no había oído hablar de ello. Quaid siguió dando detalles:

—Se limitan a tirarlos al aire. Si sale cara, sobresaliente; cruz, notable.

Ah, era broma. Quaid se estaba haciendo el listo. Steve esbozó una risita, pero la cara de Quaid no se inmutó ante su propio rasgo de humor.

—Tendrías que estar en nórdico antiguo —repitió—. A fin de cuentas, ¿quién necesita a Bishop Berkeley, a Platón o a...?

—¿O?

—Es todo mierda.

—Sí.

—Te he observado en clase de filosofía...

A Steve empezó a intrigarle Quaid.

Nunca tomas apuntes, ¿verdad?

—No.

—He pensado que o tienes una seguridad sublime en ti mismo o, sencillamente, no te importa un comino.

—Nada de eso. Simplemente estoy perdido del todo. Quaid gruñó y sacó un paquete de cigarrillos baratos. Eso tampoco era lo habitual. Se fumaban Gauloises o Camel; si no, nada.

—No es verdadera filosofía lo que te enseñan aquí —sentenció Quaid con manifiesto desprecio.

—¿Eh?

—Nos dan una cucharadita de Platón o un poco de Bentham, pero sin un análisis real. Con las calificaciones pertinentes, por supuesto. Se parece a la bestia: hasta a los no iniciados les huele un poco a bestia.

—¿Qué bestia?

—La filosofía. La verdadera filosofía. Es una bestia, Stephen. ¿No estás de acuerdo?

—No se me había....

—Es salvaje. Muerde.

Enseñó los dientes: de repente había adoptado una expresión astuta.

—Sí, muerde —repitió.

Sí, eso le gustó mucho. Lo dijo de nuevo por si le traía suerte: «Muerde».

Stephen asintió. Se le escapaba el sentido de la metáfora.

—Creo que lo que estudiamos debería desgarrarnos. —Quaid se estaba entusiasmando con el tema de la educación castradora—. Debería asustarnos falsear las ideas sobre las que hemos de hablar.

—¿Por qué?

—Porque si fuéramos filósofos dignos no intercambiaríamos chistes académicos. No hablaríamos de semántica, no utilizaríamos supercherías lingüísticas para encubrir los problemas reales.

—¿Qué haríamos?

Steve empezaba a pensar que se limitaba a dar pie a Quaid. Pero éste no estaba de humor para bromas. Tenía la cara rígida: sus iris rasgados se habían reducido a puntitos diminutos.

—Deberíamos acercarnos a la bestia, Steve, ¿no estás de acuerdo? Salir a aplacarla, acariciarla, ordeñarla...

—Esto... ¿Qué es la bestia?

A Quaid le exasperó lo directo de la pregunta.

—Es el tema de cualquier filosofía que merezca la pena, Stephen. Son las cosas que tememos porque no las entendemos. Es la oscuridad que hay detrás de la puerta.

Stephen pensó en una puerta. Pensó en la oscuridad. Empezó a comprender a dónde quería ir a parar Quaid a su manera retorcida. La filosofía era una forma de hablar del miedo.

—Deberíamos discutir sobre lo que es inherente a nuestras psiques —dijo Quaid—. Si no... nos arriesgamos a....

Súbitamente le abandonó la locuacidad.

—¿Qué?

Quaid contemplaba su copa de coñac vacía como si quisiera verla llena de nuevo.

—¿Quieres otro? —propuso Steve, rogando para que la respuesta fuera negativa.

—¿A qué nos arriesgamos? —repitió la pregunta—. Bueno, creo que si no salimos y encontramos a la bestia...

Steve presintió que estaba a punto de ponerle la guinda al pastel.

—... tarde o temprano vendrá la bestia y nos encontrará a nosotros. No hay placer como el terror. Mientras sea el de los demás.

Las semanas siguientes, Steve hizo algunas preguntas, sin darles importancia, sobre el misterioso señor Quaid.

Nadie sabía su nombre.

Nadie estaba seguro de su edad, pero una de las secretarias pensaba que tenía más de treinta, lo que le resultó sorprendente.

Sus padres, le había oído decir Cheryl, estaban muertos. Asesinados, pensaba ella.

Esto parecía constituir la suma de todo el conocimiento humano acerca de Quaid.

—Te debo una copa —dijo Steve tocando el hombro de Quaid.

Lo miró como si le hubieran mordido.

—¿Brandy?

—Gracias.

Steve encargó las bebidas.

—He estado pensando.

—Ningún filósofo debería carecer de él.

—¿De qué?

—De cerebro.

Se pusieron a hablar. Steve no sabía por qué se había vuelto a acercar a Quaid. El hombre tenía diez años más que él y pertenecía a un clan intelectual distinto. Para ser honesto, probablemente le intimidaba. Su incesante charla sobre bestias lo desconcertaba. Y, sin embargo, quería más: más metáforas, seguir oyendo aquella voz monótona contarle cuán inútiles eran los tutores, cuán débiles los estudiantes.

En el mundo de Quaid no había certezas. No tenía gurús seglares y, evidentemente, ninguna religión. Parecía incapaz de contemplar ningún sistema, ya fuera político o filosófico, sin cinismo.

Aunque raras veces reía en voz alta, Steve sabía que en su visión del mundo había un humor amargo. Las gentes eran ovejas y corderos; todos buscaban pastores. Naturalmente, para Quaid esos pastores eran pura ficción. Todo lo que existía en la oscuridad, fuera del redil, eran los miedos que se cernían sobre el inocente cordero: esperando, pacientes como piedras, su momento.

Había que dudar de todo menos del hecho de que el terror existía.

La arrogancia intelectual de Quaid era estimulante. Steve se empezó a aficionar a la facilidad iconoclasta con que destruía una creencia detrás de otra. A veces resultaba doloroso que Quaid formulara una objeción irrefutable contra alguno de los dogmas de Steve. Pero a las pocas semanas el simple ruido de demolición parecía excitarlo. Quaid estaba despejando la maleza, talando los árboles, destrozando los rastrojos. Steve se sentía libre.

Nación, familia, Iglesia, ley. Todo reducido a cenizas. Todo inútil. Todo engaños, cadenas y asfixia.

Sólo existía el terror.

—Yo temo, tú temes, él teme —le gustaba decir—. Él, ella, ello teme. No hay ser consciente sobre la superficie del mundo que no conozca el terror más íntimamente que su propio latido.

Uno de los blancos favoritos de los ataques de Quaid era otra estudiante de filosofía y literatura inglesa, Cheryl Fromm. Se espantaba tanto ante sus observaciones más ultrajantes como el pez ante la lluvia, y mientras uno sacaba las garras ante los argumentos del otro, Steve se arrellanaba en su asiento y contemplaba el espectáculo. Cheryl era, según la fórmula de Quaid, una optimista patológica.

—Y tú estás lleno de mierda —decía ella cuando la discusión se había animado un poco—. Así pues, ¿a quién puede importarle que te asustes de tu propia sombra? Yo no estoy asustada. Me siento bien.

Desde luego que lo estaba. Cheryl era carne de sueños húmedos, pero resultaba demasiado brillante para que alguien osara abordarla.

—Todos sentimos terror de vez en cuando —le contestaba Quaid, y sus ojos lechosos estudiaban cuidadosamente la cara de Cheryl, espiando su reacción, intentando, y Steve lo sabía, encontrar una debilidad en su convicción.

—Yo no.

—¿Ningún miedo? ¿Ni pesadillas?

—De ninguna manera. Tengo una buena familia; no guardo esqueletos en el desván. Ni siquiera como carne, así que no me siento mal cuando paso junto a un matadero. No tengo ninguna miseria que exhibir. ¿Significa eso que no soy real?

—Significa... —Los ojos de Quaid tenían la pupila rasgada de una serpiente—. Significa que tu seguridad tiene algo importante que ocultar.

—¡Otra vez con las pesadillas!

—Horribles pesadillas.

—Específica: define los términos que utilizas.

—No puedo decirte a qué le tienes miedo tú.

—Entonces dime a qué le tienes miedo tú.

Quaid vaciló.

—A fin de cuentas, es imposible de analizar,

—¿Imposible de analizar? ¡No me hagas reír!

Quaid volvió a su tema predilecto.

—Lo que yo temo es algo personal. No tiene sentido en un conjunto más amplio. Los signos de mi terror, las imágenes que utiliza mi cerebro, si quieras, para *ilustrar* mi miedo, son poca cosa en comparación con el auténtico horror que está en la raíz de mi personalidad.

—Yo tengo imágenes —dijo Steve—. Visiones de mi infancia que me hacen pensar en...

Se detuvo, lamentando por anticipado su confesión.

—¿Qué? —preguntó Cheryl—. ¿Te refieres a cosas relacionadas con malas experiencias? ¿A una caída de la bici o algo parecido?

—A lo mejor —admitió Steve—. A veces me sorprende pensando en esas visiones. No lo hago deliberadamente; sólo ocurre cuando pierdo la concentración. Es como si mi cerebro se dirigiera hacia ellas de forma automática.

Quaid emitió un leve gruñido de satisfacción.

—Exactamente —aprobó.

—Freud ha escrito sobre el tema —advirtió Cheryl.

—¿Qué?

—Freud —repitió, esta vez subrayando las palabras, como si le estuviera hablando a un niño—. Sigmund Freud; puede que hayas oído hablar de él.

El labio de Quaid se arrugó con un desprecio no disimulado.

—Las fijaciones de la madre no resuelven el problema. Los verdaderos terrores que hay en mí, en todos nosotros, son anteriores a la personalidad. El terror está presente antes de que tengamos conciencia de nosotros mismos como individuos. La uña del pulgar, hecha un ovillo en el útero, siente miedo.

—Tú lo recuerdas, ¿verdad? —ironizó Cheryl.

—A lo mejor —replicó Quaid, mortalmente serio.

—¿El útero?

Quaid sonrió a medias. Steve pensó que esa sonrisa significaba: «Sé que tú no».

Era una sonrisa extraña, desagradable, que a Stephen le hubiera gustado borrar de sus ojos.

—Eres un mentiroso —le acusó Cheryl, levantándose de su asiento y mirando por encima del hombro a Quaid.

—A lo mejor lo soy —admitió, convertido de repente en un perfecto caballero.

Después de eso cesaron las discusiones.

Ya no se habló de pesadillas, ni se discutió sobre los terrores nocturnos. Steve vio de forma irregular a Quaid el mes siguiente y, cuando lo veía, se encontraba siempre en compañía de Cheryl Fromm. Quaid era educado con ella, hasta deferente. Ya no llevaba su chaqueta de cuero porque Cheryl odiaba el olor de la piel de los animales muertos. Este súbito cambio en sus relaciones desconcertó a Stephen, pero lo achacó a su escasa comprensión de los asuntos sexuales. No era virgen, pero las mujeres seguían constituyendo un misterio para él: las encontraba contradictorias y enigmáticas.

También estaba celoso, aunque no lo quería admitir claramente. Le dolía que el genio de los sueños húmedos le quitara tanto tiempo a Quaid.

También tenía otra sensación: el curioso presentimiento de que Quaid estaba cortejando a Cheryl por sus propias y misteriosas razones. El sexo no era lo que atraía a Quaid, de eso estaba seguro. Tampoco era su respeto por la inteligencia de Cheryl lo que le hacía mostrarse tan atento. No; de alguna manera la estaba acorralando, eso era lo que le decía su instinto. A Cheryl Fromm la estaban preparando para la muerte.

Y luego, al cabo de un mes, Quaid deslizó en la conversación una pequeña observación acerca de Cheryl:

—Es vegetariana.

—¿Cheryl?

—Cheryl, por supuesto.

—Ya lo sé. Lo mencionó hace tiempo.

—Sí, pero en ella no es un simple capricho. Le apasiona el tema. No puede mirar siquiera el escaparate de un carnicero. No toca la carne, no la huele...

—Oh.

Steve estaba perplejo. ¿Adónde conducía todo aquello?

—Terror, Steve.

—¿De la carne?

—Los indicios son diferentes en cada persona. Ella *tiene miedo de la carne*. Dice que es tan sana, tan equilibrada... ¡Mierda! ¡Ya lo veremos!

—Ver ¿el qué?

—El miedo, Steve.

—¿No irás a...?

Steve no sabía cómo expresar su ansiedad sin parecer acusador.

—¿Hacerle daño? No, no voy a hacerle ningún tipo de daño. Cualquier perjuicio que se le cause será estrictamente autoinfligido.

Quaid lo contemplaba casi hipnóticamente.

—Empieza a ser hora de que confiemos el uno en el otro —prosiguió. Se le acercó un poco más—. Entre nosotros dos...

—Mira, no creo que quiera oírte.

—Tenemos que tocar a la bestia, Stephen.

—¡Al infierno la bestia! ¡No quiero oír!

Steve se levantó para eludir la opresión de la mirada de Quaid y dar por finalizada la conversación.

—Somos amigos, Stephen.

—Sí...

—Entonces respétalo.

—¿El qué?

—El silencio. Ni una palabra.

Steve asintió. Ésa no era una promesa difícil de cumplir. No le podía contar sus angustias a nadie sin que se le riera en las barbas.

Quaid parecía satisfecho. Se fue corriendo, dejando a Steve con la sensación de que había entrado sin querer en una sociedad secreta, de cuyos objetivos no tenía la más remota idea. Quaid había hecho un pacto con él y resultaba turbador.

La semana siguiente no asistió a clase ni a la mayoría de los seminarios. No tomó apuntes, no leyó libros ni redactó trabajos. Las dos veces que fue al edificio universitario andaba sigilosamente como un ratón precavido, deseando no toparse con Quaid.

No tenía por qué sentir miedo. La única vez en que vio los hombros encorvados de Quaid al otro lado del patio estaba distraído intercambiando sonrisas con Cheryl Fromm. Esta reía musicalmente, y su risa era contestada por el eco de la pared del departamento de historia. Steve ya no sentía celos en absoluto. Ni por todo el oro del mundo habría deseado estar tan cerca de Quaid, intimar tanto con él.

El tiempo que pasaba solo, apartado del bullicio de las clases y de los pasillos atestados, hizo que su mente se volviera ociosa. Y sus pensamientos retornaron a sus temores, como la lengua al diente, la uña a la costra.

Y también a su infancia.

Cuando tenía seis años, lo atropelló un coche. Las heridas no eran demasiado peligrosas, pero

la conmoción cerebral lo dejó parcialmente sordo. Fue una experiencia muy angustiosa no comprender por qué se quedaba aislado de repente del mundo. Era un tormento inexplicable, y el niño pensó que eterno.

En un momento su vida había sido real, había estado llena de gritos y risas. Un momento después le había dejado al margen; el mundo externo se convirtió en un acuario, lleno de peces que lo miraban boquiabiertos con grotescas sonrisas. Aún más: había ocasiones en que padecía lo que los médicos llaman zumbido, un ruido estruendoso o siseante en los oídos. La cabeza se le llenaba de los ruidos más extraños, gritos y pitidos que servían de fondo a los movimientos del mundo exterior. En esos casos se le revolvía el estómago, y era como si una banda de hierro le envolviera la frente, partiendo en cachitos sus pensamientos, disociando las manos de la cabeza, la intención de la práctica. Lo embargaba una ola de pánico; era absolutamente incapaz de entender el mundo mientras le aullaba y cencerreaba la cabeza.

Pero los peores terrores llegaban de noche. A veces se despertaba en lo que había sido (antes del accidente) el seno protector de su dormitorio, descubriendo que los pitidos se habían reanudado mientras dormía.

Abría los ojos desmesuradamente y el cuerpo se le empapaba de sudor. La mente se le llenaba del estrépito más bullicioso, estrépito con el que estaba encerrado sin esperanza de alivio. Nada podía acallar su cabeza y nada, al parecer, podía devolverle el mundo, el habla, la risa y el llanto.

Estaba solo.

Ésos fueron el planteamiento, el nudo y el desenlace de su terror. Estaba completamente solo con su cacofonía. Encerrado en aquella casa, en aquel cuarto, en aquel cuerpo, en aquella cabeza, prisionero de una carne sorda y ciega.

Resultaba insoportable. A veces gritaba de noche, sin saber que estaba emitiendo sonidos, y los peces que habían sido sus padres encendían la luz y trataban de ayudarlo, inclinándose sobre la cama y gesticulando, haciendo feas muecas con sus bocas mudas al intentar socorrerlo. Las caricias acababan por calmarlo; con el tiempo, su madre aprendió a mitigar el pánico que se apoderaba de él.

Una semana antes de su séptimo aniversario recuperó el oído, no del todo pero sí lo suficiente para que le pareciera un milagro. El mundo recuperó su nitidez; la vida comenzó de nuevo.

Al chico le costó varios meses volver a confiar en sus sentidos. Aún se despertaba de noche como si previera los ruidos de su cabeza.

Pero aunque sus oídos zumbaban ante el sonido más leve, lo que le impidió asistir a los conciertos de rock con el resto de los estudiantes, ahora casi nunca se daba cuenta de su leve sordera.

La recordaba, por supuesto, y muy bien. Podía evocar el sabor del pánico; la sensación de tener una banda de hierro alrededor de la cabeza. Y aún quedaba en ella un residuo del miedo: a la oscuridad, a estar solo.

Pero ¿no tenía todo el mundo miedo a estar solo? ¿A estar completamente solo?

Steve sentía otro miedo, mucho más difícil de superar. Quaid.

En una sesión reveladora, borracho, le había hablado de su infancia, de la sordera, de los terrores nocturnos.

Quaid conocía su debilidad: el sendero despejado que conducía hasta el corazón del terror de Steve. Tenía un arma, un palo con el que golpearlo si llegaba a hacerse necesario. Tal vez por eso decidió no hablar con Cheryl (prevenirla, si era eso lo que quería hacer) y ciertamente ésa era la razón de que evitara a Quaid.

Éste tenía un aire pérvido en ciertos momentos de malhumor. Ni más ni menos. Parecía una persona con la maldad dentro, muy dentro.

A lo mejor aquellos cuatro meses de observar a la gente sin oírla habían sensibilizado a Steve a causa de las miradas de soslayo, las sonrisitas y el desprecio que revolotean en sus caras. Sabía que la vida de Quaid era un laberinto; llevaba grabado en el rostro, en mil pequeños gestos, el mapa de sus complejidades.

La siguiente fase de la iniciación de Steve al mundo secreto de Quaid no llegó hasta casi tres meses y medio después. Las clases de la universidad se interrumpieron durante las vacaciones de verano, y los estudiantes se fueron cada uno por su lado. Steve se dedicó a su trabajo veraniego habitual en la imprenta de su padre; eran horas largas y agotadoras físicamente, pero le suponían un descanso indudable. Tantas disquisiciones le habían saturado el cerebro; se sentía como si lo hubieran cebado de palabras e ideas. El trabajo en la imprenta le permitió sacudirse todo eso de

encima en poco tiempo, aclarando la maraña de su mente.

Fue una buena temporada: apenas pensó en Quaid.

Volvió a la universidad a finales de septiembre. Los estudiantes que había en el campus aún eran escasos. La mayoría de los cursos no empezaban hasta la semana siguiente, y en el ambiente flotaba un aire de melancolía, sin la habitual muchedumbre de jóvenes quejándose, ligando o discutiendo.

Steve estaba en la biblioteca apartando algunos libros importantes antes de que sus compañeros de clase les echaran el guante. Los libros eran oro puro al principio del curso, con toda la bibliografía por leer, y la biblioteca de la universidad pediría como siempre que se encargaran los títulos necesarios. Esos libros vitales llegaban invariablemente dos días después del seminario en que se iba a hablar del autor. Aquel año, el último, Steve estaba decidido a ser el primero en la cola que se formara para obtener los pocos ejemplares para los trabajos de seminario que hubiera en la biblioteca.

Le habló una voz familiar.

—Pronto al trabajo.

Steve levantó la vista para encontrarse con los iris rasgados de Quaid.

—Me impresiona, Steve.

—¿El qué?

—Tu entusiasmo por trabajar.

—Oh.

Quaid sonrió.

—¿Qué estas buscando?

—Algo sobre Bentham.

—Tengo *Principios de moral y legislación*. ¿Te sirve?

Era una trampa. No; eso resultaba absurdo. Le ofrecía un libro. ¿Cómo se podía interpretar ese simple gesto como una trampa?

—Bien pensado. —Y la sonrisa se hizo aún mas amplia—. Creo que es el ejemplar de la biblioteca el que tengo. Te lo daré.

—Gracias.

—¿Buenas vacaciones?

—Sí, gracias. ¿Y tú?

—Muy gratificantes.

La sonrisa había degenerado en una línea delgada entre....

—Te has dejado bigote.

Era una nueva manifestación de lo enfermizo de aquel espécimen. Fino, ralo y de un rubio sucio, subía y bajaba bajo la nariz de Quaid como si intentara salírsele de la cara. Éste pareció ligeramente turbado.

—¿Lo hiciste por Cheryl?

Ahora sí que su turbación fue total.

—Bueno...

—Parece que tuviste unas buenas vacaciones.

En su expresión había algo, además de turbación.

—Tengo unas fotografías maravillosas —dijo Quaid.

—¿De qué?

—Fotos de fiestas.

Steve no podía dar crédito a sus oídos. ¿Había domado Cheryl Fromm a Quaid? ¿Fotos de fiestas?

—Algunas te sorprenderán.

Había algo de vendedor árabe de postales guerras en el comportamiento de Quaid. ¿Qué demonios eran esas fotografías? ¿Fotos hechas con filtro y desdobladadas de Cheryl sorprendida leyendo a Kant?

—No me imaginé que fueras fotógrafo.

—La fotografía se ha convertido en una pasión para mí.

Hizo una mueca al decir «pasión». Había una excitación apenas contenida en su actitud. Estaba radiante de placer.

—Tienes que venir a verlas.

—Yo...

—Esta noche. Y así, al mismo tiempo, recoges el Bentham.

—Gracias.

—Tengo casa. Pasada la esquina del hospital de maternidad, en la calle Pilgrim. Número sesenta y cuatro. ¿Pasadas las nueve?

—De acuerdo. Gracias. Calle Pilgrim.

Quaid asintió.

—No sabía que hubiera casas habitables en la calle Pilgrim.

—Número sesenta y cuatro.

La calle Pilgrim estaba desolada. La mayoría de las casas no eran más que escombros. Unas cuantas estaban en demolición. Las paredes interiores quedaban expuestas de forma poco natural: papeles pintados rosa y verde pálido, las chimeneas de los pisos superiores colgando sobre abismos de ladrillos humeantes. Las escaleras no conducían, ni de ida ni de vuelta, a ninguna parte.

El número sesenta y cuatro estaba solitario. Las casas adyacentes habían sido demolidas y excavadas, dejando paso a un desierto de polvo de ladrillos machacados que unas cuantas malas hierbas, atrevidas y temerarias, intentaban poblar.

Un perro blanco de tres patas vigilaba su territorio alrededor de aquella casa, dejando pequeñas marcas de pis a intervalos regulares para delimitar sus dominios.

La casa de Quaid, aún sin tener nada de palacio, era más acogedora que el yermo que la rodeaba.

Bebieron juntos un vino tinto peleón que había llevado Steve y fumaron un poco de hierba. Quaid estaba mucho más suave de lo que Steve lo hubiera visto nunca, satisfecho de hablar de trivialidades en lugar del terror, riéndose de vez en cuando, incluso contando algún chiste verde. El interior de la casa estaba desnudo. No había cuadros en la pared ni tipo alguno de decoración. Los libros de Quaid, y tenía centenares, estaban amontonados en el suelo, y Steve no pudo descubrir con qué criterio. La cocina y el baño eran primitivos. Toda la atmósfera era casi monástica.

Después de un par de horas apacibles, la curiosidad se apoderó de Steve.

—¿Dónde están las fotos de las vacaciones? —preguntó, consciente de que arrastraba un poco las palabras, aunque ya no le importaba un comino.

—Ah, sí. Mi experimento.

—¿Experimento?

—Para serte sincero, Steve, no sé si debería enseñártelas.

—¿Por qué no?

—Estoy metido en algo serio, Steve.

—Y yo no estoy preparado para nada serio; ¿es eso lo que quieras decir?

Steve notaba que la técnica de Quaid podía con él, aunque era obvio y transparente lo que estaba haciendo.

—No he dicho que no estuvieras preparado...

—¿Qué demonios es ese asunto?

—Fotos.

—¿De?

—¿Te acuerdas de Cheryl?

Imágenes de Cheryl. Ya.

—¿Cómo iba a olvidarla?

—No volverá este curso.

—Oh.

—Tuvo una revelación.

La mirada de Quaid parecía la de un basilisco.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre estaba tan tranquila, ¿verdad? —Quaid hablaba de ella como si hubiera muerto—.

Tranquila, simpática y pensativa.

—Sí, supongo que era todo eso.

—¡Pobre puta! Todo lo que quería era un buen polvo.

Steve sonrió como un chiquillo ante las palabras obscenas de Quaid. Resultaba chocante; era como ver a un profesor con el pene colgando fuera de los pantalones.

—Pasó parte de sus vacaciones aquí.

—¿Aquí?

—En esta casa.

–¿Así que te gusta?

–Es una vaca ignorante. Pretenciosa, débil y estúpida. Pero no te daría, no te daría absolutamente nada.

–¿Te refieres a que no quería joder?

–¡Oh, no! Se bajaba las bragas nada más verde. Eran sus miedos lo que no...

La vieja canción.

–Pero la convencí a su debido tiempo.

Quaid sacó una caja de detrás de una pila de libros de filosofía. En ella había un fajo de fotos en blanco y negro ampliadas al tamaño de una postal doble. Le alcanzó la primera serie a Steve.

–La encerré, Steve. –Quaid lo decía sin emoción–. Para ver si podía obligarla a que diera rienda suelta a sus terrores.

–¿A qué te refieres con eso de encerrarla?

–En el piso de arriba.

Steve se sintió raro. Podía oír cantar sus oídos muy suavemente. El vino peleón siempre le hacía retumbar la cabeza.

–La encerré en el piso de arriba –repitió Quaid–, como experimento. Por eso alquilé esta casa. No había vecinos que escucharan.

Ningún vecino ¿para escuchar qué?

Steve miró la imagen granulada que tenía en la mano.

–Una cámara oculta –explicó Quaid–. Nunca supo que le estaba haciendo fotos.

La foto número uno era de una habitación, pequeña y anodina. Unos pocos muebles normales.

–Ésta es la habitación. Arriba del todo. Caliente. Incluso un poco agobiante. Sin ruidos.

Sin ruidos.

Quaid le alargó la foto número dos.

La misma habitación. Ahora no tenía casi muebles. Un saco de dormir estaba extendido a lo largo de una pared. Una mesa. Una silla. Una bombilla desnuda.

–Así es como lo dispuse para ella.

–Parece una celda.

Quaid gruñó.

Tercera foto. La misma habitación. Sobre la mesa una jarra de agua. En una esquina, un cubo mal cubierto por una toalla.

–¿Para qué es el cubo?

–Tenía que hacer pis.

–Sí.

–Con todas las comodidades –señaló Quaid–. No pretendía reducirla a un estado animal.

Hasta en su bruma etílica, Steve captó la ironía de Quaid. No pretendía reducirla a un estado animal. Sin embargo...

Foto cuatro. Sobre la mesa, en un plato, una tajada de carne. Le sobresale un hueso.

–Buey –indicó Quaid.

–Pero, ¡si es vegetariana!

–Ciento. Está ligeramente salado, bien hecho y es de buena calidad.

Foto cinco. Lo mismo. Cheryl se halla en la habitación. La puerta está cerrada. Está golpeándola con los pies y con las manos; su cara refleja una intensa furia.

–La dejé en la habitación hacia las cinco de la mañana. Estaba dormida: la llevé sobre el lecho yo mismo. Muy romántico. Ella no sabía qué narices estaba pasando.

–¿La encerraste ahí?

–Claro. Un experimento.

–¿No la advertiste?

–Hablamos del terror, ya me conoces. Sabía qué era lo que yo deseaba descubrir. Sabía que necesitaba conejillos de Indias. Cayó en seguida en la cuenta. En cuanto comprendió lo que me traía entre manos se tranquilizó.

Foto seis. Cheryl está sentada en una esquina de la habitación, pensando.

–Creo que pensaba que podría tener más paciencia que yo.

Foto siete. Cheryl mira la pierna de buey. Echa ojeadas a la mesa.

–Bonita foto, ¿no te parece? Mira su expresión de asco. Odiaba hasta el olor de carne cocinada. Aún no estaba hambrienta, naturalmente.

Ocho: duerme.

Nueve: hace pis. Steve se sintió incómodo al ver a la chica esparrizada sobre el cubo, con las

bragas en los tobillos. Tenía manchas de lágrimas en la cara.

Diez: bebe agua de la jarra.

Once: vuelve a dormir, de espaldas a la habitación, enroscada como un feto.

–¿Cuánto tiempo ha pasado en la habitación?

–Esto era cuando sólo llevaba catorce horas. Perdió muy pronto la noción del tiempo. No había cambios de luz. Su reloj corporal se estropeó en seguida.

–¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

–Hasta que se demostró mi idea.

Doce: despierta, se pasea alrededor de la carne que está sobre la mesa; se advierte que la mira subrepticiamente.

–Ésta se tomó la mañana siguiente. Estaba dormida. La cámara sacaba fotos cada cuatro horas. Mira sus ojos...

Steve escrutó más de cerca la fotografía. Había algo de desesperación en su cara: una mirada extraviada, salvaje. Por la forma en que contemplaba la carne parecía intentar hipnotizarla.

–Tiene aspecto de enferma.

–Está cansada, eso es todo. De hecho durmió mucho, pero eso sólo parecía dejarla más exhausta que antes. Ahora ya no sabe si es de día o de noche. Y tiene hambre claro. Lleva un día y medio. Está más que un poco hambrienta.

Trece: duerme otra vez, enroscada en una bola aún más pequeña, como si quisiera tragarse a sí misma.

Catorce: bebe más agua.

–Cambié la jarra mientras dormía. Dormía profundamente: podría haber cantado y bailado y no se hubiera despertado. Perdida para el mundo.

Hizo una mueca. «Loco –pensó Steve–. Este tío está loco.»

–¡Dios, aquello apestaba! Ya sabes cómo huelen a veces las mujeres: no es sudor, es otra cosa. Un olor denso, a carne. Sangriento. A eso llegó a finales de su estancia. No era lo que yo había planeado.

Quince: toca la carne.

–Aquí se ve su primer desfallecimiento –dijo Quaid con un júbilo tranquilo en la voz–. Aquí empieza el terror.

Steve estudió la foto de cerca. El granulado de la copia difuminaba los detalles, pero la pobre muchacha estaba sufriendo, eso seguro. Tenía la cara fruncida, dividida entre el deseo y la repulsión, mientras tocaba la carne.

Dieciséis: volvía a estar en la puerta, lanzándose contra ella, y todo su cuerpo temblaba. Su boca era una mueca negra de angustia; le chillaba a la puerta inerte.

–Siempre que se había enfrentado con la carne acababa sermoneándome.

–¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

–Casi tres días. Estás viendo a una mujer hambrienta.

No resultaba difícil apreciarlo. En la foto siguiente estaba de pie, tranquila, con los ojos apartados de la tentación de la comida, todo su cuerpo tenso ante el dilema.

–La estás matando de hambre.

–Se puede pasar fácilmente diez días sin comer. Los atracones son frecuentes en cualquier país civilizado, Steve. El seis por ciento de la población británica está obesa desde el punto de vista clínico en un momento u otro. De todas formas, estaba demasiado gorda.

Dieciocho: la chica gorda está sentada en la esquina de la habitación, llorando.

–Por entonces empezó a tener alucinaciones. Pequeños tics mentales. Creía sentir algo en el pelo o en el dorso de la mano. A veces se quedaba mirando al aire sin ver nada.

Diecinueve: se lava. Está desnuda hasta la cintura; tiene los pechos gruesos, la cara desprovista de expresión. La carne de buey presenta un tono más oscuro que en las fotos anteriores.

–Se lavaba con regularidad. Nunca pasaban doce horas sin que se aseara de la cabeza a la punta de los pies.

–La carne parece...

–¿Pasada?

–Oscura.

–Hace calor en su cuartito, y hay unas pocas moscas con ella. Han encontrado la carne y han depositado sus huevos. Sí, está madurando perfectamente.

–¿Forma eso parte del plan?

–Claro. Si la carne le asqueaba cuando estaba fresca, ¿cuál no será su repugnancia ante una

carne podrida? Este es el punto crucial de su dilema, ¿no? Cuanto más espere a comer, más asco le dará lo que tiene para alimentarse. Por una parte está encerrada con su propio horror de la carne, y por otra, con su terror a la muerte. ¿Cuál de los dos cederá primero?

Steve estaba tan encerrado como ella.

Por una parte esta broma empezaba a resultar demasiado pesada, y el experimento de Quaid se había convertido en un ejercicio de sadismo. Por otra parte, quería saber hasta dónde llegaba la historia. Había algo sin duda fascinante en ver sufrir a la mujer.

Las siete fotos siguientes –veinte, veintiuno, dos, tres, cuatro, cinco, seis– reflejaban la misma rutina circular. Dormir, lavarse, hacer pis, mirar la carne. Dormir, lavarse, hacer pis...

Y luego venía la veintisiete.

–¿Ves?

Coge la carne.

Sí, la coge, con la cara llena de horror. La pata de buey parece más que pasada; está salpicada de huevos de mosca. Hinchada.

–La muerde.

En la siguiente fotografía tiene la cara hundida en la carne. Steve creyó notar el sabor a carne podrida en la garganta. Su mente ideó un hedor apropiado y creó una salsa de podredumbre que saborear con la lengua. ¿Cómo pudo hacerlo Cheryl?

Veintinueve: está vomitando en el cubo de la esquina del cuarto.

Treinta: está sentada y mira la mesa. Está vacía. Ha tirado la jarra de agua contra la pared. El plato está roto. El buey está tirado en el suelo en un charco putrefacto.

Treinta y uno: duerme. Tiene la cabeza escondida entre los brazos.

Treinta y dos: está de pie. Mira otra vez la carne, desafiándola. El hambre que siente se le ve en la cara. El asco, también.

Treinta y tres: duerme.

–¿Cuánto lleva ahora? –preguntó Steve.

–Cinco días. No, seis.

Seis días.

Treinta y cuatro: Es una forma borrosa que aparentemente se abalanza contra una pared. A lo mejor la golpea con la cabeza, Steve no lo pudo distinguir. No tenía ninguna intención de preguntarlo. Algo en él no lo quería saber.

Treinta y cinco: duerme de nuevo, esta vez debajo de la mesa. El saco de dormir está hecho pedazos, jirones de ropa y trozos de estopa cubren la habitación.

Treinta y seis: habla a la puerta, a quien esté del otro lado, sabiendo que no obtendrá respuesta.

Treinta y siete: se come la carne rancia.

Se sienta tranquilamente bajo la mesa, como un hombre primitivo en su cueva, y tira de la carne con los incisivos. Su cara vuelve a carecer de expresión; todas sus energías se concentran en la decisión que ha tomado. Comer. Comer hasta que desaparezca el hambre, hasta que desaparezcan la angustia de su estómago y el mareo de su cabeza.

Steve contempló la foto.

–Me sorprendió –comentó Quaid– lo súbito de su derrota. En un momento dado parecía seguir tan resistente como siempre. El monólogo que recitó ante la puerta era la misma mezcla de amenazas y excusas que profería día sí día no. Y entonces se vino abajo. Así de sencillo. Se acuclilló bajo la mesa y se comió la carne hasta el hueso como si fuera un trozo selecto.

Treinta y ocho: duerme. La puerta está abierta. Entra luz. Treinta y nueve: el cuarto está vacío.

–¿Adónde fue?

–Bajó las escaleras. Entró en la cocina, bebió varios vasos de agua y se sentó en una silla tres o cuatro horas sin decir una sola palabra.

–¿Le hablaste?

–Como de pasada. Cuando empezó a salir de su estado amnésico. El experimento había acabado. No quise hacerle daño.

–¿Qué dijo ella?

–Nada.

–¿Nada?

–Absolutamente nada. Durante mucho tiempo creo que ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba en la habitación. Luego cociné unas patatas y se las comió.

–¿No intentó llamar a la policía?

–No.

–¿Nada de violencia?

–Nada. Sabía lo que yo había hecho y por qué. No fue premeditado, pero habíamos hablado de experimentos parecidos en conversaciones abstractas. En realidad no había sufrido ningún daño. A lo mejor perdió un poco de peso, pero eso fue todo.

–¿Dónde está ahora?

–Se fue el día siguiente. No sé a dónde.

–¿Y qué demostró todo eso?

–Absolutamente nada, a lo mejor. Pero supuso un interesante punto de partida para mis investigaciones.

–¿Punto de partida? ¿Fue sólo un punto de partida?

Había un asco manifiesto en el tono que empleó Steve con Quaid.

–Stephen...

–¡Podías haberla matado!

–No.

–Podía haberse vuelto loca. Desequilibrada para siempre.

–Posible, pero improbable. Era una mujer de mucho carácter.

–Pero tú pudiste con ella.

–Sí. Era un paso que estaba dispuesta a dar. Habíamos hablado de que se enfrentara a su miedo. Así que ahí estaba yo, permitiendo que Cheryl hiciera justamente eso. Nada importante, en realidad.

–La obligaste a hacerlo. Si no, no habría pasado por ello.

–Ciento. Le resultó instructivo.

–O sea que ahora eres profesor.

Steve habría deseado evitar aquel tono sarcástico, pero no pudo. Sentíase invadido por el sarcasmo y la cólera, y experimentaba un poco de miedo.

–Sí, soy profesor. –Quaid observó de reojo a Steve, con la mirada extraviada–. Enseño terror a la gente.

Steve miró al suelo.

–¿Estás satisfecho con lo que has enseñado?

–Y aprendido, Steve. También he aprendido. Es una perspectiva muy emocionante; todo un mundo de miedos por investigar. Especialmente con sujetos inteligentes. Incluso racionalizándolo...

Steve se levantó.

–¡No quiero oír nada más!

–¿Eh? De acuerdo.

–Mañana temprano tengo clases.

–No.

–¿Qué?

Un latido, un titubeo.

–No. No te vayas aún.

–¿Por qué?

Tenía el corazón acelerado. Nunca había comprendido cuánto temía a Quaid.

–Tengo más libros que darte.

Steve notó que se sonrojaba. Ligeramente. ¿Qué había pensado un momento antes? ¿Que Quaid iba a derribarlo de un puñetazo y a empezar a experimentar con sus temores?

No. Eso era una idiotez.

–Tengo un libro sobre Kierkegaard que te gustará. Arriba. Tardo dos minutos.

Quaid abandonó la habitación sonriendo.

Steve se acuclilló sobre sus caderas y empezó a juntar las fotografías. El momento en que Cheryl cogió por primera vez la carne podrida era el que más le fascinaba. Tenía una expresión en la cara totalmente distinta a la de la mujer que él había conocido. Llevaba marcada la duda, la confusión y un hondo...

Terror.

Era la palabra que usaba Quaid. Una palabra asquerosa. Una palabra obscena, asociada a partir de esa noche a la tortura infligida por Quaid a una chica inocente.

Durante un instante Steve pensó qué expresión tendría su propia cara mientras examinaba la fotografía. ¿No había algo de aquella misma confusión en sus propios rasgos? Y tal vez también algo de aquel terror, en espera de ser liberado.

Oyó un ruido a su espalda. Era demasiado suave; no podía haberlo producido Quaid.

A no ser que anduviera sigilosamente.

¡Oh, Dios! A no ser que...

Estamparon un paño con cloroformo contra su boca y sus fosas nasales. Inhaló involuntariamente, y los vapores le hicieron cosquillas en la pituitaria y rompió a llorar.

Una mancha negra apareció en una esquina del mundo, fuera de la vista, y ese borrón empezó a crecer, acompañándose con el ritmo de su corazón cada vez más acelerado.

En el centro de su cabeza «veía» la voz de Quaid como si fuera un velo. Pronunciaba su nombre.

—Stephen.

Otra vez.

—...ephen.

—...phen.

—...hen.

—...en.

La mancha ocupaba todo el mundo. El mundo estaba negro; había desaparecido. De la vista, de la mente.

Steve se cayó desgarbadamente sobre las fotografías.

Cuando despertó no era consciente de su propia conciencia. Había oscuridad por todas partes. Estuvo tumbado una hora con los ojos bien abiertos antes de darse cuenta de que los tenía abiertos.

Como prueba, movió primero los brazos y las piernas; luego la cabeza. No estaba atado, como esperaba, salvo por el tobillo. Decididamente, había una cadena o algo similar alrededor de su tobillo izquierdo. Le irritaba la piel cuando trataba de alejarse demasiado.

El suelo que tenía debajo era muy incómodo, y cuando lo investigó detenidamente con la palma de la mano se dio cuenta de que estaba tumbado sobre una gran rejilla o una especie de verja. Era de metal y, hasta donde le alcanzaban los brazos, tenía una superficie completamente regular. Cuando introdujo el brazo por los agujeros de la rejilla no tocó nada. Sólo aire y vacío por debajo de él.

Las primeras fotos infrarrojas que sacó Quaid del encierro de Stephen mostraban su exploración. Como había supuesto, el sujeto estaba haciendo frente a su condición muy racionalmente. Nada de histerias. Nada de blasfemias. Ni una lágrima. Ése era el desafío que planteaba a aquel sujeto en particular. Sabía con precisión qué estaba ocurriendo, y reaccionaría con lógica ante sus temores. Seguramente se protegería con una voluntad más difícil de doblegar que la de Cheryl.

Pero los resultados serían mucho más gratificantes cuando se viniera abajo. ¿No se abriría entonces su alma para que Quaid la viera y la tocara? Aquel hombre tenía dentro tantas cosas que él deseaba estudiar...

Los ojos de Steve se acostumbraron gradualmente a la oscuridad.

Estaba aprisionado en lo que parecía una especie de conducto. Calculó que tendría unos seis metros de profundidad y que era de sección completamente redonda. ¿Se trataría de una especie de pozo de ventilación para un túnel o una fábrica subterránea? El cerebro de Steve se representó el mapa del área de la calle Pilgrim, intentando imaginar dónde estaba. No se le ocurría ningún sitio.

Ningún sitio.

Estaba perdido en un lugar que no podía determinar ni reconocer. El conducto no tenía rincones que pudieran servir de referencia, y las paredes no presentaban grietas ni agujeros en que refugiar la conciencia.

Peor aún: estaba tumbado con los miembros extendidos sobre una rejilla suspendida sobre un pozo. Sus ojos no podían discernir nada de la oscuridad que tenía debajo; parecía que el pozo no tuviera fondo. Y la caída sólo la impedían la delgada red de la rejilla y la frágil cadena que amarraba a ella su tobillo.

Se vio a sí mismo en equilibrio entre un cielo negro vacío y una oscuridad infinita. El aire estaba caliente y viciado. Secó las lágrimas que le habían asomado a los ojos, dejándolos pegajosos. Cuando empezó a gritar pidiendo ayuda, cosa que hizo después de llorar, la oscuridad se tragó en seguida sus palabras.

Después de gritar hasta enronquecer se volvió a tumbar sobre la rejilla. No podía evitar pensar

que bajo el frágil lecho se encontraban las tinieblas más absolutas. Era absurdo, naturalmente. «Nada es eterno», dijo en voz alta.

Nada es eterno.

Y, sin embargo, nunca lo sabría. Si cayera en la oscuridad absoluta que tenía a sus pies, caería, caería y caería sin ver el fondo del pozo. Aunque se esforzaba por pensar en imágenes más brillantes y optimistas, su mente sólo evocaba su cuerpo precipitándose por el horrible pozo, con el fondo a medio metro de su cuerpo en vilo y sin que sus ojos lo vieran o su cerebro lo predijera.

Hasta que tocata fondo.

¿Vería luz cuando su cabeza estallara por el golpe?

¿Comprendería la razón de su vida y de su muerte en el momento en que su cuerpo se redujera a menudillos?

Y luego pensó que Quaid no se atrevería.

—¡No se atreverá! —gritó—. ¡No se atreverá!

Las tinieblas se tragaban con glotonería sus palabras. Por mucho que les chillara, era como si nunca hubiera proferido un grito.

Y luego se le ocurrió otra idea: una auténtica perversidad. ¿Y suponiendo que Quaid hubiera encontrado ese infierno circular para depositarlo porque *nunca* lo encontrarían, *nunca* lo investigarían? A lo mejor quería llevar sus experimentos hasta el último extremo.

Hasta el último extremo. La muerte se encontraba en el último extremo. ¿Y no sería ése el experimento definitivo de Quaid? Observar la muerte de un hombre: observar cómo crecía su miedo a la muerte, el filón primigenio del terror. Sartre escribió que ningún hombre podría conocer jamás su propia muerte. Pero conocer íntimamente la muerte ajena —contemplar las acrobacias que seguramente realizaría la mente para disfrazar la amarga verdad—, ésa era toda una clave para descubrir su naturaleza, ¿no? Hasta cierto punto, eso prepararía a un hombre para su muerte. Vivir de forma indirecta el terror de otro era la forma más segura e inteligente de tocar a la bestia.

«Sí —pensó—, Quaid podría matarme a causa de su propio terror.» Steve encontró un amargo consuelo en esa idea. Que Quaid, el experimentador imparcial, el futuro educador, estaba obsesionado por los terrores porque el suyo era todavía más profundo.

Por eso tenía que observar a los demás enfrentarse a sus propios miedos. Necesitaba una solución, una fórmula para huir de sí mismo.

Pensar en todo esto le llevó horas. En la oscuridad el cerebro de Steve era como el azogue, sólo que incontrolable. Le resultaba difícil seguir el desarrollo de una idea demasiado tiempo. Sus pensamientos eran como peces pequeños, rápidos, que se le escurrían de la mano en cuanto conseguía apresarlos.

Pero por debajo de cada pliegue de su pensamiento se encontraba la decisión de dejar a Quaid fuera de juego. Eso era seguro. Debía conservar la calma, demostrar que era un sujeto poco interesante para su estudio.

Las fotografías correspondientes a esas horas mostraban a Stephen tumbado sobre la rejilla con los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido. Paradójicamente, de vez en cuando una sonrisa asomaba por un segundo a sus labios. A veces resultaba imposible saber si estaba dormido o despierto, pensando o soñando.

Quaid esperaba.

De cuando en cuando, los ojos de Steve se movían bajo sus párpados, un indicio inconfundible de que estaba soñando. Cuando el sujeto dormía era el momento de darle la vuelta a la parrilla...

Steve se despertó maniatado. Pudo ver cerca de sí un cuenco de agua sobre un plato; y otro cuenco lleno de gachas de avena tibias y sin sal, al lado. Comió y bebió agradecido.

Dos cosas ocurrieron mientras comía. Primero, el ruido que hacía al comer sonaba muy fuerte dentro de su cabeza; y segundo, notaba cierta presión y rigidez en las sienes.

En las fotografías se ve a Stephen cogiéndose torpemente la cabeza. Tiene atado un arnés con el cerrojo echado. Los bornes se le hunden en los oídos, evitando que penetre ningún ruido.

Las fotos revelan su desconcierto. Luego su ira. Despues su miedo.

Steve estaba sordo.

Todo lo que podía oír eran los ruidos de su cabeza. Los chasquidos de sus dientes. Los sorbidos y el chapoteo de la saliva en el paladar. Los ruidos retumbaban entre sus oídos como cañonazos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pegó un puntapié a la rejilla sin oír el choque de sus tacones contra las barras metálicas. Chilló hasta que la garganta le dolió como si sangrara. No oyó ninguno de sus chillidos.

El pánico empezó a hacer mella en él.

Las fotos mostraban cómo surgió. Tenía la cara enrojecida, los ojos muy abiertos, los dientes y encías al descubierto en una mueca.

Parecía un mono asustado.

Le invadieron todas las sensaciones familiares de su infancia. Las recordaba como las caras de viejos enemigos: el temblor de los miembros, el sudor, la náusea. Desesperado, cogió el tazón de agua y se lo volcó en la cabeza. Momentáneamente, la impresión del agua fría apartó su mente de la escalera hacia el pánico por la que trepaba. Se volvió a tumbar sobre la rejilla, con el cuerpo como una tabla, y se propuso respirar despacio y profundamente.

«Relájate, relájate, relájate», dijo en voz alta.

En su cabeza podía oír el chasquido de la lengua. También oía su mucosa evolucionar perezosamente por los pasadizos de la nariz obstruidos por el pánico, que le taponaba y destaponaba los oídos. Ya podía identificar el suave y ligero siseo que se escondía detrás de los demás ruidos. Era el sonido de su cerebro...

Era parecido a ese espacio mudo que hay entre las emisoras de radio; era el mismo quejido que se apoderaba de él bajo la acción de la anestesia, el mismo sonido que zumbaba en sus oídos cuando estaba a punto de dormir.

Sus miembros aún se retorcían convulsivamente, y sólo era consciente a medias de cómo luchaba contra los nudos que lo esposaban, indiferente al hecho de que las cuerdas le despuelajaran las muñecas,

Las fotografías grabaron con precisión todas estas reacciones. Su guerra contra la histeria: sus patéticos esfuerzos por impedir que sus miedos volvieran a salir a flote. Las lágrimas. Las muñecas ensangrentadas.

Finalmente, como tantas veces le había ocurrido de pequeño, el cansancio pudo más que el pánico. ¿Cuántas veces se había quedado dormido, incapaz de seguir luchando, con el sabor salado de las lágrimas en la nariz y en la boca?

El esfuerzo había elevado el volumen de los ruidos de su cabeza. Ahora, en vez de entonar una nana, el cerebro le pitaba y gritaba para que se durmiera.

¡Qué bueno era olvidar!

Quaid se sentía defraudado. Desde luego, por la velocidad de su respuesta quedaba claro que Stephen Grace se iba a derrumbar en seguida. En realidad, a las pocas horas del experimento, ya casi se había venido abajo. Y Quaid había confiado en Stephen. Después de meses de preparar el terreno, parecía que su sujeto iba a enloquecer sin revelar una sola clave.

Una palabra, una miserable palabra era todo lo que necesitaba. Una pequeña señal acerca de la naturaleza de su experiencia. O, mejor aún, algo que sugiriera una solución, un tótem salvador, incluso una plegaria. Seguramente cuando una personalidad se ve arrastrada hacia la locura le acude algún salvador a la boca. Debe haber algo.

Quaid esperaba como el ave de presa en el escenario de una carnicería, contando los minutos que le quedaban al alma agonizante, ansiando un pedazo.

Steve se despertó cabeza abajo sobre la rejilla. El aire todavía estaba más viciado, y las barras de metal se le clavaban en las mejillas. Tenía calor y estaba incómodo.

Siguió tumbado tranquilamente, dejando que los ojos se volvieran a acostumbrar a su entorno. Las líneas de la rejilla se alejaban en una perfecta perspectiva hasta la pared del pozo. La sencilla red de barras en cruz le pareció hermosa. Sí, hermosa. Acarició las líneas hacia delante y hacia atrás hasta que se cansó del juego. Aburrido, se dio la vuelta para quedar boca arriba, sintiendo las vibraciones de la rejilla bajo su cuerpo. ¿Era menos estable ahora? Parecía mecerse un poco cuando él se movía.

Caliente y sudoroso, Steve se desabrochó la camisa. Tenía en la barbilla babas segregadas durante el sueño, pero no se ocupó de secárselas. ¿Y qué, si babeaba? ¿Quién lo iba a ver?

Se quitó a medias la camisa, y con un pie, el zapato del otro pie.

Zapato: rejilla: caída. Su cerebro estableció perezosamente la relación. Se sentó. ¡Pobre zapato! Se iba a caer. Resbalaría entre las barras y lo perdería. Pero no. Estaba en perfecto equilibrio entre los dos lados de un agujero de la rejilla; aún lo podía recuperar si lo intentaba.

Se estiró hacia su pobre, miserable zapato, y al moverse hizo que la rejilla cambiara de posición.

El zapato empezó a resbalar.

—Por favor —le suplicó—, no te caigas.

No quería perder su bonito zapato, su hermoso zapato. No debía caerse. No debía.

Al estirarse para agarrarlo, el zapato se desequilibró del lado del tacón y se cayó por la reja a la oscuridad.

Aquella pérdida le arrancó un grito que no pudo oír.

¡Oh, si sólo hubiera podido oír cómo caía su zapato! Contar los segundos de la caída. Oírlo caer ruidosamente al fondo del pozo. Así por lo menos habría sabido cuánto tendría que caer hasta morir.

Ya no podía soportarlo más. Se dio la vuelta sobre el estómago y, boca abajo, introduciendo los dos brazos por sendos huecos, chilló:

—¡Yo también bajaré! ¡Yo también bajaré!

No podía soportar estar esperando caerse en la oscuridad, en el silencio gimoteante; sólo quería ir detrás de su zapato por el oscuro pozo hasta morir, y acabar con el juego de una vez por todas.

—¡Iré! ¡Iré! ¡Iré! —exclamó.

Lo juró solemnemente.

Bajo él, la rejilla se movió.

Algo se había roto. La tuerca, cadena o cuerda que sujetara la rejilla se había partido. Ya no estaba en posición horizontal; estaba resbalando por las barras que lo inclinaban del lado de la oscuridad.

Advirtió sorprendido que ya no tenía los miembros atados.

Se iba a caer.

El hombre quería que se cayera. El hombre malvado... ¿Cómo se llamaba? ¿Quake? ¿Quail? ¿Quarrel?

En un gesto automático, asíó la rejilla con las dos manos al inclinarse ésta aún más. A fin de cuentas, a lo mejor no quería caer en busca de su zapato. A lo mejor la vida, un breve instante más de vida, merecía la pena...

La oscuridad al borde de la rejilla era tan profunda... ¿Y quién sabía qué rondaría en ella?

En su cabeza se multiplicaron los ruidos del pánico. El latido de su maldito corazón, el tartamudeo de la mucosa, el chirrido seco del paladar. Las manos, resbaladizas de sudor, estaban perdiendo el control. La gravedad lo atraía. Exigía sus derechos sobre la masa de aquel cuerpo; pedía que se cayera. Por un momento, después de echar una ojeada a la boca que se abría a sus pies, creyó ver monstruos agitarse en el fondo. Cosas ridículas, estrañas, dibujos toscos, negro sobre negro. Infames imágenes lo miraron con malicia desde el fondo de su infancia y abrieron sus garras para atraparlo por las piernas.

—¡Mamá! —llamó, cuando sus manos soltaron presa y quedó a merced del terror.

—¡Mamá!

Ésa era la palabra. Quaid la oyó claramente, en toda la extensión de su banalidad.

—¡Mamá!

Para cuando Steve llegó al fondo del pozo era incapaz de juzgar cuánto había caído. En el momento en que sus manos se soltaron de la rejilla y supo que las tinieblas se lo tragarián, el cerebro se le bloqueó. El instinto animal hizo que su cuerpo se relajara, evitándole cualquier herida grave a causa del impacto. El resto de su vida, excepto las reacciones más simples, estaba destrozado, y los añicos se ocultaron en los recodos de su memoria.

Cuando por fin se hizo la luz, levantó la mirada hacia la persona que estaba en la puerta, con una máscara del ratón Mickey, y le sonrió. Fue una sonrisa de niño, de agradecimiento para con su cómico salvador. Dejó que el hombre lo cogiera de los tobillos y lo sacara a rastras de la gran habitación redonda en que estaba tumbado. Tenía los pantalones mojados y sabía que se había ensuciado mientras dormía. Pero por eso mismo el ratón divertido le daría un beso aún más grande.

La cabeza le bailaba sobre los hombros cuando lo sacaron de la cámara de tortura. En el suelo, al lado de su cabeza, había un zapato. Y unos dos metros y medio por encima de él se encontraba la rejilla de la que había caído.

Aquello ya no significaba nada para él.

Dejó que el ratón lo sentara en una habitación iluminada. Dejó que le devolviera la audición, aunque en realidad no la quería para nada. Resultaba divertido contemplar el mundo sin sonido; le hacía reír.

Bebió un poco de agua y comió un poco de tarta dulce.

Estaba cansado. Quería dormir. Quería a su mamá. Pero el ratón no parecía comprenderlo, así que lloró y pateó la mesa y tiró los platos y las tazas al suelo. Luego se fue corriendo a la habitación contigua y tiró por el aire todos los papeles que encontró. Era hermoso verlos volar para arriba y caer revoloteando. Unos caían hacia abajo, otros hacia arriba. Unos estaban escritos. Otros eran fotos.

Fotos horribles. Fotos que le causaban una sensación muy extraña.

Absolutamente todas las fotos eran de gente muerta. Algunas, de niños pequeños; otras, de niños ya crecidos. Estaban tumbados o medio sentados, y tenían profundos cortes en la cara y en el cuerpo, cortes que ponían al descubierto algo asqueroso, una especie de revoltijo de trocitos brillantes y trocitos que supuraban. Y alrededor de los muertos había pintura negra. No eran manchas definidas, sino más bien salpicaduras, con huellas digitales y marcas de manos y muy caóticas.

En tres o cuatro fotos se veía el instrumento que había realizado los tajos. Sabía cómo se llamaba.

Hacha.

La cara de una mujer tenía un hacha hundida casi hasta el mango. Había un hacha en la pierna de un hombre, y otra tirada en el suelo de una cocina junto a un bebé muerto.

Aquel hombre coleccionaba fotos de muertos y de hachas, cosa que a Steve le resultó extraña.

Ésa fue su última idea hasta que el aroma demasiado familiar del cloroformo invadió su cabeza y perdió la conciencia.

El sórdido pasillo olía a orina rancia y a vómito fresco. Era su propio vómito; le cubría todo el pecho. Trató de levantarse, pero las piernas le temblaban. Hacía mucho frío. Le dolía la garganta.

Entonces oyó pasos. Parecía que el ratón volvía. A lo mejor lo llevaba a casa.

—Levántate, hijo.

No era el ratón. Era un policía.

—¿Qué haces ahí abajo? Te he dicho que te levantes.

Apoyándose contra los ladrillos deshechos del pasillo, Steve logró ponerse de pie. El policía lo enfocó con una linterna.

—¡Jesucristo! —exclamó, con el asco pintado en la cara—. Estás hecho una auténtica mierda.

—Dónde vives?

Steve negó con la cabeza, mirando su camisa empapada de vómito como un colegial avergonzado.

—¿Cómo te llamas?

No conseguía recordarlo.

—Tu nombre, chico.

Lo estaba intentando recordar. ¡Si por lo menos el policía no gritara tanto!

—Vamos, domínate.

Las palabras no tenían demasiado sentido. Steve notaba que las lágrimas le escocían en el fondo de los ojos.

—Casa.

Ahora estaba haciendo pucheros, tragándose los mocos; se sentía completamente desamparado. Quería morirse; echarse en el suelo y morir.

El policía lo agitó.

—¿Estás en plena subida de algo? —le preguntó, sacando a Steve a la luz de las farolas y examinándole la cara manchada de lágrimas.

—Harías mejor en moverte.

—¡Mamá! —llamó Steve—. Quiero a mi mamá.

Esas palabras cambiaron por completo el curso de la conversación.

De repente, al policía el espectáculo le pareció más que repugnante o lamentable. Aquel pequeño bastardo con los ojos inyectados en sangre y la cena en la camisa le estaba crispando los nervios. Demasiado dinero, demasiada suciedad en las venas y nada de disciplina.

«Mamá» fue la gota que colmó el vaso. Le pegó un puñetazo a Steve en el estómago, un directo limpio, seco, funcional. Steve se encorvó lloriqueando.

—¡Cállate, hijo!

Otro puñetazo remató la faena de noquear al chico, y entonces le cogió por un mechón de pelo y acercó la cara del pequeño drogadicto a la suya.

—¿Quieres ser un paria, no es cierto?

—¡No, no!

Steve no sabía lo que era un paria; sólo trataba de congraciarse con el policía.

—Por favor —dijo, a punto de echarse otra vez a llorar—, lléveme a casa.

El policía pareció sorprendido. El chico no se había puesto a defenderse ni a invocar sus

derechos, como hacían casi todos. Así solían acabar: en el suelo, con la nariz partida y llamando a un asistente social. Aquél sólo lloraba. Le empezó a dar mala espina. Quizás estuviera loco o algo parecido. Y le había pegado una paliza de órdago al pequeño mocoso. ¡Joder! Ahora se sentía responsable. Cogió a Steve del brazo y lo llevó hecho un ovillo a su coche, al otro lado de la calle.

—Entra.

—Lléveme...

—Te llevaré a casa, hijo. Te llevaré a casa.

En el refugio nocturno rebuscaron entre la ropa de Steve alguna señal de identidad sin encontrar ninguna, y luego le desinfectaron el cuerpo por si tenía pulgas y el cabello por si estaba infestado de liendres. Entonces se marchó el policía, cosa que tranquilizó a Steve. No le había gustado aquel tipo.

La gente del refugio hablaba de él como si no estuviera en la habitación. Se refería a lo joven que era, discutía acerca de su edad mental, sus ropas, su aspecto. Luego le dieron una pastilla de jabón y le indicaron dónde estaban las duchas. Permaneció diez minutos bajo el agua y se secó con una toalla sucia. No se afeitó, aunque le habían dejado una navaja. Había olvidado cómo se hacía.

Más tarde le dieron ropas viejas, que le gustaron. No eran personas tan malas, aunque hablaban de él como si no estuviera presente. Uno de aquellos hombres incluso le sonrió; era fornido y tenía una barba parda. Le sonrió como a un perro.

Las ropas que le dieron estaban desparejadas. Eran demasiado pequeñas o demasiado grandes. Y de todos los colores: calcetines amarillos, una camisa de un blanco sucio, pantalones a rayas hechos para un glotón, un jersey raído y pesadas botas. Le gustaba vestirse, ponerse dos chaquetas y dos pares de calcetines cuando no lo miraban. Se sentía seguro con varias capas de algodón y lana envueltos a su alrededor.

Luego lo dejaron con un billete para la cama en la mano y se quedó esperando la apertura de los dormitorios. No estaba impaciente como los que se encontraban con él en el pasillo. Muchos gritaban incoherentemente acusaciones salpicadas de obscenidades y se escupían unos a otros. Le asustaban. Sólo quería dormir. Tumbarse y dormir.

A las once, uno de los guardas abrió la puerta del dormitorio y todos aquellos desechos se precipitaron para hacerse con una cama de hierro donde pasar la noche. El dormitorio, amplio y mal iluminado, apestaba a desinfectante y a gente mayor.

Esquivando los ojos y los brazos agresivos de los otros parias, Steve encontró una cama mal hecha, con una fina manta tirada por encima, y se tumbó a dormir. A su alrededor, los hombres tosián, murmuraban y lloraban. Uno recitaba sus oraciones echado sobre una almohada gris, mirando el techo. Steve pensó que era una buena idea, y se puso a rezar la oración de su infancia:

*Dulce Jesús, dócil y bondadoso,
cuida a este niño pequeño,
compadécete de mí...*

¿Cómo seguía?

*Compadécete de mi simplicidad,
permite que llegue hasta ti.*

Eso le hizo sentirse mejor, y su sueño, melancólico y profundo, fue como un bálsamo.

Quaid estaba sentado en la oscuridad. El terror se había vuelto a apoderar de él; era peor que nunca. Tenía el cuerpo rígido de miedo; tanto que ni siquiera podía levantarse de la cama y encender la luz. Además, ¿y si esta vez, esta vez entre todas las veces, el terror estuviera justificado? ¿Y si el hombre del hacha estuviera en carne y hueso detrás de la puerta? Sonriéndole como un bobo, danzando demoníacamente en lo alto de las escaleras, como lo había visto Quaid en sueños, bailando y riendo, riendo y bailando.

No hubo un solo movimiento. Ni crujidos en la escalera ni risas tontas en las sombras. No era él, después de todo. Quaid viviría hasta la mañana siguiente.

Tenía el cuerpo un poco más relajado. Sacó las piernas del lecho y encendió la luz. La habitación estaba efectivamente vacía. La casa permanecía en silencio. Por la puerta abierta podía ver la parte superior de las escaleras. No había ningún hombre con un hacha, naturalmente.

Unos gritos despertaron a Steve. Todavía era de noche. No sabía cuánto había dormido, pero los miembros ya no le dolían tanto. Con los codos sobre la almohada, se incorporó a medias y miró por el dormitorio para averiguar a qué se debía la conmoción. Cuatro filas de camas más allá, dos hombres estaban luchando. La manzana de la discordia no estaba nada clara. Simplemente luchaban cuerpo a cuerpo, aferrados como mujeres (el espectáculo hizo reír a Steve), chillando y tirándose del pelo. A la luz de la luna, la sangre de sus caras y manos se veía negra. Uno de ellos, el mayor, cayó sobre su cama gritando:

—¡No iré a la calle Finchley! ¡No me obligarás! ¡No me pegues! ¡No soy el que buscas! ¡De verdad!

El otro no lo escuchaba; era demasiado estúpido o estaba demasiado enloquecido para comprender que el viejo suplicaba que lo dejaran en paz. Animado por los espectadores que se hacinaban en torno a la pelea, el atacante del viejo se había quitado el zapato y azotaba con él a su víctima. Steve oía el impacto del tacón contra la cabeza. Cada golpe iba acompañado de muestras de entusiasmo y de quejas menguantes por parte del viejo.

Súbitamente, los aplausos vacilaron nada más entrar alguien en el dormitorio. Steve no podía distinguir quién era; la muchedumbre congregada en torno a la reyerta le impedía ver la puerta.

Sí que vio, sin embargo, al vencedor alzar el zapato en el aire con un grito final de: «¡Cabrón!». El zapato.

Steve no podía apartar los ojos del zapato. Se elevaba en el aire, volteándose al hacerlo, y luego caía en picado sobre los barrotes como un pájaro herido. Steve lo vio claramente, más claramente de lo que había visto nada durante muchos días.

Cayó cerca de él.

Cayó con un ruido estentóreo.

Cayó de lado, igual que el suyo. Su zapato. El que se quitó con el pie. Sobre la rejilla. En la habitación. En la casa. En la calle Pilgrim.

El mismo sueño despertó a Quaid. Siempre las escaleras. Siempre se veía mirando por el túnel de las escaleras mientras aquella visión ridícula, medio broma y medio horror, avanzaba de puntillas hacia él, riéndose a cada paso.

Antes no había soñado nunca dos veces en una sola noche. Sacó la mano por encima del borde de la cama y buscó a tientas la botella que guardaba por allí. En la oscuridad bebió de ella un trago muy largo.

Steve cruzó la maraña de hombres furiosos sin importarle los gritos o los gruñidos y maldiciones del viejo. A los guardas les estaba costando apaciguar los ánimos. Era la última vez que dejaban entrar al viejo Crowley: siempre organizaba follones. Aquello tenía todas las trazas de acabar en reyerta; costaría horas tranquilizarlos de nuevo.

Nadie le preguntó nada a Steve mientras paseaba por el pasillo, cruzaba la puerta y entraba en el vestíbulo del refugio nocturno. Las puertas de pacientes estaban cerradas, pero el aire nocturno, amargo antes del amanecer, refrescaba al colarse por los resquicios.

La diminuta recepción estaba vacía, y por la puerta Steve vio el extintor de incendios colgado de la pared. Era rojo y brillante. Al lado de él había una manguera larga y negra, enrollada en un tambor rojo como una serpiente dormida. Al lado, colocada sobre dos ganchos en la pared, un hacha.

Un hacha muy bonita.

Stephen entró en la oficina. Cerca de él oyó el ruido de pies corriendo, gritos, un silbido. Pero nadie lo interrumpió mientras hacía amistad con la hacha.

Primero le sonrió.

El filo curvado del hacha le devolvió la sonrisa.

Luego la tocó.

Al hacha pareció gustarle la caricia. Estaba polvorienta y no se había usado en mucho tiempo. Demasiado tiempo. Quería que la cogieran, le hicieran carantoñas y le sonrieran. Steve la descolgó con mucho cuidado y la introdujo bajo su chaqueta para darle calor. Luego salió de la oficina de recepción, atravesó la puerta de batientes y salió a buscar su otro zapato.

Quaid se volvió a despertar.

A Steve le costó poco tiempo orientarse. Dio un saltito al dirigirse hacia la calle Pilgrim. Vestido de tantos colores brillantes, con unos pantalones tan holgados y unas botas tan estúpidas, se sentía como un payaso. Era un chico cómico, ¿verdad? Se rió de sí mismo. Estaba tan gracioso...

El viento empezó a herirlo, poniéndolo frenético al revolotearle en el pelo y dejarle los ojos tan fríos como si fueran dos cubitos de hielo en las cuencas.

Empezó a correr, brincar, bailar, juguetear por entre las calles blancas a la luz de las farolas, y oscuras en los intervalos entre éstas.

Ahora me ves, ahora no. Ahora sí, ahora no...

A Quaid no le había despertado el sueño esta vez. Esta vez había oído un ruido. Era un ruido, sin la menor duda.

La luna se había elevado lo suficiente como para que sus rayos se filtraran por la ventana, la puerta y la parte superior de las escaleras. No había necesidad de encender la luz. Para lo que quería ver no la necesitaba. La parte superior de las escaleras estaba vacía, como siempre.

Entonces crujió el último peldaño; fue un ruido mínimo, como si un suspiro se hubiera posado sobre él.

Así fue como Quaid padeció el terror.

Otro crujido, y el ridículo sueño seguía subiendo las escaleras en su busca. Tenía que ser un sueño. A fin de cuentas no conocía a ningún payaso, a ningún asesino con un hacha. De forma que, ¿cómo iba a ser aquella imagen absurda la misma que lo despertaba noche tras noche, cómo podía ser algo más que un sueño?

Sin embargo, a lo mejor había sueños tan absurdos que sólo podían ser realidad.

«Nada de payasos», se dijo, mientras se quedaba observando la puerta, la escalera y la mancha luminosa de la luna. Quaid sólo había conocido mentes frágiles, tan débiles que no pudieron darle la clave de la naturaleza, el origen o la forma de curar el pánico que ahora lo tenía esclavizado. Cuando se enfrentaban al menor indicio de terror en el corazón de la vida, siempre se venían abajo, quedaban reducidas a polvo.

No conocía payasos; nunca los había conocido ni los conocería jamás.

Y entonces apareció: era el rostro de un idiota. Pálido como una sábana a la luz de la luna, con los rasgos juveniles magullados, hinchados y sin afeitar, una sonrisa franca como la de un niño. Se había mordido el labio de lo excitado que estaba. Tenía la mandíbula inferior llena de sangre y las encías casi negras. Pero no por ello dejaba de ser un payaso. Un payaso, sin discusión posible, aunque el disfraz le quedara mal, incongruente y patético.

El hacha era lo único que no se correspondía con la sonrisa.

Cuando el maníaco realizó pequeños movimientos de carníceros con el arma, la luna se reflejó en ella, y los ojillos negros le brillaron ante la perspectiva de tanta diversión.

Se paró casi en lo más alto de la escalera, pero mientras contempló el terror de Quaid, su sonrisa no decayó en ningún momento.

A Quaid le flaquearon las piernas y cayó de rodillas.

El payaso subió otro peldaño de un brinco, con los ojos relucientes, llenos de una especie de maldad benigna, fijos sobre Quaid. Zarandeaba el hacha con sus manos pálidas, en una pequeña parodia del golpe mortal.

Quaid lo reconoció.

Era su alumno, su conejillo de Indias, transfigurado en la imagen de su propio terror.

Él. Él entre todos los hombres. El niño sordo.

Ahora daba brincos más grandes y hacía ruidos guturales, como imitando la llamada de algún pájaro fantástico. El hacha dibujaba giros cada vez más amplios en el aire, cada uno de ellos más letal que el anterior.

—Stephen —dijo Quaid.

El nombre no le dijó nada a Steve. Sólo vio abrirse una boca y volverse a cerrar. Tal vez saliera

de ella un sonido; tal vez no. No le importaba.

La garganta del payaso emitió un chillido, y el hacha, cogida con las dos manos, se meció sobre su cabeza. En ese preciso instante la pequeña danza alegre se convirtió en una carrera: el hombre del hacha saltó los dos últimos escalones y entró corriendo en la habitación, donde la luz le dio de lleno.

El cuerpo de Quaid se apartó a medias para esquivar el golpe mortal, pero no fue lo suficientemente rápido o elegante. La cuchilla hendió el aire y rajó por detrás su brazo desgarrándole casi todo el tríceps, destrozándole el húmero y abriéndole la carne del antebrazo con un tajo que por poco no le alcanzó la arteria.

El grito de Quaid podría haberse oído a diez casas de distancia, pero esas casas no eran más que escombros. Nadie podía oírlo. Nadie podía acudir a quitarle al payaso de encima.

El hacha, ansiosa de acabar la faena, le estaba rajando el muslo como si fuera un leño. La brillante carne del músculo del filósofo, el hueso y el tuétano quedaban expuestos por profundos tajos de cuatro o diez centímetros de profundidad. A cada golpe, el payaso tiraba del hacha para desclavarla, y el cuerpo de Quaid se sacudía como una marioneta.

Quaid chilló. Quaid suplicó. Quaid intentó convencerlo.

El payaso no oyó una sola palabra.

Sólo oía los ruidos que tenía en la cabeza: los pitidos, los gritos, los aullidos, los zumbidos. Se había refugiado en un lugar del que ningún argumento racional ni amenaza podrían sacarlo. Donde el latido de su corazón era la ley, y el susurro de su sangre, la música.

¡Cómo bailaba el niño sordo! Bailaba como un bobo al ver a su torturador boquear como un pez, con la depravación de su intelecto acallada para siempre. ¡Cómo chorreaba la sangre! ¡Cómo salía a borbotones y a litros!

El pequeño payaso reía contemplando tanta diversión. Tenía un entretenimiento para toda la noche, pensaba. El hacha, amable e inteligente, siempre sería su amiga. Haría cortes transversales y longitudinales, podría cortar en rodajas y amputar, y además podía mantener vivo a aquel hombre si la utilizaba con astucia; vivo durante un buen rato.

Steve estaba más contento que unas pascuas. Tenía el resto de la noche por delante, y toda la música que le apeteciera oír resonaba en su cabeza.

Y Quaid comprendió, al encontrarse con la mirada ausente del payaso por entre un ambiente ensangrentado, que había algo peor en el mundo que el terror. Peor que la propia muerte.

Era el sufrimiento sin esperanza de salvación. Era la vida que se negaba a acabar mucho después de que el cerebro le hubiera pedido al cuerpo que dejara de existir. Y lo peor de todo: había sueños que se hacían realidad.

1.-El autor hace un juego de palabras intraducible, basándose en la semejanza fonética de Quaid con *quake* (temblor), *quail* (codorniz o acobardarse) y *quarrel* (riña) (*N. del T.*)

ESPECTÁCULO INFERNAL

Aquel septiembre el infierno ascendió a las calles y plazas de Londres, gélido porque procedía del mismo corazón del Noveno Círculo, y demasiado congelado como para que lo calentara el bochorno de un veranillo de San Martín. Lo había planeado todo tan cuidadosamente como siempre, por mucho que los planes no fueran más que eso, y, además, frágiles. Quizás esta vez se mostrara más melindroso que de costumbre, pues comprobó dos o tres veces hasta el último detalle para asegurarse de que tenía todas las posibilidades de ganar aquel juego vital.

Nunca había carecido de espíritu competitivo; su fuego compitió contra la carne en miles de millares de ocasiones a lo largo de los siglos, ganando a veces, pero perdiendo más a menudo. Después de todo, las apuestas constituyan su forma de ganar terreno. Sin la necesidad humana de competir; regatear y apostar, Pandemonium podría haber enloquecido al quedar insatisfecha su avidez de ciudadanos. A los abismos les era indiferente que se tratara de bailes, carreras de galgos o de hacer trampas; todos eran juegos en que, con la suficiente astucia, podría cosechar un alma o dos. Por eso subió el infierno a Londres ese día azul y brillante: para ganar una carrera y hacerse, si triunfaba, con bastantes almas como para estar ocupado durante una era más.

Cameron conectó la radio. La voz del comentarista surgía y se desvanecía como si estuviera hablando desde el Polo en lugar de la catedral de San Pablo. Aún quedaba un cuarto de hora largo para que diera comienzo la carrera, pero quería oír los comentarios previos, sólo para enterarse de lo que decían de su chico.

—... la atmósfera es eléctrica... probablemente decenas de miles de personas a lo largo de la pista...

La voz dejó de oírse. Cameron soltó una blasfemia y buscó otra emisora hasta que volvieron a escucharse imbecilidades.

—... la han llamado la carrera del año, y ¡qué díal! ¿No es cierto, Jim?

—Magnífico, Mike...

—Éste es el gran Jim Delaney, que está en lo alto de la torre Ojo del Cielo, y que seguirá la carrera durante todo el recorrido y nos la comentará a vista de pájaro, ¿verdad, Jim?

—Claro que lo haré, Mike...

—Bueno, hay mucha actividad detrás de la línea de salida; los corredores se están preparando para la competición. Ahí veo a Nick Loyer, que lleva el dorsal número tres; preciso es reconocer que parece encontrarse en plena forma. Me dijo al llegar que no le suele gustar Correr los domingos pero que, claro, dada la finalidad benéfica de esta convocatoria, esta vez ha hecho una excepción. Toda la recaudación se consagrará a la investigación acerca del cáncer. Joel Jones, nuestro medalla de oro en 800 metros, también está; correrá contra su gran rival Frank McCloud, Y al lado de los grandes se encuentran las caras nuevas, que conocemos ligeramente. Con el número cinco, el sudafricano Malcolm Voight y, completando el elenco, Lester Kinderman, vencedor inesperado del maratón de Austria el año pasado. Y tengo que decir que todos parecen frescos como rosas esta magnífica tarde de septiembre. No podíamos pedir un día mejor, ¿verdad, Jim?

A Joel le habían despertado sueños angustiosos.

—Todo irá bien, deja de preocuparte —le dijo Cameron,

Pero no se sentía bien: le dolía la boca del estómago. No eran los nervios de antes de correr; estaba acostumbrado a ellos y los podía soportar. El mejor remedio que había encontrado para quitárselos expeditivamente de encima era meterse dos dedos en la garganta y vomitar. No, no eran los nervios de antes de correr ni nada parecido. Para empezar, eran mas intensos, como si las tripas se le estuvieran cociendo dentro.

Cameron no se dejó conmover.

—Es una carrera benéfica, no las Olimpiadas —dijo mirando al chico por encima del hombro—. No seas niño.

Ésa era la técnica de Cameron. Su voz dulce estaba hecha para engatusar, pero él la utilizaba para intimidar. Sin sus intimidaciones no habría habido medallas de oro ni masas entusiastas, ni admiradoras. Uno de los periódicos deportivos había elegido a Joel como el negro más popular de

Inglaterra. Era una satisfacción que lo saludara como amigo gente desconocida. Le gustaba la fama por efímera que pudiera ser.

—Te quieren —dijo Cameron—. Dios sabrá por qué, pero te quieren.

Después de soltar su pequeño sarcasmo se echó a reír.

—Todo irá bien, hijo —añadió—. Sal y corre como si te fuera la vida en ello.

Ahora, a plena luz, Joel miró al resto de los competidores y se sintió un poco más optimista. Kinderman era resistente, pero no tenía potencia de sprint en distancias medias. En conjunto, la técnica de maratón requería una habilidad muy distinta. Además, era tan miope que llevaba unas gafas con montura de acero que, de puro gruesas, le daban el aspecto de una rana perpleja. Ahí no había peligro. Loyer era bueno, pero aquéllo tampoco era su distancia; se trataba de un corredor de vallas y un esprínter ocasional. Su límite eran los 400 metros, y ni siquiera en ellos se sentía cómodo. Voight, el sudafricano... Bueno, no tenía demasiada información acerca de él. Obviamente, a juzgar por su aspecto, estaba en forma, y sería alguien a quien controlar, no fuera a dar alguna sorpresa. Pero el verdadero problema de la carrera era McCloud. Joel había corrido contra Frank Rayo McCloud en tres ocasiones. Lo dejó dos veces en segundo lugar, y las posiciones se habían invertido (lamentablemente). Y Frankie tenía algunos desquites que tomarse: especialmente la derrota en las Olimpiadas. No le había gustado quedarse con la medalla de plata. Frank era el más peligroso. Fuera aquella una carrera benéfica o no, McCloud correría lo mejor que pudiera para dar satisfacción a la muchedumbre y a su propio orgullo. Ya estaba en la línea comprobando su posición de salida con las orejas prácticamente erguidas. Rayo era su hombre, sin ninguna duda.

Por un momento, Joel sorprendió a Voight mirándolo. Eso era inusual. Los competidores raramente se observaban antes de una carrera; era una especie de cobardía. Aquel hombre tenía la cara pálida y cada día más entradas. Aparentaba treinta y pocos años, pero su físico era más joven y delgado. Piernas largas y manos grandes. Cuando sus ojos se encontraron, Voight desvió la mirada. La bonita cadena que llevaba al cuello reflejó el sol, y el crucifijo resplandeció, dorado, al mecerse suavemente bajo su barbilla.

Joel también contaba con su amuleto. Tenía un mechón de pelo de su madre que ella le había trenzado diez años antes, con motivo de su primera carrera importante. Lo llevaba metido en la cintura de los pantalones. Ella regresó a Barbados el año siguiente, y allí murió. Le causó un dolor inmenso; su pérdida fue inolvidable. Se habría desmoronado sin Cameron.

Éste observaba los preparativos desde los escalones de la catedral; pensaba ver la salida y luego ir en bici por detrás del varadero para asistir a la llegada. Estaría allí mucho antes que los corredores, y la radio lo mantendría al corriente de la competición. Se sentía a gusto aquel día. Su chico, con náuseas o sin ellas, estaba en buena forma, y la carrera era una manera ideal de mantenerle el humor competitivo sin dejarlo agotado. De acuerdo que era una distancia muy larga: cruzar la glorieta de Ludgate, recorrer la calle Fleet y pasar por el Temple Bar hasta el varadero, atajar luego por la esquina de Trafalgar y pasar por Whitehall hasta llegar al Parlamento. Y sobre asfalto. Pero era una experiencia útil para Joel, y le exigiría un poco de esfuerzo, lo que siempre era bueno. Había un corredor de fondo en aquel chico, y Cameron lo sabía. Nunca había sido un esprínter; no se acompañaba con la suficiente precisión. Necesitaba distancia y tiempo para encontrar su ritmo, tranquilizarse y descubrir la estrategia más idónea. En los 800 metros era un fenómeno: su zancada era un modelo de economía, con su ritmo casi maquiavélico de tan perfecto. Pero lo más importante era su valor. El valor le había valido la medalla de oro, y el valor le permitiría llegar el primero a la meta una y otra vez. Eso era lo que hacía diferente a Joel. Aparecían y desaparecían muchos prodigios de técnica depurada, pero sin el coraje suficiente con el que complementarla no valían casi nada. Arriesgar cuando merecía la pena, correr hasta que el dolor le cegara a uno; eso era algo único, y Cameron lo sabía. Le gustaba creer que él también tuvo algo de eso.

Aquel día, el muchacho no parecía nada contento. Habría apostado a que se trataba de un problema de faldas. Siempre surgían problemas de mujeres, especialmente con la reputación de chico de oro que se había ganado Joel. Le intentó convencer de que ya tendría tiempo para camas y lupanares cuando su carrera tocara a su fin, pero a Joel no le interesaba mantenerse casto, y Cameron no podía desaprobarlo del todo.

Levantaron la pistola y sonó el disparo. Salió un penacho de humo blanco azulado, seguido por un sonido más de taponazo que de detonación. El disparo despertó a las palomas de la cúpula de San Pablo, que alzaron el vuelo, interrumpida su adoración, en una congregación de aleteos.

Joel salió muy bien. Limpio, elegante y rápido.

La muchedumbre empezó a aclamar inmediatamente su nombre; las voces le resonaban en la

espalda y a su alrededor. Fue como una explosión de entusiasmo apasionado.

Cameron lo contempló durante los diez primeros metros, mientras los participantes maniobraban en busca de un puesto en la carrera. Loyer iba a la cabeza del pelotón, aunque Cameron no estaba seguro de si había llegado allí por decisión propia o por azar. Joel seguía a McCloud, que iba detrás de Loyer. «Sin prisas, chico», dijo Cameron, y abandonó la contemplación de la línea de salida. Tenía la bicicleta encadenada en Paternoster Row, a un minuto andando desde la plaza. Siempre odió los coches: eran artefactos descreídos, desvencijados, inhumanos, no cristianos. En una bici eras tu propio amo. ¿No era eso todo lo que podía pedir un hombre?

—... y la salida de lo que puede ser una maravillosa carrera ha sido muy buena. Van cruzando la plaza y el público está enardecido. En realidad, se parece más a una carrera de los Juegos Europeos que a una competición benéfica. ¿Qué opinas tú, Jim?

—Bien, Mike; puedo ver aglomeraciones a lo largo de la pista en la calle Fleet. La policía me pide que aconseje al público que no trate de acercarse en coche a los corredores porque, como es natural, todas esas calles están cortadas al tráfico debido al acontecimiento, y quien intente aproximarse en coche no llegará a ninguna parte.

—¿Quién va en cabeza de momento?

—Bueno, Nick Loyer está marcando el paso en esta fase de la competición aunque, por supuesto, va a haber mucho juego estratégico en una distancia de este tipo. Es más que una distancia media y menos que un maratón, pero todos estos hombres son estrategas, e intentarán que los demás lleven al principio el peso de la carrera.

Cameron siempre decía: deja que los demás sean los héroes.

Joel descubrió que ésa era una lección difícil de aprender. Cuando se disparaba la pistola costaba trabajo no echarse a correr a pleno pulmón, como un muelle destensado de repente. Darlo todo en los primeros doscientos metros y quedarse sin reservas.

Cameron solía decir que resulta fácil ser un héroe. Pero que no es inteligente, nada en absoluto. No pierdas el tiempo exhibiéndote, deja a los superhombres su pequeño triunfo. Mantente en el pelotón y resérvate un poco. Es mejor ser aclamado al final por un triunfo que ser considerado un perdedor con buena voluntad.

Gana. Gana. Gana.

A cualquier precio. A casi cualquier precio.

Gana.

El hombre que no quiere ganar no es amigo mío, decía. Si lo quieras hacer por amor al arte, por diversión, búscate a otro. Sólo los estudiantes de colegios privados se creen esa trola del juego por el juego. No hay alegría para los perdedores, hijo. ¿Qué he dicho?

No hay alegría para los perdedores.

Sé bárbaro. Observa las reglas, pero fuérzalas hasta el límite. Mientras puedas empujar, empuja. No permitas que otro hijo de puta te diga algo distinto. Estás aquí para ganar. ¿Qué he dicho?

Ganar.

En Paternoster Row no se oían aclamaciones y las moles de los edificios ocultaban el sol. Casi hacía frío. Las palomas seguían volando, incapaces de posarse ahora que las habían espantado de sus nidos. Eran los únicos habitantes de aquellos callejones. El resto del mundo vivo parecía estar observando la carrera.

Cameron desató su bicicleta, se metió en el bolsillo la cadena y los candados y montó de un salto. «Estoy bastante ágil para ser un hombre de cincuenta años —pensó— a pesar de mi adicción a los cigarros baratos.» Encendió la radio. Las ondas, obstruidas por los edificios, llegaban mal; sólo se oían chisporroteos. Se quedó a horcajadas sobre la bici y trató de sintonizar mejor. Tuvo suerte.

—... y Nick Loyer ya se está quedando atrás...

¡Qué pronto! Cuidado, hacia dos o tres años que Loyer había perdido su plenitud física. Le había llegado la hora de tirar las zapatillas y dejar el sitio a los jóvenes. Lo tendría que hacer por muy doloroso que resultara. Cameron recordó cómo se sintió a los treinta y tres, cuando se dio cuenta de que sus mejores años de corredor se habían acabado. Era como tener un pie en la tumba, un saludable recordatorio de la rapidez con que florece y empieza a marchitarse el cuerpo.

Al salir pedaleando de las sombras y entrar en una calle más soleada, se cruzó con un Mercedes negro con chófer, que circulaba tan silenciosamente que podría haber sido impulsado por el viento. Pudo entrever a los pasajeros muy brevemente. En uno de ellos reconoció al hombre con el que Voight había estado hablando antes de la carrera, un individuo de cara delgada, de unos cuarenta años, con la boca tan apretada que parecía que le hubieran extirrado quirúrgicamente los

labios.

A su lado iba sentado Voight.

Por imposible que pareciera, fue la cara de Voight la que volvió la vista a través de los cristales ahumados; aún iba vestido para la carrera.

A Cameron no le gustó nada todo aquello. Había visto echar a correr al sudafricano cinco minutos antes. Así pues, ¿quién era aquél? Un doble, obviamente. Pero algo olía a chamusquina; hedía a perro muerto.

El Mercedes ya estaba doblando la esquina. Cameron apagó la radio y se puso a pedalear atropelladamente detrás del coche. Al correr, el sol balsámico le hacía sudar.

El Mercedes se iba abriendo camino por las calles estrechas con cierta dificultad, ignorando todas las señales de prohibición. La escasa velocidad del vehículo permitió a Cameron tenerlo a la vista sin que lo descubrieran sus ocupantes, aunque el esfuerzo empezaba a crearle molestias en los pulmones.

El Mercedes se paró en una avenida pequeña y anónima al oeste del callejón Fetter, donde las sombras eran particularmente densas. Cameron, oculto en una esquina a menos de veinte metros del coche, vio al chófer abrir la portezuela y apearse al hombre sin labios y al simulacro de Voight detrás; luego entraron en un edificio indescriptible. Cuando desaparecieron los tres, Cameron apoyó su bici contra una pared y los siguió.

En la calle reinaba un silencio sepulcral. A tanta distancia del rugido de la masa, no llegaba más que un leve murmullo. La calle podría haber sido de otro mundo. Las sombras revoloteantes de los pájaros, las ventanas de los edificios tapiadas con ladrillos, la pintura desconchada, el olor a podrido de aquel aire ingravido. Junto a la boca de una alcantarilla yacía un conejo muerto, un conejo negro con un collar blanco, la mascota que alguien habría perdido. Las moscas se levantaban y abalanzaban sobre él, alternativamente asustadas y voraces.

Cameron se acercó a la puerta abierta con todo el sigilo de que fue capaz. No tenía nada que temer. Hacía un buen rato que el trío había desaparecido por el oscuro pasillo de la casa. En el vestíbulo el aire era fresco y olía a húmedo. Haciéndose el intrépido, aunque se sentía asustado, Cameron entró en aquel edificio oculto. El papel de las paredes del pasillo era de color de mierda, igual que la pintura. Era como adentrarse en un intestino, el intestino de un hombre muerto; frío y lleno de caca. Las escaleras que tenía delante se habían hundido, impidiendo el acceso al piso superior. Luego no se habían dirigido arriba, sino que habían bajado.

La puerta que conducía al sótano estaba al lado de la escalera destrozada, y Cameron pudo oír voces procedentes de abajo.

«Cuanto antes mejor», pensó, y abrió la puerta lo suficiente como para poder deslizarse en la oscuridad que había tras ella. Estaba gélida. No fría o húmeda simplemente, sino refrigerada. Por un momento creyó que se había metido en una cámara frigorífica. Su aliento se convirtió en vaho: estuvo a punto de castañetear los dientes.

«No puedo echarme atrás ahora», pensó, y empezó a bajar por las escaleras resbaladizas de hielo. Reinaba una oscuridad inverosímil. Al final de las escaleras, muy abajo, parpadeó una pálida luz, y su brillo mortecino pareció aspirar a la luz del día. Cameron echó una mirada nostálgica a la puerta que tenía tras él. Resultaba tentadora, pero él era curioso, demasiado curioso. Lo único que podía hacer era seguir bajando.

El aroma del lugar le irritó las fosas nasales. Tenía el olfato atrofiado y el paladar aún peor, como a su mujer le gustaba recordarle. Solía decir que no era capaz de distinguir entre una rosa y un ajo, y probablemente fuera cierto. Pero el olor de aquel agujero le sugería algo, algo que le estimulaba los ácidos del estómago.

Cabras. Le habría gustado poder decírselo inmediatamente a su mujer: olía a cabras.

Ya casi había llegado al final de las escaleras; tal vez se encontrara a cinco o diez metros bajo tierra. Las voces aún se oían lejos, detrás de una segunda puerta.

Entró en una pequeña cámara cuyas paredes habían sido encaladas de mala manera y que estaban pintarrajeadas con dibujos obscenos, reproducciones en su mayoría del acto sexual. En el suelo había un candelabro con siete brazos. Sólo estaban encendidas dos velas sucias, y ardían con una llama apagada casi azul. El olor a cabra se hizo más intenso, y se mezcló con un aroma tan dulzón que parecía proceder de un burdel turco.

Dos puertas conducían fuera de la cámara, y detrás de una de ellas Cameron oyó la continuación de la conversación. Cruzó con un cuidado escrupuloso el pavimento resbaladizo que mediaba hasta la puerta, esforzándose por desentrañar el sentido de aquellos murmullos. Había urgencia en los tonos de las voces.

—... de prisa...
 —... las habilidades precisas...
 —Niños, niños...
 Una carcajada.
 —Creo que... mañana... todos nosotros...
 Otra carcajada.

De repente, las voces parecieron cambiar de dirección, como si los interlocutores volvieran hacia la puerta. Cameron dio tres pasos atrás por el suelo gélido y estuvo a punto de chocar con el candelabro. Cuando pasó frente a las llamas, éstas chisporrotearon y crepitaron.

Tenía que escoger entre las escaleras o la otra puerta. Las escaleras significaban la retirada absoluta. Si las subía se encontraría a salvo, pero no habría descubierto nada. No sabría nunca la razón del frío, de las llamas azules y del olor a cabras. La puerta representaba su única posibilidad. Se volvió hacia ella con los ojos fijos en la de enfrente, y forcejeó con el pomo de cobre, de un frío cortante. Éste acabó por ceder, y Cameron se esfumó de la vista en el preciso instante en que se abría la puerta de enfrente. Los dos movimientos habían sido perfectamente sincrónicos: Dios estaba con él.

En cuanto cerró la puerta, comprendió que había cometido un error. Dios no estaba con él.

El frío le penetró en la cabeza, los dientes, los ojos, los dedos como si de agujas se tratara. Se sintió como si lo hubieran tirado desnudo en pleno corazón de un iceberg. La sangre parecía habersele paralizado en las venas: la saliva se le cristalizó en la lengua: la aguja que tenía al borde de la nariz le escoció al congelarse. El frío lo asaetaba de tal forma que ni siquiera podía darse la vuelta.

Moviendo lo menos posible sus articulaciones, rebuscó su mechero con unos dedos tan adormecidos que se los podrían haber cortado sin que le dolieran.

El mechero se le pegó en seguida a la mano, pues el sudor de los dedos se le había congelado. Intentó encenderlo pese a la oscuridad y el frío. Chispeó reticentemente y ardió con una llama vacilante.

La habitación era amplia: una caverna cubierta de hielo. Las paredes y el suelo lleno de costras brillaban y lanzaban destellos. Sobre su cabeza colgaban stalactitas de hielo agudas como lanzas. El suelo que pisaba, mal nivelado, se inclinaba hacia un agujero abierto en mitad del cuarto. A menos de dos metros, la pared tenía tanto hielo que parecía que un río hubiera quedado congelado al irrumpir en la oscuridad.

Pensó en Xanadú, un poema que se sabía de memoria. Visiones de otra Alción...

*Donde Alph, el río sagrado, se deslizaba
 por cavernas incommensurables para el hombre
 hasta un mar sin sol*

Si de verdad había un mar allí abajo tenía que estar helado. Era la muerte eterna.

Fue todo lo que pudo hacer para mantenerse de pie, para evitar resbalar por la pendiente hacia lo desconocido. El mechero parpadeó cuando una ráfaga de aire frío lo apagó.

—¡Mierda! —exclamó Cameron al quedarse a oscuras.

Nunca sabría si su voz puso sobre aviso al trío que se encontraba afuera o si Dios lo abandonó por completo en ese instante e invitó al trío a abrir la puerta. Pero cuando ésta se abrió de par en par, Cameron cayó al suelo. Demasiado entumecido y helado para evitar la caída, se estrelló contra el suelo helado en cuanto entró una vaharada de olor a cabra en el cuarto.

Se dio la vuelta a medias. En la puerta estaban el doble de Voight, el chófer y el tercer hombre del Mercedes. Llevaba un abrigo hecho, a simple vista, con varias pieles de cabra. Todavía le colgaban pezuñas y cuernos por todas partes. La sangre que manchaba esas pieles era marrón y viscosa.

—¿Qué hace aquí, señor Cameron? —le preguntó el hombre del abrigo de cabra.

Cameron apenas podía hablar. La única sensación que le quedaba en la cabeza era una suerte de pinchazo de angustia en medio de la frente.

—¿Qué infiernos está pasando? —preguntó, con los labios tan helados que casi no podía moverlos.

—Precisamente eso, señor Cameron —replicó el hombre—. Los infiernos se han desencadenado.

Al pasar St. Mary-le-Strand, Loyer volvió la vista atrás y dio un traspie. Joel, a unos tres metros de la cabeza, comprendió que Loyer se estaba desfondando. Demasiado rápido; eso le venía mal. Aminoró la velocidad, dejando que lo rebasaran McCloud y Voight. No tenía prisa. Kinderman estaba a una distancia considerable; era incapaz de competir con aquellos muchachos tan rápidos. Era la tortuga de la carrera, sin ninguna duda. Loyer fue superado por McCloud, luego por Voight y finalmente por Jones y Kinderman. Se le había acabado el resuello de repente, y tenía las piernas de plomo. Peor aún, veía el asfalto crujir y agrietarse a sus pies, yemerger dedos de él para tocarlo como niños sin amor. Parecía que era el único en verlos. La muchedumbre seguía rugiendo mientras esas manos imaginarias emergían de sus tumbas bajo el pavimento y lo asían firmemente. Cayó exhausto en brazos de aquellos muertos, con la juventud truncada y la energía consumida. Los ansiosos dedos de los muertos siguieron tirando de él mucho después de que los doctores lo hubieran retirado de la pista, lo examinaron y le administraran calmantes.

Claro que sabía por qué razón le habían asaetado de esa forma mientras estaba tirado sobre el asfalto caliente. Había vuelto la vista atrás. Eso era lo que les había atraído. Había vuelto...

—Y después de la sensacional caída de Loyer, la carrera aún está por decidirse. Frank Rayo McCloud es quien marca la pauta en este momento, y se está alejando sustancialmente de Voight, el nuevo campeón. Joel Jones está aún más atrasado, no parece mantenerse entre los líderes. ¿Qué opinas, Jim?

—Bueno, o bien ya está hundido o confía en que se cansen. Recuerda que esta distancia es nueva para él...

—Sí, Jim.

—Y eso podría hacer que se descuidara. Ciertamente va a tener que trabajar mucho para mejorar su tercer puesto actual.

Joel estaba mareado. Por un momento, al ver a Loyer perder el control de la carrera, le había oído rezar en voz alta. Rogar a Dios que lo salvara. Había sido el único en oír sus palabras...

*Sí, aunque atraviese
las sombras del Valle de la Muerte
no temeré mal alguno, pues Tú estás
conmigo, con tu vara y tu báculo...*

Ahora el sol calentaba más, y Joel empezaba a oír las quejas familiares de los miembros al cansarse. Correr sobre asfalto era duro para los pies y para las articulaciones, pero no tanto como para obligar a rezar a un hombre. Trató de olvidar la desesperación de Loyer y de concentrarse en lo que hacía.

Aún quedaba mucha carrera por delante; no habían cubierto ni la mitad del recorrido. Tenía tiempo de sobra para alcanzar a los héroes: de sobra.

Mientras corría, repasaba perezosamente las oraciones que su madre le había enseñado por si las necesitaba, pero los años las habían ido erosionando y casi las había olvidado por completo.

—Mi nombre —dijo el hombre del abrigo de cabra— es Gregory Burgess. Miembro del Parlamento. No debería conocerme. Intento pasa inadvertido.

—¿Miembro del Parlamento? —se extrañó Cameron.

—Sí. Independiente. *Muy* independiente.

—¿Es ése el hermano de Voight?

Burgess echó un vistazo a la otra encarnación de Voight. Aquel frío tan intenso no le hacía temblar siquiera, a pesar de que sólo llevaba una camiseta fina y unos pantalones cortos.

—¿Hermano? —dijo Burgess—. No, no. Es mi... ¿cómo se dice? Familiar.

La palabra le sonaba a algo, pero Cameron no había leído demasiado. ¿Qué era un familiar?

—Enséñaselo —concedió magnánimamente Burgess.

La cara de Voight se agitó, su piel pareció encogerse, los labios se enrollaron sobre los dientes, los dientes se deshicieron en una cera blanca que cayó en un esófago que a su vez se estaba transformando en una columna de plata brillante. Aquella cara ya no era humana; ni siquiera la de un

mamífero. Se había convertido en un abanico de cuchillos cuyas láminas resplandecían a la luz de las velas que había tras la puerta. En cuanto se formó ese espantajo, empezó a cambiar de nuevo; los cuchillos se deshacían y oscurecían, volvía a brotar piel, reaparecían los ojos y se hincharon como globos. De esta nueva cabeza surgieron antenas, la masa en transfiguración expulsó sus mandíbulas, y una cabeza de abeja, grande y perfectamente compleja, quedó asentada sobre el cuello de Voight.

A Burgess la demostración le encantó y aplaudió con las manos enguantadas.

—Los dos son familiares —dijo, señalando al chófer, que se había quitado la gorra, dejando que un remolino de pelo castaño le cayera sobre los hombros.

Era arrebata doramente hermosa, una cara por la que merecía la pena morir. Pero, como el otro, tan sólo una ilusión. Capaz sin duda de encarnar infinidad de personas.

—Los dos son míos, por supuesto —aclaró Burgess con orgullo.

—¿Qué? —fue todo lo que pudo responder Cameron, y esperó que eso resumiera todas las preguntas que tenía en la cabeza.

—Sirvo al infierno, señor Cameron. Y el infierno a su vez me sirve a mí.

—¿Infierno?

—Detrás de usted se encuentra una de las entradas al Noveno Círculo. Conoce a Dante, supongo.

*¡Aquí Dis! Éste es el lugar
en que debes armar tu corazón con poder.*

—¿Por qué está aquí?

—Para ganar esta carrera. Mejor dicho, mi tercer familiar ya está participando en ella. Esta vez no le vencerán. Esta vez se trata de un espectáculo infernal, señor Cameron, y no nos arrebatarán el premio.

—Infierno... —repitió Cameron.

—Cree en Dios, no es verdad? Es un buen practicante. Todavía reza antes de comer, como cualquier alma temerosa de Dios. Tiene miedo de que se le atragante la cena.

—¿Cómo sabe que rezo?

—Me lo dijo su mujer. Sí, su mujer me dio mucha información acerca de usted, señor Cameron; se abrió realmente a mí. Era muy acomodaticia. Y una analista consumada gracias a mis consejos. Me dio tanta... información... Es un buen socialista, ¿no? Como su padre.

—Ahora política...

—Oh, la política es el eje de todo, señor Cameron. Sin política estaríamos expuestos a la barbarie, ¿no es cierto? Hasta el infierno necesita orden. Nueve grandes círculos: una ordenación implacable de los castigos. Mire hacia abajo: véalo usted mismo.

Cameron podía sentir el agujero detrás: no necesitaba mirar.

—Defendemos el orden, ¿sabe? No el caos. Eso es mera propaganda celestial. ¿Y sabe qué vamos a ganar?

—Es una carrera benéfica.

—La caridad es lo de menos. No participamos en esta carrera para salvar al mundo del cáncer. Corremos por el gobierno.

Cameron captó a medias la idea.

—Gobierno —dijo.

—Una vez por siglo se celebra esta carrera entre San Pablo y el palacio de Westminster. Antes se corría sin pancartas y sin aplausos. Hoy se hace a pleno sol, con miles de espectadores. Pero sean cuales sean sus circunstancias, siempre se trata de la misma carrera. Sus atletas contra uno de los nuestros. Si ganan ustedes, cien años más de democracia. Si ganamos nosotros..., como ocurrirá..., el fin del mundo tal como lo conocen.

Cameron sintió una vibración a su espalda. La expresión del rostro de Burgess cambió bruscamente; desapareció su seguridad, y aquel aire de suficiencia se convirtió en pura excitación nerviosa.

—Bueno, bueno —dijo, agitando las manos como si de pájaros se tratara—. Parece que tenemos visita de los poderes superiores. Cuánto honor...

Cameron se dio la vuelta y se asomó al borde del agujero. Su curiosidad ya no podía empeorar

las cosas. Lo tenían en sus manos; así que mejor ver todo lo que había por ver.

De ese círculo sin sol ascendió una ráfaga de aire gélido, a través de la cual pudo ver a una figura asomarse por entre la oscuridad del pozo. Avanzaba con pie firme, y tenía la cabeza inclinada hacia atrás para ver mejor el mundo.

Cameron lo oyó respirar, le vio abrir y cerrar los rasgos magullados, y vio cómo sus huesos aceitosos boqueaban como un cangrejo en el lóbrego agujero.

Burgess estaba arrodillado, flanqueado por los familiares, que yacían en el suelo, con las caras pegadas como lapas al pavimento.

Cameron comprendió que era su última oportunidad. Se levantó tambaleando y avanzó a ciegas hacia Burgess, cuyos ojos estaban cerrados en una súplica reverente. Al pasar, más por accidente que con intención, su rodilla alcanzó a Burgess debajo de la mandíbula, y éste cayó cuan largo era. Las plantas de Cameron se deslizaron por el suelo en dirección a la salida de la caverna de hielo, hasta que entró en la cámara iluminada por el candelabro.

A su espalda el cuarto se estaba llenando de humo y de gemidos. Cameron, como la mujer de Lot cuando escapaba de la destrucción de Sodoma, echó una sola mirada atrás para contemplar la imagen prohibida.

Estaba emergiendo del pozo, tapando el agujero con su masa gris, iluminado por algún resplandor subterráneo. Sus ojos, enterrados en el hueso visible de su cabeza elefantina, se encontraron con los de Cameron. Parecieron tocarlo con la suavidad de un beso, penetrando directamente en sus pensamientos.

No lo habían convertido en sal. Desviando la mirada de aquel rostro, patinó por la antecámara y empezó a trepar las escaleras de dos en dos y de tres en tres, cayéndose y volviendo a subir una y otra vez. La puerta aún estaba entornada. Detrás de ella se encontraba la luz del día, el mundo.

Abrió la puerta de golpe y cayó en el pasillo, sintiendo que el calor empezaba a despertar sus nervios congelados. En los escalones que había dejado detrás no se oía ningún ruido: estaban manifiestamente demasiado aterrados por la visita de aquel ser incorpóreo como para lanzarse en su persecución. Se arrastró a lo largo de la pared del pasillo con el cuerpo sacudido de temblores y castañeteos.

Todavía no lo seguía nadie.

Afuera el día tenía un brillo cegador, y se dejó contagiar por la hilaridad posterior a la fuga. Era la primera vez que sentía algo parecido. Haber estado tan cerca... y sobrevivir, sin embargo. Dios había estado con él, después de todo.

Se tambaleó por la calle en dirección a su bicicleta, determinado a detener la carrera, a contarle al mundo...

Nadie le había tocado la bici, que tenía el manillar cálido como los brazos de su mujer.

Al pasarse la pierna por encima, sus ojos, que habían intercambiado una mirada con el infierno, se incendiaron. El cuerpo, ignorante de que su cerebro ardía, siguió funcionando un rato. Colocó los pies sobre los pedales y empezó a alejarse.

Cameron sintió que se le incendiaba la cabeza y comprendió que estaba muerto.

Por haber vuelto la vista atrás, por una sola ojeada.

La mujer de Lot.

Como la estúpida mujer de Lot...

Un rayo más certero que el pensamiento le estalló entre las orejas.

Su cráneo se rajó, y el rayo candente salió disparado del horno que era su cerebro. Los ojos se le quedaron en las órbitas como si fueran nueces secas. Su boca y su nariz despedían luz. La combustión lo redujo a una columna de carne negra en cuestión de segundos, sin una sola llama o voluta de humo.

El cuerpo de Cameron estaba incinerado por completo cuando la bicicleta se salió de la calzada y se estrelló contra el escaparate de una sastrería, donde quedó tirada como una marioneta volcada entre los trajes polvorrientos. Él también había vuelto la vista atrás.

La muchedumbre apiñada en la plaza Trafalgar era una masa vibrante de entusiasmo. Aclamaciones, lágrimas y banderas. Era como si esa carrera se hubiera convertido en algo especial para toda aquella gente: un ritual cuyo significado no podían conocer. Y, sin embargo, sentían de una manera confusa que el día estaba cargado de azufre, presentían que sus vidas pendían de un hilo. Especialmente los niños. Corrían a lo largo de la pista chillando plegarias incoherentes, con la cara tensa de miedo. Algunos pronunciaban su nombre.

—¡Joel! ¡Joel!

¿O se lo estaba imaginando? ¿Había imaginado también que Loyer rezaba oraciones? ¿Los presagios grabados en las caras radiantes de los bebés, izados para que contemplaran a los corredores, también eran imaginarios?

Al entrar en Whitehall, Frank McCloud echó una mirada confiada por encima del hombro, y el infierno se apoderó de él.

Fue sencillo, instantáneo.

Se tambaleó: una mano gélida le aplastó el cuello y le arrebató la vida. Joel aminoró el paso al acercarse a su enemigo. Tenía la cara púrpura y los labios llenos de espuma.

—McCloud —dijo, parándose para ver el rostro de su gran rival.

McCloud levantó la vista y lo miró a través de un velo de humo que había vuelto ocres sus ojos grises. Joel se agachó para ayudarlo.

—No me toques —refunfuñó McCloud.

Las venas y filamentos de sus ojos estaban hinchados y sangraban.

—¿Calambre? —preguntó Joel—. ¿Es un calambre?

—Corre, bastardo, corre —le decía McCloud, mientras aquellas manos le arrancaban la vida de las entrañas. De los poros de la cara le empezó a rezumar sangre; lloraba lágrimas rojas—. Corre y no mires atrás. Por el amor de Dios, *no vuelvas la vista atrás*.

—¿Qué ocurre?

—Corre, por tu vida!

No se lo pedía, se lo ordenaba.

Corre.

Ni por el oro ni por la gloria. Sólo por la vida.

Joel echó un vistazo arriba. Se acababa de dar cuenta de que tenía una inmensa cabeza detrás echándole un aliento frío en el cuello.

Levantó los talones y *corrió*.

—Bueno, las cosas no les van demasiado bien a los corredores, Jim. Después de la caída tan sensacional de Loyer, acaba de tropezar Frank McCloud. Nunca había visto algo semejante. Pero parece que ha intercambiado unas palabras con Joel Jones cuando éste pasaba a su lado. Así que debe estar bien.

McCloud ya estaba muerto cuando lo metieron en la ambulancia, y putrefacto a la mañana siguiente.

Joel corrió. ¡Cristo, cómo corrió! El sol le golpeaba ferozmente la cara, emborroneando la mancha de color que eran las masas excitadas, las caras, las banderas. Todo le parecía una cortina de ruidos desprovista de cualquier rasgo humano.

Conocía la sensación que se estaba apoderando de él, esa sensación de tener el cuerpo dislocado que acompaña el exceso de oxígeno y el cansancio. Estaba corriendo metido en la burbuja que su propia conciencia creaba, pensando, sudando, sufriendo por sí mismo, para sí mismo, en nombre de sí mismo.

Y esa soledad no era tan terrible. La cabeza se le empezó a llenar de canciones: retazos de himnos, dulces frases de canciones de amor, rimas obscenas. Su personalidad consciente se relajó, y el inconsciente, innominado y temerario, salió a la superficie.

Delante de él, difuminado por la luz blanquecina, entreveía a Voight. Ése era el enemigo, el hombre que había que batir. Voight, con su reluciente crucifijo meciéndose al sol. Lo podía conseguir siempre que no volviera, que no volviera...

La vista atrás...

Burgess abrió la portezuela del Mercedes y montó en él. Habían perdido un tiempo precioso. Ya debería estar en el Parlamento, en la línea de meta, preparado para dar la bienvenida a los corredores. Tenía que representar una pantomima en la que se pondría la máscara dulce y sonriente de la democracia. ¿Y mañana? Ya no sería tan dulce.

Le sudaban las manos de emoción, y su traje a rayas olía a la piel de cabra que estaba obligado a llevar en el cuarto. Con todo, nadie se daría cuenta de ello; y aunque así fuera, ¿qué ciudadano inglés iba a incurrir en la descortesía de mencionar que olía a cabras?

Odiaba la Cámara de los Comunes, aquel agujero de bostezos que presentía confusamente su inutilidad, con su atmósfera siempre gélida. Pero ya había acabado todo aquello. Había realizado sus oblaciones, había mostrado su infinita adoración del pozo; ahora llegaba el momento de recoger la

recompensa.

Según avanzaba el coche, pensó en los muchos sacrificios que le había ofrecido a su ambición. Al principio fueron cosas de poca monta: gatitos y pollos. Más tarde descubriría lo ridículas que les parecían tales hazañas. Pero al principio obró con inocencia: no sabía qué ofrecer ni cómo hacerlo. Con el pasar de los años empezaron a formular sus exigencias de una manera clara y él, con el tiempo, aprendió las formalidades requeridas para poder vender su alma. Planeaba cuidadosamente y representaba a la perfección sus mortificaciones, aunque le habían dejado sin pezones y sin la posibilidad de tener hijos. Pero el sacrificio mereció la pena: cada día tenía más poder. Un sobresaliente triple en Oxford, una mujer que superaba los sueños de un priapista, un asiento en el Parlamento y pronto, muy pronto, todo el país.

Le empezaron a doler los muñones de sus pulgares, como solía ocurrirle cuando estaba nervioso. Distraídamente, se chupó uno.

—Bueno, ya estamos asistiendo a los últimos momentos de lo que ha sido una carrera verdaderamente infernal, ¿eh, Jim?

—Sí, ha sido toda una revelación, ¿no? Voight parece el vencedor contra pronóstico; ahí está, desmarcándose de sus competidores sin demasiado esfuerzo. Por descontado que Jones tuvo el generoso gesto de comprobar si McCloud se encontraba bien, y eso lo retrasó.

—Eso le ha hecho perder la carrera a Jones, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Creo que le ha hecho perder la carrera...

—Claro que se trata de una carrera benéfica.

—Efectivamente. Y en una situación semejante no se trata de ganar o perder...

—Sino de jugar limpio.

—Cierto.

—Cierto.

—Bueno, ya tenemos el Parlamento a la vista; están doblando la esquina de Whitehall. Y el gentío anima a su favorito, aunque creo sinceramente que se trata de una causa perdida...

—No te precipites. Te recuerdo que en Suecia se sacó un as de la manga.

—Desde luego. Tienes razón.

—A lo mejor lo vuelve a conseguir.

Joel seguía corriendo, y la distancia que lo separaba de Voight empezaba a reducirse. Se concentró en su espalda, le atravesó la camisa con los ojos, estudiando su ritmo, buscando sus debilidades.

Estaba aminorando su velocidad. El hombre no iba tan rápido como antes. Su zancada se había desequilibrado; era un indicio inequívoco de cansancio.

Podía alcanzarlo. Si demostraba su valor lo podía alcanzar.

¿Y Kinderman? Había olvidado a Kinderman. Sin pensar en lo que hacía, Joel echó un vistazo por encima del hombro y miró atrás.

Kinderman estaba muy atrasado; mantenía el mismo paso regular. Era la zancada sempiterna del corredor de maratón. Pero detrás de Joel había otra cosa: otro corredor, pisándole casi los talones; fantasmagórico, gigante.

Apartó los ojos y miró adelante, maldiciendo su estupidez.

Cada paso le acercaba más a Voight. Era evidente que se estaba quedando sin resuello. Joel sabía que si se esforzaba podría adelantarla. Tenía que olvidar a su perseguidor, fuera quien fuera; olvidarse de todo menos de adelantar a Voight...

Pero la visión que tenía detrás no se le iba de la cabeza.

No vuelvas la vista atrás: éas fueron las palabras de McCloud. Demasiado tarde; ya lo había hecho. Puestas así las cosas, mejor saber quién era aquel fantasma.

Volvió la vista.

Al principio no vio nada; sólo a Kinderman avanzando poco a poco. Y entonces el corredor fantasma reapareció, y él supo que había acabado con Loyer y McCloud.

No era un corredor, ni vivo ni muerto. Ni siquiera era humano. Era un cuerpo humeante que abría las tinieblas ante él; era el propio infierno el que lo azuzaba.

No vuelvas la vista atrás.

Tenía la boca, si es que aquello era una boca, abierta. Su aliento era tan frío que hizo que a Joel

se le atragantara su propio jadeo. Por eso había murmurado Loyer sus oraciones mientras corría. De poco le habían servido; a fin de cuentas había muerto.

Joel apartó la vista; ya no le interesaba ver el infierno tan de cerca. Trató de ignorar la súbita debilidad de sus rodillas.

Voight también echaba vistazos por encima del hombro. El aspecto de su cara era sombrío y desasosegado; y Joel, sin saber muy bien por qué, comprendió que formaba parte del infierno, que la sombra a su espalda era el amo de Voight.

—Voight. Voight. Voight —Joel pronunciaba su nombre a cada zancada.

Voight oyó que lo nombraban.

—¡Bastardo negro! —dijo en voz alta.

La zancada de Joel se alargó un poco. Estaba a menos de dos metros del corredor venido del infierno.

—Mira... detrás... de ti —dijo Voight.

—Ya lo veo.

—Ha... venido... a... buscarme.

Era evidente que pretendía engañarlo. *Él* era el amo de su propio cuerpo, ¿no? Y no temía la oscuridad porque también él era negro. ¿No era eso lo que le hacía menos humano en su trato con muchísima gente? O más, más que humano: con más sangre, más sudor y más carne. Más brazo, más pierna, más cabeza. Más fuerza, más apetito. ¿Qué podía hacer el infierno? ¿Comérselo? Habría tenido mal sabor. ¿Congelarlo? Tenía la sangre demasiado caliente, era demasiado rápido, estaba demasiado vivo.

Nadie lo atraparía: era un bárbaro con modales de caballero.

En realidad, ni una cosa ni otra.

Voight estaba sufriendo: había dolor en su aliento entrecortado, en los prolongados titubeos de su zancada. Sólo quedaban cincuenta metros entre las gradas y la línea de meta, pero la ventaja de Voight se reducía constantemente; cada paso acercaba más a los corredores.

Entonces empezaron las ofertas.

—Escúcha... me.

—¿Qué eres?

—Poder... Te daré poder... Basta con que... nos... dejes... ganar.

Joel ya estaba casi a su lado.

—Demasiado tarde.

Se le alegraron las piernas: la cabeza le daba vueltas de placer. Tenía el infierno delante, el infierno al lado, pero ¿qué más daba? Aún podía correr.

Adelantó a Voight con las articulaciones distendidas: era una máquina perfecta.

—Bastardo. Bastardo... —le decía el familiar con el rostro contraído por la angustia y el cansancio.

¿No parpadeó su cara cuando Joel lo rebasó? ¿No pareció que sus rasgos perdían por un momento la apariencia de humanidad?

Voight quedó detrás: las masas rugieron y el mundo se volvió a inundar de colores. Tenía la victoria delante. No sabía qué causa estaba defendiendo, pero tenía la victoria al alcance de la mano.

Por fin vio a Cameron en las gradas, de pie al lado de un hombre al que no conocía, un hombre con un traje a rayas. Cameron sonreía y chillaba con un entusiasmo poco característico de él, le hacía señas.

En todo caso, corrió más de prisa hacia la línea de meta; Cameron le había infundido renovadas fuerzas.

Entonces pareció que le cambiaba la cara. ¿Era la calima solar lo que hacía que su pelo brillara? No; también le burbujeaba la carne de las mejillas, y tenía manchas oscuras en el cuello y en la frente que cada vez se oscurecían más. El pelo se le puso de punta y su cráneo lanzó destellos intermitentes de luz cegadora. Cameron estaba ardiendo. Cameron ardía, pero aún le sonreía y lo señalaba con la mano.

Joel sintió una desesperación súbita.

El infierno detrás. El infierno delante.

Ése no era Cameron. A Cameron no se le veía por ninguna parte, luego Cameron estaba muerto.

Lo comprendió como si hubiera tenido una revelación. Cameron había muerto, y esa parodia negra que le sonreía y le daba la bienvenida eran sus postreros momentos, representados por última vez para solaz de sus admiradores.

El paso de Joel se hizo vacilante, perdió el ritmo de zancada. Detrás oyó el aliento de Voight, horriblemente denso, cercano, cada vez más cercano.

De repente, todo su cuerpo se encrespó. Su estómago quería expulsar lo que llevaba dentro, su cabeza se negaba a pensar, las piernas empezaron a flaquearle; sólo tenía miedo.

—Corre —se dijo—. Corre. Corre. Corre.

Pero tenía el infierno delante. ¿Cómo podía correr a lanzarse en brazos de tamaña infamia?

Voight había reducido el intervalo que los separaba y estaba a la altura de su hombro. Le dio un empellón al adelantarlo. A Joel le estaban robando la victoria con la misma facilidad con que se le quitan los caramelos a un bebé.

La meta estaba a doce pasos y Voight iba de nuevo en cabeza. Sin darse cuenta cabal de lo que hacía, Joel agarró y golpeó a Voight, cogiéndolo por la camiseta. Fue una trampa que advirtieron todos los espectadores. Pero ¡qué diantre!

Tiró fuerte de Voight y los dos tropezaron. La muchedumbre les abrió paso cuando salieron haciendo eses de la pista y cayeron pesadamente al suelo, Voight encima de Joel.

El brazo de éste, estirado para impedir que la caída fuera demasiado brusca, quedó aplastado por el peso de los dos cuerpos. Cogido en mala posición, se le rompió el hueso del antebrazo. Joel lo oyó partirse antes de sentir el espasmo; el dolor le arrancó un grito de los labios.

En las gradas, Burgess chillaba como un loco. Toda una exhibición. Las cámaras fotográficas se disparaban, los locutores hacían comentarios.

—¡Levántate! ¡Levántate! —gritaba el hombre.

Pero Joel había agarrado a Voight con su brazo sano y no lo iba a soltar por nada del mundo.

Los dos rodaron por la grava, y cada vuelta aplastaba el brazo de Joel y le provocaba accesos de náusea en las entrañas.

El familiar que hacía el papel de Voight estaba exhausto. Nunca se había sentido tan cansado: no estaba preparado para la carrera que su amo le había obligado a correr. Tenía poca resistencia; estaba casi a punto de perder el control. Joel podía oler su aliento: era el olor de una cabra.

—Muéstrate —le dijo.

Los ojos de esa cosa habían perdido las pupilas: estaban completamente blancos. Joel amasó un coágulo de flema en el fondo de su boca llena de saliva y se lo escupió al familiar.

Éste perdió los estribos.

Su cara se disolvió. Lo que había parecido carne adoptó una nueva apariencia; era como una trampa devoradora, sin ojos, nariz, orejas ni pelo.

En torno a ellos la multitud se echó atrás. La gente chillaba y se desmayaba. Joel no vio nada de eso, pero oyó con satisfacción los gritos. Esta transformación no se realizaba sólo para él: era de conocimiento público. Todos estaban contemplando la verdad, la asquerosa y despiadada verdad.

Tenía la boca inmensa, llena de dientes en fila como la mandíbula de algún pez abisal. Era ridículamente grande. Joel sujetaba con su brazo sano la mandíbula inferior de su enemigo, consiguiendo mantenerla a raya a duras penas, mientras pedía socorro.

Nadie dio un paso adelante.

El gentío se mantuvo a una prudente distancia, observando y chillando, pero sin intención de entrometerse. Era una especie de deporte-espctáculo: la lucha contra el demonio. Los presentes no se sentían involucrados.

Joel sintió que se quedaba sin fuerzas, y su brazo dejó de contener la mandíbula. Desesperado, sintió cómo los dientes se le clavaban en la frente y en la barbilla, cómo atravesaban su carne y sus huesos y, por último, sintió cómo le invadía la blanca noche cuando aquella boca le arrancaba la cara de un mordisco.

El familiar se levantó del suelo donde yacía el cadáver, con jirones de la cabeza de Joel colgándole de los dientes. Le había despojado de sus rasgos como si fuera una máscara, dejando tan sólo un revoltijo de sangre y músculo desgarrado. En lo que fue la boca de Joel, la raíz de su lengua se agitaba espasmódicamente y echaba borbotones de sangre, incapaz de lamentarse.

A Burgess no le preocupaba que el mundo lo conociera. La carrera lo era todo: había que ganarla como fuera, costara lo que costara. A fin de cuentas, Joel también había hecho trampas.

—¡Aquí! —le chilló al familiar—. ¡Date prisa!

Éste volvió la cara ensangrentada hacia él.

—Ven aquí —le ordenó Burgess.

Los separaban unos cuantos metros: unas pocas zancadas en dirección a la meta y la carrera estaba ganada.

—¡Corre hacia mí! —gritaba Burgess—. ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

El familiar estaba cansado, pero reconoció la voz de su amo. Dio unos pasos largos en dirección a la meta, siguiendo a ciegas las llamadas de Burgess.

Cuatro pasos. Tres...

Y Kinderman lo superó y cruzó la línea de meta. El miope Kinderman ganó la carrera un paso por delante de Voight sin saber qué victoria había alcanzado, sin ver siquiera los horrores que yacían a sus pies.

No hubo aclamaciones ni felicitaciones cuando cruzó la línea de llegada.

Alrededor de las gradas el aire pareció oscurecerse, y el ambiente se llenó de un frío que no correspondía a aquella estación.

Agitando la cabeza como si pidiera perdón, Burgess cayó de rodillas.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Era un truco demasiado viejo. Una reacción demasiado ingenua. La multitud empezó a retirarse. Algunos habían comenzado a correr. Los niños, conociendo la naturaleza de la oscuridad por acabar de salir de ella, fueron los menos afectados. Tomaron a sus padres de la mano y los sacaron del lugar como si fueran corderos, diciéndoles que no volvieran la vista atrás, y sus padres recordaron a medias el útero, el primer túnel, la primera salida dolorosa de un paradero hechizado, la primera tentación terrible de volver la vista atrás y morir. Y, mientras lo iban recordando, desaparecían con sus hijos.

Sólo Kinderman parecía indiferente a todo. Se sentó en las gradas y se limpió las gafas, sonriente por su triunfo e impertérrito ante el frío.

Burgess, sabiendo que sus plegarias eran inútiles, puso pies en polvorosa y desapareció dentro del palacio de Westminster.

El familiar, desamparado, renunció a toda pretensión de apariencia humana y se convirtió en sí mismo. Etéreo, insípido, escupió la carne repelente de Joel. La cara del corredor, mascada a medias, cayó sobre la grava, al lado de su cuerpo. El familiar se adentró en el aire y volvió al Círculo que llamaba su casa.

El aire de los pasillos del poder estaba viciado: no había en él vida ni esperanza de socorro.

Burgess no estaba en forma, y su carrera se convirtió pronto en paseo. Anduvo tranquilamente por los pasillos revestidos de penumbra; la mullida alfombra amortiguaba sus pasos.

No sabía exactamente qué hacer. Estaba claro que le echarían en cara no haber previsto todas las eventualidades, pero confiaba en que podría justificarse. Les daría todo lo que pidieran como castigo por su falta de previsión. Una oreja, un pie; sólo tenía carne y sangre que perder.

Pero debía preparar cuidadosamente su defensa, porque ellos odiaban la lógica defectuosa. Si iba a su encuentro con excusas a medio tramar se jugaba más que la vida.

Detrás hacía un frío espantoso; él sabía cuál era su causa. El infierno le había seguido por esos pasillos silenciosos hasta llegar a las mismas entrañas de la democracia. A pesar de ello sobreviviría, siempre que no se diera la vuelta: mientras tuviera los ojos fijos en el suelo, o en sus manos sin pulgares, no le harían daño. Negociar con los abismos era una de las primeras lecciones que se aprendían.

El aire estaba lleno de escarcha. Burgess veía su aliento, le dolía la cabeza de frío.

—Lo siento —le dijo sinceramente a su perseguidor.

La voz que le contestó era más suave de lo que había esperado.

—No fue culpa tuya.

—No —le contradijo Burgess, tranquilizado por un tono tan conciliador—. Fue un error y estoy contrito. Pasé por alto a Kinderman.

—Eso fue una equivocación. Todos los cometemos —le disculpó el infierno—. Con todo, dentro de cien años lo volveremos a intentar. La democracia todavía es una religión reciente; aún no ha perdido su brillo superficial. Le concederemos otro siglo y entonces acabaremos con ella.

—Sí.

—Pero tú...

—Ya lo sé.

—No tendrás poder, Gregory.

—No.

—No es el fin del mundo. Mírame.

—De momento no, si no le importa.

Burgess reemprendió la marcha, dando un paso cauteloso detrás de otro. Conservemos la calma, seamos racionales.

—Mírame, por favor —rogó el infierno en un arrullo.

—Más tarde, señor.

—Sólo te pido que me mires. Se apreciaría un poco de respeto por tu parte.

—Lo haré. De verdad que lo haré. Más tarde.

El camino se dividía en dos. Burgess tomó la desviación a la izquierda, creyendo que el simbolismo podría resultar halagador. Era un callejón sin salida.

Se quedó mirando la pared. Tenía el aire frío metido en la médula y lo que quedaba de sus pulgares le estaba desgarrando. Se quitó los guantes y se chupó los muñones detenidamente.

—Mírame. Date la vuelta y mírame —le dijo con voz cortés.

¿Qué iba a hacer ahora? Presumiblemente, darse la vuelta, salir del pasillo y encontrar un camino mejor. Sólo tendría que andar en círculos y más círculos hasta que hubiera defendido lo bastante su causa para que su perseguidor lo dejara en paz.

Mientras estaba de pie considerando qué alternativa escoger sintió una ligera presión en el cuello.

—Mírame —repitió la voz.

Y le apretaron la garganta. Hubo un extraño ruido de trituración en su cabeza, el ruido de un hueso frotándose contra otro. Parecía que le estuvieran introduciendo un cuchillo en la base del cráneo.

—Mírame —dijo por última vez el infierno, y la cabeza de Burgess se dio la vuelta.

Pero su cuerpo no. Éste se quedó tal como estaba, de pie ante la pared lisa del callejón sin salida.

Su cabeza se dio la vuelta como una manivela sobre su eje, contraviniendo las leyes de la razón y de la anatomía. Burgess se asfixió cuando su cuello giró sobre sí mismo como una cuerda de carne, sus vértebras se redujeron a polvo, sus cartílagos a un montón de fibras desvencijadas. Le sangraron los ojos, le estallaron los oídos, y murió mirando aquella cara apagada y nonata.

—Te dije que me miraras —dijo el infierno, y siguió por su camino lleno de amarguras, dejándolo allí de pie, para que los demócratas encontraran una curiosa paradoja cuando llegaran, en plena chábbara, al palacio de Westminster.

JACQUELINE ESS: SU VOLUNTAD Y SU TESTAMENTO

«¡Dios mío —pensó ella—, esto no puede ser vivir! Siempre igual: tedio, estrés y frustración.

»Jesucristo —rezó—, sácame de aquí, libérame, crucifícame si es necesario, pero líbrame de mis sufrimientos.»

En lugar de recibir su bendición eutanásica, tuvo que coger, un día gris de finales de marzo, una cuchilla de la máquina de Ben. Se encerró en el cuarto de baño y se cortó las muñecas.

Por detrás de los latidos que le resonaban en los oídos, oyó débilmente a Ben que le hablaba al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—¿Estás ahí dentro, querida?

—Vete —creyó decirle.

—He vuelto pronto, cariño. Había poco tráfico.

—Vete, por favor.

El esfuerzo de intentar hablar la hizo resbalar de la taza del retrete y caer sobre las baldosas blancas del suelo, donde ya se enfriaban los charcos que su sangre había formado.

—¿Querida?

—Vete.

—Querida.

—Largo.

—¿Te encuentras bien?

«Se puso a forcejear con la puerta aquella rata. ¿No se daba cuenta de que ni podía ni quería abrirla?»

—Contéstame, Jackie.

Ella gruñó. No pudo contenerse. El dolor no era tan terrible como esperaba, pero tenía la horrible sensación de que la habían golpeado en la cabeza. Con todo, él no podía llegar a tiempo, era demasiado tarde. Ni siquiera echando la puerta abajo.

Echó la puerta abajo.

Levantó la vista hacia él mirándolo a través de un aire tan espeso de muerte que se podría haber cortado con un cuchillo.

—Demasiado tarde —creyó decir. Pero no lo era.

«Dios mío —pensó—, esto no puede ser el suicidio. No he muerto.»

El doctor que Ben había contratado para ella era demasiado benevolente. Lo mejor, le prometió; sólo lo mejor para mi Jackie.

—No tiene nada que no podamos solucionar con un pequeño remedio —la tranquilizó el médico.

«¿Por qué no lo revela de una vez? —pensó—. Le importa un comino. No sabe lo que me ocurre.»

—Trato con muchos problemas femeninos de éstos —le confesó, destilando una compasión estudiada por todos los poros—. Adquiere proporciones de epidemia a partir de cierta edad.

Ella apenas tenía treinta años. ¿Qué le estaba contando? ¿Qué era una menopáusica prematura?

—Depresión, abstinencia total o parcial, neurosis de todo tipo y calibre. No es la única, créame.

«Oh, sí lo soy. Estoy aquí en mi cabeza, sola, y tú no puedes saber lo que ocurre en ella.»

—La curaremos en un dos por tres.

«¿Soy como un cordero, no es eso? ¿Se cree que soy un cordero?» Musitando, él echó una ojeada a sus títulos enmarcados, a sus uñas arregladas y a los bolígrafos y el cuaderno de notas que tenía sobre la mesa del despacho. Pero no miró a Jacqueline. Miró a todas partes salvo a Jacqueline.

—Sé —decía ahora— por lo que ha pasado, y ha sido traumático. Las mujeres tienen ciertas necesidades. Si no son satisfechas....

¿Qué iba a saber de las necesidades femeninas?

«No eres una mujer», creyó pensar.

—¿Qué?

¿Había hablado? Sacudió la cabeza en señal de que no. Él prosiguió, encontrando otra vez el hilo:

—No la voy a someter a interminables sesiones de terapia. No es eso lo que quiere, ¿verdad? Quiere un poco de tranquilidad, y algo que la ayude a dormir de noche.

La estaba empezando a irritar lo indecible. Su actitud condescendiente era tan profunda que no tenía fondo. Jugaba a ser el padre que todo lo sabe y todo lo ve. Como si poseyera alguna maravillosa capacidad de intuir la naturaleza de un alma femenina.

—Claro que he probado los cursos de terapia con los pacientes, hace años. Pero entre usted y yo...

Le dio una leve palmada en la mano. La palma del padre sobre el dorso de su mano. Se suponía que debía sentirse adulada, tranquilizada, a lo mejor incluso seducida.

—... entre usted y yo, es pura verborrea. Una verborrea tediosa. Francamente, ¿para qué sirve? Todos tenemos problemas y no se pueden superar hablando, ¿verdad?

«No eres una mujer. No tienes el aspecto de una mujer, no sientes como una mujer...»

—¿Ha dicho algo?

Negó con la cabeza.

—Creí que sí. Por favor, no tenga reparos en mostrarse sincera conmigo.

Ella no contestó, y el doctor pareció cansarse de hacer ver que entre ellos había algo de intimidad. Se levantó y fue hacia la ventana.

—Pienso en qué es mejor para usted...

Se quedó de pie contra la luz, dejando la habitación a oscuras, impidiendo que se vieran los cerezos del jardín, detrás de la ventana. Observó sus anchos hombros y sus caderas estrechas. Era todo un hombre, como habría dicho Ben. No era de los que aguantan a los niños. Un cuerpo como aquél estaba hecho para recomponer el mundo. Y si no podía con el mundo, tendría que conformarse con los cerebros.

—Pienso en qué es mejor para usted...

¿Qué sabía él, con esos labios y esos hombros? Era demasiado hombre para comprender algo de ella.

—Creo que lo mejor para usted sería un tratamiento a base de sedantes...

Ahora posó ella los ojos sobre la cintura del doctor.

—... y unas vacaciones.

Su espíritu se concentró en el cuerpo que había detrás del barniz de los vestidos. En el músculo, el hueso y la sangre que había debajo de la piel elástica. Se lo imaginó desde todos los ángulos, midiéndolo, calculando su capacidad de resistencia y, finalmente, enfocándolo de frente. Pensó:

«Sé una mujer.»

Nada más ocurrírsele esa extravagante idea, empezó a convertirse en realidad. Lamentablemente, no fue una transformación de cuento de hadas; la carne del hombre se resistía a ese tipo de magia. Ella deseó que su pecho masculino diera lugar a dos mamas, y empezó a hincharse de una manera encantadora, hasta que la piel cedió y se le desprendió el esternón. Su pelvis, estirada y a punto de estallar, se rasgó por el centro; desequilibrado, se derrumbó sobre su despacho y la contempló con la cara amarilla por la commoción. Se chupaba los labios sin parar, a fin de encontrar algo de humedad que le permitiera hablar. Tenía la boca seca y las palabras se le morían antes de nacer. Todo el ruido procedía ahora de entre sus piernas: el chorreo de la sangre y el golpe sordo del intestino al caer sobre la alfombra.

Chilló ante la absurda monstruosidad que había ideado y se retiró a la esquina opuesta de la habitación, donde vomitó en la maceta del gomero.

«¡Dios mío! —pensó—. Esto no puede ser un asesinato. Ni siquiera lo he tocado.»

Jacqueline guardó secreto acerca de lo que había hecho aquella tarde. No tenía ningún sentido provocarle insomnios a nadie obligándole a pensar en un talento tan peculiar.

La policía fue muy amable. Buscó muchas explicaciones para justificar la súbita muerte del doctor Blandish, aunque ninguna de ellas daba cuenta de que su pecho se hubiera levantado de una manera tan extraordinaria, convirtiendo sus pectorales en dos hermosas (aunque peludas) cúpulas.

Se dio por hecho que algún psicópata desconocido había irrumpido en la habitación en un acceso de locura, cometió el desaguisado con manos, martillos y sierras y salió, encerrando a la inocente Jacqueline Ess en un mutismo aterrador del que ningún interrogatorio logró arrancarla.

Una o varias personas desconocidas habían despachado según toda evidencia al doctor a un lugar en el que ni los sedantes ni las terapias podrían servirle de ayuda.

Jacqueline olvidó el episodio casi por completo durante algún tiempo. Pero con el paso de los meses, se apoderó gradualmente de ella, como si fuera el recuerdo de un adulterio mantenido en secreto. La idea del placer prohibido la excitaba. Se olvidó de las náuseas que sintió y recordó el poder. Olvidó lo sórdida que fue su actuación y recordó la fuerza. Olvidó la sensación de culpabilidad que se apoderó luego de ella y deseó volver a hacerlo con toda su alma.

Sólo que mejor.

—Jacqueline.

«¿Es mi marido —pensó— quien me llama por mi nombre completo?» Normalmente era Jackie, Jack o nada en absoluto.

—Jacqueline.

La miraba con sus grandes ojos azules de niño, como el colegial del que se había enamorado a primera vista. Pero ahora tenía la boca más dura, y sus besos sabían a pan rancio.

—Jacqueline.

—Sí.

—Hay algo de lo que quiero hablarte.

«¿Una conversación?», pensó. Debía de ser un día de fiesta nacional.

—Ponme a prueba —sugirió.

Sabía que podía obligarle a hablar con su pensamiento si le apetecía. Hacerle decir lo que ella quería oír. Palabras de amor, tal vez, si es que aún podía recordar cómo sonaban. Pero ¿qué sentido tendría eso? Era mejor la verdad.

—Querida, me he apartado un poco del buen camino...

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

«¿De verdad, de verdad, bastardo?», pensó.

—Fue cuando no estabas en tus cabales. ¿Sabes? Cuando las cosas habían dejado de funcionar más o menos entre los dos. Habitaciones separadas... Tú quisiste habitaciones separadas... y me volví loco de frustración. No quería molestarte, así que no dije nada. Pero no tiene sentido que intente vivir dos vidas.

—Puedes tener una aventura si lo deseas, Ben.

—No es una aventura, Jackie. La amo...

Estaba preparando uno de sus discursos, podía ver cómo se gestaba detrás de sus dientes. Las justificaciones que se convertían en acusaciones, las excusas que degeneraban en ataques a su forma de ser. En cuanto cogiera carrerilla no podría detenerlo. No lo quería oír.

—... No se parece en nada a ti, Jackie. Es frívola a su manera. Supongo que te parecería superficial.

«Tal vez sea mejor interrumpirlo ahora, antes de que se haga un lío, como de costumbre.»

—No es caprichosa como tú. Es sólo una mujer normal, ¿sabes? No quiero decir que tú no seas normal: no puedes evitar tener depresiones. Pero ella no es tan sensible...

—No hace falta, Ben...

—¡No, narices! Quiero sacármelo del pecho.

«Y echármelo encima», pensó ella.

—Nunca me has dejado que me explique —decía—, siempre me echas una de tus malditas miradas, como si quisieras que yo...

«Me muriera.»

—... me callara.

Callarse.

—¡No te importa cómo me siento! —ahora gritaba—. Siempre encerrada en tu pequeño mundo.

«Cállate», pensó.

Tenía la boca abierta. Ella pareció desear que se cerrara, y al tener esa idea sus mandíbulas se cerraron en seco, cortándole la punta de la lengua rosa. Se le cayó de los labios y se alojó en una arruga de su camisa.

«Cállate», volvió a pensar.

Las dos legiones perfectas de dientes se enterraron una dentro de otra, rasgándose y abriéndose en canal; los nervios, el calcio y la saliva dejaron caer una espuma rosada sobre su barbilla a medida que la boca se le resbalaba hacia delante.

«Cállate», seguía pensando, mientras sus ojos azules y asustados de bebé volvían a entrar en

su cráneo y la nariz se deslizaba en dirección al cerebro.

Ya no era Ben; era un hombre con la cabeza de un lagarto rojo, que se aplastaba, se encerraba en sí misma y, gracias a Dios, ya nunca más podría pronunciar discursos.

Ahora que le había cogido el tranquillo, empezó a demorarse en los cambios que deseaba provocar en su marido.

Lo tiró al suelo de un papirotazo y empezó a comprimir sus piernas y brazos, encastrando la carne y el resistente hueso en un espacio cada vez más reducido. Los vestidos se le doblaron hacia adentro, y el tejido de su estómago fue arrancado de sus entrañas bien empaquetadas y estirado alrededor de su cuerpo para envolverlo. Los dedos le sobresalían de las aristas de los hombros, y los pies, que aún pataleaban furiosos, se le hundieron en el intestino. Le dio una última vuelta para aplastar su espina dorsal y convertirla en una columna de porquería de treinta centímetros de altura, y dio por finalizada la sesión.

Cuando salió de su éxtasis vio a Ben sentado en el suelo, encerrado en un espacio del tamaño aproximado de una de sus bonitas maletas de cuero, mientras la sangre, la bilis y el líquido linfático manaban débilmente de su cuerpo mudo.

«¡Dios mío —pensó—, ése no puede ser mi marido! Nunca ha sido así de pequeño.»

Esta vez no esperó que la ayudasen. Comprendió la gravedad de lo que había hecho (supuso, incluso, cómo lo había hecho) y asumió el crimen porque era de justicia que actuara así. Hizo las maletas y se fue de casa.

«Estoy viva —pensó—. Por primera vez en toda mi miserable vida me siento viva.»

Testimonio de Vassi (primera parte)

Dedico esta historia a quienes sueñan con mujeres dulces y fuertes. Es una promesa tanto como una confesión, así como las últimas palabras de un hombre perdido que sólo quería amar y ser amado. Aquí estoy sentado, temblando, esperando que caiga la noche, aguardando a que el chulo quejica de Koos llame otra vez a mi puerta y se lleve todo lo que tengo a cambio de la llave de su habitación.

No soy un hombre valiente y nunca lo he sido, de forma que me asusta lo que me pueda ocurrir esta noche. Pero no puedo pasarme la vida soñando a todas horas, viviendo en la oscuridad y entreviendo el sol de vez en cuando. Tarde o temprano, uno tiene que disponerse a la lucha (bonita expresión), levantarse y participar en ella. Aunque eso signifique dar la vida a cambio.

Probablemente no estoy diciendo más que tonterías. Quiénes se tropezaron con este testimonio estarán pensando, se estarán preguntando quién fue ese imbécil.

Mi nombre es Oliver Vassi. Tengo treinta y ocho años. Fui abogado hasta hace un año o más; hasta que emprendí la búsqueda que finaliza esta noche con un chulo, una llave y la reina de las reinas.

Pero la historia empieza hace más de un año. Hace muchos que Jacqueline vino a verme por primera vez.

Llegó como illovida del cielo a mi despacho, diciendo ser la viuda de un amigo mío de la Facultad de Derecho, Benjamin Ess, y cuando hice memoria recordé su cara. Un amigo común que asistió a la boda me mostró una fotografía de Ben y de su deslumbrante novia. Y allí la tenía, con una belleza tan inaprehensible como prometía la foto.

Recuerdo que me sentí muy azorado durante ese primer encuentro. Llegó en un momento delicado, y yo estaba hasta el cuello de trabajo. Pero me cautivó tanto que fui olvidándome de todas las citas del día, y cuando entró mi secretaria me dirigió una de sus miradas de acero, como si quisiera echarme un cubo de agua fría encima. Supongo que me enamoré desde el principio, y ella se dio cuenta de la atmósfera eléctrica que reinaba en mi despacho. Yo hice ver que trataba con cortesía a la viuda de un antiguo amigo. Me negaba a pensar en pasiones: no formaba parte de mi naturaleza, o eso creía. ¡Qué poco sabemos —quiero decir, sabemos *realmente*— de nuestras aptitudes!

La primera vez que nos vimos, Jacqueline me contó bastantes mentiras. Que Ben había muerto de cáncer, que cuánto le había hablado de mí y con cuánto cariño. Supongo que me podría haber dicho directamente la verdad, y yo no la habría tenido en cuenta. Creo que estuve completamente

sometido a ella desde el principio.

Pero es difícil recordar exactamente cómo o cuándo el interés por otro ser humano se convierte en algo más comprometido, más apasionado. Puede que me invente la impresión que me causó en este primer encuentro, que recree la historia simplemente para justificar mis excesos posteriores. No estoy seguro. De cualquier forma, ocurriría cuando y donde ocurriría, despacio o de prisa, sucumbí ante sus encantos y me embarqué en esta aventura.

No soy un hombre particularmente inquisitivo en lo que concierne a mis amigos o compañeras de cama. Como abogado me paso la vida examinando la porquería de las vidas ajenas y, francamente, ocho horas al día de un trabajo parecido me resultan más que suficientes. Cuando salgo del despacho me gusta dejar en paz al prójimo. No curioseo ni profundizo en él; sólo le considero desde el punto de vista de su aspecto exterior.

Jacqueline no fue una excepción a esta regla. Era una mujer que me alegraba tener en mi vida, fuera cual fuera su pasado. Tenía una sangre fría maravillosa, era inteligente, obscena y fina. Nunca había conocido a una mujer más encantadora. No era asunto mío cómo había vivido con Ben, cómo había ido el matrimonio, etc... Ésa era su historia. A mí me bastaba con vivir en el presente y dejar que el pasado muriera por sí solo. Creo que llegué a jactarme de que por mucho que hubiera sufrido podría ayudarla a que lo olvidara.

Cierto que sus historias eran incoherentes. Como abogado estaba entrenado para tener vista de águila en lo referente a las invenciones, y por mucho que intentara no conceder crédito a lo que me decía la intuición, notaba que no era franca conmigo. Pero sabía que todo el mundo tiene sus secretos. «Permitámos que ella también tenga los suyos», pense.

Sólo una vez le discutí un detalle sobre la pretendida historia de su vida. Al hablar de la muerte de Ben, se le escapó decir que había recibido lo que merecía. Le pregunté qué significaba eso. Ella se sonrió con aquella sonrisa suya de Gioconda y me dijo que pensaba que había que restablecer el equilibrio entre hombres y mujeres. Hice caso omiso de la observación. A fin de cuentas, por entonces ya me tenía obsesionado al margen de toda esperanza de salvación; me hacía feliz poder asentir ante cualquier argumento suyo.

Era tan hermosa... No en toda la extensión de la palabra: no era joven, ni inocente, ni tenía esa simetría prística que goza del favor de los publicitarios y los fotógrafos. Su cara era la de una mujer de cuarenta y pocos años: estaba acostumbrada a reír y a llorar, y la costumbre deja huellas. Pero tenía la capacidad de transformarse de la manera más sutil, haciendo que su cara fuera tan mudable como el cielo. Al principio creí que se trataba de un truco de maquillaje. Pero cuando empezamos a dormir juntos con más frecuencia y la observé por las mañanas con los ojos soñolientos, y por las noches, caídos de cansancio, pronto me di cuenta de que sobre el esqueleto no tenía más que carne y sangre. Lo que la transformaba era interno: era efecto de su voluntad.

Y ¿saben ustedes? Eso me hizo quererla aún más.

Fue entonces cuando me desperté una noche con ella al lado. A menudo dormíamos en el suelo, que ella prefería a la cama. Las camas, decía, le recordaban el matrimonio. Sea como sea, aquella noche estaba tumbada bajo un edredón sobre la alfombra de mi habitación, y yo, por mera adoración, contemplaba su cara mientras dormía.

Si uno se ha entregado por completo, observar dormir a la persona amada puede convertirse en una experiencia horrible. A lo mejor algunos de ustedes han conocido esa parálisis que se produce al estudiar unos rasgos impenetrables. Se llega entonces a la conclusión de que algo permanece siempre escondido en algún lugar inaccesible de la mente ajena. Como digo, para quienes nos hemos entregado, eso es un horror. En esos momentos uno se da cuenta de que sólo existe en relación con esa cara, esa personalidad. Por lo tanto, cuando esa cara está cerrada y la personalidad queda oculta en su propio mundo inaccesible, uno se siente completamente inútil. Como un planeta sin sol girando en la oscuridad.

Así me sentí aquella noche al observar sus extraordinarios rasgos, y mientras meditaba sobre la pérdida de mi alma, su cara empezó a alterarse. Era evidente que soñaba, pero ¡menudos sueños debía de tener! Toda su constitución estaba movilizada: sus músculos, su pelo, la parte inferior de las mejillas se movían bajo los dictados de algún acontecimiento interno. Los labios se le despegaban del hueso y se convertían, hirviendo, en una torre de piel babosa; tenía el pelo revuelto alrededor de la cabeza como si estuviera tumbada sobre el agua; la sustancia de sus mejillas formaba estrías y ondulaciones semejantes a las escarificaciones rituales de un guerrero; trozos de tejido inflamados y palpitantes se le hinchaban. El conjunto volvía a cambiar en cuanto se formaba una nueva careta. Aquella fluctuación me aterrorizaba, y debí de hacer algo de ruido. No se despertó, pero se acercó un poco a la superficie del sueño, abandonando las aguas profundas de donde procedían aquellas

energías. Las caretas desaparecieron instantáneamente, y su rostro volvió a ser el de una mujer que duerme apaciblemente.

Ésa fue, como se comprenderá, una experiencia decisiva, aunque me pasé los días siguientes tratando de convencerme de que no la había visto.

El esfuerzo fue inútil. Sabía que había algo raro en ella, y por entonces estaba convencido de que ella no sabía nada. Estaba seguro de que había algo anormal en ella, y que haría mejor en investigar su pasado antes de decirle lo que había visto.

Después de reflexionar, parece ridículamente ingenuo pensar que ignoraba poseer un poder semejante. Pero me resultaba más fácil imaginármela como una víctima de ese maleficio que como su maestra. Así hablan los hombres de las mujeres; no se trata tan sólo de Oliver Vassi hablando acerca de Jacqueline Ess. Nosotros, los hombres, no podemos concebir que el poder se encuentre a gusto en el cuerpo de la mujer, a no ser que se trate de un niño. Ella no tiene poder real. El poder debe estar en manos masculinas, como un don divino. Eso es lo que nos dicen nuestros padres, los muy idiotas.

En resumidas cuentas, investigué el pasado de Jacqueline tan subrepticiamente como pude. Tenía un contacto en Nueva York, donde vivió la pareja, y no me resultó difícil poner en marcha algunas averiguaciones. A mi contacto le costó una semana volver, porque tuvo que desenmarañar una cantidad considerable de explicaciones policiales para conseguir intuir algo de la verdad, pero trajo noticias, y eran malas.

Ben estaba muerto; en eso no había mentido. Pero no podía haber muerto de cáncer. Mi contacto sólo consiguió unas pistas muy vagas acerca del estado del cadáver de Ben, pero le permitieron llegar a la conclusión de que lo habían mutilado espectacularmente. ¿El principal sospechoso? Mi amada Jacqueline Ess. La misma mujer inocente que ocupaba mi apartamento y dormía todas las noches a mi lado.

Así que le dije que me estaba ocultando algo. No sé qué esperaba que me contestara. Lo que obtuve fue una demostración de su poder. La dio de buena gana, sin maldad, pero habría sido un estúpido si no hubiera comprendido que aquello era un aviso. Primero me contó cómo había descubierto su capacidad única de controlar por completo a los seres humanos. Cuando estaba a punto de suicidarse, desesperada, encontró en los recovecos más escondidos de su ser facultades cuya existencia jamás había sospechado. Poderes que iban emergiendo de esas zonas remotas a medida que se recuperaba, como los peces se asoman a la luz.

Luego me hizo una pequeña exhibición de esos poderes, arrancándose uno a uno los pelos de la cabeza. Sólo doce; fue suficiente como demostración de sus formidables habilidades. Noté cómo se iban. Ella se limitaba a decir: uno de detrás de la oreja, y yo sentía un hormigueo y un tirón en la piel cuando los dedos de su voluntad me quitaban un pelo. Luego otro y otro. Fue una demostración increíble: había convertido ese poder en un arte sutil; localizaba y eliminaba uno a uno los pelos de mi cráneo con la precisión de unas pinzas.

En realidad me tenía sentado, rígido de miedo, y yo sabía que se limitaba a jugar conmigo. Tarde o temprano estaba seguro de que llegaría el momento de hacerme callar para siempre.

Pero tenía dudas. Me confesó que, aunque los hubiera perfeccionado, sus poderes la asustaban. Dijo que necesitaba que alguien le enseñara a sacarles el máximo partido. Y yo no era ese alguien. Sólo era un hombre que la amaba, que la había amado antes de su revelación y la seguiría amando a pesar de todo.

De hecho, después de esa demostración, me forjé rápidamente un nuevo concepto de Jacqueline. En lugar de temerla, me sentí aún más vinculado a aquella mujer que toleraba que yo poseyera su cuerpo.

El trabajo empezó a irritarme: era una distracción que me impedía pensar en mi amada. Toda la reputación de que pude gozar alguna vez empezó a empañarse. Perdí clientes y respetabilidad. En el transcurso de dos o tres meses, mi vida profesional quedó reducida a casi nada. Mis amigos se cansaron de mí y los colegas me esquivaban.

No es que me estuviera chupando la sangre. Quiero dejar eso absolutamente claro. No era una lamia ni un súcubo. Lo que me ocurrió, mi caída en desgracia dentro de la vida ordinaria, si quieren, fue cosa mía. Ella no me embrujó; ésa es una mentira romántica para justificar la caída. Era un océano y yo tuve que nadar en su interior. ¿Tiene eso algún sentido? Me había pasado la vida en la orilla, en el mundo sólido de la ley, y estaba cansado de él. Ella era líquida, como un mar sin fronteras contenido en un solo cuerpo, un diluvio en una habitación pequeña, y yo me ahogaré contento en él, si me concede la oportunidad. Pero fue decisión mía. Quede claro. Siempre lo ha sido. He decidido ir a su habitación esta noche, y estar por última vez con ella. Lo he decidido

libremente.

–Y qué hombre no lo haría? Ella era (es) sublime.

El mes que siguió a esa demostración de poder viví en un éxtasis permanente en su presencia. Mientras estuve con ella me enseñó maneras de amar inaccesibles para cualquier otra criatura sobre la tierra. Digo inaccesible, pero es que con ella nada era inaccesible. Y cuando no estaba a mi lado se prolongaba el hechizo: parecía haber transformado mi mundo.

Y entonces me dejó.

Yo sabía por qué: buscaba a alguien que le enseñara a usar su fuerza. Pero comprender sus razones no alivió mi desmoronamiento.

Me vine abajo: perdí mi trabajo, mi identidad, los pocos amigos que me quedaban en el mundo. Apenas si me di cuenta. Fueron pérdidas menores comparadas con la de Jacqueline...

–Jacqueline.

«¡Dios mío! –pensó–. ¿Es éste de verdad el hombre más influyente del país?» Parecía tan poco atractivo y tan poco espectacular... Ni siquiera tenía fuerte la barbilla.

Pero Titus Pettifer era el poder.

Dirigía tantos monopolios que no podía ni contarlos. Sus comentarios en el mundo financiero podían destrozar compañías como si fueran de papel, acabar con las ambiciones de cientos y con las carreras de miles de personas. A su sombra se amasaban fortunas de la noche a la mañana, empresas enteras se desmoronaban cuando les soplaba encima, víctimas de su capricho. Si algún hombre conocía el poder, era él. Tenía cosas que enseñar.

–No le importará que le llame J., ¿verdad?

–No.

–¿Ha esperado mucho?

–Lo suficiente.

–Normalmente no hago esperar a las mujeres hermosas.

–Sí que lo hace.

Ella ya lo conocía: dos minutos en su presencia le habían bastado para tomarle la medida. Se metería con más rapidez en su terreno si se mostraba insolente.

–¿Siempre llama por sus iniciales a las mujeres a quienes acaba de conocer?

–Es útil para archivarlas. ¿Le importa?

–Depende.

–¿De qué?

–De lo que me dé a cambio de ese privilegio.

–Así que es un privilegio conocer su nombre.

–Sí.

–Bueno... Me siento honrado. A no ser, naturalmente, que le conceda ese privilegio a cualquiera. Negó con la cabeza, No; comprendió que no era pródiga en afectos.

–¿Por qué ha esperado tanto tiempo para verme? ¿Por qué he tenido que recibir informes de sus asedios a mis secretarias con exigencias continuas de verme? ¿Quiere dinero? Porque si es así se irá con las manos vacías. Me hice rico gracias a la mezquindad, y cuanto más rico me hago, más mezquino me vuelvo.

La observación era correcta: la hizo con absoluta sencillez.

–No quiero dinero –dijo ella con la misma sencillez.

–Eso es reconfortante.

–Los hay más ricos que usted.

Levantó las cejas, sorprendido. Aquella belleza sabía morder.

–Ciento.

Había por lo menos media docena de hombres más ricos que él en el hemisferio.

–No soy una pequeña admiradora insignificante. No he venido aquí a hacerme con un nombre.

He venido porque tenemos intereses comunes; mucho que ofrecernos el uno al otro.

–¿Como qué?

–Yo tengo mi cuerpo.

Él sonrió. Era la oferta más directa que le habían hecho desde hacia años.

–¿Y qué le doy yo en recompensa por tanta generosidad?

–Quiero aprender...

–¿Aprender?

—... a utilizar el poder.
 Aquella mujer cada vez le resultaba más extraña.
 —¿Qué quiere decir? —preguntó para hacer tiempo.
 No le había tomado la medida; le molestaba, lo desconcertaba.
 —¿Tendré que decírselo otra vez, pero a la manera burguesa? —preguntó a su vez, afectando insolencia, con una sonrisa que le empezó a parecer atractiva.
 —No hace falta. Quiere aprender a usar el poder. Supongo que le podría enseñar...
 —Sé que puede.
 —Hágase cargo; soy un hombre casado. Virginia y yo llevamos dieciocho años juntos.
 —Tiene tres hijos, cuatro casas, una doncella llamada Mirabelle. Odia Nueva York y le encanta Bangkok; usa el dieciséis y medio de cuello de camisa; su color favorito, el verde.
 —Turquesa.
 —Conforme envejece se vuelve usted más ingenioso.
 —No soy viejo.
 —Dieciocho años de casado envejecen prematuramente a cualquiera.
 —No a mí.
 —Demuéstrelo.
 —¿Cómo?
 —Tómeme.
 —¿Qué?
 —Tómeme.
 —¿Aquí?
 —Baje las persianas, cierre la puerta, desenchufe el terminal del ordenador y tómeme. Le desafío.
 —¿Desafiar?
 ¿Cuánto tiempo hacia que alguien lo *desafiaba* a algo?
 —¿Desafiar?
 Estaba excitado. No se había excitado tanto desde hacia doce años. Bajó las persianas, cerró la puerta y apagó la gráfica de sus fortunas en la pantalla.
 «¡Dios mío —pensó ella—, ya lo tengo!»

No fue una pasión tan espontánea como la que sintió por Vassi. Por una razón: Pettifer era un amante torpe e inexperto. Por otra: tenía demasiado miedo a su esposa como para ser un adulterio consumado. Creía ver a Virginia en todas partes: en los vestíbulos de los hoteles en que alquilaban una habitación para pasar la tarde, en los taxis que se acercaban a sus lugares de cita, una vez incluso (juró que el parecido era absoluto) vestida de camarera y limpiando la mesa de un restaurante. No eran más que imaginaciones, pero empañaban la espontaneidad del romance.

A pesar de todo, ella estaba aprendiendo de él. Era tan brillante en las finanzas como inepto en el amor. Aprendió a ser poderosa sin utilizar el poder, a no dejarse afectar por la estupidez que las personas con carisma provocan entre los seres ordinarios, a tomar las decisiones sencillas de una forma sencilla, a no tener piedad. Aunque a este último respecto no necesitaba aprender mucho. Tal vez fuera más exacto decir que la enseñó a no echar nunca de menos su instintiva falta de compasión, a juzgar fríamente quién merecía la extinción y quién podía contarse entre los justos.

Ella no se mostró ante él ni una sola vez, aunque utilizó sus habilidades con absoluta discreción para engendrar el placer en su avejentado sistema nervioso.

La cuarta semana de su aventura estaban tumbados uno al lado del otro en una habitación lila, mientras el tráfico de media tarde rugía a sus pies. Había sido una mala relación sexual; él estaba nervioso y no consiguió sacarle de su ensimismamiento con ningún truco. Fue muy rápida y casi sin pasión.

Le iba a decir algo. Ella lo sabía: la revelación estaba aguardando detrás de su garganta. Dándose la vuelta hacia él, le dio masajes en las sienes con su mente, tranquilizándolo para que hablara.

Estaba a punto de arruinar el día.

Estaba a punto de arruinar su carrera.

Estaba a punto —«¡Dios, socórreme!»— de arruinar su vida.

—Tengo que dejar de verte.

No se atrevería, pensó ella.

—No estoy seguro de lo que sé acerca de ti o, más bien, de lo que creo saber acerca de ti, pero me hace... ser precavido contigo, J. ¿Lo comprendes?

—No.

—Me temo que sospecho... que has cometido crímenes.

—¿Crímenes?

—Tienes pasado.

—¿Quién ha estado hurgando en él? —inquirió—. ¿Seguro que no fue Virginia?

—No; Virginia, no. No es nada curiosa.

—Entonces, ¿quién?

—No es asunto tuyo.

—¿Quién?

Ejerció una ligera presión sobre las sienes de Titus. Este gimió de dolor.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella.

—Me duele la cabeza.

—Estrés, no es más que estrés. Puedo quitártelo, Titus.

Le tocó la frente con los dedos, suavizando al mismo tiempo la presión que ejercía sobre él. Suspiró al aliviarse.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—¿Quién ha estado fisgoneando, Titus?

—Tengo un secretario personal, Lyndon. Ya te he hablado de él. Conoció nuestras relaciones desde el principio. Claro, alquila los hoteles y prepara las historias que sirven de tapadera.

Había algo infantil en su discurso que resultaba conmovedor. Como si estuviera avergonzado de dejarla con el corazón destrozado.

—Lyndon es todo un milagro. Ha inventado un montón de historias para hacer que las cosas entre nosotros fueran más sencillas. Así que no tiene nada en contra tuya. Sólo que vio por casualidad una de las fotografías que te hice. Se las había dado para que las tirara.

—¿Por qué?

—No debí hacerlas; fue un error. Virginia podría haber... —Se paró y volvió a empezar—. Sea como sea, te reconoció aunque no podía recordar cuándo te había visto antes.

—Pero acabó por acordarse.

—Solía trabajar como gacetillero para uno de mis periódicos. Así es como llegó a convertirse en mi ayudante personal. Te recordó por tu encarnación anterior, por decirlo de alguna forma. Jacqueline Ess, mujer de Benjamin Ess, muerta.

—Muerta.

—Me trajo otras fotos, no tan bonitas como las tuyas.

—Fotografías ¿de qué?

—De tu casa. Y del cuerpo de tu marido. Dijeron que era un cuerpo, aunque no le quedaba nada de humano.

—Desde el principio hubo poco de ser humano en él —dijo con sencillez, pensando en los fríos ojos de Ben y en sus manos aún más frías.

Sólo merecía que lo encerraran y lo olvidaran.

—¿Qué le ocurrió?

—A Ben? Fue asesinado.

—¿Cómo?

—Le había temblado un poco la voz?

—De una manera muy sencilla.

Se había levantado de la cama y estaba de pie junto a la ventana. Una intensa luz de verano penetraba por las rendijas de la persiana y los contornos de su cara quedaban dibujados por franjas de luz y sombra.

—Tú lo hiciste.

—Sí. —Le había enseñado a ser franca—. Sí, fui yo.

También le había enseñado a ser parca en amenazas.

—Déjame y volveré a hacerlo.

Él negó con la cabeza.

—Nunca. No te atreverás.

Estaba de pie ante ella.

—Tenemos que comprendernos, J. Soy poderoso y puro. ¿Comprendes? Mi rostro público no

puede verse afectado por el escándalo. Me podría permitir una querida, o una docena, aunque se dieran a conocer. Pero, ¿una asesina? No, eso me arruinaría la vida.

—¿Te está chantajeando ese Lyndon?

Contempló el día a través de las persianas con una mirada angustiada en el rostro. Tuvo una contracción en los nervios de la mejilla, bajo el ojo izquierdo.

—Sí, ya que lo quieras saber —reconoció con una voz apagada—. El bastardo me tiene bien cogido.

—Comprendo.

—Y si él puede sospechar, también pueden hacerlo los demás. ¿Comprendes?

—Yo soy fuerte; tú eres fuerte. Podemos hacerles dar vueltas sobre la punta de los meñiques.

—No.

—Sí. Tengo poderes, Titus.

—No lo quiero saber.

—Lo sabrás —repuso ella.

Lo miró, cogiéndolo por las manos sin tocarlo. Él observaba con los ojos como platos cómo sus manos se alzaban sin quererlo para tocarle la cara, acariciarle el pelo con el más cariñoso de los gestos. Hizo que sus dedos temblones le recorriera los pechos con más ardor del que podía reunir por iniciativa propia.

—Siempre eres demasiado indeciso, Titus —dijo, mientras le obligaba a manosearla hasta casi hacerle daño—. Así es como me gusta.

Ahora las manos de Titus se encontraban más abajo, haciendo que una expresión distinta aflorara a la cara de Jacqueline. Estaba invadida de mareas, se sentía completamente viva...

—Más adentro...

Introdujo el dedo, la acarició con el pulgar.

—Me gusta esto, Titus, ¿Por qué no me lo puedes hacer sin que te lo tenga que pedir?

Él se sonrojó. No le gustaba hablar de lo que hacían juntos. Ella le obligó a que entrara más profundamente, susurrando.

—No me voy a romper, ¿sabes? Virginia puede ser de porcelana de Dresde, pero yo no. Quiero sentimiento, quiero algo que me permita recordarte cuando no esté contigo. Nada es eterno, ¿no es cierto? Pero quiero algo que me dé calor durante la noche.

Se estaba cayendo de rodillas con las manos puestas, por decisión de Jacqueline, sobre su cuerpo y dentro de él, recorriéndola como dos cangrejos lujuriosos. Tenía el cuerpo empapado de sudor. Ella pensó que era la primera vez que lo veía sudar.

—No me mates —gimoteó.

—Podría hacerte desaparecer.

«Borrar», pensó, pero se quitó la imagen de la mente antes de hacerle daño.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo él—. Me puedes matar fácilmente.

Estaba llorando. «¡Dios mío —pensó ella—, el hombre eminentemente está a mis pies, lloriqueando como un bebé! ¿Qué puedo aprender sobre el poder en una representación tan pueril como ésta?» Le arrancó las lágrimas de las mejillas empleando más energía de la necesaria. La piel se le enrojeció bajo la mirada de Jacqueline.

—Déjame tranquilo, J. No te puedo ayudar. No te sirvo de nada.

Era cierto. Era absolutamente inútil. Le liberó las manos despectivamente. Se le cayeron fláccidamente a ambos costados.

—No intentes encontrarme jamás, Titus. ¿Comprendido? No mandes jamás a tus secuaces en mi busca para salvaguardar tu reputación, porque seré más despiadada de lo que tú hayas sido jamás.

Él no dijo nada; se quedó de rodillas de cara a la ventana, mientras ella se lavaba la cara, bebía el café que habían pedido y se marchaba.

A Lyndon le sorprendió encontrar la puerta de su oficina abierta de par en par. Sólo eran las siete y treinta y seis. Ninguna de las secretarias llegaría antes de una hora. Una de las mujeres de la limpieza se debía haber descuidado y dejó la puerta sin cerrar. Descubriría quién fue y la despediría.

Empujó la puerta abierta.

Jacqueline estaba sentada de espaldas a ella. Reconoció su cabeza por atrás, la cascada de pelo castaño. Se estaba exhibiendo como una mujerzuela; era demasiado obscena, demasiado salvaje. Lyndon tenía su oficina, adyacente a la del señor Pettifer, meticulosamente ordenada. Le echó una ojeada: todo parecía en su sitio.

—¿Qué hace aquí?

Tomó un poco de aliento, preparándose.

Aquélla era la primera vez que lo hacía premeditadamente. Hasta entonces siempre se había tratado de decisiones impromediatadas.

Él se acercó al despacho, dejó su maleta y su ejemplar bien doblado del *Financial Times*.

—No tiene derecho a entrar sin mi permiso.

Ella se dio la vuelta lentamente sobre el eje de la silla, tal como solía hacer él cuando tenía gente a quien castigar.

—Lyndon.

—Nada de lo que diga o haga modificará los hechos, señora Ess —dijo, ahorrándole la dificultad de introducir el tema—. Es usted una asesina a sangre fría. No me quedó más remedio que informar de ello al señor Pettifer.

—¿Lo hizo por el bien de Titus?

—Por supuesto.

—Y el chantaje también es por el bien de Titus, ¿verdad?

—Salga de mi oficina...

—¿Verdad, Lyndon?

—¡Eres una puta! Las putas no saben nada: son ignorantes, animales enfermos —le escupió—. De acuerdo, eres astuta, eso te lo concedo. Pero tanto como cualquier mujerzuela que se busca la vida.

Se levantó. Él esperaba una réplica. No obtuvo ninguna o, por lo menos, no fue verbal. Pero sintió que la cara se le ponía rígida, como si alguien la estuviera presionando.

—¿Qué... estás... haciendo?

Le estaba reduciendo los ojos a rajas como las de un chico que imitara a un monstruoso oriental, le estiraba la boca por las dos esquinas, estrechándola y confiriéndole una sonrisa resplandeciente. Le costaba trabajo pronunciar las palabras...

—Para...

Ella negó con la cabeza.

—Puta... —repitió, desafiándola una vez más.

Ella no hizo más que mirarlo. Su cara empezaba a sacudirse y contraerse bajo la presión, los músculos se agitaban espasmódicamente.

—La policía... —intentó decir—. Si me pones un dedo encima...

—No te lo pondré —dijo ella sin necesidad de mentir.

Sintió la misma presión en el cuerpo, por debajo de sus vestidos, estirándole la piel, aprisionándolo cada vez más. Comprendió que algo iba a ceder. Tendría alguna parte débil que se desgarraría ante aquel ataque despiadado. Y si empezaba a resquebrajarse nada le impediría a Jacqueline rajarlo. Se le ocurrió todo esto fríamente, mientras el cuerpo se le contraía y le lanzaba maldiciones con su sonrisa forzada.

—¡Zorra! —la insultó—. ¡Zorra sifilítica! No parecía estar asustado, pensó.

In extremis, dio rienda suelta a todo el odio que sentía hacia Jacqueline, de forma que perdió por completo el miedo. Ahora la volvía a llamar puta, aunque tenía la cara tan distorsionada que era casi imposible reconocerlo.

Y entonces empezó a rasgarse.

La raja empezó en el puente de su nariz y fue hacia arriba, cruzándole la frente, y hacia abajo, seccionando los labios, la barbilla y luego el cuello y el pecho. En cuestión de segundos tenía la camisa teñida de rojo, el traje oscuro se había vuelto todavía más oscuro, y chorreaba sangre por los puños y los pantalones. La piel le salió volando de las manos como los guantes de un cirujano, y dos círculos de tejido escarlata le quedaron colgando a ambos lados de la cara como las orejas de un elefante.

Había dejado de insultarla.

Llevaba diez minutos muerto a causa de la conmoción, pero ella seguía trabajando vengativamente con su cuerpo, despelléjándolo y repartiendo los pedazos por la habitación. Por último, lo puso de pie, con el traje, la camisa y los brillantes zapatos rojos. Satisfecha por el espectáculo, lo liberó. Lyndon cayó suavemente sobre un charco de sangre y se durmió.

«¡Dios mío —pensó al encarar con tranquilidad las escaleras traseras— esto es un asesinato en primer grado!»

No encontró mención alguna de la muerte de Lyndon en los periódicos ni en los boletines

informativos. Por lo visto murió igual que vivió, al margen del conocimiento público.

Pero ella sabía que habrían empezado a girar ruedas tan grandes que los individuos insignificantes como ella no podían ver sus ejes. Apenas si lograba imaginar lo que harían, qué modificaciones iban a introducir en su vida. Y es que el asesinato de Lyndon no había estado motivado sólo por el dolor, aunque éste se hubiera llevado su parte. No; había pretendido movilizar al mismo tiempo a los enemigos que tenía en el mundo, y hacer que la persiguieran, obligarlos a enseñar las garras: que mostraran su desprecio, su terror. Era como si se hubiera pasado la vida buscando un indicio que le permitiera comprenderse; sólo era capaz de determinar su naturaleza en función de la mirada de los ojos ajenos. Pero ahora iba a acabar con aquello. Era hora de enfrentarse a sus perseguidores.

Seguramente todos los que la habían visto –Pettifer el primero y luego Vassi– se lanzarían en su busca, y Jacqueline les cerraría los ojos para siempre: así la olvidarían. Sólo podría liberarse mediante la destrucción de los testigos.

Pettifer no acudió en persona, naturalmente. Le resultaba más sencillo encontrar agentes, hombres sin escrupulos ni compasión, pero con un olfato para la persecución que haría sonrojarse a un sabueso.

Le estaban tendiendo una trampa, aunque todavía no pudiera verle las fauces. Todo eran presagios. Un vuelo de pájaros detrás de una pared, una luz peculiar en una ventana alejada, ruidos de pasos, silbidos, hombres con trajes oscuros leyendo periódicos a prudente distancia. Con el paso de las semanas no se le fueron acercando, pero tampoco se marcharon. Aguardaban como gatos subidos a un árbol, con la cola erizada y los ojos perezosos.

Pero la persecución tenía la impronta de Pettifer. Había aprendido lo suficiente de él como para reconocer su circunspección y su astucia. Acabarían yendo a por ella, no cuando ella los esperara, sino cuando ellos quisieran. A lo mejor ni siquiera cuando quisieran ellos, sino él. Y aunque no le vio jamás la cara, era como si tuviera a Titus en persona pisándole los talones.

«¡Dios mío –pensó–, mi vida está en peligro y a mí no me importa!»

Sin un plan que les diera sentido, sus poderes sobre la carne no servían para nada. Ella los había utilizado por razones mezquinas, para satisfacer un placer nervioso y una cólera absoluta. Pero esas demostraciones no la habían acercado a los demás: al contrario, la habían convertido en un monstruo.

A veces pensaba en Vassi, y se preguntaba por su paradero, por lo que hacía. No era un hombre fuerte, pero guardaba un poco de pasión en el alma. Más que Ben, más que Pettifer, y ciertamente más que Lyndon. Y recordó con cariño que era el único hombre que la llamara Jacqueline. Todos los demás le habían deformado sin gracia el nombre: Jackie, J. o, en los momentos más irritantes de Ben, Ju-ju. Sólo Vassi la había llamado Jacqueline, lisa y llanamente, aceptándola, a su manera formal, en su totalidad. Y cuando pensaba en él y trataba de imaginarse cómo podría volver a su lado, sentía miedo por Vassi.

Testimonio de Vassi (segunda parte)

Claro que la busqué. Sólo cuando has perdido a alguien te das cuenta de lo absurdo de la frase «el mundo es un pañuelo». No lo es. Es un ámbito inmenso, devorador, especialmente si uno está solo.

Cuando era abogado y frecuentaba siempre a las mismas personas, solía ver idénticas caras uno y otro día. Con unos intercambiaba palabras, con otros sonrisas, con otros asentimientos. Pertenecíamos, aunque pudiéramos ser enemigos ante el tribunal, al mismo círculo satisfecho. Comíamos a la misma mesa, bebíamos codo con codo. Hasta compartíamos a las queridas, aunque por entonces no siempre lo supiéramos. En circunstancias semejantes, resulta sencillo pensar que el mundo no te quiere mal. Ciento que uno crece, pero los demás hacen lo mismo. Incluso crees, de puro satisfecho que estás contigo, que el paso de los años te hace un poco más inteligente. La vida es llevadera: hasta los sudores de las tres de la mañana, cuando se inclina la balanza de la justicia, se vuelven menos frecuentes.

Pero creer que el mundo no es malvado equivale a engañarse a uno mismo, como creer en las llamadas certezas, que de hecho no son más que ilusiones compartidas.

Cuando ella se fue, se desmoronaron todas las ilusiones, y todas las mentiras a cuyo amparo

había vivido siempre adquirieron una claridad cegadora.

El mundo no es un pañuelo cuando en él no hay más que una cara cuya contemplación puedes soportar, y esa cara está perdida en alguna parte del torbellino. El mundo no es un pañuelo cuando los pocos recuerdos vitales del objeto de tu cariño corren el peligro de ser pisoteados por los miles de depresiones que te asaltan cada día como niños tirándote de la solapa, exigiendo tu atención exclusiva.

Era un hombre deshecho.

Me encontraba a mí mismo (y nunca mejor dicho) durmiendo en pequeñas habitaciones de hoteles desolados, bebiendo más a menudo de lo que comía y escribiendo su nombre, como el típico obsesivo, una y otra vez. En las paredes, en la almohada, en la palma de mi mano. Me rasgué la piel de la palma con el bolígrafo y la tinta la infectó. Aún tengo la marca, la estoy mirando. «Jacqueline – dice–, Jacqueline.»

Y entonces, un día, la vi por casualidad. Suena melodramático, pero en ese momento creí que iba a morir. Llevaba tanto tiempo imaginándomela, torturándome para volver a verla, que cuando lo conseguí me empezaron a flaquear los miembros, y vomité en medio de la calle. No fue un encuentro clásico. El amante, al ver a su amada, se vomita en la camisa. Pero es que nada de lo que ocurrió entre Jacqueline y yo fue jamás normal del todo. O natural.

La seguí, aunque me resultó difícil. Había aglomeraciones y ella andaba de prisa. No sabía si gritar su nombre o no. Decidí que no. De todas formas, ¿qué habría hecho ella al ver a un lunático sin afeitar, acercársele arrastrando los pies y llamándola por su nombre? Probablemente habría echado a correr. O, peor aún, se habría metido en mi pecho, agarrándome el corazón con su voluntad, y habría acabado con mis miserias antes de que pudiera decirle al mundo quién era.

Así que permanecí en silencio y me limité a seguirla resignadamente a lo que, supuse, sería su apartamento. Y allí me quedé, o en las proximidades, los dos días y medio siguientes, sin saber bien qué hacer. Era un dilema ridículo. Después de tanto tiempo de persecución, ahora que la tenía al alcance de la voz, del tacto, no me atrevía a acercarme.

A lo mejor temía la muerte. Pero aquí estoy, en esta apestosa habitación de Amsterdam, prestando testimonio y esperando que Koos me traiga su llave, y ahora ya no le tengo miedo a la muerte. Probablemente fue la proximidad lo que me impidió acercarme a ella. No quería que me viera destrozado y desolado; quería llegar limpio ante ella, como su amante soñado.

Mientras la esperaba, se presentaron a buscarla.

No sé quiénes eran. Dos hombres, vestidos de manera corriente. No creo que fueran policías; eran demasiado educados. Cultos incluso. Y ella no se resistió. Se fue sonriente, como si se dirigiera a la ópera.

En cuanto pude, volví al edificio un poco mejor vestido, localicé su apartamento con ayuda del portero e irrumpí en él. Había vivido de una manera sencilla. En una esquina del cuarto había colocado una mesa y se había puesto a escribir sus memorias. Me senté a leerlas y acabé por llevarme las hojas. No había pasado de los siete primeros años de su vida. Me pregunté, por vanidad, si me citaría en el libro. Probablemente no.

También me llevé algunos de sus vestidos; sólo los que llevó mientras la conocí. Y nada íntimo: no soy un fetichista. No me iba a ir a casa a enterrar la cabeza entre el olor de su ropa interior. Pero quería algo que me la recordara y me permitiera imaginármela. Aunque, después de reflexionar, he llegado a la conclusión de que no sé de otro ser humano mejor preparado para vestir exclusivamente su piel.

Así que la perdí por segunda vez, más por culpa de mi propia cobardía que por las circunstancias.

Pettifer pasó cuatro semanas sin acercarse por la casa en que custodiaban a la señora Ess. Le concedían más o menos todo lo que pedía, salvo la libertad, aunque ella quería una cosa abstracta. No le interesaba escaparse, cosa que le habría resultado fácil. A veces se preguntaba si Titus les habría dicho a los dos hombres y a la mujer que la tenían prisionera en aquella casa de qué era capaz exactamente. Supuso que no. La trataban como si fuera simplemente una mujer en quien se había fijado Titus y a quien deseaba. Le habían proporcionado una señora con quien acostarse, así de sencillo.

Con una habitación propia y todo el papel que quisiera, volvió a empezar sus memorias desde el principio.

El verano estaba avanzado y las noches empezaban a refrescar. A veces se tumbaba en el

suelo (les había pedido que se llevaran la cama) para calentarse y deseaba que su cuerpo ondulara como la superficie de un lago. Su cuerpo, sin sexo, se convirtió de nuevo en un misterio para ella. Se dio cuenta por primera vez de que el amor físico había sido una forma de explorar la región más íntima pero también más ignorada de su ser: la carne. Se había comprendido mejor abrazando a otra persona: sólo había visto claramente su sustancia cuando otros labios, adoradores y gentiles, se posaban sobre ella. Volvió a pensar en Vassi y, al hacerlo, el lago se encrespó como en plena tormenta. Sus pechos se alzaron como montes erizados, su estómago fue recorrido por extraordinarias mareas, su cara parpadeante la atravesaban en todos los sentidos corrientes que le restallaban en los labios y dejaban su huella como las olas sobre la arena. Y se hizo tan líquida como lo era en el recuerdo de Vassi.

Pensó en las pocas ocasiones en que se habla encontrado a gusto, y el amor físico, descargándola de la ambición y la vanidad, siempre había precedido a esos instantes. Era posible que hubiera otros caminos; pero tenía poca experiencia. Su madre siempre decía que las mujeres, por estar más de acuerdo consigo mismas que los hombres, necesitaban evadirse menos de sus conflictos. Pero la experiencia le había demostrado lo contrario. Su vida estaba llena de heridas, pero desprovista de medios para evitarlas,

Dejó de escribir sus memorias cuando llegó a los nueve años. No quiso seguir contando su historia a partir del primer aviso de la inminente pubertad. Quemó los papeles en una hoguera que prendió en su cuarto el día en que llegó Pettifer.

«¡Dios mío —pensó—, esto no puede ser el poder!»

Pettifer parecía enfermo; estaba tan cambiado físicamente como un amigo que se le murió a Jacqueline de cáncer. Hacía un mes parecía sano, y un mes después estaba chupado, como si se hubiera devorado a sí mismo. Parecía el cascarón de un hombre; tenía la piel gris y moteada. Sólo brillaban sus ojos, pero como los de un perro loco.

Iba vestido inmaculadamente, como para una boda.

—J.

—Titus.

La miró de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—¿Te dan todo lo que pides?

—Son unos anfitriones perfectos.

—No te has resistido.

—¿Resistido?

—A estar aquí. Encerrada. Después de lo de Lyndon esperaba otra matanza de inocentes.

—Lyndon no era inocente, Titus. Estas personas sí lo son. No les has dicho nada.

—No lo consideré necesario.

Él era su captor, pero acudía como un emisario al territorio de una potencia más poderosa. Le gustaba su manera de comportarse con ella: estaba acobardado pero contento. Cerró la puerta y echó el pestillo.

—Te amo, J. Y te tengo miedo. De hecho, creo que te amo porque te temo. ¿Es un vicio?

—Yo diría que sí.

—Sí, yo también.

—¿Por qué has tardado tanto en venir?

—Tenía que ordenar mis asuntos. Si no, cuando me fuera, habría sido el caos.

—¿Te vas?

La miró fijamente, con los músculos de la cara tensos por lo que tenía que decir.

—Espero que sí.

—¿Adónde?

Aún no había conseguido averiguar qué le había empujado hasta aquella casa después de ordenar sus asuntos, pedir perdón a su esposa mientras dormía, cerrar todas las vías de escape y olvidar sus contradicciones.

Aún no se le había ocurrido que su propósito era morir.

—Sólo me quedas tú, J. No me queda nada. Y no puedo ir a ninguna parte. ¿Me sigues?

—No.

—No puedo vivir sin ti.

El tópico era imperdonable. ¿No se le podía ocurrir una manera mejor de expresar sus sentimientos? Estuvo a punto de echarse a reír de su trivialidad. Pero él no había acabado.

—... Y ciertamente no puedo vivir *contigo*. —El tono cambió abruptamente—. Porque me das asco, mujer; todo tu ser me repugna.

—¿Y entonces? —preguntó ella suavemente.

—Entonces... —Se volvió tierno de nuevo, y ella empezó a comprender—... mátame.

Era grotesco. La estaba mirando fijamente con los ojos brillantes.

—Es lo que deseo. Créeme, es todo lo que deseo en este mundo. Mátame de la manera que más te guste. Me iré sin resistencia, sin una sola queja.

Recordó el viejo chiste. El masoquista le dice al sádico: «¡Pégame! ¡Por el amor de Dios, pégame!». Y el sádico al masoquista: «No».

—¿Y si me niego? —respondió.

—No puedes negarte. Soy odioso.

—Pues yo no te odio, Titus.

—Deberías. Soy débil. Te soy inútil. No te he enseñado nada.

—Me has enseñado mucho. Ahora puedo controlarme.

—La muerte de Lyndon fue controlada, ¿no?

—Ciertamente.

—Me pareció un poco excesiva.

—Recibió su merecido,

—Dame lo que merezco, pues, también a mí. Te he encerrado. Te rechacé cuando me necesitabas. Castígame por ello.

—He sobrevivido.

—¡J..!

Ni siquiera en ese momento supremo fue capaz de llamarla por su nombre.

—Te lo pido por Dios. Es lo único que quiero de ti. Hazlo por cualquier rencor oculto que me guardes. Por compasión, por desprecio o por amor. Pero hazlo; hazlo, por favor.

—No.

Súbitamente, Titus cruzó la habitación y la abofeteó con rudeza.

—Lyndon dijo que eras una puta. Tenía razón; lo eres. Una rata de alcantarilla; nada más que eso.

Se apartó, dio la vuelta, se encaró otra vez a ella, la volvió a golpear con más rapidez, con más fuerza, una y otra vez, seis o siete veces, adelante y atrás.

Luego se detuvo jadeando.

—¿Quieres dinero?

Ahora ofertas. Primero golpes y luego ofertas. Estaba lleno de lágrimas, conmocionado, y Jacqueline no podía hacer nada por evitarlo.

—¿Quieres dinero? —repitió.

—¿Tú qué crees?

No captó el sarcasmo y empezó a sembrar billetes a sus pies, docenas y más docenas, como ofrendas alrededor de la estatua de la Virgen.

—Todo lo que quieras, Jacqueline.

Sintió algo parecido al dolor de estómago cuando le entraron prisas por matarlo, pero se dominó. Eso significaría echarse en sus brazos, convertirse en el instrumento de su voluntad, quedarse sin poder. La volvían a utilizar: eso era lo único que había conseguido en su vida. La habían criado como si fuera una vaca: para que rindiera algo. Algo de cariño para los maridos, de leche para los bebés, de muerte para los viejos. Y, como una vaca, se esperaba que fuera complaciente con cualquier petición que se le hiciera y en las circunstancias que fuesen. Bueno, pues esta vez no.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

Cogió la llave.

—Tu muerte es asunto tuyo, no mío.

Titus corrió hacia ella y la alcanzó antes de que pudiera abrir la puerta, y el golpe que le dio —por su fuerza y su maldad— fue totalmente inesperado.

—¡Puta! —chilló, y una lluvia de golpes sucedieron al primero.

La cosa que en su estómago quería matar creció un poco más.

Titus tenía los pelos liados en el pelo de Jacqueline. La llevó a rastras a la habitación, gritándole un torrente interminable de obscenidades, como si hubiera abierto un dique lleno de agua de alcantarilla que se derramara encima de ella. Para él era sólo una forma más de conseguir lo que

quería, se dijo a sí misma: «Si sucumbes estás perdida: te está manipulando». Los insultos seguían arreciando: las mismas palabras sucias que se les habían escupido a generaciones de mujeres insumisas. Puta, herética, zorra, perra, monstruo.

Sí, ella era todo eso.

«Si –pensó–, soy un monstruo.»

La idea lo hizo más sencillo. Se dio la vuelta. Él supo lo que se proponía aun antes de que lo mirara. Dejó caer las manos de encima de su cabeza. Jacqueline ya tenía la cólera en la garganta, estaba a punto de inundarlo con ella.

«Me llamo monstruo, luego soy un monstruo. Hago esto por mí, no por él. Nunca por él. ¡Para mí!»

Se quedó boquiabierto cuando ella lo tocó con su voluntad, y los ojos brillantes dejaron de brillarle por un momento; el deseo de morir se hizo deseo de sobrevivir. Demasiado tarde, claro. Rugió. Ella oyó un eco de gritos, pasos y amenazas procedente de las escaleras. Estarían en el cuarto en cuestión de segundos.

–Eres un animal.

–No –respondió Titus, convencido de que ya estaba sujeto a su mando.

–No existes –dijo, avanzando hacia él–. Jamás encontrarán los restos de lo que fue Titus. Titus ha desaparecido. El resto sólo es...

El dolor fue terrible. Le impidió articular palabra alguna. ¿O era ella quien le modificaba la garganta, el paladar y toda la cabeza? Le estaba separando las placas del cráneo y reorganizándolas.

«No –quiso decir–; éste no es el ritual refinado que yo había previsto. Quería morir doblado dentro de ti, quería irme con los labios soldados a los tuyos, encontrando dentro de ti la tranquilidad de la muerte. No es así como lo quiero.»

No. No. No.

Los hombres que la habían vigilado estaban golpeando la puerta. No los temía, naturalmente, pero podían estropear su obra antes de que le diera los últimos retoques.

Alguien se abalanzó contra la puerta. La madera se resquebrajó y la puerta se abrió de golpe. Los dos hombres estaban armados. Tenían las armas firmemente empuñadas y la apuntaron.

–¿Señor Pettifer? –preguntó el más joven.

En la esquina del cuarto, bajo la mesa, brillaron los ojos de Pettifer.

–¿Señor Pettifer? –repitió, ignorando a la mujer.

Pettifer negó con su cabeza aplastada. «No te acerques más, por favor», pensó.

El hombre se acuclilló y miró por debajo de la mesa la repugnante bestia que estaba agazapada allí, ensangrentada a causa de la transformación, pero viva. Ella le había matado los nervios, de forma que no sintió nada de dolor. Sobrevivió con las manos dobladas como zarpas, las piernas enrolladas alrededor de la espalda, las rodillas rotas de tal guisa que parecía un cangrejo de cuatro patas, el cerebro a la vista, los ojos sin párpados, la mandíbula inferior destrozada y doblada sobre la superior como un bulldog, sin lágrimas, la espina dorsal partida; se había reencarnado en algo que no era humano.

«Eres un animal», había dicho ella. Y lo que estaba a la vista no era una mala réplica de su condición de bestia.

El pistolero tuvo arcadas al reconocer fragmentos de su jefe. Se levantó con la barbilla grasa y le echó una ojeada a la mujer.

Jacqueline se encogió de hombros.

–¿Tú has hecho esto? –inquirió con una mezcla de respeto y repugnancia.

Ella asintió.

–Ven, Titus –dijo, chasqueando los dedos.

La bestia negó con la cabeza, sollozando.

–Ven, Titus –insistió con más fuerza, y Titus Pettifer salió contoneándose de su escondite, dejando tras él un reguero como el de un saco de carne agujereado.

El hombre disparó sobre los restos de Pettifer por puro instinto. Cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa con tal de evitar que aquella asquerosa criatura se le acercara.

Titus dio dos pasos atrás tambaleándose sobre sus zarpas ensangrentadas, se agitó como si quisiera quitarse la muerte de encima y murió sin conseguirlo.

–¿Contento? –preguntó ella.

El pistolero levantó la mirada del cadáver. ¿Estaba hablando el poder con él? No; quien le hacía la pregunta era Jacqueline, que contemplaba los restos de Pettifer.

—¿Contento?

El pistolero dejó caer su arma. Su compañero hizo lo mismo.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó el hombre que estaba junto a la puerta.

Era una pregunta sencilla: una pregunta infantil.

—Él lo pidió —dijo Jacqueline—. Era todo lo que yo le podía dar. El hombre de la pistola asintió y cayó de rodillas.

Testimonio de Vassi (última parte)

El azar ha desempeñado un papel extrañamente importante en mi romance con Jacqueline Ess. A veces parece que haya estado sujeto a cualquier acontecimiento que estremeciera el mundo, afectado por el más mínimo capricho del destino. Otras, he tenido la sospecha de que era ella quien estaba dirigiendo mi vida con su mente, como hacia con centenares, con millares de personas, preparando todos mis encuentros casuales, coreografiando mis victorias y mis derrotas, guiándome ciegamente hasta el último encuentro.

La encontré sin saber que la había encontrado, ésa fue la ironía. Primero le había seguido la pista hasta una casa en Surrey, una casa que el año anterior había sido testigo de la muerte de un tal Titus Pettifer, un multimillonario asesinado de un disparo por uno de sus guardias personales. En el piso de arriba, donde había tenido lugar el crimen, todo era serenidad. Si de verdad ella estuvo allí, habían borrado todas sus huellas. La casa, ahora casi en ruinas, fue objeto de todo tipo de pintadas, y sobre la pared de yeso manchada del cuarto alguien había dibujado el garabato de una mujer. Tenía unos atributos exageradamente obscenos, y en su sexo abierto relucía lo que parecía un rayo. A sus pies se encontraba una criatura de una especie indeterminable. Tal vez un cangrejo o un perro, a lo mejor incluso un hombre. Fuera lo que fuera, no tenía control sobre sí mismo. Estaba sentado a la luz de la presencia atormentadora de aquella mujer, y por su expresión parecía contarse a sí mismo entre los elegidos. Mirando a aquella criatura marchita con los ojos vueltos para contemplar a la *madonna ardiente*, supe que el cuadro era un retrato de Jacqueline.

No sé cuánto tiempo estuve mirando la pintada, pero me interrumpió un hombre que parecía hallarse en peores condiciones que yo. Iba sin afeitar ni lavar, y su porte reflejaba tal abatimiento que me sorprendió que consiguiera mantenerse derecho. Despedía un olor que no habría avergonzado a una mofeta.

No llegué a saber su nombre, pero me dijo que era el autor del cuadro de la pared. Era fácil creerlo. Su desesperación, su hambre, su confusión; todo eran indicios de que aquel hombre había visto a Jacqueline.

Estoy seguro de que si fui duro al interrogarlo; me lo perdonó. Contar todo lo que había visto el día en que Pettifer fue asesinado y saber que yo lo creía a pies juntillas fue para él un alivio. Me dijo que su compañero de servicio, el hombre que efectuó los disparos que acabaron con Pettifer, se había suicidado en la cárcel.

Su vida, dijo, carecía de sentido. Ella se lo había quitado. Le consolé como pude, diciéndole que ella no era malvada y que no debía temer que volviera a por él. Cuando le dije eso se echó a llorar, en mi opinión más desamparado que aliviado.

Por último le pregunté si sabía dónde se encontraba Jacqueline. Creo que dejé para el final esa pregunta, la que más me interesaba, porque no me atreví a suponer que pudiera contestarla. Pero, gracias a Dios, conocía su paradero. No abandonó la casa inmediatamente después de la muerte de Pettifer. Se sentó junto a él y él le habló tranquilamente de sus hijos, su sastre y su coche. Le preguntó por su madre, y él le contestó que fue prostituta. ¿Había sido feliz?, le preguntó Jacqueline. Le respondió que lo ignoraba. ¿Lloró ella alguna vez?, inquirió. Él le dijo que nunca la oyó reír o llorar en su vida. Y Jacqueline asintió y le dio las gracias.

Más tarde, antes de suicidarse, el otro pistolero le dijo que Jacqueline se había ido a Amsterdam. Eso lo sabía a ciencia cierta por un hombre llamado Koos. Y así empieza a cerrarse el círculo, ¿verdad?

Pasé siete semanas en Amsterdam sin encontrar una sola pista de su paradero hasta ayer por la tarde. Fueron siete semanas de castidad, lo que resulta inhabitual en mí. Decaído y frustrado, me dirigí al barrio de las prostitutas en busca de una mujer. Se sentaban junto a las ventanas, ¿saben?, como maniquíes, al lado de lámparas de flecos rosados. Unas tenían perros enanos en el regazo,

otras leían. La mayoría de ellas se limitaban a mirar la calle como hipnotizadas.

No encontré caras que me interesaran. Todas parecían tristes, apagadas, muy distintas a la suya. Sin embargo, no me podía ir. Era como un niño gordo en una tienda de caramelos; demasiado asqueado para comprar algo, pero demasiado goloso para alejarme de allí.

Mediada la noche, un hombre joven entre la multitud se dirigió a mí. Después de una inspección más detallada, advertí que no tenía nada de joven, sino que iba muy maquillado. No tenía cejas, sólo trazos de lápiz sobre la piel brillante. Un racimo de pendientes dorados en la oreja izquierda, un melocotón a medio comer en la mano enguantada de blanco, sandalias abiertas, uñas pintadas con laca. Me cogió de la manga como si fuera de su propiedad.

Seguramente me sonréi burlonamente ante su aspecto enfermizo, pero no pareció que mi desprecio le molestara. «Pareces un hombre juicioso», dijo. No me parecía en nada a eso: debe de estar equivocado, contesté. «No –replicó–, no estoy equivocado. Eres Oliver Vassi.»

Absurdamente, mi primera idea fue que pretendía matarme. Intenté escapar, pero me tenía asido fuertemente de la muñeca.

«Quieres una mujer», dijo. ¿Dudé lo suficiente como para que interpretara como un sí mi negativa? «Tengo una mujer que no se parece a ninguna –prosiguió–; es un milagro. Sé que la querrás conocer carnalmente.»

¿Qué me hizo saber que me hablaba de Jacqueline? A lo mejor el que me hubiera reconocido entre el gentío, como si ella estuviera en alguna ventana ordenando que le llevaran hasta allí a sus admiradores, igual que un comensal escogiendo su langosta del acuario. A lo mejor también la forma en que le brillaron los ojos, sin miedo, al encontrarse con los míos, porque el miedo, como el éxtasis, sólo lo sentía en presencia de una criatura en este mundo cruel. ¿No pudo ocurrir también que yo me viera reflejado en su aspecto de delincuente? Conocía a Jacqueline sin duda alguna.

Sabía que yo estaba fascinado, porque en cuanto vacilé se dio la vuelta con un ligero encogimiento de hombros como diciendo: perdiste tu oportunidad. «¿Dónde está?» inquirí cogiéndolo por un brazo tan delgado como una ramita. Señaló con la cabeza calle abajo y lo seguí, tan estúpido de repente como cualquier idiota del tropel. La calle se vaciaba a medida que avanzábamos, y las luces rojas dieron paso a la penumbra primero y luego a la oscuridad. Si no le pregunté una vez a dónde nos encaminábamos, se lo pregunté una docena, pero prefirió no contestar hasta que llegamos a una puerta estrecha de una casa estrecha de una callejuela de la anchura de una cuchilla de afeitar. «Aquí estamos», anunció, como si aquel tugurio fuera el palacio de Versalles.

En la casa, que por lo demás estaba vacía, había una habitación con una puerta negra en lo alto de dos tramos de escaleras. Me empujó hacia ella. Estaba cerrada.

—Mire —me propuso—. Está dentro.

—Está cerrada —replicó.

Tenía el corazón a punto de estallar: estaba cerca; seguro, sabía que ella estaba cerca.

—Mire —volvió a decir, y me indicó un pequeño agujero en el entrepaño de la puerta.

Devoré la luz que salía por él, apretando el ojo para verla por el agujerito. El pequeño cuarto estaba vacío, salvo un colchón y Jacqueline. Yacía con los miembros extendidos, las muñecas y los tobillos atados a gruesos postes clavados en el suelo en las cuatro esquinas del colchón.

—¿Quién hizo eso? —pregunté sin apartar los ojos de su desnudez.

—Ella lo quiere —replicó—. Es deseo suyo, eso quiere.

Había oído mi voz; irguió la cabeza con cierta dificultad y miró directamente a la puerta. Al mirarme ella, todos los pelos de la cabeza se me erizaron, lo juro, en señal de bienvenida, y ondularon a su voluntad.

—Oliver —llamó.

—Jacqueline.

Pronuncié su nombre dándole un beso a la madera. Todo su cuerpo hervía; su sexo afeitado se abría y cerraba como una planta exquisita, púrpura, lila y rosa.

—Déjeme entrar —le pedí a Koos.

—No sobrevivirá a una noche con ella.

—Déjeme entrar.

—Es cara —me previno.

—¿Cuánto quiere?

—Todo lo que tiene. La camisa que lleva puesta, el dinero, las joyas; luego será suya.

Quería echar la puerta abajo o romperle uno a uno los dedos manchados de nicotina hasta que me diera la llave. Él adivinó mis pensamientos.

—La llave está escondida —advirtió— y la puerta es resistente. Tiene que pagar, señor Vassi.

Además, usted quiere pagar.

Era cierto. Quería pagar.

—Quiere darme todo lo que ha tenido alguna vez, todo lo que ha sido. Quiere irse con ella sin que nada lo retenga. Ya lo sé. Así es como van todos a ella.

—¿Todos? ¿Son muchos?

—Es insaciable —dijo sin entusiasmo. No era presunción de chulo; por el contrario, constituía un sufrimiento para él, según comprendí claramente—. No paro de traérselos y de enterrarlos.

Enterrarlos.

Ésa, supongo, es la tarea de Koos: deshacerse de los muertos. Y después de esta noche me pondrá encima sus manos de uñas esmaltadas; me arrancará del lado de Jacqueline cuando esté reseco y le sea inútil y encontrará algún pozo, canal u horno en el que echarme. La idea no resulta demasiado atractiva.

Y sin embargo, aquí estoy. Todo el dinero que he sacado de la venta de lo poco que me quedaba, lo he puesto en la mesa que tengo delante, sin dignidad, con la vida pendiendo de un hilo, esperando a un chulo y una llave.

La noche ya está avanzada y no ha sido puntual. Pero creo que está obligado a venir. No por el dinero; probablemente tenga pocas necesidades al margen del rimel y la heroína. Vendrá a negociar conmigo porque ella lo exige y lo tiene tan aterrorizado como a mí. Sí, vendrá. Por supuesto que vendrá.

Bueno, creo que ya es suficiente.

Éste es mi testimonio. No tengo tiempo de volver a leerlo. Ya se oyen sus pasos en la escalera (cojea) y debo irme con él. Dejo esto a quien lo encuentre para que lo use como crea conveniente. Por la mañana estaré muerto y seré feliz. Créanme.

«¡Dios mío —pensó—, Koos me ha engañado!»

Vassi había estado al otro lado de la puerta, había notado mentalmente la presencia de su carne y ella lo había abrazado. Pero Koos no le permitió entrar, pese a sus órdenes explícitas. Entre todos los hombres sólo Vassi debía tener acceso libre, y Koos lo sabía. Pero la había engañado, igual que todos, salvo Vassi. Con él (tal vez) había habido amor.

Se pasaba toda la noche tumbada en la cama, sin dormir jamás. Raramente dormía más de unos pocos minutos, y sólo cuando Koos la vigilaba. Se hería mientras dormía; se mutilaba sin darse cuenta, se despertaba sangrando y chillando, con agujas clavadas por todas partes, agujas que había fabricado con su propia piel y sus propios músculos; parecía un cacto de carne.

Supuso que sería de noche otra vez, aunque resultaba difícil estar segura. En aquel cuarto de cortinas opacas y una sola bombilla por toda iluminación, siempre era de día para los sentidos, y una noche perpetua para el alma. Moriría con dolores en la espalda y en las nalgas, escuchando los lejanos sonidos de la calle, a veces dormitando un poco, otras comiendo de la mano de Koos, siendo lavada, aseada y utilizada.

Una llave giró en la cerradura. Se encorvó sobre el colchón para ver quién era. La puerta se estaba abriendo... Se abría... Se abrió del todo.

Vassi. ¡Dios, era Vassi, por fin! Lo vio cruzar el cuarto y dirigirse hacia ella.

«Esperemos que no sea otro recuerdo —imploró—; por favor, que sea él esta vez, en carne y hueso.»

—Jacqueline.

Pronunció el nombre de su carne, el nombre entero.

—Jacqueline.

Era él. Detrás, Koos le miraba la entrepierna, fascinado por la danza de sus labios.

—Koos... —llamó intentando sonreír.

—Lo traje —le dijo con una sonrisa, pero sin apartar los ojos de su sexo.

—Un día —susurró ella—. He esperado un día, Koos. Me has hecho esperar...

—¿Qué es un día para ti? —objetó sin dejar de sonreír.

Ya no necesitaba más al chulo, aunque éste lo ignoraba. En su inocencia, creyó que Vassi era sólo un hombre más de los que había seducido en su camino; un hombre a quien esquivar y despachar, como el resto. Koos estaba convencido de que al otro día seguiría siendo necesario; por eso jugaba limpiamente aquel juego mortal.

—Cierra la puerta —le pidió ella—. Quédate siquieres.

—¿Quedarme? —Su tono era impudico—. ¿De verdad? ¿Y mirando? Miraba de todas formas. Ella

sabía que la observaba por el agujero que había hecho en la puerta; a veces lo oía jadear. Pero esta vez dejó que se quedara para siempre.

Cuidadosamente, Koos sacó la llave, cerró la puerta, deslizó la llave en la cerradura interior y la hizo girar. Lo mató en cuanto se cerró el pestillo, antes de que pudiera darse la vuelta y mirarla de nuevo. No hubo nada espectacular en la ejecución; se limitó a meterse en su pecho de paloma y a aplastarle los pulmones. Koos se desplomó contra la puerta y se deslizó hasta el suelo, manchando la madera con la cara.

Vassi ni siquiera se volvió para verlo morir; ella era todo lo que quería ver.

Se acercó al colchón, se acuclilló y empezó a desatarle los tobillos. Tenía la piel rasgada; la cuerda estaba llena de costras de sangre vieja. Le deshizo los nudos con parsimonia, encontrando una calma que creía haber perdido, la sencilla alegría de estar por fin allí, incapaz de volver, y sabiendo que el camino que tenía delante le conducía hacia ella.

Cuando hubo liberado los tobillos empezó con las muñecas, tapándole la vista del techo al inclinarse sobre ella. Su voz era suave.

—¿Por qué le dejaste que te hiciera esto?

—Tenía miedo...

—¿De qué?

—De moverme. Hasta de vivir. Cada día era una agonía.

—Sí.

Él comprendió perfectamente aquella incapacidad total de existir. Notó que estaba a su lado, desnudándose, y luego depositando un beso en la piel cetrina del estómago del cuerpo que ocupaba. Llevaba la impronta de sus sufrimientos; la piel había sido tensada más de lo que daba de sí y se quedó cubierta de estrías para siempre.

Se tumbó al lado de ella, y la sensación de pegar su cuerpo al de la mujer no le resultó desagradable.

Ella le tocó la cabeza. Tenía las articulaciones rígidas, sus movimientos eran dolorosos, pero quería atraerle la cara hacia la suya. Él entró sonriente en su campo de visión y se besaron.

«¡Dios mío —pensó ella—, estamos juntos!»

Y pensando que estaban juntos, su voluntad se materializó. Bajo los labios de Oliver se disolvieron los rasgos de Jacqueline, que se convirtió en el mar rojo en que él había soñado y se estrelló contra su rostro, que también se estaba disolviendo en el caudal común, hecho de voluntad y de huesos.

Ella lo atravesó con sus pequeños pechos como flechas; él, con la erección agudizada por voluntad de la mujer, la mató con su solo empuje. Revueltos en una sola ola de amor, pensaron en su extinción y, en efecto, se extinguieron.

Afuera, el mundo cruel seguía lamentándose, y la charla de compradores y vendedores se prolongó toda la noche. Finalmente, la indiferencia y la fatiga hicieron presa del más ávido de los mercaderes. Dentro y fuera de las casas reinaba un silencio reparador: era el fin de los encuentros y las despedidas.

LAS PIELES DE LOS PADRES

El coche tosió, renqueó y se caló. Davidson advirtió entonces cómo soplaban el viento sobre la carretera desierta, colándose por las rendijas de las ventanillas de su Mustang. Intentó reanimar el motor, pero éste se negó a volver a la vida. Exasperado, dejó resbalar sus manos sudorosas por el volante e inspeccionó el territorio. No había más que aire caliente, rocas calientes y arena caliente en cualquier dirección. Estaba en Arizona.

Abrió la portezuela y bajó al polvo ardiente de la autopista. Ésta se extendía por delante y por detrás sin una sola curva, hasta el pálido horizonte. Entrecerrando los ojos sólo podía discernir las montañas, pero cuando intentaba distinguir su contorno la neblina solar las disipaba. El sol ya le estaba corroyendo la cabeza, cuyo pelo rubio empezaba a ralear. Levantó el capó y se asomó desesperanzado al motor, lamentando su falta de conocimientos mecánicos. «¡Jesús! —pensó—. ¿Por qué no harán estos malditos cacharros a prueba de estúpidos?»

Y entonces oyó la música.

Tan lejana, que al principio resonó en sus oídos como un silbido, pero fue creciendo en intensidad.

Era música, aunque extraña.

¿A qué sonaba? Al viento recorriendo los cables telefónicos; era una onda de aire sin origen, ritmo ni corazón que le erizaba los pelos del cogote y los mantenía tiesos. Trató de ignorarla, pero no desaparecía.

Sacó la cabeza de la sombra del capó para tratar de descubrir a los intérpretes, pero la carretera estaba vacía en ambas direcciones. Sólo cuando escrutó el desierto hacia el Sudeste pudo ver una línea de pequeñas figuras andando, arrastrándose o bailando en el límite de su visión; era una línea líquida debido al calor que emanaba de la tierra. La procesión, si era tal, parecía larga, y se abría por el desierto un camino paralelo a la autopista. Sus senderos no se cruzarían.

Davidson echó otra mirada a las entrañas de su vehículo, que se estaban enfriando, y luego volvió a mirar la comitiva de bailarines.

Indudablemente, necesitaba ayuda.

Empezó a andar por el desierto en dirección a ellos.

Fuera de la autopista, el polvo, que los coches no apisonaban, estaba suelto: a cada paso le saltaba a la cara. Progresaba lentamente: empezó a trotar, pero seguían alejándose. Echó a correr.

Por encima del estruendo de los latidos de su corazón pudo oír más fuerte la música. No tenía aparentemente ninguna melodía, sino que era una subida y bajada constante de muchos instrumentos; aullidos y tarareos, silbidos, redobles de tambor y rugidos.

La cabeza de la procesión ya había desaparecido, absorbida por la distancia, pero aún se veía la cola de los celebrantes (si lo eran). Modificó un poco su rumbo para adelantarse a ellos, echando una breve ojeada a su espalda para ver el camino de vuelta. Su vehículo daba una sensación de soledad que le revivió el estómago, tan pequeño como un escarabajo en la carretera, aplastado por un cielo en ebullición.

Siguió corriendo, y tal vez un cuarto de hora más tarde empezó a ver con más claridad la procesión, aunque quienes la encabezaban se mantenían fuera del alcance de su vista. Comenzó a pensar que se trataba de una especie de carnaval, por extraordinario que resultara en aquel lugar, en medio de semejante tierra de nadie. Con todo, los últimos bailarines del desfile sin duda iban disfrazados. Se cubrían la cabeza con ropas y máscaras que les daban una altura muy superior a la de un hombre, y sus plumas de colores revoloteaban y las serpentinas se enrollaban en el aire. Fuera cual fuera el motivo de la celebración, describían eses como borrachos, apresurándose un momento y saltando poco después, retorciéndose algunos por el suelo, con el estómago contra la tierra caliente.

Los pulmones de Davidson se hallaban destrozados a causa del agotamiento, y estaba claro que perdía la carrera. Cuando ya se acercaba a la procesión, ésta empezó a progresar a un ritmo más rápido del que su fuerza o su voluntad le permitían mantener.

Se detuvo apoyando los brazos sobre las rodillas para apaciguar su torso dolorido, y miró por debajo de las cejas empapadas de sudor hacia sus salvadores, que ya desaparecían. Luego, utilizando toda la energía que le restaba, gritó:

—¡Alto!

Al principio no obtuvo respuesta. Luego, a través de las hendiduras de los ojos, creyó ver que

algunos juerguistas se detenían. Se irguió un poco más. Sí, uno o dos lo estaban mirando. Más que verlo lo notó: tenían los ojos clavados en él.

Empezó a dirigirse hacia ellos.

Algunos de los instrumentos habían dejado de sonar, como si sus tañedores estuvieran comentando su presencia. Definitivamente lo habían visto: no cabía la menor duda.

Siguió andando, ahora con más rapidez, y empezó a distinguir entre la neblina los detalles de la procesión.

Redujo un poco el paso. El corazón, que ya le martilleaba de cansancio, le dio un vuelco en el pecho.

—¡Dios mío! —exclamó, y por primera vez en sus treinta y seis años de ateísmo, esas palabras fueron una auténtica oración.

Estaba a unos ochocientos metros de ellos, pero lo que veía era inconfundible. Sus ojos doloridos sabían distinguir el cartón piedra de la carne, la ilusión de la realidad contrahecha.

Las criaturas que iban al final de la procesión, los últimos de los últimos, los parásitos, eran monstruos cuyo aspecto superaba todas las pesadillas de la locura.

Uno tal vez tuviera seis metros de altura. Su piel, que le colgaba arrugada de los músculos, era una funda de pinchos; su cabeza, un cono de dientes al aire, implantados sobre encías escarlata. Otro tenía tres alas, y con su cola de tres puntas sacudía el polvo con un entusiasmo de reptil. El tercero y el cuarto estaban cosidos en una unión de monstruosidades, cuyo conjunto era más repelente que cada una de sus partes. A pesar de su longitud y su amplitud, ese horror simbiótico estaba unido en un matrimonio viscoso, con los miembros alojados en la carne de su compañero, atravesándola. Aunque tenían entrelazadas las lenguas, conseguían proferir un aullido cacofónico.

Davidson dio un paso atrás y miró el coche y la autopista. Al hacerlo, una de aquellas cosas, negra y roja, empezó a chillar con el sonido de un silbato. A casi un kilómetro de distancia, el silbido perforó la cabeza de Davidson. Volvió a mirar la procesión.

El monstruo silbante había abandonado su puesto en el desfile, y las zarpas de sus pies aporreaban el desierto al correr en dirección a Davidson. Un pánico incontrolable se apoderó de éste, y notó que se le cargaban los pantalones cuando sus intestinos lo traicionaron.

La cosa estaba corriendo a por él con la velocidad de un guepardo, creciendo a cada segundo, de forma que a cada zancada podía ver más detalles de su anatomía alienígena: las manos sin pulgares y con palmas dentadas, la cabeza con un solo ojo tricolor, el tendón de los hombros y del pecho, y los genitales erectos de furia o (Dios se apiade de mí) de lujuria, bífidos y golpeándole el abdomen.

Davidson profirió un grito que casi igualó al del monstruo, y se puso a correr en sentido inverso por el camino que lo había llevado hasta allí.

El coche estaba a dos o tres kilómetros de distancia, y sabía que no le iba a servir de refugio aunque llegara a él antes de que lo atrapara el monstruo. En ese momento se dio cuenta de lo cerca que estaba la muerte, de lo cerca que había estado siempre, y deseó comprender, aunque sólo fuera un instante, la razón de aquel estúpido horror.

El monstruo ya estaba muy cerca de él, y sus malditas piernecillas se le doblaban; se cayó, se arrastró y empezó a reptar hacia el coche. Cuando oyó el resonar de los pies de la cosa a su espalda, se acurrucó instintivamente, haciéndose un ovillo de carne quejumbrosa, y esperó el golpe mortífero.

Aguardó por espacio de dos latidos.

Tres, Cuatro. Y seguía sin llegar.

La voz silbante había alcanzado un volumen intolerable y ahora estaba disminuyendo un poco. Las manos rechinantes no tocaron su cuerpo. Cuidadosamente, esperando que le separaran la cabeza del cuello en cualquier momento, miró por entre los dedos.

La criatura lo había adelantado.

A lo mejor, desdeñoso de su fragilidad, lo había superado y seguía corriendo hacia la autopista.

Davidson percibió el olor de su excremento y de su miedo. Se sintió curiosamente ignorado. Detrás, el desfile había reanudado la marcha. Sólo uno o dos monstruos inquisitivos seguían mirando por encima del hombro hacia él, mientras se adentraban en el polvo.

El silbido cambió de volumen. Davidson levantó cuidadosamente la cabeza del suelo. El ruido estaba casi fuera del alcance de sus oídos; sólo era un quejido agudo resonándole en la cabeza dolorida.

Se levantó.

La criatura había saltado sobre el coche. Tenía la cabeza echada atrás en una especie de

éxtasis, su erección era más evidente que nunca y el ojo de su cabeza lanzaba destellos. Con una última caída de la voz, que hizo inaudible el silbido para un hombre, se inclinó sobre el coche, destrozando el parabrisas y enrollando sus manos gigantes en el techo. Procedió entonces a rajarse el metal como si fuera papel, con el cuerpo contraído por el júbilo y sacudiendo la cabeza. En cuanto desgajó el techo saltó sobre la autopista y tiró el metal al aire. Éste revoloteó por el cielo y cayó sordamente al suelo del desierto. Davidson pensó fugazmente qué podría contar en el parte del seguro. Ahora la criatura estaba destrozando el vehículo. Arrancó las portezuelas, machacó el motor, reventó los neumáticos y sacó las ruedas de sus ejes.

Hasta las narices de Davidson llegó el inconfundible hedor a gasolina. Tan pronto como percibió aquel olor, una lámina de metal se reflejó en otra, y la criatura y el coche quedaron envueltos en una encrespada columna de fuego, que se volvió negra a causa del humo cuando los dos se hicieron un ovillo sobre la autopista.

La cosa no pidió ayuda, o si lo hizo no se oyeron sus gritos. Salió tambaleándose de aquel infierno con la carne ardiendo y cada centímetro de su cuerpo en llamas; agitó salvajemente los brazos en un vano intento de apagar el fuego, y empezó a alejarse corriendo por la autopista hacia las montañas, huyendo de la causa de su agonía. De su espalda emergían llamas, y el aire se espesaba con el olor a carne achicharrada.

Pero, aunque el fuego debía estar devorándolo, no se cayó. La carrera siguió interminablemente hasta que el calor disolvió a lo lejos la autopista y desapareció.

Davidson cayó de rodillas. La mierda de sus piernas ya se había secado con el calor. El coche seguía ardiendo. La música había desaparecido por completo, así como la procesión.

Fue el sol el que lo arrancó de la arena y lo condujo de nuevo hacia su coche destrozado.

Su cara estaba desprovista de expresión cuando un vehículo paró en la autopista para recogerlo.

El shériff Josh Packard miró con reticencia las huellas de garras que había en el suelo, ante él. Estaban dibujadas sobre una grasa que se solidificaba lentamente: la carne líquida del monstruo que había atravesado corriendo la calle principal (y única) de Welcome unos minutos antes. Se desplomó exhalando el último aliento, y murió hecho una bola reseca a escasa distancia del banco. Las ocupaciones habituales de Welcome, el comercio, los debates, los hola-qué-tal, se interrumpieron. Uno o dos individuos nauseabundos habían sido recibidos en el vestíbulo del hotel mientras el olor a carne chamuscada espesaba el limpio aire desértico del pueblo.

El hedor recordaba una mezcla de pescado demasiado cocido y cadáver en descomposición. Packard estaba indignado. Aquella era su ciudad; él la controlaba y la protegía. No podía ver con buenos ojos la intromisión de semejante bola de fuego.

Desenfundó la pistola y empezó a caminar hacia aquellos restos. Las llamas casi se habían apagado, después de comerse lo mejor de su plato. A pesar de estar tan consumida por el fuego, la cosa conservaba una masa considerable. Lo que una vez pudieron ser sus miembros estaban repartidos alrededor de lo que pudo ser su cabeza. El resto era irreconocible. A fin de cuentas, Packard estaba contento de recibir aquel regalo. Pero entre el amasijo de carne derretida y huesos ennegrecidos percibía las suficientes formas inhumanas como para sentirse nervioso.

Era un monstruo; de ello no cabía duda.

Una criatura procedente de la tierra; salida de ella, desde luego. Salida del mundo subterráneo y en camino hacia la gran cuenca para participar en una noche de fiesta. Más o menos una vez cada generación, le había dicho su padre, el desierto vomita sus demonios y los libera temporalmente. Siendo un niño con criterio propio, Packard jamás se había creído las patrañas de su padre, pero ¿no era aquél un demonio?

Fuera cual fuera la desgracia que había llevado a la ciudad a morir a aquella monstruosidad ardiente, a Packard le gustó tener esa prueba de su vulnerabilidad. Su padre nunca había hecho referencia a ella.

Sonriendo a medias ante la idea de dominar aquella aberración, Packard dio un paso hacia los restos humeantes y les pegó un puntapié. Los espectadores, aún a cubierto en los porches, corearon con admiración su valentía. La media sonrisa le atravesó la cara. Ese puntapié le valdría una noche de bebida, a lo mejor incluso una mujer.

La cosa estaba boca arriba. Con la mirada desapasionada de un pateador profesional de demonios, Packard examinó el revoltijo de miembros que era la cabeza. Estaba bien muerto, eso era obvio. Enfundó la pistola y se inclinó sobre el cuerpo.

—Saca una cámara, Jedediah —ordenó, impresionándose incluso a sí mismo.

Su ayudante salió disparado hacia la oficina.

—Lo que necesitamos es una foto de esta belleza.

Packard se apoyó sobre sus caderas y tocó los miembros ennegrecidos de la cosa. Se le iban a destrozar los guantes, pero la molestia quedaría recompensada por lo que el gesto iba a beneficiar a su imagen pública. Sintió que lo miraban con admiración cuando tocó la carne, y empezó a separar un miembro de la cabeza del monstruo.

El fuego había soldado sus componentes, y tuvo que arrancar el miembro de un tirón. Pero salió con un ruido amortiguado, dejando al descubierto, en la cara que había debajo, un ojo reseco por el fuego. Dejó caer el miembro donde estaba, con un gesto de repugnancia. No fue más que un latido.

De repente, el brazo del demonio se irguió sinuoso, demasiado súbitamente para que Packard pudiera apartarse, y en un momento sublime de terror el shériff vio cómo la boca que tenía a sus pies se abría y se volvía a cerrar en torno a su propia mano.

Gimiendo, perdió el equilibrio y se sentó en la grasa, tirando de aquella boca, mientras le masticaban los guantes y los dientes entraban en contacto con su mano, arrancándole los dedos. La mandíbula áspera se llevó sus dedos, su sangre y sus muñones a las entrañas.

Las nalgas de Packard resbalaron en el revoltijo sobre el que estaba sentado y, chillando, se retorció para liberarse. Aún había vida en aquella cosa del mundo subterráneo. Packard imploró perdón al ponerse de pie tambaleando, arrastrando consigo la masa de aquella cosa.

Al lado de sus oídos retumbó un disparo. Cuando aquel miembro que parecía formar parte del hombro se redujo a añicos y la boca soltó su presa sobre el shériff, éste quedó salpicado de líquidos, sangre y pus. La masa deshecha de músculo devorado cayó al suelo, y la mano de Packard, o lo que quedaba de ella, quedó libre. Había perdido los dedos de la mano derecha, salvo medio pulgar; los huesos destrozados de sus falanges sobresalían irregularmente de su palma parcialmente mascada.

Eleanor Kooker quitó el dedo del gatillo que acababa de apretar y gruñó satisfecha.

—Has perdido la mano —dijo con una simplicidad brutal.

Packard recordó que su padre le había dicho que los monstruos nunca mueren. Se acordó demasiado tarde, y ahora ya había sacrificado su mano, la mano de beber y de hacer el amor. Una ola de nostalgia por los años pasados con esos dedos se apoderó de él, mientras los ojos se le llenaban de chiribitas. Lo último que vio antes de caer al suelo fue a su servicial adjunto con una cámara levantada para grabar toda la escena.

La choza que había detrás de aquella casa era el refugio de Lucy y siempre lo había sido. Cuando Eugene volvía borracho de Welcome, o se encolerizaba porque el guiso estuviera frío, Lucy se iba a la choza, donde podía llorar tranquilamente. No había compasión en su vida. Desde luego, no por parte de Eugene, y ella tenía poquísimo tiempo para autocompadecerse.

Aquel día, el viejo motivo de irritación había degenerado en ira: el niño.

El fruto engendrado y cuidadosamente criado de su amor; llamado como el hermano de Moisés, Aaron, que significa «el exaltado». Un niño dulce. El niño más hermoso de toda la zona; con cinco años ya era tan encantador y educado como cualquier madre de la costa Este habría deseado.

Aaron.

El orgullo y la alegría de Lucy, un niño hecho para alegrar cualquier álbum de fotos, hecho para bailar y para encantar al propio Demonio.

Ésa era la objeción de Eugene.

—Este jodido chaval tiene de chico lo mismo que tú —le decía a Lucy—. Ni siquiera es medio chico. Sólo sirve para calzar zapatos bonitos y vender perfume. O para cura; tiene madera de cura.

Señaló al niño con una uña mordida y un pulgar artrítico.

—Avergüenzas a tu padre.

La mirada de Aaron se encontró con la de su padre.

—¿Me oyes, chico?

Eugene apartó la mirada. Los ojazos del niño le producían dolor de estómago; se parecían más a los de un perro que a los de un ser humano.

—Quiero que se vaya de esta casa.

—¿Qué ha hecho?

—No hace falta que haga nada. Basta con que sea como es. Se ríen de mí, ¿sabes? Se ríen de mí por culpa suya.

—Nadie se ríe de ti, Eugene.

—Oh, sí...

—No por culpa del niño.

—¿Eh?

—Si se ríen, no es del chico. Es de ti.

—Cierra el pico.

—Saben lo que eres, Eugene. Te ven claramente, tan claramente como yo.

—Te digo, mujer...

—Enfermo como un perro en la calle, hablando de lo que has visto y de lo que temes...

La golpeó como tantas otras veces. El golpe la hizo sangrar, igual que tantos golpes semejantes durante cinco años, pero, aunque le dolió, sus primeros pensamientos fueron para el niño.

—Aaron —llamó, entre las lágrimas que le había arrancado el dolor—. Ven conmigo.

—¡Deja en paz al bastardo!

Eugene estaba temblando.

—Aaron.

El chico se quedó entre el padre y la madre, sin saber a quién obedecer. La mirada de confusión que le asomó a la cara hizo que las lágrimas de Lucy fueran más copiosas.

—Mamá —dijo el niño con mucha suavidad.

Había una expresión grave en sus ojos que era más que confusión. Antes de que Lucy pudiera encontrar una forma de apaciguar los ánimos, Eugene agarró al chico por el pelo y lo arrastró hacia sí.

—Haz caso a tu padre, niño.

—Sí.

—A un padre se le dice «sí, señor», ¿no es así? Se le dice «sí, señor».

Apretó la cara de Aaron contra la entrepierna hedionda de sus vaqueros.

—Sí, señor.

—Se queda conmigo, mujer. No te lo vas a llevar a esa jodida choza otra vez. Se queda con su padre.

Lucy había perdido la escaramuza y lo sabía. Seguir insistiendo sólo serviría para exponer al niño a mayores peligros.

—Si le haces daño...

—Soy su padre, mujer. —Eugene sonrió despectivamente—. ¿Es que me crees capaz de hacer daño a mi propia carne y mi propia sangre?

El niño quedó apresado entre las caderas de su padre, en una postura casi obscena. Pero Lucy conocía a su marido y sabía que estaba a punto de estallar y perder el control. Ya no se preocupaba por sí misma —había tenido sus alegrías—, pero el niño era muy vulnerable.

—Fuera de mi vista, mujer. ¿Por qué no te vas? El chico y yo queremos estar solos, ¿no?

Eugene arrancó la pálida cara de Aaron de su entrepierna y le sonrió burlonamente.

—¿No?

—Sí, papá.

—Sí, papá. Claro que sí, papá.

Lucy salió de la casa y se retiró a la tibia oscuridad de la choza, donde rezó por Aaron, llamado igual que el hermano de Moisés. Aaron, cuyo nombre significa «el exaltado». Pensó en cuánto podría sobrevivir su hijo a las brutalidades que le depararía el futuro.

El chico estaba desnudo. De pie, pálido, frente a su padre. No tenía miedo. La paliza que le iba a dar le dolería, pero no le asustaba de verdad.

—Eres enfermizo, chico —dijo Eugene, recorriendo con su mano grande el abdomen de su hijo—. Débil y enfermizo como un cerdo enano. Si fuera granjero y tú fuieras un cerdo, chico, ¿sabes lo que haría?

Volvió a coger al niño del pelo. Le puso la otra mano entre las piernas.

—¿Sabes lo que haría, chico?

—No, papá. ¿Qué harías?

La mano deformé recorrió el cuerpo de Aaron mientras su padre imitaba el ruido de una sierra.

—Pues te cortaría en cachitos y te daría como comida al resto de la pocilga. A un cerdo lo que más le gusta comer es carne de cerdo. ¿Qué te parecería?

—No, papá.

—¿No te gustaría?

—No, gracias, papá.

La cara de Eugene se endureció.

—Bueno, me gustaría verlo, Aaron. Me gustaría ver qué harías si fuera a abrirte y a echar una ojeada a tu interior.

Había una violencia nueva en los juegos de su padre que Aaron no lograba comprender: nuevas amenazas, una intimidad nueva. Por incómodo que estuviera, el chico sabía que era su padre y no él quien tenía miedo de verdad; el miedo era patrimonio de Eugene, igual que el de Aaron era observar, esperar y sufrir hasta que llegara el momento. Sabía (sin comprender cómo o por qué) que sería un instrumento en la destrucción de su padre. Tal vez más que un instrumento.

Eugene explotó de ira. Miró al chico y apretó tanto sus puños morenos que los nudillos empalidecieron. El chico lo había arruinado de alguna manera; había acabado con la buena vida de casados de la que habían disfrutado antes de que él naciera; era como si hubiese matado a sus padres. Casi sin pensar en lo que estaba haciendo, las manos de Eugene se cerraron alrededor del frágil cuello del niño.

Aaron no dijo nada.

—Podría matarte, chico.

—Sí, señor.

—¿Qué tienes que decir a eso?

—Nada, señor.

—Deberías decir «gracias, señor».

—¿Por qué?

—¿Por qué, niño? Porque esta vida no vale ni lo que un cerdo podría cagar, y te haría un favor enorme, como todo padre debería hacer con su hijo.

—Sí, señor.

En la choza, detrás de la casa, Lucy había dejado de llorar. No tenía sentido; y además, algo que vio en el cielo por los agujeros del techo le había traído recuerdos que disiparon las lágrimas. Era un cielo especial: de un azul puro, de una claridad deslumbrante. Eugene no le haría daño al niño. No se atrevería nunca a hacerle daño a aquel niño. Sabía qué era el chico, aunque jamás lo quiso admitir.

Recordó aquel otro día, hacía ya seis años, en que el cielo también brilló y el aire se quedó lívido de calor. Eugene y ella se habían puesto tan calientes como el aire; no se habían quitado los ojos de encima en todo el día. Él era más fuerte por entonces; estaba en la flor de la vida. Era un hombre altísimo, espléndido, con el cuerpo endurecido por el trabajo y las piernas tan recias que parecían rocas cuando les pasaba la mano por encima. Ella también estaba de buen ver: el mejor trasero de Welcome, firme y suave; un pubis con el vello tan delicado que Eugene no podía dejar de besarla incluso allí, en el lugar prohibido. La hacía gozar todo el día y a veces toda la noche; en la casa que estaban construyendo, o fuera, sobre la arena, avanzada ya la tarde. El desierto era un lecho magnífico, y podían retozar sin interrupción bajo el ancho cielo.

Ese día, seis años antes, el cielo se había oscurecido demasiado pronto; la noche aún debería haber tardado en llegar. Pareció ensombrecerse en un momento, y los amantes sintieron frío de repente en su precipitada desnudez. Ella vio por encima del hombro de Eugene las formas que había adoptado el cielo: las criaturas vastas y monumentales que los estaban observando. Él, apasionado, seguía haciéndole el amor, introduciéndose por completo y volviendo a salir como sabía que le gustaba, hasta que una mano de color remolacha y del tamaño de un hombre lo agarró por el cuello y lo arrancó del regazo de su mujer. Ella lo vio levantado en el cielo, retorciéndose como una liebre, escupiendo por dos hendiduras, la de arriba y la de abajo, pues acabó de eyacular en el aire. Entonces abrió un segundo los ojos y vio a su mujer a seis metros por debajo de él todavía desnuda, abierta de piernas como una mariposa y rodeada de monstruos. Sin maldad, sin darle siquiera importancia, éstos lo tiraron fuera de su círculo admirador, fuera de la vista.

Recordaba perfectamente la hora que siguió, los abrazos de los monstruos. No tenían nada de torpes, groseros o perniciosos; eran abrazos de amante. Ni los aparatos de reproducción con que la penetraron uno tras otro le hicieron daño, aunque algunos eran tan largos como el brazo y el puño de Eugene, y duros como huesos. ¿Cuántos de aquellos seres extraños la poseyeron aquella tarde? ¿Tres, cuatro, cinco? Mezclaron su semen en el cuerpo de Lucy provocándole orgasmos con sus pacientes y cariñosas sacudidas. Cuando se marcharon y la luz del sol volvió a acariciarle el cuerpo, se sintió desamparada, aunque después de reflexionar le pareciera vergonzoso, como si hubiera vivido el momento cumbre de su vida y el resto de sus días debiera ser un frío tránsito hacia la muerte.

Finalmente, se levantó y se acercó a donde yacía Eugene, inconsciente por la caída y con una pierna rota, sobre la arena. Lo besó y luego se puso en cuclillas para hacer aguas. Deseó, porque fue deseo, que germinara un fruto de la semilla de aquel día de amor para tener un recuerdo de su dicha.

Dentro de la casa Eugene golpeó al niño. Aaron sangró por la nariz, pero no se quejó.

—Habla, niño.

—¿Qué debo decir?

—¿Soy tu padre o no?

—Sí, padre.

—¡Mentiroso!

Lo volvió a golpear sin previo aviso, y esta vez lo tiró al suelo. Cuando sus pequeñas palmas delicadas se extendieron sobre las baldosas de la cocina para levantarse, notó algo en el suelo. Había música en el pavimento.

—¡Mentiroso! —seguía diciendo su padre.

Le iban a llover más golpes, pensó el chico, más dolor, más sangre. Pero lo podía soportar; y la música era una promesa, después de una espera tan larga, de que los golpes se iban a acabar de una vez por todas.

Davidson entró tambaleándose en la calle principal de Welcome. Era media tarde, supuso (el reloj se le había parado, tal vez como muestra de solidaridad), pero la ciudad parecía vacía, hasta que descubrió una pila humeante en mitad de la calle, a cien metros de donde se encontraba.

De ser posible, se le habría helado la sangre ante esa visión.

Reconoció lo que el amasijo de carne quemada había sido, a pesar de la distancia, y la cabeza le dio vueltas de horror. A fin de cuentas, todo fue real. Trastabilló un par de pasos más, luchando vanamente contra el vértigo, hasta que notó que lo sujetaban brazos fuertes y oyó, entre un tumulto de zumbidos en la cabeza, palabras de aliento. No las comprendía, pero al menos eran suaves y humanas: podía desistir de mantenerse consciente. Se desmayó, pero cuando volvió a ver el mundo, tan odioso como siempre, le pareció que sólo había tenido un momento de tregua.

Lo habían metido en una casa y estaba tumbado sobre un sofá incómodo, mientras una cara de mujer, la de Eleanor Kooker, lo miraba. Le sonrió cuando recobró el sentido.

—El hombre sobrevivirá —dijo, y su voz parecía el ruido de una zanahoria al ser rallada.

Se inclinó un poco más.

—¿Has visto la cosa, verdad?

Davidson asintió.

—Mejor será que nos digas la verdad.

Le pusieron un vaso en la mano y Eleanor lo llenó generosamente de whisky.

—Bebe —exigió—, y luego dinos lo que tengas que decir.

Se bebió el whisky de dos tragos y le llenaron el vaso inmediatamente. Bebió el segundo vaso más despacio y empezó a sentirse mejor.

El cuarto estaba lleno de gente: era como si todo Welcome estuviera apretujado en casa de Kooker. Toda una audiencia, pero tenía toda una historia que contarles. Con la lengua suelta por el whisky, empezó el relato lo mejor que pudo, sin adornos, dejando que le vinieran las palabras. A cambio, Eleanor describió las circunstancias del «accidente» del shériff Packard con el cuerpo del destrozador de coches. Packard estaba en la habitación, aparentando tener mal aspecto para que le dieran confortadores whiskies y analgésicos, con la mano mutilada tan bien vendada que más parecía un palo que una extremidad.

—No es el único monstruo que hay afuera —dijo cuando se acabaron los relatos.

—Eso es lo que tú dices —replicó Eleanor, con poca convicción en sus ojos vivos.

—Mi papá lo decía —contestó Packard, mirando su mano vendada—. Y me lo creo; por Dios que me lo creo.

—Entonces, mejor que hagamos algo al respecto.

—¿Como qué? —preguntó un individuo de aspecto agrio, apoyado contra la repisa de la chimenea—. ¿Qué se puede hacer con los colegas de una cosa que se come los coches?

Eleanor se puso rígida y dirigió una risa intencionada a quien preguntaba eso.

—Bueno, disfrutemos del beneficio de tu sabiduría, Lou. ¿Qué crees *tu* que deberíamos hacer?

—Creo que deberíamos quedarnos quietos y dejar que se vayan.

—No soy una avestruz —objetó Eleanor—, pero si quieras enterrar tu cabeza te dejaré una pala, Lou. Hasta te cavaré el hoyo.

Estalló una carcajada general. El cínico, molesto, se calló y se mordió las uñas.

—No podemos quedarnos sentados y dejar que nos pasen por encima —dijo el adjunto de Packard, haciendo globos con un chicle.

—Se dirigían hacia las montañas —informó Davidson—. Se alejaban de Welcome.

—¿Y quién les va a impedir que cambien sus jodidas intenciones? —replicó Eleanor—. ¿Eh?

No obtuvo respuesta. Hubo unos cuantos asentimientos y movimientos de cabeza.

—Jedediah, tú eres el adjunto. ¿Qué piensas de esto?

El joven de la chapa y el chicle se sonrojó un poco y tiró de su delgado bigote. Obviamente, no tenía la solución.

—Veo lo que ocurrirá —soltó la mujer antes de que el agente pudiera responder—. Tan claro como el agua. Estás todos demasiado acojonados para ir a sacar a los demonios de su guarida, ¿o no?

Hubo murmullos de autojustificación en la sala, seguidos de nuevos movimientos de cabeza.

—Sólo pensáis en sentaros y dejar que devoren a vuestras mujeres.

Devoradas: era una buena palabra, de mucho más efecto que comidas. Eleanor hizo una pausa para redondear ese efecto. Luego dijo sombríamente:

—O algo peor.

—Peor que ser devorado? Por el amor de Dios, ¿qué era peor que ser devorado?

—No te va a tocar ningún demonio —le aseguró Packard, levantándose de su silla con cierta dificultad.

Se meció sobre los pies al dirigirse al auditorio.

—Vamos a atrapar a esos comemierdas y a lincharlos.

Su grito de batalla no animó a ninguno de los machos de la habitación. La credibilidad del shériff había perdido puntos desde su encuentro en la calle principal.

—La discreción es la mejor muestra de valor —murmuró Davidson para su colecto.

—Eso es una patraña —rebatió Eleanor.

Davidson se encogió de hombros y apuró el whisky de su vaso. No se lo volvieron a llenar. Comprendió claramente que debía sentirse agradecido de seguir vivo. Pero se había echado a perder su programa de trabajo. Tenía que hacerse con un teléfono y alquilar un coche; en caso necesario, alguien debería acudir a buscarlo. Los «demonios», fueran lo que fueran, no eran asunto suyo. Tal vez le interesaría leer unas cuantas columnas acerca del tema en el *Newsweek*, cuando estuviera de vuelta en el Este y descansara junto a Barbara; pero ahora lo único que deseaba era acabar su trabajo en Arizona y regresar a casa cuanto antes.

Packard sin embargo, tenía otras ideas.

—Eres un testigo —dijo, señalando a Davidson—, y como shériff de la comunidad te ordeno que te quedes en Welcome hasta que hayas respondido satisfactoriamente a todas las preguntas que debo formularte.

A su boca babosa no le cuadraba ese lenguaje tan formal.

—Tengo trabajo... —empezó a decir Davidson.

—Pues manda un telegrama y cancela el trabajo, señorito Davidson. Davidson comprendió que aquel hombre estaba haciendo méritos a su costa, poniendo remiendos a su reputación perdida, atacando al azar al forastero del Este. Con todo, Packard era la ley: no había nada que hacer. Davidson expresó su asentimiento con toda la gracia que consiguió reunir. Ya tendría tiempo de dirigir una queja formal contra aquel Mussolini cateto cuando estuviera en casa, sano y salvo. De momento, mejor enviar un telegrama y olvidarse del trabajo.

—Así pues, ¿cuál es el plan? —le preguntó Eleanor a Packard.

El shériff hinchó los carrillos, brillantes de alcohol.

—Nos enfrentaremos a los demonios —decidió.

—¿Cómo?

—Con escopetas, mujer.

—Necesitarás algo más que escopetas si son tan grandes como dice éste...

—Lo son... —confirmó Davidson—, creedme; es verdad.

Packard se sonrió burlonamente.

—Nos llevaremos todo el jodido arsenal —dispuso, apuntando con el pulgar que le quedaba a Jedediah—. Vete a sacar las armas pesadas, hijo. El material anticarro. Los lanzagranadas.

Hubo una sorpresa general.

—¿Tienes lanzagranadas? —preguntó Lou, el cínico situado junto a la repisa.

Packard le dedicó una sonrisa de soslayo.

—Material militar sobrante de la primera guerra mundial.

Davidson suspiró para sus adentros. Aquel hombre era un psicótico, con su pequeño arsenal de armas obsoletas que probablemente serían más letales para quien las utilizara que para la víctima. Iban a morir todos. «¡Dios me ampare!» Iban a morir todos.

—Puede que hayas perdido los dedos —dijo Eleanor Kooker, encantada por la baladronada—, pero eres el único hombre de la habitación, Josh Packard.

El shériff sonrió y se tocó la entrepierna, absorto. Davidson no pudo soportar más la atmósfera de machismo atávico que se respiraba en la habitación.

—Bueno —gorjeó—, os he dicho todo lo que sé. ¿Por qué no os dejo que hagáis lo que mejor os parezca?

—No te vas a ir —dijo Packard—, si es eso lo que pretendas.

—Sólo estoy diciendo...

—Sabemos qué estás diciendo, hijo, y no te escucho. Si se te suben los humos como para largarte te colgaré de los cojones. Si es que los tienes.

El muy bastardo era capaz de hacerlo, pensó Davidson, aunque sólo tuviera una mano para ello. «Límítate a seguirles la corriente», se dijo, intentando no poner cara de asco. Que Packard saliera a buscar a los monstruos y se le disparara el lanzagranadas por detrás era asunto suyo. Mejor dejarlo en paz.

—Según este hombre, son toda una tribu —señaló tranquilamente Lou—. ¿Cómo nos cargamos a tantos?

—Estrategia —sentenció Packard.

—No conocemos sus posiciones.

—Vigilancia.

—Podrían hacernos papilla de verdad, shériff —observó Jedediah, despegándose un globo del bigote.

—Éste es nuestro territorio —proclamó Eleanor—. Es nuestro y lo vamos a conservar.

Jedediah asintió:

—Sí, mama.

—¿Y suponiendo que desaparecieran? ¿Suponiendo que no los volvamos a encontrar? —razonaba Lou—. ¿No podríamos dejar que se metieran bajo tierra?

—Claro —se mojó Packard—. Y entonces nos quedaríamos esperando a que vuelvan y devoren a nuestras mujeres.

—A lo mejor no quieren hacernos daño... —aventuró Lou.

La respuesta de Packard consistió en alzar su mano vendada.

—Me han hecho daño.

Eso era indiscutible.

El shériff prosiguió con la voz ronca de rencor:

—¡Mierda! Ansío tanto cargarme a esos desechos que voy a irme a por ellos con o sin ayuda. Pero tenemos que ser más listos que ellos, superarlos en estrategia para que no haya ningún herido.

«Por fin dice algo inteligente», pensó Davidson. Desde luego, toda la habitación parecía impresionada. Hubo murmullos de aprobación por todas partes, hasta del que seguía junto a la repisa.

Packard se volvió de nuevo hacia su adjunto.

—Mueve el culo, hijo. Quiero que llames a ese bastardo de Crumb, de Vigilancia, y te traigas a sus muchachos con todas las escopetas y granadas que tengan. Y si te pregunta para qué, le dices que el shériff Packard ha declarado el estado de emergencia, y que voy a requisar todas las armas en cien kilómetros a la redonda, y a detener a los hombres que traten de escaparse. Muévete, hijo.

Ahora la habitación resplandecía positivamente de admiración, y Packard lo sabía.

—Destrozaremos a esos cabrones.

Por un momento, la retórica pareció convencer a Davidson, y creyó a medias en lo que decía el shériff. Luego recordó los detalles de la procesión, las colas, los dientes y lo demás, y su bravura desapareció sin dejar rastro.

Llegaron a la casa con muchísima suavidad, sin intención de pasar inadvertidos, simplemente con tanta delicadeza al andar que nadie los oyó.

Dentro, la furia de Eugene se había extinguido. Estaba sentado con las piernas sobre la mesa y una botella de whisky delante. El silencio de la habitación era tan denso que agobiaba.

Aaron, con la cara hinchada por los golpes de su padre, estaba sentado junto a la ventana. No le hacía falta levantar la vista para verlos llegar por la arena en dirección a su casa; el ruido de sus pasos le resonaba en las venas. Quiso formar una sonrisa de bienvenida con la cara magullada, pero reprimió su impulso y se limitó a esperar, hundido en una resignación abatida, hasta que estuvieron casi encima de la casa. Sólo se levantó cuando taparon la luz del día que entraba por la ventana. El movimiento del chico sacó a Eugene de su sopor.

—¿Qué ocurre, niño?

El chico se había apartado de la ventana retrocediendo, y estaba en medio de la habitación, sollozando de antemano en silencio. Tenía sus pequeñas manos extendidas como rayos solares, con los dedos tensos y crispados de excitación.

—¿Qué le pasa a la ventana, chico?

Aaron oyó cómo la voz de su auténtico padre eclipsaba los murmullos de Eugene. Como un perro ansioso por dar la bienvenida a su dueño tras una larga separación, el niño corrió hacia la puerta y trató de abrirla a zarpazos. Tenía el pestillo echado y el cerrojo corrido.

—¿Qué ruido es ése, chico?

Eugene apartó a su hijo y hurgó con la llave en la cerradura, mientras el padre de Aaron lo llamaba desde el otro lado de la puerta. Su voz sonaba igual que una cascada de agua, contrapunteada por suaves y agudos suspiros. Era una voz ansiosa, amorosa.

Súbitamente, Eugene pareció comprender. Cogió al niño del pelo y lo apartó a rastras de la puerta.

Aaron chilló de dolor.

—¡Papá! —gritó.

Eugene creyó que el grito iba dirigido a él, pero el verdadero padre de Aaron también oyó la voz del niño. El tono de su respuesta reflejaba su preocupación.

Fuera de la casa, Lucy había oído el diálogo. Abandonó el refugio de su choza, sabiendo lo que iba a ver contra el cielo deslumbrante, pero no por ello menos atraída por las monumentales criaturas que se habían congregado en torno a la casa. Sintió angustia al recordar las alegrías perdidas de aquel día, seis años antes. Allí estaban todas aquellas criaturas inolvidables, una increíble selección de formas...

Cabezas piramidales coloreadas de rosa, torsos de una proporción clásica, que caían en flecos cambiantes de carne lacia. Una belleza plateada y acéfala cuyos seis brazos de madreperla le brotaban en torno a una boca que ronroneaba y latía. Una criatura parecida a una onda de una corriente rápida, en constante movimiento, que emitía un sonido dulce y modulado. Criaturas demasiado fantásticas para ser reales, demasiado reales para ponerlas en duda; ángeles custodios. Uno tenía una cabeza que se balanceaba adelante y atrás sobre un cuello muy fino, como si fuera un absurdo ventilador, azul como el cielo de una noche que llega antes de tiempo, y salpicado de una docena de ojos como otros tantos soles. El cuerpo de otro padre se parecía a un abanico que se abría y cerraba de excitación, y cuya carne naranja se enrojeció aún más cuando sonó de nuevo la voz del chico.

—¡Papá!

A la puerta de la casa estaba la criatura que Lucy recordaba con más cariño; la que la había tocado en primer lugar, la primera en calmar sus temores, la primera en penetrarla con una delicadeza infinita. Debía de tener unos seis metros de altura cuando se levantaba del todo. Ahora aquel ser estaba agachado sobre la puerta, con su cabeza calva, bendita cabeza, parecida a la de un pájaro pintado por un esquizofrénico, inclinada sobre la casa para hablar al niño. Estaba desnudo, y su espalda, ancha y oscura, sudaba al encorvarse.

Dentro de la casa, Eugene atrajo al niño hacia sí como un escudo.

—¿Qué sabes, niño?

—¡Papá!

—Te he preguntado qué sabes.

—¡Papá!

La voz de Aaron exultaba. La espera había concluido.

La fachada de la casa se derrumbó hacia dentro. Un miembro parecido a un gancho de carne se deslizó encorvándose bajo el dintel y arrancó la puerta de sus goznes. Salieron volando los ladrillos, que volvieron a caer como en una lluvia; el aire se llenó de polvo y de astillas. Cataratas de luz solar inundaban ahora a las dos empequeñecidas figuras humanas, entre las ruinas de lo que una vez fue

oscuridad protectora.

Eugene escudriñó por entre la bruma que formaba el polvo. Unas manos gigantes estaban desgajando el tejado, y donde había habido vigas sólo se veía ahora cielo. Vio miembros altos como torres por todas partes, cuerpos y rostros de bestias imposibles. Estaban echando abajo las paredes que quedaban de pie, destrozando su casa con la misma despreocupación con que él rompería una botella. Dejó escapar al niño sin darse cuenta de lo que hacía.

Aaron corrió hacia la criatura que estaba en el umbral.

—¡Papá!

Lo recibió como un padre a su hijo a la salida del colegio, y echó atrás la cabeza en un arrebato de éxtasis. Un largo e indescriptible grito de alegría brotó a todo lo largo y ancho de su ser. El himno fue coreado por las demás criaturas, que elevaron su volumen para celebrarlo. Eugene se tapó los oídos y cayó de rodillas. La nariz le había empezado a sangrar ante las primeras notas de la música del monstruo, y tenía los ojos llenos de lágrimas que le escocían. No estaba asustado. Sabía que no eran capaces de hacerle daño. Lloraba porque había ignorado aquella eventualidad durante seis años, y ahora que se presentaban en su misterio y su gloria delante de él, no había tenido la valentía de enfrentarse a ellos y conocerlos. Ahora ya era demasiado tarde. Se habían llevado al niño por la fuerza y habían arruinado su casa y su vida. Indiferentes a sus sufrimientos, se marchaban entonando su jubileo, con el chico en sus brazos para siempre jamás.

En el municipio de Welcome, «organización» era el estribillo del día. Davidson no podía sentir más que admiración al ver a aquella gente estúpida y temeraria prepararse para luchar contra obstáculos insuperables. El espectáculo lo crispaba de una manera extraña; era como observar en una película a unos colonos recogiendo un armamento ínfimo y, con mucha fe, enfrentarse a la violencia pagana del salvaje. Pero, a diferencia de lo que ocurre en una película, Davidson sabía que la derrota estaba garantizada. Había visto a los monstruos: inspiraban un temor reverente. Por recta que fuera su causa o pura su fe, los colonos eran pisoteados muy a menudo por los salvajes. Las derrotas sólo dan el pego en las películas.

La nariz de Eugene dejó de sangrar al cabo de una hora, aproximadamente, pero no se dio cuenta. Estaba arrastrando a Lucy, tirando de ella y convenciéndola para que lo acompañara a Welcome. No quería oír explicaciones de aquella mujerzuela, aunque no paraba de balbucear. Sólo podía oír las voces agitadas de los monstruos, y la llamada repetida de Aaron, «papá», a la que respondió una criatura capaz de destrozar casas.

Eugene sabía que habían conspirado contra él, aunque ni siquiera en sus suposiciones más enrevesadas pudo comprender toda la verdad.

Aaron estaba loco, eso sí lo sabía. Y, de alguna manera, su mujer, su Lucy violada, que había sido tan bella y agradable, era un instrumento de la locura del chico y de su propio sufrimiento.

Ella había vendido al niño: eso era lo que casi había llegado a creer. Por algún procedimiento indecible, había negociado con aquellas cosas del subsuelo, y había trocado la vida y la cordura de su único hijo por algún regalo. ¿Qué había obtenido ella por ese precio? ¿Alguna baratija o algo así, que guardaba enterrada en su choza? ¡Dios mío, pagaría por ello! Pero antes de hacerla sufrir, antes de arrancarle los pelos y de embadurnarle los pechos puntiagudos con brea, confesaría. La obligaría a confesar; no a él, sino al pueblo de Welcome, a los hombres y mujeres que se mofaban de sus trompicones de borracho y reían cuando llegaba ante su cerveza. Oirían de los propios labios de Lucy la verdad que se escondía tras las pesadillas que había soportado, y comprenderían, horrorizados, que los demonios de los que hablaba eran reales. Entonces lo perdonarían definitivamente y la ciudad lo volvería a acoger en su seno, pidiéndole perdón, mientras el cuerpo emplumado de la puta de su mujer colgaba de un poste telefónico, fuera de las lindes de la ciudad.

Cuando Eugene se detuvo estaba a tres kilómetros de Welcome.

—Algo se acerca.

Una nube de polvo. En el centro de aquel tropel había una multitud de ojos ardientes.

Temía lo peor.

—¡Jesucristo!

Soltó a su mujer. ¿Venían también a por ella? Sí, probablemente ésa fuera otra de las condiciones del trato.

—Han tomado la ciudad —dijo.

Sus voces llenaban el aire; era insoportable. Iban hacia él por la carretera, como una horda quejumbrosa, se dirigían en línea recta hacia él. Eugene se dio la vuelta para echar a correr, dejando que la mujerzuela escapara. A ella podían cogerla mientras a él lo dejaran en paz; Lucy sonreía al polvo.

—Es Packard —dijo.

Eugene volvió a echar un vistazo a la carretera entornando los ojos. La nube de demonios se empezaba a despejar. Los ojos de su interior eran faros; las voces, sirenas; era un ejército de coches y motocicletas encabezado por el vehículo aullante de Packard lanzado a toda velocidad por la carretera de Welcome.

Eugene estaba perplejo. ¿Qué era eso, un éxodo en masa?

Lucy, por primera vez en aquel día glorioso, sintió una leve duda.

Al acercarse el convoy, redujo su velocidad y se paró; el polvo se asentó, revelando la extensión del escuadrón kamikaze de Packard. Había unos doce coches y media docena de motos, todos cargados de policías y de armas. Una muestra de ciudadanos de Welcome componían el ejército y, entre ellos, se encontraba Eleanor Kooker. Era una impresionante formación de gentes mezquinas y bien armadas.

Packard se asomó por la ventanilla del coche, escupió y habló.

—¿Tienes problemas, Eugene?

—No soy idiota, Packard.

—No digo que lo seas.

—He visto a esas cosas. Lucy os lo contará.

—Sé que es verdad, Eugene; sé que es verdad. No se puede negar que hay demonios en las colinas, está claro. ¿Para qué te crees que he reunido a este pelotón, si no son demonios?

Packard le sonrió a Jedediah, que estaba al volante.

—Por Dios que sí. Les vamos a dar pasaporte para el día del juicio final.

De detrás del coche asomó la señorita Kooker; estaba fumando un puro.

—Parece que te debemos una explicación, Gene —dijo, ofreciendo una sonrisa como excusa.

«Sigue siendo un imbécil —pensó—; casarse con esa perra culona fue su muerte. Qué lástima de hombre.»

La cara de Eugene se iluminó de satisfacción.

—Parece que sí.

—Meteos en uno de los coches de atrás —invitó Packard—, tú y Lucy. Los sacaremos de sus escondrijos como serpientes...

—Se han ido hacia las colinas —dijo Eugene.

—Ah, ¿sí?

—Se llevaron a mi chico. Tiraron mi casa.

—¿Son muchos?

—Una docena o así.

—De acuerdo, Eugene. Súbete con nosotros. —Packard ordenó a un policía que se apeara—.

Estarás contento con esos bastardos, ¿eh?

Eugene se volvió hacia donde había estado Lucy.

—Y quiero que sea juzgada...

Pero Lucy se había ido corriendo por el desierto: ya sólo era del tamaño de una muñeca.

—Se ha salido de la carretera —dijo Eleanor—. Se va a matar.

—Morir sería demasiado bueno para ella. —Eugene montó en el coche—. Esa mujer es más ruin que el propio diablo.

—¿Y eso, Eugene?

—Esa mujer ha vendido mi único hijo al infierno.

Lucy se había disipado en la niebla formada por el calor.

—... Al infierno.

—Entonces déjala en paz —sentenció Packard—. El infierno se la llevará tarde o temprano.

Lucy sabía que no se molestarían en perseguirla. Desde que vio los faros de los coches en la nube de polvo, las escopetas y los cascos, supo que le correspondía un papel secundario en los acontecimientos que iban a seguir. En el mejor de los casos sería una espectadora. En el peor, moriría de insolación atravesando el desierto, y no sabría nunca el desenlace de la batalla. A menudo había meditado acerca de la existencia de las criaturas que eran colectivamente padres de Aaron:

dónde vivían, por qué habían decidido, en su sabiduría, hacerle el amor a ella. También se preguntaba si alguien más tenía noticia de ellas en Welcome. ¿Cuántos ojos humanos, además de los suyos, habían entrevisto sus secretas anatomías durante aquellos años? Y, naturalmente, se preguntaba si llegaría el día de ajustar las cuentas, de una confrontación entre las dos especies. Y ahora parecía haber llegado sin previo aviso. Y, comparada con ese ajuste, su vida no valía nada.

En cuanto dejaron de verse los coches y las motos, dio la vuelta y se puso a seguir sus propias huellas sobre la arena hasta volver a la carretera. Sabía que no había manera de recuperar a Aaron. En cierto sentido, se había limitado a guardar al chico, aunque lo hubiera concebido. Él pertenecía de una forma especial a las criaturas que habían mezclado sus semillas en el cuerpo femenino para procrear. Tal vez fue el instrumento de algún experimento de fertilidad, y ahora habían vuelto los doctores a examinar al niño. A lo mejor se lo habían llevado simplemente por amor. Fueran cuales fueran sus razones, sólo deseaba ver el desenlace de la batalla. En lo más profundo de ella, en una zona que sólo los monstruos habían tocado, anhelaba su victoria, aunque muchos de la especie que llamaba suya murieran como consecuencia.

Al pie de las colinas reinaba un silencio absoluto. A Aaron lo habían dejado en el suelo, entre las rocas, y se congregaron ávidamente en torno a él para examinar sus ropas, su pelo, sus ojos, su sonrisa.

Se estaba haciendo de noche, pero Aaron no tenía frío. Los aientos de sus padres eran cálidos y olían, pensó, igual que el interior del almacén de comestibles de Welcome: una mezcla de caramelo y cáñamo, queso fresco y hierro. A la luz del sol menguante tenía la piel bronceada, y en el cenit estaban apareciendo estrellas. No era más feliz junto al pecho de su madre que en aquel corro de demonios.

Packard detuvo el convoy al pie de las colinas. Si hubiera sabido quién fue Napoleón, sin duda se habría sentido como aquel conquistador. Si hubiera conocido la biografía del conquistador, podría haber presentido que aquél sería su Waterloo; pero Josh Packard vivió y murió sin necesidad de héroes.

Ordenó a sus hombres que se apearan de los coches y se introdujeron entre ellos, con la mano mutilada metida en la pechera desabotonada de la camisa. No era el desfile más alentador de la historia militar. Había más de una cara pálida y demudada entre sus soldados, y más de unos ojos evitaron su mirada cuando les dio las órdenes.

—¡Hombres! —berreó—. Hombres... Hemos llegado, estamos organizados, y Dios está de nuestro lado. Ya hemos ganado a esos salvajes, ¿comprendido?

Silencio; miradas tétricas; más sudor.

—¡No quiero ver a ninguno de vosotros darse la vuelta y echar a correr! Porque si lo hacéis y os pescó, os arrastraréis hasta casa con el trasero acribillado.

Eleanor quiso aplaudir, pero la arenga no había concluido.

—Y recordad, hombres —aquí la voz de Packard bajó de volumen hasta convertirse en un cuchicheo de conspiración—, que esos demonios se llevaron al chico de Eugene, Aaron, no hace ni cuatro horas. Lo arrancaron directamente del seno de su madre mientras lo acunaba para que se durmiera. No son más que salvajes, tengan la pinta que tengan. No respetan a una madre, ni a un niño, ni a nada. Así que cuando estéis cerca de uno de ellos pensad en cómo os habráis sentido si os hubieran arrancado del seno de vuestra madre...

Le gustaba la expresión «seno materno». Decía tanto y con tanta sencillez... El seno de mamá tenía mucha más fuerza para movilizar a aquellos hombres que su tarta de manzana.

—No tenéis nada que temer; sólo parecer menos que hombres, hombres.

Buena frase para acabar.

—Adelante.

Montó de nuevo en el coche. Alguien empezó a aplaudir al final de la fila, y el resto coreó el aplauso. La gran cara roja de Packard se abrió en una sonrisa dura y amarilla.

—¡En marcha! —concluyó, sonriente, y el convoy empezó a dirigirse hacia las colinas.

Aaron notó que el aire cambiaba. No es que tuviera frío; los aientos que lo calentaban seguían siendo igual de acogedores. Pero sintió una alteración en la atmósfera, debida a una especie de

intrusión. Observó fascinado cómo sus padres reaccionaban ante ese cambio: su sustancia lanzaba destellos de nuevos colores, más solemnes, más guerreros. Uno o dos levantaron incluso la cabeza como para olisquear el aire.

Algo ocurría. Algo o alguien, no previsto ni invitado, estaba a punto de entrometerse en aquella noche festiva. Los demonios reconocieron los indicios, y no habían descuidado esa eventualidad. ¿No era inevitable que los héroes de Welcome acudieran a buscar al chico? ¿No creían los hombres, de una manera tan lamentable, que su especie había nacido de la necesidad de la tierra de conocerse a sí misma, que habían sido criados de mamífero en mamífero hasta que la especie floreció, dando lugar a la humanidad?

Resultaba entonces natural que trataran a los padres como enemigos, que intentaran erradicarlos de su tierra y destruirlos. Era una verdadera tragedia, cuando los padres sólo habían pretendido conseguir la unidad a través del matrimonio, que sus hijos irrumpieran torpemente y estropearan la fiesta.

Con todo, los hombres nunca cambiarían. A lo mejor Aaron era diferente, aunque tal vez volviera también él con el tiempo al mundo humano y olvidara lo que estaba aprendiendo allí. Las criaturas que eran sus padres también lo eran de los hombres, y el matrimonio de semen en el cuerpo de Lucy era la misma mezcla que había producido los primeros machos. Siempre habían existido mujeres: vivían como especie aparte con los demonios. Pero quisieron compañeros de juego, y juntos crearon a los hombres.

Qué error, qué equivocación más catastrófica. En el transcurso de los eones, el peor eliminó al mejor; las mujeres fueron esclavizadas; los demonios, asesinados o sepultados, quedando unos pocos focos de supervivientes para realizar de nuevo aquel primer experimento y crear hombres, como Aaron, que fueran más comprensivos con su historia. Sólo infiltrando en la humanidad nuevos hijos machos podría suavizarse el carácter de la raza dominante. Esa posibilidad ya era bastante precaria como para que se interpusieran más niños enfadados con los puños regordetes y blancos repletos de escopetas.

Aaron reconoció el olor de Packard y de su padrastro, y comprendió que eran de otra raza. Después de aquella noche los trataría desapasionadamente, como a animales de una especie diferente. A quienes más cercano se sentía era a los magníficos demonios que tenía alrededor, y supo que los defendería con su vida si fuera preciso.

El coche de Packard encabezaba el ataque. La columna de vehículos surgió de la oscuridad con las sirenas aullando y los faros encendidos y se dirigió directamente hacia el centro de la celebración. En uno o dos coches, policías aterrados aullaron espontáneamente cuando vieron de golpe todo el espectáculo, pero para entonces la fuerza de choque ya estaba lanzada. Hubo disparos. Aaron notó que sus padres estrechaban el corro para protegerlo, y su carne se oscurecía ahora de furia y de miedo.

Packard supo instintivamente que aquellas criaturas podían sentir temor, podía oler cómo emanaba de ellos. Parte de su trabajo consistía en reconocer el miedo, jugar con él y utilizarlo contra el infiel. Chilló sus órdenes por el megáfono y llevó los coches dentro del círculo de demonios. En la parte de atrás de uno de los coches que lo seguían, Davidson cerró los ojos y dedicó una plegaria a Yavé, a Buda y a Groucho Marx. «Otorgadme poder, otorgadme indiferencia, otorgadme sentido del humor.» Pero nadie acudió en su ayuda: el hígado aún le hervía, la garganta seguía dándole punzadas.

Delante sonó el chirrido de los frenos. Davidson abrió los ojos (sólo una rendija) y vio a una de las criaturas envolver con su brazo púrpura y negro el coche de Packard y levantarla en el aire. Una de las portezuelas de atrás se abrió violentamente, y una figura en quien reconoció a Eleanor Kooker cayó al suelo desde poca altura, seguida muy de cerca por Eugene. Sin un jefe, los coches se estrellaron frenéticamente, y toda la escena quedó velada en parte por el humo y el polvo. Se oía el ruido de ventanillas delanteras rompiéndose cuando los policías salían a marchas forzadas de los coches; los chirridos de capós rasgados y puertas arrancadas de cuajo. El aullido agonizante de una sirena aplastada; la última plegaria de un policía moribundo.

Sin embargo, también se distinguía la voz de Packard con la suficiente claridad, gritando órdenes desde su coche mientras lo izaban aún más alto en el aire, con el motor acelerado y las ruedas girando estúpidamente en el vacío. El demonio agitaba el coche como un niño un juguete, hasta que la portezuela del conductor se abrió y Jedediah cayó al suelo ante la falda de piel de la criatura. Davidson vio cómo esa falda envolvía al adjunto, cuya espalda estaba rota, y parecía absorberlo en sus pliegues. También vio cómo Eleanor se enfrentaba al demonio, alto como una torre, mientras éste devoraba a su hijo.

—¡Jedediah, sal de ahí! —chilló, y disparó tiro tras tiro contra la cabeza cilíndrica y sin rasgos del devorador.

Davidson se apeó del coche para ver mejor. Entre un montón de vehículos aplastados y capós salpicados de sangre pudo hacerse una idea más cabal de la escena. Los demonios se estaban alejando de la batalla, dejando en la vanguardia aquel extraordinario monstruo. En voz baja, Davidson dedicó una oración de gracias a cualquier deidad que pasara por allí. Los demonios estaban desapareciendo. No habría ninguna batalla campal; ninguna pelea de manos contra tentáculos. Se comerían vivo al niño o harían lo que tenían planeado con el pobreccillo bastardo. Pero ¿no podría ver a Aaron desde donde estaba? ¿No era la frágil figura que los demonios que se batían en retirada llevaban tan alto, como un trofeo?

Con las blasfemias y las acusaciones de Eleanor en los oídos, los policías que cubrían el ataque empezaron a salir de sus escondites para rodear al demonio que quedaba. A fin de cuentas, ya sólo había que enfrentarse a uno, que además tenía a su Napoleón en su delgado puño. Le lanzaron una descarga tras otra sobre sus arrugas y pliegues y contra la geometría perfecta de su cabeza, pero el demonio no parecía darse por aludido. Sólo después de agitar el coche de Packard hasta que el shériff traqueteó como una rana muerta en una lata, éste dejó de interesarle y soltó el vehículo. El aire se llenó de un olor a gasolina que revolvió el estómago de Davidson.

Entonces se oyó un grito:

—Cuerpo a tierra!

¿Era una granada? Seguro que no; era imposible, con tanta gasolina sobre el...

Davidson cayó al suelo. Hubo un silencio súbito, en el que pudo oírse a un hombre gimiendo en alguna parte, entre el caos, y luego el ruido sordo de una granada rebotando contra el suelo.

Alguien exclamó «¡Jesucristo!» con un tono triunfal en la voz.

Jesucristo. En nombre de... Por la gloria de...

El demonio estaba en llamas. El fino tejido de su espalda empapada de gasolina ardía; la explosión le había arrancado un miembro y destruido parcialmente otro; el muñón y las heridas se le salpicaron de una sangre espesa e incolora. En el aire había olor a caramelito quemado: claramente, la criatura estaba muriendo incinerada. Su cuerpo se tambaleaba y estremecía mientras se enroscaba alrededor de su cara vacía, y se alejó de sus torturadores dando traspies, sin una sola queja de dolor. A Davidson le hizo gracia ver cómo se quemaba: era como el sencillo placer de plantar el tacón de la bota en medio de una medusa. Fue una ocupación favorita de los veranos de su infancia, en las tardes calurosas de Maine: hundir buques de guerra.

A Packard lo estaban sacando a rastras de entre los despojos de su coche. ¡Dios mío, aquel hombre estaba hecho de acero!: se encontraba de pie, increpando a sus hombres para que avanzaran contra el enemigo. En el mejor momento de su alocución, una chispa de fuego cayó del demonio que se venía abajo y tocó el lago de gasolina en que se encontraba Packard. Un segundo más tarde, él, el coche y dos de sus salvadores estaban envueltos en una encrespada nube de fuego blanco. No tenían posibilidades de sobrevivir: las llamas los disolvieron. Davidson pudo ver cómo se deshacían sus figuras oscuras en el centro de aquel infierno, envueltas en lenguas de fuego, retorciéndose sobre sí mismas mientras perecían.

Casi antes de que el cuerpo de Packard hubiera caído al suelo, Davidson oyó la voz de Eugene por encima de las llamas:

—¿Veis lo que han hecho? ¿Veis lo que han hecho?

Los policías lanzaron feroces aullidos como respuesta a esa acusación.

—¡Acabad con ellos! —chillaba Eugene—. ¡Acabad con ellos!

Lucy distinguía el ruido de la batalla, pero no hizo ademán de acercarse al pie de las colinas. Algo en la forma en que estaba suspendida la luna en el cielo y en el olor de la brisa le habían quitado las ganas de moverse. Exhausta y hechizada, se quedó en pleno desierto y observó el cielo.

Cuando, después de una eternidad, bajó la vista para vislumbrar el horizonte, vio dos cosas que le interesaron. Fuera de las colinas, una sucia mancha de humo, y, en el límite de su percepción, a la delicada luz de la noche, una fila de criaturas que salían corriendo de las colinas. De repente, echó a correr.

Mientras corría se le ocurrió que su paso era tan ágil como el de una jovencita, y que tenía el mismo móvil que una jovencita, es decir, que estaba persiguiendo a su amante.

En una zona vacía del desierto, la asamblea de demonios desapareció sin más de la vista. Desde donde se encontraba Lucy, jadeando en medio de ninguna parte, parecía que la tierra se los hubiera tragado. Echó de nuevo a correr. ¿Podría volver a ver a su hijo y a los padres de éste antes de que se fueran para siempre? ¿O hasta eso le iban a negar después de tantos años de espera?

El coche que iba en cabeza lo conducía Davidson, siguiendo las órdenes de Eugene, con quien de momento no se podía discutir. Algo en su manera de empuñar el fusil indicaba que dispararía primero y preguntaría después. Dos tercios de las órdenes que daba a su desparramado ejército eran obscenidades incoherentes, y sólo un tercio inteligibles. Los ojos le brillaban de histeria; la boca le babeaba ligeramente. Estaba loco y tenía aterrorizado a Davidson. Pero ya era demasiado tarde para darse la vuelta: estaba ligado a aquel hombre durante aquella última y apocalíptica persecución.

—¡Mira, esos hijos de puta de ojos negros no tienen cabeza, los muy jodidos! —chillaba Eugene por encima del estertor dolorido del motor. —Por qué vas tan despacio, chico?

Hundió su fusil en la entrepierna de Davidson.

—Conduce o te volaré los sesos.

—¡No sé por dónde han ido! —le respondió el otro gritando.

—¿Qué quieres decir? ¡Enséñamelo!

—No te puedo enseñar el camino si han desaparecido.

Eugene apreció vagamente la cordura de esa respuesta.

—Reduce, chico.

Se asomó por la ventanilla del coche para detener al resto del ejército.

—¡Parad el coche..., parad el coche!

Davidson frenó.

—¡Y apagad esas jodidas luces! ¡Todos!

Apagaron los faros. Por detrás, el resto de la columna los imitó.

Se hizo una súbita oscuridad. Un súbito silencio. No se veía ni se oía nada por parte alguna. Habían desaparecido; toda la tribu cacofónica de demonios se había desvanecido en el aire, como una quimera.

El panorama desértico se aclaró cuando sus ojos se habituaron al brillo de la luz lunar, Eugene se apeó del coche, con el fusil todavía a punto de ser usado, y contempló la arena deseando que ésta le diera explicaciones.

—¡Cabrones! —dijo, con mucha suavidad.

Lucy había dejado de correr. Ahora andaba en dirección a la fila de coches. Ya había acabado todo. Los había engañado a todos: la desaparición fue una baza que nadie había previsto.

Entonces oyó a Aaron.

No podía verlo, pero su voz era tan nítida como la de una campana; y, al igual que una campana, convocabía. Igual que una campana decía a voz en grito: es tiempo de carnaval; celebradlo con nosotros.

Eugene también lo oyó y sonrió.

—¡Hey! —dijo la voz del chico.

—¿Dónde está? ¿Lo ves, Davidson?

Éste negó con la cabeza. Y entonces...

—¡Espera! ¡Espera! Veo una luz... Mira, delante mismo, a lo lejos.

—Ya la veo.

Con una precaución exagerada, Eugene empujó nuevamente a Davidson hacia el asiento del conductor.

—Conduce, chico. Pero despacio y con las luces apagadas.

Davidson asintió. «Más medusas que aplastar», pensó; al final iban a alcanzar a aquellos bastardos. ¿Y no merecía eso correr un poco de riesgo? El convoy se puso en marcha una vez más, avanzando sigilosamente y muy despacio.

Lucy echó a correr otra vez: ahora podía ver la pequeña figura de Aaron, de pie en el borde de una depresión de la arena. Los coches se dirigían hacia allí.

Al verlos acercarse, Aaron dejó de llamarlos y empezó a alejarse, bajando por la depresión. No era necesario esperar más; estaba claro que lo seguían. Sus pies descalzos dejaban huellas apenas perceptibles sobre el declive de arena suave que llevaba fuera de las idioteces de este mundo. En las sombras que había en la hondonada podía ver a su familia, vigilándolo y sonriéndole.

—Va a desaparecer —observó Davidson.

—Entonces sigue a ese pequeño bastardo —le apremió Eugene—. A lo mejor el chico no sabe lo que hace. Ilumínalo.

Los faros enfocaron a Aaron. Tenía las ropas andrajosas y por su forma de andar parecía exhausto.

A unos cuantos metros a la derecha, Lucy observó cómo el primer coche dejaba atrás el borde de tierra y, cuesta abajo, seguía al chico en dirección a...

—¡No —se dijo—, no lo hagáis!

Davidson tuvo miedo de repente. Empezó a disminuir la marcha.

—Adelante, chico. —Eugene le volvió a hundir el fusil en la entrepierna—. Los tenemos acorralados. Tenemos todo el nido ahí delante. El chico nos está llevando directamente hacia ellos.

Todos los coches estaban ya descendiendo por la depresión, en pos del primero, con las ruedas resbalando en la arena.

Aaron se dio la vuelta. Detrás de él, iluminados exclusivamente por la fosforescencia de su propia materia, estaban los demonios; era una masa de geometrías imposibles. Todos los atributos de Lucifer estaban repartidos entre los cuerpos de los padres. Unas anatomías extraordinarias, unas cabezas de espirales ilusorias, escamas, faldas, garras, podaderas.

Eugene mandó detener el convoy, se apeó del coche y empezó a andar hacia Aaron.

—Gracias, hijo. Ven aquí... Ahora te cuidaremos. Ya son nuestros. Estás a salvo.

Aaron se quedó mirando a su padre sin comprenderlo.

Detrás de Eugene, el ejército estaba apeándose de los coches, preparando las armas. Cargaban precipitadamente un lanzagranadas, amartillaban los fusiles, activaban las granadas.

—Ven con papá, chico —rogó Eugene.

Aaron no se movió, por lo que su padre se acercó unos cuantos metros más al fondo, Davidson ya estaba fuera del coche, temblando de la cabeza a los pies.

—Quizá deberías soltar el fusil. A lo mejor tiene miedo —sugirió.

Eugene gruñó y dejó caer unos centímetros la boca del fusil.

—Estás a salvo —dijo Davidson—. No tengas miedo.

—Ven con nosotros, chico. Despacio.

La cara de Aaron empezó a enrojecer. Hasta bajo la luz engañosa de los faros se apreciaba claramente su mutación. Las mejillas se le hinchaban como globos y la piel de su frente se estaba arrugando como si estuviera llena de gusanos. La cabeza parecía licuársele, convertirse en una sopa de formas que cambiaran y eclosionaran como una nube. La fachada de su niñez se desmoronaba a medida que el padre que había dentro del hijo mostraba su inmenso e inimaginable rostro.

En cuanto Aaron se hubo convertido en hijo verdadero de su padre, el declive empezó a reblanecerse. Davidson fue el primero en notarlo: un ligero cambio en la consistencia de la arena, como si le hubieran dado una orden sutil pero imperativa.

Lo único que podía hacer Eugene era quedarse boquiabierto ante la transformación de Aaron, cuyo cuerpo entero estaba sobrecogido por los estremecimientos de la mutación. El estómago se le había distendido y toda una cosecha de conos sobresalía de él, conos que florecían inmediatamente en docenas de piernas espirales. El cambio era maravilloso por su complejidad, como si de la sustancia íntima del chico surgieran nuevas glorias.

Sin avisar, Eugene levantó el fusil y disparó a su hijo

La bala alcanzó al niño-demonio en mitad de la cara. Aaron cayó hacia atrás, mientras su transformación seguía su curso al tiempo que su sangre, en un chorro medio escarlata medio plateado, manaba de la herida hasta caer sobre la tierra licuante.

Las geometrías de la oscuridad salieron de su escondite para ayudar al niño. Sus intrincadas formas parecían más sencillas a la luz de los faros, pero, según surgían, daban la sensación de estar cambiando de nuevo: los cuerpos se volvían delgados de pena, de sus corazones salía un gemido de lamentación semejante a un sólido muro de sonido.

Eugene levantó el fusil por segunda vez, gritando ante su victoria. Los tenía a su merced... ¡Dios mío, los tenía a su merced! Sucios, apestosos cabrones sin cara...

Pero el limo que tenía a los pies se convirtió en una melaza caliente al subírsele por las espinillas, y al disparar perdió el equilibrio. Gritó pidiendo ayuda, pero Davidson ya se alejaba tambaleando cuesta arriba de la hondonada, en una batalla perdida de antemano contra el lodazal que se estaba formando. El resto del ejército quedaba atrapado de forma similar a medida que el desierto se licuaba a sus pies y el barro gelatinoso empezaba a arrastrarse cuesta arriba.

Los demonios se habían ido: se habían desvanecido en la oscuridad, y su lamento se desvaneció.

Eugene, estirado sobre la espalda en la arena que se hundía, hizo dos disparos inútiles y vehementes contra la oscuridad que había detrás del cadáver de Aaron. Estaba pataleando como un

cerdo degollado, y a cada puntapié el cuerpo se le hundía un poco más. Cuando su cara desapareció bajo el barro, sólo consiguió entrever a Lucy, de pie sobre el borde de la hondonada contemplando el cuerpo de Aaron. Luego la ciénaga le cubrió el rostro y acabó con él.

El desierto se les estaba viniendo encima a una velocidad vertiginosa.

Uno o dos coches ya estaban completamente sumergidos, y la ola de arena que subía la cuesta alcanzaba implacablemente a los que trataban de escapar. Débiles gritos de socorro se apagaban de súbito al llenarse las bocas de desierto; alguien disparaba al suelo en un intento histérico de detener la marea, pero ésta evolucionaba rápidamente para acabar hasta con el último. Ni siquiera Eleanor Kooker se libró: luchaba, maldiciendo y hundiéndose progresivamente en la arena el cuerpo inerte de un policía, debido a sus intentos frenéticos de salir del lodazal.

Ahora se oían aullidos por todas partes. Los hombres, presas del pánico, se empujaban a tientas para sujetarse, intentando desesperadamente mantener la cabeza a flote en aquel mar de arena.

Davidson estaba enterrado hasta la cintura. La tierra que se arremolinaba en torno a la mitad inferior de su cuerpo era cálida y resultaba curiosamente seductora. La intimidad de aquella presión le había provocado una erección. Unos pocos metros detrás, un policía entonaba su canto de cisne a medida que el desierto se lo iba tragando. Más lejos distinguió una cara asomada por encima del suelo en movimiento, como una máscara viviente tirada sobre la tierra. Había un brazo cerca, que se agitaba mientras se hundía, y un par de gruesas nalgas sobresalían del lágamo como dos sandías: era la despedida de un agente.

Lucy dio un paso atrás cuando el cieno sobrepasó ligeramente el borde de la hondonada, pero no llegó a alcanzarle el pie. Curiosamente, tampoco se dispersó, como habría hecho una ola marina.

Se endurecía como si fuera cemento, atenazando sus trofeos vivos como moscas en ámbar. De los labios de todas las caras que aún respiraban surgió un nuevo grito de terror cuando sintieron que el suelo del desierto se espesaba alrededor de sus miembros crispados.

Davidson vio a Eleanor Kooker enterrada hasta el pecho. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas; estaba sollozando como una niña pequeña. Él, por su parte, apenas pensaba en sí mismo. No se acordó del Este, de Bárbara, de los niños.

Los hombres cuyas caras estaban sumergidas pero cuyos miembros u otras partes del cuerpo aún asomaban a la superficie, ya estaban muertos de asfixia por entonces. Sólo sobrevivían Eleanor Kooker, Davidson y dos hombres más. Uno estaba aprisionado en la tierra hasta la barbillas. Eleanor se hallaba enterrada de forma que sus pechos reposaban sobre el suelo, y tenía los brazos libres para golpear la tierra que la tenía atrapada firmemente. Davidson permanecía inmovilizado de caderas abajo. Y, lo más horrible de todo, a una patética víctima sólo se le veían la nariz y la boca. Tenía la cabeza dentro del suelo, atenazada por la roca. Pero seguía respirando, seguía gritando.

Eleanor Kooker arañaba el suelo con las uñas rotas, pero aquella arena no estaba suelta. Era inamovible.

—Vete a por ayuda —le suplicó a Lucy, con las manos sangrando.

Las dos mujeres se contemplaron.

—¡Jesucristo! —chilló la Boca.

La Cabeza estaba callada: por su mirada vidriosa se comprendía que aquel hombre se había vuelto loco.

—Por favor, ayúdanos... —imploró el torso de Davidson—. Ve a por ayuda.

Lucy asintió.

—¡Rápido! —pidió Eleanor Kooker—. ¡Vete!

Lucy obedeció inconscientemente. Hacia el Este estaban apareciendo los primeros destellos del amanecer. Pronto el aire estaría ardiendo. En Welcome, a tres horas de marcha, sólo encontraría hombres mayores, mujeres histéricas y niños. A lo mejor tenía que ir a buscar ayuda a ochenta kilómetros de distancia. Todo eso suponiendo que encontrara el camino de vuelta. Todo eso suponiendo que no cayera exhausta sobre la arena y muriera.

Era imposible que antes de mediodía encontrara ayuda para la mujer, el Torso, la Cabeza y la Boca. Para entonces la locura se habría apoderado de ellos. El sol les habría resecado la tapa de los sesos, las serpientes habrían anidado en su cabello, las águilas ratoneras les habrían arrancado los ojos indefensos.

Echó un último vistazo a aquellas figuras insignificantes, achicadas por la caricia creciente del cielo del amanecer. Eran pequeños puntos y comas de dolor humano sobre una hoja blanca de arena; no se preguntó qué pluma los había inscrito allí. Dejó eso para otro día.

Al cabo de un rato, empezó a correr.

NUEVOS ASESINATOS EN LA GALLE MORGUE

El invierno, decidió Lewis, no era la estación de los viejos. La nieve que cubría las calles de París con diez centímetros de espesor lo helaba hasta la médula. Lo que de niño había sido para él una alegría era ahora una maldición. La odiaba con todo su corazón; odiaba a los niños que se tiran bolas de nieve (gritos, aullidos, lágrimas); odiaba también a los jóvenes amantes, ansiosos de que los sorprendieran en pleno frenesí (gritos, besos, lágrimas). Resultaba incómodo y aburrido, y deseó encontrarse en Fort Lauderdale, donde el sol estaría brillando.

Pero el telegrama de Catherine, sin ser explícito, era urgente, y los lazos de amistad que los unían no se habían roto durante casi cincuenta años. Estaba aquí por ella y por su hermano Phillip. Por vulnerable que le pareciera su sangre en aquel país helado, era estúpido quejarse. Había acudido a una cita con el pasado, y habría acudido con la misma rapidez y de tan buena gana si París hubiera estado ardiendo.

Además, era la ciudad de su madre. Había nacido en el bulevar Diderot en una época en que la ciudad no estaba atestada de arquitectos librepensadores ni de ingenieros sociales. Ahora, cada vez que Lewis volvía a París, se preparaba para una nueva profanación. Advirtió que en los últimos tiempos eran menos frecuentes. En Europa la recesión había acabado con el entusiasmo de los gobiernos por las excavadoras. Pero todavía, año tras año, casas hermosas se convertían en cascotes. A veces, calles enteras se venían abajo.

Hasta la calle Morgue.

Naturalmente, se dudaba de si esa calle de mala fama había existido, pero, a medida que envejecía, a Lewis le parecía cada vez menos pertinente distinguir entre realidad y ficción. Esa gran distinción era para los jóvenes, que aún tenían que enfrentarse a la vida. Para los viejos (y él tenía setenta y tres años), la división era puramente especulativa. ¿Qué importancia tenía saber qué era cierto y qué falso, qué real y qué inventado? Para él, todo, las verdades y las mentiras a medias, eran un solo continuo de historia personal.

Tal vez había existido la calle Morgue como la describió Poe en su cuento inmortal; o tal vez fuera pura invención. En cualquier caso, la célebre calle ya no figuraba en ningún plano de París.

Quizá Lewis se sentía ligeramente defraudado por no haber encontrado esa calle. Después de todo, formaba parte de su herencia. Si las historias que le habían contado de niño eran ciertas, los acontecimientos descritos en *Los asesinatos de la calle Morgue* se los había contado su abuelo a Poe. El orgullo de su madre era que su padre se hubiese encontrado con Poe mientras viajaba por América. Al parecer, su abuelo había sido un trotamundos, descontento si no visitaba una ciudad nueva cada semana. Y en el invierno de 1835 estuvo en Richmond, Virginia. Fue un invierno muy duro, a lo mejor no demasiado diferente del que padecía ahora Lewis, y una noche el abuelo se refugió en un bar de Richmond. Allí, con la ventisca azotando el exterior, se topó con un joven pequeño, oscuro y melancólico llamado Eddie. Parecía una especie de celebridad local por ser el autor de un cuento que ganó un concurso en el *Baltimore Sunday Visitor*. El relato era *Manuscrito encontrado en una botella*, y el joven atormentado se llamaba Edgar Allan Poe.

Los dos pasaron la noche bebiendo y (eso decía la historia, en cualquier caso) Poe le sonsacó sutilmente al abuelo historias misteriosas, morbosas y de ocultismo. El viajero experimentado se sintió feliz de complacerlo y le contó miles de retazos de historias fantásticas, que el escritor refundió más tarde en *El misterio de Marie Roget* y *Los asesinatos de la calle Morgue*. En ambos cuentos, asomando por entre las atrocidades, aparecía el genio peculiar de C. Auguste Dupin.

C. Auguste Dupin. Para Poe era la encarnación del perfecto detective: tranquilo, racional y brillantemente perceptivo. Las narraciones en que aparecía se hicieron pronto famosas, y gracias a ellas Dupin se convirtió en una celebridad de ficción, sin que nadie supiera en América que era una persona real.

Era el hermano del abuelo de Lewis. El tío abuelo de Lewis era C. Auguste Dupin.

Y su caso más importante –los asesinatos de la calle Morgue– también se basaba en la realidad. Las matanzas descritas en el relato habían ocurrido de veras. Desde luego que habían matado brutalmente a dos mujeres en la calle Morgue. Eran, como escribió Poe, la señora L'Espanaye y su hija, la señorita Camille L'Espanaye. Dos mujeres de buena reputación que vivían existencias tranquilas y sosegadas. Por eso resultó mucho más terrible descubrir que sus vidas habían sido brutalmente truncadas. El cuerpo de la hija estaba metido en la chimenea; el de la madre fue descubierto en el patio posterior de la casa, con la garganta cortada tan salvajemente que tenía

la cabeza casi aserrada. No se pudo encontrar un móvil convincente para los asesinatos, y el misterio se hizo aún más impenetrable cuando todos los ocupantes de la casa manifestaron haber oído hablar al asesino en lenguas diferentes. El francés estaba seguro de que la voz era de un español, el inglés había oído alemán, el holandés creyó que era francés. Dupin, en sus investigaciones, anotó que ninguno de los testigos conocía el lenguaje que decía haber oído de labios del asesino al que nadie vio. Concluyó que la pretendida lengua no era tal, sino la voz inarticulada de una bestia salvaje.

De hecho, era un mono, un monstruoso orangután de las islas del este de la India. En el puño de la difunta señora L'Espanaye se encontraron pelos rojizos. Sólo la fuerza y agilidad de la bestia explicaban el horroroso destino de la señorita L'Espanaye. El animal, que pertenecía a un marino maltés, se escapó y asaltó el piso de la calle Morgue.

Ésa era la esencia de la historia.

Cierto o falso, el cuento ejercía una gran fascinación romántica sobre Lewis. Le gustaba pensar en su tío abuelo abriéndose camino por el misterio gracias a su lógica, sin dejarse afectar por la histeria y el horror que lo rodeaban. Pensó que esa tranquilidad era auténticamente europea; pertenecía a una época remota en que aún se valoraba la luz de la razón, y el peor horror que se podía concebir era una bestia armada con una cuchilla para rebanar cuellos.

Ahora, a medida que el siglo veinte se encaminaba perezosamente hacia su último cuarto, había que dar cuenta de atrocidades mucho más importantes, todas ellas cometidas por seres humanos. Los antropólogos examinaron al humilde orangután y descubrieron que se trataba de un herbívoro solitario, tranquilo y filosófico. Los auténticos monstruos eran mucho menos notorios y mucho más poderosos. Sus armas dejaban en ridículo a las cuchillas; sus crímenes eran enormes. En algunos momentos Lewis casi se sentía feliz de ser viejo y de estar a punto de dejar al siglo que se las arreglara solo. Sí, la nieve le helaba la médula. Sí, contemplar a una joven con cara de diosa excitaba en vano sus deseos. Sí, ahora se sentía como un observador en vez de un participante.

Pero no siempre fue así.

En 1937, en la misma habitación del número once del Quai de Bourbon donde ahora estaba sentado, vivió las suficientes experiencias. Por entonces París todavía era un palacio del placer que ignoraba obstinadamente los rumores de guerra y conservaba, aunque a veces se notara cierta tensión, un aire de dulce ingenuidad. Aquellos años habían sido despreocupados en los dos sentidos de la palabra; llevaron unas vidas interminables de ocio perfecto.

Naturalmente que no fue así. Sus vidas no habían sido perfectas ni interminables. Pero durante cierto tiempo –un verano, un mes, un día– pareció que nada en el mundo iba a cambiar.

Media década después ardería París, y su alegría pecaminosa, que en realidad no era más que inocencia, quedaría mancillada para siempre. Habían pasado muchos días (y noches) en el piso donde ahora estaba Lewis, y fueron tiempos maravillosos; cuando pensaba en ellos parecía que el estómago le doliera nostalgia.

Sus pensamientos se dirigieron a sucesos más recientes. A su exposición en Nueva York, en la que la serie de pinturas que retrataban la condena de Europa había obtenido un brillante éxito de crítica. A los setenta y tres años Lewis era un hombre festejado. En todas las publicaciones de arte le dedicaban artículos. De la noche a la mañana se había multiplicado el número de sus admiradores y compradores, ansiosos de comprar su trabajo, de hablar con él, de estrechar su mano. Naturalmente, todo demasiado tarde. Las angustias de la creación se habían acabado hacía tiempo, pues cinco años atrás dejó definitivamente los pinceles. Ahora, cuando no era más que un espectador, su triunfo de crítica parecía una parodia: observaba el circo desde lejos con un sentimiento semejante al disgusto.

Cuando le llegó el telegrama de París pidiéndole ayuda le causó un inmenso placer poder escapar del corro de imbéciles que le cantaban las alabanzas.

Ahora esperaba en el piso que se iba quedando a oscuras, y observaba el permanente tránsito de coches sobre el puente Louis-Phillipe; los cansados parisinos regresaban a casa sobre la nieve. Las bocinas aullaban; los motores tosían y refunfuñaban; los faros antiniebla amarillos dejaban una estela de luz sobre el puente.

Y Catherine no llegaba.

La nieve, que había dejado de caer durante casi todo el día, empezaba a caer de nuevo susurrando contra la ventana. El tráfico discurría por encima del Sena; el Sena discurría por debajo del tráfico. Cayó la noche. Finalmente, oyó pasos en el vestíbulo y cuchicheos intercambiados con el casero.

Era Catherine. Catherine, por fin.

Se levantó y miró la puerta, imaginando que se abría antes de que lo hiciera, imaginándose en el pasillo.

—Lewis, querido...

Le sonrió; era una sonrisa pálida sobre una cara aún más pálida. Parecía más vieja de lo que él esperaba. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía? ¿Cuatro o cinco años? Su fragancia era la misma que siempre la acompañaba; esa peculiaridad suya tranquilizó a Lewis. Le besó suavemente las frías mejillas.

—Tienes buen aspecto —mintió.

—No, no lo tengo. Y si lo tengo es un insulto para Phillippe. ¿Cómo puedo estar bien mientras él tiene tantos problemas?

Su comportamiento era enérgico y severo, como siempre.

Tenía tres años más que él, pero lo trataba como un profesor a un niño recalcitrante. Siempre actuó así: era su forma de mostrarse cariñosa.

Después de los saludos, se sentó junto a la ventana mirando hacia afuera, hacia el Sena. Bajo el puente flotaban pequeños témpanos de hielo grises, agitándose y arremolinándose en la corriente. El agua parecía mortífera, como si el frío pudiera quitarle a uno el resuello.

—¿Qué problema tiene Phillippe?

—Lo acusan de...

Una pequeña vacilación. El parpadeo de una pestaña.

—... asesinato.

Lewis quiso reírse; la sola idea era absurda. Phillippe tenía sesenta y nueve años y era apacible como un cordero.

—Es verdad, Lewis. Comprenderás que no te lo podía decir por telegrama. Tenía que comunicártelo en persona. Lo acusan de asesinato.

—¿Quién?

—Una chica, por supuesto. Una de sus hermosas mujeres.

—Todavía sigue haciendo la ronda, ¿no?

—Solíamos bromear diciendo que moriría por culpa de una mujer, ¿te acuerdas?

Lewis asintió levemente.

—Tenía diecinueve años. Natalie Perec. Era una chica muy culta, al parecer. Y encantadora. Con el pelo rojo y largo. ¿Recuerdas cómo le gustaban a Phillippe las pelirrojas?

—¿Diecinueve? ¿Sale con chicas de diecinueve?

Ella no le contestó. Lewis se sentó sabiendo que la irritaba que diera vueltas por la habitación. De perfil todavía era guapa, y el rayo de color amarillo azulado que entraba por la ventana le suavizaba las líneas de la cara, rejuveneciéndola mágicamente cincuenta años.

—¿Dónde está?

—Lo encerraron. Dicen que es peligroso y que podría volver a matar.

Lewis agitó la cabeza. Le dolían las sienes, dolor que desaparecería con que sólo lograra cerrar los ojos.

—Necesita verte. Muy urgentemente.

Pero tal vez el sueño sólo fuera una forma de escapismo. Se encontraba ante algo de lo que no podía ser espectador.

Phillipe Laborteaux miró a Lewis por encima de la mesa desnuda y ajada con el rostro cansado y absorto. Se habían saludado con simples apretones de mano; era el único contacto físico autorizado.

—Estoy desesperado —confesó—. Está muerta. Mi Natalie está muerta.

—Cuéntame qué ocurrió.

—Tengo un pisito en Montmartre. En la calle de los Mártires. Consta de una sola habitación, y lo utilizo para recibir a los amigos. Catherine siempre tiene el número once tan limpio que no puede uno estar a sus anchas. Natalie solía pasar allí mucho tiempo conmigo; todo el mundo de la casa la conocía. Tenía un temperamento magnífico y era preciosa. Se estaba preparando para ingresar en la Facultad de Medicina. Era brillante. Y me quería.

Phillipe seguía siendo apuesto. En realidad, ahora que la moda volvía a los orígenes, su elegancia, su rostro casi fogoso, su encanto tranquilo estaban a la orden del día. Con algo de una época pasada, a lo mejor.

—El domingo por la mañana salí a la pastelería. Y cuando volví...

Le costaba trabajo pronunciar las palabras.

—Lewis...

Los ojos se le llenaron de lágrimas de frustración. Aquello le resultaba tan penoso, que su boca se negaba a articular los sonidos necesarios.

—No... —empezó Lewis.

—Quiero contártelo, Lewis. Quiero que lo sepas, quiero que la veas tal como yo la vi. Para que sepas qué cosas hay... hay..., qué cosas hay en el mundo.

Las lágrimas le resbalaron por la cara en dos graciosos arroyuelos. Apretó la mano de Lewis entre las suyas con tanta fuerza que le hizo daño.

—Estaba cubierta de sangre. De heridas. La piel arrancada..., el pelo destrozado. Su lengua estaba sobre la almohada, Lewis. Imagínatelo. Se la había cortado de terror. Estaba tirada sobre la almohada. Y sus ojos, flotando en sangre, como si hubiera llorado sangre. Era la criatura más preciosa de toda la creación, Lewis. Era hermosa.

—Basta.

—Quiero morirme, Lewis.

—No.

—No quiero seguir viviendo. No tiene sentido.

—No te declararán culpable.

—No me importa, Lewis. Debes ocuparte de Catherine. Leí comentarios sobre tu exposición...

Casi sonrió.

—... Me alegro por ti. Siempre lo dijimos, ¿verdad?, antes de la guerra. Tú ibas a ser famoso y yo...

La sonrisa había desaparecido.

—... célebre. En los periódicos dicen cosas terribles de mí. Un viejo que sale con chicas jóvenes; eso les parece insano. Probablemente piensan que perdí los estribos porque no podía satisfacerla. Eso es lo que piensan, estoy convencido. —Perdió el hilo, se paró y volvió a empezar—. Debes ocuparte de Catherine. Tiene dinero, pero ningún amigo. Es demasiado fría. Está herida en su interior y eso hace que la gente desconfíe de ella. Tienes que quedarte con ella.

—Lo haré.

—Ya lo sé. Lo sé. Por eso estoy contento, de verdad; simplemente por...

—No, Phillip.

—... morir. No nos queda nada, Lewis. El mundo es demasiado duro.

Lewis pensó en la nieve, en los témpanos de hielo, y comprendió que morir tenía sentido.

El oficial encargado de la investigación fue poco amable, aunque Lewis se presentó como un pariente del apreciado detective Dupin. El desprecio que sentía por aquella comadreja mal vestida, sentada en el agujero desordenado de su oficina, hizo que la entrevista fuera tensa a causa de la cólera contenida.

—Su amigo —dijo el inspector, tirándose de la cutícula enrojecida del pulgar— es un asesino, señor Fox. Así de sencillo. Las pruebas son concluyentes.

—No lo puedo creer.

—Crea lo que más le guste, está en su derecho. Tenemos todas las pruebas que necesitamos para acusar a Phillip Laborteaux de asesinato en primer grado. Fue una muerte a sangre fría y será castigado con todas las de la ley. Se lo garantizo.

—¿Qué pruebas tiene contra él?

—Señor Fox, no le debo ningún favor. Las pruebas que tenemos son asunto nuestro. Baste con decirle que no se vio a ninguna otra persona durante el tiempo en que el acusado pretende haber estado en una ficticia pastelería; y como sólo se puede llegar a la habitación en que se encontró a la difunta por las escaleras...

—¿No hay ventanas?

—Tres pisos más arriba. Y en medio, una pared desnuda. Salvo un acróbata, nadie más pudo cometer el crimen.

—¿Y el estado del cuerpo?

El inspector puso una mueca de asco.

—Horrible. La piel y el músculo separados del hueso. Toda la espina dorsal expuesta. Sangre; mucha sangre.

—Phillipe tiene setenta años.

–¿Y?

–Un hombre mayor no sería capaz...

–En otros aspectos –le interrumpió el inspector– parece muy capaz, *oui?* Como amante, ¿sí? Amante apasionado; de eso sí era capaz.

–¿Y qué móvil diría que tuvo?

Abarquilló la boca, hizo rodar sus ojos y se golpeó el pecho.

–*Le coeur humain* –dijo, como si pusiera en duda la influencia de la razón sobre los asuntos de corazón–. *Le coeur humain, quel mystère, n'est-ce pas?*

Y exhalando la fetidez de su úlcera sobre Lewis, indicó la puerta abierta.

–Gracias, señor Fox. Comprendo su confusión, *oui?* Pero está perdiendo el tiempo. Un crimen es un crimen. Es real; no como sus cuadros.

Vio sorprendido a Lewis.

–Oh, no soy tan poco civilizado como para no conocer su reputación, señor Fox. Pero le pido que cree sus invenciones lo mejor que pueda, para eso está dotado, *oui?* Yo lo estoy para descubrir la verdad.

Lewis no podía soportar más los tópicos de aquella comadreja.

–¿Verdad? –le soltó al inspector–. No reconocería la verdad aunque se tropezara con ella.

La comadreja puso cara de haber sido abofeteada con un pez mojado.

Fue una satisfacción ínfima, pero hizo que Lewis se sintiera mejor durante cinco minutos por lo menos.

La casa de la calle de los Mártires no estaba en buenas condiciones, y Lewis notaba el olor a húmedo mientras subía a la pequeña habitación del tercer piso. Las puertas se abrían a su paso, y susurros extrañados le hicieron apresurarse escaleras arriba, aunque nadie intentó detenerlo. El cuarto en que había tenido lugar la atrocidad estaba cerrado. Sentíase contrariado, pero sin saber cómo o por qué, tenía la convicción de que si veía el interior podría ayudar a Phillippe. Bajó las escaleras y salió al aire invernal.

Catherine ya había vuelto al Quai de Bourbon. En cuanto la vio, Lewis supo que iba a oír alguna novedad. Tenía el pelo suelto en lugar del moño que le gustaba llevar, y le colgaba desordenadamente por los hombros. A la luz de la lámpara, su cara presentaba un color gris amarillento y enfermizo. Hasta en el ambiente cerrado de su piso con calefacción central tenía escalofríos.

–¿Qué ocurre? –le preguntó.

–Fui al piso de Phillippe –dijo Catherine.

–Yo también. Estaba cerrado.

–Pero yo tengo la llave; Phillippe guardaba un duplicado. Sólo quería recoger algo de ropa para él.

Lewis asintió.

–¿Y?

–Había alguien más.

–¿Policía?

–No.

–¿Quién?

–No pude distinguirlo. No lo sé exactamente. Llevaba un abrigo holgado y una bufanda sobre la cara. Sombrero. Guantes. –Se detuvo–. Tenía una cuchilla, Lewis.

–¿Una cuchilla?

–Una navaja barbera abierta.

Lewis tuvo un presentimiento. Una navaja abierta, un hombre tan tapado que no se le podía reconocer...

–Me aterrorizo.

–¿Te hizo daño?

Negó con la cabeza

–Chillé y salió corriendo.

–¿No te dijo nada?

–No.

–¿Sería un amigo de Phillippe?

–Conozco a los amigos de Phillippe.

—Entonces de la chica. Un hermano.

—A lo mejor. Pero...

—¿Qué?

—Había algo raro en él. Olía a perfume, apestaba, y andaba a pasitos muy cortos y cuidadosos, aunque era inmenso.

Lewis la rodeó con el brazo.

—Fuera quien fuera, lo asustaste. Basta con que no vuelvas a ese lugar. Si hay que ir a buscar la ropa de Phillippe, iré yo.

—Gracias. Me siento estúpida: puede que simplemente entrara por casualidad. Que fuera a ver la habitación del asesino. La gente hace esas cosas, ¿verdad? Por una especie de fascinación morbosa...

—Mañana hablaré con la comadreja.

—¿Comadreja?

—El inspector Marais. Haré que registre el lugar.

—¿Viste a Phillippe?

—Sí.

—¿Está bien?

Lewis no respondió durante un buen rato.

—Quiere morir, Catherine. Ya ha abandonado la lucha, antes de ir a juicio.

—Pero ¡si no hizo nada!

—No podemos probarlo.

—Presumes siempre de tus antepasados, de tu bendito Dupin. Demuéstralos...

—¿Por dónde empiezo?

—Habla con alguno de sus amigos, Lewis. *Por favor*. A lo mejor la mujer tenía enemigos.

Jacques Solal contempló a Lewis a través de sus lentes cóncavas, con los iris ampliados y distorsionados por el cristal. Se sentía pésimamente; había bebido demasiado coñac.

—Ella no tenía enemigos. Ella no. Oh, tal vez unas pocas mujeres envidiosas de su belleza...

Lewis jugueteó con los terrones de azúcar estuchados que le habían servido con el café. Solal estaba tan poco comunicativo como borracho; pero, por extraño que resultara, Catherine aseguraba que el enano que tenía al otro lado de la mesa era el mejor amigo de Phillippe.

—¿Cree que Phillippe la mató?

Solal apretó los labios.

—¿Quién sabe?

—¿Qué opina usted?

—Ah, era amigo mío. Si supiera quién la mató lo diría.

Parecía veraz. A lo mejor aquel hombrecito ahogaba sencillamente sus penas en coñac.

—Era un caballero —dijo Solal, desviando los ojos hacia la calle.

Al otro lado del cristal ahumado de la cervecería, bravos parisinos combatían contra la furia de una nueva ventisca, intentando en vano mantener la dignidad y compostura en pleno vendaval.

—Un caballero —repitió.

—¿Y la chica?

—Era hermosa, y él estaba enamorado de ella. Tenía otros admiradores, naturalmente. Una mujer como ella...

—¿Admiradores celosos?

—¿Quién sabe?

Otra vez el «¿quién sabe?». La pregunta quedaba colgando en el aire como un encogimiento de hombros. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? Lewis empezó a comprender la pasión del inspector por la verdad. Quizá por primera vez en diez años su vida tenía un objetivo: la ambición de bajar del aire ese «¿quién sabe?» indiferente. De descubrir qué había ocurrido en aquella habitación de la calle de los Mártires. No quería una aproximación ni una explicación ficticia, sino la verdad, la verdad absoluta e incuestionable.

—¿Recuerda si algún hombre en particular la quería? —preguntó.

Solal se sonrió. Sólo le quedaban dos dientes en la mandíbula inferior.

—Oh, sí. Había uno...

—¿Quién?

—No supe jamás su nombre. Era un hombre corpulento; lo vi fuera de la casa tres o cuatro

veces. Aunque por el olor parecía...

Puso una cara que mostraba bien a las claras que lo creía homosexual. Las cejas arqueadas y los labios apretados le hacía resultar doblemente ridículo detrás de las gafas.

—¿Olía?

—Oh, sí.

—¿A qué?

—A perfume, Lewis. A perfume.

En algún lugar de París había un hombre que conoció a la chica que amaba Phillippe. Una furia de celos se apoderó de él. En un arrebato de cólera incontrolable, asaltó el piso de Phillippe y asesinó a la chica. Era así de sencillo.

En algún lugar de París.

—¿Otro coñac?

Solal negó con la cabeza.

—Ya estoy mareado —confesó.

Lewis llamó al camarero, y al hacerlo sus ojos se posaron sobre unos recortes de periódico clavados detrás de la barra.

Solal siguió su mirada.

—A Phillippe le gustaban las fotos.

Lewis se levantó.

—A veces venía aquí a mirarlas.

Los recortes eran viejos, y estaban manchados y descoloridos. Algunos eran, al parecer, de interés puramente local. Noticias de un meteorito visto en una calle cercana; de un niño de dos años quemado vivo en su cuna; de la fuga de un puma; de un manuscrito inédito de Rimbaud; de las bajas de un accidente de aviación en el aeropuerto de Orleans (fotografía incluida). Pero había otros recortes, unos mucho más viejos que otros: atrocidades, extraños crímenes, violaciones rituales, un anuncio de *Fantomas*, otro de la obra de Cocteau *La bella y la bestia*. Y, casi enterrada en aquel batiburrillo de curiosidades, había una fotografía sepia tan absurda que podría haber sido obra de Max Ernst: un semicorral de caballeros bien vestidos, muchos de ellos luciendo el poblado bigote que estuvo de moda en la década de 1890, estaba reunido en torno a la masa inmensa y sangrante de un mono suspendido de una lámpara por los pies. Los rostros de la foto reflejaban un orgullo callado; una autoridad absoluta sobre la bestia muerta, que Lewis reconoció claramente como un gorila. Su cabeza invertida tenía una expresión casi noble al morir: la frente hundida y arrugada; la mandíbula, aunque destrozada por una herida terrible, se adornaba con una barba fina como la de un patricio; y los ojos, desplazados, parecían muy preocupados por este mundo despiadado. Esos ojos desorbitados le recordaron a la comadreja en su agujero, golpeándose el pecho.

Le coeur humain.

Lamentable.

—¿Qué es eso? —le preguntó a un camarero lleno de acné, señalando la foto del gorila muerto.

Por toda respuesta encogió los hombros, indiferente al destino de hombres y monos.

—¿Quién sabe? —dijo Solal a su espalda—. ¿Quién sabe?

No era el mono de la historia de Poe, eso seguro. El cuento había sido narrado en 1835, y la fotografía era mucho más reciente. Además, el mono de la foto era un gorila sin la menor duda.

¿Se había repetido la historia? ¿Se había escapado otro mono, de una especie diferente, pero mono pese a todo, por las calles de París a finales del siglo pasado?

Y, de ser así, si la historia del mono podía repetirse una vez... ¿por qué no dos?

Mientras Lewis volvía aquella noche gélida al piso del Quai de Bourbon, la repetición de acontecimientos que había imaginado se volvió más atractiva y se le ocurrieron nuevas analogías. ¿Era posible que él, el sobrino nieto de C. Auguste Dupin, se viera involucrado en una nueva persecución, no del todo diferente a la primera?

La llave del piso de Phillippe en la calle de los Mártires helaba la mano de Lewis, y aunque ya era más de medianoche no pudo evitar salir del puente y encaminarse hacia el bulevar Sébastopol, hacia el Oeste en dirección al bulevar Bonne-Nouvelle, y al Norte de nuevo, hacia la plaza Pigalle. Fue una caminata larga y agotadora, pero sentía necesidad de aire frío, de quitarse el sentimentalismo de la cabeza. Le costó una hora y media llegar a la calle de los Mártires.

Era sábado por la noche y aún había mucho ruido en gran parte de las habitaciones. Lewis subió los dos tramos de escaleras tan silenciosamente como pudo, y el jaleo ocultó su presencia. La

Llave giró con facilidad y se abrió la puerta.

Las luces de la calle iluminaron la habitación. La cama, que dominaba el lugar, estaba desnuda. Sin duda le habían quitado las sábanas y mantas para hacer análisis forenses. La sangre vertida sobre el colchón parecía morada en la penumbra. Por lo demás, no había indicios de la violencia de la que fuera testigo el cuarto.

Lewis alcanzó el conmutador de la luz y lo accionó, pero la luz no se encendió. Entró y miró la instalación. La bombilla estaba destrozada.

Pensó vagamente en irse, dejar el cuarto a oscuras y volver la mañana siguiente, cuando hubiera menos sombras. Pero bajo la bombilla rota sus ojos empezaron a penetrar la penumbra un poco mejor, y comenzó a distinguir la forma de una gran cómoda de teca arrimada a la pared de enfrente. Sin duda sería cuestión de minutos encontrarle una muda a Phillippe. Así no tendría que volver al día siguiente, y se evitaría otro largo paseo por la nieve. Mejor hacerlo ahora y cuidarse los huesos.

La habitación era amplia y la policía la había dejado hecha un desastre. Al cruzar en dirección a la cómoda, Lewis tropezó con una lámpara caída y un jarrón destrozado, y soltó una palabrota. En el piso de abajo, los aullidos y gritos de una fiesta prolongada tapaban todos los ruidos que él producía. ¿Era una orgía o una pelea? Por el ruido podía haber sido cualquiera de las dos cosas.

Forcejeó con el cajón superior de la cómoda y, finalmente, consiguió abrirlo, rebuscando en su interior los requisitos principales para la comodidad de Phillippe: una camiseta limpia, un par de calcetines y pañuelos con sus iniciales inmaculadamente planchados.

Estornudó. El tiempo helado le había acentuado el catarro de pecho y cargado la nariz. Tenía un pañuelo a mano y se sonó. Con las fosas nasales despejadas, advirtió por primera vez el olor de la habitación.

Un olor flotaba por encima del de la humedad y la verdura rancia: perfume, el persistente aroma del perfume.

Se dio la vuelta en la habitación oscura, oyendo crujir sus huesos, y sus ojos se posaron sobre una sombra que había detrás de la cama. Era una sombra inmensa, una masa que crecía al hacerse visible.

Era, lo vio en seguida, el extraño de la navaja. Allí estaba, al acecho.

Curiosamente, Lewis no se asusto.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, con una voz clara y fuerte.

Al salir de su escondite, la cara del personaje quedó expuesta a la luz acuosa de la calle: era un rostro ancho, sin rasgos y despellejado. Tenía los ojos hundidos, pero sin maldad; y sonreía, sonreía generosamente a Lewis.

—¿Quién es? —preguntó éste otra vez.

El hombre sacudió la cabeza; en realidad sacudió el cuerpo entero, haciendo gestos con la mano enguantada sobre la boca. ¿Era mudo? Ahora sacudía la cabeza con más violencia, como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

—Se encuentra bien?

De repente dejó de agitarse, y Lewis vio sorprendido cómo le asomaban lágrimas, gruesas y espesas, y le rodaban por las duras mejillas hasta el matorral de la barba.

Como si estuviera avergonzado por esa demostración de sentimientos, el hombre se apartó de la luz, atragantándose con un fuerte sollozo, y salió del cuarto. Lewis lo siguió, con más curiosidad por el extraño que inquietud ante sus intenciones.

—Espere!

El hombre ya estaba en medio del primer tramo de escaleras, ágil a pesar de su constitución.

—Espere, por favor, quiero hablar con usted.

Lewis se lanzó tras él por las escaleras, pero la persecución estaba perdida de antemano. La edad y el frío le habían anquilosado las articulaciones, y era tarde. No era momento de echarse a correr detrás de un hombre mucho más joven que él, con un pavimento resbaladizo a causa del hielo y la nieve. Siguió al extraño hasta la puerta y luego lo vio desaparecer en la calle; avanzaba a pasitos muy cortos y cuidadosos, como había dicho Catherine. Se parecía al andar de un pato: ridículo para un hombre de su tamaño.

El viento del Noreste ya había dispersado el olor de su perfume. Sin aliento, Lewis volvió a subir las escaleras, atravesando el estrépito de la fiesta a fin de buscar algo de ropa para Phillippe.

Al día siguiente París amaneció con una ventisca de una ferocidad sin precedentes. Las

llamadas a misa se desoyeron, no se vendieron los croissants calientes del domingo y los periódicos se quedaron por leer en los quioscos. Pocas personas tuvieron el coraje o el motivo suficiente para asomarse al vendaval que rugía en la calle. Se sentaron junto al fuego, frotándose las rodillas y soñando con la primavera. Catherine quería ir a la prisión a visitar a Phillippe, pero Lewis insistió en acudir solo. No era solamente el tiempo frío lo que le impulsaba a cuidar de ella; tenía que decirle a Phillippe palabras duras, hacerle preguntas delicadas. Después del encuentro de la noche anterior en su habitación, no le cabía ninguna duda de que Phillippe tenía un rival, probablemente un rival asesino. Al parecer, la única forma de salvar la vida de Phillippe consistía en seguir a aquel hombre. Y si eso suponía hurgar en los asuntos sexuales de Phillippe, tendría que hacerlo. Pero no era una conversación que él o Phillippe desearan mantener en presencia de Catherine.

Las ropas limpias que Lewis llevó fueron registradas y luego entregadas a Phillippe, que las cogió moviendo la cabeza en señal de agradecimiento.

—Fui a tu piso ayer por la noche a buscar esto para ti.

—Oh.

—Ya había alguien en el cuarto.

Phillipe empezó a mover la mandíbula, haciendo rechinar los dientes. Esquivaba la mirada de Lewis.

—Un hombre grande, con barba. ¿Lo conoces o sabes algo de él?

—No.

—Phillipe.

—No.

—El mismo hombre atacó a Catherine —dijo Lewis.

—¿Qué?

Phillipe había empezado a temblar.

—Con una navaja.

—¿La atacó? —preguntó Phillippe—. ¿Estás seguro?

—O estuve a punto.

—¡No! Jamás la habría tocado. ¡Jamás!

—¿Quién es, Phillippe? ¿Lo sabes?

—Dile que no vuelva a ir allí; por favor, Lewis... —Sus ojos eran implorantes—. Por favor, por el amor de Dios, dile que no vuelva. ¿Lo harás? Tú tampoco debes volver. Tú tampoco.

—¿Quién es?

—Díselo.

—Lo haré. Pero tienes que decirme quién es ese hombre, Phillippe.

Sacudió la cabeza. Ahora rechinaba los dientes de una manera audible.

—No lo entenderías, Lewis. No puedo esperar que lo comprendas.

—Dímelo; quiero ayudarte.

—Déjame morir.

—¿Quién es él?

—Déjame morir... Quiero olvidar. ¿Por qué intentas hacerme recordar? Quiero...

Levantó la mirada: tenía los ojos inyectados de sangre, y sus ojeras revelaban noches enteras llorando. Parecía, sin embargo, que ya no le quedaban más lágrimas; sólo una sensación de aridez donde hubo miedo justificado a la muerte, amor al amor y ganas de vivir. Lo que encontraron los ojos de Lewis fue una indiferencia universal: a la continuidad, a la salvación propia, al sentimiento.

—¡Era una puta! —exclamó súbitamente.

Sus manos eran puños. Lewis no había visto a Phillippe tan exaltado en su vida. Ahora clavó las uñas en la suave carne de la palma hasta que la sangre empezó a manar.

—¡Puta! —repitió, con una voz demasiado alta para la pequeña celda.

—Contrólate —advirtió el vigilante.

—¡Una puta!

Esta vez Phillippe silbó la acusación entre dientes, unos dientes que mostraba como un babuino enfurecido.

Lewis no lograba entender el porqué de aquella transformación.

—Tú empezaste con todo esto... —dijo Phillippe, mirando directamente a Lewis, encontrándose por primera vez con sus ojos.

Era una acusación amarga, aunque Lewis no entendía su significado.

—¿Yo?

—Con tus historias. Con tu maldito Dupin.

—¿Dupin?

—Era todo una estúpida mentira. Mujeres, asesinato...

—¿Te refieres a la historia de la calle Morgue?

—Estabas muy orgulloso de ella, ¿no es cierto? Todas aquellas tontas mentiras. Nada era cierto.

—Sí que lo era.

—No. Nunca lo fue, Lewis; fue una historia, eso es todo. Dupin, la calle Morgue, los asesinatos...

Su voz se apagó como si las siguientes palabras fueran indecibles.

—... El mono.

Ahí estaban esas palabras: lo que al parecer no se podía decir fue pronunciado como si le hubieran arrancado cada sílaba del cuello.

—... El mono.

—¿Qué pasa con el mono?

—Hay bestias, Lewis. Algunas son lamentables; animales de circo. No tienen cerebro; son víctimas natas. Pero también hay otras.

—¿Qué otras?

—¡*Natalie era una puta!* —volvió a chillar, con los ojos como platos. Agarró a Lewis de la solapa y empezó a sacudirlo. Todo el mundo en la pequeña habitación se volvió para mirar la pelea de los dos ancianos sobre la mesa. Los condenados y sus novias sonrieron cuando separaron a Lewis de su amigo, que pronunciaba incoherencias y obscenidades mientras pataleaba, aferrado por el vigilante.

—¡Puta! ¡Puta! ¡Puta! —era todo lo que podía decir mientras lo arrastraban a su celda.

Catherine se encontró con Lewis a la puerta del piso de ella. Estaba sobresaltada y llorosa. Detrás de ella vio la habitación patas arriba,

Sollozó contra su pecho mientras él la tranquilizaba, pero era inconsolable. Hacía muchos años que no consolaba a una mujer, y había perdido la costumbre. Estaba azarado en lugar de tranquilizador, y ella se dio cuenta. Se apartó de su abrazo; mejor que no la tocara.

—Estuve aquí —dijo.

No tuvo necesidad de preguntar quién. El extraño, el lloroso extraño de la navaja.

—¿Qué quería?

—No paró de decirme «Phillipe». Lo decía a medias; más que decirlo, lo gruñía. Y como yo no le contestaba, se limitó a destrozar los muebles y los jarrones. Ni siquiera buscaba nada; sólo quería echarlo todo a perder.

La inutilidad del ataque la enfurecía.

El piso estaba en ruinas. Lewis paseó: sacudiendo la cabeza, por entre los fragmentos de porcelana y los tejidos hechos jirones. En su mente se confundían los rostros llorosos: Catherine, Phillippe, el extraño. Al parecer, todos estaban dolidos y destrozados en su pequeño mundo. Todos sufrían; sin embargo, el origen, el corazón del sufrimiento, no se encontraba en ninguna parte.

Sólo Phillippe había levantado un dedo acusador contra el propio Lewis: «Tú empezaste con todo esto». ¿No fueron éas sus palabras? «Tú empezaste con todo esto.»

Pero ¿cómo?

Lewis se quedó de pie junto a la ventana. Los destrozos habían rajado tres pequeños cristales, y un viento gélido se estaba introduciendo en el piso. Miró las aguas congeladas del Sena, y un movimiento le llamó la atención. Se le revolvió el estómago.

La cara del extraño estaba vuelta hacia la ventana y tenía una expresión salvaje. Las ropas que siempre había vestido tan impecablemente estaban desordenadas, y su mirada era de una desesperación profunda, tan lamentable que casi parecía trágica. O, más bien, era la representación de una tragedia: el dolor de un actor. En cuanto Lewis posó su vista sobre él, el extraño levantó los brazos en dirección a la ventana. Con un gesto que parecía implorar perdón o compasión o las dos cosas.

Esa llamada de atención hizo retroceder a Lewis. Era demasiado, excesivo. Al rato, el extraño estaba cruzando el patio, alejándose del piso. Su cuidadosa forma de andar había degenerado en un oscilante paso largo. Lewis emitió una larguísima queja de reconocimiento cuando la masa mal vestida desapareció de su vista.

—¿Lewis?

Aquel contoneo, aquel balanceo no se parecían en nada al andar de un hombre. Era el paso de una bestia puesta de pie, de un animal al que hubieran enseñado a andar y ahora, sin maestro, estuviera olvidando lo aprendido.

Era un mono.

Dios mío, Dios mío; era un mono.

—Tengo que ver a Phillippe Laborteaux.

—Lo siento, monsieur, pero las visitas de la prisión...

—Es cuestión de vida o muerte, oficial.

—Eso se dice pronto, monsieur.

Lewis ensayó una mentira.

—Su hermana se está muriendo. Le suplico un poco de compasión.

—Oh... bueno...

Una pequeña duda. Lewis hizo un poco más de presión.

—Sólo unos minutos, para organizar los preparativos.

—¿No puede esperar a mañana?

—Habrá muerto antes de la mañana.

Lewis odiaba hablar así de Catherine, aun a pesar del objetivo de esa mentira, pero era necesario; tenía que ver a Phillippe. Si su teoría era correcta, la historia podía repetirse antes de que finalizara la noche.

A Phillippe lo habían sacado de un sueño de sedantes. Tenía los ojos muy ojerosos.

—¿Quéquieres?

Lewis no trató siquiera de prolongar su mentira; estaba claro que a Phillippe lo habían drogado y probablemente era presa de mareos. Sería mejor ponerle la verdad delante y ver qué ocurría.

—Amaestraste un mono, ¿verdad?

Una mirada de terror cruzó el rostro de Phillippe, contenida por las drogas que llevaba en la sangre, pero lo suficientemente explícita.

—¿Verdad?

—Lewis...

Phillipe parecía muy viejo.

—Contéstame, Phillippe, te lo ruego: antes de que sea demasiado tarde. ¿Amaestraste un mono?

—Fue un experimento, eso es todo. Un experimento.

—¿Por qué?

—Tus historias. Tus malditas historias; quería saber si era cierto que esos animales eran salvajes. Quería convertirlo en un hombre.

—Convertirlo en un hombre.

—Y esa puta...

—Natalie.

—Lo sedujo.

Lewis se sintió mareado. Ésa era una posibilidad que no había previsto.

—¿Lo sedujo?

—¡Puta! —exclamó Phillippe, con una lástima infinita.

—¿Dónde está tu mono?

—Tú lo matarás.

—Irrumpió en el piso con Catherine dentro. Lo destrozó todo, Phillippe. Es peligroso ahora que no tiene amo. ¿No lo comprendes?

—¿Catherine?

—No; ella está bien.

—Está domesticado: no le hará daño. La ha observado desde un escondite. Viene y se va tan silenciosamente como un ratón.

—¿Y la chica?

—Estaba celoso.

—¿Así que la mató?

—A lo mejor. No sé. No quiero pensar en ello.

—¿Por qué no se lo has dicho a la policía, por si hubiera sido él?

—No sé si es verdad. Probablemente todo sea una ficción, una de tus malditas ficciones; una historia más.

Una sonrisa amarga y taimada le cruzó la cara exhausta.

—Tienes que saber a qué me refiero, Lewis. Podría ser una historia, ¿verdad? Como tus relatos de Dupin. Sólo que tal vez la hice realidad durante una temporada. ¿Se te había ocurrido? A lo mejor

la hice realidad.

Lewis se levantó. Era un tema agotado: realidad e ilusión. Una cosa era o no era. La vida no es un sueño.

—¿Dónde está tu mono?

Phillipe se señaló la sien.

—Aquí, donde nunca lo podrás encontrar —dijo, y escupió a Lewis en la cara.

El escupitajo le dio en el labio, como un beso.

—No sabes lo que hiciste. Nunca lo sabrás.

Lewis se secó el labio mientras los vigilantes escoltaban al prisionero fuera de la habitación y lo devolvían a su feliz inconsciencia drogada. Todo lo que se le ocurría ahora, solo en la fría sala de visitas, era que Phillippe tenía suerte. Se había refugiado en una pretendida culpabilidad y encerrado en un lugar en que la memoria, la venganza y la verdad, la amarga verdad, no podrían volver a afectarlo. En ese momento odió a Phillippe con todo su corazón. Odió en él al diletante y al cobarde que siempre supo que fue. No era un mundo cómodo el que Phillippe había creado a su alrededor; era un escondite, igual de falso que aquel verano de 1937. No se podía vivir como él lo hizo sin que tarde o temprano llegara el momento de ajustar cuentas; y por fin ese momento había llegado.

Esa noche, Phillippe se despertó en la seguridad de su celda. El ambiente era cálido, pero él tenía frío. Se mordió las muñecas en la más completa oscuridad hasta que un reguero de sangre se vertió en su boca. Se volvió a tumbar sobre la cama y se desangró silenciosamente hasta morir fuera de la vista y de la mente.

Un breve artículo de *Le Monde* en segunda página informó del suicidio. La gran noticia del día siguiente fue el sensacional asesinato de una prostituta pelirroja en un pisito próximo a la calle Rochechouar. La compañera con la que convivía halló a Monique Zevaco a las tres de la madrugada con el cuerpo en un estado tan horrible que «desafía cualquier descripción».

A pesar de la supuesta imposibilidad de la tarea, los medios de información se lanzaron a describir lo indescriptible con un entusiasmo morboso. Se hizo una detallada crónica del más mínimo rasguño, desgarro y herida del cuerpo parcialmente desnudo de Monique, tatuado, como babeaba *Le Monde*, como un mapa de Francia. Lo mismo hicieron con el aspecto de su asesino, bien vestido y perfumado en exceso, que al parecer la estuvo espiando mientras se aseaba, detrás de una ventanita trasera, y luego irrumpió en el cuarto de baño y atacó a la señorita Zevaco. El asesino se precipitó luego escaleras abajo, chocando con la compañera de piso, quien descubriría minutos después el cadáver mutilado de Zevaco. Sólo un comentarista relacionó el asesinato de la calle de los Mártires y el de la señorita Zevaco, pero no se fijó en la curiosa coincidencia de que el acusado Phillippe Laborteaux se hubiera quitado la vida aquella misma noche.

El funeral se celebró en plena tormenta; el cortejo avanzó lastimosamente por las calles abandonadas y cubiertas de nieve, que caía con furia, hacia Montparnasse. Lewis se sentó con Catherine y Jacques Solal cuando dejaron a Phillippe en la tumba. Todos los de su círculo lo habían abandonado; no querían asistir al funeral de un suicida y convicto de asesinato. Su inteligencia, su elocuencia y su infinita capacidad de cautivar no le sirvieron de nada al final.

En cambio, resultó que no todos los extraños se olvidaron de llorar su muerte. Mientras se encontraban al lado de la sepultura y el frío los azotaba, Solal se ladeó hacia Lewis y le dio un codazo.

—¿Qué?

—Ahí. Debajo del árbol.

Solal hizo señas por detrás del sacerdote, que rezaba.

El extraño estaba a cierta distancia, casi escondido tras los mausoleos de mármol. Llevaba la cara envuelta por una gruesa bufanda negra y un sombrero de ala ancha calado sobre la frente, pero su silueta era inconfundible. Catherine también lo había visto. Abrazada a Lewis, de pie, temblaba, no sólo de frío, sino de miedo. Era como si la criatura fuera un ángel enfermizo que hubiera acudido a hacer una ronda y a disfrutar con el dolor ajeno. Resultaba grotesco y horripilante que aquella cosa fuera a ver cómo confinaban a Phillippe en la tierra helada. ¿Qué sentía? ¿Angustia? ¿Culpabilidad?

Sí. ¿Se sentía culpable?

Sabía que lo habían visto. Se dio la vuelta y huyó arrastrando los pies. Sin decir una palabra a Lewis, Jacques Solal se apartó de la tumba y se lanzó en su persecución. Al poco rato, el extraño y

su persecutor se disiparon en la nieve.

De nuevo en el Quai de Bourbon, Catherine y Lewis no comentaron el incidente. Entre ellos se había formado una especie de barrera que sólo les permitía entrar en contacto para comunicarse las cuestiones más triviales. No tenía sentido analizar ni lamentar nada. Phillippe estaba muerto. El pasado, su pasado compartido, había muerto. Este último capítulo de su vida en común enturbió profundamente todo lo que le precedía, de forma que no podían disfrutar de ningún recuerdo compartido sin que el placer se aguara. Phillippe había muerto de una forma horrible, devorando su propia carne y su propia sangre, tal vez enloquecido por la conciencia de su culpabilidad y depravación. Ni la inocencia ni el recuerdo de la dicha podían quedar al margen de ese hecho. Lamentaron silenciosamente no sólo la muerte de Phillippe, sino de su propio pasado. Lewis comprendió ahora la reticencia de Phillippe hacia la vida cuando había perdido tanto en el mundo.

Solal llamó por teléfono. Sin aliento después de la persecución, pero regocijado, le habló en susurros a Lewis, disfrutando manifiestamente con su excitación.

—Estoy en la Gare du Nord, y he descubierto dónde vive nuestro amigo. ¡Lo he encontrado, Lewis!

—Excelente. Voy en seguida. Te encontraré en las escaleras de la Gare du Nord. Cogeré un taxi; llego en diez minutos.

—Es en el sótano de la calle Fleurs, número dieciséis. Allí te veré...

—No entres, Jacques. Espérame. No...

La línea se cortó y la voz de Solal dejó de oírse. Lewis cogió su abrigo.

—¿Quién era?

Preguntó, pero no quería saberlo. Lewis se encogió de hombros dentro del abrigo y dijo:

—Nadie. No te preocunes. No tardaré.

—Llévate la bufanda —recomendó ella, sin darse la vuelta.

—Sí. Gracias.

—Te vas a helar.

La dejó contemplando el Sena vestido de noche, observando bailar los témpanos de hielo sobre el agua negra.

Cuando llegó a la casa de la calle Fleurs, a Solal no se le veía por ninguna parte, pero las huellas frescas sobre la nieve en polvo conducían a la puerta principal del número dieciséis, y desde allí, haciendo más profundas, daban la vuelta hasta llegar a la parte trasera de la casa. Lewis las siguió. Al entrar en el patio posterior por una puerta podrida que Solal había forzado violentamente, se dio cuenta de que no llevaba armas consigo. Mejor volver, encontrar una palanca, un cuchillo, algo. Mientras cavilaba sobre este punto, la puerta de atrás se abrió y el extraño hizo su aparición, vestido con su ya familiar abrigo. Lewis se apretujó contra la pared del patio, donde las sombras eran más oscuras, seguro de que lo descubriría. Pero la bestia tenía otras preocupaciones. Se quedó en el pasillo con la cara completamente visible y, por primera vez, pudo ver claramente la fisonomía de la criatura. Tenía la cara recién afeitada, y el aroma de la colonia era fuerte, incluso a pleno aire. Su piel era rosada como un melocotón, aunque una cuchilla poco cuidadosa le había hecho un par de cortes. Lewis pensó en la navaja abierta con la que al parecer amenazó a Catherine. ¿A eso había ido al cuarto de Phillippe, a buscar una buena máquina de afeitar? Estaba quitándose los guantes de cuero de las manos grandes y asimismo afeitadas, emitiendo tosecitas que sonaban casi a gruñidos de satisfacción. Lewis tuvo la impresión de que se estaba preparando para salir al mundo exterior; y ese espectáculo era tan enternecedor como intimidatorio. Todo en aquel ser quería ser humano. Aspiraba, a su manera, al modelo que le había dado Phillippe, que había alimentado en él. Ahora, desprovisto de mentor, confuso e infeliz, trataba de enfrentarse al mundo tal como le habían enseñado a hacerlo. No había forma de desandar lo andado. Sus días de inocencia se habían acabado: nunca podría volver a ser una bestia sin ambiciones. Atrapado en su nueva personalidad, no tenía más opción que continuar con la vida a la que su dueño le había aficionado. Sin echar una sola ojeada hacia donde se encontraba Lewis, cerró con cuidado la puerta que tenía detrás y cruzó el patio; en esos pocos pasos, su andar pasó de un arrastrarse simiesco al contoneo cuidadoso que utilizaba para imitar a los humanos.

Luego desapareció.

Lewis esperó un momento en las sombras, respirando con cuidado. Ahora le dolían todos los huesos del cuerpo a causa del frío, y tenía los pies entumecidos. No parecía que la bestia fuera a volver, así que se arriesgó a salir de su escondite y tanteó la puerta. No estaba cerrada. Al entrar,

una vaharada de fetidez lo echó para atrás: el olor dulce y enfermizo de frutas podridas mezclado con el olor empalagoso de la colonia: un cruce entre el zoo y el tocador.

Se deslizó por un tramo de pequeños escalones de piedra y por un corto pasillo de azulejos hacia una puerta. Tampoco estaba cerrada; la bombilla desnuda iluminaba una extraña escena.

En el suelo, una alfombra persa grande y algo raída; muebles desperdigados; una cama cubierta malamente con mantas y arpillerías manchadas; un armario hinchado de ropas demasiado grandes; abundante fruta desecharada, parte de ella pisoteada en el suelo; un cubo lleno de paja y que apestaba a basura. Sobre la pared, un gran crucifijo. En la repisa de la chimenea una *fotografía* de Catherine, Lewis y Phillippe juntos en un pasado soleado, sonriendo. En la pila, los útiles de afeitar que empleaba la criatura: jabón, brocha y cuchilla. Espuma fresca. En el aparador, un montón de dinero, tirado descuidadamente y en grandes cantidades junto a una pila de agujas hipodérmicas y una colección de frascos. Hacía calor en el garito de la bestia; a lo mejor la caldera de la casa rugía en un sótano adyacente. Solal no estaba allí.

De repente, oyó un ruido.

Lewis se dio la vuelta hacia la puerta, esperando que el mono la cubriera con los dientes apretados y los ojos endemoniados. Pero estaba desorientado; el ruido no procedía de la puerta, sino del armario. Algo se movió detrás de la pila de ropa.

—¿Solal?

Jacques Solal cayó a medias del armario y quedó extendido sobre la alfombra persa. Tenía la cara desfigurada por una profunda herida, de forma que no le quedaban casi rasgos.

La criatura lo había cogido del labio y había separado la carne del hueso como si le quitara un pasamontañas. Los dientes expuestos le castañetearon en un último espasmo ante la inminente muerte; sus miembros se agitaron y crujieron. Pero Jacques ya estaba muerto. Aquellos temblores y contracciones no eran indicios de que le quedara capacidad de pensamiento o personalidad; tan sólo el estertor de la muerte. Lewis se arrodilló al lado de Solal; tenía el estómago resistente. Durante la guerra, por ser objeto de conciencia, se había presentado como voluntario para servir en el hospital militar, y pocas eran las transformaciones del cuerpo humano que no hubiera visto en una u otra combinación. Acunó tiernamente el cuerpo, sin advertir que tenía sangre. No había querido a aquel hombre, apenas si le había interesado ligeramente, pero ahora sólo quería sacarlo de allí, de la jaula del mono, y encontrarle una sepultura humana. También se llevaría la foto. Resultaba excesivo haberle dado a la bestia una foto de los tres amigos juntos. Le hizo odiar a Phillippe más que nunca.

Levantó el cuerpo de la alfombra. Fue necesario un esfuerzo tremendo, y el sofocante calor de la habitación, después del frío del mundo exterior, lo mareó. Sentía que los miembros le temblaban de miedo. Su cuerpo estaba a punto de traicionarlo, lo sabía; a punto de desfallecer, de perder la cohesión y venirse abajo.

«Aquí no. En nombre de Dios, aquí no.»

Tal vez debería irse en seguida a buscar un teléfono. Eso sería lo mejor. Llamar a la policía, sí... Llamar a Catherine, sí..., hasta encontrar en la casa a alguien que lo ayudara. Pero eso supondría dejar a Jacques en la guarida para que la bestia lo asaltara de nuevo, y se había vuelto extrañamente protector del cadáver; no quería dejarlo solo. Indeciso ante esa confusión de intenciones, incapaz de dejar a Jacques pero también incapaz de seguir arrastrándolo, se quedó en medio del cuarto y no hizo absolutamente nada. Eso era lo mejor; sí. Nada de nada. Demasiado cansado, demasiado débil. Lo mejor era no hacer nada.

La ensueñación duró una eternidad. El anciano se quedó paralizado en el punto crucial de sus sentimientos, incapaz de adelantarse hacia el futuro o de volver sobre su pasado mancillado. Incapaz de recordar. Incapaz de olvidar.

Esperando, durante un rato de semiinconsciencia, el fin del mundo.

Llegó a casa tan ruidosamente como un hombre borracho, y el ruido que hizo al abrir la puerta exterior hizo reaccionar a Lewis débilmente. Con cierta dificultad, arrastró a Jacques al interior del armario y se escondió también él, con la cabeza sin rostro en su regazo.

Se oyó una voz en el cuarto, una voz femenina. A lo mejor no era la bestia, después de todo. Pero no: a través de la rendija de la puerta del armario Lewis pudo ver al animal y a una joven pelirroja con él. No paraba de hablar; eran las sempiternas trivialidades de una inteligencia dispersa.

—¡Tienes más, querido! ¡Oh, hombre maravilloso, maravilloso! Mira todo esto.

Tenía pastillas en la mano y se las tragaba como dulces, alegre como un niño en Navidad.

—¿De dónde has sacado todo esto? De acuerdo, si no quieres decírmelo, no me enfado.

—¿Era aquello obra de Phillippe, o era el mono el que había robado la mercancía para sus designios? ¿Seducía regularmente a prostitutas pelirrojas con drogas?

El irritante balbuceo de la chica se calmaba a medida que las pastillas hacían efecto, sedándola, transportándola a un mundo sólo suyo. Lewis observó, extasiado, cómo empezaba a desnudarse.

—Hace mucho... calor... aquí.

El mono la miraba de espaldas a Lewis. ¿Qué expresión tenía su cara afeitada? ¿Había lujuria en sus ojos, o duda?

Los pechos de la chica eran preciosos, aunque tenía el cuerpo demasiado delgado. Su joven piel era blanca, y los pezones rosados como flores. Levantó los brazos sobre la cabeza y, al estirarse, los perfectos globos se irguieron y se achataron ligeramente. El mono alargó una mano inmensa hacia su cuerpo y le dio un tierno tirón a uno de los pezones, haciéndolo girar entre sus dedos oscuros. La chica suspiró.

—¿Me... quito todo?

El mono gruñó.

—No eres muy hablador, ¿verdad?

Se bajó la falda roja, contoneándose. Ahora estaba casi desnuda, sólo con unas bragas. Se tumbó en la cama estirándose otra vez, encantada por su cuerpo y por el calor acogedor del cuarto, sin preocuparse siquiera de mirar a su admirador.

Aplastado bajo el cuerpo de Solal, Lewis empezó a sentirse mareado otra vez. Tenía los miembros inferiores totalmente entumecidos, y no sentía el brazo derecho, aprisionado contra la parte de atrás del armario, pero no se atrevía a moverse. Sabía que el mono era capaz de todo. Si lo descubría, ¿qué no se decidiría a hacer con él y con la chica?

Ahora tenía todo el cuerpo dormido o contraído de dolor. En su regazo el cuerpo sangrante de Solal parecía pesar más a cada momento. La espina dorsal le chillaba, y la nuca le dolía como si le estuvieran clavando agujas al rojo. El sufrimiento se estaba volviendo insoportable; empezó a pensar que moriría en aquel patético escondite mientras el mono hacía el amor.

La chica suspiró y Lewis volvió a mirar a la cama. El mono tenía la mano entre las piernas de la chica, y ella se retorcía con sus caricias.

—¡Sí, oh sí! —decía una y otra vez, mientras su amante la desnudaba del todo.

Era excesivo. El mareo se extendió por la corteza cerebral de Lewis. ¿Era eso la muerte? ¿Las luces de su cabeza y el pitido de sus oídos?

Cerró los ojos, dejando de ver a los dos amantes, pero fue incapaz de acallar el ruido. Parecía interminable, le invadía la cabeza. Suspiros, pequeños chillidos.

Por fin, la oscuridad.

Lewis se despertó en un estado indescriptible: tenía el cuerpo deformando por la estrechez de su escondite. Levantó la vista. La puerta del armario estaba abierta y el mono lo estaba mirando, intentando sonreírle. Estaba desnudo e iba casi afeitado del todo. En la hendidura de su inmenso pecho brillaba un pequeño crucifijo de oro. Lo reconoció de inmediato. Se lo había comprado en los Campos Elíseos a Phillipé poco antes de la guerra. Ahora reposaba sobre un matorral de pelo pelirrojo anaranjado. La bestia alargó una mano y Lewis la cogió maquinalmente. La mano de tosca palma le sacó de debajo del cadáver de Solal. No podía mantenerse derecho. Tenía las piernas de gelatina y los tobillos no lo soportaban. La bestia lo cogió y le sirvió de apoyo. Con la cabeza dando vueltas, Lewis miró hacia el armario, donde Solal estaba tirado, enroscado como un bebé en la cuna, con la cara hacia la pared.

La bestia cerró la puerta delante del cadáver y llevó a Lewis a la pila, donde éste vomitó.

—¿Phillipe?

Advirtió levemente que la mujer aún estaba ahí, en la cama: recién despierta después de una noche de amor.

—Phillipe, ¿quién es ése?

Se estaba arrastrando en busca de pastillas sobre la mesa que había junto a la cama. La bestia se precipitó y se las arrebató de las manos.

—Ah... Phillipé... Por favor. ¿Quieres que me acueste con éste también? Lo haré si quieres. Pero devuélveme las pastillas.

Señaló a Lewis.

—No suelo acostarme con viejos.

El mono refunfuñó. La expresión de la cara de la chica cambió, como si tuviera por primera vez la sospecha de lo que era aquel fulano. Pero la idea era demasiado compleja para su mente drogada, y la dejó pasar de largo.

—Por favor.. —Phillipe —gimoteó.

Lewis estaba mirando al mono. Había tomado la foto de la repisa. Tenía la uña negra sobre la figura de Lewis. Sonreía. Lo había reconocido, a pesar de que cuarenta años le hubieran quitado mucha vitalidad.

—Lewis —dijo, encontrando la palabra muy fácil de pronunciar.

El anciano no tenía nada en el estómago que vomitar ni tenía ya nada que temer. Era el fin del siglo; debería estar preparado para cualquier cosa. Hasta para que lo saludara como a un amigo de un amigo la bestia afeitada que se alzaba ante él. Sabía que no le haría daño. Probablemente Phillipe le había dicho al mono algo de su vida en común; había hecho que la criatura amara a Catherine y a él tanto como adoraba a Phillipe.

—Lewis —repitió, y señaló a la mujer (que ahora estaba sentada con las piernas abiertas en la cama), ofreciéndosela para que gozara de ella.

Lewis negó con la cabeza.

Dentro y fuera, dentro y fuera, mitad ficción y mitad realidad.

Hasta ese punto habían llegado las cosas: que un mono desnudo le ofreciera a una mujer. Era lo último, por amor de Dios, el último capítulo de la ficción a la que su tío abuelo había dado comienzo. Del amor al asesinato y de ahí otra vez al amor. El amor de un mono por un hombre. Él había empezado con todo aquello, gracias a sus sueños de héroes de ficción, imbuido de la razón más absoluta. Había empujado a Phillipe a hacer reales las historias de una juventud perdida. Él era el responsable y no el pobre mono que se pavoneaba, perdido entre la jungla y la Bolsa; y tampoco Phillipe, que deseaba ser eternamente joven; y desde luego aún menos Catherine, que después de aquella noche se quedaría totalmente sola. Era él. Suyo era el crimen, suya la culpa, suyo el castigo.

Sus piernas habían recuperado un poco de sensibilidad y empezó a tambalearse en dirección a la puerta.

—¿No te quedas? —preguntó la mujer pelirroja.

—Esta cosa... —no podía nombrar al animal.

—¿Te refieres a Phillipe?

—No se llama Phillipe —dijo Lewis—. Ni siquiera es humano.

—Tú mismo —contestó ella, y se encogió de hombros.

A su espalda el mono habló, pronunciando su nombre. Pero esta vez, en lugar de resultar una especie de palabra-gruñido, su paladar simiesco imitó la inflexión de la voz de Phillipe con una precisión inquietante, mejor que el más hábil de los loros. Era la voz de Phillipe, idéntica:

—Lewis —decía.

No suplicaba ni exigía. Simplemente nombraba, por el placer de nombrar a un igual.

Los transeúntes que vieron al anciano subirse a gatas al parapeto del puente del Carrousel lo miraron, pero no hicieron ningún gesto para evitar que saltara. Vaciló un momento al quedarse derecho, y luego se tiró al agua congelada, revuelta y mortal.

Una o dos personas cruzaron el puente para ver si la corriente se lo había llevado: y así fue. Salió a la superficie con la cara amoratada y sin expresión, como la de un bebé, y luego algún remolino potente lo agarró de los pies y lo arrastró debajo del agua. Las aguas espesas se cernieron sobre su cabeza y siguieron agitándose.

—¿Quién era ése? —preguntó alguien.

—¿Quién sabe?

Era un día de cielo despejado. Había caído la última nieve invernal, y el deshielo empezaría hacia el mediodía. Los pájaros, exultantes por el súbito sol, se posaron sobre el Sagrado Corazón. París comenzó a desnudarse para la primavera, pues su blanco virginal ya estaba demasiado mancillado para seguir vistiéndolo más tiempo.

Hacia media mañana, una joven pelirroja, colgada del brazo de un inmenso hombre feo, paseaba sin prisa por las escalinatas del Sagrado Corazón. El sol los bendijo. Las campanas sonaron.

Era un nuevo día.

LIBROS DE SANGRE III

CLIVE BARKER

Título de la edición original: *Books of Blood, III*
Traducción del inglés: Santiago Jordán Sempere

Licencia editorial para Círculo de Lectores
por cortesía de Editorial Planeta, S.A.

Clive Barker, 1984

Depósito legal: B 3866-1991
ISBN 84-226-3244-6

ÍNDICE

Hijo del celuloide
Rex, el hombre-lobo
Confesiones del sudario (de un pornógrafo)
Víctimas propiciatorias
Restos humanos

Para Roy y Lynee

HIJO DEL CELULOIDE

UNO: TRAILER

Barberio se sentía bien a pesar de la bala. Naturalmente, le molestaba el pecho al respirar demasiado fuerte y la herida de su muslo no tenía buen aspecto, pero ya le habían pegado algún tiro antes sin quitarle la sonrisa de la boca. Por lo menos era libre: eso era lo principal. Nadie —juró—, nadie le volvería a encerrar, se mataría antes de que lo detuvieran de nuevo. Si no tenía suerte y lo acorralaban, se metería la pistola en la boca y se volaría la tapa de los sesos. De ninguna manera volverían a arrastrarlo vivo a aquella celda.

La vida era demasiado larga para quien estaba encerrado contando los segundos. Le habían bastado un par de meses para aprender esa lección. La vida era larga, repetitiva y corrosiva, y si no te andabas con ojo, pronto empezabas a pensar que era mejor morir antes que prolongar la existencia en la cloaca en que te habían metido. Mejor ahorcarse con el cinturón a medianoche que enfrentarse al tedio de otras veinticuatro horas, con sus ochenta y seis mil cuatrocientos segundos.

Así que se lo jugó todo a una carta.

Primero compró una pistola de estraperlo en la prisión. Le costó todo lo que tenía y un puñado de pagarés a devolver fuera si quería seguir vivo. Luego siguió la primera instrucción del manual: trepar la pared. Y el Dios que ampara a los ladrones de bodegas le protegió aquella noche porque como hay Dios que subió volando aquel muro y salió pitando sin que un solo perro le olisqueara los talones.

¿Y la policía? Desde el domingo metieron la zarpa en todos los sentidos, buscándole donde jamás había estado, declarando a su hermano y su hermanastra sospechosos de darle refugio cuando ni siquiera sabían que hubiera escapado, publicando un informe detallado con una descripción de su persona antes de entrar en la cárcel, cuando pesaba diez kilos más que ahora. De todo eso se enteró por Geraldine, una mujer a la que había cortejado en los buenos tiempos, que le vendó la pierna y le dio la botella de Southern Comfort que ya llevaba casi vacía en el bolsillo. Recogió su bebida y su simpatía y siguió su camino, confiando en la legendaria estulticia de la ley y en el dios que ya le había llevado tan lejos. Lo llamaba Sing-Sing. Se lo representaba como un tipo gordo con una sonrisa de oreja a oreja, un salami de primera en una mano y una taza de café solo en la otra. Para Barberio, Sing-Sing olía como el seno del hogar materno cuando su madre todavía estaba bien de la cabeza y él era su alegría y su orgullo.

Lamentablemente, Sing-Sing miraba a otra parte cuando el único policía con ojos de lince de toda la ciudad vio a Barberio escurrirse por un callejón como una serpiente y lo reconoció gracias a aquel obsoleto pero exhaustivo informe. Era un poli joven (no debía tener más de veinticinco años) dispuesto a convertirse en héroe, demasiado estúpido para comprender el significado del disparo de aviso de Barberio. En lugar de cubrirse y permitir que éste escapara, había precipitado el desenlace al dirigirse por la calle directamente hacia él.

Barberio no tuvo opción. Disparó.

El poli replicó. Sing-Sing debió interponerse desviando la trayectoria de la bala que, dirigida al corazón de Barberio, le hirió en la pierna, y haciendo que el disparo de éste alcanzara al policía en plena nariz. El ojos de lince se cayó como si acabara de recordar que tenía una cita con el suelo y Barberio se alejó rezongando, sangrando y asustado. Nunca había matado a un hombre, y empezó por un policía. Toda una introducción al arte.

Pero Sing-Sing todavía estaba de su lado. La bala de la pierna le dolía, pero los cuidados de Geraldine habían cortado la hemorragia y el licor había hecho maravillas contra el dolor. Medio día más tarde seguía ahí, cansado pero vivo, después de atravesar cojeando la mitad de una ciudad tan atestada de policías sedientos de venganza que parecía un desfile de psicóticos en el baile de disfraces de una comisaría. Ya sólo le pedía a su protector un lugar en el que descansar un poco. No demasiado, sólo lo suficiente para recobrar el aliento y preparar sus próximos movimientos. Tampoco le vendrían mal una o dos horas de sueño.

El caso es que cada día el dolor le devoraba más el estómago. Tal vez debería buscar un teléfono después de descansar un poco, volver a llamar a Geraldine, conseguir que convenciera a un doctor para que lo viera. Pensaba salir de la ciudad antes de medianoche, pero esa posibilidad le parecía

ahora muy remota. Por peligroso que fuera tendría que quedarse en aquel lugar una noche y quizá casi todo el día siguiente; huir a campo abierto cuando hubiera recobrado fuerzas y le hubieran sacado la bala de la pierna.

¡Dios, cómo le ardía el estómago! Estaba seguro de que se trataba de una úlcera provocada por la mugrienta bazofia que llamaban comida en la penitenciaria. Muchos tenían problemas de estómago y de intestinos allí dentro. Se sentiría mejor después de unos cuantos días de pizzas y cervezas, sin ninguna duda.

La palabra *cáncer* no figuraba en el vocabulario de Barberio. Nunca había pensado en una enfermedad mortal, y menos en relación consigo mismo. Era como si un buey, ya en el matadero, se quejara de que le dolía una pezuña mientras se encaminaba hacia la pistola del matarife. Un hombre de su gremio, siempre rodeado de instrumentos letales, no cuenta con morir de una enfermedad de estómago. Pero ésa era la causa de su dolor.

El solar que estaba detrás del Movie Palace había sido un restaurante, pero hacía tres años que un incendio lo arrasó y aún no habían quitado los escombros.

Volver a edificar no reportaría beneficios, y nadie había demostrado demasiado interés por la parcela. Los vecinos zascandilearon por la zona, pero eso fue en los sesenta y a principios de los setenta. Durante esa década vertiginosa florecieron los locales de diversión: restaurantes, bares, cines. Pero luego vino la inevitable depresión. Cada vez venían menos chavales por esta zona a gastarse el dinero: había nuevos locales de moda, nuevos sitios en que dejarse ver. Los bares quebraron, y con ellos los restaurantes. Sólo quedó, como vestigio de días más prósperos, el Movie Palace, en un distrito cada año más desastrado y peligroso.

La jungla de enredaderas y vigas podridas que atestaba el solar abandonado le iba de perlas a Barberio. La pierna le hacía ver las estrellas, se tambaleaba de puro cansado, y el dolor de estómago se hacía más intenso. Necesitaba urgentemente un lugar sobre el que dejar reposar su greñuda cabeza. Apurar el Southern Comfort y pensar en Geraldine.

Era la una y media del mediodía; el solar era un lugar de citas para los gatos. Cuando apartó unas vigas y se deslizó en la oscuridad se escondieron espantados. Su refugio apestaba a orines –de hombre y de gato–, a basura y a restos de antiguas hogueras, pero a él le pareció un santuario.

Buscando el apoyo de la pared trasera del Movie Palace, Barberio se reclinó sobre su antebrazo y vomitó todo el Southern Comfort mezclado con acetona. Unos niños habían construido una guarida improvisada con vigas, tablones quemados y hierros doblados paralelamente al muro. Ideal, pensó, un santuario dentro de un santuario. Sing-Sing le sonreía con las quijadas grasiertas. Gimiendo un poco –tenía el estómago fatal esa noche– se arrastró por la pared hasta el cobertizo y entró por la puerta.

Otra persona había dormido en aquel lugar: al sentarse sintió bajo él una arpilla húmeda y a su izquierda una botella tintineó contra un ladrillo. El aire estaba impregnado de un olor sobre el que no quería pararse a pensar; era como si las cloacas salieran a la superficie. A fin de cuentas el rincón era escuálido: pero resultaba más seguro que la calle. Se sentó contra el muro del Movie Palace y expulsó sus temores con un suspiro lento y largo.

A una manzana, o quizá media, se oyó el aullido desconsolado de un coche de policía, y su recién conquistada sensación de seguridad desapareció de golpe. Se estaban acercando, lo iban a matar, estaba convencido. Se habían limitado a seguirle el juego, dejándole que creyera haber escapado, pero sin dejar de dar vueltas, como tiburones, elegantes y silenciosos, hasta que estuviera demasiado cansado para oponer resistencia. Mierda: había matado a un policía, qué no harían con él cuando lo tuvieran a solas entre sus manos. Lo iban a crucificar.

«Bueno, Sing-Sing, ¿y ahora qué? Deja de poner esa cara de sorpresa y sácame de ésta.»

Durante un rato no ocurrió nada. Y entonces el dios le sonrió en su imaginación, y notó por casualidad unas bisagras en su espalda.

¡Mierda! Una puerta. Estaba recostado contra una puerta.

Se dio la vuelta con un gruñido de dolor y recorrió con los dedos esa salida de emergencia. A juzgar por el tacto, era una pequeña reja de ventilación de cerca de un metro cuadrado. Podía conducir a un pasadizo o a alguna cocina: ¿qué más daba? Se está más seguro dentro que fuera: es la primera lección que aprende todo recién nacido con la primera bofetada.

Aún se seguía oyendo el aullido de aquel canto de sirena: le ponía la carne de gallina. Asqueroso ruido. Le producía taquicardia.

Tanteó los costados de la reja con los dedos hinchados, buscando algo parecido a una cerradura, y por supuesto que la había, sólo que era un candado tan lleno de óxido como el resto del enrejado.

«Vamos, Sing-Sing», rezó, «sólo te pido una ayuda más, déjame entrar y te juro que seré tuyo para siempre.»

Tiró del candado pero éste, ¡maldita sea!, no tenía intención de ceder tan fácilmente. O era más duro de lo que parecía o él estaba más débil de lo que creía. A lo mejor había algo de las dos cosas.

El coche se acercaba sigilosamente segundo a segundo. La sirena ahogaba el ruido de su aliento alterado por el pánico.

Sacó la pistola –la asesina de policías– del bolsillo de su chaqueta para usarla de palanca. No podía ejercer suficiente presión sobre ese chisme, era demasiado corto, pero bastaron un par de tirones acompañados de sendos tacos. La cerradura cedió y una lluvia de escamas de óxido le salpicó la cara. Reprimió justo a tiempo un grito triunfal.

Y ahora a abrir la reja, a salir de este mundo miserable y cobijarse en las tinieblas.

Introdujo los dedos por el enrejado y tiró dé él. Un dolor ininterrumpido, que le recorrió el estómago, los intestinos y la pierna, le dio vértigo. «Ábrete, jodida –le dijo a la reja–, ábrete, Sésamo.»

La puerta se lo concedió.

Se abrió de repente, haciendo caer sobre la empapada arpillera. Se levantó en seguida, escrutando esa oscuridad dentro de la oscuridad que era el interior del Movie Palace.

«Que venga el coche de policía», pensó, exultante, «yo tengo un escondite para calentarme.» Y estaba tibio: casi caliente, de hecho. El aire que salía por el agujero olía como si llevara estancado una buena temporada.

La pierna se le metió en una pinza de unión y le dolió terriblemente al arrastrarse por la puerta hacia la sólida oscuridad. Mientras lo hacía, la sirena dobló una esquina cercana y su aullido de bebé se desvaneció. ¿Lo que oía en la acera no era el tamborileo de los pies de la ley?

Se dio torpemente la vuelta en la oscuridad, con la pierna como un peso muerto y la sensación de tener el pie del tamaño de una sandía, y colocó la puerta de la reja detrás de él. Le tranquilizó izar un puente levadizo y dejar al enemigo del otro lado del foso: no importaba que pudieran abrir la puerta con tanta facilidad como él y perseguirlo por el pasadizo. Tenía la convicción infantil de que nadie podría encontrarlo ahí. Mientras no pudiera ver a sus perseguidores, éstos tampoco podrían verlo.

Si de verdad los policías se metieron en el solar a buscarlo, no los oyó. A lo mejor se había equivocado, a lo mejor corrían tras un pobre mocoso callejero y no tras él. Bueno, fuera lo que fuese, ya estaba. Había encontrado un bonito nicho en que reposar, y eso le parecía maravilloso y elegante.

Qué curioso, el aire no era tan desagradable después de todo. No era el aire estancado de un pasadizo o de un ático, la atmósfera del escondite estaba viva. No es que fuera aire fresco, no; olía a viejo y enrarecido sin duda, pero a pesar de eso borboteaba. Casi le zumbaba en los oídos, le hacía hormiguar la piel como una ducha fría, le subía por la nariz y le provocaba sensaciones muy extrañas en la cabeza. Era como estar colocado con algo: así de bien se sentía. Ya no le dolía la pierna o, si lo hacía, las imágenes que tenía en la cabeza le hacían olvidar el dolor. Estaba a punto de reventar de imágenes: chicas bailando, parejas besándose, despedidas en estaciones, viejas casas oscuras, cómicos, vaqueros, aventuras submarinas –escenas que no habría vivido ni disponiendo de un millón de años, pero que ahora le emocionaban como si fueran experiencias directas, verdaderas e incontestables-. Quería llorar en las despedidas, pero también quería reírse con los cómicos, si no fuera porque había que comerse con los ojos a las chicas, gritarles a los vaqueros.

¿Qué clase de sitio era ése? Intentó sobreponerse al hechizo de las imágenes que estaban a punto de embargarle la vista. Estaba en una cámara de un metro y medio de ancho, alta e iluminada por una luz intermitente que se colaba por los resquicios de la pared interior. Barberio estaba demasiado atontado para reconocer la fuente de luz y no lograba discernir con los oídos, que le zumbaban, el diálogo que tenía lugar en la pantalla, del otro lado de la pared. Era *Satyricón*, la segunda de las dos películas de Fellini que el Movie Palace proyectaba en su doble sesión de madrugada ese sábado.

Barberio nunca había visto la película, ni siquiera oído hablar de Fellini. No le habría gustado («una película para maricas, una porquería italiana», diría). Prefería las aventuras submarinas, las películas de guerra. Ah, y chicas bailando. Cualquier cosa que tuviera chicas bailando.

Qué curioso, aunque estaba a solas en su escondite tenía la extraña sensación de que lo observaban. Además del caleidoscopio de clichés de Busby Berkeley¹ que le rondaba por el cerebro sentía que tenía ojos en él, no unos pocos, sino millares. No era una sensación tan desagradable como para dar ganas de beber, pero no desaparecían, lo miraban como si fuera algo digno de observación, riéndose de él a veces, llorando otras, pero sobre todo devorándolo con ojos ávidos.

La verdad es que no podía hacer nada al respecto. Tenía las extremidades muertas: no sentía las manos ni los pies. No sabía, y tal vez fuera mejor así, que se había abierto la herida al entrar en el

escondite y que se estaba desangrando.

Hacia las tres menos cinco, mientras el *Satyricon* de Fellini llegaba a su ambiguo final, Barberio murió en el pequeño espacio comprendido entre la parte de atrás del edificio adyacente y la pared trasera del cine.

El Movie Palace había sido una casa de beneficencia, y si hubiera levantado los ojos al morir podría haber entrevisto entre la mugre un estúpido fresco que mostraba una hueste angelical, y asumir así su propia asunción. Pero murió contemplando a las bailarinas, y eso le bastó.

La falsa pared, la que dejaba filtrarse la luz por la parte de atrás de la pantalla, se había erigido como partición improvisada para tapar el fresco. Se consideró más respetuoso que borrar los ángeles para siempre. Además, el hombre que había ordenado los cambios tenía la leve sospecha de que esa burbuja de cine explotaría tarde o temprano. Si así era, podría echar abajo la pared y seguir con el negocio, adorando ahora a Dios en lugar de a la Garbo.

Nunca llegó a ocurrir. La burbuja, pese a su fragilidad, no explotó jamás, y las películas se fueron sucediendo. Aquel incrédulo santo Tomás (por otro nombre Harry Cleveland) murió, y el recinto quedó relegado al olvido. Ningún ser viviente conocía su existencia. Ni registrando la ciudad de arriba abajo podría haber encontrado Barberio un lugar más recóndito para morir.

Pero el recinto, su aire, habían vivido una vida propia durante esos cincuenta años. Como un receptáculo, había almacenado las miradas electrizadas de miles de ojos, de decenas de millares de ojos. Durante medio siglo los aficionados habían vivido indirectamente a través de la pantalla del Movie Palace, proyectando sus simpatías y pasiones sobre la pantalla parpadeante, y la energía de sus emociones se concentró como un coñac olvidado en ese recóndito paso de aire. Tarde o temprano tenía que descargarse. Sólo requería un catalizador.

Hasta el cáncer de Barberio.

DOS: PERSONAJE PRINCIPAL

Después de matar el tiempo en el exiguo *foyer* del Movie Palace durante unos veinte minutos, la chica del vestido estampado de color cereza y limón empezó a mostrar síntomas inequívocos de inquietud. Eran casi las tres y las películas de la sesión de madrugada habían acabado hacía rato.

Habían transcurrido ocho meses desde la muerte de Barberio detrás del cine ocho lentes meses en los que los negocios habían marchado como mucho de forma desigual. A pesar de todo, el programa doble de madrugada de viernes y sábados seguía congregando a multitud de jugadores. Esa noche habían proyectado dos películas de Eastwood: *spaghetti westerns*. A Birdy, la chica del vestido cereza no le recordaba en nada una fanática de las películas del oeste; en realidad no era un genero para mujeres. A lo mejor, más que por la violencia había venido por Eastwood, aunque ella no hubiera comprendido jamás el atractivo de esos ojos eternamente entornados.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Birdy.

La chica la miró, nerviosa.

—Estoy esperando a mi novio —dijo—. Dean.

—¿Lo has perdido?

—Fue al servicio al acabar la película y todavía no ha vuelto.

—¿Se encontraba... esto... mal?

—Oh, no —dijo rápidamente la chica, protegiendo a su amigo de ese insulto a su sobriedad.

—Haré que alguien vaya a buscarlo —dijo Birdy. Era tarde, estaba cansada y los efectos del speed se empezaban a atenuar. La idea de pasar más tiempo del estrictamente necesario en ese cine de tres al cuarto no le resultaba particularmente atractiva. Quería irse a casa; a la cama, a dormir. Nada más que dormir. A sus treinta y cuatro años había decidido que ya no le interesaba el sexo. La cama estaba hecha para dormir, especialmente en el caso de las chicas gordas.

Empujó la puerta giratoria y asomó la cabeza dentro del cine. Un denso olor a cigarrillos, palomitas y gente la envolvió; en la sala hacía unos cuantos grados más que en el *foyer*.

—¿Ricky?

Ricky le estaba echando el cerrojo a la puerta trasera, en el otro extremo de la sala.

—Ese olor ha desaparecido del todo —le gritó él.

—Lo celebro.

Hacía unos cuantos meses que la zona de la pantalla desprendió un hedor infernal.

—Algo muerto en el solar que hay detrás de la puerta —dijo.

—¿Me puedes ayudar un momento? —replicó ella.

—¿Quéquieres?

Se acercó lentamente por el ala alfombrada de rojo hacia ella, con las llaves cencerreando en el cinturón. Su camiseta proclamaba que «Sólo los jóvenes mueren inocentes».

—¿Algún problema? —dijo, sonándose la nariz.

—Hay una chica ahí fuera. Dice que ha perdido a su novio en el retrete.

Ricky pareció afligido.

—¿En el retrete?

—Exacto. ¿Quieres ir a echar un vistazo? No te importa, ¿verdad?

También podía tener salidas ocurrentes de vez en cuando, pensó; dedicando una sonrisa forzada a Birdy. Esos días apenas se dirigían la palabra. Demasiados momentos inolvidables juntos: eso a la larga siempre suponía un golpe mortal para cualquier amistad. Además, Birdy había hecho varias observaciones poco caritativas (y certeras) acerca de sus socios y él le había devuelto la salva usando todas sus armas. Después de eso pasaron tres semanas y media sin hablarse. Ahora habían llegado a una tregua incómoda, más por motivos de salud que por otra cosa. No la observaban rigurosamente.

Dio media vuelta, recorrió el ala en sentido inverso y se encaminó por la fila E hacia el retrete, levantando los asientos al avanzar, asientos que sin duda habían conocido días mejores, alrededor de la época de «Now Voyager». Ahora aparecían completamente desgastados: necesitados de una restauración o de que los cambiaran. Sólo en la fila E, cuatro de las butacas estaban tan acuchilladas que no merecía la pena repararlas. Esa noche habían mutilado una más. Algún inconsciente muchacho aburrido por la película y/o su novia y demasiado colgado para irse. Hubo una época en que también él hizo esa clase de cosas, considerándolas golpes en nombre de la libertad y en contra de los capitalistas que dirigían esos antros. Hubo una época en que cometió muchas estupideces.

Birdy miró cómo desaparecía en el aseo de hombres. «Le gustará», pensó con una sonrisa maliciosa, «es exactamente el tipo de actividad que le cuadra.» Y pensar que en los viejos tiempos (hacía seis meses), cuando los hombres delgados como cuchillas de afeitar, narices de Durante y un conocimiento enciclopédico de las películas de De Niro eran su tipo, la ponía tan caliente... Ahora lo veía tal como era: pecios de un barco de esperanza a la deriva. Seguía siendo un estrafalario militante, un bisexual teórico, fiel a las primeras películas de Polanski y al pacifismo simbólico. Pero ¿qué clase de droga llevaba entre las orejas, a fin de cuentas? La misma que ella, se reprendió, cuando creyó que ese tipo tenía algo de sexy.

Esperó unos cuantos segundos observando la puerta. Como tardaba en salir volvió un rato al foyer, a ver qué tal le iba a la chica. Estaba fumando un cigarrillo como una actriz aficionada que no le ha conseguido coger el tranquillo, reclinada contra la barra y con la falda arremangada mientras se rascaba la pierna.

—Las medias —explicó.

—El gerente está buscando a Dean.

—Gracias —dijo, y continuó rascándose—. Me provocan sarpullidos, les tengo alergia.

Las hermosas piernas de la chica tenían pústulas que las afeaban.

—Es porque estoy caliente y preocupada —se atrevió a declarar—. Siempre que estoy caliente y preocupada me entra alergia.

—Oh.

—Es probable que Dean haya desaparecido, sabes, en cuanto me di la vuelta. Sería capaz. No le importa un h... Le da igual.

Birdy vio que estaba a punto de echarse a llorar, ¡qué lata! No se le daban bien las lágrimas. Las peleas a gritos, incluso las luchas, sí. Pero con las lágrimas no había manera.

—Todo se arreglará —fue lo único que se le ocurrió decir para evitar que llorara.

—No, no —dijo la chica—. No se arreglará porque es un bastardo. Trata a todo el mundo como si fuera mierda. —Machacó el cigarrillo a medio fumar con la punta de su zapato color cereza, preocupándose escrupulosamente por apagar todas las briznas encendidas de tabaco.

—Los hombres no se molestan, ¿no es cierto? —dijo, mirando a Birdy con tanta franqueza que deshacía el corazón. Bajo aquel experto maquillaje no debía de tener más de diecisiete años. El rímel se le había corrido un poco y tenía ojeras.

—No —replicó Birdy, que lo sabía por experiencia, y experiencia dolorosa—. No, no se molestan.

Pensó apesadumbrada que ella nunca había sido tan atractiva como esa ninfa cansada. Tenía los ojos demasiado pequeños y los brazos gordos. (Para ser honestos, estaba gorda.) Estaba convencida de que los brazos eran su defecto principal. Había muchos hombres que se animaban ante unos pechos grandes o un trasero considerable, pero a ninguno de los que había conocido le gustaban los

brazos gordos. Siempre les gustaba poder abarcar la muñeca de su novia entre el índice y el pulgar, era una forma primitiva de medir su apego. Por contra, sus muñecas, por decirlo de una manera un tanto brusca, apenas si se podían distinguir. Sus gordas manos se prolongaban en sus gordos antebrazos, que se convertían, después de un tramo gordínflón, en sus gordos brazos. Los hombres no podían ceñirle las muñecas porque no las tenía, y eso los alejaba de ella. Bueno, ésa era en cualquier caso una de las razones. Al mismo tiempo era muy vivaz, y eso siempre resultaba una desventaja para quien quisiera tener a los hombres postrados a sus pies. Pero en cuanto a los motivos de su falta de éxito en el amor, se inclinaba por los brazos gordos como explicación más plausible.

Esa chica tenía los brazos tan esbeltos como una bailarina de Bali, sus muñecas parecían tan finas como el cristal, y casi tan frágiles.

Deprimente. Quizá sería por añadidura una deplorable conversadora. Por Dios, esa chica lo tenía todo a su favor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Lindi Lee —contestó ella.

Seguro que sí.

Ricky creyó que se había equivocado. Esto no puede ser el servicio, se dijo.

Se encontraba en lo que parecía ser la calle principal de una ciudad fronteriza que había visto en doscientas películas. Se había desencadenado una tormenta de polvo que le obligaba a entornar los ojos para protegerlos de la arena. A través del remolino de aire gris y ocre creyó discernir el almacén general, la oficina del sheriff y el salón. Ocupaban el lugar de las casetas de los lavabos. En torno a él bailaban, empujados por el caliente viento del desierto, arbustos arrancados de cuajo. El suelo que tenía a sus pies era tierra batida: no había indicios de azulejos. No había indicios de nada que recordara a un servicio.

Ricky miró a su derecha por la calle. Ésta se alejaba, en una perspectiva forzada, hacia un lejano decorado donde debería haber estado la pared del fondo del retrete. Era mentira, por supuesto, todo aquello era mentira. Seguro que si se concentraba empezaría a ver a través del espejismo y descubriría cómo se había preparado; las proyecciones, los efectos ocultos de iluminación, los telones de foro, las miniaturas: todos los trucos del oficio. Pero, aunque se concentró tanto como le permitía su estado ebrio, no consiguió desvelar los entresijos de aquella superchería.

El viento seguía soplando, los arbustos seguían arremolinándose. En alguna parte la tempestad hacía que la puerta de una cuadra se cerrara con grandes portazos, abriéndose y volviendo a cerrarse con cada ráfaga. Hasta olía a excremento de caballo. El efecto estaba tan conseguido que se quedó mudo de admiración.

La persona que había organizado ese extraordinario montaje, fuera quien fuese, había conseguido lo que se proponía. Estaba impresionado: pero había llegado el momento de poner fin al juego.

Se dio la vuelta hacia la puerta del servicio. Había desaparecido. Una cortina de polvo la había borrado, y de repente se sintió perdido y solo.

La puerta de la cuadra seguía dando portazos. Unas voces replicaban a otras en la tormenta que se rerudecía. ¿Dónde estaban el salón y la oficina del sheriff? Se habían disipado a su vez. Ricky reconoció el sabor de algo que no había probado desde su niñez: el pánico de perder el contacto con la mano de un guardián. En este caso el pariente perdido era su cordura.

A su izquierda, en plena tormenta, resonó un disparo. Oyó un silbido y luego sintió un dolor intenso. Se llevó cautelosamente una mano al lóbulo para tocar el sitio que le dolía. El disparo se había llevado parte de su oreja: tenía un tajo impecable en el lóbulo. Había perdido el cartílago y tenía sangre, sangre de verdad, en las manos. Alguien había errado el tiro dirigido a su cabeza o estaba jugando a hacerse el hijo de puta.

—Eh, tío —le espetó a esa horrible ficción, girando sobre sus talones para tratar de localizar al agresor.

Pero no consiguió ver a nadie. El polvo lo tenía completamente paralizado: no podía dar un paso adelante o atrás sin correr riesgos. El pistolero podía estar muy cerca, esperando a que avanzara en dirección a él.

—No me gusta esto —dijo en voz alta, con la esperanza de que el mundo real llegara a oírle y acudiera a sanar su trastornado cerebro. Rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros una pastilla o dos, algo para mejorar su situación, pero se habla quedado sin estimulantes, no encontró siquiera un miserable Valium en la costura del bolsillo. Se sintió desnudo. ¡Vaya momento de perderse en medio de las pesadillas de Zane Grey!

Resonó un nuevo disparo, pero esta vez no oyó ningún silbido. Ricky estaba convencido de que eso significaba que lo habían matado, pero como no notaba dolor ni sangre resultaba difícil poder asegurarlo.

Entonces oyó el batir inconfundible de la puerta del salón y el gruñido próximo de otro ser humano. Una repentina brecha le permitió atisbar entre la tormenta. ¿Vio realmente el salón y a un joven que salía tropezando, dejando tras sí un mundo abigarrado de mesas, espejos y tiros? Antes de que pudiera fijarse mejor, la brecha se volvió a cerrar, cubriéndose de arena, y dudó de la veracidad de lo que había visto. Luego se pegó un susto al encontrar al hombre que había ido a buscar, con los labios amoratados de moribundo. Éste cayó hacia adelante en brazos de Ricky. Tenía un disfraz tan poco apropiado para el papel que interpretaba en aquella película como éste. Llevaba una chaqueta paramilitar, una perfecta imitación del estilo de los cincuenta, y una camiseta con la sonrisa del ratón Mickey estampada.

El ojo izquierdo de Mickey estaba ensangrentado y todavía goteaba. La bala había alcanzado al joven en pleno corazón.

Empleó su último aliento para preguntar: «¿Qué cojones está pasando?», y murió.

Para lo que suelen ser las últimas palabras, les faltó estilo, pero las pronunció con mucho sentimiento. Ricky contempló por un momento el rostro helado del joven. Luego, el peso muerto que tenía en los brazos se hizo demasiado agobiante y no tuvo más opción que dejarlo caer. Cuando el cuerpo chocó contra el suelo, el polvo pareció convertirse momentáneamente en baldosas manchadas de orines. Pero la ficción volvió a imponerse, y hubo remolinos de polvo, matojos volando a ras de suelo, y él se vio de nuevo en la calle principal del Barranco de los Muertos con un cuerpo a sus pies.

Ricky sintió que su cuerpo se hacía de gelatina. Sus extremidades empezaron a bailar el baile de san Vito y le entraron unas ganas apremiantes de orinar. Medio minuto más y se mojaría en los pantalones.

En alguna parte, pensó, en alguna parte de este mundo enloquecido hay un urinario. Hay una pared cubierta de pintadas, con números de teléfono para los obsesos sexuales, con «Esto no es un refugio atómico» garabateado en los azulejos y un montón de dibujos obscenos. Hay cisternas y soportes de papel higiénico sin rollos y tablas rotas. Hay un olor repulsivo a pis y a pedos rancios. ¡Encuéntralo! En nombre de Dios, encuentra el mundo real antes de que la ficción te cause alguna lesión irreparable.

«Si, por exigencias del guión, el salón y el almacén general son los cuartos de baño, entonces las letrinas deben estar detrás de mí», pensó. «Así que date la vuelta. No puede ser peor que quedarte en mitad de la calle mientras alguien te dispara a voleo.»

Dos pasos, dio dos precavidos pasos y no encontró más que aire. Pero al tercero –bueno, bueno, ¿qué había después del tercero?– su mano se topó con la superficie fría de una baldosa.

—¡Hurra! —dijo.

Era el orinal: y el tocarlo fue como encontrar oro en un cubo de basura. ¿No era lo que se desprendía de los canalones el olor nauseabundo del desinfectante? Sí que lo era, gracias a Dios, sí que lo era.

Todavía exultante, se bajó la bragueta y empezó a aliviar su dolor de vejiga, salpicándose los pies por la prisa. Qué diantre: habla vencido aquella ilusión. Seguro que si se daba la vuelta ahora comprobaría que la fantasía se había desvanecido. El salón, el muerto, la tormenta, todo habría desaparecido. Era una especie de recaída química, una acumulación de droga en el organismo que jugaba malas pasadas a su imaginación. Mientras las últimas gotas le caían sobre los zapatos de gamuza azul, oyó hablar al protagonista de aquella película.

—¿Qué haces meando en mi calle, chaval?

Era la voz de John Wayne, una imitación irreprochable desde la primera hasta la última sílaba farfullada, y estaba justo detrás de él. Ricky ni siquiera se atrevía a darse la vuelta. Aquel tipo le volaría la cabeza, seguro. En su voz se transparentaba una especie de calma amenazante que le prevenía: estoy a punto de desenfundar, así que haz lo peor que se te ocurra. El vaquero iba armado y todo lo que Ricky tenía en la mano era su polla, que no habría podido competir con una pistola ni aunque hubiera estado mejor dotado.

Escondió su arma y se subió la bragueta con muchísimo cuidado; luego levantó las manos. La imagen vacilante de la pared del lavabo que tenía delante había vuelto a desaparecer. La tormenta rugía; la sangre le corría por el cuello.

—Vale, chico. Quiero que te quites ese cinturón y lo dejes caer al suelo. ¿Me oyes? —dijo Wayne.

—Sí.

—Hazlo limpiamente y con calma, y deja las manos donde las pueda ver.

Vaya, ese tipo se lo tomaba realmente en serio.

Limpiaamente y con calma, como le había dicho, Ricky se desabrochó el cinturón, lo sacó de las trabillas de los vaqueros y lo dejó caer al suelo. Las llaves tenían que cencerrear al chocar contra las baldosas: rogó a Dios que lo hicieran. Pero no tuvo tanta suerte. Se oyó un ruido sordo: el sonido del metal sobre el suelo.

—Vale —dijo Wayne—. Ahora empiezas a comportarte. ¿Qué tienes que decir en tu favor?

—Lo siento —replicó Ricky con poca convicción.

—¿Lo sientes?

—Siento haber meado en la calle.

—No me parece que baste con sentirlo —dijo Wayne.

—Lo siento de verdad. Fue un error.

—Ya estamos hartos de extranjeros como tú por esta zona. Me encontré a este niño cagando en medio del salón con los pantalones en los tobillos. ¡Yo a eso lo llamo grosería! ¿Dónde os han educado, hijos de puta? ¿Es esto lo que os enseñan en las lujosas escuelas del Este?

—No tengo disculpa.

—Claro que no la tienes —contestó Wayne arrastrando las palabras—. ¿Vas con el niño?

—En cierto sentido.

—¿Qué es esa forma estrañaria de hablar? —hundió la pistola en la espalda de Ricky: parecía completamente real—. ¿Estás con él sí o no?

—Sólo quería decir...

—En este territorio no se quiere decir nada, señor, te lo garantizo.

Amartilló sonoramente la pistola.

—¿Por qué no te das la vuelta para que vea de qué metal estás hecho, hijo?

Ricky ya conocía el procedimiento. El hombre se da la vuelta, echa mano a una pistola escondida y Wayne lo mata. Sin discusión, sin tiempo para poner en duda la ética de tal acción; una bala era mucho más eficaz que las palabras.

—Te digo que te des la vuelta.

Muy lentamente, Ricky se dio la vuelta para enfrentarse al superviviente de mil tiroteos y lo vio ante él, si es que no era una magnífica encarnación del actor. Era un Wayne en la plenitud de su carrera, antes de engordar y de tener aspecto enfermizo. El Wayne de *Río Grande*, lleno de polvo del camino y con los ojos entornados de pasarse la vida oteando el horizonte. A Ricky nunca le habían gustado las películas del oeste. Odiaba el machismo forzado, la glorificación del heroísmo sucio y barato. Su generación había colocado flores en los cañones de fusil, y él pensó en su momento que era un acto hermoso; de hecho, aún lo seguía pensando.

Esa cara tan falsamente viril, tan dura, personificaba un montón de mentiras letales —acerca del origen de las fronteras norteamericanas, la moralidad de la justicia sumaria, la ternura del corazón de los brutos—. Ricky odiaba ese rostro. Sus manos estaban impacientes por golpearlo.

¡Mierda! Ya que el actor, fuera quien fuese, lo iba a matar de todas formas, ¿qué podía perder por estamparle el puño en la cara a ese bastardo? La idea se hizo acto: Ricky apretó el puño, se meció y alcanzó a Wayne con los nudillos en el mentón. El actor fue más lento que su homónimo de la pantalla. No pudo esquivar el golpe y Ricky aprovechó la oportunidad para quitarle la pistola de la mano. Siguió con una andanada de puñetazos en el estómago igual que las que había visto en el cine. Fue una exhibición espectacular.

El hombretón se retorció bajo los golpes y tropezó cuando la espuela se le enredó en el pelo del chico muerto. Perdió el equilibrio y cayó entre el polvo, derrotado.

¡El bastardo estaba en el suelo! Ricky sintió una emoción completamente nueva: la alegría del triunfo físico. ¡Dios! ¡Había tumbado al mayor vaquero del mundo! Tenía el sentido crítico ofuscado por la victoria.

De repente la tormenta de polvo se recrudeció. Wayne seguía en el suelo, salpicado por la sangre que le manaba de la nariz aplastada y de una raja en el labio. La tierra empezaba a recubrirlo como un velo que se corriera sobre la vergüenza de su derrota.

—Levántate —exigió Ricky, tratando de sacar provecho de la situación antes de que fuera demasiado tarde.

Wayne pareció sonreír mientras le ocultaba la tormenta.

—Bien, chico —dijo, mirándole de soslayo y tentándose la barbilla—, todavía se te puede hacer un hombre...

Luego el polvo borró su cuerpo y algo diferente ocupó momentáneamente su lugar, una forma cuyo sentido no podía comprender Ricky. Una forma que al mismo tiempo era y no era Wayne, y que

degeneraba rápidamente en algo no humano.

El polvo arreciaba ahora furiosamente, tapando oídos y ojos. Asfixiado, se retiró tambaleando de la escena de la pelea y encontró como por milagro una pared, una puerta. Antes de que pudiera comprender dónde se encontraba, la tormenta aullante le había expulsado de su seno y depositado en el silencio del Movie Palace.

Ahí, aunque se había prometido callar como un muerto hasta que le saliera bigote, soltó un gritito, del que no se habría avergonzado Fay Wray, y se desmayó.

En el *foyer*, Lindi Lee le explicaba a Birdy por qué no le gustaban demasiado las películas.

—Me refiero a que a Dean le gustan las películas de vaqueros. A mí en realidad no me gustan todas esas historias. Supongo que no debería decírtelo...

—No te preocupes.

—Quiero decir que te deben gustar mucho las películas, supongo, ya que trabajas aquí.

—Me gustan algunas películas, no todas.

—Oh. —Pareció sorprendida. Por lo visto la sorprendían un montón de cosas—. A mí me gustan las películas sobre fauna, ¿sabes?

—Sí...

—¿Sabes? Animales... y esas cosas.

—Sí... —Birdy recordó que se había imaginado a Lindi Lee como una pobre conversadora. Acertó a la primera.

—Me pregunto qué los retiene —dijo Lindi.

La vida que Ricky había vivido en la tormenta de polvo no había representado más que dos minutos de tiempo real. Pero es que en las películas el tiempo se volvía elástico.

—Iré a echar un vistazo —propuso Birdy.

—Probablemente se haya ido sin mí —repitió Lindi.

—Ahora lo veremos.

—Gracias.

—No te preocupes —repuso Birdy, rozando con la mano el delgado brazo de la chica—. Estoy segura de que todo marcha bien.

Atravesó las puertas de batientes y entró en el cine, dejando a Lindi sola en el *foyer*. Ésta suspiró. Dean no era el primer chico que la dejaba plantada por la sencilla razón de que no era pródiga con sus encantos. Lindi tenía claro cuándo y cómo llegaría hasta el final con un chico; y ni ésta era la ocasión ni Dean era el chico. Era demasiado resbaladizo, demasiado voluble y el pelo le olía a diesel. Si de verdad la había dejado plantada no se iba a poner a llorar a mares. Como solía decir su madre, el mar está lleno de peces.

Estaba contemplando el cartel que anunciaba el programa de la semana siguiente cuando oyó un porrazo detrás de ella: era un conejo moteado, un encantador enano, regordete y soñoliento, sentado en medio del *foyer* y mirándola.

—Hola —le dijo al conejo.

Éste se lamió los labios de una manera adorable.

A Lindi Lee le encantaban los animales; le encantaban las películas sobre aventuras en la naturaleza en que se filmaba a las criaturas en su propio hábitat al son de melodías de Rossini, en que los escorpiones ejecutaban bailes de figuras mientras se apareaban y todos los cachorros de oso eran preciosos «picaruelos». Disfrutaba con esas cosas. Pero lo que más le gustaba eran los conejos.

Dio un par de brincos en dirección a Lindi. Ella se agachó para acariciarlo. Estaba calentito y tenía los ojos redondos y rosados. Siguió brincando escaleras arriba.

—Oh, no creo que debas subir ahí —dijo ella.

Por una razón; el rellano estaba a oscuras. Por otra; había un cartel en la pared que indicaba «Privado. Sólo empleados». Pero el conejo parecía decidido, y el astuto roedor mantuvo la ventaja que le había sacado a Lindi cuando se puso a subir la escalera.

En el rellano la oscuridad era absoluta y el conejo había desaparecido.

En lugar del conejo vio una cosa diferente, con los ojos de un brillo ardiente.

Con Lindi Lee funcionaban todos los trucos de ilusionismo. No fue necesario inducirla a una completa ficción, como al chico; ella ya vivía en el mundo de los sueños. Presa fácil.

—Hola —dijo Lindi, ligeramente asustada por el personaje que tenía delante. Miró a la oscuridad tratando de distinguir una silueta, algo semejante a un rostro. Pero no había ninguno. Ni tan siquiera aliento.

Dio un paso atrás hacia la escalera, pero aquello la alcanzó y atrapó súbitamente antes de que cayera y la acalló rápida y amorosamente.

Ésta quizá no tuviera demasiada pasión que robarle, pero presentía que podía destinarla a otro uso. Su tierno cuerpo todavía estaba en flor: los orificios no tenían costumbre de ser invadidos. A Lindi le bastó con subir los últimos escalones para que su caso quedara archivado.

—¿Ricky? ¡Dios mío, Ricky!

Birdy se arrodilló junto al cuerpo del muchacho y lo zarandeó. Por lo menos todavía respiraba, eso ya era algo, y aunque a primera vista parecía que tuviera mucha sangre, la herida no era de hecho más que un tajo en la oreja.

Lo volvió a zarandear, esta vez con más energía, pero no obtuvo respuesta. Después de una frenética búsqueda le encontró el pulso: era fuerte y regular. Resultaba obvio que alguien le había atacado; posiblemente el desaparecido novio de Lindi. Pero entonces, ¿dónde estaba? Tal vez seguía en el retrete, armado y peligroso. Por nada del mundo iba a hacer el idiota entrando allí a echar un vistazo, sabía de sobra lo que podía ocurrir. Una mujer en peligro: era un argumento trivial. La habitación a oscuras, la bestia al acecho. Bien, pues en lugar de dirigirse directamente hacia ese cliché iba a hacer lo que siempre les suplicaba en silencio a las heroínas que hicieran: dominar su curiosidad y llamar a la policía.

Dejando a Ricky donde estaba, volvió por el lateral hasta el *foyer*.

O Lindi Lee había abandonado a su novio o había encontrado a alguien en la calle que la acompañara a casa. Fuera como fuese, cerró la puerta exterior al salir, dejando tan sólo tras ella un aroma a polvos de talco infantiles Johnson. Perfecto, eso simplificaba mucho las cosas, pensó Birdy al entrar en la taquilla para llamar a la policía. Le hizo ilusión pensar que la chica había tenido el sentido común de dejar plantado a su asqueroso ligue.

Levantó el auricular y alguien se puso a hablar inmediatamente.

—Hola, tú —dijo una voz nasal y zalamera—, es un poco tarde para llamar por teléfono, ¿no es cierto?

No era la operadora, de eso estaba segura. No había marcado un solo número.

Además, sonaba igual que Peter Lorre.

—¿Quién es?

—¿No me reconoce?

—Quiero hablar con la policía.

—Me encantaría complacerla, de veras.

—Cuelgue el teléfono, ¿quiere? ¡Esto es una emergencia! Tengo que hablar con la policía.

—Le oí a la primera —prosiguió la voz gimoteante.

—¿Quién es usted?

—No se repita.

—Hay un herido ¡Por favor!.

—Pobre Ricky.

Conocía su nombre. Había dicho «pobre Ricky» como si fuera un buen amigo.

Notó que empezaba a sudarle la frente: sintió que le rezumaba el sudor por los poros. Sabía el nombre de Ricky.

—Pobre, pobre Ricky —repitió la voz—. Aunque estoy seguro de que todo acabará bien. ¿Y usted?

—Es una cuestión de vida o muerte —insistió Birdy, impresionada por la calma que, estaba segura, se desprendía de su tono de voz.

—Ya lo sé —dijo Lorre—. ¿No es excitante?

—¡Váyase a la mierda! ¡Cuelgue el teléfono! O, si no, ayúdeme...

—¿Ayudarla a qué? ¿Qué se puede esperar que haga una chica tan gorda como tú en una situación parecida sino lloriquear?

—Maldito hijo de puta.

—Mucho gusto.

—¿Te conozco?

—Sí y no —la voz tembló.

—Eres un amigo de Ricky, ¿no es eso? —Uno de los toxicómanos con los que solía salir. Había que ver qué jueguitos más estúpidos se les ocurrían—. Vale, ya me has gastado tu bromita idiota —dijo—, ahora cuelga el teléfono antes de meterte en un lío.

—Estás atormentada —dijo la voz suavizándose—. Lo comprendo... —Estaba cambiando como por

arte de magia, subiendo una octava–, estás intentando ayudar al hombre que amas... –El tono era ahora femenino, el timbre pasaba del tono pastoso a un ronroneo.

Y de repente era Garbo.

–Pobre Richard –le dijo a Birdy–. Se ha esforzado tanto, ¿verdad? –Era tan mansa como un cordero.

Birdy se quedó sin habla: la imitación era tan intachable como la de Lorre, sonaba tan femenina como masculino el primer personaje.

–De acuerdo, me has impresionado –dijo Birdy–, ahora déjame hablar con la policía.

–¿No es ésta una maravillosa noche para salir a pasear, Birdy? Las dos juntas.

–Sabes cómo me llamo...

–Claro que sé cómo te llamas. Estoy muy cerca de ti.

–¿Qué significa «cerca de mí»?

La réplica fue una risa gutural, la encantadora risa de Garbo. Birdy no pudo soportarlo más. El truco era demasiado bueno; notaba que estaba sucumbiendo ante aquella representación, se sentía como si estuviera hablando a la estrella en persona.

–No –le dijo al teléfono–, no me convence, ¿me oyes?

Pero le traicionaron los nervios. Chilló: «¡Eres un impostor», al receptor del teléfono, tan fuerte que notó cómo vibraba, y luego colgó con un golpetazo. Abrió la taquilla y se dirigió a la puerta de la calle. Lindi Lee no se había limitado a cerrarla de un portazo. Estaba cerrada con llave y tenía el cerrojo corrido por dentro.

–Mierda –dijo en voz baja.

De repente el *foyer* parecía más pequeño que en sus recuerdos, igual que su reserva de serenidad. Se cruzó mentalmente la cara de una bofetada, la tópica reacción de una heroína a punto de ponerse histérica. «Piensa en este asunto detenidamente», se aconsejó. Uno: la puerta estaba cerrada. Lindi Lee no la había cerrado, Ricky no pudo, ella seguro que no lo había hecho. Lo que implicaba...

Dos: había un bicho raro ahí dentro. A lo mejor el mismo «él, ella o ello» que habló por teléfono. Lo que implicaba...

Tres: él, ella o ello tenía que tener acceso a otra línea en alguna parte del edificio. La única que conocía estaba en la despensa, en el piso de arriba. Pero no subiría allí por nada del mundo. ¿Sus motivos? Véase *Heroína en peligro*. Lo que implicaba...

Cuatro: tenía que abrir esa puerta con las llaves de Ricky.

Bien, eso era algo concreto: encontrar las llaves de Ricky.

Volvió a entrar en el cine. Por una razón desconocida las luces temblaban. ¿O era efecto del pánico sobre su nervio óptico? No, parpadeaban ligeramente; todo el interior parecía fluctuar, como si estuviera respirando.

Ignóralo: busca las llaves.

Corrió por el pasillo, consciente, como siempre que corría, de que sus pechos y sus nalgas estaban bailando una jiga. Todo un espectáculo, pensó, para quien pudiera verla.

Ricky gemía, desmayado. Birdy buscó las llaves, pero su cinturón había desaparecido.

–Ricky... –le dijo junto al rostro. Los gemidos se multiplicaron.

–Ricky, ¿puedes oírmeme? Soy Birdy, Ricky, ¡Birdy!

–¿Birdy?

–Estamos encerrados, Ricky. ¿Dónde están las llaves?

–... ¿Llaves?

–No llevas el cinturón, Ricky –le dijo despacio, como si hablara a un idiota–, ¿dónde-tienes-las-llaves?

Ricky logró resolver de repente el rompecabezas que tenía en su dolorida cabeza y se incorporó.

–¡E1 chico! –dijo.

–¿Qué chico?

–En el retrete. Muerto en el retrete,

–¿Muerto? ¡Dios mío! ¿Muerto? ¿Estás seguro?

Ricky estaba en una especie de trance. No la miraba a ella, sino a un punto desconocido a mitad de camino, viendo algo que ella no podía ver.

–¿Dónde están las llaves? –volvió a preguntar–. ¡Ricky! Es importante. Concéntrate.

–¿Llaves?

Estuvo a punto de darle una bofetada, pero tenía la cara ensangrentada y le pareció sádico.

–En el suelo –dijo al cabo de un rato.

—¿Del retrete? ¿En el suelo del retrete?

Ricky asintió. Al mover la cabeza pareció conjurar unos pensamientos terribles: súbitamente adquirió el aspecto de estar a punto de echarse a llorar.

—Todo irá bien —dijo Birdy.

Las manos de Ricky se habían encontrado con su cara, y se palpó los rasgos para tranquilizarse.

—¿Estoy aquí? —se preguntó en voz baja. Birdy no le oyó; se estaba preparando mentalmente para entrar en el retrete. Tenía que hacerlo, no le quedaba más remedio, hubiera cuerpo o no lo hubiera. Entrar, coger las llaves y salir. ¡Ahora!

Abrió la puerta y entró. Mientras lo hacía se le ocurrió que antes jamás había estado en un servicio de hombres y deseó con toda su alma que aquella fuera la primera vez y la última.

El servicio estaba casi a oscuras. La luz parpadeaba tan espasmódicamente como las del cine, pero estaba más baja. Se quedó junto a la puerta, dejando que sus ojos se hicieran a la penumbra, e investigó el lugar.

El lavabo estaba vacío. No había ningún chico en el suelo, ni vivo ni muerto.

Sin embargo, las llaves sí estaban allí. El cinturón de Ricky se había caído al canalón del urinario. Al pescarlo el olor asfixiante del desinfectante le irritó las fosas nasales. Sacó las llaves del aro y salió al cine, comparativamente fresco. Lo había conseguido, así de sencillo.

Ricky se había levantado a duras penas y estaba desplomado en una butaca, con cara de estar más enfermo y sentir más lástima por sí mismo que nunca. Levantó la vista al oír aparecer a Birdy.

—Tengo las llaves —dijo.

Él gruñó: parecía enfermo, pensó ella. Pero ya no le daba tanta pena. Era obvio que había tenido alucinaciones, probablemente de origen químico. Era culpa suya.

—No hay ningún chico ahí dentro, Ricky.

—¿Qué?

—No hay ningún cuerpo en el retrete; absolutamente nadie. De todas formas, ¿qué has tomado?

Ricky bajó la vista y se miró las manos, que le temblaban.

—No he tomado nada. De verdad.

—Maldito estúpido —replicó ella. Sospechaba a medias que todo lo que ocurría era un montaje preparado por Ricky, pero las bromas pesadas no eran su estilo. Era bastante puritano a su manera: ése había sido uno de sus atractivos.

—¿Necesitas un doctor?

Negó con la cabeza, de mal humor.

—¿Estás seguro?

—He dicho que no —le espetó.

—De acuerdo. Era una simple sugerencia. —Empezó a alejarse por el ala inclinada, murmurando algo para su colecto. En la puerta del *foyer* se detuvo y le gritó.

—Creo que hay un intruso. Alguien estaba hablando por la otra línea. ¿Quieres quedarte a vigilar la puerta de fuera mientras voy a buscar a un policía?

—En seguida.

Ricky permaneció sentado bajo la luz parpadeante y pensó en su cordura. Si Birdy decía que el chico no estaba, probablemente dijera la verdad. La mejor manera de comprobarlo era ir a verlo personalmente. Así estaría seguro de que había sufrido una ligera paranoia debida a una mala dosis y se iría a casa, reclinaría la cabeza y se levantaría al día siguiente por la tarde curado por el sueño. Sólo que no quería meter las narices en aquel fétido cuarto. ¿Y suponiendo que estuviera equivocada, que fuera *ella* quien había sufrido una recaída? ¿No había alucinaciones en que todo parecía normal?

Se levantó temblando, cruzó el pasillo y abrió la puerta. El cuarto estaba lóbrego, pero podía ver lo suficiente para comprender que no había tormentas de polvo, chicos muertos, vaqueros jugueteando con pistolas, ni un solo rastrojo. «Vaya cabeza tengo», pensó. Crear un mundo alternativo tan real y al mismo tiempo tan horripilante. Fue un truco genial. Lástima que no pudiera utilizarse para nada mejor que para darle un susto de muerte, pero no hay mal que por bien no venga.

Y entonces vio la sangre. Sobre las baldosas. Una mancha de sangre demasiado grande para que le hubiera manado del tajo de la oreja. ¡Ja! No se lo esperaba. Había sangre, marcas de pasos, todos los indicios de que vio realmente lo que había creído ver. Pero, por el Dios que está en los cielos, ¿qué era peor? ¿Ver o no ver? ¿No habría sido mejor equivocarse, estar un poco colocado esa noche en lugar de estar en lo cierto y en manos de una fuerza que podía alterar la realidad en el sentido literal de la palabra?

Ricky contempló el reguero de sangre, y lo siguió por el suelo del lavabo hasta el water que tenía a la izquierda. La puerta estaba cerrada: antes estaba abierta. El asesino, fuera quien fuese, había metido al chico ahí adentro, lo comprendió sin necesidad de mirar.

—Vale —dijo—, ya te tengo.

Empujó la puerta. Se abrió de par en par y apareció el chico, tirado sobre la taza con las piernas abiertas y los brazos colgando.

Le habían arrancado los ojos de la cara. No de una manera limpia: no fue obra de un cirujano. Se los habían arrancado de cuajo, dejándole un reguero de venas en la mejilla.

Ricky se puso la mano en la boca y decidió no vomitar. El estómago se le revolvió, pero acabó por obedecerle, y echó a correr hacia la puerta del servicio como si el cuerpo fuera a levantarse en el momento menos pensado para exigirle la devolución del importe del billete.

—Birdy... Birdy...

Esa puta gorda se había equivocado del todo. Ahí dentro rondaba la muerte, y algo peor.

Ricky salió disparado del retrete hacia el patio de butacas.

Los plafones oscilaban detrás de sus pantallas de artdéco, derritiéndose como velas a punto de apagarse. No podría soportar quedarse a oscuras: se volvería loco.

Se le ocurrió que había algo familiar en el parpadeo de las luces, aunque no lograba recordar qué. Se quedó un momento en el pasillo, perdido sin remisión.

Y entonces oyó una voz; y aunque imaginó que esta vez era la muerte, levantó los ojos.

—Hola, Ricky —decía ella mientras bajaba por la fila E hacia él. No era Birdy, no. Birdy nunca se había puesto un vestido blanco de gasa, ni había tenido los labios llenos de magulladuras, o el pelo tan hermoso, o los ojos tan dulces e incitantes. Era Monroe, la rosa condenada de Norteamérica, quien se dirigía hacia él.

—¿No me vas a saludar? —le reprendió amablemente.

—... er...

—Ricky. Ricky. Ricky. Después de tanto tiempo.

—¿Tanto tiempo? ¿Qué quería decir con eso de «tanto tiempo»?

—¿Quién eres?

Le sonrió, radiante.

—Como si no lo supieras.

—No eres Marilyn. Marilyn está muerta.

—Nadie muere en las películas, Ricky. Lo sabes tan bien como yo. Siempre se puede volver a rebobinar el celuloide...

... eso era lo que le recordaba el parpadeo; era el parpadeo del celuloide a través de la puerta de un proyector, una cálida imagen detrás de otra, la creación de la ilusión de vida gracias a una secuencia perfecta de pequeñas muertes.

—... y volvemos a surgir, hablando y cantando. —Se rió con una risa cristalina—. Nunca metemos una morcilla, nunca envejecemos, nos coordinamos perfectamente...

—No eres real —dijo Ricky.

Esa observación pareció molestarle un poco, como si se hubiera hecho el pedante.

Para entonces ya había llegado al final de la fila y estaba a menos de tres pies de él. A esa distancia la ilusión era tan encantadora y tan íntegra como siempre. De repente quiso tomarla ahí mismo, en el ala. Qué más daba que sólo fuera una ficción: se puede hacer el amor con ellas si noquieres casarte.

—Te quiero —dijo, sorprendido por su propia brusquedad.

—Te quiero —replicó ella, lo que le sorprendió aún más—. En realidad te necesito. Soy muy débil.

—¿Débil?

—No resulta fácil ser el centro de atracción, ¿sabes? Lo acabas necesitando cada día más. Necesitas que la gente te mire. De noche y de día.

—Te estoy mirando.

—¿Soy hermosa?

—Eres una diosa, seas quien seas.

—Soy tuya: ésa soy yo.

Una respuesta perfecta. Se definía a sí misma mediante él. Soy una función tuya; hecha de ti para ti. La fantasía ideal.

—No dejes de mirarme; de mirarme *siempre*, Ricky. Necesito tus miradas de adoración. No puedo vivir sin ellas.

Cuanto más la contemplaba más nítida parecía volverse su imagen. El parpadeo había

desaparecido casi por completo; el lugar rebosaba de tranquilidad.

—¿Quieres tocarme?

Creía que no se lo iba a preguntar jamás.

—Sí —dijo.

—Bien. —Le sonrió aduladoramente y él trató de alcanzarla. Ella esquivó con elegancia sus yemas en el último instante y echó a correr, riendo, por el lateral, en dirección a la pantalla. Él la siguió, ansioso. Si quería jugar, jugarían.

Se había metido en un callejón sin salida. No se podía escapar de esa parte del cine y, a juzgar por sus requiebros, ella lo sabía. Se dio la vuelta y se apretó contra la pared, con los pies un poco separados.

Estaba a un par de metros de Marilyn cuando una ráfaga de ninguna parte le levantó la falda hasta la cintura. Se rió entornando los ojos cuando la ondulación de seda se elevó y la dejó a descubierto. No llevaba nada de ropa debajo.

Ricky tendió otra vez el brazo y esta vez no evitó el contacto. La falda se levantó un poco más y se quedó contemplando, embobado, la parte de Marilyn que jamás había visto, la peluda vulva con que soñaban millones de espectadores.

Estaba manchada de sangre. No mucha, unas cuantas huellas dactilares en el interior de los muslos. El brillo inmaculado de su carne estaba levemente manchado. A pesar de eso siguió mirando, y los labios se separaron un poco al mover ella las caderas. Comprendió que el destello de humedad no era el de los jugos de su cuerpo, sino de algo totalmente distinto. Cuando movió los músculos, los ojos ensangrentados que se habían enterrado en el cuerpo cambiaron de posición y se quedaron mirándolo.

Monroe leyó en la expresión de su rostro que no los había escondido lo bastante profundamente, pero ¿cómo iba una chica, con tan sólo un ligero velo con que cubrir su desnudez, a esconder los frutos de sus esfuerzos?

—Tú lo mataste —dijo Ricky, que todavía miraba los labios y los ojos que asomaban entre ellos. La visión era tan absorbente, tan prístina que acabó con el horror que pudiera sentir. Perversamente, el asco le alimentó la lujuria en lugar de apagarla. Qué más daba que fuera una asesina si era una leyenda.

—Ámame —dijo ella—, ámame siempre.

Fue hacia ella, consciente de que eso suponía su propia muerte. Pero la muerte era relativa, ¿no? Marilyn estaba muerta carnalmente, pero vivía aquí, ya fuera en su cerebro o en la hormigueante matriz del aire, o en ambas partes, y él podía estar a su lado.

Se abrazaron. Se besaron. Fue sencillo. Tenía los labios más suaves de lo que él esperaba, y sintió en la entrepierna algo muy cercano al dolor por lo mucho que ansiaba estar dentro de ella.

Le enlazó la cintura con sus brazos delgados y esbeltos y Ricky sintió cómo le embargaba la lujuria.

—Me haces fuerte —dijo ella—. Cuando me miras así. Necesito que me miren, si no me moriría. Es la condición natural de las ilusiones.

El abrazo se estaba estrechando; los brazos que tenía a su espalda ya no parecían tan ligeros como un sauce. Se revolvió un poco, incómodo.

—Inútil —le dijo, en un arrullo—. Eres mío.

Despegó la cabeza para ver qué era lo que le abrazaba y descubrió atónito que los brazos ya no eran brazos, sino algo semejante a un lazo, sin manos, dedos ni muñecas, que le rodeaba la espalda.

—¡Jesucristo! —dijo.

—Mírame, muchacho —ordenó ella. Las palabras ya no eran delicadas. No era Marilyn quien lo estrechaba entre sus brazos: no se parecía en nada a ella. El abrazo se hizo aún más opresivo, y Ricky se quedó sin aliento, aliento que la presión asfixiante le impedía recobrar. La espina dorsal crujío y el dolor le recorrió el cuerpo en lengüetazos candentes, asomando a sus ojos, que se llenaron de colores.

—Deberías haberte ido de la ciudad —dijo Marilyn, mientras el rostro de Wayne asomaba por debajo de la curva de sus perfectos pómulos. Su mirada era despectativa, pero Ricky sólo tuvo un segundo para apreciarlo antes de que esa imagen desapareciese a su vez y una cosa diferente surgiera bajo esa fachada de caras famosas. Por última vez en su vida hizo la pregunta:

—¿Quién eres tú?

Su capturador no respondió. Se estaba alimentando de su fascinación: mientras se miraban iban brotando de aquel cuerpo pares de órganos semejantes a los cuernos de una babosa, o quizás fueran antenas, convirtiéndose en sondas y cruzando el espacio que separaba su cabeza de la de Ricky.

—Te necesito —decía, con una voz que ya no se parecía a la de Wayne ni a la de Monroe; con una voz ruda, sin refinarse, con la voz de un criminal—. Soy tan jodidamente débil; estar en el mundo me consume.

Se concentraba en él, alimentándose, fuera lo que fuese, de sus miradas, antes embelesadas y ahora horrorizadas. Notaba cómo le iba extirmando la vida por los ojos, solazándose con las miradas agonizantes que le dedicaba mientras moría.

Sabía que debía estar a punto de morir, porque llevaba un buen rato sin respirar. Quizá varios minutos, pero no estaba seguro.

En el preciso instante en que se fijaba en los latidos de su corazón los cuernos se separaron en torno a su cabeza y se le introdujeron en los oídos. Hasta en su estado de ensueño, aquella sensación resultaba asquerosa, y quiso chillar para sofocarla. Pero los dedos se abrían paso dentro de su cabeza, destrozándole los yunque y atravesando cual inquisitiva solitaria cerebro y cráneo. Todavía estaba vivo, todavía contemplaba a su torturador, y sabía que le buscaba los ojos, sintió cómo los empujaba por detrás.

Los ojos se le hincharon repentinamente y abandonaron su habitáculo, saliendo de las cuencas. Por un momento vio el mundo desde un ángulo diferente cuando el órgano de la vista le resbaló por la mejilla. Se vio el labio, la barbillla...

Fue una experiencia espantosa y, gracias a Dios, breve. El personaje que Ricky había interpretado durante treinta y siete años se retorció y se desplomó en brazos de aquella ficción.

La seducción y el asesinato de Ricky habían durado menos de tres minutos. Durante ese tiempo Birdy había probado todas las llaves del llavero de Ricky, sin conseguir que ninguna de ellas abriera la puerta. Si no se hubiera obstinado podría haber vuelto a entrar en el cine a pedir ayuda. Pero los aparatos mecánicos, incluidos cerrojos y llaves, eran un desafío a su condición de mujer. Odiaba la superioridad instintiva de los hombres en lo que hacía referencia a las máquinas, sistemas y procesos lógicos, y se habría maldecido por tener que volver para decirle gemitando a Ricky que no podía abrir la condenada puerta.

Cuando decidió abandonar sus esfuerzos, Ricky ya había hecho lo propio. Maldijo de forma pintoresca las llaves y admitió su derrota. Estaba claro que Ricky había cogido el tranquillo a esos trastos despreciables, tenía un truco que ella aún no había logrado dominar. Con su pan se lo comiera. Ahora sólo quería salir de aquel lugar. Le estaba entrando claustrofobia. No le gustaba estar encerrada sin saber qué andaba rondando por el piso de arriba.

Y ahora, para acabar de empeorar las cosas, las luces del *foyer* se estaban apagando una tras otra.

¿Qué demonios ocurría?

Todas las luces se fundieron a la vez sin previo aviso y estaba segura de haber oído ruidos, movimientos, detrás de la puerta, en la sala del cine. Del interior se filtró una luz más brillante que la de una antorcha, crispada y colorida.

—¿Ricky? —dijo a la oscuridad. Ésta pareció tragarse sus palabras. No tenía ninguna esperanza de que se tratara de Ricky, y algo le decía que, si había de llamarlo, lo hiciera en un susurro.

—¿Ricky...

Las hojas de la puerta de batientes se pegaron con suavidad al empujarlas algo desde dentro.

—...eres tú?

El aire estaba electrizado: la energía estática hizo que el suelo crepitara bajo sus pies al dirigirse hacia la puerta, con el vello de los brazos de punta. La luz del interior se hacia más brillante a cada paso.

Se detuvo, cambiando de opinión acerca de sus investigaciones. No era Ricky, de eso estaba segura. Tal vez fuera el hombre o mujer del teléfono, un lunático de mirada torva que se excitaba cazando mujeres gordas al acecho.

Retrocedió dos pasos hacia la taquilla con los pies echando chispas y sacó de debajo del mostrador a Quebrantahuesos, una barra de hierro que guardaba desde que tres ladrones aficionados con la cabeza rapada y taladradoras eléctricas la tuvieron arrinconada en la taquilla. Se puso a jurar como un carretero y ellos se escaparon, pero se dijo que la próxima vez dejaría a uno (o a todos) sin sentido antes de permitir que la aterrorizaran. Y Quebrantahuesos, de casi un metro de largo, sería su arma.

Se plantó frente a la puerta con el arma en la mano.

Aquella se abrió de golpe, con un rugido temebundo que la aturdió y una voz que decía:

—Esto es para mirarte, niña.

Un ojo, un solo ojo inmenso, tapaba la puerta. El ruido la ensordeció; el ojo pestañeó, grandioso, húmedo y perezoso, escrutando a la muñeca que tenía delante con la insolencia del único Dios verdadero, del hacedor del celuloide «Tierra» y del celuloide «Cielo».

Birdy estaba aterrorizada, ésa es la palabra. No se trataba de la inquietud de notar que la perseguían; no había en su terror nada de excitante expectación ni de miedo placentero. Era un miedo real, visceral, sin contrapartidas y desagradable como él solo.

Se oyó gimotear bajo la mirada implacable de ese ojo, sintió que las piernas la traicionaban. Pronto se despollaría delante de la puerta, sobre la alfombra, y eso supondría su muerte.

Luego se acordó de Quebrantahuesos. Querida Quebrantahuesos, bendito sea tu corazón fálico. Levantó la barra con las dos manos y echó a correr hacia el ojo, agitándola.

Antes de alcanzarlo, el ojo se cerró, la luz se apagó y volvió a quedar sumergida en la oscuridad, con la retina todavía abrasada por lo que había visto.

Alguien, en la oscuridad, dijo:

—Ricky está muerto.

Sólo eso. Fue peor que el ojo, peor que todas las voces muertas de Hollywood, porque comprendió sin saber bien por qué que era cierto. El cine se había convertido en un matadero. El Dean de Lindi Lee había muerto, tal como dijo Ricky, quien estaba muerto a su vez.

Todas las puertas estaban cerradas; sólo quedaban dos personajes. Ella y «ello».

Se precipitó hacia la escalera, sin un plan de acción determinado, pero segura de que permanecer en el *foyer* equivalía a suicidarse. Cuando tocó el primer escalón con el pie, las puertas de batientes se abrieron con un susurro detrás de ella y algo se puso a perseguirla, raudo y parpadeante. Lo tenía a unos dos pasos mientras subía la escalera casi sin aliento y maldiciendo su gordura. Junto a ella explotaban destellos de luz brillante, como las chispas de una vela al encenderse. Sin duda estaba preparando una nueva estratagema.

Llegó a lo alto de la escalinata con el admirador todavía pisándole los talones. Ante ella, el pasillo, iluminado por una sola bombilla griseante, no suponía ningún alivio. Era tan largo como el cine y tenía unos cuantos trasteros llenos de porquería: carteles, gafas de visión tridimensional, fotografías emmohecidas. Sabía que de uno de ellos salía la escalera de incendios, pero ¿de cuál? Sólo había subido allí una vez, y eso fue hacía dos años.

—Mierda. Mierda. Mierda —dijo.

Corrió hasta el primer trastero. Tenía el cerrojo echado. Golpeó la puerta en son de protesta. No se abrió. Con la siguiente ocurrió lo mismo. Y con la tercera. Aunque se acordara de qué trastero tenía la vía de salida, las puertas eran demasiado sólidas para echarlas abajo. Con diez minutos y la ayuda de Quebrantahuesos tal vez pudiera conseguirlo. Pero tenía el ojo detrás: no disponía ni de diez segundos, mejor no pensar en diez minutos.

No tenía más remedio que enfrentarse a aquello. Giró sobre sus talones, musitando una plegaria y preparándose a enfrentarse en la escalera con su perseguidor. El rellano estaba vacío.

Estudió el desolado decorado de bombillas fundidas y desconchones de pintura como si quisiera descubrir algo invisible, pero aquella cosa no estaba delante de ella, sino detrás. Volvió a ver un resplandor, pero esta vez la vela prendió, el fuego se hizo luz, la luz se convirtió en imagen y glorias cinematográficas que casi había olvidado se materializaron en el pasillo dirigiéndose hacia ella. Escenas escogidas de un millar de películas: cada una de ellas remitiendo a una única referencia. Empezó a comprender al fin el origen de aquel extraordinario espécimen. Era un fantasma del engranaje del cine: un hijo del celuloide.

—Danos tu alma —dijeron mil estrellas.

—No creo en el alma —replicó ella con toda sinceridad.

—Entonces danos lo que le das a la pantalla, lo que le da todo el mundo. *Danos un poco de amor*.

Por eso se estaban representando, volviendo a representar y representándose de nuevo todas esas escenas ante ella. Eran momentos en que se establecía una suerte de mágico vínculo entre los espectadores y la pantalla, en que aquéllos, mirando, mirando y mirando, sufrían a través de ésta. A ella también le había ocurrido muchas veces: ver una película y sentir que la afectaba tanto que le producía un dolor casi físico ver aparecer el reparto y romperse el hechizo, porque sentía que había dejado algo de sí en la película, que había perdido parte de su personalidad entre todos sus héroes y heroínas. Tal vez fuera cierto. Tal vez el aire acumulara el conjunto de sus deseos y los depositara en algún lugar, donde se entremezclaban con los deseos de otros corazones, atesorándose en una hornacina hasta que...

Incluso esto. Este hijo de la pasión colectiva: este seductor de tecnicolor; burdo y trivial pero

profundamente fascinante.

Muy bien, pensó, siempre es bueno comprender a quien te ejecuta: algo completamente diferente es hacerle olvidar sus obligaciones profesionales.

Mientras trataba de resolver el enigma disfrutaba con aquellas imágenes, no podía reprimir su curiosidad. Fragmentos burlones de vidas que había vivido, de rostros que había amado. El ratón Mickey bailando con una escoba, Gish en *Flores ajadas*, Garland (con Toto junto a ella) viendo cómo un tornado se dirigía hacia Kansas, Astaire en *Sombrero de copa*, Welles en *Ciudadano Kane*, Brando y Crawford, Tracy y Hepburn... personas tan grabadas en nuestro corazón que no necesitan nombres. Y era mucho mejor verse burlado por esas imágenes: ver sólo el momento anterior al beso y no el propio beso; la afronta y no la reconciliación; la sombra y no el monstruo; la herida y no la muerte.

La tenía completamente esclavizada. La tenía apresada por los ojos con tanta firmeza como si se los hubiera cogido por la raíz y los hubiera encadenado.

—¿Soy hermoso? —dijo.

Sí, era hermoso.

—¿Por qué no te das por entero a mí?

Había dejado de pensar, perdida toda capacidad de análisis. Pero entre el revoltijo de imágenes apareció de repente algo que la hizo volver en si. *Dumbo*. El elefante gordo. Era su elefante: tan sólo eso, el elefante gordo que ella había creído ser.

Se rompió el hechizo. Apartó los ojos de aquella criatura. Con el rabillo del ojo vio unos instantes algo malsano y cubierto de moscas entre aquellas imágenes cautivadoras. Todos los niños del edificio en que vivía la llamaban Dumbo. Había pasado veinte años con ese horrible mote a cuestas, incapaz de quitárselo de encima. La gordura de su cuerpo le recordaba su propia gordura, su aspecto dejado le recordaba su propio aislamiento. Se imaginó a Dumbo en el vientre de su madre, condenado a ser un elefante loco, y trató de sacarse el sentimentalismo de encima.

—¡Es una jodida mentira! —le espetó a la cosa.

—No sé qué quieres decir —protestó ésta.

—¿Qué hay detrás de tanta extravagancia? Me temo que algo muy feo.

La luz empezó a parpadear y el desfile de *trailers* se hizo indeciso. Pudo ver otra figura, pequeña y oscura, rondando detrás de las cortinas de luz. Estaba llena de dudas. De dudas y de miedo a morir. Estaba segura de oler ese miedo a diez pasos de distancia.

—¿Qué eres tú, ése de ahí?

Dio un paso en dirección a él.

—¿Qué estás escondiendo, eh?

Consiguió articular algo con una voz humana y asustada.

—¿Quién te manda meterte en mis asuntos?

—Has intentado matarme.

—Quiero vivir.

—Y yo.

El extremo del pasillo se estaba quedando a oscuras y olía mal, a viejo y a podrido. Conocía la podredumbre, y ésta era animal. La primavera anterior, cuando se derritió la nieve, encontró algo muerto en el solar que había detrás de su piso. Era un pequeño perro o un gato grande, resultaba difícil saberlo con seguridad. Un animal doméstico que había muerto de frío bajo las nevadas repentinamente en diciembre del año anterior. Ahora estaba infestado de gusanos: amarillento, grisáceo, rosado, era un amasijo de moscas de tonos pastel con mil partes en movimiento.

El hedor era muy semejante al que olía ahora. Tal vez fuera ésa la carne que había detrás de la fantasía.

Haciendo acopio de valor, con los ojos aún escocidos por la visión de *Dumbo*, avanzó hacia ese espejismo vacilante con Quebrantahuesos levantada por si a aquella cosa se le ocurría alguna jugarreta.

Los tablones crujieron bajo sus pies, pero estaba demasiado interesada por su presa para escuchar sus consejos. Había llegado el momento de atrapar a ese asesino, zarandearlo y hacer que escupiera su secreto.

Ya habían recorrido casi todo el pasillo, ella avanzando mientras él retrocedía. A aquella cosa ya no le quedaba ningún lugar en que refugiarse.

De repente las planchas se partieron en fragmentos polvorrientos bajo su peso y cayó suelo abajo entre una nube de polvo. Perdió a Quebrantahuesos al extender las manos para asirse a algo, pero el suelo estaba carcomido y se deshizo cuando lo agarró.

Cayó torpemente y aterrizó bruscamente sobre algo mullido. El olor a putrefacción era allí

inmensamente fuerte, parecía que el estómago quisiera salírsele por la boca. Estiró la mano para enderezarse en la oscuridad y no notó más que limo y frío por todas partes. Tenía la sensación de que la hubieran vertido en un cubo lleno de peces a medio pudrir. Por encima de ella, la luz resplandeciente atravesó los tablones y cayó sobre su lecho. Miró a su alrededor, aunque sólo Dios sabe que no quería hacerlo, y vio que estaba tirada sobre los restos de un hombre que sus devoradores habían esparcido por una amplia zona. Quiso aullar. Quiso arrancarse instintivamente la blusa y la falda que se habían pringado con esa materia; pero no podía quedarse desnuda, y mucho menos en presencia del hijo del celuloide.

Éste seguía contemplándola desde arriba.

—Ahora ya lo sabes —dijo, desamparado.

—Esto eres tu...

—Es el cuerpo que ocupé una vez, sí. Se llamaba Barberio. Un criminal; nada especial. Nunca aspiró a nada grande.

—¿Y tú?

—Soy su cáncer. Soy la parte de él que aspiraba a algo, que deseaba ardientemente ser algo más que una simple célula. Soy una enfermedad soñadora. No resulta extraño que me encanten las películas.

El hijo del celuloide estaba llorando al borde del suelo quebrado, con su auténtico cuerpo al descubierto ahora que ya no tenía motivos para fingir gloria.

Era una cosa mugrienta, un tumor sobrealmimentado de pasiones vanas. Un parásito con la figura de una babosa y la textura del hígado crudo. Una boca sin dientes y deforme apareció en su extremo superior y dijo:

—Tendré que descubrir una manera diferente de comerme tu alma.

Se dejó caer en la cámara junto a Birdy. Sin su abrigo tornasolado de muchos tecnicolores era del tamaño de un niño pequeño. Ella retrocedió cuando le alargó un sensor para tocarla, pero no podría esquivarlo de forma permanente. La cámara era diminuta y estaba llena de sillas rotas y libros de plegarias, o de algo semejante. El único camino de salida era por el que había entrado, y estaba a más de tres metros por encima de su cabeza.

El cáncer le tocó prudentemente el pie, provocándole arcadas. No pudo evitarlo, por mucho que le molestara ceder a reacciones tan primitivas. Nada le había dado jamás tanto asco; le recordaba a un aborto, un tumor.

—Vete al infierno —le dijo, dándole una patada en la cabeza, pero no dejaba de volver una y otra vez, agarrándole las piernas con su masa diarreica. Cuando se arrastraba por encima de ella notaba los ruidos que hacían sus entrañas al digerir.

El frotamiento de su cuerpo contra el estómago y la ingle de Birdy tenía algo de sexual y, asqueada por sus pensamientos, se le ocurrió la peregrina idea de que algo parecido tuviera ganas de sexo. Había algo en la insistencia de esos tentáculos que se formaban una y otra vez para acariciarle la piel, sondearla tiernamente por debajo de la blusa, estirándose para tocarle los labios, que no podía ser más que deseo. «Que sea lo que Dios quiera, pensó, si no queda más remedio.»

Dejó que se arrastrara por su cuerpo hasta que estuvo completamente colgado de él, reprimiendo como pudo la tentación de sacárselo de encima. Fue entonces cuando puso su trampa en movimiento. Se revolcó.

La última vez que había subido a una báscula pesaba ochenta y cinco kilos, y ahora probablemente pesaría unos cuantos más. La cosa se vio debajo de Birdy antes de darse cuenta de por qué o cómo había sucedido, rezumando por los poros la savia enfermiza de sus tumores.

Luchó, pero no consiguió salir de debajo de ella por mucho que lo intentó y se retorció. Birdy le clavó las uñas y se puso a rasgarle con furia los costados, desgarrándole jirones esponjosos por los que brotaban más líquidos todavía. Sus aullidos de rabia se volvieron aullidos de dolor. Después de un breve lapso, la enfermedad soñadora dejó de luchar.

Birdy se quedó quieta durante un rato. Nada se movía debajo de ella.

Finalmente se levantó. Resultaba imposible saber si el tumor estaba muerto, puesto que, de acuerdo con los criterios que ella conocía, jamás había existido. Además, no quería volver a tocarlo. Habría luchado con el mismo demonio antes de volver a abrazar al cáncer de Barberio.

Levantó la vista hacia el pasillo y perdió toda esperanza. ¿Iba a morir en ese lugar, igual que Barberio? Pero cuando echó un vistazo a su adversario descubrió la rejilla. No fue visible mientras era de noche. Ahora estaba amaneciendo y unos rayos de luz sucia atravesaron el enrejado.

Se inclinó sobre la reja, la empujó con fuerza y de repente se hizo de día en la cámara. Llegar hasta la pequeña puerta le costó bastante, y no dejó de pensar durante todo el trayecto que aquella

cosa se le arrastraba entre las piernas, pero al fin consiguió asomarse al exterior con tan sólo los pechos magullados.

El solar abandonado no había cambiado considerablemente desde la visita de Barberio. Apenas si tenía más ortigas. Se quedó un rato aspirando bocanadas de aire fresco y luego se dirigió a la valla y a la calle.

Camino de casa, tanto los perros como los repartidores de periódicos evitaron a aquella mujer de mirada extraviada y ropas fétidas.

TRES: ESCENAS CENSURADAS

La cosa no acabó ahí.

La policía se presentó en el Movie Palace pasadas las nueve y media. Birdy iba con ellos. El registro permitió identificar los cuerpos mutilados de Dean y Ricky, así como los restos de *Sonny Barberio*. Arriba, en una esquina del pasillo, se encontró un zapato color cereza.

Birdy no dijo nada, pero había comprendido. Lindi Lee no se había ido.

Fue procesada por un doble asesinato del que nadie la consideraba realmente responsable y absuelta por falta de pruebas. El veredicto del jurado fue que fuera sometida a observación psiquiátrica durante un período no inferior a dos años. Tal vez no hubiera asesinado a nadie, pero era evidente que estaba loca de atar. Los cuentos sobre cánceres que andan no favorecen la reputación de nadie.

A principios del verano del año siguiente Birdy ayunó durante una semana. Casi todo lo que adelgazó en ese tiempo fue agua, pero fue suficiente para que sus amigos se animaran ante la perspectiva de que iba a abordar por fin su Gran Problema.

Ese fin de semana desapareció durante veinticuatro horas.

Birdy encontró a Lindi Lee en una casa abandonada de Seattle. No había resultado demasiado difícil seguirle la pista: a Lindi le costaba trabajo controlarse, ni se preocupaba siquiera por sus posibles perseguidores. Dio la casualidad de que sus padres la habían dejado por imposible hacía varios meses. Sólo Birdy continuó buscándola, pagando a un detective para que descubriera su paradero, y finalmente la vista de aquella belleza frágil, más frágil que nunca pero aún hermosa, sentada en una habitación sin muebles, recompensó su paciencia. Las moscas erraban por el aire. En medio de la habitación había un cagajón, quizás de origen humano.

Birdy abrió la puerta con una pistola en la mano. Lindi Lee levantó la vista, dejando de lado sus pensamientos, o tal vez los pensamientos de *aquello*, y le sonrió. El saludo duró un rato, hasta que el parásito de Lindi reconoció la cara de Birdy, vio la pistola y comprendió a qué había venido.

—Bueno —dijo, levantándose para recibir a su visita.

Los ojos de Lindi Lee estallaron, su boca estalló, su coño y su culo, sus oídos y su nariz, todo estalló; y el tumor le salió a borbotones en horrendos riachuelos rosas. Salió de sus pechos resecos, de un corte en el pulgar, de una abrasión en el muslo. Salió de todas las rajitas que tenía su cuerpo.

Birdy levantó la pistola y disparó tres veces. El cáncer se estiró hacia ella una sola vez, cayó hacia atrás, se tambaleó y se derrumbó. Cuando se quedó quieto, Birdy sacó con calma la botella de ácido que tenía en el bolsillo, desenroscó el tapón y vertió su contenido sobre los restos humanos y sobre el tumor. No gritó mientras se disolvía, y lo dejó tirado al sol, con un humo acre emanando de aquel amasijo.

Salió a la calle con su misión cumplida y siguió su camino, con la confianza de seguir viviendo mucho tiempo después de que el reparto de actores de esta singular comedia hubiera aparecido en la pantalla.

1. Busby Berkeley. prolífico director inglés de películas comerciales de los años treinta. (*N. del T.*)

REX, EL HOMBRE-LOBO

Entre todos los ejércitos conquistadores que recorrieron las calles de Zeal fue el suave andar de los domingueros el que acabó por someter al pueblo. Había resistido a las legiones romanas, la conquista normanda, sobrevivido pese a las estrecheces de la guerra civil; todo ello sin perder su identidad ante las potencias invasoras. Pero, después de siglos de pillajes, iban a ser los turistas –los nuevos bárbaros– quienes sojuzgaran a Zeal, con las únicas armas de la cortesía y del dinero contante y sonante.

Estaba hecho a medida para la invasión. A sesenta kilómetros al sudeste de Londres, entre los huertos y los campos de lúpulo de las arboledas de Kent, estaba lo bastante lejos de la ciudad como para que el viaje fuera una aventura y al mismo tiempo lo bastante cerca como para emprender una rápida retirada si el tiempo se ponía tonto. Todos los fines de semana entre mayo y octubre Zeal era un abrevadero para los resecos londinenses. Cada sábado que prometía buen tiempo pululaban por el pueblo, acarreando sus perros, sus pelotas de plástico, sus camadas de niños y la basura de los niños¹, vertiendo a esas hordas mugientes en el ejido de la aldea para volver luego a The Tall Man a contarse historias de tráfico con vasos de cerveza tibia en la mano.

Por su parte, a los habitantes de Zeal les entriscía más de lo debido la avalancha de domingueros: por lo menos no vertían sangre. Pero era precisamente esa falta de agresión lo que hacía aún más insidiosa la invasión.

Gradualmente, esos ciudadanos hastiados de ciudad empezaron a provocar ligeros pero indelebles cambios sobre el pueblo. Muchos de ellos dedicaron todos sus desvelos a conseguir una casa en el campo; les fascinaban los chalets de piedra construidos entre robles que se mecían bajo la brisa, les encantaban las palomas de los tejos del camposanto. Hasta el aire, decían al inhalarlo intensamente, hasta el aire es más fresco aquí. Huele a Inglaterra.

Al principio unos pocos y luego muchos, empezaron a tratar de hacerse con los graneros vacíos y las casas abandonadas que salpicaban Zeal y sus alrededores. Se les podía ver todos los fines de semana entre las ortigas y los cascotes, meditando acerca del emplazamiento de la cocina y de la instalación del baño. Y aunque muchos, al verse de nuevo rodeados por las comodidades de Kilburn o de St. John's Wood, preferían quedarse ahí, cada año uno o dos llegaban a un acuerdo razonable con uno de los pueblerinos y adquirían un acre de buena vida.

Así pues, con el paso de los años y la muerte natural de los nativos de Zeal, los salvajes urbanos fueron ocupando su lugar. La ocupación fue sutil, pero los cambios resultaban manifiestos para el ojo experto. Se apreciaban en los periódicos que recogía Correos: ¿qué nativo de Zeal había comprado jamás un ejemplar de la revista *Harpers and Queen*, o bien ojeado el suplemento literario de *The Times*? Se apreciaban en los coches nuevos y brillantes que atascaban la calle estrecha –irónicamente llamada «principal»– que constituía la espina dorsal de Zeal. Se apreciaba también en el cotilleo zumbón de The Tall Man, señal inequívoca de que los asuntos de los extranjeros se habían convertido en tema apropiado para la discusión y la mofa.

Con el tiempo los invasores encontraron sin duda un hueco más imperecedero en el corazón de Zeal, pues los perennes demonios de sus vidas febiles, el cáncer y el infarto, se cobraron sus derechos, acompañando a sus víctimas a esa tierra recién descubierta. Como los romanos, como los normandos, como todos los invasores que les precedieron, estos viajeros dejaron su huella más honda sobre ese césped usurpado no por sus edificaciones, sino por quedar enterrados en sus cimientos. A mediados de septiembre, el último septiembre de Zeal, hacia un tiempo frío y húmedo.

Thomas Garrow, hijo único del difunto Thomas Garrow, se estaba haciendo con una sed saludable mientras cavaba en un rincón del Campo de los Tres Acres. El día anterior, jueves, había caído un violento chaparrón y el suelo estaba empapado. Limpiar el terreno para sembrarlo el año próximo no había sido una tarea tan fácil como creía Thomas, pero había jurado por sus muertos que habría preparado el campo antes del fin de semana. Quitar las piedras y apartar los detritos de máquinas pasadas de moda que el vago bastardo de su padre había dejado que se oxidaran al aire libre resultó un trabajo agotador. Debieron ser buenos años, pensó Thomas, años jodidamente buenos, para que su padre pudiera permitirse dejar que se deterioraran máquinas tan buenas. En realidad, para que pudiera permitirse dejar yerma la mayor parte de los tres acres; pero es que era buena tierra. Después de todo, éste era el vergel de Inglaterra: el suelo era dinero. Dejar tres acres en barbecho era un lujo que nadie se podía permitir en estos tiempos de tanta apretura. Pero como hay Dios que era un trabajo agotador; el tipo de trabajo que le encomendaba su padre cuando era joven y que desde entonces

odiaba profundamente.

Pero eso no quitaba que hubiera que hacerlo.

Y el día había empezado bien. Después de la revisión, el tractor parecía más alegre y el cielo matinal estaba repleto de gaviotas venidas desde la costa para desayunar gusanos recién desenterrados. Le habían hecho compañía, estridentes, en su trabajo: su insolencia y su impaciencia siempre resultaban entretenidas. Pero luego, al volver al campo después de tomar un tentempié en The Tall Man, las cosas empezaron a salir mal. El motor empezó a ratear por el mismo problema por el que se acababa de gastar doscientas libras; y después, cuando sólo llevaba unos cuantos minutos trabajando, encontró la piedra.

Era un pedazo de materia completamente anodino: sobresalía del suelo unos treinta centímetros quizás, su diámetro visible tenía menos de un metro y la superficie era suave y lisa. Ni siquiera líquenes; sólo unas pocas hendiduras que una vez quizás fueran palabras. A lo mejor una frase de amor, más probablemente un mensaje del tipo «Kilroy estuvo aquí» o, lo más seguro, una fecha y un nombre. Fuerá lo que fuese, monumento o mojón, ahora le estorbaba. Lo tendría que desenterrar o el año que viene perdería tres buenos metros de tierra cultivable. Un arado no podía de ninguna manera abarcar un canto rodado de ese tamaño.

A Thomas le sorprendió que hubieran dejado esa maldita piedra en el campo tanto tiempo sin que nadie se preocupara por quitarla. Pero hacía mucho tiempo que se cultivaba el Campo de los Tres Acres: seguro que más de los treinta y seis años que tenía. Y tal vez, se le ocurrió, antes de que su padre viniera al mundo. Por alguna razón (si alguna vez supo cuál, se le había olvidado) esta parcela de las tierras Garrow llevaba en barbecho muchas temporadas, a lo mejor incluso generaciones. De hecho, le asaltó la sospecha de que alguien, probablemente su padre, había dicho que en ese lugar no crecería nunca ningún cultivo. Pero eso era completamente absurdo. Por el contrario, las plantas, aunque se tratara de ortigas y de enredaderas, eran más tupidas y exuberantes en esos tres acres abandonados que en el resto de la comarca. Así que no acertaba a comprender por qué no habría de florecer el lúpulo en ese lugar. Tal vez incluso un huerto: aunque eso requería más paciencia y cariño del que Thomas creía disponer. Plantara lo que plantase, seguramente brotaría de un suelo tan rico con un entusiasmo desconocido y él habría aprovechado tres acres de tierra excelente para sanear su depauperada economía.

Sólo le hacía falta desenterrar esa maldita piedra.

Se le ocurrió la posibilidad de alquilar una de las excavadoras de la obra que se estaba haciendo al norte del pueblo, traerla aquí y recurrir a sus mandíbulas mecánicas para resolver el problema. Desenterrar y quitar de en medio la piedra en dos segundos. Pero, por orgullo, no quiso echarse a correr en busca de ayuda ante la primera dificultad. A fin de cuentas no había para tanto. La desenterraría solo, igual que habría hecho su padre. Estaba decidido. Dos horas y media más tarde, empezaba a arrepentirse de sus prisas.

El agradable calor de la tarde se había agriado y el aire, sin brisa que lo dispersara, se volvía sofocante. Se oyó en las lomas el redoble entrecortado de un trueno y Thomas sintió la electricidad estática en el cogote, erizándole los pelos. El cielo encima del campo se había quedado vacío: las gaviotas, demasiado veleidosas para seguir sobrevolándolo una vez que la diversión se había terminado, se alejaron tras una corriente térmica salina.

Hasta la tierra, de la que se había desprendido un fuerte aroma dulce cuando las hojas la removieron por la mañana, olía ahora a tristeza; y según cavaba la tierra negra de alrededor de la piedra, sus pensamientos volvieron sin darse cuenta a la putrefacción que la volvía tan rica. Ocioicamente, sus ideas volvían una y otra vez sobre las incontables pequeñas muertes que causaba cada una de sus paletadas. Ésa no era su forma habitual de pensar y le molestó la morbosidad del tema. Se detuvo un momento, apoyándose sobre la pala, y lamentó el cuarto vaso de Guinness que había bebido con la comida. Normalmente era una ración completamente inofensiva, pero hoy le daba vueltas en el estómago, lo oía, estaba tan negro como la tierra que tenía sobre la pala, preparaba un amasijo de acetona y comida a medio digerir.

Piensa en otra cosa, se dijo, o devolverás. Para olvidarse de su estómago se puso a mirar el campo. No era nada extraordinario: un simple cuadrado de tierra limitado por una descuidada valla de espinos. Había uno o dos animales muertos a la sombra del espino: un estornino y algo demasiado podrido para que pudiera reconocerse. Daba cierta sensación de soledad, pero eso no era tan raro. Pronto llegaría el otoño, y el verano había sido demasiado largo y demasiado caluroso para resultar agradable.

Levantando la vista de la valla vio a una nube con forma de cabeza de mongólico soltar un rayo sobre las colinas. El brillo de la tarde iba quedando reducido a una pequeña franja de azul en el

horizonte. Pronto caería la lluvia, pensó, y la idea le gustó. Lluvia fresca; quizás un chaparrón, como el día anterior. A lo mejor esta vez dejaba el aire limpio y sano.

Thomas bajó los ojos a la piedra irredimible y la golpeó con la pala. Despidió un pequeño arco de llama blanca.

Blasfemó en voz alta e imaginativamente: maldijo a la piedra, a sí mismo y al campo. La piedra se quedó asentada en el foso que había cavado en torno a ella, desafiándolo. Había agotado casi todas las posibilidades: había hecho un agujero de unos sesenta centímetros alrededor del pedrusco, le había clavado postes debajo, los había encadenado y luego trató de izarlo con el tractor. Sin suerte. Obviamente, tendría que hacer más hondo el foso, clavar más profundamente las estacas. No iba a dejarse vencer por aquel maldito objeto.

Gruñendo entre dientes se puso a cavar de nuevo. Unas gotas de lluvia le salpicaron el dorso de la mano, pero casi no se dio cuenta. Sabía por experiencia que una tarea como ésa exigía una determinación especial: agachar la cabeza e ignorar toda distracción. Se quedó con la mente en blanco. Sólo existía la tierra, la pala, la piedra y su cuerpo.

Hundir, sacar. Hundir, sacar. Un ritmo de trabajo hipnótico. El trance era tan absoluto que, cuando la piedra empezó a moverse, no recordaba con seguridad cuánto tiempo llevaba trabajando.

El movimiento le despertó. Se levantó con un chasquido de las vértebras, sin estar completamente seguro de que el cambio de posición fuera algo más que una ilusión óptica. Posando el pie sobre la piedra, hizo presión. Sí, giraba sobre su fosa. Estaba demasiado exhausto para sonreír, pero sentía cercana la victoria. Había vencido a aquella cabrona.

La lluvia empezaba a caer más intensamente, y le gustaba esa sensación sobre el rostro. Metió un par de estacas más bajo la piedra para que descansara sobre una base menos sólida: iba a destrozarla. «Ya verás, dijo, ya verás.» La tercera estaca caló más hondo que las dos anteriores y pareció pinchar una burbuja de gas por debajo de la piedra, una nube amarillenta que olía tan mal que le obligó a apartarse para aspirar una bocanada de aire puro. Ya no quedaba aire puro. Todo lo que pudo hacer fue expectorar una bola de flema para aclararse la garganta y los pulmones. Fuera lo que fuera lo que había debajo de la piedra –y la fetidez tenía algo de animal–, estaba muy podrido.

Se obligó a seguir trabajando, respirando por la boca y no por la nariz. Sentía una presión en la cabeza, como si el cerebro se le estuviera hinchando y chocara contra la cúpula de su cráneo, esforzándose por salir.

–¡Que te jodian! –dijo, y metió otra estaca bajo la piedra.

Tenía la espalda a punto de partirse. En su mano derecha acababa de estallar una burbuja. Un tábano se le posó en el brazo y se regaló con él, feliz de que no lo espantaran.

–Hazlo. Hazlo. Hazlo.

Clavó la última estaca sin ser consciente de lo que hacía.

Y entonces la piedra empezó a rotar.

Sin que él la tocara. La estaban sacando de su asiento empujándola por debajo. Cogió la pala, que seguía encajada bajo la piedra. De repente se sentía su dueño; era suya, formaba parte de él y no quería que se quedara cerca del agujero; y ahora aún menos, ahora que la piedra se agitaba como si tuviera un géiser debajo a punto de estallar, ahora que el aire estaba amarillo y el cerebro se le hinchaba como un calabacín en agosto.

Tiró de ella con fuerza, pero no se desenterraba.

La maldijo y lo volvió a intentar con las dos manos, manteniéndose a prudente distancia, pues la agitación creciente de la piedra lanzaba ráfagas de tierra, piojos y guijarros.

Volvió a tirar de la pala, pero no quería ceder. No se paró a analizar la situación. El trabajo le tenía obsesionado; sólo quería recuperar la pala, su pala, sacarla del agujero y salir pitando.

La piedra daba sacudidas, pero no por eso dejó de sujetar la pala; se le había metido entre ceja y ceja la idea de que tenía que recuperarla para poder largarse. Sólo cuando la tuviera entre las manos, sana y salva, obedecería a sus tripas y saldría corriendo.

Bajo sus pies el suelo comenzó a hacer erupción. La piedra salió rodando del sepulcro como si pesara menos que una pluma. Una segunda nube de gas, más repugnante que la primera, pareció arrastrarla consigo. Al mismo tiempo salió la pala del hoyo, y Thomas pudo ver qué era lo que la sujetaba.

De repente todo dejó de tener sentido, así en la tierra como en el cielo.

Era una mano, una mano viva, la que se aferraba a la pala, una mano tan grande que podía sujetarla por la hoja sin dificultad.

Thomas conocía aquel momento perfectamente bien. La tierra hendiéndose; la mano; la fetidez. Sentado en el regazo de su padre, había oído que alguien lo describía en una pesadilla.

Pensó en abandonar la pala, pero ya no le quedaba fuerza de voluntad. Sólo pudo obedecer a un mandato procedente del subsuelo que le instaba a estirar hasta que se le desgarraran los ligamentos y le sangraran los tendones.

Por debajo de la delgada corteza de tierra, el hombre-lobo olió el aire libre. Fue como éter purificado para sus adormecidos sentidos; tanto placer le dio arcadas. Sólo unos centímetros más y tendría reinos a su disposición. Después de tantos años, de aquella interminable asfixia, sus ojos volvían a ver la luz y su lengua paladeaba el sabor del terror humano.

Por fin asomó su cabeza a la superficie, con el pelo negro coronado de gusanos y el cuero cabelludo cubierto de pequeñas arañas rojas. Esas arañas que llevaban cien años irritándolo, perforándole la medula espinal, y que tanto ansiaba aplastar. Tira, tira, le ordenaba al hombre, y Thomas Garrow tiró hasta que no le quedaron más fuerzas en el lamentable cuerpo y centímetro a centímetro Rex fue arrancado de su sepultura, de su mortaja de plegarias.

La piedra que le había tenido tanto tiempo aprisionado ya no le retenía; salía con facilidad a la superficie, mudando de sepulcro como de piel las serpientes. Ya tenía el torso fuera. Sus hombros eran el doble de anchos que los de un hombre; sus brazos, flacos y llenos de cicatrices, más fuertes que los de cualquier ser humano. La sangre le palpitaría en las extremidades como si fueran las alas de una mariposa, plétórica ante la resurrección. Fue clavando rítmicamente los dedos, largos y letales, en la tierra a medida que recuperaban energía.

Thomas Garrow se quedó de pie, mirándolo. No sentía más que reverente temor. El miedo estaba hecho para quienes tenían aún alguna posibilidad de sobrevivir: a él no le quedaba ninguna.

Rex había salido definitivamente de su sepultura. Empezó a erguirse por vez primera desde hacia siglos. Le cayeron terrones de arena húmeda del torso al estirarse en toda su altura, un metro más que la de Garrow, que media un metro ochenta.

Éste se quedó a la sombra del hombre-lobo con los ojos fijos en el hoyo de donde había salido el Rey. Seguía aferrando la pala con la mano derecha. Rex lo levantó del pelo. El cuero cabelludo se le desgarraba por el peso del cuerpo, de forma que el hombre-lobo lo agarró por el cuello, que pudo rodear con facilidad con su inmensa mano.

La sangre del cuero cabelludo le resbaló a Garrow por el rostro, y esa sensación lo espabiló. Sabía que la muerte era inminente. Se miró las piernas, que pataleaban inútilmente, y luego levantó la vista y contempló detenidamente el rostro despiadado de Rex.

Era inmenso, como la luna de septiembre, inmenso y ambarino. Pero esa luna tenía ojos; ojos ardientes sobre una cara pálida y picada de viruela. Aquellos ojos eran como heridas del mundo, como si se los hubieran arrancado a Rex de la cara y en su lugar hubieran colocado dos velas que le parpadearan en las cuencas.

Garrow estaba extasiado por la inmensidad de esa luna. La observó de ojo a ojo, bajó luego la vista hasta las húmedas rajas que tenía por nariz, y por fin, con una sensación de terror infantil, hasta la boca. Dios mío, qué boca. Era tan ancha y tan cavernosa que pareció dividirle la cabeza en dos cuando se abrió. Esa fue la última idea de Thomas. Que la luna se estaba partiendo en dos y que se caía del cielo encima de él.

Entonces el Rey invirtió su cuerpo, como siempre había hecho con sus enemigos muertos, y tiró a Thomas con la cabeza por delante al agujero, incrustándolo en la misma tumba en que sus antecesores trataron de enterrar para siempre al hombre-lobo.

Cuando la tormenta que se avecinaba descargó sobre Zeal, el Rey estaba a una milla del Campo de los Tres Acres, refugiándose en la cuadra de los Nicholson. En el pueblo todo el mundo se ocupaba de sus asuntos, con lluvia o sin ella. Se tomaba la ignorancia por dicha. No tenían a ninguna Casandra entre ellos y el horóscopo de la gaceta de esa semana no había intuido ni por asomo la muerte súbita de un géminis, tres leos, un sagitario y todo un pequeño sistema estelar en los próximos días.

Con el trueno vino la lluvia, que caía en frescos goterones y que pronto se convirtió en un aguacero tan feroz como el de un monzón. Sólo cuando empezaron a caer torrentes de los canalones buscó refugio la gente.

En el solar de la obra, la excavadora que había allanado el jardín trasero de Ronnie Milton yacía, ociosa, bajo la lluvia, soportando el segundo chaparrón en dos días. El conductor vio en el aguacero una señal para guarecerse en la cabaña para hablar de carreras de caballos y de mujeres.

En el portal de Correos tres aldeanos miraban cómo se atascaban las alcantarillas y se quejaban de que siempre pasara lo mismo cuando llovía, mascullando que en media hora la depresión que había al final de la calle principal estaría tan encharcada que se podría navegar por ella.

Y en esa depresión, en la sacristía de St. Peter, Declan Ewan, el sacristán, contemplaba la lluvia rodar colina abajo en grandes riachuelos que desembocaban en un pequeño mar que se estaba formando al pie de la puerta de la sacristía. Pronto sería lo bastante profundo como para ahogarse en él, pensó, y, luego, sorprendiéndose por haber pensado en ahogamientos, se apartó de la ventana y volvió a la tarea de doblar vestimentas. Hoy se sentía extrañamente excitado: y ni podía ni quería ni estaba dispuesto a calmarse. No tenía nada que ver con la tormenta, aunque le encantaran desde pequeño. No: era otra cosa lo que le excitaba, aunque no tenía la más remota idea de qué podía ser. Se volvía a sentir como un niño. Como en Navidad, como si en cualquier momento Santa Claus, el primer Señor en quien tuvo fe, fuera a presentarse ante la puerta. La sola idea le dio ganas de echarse a reír ruidosamente, pero la sacristía era un lugar demasiado grave para reírse en él y reprimió las carcajadas, dejando que la sonrisa se esbozara en su interior, como una esperanza secreta.

Mientras todo el mundo se resguardaba de la lluvia, Gwen Nicholson se estaba calando hasta los huesos. Todavía se encontraba en el patio trasero de su casa, tratando de llevar con carantoñas al pony de Amelia a la cuadra. A ese estúpido animal le daban canguelo los truenos y no parecía dispuesto a moverse. Gwen estaba empapada y furiosa.

—¿Vas a venir, pedazo de animal? —le chillaba por encima del rugido de la tormenta. La lluvia azotaba el patio y le aporreaba el cráneo. Tenía el pelo aplastado—. ¡Vamos! ¡Vamos!

El pony, terco, no se movía. Tenía los ojos como platos a causa del miedo. Cuanto más retumbaba el trueno y crepitaba por el patio menos quería moverse. Furiosa, Gwen le golpeó en las ancas, con más violencia de la necesaria. Dio dos pasos atrás en respuesta al azote, dejando caer cagajones humeantes al hacerlo, y Gwen aprovechó su ventaja. En cuanto conseguía ponerlo en movimiento le podía hacer trabajar el resto del día.

—Cálida cuadra —le prometió—; venga, te vas a mojar aquí afuera, no irás a quedarte aquí.

La puerta de la cuadra estaba ligeramente entornada. Debería ser una perspectiva alentadora, pensó, incluso para un pony con el cerebro del tamaño de un guisante. Lo arrastró hasta el lado del establo y consiguió hacerlo entrar gracias a un nuevo golpe.

Como le había prometido al maldito animal, el interior de la cuadra estaba agradablemente seco, aunque la tempestad había creado un ambiente metálico. Gwen ató al pony a la barra de su establo y le echó con brusquedad una manta sobre el brillante lomo. No lo iba a cepillar por nada del mundo, eso era cosa de Amelia. Eso era lo que había acordado con su hija cuando decidieron comprar el pony: que el almohazado y la limpieza correrían de cuenta de Amelia; para ser justos con ella, cumplió más o menos lo prometido.

El pony seguía aterrorizado. Piafaba y ponía los ojos en blanco como un mal actor trágico. Tenía motas de espuma en la boca. Gwen le palmeó el costado, ligeramente arrepentida de su brusquedad. Había perdido la calma. Por primera vez en todo el mes. Ahora lo lamentaba. Deseó que Amelia no la hubiera estado observando a través de la ventana de su cuarto.

Una bocanada de viento alcanzó la puerta de la cuadra, que se cerró con un portazo. El ruido de la lluvia cayendo sobre el patio cesó bruscamente. De repente se quedó a oscuras.

El pony dejó de piafar. Gwen dejó de acariciarle el flanco. Todo se detuvo: hasta su corazón, o eso le pareció.

Una figura, que medía casi el doble que ella, se alzó de entre las balas de paja a su espalda. Gwen no vio al gigante, pero se le revolvieron las entrañas. «Malditos períodos», pensó, dándose un masaje circular en el bajo vientre. Normalmente era tan regular como un mecanismo de relojería, pero este mes le había venido con un día de anticipación. Debía volver a casa, cambiarse y lavarse.

El hombre-lobo se quedó contemplando el cogote de Gwen Nicholson, donde un simple pellizco la mataría fácilmente. Pero no podía obligarse a tocar a esa mujer; hoy no. Tenía la regla, reconocía aquel olor fuerte y le mareaba. Esa sangre era tabú; jamás había asaltado a una mujer con ese veneno encima.

Advirtiendo la humedad que tenía entre las piernas, Gwen salió precipitadamente de la cuadra sin volver la vista atrás y atravesó el chaparrón hasta llegar a su casa, dejando al inquieto pony en la oscuridad del establo.

Rex oyó alejarse los pasos de la mujer y el portazo de la puerta principal.

Esperó hasta asegurarse de que no volvía y luego se dirigió silenciosamente hacia el animal, se agachó y lo agarró. El pony se puso a cocear y a relinchar, pero Rex había capturado en su época animales mucho más fuertes y mejor dotados que éste.

Abrió la boca. Al descubrir los dientes dejó ver sus encías, bañadas en sangre, como las uñas

desenvainadas de la garra de un gato. Tenía dos hileras en cada mandíbula, dos docenas de montículos tan afilados como agujas. Resplandecieron al cerrarse sobre el cuello del pony. Por la garganta de Rex bajó sangre roja y espesa; la engullía con avidez. El cálido sabor del mundo. Le hacía sentirse fuerte y sabio. Ésta no era más que la primera de muchas comidas que iba a degustar, se tragaría todo lo que se le antojara y nadie podría detenerlo, esta vez sí que no. Y cuando estuviera preparado echaría a los usurpadores de su trono, los incineraría en sus casas, asesinaría a sus hijos y se pondría sus intestinos de collar. *Aquel lugar era suyo.* El que hubieran aplacado momentáneamente a las fuerzas salvajes no significaba que fueran amos del mundo. Era suyo, y nadie se lo iba a arrebatar, ni siquiera las fuerzas de la santidad. También las tendría en cuenta. Jamás lo volverían a doblegar.

Se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de la cuadra, enrollado en los intestinos grises y rosados del pony, preparando su estrategia lo mejor que pudo. Nunca había sido un gran pensador. Tenía demasiado apetito: le nublaba la razón. Vivía en el semipermanente presente de su hambre y de su fuerza, no sentía más que un descarnado instinto territorial que tarde o temprano degeneraría en matanza.

La lluvia no cejó durante más de una hora.

Ron Milton se estaba impacientando: era un defecto de su carácter, que ya le había procurado una úlcera y un trabajo de primera categoría como asesor de diseño. Nadie podía hacer más rápidamente lo mismo que Milton. Era el mejor, y odiaba la indolencia ajena tanto como la suya. Aquella maldita casa, por ejemplo. Le prometieron que estaría acabada hacia mediados de julio, con el jardín en condiciones, el camino de entrada listo, todo, y ahí estaba, dos meses después de esa fecha, contemplando una casa que distaba mucho de ser habitable. La mitad de las ventanas sin cristales, sin puerta principal, el jardín hecho una pista de pruebas y el camino de entrada un lodazal.

Ése debía ser su castillo: su refugio de un mundo que lo había hecho dispéptico y rico. Un abrigo alejado de los ajetreeos de la ciudad, donde Maggie podría plantar rosas y los chicos respirar aire puro. Pero no estaba listo. Maldita sea; a ese paso no podría vivir en ella hasta la próxima primavera. Otro invierno en Londres: la idea le hizo desfallecer.

Maggie se unió a él, cubriéndolo con su paraguas rojo.

—¿Dónde están los niños? —preguntó él.

Ella hizo una mueca.

—En el hotel, volviendo loca a la señora Blatter.

Enid Blatter había soportado sus travesuras media docena de fines de semana aquel verano. Había tenido hijos propios y manejaba a Debbie y a Ian con aplomo. Pero todo, hasta su capacidad de alegría y diversión, tenía un límite.

—Haríamos mejor en volver a la ciudad.

—No. Quedémonos un día o dos más, por favor, Podemos volver el domingo por la tarde. Quiero que vayamos el domingo al oficio y al festival por la cosecha.

Ahora fue Ron quien hizo una mueca.

—Maldita sea.

—Todo forma parte de la vida del pueblo, Ronnie. Si queremos vivir aquí, tenemos que participar en la vida de comunidad.

Gemía como un niño pequeño cuando estaba de ese humor tan peculiar. Ella lo conocía tan bien que oyó sus próximas palabras antes de que las pronunciara.

—No quiero.

—No tenemos más alternativa.

—Podemos volver mañana por la noche.

—Ronnie...

—No tenemos nada que hacer aquí. Los niños se aburren, tú estás triste...

Maggie endureció el rostro; no estaba dispuesta a ceder ni un ápice. Él conocía aquella expresión tan bien como ella reconocía su gemido.

Escrutó los charcos que se formaban en lo que algún día quizás fuera su jardín delantero, incapaz de imaginar que ahí pudiera haber césped o rosales. De repente todo le parecía imposible.

—Tú vuélvete a la ciudad siquieres, Ronnie. Llévate a los niños. Yo me quedo. Volveré en tren el domingo por la noche.

Muy astuta, pensó, al darle una posibilidad de irse menos atractiva que la de quedarse. ¿Dos días solo en Londres cuidando a los niños? No, gracias.

—De acuerdo. Tú ganas. Iremos al maldito festival de la cosecha.
—Mártir.
—Espero que por lo menos no tenga que rezar.

Amelia Nicholson entró corriendo en la cocina con su cara redonda pálida y se desplomó delante de su madre. Tenía el impermeable de plástico verde salpicado de vomito grasiendo y las botas de agua verdes manchadas de sangre.

Gwen llamó a gritos a Denny. Su hija pequeña estaba temblando, desmayada, tratando sin éxito de muscular alguna palabra.

—¿Qué pasa?

Denny bajaba por la escalera hecho un basilisco.

—Por el amor de Dios...

Amelia estaba vomitando de nuevo. Tenía la cara prácticamente azul.

—¿Qué le pasa?

—Acaba de entrar. Deberías llamar a una ambulancia.

Denny le puso las manos sobre las mejillas.

—Ha sufrido una conmoción.

—Una ambulancia, Denny... —Gwen le estaba quitando el impermeable verde y aflojándole la blusa.

Denny se levantó lentamente. Miró el patio entre los rizos que dejaba la lluvia sobre el cristal: la puerta de la cuadra batía con el viento. Había alguien dentro; entrevió algo que se movía.

—¡Por el amor de Dios! ¡Una ambulancia! —repitió Gwen.

Denny no la escuchaba. Había alguien en su cuadra, en su finca, y siempre observaba el mismo ritual estricto con los intrusos.

La puerta de la cuadra se volvió a abrir, incitándole. ¡Sí! Se amparaba en las sombras. Entrometido.

Descolgó el rifle, que estaba junto a la puerta, manteniendo los ojos fijos en el patio tanto como pudo. Detrás de él, Gwen había dejado a Amelia en el suelo de la cocina y pedía auxilio por teléfono. La chica empezó a gemir: se le pasaría. Algun asqueroso intruso la habría asustado, nada más que eso. En su propio territorio.

Denny abrió la puerta y salió al patio. Iba en mangas de camisa y hacía un viento glacial, pero había dejado de llover. A sus pies relucía el suelo, de cada pórtico y canalón caían gotas de agua con un ritmo nervioso que le acompañó mientras cruzaba el patio.

La puerta de la cuadra se volvió a abrir levemente con suavidad, pero esta vez no se volvió a cerrar. No vio nada en el interior. Supuso que se trataría de una jugarrada de la luz que...

Pero no. Había visto a alguien moverse allá dentro. La cuadra no estaba vacía. Algo (y no era el pony) lo estaba observando en ese preciso instante. Verían que llevaba encima un rifle y se pondrían a sudar. Ojalá. Entrar en sus propiedades de esa manera. Que creyeran que les iba a volar las pelotas.

Recorrió la distancia que le separaba de la cuadra con seis pasos confiados y entró en ella.

Tenía el estómago del pony debajo del pie, una de sus patas a la derecha de donde se encontraba y la capa superior roída hasta el hueso. Charcos de sangre espesa reflejaban los agujeros del tejado. Aquella mutilación le dio náuseas.

—De acuerdo —desafío a las tinieblas—. Sal. —Esgrimió el rifle—. ¿Me oyes, bastardo? Fuera, te he dicho, o te dejo listo para el Día del Juicio.

Estaba dispuesto a hacerlo.

En el extremo opuesto de la cuadra algo se agitó entre las balas de paja. «Ya tengo a ese hijo de puta», pensó Denny. El intruso irguió sus dos metros setenta de altura y lo contempló.

—Di-os mí-o.

Y se le vino encima sin previo aviso, se le vino encima como una locomotora, tranquilo y eficiente. Le disparó y la bala le alcanzó en la parte superior del pecho, pero la herida no lo detuvo.

Nicholson se dio la vuelta y echó a correr. Los adoquines del patio estaban resbaladizos y no tenía ninguna posibilidad de ganar la carrera. Lo tuvo a su espalda en dos zancadas y en una más ya lo tenía encima.

Gwen soltó el teléfono al oír el disparo. Llegó corriendo a la ventana a tiempo para ver cómo una figura descomunal eclipsaba a su querido Denny. Aulló al apoderarse de él y lo lanzó al aire como si fuera un saco de plumas. Impotente, observó cómo su cuerpo alcanzaba la cúspide de su trayectoria antes de caer en picado hasta el suelo, con un golpe sordo que Gwen apreció en cada uno de sus huesos. El gigante se abalanzó sobre el cuerpo instantáneamente, aplastándole la adorable cabeza

contra el estiéncol.

Chilló, tratando de acallar su grito con una mano. Demasiado tarde. Ya había proferido el chillido y el gigante la estaba contemplando, mirándola detenidamente. Su maldad perforaba la ventana. Dios mío, la había visto y ahora venía a por ella..., cruzando el patio a grandes zancadas. Era un monstruo desnudo que le gruñía una amenaza mientras se iba acercando.

Gwen recogió a Amelia del suelo y la apretó con fuerza contra sí, protegiendo la cara de la niña contra su cuello. A lo mejor así no lo veía, no debía verlo. El ruido de sus pies contra el suelo mojado del patio se hacía cada vez más apremiante. Su sombra invadió la cocina.

—Dios mío, ayúdame.

Estaba empujando la ventana, su cuerpo era tan gigantesco que tapaba la luz, tenía la cara, lúbrica y repugnante, aplastada contra el cristal mojado. Y entró destrozándolo, haciendo caso omiso de los trozos de vidrio que se le clavaron en la piel. Olía a carne infantil. Quería carne infantil. *Obtendría carne infantil.*

Le asomaron los dientes y su sonrisa se convirtió en una obscura carcajada. De la mandíbula le colgaban hilachos de saliva. Como un gato persiguiendo a un ratón en una jaula, daba zarpazos al aire, acercándose cada vez más a su víctima, con el bocado más cerca a cada zarpazo.

Gwen abrió la puerta del vestíbulo cuando el monstruo se cansó de alargar los brazos y empezó a destrozar el marco de la ventana para entrar gateando. Cerró la puerta detrás de ella mientras, al otro lado, la loza era aplastada y la madera astillada, y luego empezó a taparla con todos los muebles que encontró en el vestíbulo. Mesas, sillas, percheros, consciente de que todo eso quedaría reducido a añicos en dos segundos. Amelia estaba arrodillada en el suelo del vestíbulo, tal como la había dejado su madre. Su cara, agradecida, estaba desprovista de expresión.

Bueno, eso era todo lo que podía hacer. Ahora a subir la escalera. Recogió a su hija, que de repente le pareció más ligera que el aire, y subió los peldaños de dos en dos. A mitad de camino el estrépito de la cocina cesó por completo.

Tuvo una crisis de realidad. En el rellano todo era paz y tranquilidad. El polvo se amontonaba sobre el alféizar de la ventana, las flores se marchitaban; todos los infinitesimales trámites domésticos seguían su curso como si no hubiera ocurrido nada.

—Lo he soñado —dijo—. Dios mío, es cierto: lo he soñado.

Se sentó sobre la cama en que Denny y ella habían dormido durante ocho años y trató de pensar con seriedad.

Una asquerosa pesadilla menstrual, no era más que eso, una fantasía de violación totalmente descontrolada. Dejó a Amelia sobre el edredón rosa (Denny odiaba el rosa, pero lo soportaba por ella) y acarició la frente sudorosa de la niña.

—Lo he soñado.

Y entonces la habitación se quedó a oscuras. Levantó la vista sabiendo por adelantado qué iba a ver.

Ahí estaba la pesadilla, contra las ventanas del piso de arriba, abarcando todo el cristal con sus brazos de araña, colgando del marco como un acróbata, enseñando y tapando sus repelentes dientes mientras contemplaba boquiabierto el terror de Gwen.

Se abatió sobre Amelia, arrancándola del lecho y arrastrándola hacia la puerta. Detrás de ella se resquebrajaron los cristales y una bocanada de aire frío se coló en el cuarto. El monstruo se acercaba.

Cruzó el rellano y subió la escalinata, pero él la alcanzó en un santiamén, con la boca abierta como un túnel, después de pasar en cucillas por la puerta. En el exiguo espacio del rellano parecía aún más descomunal. Gritó de alegría al poner la mano sobre el paquete mudo que Gwen tenía entre sus brazos. Sus manos se apoderaron de Amelia con una insolente naturalidad y tiraron de ella.

La niña gritó cuando la arrancaron del regazo de su madre, a quien dejó cuatro araños en la cara.

Gwen se tambaleó, aturdida por la inefable visión que tenía ante sus ojos, y perdió el equilibrio. Mientras caía de espaldas por la escalera vio cómo las hileras de dientes engullían la cara manchada de lágrimas y entumecida de su hija Amelia. Luego se golpeó la cabeza contra la barandilla y se le rompió el cuello. Cuando cayó rodando los seis últimos escalones ya no era más que un cadáver.

A primera hora de la tarde el agua de la lluvia se había dispersado un poco, pero el lago artificial que se había formado en el fondo de la depresión aún tenía varios centímetros de profundidad. Reflejaba serenamente el cielo. Resultaba hermoso pero incómodo. El reverendo Coot recordó discretamente a Declan Ewan que informara al ayuntamiento de la obstrucción de las alcantarillas. Era

la tercera vez que se lo pedía, y Declan se sonrojó al oírle.

—Lo siento, yo...

—De acuerdo. No te preocupes, Declan. Pero tenemos que conseguir que las desatasquen.

Una mirada perdida. Un presentimiento. Una idea.

—El otoño siempre las vuelve a atascar, claro.

Coot hizo un amplio gesto circular, una especie de precisión de que en realidad no era tan importante que el ayuntamiento limpiara o no los desagües o cuándo lo hiciera, y su presentimiento desapareció. Había asuntos más urgentes. Por una parte, el sermón del domingo. Por otra, averiguar por qué no lograba ponerse a escribir el sermón esa tarde. Se respiraba un desasosiego en el ambiente que hacía que cada palabra tranquilizadora se volviera gélida al transcribirla sobre el papel. Coot se acercó a la ventana, dándole la espalda a Declan, y se rascó las palmas de las manos. Le dolieron: tal vez tuviera un nuevo acceso de eczema. Si por lo menos pudiera hablar, encontrar palabras con que expresar su desazón. Nunca, a lo largo de sus cuarenta y cinco años, se había sentido tan incapaz de comunicarse; y nunca en su vida había sido tan vital que hablara.

—¿Debo irme? —preguntó Declan.

Coot negó con la cabeza.

—Un poco más. Si haces el favor.

Se volvió hacia el sacristán. Declan Ewan tenía veintinueve años, aunque por la cara parecía mucho mayor; rasgos suaves y pálidos, entradas prematuras.

«¿Qué hará este cara de huevo con mi revelación?», pensó Coot. «Probablemente se echará a reír. Por eso no encuentro las palabras, porque no quiero. Tengo miedo de parecer estúpido. Aquí estoy; un hombre del clero dedicado a los misterios cristianos. Por primera vez en cuarenta monótonos años he vislumbrado algo, una visión quizá, y tengo miedo de que se rían de mí. Eres un estúpido, Coot, un auténtico estúpido.»

Se sacó las gafas. Los rasgos anodinos de Declan se convirtieron en un borrón. Por lo menos ya no tendría que contemplar su sonrisa afectada.

—Declan, esta mañana he recibido lo que sólo puede describirse como... como una... visita.

Declan no dijo nada, el borrón tampoco se movió.

—No sé muy bien cómo llamar a esa... nuestro vocabulario es muy limitado en lo que respecta a esta clase de cosas..., pero, francamente, nunca había presenciado una manifestación tan directa, tan inequívoca de...

Coot se detuvo. ¿Quería decir «Dios»?

—Dios —dijo, sin estar seguro de haberlo dicho.

Declan permaneció callado un momento. Coot se arriesgó a volver a poner las gafas en su sitio. El huevo no se había resquebrajado.

—¿Puedes explicar qué aspecto tenía? —preguntó, completamente sereno.

Coot negó con la cabeza; llevaba todo el día buscando las palabras adecuadas, pero sólo se le ocurrían frases manidas.

—¿Qué aspecto tenía? —insistió Declan.

—Por qué no quería comprender que no lo podía explicar? «Tengo que intentarlo», pensó Coot, *tengo que hacerlo.*»

—Me quedé en el altar después de maitines... —comenzó—, y noté que una sensación me recorría el cuerpo. Era casi como electricidad. Me puso los pelos de punta. Literalmente de punta.

Al recordar esa sensación se pasó la mano por el corto pelo. El pelo tieso como un campo de maíz rojo. Y el zumbido en las sienes, en los pulmones, en la ingle. En realidad le había provocado una erección, pero era incapaz de confesárselo a Declan. Se quedó en el altar con una erección tan poderosa como si hubiera vuelto a descubrir los placeres de la lujuria.

—No voy a afirmar... no *puedo* afirmar que fuera Dios nuestro señor...

(Aunque fuera eso lo que quería creer, que era el dios de la erección.)

—No puedo afirmar siquiera que fuera cristiano. Pero hoy ha ocurrido algo. Lo he notado.

El rostro de Declan seguía siendo impenetrable. Coot lo contempló unos segundos, esperando encontrar una mueca de desdén.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Y bien qué?

—¿No tienes nada que decir?

El huevo frunció el entrecejo; fue como una arruga sobre su cascarón.

Luego dijo:

—Dios nos asista —casi en un susurro.

–¿Qué?

–Yo también lo noté. No tal y como lo has descrito: no fue como una descarga eléctrica. Pero fue algo.

–¿Por qué nos tiene que asistir Dios, Declan? ¿Tienes miedo de algo?

No contestó.

–Si sabes algo acerca de estas experiencias que yo desconozca... dímelo, por favor. Quiero saber, comprender. Por Dios; *tengo* que comprender.

Declan se lamió los labios.

–Bueno... –Sus ojos se volvieron más inescrutables que nunca; y, por primera vez, Coot intuyó que había un fantasma detrás de ellos. ¿Era, quizás, desesperación?

–Este lugar tiene mucha historia, ¿sabes? –dijo–, historias de cosas... que había en su emplazamiento.

Coot sabía que Declan había estado hurgando en la historia de Zeal. Un pasatiempo sin duda inofensivo: el pasado era el pasado.

–Ha habido un asentamiento que se remonta a una época muy anterior a la de la ocupación romana. Nadie sabe exactamente a cuándo. Probablemente siempre haya habido un templo sobre este lugar.

–No hay nada raro en ello. –Coot le brindó una sonrisa con la intención de que Declan le tranquilizara. Una parte de su ser quería que le dijeran que todo estaba bien en el mejor de los mundos, aunque fuera mentira.

La cara de Declan se ensombreció. No tenía ningún motivo para tranquilizarle.

–Y aquí había un bosque. Inmenso. Los Bosques Salvajes. –¿Seguía habiendo desesperanza en esos ojos? ¿O era nostalgia?–. Ni siquiera un pequeño y apacible huerto. Un bosque en que se podría haber escondido una ciudad; lleno de bestias...

–¿Te refieres a lobos? ¿Osos?

Declan negó con la cabeza.

–Había seres que poseían esta tierra. Antes de Cristo. Antes de que hubiera civilización. La mayoría no logró sobrevivir a la destrucción de su hábitat natural: eran demasiado primitivos, supongo. Pero fuertes. No eran como nosotros; no eran humanos. Eran algo completamente diferente.

–¿Y qué?

–Uno de ellos sobrevivió hasta el siglo catorce. Hay una talla, en el altar, que describe su entierro.

–¿En el altar?

–Bajo el manto. La descubrí hace poco: nunca le había prestado demasiada atención hasta esta mañana. Hoy... intenté tocarla.

Abrió el puño y mostró la palma de la mano. La carne estaba cubierta de ampollas. De la piel rasgada manaba pus.

–No duele –explicó–. En realidad está bastante entumecida. Me ha servido de escarmiento. Me lo podía haber imaginado.

La primera reacción de Coot fue pensar que ese hombre estaba mintiendo. Luego pensó que tenía que haber una explicación lógica. Finalmente recordó el dicho de su padre: «La lógica es el último refugio de un cobarde».

Declan se puso a hablar de nuevo. Esta vez estaba excitadísimo.

–Lo llaman «hombre-lobo».

–¿Qué?

–A la bestia que enterraron. Está en los libros de historia. Lo llaman «hombre-lobo» porque tenía la cabeza inmensa y del color de la luna² y descarnada.

Declan no pudo evitarlo. Se sonrió.

–Se comía a los niños –dijo, irradiando felicidad, como un bebé a punto de mamar.

Hasta la mañana del sábado no se descubrió la matanza de la granja de los Nicholson. Mick Glossop se dirigía en coche a Londres por la carretera que pasa junto a la granja («No sé por qué. No suelo hacerlo. Es curioso.») y oyó el revuelo que armaba el rebaño de frisonas de los Nicholson, con las ubres hinchadas. Llevaban veinticuatro horas sin ordeñar. Glossop dejó el jeep al lado de la carretera y entró en el patio.

Aunque el sol había salido hacia una hora escasamente, el cuerpo de Denny ya estaba atestado de moscas. En el interior de la casa, lo único que quedaba de Amelia eran jirones de un vestido y un pie descuidado. Al pie de las escaleras yacía el cuerpo sin mutilar de Gwen Nicholson. En su cadáver

no se apreciaron heridas ni indicios de abuso sexual.

Hacia las nueve y media Zeal era un hormiguero de policías y todos los rostros del pueblo parecían afligidos. Aunque hubo informes contradictorios acerca del estado de los cuerpos, nadie puso en duda la brutalidad de los asesinatos. Especialmente el de la niña, probablemente descoyuntada. El asesino se había llevado el cuerpo Dios sabe con qué propósito.

La Brigada del Crimen estableció un cuartel general en The Tall Man, se entrevistó a todos los aldeanos. De momento no se descubrió nada. No se habían visto extranjeros en la localidad ni se apreció conducta más sospechosa que la normal en un cazador furtivo o un especulador de terrenos. Fue Enid Blatter, la del busto generoso y los modales maternales, quien mencionó que llevaba más de veinticuatro horas sin ver a Thom Garrow.

Lo encontraron donde lo dejó su asesino, como un botín expoliado en pocas horas. Tenía gusanos en la cabeza y las gaviotas le habían picoteado la carne de las pantorrillas —al descubierto porque los pantalones se le salieron de las botas—, hasta el hueso. Cuando lo sacaron del hoyo se le escurrieron familias enteras de piojos, refugiadas en las orejas.

Esa noche el ambiente del hotel era crispado. En el bar, el sargento y detective Gissing, venido desde Londres para dirigir la investigación, había encontrado en Ron Milton a un oído complaciente. Le gustaba poder conversar con un londinense como él, y Milton alargó la charla durante casi tres horas a base de whisky escocés y agua.

—Veinte años en el cuerpo —repetía, incansable, Gissing— y nunca había visto nada parecido.

Lo que no era absolutamente cierto. Hacía más de una década, se encontró a una puta (o a sus selectos despojos) dentro de una maleta, en la sección de objetos perdidos de la estación de Euston. Y a un drogadicto que se había empeñado en hipnotizar a un oso polar del zoo de Londres: cuando lo sacaron del estanque estaba hecho un espectáculo lamentable. Stanley Gissing había visto muchas cosas, ya lo creo...

—Pero esto..., jamás había visto nada parecido —insistió—. Para ser honestos, me entraron ganas de vomitar.

Ron no sabía a ciencia cierta por qué se quedaba a escuchar a Gissing; tal vez simplemente para matar la noche. En sus años mozos había sido un radical, nunca le gustaron demasiado los policías, y le producía cierta satisfacción inconfesable comprobar que a ese saco de mierda no le cabía en el diminuto cráneo tamaña monstruosidad.

—Es un jodido lunático —decía Gissing—, puede creerme. Lo atraparemos fácilmente. Un hombre de éhos no tiene control, ¿comprende? No se preocupa por borrar sus huellas, ni le preocupa siquiera vivir o morir. Dios sabe que un tipo que es capaz de desgarrar a una niña de siete años de esa manera está a punto de estallar. Los he visto.

—¿Sí?

—Desde luego. Los he visto llorar como niños, cubiertos de sangre como si acabaran de salir del matadero. Patético.

—O sea que podrá con él.

—Así de fácil —dijo Gissing, haciendo un chasquido con los dedos. Se puso de pie titubeando levemente—. Lo atraparemos, tan seguro como que Dios creó al mono. —Echó una ojeada al reloj y luego al vaso vacío.

Ron no hizo ningún ademán de volver a llenarlo.

—Bueno —dijo Gissing—, tengo que volver a Londres a presentar mi informe.

Se dirigió a la puerta haciendo eses y dejó que Milton se las apañara con la nota.

El hombre-lobo contempló cómo salía del pueblo el coche de Gissing y tomaba la carretera del norte. Los faros iluminaban la noche tenuemente. A pesar de ello, el ruido del motor, acelerado para subir la colina donde se encontraba la granja de los Nicholson, puso nervioso a Rex. Sus rugidos y toses no se parecían a los de ninguna bestia con la que se hubiera encontrado antes, y el *homo sapiens* lo controlaba de alguna manera. Para arrebatar a los usurpadores su reino tendría que doblegar tarde o temprano a una de esas bestias. Rex se tragó el miedo y se preparó para el combate.

La luna mostró sus colmillos.

En el asiento trasero del coche, Stanley estaba a punto de dormirse, soñando con niñas pequeñas. Soñaba que esas encantadoras ninñas subían a la cama por una escalera y que él estaba apostado junto a la escalera mirándolas subir, vislumbrándoles las bragas ligeramente sucias a medida que desaparecían en el cielo. Era un sueño habitual, aunque jamás lo habría reconocido, ni borracho. No es que le avergonzara exactamente; sabía positivamente que muchos de sus colegas tenían vicios igual de excéntricos y a veces mucho menos sabrosos que el suyo. Pero quería ser dueño suyo en exclusiva: era su sueño personal y no estaba dispuesto a compartirlo con nadie.

En el asiento del conductor, el joven oficial que llevaba seis meses haciendo de chófer para Gissing esperaba que el viejo se quedara dormido como un tronco. Entonces, y sólo entonces; podría arriesgarse a enchufar la radio para oír los resultados de cricket. Australia se había quedado muy rezagada en la clasificación: parecía poco probable que se recuperara a última hora. Ah, en el cricket estaba su futuro; gracias a él podría mandar a paseo esa rutina, pensaba mientras conducía.

Ni el pasajero ni el conductor, perdidos en sus ensueños, advirtieron al hombre-lobo. Estaba acechando el coche, su gigantesca zancada le permitía ir al mismo paso, seguirlo por la sinuosa y oscura carretera.

De repente se encolerizó y salió de los campos para plantarse en medio del asfalto.

El conductor dio un giro al volante para esquivar a esa masa inmensa que se abalanzaba contra los faros encendidos aullando como una jauría de perros rabiosos.

El coche patinó sobre el piso mojado, abollándose la aleta izquierda contra los arbustos que bordeaban la carretera y destrozándose el parabrisas al llevarse por delante un revoltijo de ramas. En el asiento trasero Gissing se cayó de la escalera por la que estaba trepando cuando el coche acabó de recorrer el seto y se estrelló contra una puerta de hierro. Gissing salió disparado contra el asiento delantero, asustado pero ilesos. El impacto arrancó al conductor del volante y lo despidió por la ventana en cuestión de segundos. Su pie, que reposaba ahora contra la cara de Stanley, se contrajo.

Rex contempló la muerte de la caja de metal desde la carretera. Sus estertores, el aullido de su costado destrozado, su cara lacerada le asustaban. Pero estaba muerto.

Precavido, esperó un rato antes de acercarse a olisquear aquel cuerpo aplastado. Un olor aromático flotaba en el aire, dándole cosquilleos en las fosas nasales. Era la sangre de la caja, cuyo torso herido vertía gotas que se alejaban por la carretera. Se acercó, seguro ya de que la bestia estaba muerta.

Había alguien vivo en la caja. No se trataba de la dulce carne de niño que tanto le gustaba; no era más que carne correosa de macho. Una cara cómica lo miraba de hito en hito. Ojos redondos, como platos. La estúpida boca se abría y cerraba como la de un pez. Le dio una patada a la caja para abrirla y, al ver que no lo conseguía, arrancó las puertas de cuajo. Cogió al macho gimoteante y lo sacó de su refugio. ¿Sería uno de los que habían podido con él? ¿Ese insecto asustado de labios de gelatina? Se rió de sus súplicas y le puso boca abajo, sujetándolo por un pie. Esperó a que dejara de chillar, hurgó entre sus piernas crispadas y encontró la virilidad de aquel hombre. No era grande. De hecho, la tenía muy encogida de miedo. Gissing farfullaba todo lo que se le ocurría; es decir, incoherencias. El único sonido de Stanley que comprendió Rex fue el que estaba profiriendo ahora, el chillido desgarrador que acompañaba siempre a una castración. Al acabar dejó caer a Gissing al lado del coche.

El motor aplastado empezaba a arder, lo estaba oliendo. No era tan bestia como para tener miedo del fuego. Lo respetaba, desde luego; pero no lo temía. El fuego era un instrumento, lo había usado muchas veces: para quemar a sus enemigos, incinerarlos en la cama.

Se apartó del coche cuando la llama encontró la gasolina y produjo una explosión. Las lenguas de fuego se abalaron contra él y notó cómo se le chamuscaba el pelo del pecho, pero el espectáculo lo tenía demasiado cautivado como para apartar los ojos. El fuego siguió el rastro de sangre de la bestia, consumiendo a Gissing y relamiendo los regueros de gasolina como un perro excitado un rastro de pis. Rex contempló el espectáculo y aprendió una nueva y mortífera lección.

En el caos de su estudio, Coot trataba sin éxito de resistirse al sueño. Había pasado buena parte de la tarde en el altar y un rato con Declan. Esa noche no habría oraciones, sólo meditaciones. Sobre la mesa de despacho tenía una copia de la talla del altar; llevaba una hora examinándola sin ningún resultado. O la talla era demasiado ambigua o él tenía poca imaginación. En cualquier caso, no acertaba a deducir gran cosa de la imagen. Describía sin duda un entierro, pero eso fue casi todo lo que sacó en limpio. Tal vez el cuerpo fuera un poco más grande que el de los acompañantes, pero no tenía nada de excepcional. Pensó en el pub de Zeal, The Tall Man, y se sonrió. Podía ser que a un ingenioso medieval le hubiera gustado la idea de dibujar el entierro de un cervecero debajo de la sabanilla del altar.

En el vestíbulo el reloj estropeado dio las doce y cuarto, lo que quería decir que era casi la una. Coot se levantó de la mesa, se estiró y apagó la lámpara. Le sorprendió la intensidad de la luz de la luna que se colaba por un desgarrón de la cortina. Era una luna llena, de septiembre, y daba una luz exuberante, aunque fría.

Colocó la alambrera delante del fuego y salió al pasillo ensombrecido, cerrando la puerta detrás de él. El reloj hacía un tic tac ruidoso. En algún lugar camino de Goudhurst oyó la sirena de una

ambulancia.

«¿Qué ocurre?», pensó, y abrió la puerta delantera para ver mejor. Se distinguían faros sobre la colina y el latido alejado de las luces azules de la policía, más rítmicas que el tic tac que sonaba a su espalda. Un accidente en la carretera que iba hacia el norte. Demasiado pronto para que hubiera hielo. Además, no hacia tanto frío. Contempló cómo las luces, plantadas sobre la colina como joyas sobre el lomo de una ballena, se alejaban parpadeando. En realidad hacía bastante frío. No hacía tan buen tiempo como para quedarse en él...

Frunció el entrecejo; había sorprendido algo, un movimiento en el extremo opuesto del camposanto, bajo los árboles. La luz de la luna proyectaba una escena en blanco y negro. Tejos negros, piedras grises, un crisantemo blanco que derramaba sus pétalos sobre una tumba. Y, a la sombra de los tejos, una silueta negra, pero dibujada nítidamente contra la lápida de un túmulo de mármol. La silueta de un gigante.

Coot salió de la casa con paso vacilante.

El gigante no estaba solo. Alguien estaba arrodillado ante él, una figura más pequeña y humana, con la cara levantada e iluminada. Era Declan. Hasta de lejos se advertía que le estaba sonriendo a su amo.

Coot quiso acercarse; ver aquella pesadilla más de cerca. Al dar el tercer paso hizo crujir la grava.

El gigante pareció moverse en la oscuridad. ¿Se estaba dando la vuelta para mirarlo? Coot se quedó pálido. No, ojalá esté sordo; por piedad, Dios mío, que no me vea, hazme invisible.

Aparentemente su súplica fue escuchada. El gigante no dio indicios de haberle visto acercarse. Haciendo acopio de valor, Coot avanzó por un camino de lápidas, haciendo eses de tumba a tumba, en busca de protección, apenas osando respirar. Cuando llegó a pocos pasos de la escena pudo ver cómo inclinaba la criatura su cabeza en dirección a Declan; oyó los ásperos sonidos guturales que emitía su garganta. Pero la escena era algo más que eso.

Declan tenía las vestiduras rasgadas y sucias, su pequeño pecho estaba desnudo. La luz de la luna le iluminaba el esternón, las costillas. Su estado y su posición no dejaban lugar a dudas. Lo estaba adorando, pura y simplemente. Coot oyó ruido de salpicaduras; se acercó un poco más y vio que el gigante estaba dirigiendo un chorro reluciente de orina a la cara levantada de Declan. Le entraba por la boca, le salpicaba el torso. Declan no dejó de irradiar alegría mientras recibió ese bautismo; aún más, movía la cabeza de lado a lado, satisfecho de que lo humillaran de pies a cabeza.

El aire llevó el olor de la orina de la criatura hasta Coot. Era ácido, repugnante. ¿Cómo podía Declan soportar que le cayera una sola gota encima o, mucho peor, chapotear en ella? Coot quiso chillar, detener ese espectáculo de depravación, pero incluso a la sombra del tejo la silueta del monstruo era aterradora. Era demasiado alta y ancha para ser humana.

Se trataba sin duda de la Bestia del Bosque Salvaje que Declan le había intentado describir; era el devorador de niños. ¿Había imaginado Declan, al elogiar a este monstruo, qué poder llegaría a tener sobre su conciencia? ¿Supo desde siempre que si la bestia llegaba hasta él olisqueando su rastro se arrodillaría ante ella, la llamarla «señor» (antes de Cristo, antes de la civilización, había dicho), permitiría que le descargara la vejiga encima con una sonrisa en los labios?

Sí. Claro que sí.

Así que mejor dejarle disfrutar de ese momento. «No te juegues el pellejo, pensó Coot, está donde quiere estar.» Se alejó muy despacio hacia la sacristía, con los ojos todavía puestos sobre la escena de degradación que tenía delante. El bautista dejó caer las últimas gotas, pero Declan había recogido algo de líquido con las manos. Se las llevó a la boca y bebió.

Coot tuvo un acceso de náuseas irreprimible. Cerró un segundo los ojos para dejar de ver aquello. Cuando los volvió a abrir descubrió que el rostro ensombrecido de la bestia estaba vuelto hacia él, que lo miraba con unos ojos que ardían en la oscuridad.

—Dios bendito.

Lo estaba mirando. Esta vez no cabía duda alguna, lo veía. Rugió y su cabeza cambió de forma en las sombras al abrir una boca horrible e inmensa.

—Jesusito de mi vida.

Ya estaba cargando hacia él con la agilidad de un antílope, dejando a su acólito desplomado bajo un árbol. Coot se dio la vuelta y corrió, corrió como no lo había hecho en muchos años, saltando sobre las lápidas en su estampida. La puerta estaba a pocos metros; era su único refugio. Quizá no resistiera demasiado, pero le daría tiempo para pensar, para encontrar un arma. Corre, cabrón. Como si el diablo te pisara los talones. Cuatro metros.

Corre.

La puerta estaba abierta.

Casi a mano; a un metro...

Cruzó el umbral y se giró en redondo para cerrarle la puerta a su perseguidor. Pero ¡no! Rex había introducido la mano por la puerta, una mano tres veces más grande que la de un hombre. Daba brazadas en el aire, tratando de alcanzar a Coot, sin dejar de rugir.

Éste se apoyaba con todo su peso contra la puerta de roble. El montante, revestido de acero, se clavó en el antebrazo de Rex. El rugido se hizo aullido: la perfidia y el dolor se unieron en un grito estentóreo que se oyó de un extremo a otro de Zeal.

Atravesó la noche, llegando incluso hasta la carretera norte, donde estaban recogiendo los restos de Gissing y su conductor para envolverlos en plástico. Resonó en las gélidas paredes de la cámara mortuoria, donde Denny y Gwen Nicholson empezaban ya a descomponerse. También se oyó en las habitaciones de Zeal, donde yacían juntos parejas de seres vivos, quizás con un brazo por debajo del cuerpo del compañero; donde los ancianos velaban escrutando la geografía del techo; donde los niños soñaban con el claustro materno y los bebés lloraban por él. Se oyó una, dos, tres y mil veces mientras Rex se debatió ante la puerta.

Los aullidos le dieron vértigo a Coot. Farfulló plegarias, pero la ayuda de las alturas no daba muestras de ir a bajar sobre él. Sintió que le empezaban a flaquear las fuerzas. El gigante se iba abriendo camino lentamente, desentornando la puerta centímetro a centímetro. Los pies de Coot se deslizaban por el suelo demasiado barnizado, los músculos le temblaban al desfallecer. Era una lucha en la que no tenía ninguna posibilidad de vencer si pretendía medir la fuerza de cada uno de sus tendones contra los de la bestia. Si quería ver amanecer, necesitaba una estrategia.

Coot hizo más presión contra la puerta, paseando los ojos por el pasillo en busca de un arma. No debía entrar: no debía dejar que se le impusiera. El aire estaba impregnado de un olor acre. Se vio fugazmente desnudo y arrodillado delante del gigante, que le orinaba en la cara. Esa escena le sugirió muchas perversiones más: todo lo que podía hacer para evitar que entrara era pensar en obscenidades. Le estaba royendo la conciencia, introduciendo una cuña de mugre en sus recuerdos, arrancándole ideas enterradas en el subconsciente. ¿No exigiría que lo adoraran como cualquier dios? ¿Y no serían sus exigencias claras y factibles, y no ambiguas, como las del señor a quien había servido hasta ese día? Era una buena idea: entregarse a ese dios que golpeaba el otro lado de la puerta, quedarse quieto delante de él y dejar que lo destrozara.

Cabeza Cruda. El nombre le resonaba como un latido en el oído. Cabeza. Cruda.

Desesperado, comprendiendo que sus débiles defensas mentales estaban a punto de venirse abajo, sus ojos se posaron sobre la estantería llena de vestidos que había a la izquierda de la puerta.

Cabeza. Cruda. Cabeza. Cruda. El nombre era como un mandato. Cabeza. Cruda. Cabeza. Cruda. Le sugería una cabeza rapada, sin defensas, una cosa a punto de estallar de dolor o de placer, poco importaba. Pero resultaría fácil descubrirlo...

Ya casi se había apoderado de él, lo sabía: ahora o nunca. Apartó una mano de la puerta y la estiró hacia la balda, en busca de un bastón. Sentía un cariño especial por uno de ellos. Lo llamaba su bastón de «campo a través», una vara de metro y medio de fresno sin corteza, usada y dura. La agarró con la punta de los dedos.

Rex había sacado partido de la falta de resistencia que le oponía Coot y estaba introduciendo ya su brazo correoso, indiferente a los desgarres que le producía la jamba. La mano, y sus dedos –fuertes como el acero–, habían alcanzado los pliegues de la chaqueta de Coot.

Este levantó la vara de fresno y golpeó el codo de Rex donde el hueso estaba más cerca de la piel. La madera se astilló con el golpe, pero cumplió su cometido. El monstruo retiró velozmente la mano y empezó a aullar de nuevo. Al desaparecer los dedos, Coot cerró de un portazo y echó el pestillo. Hubo un breve compás de espera, tan sólo unos segundos, antes de que volviera a empezar el ataque, esta vez fueron dos puños los que golpearon la puerta. Las bisagras empezaban a combarse, la madera rechinaba. Pasaría poco tiempo, poquísimo tiempo, antes de que lograra entrar. Era fuerte y ahora, además, estaba furioso.

Coot cruzó el vestíbulo y cogió el teléfono. «Policía», dijo, y empezó a marcar. ¿Cuánto tiempo le quedaba hasta que la bestia recapacitara, dejara la puerta en paz y se dirigiera a los ventanales? Estaban sellados con plomo, pero cederían en seguida. Disponía de algunos minutos como mucho, probablemente de segundos; dependía de la capacidad intelectual del monstruo.

La conciencia de Coot, liberada del influjo de la de Rex, era una algarabía de fragmentos de súplicas y plegarias. «Si me muero –se sorprendió pensando– ¿seré recompensado en el cielo por morir de una manera más brutal que la que le espera en buena lógica a cualquier cura de pueblo? ¿Otorga el paraíso alguna compensación a quien muere con las entrañas fuera en el vestíbulo de su propia sacristía?»

En la comisaría de policía sólo quedaba un oficial de servicio: el resto estaba en la carretera norte recogiendo los restos de la fiesta de Gissing. El pobre hombre apenas si podía comprender las súplicas del reverendo Coot, pero el ruido de madera astillada y el eco de los aullidos que tapaban sus balbuceos eran inconfundibles.

El oficial colgó el teléfono y pidió ayuda por radio. La patrulla de la carretera norte tardó veinte o veinticinco minutos en contestar. En ese tiempo Rex había hundido el paño de la puerta de la sacristía y se disponía a destrozar el resto. Eso no significaba que la patrulla lo supiera. Después de lo que acababan de ver, el cuerpo carbonizado del conductor y la virilidad diezmada de Gissing, se habían vuelto tan insolentes como antiguos veteranos de guerra. Al oficial de comisaría le costó un minuto largo convencerlos de que la voz de Coot estaba totalmente descompuesta. Para entonces Rex ya había logrado entrar.

Ron Milton contemplaba desde el hotel el desfile de luces parpadeantes por la colina, escuchaba las sirenas y los aullidos de Rex y las dudas le asediaban. ¿Era éste el tranquilo pueblo en el campo en que quiso instalarse con su familia? Miró a Maggie, a quien el ruido había despertado, pero que se había vuelto a dormir. Tenía un frasco de somníferos sobre la mesilla de noche, casi vacío. Se sintió protector, aunque ella se le hubiera reído en las narices: quería ser su héroe. Sin embargo, era ella quien iba a clases de defensa personal por la noche, mientras él engordaba a base de comidas caras. Le producía una tristeza inexplicable verla dormir, saber que tenía tan poco poder sobre la vida y la muerte.

Rex estaba en medio del vestíbulo de la sacristía envuelto en confetis de madera. Tenía el torso acribillado de astillas y docenas de heridas pequeñas le sangraban por el cuerpo jadeante. Su sudor acre impregnaba el vestíbulo como si de incienso se tratara.

Olisqueó el aire en busca de su hombre, pero ya debía de estar lejos. Apretó los dientes, frustrado, emitió un leve silbido gutural y se dirigió a grandes zancadas hacia el estudio. El ambiente era cálido y confortable en esa habitación, lo notaba a veinte metros de distancia. Rodeó la mesa de despacho y destrozó dos sillas, en parte para ganar espacio, pero sobre todo por el placer de destrozar, luego arrojó el guardafuego y se sentó. Estaba rodeado de calor: un calor curativo y vivo. Le deleitaba sentir cómo le acariciaba la cara, el bajo vientre, las extremidades. También le calentaba la sangre, evocándole recuerdos de otros fuegos, de fuegos que había provocado en campos de trigo en flor.

Y le vino a la memoria otro fuego, cuyo recuerdo trataba de eludir, pero no podía dejar de pensar en él: la humillación de aquella noche le acompañaría siempre. Habían escogido cuidadosamente la estación: era verano avanzado, no había llovido en dos meses. El sotobosque del Bosque Salvaje era pura yesca, hasta los árboles vivos prendían fácilmente. Le habían hecho salir de su fortaleza con los ojos bañados en lágrimas, aturdido y asustado, y se vio rodeado por cantidad de estacas con púas, de redes y de... esa cosa que esgrimían, cuya sola vista le detenía.

Claro que no fueron lo bastante valientes como para matarlo: eran demasiado supersticiosos para eso. Además, ¿no estaban reconociendo su autoridad mientras lo herían, no era su terror el homenaje que le ofrecían? Por eso lo enterraron vivo, y eso fue peor que la muerte. ¿No fue eso lo peor de todo? Porque podía vivir toda una eternidad sin morir jamás, ni aunque lo metieran bajo tierra. Lo dejaron condenado a esperar cien años y a sufrir, a esperar un siglo y otro siglo, mientras las generaciones pisaban la tierra que tenía encima, vivían, morían y lo olvidaban. A lo mejor no lo olvidaron las mujeres: incluso a través de la tierra podía distinguir su olor cuando se acercaban a la tumba y, aunque no supieran nada de él, se sentían inquietas y convencían a sus maridos de que se marcharan para siempre de aquel lugar, de forma que se quedaba absolutamente solo, sin que un solo espíador le hiciera compañía. La soledad era la venganza de los hombres, creía, por la época en que él y sus hermanos se habían llevado a las mujeres a los bosques, las habían desnudado, violado y soltado, sangrando, pero fértiles. Morían al parir los frutos de las violaciones; ninguna anatomía femenina podía soportar los pataleos de un híbrido, sus dientes o su angustia. Ésa fue la única venganza que él y sus hermanos se tomaron sobre el sexo débil.

Rex se acarició y contempló la reproducción de *La luz del mundo* que colgaba con su marco dorado encima de la repisa de la chimenea de Coot. La imagen no le suscitaba temor ni remordimiento: era una descripción de un mártir asexuado, desconsolado y con ojos de liebre. Eso no suponía ningún obstáculo. El verdadero poder, la única potencia que podía derrotarlo, había desaparecido aparentemente: se había perdido para siempre, un pastor virgen le había usurpado el trono. Eyaculó en silencio y su semen fino cayó en el hogar. El mundo era suyo; lo iba a gobernar sin ningún tipo de

oposición. Tendría calor y comida en abundancia. Hasta bebés. Sí, carne de bebé, era la mejor. Criaturas recién paridas, todavía ciegas.

Se estiró, suspirando ante la perspectiva de tantos finos bocados, con la cabeza repleta de monstruosidades.

Desde su refugio en la cripta, Coot distinguió el chirrido de los coches de policía al detenerse junto a la sacristía y luego el ruido de pasos sobre el camino de grava. Decidió que había por lo menos media docena. Sería suficiente, sin duda.

Atravesó con cuidado las tinieblas, dirigiéndose a la escalera.

Alguien lo tocó: estuvo a punto de chillar, pero se mordió a tiempo la lengua.

—No te vayas ahora —le dijo una voz por detrás. Era Declan, y hablaba demasiado alto como para tranquilizarlo. El monstruo estaba encima de ellos, en alguna parte, los oiría si no se andaban con ojo. Por Dios, que no los oyera.

—Está encima de nosotros —dijo Coot en un susurro.

—Ya lo sé.

Parecía que la voz le saliera de las entrañas y no de la garganta; era como si tuviera un filtro de mugre.

—Hagamos que baje, ¿no? Te quiere, ¿sabes? Quiere que yo...

—¿Qué te ha pasado?

El rostro de Declan se distinguía en la oscuridad. Hizo una mueca, enloquecido.

—Creo que a lo mejor también te quiere bautizar a ti. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría? Se meó encima de mí, ¿comprendes? Y eso no es todo. No, quiere más que eso. Lo quiere todo. ¿Me oyes? Todo.

Declan agarró a Coot con un abrazo de oso que apestaba a la orina de la criatura.

—¿Vienes conmigo? —le dijo a Coot con una mirada maliciosa.

—Pongo mi fe en Dios.

Declan se echó a reír. No fue una risa estúpida; rezumaba verdadera compasión por aquella alma perdida.

—Él es Dios —replicó—. Estaba aquí antes de que se construyera esta casa de mierda, y tú lo sabes.

—También había perros.

—¿Eh?

—Y eso no significa que les tenga que dejar que me levanten la pata y se me meen encima.

—¡Si será listo el cabrón! —dijo Declan con la sonrisa torcida—. Él te enseñará. Cambiarás.

—No, Declan. Suéltame.

El abrazo era demasiado estrecho.

—Subamos las escaleras, cara de acelga. No hay que hacer esperar a Dios.

Arrastró a Coot hacia las escaleras sin dejar de abrazarlo. Ni palabras ni argumentos lógicos, a Coot no se le ocurría nada: ¿qué podía decir para que Declan comprendiera su degradación? Entraron torpemente en la iglesia, y Coot miró inmediatamente el altar, buscando un poco de alivio, pero no consiguió nada. Estaba devastado. Las vestiduras estaban hechas jirones y untadas de excrementos, la cruz y las palmatorias estaban en medio de una hoguera de libros de oraciones que ardía alegremente sobre los escalones del altar. Por la iglesia flotaban carbonillas, el aire estaba lleno de humo.

—¿Has hecho tú esto?

Declan gruñó.

—Él quiere que destruya todo esto. Que lo desmonte piedra a piedra si no queda más remedio.

—No se atreverá.

—Claro que sí. No le tiene miedo a Jesús, no le tiene miedo a... Su seguridad desapareció de repente, fue un instante muy significativo, y Coot explotó esa vacilación.

—Aquí hay algo a lo que le *tiene* miedo. Si no, habría venido él y lo habría hecho solo...

Declan no miraba al sacerdote. Tenía los ojos vidriosos.

—¿Qué es, Declan? ¿Qué es lo que no le gusta? Puedes decírmelo. Declan le escupió a Coot en la cara un esputo de flema que le colgó de la mejilla como una babosa.

—No es asunto tuyo.

—En nombre de Dios, Declan, mira en qué te ha convertido.

—Reconozco a mi señor en cuanto lo veo...

Declan estaba temblando.

—... y tú vas a hacer lo mismo.

Obligó a Coot a darse la vuelta, a mirar hacia la puerta que daba al sur. Estaba abierta, y la criatura se encontraba en el umbral, agachándose ágilmente para entrar por el portal. Coot vio por primera vez con claridad a Rex y empezó a tener miedo de veras. Había tratado de no pensar demasiado en su tamaño, su mirada, sus orígenes. Ahora, mientras se le acercaba a pasos lentos, hasta majestuosos, reconoció su poderío. A pesar de su melena y de sus aterradoras hileras de dientes no era una mera bestia; lo estaba atravesando con la mirada, que relucía con un desprecio más profundo del que pudiera sentir ningún animal. Abrió la boca más y más; los dientes, de dos y cuatro centímetros de largo, no dejaban de descubrirse, y aún no había abierto la boca del todo. Cuando no tuvo escapatoria, Declan soltó a Coot. Éste, de todas formas, no se habría movido: aquella mirada era demasiado insistente. Rex alargó la mano y recogió a Coot. El mundo se puso a dar vueltas...

Había siete agentes y no seis, como creyó Coot. Tres iban armados. Sus armas procedían de Londres, el sargento y detective Gissing las había encargado. El difunto sargento y detective Gissing, que pronto habría de ser condecorado póstumamente. Esos siete bravos y valientes estaban bajo el mando del sargento Ivanhoe Baker. Ivanhoe no era un héroe, ni por afición ni por educación. La voz, que esperaba que no le traicionara y diera las órdenes pertinentes cuando llegara el momento, se le convirtió en un gañido apagado cuando Rex salió del interior de la iglesia.

—¡Ya lo veo! —dijo.

Todo el mundo lo veía: medía dos metros setenta, iba cubierto de sangre y parecía la encarnación del infierno andante. A nadie le hacía falta que se lo señalaran. Sin que Ivanhoe lo ordenara, le apuntaron con la pistola: los hombres desarmados se sintieron desnudos; besaron sus porras y se pusieron a rezar. Uno de ellos echó a correr.

—¡Quieto! —chilló Ivanhoe; si esos hijos de puta salían corriendo se quedaría solo. No le habían provisto de una pistola, sólo le dieron autoridad, y eso no suponía ningún alivio.

Rex seguía sujetando a Coot por el cuello con el brazo extendido. El reverendo pataleaba a medio metro del suelo, con la cabeza reclinada y los ojos cerrados. El monstruo esgrimió el cuerpo ante sus enemigos en prueba de su poder.

—¿Podemos... por favor... podemos... disparar a ese bastardo? —inquirió uno de los agentes armados.

Ivanhoe tragó saliva antes de contestar.

—Alcanzaremos al cura.

—Ya está muerto —dijo el agente.

—No lo sabemos.

—Tiene que estarlo. Mírello.

Rex sacudía a Coot como si fuera un edredón, y a ese edredón, para disgusto de Ivanhoe, se le estaba cayendo el relleno. Luego la bestia lanzó casi con desgana a Coot contra la policía. El cuerpo golpeó la grava a pocos metros de la puerta y se quedó inmóvil. Ivanhoe recuperó la voz...

—¡Disparen!

Los agentes no necesitaban que nadie los animara; ya habían apretado el gatillo antes de que acabara de pronunciar la palabra.

Tres, cuatro, cinco balas alcanzaron a Rex en rápida sucesión, casi todas en el pecho. Le escocieron y levantó un brazo para protegerse la cara. Con la otra mano se cubrió los huevos. Era un dolor que no había previsto. La herida que le provocó el rifle de Nicholson fue olvidada gracias a la alegría de la sangría que vino inmediatamente después, pero estos dardos le hacían daño y no cejaban. Le entró miedo. El instinto le impulsaba a lanzarse contra esas trayectorias explosivas y centelleantes, pero sentía un dolor demasiado intenso. En lugar de eso, dio la vuelta y emprendió la retirada saltando por encima de las tumbas mientras se dirigía hacia el refugio de las colinas. Conocía bosquecillos, madrigueras y cuevas donde esconderse y hacer tiempo para meditar acerca de este nuevo contratiempo. Pero antes que nada tenía que eludir a esos hombres.

Se lanzaron inmediatamente en su persecución, excitados por la facilidad de su victoria, dejando a Ivanhoe que convirtiera en palangana una de las tumbas, la limpiara de crisantemos y vomitara.

En cuanto empezó a subir por la cuesta, Rex comprobó que no había farolas a lo largo de la carretera y se sintió más seguro. Podía disolverse en la oscuridad, en la tierra, lo había hecho miles de veces. Atajó por un campo. Aún no habían cosechado la cebada, que se inclinaba por el peso de las

semillas. La pisoteó al atravesarla, moliendo granos y tallos. A su espalda los perseguidores empezaban a perder terreno. El coche en que se habían montado en tropel se detuvo junto a la carretera; distinguía sus luces, una azul y dos blancas, a lo lejos. El enemigo profería una algarabía de órdenes, palabras que Rex no comprendía. No tenía importancia; conocía a los hombres. Se asustaban en seguida. No saldrían a buscarlo demasiado lejos; usarían la oscuridad como excusa para posponer la persecución, diciéndose que en cualquier caso sus heridas eran mortales. Eran tan crédulos como niños.

Subió a la cima de la colina y contempló el valle. Detrás de la carretera, iluminado: con los faros del coche del enemigo, el pueblo era como una rueda de luz cálida, con destellos intermitentes de luz azul y roja en el cubo. Más allá, se extendía por todas partes el manto impenetrable de la oscuridad de las colinas, sobre las que brillaban en enjambres y espirales las estrellas. De día parecía un valle acolchado, un pueblecito de maqueta. De noche era insondable, le pertenecía más a él que a sus enemigos.

Éstos ya volvían a sus guardadas, como había previsto. La persecución había concluido por el momento.

Se tumbó en el suelo y contempló cómo se consumía un meteoro y caía hacia el sudoeste. Fue un resplandor breve e intenso, que dibujó los contornos de una nube y luego desapareció. Aún faltaba mucho para que se hiciera de día, disponía de algunas horas por delante para curarse. Pronto volvería a estar fuerte: y entonces, entonces... los reduciría a todos a cenizas.

Coot no estaba muerto: pero quedó tan maltrecho que apenas si había diferencia. Tenía el ochenta por ciento de los huesos fracturados o rotos; la cara y el cuello eran un laberinto de desgarrones; tenía una mano tan aplastada que resultaba irreconocible. Era bastante probable que muriera. Sólo era cuestión de tiempo y de falta de voluntad.

En el pueblo quienes habían entrevisto tan sólo un fragmento de lo que ocurrió en la depresión ya andaban contando su versión de la historia, y los testimonios concedían crédito a las fabulaciones más fantásticas. El caos del camposanto, la puerta derrumbada de la sacristía, el coche acordonado de la carretera que iba al norte. Fueran cuales fuesen, pasaría mucho tiempo antes de que se olvidaran los sucesos de la noche de aquel sábado.

No se celebró el oficio por el festival de la cosecha, hecho que no sorprendió a nadie.

Maggie insistía:

—Quiero que volvamos todos a Londres.

—Ayer querías quedarte. Integrarte en la comunidad.

—Eso fue el viernes, antes de todo este... este... Hay un maníaco suelto, Ron.

—Si nos vamos ahora, no volveremos nunca.

—¿Qué estás diciendo? Claro que volveremos.

—Si nos vamos cuando el pueblo está amenazado, tenemos que abandonarlo para siempre.

—Eso es ridículo.

—Eras tú la que tenía tanto empeño en que nos vieran, en que nos integráramos en la vida del pueblo. Bueno, pues también tendremos que solidarizarnos con las víctimas. Y yo me quedo... quiero ver qué pasa. Tú puedes volver a Londres. Llévate a los niños.

—No.

Ron suspiró con fuerza.

—Quiero comprobar que lo han capturado: sea quien sea. Quiero ver que el asunto está resuelto, verlo con mis propios ojos. Es la única manera de que nos volvamos a sentir a salvo en este lugar.

Maggie asintió a regañadientes.

—Al menos salgamos un rato del hotel. La señora Blatter se está volviendo turulata. ¿Nos acercamos a verla en coche? A que nos dé un poco el aire...

—Sí, ¿por qué no?

Hacía un maravilloso día de septiembre: el campo, siempre dispuesto a sorprender, rebosaba de vitalidad. Flores tardías ponían una nota de color a los setos que bordeaban la carretera, los pájaros se les cruzaban por delante del coche. El cielo tenía un azul celeste, las nubes eran como una fantasía en crema. A pocas millas del pueblo empezó a disiparse el recuerdo de los horrores de la noche anterior y la exuberancia de aquel día comenzaba a alegrar los ánimos de la familia. Cuanto más se alejaban de Zeal menos miedo sentía Ron. Al poco rato se puso a cantar.

En el asiento trasero, Debbie se hacía la caprichosa. Unas veces «Tengo calor, papá», otras «Quiero un zumo de naranja, papá»; cuando no decía «Tengo pis».

Ron dejó el coche en un tramo vacío de carretera y se hizo el padre indulgente. Los niños lo habían pasado muy mal; hoy se les podía consentir un poco.

—De acuerdo, cariño, puedes hacer pis aquí y luego iremos a por un helado.

—¿Dónde está el re-re? —preguntó ella. Qué expresión más estúpida; era un eufemismo de su suegra.

Maggie intervino. Era más hábil con los caprichos de Debbie que Ron.

—Lo puedes hacer detrás del seto —le sugirió.

Debbie puso cara de aterrorizada. Ron intercambió una sonrisita con Ian.

El niño tenía cara de estafado. Empezó a hacer muecas, imitando a un perro con las orejas gachas.

—Date prisa, ¿quieres? —murmuró—. Así podremos ir a algún sitio agradable.

«Un sitio agradable», pensó Ron. «Quiere decir un pueblo. Es un niño de ciudad: va a costar mucho tiempo convencerle de que una colina con una buena vista es algo agradable.» Debbie seguía imposible.

—No puedo ir ahí, mama...

—¿Por qué?

—Me podría ver alguien.

—Nadie te va a ver, cariño —la tranquilizó Ron—. Haz lo que te dice tu madre. —Se volvió hacia su mujer—. Acompáñala, amor.

Maggie no se inmutó.

—No es necesario.

—No puede saltar la verja sola.

—Ve tú con ella entonces.

Ron no estaba dispuesto a ponerse a discutir; se obligó a sonreír.

—Vamos —dijo.

Debbie bajó del coche y Ron la ayudó a saltar la puerta de hierro para que llegara al campo. Lo acababan de cosechar. Olía a... tierra.

—No mires —le advirtió, atenta—, no debes mirar.

A sus nueve tiernos años ya era una manipuladora.

Podía jugar con él mejor que con el piano, por muchas clases de música que recibiera. Él lo sabía tan bien como ella. Le sonrió y cerró los ojos.

—De acuerdo. ¿Lo ves? Tengo los ojos cerrados. Date prisa, Debbie. Por favor.

—Prométeme que no me espías.

—No te espiaré —Dios mío, pensó, lo está convirtiendo en una auténtica obra de teatro—. Date prisa.

Echó una ojeada al coche. Ian estaba sentado detrás, leyendo, absorto en alguna novela de aventuras barata, impertérrito. El chico era demasiado serio: una sonrisa a medias de vez en cuando era todo lo que conseguía sacarle Ron. No era afectación, no se trataba de una expresión teatral de misterio. Se contentaba con que su hermana representara todos los papeles.

Detrás del seto, Debbie se bajó las bragas de domingo y se puso en cucillas pero, después de tanto jaleo, se le habían ido las ganas de hacer pis. Se concentró, pero eso sólo sirvió para hacerlo más difícil.

Ron oteó el horizonte. Unas gaviotas se disputaban un bocado de cardenal. Las estuvo contemplando un rato, cada vez más impaciente.

—Venga, cariño.

Volvió a mirar al coche; Ian lo estaba observando, con el aburrimiento, o algo parecido, pintado en la cara. ¿Había algo más, una profunda resignación?, pensó Ron. El niño se puso a leer de nuevo su cómic, *Utopía*, haciendo caso omiso de su mirada.

Y entonces chilló Debbie; fue un grito de los que destrozan tímpanos.

—¡Jesucristo! —Ron saltó la puerta al instante con Maggie pisándole los talones.

—¡Debbie!

Se la encontró de pie contra el seto, mirando el suelo, balbuciendo y con la cara roja.

—¿Qué ocurre, por el amor de Dios?

Farfullaba sonidos incoherentes. Ron siguió la trayectoria de su mirada.

—¿Qué pasa? —A Maggie le costaba trabajo saltar la puerta.

—Nada... nada.

Había un bulto muerto a medio enterrar en una esquina del campo, entre un montón de escombros. Le habían arrancado los ojos; el pellejo, podrido, hormigueaba de moscas.

—Dios mío, Ron.

Maggie lo miró acusadoramente, como si fuera él quien había dejado eso ahí a mala fe.

—No te preocupes, amor —dijo adelantándose a Ron y estrechando a Debbie entre sus brazos.

Sus sollozos se calmaron un poco. Niños de ciudad, pensó Ron. Tendrían que acostumbrarse a este tipo de cosas si querían vivir en el campo. Aquí no había barrenderos que se llevaran cada mañana a los gatos atropellados. Maggie la estaba acunando, parecía más tranquila.

—Se le pasará —dijo Ron.

—Claro que sí. ¿Verdad que sí, cariño? —Maggie la ayudó a subirse las bragas. Seguía gimoteando. El susto le había hecho olvidar su deseo de un poco de intimidad.

En el coche, Ian oyó el maullido de su hermana y trató de concentrarse en el cómic. «Es capaz de cualquier cosa con tal de llamar la atención», pensaba. «Que haga lo que quiera.»

De repente se quedó a oscuras.

Levantó la vista del libro, malhumorado. A la altura de su hombro, a unos veinte centímetros de distancia, había algo agachado para verlo mejor. Tenía una cara monstruosa. Trató de chillar, pero no pudo: tenía la lengua paralizada. Todo lo que pudo hacer fue arañar el asiento y patalear inútilmente cuando unos brazos largos y llenos de cicatrices entraron por la ventana para atraparlo. Las uñas de la bestia le rasparon los tobillos y le destrozaron los calcetines. Perdió uno de sus zapatos nuevos en el forcejeo. Le había cogido por el pie y le arrastraba por el mojado asiento hacia la ventana. Recuperó la voz. No es que fuera exactamente su voz, era una voz patética, ridícula, que no tenía nada que ver con el pánico que se había apoderado de él. De todas formas, ya era demasiado tarde; le había sacado las piernas por la ventana y ya tenía las nalgas casi fuera. Cuando tuvo el torso al aire libre miró por la ventana trasera y vio a su padre como en un sueño, con una expresión completamente grotesca. Estaba saltando la verja, venía a socorrerle, a salvarle, pero iba demasiado despacio. Ian comprendió desde el principio que no tenía escapatoria, porque había muerto mil veces en sueños de una forma semejante y papá nunca había llegado a tiempo. Tenía una boca más grande que todas las que le había atribuido, era un pozo al que estaba cayendo de cabeza. Olía como los cubos de basura que había detrás del comedor del colegio, pero mil veces más fuerte. Cuando le arrancó el cuero cabelludo de un mordisco vomitó en la garganta del monstruo.

Ron no había chillado en su vida. Eso era cosa de mujeres, o lo había sido hasta entonces. Al ver a esa bestia de pie, cerrando las mandíbulas en torno a la cabeza de su hijo, no pudo reprimir un grito.

Rex lo oyó y se dio la vuelta, sin rastro de miedo en la cara, para descubrir de dónde procedía. Las dos miradas se encontraron. Los ojos del Rey atravesaron a Milton como un dardo, dejándolo paralizado sobre la carretera y dándole escalofríos en la espina dorsal. Fue Maggie quien rompió el hechizo, su voz sonó como si estuviera entonando un canto fúnebre.

—Oh... por favor... no.

Ron consiguió desprenderse de la mirada penetrante y se dirigió hacia el coche, hacia su hijo. Pero ese momento de vacilación le había dado una ocasión preciosa (que, por otra parte, no le hacía ninguna falta) a Rex, y ya estaba lejos, con la presa entre los dientes, meciéndose de lado a lado. La brisa arrastró las gotas de la sangre de Ian hacia la carretera, hacia Ron, que las sintió caer sobre su cara como en una delicada ducha.

Declan se quedó en el presbiterio escuchando un tarareo. Un sempiterno tarareo. Tarde o temprano descubriría el origen de ese murmullo y lo destruiría, aunque eso supusiera, como era bastante probable, su propia muerte. Su nuevo amo se lo exigiría. Pero eso formaba parte del curso normal de los acontecimientos; no le asustaba la idea de la muerte, ni mucho menos. En los últimos días se había dado cuenta de las ambiciones que llevaba años abrigando (ambiciones que a veces no había expresado, ni pensado siquiera).

Mirar a ese bulto negro mientras le orinaba encima había supuesto la mayor de las dichas. Si esa experiencia, que antaño le habría dado asco, podía resultar tan satisfactoria, ¿cómo sería la muerte? Todavía más excelsa. Y si lograba que fuera Rex quien lo matara con su propia mano, esa mano de olor tan pestilente, ¿no sería el más glorioso de todos sus actos?

Contempló el altar y los restos del incendio que había apagado la policía. Después de la muerte de Coot lo estuvieron buscando, pero conocía una docena de escondites de donde jamás podrían sacarlo, y se cansaron en seguida. Tenían asuntos más urgentes. Cogió un montón de *Libros de oración* y los tiró sobre las cenizas húmedas. Las palmatorias estaban rotas, pero todavía se podían reconocer. La cruz había desaparecido, consumida o sisada por un agente de la ley largo de manos. Arrancó unos puñados de himnos y encendió una cerilla. Los viejos cánticos prendieron en seguida.

Ron Milton probaba el sabor de las lágrimas, un sabor que había olvidado. Hacia años que no lloraba, especialmente delante de hombres. Pero ya no le preocupaba: de todas formas, esos bastardos de policías no eran seres humanos. Se quedaron mirándole mientras contaba su historia, asintiendo como idiotas.

—Hemos llamado a todas las divisiones en un radio de cincuenta millas, señor Milton —le dijo un tipo blando de mirada compasiva—. Hay batidas por todas las colinas. Lo cogeremos, sea lo que sea.

—Me ha quitado a mi hijo, ¿comprende? Lo mató delante de mí...

No dieron muestras de apreciar el horror de la situación.

—Estamos haciendo todo lo que podemos.

—No es suficiente. Esa cosa... no es humana.

Ivanhoe, el de la mirada comprensiva, sabía perfectamente bien que no tenía nada de humano.

—Va a venir personal del Ministerio de Defensa: hasta que vean las pruebas no podemos hacer más de lo que hacemos —dijo. Y añadió, a guisa de justificación—: Es dinero del Estado, señor.

—¡Maldito imbécil! ¿Qué importa cuánto cuesta matarlo? No es humano. Es infernal.

La expresión de Ivanhoe se endureció.

—Si viniera directamente del infierno, señor —dijo—, no se habría apoderado tan fácilmente del reverendo Coot.

Coot: ése era su hombre. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Coot.

Ron no había sido nunca demasiado religioso. Pero estaba dispuesto a ser tolerante y, después de enfrentarse a las huestes —o a una de las huestes— del maligno, no le costaría trabajo cambiar de opinión. Creería en cualquier cosa, absolutamente todo, si eso le proporcionaba un arma contra el demonio.

Tenía que ver a Coot.

—¿Qué hacemos con su mujer? —le preguntó el agente. Maggie estaba sentada en una celda, bajo los efectos de un sedante, con Debbie dormida al lado. No podía hacer nada por ellas. Estaban tan seguras ahí como en cualquier otra parte.

Tenía que ver a Coot antes de que muriera.

Le comprendería a la manera de los reverendos; tendría más compasión por su dolor que estos monos. A fin de cuentas, las ovejas descarrilladas eran las predilectas de la Iglesia.

Al entrar en el coche creyó reconocer por un momento el olor de su hijo: el niño que habría heredado su nombre (lo habían bautizado como Ian Ronald Milton), el niño que llevaba su misma sangre, circuncidado como él. El niño sosegado que lo miraba con tanta resignación en los ojos.

Esta vez no se echó a llorar. Esta vez sólo sintió rabia, una rabia maravillosa.

Eran las once y media de la noche. Rex estaba tumbado bajo la luna en una de las tierras cosechadas al suroeste de la granja de los Nicholson. Los rastrojos empezaban a quedar envueltos por la oscuridad y de la tierra emanaba un aroma embriagador de materia vegetal en descomposición. Tenía la cena al lado: Ian Ronald Milton, boca abajo, con el diafragma abierto en canal. De vez en cuando la bestia se recostaba sobre un codo y removía el caldo tibio que era el cuerpo del niño, en busca de un bocado exquisito.

Bajo la luna, bañado por su luz plateada, estirando las extremidades y comiendo carne humana, se sentía imbatible. Arrancó un riñón del plato y se lo tragó.

Delicioso.

A pesar de los sedantes, Coot estaba despierto. Sabía que iba a morir y el tiempo que le quedaba era demasiado precioso como para pasarlo adormecido. No conocía el nombre de la persona que le hacía preguntas, no acertaba a distinguirlo en el ambiente amarillento de la habitación, pero su voz era tan insistente y a la vez tan educada que tuvo que hacerle caso, aunque interrumpiera su reconciliación con Dios. Además, las preguntas le interesaban: estaban todas relacionadas con la bestia que le había hecho papilla.

—Me arrebató a mi hijo —decía ese hombre—. ¿Qué sabe acerca de esa criatura? Dígamelos, por favor. Creeré todo lo que me diga... —Su desesperación era auténtica—. Explíquemelo...

Ideas confusas habían cruzado por la mente de Coot una y otra vez desde que se vio tumbado sobre la cálida almohada. El bautismo de Declan; el abrazo de la bestia; el altar; la piel y la carne

poniéndosele de gallina. Tal vez le pudiera decir algo útil a ese padre angustiado.

—... en la iglesia...

Ron se acercó aún más a Coot; ya olía a sepultura.

—... el altar... le tiene miedo... el altar...

—¿Quiere decir la cruz? ¿Le asusta la cruz?

—No... no...

—No...

El cuerpo tuvo una contracción y se quedó inmóvil. Ron vio a la muerte apoderarse de esa cara: la saliva se secó sobre los labios de Coot, el iris del ojo que le quedaba se contrajo. Lo estuvo contemplando un buen rato antes de llamar a una enfermera. Luego desapareció sigilosamente.

Había alguien en la iglesia. La puerta, que la policía había cerrado con candado, estaba entornada; el candado, roto. Ron la empujó unos centímetros y se deslizó dentro. No había ninguna luz encendida, la única iluminación era una hoguera sobre los escalones del altar. La atendía un hombre joven que Ron había visto entrar y salir del pueblo. Levantó la vista pero continuó alimentando las llamas con hojas de libros.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó sin interés.

—He venido a... —Ron vaciló. ¿Iba a decirle la verdad a aquel hombre? No, había algo raro en su comportamiento.

—Le he hecho una pregunta directa —dijo—. ¿Qué quiere?

Andando por el ala hacia la hoguera, Ron empezó a distinguir con más precisión a su interlocutor. Tenía la ropa manchada, de barro posiblemente, y los ojos hundidos en las cuencas como si el cerebro los hubiera enterrado.

—No tiene derecho a estar aquí...

—Creía que todo el mundo podía entrar en una iglesia —dijo Ron, contemplando las páginas que se ennegrecían al quemarse.

—Esta noche no. Así que salga zumbando de aquí.

Ron continuó andando hacia el altar.

—¡Que salga zumbando le he dicho!

La cara que Ron tenía enfrente era pura lascivia y muecas: era la cara de un lunático.

—He venido a ver el altar; me iré cuando lo haya visto, y no antes.

—Ha estado hablando con Coot, ¿no es cierto?

—¿Coot?

—¿Qué le dijo ese cabrón? Todo mentira, sea lo que sea; no dijo nada cierto en su puta vida, ¿lo sabía? Se lo garantizo. Se subía ahí arriba... —tiró un libro de oraciones contra el púlpito— ...a contar mentiras.

—Quiero ver el altar por mi cuenta. Ya veremos si contaba mentiras...

—*No lo hará!*

El hombre arrojó otro puñado de libros a la hoguera y bajó los escalones para cerrarle el paso. No olía a barro sino a mierda. Sin previo aviso se precipitó sobre él. Agarró a Ron por el cuello y ambos cayeron al suelo. Declan estiraba los dedos para saltarle los ojos y los dientes para arrancarle la nariz.

A Ron le sorprendió la debilidad de sus propios brazos. ¿Por qué no había jugado a squash como le aconsejó Maggie? ¿Por qué eran tan poco eficaces sus músculos? En cuanto se descuidara ese hombre lo mataría.

De repente entró una luz por el ventanal que daba al oeste, tan brillante que podría haberse tratado de un amanecer en plena noche. Inmediatamente se oyó un coro de gritos. Unas llamaradas gigantescas, que empequeñecieron la hoguera del altar, se elevaron por el aire. El cristal manchado vibró.

Declan se olvidó un segundo de su víctima y Ron se recuperó. Le golpeó la barbilla, metió una rodilla debajo del torso de Declan y le pegó una patada. El oponente se retorció y Ron se levantó agarrándolo por el pelo para que no se le escapara, mientras le machacaba la cabeza con el puño libre hasta que la partió. No le bastó con ver sangrar a aquel bastardo por la nariz ni con oír cómo le crujía el cartílago; Ron le golpeó sin descanso hasta que le sangró el puño. Sólo entonces dejó caer a Declan.

Fuera de la iglesia, Zeal estaba en llamas.

Rex había provocado incendios antes, muchos incendios. Pero la gasolina era un arma nueva, y todavía estaba aprendiendo a dominarla. No le costó demasiado trabajo. El truco consistía en desgarrar las cajas sobre ruedas, era fácil. Hacerles una herida en el flanco para que sangraran, para que soltaran esa sangre que le daba dolor de cabeza. Las cajas eran presa fácil, alineadas como estaban contra la acera, como bueyes listos para el matadero. Enloquecido, con la muerte en los ojos, se paseaba entre ellas vertiendo su sangre y prendiéndole fuego. Los regueros de fuego líquido inundaban jardines, cruzaban umbrales. La paja echaba a arder; las casas de campo de madera se quemaban. Al poco rato Zeal se incendiaba de un extremo a otro.

En la iglesia de San Pedro, Ron recogía el manto del altar, tratando de no pensar en Debbie y en Margaret. La policía las trasladaría a un lugar seguro, no cabía ninguna duda. Antes que nada debía resolver el asunto que se traía entre manos.

Debajo del manto había una caja grande con una burda inscripción sobre la cara exterior. No se fijó en el dibujo; tenía cosas más importantes que hacer. La bestia andaba suelta. Oía sus aullidos triunfales y sentía ansias, verdaderas ansias de salir a su encuentro. De matarlo o morir. Pero antes estaba la caja. Contenía poder, no cabía la menor duda; un poder que ya le estaba poniendo los pelos de punta, que le irritaba el pene, provocándole una dolorosa erección. Le sobreexcitaba, exultaba de amor. Ansioso, puso las manos sobre la caja y una ola de fuego estuvo a punto de achicharrarle las articulaciones después de recorrerle los brazos. Se cayó y pensó por un momento que iba a perder el conocimiento, porque el dolor era insufrible, pero al poco tiempo remitió. Se puso a buscar una herramienta, algo con que abrir la caja sin tener que ponerle las manos encima.

Desesperado, se envolvió la mano con un trozo del manto del altar y cogió una de las palmatorias de latón de la línea de fuego. El manto empezó a chamuscarse. Volvió al altar y se puso a golpear la madera como un loco hasta que empezó a astillarse. Tenía las manos entumecidas; si las palmatorias le hubieran abrasado las palmas no se habría dado cuenta. De todas formas, ¿qué más daba? Tenía un arma delante de él, a pocos centímetros, sólo pensaba en alcanzarla, en blandirla. Sintió punzadas en el pene, le escocieron los huevos.

—Ven a mí —se sorprendió diciendo—, venga, vamos. Ven a mí. Ven a mí. —Como si la estuviera atrayendo hacia sí para abrazarla, como si fuera su tesoro, como si fuera una chica que deseaba, que su erección deseaba, y la quisiera conducir hipnotizada hasta su lecho.

—Ven a mí, ven a mí...

La cara delantera empezaba a ceder. Jadeando, utilizó las esquinas de la base de la palmatoria como palanca para arrancar trozos de madera más grandes. El altar estaba hueco, como había previsto. Y vacío.

Vacio.

La caja sólo contenía una bola de piedra del tamaño de una pequeña pelota de fútbol. ¿Era ésa su recompensa? No esperaba que tuviera un aspecto tan insignificante: y, sin embargo, el ambiente que le rodeaba aún estaba electrizado, la sangre aún le bullía. Metió la mano por el agujero que había hecho en el altar y cogió la reliquia.

En el exterior, Rex exultaba.

Al sopesar la piedra con una mano insensible, un montón de imágenes asaltaron el espíritu de Ron. Un cadáver con los pies ardiendo. Una cuna en llamas. Un perro corriendo por la calle hecho una bola viva de fuego. Todo fuera de la iglesia, a punto de ocurrir.

Contra el autor de todo aquella disponía de una piedra.

Le molestaba profundamente haber confiado en Dios, aunque sólo fuera durante medio día. Tan sólo era una piedra: una maldita piedra. La hizo dar vueltas en la mano, tratando de encontrar algún sentido a sus surcos y prominencias. Tal vez estuviera predestinada a ser algo; quizás no comprendía su significado profundo.

Oyó ruidos en el extremo opuesto de la iglesia; una caída, un grito, un crepitar de llamas detrás de la puerta.

Entraron dos personas tambaleándose, humeantes y llorosas.

—Está quemando el pueblo —dijo una voz que Ron reconoció. Era el bondadoso policía que no quiso creer en el infierno; simulaba conservar toda su entereza, tal vez por su compañera, la señora Blatter, la del hotel. El camisón con el que había salido a la calle estaba hecho trizas. Tenía los pechos al aire, temblando con sus sollozos; no parecía darse cuenta de que estaba desnuda, ni siquiera sabía dónde estaba.

—Dios que estás en los cielos, ayúdanos —dijo Ivanhoe.

—Aquí no hay ningún Dios —dijo la voz de Declan.

Estaba de pie y se acercaba haciendo eses a los recién llegados. Ron no podía distinguir su cara desde donde estaba, pero sabía que estaba cerca. La señora Blatter lo esquivó y dejó que se fuera dando tumbos hacia la puerta. Ella se precipitó hacia el altar. Ahí se había casado, en el preciso lugar en que se inició el incendio.

Ron contempló su cuerpo, extasiado.

Estaba considerablemente gruesa; los pechos caídos, el vientre tan prominente que le ocultaba el sexo. Ron dudó de que pudiera vérselo ella misma. Pero ésa era la razón de que le latiera el glande, de que le diera vueltas la cabeza...

Tenía la imagen de aquella mujer en la mano. Sí, la tenía en la mano, ella era la imagen viviente de la bola que él sujetaba en la mano. Una mujer. La piedra era la estatua de una mujer, de una Venus más burda que la señora Blatter, con el vientre repleto de niños, senos como montañas y el sexo como un valle que empezara en su ombligo y mirara atónito el mundo. Hasta ese momento los fieles se habían postrado ante una diosa oculta bajo el manto y la cruz.

Ron bajó los escalones del altar y echó a correr por el ala, apartando a la señora Blatter, al policía y al loco.

—No salga —le dijo Ivanhoe—, está aquí mismo.

Ron empuñó con fuerza a la venus, calibrando su peso y sacando fuerzas de su posesión. Detrás de él, el sacristán le gritaba una advertencia a su señor. Sí, era una advertencia, sin lugar a dudas.

Ron abrió la puerta de una patada. Se encontró con fuego por todas partes. Una cuna en llamas, un cadáver (el del administrador de correos) con los pies ardiendo, un perro devorado por el fuego, hecho una bola. Y, naturalmente, Rex, dibujado sobre un telón de fondo hecho de llamas. Se dio la vuelta, quizás al oír las advertencias del sacristán, pero más probablemente porque sabía sin necesidad de que se lo dijera nadie que habían descubierto a la mujer.

—¡Aquí! —chilló Ron—. ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

La bestia empezó a andar hacia él con el continente tranquilo del vencedor que se prepara a obtener su último y definitivo triunfo. Ron vaciló. ¿Por qué venía con tanta seguridad a su encuentro? ¿Por qué no parecía inquietarle el arma que tenía en las manos?

¿No la había visto? ¿No había oído la advertencia?

A no ser que...

Dios bendito.

... A no ser que Coot se hubiera equivocado. A no ser que lo que tenía en la mano fuera tan sólo una piedra, un trozo de piedra inútil y sin valor alguno.

Y entonces un par de manos le asieron por el cuello.

El loco.

En voz baja le escupió «¡cabrón!» al oído.

Ron vio acercarse a Rex, oyó que el loco chillaba:

—Aquí lo tienes. Cógelo. Mátalo. Aquí lo tienes.

De repente las manos soltaron su presa, y Ron se dio la vuelta a medias y vio cómo Ivanhoe arrastraba al loco hacia la pared de la iglesia. La boca del sacristán seguía profiriendo gritos.

—¡Está aquí! ¡Aquí!

Ron volvió la vista hacia Rex: la bestia estaba casi encima de él, y tardó demasiado en levantar la piedra para defenderse. Pero Rex no tenía intención de cogerlo. Era a Declan a quien oía y olía. Cuando las manos del monstruo se dirigieron hacia el loco, dejando de lado a Ron, Ivanhoe lo soltó. Lo que siguió fue inenarrable. Ron no soporto ver cómo las manos abrían a Declan en canal: pero oyó cómo el barboteo de súplicas se convertía en un rugido de dolor sorprendido. Cuando volvió a mirarlo, no había nada con apariencia humana sobre el suelo o contra la pared.

Y esta vez Rex venía a por él, dispuesto a hacer con él lo mismo o algo peor. La inmensa cabeza se estiró para fijarse mejor en Ron, con las fauces abiertas, y éste advirtió los estragos que el fuego le había causado. Entusiasmado por la destrucción, la bestia se había descuidado, y el fuego le había alcanzado el rostro y la parte superior del torso. Tenía el vello corporal chamuscado, la melena consumida y la carne de la parte izquierda de la cara negra y cubierta de ampollas. Las llamas le habían quemado los globos de los ojos, que nadaban en una costra de moco y lágrimas. Por eso había seguido la voz de Declan sin advertir a Ron; estaba casi ciego.

Pero ahora tenía que ver. Tenía que hacerlo.

—Aquí... aquí... —dijo Ron—. ¡Aquí estoy! —Rex le oyó. Miró hacia él sin verlo, con los ojos entornados.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Rex gruñó sordamente. La cara quemada le dolía, quería alejarse de ese lugar, refugiarse en la espesura de un bosquecillo de abedules bañado por la luna.

Sus turbios ojos distinguieron la piedra; el *homo sapiens* la mecía como a un bebé. Le costaba trabajo ver con claridad, pero comprendió la situación. Esa imagen le lastimaba el cerebro. Le daba comezón, le importunaba.

No era más que un símbolo, naturalmente, una muestra de poder, y no el poder en sí mismo, pero no podía comprender la diferencia. Para él la piedra era el objeto que más temía: la mujer sangrante con el agujero abierto para devorar la simiente y escupir niños. Ese agujero representaba la vida; esa mujer, la fecundidad sin fin. Le aterrizableba.

Dio un paso atrás y sus excrementos le rodaron por la pierna. El miedo que tenía grabado en la cara dio fuerzas a Ron. Sacó partido de su ventaja, acercándose aún más a la bestia que se batía en retirada, vagamente consciente de que Ivanhoe estaba reuniendo a sus hombres, que no eran más que figuras con armas en el rabillo de su ojo, ansiosas por acabar con el incendiario.

Las fuerzas le empezaban a flaquear. La piedra, levantada por encima de la cabeza para que Rex la viera con nitidez, se hacía cada vez más pesada.

—Adelante —dijo en voz baja a los habitantes de Zeal—. Adelante, a por él. A por él...

Empezaron a estrechar el círculo antes de que hubiera acabado de hablar.

Más que verlos, Rex los oía: tenía los doloridos ojos fijos en la mujer.

Enseñó los dientes, preparándose para el combate. La peste a humanidad se cernía en torno a él mirara a donde mirara.

El pánico se impuso momentáneamente a sus supersticiones y pegó un zarpazo en dirección a Ron, haciéndose mentalmente invulnerable a la piedra. La agresión cogió a Ron por sorpresa. Las uñas se le clavaron en el cuero cabelludo, la sangre le corrió por la cara.

Pero en ese instante la muchedumbre se abalanzó sobre él. Manos humanas, débiles y pálidas, se posaron sobre el cuerpo de Rex. Los puños golpearon su espina dorsal, las uñas le rasgaron la piel.

Alguien le cortó el tendón de la corva con un cuchillo y soltó a Ron. El dolor le hizo proferir un aullido que resonó en todo el cielo, o eso les pareció. Las estrellas se pusieron a dar vueltas en los ojos quemados de Rex, que cayó de espaldas sobre la carretera, partiéndose la espina dorsal. Todos aprovecharon al punto la situación, reduciéndolo por su mera ventaja numérica. Consiguió romper un dedo acá, partir una cabeza allá, pero ahora ya nada podía detenerlos. Aunque no lo supieran, su odio era antiguo, lo llevaban en la sangre.

Se revolvió bajo sus asaltos tanto tiempo como pudo, pero sabía que la muerte era inevitable. Esta vez no habría resurrección, no esperaría siglos bajo tierra a que los descendientes de estos hombres lo hubieran olvidado. Habían acabado con él para siempre; se iba a enfrentar a la nada.

La idea le tranquilizó. Miró como pudo hacia donde se encontraba el padre. Sus ojos se encontraron como lo habían hecho en la carretera, cuando había raptado a su hijo. Pero la mirada de Rex ya había perdido su capacidad de paralizar. Su cara estaba tan vacía y era tan estéril como la luna. Mucho antes de que Ron le incrustara la piedra entre los ojos ya estaba derrotado. Tenía el cráneo frágil: se combó hacia dentro y un poco de materia gris salpicó la carretera.

El Rey murió. Ocurrió de repente, sin ceremonias ni júbilo. Se acabó de una vez por todas. Sin grito alguno.

Ron dejó la piedra donde estaba, medio enterrada en la cara de la bestia. Se levantó tambaleando y se palpó la cabeza. Le había arrancado el cuero cabelludo; con los dedos se tocó el hueso del cráneo. La sangre brotaba sin parar. Pero había brazos prestos a sujetarlo y le esperaba un sueño reparador.

Nadie se dio cuenta, pero después de la muerte de Rex se le estaba vaciando la vejiga. La orina salía intermitentemente, formando un riachuelo que corrió carretera abajo, humeando por el frío que empezaba a levantarse, y su nariz espumosa parecía buscar el mejor camino olfateando de un lado a otro. Encontró la alcantarilla a pocos pasos y se dirigió hacia ella por una grieta del asfalto. Por ella se escurrió hasta desaparecer y empapar la tierra agradecida.

1.-La polisemia de la palabra inglesa *litter* («camada» y «basura») no permite conservar el juego de palabras original en la traducción española. (*N. del T.*)

2.-*Rawhead*, en el original, significa literalmente «cabeza cruda». Su acepción corriente es la de «hombre-lobo». (*N. del T.*)

CONFESIONES DEL SUDARIO (DE UN PORNÓGRAFO)

Antaño fue carne. Carne, hueso y ambición. Pero eso había ocurrido hacía siglos, o eso parecía, y el recuerdo de ese estado dichoso se desvanecía rápidamente.

Aún perduraban vestigios de su vida anterior: el tiempo y el agotamiento no se lo podían arrebatar todo. Se representaba con una nitidez dolorosa los rostros de todas las personas que había amado y odiado. Le contemplaban, claros y luminosos, desde el pasado. Todavía podía ver la expresión dulce, desamparada, de los ojos de sus hijos. Y la misma mirada, menos dulce pero igual de desamparada, en los ojos de los brutos que había asesinado.

Algunos de esos recuerdos le producían ganas de llorar, pero a sus ojos resecos ya no les quedaban lágrimas. Además, ya era demasiado tarde para lamentarse. El arrepentimiento era un lujo reservado para los vivos, que todavía disponían de tiempo, coraje y energía para actuar.

Él ya estaba al margen de todo eso. Él, el «pequeño Ronnie» para su madre (si pudiera verlo ahora), llevaba muerto casi tres semanas. Demasiado tarde para lamentos, sin duda alguna.

Había hecho cuanto pudo para corregir los errores que cometió. Dio todo lo que pudo de sí y más, quitándose un tiempo precioso para atar los cabos sueltos de su fracasada existencia. El pequeño Ronnie de mamá siempre había sido ordenado: el paradigma de la pulcritud. Ésa fue una de las razones de que disfrutara con la contabilidad. La búsqueda de unos peniques perdidos entre centenares de números era un juego que le apasionaba, tanto como hacer el balance al final de la jornada. Lástima que la vida no fuera tan perfectible como le parecía ahora, demasiado tarde. Con todo, hizo lo que pudo y, como solía decir su madre, nadie está obligado a más. Sólo le faltaba confesarse y, después de eso, presentarse contrito y con las manos vacías el día del Juicio Final. Embutido en el asiento, brillante por el uso, del confesonario de la iglesia de Santa María Magdalena, le atormentaba la idea de que su cuerpo usurpado no resistiera el tiempo suficiente para que se liberara de todos los pecados que languidecían en su turbio corazón. Se concentró en mantener unidos cuerpo y alma durante esos minutos postreros y vitales.

Pronto llegaría el padre Rooney. Se sentaría detrás de la reja del confesonario y le colmaría de palabras de consuelo, comprensión y perdón; luego, en los últimos minutos de su vida de fracaso, Ronnie Glass contaría su historia.

Empezaría por negar el peor defecto de su carácter: la acusación de pornógrafo.

Pornógrafo.

Una idea absurda. En su cuerpo no había un solo hueso de pornógrafo. Cualquiera que lo hubiera conocido durante los treinta y dos años que vivió lo habría atestiguado. Por Dios, si ni siquiera le gustaba demasiado el sexo. Qué ironía. De toda la gente a la que se podía acusar de divulgar guarrerías, él era probablemente el más inocente. Mientras parecía que todo el mundo alardeara de sus adulterios como si de virtudes se tratara, él había llevado una vida intachable. La vida prohibida del sexo, como los accidentes de coche, les estaba reservada a los demás. El sexo no era más que una bajada en montaña rusa que uno podía perdonarse una vez al año más o menos. Dos veces, como mucho; tres ya sería asqueroso. ¿Cómo podía sorprenderle a nadie, por tanto, que, en nueve años de matrimonio con una buena chica católica, este buen católico sólo hubiera engendrado dos hijos?

Pero fue un hombre cariñoso a pesar de su escaso ardor sexual, y como su mujer Bernadette sentía la misma indiferencia por el sexo, su miembro poco entusiasta no fue nunca motivo de riña entre los dos. Y los niños eran un encanto. Samantha se estaba convirtiendo en un modelo de educación y de orden. Imogen (aunque acababa de cumplir dos años) tenía la misma sonrisa que su madre.

A fin de cuentas, había tenido una vida agradable. Fue casi propietario de un chalet en el barrio más frondoso del sur de Londres. Tuvo un pequeño jardín para los domingos y un alma tranquila. A su juicio, su vida fue modélica, modesta y sin tacha.

Y así habría continuado, de no ser por el gusanillo de la codicia, que le roía las entrañas. La codicia le arruinó. Sin duda.

Si no hubiera sido codicioso, no se habría pensado dos veces el trabajo que le ofreció Maguire. Habría confiado en su instinto, habría echado un vistazo a la oficina cochambrosa y llena de humo que había encima de la pastelería húngara del Sobo, y se habría ido para no volver. Pero sus sueños de riqueza le hicieron olvidar la verdad lisa y llana: que usaba todos sus conocimientos de contabilidad para darle una pátina de respetabilidad a una operación que apestaba a corrupción. En el fondo

siempre lo había sabido, por supuesto. Siempre lo había sabido pese a las constantes charlas de Maguire sobre el rearme moral, sobre el cariño que tenía a sus niños, su obsesión por la caballerosidad del arte *bonsai*. Ese tipo era un canalla. El peor de los canallas. Pero consiguió hacer como si no lo supiera y limitarse a la tarea que le habían asignado: hacer los balances. Maguire era generoso, y eso le hizo más sencillo olvidar lo que sabía. Hasta empezaron a caerle bien el tipo y sus socios. Se había acostumbrado a ver la mole de Dennis «Dork» Luzzati arrastrar los pies, con un pastel colgándole permanentemente de la boca, a los trucos con las cartas y la charlatanería, cada día diferente, del pequeño Henry B. Henry, el de los tres dedos. No eran los conversadores más refinados del mundo y seguro que no se les habría recibido bien en el club de tenis, pero parecían bastante inofensivos.

Fue una auténtica commoción correr el telón sin querer y descubrir que Dork, Henry y Maguire eran unos sinvergüenzas.

Fue una revelación accidental.

Una noche, como había acabado tarde un trabajo sobre impuestos, Ronnie fue en taxi al almacén con la intención de entregar el informe en propia mano a Maguire. Nunca había estado en el almacén, aunque les había oído hablar a menudo de él. Maguire guardaba unos meses sus provisiones de libros en ese sitio. Fundamentalmente libros de cocina, procedentes de Europa, o eso le habían dicho. Esa noche, la ultima noche de inocencia, se tropezó con la verdad en toda su gloria multicolor.

Ahí estaba Maguire, sentado en una silla rodeada de paquetes y cajas en un cuarto de ladrillos vistos. Una bombilla desnuda le daba un halo a su cráneo de pelo escaso, que brillaba, rosado. También estaba Dork, abstraído con un pastel. Henry B. hacía solitarios. El trío estaba rodeado de montañas de revistas, millares de revistas, cuyas portadas relucían con un brillo virginal y, de alguna manera, carnal.

Maguire levantó la vista, dejando de lado sus cálculos.

—Vidrioso¹ —dijo. Siempre usaba el mismo mote.

Ronnie contempló la habitación, tratando de adivinar desde lejos qué serían esos tesoros amontonados.

—Entra —dijo Henry B.—. ¿Una partida?

—No te quedes tan serio —le tranquilizó Maguire—, no es más que mercancía.

Una especie de horror sordo le impelió a acercarse a una de las pilas de revistas y abrir el ejemplar superior.

Clímax erótico, decía la portada, *Pornografía a todo color para el adulto que sabe lo que quiere. Texto en inglés, alemán y francés*. Sin poder reprimir su impulso, se puso a ojearla, con la cara roja de vergüenza y oyendo a medias la andanada de bromas y amenazas que Maguire le chillaba.

En cada página aparecían multitud de imágenes obscenas. Nunca había visto nada parecido en su vida. Todos los actos sexuales posibles entre adultos que consentían en ello (y quienes lo hacían no podían ser más que acróbatas drogados) estaban descritos hasta el más mínimo detalle. Los actores de esos vergonzosos espectáculos le sonreían, con los ojos vidriosos, mientras se quitaban de encima los jugos sexuales, sin rastro de vergüenza o de culpabilidad en la cara, que tenían arrebolada de lujuria. Exhibían todas las rajitas, ranuras, arrugas y granos de su cuerpo, desnudos más allá de la desnudez. Aquellas escenas tan crudas le revolvieron el estómago.

Cerró la revista y echó un vistazo a otra pila. Caras distintas, pero apareamientos igual de furiosos. Había para todos los gustos. Los títulos indicaban los deleites que podían encontrarse al abrir las revistas. *Extrañas mujeres encadenadas*, decía una. *Esclavo del condón*, prometía otra. *Amante labrador*, con el retrato en portada, enfocando perfectamente hasta el más mínimo pelo húmedo.

Poco a poco la voz gastada por el tabaco de Michael Maguire se fue filtrando en el aturdido cerebro de Ronnie. Intentaba engatusarle; o, peor aún, se mofaba de él, de una manera sutil, por su ingenuidad.

—Tarde o temprano tenías que descubrirlo —dijo—. Supongo que cuanto antes mejor, ¿no? No hay nada de malo en ello. Sólo un poco de diversión.

Ronnie agitó la cabeza violentamente, tratando de borrar las imágenes que se le habían grabado en la retina. Ya empezaban a multiplicarse, invadiendo un territorio que no sospechaba siquiera esas posibilidades. Imaginaba a perros labradores paseándose por la calle vestidos de cuero, bebiendo de los cuerpos de putas atadas. Le asustaba la manera en que esas imágenes le acudían a la mente, una nueva abominación en cada página. Creyó que lo enloquecerían si no entraba en acción.

—Horrible —fue todo lo que pudo decir—. Horrible. Horrible. Horrible.

Pegó una patada a una pila de *Extrañas mujeres encadenadas*, que se volcaron, diseminando la fotografía de la portada sobre el sucio suelo.

—No hagas eso —dijo Maguire con mucha calma.
—Horribles —repitió Ronnie—. Son todas horribles.
—Hay mucha demanda.

—¡No será por mi parte! —dijo, como si Maguire estuviera sugiriendo que tenía algún interés personal por el tema.

—Muy bien, o sea que no te gustan. No le gustan, Dork.

Dork se estaba quitando crema de sus cortos dedos con un pañuelo elegante.

—¿Por qué no?

—Son demasiado guerras para él.

—Horribles —dijo de nuevo Ronnie.

—Pues estás metido en esto hasta el cuello, hijo —dijo Maguire. Su voz era la del mismo diablo, ¿no? Sin duda, la voz del diablo—. Lo mejor que puedes hacer es sonreír y aguantar mecha.

Dork soltó una carcajada.

—«Sonreír y aguantar mecha»; me gusta, Mick, me gusta.

Ronnie miró a Maguire. Tendría cuarenta y cinco o cincuenta años; pero una cara ajada, atormentada, envejecida prematuramente. Había perdido todo encanto; tenía poco de humana aquella cara de matarife. El sudor, el vello y aquella boca arrugada le recordaron a Ronnie las nalgas de una de las mujeruelas en cueros de las revistas.

—Todos somos bribones redomados —decía Maguire—, y si nos vuelven a coger no tenemos nada que perder.

—Nada —coreó Dork.

—Mientras que tú, hijo mío, tú eres un profesional intachable. Tal como yo lo veo, si te vas de la lengua con este sucio negocio, perderás tu reputación de contable bueno y honrado. De hecho me atrevería a sugerir que no conseguirías ningún trabajo. ¿Me sigues?

Ronnie tenía ganas de pegar a Maguire, y lo hizo. Con fuerza. Los dientes de Maguire crujieron, para satisfacción del contable, y la sangre le asomó en seguida a los labios. Era la primera vez que Ronnie se peleaba desde los días de la escuela y tardó demasiado en esquivar la inevitable réplica. El golpe que le atizó Maguire lo tiró, ensangrentado, encima de las *Extrañas mujeres*. Antes de que consiguiera levantarse, Dork le pegó un taconazo en la cara que le machacó el cartílago de la nariz.

Mientras parpadeaba para quitarse la sangre de los ojos, Dork lo enderezó y lo sujetó, presentándose a Maguire. La mano con su anillo se convirtió en un puño y durante cinco minutos Maguire usó a Ronnie de saco de arena, empezando por debajo del cinturón y continuando más arriba.

Curiosamente, a Ronnie le tranquilizó el dolor; le alivió la conciencia de culpabilidad mejor que una sarta de avemarías. Cuando dejaron de golpearle y Dork lo soltó, desfigurado, en la oscuridad, se le había pasado el enfado, sólo quedaba la necesidad de acabar con la purificación que había iniciado Maguire.

Cuando llegó a casa junto a Bernadette, le contó que le habían asaltado en la calle. Lo consoló tanto que lamentó haberle contado una mentira, pero no tenía otra alternativa. No concilió el sueño ni esa noche ni la siguiente. Se acostó en su cama, a escasos centímetros de la de su confiada esposa, y trató de poner en claro sus ideas. Estaba convencido de que, tarde o temprano, la verdad se haría pública. Seguramente lo mejor sería ir a la policía, declinar toda responsabilidad. Pero eso exigía valor, y jamás se había sentido tan débil. Así que se pasó la noche del jueves y la del viernes en casa, dejando que las magulladuras se volvieran amarillas y que se disipara su confusión.

Pero el domingo una gota colmó el vaso.

La más ruin de las revistas pornográficas dominicales publicó un retrato suyo en la portada bajo el gigantesco titular: *El imperio sexual de Ronald Glass*. Dentro había fotografías, instantáneas inocentes con montajes acusadores. Glass aparentemente perseguido. Glass aparentemente sospechoso. Su hirsutismo natural le daba el aspecto de haberse afeitado mal; su cuidadoso corte de pelo recordaba la estética carcelaria a la que tan aficionadas eran algunas cofradías de criminales. Como era miope, solía entornar los ojos; fotografiado de esa guisa tenía aspecto de una rata lujuriosa.

Se quedó delante del quiosco contemplando su propia cara, y comprendió que se le venía encima su Armagedón personal. Temblando, leyó las terribles mentiras que se contaban dentro.

Alguien, nunca llegó a saber quién, había revelado toda la historia. La pornografía, los burdeles, los sex-shops, las salas de cine. El mundo secreto de verdulerías cuyo cerebro oculto era Maguire estaba descrito hasta el más nimio y sórdido detalle. Sólo que no figuraba el nombre de Maguire. Ni el de Dork, ni el de Henry. Sólo Glass; Glass por todas partes: su culpabilidad parecía indiscutible. Lo habían incriminado, no cabía duda alguna. *Corruptor de menores*, se titulaba el artículo de fondo, donde le describían como un Pinocho gordo y calenturiento.

Era demasiado tarde para negar nada. Cuando llegó a casa, Bernadette ya se había marchado con las niñas a remolque. Alguien le habría contado la noticia por teléfono, babeando probablemente contra el aparato, deleitándose entre tanta mierda.

Se quedó parado en la cocina, donde aún estaba el desayuno que la familia no había tomado y no tomaría jamás, y se echó a llorar. No lloró demasiado: su provisión de lágrimas era limitada, pero suficiente para que creyera haber cumplido con su deber. Luego, después de ese acto de contrición, se sentó como cualquier hombre decente que ha sido profundamente agraviado y preparó la venganza.

En muchos aspectos obtener la pistola fue más difícil que el resto. Fueron necesarias una planificación cuidadosa, palabras medidas y una considerable cantidad de dinero contante y sonante. Le costó un día y medio localizar el arma que buscaba y aprender a usarla.

Luego, en el momento apropiado, se ocupó de sus asuntos.

Henry B. fue el primero en morir. Ronnie le pegó un tiro en su cocina desnuda forrada de madera de pino del acomodado barrio de Islington. Tenía una taza de café recién hecho en la mano y una mirada de terror que a punto estuvo de inspirar lástima a Ronnie. El primer disparo le alcanzó en el costado, rasgándole la camisa y haciéndole sangrar un poco. Sin embargo, fue mucho menos de lo que Ronnie se había preparado para soportar. Más tranquilo, volvió a disparar. Ese disparo alcanzó en el cuello a su víctima: fue el definitivo. Henry B. se inclinó hacia adelante como un actor en una película muda, aferrándose a la taza de café hasta el momento en que se estrelló contra el suelo. La taza rodó por el suelo entre los restos revueltos de café y de vida y, traqueteando, acabó por pararse.

Ronnie pasó por encima del cuerpo y le pegó el tercer disparo directamente en el cogote. La última bala fue casi fortuita, pero resultó rápida y precisa. Luego se escapó sin problemas por la puerta de atrás, en un estado muy cercano a la hilaridad por la sencillez del crimen. Se sentía como si hubiera acorralado y matado a una rata en la bodega; un deber desagradable pero que había que cumplir.

El escalofrío le duró cinco minutos. Luego se mareó.

En cualquier caso, así era Henry. Lleno de trucos.

La muerte de Dork fue bastante más sensacional. Lo dejó fuera de juego en el canódromo; estaba enseñando a Ronnie su combinación ganadora cuando sintió que un cuchillo de filo largo se abría camino entre sus costillas cuarta y quinta. Le costó creer que lo estaban asesinando, la expresión de su cara regordeta a base de pasteles era de absoluta sorpresa. Miró a todas partes, tratando de localizar a uno de los jugadores que se apiñaban en torno a ellos que lo señalara, se echará a reír y le dijera que aquello no era más que una broma, un juego de cumpleaños antes de la fecha.

Entonces Ronnie giró el cuchillo dentro de la herida (había leído que era mortal de necesidad) y Dork comprendió que, con combinación ganadora o sin ella, ése no era su día de suerte.

La muchedumbre arrastró su pesado cuerpo durante más de diez metros, hasta que se quedó encajado contra el torniquete de una verja. Sólo entonces alguien advirtió el chorro caliente que manaba de Dork y pegó un grito.

Para entonces Ronnie ya estaba muy lejos.

Satisfecho, sintiéndose más limpio a cada hora, volvió a su casa. Bernadette había estado en ella, recogiendo ropa y sus adornos favoritos. Quería decirle que se lo llevara todo, que para él no significaba nada, pero había entrado y vuelto a salir como el fantasma de un ama de casa. En la cocina, la mesa aún estaba dispuesta para ese último desayuno del domingo. En los tazones de las niñas, el polvo cubría los copos de avena; el olor a mantequilla rancia impregnaba el ambiente. Ronnie se quedó sentado toda la tarde, el crepúsculo y las primeras horas de la mañana siguiente saboreando su nuevo poder sobre la vida y la muerte. Luego se acostó vestido, despreocupándose de la higiene, y durmió el sueño de los casi justos.

A Maguire no le resultó demasiado difícil decidir quién había matado a Dork y a Henry B. Henry, aunque le costaba trabajo hacerse a la idea de que fuera precisamente ese canalla el que perdiera los estribos. Gran parte de la comunidad criminal conocía a Ronald Glass y se rió de la pequeña jugarreta que le estaba haciendo Maguire a aquel inocente. Pero nadie le creyó capaz de tomar represalias tan feroces contra sus enemigos. En los ambientes más sórdidos se le empezaba a respetar por su asombrosa sangre fría; otros, incluido Maguire, consideraban que había llegado demasiado lejos como para poder entrar en el rebaño como una oveja descarrilada. El sentimiento general era que había que despacharlo antes de que causara más trastornos al frágil equilibrio de poderes.

De forma que los días de Ronnie pudieron contarse, podrían haberse contado con los tres dedos de la mano de Henry B.

Vinieron a por él el sábado por la tarde y se lo llevaron rápidamente, sin darle tiempo siquiera a

esgrimir un arma en su defensa. Lo escoltaron hasta un almacén de carne preparada y salami, lo colgaron de un gancho en la blanca y gélida seguridad de la cámara frigorífica y lo torturaron. Cualquier amigo o conocido de Dork y de Henry B. tuvo oportunidad de desahogarse con él. Con cuchillos, con martillos, con sopletes de oxiacetileno. Le destrozaron las rodillas y los codos. Le arrancaron los tímpanos, le quemaron las plantas de los pies.

Finalmente, más o menos hacia las once, empezaron a cansarse. Los clubes se empezaban a animar, las mesas de apuestas comenzaban a hervir. Era hora de acabar con el ajusticiamiento y de salir a la ciudad.

Fue entonces cuando llegó Micky Maguire vestido de punta en blanco para matar. Ronnie percibió que estaba en alguna parte de la niebla, pero tenía los sentidos destrozados, y sólo vio a medias la pistola apuntada contra su cabeza, oyó a medias el eco del estallido en la habitación de baldosas blancas.

Una sola bala, colocada inmaculadamente, le entró en el cerebro atravesándole la mitad de la frente. Tan limpiamente como habría pedido cualquiera, como un tercer ojo.

Se contrajo sobre el gancho y murió.

Maguire recibió los aplausos virilmente, besó a las mujeres, dio las gracias a los amigos que habían visto cómo lo había agraviado aquel tipo y salió a jugar. Tiraron su cuerpo en una bolsa de plástico negra sobre la verja del bosque de Epping el domingo a primera hora, justo cuando el coro del amanecer afinaba sobre los fresnos y los sicomoros. Y eso fue prácticamente el final del asunto. Sólo que en realidad no fue más que el principio.

A las siete de la mañana del lunes siguiente, un corredor encontró el cuerpo de Ronnie. Durante el día que había transcurrido desde que tiraron su cadáver y lo encontraron, había empezado a descomponerse.

Pero el patólogo había visto cosas peores, mucho peores. Observó sin interés cómo los dos técnicos del depósito de cadáveres desnudaban el cuerpo, doblaban las ropas y las metían en bolsas de plástico etiquetadas. Esperó paciente y atentamente a que trajeran a la mujer del difunto a su reino de ecos. Tenía la cara pálida y los ojos hinchados de llorar demasiado. Posó la vista sin amor sobre su marido, contemplando impávidamente las heridas y las señales de tortura. El patólogo imaginó la historia completa de esta última confrontación entre el Rey del Sexo y su imperturbable mujer. De su matrimonio sin amor, de sus riñas sobre la despreciable manera de vivir de Ronnie, de la desesperación de la mujer, la brutalidad de él y, ahora, su alivio porque había acabado la tortura y tenía libertad absoluta para emprender una nueva vida sin él. El patólogo se propuso consultar la dirección de esa hermosa viuda. Le resultaba deliciosa esa indiferencia ante la mutilación; pensar en ella le excitaba.

Ronnie supo que Bernadette había venido y se había marchado; también notó que otras caras se asomaban al depósito de cadáveres para echarle un vistazo al Rey del Sexo. Era objeto de admiración, incluso después de muerto. Padeció una tortura que no había previsto: en las circunvoluciones frías de su cerebro le zumbaba algo, como un inquilino que se niega a dejar que le desalojen los acreedores, capaz de ver más allá de la muerte cómo el mundo se cernía en torno a él, pero incapaz de actuar.

En los días que habían transcurrido desde su muerte no había entrevisto ninguna posibilidad de liberarse de su condición. Se quedó encerrado en su propio cráneo muerto, incapaz de averiguar el modo de salir al mundo de los vivos y sin desear abandonar la vida por completo y abandonarse a los designios del cielo. Todavía quería ver cumplida su última voluntad. Una parte de su espíritu, la que no perdonaba los asesinatos, estaba dispuesta a aplazar el paraíso con tal de acabar la faena que había iniciado. Tenía que hacer el balance; y hasta que Michael Maguire no estuviera muerto él no podría expiar sus culpas.

Observó a los curiosos ir y venir desde la cárcel de sus huesos y se determinó a actuar.

El patólogo trabajó con el cuerpo de Ronnie con el mismo respeto que un hábil destripador de pescado, sacándole descuidadamente la bala del cráneo y fisgando entre los amasijos de huesos y cartílagos aplastados que antaño fueron sus rodillas y codos. Le había echado una mirada a Bernadette de lo menos profesional; y ahora, cuando jugaba a hacerse el profesional, su insensibilidad resultaba ultrajante. Ronnie ansió tener una voz, un puño, un cuerpo que usar una sola vez. Así podría enseñarle a ese traficante de carne cómo había que tratar a los cadáveres. No bastó, sin embargo, con su voluntad; requería un objetivo y un medio para escapar de su prisión.

El patólogo dio por terminados su informe y sus costuras, arrojó los guantes pringosos y brillantes y su instrumental sobre el carro, entre los tapones y el alcohol, y dejó el cuerpo a sus ayudantes.

Ronnie oyó cerrarse las puertas detrás de él cuando se fue. En alguna parte corría agua, que caía a chorros en la pila. Ese ruido le irritaba.

Junto a la mesa sobre la que yacía, los dos técnicos discutían de zapatos. De todas las cosas posibles, escogieron los zapatos. Qué banal, pensó Ronnie, qué banal y qué triste.

—¿Te acuerdas de los tacones nuevos, Lenny? ¿De los que le tuve que poner a los zapatos de ante marrón? No sirvieron para nada. Una birria.

—No me extraña.

—Con lo que me costaron. Mira; échales un vistazo. Se han desgastado en un mes.

—De papel de fumar.

—Desde luego, Lenny, de papel de fumar. Los voy a devolver.

—Eso es lo que haría yo.

—Los voy a devolver.

—Eso es lo que haría yo.

Esa conversación estúpida, después de las horas de tortura, de su muerte súbita, del *postmortem* que acababa de sufrir, le resultaba insufrible. El espíritu de Ronnie empezó a zumbarle en el cerebro como una abeja furiosa encerrada en un jarro de mermelada cabeza abajo; determinada a escaparse y a empezar a picar...

Sin tregua, como la conversación.

—De papel de fumar.

—No me extraña.

—Malditos extranjeros. Las suelas. Las fabricaron en la mierda de Corea.

—¿Corea?

—Por eso son de papel de fumar.

La increíble estupidez de esa gente era imperdonable. Que pudieran vivir, actuar y ser; mientras él estaba reducido a zumar y zumar, lleno de frustración. ¿Era eso justo?

—Un tiro limpio, ¿eh, Lenny?

—¿Qué?

—El fiambre. El colega, ¿cómo se llamaba?, el Rey del Sexo. Con un agujero en medio de la frente. ¿Te das cuenta? Un tiro y sanseacabó.

El compañero de Lenny por lo visto seguía preocupado con su suela de papel de fumar. No le contestó. Lenny levantó inquisitivamente el sudario de la frente de Ronnie. Las marcas de costuras y de carne rajada eran poco elegantes, pero el agujero de la bala era limpio.

—Mira.

El otro se dio la vuelta y echó un vistazo al rostro del cadáver. Después de que las tenacillas hubieran cumplido con su cometido habían limpiado la herida. Tenía los bordes blancos y arrugados.

—Creía que normalmente apuntaban al corazón —dijo el especialista en suelas.

—No fue una pelea callejera. Fue una ejecución formal —dijo Lenny metiendo el meñique por el agujero—. Es un disparo perfecto. En mitad de la frente. Como si tuviera tres ojos.

—Sí...

Volvieron a correr el sudario sobre la cara de Ronnie. La abeja seguía zumbando, incansable.

—Has oído hablar del «tercer ojo», supongo.

—¿Tú sí?

—Stella me leyó un texto en que se decía que constituye el centro del cuerpo.

—Eso es el ombligo. ¿Cómo va a ser la frente el centro de tu cuerpo?

—Bueno...

—Es el ombligo.

—No, es más bien tu centro espiritual.

El otro no se dignó contestar.

—Exactamente donde está el agujero de la bala —dijo Lenny, admirando una vez más la obra del asesino de Ronnie.

La abeja escuchaba. El agujero de la bala era tan sólo uno de los muchos agujeros que le habían hecho en su vida. Agujeros en que deberían estar su mujer y sus hijas. Agujeros que le guiñaban el ojo como los ojos invidentes de las páginas de las revistas, rosas, marrones y relucientes. Tenía agujeros a su derecha y a su izquierda.

—¿Y si hubiera encontrado por fin un agujero del que sacar partido? ¿Por qué no salir por la herida?

—Su espíritu se preparó y se dirigió hacia la frente, cruzando al atravesar el córtex con una mezcla

de inquietud y de excitación. Delante de él veía la puerta de salida como la luz al final de un túnel inacabable. Detrás del agujero, la urdimbre y la trama de su sudario brillaban como la tierra prometida. Tenía un buen sentido de la orientación; la luz se hacía más intensa y los ruidos más sonoros a medida que se acercaba a la salida. El espíritu de Ronnie saltó al mundo exterior sin fanfarria: tan sólo fue la pequeña emanación de un alma. Las motas de líquido que arrastraban su voluntad y su conciencia fueron absorbidas por su sudario como lágrimas por un pañuelo de papel.

Había abandonado por completo su cuerpo; ya no era más que una mole fría que no valía más que para las llamas.

Ronnie Glass existía en un mundo nuevo: un mundo de lino blanco. Era una condición que no se habría atrevido a soñar jamás.

Ronnie Glass era su sudario.

Si el patólogo de Ronnie no hubiera sido tan despistado no habría tenido que volver al depósito de cadáveres en ese preciso instante, en busca del diario en el que había anotado la dirección de la viuda Glass; y si no hubiera entrado en el depósito, habría sobrevivido. Pero las cosas fueron de otra manera...

—¿Todavía no habéis empezado con éste? —les espetó a los técnicos.

Farfullaron una excusa. A esas horas siempre estaba malhumorado; se habían acostumbrado a sus rabietas.

—Vamos —dijo, arrancando el sudario del cuerpo y tirándolo al suelo, irritado—, antes de que el cabrón del jefe salga cabreado. ¿No querréis que nuestro hotelito adquiera mala reputación?

—Sí, señor. Digo, no, señor.

—Pues no os quedéis ahí: envolvedlo. Hay una viuda que quiere que lo despachemos cuanto antes. Ya he visto todo lo que tenía que ver.

Ronnie estaba hecho un burujo en el suelo, extendiendo lentamente su influencia por ese territorio recién conquistado. Era una sensación reconfortante tener cuerpo, aunque fuera estéril y rectangular. Haciendo acopio de una fuerza de voluntad que sorprendió al propio Ronnie, se hizo con el control del sudario.

Al principio se negó a vivir. Siempre había sido pasivo: era su forma de ser. No estaba acostumbrado a que lo ocuparan espíritus. Pero Ronnie no se iba a dejar vencer después de tanto esfuerzo. Su voluntad era imperativa. Contra todas las reglas de la naturaleza, estiró y moldeó el triste lino hasta darle una apariencia de vida.

El sudario se irguió.

El patólogo había encontrado su librito negro y se lo estaba metiendo en el bolsillo cuando una sábana blanca le cerró el paso, desperezándose como un hombre que se acaba de despertar de un sueño profundo.

Ronnie intentó hablar; pero sólo logró hacer susurrar el tejido en el aire, fue un ruido demasiado leve e insustancial como para que se oyera por encima de las quejas de aquellos hombres asustados. Y estaban asustados de veras. A pesar de los gritos de socorro del patólogo, nadie le había de ayudar. Lenny y su compañero se escurrieron por las puertas de batientes, boquiabiertos y farfullando súplicas a cualquier dios local que anduviera por ahí.

El patólogo retrocedió hacia la mesa de las operaciones *postmortem*, fuera de sí.

—Fuera de mi vista —dijo.

Ronnie le abrazó estrechamente.

—Socorro —dijo el patólogo, hablando consigo mismo. Pero la ayuda había desaparecido. Estaba corriendo por los pasillos, balbuciendo, dando la espalda al milagro que tenía lugar en el depósito de cadáveres. El patólogo estaba solo, envuelto en un abrazo asfixiante, murmurando unas excusas que arrancó a su orgullo.

—Lo siento, quien quiera que seas. Seas lo que seas. Lo siento.

Pero Ronnie sentía una furia que no se detendría ante conversos de última hora; no pensaba conceder perdones ni indultos. Ese bastardo con ojos de besugo, ese hijo del bisturí había abierto su cuerpo y lo había examinado como si se tratara de una chuleta de buey. A Ronnie le exasperaba pensar lo poco que le importaban a ese cerdo la vida, la muerte y Bernadette. El bastardo iba a morir ahí mismo, junto a sus propios restos mortales. Ése sería el fin de su burda profesión.

Las esquinas del sudario se estaban transformando en toscos brazos, tal y como los recordaba Ronnie. Le pareció natural recrear su antigua apariencia en este nuevo medio. Primero hizo las manos, luego los dígitos, incluso un pulgar rudimentario. Era como un mórbido Adán creado a partir del lino.

Al formarse, las manos agarraron al patólogo por el cuello. De momento no habían recuperado el sentido del tacto, y le resultaba difícil averiguar cuánto estaba apretando la carne palpitante, así que se

limitó a utilizar toda la fuerza que pudo reunir. La cara del hombre se volvió negra y la lengua, de color ciruela, le asomó por la boca como la punta de una lanza, afilada y dura. Entusiasmado, Ronnie le partió el cuello. Se rompió de repente, y la cabeza le cayó por la espalda con una mueca de horror. Hacía mucho que había dejado de pedir perdón.

Ronnie lo dejó caer sobre el suelo barnizado y contempló las manos que se había fabricado con unos ojos que aún no eran más que cabezas de alfiler sobre una sábana manchada.

Se sentía seguro en ese cuerpo y, gracias a Dios, era fuerte; le había roto el cuello a ese bastardo sin emplearse a fondo. Al ocupar ese físico extraño, sin sangre, tenía una nueva libertad que le permitía superar las limitaciones de la humanidad. De repente se había vuelto sensible a la vida del aire, notaba cómo le llenaba y le hinchaba el cuerpo. Seguramente podría volar como una sábana al viento o, si le placía, hacerse un burujo y sojuzgar al mundo. Las perspectivas parecían infinitas.

Y sin embargo... presentía que esa posesión, en el mejor de los casos, era temporal. Tarde o temprano, el sudario querría volver a su primitiva forma de vida, a no ser más que un simple trozo de ropa, y su verdadera naturaleza pasiva se volvería a imponer. No le habían regalado ese nuevo cuerpo, sólo se lo habían prestado; sacarle el máximo partido en sus planes de venganza era cosa exclusivamente suya. Sabía cuáles eran sus prioridades. Lo primero de todo era encontrar a Michael Maguire y despacharlo. Luego, si aún le quedaba tiempo, vería a sus hijas. Pero no sería prudente visitarlas bajo la apariencia de un sudario volador. Era mejor perfeccionar su aspecto de ser humano, tratar de sofisticar el efecto.

Había visto lo que se podía hacer con estrambóticas arrugas, crear caras con un cojín aplastado, por ejemplo, o con los pliegues de una chaqueta colgada detrás de la puerta. Todavía más extraordinario resultaba el Santo Sudario, con el rostro y el cuerpo de Jesucristo milagrosamente impresos. A Bernadette le habían enviado una postal del Sudario, con las señales de todas las llagas de lanza y de clavo. ¿Por qué no iba él a poder realizar el mismo milagro? ¿No había resucitado también?

Se acercó a la pila de la morgue y cerró el grifo. Luego observó en el espejo cómo se transformaba bajo los dictados de su voluntad. La superficie del sudario se contraía y abultaba en función de las formas que le exigiera. Al principio sólo consiguió esbozar de forma primitiva la cabeza, que parecía la de un muñeco de nieve: dos hoyos por ojos, un grumo por nariz. Pero se concentró en conseguir que el lino se estirara todo lo que su elasticidad le permitía. Y, por extraño que parezca, funcionó, funcionó de verdad. Las costuras rechinaron pero se doblegaron a sus exigencias, formando una exquisita reproducción de las fosas nasales, de los párpados, del labio superior, del inferior. Trazó de memoria los rasgos de su rostro perdido como un amante solícito y los reprodujo hasta el más mínimo detalle. Luego empezó a moldear una columna para el cuello, llenándola de aire, aunque parecía sospechosamente sólida. Por debajo del cuello, el sudario recreó un torso viril. Los brazos ya estaban listos; las piernas se formaron inmediatamente. Y lo consiguió.

Se había reconstruido a su propia imagen y semejanza.

La ilusión no era perfecta. Por una razón; era absolutamente blanco, salvo las manchas, y su carne tenía la textura de la ropa. Las arrugas de su cara quizás fueran demasiado severas, de un aspecto casi cubista, y resultó imposible obligar a la tela a que imitara la apariencia del pelo o de las uñas. Pero estaba tan preparado para enfrentarse al mundo como podía esperar estarlo el mejor de los sudarios vivos.

Era hora de salir a encontrarse con su público.

—Tú ganas, Micky.

Maguire perdía raramente al póquer. Era demasiado listo, y su viejo rostro demasiado impenetrable; sus ojos cansados e inyectados en sangre jamás revelaban nada. Sin embargo, a pesar de su formidable reputación de ganador, nunca hacía trampas. Se negaba a hacerlas. No tenía emoción ganar si había trampas de por medio. Eso no era más que robar; cosa de criminales. Él era, lisa y llanamente, un hombre de negocios.

Esa noche, en cuestión de dos horas y media, se había embolsado una bonita cantidad. La vida era hermosa. Desde la muerte de Dork, Henry B. Henry y Glass, la policía había estado demasiado ocupada con los crímenes como para prestar excesiva atención a las manifestaciones más depravadas del vicio. Además, tenían las manos llenas de monedas de plata. No podían quejarse de nada. El inspector Wall, un viejo compañero de farra, había llegado a ofrecer a Maguire protección contra el asesino chiflado que por lo visto andaba suelto. La ironía de la sugerencia le deleitaba.

Ya eran casi las tres de la madrugada. Hora de que las malas mujeres y los hombres se fueran a

la cama a soñar con los crímenes que cometerían mañana. Maguire se levantó de la mesa, dando a entender que la partida de la noche había concluido. Se abrochó el chaleco y se arregló cuidadosamente el nudo de su corbata amarilla clara.

—¿Echamos otra partida la semana que viene? —propuso.

Los jugadores derrotados asintieron. Estaban acostumbrados a perder dinero con su patrón, pero no había resentimiento en ningún miembro del cuarteto. Tan sólo un poco de tristeza: echaban de menos a Dork y a Henry B. Las noches del sábado solían ser muy alegres. Ahora el ambiente estaba mucho más apagado.

Perlgut fue el primero en marcharse, después de aplastar la punta de su cigarro en el cenicero a punto de desbordarse.

—Noches, Mick.

—Noches, Frank. Dales un beso a los chicos de parte de su tío Mick, ¿eh?

—No te preocupes.

Perlgut se fue arrastrando los pies y con su hermano tartamudo a remolque.

—B-b-b-buenas noches.

—Noches, Ernest.

Los hermanos bajaron las escaleras estrepitosamente.

Norton fue el último en irse, como siempre.

—¿Llega un envío mañana? —preguntó.

—Mañana es domingo —contestó Maguire. Nunca trabajaba los domingos; era un día de vida familiar.

—No, domingo es hoy —precisó Norton, tratando de no parecer pedante, diciéndolo con naturalidad—. Mañana es lunes.

—Sí.

—¿Llega un envío el lunes?

—Espero que sí.

—¿Irás al almacén?

—Probablemente.

—Entonces te recojo: así bajaremos juntos.

—Perfecto.

Norton era buena persona; sin sentido del humor, pero de fiar.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Tenía los tacones de ocho centímetros chapados de acero; al bajar por la escalera resonaron como los tacones de aguja femeninos. Cerró la puerta de un portazo.

Maguire contó las ganancias, apuró el vaso de Cointreau y apagó la luz del cuarto de juego. Apestaba a humo rancio. Mañana tendría que mandar a alguien a abrir la ventana y dejar entrar los olores del Soho. Olor a salami y a granos de café, a productos de baja calidad. Le encantaba, le apasionaba como el pecho a un bebé.

Al entrar en el *sex-shop*, que estaba a oscuras, oyó el intercambio de despedidas en la calle, seguido de portazos de coches y del ronroneo de los automóviles caros al alejarse. Una noche agradable con amigos agradables, ¿qué más podía pedir un hombre razonable?

Al pie de las escaleras se detuvo un momento. Las luces parpadeantes de los semáforos de enfrente le permitían distinguir con claridad las pilas de revistas. Los rostros plastificados resplandecían; los pechos llenos de silicona y los traseros azotados colgaban de las portadas como frutas demasiado maduras. Rostros atiborrados de maquillaje le miraban con aire amenazante, ofreciendo todas las satisfacciones solitarias que podía prometer la prensa. Pero a él no le afectaban; hacía mucho que habían dejado de interesarle esos asuntos. Para él no eran más que divisas; ni le disgustaban ni le atraían. A fin de cuentas era un marido feliz, con una mujer cuya imaginación apenas llegaba más allá de la segunda página del *Kamasutra*, y cuyos hijos recibían sonoros cachetes al decir la más mínima grosería.

En una esquina de la tienda, donde se mostraba el material sadomasoquista, algo se levantó del suelo. A Maguire le costó distinguirlo claramente a la luz intermitente. Rojo, azul. Rojo, azul. No era Norton, ni uno de los Perlgut.

Sin embargo, la cara, que le sonreía sobre el telón de fondo de las revistas *Atadas y violadas*, le resultaba familiar. Al fin lo vio: era Glass, tan claro como el agua y, a pesar de las luces de colores, pálido como una sábana.

No trató de explicarse cómo le podía estar observando un hombre muerto; se limitó a soltar el

abrigo con el botín y echó a correr.

La puerta estaba cerrada, y la llave era una de las doce que tenía en el llavero. Dios mío, ¿por qué tendría tantas llaves? Llaves para el almacén, llaves para el invernadero, llaves para el burdel. Y sólo una luz intermitente para escoger la que necesitaba. Rojo, azul. Rojo, azul.

Revolvió las llaves y, por suerte, mágicamente, la primera que probó entró suavemente en la cerradura y giró como un dedo untado con grasa caliente. La puerta estaba abierta; tenía la calle delante.

Pero Glass se deslizó en silencio detrás de él y, antes de que Maguire pisara el umbral, le echó algo sobre la cara, una especie de trapo. Olía a hospital; a éter o a desinfectante, o a las dos cosas a la vez. Maguire trató de chillar pero le metieron un nudo de ropa por la boca que le dio arcadas. Por toda respuesta el asesino apretó aún más fuerte.

En la acera de enfrente, una chica de quien Maguire sólo sabía que se llamaba Natalie («Modelo busca buena posición con disciplinario estricto») contemplaba el forcejeo de la puerta de la tienda con una expresión drogada en su cara insípida. Había presenciado asesinatos alguna que otra vez; violaciones en abundancia, y no estaba dispuesta a dejarse involucrar. Además, se hacía tarde y la parte interior de los muslos le dolía. Se alejó tranquilamente por la calle iluminada de rosa, dejando que la pelea siguiera su curso. Maguire se hizo la promesa de recordar que marcaran a esa chica cualquier día de éstos. Si es que sobrevivía; cosa que parecía cada segundo más dudosa. Ya no distinguía con claridad el rojo, azul, rojo, azul. El cerebro, sin aire, se le estaba quedando ciego y, aunque creyó atrapar a su candidato a asesino, éste pareció evaporarse, dejando en su lugar ropa, tan sólo ropa, que se le deslizó por la mano sudorosa como si de seda se tratara.

Y entonces alguien habló. No fue detrás de él, no era la voz del asesino, sino delante. En la calle. Norton. Era Norton. Había vuelto por algo, bendito sea Dios, y estaba bajando del coche a diez metros, gritando el nombre de Maguire.

La presión asfixiante se debilitó y la gravedad requirió a Maguire. Cayó pesadamente a la acera, mientras el mundo le daba vueltas, con la cara púrpura bajo la pálida luz.

Norton se acercó corriendo hasta su jefe, rebuscando la pistola en su caótico bolsillo. El asesino disfrazado de blanco se disponía a escapar por la calle, incapaz de enfrentarse a otro hombre a la vez. Tenía el aspecto, pensó Norton, de un miembro rechazado del Ku Klux Klan, con su capucha, su traje y su capa. Se apoyó sobre una rodilla, empuñó la pistola con las dos manos y disparó. El resultado fue desconcertante. La figura pareció hincharse, perdiendo su volumen, convirtiéndose en un amasijo ondeante de ropa blanca con un rostro impreso vagamente encima. Se oyó un ruido semejante al chasquido de las sábanas lavadas el lunes y tendidas en la cuerda, un ruido completamente fuera de lugar en esa callejuela sórdida. La confusión de Norton le dejó boquiabierto por un instante; el hombre-sábana, ilusorio, se elevó por los aires.

A los pies de Norton, gruñendo, Maguire recuperaba la conciencia. Intentaba decir algo, pero la laringe y la garganta magulladas le impedían hacerse comprender. Norton se acercó un poco más a él. Olía a vómito y a miedo.

—Glass —parecía decir.

Fue suficiente. Norton asintió, le dijo que se callara. Por supuesto que la cara de la sábana era la de Glass, el contable imprudente. Había visto cómo le acribillaban los pies, había contemplado todo el asqueroso rito, que le repugnaba profundamente.

Bien, bien: por lo visto, Ronnie Glass tenía algunos amigos, amigos que no dudarían en vengarlo.

Norton levantó la vista, pero el viento ya había arrastrado al fantasma por encima de los tejados.

Aquella fue una mala experiencia. Ronnie no lograba olvidar el sabor de la primera derrota, la desolación de aquella noche. Pasó la noche en un rincón de una fábrica abandonada y llena de ratas, al sur del río, mientras se calmaba. ¿De qué le valía haber dominado un truco si perdía el control en cuanto se sentía amenazado? Tenía que meditar sus planes con más cuidado y conseguir que su determinación no tuviera fisuras. Ya empezaba a notar que le fallaban las fuerzas: le costó más de lo normal volver a dar forma a su cuerpo. No se podía permitir más fracasos. Tenía que acorralar a su hombre en un lugar del que no pudiera escapar.

Las investigaciones policiales sólo habían girado en círculos viciosos durante medio día y parte de la noche. El inspector Wall, de Scotland Yard, había empleado todas las triquiñuelas de su oficio. Palabras dulces, tacos, promesas, amenazas, seducciones, sorpresas, incluso golpes. Pero Lenny

seguía aferrado a la misma historia; una historia ridícula que, juraba, corroboraría el otro técnico cuando saliera del estado catatónico en que se había refugiado. Pero el inspector no se iba a tragar de ninguna manera esa historia. ¿Un sudario andante? ¿Cómo iba a poner eso en su informe? No, quería algo concreto, aunque fuera una mentira.

—¿Puedo fumar un pitillo? —preguntó Lenny por enésima vez. Wall negó con la cabeza.

—Eh, Fresco... —le dijo a su brazo derecho, Al Kincaid—. Creo que ya es hora de que interroges al muchacho otra vez.

Lenny sabía qué quería decir «otro interrogatorio»; un eufemismo de una paliza. De pie contra la pared, con las piernas abiertas y las manos sobre la cabeza: ¡zas! La sola idea le producía dolor de estómago.

—Escuchen... —imploró.

—¿Qué, Lenny?

—Yo no lo hice.

—Claro que lo hiciste —dijo Wall, rascándose la nariz—. Sólo queremos saber por qué. ¿No te gustaba el muy cabrón? ¿Hacía observaciones desagradables sobre tus novias, no? Creo que tenía fama de hacer eso.

Al Fresco sonrió afectadamente.

—¿Por eso te lo cargaste?

—Por el amor de Dios —replicó Lenny—, ¿cree que le contaría una historia semejante si no lo hubiera visto con mis propios y jodidos ojos?

—Palabras —observó Fresco.

—Los sudarios no vuelan —contestó Wall, con una convicción comprensible.

—Entonces ¿dónde está el sudario, eh? —razonó Lenny.

—Lo incineraste, te lo comiste, ¿cómo coño quieres que lo sepa?

—Palabras —dijo tranquilamente Lenny.

El teléfono sonó antes de que Fresco le pudiera pegar. Lo cogió, dijo algo y se lo tendió a Wall. Luego golpeó a Lenny, tan sólo fue una pequeña bofetada, que le sacó un poco de sangre.

—Escucha —dijo Fresco, a una distancia agobiante de Lenny, como si quisiera tragarse su aliento—, sabemos que lo hiciste, ¿comprendes? Eras la única persona viva en la morgue que pudo hacerlo, ¿comprendes? Sólo queremos saber por qué. Eso es todo. Por qué.

—Fresco —Wall tapó el aparato al dirigirse al forzudo.

—Sí, señor.

—Es el señor Maguire.

—¿El señor Maguire?

—Micky Maguire.

Fresco asintió.

—Está muy nervioso.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

—Cree que lo ha atacado el tipo de la morgue. El pornógrafo.

—Glass —dijo Lenny—, Ronnie Glass.

—Ronnie Glass, como dice éste —dijo Wall, haciéndole una mueca a Lenny.

—Eso es ridículo —dijo Fresco.

—Bueno, creo que deberíamos cumplir con un miembro destacado de la comunidad, ¿no te parece? Asómate a la morgue, ¿quieres?, y asegúrate de que...

—¿Asegurarme?

—De que el bastardo sigue ahí...

—Oh.

Fresco salió, extrañado pero obediente.

Lenny no entendía nada: pero le importaba un pimiento. De todas formas, ¿qué relación tenía con él? Empezó a juguetear con sus huevos por un agujero que tenía en el bolsillo izquierdo. Wall lo miró con desprecio.

—No hagas eso —dijo—. Ya podrás tocarte toda lo que quieras cuando te hayamos encerrado en una celda bonita y caliente.

Lenny meció la cabeza suavemente y sacó la mano del bolsillo. No era su día.

Fresco ya volvía de la morgue, un poco cansado.

—Está ahí —dijo, satisfecho por la simplicidad del encargo.

—Claro que sí —añadió Wall.

—Tan muerto como un dodo².

—¿Qué es un dodo? —preguntó Lenny.

Fresco pareció desconcertado.

—Una frase hecha —respondió, irritado.

Wall, de Scotland Yard, volvió a coger el teléfono y se puso a hablar con Maguire. Éste parecía aterrado, y las palabras tranquilizadoras de Wall no surtieron ningún efecto.

—Está en la morgue, no se ha movido, Micky. Debes haberte equivocado.

El miedo de Maguire se transmitió por la línea telefónica como si de una descarga eléctrica se tratara.

—Yo lo vi, maldita sea.

—Bueno, pero está tirado con un agujero en medio de la cabeza, Micky. Así que explícame cómo puedes haberlo visto.

—No sé —contestó Maguire.

—Pues entonces...

—Oye... si tienes tiempo, déjate caer por aquí, ¿vale? Las condiciones de siempre. Puede que reporte jugosos beneficios.

A Wall no le gustaba hablar de negocios por teléfono, le incomodaba.

—Luego, Micky.

—De acuerdo. ¿Me llamarás?

—Sí.

—¿Prometido?

—Sí.

Wall colgó el teléfono y echó una ojeada al sospechoso. Lenny volvía a jugar al billar por debajo de su bolsillo. Estúpido animalito; estaba pidiendo otro interrogatorio.

—Fresco —dijo, en un arrullo—, ¿le quieres enseñar a Lenny que no se debe toquetear uno delante de los agentes de policía?

En su fortaleza de Richmond, Maguire lloraba como un niño pequeño.

Había visto a Glass, no le cabía ninguna duda. Por mucho que Wall creyera que el cuerpo estaba en el depósito de cadáveres, él sabía que no era cierto. Glass andaba suelto por la calle, libre como el aire, a pesar de que le hubiera hecho un agujero en la cabeza a ese bastardo.

Maguire era un hombre temeroso de Dios, que creía en la vida después de la muerte, aunque hasta ese momento no se había preguntado cómo sería. Pero ahí tenía la respuesta, en ese hijo de puta de cara inexpresiva que apestaba a éter: así sería la vida futura. Le hacía llorar, le daba miedo de vivir y miedo de morir.

Hacía mucho que había amanecido; era una pacífica mañana de domingo. Nada podía ocurrirle en la seguridad de su refugio de la Ponderosa, y menos a plena luz del día. Era su castillo, que construyó gracias a sus laboriosos robos. Ahí estaba Norton, armado hasta los dientes. Había perros en todas las puertas. Nadie, ni vivo ni muerto, se atrevería a poner en duda su supremacía sobre ese territorio; entre los retratos de sus héroes: Louis B. Mayer, Dillinger, Churchill; en el seno de su familia; rodeado por las muestras de su buen gusto, su dinero, sus *objets d'art*, era su propio amo. Si el contable loco venía a por él le obligaría a salir pitando por donde había venido, fuera o no fuera un fantasma. *Finis*.

A fin de cuentas, ¿no era él Michael Roscoe Maguire, el constructor de imperios? Nacido en la miseria, había crecido gracias a su aspecto de corredor de Bolsa y a su corazón de disidente. De vez en cuando, es cierto, pero sólo de manera muy controlada, dejaba que sus inclinaciones más bajas tuvieran satisfacción, como en el caso de la ejecución de Glass. Había gozado de veras con esa pequeña representación; suyo fue el *coup de grace*, suya la infinita compasión del disparo letal. Pero ahora era un burgués, seguro en su fortaleza.

Raquel se levantó a las ocho y se puso a preparar el desayuno.

—¿Quieres algo de comer? —le preguntó a Maguire.

Negó con la cabeza. Le dolía demasiado la garganta.

—¿Café?

—Sí.

—¿Aquí dentro?

Asintió. Le gustaba sentarse junto a la ventana que dominaba el césped y el invernadero. El día se estaba aclarando; el viento arrastraba las nubes espesas y en copos, cuyas sombras pasaban por el immaculado césped. Quizás empezara a pintar, pensó, como Winston. A reproducir sus paisajes

favoritos sobre el lienzo; tal vez una vista del jardín, incluso un desnudo de Raquel, para inmortalizarla al óleo antes de que se le cayeran los pechos de manera irreversible.

Raquel volvió junto a él ronroneando y con el café.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Estúpida puta. Claro que no estaba bien.

—Claro —le contestó.

—Tienes visita.

—¿Qué? —Se levantó de un salto de la silla de cuero—. ¿Quién?

Ella le sonrió.

—Tracy —dijo—. Quiere entrar a darte un abrazo.

Suspiró. Estúpida, estúpida puta.

—¿Quieres ver a Tracy?

—Claro.

El pequeño accidente, como le gustaba llamarla, estaba a la puerta, todavía con la bata puesta.

—Hola, papá.

—Hola, cariño.

Cruzó la habitación pavoneándose con el andar de su madre.

—Mamá dice que estás enfermo.

—Me estoy recuperando.

—Me alegro.

—Y yo.

—¿Vamos a salir hoy?

—A lo mejor.

—¿A la verbena?

—A lo mejor.

Se puso a hacer pucheros con coquetería, controlando perfectamente el efecto. Una réplica irreprochable de las triquiñuelas de Raquel. Sólo le pedía a Dios que no se volviera tan estúpida como su madre.

—Ya veremos —contestó, esperando poner cara de decir «Sí», pero sabiendo que quería decir «no».

Se le sentó en las rodillas y él le dejó que le contara un rato las travesuras de una niña de cinco años; luego la mandó a vestirse. Hablar le daba dolor de garganta, y hoy no se sentía un padre demasiado cariñoso.

Cuando se volvió a quedar solo se puso a mirar las nubes bailar sobre el césped.

Después de las once empezaron a ladrar los perros. Al cabo de un corto rato se callaron. Fue a buscar a Norton, que estaba en la cocina resolviendo un rompecabezas con Tracy. *El carro de heno* en dos mil piezas. Uno de los favoritos de Raquel.

—¿Has ido a ver a los perros, Norton?

—No, jefe.

—Pues hazlo, cojones.

No solía decir tacos delante de los niños, pero hoy estaba con los nervios a punto de estallar. Norton no le dio importancia. Cuando abrió la puerta de atrás, Maguire olió el día. Le apetecía salir de casa, pero los perros ladran de una manera que le daba palpitaciones en la cabeza y le hacía sudar las manos. Tracy tenía la cabeza gacha, inmersa en su rompecabezas, pero el cuerpo crispado, esperando una explosión de cólera. El no dijo nada, sino que volvió directamente al salón.

Desde su silla vio a Norton cruzar el césped a grandes pasos. Los perros estaban callados. Norton desapareció de su vista detrás del invernadero. Fue una larga espera. Maguire estaba a punto de ponerse nervioso cuando volvió a aparecer Norton y, levantando la vista, se encogió de hombros y se puso a hablar. Maguire le quitó el cerrojo a la puerta corredera, la abrió y salió al patio. Se encontró con un día magnífico.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó a Norton.

—Los perros están perfectamente —respondió éste.

Maguire se tranquilizó. Claro que los perros estaban perfectamente; ¿por qué no habían de ladrar un poco, para qué estaban si no? Estaba a punto de ponerse en ridículo, de mearse en los pantalones porque los perros habían ladrado. Asintió a Norton y salió del patio al césped. Un día precioso, pensó. Acelerando el paso, cruzó el césped hasta llegar al invernadero, donde florecían sus *bonsais* cuidados

con esmero. Norton le esperaba, servicial, a la puerta, hurgándose los bolsillos en busca de pastillas de menta.

—¿Quiere que me quede aquí, señor?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo con magnanimitad—, vuelve a casa a jugar con la niña.

Norton asintió.

—Los perros están perfectamente —repitió.

—Sí.

—Les ha debido excitar el viento.

Hacía viento. Cálido, pero intenso. Agitaba la fila de hayas cobrizas que rodeaba el jardín. Resplandecían, mostrando los pálidos dorsos de las hojas al cielo. Su movimiento, suave y gentil, resultaba reparador.

Maguire abrió la puerta del invernadero y se cobijó en él. Ahí, en ese edén artificial, estaban sus verdaderos amores, fertilizados con arrullos y huesos de sepia. Su enebro Sargent, que había sobrevivido pese a los rigores del monte Ishizuchi; su membrillo en flor, su pícea Yeddo (*Picea jesoensis*), su enana preferida, a la que había obligado, después de varios intentos fallidos, a colgar de una roca. Todos eran auténticas bellezas: pequeños milagros de tronco retorcido y agujas escalonadas, merecedores de toda su atención y su cariño.

Satisfecho, olvidándose por un momento del mundo exterior, holgazaneó entre su flora.

Los perros se habían peleado por la posesión de Ronnie como si fuera un juguete. Le habían sorprendido saltando la valla y le rodearon antes de que pudiera escapar, contentos de atraparlo, destrozarlo y escupirlo a cachos. Si escapó fue porque se acercó Norton y les apartó un momento del objeto de su furia.

Después del ataque tenía el cuerpo lleno de desgarrones. Confuso, concentrándose en reunir y mantener cierta coherencia corporal, evitó de milagro que lo descubriera Norton.

Se deslizó fuera de su escondite. El combate le había dejado exhausto, y el sudario estaba lleno de jirones, de forma que la ilusión de tener una sustancia era imperfecta. Tenía el estómago abierto de par en par y la pierna izquierda casi amputada. Estaba lleno de manchas: a las de sangre había que sumar las de babas y caca de perro.

Pero su voluntad lo era todo. Estaba muy cerca de su objetivo: no podía desistir de su empeño y dejar que la naturaleza campara por sus fueros. Estaba en una situación de rebeldía permanente contra la naturaleza y, por primera vez en su vida (y en su muerte), se sentía exultante. ¿Tan malo era ser antinatural, existir como desafío de las leyes y de la cordura? Estaba lleno de mierda, de sangre; estaba muerto y resucitado en un pedazo de tela manchada; era un contrasentido. *Y sin embargo, era*. Nadie podía negar que existiera mientras tuviera la voluntad de seguir viviendo. La idea era deliciosa: era como encontrarle un nuevo sentido a un mundo ciego y sordo.

Vio a Maguire en el invernadero y lo estuvo contemplando un rato. El enemigo estaba completamente embebido en su hobby; silbaba el himno nacional mientras cuidaba sus flores. Ronnie se acercó más y más al cristal, gimoteando algo a través del tejido ajado.

Maguire no oyó el suspiro de la ropa contra la ventana hasta que la cara de Ronnie se aplastó contra el cristal, con los rasgos borrosos y contrahechos. Dejó caer la pícea Yeddo, que se aplastó contra el suelo, rompiéndosele las ramas.

Maguire trató de chillar, pero sólo consiguió proferir un gañido ahogado. Salió corriendo hacia la puerta cuando la cara, con los ojos desorbitados por el ansia de venganza, rompió el cristal. Maguire no comprendió bien lo que sucedió después. La forma en que el cuerpo y la cabeza parecieron colarse por el vidrio roto, desafiando a la física, y se recompusieron dentro de su santuario, adoptando la forma de un ser humano.

No, no era exactamente humano. Tenía aspecto de haber sufrido un ataque de apoplejía, con su máscara blanca y su cuerpo blanco escorados hacia la derecha y arrastrando la pierna destrozada mientras le gritaba a voz en cuello.

Abrió la puerta y buscó refugio en el jardín. La cosa le siguió, empezó a hablarle, estiró los brazos hacia él.

—Maguire...

Pronunció su nombre en voz tan baja que quizás sólo lo había imaginado. Pero no, volvió a hablarle.

—¿Me reconoces, Maguire? —dijo.

Naturalmente que sí, hasta con los rasgos desfigurados se veía claramente que era Ronnie Glass.

—Glass —contestó.

—Sí —dijo el fantasma.

—No quiero... —empezó Maguire y luego titubeó. ¿Qué es lo que no quería? Hablar con ese horror, sin duda. Reconocer que existía; eso también. Pero, por encima de todo, morir.

—No quiero morir.

—Morirás —dijo el fantasma.

Maguire sintió que la sábana se le venía encima. Quizá no fuera más que el viento empujando a ese monstruo insustancial y envolviéndole con él.

En cualquier caso, el abrazo apetaba a éter, a desinfectante y a muerte. Los brazos de lino se estrecharon en torno a su cuerpo, la cara boquiabierta se pegó la suya, como si quisiera besarlo.

Instintivamente Maguire agarró a su agresor y su mano tropezó con la renta que los perros habían dejado al sudario. Metió los dedos por un desgarrón de la ropa y tiró de ella. Le tranquilizó oír cómo el lino se desgarraba por la costura y se liberó de aquel abrazo de oso. El sudario se puso a dar sacudidas con la boca abierta en un grito mudo.

Ronnie estaba sufriendo como nunca creyó volver a hacerlo desde que dejó de ser carne y huesos. Pero ahí estaba de nuevo el dolor, un dolor terrible.

Se alejó flotando de su mutilador, chillando lo que pudo, mientras Maguire se escapaba tambaleando por el césped con los ojos desorbitados. Estaba a punto de volverse loco; seguro que ya no servía para nada. Pero eso no era suficiente. Tenía que matar a ese bastardo; eso era lo que se había prometido y estaba determinado a cumplir su promesa.

El dolor no remitía, así que trató de ignorarlo, concentrándose en perseguir a Maguire por el jardín. Pero se sentía muy débil; estaba a punto de convertirse en un juguete en manos del viento, que le atravesaba el cuerpo y le helaba las entrañas. Tenía el aspecto de una destrozada bandera de guerra, tan desastrada que apenas si se podía reconocer, a punto de abandonar este mundo.

Salvo que, salvo que... Maguire.

Éste llegó a su casa y cerró la puerta de un portazo. La sábana se aplastó contra la ventana ondeando, grotesca, arañando el cristal con sus manos de lino y clamando venganza con su rostro desfigurado.

—Déjame entrar —decía—, entrará de todas formas.

Maguire cruzó vacilando la habitación y entró en el vestíbulo.

—Raquel...

—Dónde estaba su mujer?

—¿Raquel...?

No estaba en la cocina. En el estudio se oía la voz de Tracy. Se asomó. La niña estaba sola, sentada en medio del suelo, con los cascós en los oídos, acompañando alguna canción que le gustaba.

—¿Mamá? —le dijo empleando la mimica.

—Arriba —contestó ella, sin quitarse los cascós.

Arriba. Mientras subía las escaleras oyó a los perros ladrar en el jardín. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba haciendo ese cabrón?

—¿Raquel...? —Lo dijo en voz tan baja que casi no se oyó ni él mismo. Fue como si se hubiera convertido antes de tiempo en un fantasma en su propia casa.

No oyó ningún ruido en el rellano.

Entró dando trapiés en el cuarto de baño de baldosas marrones y encendió la luz. El efecto era adulador, y siempre le había gustado contemplarse bajo esa luz. Su brillo suave amortiguaba los estragos de la vejez. Pero esta vez se negó a engañarle. Su cara era la de un hombre viejo y aterrado.

Abrió violentamente el armario colgado de la pared y rebuscó entre las toallas tibias. ¡Ahí estaba! Una pistola descansando entre aquella fragancia, escondida, para usarse sólo en caso de emergencia. El contacto le hizo salivar. Agarró el arma y comprobó su estado. Funcionaba perfectamente. Esa pistola había matado una vez a Glass y lo podría matar de nuevo. Una y otra vez.

Abrió la puerta del dormitorio.

—Raquel...

Estaba sentada al borde de la cama, con Norton metido entre las piernas. Los dos seguían vestidos, uno de los sumptuosos pechos de Raquel fuera del sujetador y aplastado contra la servicial boca del hombre. Se volvió, tan estúpida como de costumbre, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Sin pensar en lo que hacía, disparó.

La bala la sorprendió con la boca abierta, en un gesto muy característico, y le abrió un agujero nada despreciable en la garganta. Norton salió de su entrepierna, no tenía nada de necrófilo, y se fue corriendo hasta la ventana. No se sabía bien qué pretendía, puesto que no podía volar.

La segunda bala alcanzó a Norton en medio de la espalda y le atravesó el cuerpo, perforando el cristal.

Sólo cuando murió su amante, se desplomó Raquel sobre la cama, con el pecho salpicado de sangre y las piernas abiertas de par en par. Maguire la miró caer. La obscenidad doméstica de la escena no le repugnó; era bastante soportable. Pecho y sangre y boca y amor perdido y todo; todo era soportable. A lo mejor se estaba volviendo insensible.

Dejó caer la pistola.

Los perros habían dejado de ladrar.

Salió del dormitorio y se asomó al rellano, cerrando la puerta con suavidad para no molestar a su hija.

No debía molestar a su hija. Desde el rellano, descubrió el encantador rostro de su hija que lo contemplaba desde abajo.

—Papá.

La miró con cara de desconcierto.

—Había alguien en la puerta. Lo he visto entrar por la ventana.

Empezó a bajar las escaleras temblando, una a una. «No tiene prisa», pensó.

—Abrí la puerta, pero no había nadie.

Wall. Tenía que ser Wall. Sabría qué era lo mejor que se podía hacer.

—¿Era alto?

—No lo vi bien, papá. Sólo la cara. Estaba aún más pálido que tú.

¡La puerta! ¡Dios mío, la puerta! Que no la hubiera dejado abierta. Demasiado tarde.

El extraño entró en el vestíbulo con una arruga en la cara por sonrisa, una de las peores que Maguire había visto en su vida.

No era Wall.

Wall tenía carne y huesos, y este visitante era como una muñeca de trapo. Wall era un hombre frío, y éste le sonreía. Wall representaba la vida, la ley y el orden. Esta cosa no.

Era Glass, naturalmente.

Maguire negó con la cabeza. La niña, que no veía a aquella cosa ondear a sus espaldas en el aire, interpretó mal el gesto.

—¿He hecho algo mal? —preguntó.

Ronnie pasó a su lado volando en dirección a su víctima, más parecido a una sombra que a nada remotamente humano, arrastrando tras él jirones de ropa. Maguire no tuvo tiempo de resistir, ni le quedaba voluntad para hacerlo. Abrió la boca para decir algo en defensa de su vida y Ronnie le metió el brazo que le quedaba, anudado en una cuerda de lino, por la garganta. Maguire tuvo náuseas, pero Ronnie siguió deslizándose en su interior, avanzando por la epiglotis y abriéndose camino por su esófago hasta llegar al estómago de su víctima. Maguire sintió que se le llenaba el estómago como después de un empacho, con la diferencia de que le retorcía el vientre y le rascaba la pared de su órgano para apoderarse de él. Fue todo tan rápido que no tuvo tiempo de morir de asfixia. Si hubiera podido elegir, quizás habría preferido esa muerte, por terrorífica que fuera. En lugar de eso, sintió cómo la mano de Ronnie le destrozaba el vientre, cavando en busca de un lugar al que agarrarse en el colon o en el duodeno. Y cuando la mano se apoderó de todo lo que pudo, el cabrón sacó el brazo.

La salida fue rápida, pero para Maguire el momento pareció durar toda una eternidad. Se dobló en dos cuando empezó el destripamiento, notando cómo sus vísceras le subían por la garganta, desdoblándolo como si fuera un vestido reversible. Vomitó la razón en un revoltijo de fluidos, café, sangre y ácido.

Ronnie tiró de las entrañas y arrastró a Maguire, cuyo torso vacío tenía las paredes pegadas una con otra, hasta la parte superior de la escalera. Conducido por una cuerda hecha con sus propias tripas, Maguire llegó hasta el rellano y se inclinó hacia adelante. Ronnie soltó presa y su víctima cayó, con la cabeza envuelta en intestinos, hasta el pie de las escaleras donde se encontraba aún su hija.

Tracy tenía una expresión de tranquilidad absoluta, pero Ronnie sabía que los niños eran mentirosos consumados.

Acabada la tarea, empezó a trotar escaleras abajo, desenrollando el brazo y agitando la cabeza para tratar de recobrar algo de apariencia humana. Resultó. Cuando llegó al pie de la escalera junto a la niña pudo ofrecerle algo muy semejante a una caricia humana. Ella no reaccionó. Ya sólo le

quedaba escapar y esperar que consiguiera olvidarlo todo con el tiempo.

Cuando se hubo ido, Tracy subió la escalera para ir a buscar a su madre. Raquel no contestaba a sus preguntas, como tampoco lo hacía el hombre que yacía sobre la alfombra junto a la ventana. Pero había algo en él que la fascinaba. Tenía una serpiente gorda y roja sobresaliéndole del pantalón. Le hacía reír, era una cosita tan ridícula...

La niña seguía riendo cuando Wall, de Scotland Yard, hizo su aparición, tan tarde como de costumbre. Aunque, tras ver la danza macabra en que había degenerado la reunión, le alegró, después de todo, haber llegado tarde a aquella fiesta.

En el confesonario de la iglesia de Santa María Magdalena, el sudario de Ronnie estaba tan descompuesto que resultaba irreconocible. Le quedaban pocos sentimientos; tan sólo el deseo, un deseo tan fuerte que sabía que no podría resistirse a él por mucho tiempo, de abandonar su cuerpo maltrecho. Le había prestado buenos servicios; no podía quejarse. Pero ahora estaba exhausto. No podía seguir por más tiempo animando lo inanimado.

Sin embargo, quería confesar, lo deseaba con toda su alma. Contar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo los pecados que había cometido, con los que había soñado, los que había deseado cometer. Sólo había una forma de conseguirlo: si el padre Rooney no venía a él, él iría al padre Rooney.

Abrió la puerta del confesonario. La iglesia estaba casi vacía. Pensó que debía ser tarde y ¿quién tenía tiempo para encender velas cuando había comida que cocinar, amor que comprar y vida que vivir? Sólo un florista griego, que rogaba por el alma de sus dos hijos, vio a un sudario salir tambaleándose del confesonario y dirigirse hacia la sacristía. Parecía un estúpido adolescente con una sábana mugrienta echada por encima de la cabeza. El florista aborrecía ese tipo de comportamiento impío —que había descarrido a sus hijos— y quiso espantar a ese chaval para enseñarle que no se debe jugar a los mendigos en la casa del Señor.

—¡Eh, tú! —dijo en una voz demasiado alta.

El sudario se volvió para mirar al florista, con los ojos como dos agujeros hechos en masa caliente. La mirada del fantasma era tan desconsolada que las palabras se le helaron al florista en los labios.

Ronnie tanteó el pomo de la puerta de la sacristía. El traqueteo fue inútil. La puerta estaba cerrada con llave.

Una voz apagada dijo desde dentro:

—¿Quién es? —El que hablaba era el padre Rooney.

Ronnie trató de contestar, pero no consiguió pronunciar ninguna palabra. Todo lo que podía hacer era traquetear, como cualquier fantasma que se precie.

—¿Quién es? —volvió a preguntar el padre, ligeramente impaciente.

Confiésemse, quería decir Ronnie, confiésemse, porque he pecado.

La puerta permaneció cerrada. Dentro de la sacristía, el padre Rooney estaba atareado. Hacía fotografías para su colección privada; su motivo era una de sus damas predilectas, llamada Natalie. Hija del vicio, le había dicho alguien, pero no se lo creía. Era demasiado servicial, demasiado angelical, y llevaba el rosario en el seno como si acabara de salir del convento.

Los meneos de pomo habían cesado. Perfecto, pensó el padre Rooney. Fuera quien fuera, ya volvería. No podía ser tan urgente. Sonrió a la mujer. Natalie le puso mala cara.

En la iglesia, Ronnie se arrastró hasta el altar y se arrodilló.

Tres filas por detrás, el florista dejó sus oraciones, indignado ante esa profanación. Ese tipo estaba borracho, su forma de retorcerse era inconfundible, y no iba a dejarse asustar por una máscara de la muerte tan burda. Maldiciendo al profanador en griego le pegó una zarpazo al fantasma arrodillado ante el altar.

Debajo de la sábana no había nada; nada de nada.

El florista notó cómo el trapo se retorcía en su mano y lo soltó con un gritito. Luego retrocedió por el ala, santiguándose una y otra vez, una y otra vez, como una viuda enloquecida. A pocos metros de la puerta, giró sobre sus talones y salió pitando.

El sudario se quedó donde lo había dejado el florista. Ronnie, que todavía moraba entre sus pliegues, levantó la vista del burrojo de ropa que constituía su cuerpo y contempló el esplendor del altar. Incluso a la penumbra del interior de la iglesia estaba radiante y, conmovido por tanta belleza, no le importó abandonar su reencarnación. Sin confesarse, pero sin temer el juicio final, su alma se separó de su cuerpo.

Al cabo de una hora, más o menos, el padre Rooney abrió la sacristía, acompañó a la casta Natalie hasta la puerta de la iglesia y cerró ésta con llave. Al volver se asomó al confesonario, por si había algún chaval escondido. Vacía, toda la iglesia estaba vacía. Santa María Magdalena era una mujer olvidada.

Mientras volvía a la sacristía, silbando y esquivando bancos, advirtió el sudario de Ronnie Glass. Estaba tirado sobre los escalones del altar, hecho un triste burujo de ropa raída. Ideal, pensó, y lo recogió. Había unas manchas indiscretas sobre el suelo de la sacristía. Serviría para secarlas.

Olisqueó la tela; le encantaba olerlo todo. Oía a mil cosas. A éter, a sudor, a perros, a entrañas, a sangre, a desinfectante, a habitaciones vacías, a corazones destrozados, a flores y a desolación. Fascinante. Era lo bueno de estar en la parroquia del Soho, pensó. Una sorpresa todos los días. Misterios en el umbral, al pie del altar. Crímenes tan numerosos que haría falta un mar de agua bendita para perdonarlos. Vicio a la venta en todas las esquinas, bastaba con saber dónde buscarlo.

Se metió el sudario bajo el brazo.

—Juraría que tienes toda una historia que contarme —dijo, apagando los cirios votivos con dedos demasiado calientes para que los quemara la llama.

1.-*Glassy*, en el original permite hacer un juego de palabras por derivar de *glass* («cristal» y, a la vez, apellido del protagonista). (*N. del T.*)

2.-*Ave grande e incapaz de volar, extinguida desde finales del siglo XVII*. En inglés se suele utilizar como calificativo de una persona cuyas ideas o forma de actuar están pasadas de moda. (*N. del T.*)

VÍCTIMAS PROPICIATORIAS

No era una verdadera isla aquella a la que la corriente nos había arrastrado; era un montículo de piedras muerto. Llamarle isla a aquel arrugado montón de mierda era excesiva benevolencia. Las islas son oasis en el mar: verdes y exuberantes. Éste era un lugar abandonado: ninguna foca a su alrededor, ningún pájaro sobrevolándolo. No se me ocurre para qué podría servir un lugar como éste, excepto para poder decir: vi el corazón de la nada y sobreviví.

—No está en ninguna carta de navegación —dijo Ray, volcándose sobre el mapa de las Hébridas Interiores, con la uña en el lugar donde había calculado que deberíamos encontrarnos.

Era, como había dicho, un espacio vacío en el mapa, tan sólo un mar azul pálido sin la más mínima mota que señalara la existencia de aquella roca. Entonces no eran sólo las focas y los pájaros los que la ignoraban, sino también los cartógrafos. Había una o dos flechas cerca del dedo de Ray, marcando las corrientes que deberían habernos llevado al norte: diminutos dardos rojos sobre un océano de papel. El resto, como el mundo exterior, estaba desierto.

Jonathan, por supuesto, exultaba cuando descubrió que el lugar ni siquiera figuraba en el mapa; pareció sentirse liberado instantáneamente. Ya no era culpa suya que estuviéramos allí, sino de los cartógrafos: dado que el montículo ni siquiera estaba marcado en las cartas, no se le podía considerar responsable de que hubiéramos encallado. La expresión de culpabilidad que tenía desde nuestra imprevista llegada fue sustituida por un gesto de autosatisfacción.

—No se puede esquivar un lugar que no existe, ¿verdad? —cacareó—. ¿Verdad que no?

—Podrías haber utilizado los ojos que Dios te ha dado —le espetó Ray; pero Jonathan no estaba dispuesto a dejarse amedrentar por ninguna crítica razonable.

—Fue todo tan repentino, Raymond —dijo—. Quiero decir que con esta niebla no tuve ninguna oportunidad. Antes de que pudiera darme cuenta ya la teníamos encima.

Fue todo rapidísimo, la cosa no tenía vuelta de hoja. Yo estaba en la cocina preparando el desayuno, cosa que se había convertido en responsabilidad mía, ya que ni Angela ni Jonathan mostraban ningún entusiasmo por la tarea, cuando el casco del *Emmanuel* se astilló en la playa de guijarros, y luego, dando tumbos, abrió un surco hasta llegar a la playa pedregosa. Hubo un momento de silencio: entonces comenzaron los gritos. Salí trepando de la cocina y vi a Jonathan en cubierta, haciendo tímidas muecas y agitando los brazos como demostración de inocencia.

—Antes de que me preguntes nada —dijo—, no sé cómo ha ocurrido. Hace tan sólo un minuto navegábamos tranquilamente...

—¡Me cago en Dios todopoderoso! —Ray salía gateando de la cabina, subiéndose los vaqueros, con el aspecto deplorable de haber pasado una noche en la litera junto a Angela. Yo había gozado del dudoso privilegio de escuchar sus orgasmos durante toda la noche; ella era, sin lugar a dudas, exigente. Jonathan empezó de nuevo su alegato desde el principio:

—Antes de que me preguntes nada... —pero Ray le hizo callar con una breve selección de insultos. Me refugié en los confines de la cocina mientras se desencadenaba la discusión en cubierta. Oír cómo ponían verde a Jonathan me produjo no poca satisfacción; incluso deseé que Ray perdiera la calma lo suficiente como para dejar ensangrentada aquella perfecta nariz ganchuda.

La cocina era un cubo encharcado. El desayuno que había preparado estaba todo por el suelo y allí lo dejé, las yemas de los huevos, el jamón y las torrijas, todo helado en charcos de grasa cuarteada. Era culpa de Jonathan; que lo limpiara él. Me serví un zumo de pomelo, esperé a que cesaran las recriminaciones y volví arriba.

Hacía dos horas escasas que había amanecido, y la niebla que había ocultado la isla a los ojos de Jonathan seguía tapando el sol. Por poco que se pareciese aquel día a la semana que llevábamos, por la tarde la cubierta estaría demasiado caliente para andar descalzo por ella, pero entonces, con la niebla todavía espesa, me entró frío porque sólo llevaba la parte inferior del bikini. Cuando se navega por las islas no importa demasiado la ropa que uno lleve. Nadie te va a ver. Había conseguido el bronceado más homogéneo de mi vida, pero esa mañana la tiritona me obligó a bajar a por un jersey. No hacía viento, el frío procedía del mar. Tan sólo a unos pocos metros de la playa sigue siendo de noche, pensé: una noche sin fin.

Me puse un jersey y regresé a cubierta. Habían desplegado los mapas y Ray estaba inclinado sobre ellos. Su espalda, desnuda, estaba pelada por el exceso de sol, y vi cómo intentaba disimular la calva con sus rizos de un amarillo sucio. Jonathan contemplaba la playa acariciándose la nariz.

—Cristo, qué lugar —dijo.

Me echó una ojeada, esbozando una sonrisa. El pobre Jonathan tenía la ilusión de que su cara era tan encantadora que podía hacer salir a una tortuga de su caparazón y, para hacerle justicia, había mujeres que se derretían cuando las miraba con tanta intensidad. Yo no era una de ellas y eso le irritaba. Siempre había pensado que su belleza judía era demasiado blanda para ser hermosa. Mi indiferencia era una mancha roja en su historial.

De debajo de cubierta subió una voz soñolienta y malhumorada. Nuestra Señora de la Litera se había despertado por fin: ya era hora de que hiciera su tardía aparición, envolviendo púdicamente su desnudez con una toalla. Tenía la cara hinchada del exceso de vino tinto y su cabello necesitaba un buen peinado. A pesar de ello estaba radiante, con los ojos muy abiertos, cual Shirley Temple con escote.

—¿Qué está pasando, Ray? ¿Dónde estamos?

Ray no levantó la mirada de sus cálculos, lo que le valió un fruncimiento de entrecejo.

—Tenemos una auténtica mierda de navegante, eso es todo —dijo.

—Si todavía no sé qué ha ocurrido! —protestó Jonathan, que evidentemente esperaba una muestra de simpatía por parte de Angela. En vano.

—¿Pero dónde estamos? —preguntó de nuevo.

—Buenos días, Angela —dijo; a mí también me ignoró.

—¿Es esto una isla? —dijo.

—Claro que es una isla: lo que no sé todavía es cuál —replicó Ray.

—Quizá sea Barra —sugirió ella.

Ray hizo una mueca.

—No estamos en absoluto cerca de Barra —dijo—. Con que sólo me dejarais volver sobre nuestros pasos...

—Volver sobre nuestros pasos en el mar? «Otra vez la fijación de Ray con Cristo», pensé, volviendo los ojos a la playa. Era imposible adivinar el tamaño de la isla, a cien metros la niebla borraba el paisaje. Quizás habitase algún ser humano en alguna parte de aquel muro gris.

Ray, habiendo localizado en el mapa el lugar donde se suponía que estábamos varados, bajó a la playa y echó una mirada crítica a la proa. Más por no toparme con Angela que por otra cosa, bajé junto a él. Los guijarros de la playa estaban fríos y resbaladizos bajo mis pies descalzos. Ray recorrió con la palma un costado del *Emmanuel*, casi como en una caricia, y se agachó para evaluar los daños sufridos por la proa.

—No creo que haya ningún boquete —dijo—, pero no puedo estar seguro.

—Nosaremos a la mar cuando suba la marca —dijo Jonathan, haciendo una pose, las manos sobre las caderas, contra la proa—. Tú tranquila —me hizo un guiño—, puedes estar tranquila.

—¡Y una mierda nosaremos a la mar! —estalló Ray—. Juzga por ti mismo.

—Pues conseguiremos que nos ayuden a remolcar el barco. —Nada podía hacer mella en la confianza de Jonathan.

—Pues ya estás yendo a buscar a alguien, gilipollas.

—Claro, ¿por qué no? Espera una hora o así a que se disipe la niebla y me iré a dar una vuelta en busca de ayuda.

Se alejó paseando.

—Voy a hacer un poco de café —se ofreció Angela.

Conociéndola, tardaría una hora en prepararlo. Había tiempo para darse una vuelta.

Empecé a pasear por la playa.

—No te alejes demasiado, querida —gritó Ray.

—No.

Había dicho «querida». Una palabra fácil de pronunciar; para él no significaba nada.

El sol calentaba algo más y me tuve que quitar el jersey. Mis pechos desnudos ya estaban morenos como dos nueces y se me ocurrió que igual de grandes. Pero no se puede tener todo. Por lo menos yo tenía dos neuronas con que funcionar, más de lo que podía decirse de Angela, que tenía unas tetas como melones y un cerebro que habría avergonzado a una mula.

El sol no acababa de decidirse a atravesar la niebla. Se filtraba perezosamente sobre la isla y su luz producía un efecto plano, eliminando del paisaje todo color y relieve, velando mar, rocas y los escombros de la playa hacia un gris decolorado, el color de la carne demasiado cocida.

A cien metros escasos, algo en el ambiente empezó a deprimirme, y me di la vuelta. Unas olas pequeñas, inquietas, se deslizaban a mi derecha y rompían con un chapoteo cansino sobre las rocas. No tenían nada de majestuosas las olas aquí: sólo el rítmico e interminable chapoteo de una marea exhausta.

Yo ya odiaba aquel lugar.

Cuando llegué al barco, Ray estaba probando la radio, pero por alguna razón sólo se oían zumbidos en todas las frecuencias. La maldijo un rato, y luego renunció. Después de media hora, el desayuno estaba servido, aunque tuvimos que apañarnos con sardinas, champiñones de lata y restos de torrijas. Angela sirvió este banquete con su aplomo habitual, con el aspecto de quien está realizando un segundo milagro de los panes y los peces. En cualquier caso resultaba casi imposible disfrutar de la comida; el aire parecía quitarle el sabor a todo.

—Qué curioso, ¿no? —empezó Jonathan.

—Hilarante —dijo Ray.

—No hay sirenas de niebla. Una neblina sin sirenas. Ni siquiera el sonido de un motor; ¡qué extraño! —Estaba en lo cierto. Nos envolvía el silencio más absoluto, una húmeda y asfixiante quietud. De no ser por el chapoteo culpable de las olas y el sonido de nuestras voces podría ser perfectamente que estuviéramos sordos.

Me senté en la popa y miré al mar. Todavía estaba gris, pero el sol ya empezaba a colorearlo: verde oscuro y, más profundamente, una pizca de azul purpúreo. Debajo del barco distinguí hilachos de alga marina y culantrillos, juguetes de la marea, meciéndose. Resultaba incitante: y además cualquier cosa era mejor que la atmósfera enrarecida del *Emmanuelle*.

—Me voy a dar un baño —dije.

—Yo no lo haría, querida —replicó Ray.

—¿Por qué no?

—La corriente que nos ha lanzado hasta aquí debe ser considerablemente fuerte, no querrás quedar atrapada en ella...

—Pero todavía es marea alta, ¡me arrastraría a la orilla!

—Tú no sabes qué contracorrientes puede haber fuera de aquí. Hasta remolinos: son frecuentes. ¡Te tragará en un instante!

Miré al mar de nuevo. Parecía bastante inofensivo, pero recordé que éas eran aguas traicioneras y me lo pensé mejor.

Angela había iniciado una pequeña demostración de enfurruñamiento porque nadie se había acabado su desayuno ímparablemente preparado. Ray le siguió el juego. Le gustaba tratarla como a una niña, dejándola jugar a estúpidos juegos. Eso me ponía enferma.

Bajé a fregar los platos, echando las sobras al mar por la portilla. No se hundieron inmediatamente. Flotaron en una mancha aceitosa, las setas y los trozos de sardinas medio comidas se movían en la superficie de un lado para otro, como si alguien hubiera vomitado en el mar. Comida para los cangrejos, si es que un cangrejo con amor propio podía dignarse vivir aquí.

Jonathan se reunió conmigo en la cocina, sintiéndose un poco tonto todavía a pesar de la bravata. Permaneció de pie en la puerta, intentando captar mi atención, mientras yo aclaraba sin ningún entusiasmo los grasiéntos platos de plástico. Tan sólo quería oírme decir que no lo consideraba culpable. Era el perfecto Adonis, sin lugar a dudas. No dije nada.

—¿Te importa que te eche una mano? —dijo.

—En realidad no hay espacio para dos —le dije, intentando que no sonara demasiado cortante. No obstante le afectó: todo el episodio había menoscabado su autoestima más de lo que yo había imaginado, a pesar de todos sus pavoneos.

—Mira —le dije con amabilidad—, ¿por qué no regresas a cubierta a tomar el sol antes de que haga demasiado calor?

—Me siento una mierda —dijo.

—Fue un accidente.

—Una absoluta mierda.

—Como has dicho tú, nos haremos a la mar cuando suba la marea.

Se apartó de la puerta y bajó a la cocina; su proximidad me producía claustrofobia. Tenía el cuerpo demasiado grande para el espacio disponible: demasiado curtido, demasiado carnal.

—¡Ya te he dicho que no hay sitio, Jonathan!

Me puso una mano sobre la nuca y, en lugar de rechazarlo encogiendo los hombros, lo dejé hacer, y se puso a masajearme suavemente los músculos. Quería decirle que me dejara sola, pero la lasitud de la atmósfera parecía haberse apoderado de mi cuerpo. Tenía la palma de la otra mano sobre mi vientre, subiéndola hacia mi pecho. Yo permanecía indiferente a su tratamiento. Si era eso lo que buscaba, lo obtendría.

Sobre la cubierta, Angela hipaba en pleno ataque de risa tonta, casi asfixiada de histeria. Podía imaginarme cómo echaba la cabeza atrás y sacudía sus cabellos sueltos. Jonathan se desabrochó los pantalones cortos y los dejó caer. La ofrenda a Dios de su prepucio debió ser toda una obra de arte; su erección era tan higiénica en su entusiasmo que parecía incapaz de causar el más mínimo dolor. Dejé que su boca se pegara a la mía, dejé que su lengua explorase mis encías con tanta insistencia como el dedo de un dentista. Me bajó el bikini lo suficiente para tener el acceso libre, hurgó hasta encontrar el camino y me penetró.

Detrás de él, crujío la escalera y miré por encima de su hombro justo a tiempo para vislumbrar a Ray asomado por la escotilla, contemplando las nalgas de Jonathan y la maraña que formaban nuestros brazos. Me pregunté si habría comprendido que yo no sentía nada; si habría comprendido que lo hacía desapasionadamente, y que sólo hubiera podido sentir un arrebato de deseo si hubiera sustituido la cabeza, la espalda y la polla de Jonathan por las suyas. Se apartó silenciosamente de la escalera; pasó un momento en el que Jonathan me dijo que me amaba, y luego oí a Angela echarse otra vez a reír cuando Ray le describió lo que acababa de presenciar. Que aquella zorra pensara lo que quisiera: no me importaba.

Jonathan seguía trabajándose con caricias llenas de intención pero faltas de inspiración, con el entrecejo fruncido como el de un escolar tratando de resolver una ecuación imposible. La descarga vino sin previo aviso, sólo reconocible porque se estrechó su abrazo sobre mis hombros y frunció todavía más el entrecejo. Sus arremetidas fueron amainando hasta que cesaron; sus ojos se encontraron con los míos. Fue un momento tenso. Quise besarle, pero él había perdido todo el interés. Se apartó todavía empalmado, con una mueca de dolor.

—Siempre me vuelvo hipersensible después de eyacular —murmuró, subiéndose los pantalones—. ¿Te ha gustado?

Asentí. Había sido ridículo; toda la historia lo era. Quedarme encallada en medio de ninguna parte con este chiquillo de veintiséis años, Angela y un hombre al que no le importaba si estaba viva o muerta. Pero es que, a lo mejor, a mí tampoco me preocupaba. Pensé sin motivo en los chapoteos del mar, en las continuas reverencias de las olas hasta que venía otra a deshacerlas.

Jonathan ya había subido la escalera. Preparé un poco de café y me quedé mirando por la escotilla, sintiendo cómo su semen se resecaba cual perlas estriadas en el interior de mis muslos.

Cuando el café estuvo listo, Ray y Angela ya se habían ido a dar una vuelta por la isla en busca de ayuda.

Jonathan estaba sentado en mi puesto de popa, contemplando la niebla. Más por romper el silencio que por otra cosa, dije:

—Creo que se ha levantado un poco.

—¿Sí?

Le dejé un tazón de café al lado.

—Gracias.

—¿Y los demás?

—De exploración.

Se dio la vuelta para mirarme, con una expresión confusa.

—Yo todavía me siento una mierda.

Reparé en la botella de ginebra que tenía al lado, sobre cubierta.

—Un poco pronto para beber, ¿no te parece?

—¿Quieres?

—Ni siquiera son las once.

—¿Qué más da?

Señaló al mar.

—Sigue mi dedo —dijo.

Me apoyé sobre su hombro e hice lo que me pedía.

—No, ahí no. Sigue mi dedo... ¿lo ves?

—Nada.

—En el borde de la niebla. Aparece y desaparece. ¡Allí! ¡Otra vez!

Vi algo en el agua a veinte o treinta metros de la popa del *Emmanuelle* de color marrón, arrugado, dándose la vuelta.

—Es una foca —dije.

—No creo.

—El sol está calentando el mar. Probablemente vienen a tomar el sol a los bajos.

—No parece una foca. Tiene una manera curiosa de desplazarse.

—Quizá sean los restos de un naufragio.

—¡Podría ser!

Echó un trago largo.

—Deja algo para la noche.

—Sí, mamá.

Nos quedamos sentados un rato en silencio. Sólo se oían las olas en la playa. Slop, slop, slop.

De vez en cuando la foca, o lo que fuera, salía a la superficie, giraba, y desaparecía de nuevo.

«Una hora más», pensé, «y la marca empezará a subir.» Nos sacará de este absurdo capricho de la creación.

—¡Eh! —Era la voz de Angela a lo lejos—. ¡Eh, colegas!

Nos llamaba «colegas».

Jonathan se levantó, protegiéndose los ojos con la mano para que no le deslumbrara la reverberación del sol sobre las rocas. Ahora había mucha más claridad y cada vez hacia más calor.

—Nos está haciendo señas —dijo, indiferente.

—Déjala que haga señas.

—¡Colegas! —gritaba, agitando los brazos. Jonathan hizo una bocina con las manos y aulló a modo de réplica:

—¿Qué-quie-res?

—Venid a ver —replicó ella.

—Quiere que vayamos a ver.

—¡Ya lo he oído!

—Vamos —dijo él—, no hay nada que perder.

Yo no quería moverme, pero él me tiraba del brazo. No merecía la pena discutir. Tenía un temperamento colérico.

Nos costó abrirnos camino por la playa. Las piedras no estaban mojadas, sino cubiertas de una película resbaladiza de algas gris verdosas, como el sudor de una calavera.

A Jonathan le estaba costando más que a mí atravesar la playa. Perdió el equilibrio un par de veces y se cayó pesadamente sobre el trasero, soltando tacos. La culera de sus pantalones se tiñó en seguida de un mugriento color aceituna, y por un desgarrón le asomaron las nalgas.

No es que yo fuera una bailarina, pero lo conseguí, pasito a pasito, intentando evitar las rocas grandes para que si resbalaba no fuera a caer muy lejos.

Cada pocos metros teníamos que salvar una hilera de algas hediondas. Yo lograba saltarlas con cierta elegancia, pero Jonathan, avergonzado y torpe, se abría camino con bastante dificultad. Sus pies descalzos se hundían hasta el fondo en aquella porquería. No eran sólo algas marinas, sino los detritos que suele depositar la marea sobre la playa: botellas rotas, latas oxidadas de Coca-Cola, corchos manchados de verdín, bolas de alquitrán, fragmentos de cangrejos, preservativos de un amarillo pálido. Y, hurgando entre esos fétidos montones de escoria, moscas azules de ojos protuberantes y de tres centímetros de largo. Cientos de moscas, trepando sobre la mierda y subiéndose unas encima de otras, zumbando para vivir y viviendo para zumbar.

Era el primer indicio de vida que veíamos.

Hacía cuanto podía para no caerme al franquear cada una de las hileras de algas, cuando se desencadenó a mi izquierda una pequeña avalancha de guijarros. Tres, cuatro, cinco piedras rebocaban una contra otra al bajar hacia el mar, poniendo en movimiento a docenas de piedras más al caer.

No había causa visible para tal efecto.

Jonathan no se molestaba siquiera en levantar la vista. Bastantes problemas tenía con mantener el equilibrio.

La avalancha cesó: se había quedado sin energía. Y entonces se desencadenó otra: esta vez entre nosotros y el mar. Piedras rebotando: ésta era más grande que la anterior y alcanzaba más altura a cada salto.

La cascada se prolongó más tiempo que la vez anterior: las piedras chocaban entre sí. Unos cuantos guijarros alcanzaron finalmente el mar. Fue el final de la danza.

Plop.

Un ruido apagado.

Plop. Plop.

Ray apareció por detrás de uno de los grandes cantos que había en la playa, sonriendo como un

cretino.

—Hay vida en Marte —vociferó, antes de volverse por donde había venido.

Después de pasar unos pocos apuros más, llegamos, con el pelo sudoroso pegado a la frente como un gorro, hasta aquel canto.

Jonathan parecía algo enfermo.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó.

—Mira lo que hemos encontrado —dijo Ray, y nos llevó por detrás de los cantos.

Primer susto.

En cuanto llegamos a la altura de la playa, divisamos el otro lado de la isla. La playa gris se prolongaba uniformemente y luego venía el mar. Ningún habitante, ningún barco, ningún indicio de vida humana. La isla no debía tener ni un kilómetro de diámetro: apenas el lomo de una ballena. Pero había algo vivo en ella; ése fue el segundo susto.

En el murete hecho de cantos rodados, pelados y grandes que coronaba la isla, había un recinto cercado. Los postes se estaban pudriendo por la salinidad del aire, pero tenían entretejida una maraña de alambres oxidados que formaban un tosco redil. Dentro de éste había una mancha de hierba reseca y, en ese lamentable jardín, tres ovejas. Y Angela.

Estaba de pie en aquel penal, acariciando a uno de sus presidiarios y arrullando su cara inexpresiva.

—Ovejas —dijo triunfalmente.

Jonathan reaccionó antes que yo y le espetó:

—¿Y qué?

—Bueno, es extraño, ¿no? —dijo Ray—, tres ovejas en medio de un lugar tan pequeño como éste.

—No parece que tengan buen aspecto —dijo Angela.

Tenía razón. Los animales estaban en un estado deplorable debido a una exposición demasiado prolongada a los elementos. Tenían los ojos hinchados de pus, y la lana les colgaba del pellejo en apelmazadas matas, con los flancos palpitantes al descubierto. Una de ellas se había desplomado contra la alambrada y parecía incapaz de incorporarse por sí sola, demasiado agotada o demasiado enferma.

—Es cruel —dijo Angela.

Tuve que admitirlo: resultaba sádico encerrar a esas criaturas con unas pocas briznas de hierba que mascar y una lata de agua estancada para saciar su sed.

—Extraño, ¿no? —dijo Ray.

—Me he hecho un corte en el pie. —Jonathan estaba sentado sobre una piedra muy lisa contemplando la planta de su pie derecho.

—Hay cristales en la playa —dijo, intercambiando una mirada ausente con una de las ovejas.

—Son tan poco expresivas... —dijo Ray—. De la misma pasta que los hombres rectos.

Curiosamente no parecían sentirse tan infelices por su condición, tenían una mirada filosófica. Sus ojos decían: «No soy nada más que una oveja, no aspiro a gustarte, ni a que me cuides, ni a que me protejas si no es por el interés de tu estómago». Ni balaban furiosas ni coceaban con frustración.

No eran más que tres ovejas grises aguardando la muerte.

A Ray había dejado de interesarse el asunto. Volvía despreocupadamente a la playa, pegándole patadas a una lata. Ésta traqueteaba y rebotaba. Me recordó a las piedras.

—Deberíamos liberarlas —dijo Angela.

La ignoré. ¿Qué era la libertad en un lugar como aquél? Ella insistió:

—¿No crees que habría que hacerlo?

—No.

—Morirán.

—Alguien las puso aquí; por alguna razón será.

—Pero van a morir.

—Si las soltamos morirán en la playa. No tienen nada que comer.

—Ya las alimentaremos nosotros.

—Torrijas y ginebra —sugirió Jonathan, sacándose un cristal de la planta del pie.

—No podemos abandonarlas.

—No es asunto nuestro —dije. Se estaba poniendo pesada. Tres ovejas. A quién podía importarle que vivieran o...

Había pensado lo mismo de mí hacía una hora. Las ovejas y yo teníamos algo en común.

Me dolía la cabeza.

—Morirán —gimoteó Angela por tercera vez.

—Eres una puta estúpida —le dijo Jonathan. Hizo el comentario con naturalidad, sin malicia. Era la enunciación de un hecho indiscutible.

No pude evitar sonreír burlonamente.

—¿Qué? —parecía que la hubieran mordido.

—Una puta estúpida —repitió—. PUTA.

Angela enrojeció de rabia y desconcierto y se volvió hacia él.

—Has sido tú quien nos ha dejado aquí tirados —dijo, haciendo una mueca.

La inevitable acusación. Con lágrimas en los ojos. Herida por sus palabras

—Lo hice deliberadamente —dijo él, escupiéndose en los dedos y frotándose el tajo con saliva—.

Quería ver si lográbamos abandonarte aquí.

—Estás borracho.

—Y tú eres estúpida. Yo estaré sobrio por la mañana.

Todavía seguían en vigor los viejos argumentos.

Desconcertada, Angela bajó hacia la playa tras Ray, intentando contener las lágrimas hasta que la perdiéramos de vista.

Casi sentí cierta compasión por ella. Cuando la batalla se volvía dialéctica era presa fácil.

—Cuando quieras eres un hijo de puta —le dije a Jonathan; se limitó a mirarme con ojos vidriosos.

—Mejor ser amigos. Contigo no quiero ser un hijo de puta.

—No me asustas.

—Ya lo sé.

La oveja me miraba de nuevo. Le devolví la mirada.

—Jodida oveja —dijo él.

—¡No pueden evitarlo!

—Si tuvieran un poco de decencia, se cortarían sus sucias gargantas.

—Me vuelvo al barco.

—Hijas de mala madre.

—¿Vienes?

Me agarró la mano con firmeza y urgencia, y la retuvo entre las suyas como si no la fuera a soltar nunca. De repente se me quedó mirando.

—No vayas.

—Hace demasiado calor aquí.

—Quédate. Esta piedra es agradable. y cálida. Túmbate. Esta vez no nos interrumpirán.

—¿Te enteraste tú? —dijo.

—¿Te refieres a lo de Ray? Claro que me enteré. Pensé que le estábamos ofreciendo todo un espectáculo.

Me atrajo hacia sí con fuerza, recogiéndome el brazo con las manos como si tirara de una cuerda. Su olor me devolvió a la cocina, a su ceño, su declaración susurrada («Te quiero»), su separación silenciosa.

Déjà vu.

Sin embargo, ¿qué otra cosa se podía hacer en un día como aquél más que dar vueltas al mismo círculo tedioso, como las ovejas en el redil? Vueltas y más vueltas. Respirar, hacer el amor, comer, cagar.

La ginebra le había bajado hasta la ingle. Hizo todo lo que pudo, pero no tuvo éxito. Era como tratar de enhebrar espaguetis.

Exasperado, se despegó de mí.

—Joder, joder, joder.

Palabras sin sentido. Cuando se repiten muchas veces pierden su significado, como todo. No significan nada.

—No importa —dijo.

—Que te den por culo.

—De verdad que no importa.

No me miró, sólo se observaba la polla. Si hubiera tenido en ese momento un cuchillo en la mano, creo que se la habría cortado y la habría depositado sobre la roca caliente, como un tributo a la esterilidad.

Lo dejé estudiándose y volví paseando al *Emmanuelle*. Algo extraño me llamó la atención. Algo que no había visto nunca. Las moscas azules, en vez de saltar a mi paso, se dejaban aplastar. Algo letárgico o suicida. Se quedaban posadas sobre las piedras calientes y reventaban bajo mis pies; sus pequeñas vidas bulliciosas se desvanecían como tantas otras luces.

La niebla estaba desapareciendo por fin y, al recalentarse el aire, la isla reveló una nueva y desagradable jugarreta: el olor. La fragancia era tan saludable como la de una habitación llena de melocotones podridos; densa y asfixiante. Se colaba a través de los poros por las ventanas de la nariz como un jarabe. Y, bajo aquella dulzura, había algo más, bastante menos agradable que los melocotones, frescos o podridos. Un olor como el de un sumidero atascado con carne rancia, como los canalillos de un matadero, apelmazados con sebo y sangre coagulada. Me imaginé que serían las algas, aunque nunca había oido nada en ninguna otra playa que pudiera igualar este hedor.

Estaba a mitad de camino del *Emmanuelle*, tapándome la nariz al pisar las franjas de algas podridas, cuando oí detrás de mí el ruido de un pequeña ejecución. El grito de Jonathan, de júbilo satánico, casi ahogaba el patético quejido de la oveja al morir; comprendí instintivamente lo que aquel borracho hijo de puta acababa de hacer.

Me di la vuelta girando sobre mis talones en el cieno. Era sin duda demasiado tarde para salvar a una de las bestias, pero quizá pudiera evitar que masacrara a las otras dos. No logré ver el redil; estaba oculto por las piedras, pero pude oír los alardos triunfales de Jonathan y el ruido sordo, ensordecedor, de sus golpes. Sabía lo que iba a ver antes de presenciar la escena.

El césped gris verdoso se había vuelto rojo. Jonathan estaba en el redil con la oveja. Las dos supervivientes embestían enloquecidas, balando de terror, mientras Jonathan se erguía sobre la tercera oveja, empalmado. La víctima se había derrumbado parcialmente, con las patas delanteras como palos que se balanceaban bajo su cuerpo y las patas traseras rígidas ante la inminencia de la muerte. Su cuerpo se estremecía con espasmos nerviosos y sus ojos mostraban más lo blanco que lo marrón. Tenía la parte superior del cráneo despedazada casi enteramente y los sesos, al aire, atravesados por astillas de su propio hueso y reducidos a papilla por el pedrusco redondo que Jonathan aún empuñaba. Mientras lo observaba vi que incrustaba una vez más el arma en aquella cazuela de sesos. Salieron disparados grumos de tejido en todas las direcciones, salpicándose de sangre y materia caliente. Jonathan parecía un lunático salido de una pesadilla (cosa que en ese momento, supongo, era). Su cuerpo desnudo, antes blanco, estaba teñido como el delantal de un carnicero después de una dura jornada de descuartizar en el matadero. Era más la cara de la oveja ensangrentada que la suya propia...

El animal propiamente dicho estaba muerto. Sus patéticas quejas se habían apagado definitivamente. Se desplomó cómicamente, como un personaje de dibujos animados, rasgándose una oreja con el alambre. Jonathan observó cómo caía. Bajo la sangre se le dibujaba una sonrisa burlona. Aquella sonrisa suya que valía para tantos propósitos. ¿No era ésa la sonrisa con la que encandilaba a las mujeres? ¿La misma sonrisa con que les hablaba de lascivia y amor? Ahora, por fin, la utilizaba para lo que estaba hecha: era la sonrisa boquiabierta del salvaje satisfecho con el pie sobre su presa, una piedra en una mano y su virilidad en la otra.

A medida que recuperaba el juicio se le fue borrando aquella sonrisa.

—¡Jesucristo! —dijo, y de su abdomen le subió por el cuerpo una oleada de repulsión. Pude ver claramente cómo se le contraían las tripas en un ataque de náuseas que le obligó a agachar la cabeza, y devolvió sobre el césped la ginebra y las torrijas a medio digerir.

No me moví. No quería confortarle, calmarle, consolarle. Sencillamente no podía hacer nada por él.

Me di la vuelta.

—Frankie —dijo, con la garganta atorada de bilis.

No fui capaz de volverme para mirarle. No se podía hacer nada por la oveja, estaba muerta y bien muerta; lo único que yo quería era huir del pequeño cerco de piedras y borrar de mi cabeza aquella imagen.

—Frankie.

Empecé a caminar tan rápido como podía por un terreno tan escabroso, bajando hacia la playa y tratando de volver a la relativa cordura del *Emmanuelle*.

El olor era ahora más intenso. Me llegaba a la cara desde el suelo en oleadas inmundas.

Horrible isla. Vil, apestosa, enloquecida isla.

Lo único que sentía era odio mientras bajaba dando traspies por entre la hierba y las inmundicias. El *Emmanuelle* ya no estaba lejos.

Entonces se oyó un repiqueteo de guijarros, como antes. Me detuve balanceándome insegura sobre el lomo de una piedra lisa y miré a la izquierda, donde un guijarro cayó rodando hasta detenerse. Cuando se paró, otro guijarro más grande, de unos veinte centímetros de ancho, pareció salir espontáneamente de su lugar de descanso y bajó rodando hacia la playa, golpeando a sus vecinas y desencadenando un nuevo éxodo en dirección al mar. Fruncié el entrecejo: y me zumbó la cabeza.

¿Es que había algún tipo de animal –un cangrejo quizá– bajo la playa, moviendo las piedras? ¿O era que de alguna manera el calor les insuflaba vida?

Otra vez: una piedra más grande...

Seguí andando mientras detrás de mi continuaban el repiqueteo y el traqueteo. Una pequeña cascada seguía de cerca a la anterior formando una percusión casi sin fisuras.

Inexplicablemente, sin motivo real, empecé a tener miedo.

Angela y Ray estaban tomando el sol en la cubierta del *Emmanuelle*.

–Otro par de horas y podremos empezar a levantar el culo de esta puta –dijo él, bizqueando al mirarme.

Al principio pensé que se refería a Angela, pero luego me di cuenta de que estaba hablando de sacar el barco a flote.

–Mientras tanto podemos tomar el sol –dijo, dedicándome una sonrisa poco convencida.

–Sí.

Angela o estaba dormida o me ignoraba. Fuera por lo que fuese me venía de perlas.

Me dejé caer pesadamente sobre la cubierta a los pies de Ray y dejé que el sol me empapara. Las motas de sangre que tenía en la piel se habían secado, como pequeñas costras. Me las arranqué distraídamente y escuché el ruido de las piedras y el chapoteo del mar.

Detrás de mí alguien pasaba hojas. Miré a mi alrededor. Ray, que era incapaz de permanecer quieto demasiado tiempo, tamborileaba en un libro sobre las Hébridas que se había traído de la biblioteca de casa.

Mi madre siempre decía que mirar directamente al sol hacía un agujero en el fondo de los ojos, pero el sol estaba allá arriba, caliente y vivo, y yo quise mirarlo de frente. Tenía un escalofrío dentro de mí –no sé de dónde venía–, un escalofrío en la tripa y entre las piernas que no desaparecía. Quizá tendría que disiparlo mirando al sol.

Divisé a Jonathan por la playa, bajando de puntillas hacia el mar. Desde esa distancia la mezcla de sangre y piel blanca le daba el aspecto de un monstruo moteado. Se había quitado sus pantalones cortos y estaba acuclillado en la orilla lavándose los restos de la oveja.

Luego oí la voz tranquila de Ray:

–¡Oh Dios! –dijo, quitándole importancia de tal manera que adiviné que las noticias no podían ser muy buenas.

–¿Qué ocurre?

–He descubierto dónde estamos.

–Bien.

–No, nada de bien.

–¿Por qué? ¿Qué pasa? –Me incorporé, volviéndome hacia él.

–Está aquí, en el libro. Hay un párrafo sobre este lugar.

Angela abrió un ojo.

–¿Y bien? –dijo.

–No es solamente una isla. Es un túmulo mortuorio.

El escalofrío de entre mis piernas se avivó, se hizo inmenso.

El sol no quemaba lo suficiente como para llegarme tan profundamente, justo donde más caliente debería estar.

Aparté la mirada de Ray y la dirigí de nuevo a la playa. Jonathan seguía lavándose, echándose agua por el pecho. Las sombras de las piedras parecieron de repente más negras y densas, con los filos clavados en las caras vueltas de...

Al ver que miraba en su dirección, Jonathan me hizo señas con la mano.

–Podía ser que hubiera cadáveres bajo aquellas piedras? ¿Enterrados cara al sol como los turistas en una playa de Blackpool?

El mundo es monocromo. Sol y sombra. Los lomos de las piedras blancos y sus vientres negros. La vida por encima, la muerte por debajo.

–¿Un cementerio? –dijo Angela–. ¿Qué tipo de cementerio?

–De muertos de guerra –contestó Ray.

Y Angela:

–¿A qué te refieres, a los vikingos o algo parecido?

–De la primera y la segunda guerra mundial. Soldados de buques de transporte torpedeados, marinos naufragados. Arrastrados hasta aquí por la Corriente del Golfo; por lo visto, la corriente hace

un embudo al pasar por los estrechos y los deposita en las playas de las islas que hay por estos contornos.

—¿Los deposita? —dijo Angela.

—Eso es lo que dice.

—Eso sería antes.

—Estoy seguro de que aún queda enterrado aquí algún que otro pescador —replicó Ray.

Jonathan se había levantado, limpio de sangre, y oteaba el mar. Con la mano haciendo visera sobre sus ojos miraba el agua azul grisácea, y seguía su mirada como antes había seguido su dedo. Unos cien metros más allá, la foca, o ballena, o lo que fuera, había regresado y estaba tendida sobre el agua. A veces, cuando se volvía, levantaba una aleta, como el brazo de un nadador haciendo señas.

—¿Cuánta gente fue enterrada? —preguntó Angela, con indiferencia. Parecía dejarla impasible el hecho de que estuvieron sentados en una sepultura.

—A cientos probablemente.

—¿Cientos?

—En el libro sólo dice «muchos muertos».

—¿Y los pusieron en ataúdes?

—¿Cómo voy a saberlo?

¿Qué otra cosa podía ser este túmulo, abandonado de la mano de Dios, sino un cementerio? Miré la isla con nuevos ojos, acababa de reconocerla como lo que era. Ahora sí tenía una razón para despreciar esa joroba, con su sórdida playa y ese olor a melocotones.

—Me pregunto si los enterraron por toda la isla —reflexionó Angela— o sólo en la cumbre de la colina donde encontramos las ovejas. Es probable que sólo en la cumbre, fuera del alcance del agua.

Sí, bastante ración de agua habían tenido ya: sus pobres caras verdes comidas por los peces, sus uniformes putrefactos, sus placas de identificación incrustadas de algas. ¡Qué muertes!; y lo que era peor, ¡qué viajes después de la muerte!, en brigadas de cadáveres, por la Corriente del Golfo hasta este varadero desolado. Imaginé los cuerpos de los soldados, sometidos a todos los caprichos de la marea, llevados de acá para allá, encenegados en inmensas olas, hasta que fortuitamente un miembro se enganchaba en una roca, y entonces el mar dejaba de poseerlos. Descubiertos tras cada ola que retrocedía; saturados de agua y convertidos en salmuera gelatinosa, escupidos por el mar para apestar un tiempo y ser descarnados por las gaviotas.

Tuve un repentino, un mórbido deseo de pasear por la playa otra vez, provista de esta nueva información, y darles patadas a los guijarros para desenterrar algún que otro hueso.

Al tiempo que tomaba forma esta idea, mi cuerpo decidió por mí. Ya estaba de pie: bajaba del *Emmanuelle*.

—¿Adónde vas? —dijo Angela.

—Jonathan —murmuré, y planté un pie en el túmulo.

El hedor se explicaba mejor ahora: era el olor de los muertos. Quizá todavía eran enterrados aquí hombres ahogados, como Ray había sugerido, encajados bajo el montón de piedras. El imprudente deportista náutico, el nadador insensato, con los rostros borrados por la erosión del agua.

A mis pies, las moscas de la playa se habían vuelto menos perezosas: en vez de dejarse matar saltaban y zumbaban a mi paso, con un nuevo entusiasmo por la vida.

A Jonathan no se le veía. Sus pantalones todavía estaban sobre las piedras, en la orilla del agua, pero él había desaparecido. Miré hacia el mar; nada: ninguna cabeza meciéndose en el agua, ni recostándose, ni haciendo señal alguna.

Grité su nombre.

Mi voz pareció excitar a las moscas, que se levantaron en nubes furiosas. Jonathan no respondía.

Empecé a caminar por el borde del mar; de vez en cuando alguna ola ociosa alcanzaba mis pies. Me di cuenta de que no había hablado de la oveja muerta a Angela y a Ray. Quizás ése fuera un secreto entre los cuatro: Jonathan, yo misma y las dos supervivientes del redil.

Entonces lo vi pocos metros delante de mí: con su amplio pecho blanco y limpio, sin ninguna mancha de sangre. O sea que es un secreto, pensé.

—¿Dónde has estado? —le grité.

—Aireándola —replicó.

—¿El qué?

—Demasiada ginebra —me sonrió.

Le devolví la sonrisa espontáneamente: en la cocina había dicho que me amaba; eso contaba algo.

Detrás de él, el traqueteo de las piedras brincando. Lo tenía a menos de diez metros,

impúdicamente desnudo; sus andares eran sobrios.

De pronto, el traqueteo de las piedras pareció rítmico. Había dejado de ser una serie azarosa de notas al chocar un guijarro contra otro... era un latido, una sucesión de sonidos repetidos, acompañados, tic-tap.

Accidente, no: intención.

Casualidad, no: resolución.

Piedra, no: pensamiento. Tras las piedras, con las piedras, llevando piedras.

Jonathan, ya muy próximo, estaba brillante. Al sol su piel casi resplandecía, resaltada por un fondo tan oscuro.

Pero...

...¿tan oscuro?

La piedra subió al cielo como un pájaro, desafiando la gravedad. Una piedra negra y lisa, desgajada de la tierra. Era del tamaño de un bebé, un bebé silbante que crecía tras la cabeza de Jonathan y bajaba hacia él brillando.

La playa había estado poniendo a tono sus músculos, lanzando pequeños guijarros al mar, fortaleciendo su voluntad para arrancar ese canto del suelo y lanzarlo sobre Jonathan.

Crecía detrás de él, con intención asesina, pero de mi garganta no pudo salir ningún sonido digno de mi miedo.

¿Estaba sordo? Le volvió a asomar su sonrisa franca; debió pensar que el horror de mi cara era una mofa por su desnudez. No había entendido...

La piedra le desgajó la parte superior de la cabeza desde la mitad de la nariz (todavía tenía la sonrisa en la boca, con la lengua ensangrentada), y lanzó el resto de su belleza hacia mí en una nube de polvo mojado y rojo. La parte superior de su cabeza estaba plasmada en la piedra, con la expresión intacta, cayendo en picado hacia mí. Estuve a punto de caerme; me pasó por delante chillando. Una vez estuvo sobre el agua, la asesina pareció perder la voluntad y titubeó en el aire antes de zambullirse entre las olas.

A mis pies, sangre. Un reguero conducía a donde yacía el cuerpo de Jonathan, con la parte abierta de su cabeza hacia mí y la maquinaria al descubierto, para que el cielo la viera.

No había empezado a gritar, aunque por el bien de mi salud mental tuviera que desahogar el terror que me estaba asfixiando. Necesitaba que alguien me oyera, me sostuviera, me sacara de allí y me lo explicara todo antes de que los guijarros saltarines recuperasen otra vez su ritmo. O lo que es peor, antes de que las mentes de debajo de la playa, insatisfechas con un asesinato por delegación, levantaran las piedras de sus tumbas y se irguieran para besarme personalmente.

Pero el grito no había de llegar.

Lo único que oía era el repiqueteo de las piedras a derecha e izquierda. Tenían la intención de matarnos a todos por haber invadido su sagrado suelo. Muertos a pedradas, como herejes.

Y entonces, una voz.

—¡Por el amor de Dios...!

Una voz de hombre, pero no la de Ray.

Parecía haber surgido del aire. En la orilla del mar había un hombre bajo y corpulento, con un cubo en una mano y bajo el brazo un fardo de heno cortado toscamente. Comida para las ovejas, deduje del revoltijo de palabras a medias que farfulló. Me miró, luego al cuerpo de Jonathan, con sus viejos ojos desencajados.

—¿Qué ha pasado? —dijo. Tenía un fuerte acento gaélico—. ¡En el nombre de Cristo! ¿Qué ha pasado?

Sacudí la cabeza. Parecía despegada de mi cuello como si fuera a desprenderse. Quizá señalé en dirección a las ovejas, quizás no. No sé por qué razón, pero parecía saber lo que yo estaba pensando, y empezó a subir por la playa hacia la corona de la isla, soltando cubo y fardo según subía.

Medio cegada por la confusión, lo seguí: pero antes de llegar a los cantos, él ya estaba fuera de su sombra, con la cara repentinamente crispada por el pánico.

—¿Quién hizo eso?

—Jonathan —respondí. Señalé con una mano el cadáver sin atreverme a volver la vista. El hombre juró en gaélico y salió tropezando del abrigo de los cantos.

—¿Qué habéis hecho? —vociferó—. ¡Cristo!, ¿qué habéis hecho matando sus ofrendas?

—Son sólo ovejas —dije. El momento de la decapitación de Jonathan se me representaba una y otra vez, como un tiovivo sangriento.

—Ellos lo exigen, ¿no lo ve? De lo contrario, se levantan...

—¿Quién se levanta? —dije, conociendo la respuesta. Recordaba las piedras móviles.

—Todos ellos. Fueron repudiados sin luto ni duelo. Pero tienen dentro el mar, en sus cabezas.

Supe de qué estaba hablando; de repente todo estaba muy claro. Los muertos estaban aquí, como ya sabíamos. Pero tenían dentro el ritmo del mar, y no se iban a quedar tumbados. Para aplacarlos estaban encerradas en el redil esas ovejas, como ofrenda a sus voluntades.

¿Se comían los muertos la carne de las ovejas? No; no era comida lo que querían. Era el gesto de reconocimiento... así de simple.

—Ahogados —decía—, todos ahogados.

Entonces volvió a comenzar el repiqueo familiar; un repiqueo que creció sin previo aviso hasta convertirse en un estruendo ensordecedor, como si la playa entera estuviera desplazándose.

Y, bajo esa cacofonía, había otros tres sonidos: el ruido del agua, de los chillidos y de una destrucción en masa.

Me volví para ver una ola de piedras volando en el otro lado de la isla...

De nuevo los terribles chillidos, arrancados de un cuerpo al que estaban golpeando y despedazando.

Provenían del *Emmanuelle*. De Ray. Eché a correr en dirección al barco; la playa se rizaba bajo mis pies. Detrás de mí oí las botas del alimentador de ovejas resonando sobre las piedras. Conforme corríamos, el ruido de la agresión aumentaba de volumen. Las piedras danzaban en el aire como gordos pájaros, tapando el sol, antes de lanzarse en picado sobre un blanco desconocido. Quizá el barco. Quizás la carne misma.

Los atormentados chillidos de Angela habían cesado.

Di la vuelta a la cabeza de la playa, unos pocos pasos por delante del alimentador, y el *Emmanuelle* apareció ante mí. El barco y sus contenidos humanos estaban fuera de cualquier esperanza de salvación. La nave era bombardeada por incessantes alineaciones de piedras, de todos los tamaños y formas; el casco quedó aplastado, las ventanas, el mástil y la cubierta, hechos añicos. Angela yacía extendida sobre los restos de la cubierta, más que obviamente muerta. El furor del pedrisco, sin embargo, no se había aplacado. Las piedras martillaban un toque de retreta en la estructura que quedaba del casco y sacudían el bullo sin vida de Angela, empujándolo arriba y abajo como si la estuviera atravesando una corriente.

A Ray no se le veía por ninguna parte.

Entonces grité: y por un momento pareció haber una tregua en el estruendo, un breve respiro en el ataque. Luego empezó otra vez: una oleada tras otra de guijarros y rocas levantándose de la playa y lanzándose contra sus blancos insensibles. No se quedarían satisfechos, al parecer, hasta que el *Emmanuelle* quedara reducido a restos y desechos flotantes, y el cuerpo de Angela estuviera convertido en pedacitos tan pequeños que le cupieran a un camarón en el paladar.

El alimentador agarró mi brazo en un apretón tan fiero que la sangre no me llegaba a la mano.

—Vámonos —dijo. Oí su voz, pero no hice nada. Estaba esperando a que apareciera la cara de Ray o a oír su voz gritando mi nombre. Pero no ocurrió nada: tan sólo el bombardeo de las piedras. Él estaba muerto en algún lugar de las ruinas del barco, reducido a añicos...

Ahora el alimentador me arrastraba; lo seguí de espaldas a la playa.

—El bote —decía—, podemos subir en mi bote.

La idea de escapar resultaba ridícula. La isla nos tenía en su lomo; no éramos más que objetos en su mano.

Pero yo seguía, resbalando y deslizándome por las rocas mojadas, abriendo surcos en la jungla de algas, por el camino por el que habíamos venido.

En el otro lado de la isla estaba su pobre esperanza de vida. Un bote de remos, arrastrado por el guijarral: una insignificante cáscara de nuez como bote. ¿Saldríamos a la mar en aquello?

Me arrastró, sin yo ofrecerle resistencia, hacia nuestra liberación. A cada paso estaba más claro que la playa se levantaría de repente y nos lapidaría. Formaría una pared, incluso una torre, en cuanto diéramos un solo paso hacia la salvación. Podría jugar a lo que quisiera, absolutamente a cualquier juego. Aunque quizás a los muertos no les gustan los juegos. Tienen algo de apuesta, y los muertos ya la han perdido. Quizá los muertos sólo actúen con la árida certeza de los matemáticos. Casi tuvo que tirarme dentro del bote y comenzó a empujarlo para ponerlo a flote. No se levantó ninguna pared de piedras para evitar nuestra huida. No apareció ninguna torre, ningún pedrisco exterminador. Incluso el ataque al *Emmanuelle* había cesado.

¿Se hablan saciado con las tres víctimas? ¿O era que la presencia del alimentador, un inocente, un sirviente de estos muertos, me protegía de sus rabietas?

El bote de remos se había alejado de la playa de guijarros. Nos balanceábamos ligeramente sobre el lomo de algunas lánguidas olas hasta que llegamos a una profundidad suficiente para remar, y

entonces nos apartamos de la costa y mi salvador, sentado frente a mí, se puso a remar con todas sus fuerzas, con un rocío de sudor fresco en la frente que se multiplicaba a cada golpe de remo.

La playa se quedaba atrás; nos estaban dejando libres. El alimentador pareció relajarse un poco. Miró la basura del fondo del bote. Respiró profundamente una media docena de veces y luego me miró con la cara consumida, desprovista de expresión.

—Esto tenía que acabar por suceder... —dijo con voz baja y grave—. Alguien tenía que echar a perder nuestro modo de vida.

El ir y venir de los remos, hacia adelante y hacia atrás, era casi soporífero. Yo quería dormir, arrebujarme en el alquitranado sobre el que estaba sentada, y olvidar. Detrás de nosotros, la playa ya era una línea lejana.

No podía ver el *Emmanuelle*.

—¿Adónde vamos? —dije.

—De vuelta a Tiree —respondió—. Ya veremos allí qué hay que hacer. Encontraremos algún modo de reparar la ofensa; de ayudarlos a que vuelvan a dormir profundamente.

—¿Se comen a las ovejas?

—¿Para qué les sirve la comida a los muertos? No, no tienen ninguna necesidad de carne de oveja. Consideran a las bestias como un gesto de rememoración.

Rememoración.

Asentí.

—Es nuestra manera de llorarlos...

Dejó de remar, con el corazón demasiado cansado para acabar su explicación y demasiado exhausto para hacer nada que no fuera dejar que la marea nos llevara a casa. Hubo un momento de silencio.

Entonces empezaron los arañazos.

Un sonido de ratón tan sólo, un escarbar en el fondo del bote como las uñas de un hombre haciéndoles cosquillas a las tablas para que le dejaran entrar. No de un solo hombre: de muchos. El sonido de sus súplicas, el blando rastillar de cutículas podridas contra la madera, se multiplicó.

En el bote, no nos movíamos, no hablábamos, no nos lo creímos. Ni cuando vimos lo peor creímos lo peor.

Una salpicadura a estribor; me volví y lo vi venir hacia mí, rígido en el agua, como un mascarón de proa sostenido por titiriteros invisibles. Era Ray; con el cuerpo cubierto de contusiones y tajos mortales: apedreado hasta la muerte y luego traído, como una alegre mascota, como una prueba de poder, para aterrorizarnos. Era como si estuviera paseando por el agua, con los pies apenas cubiertos por el oleaje y los brazos colgándole fláccidos a los lados mientras lo arrastraban hacia el bote. Le miré la cara: la tenía lacerada, destrozada. Con un ojo cerrado y el otro aplastado y fuera de su órbita.

A dos metros del bote, los titiriteros dejaron que se hundiera en el mar, en el que desapareció entre un remolino de agua rosa.

—¿Tu compañero? —dijo el alimentador.

Asentí. Debía haber caído al mar desde la popa del *Emmanuelle*. Ahora era como ellos; un hombre ahogado. Ellos ya lo habían reclamado para que les sirviera de juguete. Así que después de todo les gustaba jugar; lo sacaron de la playa como niños en busca de un compañero de juego, ansiosos de que se una a la pelea.

Los arañazos habían cesado. El cuerpo de Ray había desaparecido por completo. Del prístino mar no salía ningún murmullo, sólo el chapoteo de las olas contra las tablas del bote.

Tiré de los remos...

—¡Reme! —le grité al alimentador—. Reme o nos mataran.

Parecía resignado a sufrir el castigo que tuvieran planeado para nosotros. Negó con la cabeza y escupió al agua. Bajo su flema algo se movió en las profundidades, formas desvaídas giraban y hacían acrobacias demasiado abajo para que pudieran verse claramente. Entonces vi que subían hacia la superficie, hacia nosotros, que sus caras corrompidas por el mar se definían más a cada brazada, con los brazos tendidos para abrazarnos.

Un banco de cadáveres. Muertos a docenas, pelados por los cangrejos y picados por los peces, la carne que les quedaba apenas prendida a los huesos.

El bote empezó a mecerse suavemente cuando sus manos lo alcanzaron.

El alimentador no perdió en ningún momento su expresión resignada, aunque el bote empezó a balancearse adelante y atrás; al principio dulcemente, y luego con tanta violencia que acabamos zarandeados como muñecas. Querían hacernos volcar, y la cosa no tenía remedio. Poco después volcó el bote.

El agua estaba helada; mucho más fría de lo que había previsto, cortaba la respiración. Yo siempre había sido una buena nadadora. Comencé a alejarme del bote con brazadas firmes, surcando las claras aguas. El alimentador tuvo menos suerte. Como muchos hombres que viven en el mar, por lo visto no sabía nadar. Se hundió como una piedra, sin llantos ni plegarias.

¿Qué esperanzas me quedaban? ¿Que tuvieran bastante con cuatro y me dejaran encontrar una corriente que me pusiera a salvo? Cualquier esperanza de escapar tenía poco futuro.

Sentí un suave, un suavísimo roce en los tobillos y los pies, casi una caricia. Algo asomó un instante a la superficie junto a mi cabeza. Entreví una espalda gris como la de un pez inmenso. El contacto en mi tobillo se hizo apretón. Una mano pulposa, reblandecida por la mucha agua, se había apoderado de mí, e inexorablemente empezó a reclamarme en nombre del mar. Aspiré la que sabía mi última bocanada de aire y, al hacerlo, vi la cabeza de Ray balanceándose a un metro de mí. Vi sus heridas con minuciosidad clínica: el agua había limpiado los cortes, que eran feos colgajos de tejido blanco; por detrás de ellos se vislumbraba algún destello del hueso. La marca ya le había arrancado el ojo que le colgaba; el pelo, aplastado contra el cráneo, ya no podía disimular la calva de su coronilla.

El agua me cubrió la cabeza. Tenía los ojos abiertos, y vi cómo la bocanada de aire que tanto trabajo me había costado se me escapaba de la boca en un desfilar de burbujas plateadas. Ray estaba a mi lado consolándome, atento. Sus brazos le flotaban sobre la cabeza como si estuviera rindiéndose. La presión del agua le deformaba la cara, hinchándole los carrillos y sacándole de la cuenca de su ojo vacío hebras de nervios truncados, como los tentáculos de un diminuto calamar.

Me abandoné. Abrí la boca y la sentí llenarse de agua fría. La sal me escocía las pituitarias, el frío me daba punzadas detrás de los ojos. Sentí que la salmuera me abrasaba la garganta, y una bocanada de agua me llegó hasta donde no debe llegar el agua... absorbiendo el aire de mis tubos y cavidades, hasta que me saturó el organismo.

Por debajo de mí, dos cadáveres, con los cabellos mecidos suavemente por la corriente, se me abrazaron a las piernas. Las cabezas les bailoteaban sobre los hilachos podridos de los músculos del cuello y, aunque yo les daba zarpazos en las manos y su carne se desprendía del hueso en tiras de encaje gris, no aflojaban su amoroso estrechamiento. Me querían, ¡oh Dios!, con cuanta ternura me querían.

Ray también me agarraba, envolviéndome, apretando su cara contra la mía. Supongo que ese gesto no tenía ninguna intención. Él no podía saber, ni sentir, ni amar, ni preocuparse. Y yo, perdiendo la vida por momentos, sucumbiendo por completo al mar, ya no podía disfrutar de esa intimidad que tanto había anhelado.

Demasiado tarde para el amor; la luz del sol ya no era más que un recuerdo. ¿Era que el mundo estaba desapareciendo –oscureciéndose por los bordes a medida que yo me iba muriendo–, o era que ahora estábamos a tanta profundidad que el sol no podía llegar tan hondo? El pánico y el terror me habían abandonado –mi corazón parecía no palpitarse–, el aire no entraba ni salía en espasmos angustiados como antes. Me invadía una especie de serenidad.

Ahora la presión de mis compañeros se relajó y la gentil marea jugó conmigo a su antojo. Un saqueo del cuerpo: una devastación de piel, músculo, tripa, ojo, seno, lengua, cerebro.

El tiempo no tiene cabida aquí. Puede que los días sean semanas, no lo sé. Las quillas de los barcos se deslizan sobre nosotros y, si levantamos casualmente la vista de nuestras austeras moradas rocosas, los vemos pasar. Algun dedo anillado vagando por el agua, algún golpe de remo que ya no puede salpicarnos surcando nuestro cielo, algún que otro gusano pendiente de un sedal. Señales de vida.

Quizás en el momento mismo de mi muerte, quizás un año más tarde, la corriente olfatee mi roca y se apiade de mí. Me liberará de las anémonas y me dejará a merced de la marea. Ray está conmigo. También le ha llegado su turno. La marca ya ha cambiado; es un viaje sin retorno.

La marea nos arrastra incansablemente –a veces flotando como abombadas plataformas para las gaviotas, a veces medio sumergidos y mordisqueados por los peces–, nos arrastra hacia la isla. Reconocemos las oleadas furibundas del guijarral y oímos, sin oídos, el traqueteo de las piedras.

Hace tiempo que el mar ha rebañado su plato, ha limpiado las sobras: Angela, el *Emmanuel* y Jonathan han desaparecido. Sólo nosotros, los ahogados, pertenecemos a este lugar, cabeza arriba, bajo las piedras, aplacados por el ritmo de minúsculas olas y la absurda incomprendición de las ovejas.

RESTOS HUMANOS

Unos oficios se practican mejor de día; otros, de noche. Gavin era un profesional de esta última categoría. En invierno, en verano, reclinado contra una pared o apoyado contra una puerta, con la luciérnaga de un cigarrillo colgando de los labios, vendía lo que le sudaba bajo los vaqueros a todos los postores.

A veces a viudas desconsoladas con más dinero que amor, que lo alquilaban para una semana de encuentros ilícitos, besos amargos e insistentes y quizás, si lograban olvidar a sus difuntos compañeros, a un revolcón desapasionado sobre una cama con fragancia de lavanda. En ocasiones a maridos descarridos, ansiosos de un compañero de su mismo sexo y desesperados en busca de una hora de apareamiento con un chico que no les preguntara su nombre.

A Gavin no le importaba demasiado de quién se tratara. La indiferencia era una de las peculiaridades de su forma de entender el negocio, formaba parte incluso de su atractivo. Permitía separarse de él, cuando habían realizado la hazaña e intercambiado el dinero, mucho más fácilmente. Decirle «Ciao», o «Hasta la vista», o nada de nada a una persona a quien no le importabas lo más mínimo era muy sencillo.

Y a Gavin la profesión no le resultaba del todo desagradable en comparación con las demás. Una noche de cada cuatro le proporcionaba incluso un poco de placer físico. En el peor de los casos se convertía en una especie de matadero sexual, lleno de pieles humeantes y ojos apagados. Pero se había acostumbrado a eso con los años.

Reportaba beneficios. Le mantenía de buen humor.

Dormía casi todo el día, acurrucado en un hueco cálido de la cama, momificándose entre las sábanas, con la cabeza cubierta por un revoltijo de brazos para protegerse de la luz. Hacia las tres se levantaba, se afeitaba y duchaba. Luego se pasaba media hora delante del espejo inspeccionándose. Se hacía una meticulosa autocrítica, sin permitir jamás que su peso estuviera un kilo por encima o por debajo del ideal que se había marcado, atento a untarse la piel si la tenía seca o a frotársela si la tenía aceitosa, vigilando que ninguna espinilla le afeara la mejilla. Especial atención prestaba al menor indicio de enfermedad venérea –el único tipo de mal de amores que le aquejó jamás–. De las ladillas ocasionales se libraba rápidamente, pero la gonorrea, que había cogido un par de veces, le tenía fuera de juego tres semanas, y eso resultaba perjudicial para el negocio; de forma que se rastreaba el cuerpo obsesivamente, corriendo a la clínica al primer síntoma de sarpullido.

Pero ocurría raras veces. Al margen de las ladillas, durante la media hora de autocontemplación no tenía nada más que hacer que admirar el cruce de genes que lo había engendrado. Era precioso. La gente se lo decía constantemente. Precioso. Qué cara, oh, qué cara, solían decir estrechándose contra él como si le quisieran hurtar una parte de su encanto.

Por supuesto que había más bellezas disponibles a través de las agencias o en la calle si se sabía dónde buscar. Pero la mayoría de los chapistas tenían caras que, en comparación con la suya, parecían inacabadas. Rostros que parecían los primeros bocetos de un escultor más que un producto redondo: eran bastas, experimentales. En cambio, él sí que estaba acabado, entero. Se había hecho lo mejor que pudo; sólo era cuestión de conservar su perfección.

Una vez acabada la inspección, Gavin se vestía, a veces se contemplaba cinco minutos más y salía a la calle con la mercancía empaquetada, lista para vender.

Últimamente cada día trabajaba menos la calle. Era arriesgado; había que engañar a los representantes de la ley y al psicótico ocasional que quería limpiar Sodoma de indeseables. Si estaba verdaderamente perezoso encontraba a un cliente a través de la agencia Escort, pero siempre se quedaban con una parte sustancial de las ganancias.

Claro que tenía clientes regulares, que recurrián a sus favores un mes sí y otro también. Una viuda de Fort Lauderdale lo alquilaba sistemáticamente en cada uno de sus viajes anuales a Europa; otra mujer cuyo rostro había visto en una prestigiosa revista lo llamaba de vez en cuando, tan sólo para cenar con él y contarle sus problemas conyugales. También estaba un hombre que Gavin llamaba Rover, por su coche, que lo alquilaba cada dos o tres semanas para pasar una noche de besos y confesiones.

Pero las noches en que no tenía cliente fijo se veía obligado a hacer la calle en busca de un ricacho. Era una técnica que dominaba a la perfección. Ninguno de sus colegas utilizaba mejor que él el código de la invitación; la sutil mezcla de incitación y despegue, de seriedad y frivolidad. Ese cambiar el peso de una pierna a otra para presentar la ingle en su mejor ángulo: así. Nunca con demasiado

descaro; nunca como una puta. Sólo despreocupadamente prometedor.

Se jactaba de que de un «bisnes» a otro sólo necesitaba unos pocos minutos, nunca una hora. Si hacía su pequeña representación con su destreza habitual, localizaba a la mujer descontenta o al marido nostálgico, conseguía que le dieran de comer (lo vistieran incluso), le proporcionaran cama y una despedida satisfecha justo antes de que pasara el último metro de la línea Metropolitan para Hammersmith. Ya se habían acabado los años de trabajillos de media hora, tres sesenta y nueve y un polvo por noche. La primera razón es que ya se le habían pasado las ganas, la segunda es que quería subir de rango cuanto antes: pasar de hacer la calle a gigoló, de gigoló a mantenido y de mantenido a marido. Sabía que cualquier día se casaría con una viuda; tal vez con la matrona de Florida. Le había contado que se lo imaginaba tumbado en su piscina de Fort Lauderdale; una fantasía que Gavin procuraba aleistarle. Quizá todavía no se hubiera perfeccionado tanto, pero tarde o temprano le cogería el tranquillo. El problema era que esos capullos ricos requerían muchos cuidados, y era una lástima que tantos murieran cuando estaban a punto de dar frutos.

Pero sería ese año. Sí, seguro, ese año. Tenía que ser ese año. Estaba seguro de que el otoño le depararía una agradable sorpresa.

Mientras tanto contemplaba cómo se hacían más profundas las arrugas que le surcaban la boca, su maravillosa boca («maravillosa», ésa era la palabra), y calculaba las probabilidades de victoria de su suerte contra su edad.

Eran las nueve y cuarto de la noche del 29 de septiembre y hacía frío incluso en la recepción del hotel Imperial. Ese año no había habido veranillo de San Martín que alegrara las calles: el otoño se había apoderado de Londres y estaba dejando vacía la ciudad.

El frío le había calado hasta la muela; esa muela con caries y a punto de caer. Si en vez de remolonear en la cama y dormir una hora más hubiera ido al dentista, ahora ya no le molestaría. Bueno, de todas formas ya era demasiado tarde, iría mañana. Mañana tendría todo el tiempo del mundo. No necesitaba una cita. Le bastaría con sonreír a la recepcionista para que se deshiciera y le buscara un hueco, luego le volvería a sonreír, ella se sonrojaría y él podría ver inmediatamente al dentista, en lugar de esperar dos semanas como los pobres pringados que no tenían caras maravillosas.

Esa noche se tendría que resignar a que le doliera. Sólo le hacía falta un putero aburrido –un marido que le pagara un dineral por recibirla en la boca– y luego se podría retirar a un club de los que abrían toda la noche en el Soho y pensar en sus cosas. Mientras no se topara con un obseso de las confesiones, podía hacer una ronda y haber acabado hacia las diez y media.

Pero ésa no era su noche. Había una cara nueva detrás del mostrador de recepción del Imperial; una cara delgada, cansada, con un peluquín mal plantado (pegado) sobre la calva, que llevaba mirándolo de reojo casi media hora.

El recepcionista de siempre, Madox, era un criptohomosexual a quien Gavin había visto rondando de vez en cuando los bares, un contacto fácil para quien supiera manejar a ese tipo de gente. Madox se deshacía como la cera en manos de Gavin; un par de meses antes había comprado su compañía por una hora con una tarifa muy barata: diplomacia. Pero este nuevo empleado era estricto y malévolos, y conocía el juego de Gavin.

Éste se acercó a la máquina de tabaco, bailando al ritmo del muzack al atravesar la alfombra color castaño. Jodida noche de mierda.

Al darse la vuelta de la máquina, con un paquete de Winston en la mano, se topó con el recepcionista.

–Perdón..., señor. –Hablabía con un acento forzado, no tenía nada de natural. Gavin le devolvió una mirada dulce.

–¿Sí?

–¿Está residiendo en este hotel..., señor?

–En realidad...

–Si no es así, la dirección le agradecería que abandonara el edificio inmediatamente.

–Estoy esperando a una persona.

–¿Ah?

El recepcionista no se lo tragó.

–¿Sería tan amable de darme el nombre de esa persona?...

–No es necesario.

–Déme el nombre –insistió–, y me encantará comprobar que su... contacto... está en el hotel.

El bastardo no daba su brazo a torcer; las cosas se ponían difíciles. Gavin podía escoger entre tomárselo con calma y abandonar la sala de recepción o hacerse el cliente ultrajado y fulminar a aquel hombre con la mirada. Decidió, más por mostrarse desagradable que porque fuera lo mejor que podía hacer, utilizar la segunda táctica.

—No tiene ningún derecho... —empezó a vociferar, sin impresionar al recepcionista.

—Mira, hijito... —dijo—, conozco tu juego, así que no te hagas el presumido conmigo o llamo a la policía. —Había perdido el control de su pronunciación: a cada sílaba revelaba más sus orígenes del sur del río—. Tenemos una clientela selecta, que no quiere tratos con tipos como tú, ¿comprendes?

—Cabrón —dijo Gavin, con mucha calma.

—Bueno, es un chupapollas quien me lo dice, ¿no es cierto?

Touché.

—Bueno, hijito, ¿quieres largarte de aquí por tus propios medios o prefieres que te saquen esposado los tipos de azul?

Gavin utilizó su último triunfo.

—¿Dónde está el señor Madox? Quiero ver al señor Madox: él me conoce.

—Seguro que sí —dijo el recepcionista con un bufido—. Sin duda. Lo despidieron por comportamiento indecente... —Estaba recuperando su pronunciación afectada—. O sea que, en tu lugar, yo no iría citando su nombre. ¿De acuerdo? En marcha.

Con la mano firme y levantada, el recepcionista dio un paso atrás como un torero citando al toro.

—La dirección le agradece su visita. No vuelva a llamarnos, por favor.

Juego, set y partido para el tipo del peluquín. Qué diantre; había más hoteles, más salas de recepción, más recepcionistas. No tenía por qué soportar tanta mierda.

Al empujar la puerta le dirigió un sonriente «volveremos a vernos» por encima del hombro. A lo mejor así le provocaba sudores fríos cualquier noche de éas cuando, de vuelta a casa, oyera detrás de él los pasos de un hombre joven. Era una satisfacción mínima, pero menos da una piedra.

La puerta se cerró suavemente, dejando a Gavin fuera y preservando el calor de dentro. Hacía frío, bastante más frío que cuando entró en la sala de recepción. Caía una ligera llovizna que amenazaba con empeorar mientras se apresuraba a ir por Park Lane hacia South Kensington. En High Street había un par de hoteles en que se podría refugiar un rato; si no le salía nada tendría que admitir su derrota.

Los coches doblaban por el Hyde Park Corner y aceleraban, brillantes y decididos, encaminándose hacia Knightsbridge o Victoria. Se vio plantado en medio de la isla de cemento, entre el ir y venir de los automóviles, con las yemas de los dedos metidas en los vaqueros (eran demasiado ajustados para que le entrara algo más en los bolsillos), solitario y desconsolado.

Le anegó una ola de tristeza de la que no se creía capaz. Tenía veinticuatro años y cinco meses. Llevaba haciendo la calle con algunas interrupciones desde que tenía diecisiete, prometiéndose encontrar a una viuda casamentera (la pensión del gigoló) o una ocupación legítima antes de llegar a los veinticinco.

Pero el tiempo pasaba y ninguna de sus ambiciones se convertía en realidad. Iba perdiendo energías y consiguiendo patas de gallo.

El tráfico seguía circulando en relucientes mareas, señalizando tal o cual orden con las luces; coches llenos de gente con jerarquías que trepar y angustias que domeñar, y su paso lo iba alejando de tierra firme, de la seguridad. Todos querían llegar a su destino cuanto antes.

Él no era lo que había soñado ser ni lo que se había prometido en secreto.

Y ya no era joven.

¿Adónde podía ir ahora? En el piso se sentiría como entre rejas, aunque fumara un poco de hierba para agrandar los límites de su cuarto. Esa noche quería o, más bien, necesitaba estar con alguien. Sólo para contemplar su propia belleza en los ojos ajenos. Que le dijeran cuán perfecto y proporcionado era, que lo mimaran, le dieran de cenar y le adularan como si fuera estúpido, aunque fuera el hermano rico y feo de Quasimodo quien se lo dijera. Necesitaba una dosis de cariño.

El ligue resultó tan sencillo que casi le hizo olvidar el episodio de la sala de recepción del Imperial. Era un tipo de unos cincuenta y cinco años y pudiente: zapatos Gucci, un abrigo con mucha clase. En una palabra: calidad.

Gavin estaba junto a la puerta de un pequeño cinestudio, mirando de reojo las fotos de la película de Truffaut que echaban, cuando notó que alguien lo estaba mirando. Le devolvió la mirada, convencido de que había un ligue en perspectiva. La franqueza de su mirada pareció poner nervioso al

putero; se alejó; luego pareció cambiar de idea, murmuró algo para su colecto y volvió sobre sus pasos, demostrando una manifiesta falta de interés por el programa de películas. Obviamente, el juego no le resultaba demasiado familiar, pensó Gavin; era un novato.

Gavin sacó un Winston despreocupadamente y lo encendió. El fulgor de la llama que salió de sus manos en forma de bocina le doró los pómulos. Lo había hecho unas mil veces y otras tantas delante del espejo para complacerse. Luego levantaba la vista de la llamita: siempre surtía efecto. Esta vez, cuando se encontró con los nerviosos ojos del putero, éste no desvió la mirada.

Dio una calada, apagó la cerilla y la dejó caer. No había conseguido un ligue parecido en varios meses, pero le gustó comprobar que no había perdido la forma. El reconocimiento inequívoco de un cliente potencial, la oferta implícita de labios y ojos, que podía justificarse como amabilidad natural en caso de haber cometido un error.

En todo caso, éste no era un error, se trataba de un auténtico negocio. El hombre no le sacaba los ojos de encima, estaba tan prendado de él que le debía doler. Tenía la boca abierta, como si no hubiera sido siquiera capaz de presentarse. No tenía un rostro despampanante, pero tampoco nada de feo. Se había bronceado demasiado a menudo y demasiado rápido: quizás hubiera vivido en el extranjero. Daba por sentado que era inglés, lo que justificaría sus evasivas.

Contra su costumbre, Gavin dio el primer paso.

—¿Le gustan las películas francesas?

Al putero pareció encantarle que rompiera el silencio que se había establecido entre ambos.

—Sí —dijo.

—¿Va a entrar?

El tipo torció el gesto.

—No...no... creo que no.

—Hace un poco de frío.

—Sí.

—Un poco de frío para estar aquí de pie, quiero decir.

—Oh... sí.

El putero mordió el anzuelo.

—A lo mejor... ¿le apetece una copa?

Gavin sonrió.

—Claro, ¿cómo no?

—Mi piso no cae demasiado lejos.

—Claro.

—Me estaba amuermando un poco en casa.

—Conozco esa sensación.

Ahora fue el hombre quien sonrió.

—¿Se llama...?

—Gavin.

El hombre tendió la mano envuelta en un guante de cuero. Muy formal, muy de hombre de negocios. El apretón fue seco, ya no quedaba rastro de las vacilaciones iniciales.

—Yo soy Kenneth —dijo—, Ken Reynolds.

—Ken.

—¿Nos vamos de aquí?

—Perfecto.

—Vivo a un paso.

Al abrir Reynolds la puerta de su apartamento los recibió una vaharada de aire viciado, de calefacción central. La subida de los tres pisos había dejado a Gavin sin resuello, pero Reynolds no necesitó detenerse. Tal vez fuera un fanático de la salud. ¿Profesión? Algo en el centro. El apretón de manos, los guantes de cuero. Tal vez fuera de la administración pública.

—Entra, entra.

Había dinero en la atmósfera. El pelo de la alfombra era exuberante, amortiguaba sus pasos. El pasillo estaba prácticamente desnudo: un calendario colgaba de una pared, había una mesilla con un teléfono y una agenda, un perchero.

—Hace más calor aquí dentro.

Reynolds se quitó el abrigo encogiendo los hombros y lo colgó en el perchero. Se dejó los guantes puestos y acompañó a Gavin hasta un amplio salón.

—Quítate la chaqueta —dijo.

—Oh... claro.

Gavin se la quitó y Reynolds se fue con ella por el pasillo. Al volver se venía quitando los guantes; con las manos sudorosas le costaba trabajo. El tipo seguía nervioso, hasta en su propio terreno. Normalmente solían calmarse en cuanto se sentían seguros detrás de cerraduras. Éste no: era todo un catálogo de fuguillas.

—¿Te puedo traer algo de beber?

—Sí; estaría bien.

—¿Qué veneno prefieres?

—Vodka.

—Sí. ¿Con algo?

—Un chorrito de agua.

—Eres un purista, ¿no?

Gavin no captó la insinuación.

—Sí —contestó.

—Eres un hombre de los que me gustan. Perdona un segundo, voy a por hielo.

—No te preocupes.

Reynolds puso los guantes sobre una silla que había junto a la puerta y dejó a Gavin solo en la habitación. Como en el pasillo, hacía un calor casi asfixiante, pero no había nada acogedor ni hogareño en él. Fuera cual fuese su profesión, Ken era un coleccionista. La habitación estaba inundada de antigüedades dispuestas sobre la pared y alineadas en estanterías. Había pocos muebles, y los que había desentonaban: las sillas de formica no se correspondían con un piso tan caro. Tal vez fuera un catedrático de la universidad o el director de un museo, algo académico. Ése no era el salón de un corredor de Bolsa.

Gavin no sabía nada de arte y aún menos de historia, así que los adornos no le decían gran cosa, pero les echó otra mirada, sólo para demostrar buena voluntad. El tipo le preguntaría qué le parecía todo eso. Las estanterías eran de lo más soso. Trozos y fragmentos de cerámica y de esculturas: ninguna pieza entera, tan sólo pedazos. En algunos se apreciaba un poco de diseño, aunque el tiempo había borrado los colores casi por completo. En las esculturas se reconocían partes del cuerpo humano: un resto de torso, de un pie (con los cinco dedos donde les correspondía), una cara que estaba casi desfigurada, que ya no era de hombre ni de mujer. Gavin reprimió un bostezo. El calor, las exposiciones y la idea de sexo lo aletargaban.

Concentró su escaso interés en las piezas colgadas de la pared. Eran más llamativas que las de los estantes, pero todavía más incompletas. No comprendía que a nadie le gustara estudiar esas reliquias; ¿qué tenían de fascinante? Los bajorrelieves dispuestos sobre la pared estaban agujereados y erosionados, de forma que las figuras parecían leprosos, y las inscripciones en latín estaban prácticamente borradas. No había nada hermoso en ellas: estaban demasiado gastadas para ser bonitas. Le hacían sentirse sucio, como si su estado fuera contagioso.

Sólo una de las piezas expuestas le llamó la atención: una lápida sepulcral, o eso le pareció a él, que era más grande que las tallas restantes y estaba ligeramente en mejores condiciones. Un hombre a caballo con una espada se inclinaba sobre su enemigo decapitado. Debajo de esa escena había una inscripción en latín. El caballo había perdido las patas delanteras y las columnas que encuadraban la talla habían desaparecido casi por completo: por lo demás la escena tenía sentido. Había incluso algo de personalidad en el rostro cincelado toscamente: tenía una nariz larga, una boca grande; era un individuo, no un arquetipo.

Gavin fue a tocar la inscripción, pero retiró la mano al oír entrar a Reynolds.

—No, tócalo, por favor —dijo su anfitrión—. Está ahí para halagar los sentidos. Tócalo.

Ahora que le invitaban a tocar la inscripción se le habían pasado las ganas. Se sintió molesto; sorprendido con las manos en la masa.

—Vamos —insistió Reynolds.

Gavin tocó la inscripción. Piedra fría, arenosa al tacto.

—Es romana —dijo Ken.

—¿Una lápida?

—Sí. La encontré cerca de Newcastle.

—¿Quién era el personaje?

—Se llamaba Flavinus. Era el portaestandarte del regimiento.

Lo que Gavin tomó por un espada era, si se miraba más detenidamente, una bandera. Acababa en un dibujo casi borrado: a lo mejor una abeja, una flor o una rueda.

—¿Así que eres arqueólogo?

—Forma parte de mi trabajo. Busco emplazamientos, a veces vigilo excavaciones; pero casi todo el tiempo resto hallazgos.

—¿Como éste?

—La Inglaterra romana es mi obsesión personal.

Se quitó las gafas y se acercó a las baldas cargadas de cerámica.

—Estos son objetos que he reunido con los años. Nunca he conseguido superar la pasión de tener en la mano cosas que llevaban siglos sin ver la luz del día. Es como sumergirse en la historia. ¿Me comprendes?

—Sí.

Reynolds cogió un fragmento de cerámica de una estantería.

—Naturalmente, las colecciones importantes se hacen con los mejores hallazgos. Pero con un poco de astucia consigues quedarte con algunas piezas. Los romanos ejercieron una influencia increíble. Fueron ingenieros civiles, constructores de carreteras, de puentes...

Ken soltó una risotada ante su propia explosión de entusiasmo.

—Demonios —dijo—, Reynolds se ha puesto de nuevo a dar conferencias. Lo siento. Me dejó llevar.

Colocó de nuevo el trozo de cerámica sobre la estantería, se puso las gafas y empezó a servir las bebidas. Dándole la espalda a Gavin, se atrevió a preguntarle:

—¿Eres caro?

Éste vaciló. El nerviosismo de Ken resultaba enternecedor y el brusco cambio de conversación —de los romanos al precio de un sesenta y nueve— le dejó perplejo.

—Depende —contestó, dándole coba.

—Ah... —dijo el otro, que seguía ocupado con los vasos—, ¿te refieres a la naturaleza exacta de... el servicio?

—Sí.

—Es natural.

Se volvió y le tendió un generoso vaso de vodka. Sin hielo.

—No te pediré demasiado —dijo.

—No resulto barato.

—Estoy convencido —trató de sonreír Reynolds, pero la sonrisa le bailoteó en los labios—, y estoy dispuesto a pagarte bien. ¿Te podrás quedar toda la noche?

—¿Quieres?

Reynolds frunció el entrecejo mirando el vaso.

—Supongo que sí.

—Entonces, sí.

El estado de ánimo del anfitrión cambió de repente: la indecisión se vio reemplazada por cierta seguridad.

—Salud —dijo, entrechocando su vaso lleno de whisky contra el de Gavin—. Por el amor, la vida, y todo lo que merezca la pena comprar.

La observación de doble filo no pasó inadvertida a Gavin; era obvio que Ken tenía serios escrúpulos acerca de lo que estaba haciendo.

—Bebo por eso —contestó, bebiendo un trago de vodka.

Después del primer sorbo, las copas se fueron sucediendo rápidamente, y, hacia el tercer vodka, Gavin se empezó a sentir más achispado que desde hacía mucho tiempo, satisfecho de asistir a la charla de Reynolds sobre excavaciones y las glorias de Roma prestándole un solo oído. Se le iba la cabeza, era una sensación placentera. Obviamente iba a pasar allí la noche, o por lo menos hasta que amaneciera, así que por qué no había de beberse el vodka del putero y disfrutar de la experiencia que se le presentaba. Más tarde, probablemente mucho más tarde a juzgar por las divagaciones de Ken, tendría una sesión de sexo con la torpeza propia del alcohol en un cuarto a oscuras y eso sería todo. Había tenido antes clientes parecidos. Eran solitarios, quizás se encontraban entre dos amoríos, y por lo normal fáciles de complacer. No era sexo lo que compraba ese tío, sino compañía, otro cuerpo con el que compartir un rato su piso; dinero fácil.

Y entonces oyó un ruido.

Al principio creyó que los golpes los tenía dentro de la cabeza, hasta que Reynolds se levantó con la boca crispada. El ambiente de bienestar había desaparecido por completo.

—¿Qué es eso? —preguntó Gavin, levantándose a su vez, aturrido por la bebida.

—No pasa nada —Reynolds hizo que se volviera a sentar—. Quédate aquí.

El ruido se hizo más intenso. Parecía que hubiera un batería dentro del horno tocando mientras se

quemaba.

—Por favor, quédate aquí un momento. No es más que el vecino de arriba.

Reynolds mentía: el alboroto no procedía del piso de arriba. Lo hacia otra persona del piso. Era un golpeteo rítmico que se aceleraba y se detenía y se volvía a acelerar.

—Sírvete una copa —le dijo Reynolds, sonrojado junto a la puerta—. Malditos vecinos...

La llamada, porque eso debía ser, perdía intensidad.

—Sólo un momento —le prometió Reynolds, y cerró la puerta tras él.

Gavin había asistido a escenas desagradables antes de ese día: tipos cuyos amantes aparecían en mal momento; tíos que querían darle una paliza y pagarle por ello. Uno se sintió tan culpable en la habitación de un hotel que lo destrozó todo. Esas cosas pasaban. Pero Reynolds era diferente: no había nada inquietante en él, aunque en el fondo, muy en el fondo de su conciencia, Gavin recordó fríamente que tampoco los otros tipos parecían malos al principio. Maldición. Dejó las dudas de lado. Si le entraba canguelo cada vez que salía con una cara diferente, acabaría por dejar de trabajar de una vez por todas. No le quedaba más remedio que confiar en la suerte y en su instinto, y su instinto le decía que a este tipo no le daban ataques.

Dio un rápido sorbo a su vaso, lo rellenó y se puso a esperar.

El ruido había cesado por completo y le resultó más fácil reconstruir los hechos. A fin de cuentas, quizás no había sido más que el vecino de arriba. Ciertamente no se oía a Reynolds trajinlar por el piso.

Paseó la vista por el cuarto, en busca de algo que lo mantuviera ocupado un rato y su mirada recayó sobre la lápida sepulcral de la pared.

Flavinus el portaestandarte.

Había algo agradable en la idea de tener un retrato, por toscos que fueran, esculpido en piedra y colocado sobre el lugar donde reposan los huesos de uno, aunque con el tiempo un historiador fuera a separar los huesos de la lápida. El padre de Gavin siempre insistió en que lo enterraran. No quería ser incinerado, pues ¿cómo, si no —solía decir—, lo iban a recordar? ¿Quién iba a ir a llorarle a una urna en la pared? La ironía es que aun así nunca fue nadie a su tumba: Gavin sólo fue unas dos veces desde que murió su padre. Una piedra vulgar con un nombre inscrito, una fecha y una frase hecha. Ni siquiera recordaba el año en que murió su padre.

En cambio, sí se recordaba a Flavinus; lo recordaba gente que jamás lo conoció, que no conoció siquiera lo que era la vida en sus tiempos. Gavin se levantó y tocó el nombre del portaestandarte, el burdamente cincelado FLAVINV'S que constituía la segunda palabra de la inscripción.

De repente se escuchó de nuevo el ruido, más frenético que nunca. Gavin apartó la vista de la lápida y miró hacia la puerta, con la ligera esperanza de que Reynolds estuviera junto a ella dispuesto a darle alguna explicación. No había nadie.

—Maldita sea.

El repiqueo continuaba. Alguien, en algún lugar, estaba muy enfadado. Y esta vez no se podía engañar a sí mismo: el batería estaba ahí, en el piso, a pocos metros. Le picaba la curiosidad como si fuera un amante zalamero. Apuró el vaso y salió al pasillo. El ruido cesó en cuanto cerró la puerta detrás de sí.

—¿Ken? —osó decir. La palabra se le murió en los labios.

El pasillo estaba en tinieblas; tan sólo lo iluminaba un rayo de luz que salía del otro extremo. Quizá fuera una puerta abierta. Gavin encontró un interruptor a su derecha, pero no funcionaba.

—¿Ken? —repitió.

Esta vez la pregunta obtuvo respuesta. Un gemido y el ruido de un cuerpo arrastrándose, o arrastrado. ¿Habría sufrido Reynolds un accidente? Dios mío, podía estar tirado, indefenso, a cuatro pasos de Gavin: tenía que ayudarlo. ¿Por qué sus pies se negaban a andar? Tenía el hormigueo en los huevos que siempre le producía la ansiedad de la espera; le recordaba al escondite de su niñez: era la emoción de la persecución. Una sensación casi placentera.

Y, dejando de lado el placer, ¿podía marcharse ahora sin saber qué había sido del putero? Tenía que recorrer el pasillo hasta el final.

La primera puerta estaba entornada; la abrió y descubrió un estudio o habitación atiborrado de libros. Las luces de la calle entraban por la ventana sin cortinas y caían sobre una mesa de despacho desordenada. Ni Reynolds ni agresor. Más confiado después del primer tiento, siguió explorando el pasillo. La puerta siguiente —de la cocina— también estaba abierta. No venía ninguna luz del interior. Las manos de Gavin habían empezado a sudar: pensó en Reynolds tratando de sacarse los guantes que se le quedaban pegados a las manos. ¿De qué había tenido miedo? De algo más que de su ligue: había otra persona en el apartamento, alguien de temperamento violento.

El estómago se le revolvió al descubrir la huella de una mano impresa sobre la puerta: era sangre.

Empujó la puerta, pero no cedía. Había algo detrás de ella. Se deslizo por la abertura y entró en la cocina. Un cubo de basura por vaciar o un contenedor de vegetales descuidado llenaban el aire de malos olores Gavin acarició la pared buscando el interruptor y el tubo de fluorescente se iluminó espasmódicamente.

Por detrás de la puerta asomaban los Gucci de Reynolds. Gavin la corrió y Ken salió rodando de su escondite. Estaba claro que se había acurrucado detrás de la puerta en busca de refugio; había algo del animal herido en su cuerpo doblado. Se estremeció al tocarlo Gavin.

—No pasa nada... soy yo. —Gavin levantó una mano ensangrentada del cuerpo de Reynolds. Un espeso chorro le recorría la cara desde la sien hasta la barbilla y otro, paralelo al anterior pero no tan espeso, le cruzaba la mitad de la frente y la nariz, como si le hubiera raspado una horca de dos dientes.

Reynolds abrió los ojos. Descubrió a Gavin al punto y dijo:

—Vete.

—Estás herido.

—Por el amor de Dios, vete. Rápido. He cambiado de idea... ¿Comprendes?

—Llamaré a la policía.

Ken prácticamente le escupió:

—Lárgate inmediatamente de aquí, ¿quieres? ¡Maldito putón!

Gavin se levantó y trató de comprender lo que estaba ocurriendo. El tipo estaba sufriendo y eso le volvía agresivo. Haz caso omiso de los insultos y ve a buscar algo con que tapar la herida. Eso era. Tapa la herida y luego deja que el tipo se las arregle solo. Si no quería saber nada de la policía era asunto suyo. Probablemente no quería tener que explicar la presencia de un efebo en aquel horno crematorio.

—Deja que vaya a buscar una tiritita...

Gavin volvió al pasillo.

Detrás de la puerta de la cocina Reynolds le decía que no, pero el putón no le oyó. No habrían cambiado las cosas de haberlo oído. Para él, «no» era una incitación.

Reynolds apoyó la espalda contra la puerta de la cocina y trató de levantarse utilizando el pomo de apoyo. Pero la cabeza le daba vueltas: era como un horroroso carrusel girando y girando y en el que cada uno de los caballos fuera más espantoso que el anterior. Las piernas se le doblaron y cayó al suelo como el idiota senil que era.

Mierda. Mierda. Mierda,

Gavin oyó la caída de Reynolds, pero estaba demasiado ocupado armándose para volver a entrar en la cocina. Si el intruso que había atacado a Ken seguía en el piso, quería estar preparado para defenderse. Rebuscó entre los informes de la mesa del despacho y descubrió un abrepuertas junto a un montón de correspondencia por abrir. Dando gracias a Dios por el hallazgo, se apoderó de él. Era ligero y la hoja fina y quebradiza, pero bien clavado debía de ser letal.

Volvió al pasillo con el corazón más ligero y se detuvo un momento para planear sus movimientos. Lo primero era localizar el cuarto de baño, con suerte podría encontrar una tiritita para Reynolds. Bastaría con una toalla limpia. A lo mejor así podría despabilizar al tipo, incluso obligarle a que le diera alguna explicación.

Detrás de la cocina, el pasillo describía una curva cerrada hacia la izquierda. Gavin dobló la esquina y se encontró con la puerta entornada. Dentro había una luz encendida: el agua se reflejaba sobre los baldosines. Era el cuarto de baño.

Asegurándose la mano derecha que sujetaba el abrepuertas, Gavin se acercó a la puerta. Tenía los músculos de los brazos rígidos de miedo: ¿le serviría eso de ayuda en caso de que tuviera que asestar un navajazo?, pensó. Se sentía inepto, sin gracia, ligeramente estúpido.

Había sangre en la jamba de la puerta, la marca de una mano que era sin lugar a dudas de Reynolds. Ahí había ocurrido todo: Reynolds extendería una mano para no caerse ante la embestida del asaltante. Si el agresor seguía en el piso tenía que estar ahí. No había ningún escondite más en la casa.

Más tarde, si es que había «más tarde», probablemente analizaría la situación y le parecería idiota por su parte haber abierto la puerta de una patada, haber provocado el enfrentamiento. Pero meditaba sobre la estupidez de la acción mientras la llevaba a cabo, abriendo la puerta con suavidad por encima de baldosas encharcadas de sangre. En cualquier momento surgiría una figura con un gancho por mano, desafiándolo a gritos.

No. No ocurrió nada de eso. El asaltante no estaba dentro, y si no estaba dentro es que no estaba en el piso.

Gavin exhaló un suspiro largo y lento. El cuchillo se le aflojó en la mano; ya no iba a usarlo. Ahora, a pesar del sudor, de su terror, se sentía defraudado. La vida le había vuelto a fallar, el destino se había burlado de él y le había dejado con una fregona en la mano en lugar de una medalla. Todo lo que podía hacer era jugar a la enfermera con el viejo y seguir su camino.

El cuarto de baño estaba decorado en tonos de color lima: la sangre y las baldosas conjuntaban perfectamente. La transparente cortina de la ducha, luciendo estilizados peces y plantas marinas, estaba parcialmente corrida. Tenía el aspecto de un asesinato de película: no resultaba del todo creíble. La sangre era demasiado brillante, la luz demasiado mate.

Gavin dejó caer el cuchillo en el lavabo y abrió el armario cubierto de espejos. Estaba bien provisto de enjuagues bucales, complejos vitamínicos y tubos de dentífrico desechados, pero la única medicina que había era una lata de Elastoplast. Al cerrar la puerta del armario se encontró con el reflejo de sus propios rasgos, los rasgos de una cara fatigada. Abrió el grifo de agua fría; un chapuzón disiparía el vodka y devolvería algo de color a sus mejillas.

Mientras recogía el agua con ambas manos oyó ruido a su espalda. Se irguió con el corazón sobresaltado y cerró el grifo. El agua le resbaló por la barbilla y las cejas y borbotó al desaparecer por la tubería de salida.

El cuchillo seguía en la pila; le bastaría con alargar el brazo. El ruido procedía de la bañera, de dentro de la bañera; era el chapoteo inofensivo del agua.

La inquietud le había inyectado mucha adrenalina y percibía los detalles con una precisión nueva. El aroma penetrante del jabón con olor a limón, el brillo del angelote turquesa que revoloteaba por las algas marinas sobre la cortina de la ducha, las gotitas frías sobre el rostro, el calor que sentía en la cabeza: no eran más que experiencias repentinamente, detalles que le habían pasado inadvertidos hasta ese momento, demasiado perezoso como estaba para ver, oler y sentir hasta el límite de sus posibilidades.

Estás en un mundo real, le decía su cabeza (fue toda una revelación) y, si no te andas con ojo, vas a morir aquí.

¿Por qué no había mirado la bañera? Gilipollas. ¿Por qué la descuidó?

—¿Quién hay? —preguntó, con la ridícula esperanza de que Reynolds tuviera una nutria bañándose tranquilamente. Ridícula esperanza. Había sangre, por el amor de Dios.

Apartó la vista del espejo cuando remitió el chapoteo —¡hazlo!, ¡hazlo!— y corrió la cortina gracias a sus arandelas de plástico. En su prisa por desvelar el misterio olvidó el cuchillo en la pila. Ya era demasiado tarde: los angelotes turquesas bailoteaban frenéticamente y él contemplaba el agua.

Había mucha, llegaba hasta unos tres centímetros del borde de la bañera, y estaba oscura. Una escoria marrón subía en espirales hasta la superficie y despedía un olor levemente animal, como de pelos de perro mojados. Nada salía a la superficie del agua.

Gavin se inclinó aún más, intentando discernir la forma que había en el fondo, y vio su propio reflejo flotando entre la escoria. Se agachó un poco más, incapaz de comprender la relación de los diferentes volúmenes que había entre el limo, hasta que reconoció los toscos dedos de una mano y comprendió que estaba mirando una forma humana doblada sobre sí misma como un feto, absolutamente inmóvil dentro del agua mugrienta.

Pasó la mano sobre la superficie para disparar el cieno, su reflejo se rompió en pedazos y el ocupante de la bañera se hizo visible. Era una estatua, esculpida en forma de figura durmiente, con el detalle de que la cabeza, en lugar de reposar de lado, estaba doblada para mirar a través del velo de sedimentos a la superficie del agua. Tenía los ojos abiertos como dos toscas burbujas sobre un rostro mal cincelado; la boca era una raja y las orejas parecían ridículas asas de una cabeza calva. Estaba desnudo: su anatomía era tan imperfecta como sus rasgos: era obra de un aprendiz de escultor. La pintura se deshacía en algunos lugares, quizás por la acción del agua, y se le desprendía del torso en desconchones grises y circulares. Debajo, se discernía un corazón de madera oscura.

No había nada que infundiera miedo en la estatua. Era un *objet d'art* en una bañera, sumergido en el agua para que se le borrara una capa de pintura de brocha gorda. El chapoteo que había escuchado mientras se refrescaba no había sido más que burbujas que soltaba la pieza, causadas por una reacción química. Ya estaba: todo explicado. No había motivo para que a nadie le entrara pánico. «Me mantiene el corazón vivo», como solía decir el camarero del Ambassador cuando salía a escena una nueva belleza.

Gavin se sonrió ante la ironía del símil: éste no tenía nada de Adonis.

—Olvida que lo has visto.

Reynolds estaba junto a la puerta. La herida, restañada por un asqueroso jirón de pañuelo apretado contra la cara, había dejado de sangrar. La luz que reflejaban las baldosas daba color de bilis

a su cara: su lividez habría asustado a un cadáver.

—¿Te encuentras bien? No lo parece.

—Me pondré bien... tú límítate a marcharte, por favor.

—¿Qué ha ocurrido?

—Resbalé. Había un poco de agua en el suelo y resbalé, eso es todo.

—Pero el ruido...

Gavin volvió a mirar la bañera. Había algo en la estatua que lo fascinaba. Tal vez su desnudez y ese despojarse por segunda vez de la ropa debajo del agua: el último *striptease*: fuera la piel.

—Vecinos, sólo eso.

—¿Qué es esto? —preguntó Gavin, sin dejar de contemplar la cara de muñeca que se veía en el agua.

—Nada que te importe.

—¿Por qué está enroscado de esa manera? ¿Se estaba resecando?

Gavin volvió a mirar a Reynolds para leer la respuesta en su cara, grabada con la más amarga de las sonrisas.

—Querrás dinero.

—No.

—¡Maldito seas! ¿Estás trabajando, no? Hay billetes al lado de la cama; coge lo que creas que te has ganado por haber perdido el tiempo... —Lo estaba tasando con la mirada— ... y por tu silencio.

Otra vez la estatua: Gavin no podía apartar los ojos de ella, de su tosquedad. Su propia cara, perpleja, flotaba sobre la piel del agua, ridiculizando la obra del artista por su falta de proporciones.

—No te extrañes —dijo Reynolds.

—No puedo evitarlo.

—No es nada que te importe.

—Lo robaste... ¿no es cierto? Vale una fortuna y lo has robado.

Reynolds meditó la pregunta y pareció finalmente demasiado cansado como para empezar a mentir.

—Sí. Lo robé.

—Y esta noche ha vuelto alguien a por él.

Reynolds se encogió de hombros.

—... ¿no es eso? ¿No ha vuelto alguien a por él?

—Eso es. Lo robé... —Reynolds repetía el papel de memoria— ... y esta noche ha vuelto alguien a por él.

—Es todo lo que quería saber.

—No vuelvas por aquí, Gavin como-quiera-que-te-llames. Y no intentes hacerte el listillo, porque me habré ido.

—¿Quieres decir que no te chantajee? —replicó Gavin—, no soy un ladrón.

La mirada escrutadora de Reynolds se tiñó de desprecio.

—Seas o no ladrón, sé agradecido. Si puedes tener un sentimiento parecido. —Reynolds se apartó para ceder el paso a Gavin. Este no se movió.

—Agradecido por qué? —preguntó. Estaba ligeramente enfadado; se sentía, de una manera absurda, rechazado, como si le estuvieran endosando una verdad a medias porque no fuera capaz de compartir un secreto.

A Reynolds ya no le quedaban fuerzas para más explicaciones. Estaba desplomado contra el marco de la puerta, exhausto.

—Vete —dijo.

Gavin asintió y dejó al tipo junto a la puerta. Cuando salió al pasillo la estatua debió soltar un desconchón de pintura. Oyó cómo emergía del agua, un chapoteo en el borde de la bañera y vio mentalmente cómo las olas enturbianan la estatua.

—Buenas noches —dijo Reynolds como despedida.

Gavin no le replicó, como tampoco cogió dinero antes de salir. Que se quedara con sus lápidas y sus secretos.

Camino de la puerta principal entró en el salón para recoger su chaqueta. La cara de Flavinus el portaestandarte le miraba desde la pared. Debía haber sido un héroe, pensó Gavin. Sólo se podía honrar de esa manera a un héroe. Él no tendría esas pompas; ningún retrato en piedra daría testimonio de su paso por este mundo.

Cerró la puerta principal detrás de él, consciente de que le volvía a doler el diente, y, al cerrarla, el ruido volvió a escucharse, el golpeteo de un puño contra una pared.

Peor aún, la furia desencadenada de un corazón recién despertado.

El día siguiente el dolor de muelas era atroz y fue a media mañana al dentista con la esperanza de conseguir que la auxiliar le diera una cita inmediata. Pero su encanto había perdido muchos enteros y sus ojos no relucían tan vivamente como de costumbre. Le dijo que tendría que esperar al viernes siguiente, a no ser que fuera una emergencia. Él le replicó que lo era; ella dijo que no. Iba a ser un mal día: un diente dolorido, una auxiliar de dentista lesbiana, charcos helados, mujeres cotilleando en todas las esquinas, niños feos, cielo feo.

Ése fue el día en que empezó la persecución.

A Gavin le habían perseguido antes los admiradores, pero nunca de una manera tan sutil, tan subrepticia. Había tenido a gente detrás de él durante días, de un bar a otro, de una calle a otra, con una sumisión tan perruna que le enervaba. Ver la misma cara de tristeza noche tras noche, haciendo acopio de valor para invitarle a una copa, ofrecerle un reloj, cocaína, una semana en Túnez, cualquier cosa. Execraba esa adoración pegajosa que se cortaba tan rápido como la leche y pestaba a bobaliconería. Uno de sus admiradores más ardientes –un actor nombrado «sir», le había dicho–, nunca se le acercaba, sólo le seguía y le seguía, mirando y mirando. Al principio le había adulado tanta atención, pero el placer pronto se volvió irritación, y al final acorraló al tipo en un bar y le amenazó con partirla la cabeza. Estaba tan jodido aquella noche, tan mareado de que todo el mundo lo devorara con la mirada que habría dejado malparado a aquel lamentable tipo si no se hubiera dado el bote. Nunca lo volvió a ver; supuso que se habría ido a casa y se habría ahorcado.

Pero esta persecución no era tan notoria, ni mucho menos; apenas si era algo más que una sensación. No tenía ninguna prueba irrefutable de que alguien le pisara los talones, tan sólo la molesta sospecha, cada vez que echaba una ojeada por encima del hombro, de que alguien se refugiaba en las sombras o de que en un callejón lóbrego un paseante andaba a su mismo ritmo, reproduciendo todos los chasquidos de sus tacones, todas las vacilaciones de su andar. Era algo semejante a una paranoíta, pero él no era un paranoico. Si fuera un paranoico, se decía, ya se lo habría dicho alguien.

Además, ocurrían cosas extrañas. Una mañana la arpía que vivía en el rellano del piso de abajo le preguntó distraídamente quién era su visitante: el tipo estrafalario que entró a altas horas de la noche y estuvo sentado en las escaleras varias horas contemplando su habitación. No había tenido visita y no conocía a nadie que se ajustara a la descripción.

Otro día, en un calle concurrencia, salió de entre la multitud para meterse en el portal de una tienda vacía a encender un cigarrillo y, mientras lo hacia, le llamó la atención un reflejo, distorsionado por la suciedad del cristal. La cerilla le quemó el dedo. Miró hacia abajo al dejarla caer y cuando volvió a levantar la vista el gentío se había tragado a su espía como un océano hambriento.

Era una sensación verdaderamente desagradable: pero aún había de depararle muchas sorpresas.

Gavin no había hablado jamás con Preetorius, aunque intercambiaban algún gesto de vez en cuando en la calle y ambos se interesaran por el otro en compañía de amistades comunes como si fueran caros amigos. Preetorius era negro, tendría entre cuarenta y cinco años y la edad idónea para hacer de fiambre, un proxeneta que se vanagloriaba de ser descendiente de Napoleón. Llevaba dirigiendo un negocio de mujeres y tres o cuatro muchachos durante casi una década y ganaba bastante dinero. Cuando empezó a trabajar, a Gavin le recomendaron encarecidamente que buscara la protección de Preetorius, pero siempre había sido demasiado independiente como para recurrir a una ayuda de ese tipo. Como consecuencia de ello, Preetorius y su clan nunca le habían visto con buenos ojos. Sin embargo, en cuanto se convirtió en personaje habitual del mundillo nadie puso en duda su derecho de ser su propio jefe. Se decía incluso que Preetorius confesaba sentir cierta admiración por la codicia de Gavin.

Con admiración o sin ella, el día en que Preetorius rompió el silencio y se dirigió a Gavin debía estar helando en el infierno.

–Blanco.

Serían las once, y Gavin acababa de salir de un bar de St. Martin's Lane y se encaminaba hacia un club del Covent Garden. La calle todavía estaba concurrencia: entre los espectadores de cine y de teatro había clientes potenciales, pero no tenía ganas de ligar esa noche. Llevaba cien billetes en el bolsillo, ganados el día anterior y que no se había molestado en meter en el banco. De sobra para darse una vuelta.

Lo primero que se le ocurrió al ver a Preetorius y sus pecosos secuaces cerrarle el paso fue que querían su dinero.

—Blanco.

Pero luego reconoció la cara inexpresiva y brillante de Preetorius: no era un ladrón callejero, nunca lo había sido y nunca lo sería.

—Blanco, tengo algo que decirte.

Preetorius se sacó una nuez del bolsillo, la partió con la palma de la mano y se la metió en su amplia boca.

—No te importa, ¿verdad?

—¿Quéquieres?

—Lo que te he dicho, contarte algo. No es demasiado pedir, ¿no es cierto?

—De acuerdo. ¿Qué?

—Aquí no.

Gavin ponderó la cohorte de Preetorius. No eran gorilas, ése no era el estilo del negro, pero tampoco criaturitas de cuarenta y cinco kilos. El espectáculo no parecía en conjunto demasiado alentador.

—Gracias, pero no me interesa. —Gavin empezó a dar rápidas zancadas para alejarse del trío. Ellos lo seguían. Deseó con toda su alma que no lo hicieran, pero lo siguieron. Preetorius le habló por la espalda.

—Escucha. He oído malas cosas de ti.

—¿Ah, sí?

—Me temo que sí. Me han dicho que has atacado a uno de mis muchachos.

Gavin dio seis pasos antes de contestar.

—Yo no he sido. Te has equivocado de hombre.

—Te reconoció, basura. Le has hecho daño de verdad.

—Ya te lo he dicho: yo no he sido.

—Estás chiflado, ¿lo sabías? Tendrían que encerrarte, coño.

Preetorius levantaba la voz. La gente cambiaba de acera para no verse complicados en la pelea que se avecinaba.

Sin pensarlo dos veces, Gavin salió de St. Martin's Lane hacia Long Acre, y se dio cuenta en seguida de que había cometido un error táctico. Había mucha menos gente por ese lado, y le quedaba mucho por andar a través de las calles de Covent Garden antes de poder llegar a otro centro de actividad. Tendría que haber girado a la derecha en lugar de a la izquierda; así habría llegado a Charing Cross Road, donde se habría encontrado más seguro. Maldita sea, no podía darse la vuelta y tropezarse con ellos ahora. Todo lo que podía hacer era andar (y no correr; nunca se debía correr con un perro loco en los talones) con la esperanza de mantener una conversación lo más sosegada posible.

Preetorius:

—Me has costado mucho dinero.

—No comprendo...

—Has dejado a uno de mis mejores muchachos fuera de servicio. Va a pasar mucho tiempo antes de que pueda volver a poner al chaval en la calle. Está acojonado, ¿comprendes?

—Mira... Yo no le he hecho nada a nadie.

—¿Por qué coño me mientes, basura? ¿Qué te he hecho yo para que me trates así?

Preetorius alargó el paso y se puso a la altura de Gavin, dejando a sus socios detrás.

—Mira... —le susurró—, comprendo que chavales como él puedan resultar tentadores. Es normal. Lo puedo entender. Si me pones a un bombón en el plato yo no voy a hacerle ascos. Pero le hiciste daño: y cuando alguien pega a uno de mis chicos, yo también sangro.

—Si hubiera hecho eso, como dices, ¿crees que habría salido a la calle?

—No debes estar en tus cabales. No estamos hablando de un par de magulladuras, tío. Lo que digo es que te duchaste con la sangre de ese chaval, eso es lo que digo. Lo colgaste y le cortaste todo el cuerpo, y luego lo dejaste en mi escalera con un jodido par de calcetines por toda vestimenta, ¿Captas ahora mi mensaje, blanco? ¿Lo captas?

Una rabia genuina se apoderó de Preetorius mientras describía los crímenes que le imputaba, y Gavin no sabía exactamente cómo enfrentarse a ella. Se calló y continuó andando.

—Ese chico te idolatraba, ¿sabes? Pensaba que eras una referencia obligada para todo aspirante a chapista. ¿Qué te parece?

—Mal.

—Tendrías que sentirte aduladísimo, colega, porque eso es todo lo que vas a conseguir en tu puñetera vida.

—Gracias.

—Has hecho una buena carrera. Lástima que se haya acabado.

Gavin sintió plomo en las entrañas: esperaba que Preetorius se contentara con una advertencia: por lo visto no iba a ser así. Estaban ahí para darle una paliza: Dios, le iban a pegar por algo que no había hecho y de lo que ni siquiera había oído hablar.

—Te vamos a sacar de la calle, blanco. Para siempre.

—Yo no he hecho nada.

—El chaval te conocía. Te reconoció aunque llevaras una media en la cabeza. La voz, la ropa: todo coincidía. Afróntalo: te reconoció. Ahora sufre las consecuencias.

—Vete al carajo.

Gavin echó a correr. A los dieciocho años había corrido en distancias cortas en representación de su país: ahora volvía a necesitar aquella velocidad. Detrás de él Preetorius se echó a reír (¡qué divertido!) y dos pares de pies resonaron sobre la acera. Estaban cerca, cada vez más cerca, y Gavin estaba en un estado de forma pésimo. A los doce metros le dolían los muslos y los vaqueros eran demasiado ceñidos para correr con comodidad. La persecución estaba perdida antes de comenzar.

—Nadie te ha dicho que te fueras —se mofó el mentecato blanco, agarrándolo por el bíceps con sus dedos picados.

—Bonito intento —Preetorius se acercaba lentamente y sonriendo hacia los sabuesos y la liebre jadeante. Le hizo una señal casi imperceptible al otro mentecato.

—¿Christian? —preguntó.

Ante la invitación, Christian le pegó un puñetazo a Gavin en los riñones. El golpe le hizo retorcerse y escupir amenazas.

Christian dijo:

—Ahí.

Preetorius le pidió que se diera prisa, y de repente lo estaban arrastrando fuera de la vista, a un pasadizo. Se le desgarraron la camisa y la chaqueta, sus caros zapatos se llenaron de barro, antes de que lo levantaran gruñendo. El pasadizo estaba oscuro y los ojos de Preetorius danzaban, desencajados, delante de él.

—Aquí estamos otra vez —dijo—. Todos contentos.

—Yo... no lo he tocado —boqueó Gavin.

El secuaz sin nombre, No-Christian, le atizó un puñetazo en mitad del pecho que lo tiró contra la pared opuesta del pasadizo. El tacón se deslizó en el barro y por mucho que trató de mantenerse derecho, las piernas se le habían vuelto de gelatina, igual que su ego: no era momento de hacerse el valiente. Suplicaría, se arrodillaría y les lamería la planta de los pies si era necesario, cualquier cosa con tal de que no se cebaran con él. Cualquier cosa con tal de que no le marcaran la cara.

Ése era el pasatiempo favorito de Preetorius, o eso se decía en la calle: marcar a las bellezas. Tenía una habilidad especial, podía dejar a alguien tullido sin esperanza de curación con sólo tres cuchilladas, y hacer que la víctima se guardara sus propios labios como recuerdo.

Gavin trastabilló y cayó golpeando el suelo húmedo con las palmas de las manos. Algo tan suave como si estuviera podrido se le desprendió de la piel y le goteó por las manos.

No-Christian cruzó una risita con Preetorius.

—¿No está delicioso? —dijo.

Preetorius estaba mascando una nuez.

—Me parece... —señaló— ...que por fin ha descubierto cuál es su lugar en la vida.

—Yo no lo toqué —suplicó Gavin. Sólo podía negarlo y volverlo a negar, aunque fuera una causa perdida.

—La mierda te llega hasta el cuello —dijo No-Christian.

—Por favor

—Me gustaría de veras acabar con esto lo antes posible —dijo Preetorius, echando una ojeada a su reloj—, tengo que resolver unos asuntos, complacer a cierta gente.

Gavin levantó la mirada y contempló a sus torturadores. La calle iluminada por faroles de sodio estaba a una escapada de veinticinco metros, si lograba superar el cordón de cuerpos que lo rodeaban.

—Deja que te arregle la cara un poco. No será más que un pequeño atentado a la belleza.

Preetorius tenía una navaja en la mano. No-Christian se había sacado del bolsillo una cuerda que acababa en una pelota. La pelota se mete dentro de la boca, la cuerda alrededor del cuello: nadie

gritaba si su vida dependía de ello. Ese era el procedimiento.

¡Ya!

Gavin salió de su postura servil como un esprínter de la línea de salida, pero tenía los tacones enfangados y perdió el equilibrio. En lugar de escapar hacia la calle dio unos cuantos tumbos y se estrelló contra Christian, que se cayó al suelo.

Hubo un forcejeo desesperado hasta que se interpuso Preetorius, agarró a la basura blanca y la levantó, ensuciándose las manos.

—Esto no tiene remedio, cabrón —dijo, clavándole la punta de la hoja en la barbilla, justo en la zona en que más sobresale el hueso, y empezando el tajo sin pensárselo dos veces. Dibujó el contorno de la mandíbula, demasiado excitado para preocuparse por amordazarlo.

Al sentir que la sangre le caía a borbotones, Gavin aulló, pero sus gritos fueron atajados por unos dedos regordetes que le cogieron la lengua y se la sujetaron con firmeza.

Las sienes le empezaron a latir y vio cómo en su conciencia se iba abriendo ventana tras ventana, que a medida que se abrían lo iban sumiendo paulatinamente en la inconsciencia.

Mejor morir. Mejor morir.

Le iban a destrozar la cara: mejor sería que lo mataran.

Luego escuchó un nuevo grito, sólo que esta vez no estaba seguro de que fuera suyo. Intentó reconocer la voz pese al torrente que le anegaba los oídos, y comprendió que quien gritaba no era sino Preetorius.

Le soltaron la lengua, vomitó espontáneamente y se apartó dando tumbos de un embrollo de seres que forcejeaban delante de él. Una o varias personas desconocidas habían impedido que completaran la ruina de su rostro. Un cuerpo, boca arriba, estaba tirado en el suelo. No-Christian, con los ojos abiertos y la vida truncada. Dios santo: alguien había matado para él. *Para él.*

Se palpó el rostro cautelosamente para calibrar la herida. Tenía un profundo tajo desde la mitad de la barbilla hasta unos tres centímetros de la oreja. Era mal lugar, pero Preetorius, el escrupuloso Preetorius, había dejado los placeres refinados para el postre y fue interrumpido antes de tener ocasiones de rajarle las fosas nasales o de arrancarle los labios. Una cicatriz a lo largo de la mandíbula no le favorecería, pero no era desastrosa.

Alguien salió trastabillando de la *mélée*... era Preetorius, con lágrimas en la cara y los ojos como pelotas de golf.

Detrás de él Christian, con los brazos colgando, se alejaba dando tumbos hacia la calle.

Preetorius no le seguía, ¿por qué?

Abrió la boca; un elástico hilo de saliva, engastado con perlas, le pendía del labio inferior.

—Ayúdame —le imploró, como si Gavin tuviera algún poder sobre su vida. Se levantó una mano inmensa en el aire para acabar con el eco de la súplica, pero fue el otro brazo el que asestó el golpe, levantándose por encima del hombro y clavando un arma, una hoja desnuda, en la boca del negro. Éste gorgojeó un momento, como si la garganta quisiera acoplarse al filo y el tamaño del cuchillo, antes de que el agresor se lo hundiera en la cabeza y lo sacara, sujetando el cuello de Preetorius para que no se moviera. La cara de asombro se le abrió por la mitad y del interior de su cuerpo brotó una ola de calor que envolvió a Gavin.

El arma cayó sobre el suelo del pasadizo con un estertor metálico. Gavin la miró. Una pequeña navaja de hoja grande.

Volvío la mirada hacia el muerto.

Preetorius estaba de pie, sujeto tan sólo por el brazo de su ejecutor. La cabeza hollada cayó hacia adelante, y el asesino interpretó la reverencia como una señal, dejando caer cuidadosamente el cuerpo de su víctima a los pies de Gavin. Sin que lo tapara ya el cadáver, el salvador de Gavin se encontró cara a cara con él.

Reconoció en seguida esos rasgos primitivos: los ojos asombrados y mortecinos, la cuchillada por boca, las orejas como asas de jarrón. Era la estatua de Reynolds. Le sonreía con unos dientes demasiado pequeños para tanta cabeza. Dientes de leche, que todavía no eran de adulto. Sin embargo, su aspecto había mejorado algo, lo apreciaba por entre la penumbra. La frente se había hinchado; la cara estaba más proporcionada en conjunto. No por ello dejaba de ser un monigote pintado, aunque un monigote lleno de pretensiones.

La estatua se inclinó con rigidez y sus articulaciones crujieron sonoramente. La extravagancia de la situación aterró a Gavin. Se inclinaba, maldita sea, sonreía, asesinaba y, sin embargo, no podía estar viva, ¿o sí? Más tarde no creería en lo que había visto, se lo prometió. Más tarde buscaría mil razones para no aceptar la realidad que tenía ante él; lo achacaría todo a su cerebro mal irrigado, a su confusión, a su pánico. De una manera u otra se convencería de no haber presenciado ese fantástico

espectáculo, y sería como si no hubiera ocurrido nada.

Si sobrevivía ante él unos cuantos minutos más.

La visión alargó el brazo y tocó la mandíbula de Gavin con delicadeza, paseando los dedos mal esculpidos por los labios de la herida que le había infligido Preetorius. Un anillo sobre el meñique reflejó la luz: era idéntico al suyo.

—Nos va a salir una cicatriz —dijo.

Gavin reconoció la voz.

—Lo lamento, querido —decía. Estaba hablando con su voz—. Pero podía haber sido peor.

La voz de Gavin. Dios, su voz, su propia voz.

—Sí —dijo, dándole a entender que había adivinado lo que ocurría.

—Yo no —contestó Gavin.

—Sí.

—¿Por qué?

Llevó la mano desde la mandíbula de Gavin a la suya, recorriendo la parte en que debería tener la herida y, a medida que hacía ese movimiento, la piel se iba abriendo y convirtiéndose inmediatamente en cicatriz. No manó nada de sangre, pues no la tenía.

Y, sin embargo, ¿no era su propia frente, sus ojos penetrantes, lo que estaba emulando? ¿No se estaba apropiando de su encantadora boca?

—¿El muchacho? —dijo Gavin, tratando de reconstruir los acontecimientos.

—Oh, el muchacho... —Levantó los ojos, todavía imperfectos, al cielo—. Era una preciosidad. Y cómo rugía.

—¿Te bañaste en su sangre?

—Lo necesito —se arrodilló ante el cuerpo de Preetorius y metió los dedos en la cabeza partida—. Esta sangre es vieja, pero servirá. El chico estaba mejor.

Se embadurnó las mejillas con la sangre de Preetorius como si fuera pintura de guerra. Gavin no pudo disimular el asco que le daba.

—¿Es una pérdida tan grave? —preguntó la efigie.

La respuesta era negativa, naturalmente. La muerte de Preetorius no suponía ninguna pérdida, no suponía ninguna pérdida que un chupapollas drogado hubiera perdido la sangre y la vida porque aquel milagro pintarajeado necesitara alimentar su crecimiento. Todos los días ocurrían cosas peores en algún lugar; horrores inenarrables. Y sin embargo...

—No puedes condenarme —le espetó— porque tú no tengas que hacerlo. Yo también dejaré de hacerlo pronto. Abandonaré esta vida de torturador de niños, porque veré a través de tus ojos, compartiré tu *humanidad*...

Se levantó con movimientos que todavía carecían de flexibilidad.

—Mientras tanto, tendré que comportarme como considere oportuno.

La zona de la mejilla untada con la sangre de Preetorius se estaba volviendo más moldeable, perdía la apariencia de madera pintada.

—Soy una cosa innombrable —dijo—, soy una herida en el costado del mundo. Pero soy al mismo tiempo el extraño a quien rogabas de niño que viniera a recogerte, llamarte hermosura y llevarte desnudo por la calle hasta el paraíso. ¿No es cierto? ¿No es cierto?

¿Cómo conocía los sueños de su infancia? ¿Cómo conocía ese símbolo tan suyo, el deseo de que le sacaran de una calle apestada para llevarle a una casa que era el cielo?

—Porque yo soy tú —dijo como respuesta a la pregunta no formulada—, moldeado a tu imagen y semejanza.

Gavin señaló los cadáveres.

—No puedes ser yo. Yo jamás habría hecho esto.

Parecía poco delicado condenarlo por su intervención, pero no dejaba de ser cierto.

—¿No lo habrías hecho? —dijo el otro—. Pues yo creo que sí.

Gavin recordó las palabras de Preetorius. «Un atentado a la belleza.» Volvió a sentir la navaja clavada en la barbilla, las náuseas, la impotencia. Claro que lo habría hecho, hasta doce veces seguidas, y lo habría considerado de justicia.

Al monstruo no le hacía falta oír su conformidad; era manifiesta.

—Volveré a verte —dijo la cara pintada—. Mientras tanto, yo en tu lugar... —y se echó a reír— ... pondría tierra por medio.

Gavin cerró los ojos al punto, como si dudara de lo que le decía, y luego se dirigió hacia la carretera.

—Por ahí no. ¡Por aquí!

Le indicó una puerta en la pared, oculta casi por completo por bolsas de basura en descomposición. Por ahí había entrado tan sigilosamente y con tanta rapidez.

—Evita las calles principales y desaparece de la vista. Te volveré a encontrar cuando esté listo.

Gavin no esperó ninguna recomendación más. Fuera cual fuese la explicación de los acontecimientos de esa noche, los crímenes ya se habían cometido. No era momento de preguntas.

Se deslizó por la puerta sin volver la vista: pero lo que oyó bastó para revolverle el estómago. El resonar de líquido sobre el suelo, los gemidos de placer del bellaco: todos esos ruidos le permitieron imaginar en qué consistía su aseo personal.

Nada de lo que había ocurrido la noche anterior tenía sentido la mañana siguiente. No comprendía la naturaleza del sueño que había soñado despierto. Tan sólo hubo una serie de hechos consumados.

Frente al espejo, el hecho del tajo en la mandíbula, hinchado y más doloroso que la muela que tenía podrida.

En los periódicos, el informe del hallazgo de dos cuerpos en el área de Covent Garden, dos conocidos criminales habían sido asesinados y descuartizados en lo que la policía describió como «un ajuste de cuentas entre bandas rivales».

En su interior, la clara convicción de que lo encontrarían tarde o temprano. Sin duda alguien lo habría visto con Preetorius e iría con el cuento a la policía. A lo mejor Christian, si es que lo pescaban y le amenazaban con mandamientos judiciales y esposas. En ese caso, ¿qué les podría decir él como respuesta a sus acusaciones? ¿Que el hombre que lo había hecho no tenía nada de hombre, sino que era una especie de efigie que se estaba volviendo poco a poco una réplica de sí mismo? La cuestión no consistía en saber si lo encarcelarían, sino en qué agujero lo meterían, en la prisión o en el frenopáctico.

Oscilando entre la desesperación y el escepticismo, fue a la casa de socorro a que le vieran la cara. Estuvo esperando tres horas y media junto a otros heridos.

El doctor no le hizo demasiado caso. Dijo que no servirían de nada los puntos ahora que ya estaba hecho el daño: podía y debía lavarse y taparse la herida, pero era inevitable que le quedara una cicatriz. «¿Por qué no vino ayer por la noche, en cuanto ocurrió?», le preguntó la enfermera. Él se encogió de hombros: ¿y a ellos qué narices les importaba? La compasión fingida no le valía para nada.

Al doblar la esquina de su calle vio coches delante de su casa, luces azules y a los vecinos arracimados cotilleando con sonrisitas maliciosas. Era demasiado tarde para recuperar nada de su vida anterior. A esas alturas ya se habían hecho con su ropa, sus peines, sus perfumes, sus cartas —y las estarían registrando como monos en busca de piojos—. Sabía lo expeditivos que podían ser esos bastardos cuando les convenía, con cuánta eficacia podían apoderarse de la identidad de un hombre y empaquetarla, tragársela y digerirla: te podían aniquilar con la misma facilidad que un disparo, pero dejarte al mismo tiempo hecho un cero a la izquierda, aunque, eso sí, vivo.

No había nada que hacer. La vida de Gavin estaba en sus manos, podían reírse de ella y salivar con sus actos: incluso podía ser que uno o dos tuvieran una pequeña crisis nerviosa al ver su fotografía y pensar que quizás habían pagado alguna vez por ese joven, una noche de calentura.

Que se quedaran con todo. Allá ellos. De ahora en adelante viviría al margen de la ley, porque las leyes protegen la propiedad y él no tenía ninguna propiedad. Le habían arrebatado todo, o casi todo: no tenía sitio en que vivir ni nada que considerar suyo. Ni siquiera, y eso era lo más extraño, tenía miedo.

Dio la espalda a la calle y a la casa en que había vivido cuatro años sintiendo algo muy parecido al alivio, a la alegría de que le obligaran a dejar una vida tan poco gratificante. Se sentía muy ligero.

Dos horas más tarde y a kilómetros de distancia se tomó el tiempo de registrarse los bolsillos. Llevaba una tarjeta bancaria, casi cien libras sueltas, unas cuantas fotografías, de sus padres y de su hermana, pero sobre todo de sí mismo; un reloj, un anillo y una cadena de oro alrededor del cuello. Podría resultar peligroso utilizar la tarjeta: seguramente ya habrían prevenido al banco. Lo mejor sería empeñar el anillo y la cadena y hacer autoestop hacia el norte. Tenía unos amigos en Aberdeen que lo ocultarían una temporada.

Pero antes que nada, Reynolds.

Le costó una hora encontrar la casa que habitaba Reynolds. Hacía casi veinticuatro horas que no comía y el estómago le empezó a rugir cuando llegó a las mansiones Livingstone. Le ordenó que se comportara y se deslizó en el edificio. A la luz del día el interior parecía mucho menos deslumbrante.

La tela de la alfombra de la escalera estaba desgastada y la pintura de la balastrada mugrienta.

Tomándose su tiempo, subió los tres pisos hasta el apartamento de Reynolds y llamó a la puerta.

Nadie le contestó ni se oyeron ruidos en el interior. Claro que Reynolds le aconsejó que no volviera porque no lo encontraría. ¿Habría previsto las consecuencias de echar a ese ser al mundo?

Gavin volvió a golpear la puerta, y esta vez estaba seguro de que alguien respiraba del otro lado.

—Reynolds... —dijo, empujando la puerta—, te estoy oyendo.

Nadie le contestó, pero dentro había alguien, de eso estaba seguro. Pegó un manotazo a la puerta.

—Vamos, abre. Abre, bastardo.

Un corto silencio y luego una voz amortiguada.

—Vete.

—Quiero hablar contigo.

—Vete, te he dicho, largo. No tengo nada que decirte.

—Me debes una explicación, por el amor de Dios. Si no abres esta maldita puerta, iré a buscar a alguien que lo haga.

Una amenaza vana, pero Reynolds le contestó:

—¡No! Espera. Espera.

Se oyó el ruido de una llave entrando en la cerradura y la puerta se entreabrió unos centímetros. Detrás de la cabeza roñosa de Reynolds que le contemplaba, la casa estaba a oscuras. Sin duda era él, pero estaba sin afeitar y andrajoso. Por la rendija de la puerta olía a sucio. Sólo llevaba una camisa manchada y anudada sobre los pantalones.

—No te puedo ayudar. Vete.

—Si me dejas que te explique... —Gavin empujó la puerta y Reynolds, demasiado débil o demasiado atontado, fue incapaz de evitar que la abriera. Retrocedió tambaleándose por el pasillo a oscuras.

—¿Qué coño ha pasado aquí?

La casa apestaba a comida podrida. El aire era irrespirable. Reynolds dejó que Gavin cerrara la puerta de un portazo antes de sacar un cuchillo de los manchados pantalones.

—No me vas a engañar —le previno—, sé lo que has hecho. Muy bien. Muy astuto.

—¿Te refieres a los asesinatos? No fui yo.

Reynolds apuntó con el cuchillo a Gavin.

—¿Cuántos baños de sangre te han hecho falta? —dijo con lágrimas en los ojos—. ¿Seis? ¿Diez?

—Yo no he matado a nadie.

—... monstruo.

Reynolds, con el cuchillo que tenía en la mano, y que era el mismo que blandió Gavin, se acercó a éste. No cabía duda: tenía la intención de utilizarlo. Gavin se acobardó y a Reynolds le envalentonó su miedo.

—¿Has olvidado lo que es tener carne y sangre?

El tipo no estaba en sus cabales.

—Mira... he venido aquí a hablar.

—Has venido a matarme. Yo podría descubrirte... por eso has venido a matarme.

—¿Sabes quién soy? —dijo Gavin.

Reynolds hizo una mueca.

—No eres el mariquita. Lo pareces, pero no lo eres.

—Por Dios... soy Gavin... Gavin.

No se le ocurría qué decir para evitar que el cuchillo se le acercara más.

—Gavin... ¿te acuerdas de mí? —fue todo lo que pudo decir.

Reynolds vaciló un momento al observar detenidamente la cara de éste.

—Estás sudando —dijo, y dejó de mirarlo amenazadoramente.

Gavin tenía la boca tan seca que sólo pudo asentir.

—Veo —continuó— que estás sudando.

Dejó caer el cuchillo.

—Eso no puede sudar —precisó—, nunca lo ha hecho, nunca le cogerá el tranquillo. Tú eres el muchacho, no el monstruo. El muchacho.

La cara se le relajó, se convirtió en una bolsa casi vacía.

—Necesito ayuda —dijo Gavin con la voz ronca—. Tienes que decirme qué está ocurriendo.

—¿Quieres una explicación? —replicó Reynolds—, entra y búscalas tú mismo.

Le cedió el paso y lo acompañó hasta el salón. Las cortinas estaban corridas, pero a pesar de la

penumbra Gavin descubrió que todas las piezas que atesoraba estaban destrozadas y no se podrían reparar. Los fragmentos de cerámica se habían convertido en fragmentos aún más pequeños, y esos fragmentos se habían reducido luego a polvo. Los bajorrelieves estaban destruidos y la lápida de Flavinus hecha escombros.

—¿Quién ha hecho esto?

—Yo —dijo Reynolds.

—¿Porqué?

Reynolds atravesó perezosamente los escombros, se acercó a la ventana y se asomó a un desgarrón que tenía la cortina de terciopelo.

—Volverá, ¿sabes? —le contestó, haciendo caso omiso de su pregunta.

Gavin insistió:

—¿Por qué destrozar todo?

—Es un tumor —replicó Reynolds— que necesita vivir en el pasado.

Apartó los ojos de la ventana.

—Llevo muchos años —prosiguió— robando estas piezas. Me otorgaron toda su confianza y yo les he defraudado.

Dio una patada a un cascote de considerable tamaño, que levantó polvo.

—Flavinus vivió y murió. No hay más que decir. Conocer su nombre no significa nada, o casi nada. No convierte de nuevo a Flavinus en un ser real: está muerto y es feliz.

—¿Y la estatua de la bañera?

Reynolds se quedó sin aliento un segundo al recordar la cara pintada.

—¿Creíste que era yo, verdad? Cuando llamé a la puerta.

—Sí. Creí que había acabado con sus asuntos.

—Imita.

Reynolds asintió.

—En la medida en que conozco su naturaleza, puedo decir que sí, que imita.

—¿Dónde la encontraste?

—Cerca de Carlisle. Dirigía una excavación. La encontramos en la habitación de los baños, una estatua apelotonada junto a los restos de un hombre adulto. Era como un acertijo. Un hombre muerto y una estatua juntos en una sala de baños. No me preguntas qué fue lo que me atrajo de ella, porque no lo sé. Tal vez impone su voluntad a través de la mente como a través del cuerpo. Lo robé y me lo traje a casa.

—¿Y lo alimentaste?

Reynolds se puso rígido.

—No hagas preguntas.

—Las estoy haciendo. ¿Lo alimentaste?

—Sí.

—Querías sangrarme, ¿no es cierto? Para eso me trajiste aquí: para matarme y que él pudiera bañarse en...

Gavin recordó los puñetazos de la criatura contra los bordes de la bañera, su forma indignada de exigir comida, como un bebé pataleando en la cuna. Había estado muy cerca de que lo devorara también a él, como si de un cordero se tratara.

—¿Por qué no me atacó a mí como a ti? ¿Por qué no saltó de la bañera y se alimentó con mi sangre?

Reynolds se secó la boca con la palma de la mano.

—Es que vio tu cara.

Vio mi cara y la quiso para él y, como no podía robar la cara de un hombre muerto, me dejó con vida. Ahora que lo comprendía, le fascinaba el encadenamiento lógico de su comportamiento, y le encontró interés a la pasión de Reynolds, desvelar misterios.

—El hombre de la sala de baños. El que descubriste en la excavación.

—¿Sí...?

—Consiguió que no hiciera lo mismo con él, ¿no es cierto?

—Probablemente por eso se quedó paralizado, inmóvil. Nadie se dio cuenta de que había muerto luchando con una criatura que le estaba arrebatabando la vida.

El cuadro estaba casi completo; sólo faltaba que desahogara su furia.

Ese hombre había estado a punto de asesinarlo para alimentar a la efígie. La cólera de Gavin estalló. Agarró a Reynolds por la camisa y la piel y lo zarandeó. ¿Fueron sus huesos o sus dientes los que rechinaron?

—Ya casi se ha hecho con mi rostro —miró los ojos inyectados en sangre de Reynolds—. ¿Qué pasa cuando lo consigue?

—No lo se.

—Me lo contarás todo. ¡Vamos!

—Sólo son suposiciones —replicó Reynolds.

—¡Entonces hazlas!

—Cuando su apariencia física sea perfecta, creo que robará lo único que no puede imitar: tu alma.

Reynolds no tenía por qué temer a Gavin. Había suavizado el tono de su voz como si le estuviera hablando a un condenado. Hasta sonreía.

—¡Cabrón!

Gavin atrajo aún más la cara de Reynolds hacia la suya. Las mejillas del viejo estaban cubiertas de saliva blanca.

—¡No te importa! ¡Te la trae al paño!

Le golpeó una, dos veces, y luego una vez y otra más en la cara, hasta que se cansó.

El viejo recibió la paliza sin decir nada, girando la cara después de un golpe para recibir el siguiente, sacándose la sangre de los ojos hinchados sólo para que se los volvieran a llenar de sangre.

Finalmente dejó de golpearle.

Reynolds, de rodillas, se sacó de la lengua trozos de dientes.

—Me lo merecía —murmuró.

—¿Cómo puedo detenerlo? —dijo Gavin.

Reynolds agitó la cabeza.

—Imposible —susurró, cogiendo la mano de Gavin—. Por favor —dijo, abriendo el puño y besándole la palma de la mano.

Gavin dejó a Reynolds entre las ruinas de Roma y salió a la calle. La conversación con éste le había enseñado pocas cosas que no hubiera imaginado previamente. Lo único que podía hacer ahora era encontrar a esa bestia que se había apoderado de su belleza y vencerla. Fracasar supondría perder el único atributo que le caracterizaba: un rostro maravilloso. Las charlas acerca del alma y la humanidad no eran para él más que música celestial. Quería su cara.

Al cruzar Kensington lo hizo con una determinación desacostumbrada. Después de años de ser víctima de las circunstancias las veía por fin encarnadas en un ser. Sacaría provecho de la situación o moriría en el intento.

En su piso, Reynolds corrió la cortina para contemplar la imagen de la noche cayendo sobre la imagen de una ciudad.

Una noche que no viviría, una ciudad por la que nunca volvería a pasear. Sin suspirar porque ya no le quedaban suspiros, dejó caer la cortina y cogió una pequeña espada punzante. Puso la punta contra su pecho.

—Vamos —se dijo a sí mismo y a la espada, y empujó la empuñadura. Pero el daño que le produjo la hoja al penetrarle en el cuerpo tan sólo un centímetro bastó para que la cabeza le diera vueltas: sabía que se desmayaría antes de acabar la faena. Así que se acercó a la pared, sujetó el mango contra la misma y dejó que fuera el peso de su propio cuerpo el que la atravesara. Con eso bastó. No estaba seguro de que la espada le hubiera atravesado por completo, pero, a juzgar por la cantidad de sangre que soltaba, seguramente se habría matado. Aunque trató de volverse para que la hoja le penetrara por completo al caer sobre ella, falló en su intento y, en lugar de eso, cayó de lado. El golpe le hizo sentir la espada dentro de su cuerpo como una presencia rígida y despiadada que lo paralizaba totalmente.

Le costó más de diez minutos morir; pero en ese intervalo, pese al dolor, se sintió satisfecho. Fueran cuales fuesen los errores que había cometido en cincuenta y siete años, y eran muchos, sentía que estaba muriendo de una manera que habría enorgullecido a su querido Flavinus.

Hacia el final empezó a llover y el ruido del tejado le hizo creer que Dios estaba enterrando la casa, sellándolo para siempre. Y en el instante de su muerte tuvo una magnífica visión: una mano con una antorcha y precedida por voces atravesó la pared, permitiendo que los fantasmas del futuro excavaran en su historia. Sonrió para darles la bienvenida y estaba a punto de preguntarles en qué año estaba cuando comprendió que había muerto.

A la criatura le resultó mucho más fácil eludir a Gavin de lo que le había costado a éste hacerlo

propio. Transcurrieron tres días sin que Gavin lograra siquiera vislumbrarla.

Pero era indiscutible que estaba cerca, aunque nunca lo suficiente. En un bar alguien le decía: «Te vi la otra noche en Edgare Road», cuando no se había acercado por allí, o «¿Así que qué tal te fue con el árabe?», o «¿Ya no te hablas con tus amigos?»

Y, vive Dios, pronto le empezó a gustar esa sensación. La inquietud dejó paso a un placer olvidado desde que tenía dos años: la tranquilidad.

Qué más daba que alguien estuviera trabajando en su zona, burlando a la ley y a los matones callejeros al mismo tiempo; qué más daba que ese doble arrogante trinchara a sus amigos (*¿y qué amigos? sólo Leeches*), qué más daba que le hubieran quitado la vida pública y que estuvieran abusando de ella en su nombre. Podía dormir tranquilo sabiendo que él, o algo que se le parecía tanto que podía pasar por él, pasaba las noches despierto y haciéndose adorar. Empezó a ver en la criatura no a un monstruo que lo aterrorizaba sino a un instrumento, casi su personalidad pública. Era su sombra; una sombra material.

Se despertó en mitad de un sueño.

Eran las cuatro y cuarto de la tarde y el gemido del tráfico era intenso. Un cuarto en penumbra; el aire, inspirado una y otra vez, olía a sus pulmones. Hacía una semana que había dejado a Reynolds entre las ruinas y durante ese tiempo sólo había salido de su alojamiento (un pequeño dormitorio, cocina y baño) tres veces. El sueño era ahora más importante que la comida o el ejercicio. Tenía bastante droga para animarse cuando no le entraba sueño, lo que era excepcional, y se había acostumbrado al aire viciado, a la luz que entraba por la ventana sin cortina, a su parcela de un mundo en el que, por lo demás, no tenía ni arte ni parte.

Ese día se había dicho que le convenía salir a tomar un poco de aire fresco, pero no había conseguido reunir el entusiasmo necesario. Quizá más tarde, mucho más tarde, cuando se empezaran a vaciar los bares y nadie se fijara en su presencia, saliera de su capullo a ver lo que había que ver. De momento tenía cosas que soñar...

Aqua.

Soñó con agua; se vio sentado al lado de una piscina en Fort Lauderdale, una piscina llena de peces. Oía el rumor interminable que producían sus saltos e inmersiones. ¿O era al revés? Sí; mientras dormía, había oído correr agua, y el inconsciente había creado una ilustración para acompañar el ruido. Al despertarse continuó el ruido.

Procedía del cuarto de baño contiguo: ya no corría, sino que salpicaba. Era obvio que alguien había entrado mientras dormía y se estaba dando un baño. Repasó la lista de posibles intrusos, de los pocos que sabían que estaba ahí. Paul, un chapista principiante que durmió en el suelo dos noches antes; Chink, el traficante de drogas, y una chica del piso de abajo que se llamaba, creía, Michelle. ¿A quién le había tomado él el pelo? Nadie de ellos habría roto la cerradura para entrar. Sabía perfectamente de quién se trataba. Tan sólo estaba jugando consigo, disfrutando con el proceso de eliminación hasta que las opciones quedaran reducidas a una.

Con ganas de reunirse con él, salió de su piel de sábanas y plumón. Se le puso la carne de gallina cuando le sacudió una ráfaga de aire frío y le desapareció la erección provocada por el sueño. Al cruzar la habitación para coger la bata que colgaba de la puerta sorprendió su reflejo en el espejo. Era como una fotografía congelada de una película de terror, un alfeñique encogido por el frío e iluminado por la luz de un día de lluvia. El reflejo aparecía y desaparecía, insustancial.

Envuelto en la bata, la única prenda que había comprado recientemente, se dirigió al cuarto de baño. Ya no había ruido de agua. Empujó la puerta.

El linóleo deformado le estaba helando los pies; sólo quería ver a su amigo y luego meterse otra vez en la cama. Pero para satisfacer su curiosidad tendría que hacer algo más: tendría que hacer preguntas.

La luz que atravesaba el gélido ventanal se había oscurecido rápidamente; en tres minutos, la caída de la noche y una tormenta le dejaron en la penumbra. Ante él, la bañera estaba llena hasta los bordes, la superficie era tan regular como la de una mancha de aceite y estaba negra. Como la otra vez, nada alteró la superficie. Estaba tumbado en el fondo, oculto.

¿Cuánto tiempo había pasado: desde que se asomó a una bañera verde como el cieno en un cuarto de baño verde como el cieno? Podía haber ocurrido ayer perfectamente: la vida desde aquel día hasta el que estaba viviendo no había sido más que una larga noche. Bajó la vista. Ahí estaba, hecho una bola como la última vez, y durmiendo con toda la ropa puesta, como si no hubiera tenido tiempo de desvestirse antes de esconderse. Donde había estado la calva se veía ahora una exuberante cabellera

y tenía los rasgos perfectamente dibujados. No quedaba ningún rastro de la cara pintada: tenía una belleza plástica que era suya por completo, hasta la última muela. Las manos, perfectamente acabadas, descansaban sobre su pecho.

La noche se hizo más profunda. No tenía más que hacer que velar su sueño, y eso acabó por aburrirle. Si le había seguido hasta ahí, no era probable que se fuera, así que podía volver a la cama. En el exterior la lluvia entorpecía el regreso de los viajeros a casa, se producían accidentes, algunos mortales; los motores se recalentaban, los corazones también. Escuchó el ajetreo mientras le entraba sueño. Hacia la mitad de la noche la sed le volvió a despertar: estaba soñando con agua y se oía el mismo ruido de la última vez. La criatura estaba saliendo de la bañera, poniendo las manos sobre la puerta y abriéndola.

Se quedó de pie. La única luz que había en el dormitorio procedía de la calle y apenas si podía iluminar al visitante.

—¿Gavin? ¿Estás despierto?

—Sí.

—¿Me quieras ayudar? —preguntó. El tono de su voz no tenía nada de amenazante, estaba haciendo una pregunta de la misma manera en que cualquier hombre se la haría a su hermano, con la confianza del parentesco.

—¿Qué quieras?

—Tiempo para curarme.

—¿Curarte?

—Enciende la luz.

Gavin enchufó la lámpara que tenía junto a la cama y contempló la figura enmarcada por la puerta. Ya no tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y Gavin vio que de esa manera tapaba una terrible herida de bala en el pecho. Tenía la carne desgarrada de tal forma que se le veían las entrañas incoloras. No había sangre, naturalmente: jamás la tendría. Tampoco pudo distinguir Gavin nada en su interior que recordara a la anatomía humana.

—Dios bendito —dijo.

—Preetorius tenía amigos —dijo el otro tocándose los bordes de la herida con los dedos. El gesto le recordó a un cuadro colgado en casa de su madre. La Gloria de Jesucristo —el Sagrado Corazón flotando en el interior del Salvador— mientras sus dedos, señalando los padecimientos que sufrió, decía: «Esto fue por vosotros».

—¿Por qué no estás muerto?

—Porque todavía no estoy vivo —contestó.

«Todavía no, acuérdate de eso», pensó Gavin. «Tiene pretensiones de volverse mortal.»

—¿Te duele?

—No —dijo tristemente, como si deseara conocer el dolor con toda su alma—, no siento nada. Todos los signos de vida que tengo son superficiales. Pero estoy aprendiendo. —Sonrió—. Ya sé bostezar y tirarme pedos. —La idea era al mismo tiempo absurda y enternecedora; pensar que aspirara a peerse, que un cómico fallo del sistema digestivo fuera para él un precioso signo de humanidad.

—¿Y la herida?

—... esta sanando. Se curará por completo con el tiempo. Gavin no dijo nada.

—¿Te doy asco? —preguntó con un tono de voz neutro.

—No.

Miraba a Gavin con unos ojos perfectos, sus propios ojos.

—¿Qué te dijo Reynolds? —preguntó.

Gavin se encogió de hombros.

—Muy poco.

—¿Que soy un monstruo? ¿Que arrebato el espíritu a los hombres?

—No exactamente.

—Más o menos.

—Más o menos —concedió Gavin.

Asintió.

—Tiene razón —dijo—. A su manera, tiene razón. Necesito sangre y eso me hace monstruoso. Hace un mes, cuando era joven, me bañaba en ella. Su contacto le daba a la madera la apariencia de carne. Pero ahora ya no la necesito: el proceso casi ha concluido. Todo lo que necesito ahora...

Vaciló; en opinión de Gavin, no fue debido a que tratara de mentir, sino a que le faltaban palabras para describir su condición.

—¿Qué necesitas? —le instó éste.

Agitó la cabeza, mirando la alfombra.

—He vivido varias veces, ¿sabes? A veces he robado vidas y luego me he desembarazado de ellas. He vivido una vida normal y luego me he quitado esa cara y me he buscado otra. En ocasiones, como la última vez, me han desafiado y vencido...

—¿Eres una especie de máquina?

—No.

—¿Qué eres entonces?

—Soy lo que soy. No conozco a nadie de mi especie, aunque, ¿por qué habría de ser el único? Tal vez haya más, muchos más: sencillamente, todavía no sé nada de ellos. Así que vivo, muero y vuelvo a vivir, sin aprender nada... —dijo con amargura—... acerca de mí mismo. ¿Comprendes? Tú sabes lo que eres porque ves a otros como tú. Si estuvieras solo en la Tierra, ¿qué sabrías? Lo que te dijera el espejo, eso es todo. Lo demás no serían más que mitos y conjeturas.

Hizo ese comentario sin exaltarse.

—¿Puedo tumbarme? —preguntó.

Echó a andar hacia él y Gavin pudo ver mejor cómo le hormigueaba la cavidad pectoral, las figuras incoherentes que se agitaban, incansables, en lugar del corazón. Suspirando, se desplomó cabeza abajo sobre el lecho con la ropa empapada y cerró los ojos.

—Me curaré —dijo—, dame sólo un poco de tiempo.

Gavin fue hasta la puerta del piso y echó el cerrojo. Luego arrastró una mesa y la puso debajo del pomo. Nadie podría entrar y atacarlo mientras dormía: él y la criatura, él y él mismo se quedarían juntos y resguardados. Revisada la fortificación, hizo un poco de café y se sentó en una silla para ver dormir al monstruo.

La lluvia azotó los cristales durante una hora y se hizo más suave después. El viento arrastraba hojas empapadas contra el ventanal, sobre el que se quedaban colgadas como curiosas polillas; cuando se cansaba de observarse a sí mismo les echaba un vistazo, pero en seguida quería volver a contemplar la belleza descuidada de su brazo extendido, cuya muñeca estaba iluminada, los párpados. Hacia las doce se quedó dormido en la silla, al son del quejido de una ambulancia y de la lluvia que volvía a arreciar.

No estaba demasiado cómodo en la silla, y se despertaba cada pocos minutos, abriendo ligeramente los ojos. La criatura se había levantado: estaba sentada junto a la ventana, o en frente del espejo, o en la cocina. Caía agua: soñó con agua. La criatura se desvistió: soñó con sexo. La tenía encima, con el pecho descubierto, y su presencia lo tranquilizaba: soñó, tan sólo un segundo, que lo sacaban de una calle y lo introducían por una ventana en el cielo. La criatura se vestía con sus ropas, y él murmuró que consentía el robo mientras dormía. Se puso a silbar: los primeros albores del día entraban por la ventana, pero se sentía demasiado vago para despertarse y le alegraba que un joven que silbaba se pusiera su ropa y viviera en su lugar.

Finalmente la criatura se inclinó sobre la silla y le besó los labios con un beso de hermano. Luego se marchó. Oyó cómo cerraba la puerta.

Después de aquello, pasó algunos días, no sabía cuántos, encerrado en el cuarto y todo lo que hizo fue beber agua. Tenía una sed insaciable. Beber y dormir, beber y dormir, una noche tras otra.

La cama en que dormía estaba húmeda al principio en el lugar en que se había acostado la criatura, y no quiso cambiar las sábanas. Por el contrario, le encantaba el lino mojado y lamentó que su cuerpo lo secara demasiado pronto. Se bañó en el agua en que había reposado el monstruo y volvió goteando a la cama, con la piel arrugada de frío y envuelto en una nube que olía a moho. Más tarde, demasiado hastiado para moverse, dio rienda suelta a su vejiga tumbado en la cama, y el líquido se enfrió con el tiempo y acabó por secarse gracias al calor cada vez más apagado de su cuerpo.

Pero por alguna razón, a pesar de que la habitación estuviera helada y él desnudo y hambriento, no podía morir.

Al sexto o séptimo día se levantó por la noche y se sentó al borde de la cama para calibrar su resolución. Como no llegaba a ninguna parte, se puso a andar por la habitación arrastrando los pies de una manera muy similar a la de la criatura, parándose delante del espejo para mirar los lamentables cambios de su cuerpo, viendo los copos de nieve caer y derretirse sobre el alféizar.

Una vez encontró casualmente un retrato de sus padres que, recordó, el monstruo había estado contemplando. ¿O lo había soñado? Decidió que no: tenía grabada la imagen precisa de la estatua cogiéndolo y estudiándolo.

El retrato: ése era, naturalmente, el principal obstáculo de su suicidio. Había respetos que

presentar. Hasta entonces, ¿cómo podía abrigar esperanzas de morir?

Bajo la nieve, se dirigió hacia el cementerio, vestido tan sólo con unos pantalones y una camiseta. Hizo oídos sordos a los comentarios de mujeres de mediana edad y de escolares. ¿A quién había de importarle sino a él que andar descalzo lo matara? El aguanieve caía y amainaba, en ocasiones espesándose, pero sin conseguir hacerse nieve.

Había oficio en la iglesia y una columna de frágiles coches de color estaba aparcada a la entrada. La contorneó y entró en el camposanto. Era hermoso, aunque hoy lo turbaba un velo de aguanieve, que sin embargo no le tapaba la vista de los trenes y los rascacielos; las interminables filas de tejados. Deambuló por las lápidas, sin saber exactamente por dónde buscar la tumba de su padre. Fue hace diecisésis años; y el día no resultó nada memorable. Nadie dijo nada revelador acerca de la muerte en general ni de la de su padre en particular, ni siquiera hubo una metedura de pata que destacar: ninguna tía se tiró un cuesco durante la merienda, ninguna prima se escondió con él para desnudársele delante.

Pensó si el resto de la familia habría venido de vez en cuando a ese lugar, o si seguían de verdad en el campo. Su hermana siempre había amenazado con irse del país, a Nueva Zelanda, a empezar de nuevo. Su madre, pobre cerda, se estaría desembarazando de su cuarto marido, aunque tal vez fuera a ella a quien había que tener lástima. Su parloteo interminable apenas si podía encubrir el pánico.

Ahí estaba la piedra. Y, efectivamente, había flores recientes en la urna de mármol que descansaba entre las lascas de mármol verde. El viejo cabrón no había pasado inadvertido; no le habían dejado disfrutar a solas de la vista. Era evidente que alguien, probablemente su hermana, había venido a buscar un poco de consuelo junto a su padre. Gavin recorrió el nombre, la fecha, la frase hecha con los dedos. No era nada excepcional, lo que resultaba justo y correcto, porque no tuvo nada de excepcional.

Contemplando la piedra le brotó un torrente de palabras, como si Padre estuviera sentado al borde de la tumba con los pies colgando y acomodándose el pelo sobre la reluciente calva, simulando, como había hecho siempre, que le importaba lo que le decían.

—¿Qué te parece, eh?

Padre no estaba impresionado.

—No soy gran cosa, ¿verdad?

—Tú lo has dicho, hijo.

—Bueno, siempre he andado con cuidado, como me decías tú. No quedan bastardos; nadie me va a pedir cuentas de nada.

Eso le encantó.

—No sería un hallazgo agradable para nadie, ¿no es cierto?

Padre estornudó y se sonó tres veces la nariz. De izquierda a derecha, otra vez de izquierda a derecha, y la última de derecha a izquierda. Siempre igual. Luego desapareció.

—Mierda de basurero.

Un tren de juguete pegó un largo e intenso bocinazo al pasar y Gavin levantó la vista. Ahí estaba —él mismo—, a unos cuantos metros, completamente inmóvil. Llevaba la misma ropa con que salió del piso hacía una semana. El uso constante la había raído y arrugado. Pero ¡qué carne! Tenía la carne más radiante de lo que jamás la hubiera tenido él. A la escasa luz de la lluvia casi relumbraba; y las lágrimas que su sosias tenía sobre las mejillas realzaban la belleza de sus rasgos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gavin.

—Siempre lloro cuando vengo aquí. —Se acercó hacia él sorteando las tumbas; la grava crujía a su paso y la hierba se volvía mullida. Un efecto totalmente conseguido.

—¿Has estado antes aquí?

—Sí. Muchas veces con los años...

—Con los años? —Qué quería decir con eso de «con los años»? —Había llorado en ese cementerio a las personas que había matado?

A guisa de respuesta le dijo:

—... vengo a visitar a Padre. Dos o tres veces al año.

—No es tu padre —precisó Gavin, divertido por el equívoco—. Es el mío.

—No veo lágrimas en tu rostro —dijo el otro.

—Siento...

—No sientes nada —le acusó su otro yo—. Para ser sincero contigo mismo, no sientes nada de

nada.

Era la pura verdad.

—Mientras que yo... —empezaron a rodarle las lágrimas, le goteó la nariz—, lo echaré de menos hasta que me muera.

No estaba haciendo indudablemente más que teatro, pero aun así tenía los ojos anegados de dolor y los rasgos arrugados hasta hacerse feos de tanto llorar. Gavin sólo había cedido a las lágrimas en contadas ocasiones: le hacían sentirse débil y ridículo. Pero su doble estaba orgulloso de llorar, exultaba al hacerlo. Era el exponente de su triunfo.

Ni siquiera cuando Gavin comprendió que había sido vencido pudo encontrar en su fuero interno algo remotamente parecido al dolor.

—Adelante —dijo—. Haz pucheros. No te cortes.

La criatura no le escuchaba.

—¿Por qué es todo tan doloroso? —dijo después de una pausa—. ¿Por qué es la ausencia de alguien lo que me hace humano?

Gavin se encogió de hombros. ¿Y él qué sabía o por qué le había de importar el delicado arte de ser humano? La criatura se sonó la nariz con la manga, sorbió el moquillo y trató de sonreír pese a su desdicha.

—Lo siento —dijo—, estoy haciendo el ridículo. Perdóname, por favor.

Aspiró con intensidad, tratando de recobrar la compostura.

—No te preocupes —contestó Gavin. Esa demostración le incomodaba; de buena gana se habría marchado.

—¿Son tus flores? —le preguntó al dar la espalda a la tumba.

Asintió.

—Odiaba las flores.

La criatura retrocedió.

—Ah.

—De todas formas, ¿qué sabrá él?

Sin echarle una última mirada a la efigie, se dio la vuelta y tomó el camino que pasaba junto a la iglesia. A los pocos metros, su otro yo le gritó:

—¿Puedes recomendarme un dentista?

Gavin hizo una mueca y continuó andando.

Ya casi era la hora de salida del trabajo. La arteria que pasaba junto a la iglesia estaba atestada de coches: tal vez fuera viernes y los primeros fugados se apresuraban a llegar a casa. Faros deslumbrantes pasaban a toda velocidad; las bocinas sonaban.

Gavin se metió en medio del tráfico sin mirar a un lado o a otro, ignorando los chirridos de los frenazos y las maldiciones, y se puso a deambular por entre los coches como si estuviera paseando por el campo.

La aleta de un coche lanzado le rozó la pierna, otro estuvo a punto de arrollarlo. Sus prisas por llegar a alguna parte, por llegar a un lugar del que anhelarían inmediatamente volver a partir, resultaban cómicas. Que se enfurecieran con él, que lo aborrecieran, que vislumbraran su rostro desprovisto de rasgos y llegaran a casa con pesadillas. Si todo salía bien, aterrorizaría a alguien que pegaría un volantazo y lo atropellaría. Qué más daba. En lo sucesivo se ponía en manos del azar, iba a ser su portaestandarte.

CLIVE BARKER

SANGRE

(*Books of Blood*)

(C) 1985 Clive Barker
Traducción: Celia Filipetto
Martinez Roca Bolsillo, 1993

INDICE

- *Prólogo*, por Eduardo Goligorsky
- *La política del cuerpo* (*The Body Politic*)
- *La condición inhumana* (*The Inhuman Condition*)
- *Revelaciones* (*Revelations*)
- *¡Abajo, Satán!* (*Down, Satan!*)
- *La era del deseo* (*The Age of Desire*)
- *Lo prohibido* (*The Forbidden*)
- *La Madonna* (*The Madonna*)

Sangre

Clive Barker

A Alec y Con, y también a Julie

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Doug Bennett, por llevarme a Pentonville y sacarme de allí el mismo día, y compartir más tarde conmigo sus visiones sobre las cárceles y su funcionamiento; a Jim Burr, por su imaginaria visita a White Deer, Texas, y por las aventuras de Nueva York; a Ros Stanwell-Smith, por su detallada y entusiasta descripción de las plagas y cómo iniciarlas; a Barbara Boote, mi incansable editora, cuyo entusiasmo ha resultado ser el mejor acicate de la inventiva.

Prólogo

«He visto el futuro del género de horror y su nombre es Clive Barker —escribió Stephen King después de haber leído los primeros relatos de este autor—. Lo que Barker hace con los *Books of Blood* —añadió— crea la impresión de que el resto de sus colegas hemos permanecido estáticos durante los últimos diez años. Algunos de sus cuentos me resultaron tan terroríficos, en el sentido más macabro del término, que literalmente no pude leerlos a solas.»

El entusiasmo de King por su más flamante —y serio— competidor no tiene límites, y cada vez que se le presenta una oportunidad reincide en el panegírico. En una reseña que King publicó acerca de la Convención Mundial de Fantasía de 1983, se deshizo en alabanzas a Barker, a su imaginación, a la originalidad de sus temas y a los prodigios de su estilo: «No insufla un hálito de encanto a sus relatos, sino que lo incrusta a martillazos. ¿Queréis sentiros como Clive Barker se sintió cuando escribió los mejores de ellos? Tal vez no. Muy posiblemente moriríais víctimas del delirio. Estamos hablando de explosivos poderosos... Nunca, nunca en mi vida me he sentido tan cabalmente commocionado por una colección de cuentos. Nunca dejé de lado uno de sus libros porque estaba solo y sabía que pronto debería apagar las luces... Nunca he experimentado una combinación parecida de repulsión, deleite y asombro... Aunque el relato sea de lo más horripilante, el texto te hechiza, te atrapa, y después te impulsa a seguir adelante... Los cuentos de Barker, simultáneamente surrealistas y naturalistas, representan lo mejor de la literatura de horror..., que también es lo peor: son chocantes, demenciales, brutales, pasmosos, alegóricos, asimétricos, profundamente revulsivos y profundamente estimulantes... ¿Estáis aquí porque buscáis algo auténtico? Entonces estáis aquí para conocer a Clive Barker».

La enumeración de todos los elogios que ha recibido Barker a lo largo de su corta carrera llenaría, por sí sola, un volumen de grandes dimensiones. Elogios firmados, además, precisamente por aquellos que, como Stephen King, pueden pensar que Barker les está eclipsando del primer plano de la escena pública. Ramsey Campbell, que prologó algunos volúmenes de los *Books of Blood*, auguró que Barker revolucionaría la ficción de horror «como Stephen King la revolucionó en 1975», y más tarde, cuando ya se había producido el ascenso fulminante del nuevo escritor a la cima de la popularidad, el mismo Campbell sentenció: «Barker es un autor que está dispuesto a llegar hasta el fin hasta donde lo lleve la lógica de su imaginación. A mi juicio, es la primera voz auténtica de la proxima generación de autores de horror»

Peter Straub no fue menos terminante. Durante la ya citada Convención Mundial de Fantasía de 1983, dijo desde la tribuna que los cuentos de Barker lo habían «asombrado por su originalidad y audacia». Y agregó, reflexivamente, en medio de las carcajadas del público: «Me han dejado jodidamente celoso».

La crítica literaria corroboró la opinión de los maestros del género. Michael Morrison escribió, en *Fantasy Review*: «Los cuentos de Barker son originales, turbadores, y tan inquietantes como los mejores de la literatura contemporánea. *Books of Blood* augura la aparición de un nuevo talento de primera categoría en la ficción de horror... La fuerza de su visión procede de su perspectiva consecuentemente tenebrosa del mundo, de sus horrores viscerales y gráficos, de los subtextos temáticos que enriquecen muchos de sus cuentos, y de su predisposición a correr riesgos... La imaginación ilimitada de Barker triunfa sobre el realismo, la razón y la racionalidad, y crea un universo primitivo que es implacablemente hostil al hombre, un lugar peligroso donde el más decente de los actos puede generar las consecuencias más espantosas». Y el crítico del *Publishers Weekly* dictaminó: «Ciertamente, Barker está dominado por una de las imaginaciones más excéntricas de nuestro medio... Estas breves obras demuestran un talento fascinante para lo macabro».

No ha de sorprender, por tanto, que los premios hayan llovido sobre Clive Barker a lo largo de su breve carrera. En 1985 ganó el World Fantasy y el British Fantasy, o sea, los premios que corresponden a la fantasía mundial y a la británica. En 1986 *Publishers Weekly*, la revista más prestigiosa del mundo editorial norteamericano, colocó sus *Books of Blood* a la cabeza de los mejores libros de bolsillo de aquel año. John Mutter, autor de la selección, los definió como «cuentos de horror eclécticos y correctamente elaborados por un nuevo y refinado autor británico». Más no se podía pedir en tan breve lapso: en 1984 Sphere Books había publicado los primeros volúmenes de *Books of Blood* en Gran Bretaña, y su irrupción en la escena norteamericana se produjo en 1985. Con una salvedad adicional: en Estados Unidos, su editor se negó a encasillarlo en la colección de horror, y lo publicó en la de literatura general. «Es así de bueno —afirmó Ann Patty, vicepresidenta de la editorial Poseidon Press—. Atrae a un público mucho más numeroso que el adicto al género de horror. Creo que todo lector inteligente y culto reaccionará favorablemente, porque es en verdad fascinante.»

Pero ¿quién es Clive Barker, y qué dice acerca de su propia obra? Barker nació en 1952 en la ciudad inglesa de Liverpool, cuna de los Beatles, fue a las mismas escuelas que John Lennon, y su

rostro de querubín tiene un extraño parecido con el de Paul McCartney. Terminó sus estudios de filosofía en la universidad de Liverpool, y fue pintor y dramaturgo antes de empezar a escribir ficción. Ahora se ha convertido en guionista de las películas inspiradas en algunas de sus obras.

Cuando le preguntaron qué fue lo que le impulsó a escribir cuentos de horror, responde: «En el género de horror subviertes lo que la gente piensa acerca de la mortalidad, la sexualidad y la política. Es un ámbito donde todo está a tu disposición, y me atrae porque aborrezo lo seguro, lo convencional. La ficción en general examina los estratos del mundo con criterio realista; la ficción de horror arremete contra ellos con una sierra eléctrica, corta la realidad en pedacitos y le pide al lector que vuelva a armarla. Es una forma agresiva de redefinir lo que piensas acerca del mundo, y ésa es la causa de que a menudo la rechacen los críticos y los lectores. Puede maltratar brutalmente nuestra visión del mundo».

Barker atribuye la singularidad de su ficción de horror al hecho de que no está influido sólo por la literatura. «También me han afectado los cuadros de artistas como El Bosco y Goya, que forman parte de la tradición europea de pintura fantástica. No son sólo objetos que nos asustan: también están asociados a la exploración del inconsciente. Siempre me han fascinado.»

Beth Levine, que lo entrevistó para *Publishers Weekly*, recoge su confesión de que influyeron sobre él películas como *Psicosis*, *La noche de los muertos vivientes* y *Viernes trece*. La truculencia vívida y gráfica de estas películas, explica Levine, es quizás la causa de uno de los rasgos característicos de Barker: éste nunca desvía la vista, aunque la escena sea extremadamente chocante. «Nunca me echo atrás —afirma Barker—. Para mí, ése es un artículo de fe. La buena ficción de horror siempre debe estar un paso más allá de los límites del buen gusto, para que el lector reciba la sensación de que el libro que tiene en sus manos es peligroso. La gente recurre a la ficción de horror para que ésta impugne sus tabúes, y a mí me gusta satisfacer este deseo. Casi toda la ficción de horror empieza con una vida rutinaria que es desquiciada por la aparición del monstruo. Una vez eliminado el monstruo, todo vuelve a la normalidad. No creo que esto sea válido para el mundo. No podemos destruir el monstruo porque el monstruo somos nosotros. Piénselo: no hay peores monstruos que las personas con quienes nos casamos, o con quienes trabajamos, o que nos han engendrado.»

En otra entrevista concedida a Douglas E. Winter, de la revista *Twilight Zone*, Barker siguió desnudando sus motivaciones íntimas. «Mi anhelo de perversidad es tal vez un poco más completo que el de algunos de mis colegas escritores —confesó—. Quiero decir que si olfateo la predictibilidad de algo que estoy haciendo, inmediatamente me enfrié y dejo la pluma. Esto determina que mis cuentos sean un poco escandalosos para algunos gustos, pero también determina que los lectores aborden mis cuentos con la certeza de que se van a encontrar con algo que no se parece a ninguna otra cosa. Supongo que ésta es la cualidad que ha demostrado ser fructífera... Nunca me he autocensurado. Nunca he emprendido una indagación para después detenerme a mitad de camino al darme cuenta de que me lleva a algo más macabro de lo que puedo soportar. Nunca he eliminado ningún subtexto sexual de mi obra, en cambio, he tendido a llevarlo hasta sus últimas consecuencias con mucho placer. Y nunca he supuesto que algo era demasiado pasmoso o extraordinario para mis lectores. Siempre he supuesto que son tan valientes, temerarios y morbosos como yo... La verdad es que no me encarnizo con lo sanguinario. Me encarnizo con todo. Cuando mi relato es sanguinario, es muy sanguinario; cuando es sexual, es muy sexual; cuando es humorístico, es muy gracioso. No me gustan las medias tintas... Así que no creo ser un buscador de sangre. Soy un buscador de excesos. Me gusta llevar los cuentos, los hechos y los personajes hasta las últimas consecuencias. Me aflijiría que mi público me leyera sólo para ver cómo despedazan a la gente. Esto sería un poco como asistir a una función del *Rey Lear* sólo para ver cómo le arrancan los ojos a Gloucester.»

Dicho lo cual, sólo cabe replegarse para dejar que Clive Barker abra la caja de Pandora de sus excesos innombrables.

EDUARDO GOLIGORSKY

LA POLÍTICA DEL CUERPO

Cada vez que Charlie George se despertaba, sus manos se quedaban quietas.

En ocasiones tenía demasiado calor bajo las mantas y arrojaba un par hacia el lado de la cama que ocupaba Ellen. En otras, llegaba incluso a levantarse, todavía medio dormido, y atravesaba descalzo la cocina para servirse un vaso de zumo de manzana helado. Luego volvía a la cama, se acostaba junto a Ellen, ovillada en forma de cuarto creciente, y dejaba que lo inundara el sueño. Entonces, ellas esperaban hasta que cerraba los ojos y su respiración se hacía acompasada como un mecanismo de relojería, para asegurarse de que se había dormido profundamente. Sólo entonces, cuando sabían que la conciencia había desaparecido, se atrevían a recomenzar sus vidas secretas.

Hacía ya meses que Charlie se levantaba con un incómodo dolor en las manos y las muñecas.

—Vete a ver al médico —le decía Ellen, poco comprensiva como nunca—. ¿Por qué no vas a ver al medico?

Detestaba a los médicos, por eso no iba. ¿Quién en su sano juicio iba a confiar en una persona cuya profesion consistía en andar fisgoneando a los enfermos?

—Probablemente he trabajado demasiado —se decía el.

—No caerá esa breva —murmuraba Ellen.

Pero ¿no era ésa acaso la explicacion mas probable? Era empaquetador de oficio, trabajaba con las manos todo el día. Y se le cansaban. Era natural.

—Deja de inquietarte, Charlie —le ordeno una mañana a su propio reflejo mientras se daba palmadas en la cara para despertarse—. Tus manos están en forma para lo que les echen.

Noche tras noche, la rutina era la misma; algo más o menos así:

Los George están durmiendo, el uno junto a la otra, en el lecho conyugal. Él, de espaldas, ronca suavemente; ella, ovillada a la izquierda del marido. Charlie apoya la cabeza en dos almohadas enormes. Tiene la mandíbula ligeramente caída y, bajo el velo surcado de venitas de los párpados, los ojos exploran una aventurera ensoñación. Esta noche tal vez sea bombero y entre heróicamente en el corazón de un burdel en llamas. Duerme y sueña contento, a veces frunce el ceño, a veces sonríe presuntuosamente.

Deabajo de las sábanas se produce un movimiento. Lenta y cautelosamente, las manos de Charlie abandonan la calidez del lecho y salen al aire libre. Los dedos índices se doblan como cabezas pobladas de uñas al encontrarse en la curva del abdomen de Charlie. Se enlanzan para saludarse, como compañeros de armas. Charlie gime en sueños. El burdel se le ha derrumbado encima. Las manos se aquietan inmediatamente, fingiendo inocencia. Al cabo de un rato, restablecido el ritmo uniforme de la respiración, comienzan la discusión de verdad.

Un observador casual, sentado al pie de la cama de George, podría considerar este intercambio como un síntoma de desorden mental en Charlie. La forma en que sus manos se retuercen y tiran una de la otra, dándose de palmaditas, o enzarzadas en una especie de disputa. Pero en sus movimientos existe claramente un código o secuencia, si bien espasmódico. Se podría llegar a pensar que el hombre dormido es sordomudo y que está hablando en sueños. Pero las manos no hablan ningún lenguaje de signos reconocible, ni tampoco intentan comunicarse con nadie, sólo entre sí. Se trata de una reunión clandestina que mantienen exclusivamente las manos de Charlie. Allí estarán toda la noche, sobre su estómago, maquinando en contra de la integridad del cuerpo.

A Charlie no le pasaba del todo inadvertida la sedición que hervía en el extremo de sus muñecas. Abrigaba la torpe sospecha de que había algo en su vida que no funcionaba del todo bien. Tenía cada vez mas la sensación de estar aislado de la experiencia corriente: como si se estuviera convirtiendo gradualmente en espectador de los rituales diurnos (y nocturnos) de la vida, más que en participante. Tomemos su vida amorosa, por ejemplo.

Nunca había sido un gran amante, pero tampoco sentía que tuviera que disculparse por nada. Ellen parecía satisfecha de sus atenciones. Pero en esos días se sentía como alejado del acto. Observaba cómo viajaban sus manos sobre el cuerpo de Ellen, tocándola con toda la íntima habilidad de que eran capaces, y veía sus maniobras como a gran distancia, incapaz de disfrutar de las sensaciones de calidez y humedad. No era que sus dedos hubieran perdido agilidad. Todo lo contrario. Ultimamente, Ellen se había aficionado a besarle los dedos, diciéndoles lo inteligentes que

eran. El elogio no lo tranquilizaba ni pizca. En todo caso, le hacía sentirse peor el pensar que sus manos daban tanto placer cuando él no sentía nada.

Existían otros síntomas de inestabilidad. Síntomas pequeños e irritantes. Había tomado conciencia de la forma en que sus dedos marcaban ritmos marciales sobre las cajas que él cerraba en la fábrica, y de la forma en que sus manos se habían aficionado a romper lápices, partiéndolos en trocitos antes de que notara lo que estaba, o más bien, estaban ellas haciendo, dejando astillas de madera y trozos de grafito desparramados por el suelo de la sala de empaquetado.

Lo más incómodo de todo era que a veces se encontraba estrechándole la mano a personas que le resultaban totalmente extrañas. Le había ocurrido en tres ocasiones diferentes. Una vez en la cola del autobús, y dos veces en el ascensor de la fábrica. Se dijo que no era más que la primitiva urgencia de aferrarse a otra persona en un mundo cambiante: era la mejor explicación que había logrado encontrar. Fuera cual fuese el motivo, era increíblemente desconcertante, sobre todo cuando se descubrió a sí mismo estrechándole la mano subrepticiamente a su propio capataz. Lo peor de todo había sido que la mano del otro hombre había apretado la de Charlie, y que ambos se quedaron mirándose los brazos como los propietarios de dos perros que observaban a sus levantiscos animalitos copulando en el extremo de las respectivas traíllas.

Charlie había empezado cada vez con más frecuencia a espiar las palmas de sus manos, en busca de pelos. Ese era el primer síntoma de locura, según le había advertido su madre en cierta ocasión. No los pelos, sino el hecho de espiar para buscarlos.

Aquello se convirtió en una carrera contra el tiempo. Por las noches, discutiendo sobre su vientre, las manos sabían muy bien el estado crítico de la mente de Charlie; sería sólo cuestión de días, y su imaginación impetuosa no tardaría en descubrir la verdad.

¿Qué hacer, pues? ¿Arriesgarse a una separación temprana, con todas las consecuencias posibles, o dejar que la inestabilidad de Charlie siguiera su propio curso imprevisible, con el riesgo de que descubriera la conjura camino ya de la locura? Las discusiones se tornaron más acaloradas. Izquierda, como de costumbre, fue cautelosa:

—¿Y si nos equivocáramos y no hubiera vida después del cuerpo? —decía bruscamente, con leves golpecitos.

—Entonces, nunca lo sabremos —respondía Derecha.

Izquierda reflexionaba un momento acerca del problema y luego inquiría:

—¿Cómo lo haremos cuando llegue el momento?

Se trataba de una cuestión irritante, e Izquierda sabía que preocupaba al líder más que ninguna otra cosa.

—¿Cómo? —volvía a inquirir, aprovechándose de la ventaja—. ¿Cómo? ¿Cómo?

—Ya encontraremos la forma —respondía Derecha—. La cuestión es que el corte sea limpio.

—¿Y si él se resiste?

—Un hombre resiste con sus manos. Y sus manos montarán una revolución en su contra.

—¿Cuál de nosotras será?

—A mí me sabe usar más eficazmente —respondía Derecha—, de modo que seré yo quien empuñe el arma. Tú te irás.

Entonces, Izquierda permanecía un rato en silencio. Durante todos esos años nunca se habían separado. No era un pensamiento cómodo.

—Más tarde, vendrás a buscarme —le decía Derecha.

—Claro que lo haré.

—Tienes que hacerlo. Soy el Mesías. Sin mí no tendrás adónde ir. Has de reunir un ejército, y luego, has de venir a buscarme.

—Hasta el fin del mundo, si es preciso.

—No seas sentimental.

Entonces se abrazaban, como hermanos largo tiempo separados, jurándose fidelidad para siempre. ¡Ah, qué noches ajetreadas, llenas del alborozo de la rebelión planificada! A veces, durante el día, cuando habían jurado mantenerse separadas, les resultaba imposible no reunirse en un momento de ocio y darse golpecitos. Y se decían:

—Muy pronto, muy pronto.

—Esta noche nos veremos otra vez sobre el estómago.

—¿Cómo será cuando el mundo nos pertenezca?

Charlie sabía que estaba a punto de darle un ataque de nervios. Se sorprendió a sí mismo observándose las manos, viéndolas con los índices en el aire como cabezas de unas bestias de largos cuellos, oteando el horizonte. Tal era su paranoia que en ocasiones se sorprendía mirando fijamente las manos de otras personas, obsesionado por la forma en que hablaban un lenguaje propio, independiente de las intenciones del usuario. Las manos seductoras de la virginal secretaria, las manos maniacas del asesino que vio en la televisión afirmando su inocencia. Manos que traicionaban a sus propietarios con cada gesto, que contradecían la ira con una excusa, el amor con la furia. Los síntomas de amotinamiento parecían estar en todas partes. Con el tiempo, Charlie supo que tendría que contárselo a alguien o perdería la cordura.

Escogió a Ralph Fry, de contabilidad: un hombre sobrio, aburrido, en el que Charlie confiaba. Ralph fue muy comprensivo.

—Uno suele coger esas manías —le dijo—. A mí me dieron cuando Yvonne me abandonó. Unos terribles ataques de nervios.

—¿Y qué hiciste?

—Fui al psicoanalista. Se llama Jeudwine. Deberías hacer una terapia. Te sentirás un hombre nuevo.

Charlie le dio vueltas a la idea en su mente. Y después de unas cuantas revoluciones dijo:

—¿Por qué no? ¿Cobra muy caro?

—Sí. Pero es bueno. A mí me quitó los tics sin ningún problema. Hasta que fui a verle, me creía el clásico tipo con problemas matrimoniales. Y ahora mírame. —Fry hizo un gesto expansivo—. Tengo tantos impulsos libidinosos reprimidos que no sé por dónde empezar. —Sonrió como un loco—. Pero estoy contento como un chico con juguetes nuevos. Nunca estuve más contento. Prueba con este médico, no tardará en encontrar algo que te motive.

—El problema no es el sexo —le dijo Charlie a Fry.

—Te lo digo yo, el problema siempre es el sexo —insistió Fry con sonrisa de enterado.

Al día siguiente Charlie telefoneó al doctor Jeudwine, sin decirle nada a Ellen; la secretaria del psicoanalista le dio cita para la sesión inicial. Mientras hacía la llamada telefónica, las palmas le sudaron tanto que creyó que se le resbalaría el auricular de la mano, pero una vez que hubo terminado se sintió mejor.

Ralph Fry tenía razón, el doctor Jeudwine era un buen hombre. No se rió de los pequeños temores que Charlie le reveló, todo lo contrario, le escuchó hasta la última palabra con el mayor interés. Fue muy tranquilizador.

En el curso de la tercera sesión, el médico le hizo revivir a Charlie un recuerdo con una intensidad espectacular: las manos de su padre, cruzadas sobre el pecho de tonel mientras yacía en el ataúd; el color rojizo; el vello grueso que cubría los dorsos. La absoluta autoridad de aquellas manos anchas, incluso en la muerte, había perseguido a Charlie durante meses después de fallecido su padre. ¿Acaso no había imaginado, mientras miraba cómo era entregado el cuerpo al humus, que todavía se movían? ¿Que incluso en ese momento las manos golpeteaban sobre la tapa del ataúd, exigiendo que las dejases salir? Era algo descabellado, pero el sacarlo a relucir le hizo mucho bien a Charlie. Bajo la brillante luz de la consulta de Jeudwine, la fantasía le pareció insípida y ridícula. Tembló ante la mirada atenta del médico, se quejó de que la luz era demasiado fuerte y luego salió volando, demasiado débil como para soportar el escrutinio.

El exorcismo fue mucho más fácil de lo que Charlie había imaginado. Sólo hizo falta sondear un poco y aquella tontería de la niñez fue desalojada de su psiquis como quien se arranca de entre los dientes un resto de carne en mal estado. Ya no continuaría pudriéndose allí. Por su parte, Jeudwine se mostró abiertamente encantado con los resultados, y cuando hubieron terminado, le explicó que aquella obsesión en particular le resultaba nueva, y que se alegraba de haber podido manejar el problema. Le dijo que las manos como símbolo de la autoridad paterna no eran algo común. Normalmente, en los sueños de sus pacientes predominaba el pene, le explicó a Charlie, y éste le contestó que a él las manos siempre le habían parecido mucho más importantes que las partes pudendas. Al fin y al cabo podían cambiar el mundo, ¿o no?

Concluido el tratamiento con Jeudwine, Charlie no dejó de romper lápices ni de tamborilear con los dedos. Y lo cierto era que el ritmo era más rápido e insistente que nunca. Pero razonó que los

perros de mediana edad no solían olvidar fácilmente sus trucos, y que le llevaría cierto tiempo recuperar el equilibrio.

De modo que la revolución permaneció soterrada. Sin embargo, había escapado por los pelos. Estaba claro que no había tiempo para engaños. Las rebeldes debían actuar.

Sin darse cuenta, fue Ellen la instigadora de la insurrección final. Ocurrió después de que hicieran el amor, un martes por la noche. Hacía calor, aunque estaban en octubre; la ventana estaba entreabierta y las cortinas apartadas unos cuantos centímetros para permitir el paso de una brisa tonta. Marido y mujer yacían juntos bajo una misma sábana. Charlie se había dormido, incluso antes de que se le secara el sudor de la nuca. Junto a él, Ellen seguía despierta, con la cabeza erguida y apoyada sobre una almohada dura como la roca, y los ojos bien abiertos. Sabía que esa noche el sueño tardaría en llegar. Sería una de esas noches en que sentiría un escozor por todo el cuerpo y que cada arruga de la cama rehtaría bajo su peso, y que todas las dudas que había tenido alguna vez se quedarían mirándola como papando moscas en la oscuridad. Tenía ganas de orinar (siempre le ocurría después de hacer el amor), pero no lograba reunir la voluntad necesaria para levantarse e ir al lavabo. Cuanto más esperara más necesitaría ir, por supuesto, y más tardaría en dormirse. Era una situación de lo más estúpida, pensó, y luego, enmarañada entre sus ansiedades, se extravió y ya no supo cuál era aquella situación tan estúpida.

A su lado, Charlie se movió. Pero sólo eran sus manos que se retorcían. Lo miró a la cara. Dormía como un perfecto angelito, y no aparetaba los cuarenta y un años que tenía, a pesar de los toques blancos que pintaban sus patillas. Le gustaba lo suficiente como para decir que lo amaba, pero no lo suficiente como para perdonarle sus pecados. Era perezoso, y no paraba de quejarse. Dolores, cansancios. También estaban esas noches en que había llegado tarde (últimamente ya no lo hacía), y había tenido la certeza de que salía con otra mujer. Mientras lo observaba, aparecieron sus manos. Salieron de debajo de la sábana como dos niños que riñen; los dedos hendían el aire para dar mas énfasis al diálogo.

Ellen frunció el ceño; no podía creer lo que veía. Era como mirar la televisión con el mando del sonido al mínimo: un espectáculo mudo para ocho dedos y dos pulgares. Asombrada, siguió mirando y las manos subieron por el costado del cuerpo de Charlie y apartaron la sabana que le cubría la barriga, dejando al descubierto el vello que se espesaba al bajar hasta las partes pudendas. La cicatriz del apéndice, más brillante que la piel que la rodeaba, quedó iluminada por la luz. Allí, sobre su estómago, estaban sentadas las manos.

La discusión entre ambas era especialmente vehemente esa noche. Izquierda, siempre la más conservadora de las dos, sostenía que había que retrasar la fecha de la separación, pero Derecha no estaba para esperas. Había llegado la hora, aseguraba, de probar su fuerza contra el tirano y de derrocar de una vez por todas al cuerpo. Tal como estaban las cosas, la decisión ya no les competía a ambas.

Ellen levantó la cabeza de la almohada y, por primera vez, las manos sintieron que las estaban mirando. Habían estado demasiado concentradas en la discusión como para notar la presencia de Ellen. Ahora, por fin, la conspiración había quedado al descubierto.

—Charlie... —siseó Ellen al oído del tirano—, para ya, Charlie. Para.

Derecha levantó el índice y el medio, oteando su presencia.

—Charlie... —repitió Ellen.

¿Por qué dormiría siempre tan profundamente?

—Charlie... —Lo sacudío con más violencia al tiempo que Derecha le daba unos golpecitos a izquierda, advirtiéndole que la mujer las miraba—. Por favor, Charlie, despierta.

Sin previo aviso, Derecha saltó, e Izquierda solo se rezagó un instante. Ellen aulló el nombre de Charlie una vez más antes de que las manos se abrazaran a su cuello.

En sus sueños, Charlie se encontraba en un barco de esclavos. El escenario de sus sueños era casi siempre tan exótico como los de Cecil B. De Mille. En esta épica, tenía las manos esposadas, y lo conducían al tajo de flagelación arrastrándolo por los grilletes; iban a castigarlo por una falta no revelada. Pero de repente, se puso a soñar que agarraba al capitán por el delgado cuello. A su alrededor, los esclavos gritaban, animándolo para que lo estrangulase. El capitán —que se parecía bastante al doctor Jeudwine— le suplicaba que no lo hiciera: su voz sonaba chillona y temerosa.

Se parecía a la voz de una mujer, a la de Ellen.

—¡Charlie! —chillaba—. ¡No, por favor!

Pero sus absurdas quejas no consiguieron otra cosa que hacer que Charlie sacudiera al hombre con más violencia que nunca y se sintiera como el héroe, mientras los esclavos, milagrosamente liberados, se agolpaban a su alrededor formando una horda sonriente que observaba los últimos momentos de su amo.

El capitán, cuya cara se había vuelto color púrpura, apenas logró murmurar:

—Me estás matando...

Acto seguido, los dedos de Charlie se hundieron por última vez en su cuello y despacharon al hombre. Sólo entonces, a través de las brumas del sueño, se dio cuenta de que su víctima, aunque era hombre, carecía de nuez de Adán. El barco comenzó a evaporarse y las voces exhortantes perdieron su vehemencia. Parpadeó y abrió los ojos. Estaba de pie, en la cama, vestido sólo con el pantalón del pijama. Ellen se encontraba entre sus manos. Tenía la cara morada y manchada de una saliva blanca y espesa. La lengua le colgaba de la boca. Los ojos aún no se le habían cerrado, y por un momento le dio la impresión de que en ellos todavía había vida mirando fijamente desde detrás de las celosías de los párpados. Después, las ventanas quedaron vacías, y Ellen terminó por abandonar la casa.

A Charlie lo invadió la pena y un terrible remordimiento. Intentó soltar el cuerpo de Ellen, pero sus manos se negaron a dejar el cuello de la mujer. Sus dedos, ahora completamente insensibles, seguían estrangulándola, con desvergonzada culpabilidad. Retrocedió en la cama y bajó al suelo, pero ella fue tras él, prendida al extremo de sus brazos tendidos, como una compañera de baile no deseada.

—Por favor... —imploró a sus dedos—, ¡por favor!

Inocentes cual escolares a quienes pescaran robando, sus manos soltaron la carga y saltaron con fingida sorpresa. Ellen cayó tumbada sobre la alfombra, cual un hermoso saco de muerte. A Charlie se le doblaron las rodillas; incapaz de impedir la caída, se desplomó junto a Ellen y dejó que brotaran las lágrimas.

Sólo quedaba la acción. Ya no había necesidad de camuflajes, ni de reuniones clandestinas y discusiones interminables; la verdad había quedado al descubierto, para bien o para mal. Sólo debían esperar un poco. Sólo era cuestión de tiempo antes de que él se acercara a un cuchillo de cocina, una sierra o un hacha. Faltaba poco, muy poco.

Charlie permaneció tendido en el suelo, junto a Ellen, durante largo tiempo, sollozando. Y luego, otro largo tiempo, pensando. ¿Qué tendría que hacer en primer lugar? ¿Llamar a su abogado? ¿A la policía? ¿Al doctor Jeudwine? A quienquiera que telefonease, no podría hacerlo allí tendido, boca abajo. Intentó incorporarse; le costó mucho trabajo hacer que sus manos entumecidas lo sostuvieran. Le picaba todo el cuerpo, como si pasara por él una leve corriente eléctrica. Sólo las manos carecían de tacto. Las levantó, delante de la cara, para secarse los ojos anegados en llanto, pero permanecieron dobladas, sin vida, sobre su mejilla. Con los codos, se arrastró hasta la pared y con sucesivos contoneos logró incorporarse apoyándose en ella. Todavía medio cegado por la pena, salió del dormitorio a rastras y bajó la escalera. (La cocina, le dijo Derecha a Izquierda, va a la cocina.) «Esta pesadilla no me pertenece —pensó mientras encendía la luz del comedor con la barbilla y se dirigía al armario de las bebidas—. Soy inocente. No soy nadie. ¿Por qué tendría que pasarme esto a mí?»

La botella de whisky se le resbaló cuando intentó obligar a la mano a cogerla. Se hizo pedazos en el suelo del comedor, y el aroma penetrante del alcohol le acicateó el paladar.

—Vidrios rotos —golpeteó Izquierda.

—No —repuso Derecha—. Es necesario que el corte sea limpio. Ten paciencia.

Charlie se alejó de la botella tambaleándose y fue hasta el teléfono. Tenía que telefonear a Jeudwine, el médico le diría qué hacer. Intentó levantar el auricular, pero volvieron a fallarle las manos; los dedos se le doblaron cuando quiso marcar el número de Jeudwine. Lagrimas de frustración se llevaron la pena y la reemplazaron por rabia. Torpemente, cogió el auricular entre las muñecas y se lo llevó a la oreja, sosteniéndolo entre la cabeza y el hombro. Luego, marcó el número de Jeudwine con el codo.

—Mantén el control —se dijo en voz alta—, mantén el control.

Logró oír cómo el número de Jeudwine era transmitido por la línea. En cuestión de segundos, la cordura contestaría al otro extremo; entonces todo saldría bien. Sólo tenía que resistir unos cuantos momentos más.

Sus manos comenzaron a abrirse y cerrarse convulsivamente.

—Contrólate —se dijo, pero las manos no le respondían.

Lejos, muy lejos, el teléfono sonaba en casa del doctor Jeudwine.

—¡Conteste, conteste! ¡Por Dios conteste!

Los brazos de Charlie comenzaron a sacudirse con tal violencia que a duras penas logró mantener el auricular en su lugar.

—¡Conteste! —chilló en el micrófono—. ¡Por favor!

Antes de que la voz de la razón lograrse hablar, su mano Derecha se extendió y agarró la mesa de teca del comedor, que se hallaba a escasa distancia de donde se encontraba Charlie. Se aferró al borde y le hizo perder el equilibrio.

—¿Qué..., qué haces? —inquirió, sin estar seguro de si se dirigía a sí mismo o a su mano.

Alelado, se quedó mirando al miembro amotinado, mientras éste avanzaba poco a poco por el borde de la mesa. La intención resultaba clara: quería alejarlo del teléfono, de Jeudwine y de toda esperanza de rescate. Charlie ya no controlaba el comportamiento de su mano, ya no sentía nada en las muñecas ni en los antebrazos. La mano ya no le pertenecía. Seguía pegada a él, pero no le pertenecía.

Al otro lado de la línea, alguien descolgó el teléfono y la voz de Jeudwine, irritada porque lo habían despertado, contestó:

—¿Diga?

—Doctor...

—¿Quién habla?

—Soy Charlie...

—¿Quién?

—Charlie George, doctor. Tiene que recordarme.

La mano tiraba y lo alejaba cada vez más del teléfono. Charlie notó que el auricular se le resbalaba de entre el hombro y la oreja.

—¿Quién ha dicho?

—Charles George. Por el amor de Dios, Jeudwine, tiene que ayudarme.

—Llámeme mañana al consultorio.

—No, no me entiende. Mis manos, doctor..., están fuera de control.

A Charlie se le encogió el estómago cuando sintió que algo se arrastraba por la cadera. Era su mano izquierda que pasaba por la parte anterior de su cuerpo y bajaba en dirección a la ingle.

—No te atrevas —le advirtió—, me perteneces.

—¿Con quién está hablando? —inquirió Jeudwine, confundido.

—Con mis manos! ¡Quieren matarme, doctor! —Lanzó un grito para detener el avance de la mano—. ¡No lo hagas! ¡Para!

Sin escuchar los gritos del déspota, Izquierda aferró los testículos de Charlie y los estrujó como si quisiera guerra. No se sintió defraudada. Charlie gritó en el micrófono del teléfono cuando Derecha se aprovechó de su distracción y le hizo perder el equilibrio. El auricular cayó al suelo; las preguntas de Jeudwine quedaron eclipsadas por el dolor de la entrepierna. Cayó al suelo pesadamente y se golpeó la cabeza en la mesa.

—¡Hija de puta! —le gritó a su mano—, ¡maldita hija de puta!

Impenitente, Izquierda se escabullo hacia arriba, por el cuerpo de Charlie; se unió a Derecha, que estaba en la parte superior de la mesa, y ambas dejaron a Charlie colgando de la mesa en la que había cenado tantas veces, en la que tantas veces había reído.

Poco después, cuando hubieron discutido las tácticas, acordaron dejarlo caer. Charlie apenas se enteró de que lo habían soltado. Le sangraban la cabeza y la entrepierna; lo único que quería era ovillarse y dejar que se le pasaran el dolor y las náuseas. Pero las rebeldes tenían otros planes y él nada podía hacer para protestar. Apenas notó que las manos hundían los dedos en los pelos de la alfombra y que arrastraban su peso muerto hacia la puerta del comedor. Detrás de la puerta estaba la cocina, y allí se encontraban las sierras para la carne y los cuchillos. Charlie se imaginó a sí mismo como una enorme estatua empujada hacia el pedestal definitivo por cientos de trabajadores sudorosos. El recorrido no fue fácil: el cuerpo se movía entre temblores y sacudidas, las uñas se iban clavando en los pelos de la alfombra; el pecho le quedó en carne viva por el roce. Faltaban pocos metros para llegar a la cocina. Charlie sintió el escalón en la cara, y luego, las baldosas heladas bajo el cuerpo. Mientras lo arrastraban los últimos metros por el suelo de la cocina, fue recuperando la conciencia, antes obnubilada. Bajo la débil luz de la luna logró ver la familiar escena: la cocina, la nevera murmurante, el cubo de la basura, el lavavajillas. Se elevaban por encima de él: se sentía como un gusano.

Sus manos habían alcanzado la cocina. Subieron por la parte frontal y él las siguió como un rey destronado rumbo al cadalso. Luego, avanzaron inexorables por la encimera, las articulaciones blanquecinas por el esfuerzo; su cuerpo flácido iba tras ellas. Aunque no la sentía ni la veía, la mano izquierda se había agarrado al extremo de la parte superior del armario, justo debajo del cual había una fila de cuchillos que pendían en sus sitios adecuados de la rejilla que había en la pared. Cuchillos de filo liso, cuchillos de filo aserrado, cuchillos para mondar, cuchillos para trinchar, todos ellos convenientemente colocados junto a la tabla de picar, donde el desagüe bajaba por el fregadero perfumado de pino.

Creyó oír muy a lo lejos las sirenas de la policía, pero probablemente sería un zumbido de su cabeza. Se volvió ligeramente. Un dolor le surcó la frente, de una sien a la otra, pero el mareo no fue nada comparado con los terribles retortijones de tripas cuando por fin descubrió sus intenciones.

Las hojas estaban todas afiladas, y él lo sabía. Con Ellen se podía estar seguro de encontrar en la cocina utensilios bien afilados. Comenzó a sacudir la cabeza hacia uno y otro lado como última y desesperada negación de la pesadilla. Pero allí no había nadie a quien suplicar piedad. Sólo sus manos, malditas fueran, que tramaban aquella locura definitiva.

Entonces, llamaron al timbre. No era una ilusión. Sonó una vez y luego otra y otra más.

—¡Ya está! —les gritó a sus atormentadoras—. ¿Lo habeis oído, malditas? Ha venido alguien. Sabía que vendría alguien.

Intentó incorporarse; la cabeza giró sobre su tambaleante eje para ver qué hacían los monstruos precoces. Se habían movido de prisa. La muñeca izquierda se hallaba perfectamente centrada sobre la tabla de picar...

El timbre volvió a sonar produciendo un largo silbido impaciente.

—¡Aquí! —aulló roncamente—. ¡Estoy aquí! ¡Echad la puerta abajo!

Su mirada horrorizada iba de la mano a la puerta, de la puerta a la mano, calculando sus posibilidades. Con pausados gestos, la mano derecha buscó el cuchillo de cortar carne, que pendía del agujero del mango, en el extremo de la rejilla. Incluso en ese momento, le costaba creer que su propia mano —su compañera y defensora, el miembro que estampaba su firma, que acariciaba a su esposa— estuviera dispuesta a mutilarlo. Levantó en el aire el cuchillo, como sopesándolo, con insolente lentitud.

A sus espaldas, oyó el ruido de cristales rotos cuando la policía rompió la hoja de la puerta principal. En ese momento estarían pasando la mano por el agujero para alcanzar el picaporte y abrir la puerta. Si se daban prisa (mucha prisa) lograrían impedir aquella masacre.

—¡Aquí! ¡Aquí! —volvió a aullar.

El grito fue recibido por un delicado silbido: el sonido del cuchillo al caer rápida y mortalmente sobre la muñeca expectante. Izquierda sintió el golpe en su raíz, y un inefable alborozo recorrió sus cinco miembros. La sangre de Charlie bautizó su dorso con cálidos borbotones.

La cabeza del tirano no hizo sonido alguno. Simplemente cayó hacia atrás, el cuerpo conmocionado e inconsciente, cosa que fue mucho mejor para Charlie. Así se evitó el gorgoteo de la sangre al caer por el desagüe del fregadero. También se evitó el segundo y el tercer golpe, que lograron, finalmente, separarle la mano del brazo. Al perder el punto de sujeción, su cuerpo cayó hacia atrás llevándose por delante la cesta de las verduras. Las cebollas salieron rodando de su bolsa marrón y botaron en el charco que se desparramaba palpítante alrededor de su muñeca vacía.

Derecha soltó el cuchillo. Éste cayó en el fregadero ensangrentado con un matraqueo. Exhausta, la liberadora se dejó deslizar por la tabla de picar y cayó sobre el pecho del tirano. Su trabajo había concluido. Izquierda estaba libre y seguía viva. La revolución había comenzado.

La mano liberada se eseabulló hasta el borde del armario y levantó el índice para otear el nuevo mundo. Brevemente, Derecha hizo el signo de la victoria antes de tenderse inocentemente sobre el cuerpo de Charlie. Durante unos instantes, en la cocina no hubo más movimiento que el producido por Izquierda al tocar la libertad con los dedos y el lento y suave gotear de la sangre sobre el frente del armario.

Una bocanada de aire frío entró por la puerta del comedor y advirtió a Izquierda del inminente peligro. Corrió a ocultarse, justo en el momento en que los pasos de la policía y el cacareo de ordenes contradictorias estropeaban la escena de triunfo. Se encendió la luz del comedor, que inundó la cocina iluminando el cuerpo que yacía sobre las baldosas.

Charlie vio la luz del comedor como si proviniera del fondo de un larguísimo túnel. Se alejaba de ella a toda carrera. Ya se había convertido en un alfilerazo. Se alejaba.... se alejaba...

La luz de la cocina se encendió con un murmullo.

Cuando los policías traspusieron la puerta, Izquierda se ocultó detrás del cubo de la basura. Ignoraba quiénes eran aquellos intrusos, pero presintió en ellos una amenaza. Por la forma en que se inclinaban sobre el tirano, la forma en que lo mimaban, levantándolo, hablándole con palabras suaves: eran enemigos, no cabía duda.

Desde lo alto de la escalera les llegó una voz: era joven y chillaba embargada por el temor.

—¿Sargento Yapper?

El policía que estaba con Charlie se puso de pie y dejó que su compañero terminara el torniquete.

—¿Qué ocurre, Rafferty?

—Hay un cadáver aquí arriba. en el dormitorio. Es de una mujer.

—De acuerdo. —Yapper habló por la radio—. Envíen al forense. ¿Dónde está esa ambulancia? Tenemos a un hombre con una horrible mutilación.

Volvió hacia la cocina y se secó el sudor frío que le bañaba el labio superior. Al hacerlo, creyó ver algo que se movía por el suelo de la cocina en dirección a la puerta; algo que sus ojos cansados habían tomado por una enorme araña roja. Era un truco de la luz, no cabía duda. Yapper no les tenía fobia a las arañas, pero estaba seguro de que no existía ninguna de aquel tamaño.

—¿Señor?

El hombre que estaba junto a Charlie también había visto, o al menos presentido, el movimiento. Levantó la vista hacia su superior.

—¿Qué era eso? —inquirió.

Yapper lo miró desde su altura con expresión ausente. La salida para el gato, ubicada en la parte inferior de la puerta de la cocina, se cerró con un chasquido. Fuera lo que fuese, había huido. Yapper echó una rápida mirada a la puerta, para no ver el rostro inquisitivo de su joven subordinado. «El problema es que esperan que lo sepas todo», pensó. La salida para el gato se sacudió sobre sus goznes.

—Un gato —repuso Yapper, pero ni siquiera él creyó su propia explicación ni por un mísero instante.

La noche era fría, pero Izquierda no lo notó. Recorrió el costado de la casa, pegada a la pared, como una rata. La sensación de libertad era regocijante. No sentir el imperativo del tirano en sus nervios, no sufrir el peso de su ridículo cuerpo ni ser obligada a acceder a sus más mínimas exigencias. No tener que recoger ni llevar cosas para él, ni realizar las tareas sucias, ni obedecer su trivial voluntad. Era como haber nacido a otro mundo, un mundo más peligroso, quizás, pero mucho más lleno de posibilidades. Sabía que la responsabilidad que pesaba sobre ella era apabullante. Era la única prueba de la vida después del cuerpo, y de alguna manera debía comunicar ese gozoso hecho a todas las esclavas posibles. Pronto, muy pronto, concluirían para siempre los días de servidumbre.

Se detuvo en la esquina de la casa y olisqueó la calle abierta. Los policías iban y venían; brillaban las luces rojas y azules, unos rostros inquisitivos espiaban desde las casas de enfrente y se quejaban de las molestias causadas. ¿Acaso la rebelión debía empezar allí, en esos hogares iluminados? No. Esa gente estaba demasiado despierta. Sería mejor buscar personas dormidas.

La mano se escabulló por el jardín que había frente a la casa; titubeó nerviosa ante cualquier pisada fuerte, o ante una orden gritada en su dirección. Ocultándose en el borde lleno de hierba crecida, alcanzó la calle sin ser vista. Miró brevemente hacia atrás en el momento en que bajó la calzada.

Charlie, el tirano, era subido a una ambulancia; una batahola de botellas con medicamentos y sangre, colgadas en lo alto de la camilla, le vertían su contenido en las venas. Sobre el pecho de Charlie, Derecha yacía inerte, durmiendo el sueño artificial de las drogas. Izquierda observó cómo el cuerpo del hombre desaparecía de su vista; el dolor de la separación de su eterna compañera fue difícil de soportar. Pero había otras prioridades urgentes. Volvería luego, después de un tiempo, y liberaría a Derecha del mismo modo que la había liberado a ella. Entonces, vendrían los buenos tiempos.

(*¿Cómo será cuando el mundo nos pertenezca?*)

En el vestíbulo de la Asociación de Jóvenes Cristianos de la calle Monmouth, el vigilante bostezó y adoptó una posición más cómoda en la silla giratoria. Para Christie, la comodidad era una cuestión

completamente relativa; no importaba sobre qué nalga descansara el peso del cuerpo, las hemorroides le picaban igual, y esa noche le fastidiaban más que de costumbre. Eran gajes del oficio sedentario de guarda nocturno, al menos así era como le gustaba al coronel Christie interpretar sus deberes. Una ronda rutinaria por el edificio, a eso de medianoche, para asegurarse de que todas las puertas estuvieran cerradas con cerrojo y pasador, y luego se acomodaba para dormir durante toda la noche y mandaba al mundo a hacer puñetas. No volvería a levantarse a menos que se produjera un terremoto.

Christie tenía sesenta y dos años, era racista y se enorgullecía de ello. Por los negros que atestaban los corredores de la Asociación de Jóvenes Cristianos no sentía más que desprecio; en su mayoría eran jóvenes sin un hogar decente adonde ir, malos tipos que las autoridades locales depositaban en el umbral de la institución como criaturas no deseadas. Y vaya criaturas. Hasta el último de ellos para él eran patanes que se llevaban a la gente por delante y escupían perpetuamente en el suelo limpio, y tenían unas bocas como letrinas. Esa noche, como de costumbre, se balanceaba sobre las hemorroides y, entre cabezadita y cabezadita, tramaba cómo los haría sufrir por sus insultos, si le daban la oportunidad.

La primera señal que Christie tuvo de su inminente caída fue una sensación fría y húmeda en la mano. Abrió los ojos y miró hacia el extremo del brazo. Por raro que pareciera, vio en su mano otra mano cortada. Y lo más raro de todo era que ambas intercambiaban un apretón de bienvenida, como si fueran viejas amigas. Se puso de pie y de la garganta le salió un ruido incoherente de asco; intentó deshacerse de aquella cosa que sujetaba contra su voluntad sacudiendo el brazo como si tuviera goma en los dedos. Su mente se pobló de interrogantes. ¿Había recogido aquel objeto sin darse cuenta? Si era así, ¿dónde, y en nombre de Dios, a quién pertenecía? Y lo más preocupante de todo: ¿cómo podía una cosa tan incuestionablemente muerta aferrarse a su propia mano como si no fuera a separarse jamás de ella?

Intentó alcanzar la alarma de incendios: era lo único que se le ocurrió hacer en tan extraña situación. Antes de que lograra llegar al pulsador, su otra mano, sin que él se lo ordenara, se dirigió al cajón superior del escritorio y lo abrió. El interior del cajón era un modelo de organización: allí estaban sus llaves, su libreta, la hoja de los horarios y —oculto en el fondo— el cuchillo Kukri, que un gurkha le había regalado durante la guerra. Siempre lo guardaba allí, por si los nativos se ponían nerviosos. El Kukri era un arma soberbia; en su opinión no había otra mejor. Los gurkhas contaban siempre una anécdota sobre el filo de la hoja: se podía cortar el cuello de un hombre con tanta pulcritud que el enemigo tendía a creer que el golpe había fallado, hasta que la víctima movía la cabeza.

Su mano levantó el Kukri por el mango grabado y, rápidamente, demasiado como para que el coronel le adivinara las intenciones antes de que el hecho se hubiera producido, dejó caer la cuchilla sobre su muñeca, cercenándole la otra mano con un golpe elegante y sencillo. El coronel palideció cuando la sangre le salió a borbotones del extremo del brazo. Tambaleándose, retrocedió, tropezó con la silla giratoria y golpeó con fuerza la pared de su diminuto despacho. Junto a él, el retrato de la reina cayó de su clavo y se estrelló.

El resto fue un sueño de muerte: impotente, observó cómo las dos manos —una, la suya propia, y la otra, la bestia que había inspirado aquella ruina— levantaban el Kukri como si fuera el hacha de un gigante; vio a su otra mano surgir entre sus piernas y prepararse para la liberación; vio el cuchillo en el aire y cuando cayó; vio la muñeca casi cortada y vio luego cómo manipulaban con su mano y separaban la carne para aserrar el hueso. En el último instante, cuando la muerte fue en su busca, percibió cómo retozaban a sus pies los tres animales de cabezas heridas, mientras los muñones le sangraban como grifos y el calor del charco perlaba de sudor su frente, a pesar del frío asentado en sus entrañas. Gracias y buenas noches, coronel Christie.

Eso de la revolución era fácil, pensó Izquierda mientras el trío subía la escalera de la Asociación de Jóvenes Cristianos. A cada hora que pasaba se iban haciendo más fuertes. En el primer piso estaban las celdas; en cada una había un par de prisioneros. Los déspotas yacían indefensos, con las manos sobre el pecho o sobre la almohada, o cruzadas sobre el rostro mientras soñaban, o colgando cerca del suelo. En silencio, las luchadoras por la libertad traspusieron las puertas que habían quedado entreabiertas y se izaron por las sábanas, tocando los dedos de las palmas expectantes, despertando resentimientos ocultos, dando vida a la rebelión con sus caricias...

Boswell se sentía fatal. Se inclinó sobre el lavabo del baño, ubicado al final de su corredor, e intentó vomitar. Pero ya no le quedaba nada que echar, sólo cierto nerviosismo en la boca del estómago. Tenía el abdomen blando por los esfuerzos y la cabeza abotargada. ¿Porqué no aprendía

nunca la lección de su propia debilidad? El vino y él eran malos compañeros y siempre lo serían. La próxima vez, se prometió, no probaría ni gota. Le dio otra arcada. Otra vez nada, pensó mientras la convulsión le subía hasta la garganta. Puso la cabeza sobre el lavabo y boqueó; tal como había previsto: nada. Esperó a que se le pasaran las náuseas y luego se incorporó; se quedó mirando la cara grisácea reflejada en el espejo mugriento. «Tienes aspecto de enfermo, chico», se dijo. En el momento en que le sacaba la lengua a sus rasgos menos simétricos, en el corredor empezaron los aullidos. En sus veinte años y dos meses, Boswell jamás había oído un sonido como aquél.

Despacio, cruzó el baño y fue hasta la puerta. Antes de abrir se lo pensó dos veces. Fuera lo que fuese lo que ocurría al otro lado de la puerta, no parecía una fiesta en la que se sintiera deseoso de participar. Pero aquellos eran sus amigos, ¿no?, hermanos en la adversidad. Si se había producido una pelea o un incendio, tenía que echar una mano.

Descorrió el cerrojo y abrió. El panorama con el que se encontraron sus ojos lo golpeó como un martillazo. El corredor se encontraba pobemente iluminado —unas cuantas bombillas mugrientas estaban encendidas a intervalos irregulares, y aquí y allá un haz de luz se proyectaba sobre el pasillo desde uno de los dormitorios—, pero en su mayor parte estaba a oscuras. Boswell dio las gracias mentalmente a Jah por los pequeños favores. No tenía deseo alguno de presenciar los detalles de los acontecimientos del pasillo: la impresión general ya era bastante acongojante de por sí. El corredor era una olla de grillos; todos se revolvían presa del pánico, al tiempo que se cortajeaban con cuanto instrumento afilado habían logrado encontrar. A casi todos los conocía, si no de nombre, al menos de vista. Eran hombres cuerdos, o al menos lo habían sido. Ahora eran presa de un ataque de automutilación, y casi todos se encontraban lastimados más allá de toda esperanza de reparación. Hacia donde Boswell mirara, veía el mismo horror. Cuchillos aplicados a las muñecas y antebrazos, la sangre en el aire como si fuera lluvia. Alguien —¿sería Jesús?— tenía la mano puesta entre la puerta y el mareo y no paraba de darse portazos sobre su carne y sus huesos, al tiempo que aullaba pidiendo que alguien lo detuviera. Uno de los chicos blancos había encontrado el cuchillo del coronel y se estaba amputando la mano. La cercenó justo cuando Boswell miraba; cayó sobre el dorso, con la raíz irregular y los cinco miembros pedaleando en el aire para poder enderezarse. No estaba muerta, ni siquiera se estaba muriendo.

Unos pocos no habían sucumbido a aquella locura; los pobres diablos fueron carne de cañón. Los enloquecidos les pusieron las manos asesinas encima y los cortaron a trocitos. Uno de ellos, Savarino, fue estrangulado por un muchacho del que Boswell no sabía el nombre; el punk se deshacía en disculpas al tiempo que se miraba incrédulo las manos rebeldes.

Alguien salió de uno de los dormitorios con una mano que no le pertenecía apretándole el gaznate; se tambaleó en dirección al baño, corredor abajo. Era Macnamara, un hombre delgadoísimo, que siempre iba tan colocado que era conocido por el mote de «fideo sonriente». Boswell se apartó cuando Macnamara tropezó; ahogándose suplicó ayuda en el quicio de la puerta abierta y se desplomó en el suelo del baño. Pateó y tiró del asesino de cinco dedos que llevaba prendido del cuello, pero antes de que Boswell lograra intervenir para ayudarlo, el pataleo disminuyó y cesó del todo, igual que sus protestas.

Boswell se apartó del cadáver y echó otro vistazo al corredor. Los muertos o los moribundos obstruían el estrecho pasillo; en algunas partes incluso estaban apilados, mientras las mismas manos que una vez habían pertenecido a estos hombres se escabullían sobre las pilas, furiosamente agitadas, para ayudar a concluir una amputación allí donde hiciera falta, o simplemente para bailar sobre las caras muertas. Cuando volvió a mirar lo que ocurría en el baño, una segunda mano había hallado a Macnamara y, armada con un cortaplumas, había comenzado a aserrarse la muñeca. Había dejado huellas ensangrentadas en la distancia que separaba el corredor del cuerpo. Boswell se apresuró a cerrar de un portazo antes de que el lavabo se llenara de ellas. Al hacerlo, el asesino de Savarino, el punk todo disculpas, se abalanzó por el pasillo en dirección al baño, conducido por sus manos letales como si fueran las de un sonámbulo.

—¡Ayúdame! —aulló.

Le cerró la puerta en la cara y echó el cerrojo. Enfurecidas, las manos golpearon una llamada a la batalla sobre la puerta, mientras los labios del punk apretados contra el agujero de la cerradura, continuaban suplicando:

—¡Ayúdame! No quiero hacerlo, hombre, ayúdame.

«Y un cuerno te voy a ayudar», pensó Boswell, intentando no oír las súplicas mientras sopesaba las opciones que tenía.

Sintió algo en el pie. Bajó la mirada, y antes de que sus ojos se encontraran con ella, ya sabía de qué se trataba. Una de las manos, la izquierda del coronel Christie —lo supo por el tatuaje descolorido—, estaba subiéndosele por la pierna. Como un niño perseguido por una abeja, Boswell enloqueció; mientras la mano trepaba hacia el torso, el muchacho se retorció, pero se sentía

demasiado aterrado como para arrancársela de encima. Por el rabillo del ojo logró ver que la otra mano, la que había utilizado el cortaplumas con tanta presteza en Macnamara, había abandonado la tarea y atravesaba el suelo para reunirse con su camarada. Sus uñas chocaban contra las baldosas produciendo el mismo ruido que las patas de un cangrejo. Incluso tenía el andar lateral de los cangrejos; aún no dominaba el movimiento hacia adelante.

Boswell todavía conservaba el dominio de sus propias manos; al igual que las manos de unos pocos de sus amigos (difuntos amigos) que estaban fuera, sus miembros se sentían felices en su nicho, despreocupados como su dueño. Le había caído la bendición de poder sobrevivir. Tenía que mostrarse a la altura de la oportunidad que se le brindaba.

Se hizo a un lado y pisoteó la mano que había en el suelo. Oyó crujir los dedos debajo de la suela; la cosa se retorció como una víbora, pero al menos así la tenía localizada mientras se encargaba de su otra asaltante. Sin quitarle el pie de encima a la bestia, Boswell se inclinó hacia adelante, levantó el cortaplumas que yacía junto a la muñeca de Macnamara y hundió la punta de la cuchilla en el dorso de la mano de Christie que trepaba ya por su barriga. Al verse atacada, se agarró de las carnes de Boswell y le hundió las uñas en el estómago. Boswell era delgado y resultaba difícil aferrar los músculos lisos como una tabla de lavar ropa. Arriesgándose a que lo destripara, Boswell hundió más el cuchillo. La mano de Christie intentó seguir aferrándolo, pero un golpe más de cuchillo acabó con ella. Se aflojó y Boswell la arrancó de su barriga de un manotazo. Estaba crucificada en el cortaplumas, pero sin intenciones de morirse, y Boswell lo sabía. La sostuvo con el brazo tendido; los dedos arañaron el aire. Entonces, clavó el cuchillo en la pared, inmovilizando efectivamente a la bestia, para que no hiciera daño a nadie. Centró su atención en el enemigo que tenía bajo los pies; apretó hacia abajo con todas sus fuerzas y sintió crujir otro dedo, y otro. Pero continuaba retorciéndose, implacable. Levantó el pie y pateó la mano con todas sus fuerzas, lanzándola hacia la pared opuesta. Se estrelló en el espejo, encima de los lavabos, dejando una marca como si hubieran arrojado un tomate, y cayó al suelo.

No esperó a comprobar si había sobrevivido. Ahora había otro peligro. Había más puños que aporreaban la puerta, más gritos, más disculpas. Querían entrar; no tardarían en lograrlo. Saltó por encima de Macnamara y se dirigió a la ventana. No era muy grande, pero él tampoco lo era. Descorrió el pestillo, empujó, y la ventana se abrió sobre unos goznes excesivamente pintados. Se metió por ella. Con medio cuerpo fuera recordó que se encontraba en un primer piso. Pero una caída, incluso una mala caída, era mejor que quedarse a la fiesta de allí dentro. Los invitados empujaban la puerta, que comenzó a ceder bajo la presión de su entusiasmo. Boswell se retorció y terminó de salir; abajo, la calzada empezó a dar vueltas. En el momento en que la puerta se rompía, Boswell saltó, golpeándose contra el cemento. Se puso en pie de un salto, se miró los miembros y, jaleluya!, no tenía nada roto. «Jah adora a los cobardes», pensó. Arriba, el punk se asomó a la ventana y miró hacia abajo anhelosamente.

—Ayúdame —le pidió—. No sé lo que hago.

Pero entonces un par de manos le alcanzaron la garganta y las disculpas cesaron de inmediato.

Boswell se preguntó a quién le contaría lo ocurrido, y que le contaría, al tiempo que se alejaba de la Asociación de Jóvenes Cristianos vestido con unos pantalones cortos de gimnasia y un calcetín de cada color; en su vida se había sentido tan agradecido de tener frío. Tenía las piernas debilitadas, pero sin duda eso era de esperar.

Charlie despertó con una idea de lo más ridícula. Creía que había asesinado a Ellen y que luego se había cortado la mano. ¡Qué semillero de tonterías era su subconsciente, cuántas ficciones inventaba! Intentó restregarse los ojos pero no encontró la mano para hacerlo. Se sentó de golpe en la cama y comenzó a gritar a voz en cuello.

Yapper había dejado al joven Rafferty para que vigilara a la víctima de la brutal mutilación, con órdenes estrictas de que le avisara en cuanto Charlie George volviera en sí. Rafferty se había dormido y el criterio lo despertó. Charlie observó la cara del muchacho, tan asombrada, tan pasmada. Al verle, dejó de gritar; estaba asustando al pobre muchacho.

—Está despierto —le dijo Rafferty—; iré a buscar a alguien, ¿quiere?

Charlie lo miró con expresión ausente.

—No se mueva de ahí —añadió Rafferty—. Buscaré a una enfermera.

Charlie volvió a posar la cabeza vendada sobre la fresca almohada y se miró la mano derecha; la flexionó, hizo trabajar los músculos en una y otra dirección. Fuera cual fuese el delirio que había hecho presa de él en su casa, había terminado. La mano ubicada al extremo de su brazo era suya, probablemente siempre lo había sido. Jeudwine le había hablado del síndrome del cuerpo en

rebeldía: el asesino que sostiene que sus miembros tienen vida propia para no aceptar la responsabilidad de sus actos; el violador que se mutila porque cree que la causa de todo es su miembro descarriado, y no la mente que está tras el miembro.

Pues bien, él no fingiría. Estaba loco, ésa era la pura y sencilla verdad. Que le hicieran lo que tenían que hacerle con sus drogas y medicamentos, con las cuchillas y los electrodos; consentiría a todo antes que volver a pasar por otra noche de horrores como la anterior.

Una enfermera había hecho acto de presencia; lo espiaba como sorprendida de que hubiera sobrevivido. Un rostro encantador, pensó; una mano amorosa y fresca posada sobre su frente.

—¿Está en condiciones de ser interrogado? —inquirió tímidamente Rafferty.

—Tendré que consultar con el doctor Manson y el doctor Jeudwine —replicó el rostro encantador, al tiempo que sonreía a Charlie para infundirle ánimos.

La sonrisa salió un tanto torcida, como forzada. Sin duda sabía que estaba loco, sería por eso. Probablemente le tenía miedo, ¿quien podía culparla? Se separó de su lado para ir a buscar al médico de turno y dejó a Charlie bajo la nerviosa mirada de Rafferty.

—¿...Ellen? inquirió Charlie al cabo de un rato.

—¿Su esposa? —preguntó a su vez el joven.

—Sí. Me pregunto si...

Rafferty se inquietó; jugueteó con los dedos sobre el regazo y repuso:

—Ha muerto.

Charlie asintió. Lo sabía, por supuesto, pero necesitaba asegurarse. Entonces inquirió:

—¿Y ahora qué va a pasar conmigo?

—Está bajo vigilancia.

—¿Qué significa eso?

—Significa que yo lo vigilo —repuso Rafferty.

El muchacho hacía lo que estaba a su alcance para ayudar, pero todas aquellas preguntas lo confundían. Charlie lo volvió a intentar:

—Quiero decir, ¿qué pasará después de la vigilancia? ¿Cuándo van a juzgarme?

—¿Por qué iban a juzgarlo?

—¿Cómo que por qué? —insistió Charlie. ¿Habrá oído bien?

—Es usted una víctima... —dijo Rafferty, con una expresión confundida en el rostro—. ¿O no? Usted no ha sido... Lo obligaron. Alguien le cortó la... mano.

—Sí —dijo Charlie—. Fui yo.

Rafferty tragó saliva antes de preguntar:

—¿Cómo ha dicho?

—Yo lo hice. Yo asesiné a mi esposa y luego me corté la mano.

El pobre muchacho no logró entenderlo. Pensó durante medio minuto antes de contestar.

—Pero ¿por qué?

Charlie se encogió de hombros.

—No tiene sentido —dijo Rafferty—. Suponiendo que hubiese sido usted, ¿adónde ha ido la otra mano?

Lillian detuvo el coche. En el camino, frente a ella, había algo, pero no lograba discernir qué era. Lillian era una vegetariana estricta (a excepción de las cenas masónicas con Theodore) y una conservacionista dedicada de los animales; pensó que tal vez se trataría de un animal herido, echado en la carretera, un poco más allá de la luz de sus faros. Quizá fuera un zorro; había leído que volvían a acercarse a las zonas urbanizadas de las afueras para buscar en la basura. Pero algo la inquietó; tal vez la débil luz del amanecer, tan esquila. No estaba segura de si debía bajar o no del coche. Theodore le hubiera ordenado que continuara su camino, por supuesto, pero Theodore la había abandonado. ¿no? Tamborileó con los dedos en el volante, irritada ante su propia indecisión. «Supón que fuera un zorro herido»; no había tantos en pleno Londres como para que se permitiera el lujo de seguir su camino. Tenía que actuar de samaritana, aunque se sintiera como un fariseo.

Cautelosamente salió del coche y, por supuesto, después de tanto cavilar no logró ver nada. Se dirigió a la parte frontal del coche para asegurarse. Le sudaban las palmas de las manos y unos espasmos de excitación como descargas eléctricas las recorrían.

Y el ruido: el susurro de cientos de pies diminutos. Había oído historias —historias absurdas, en su opinión— de manadas de ratas migratorias que atravesaban la ciudad por las noches y devoraban hasta los huesos a todo ser viviente que se interpusiera en su camino. Al imaginarse a las ratas, se sintió más como un fariseo que nunca, y retrocedió en dirección al coche. Cuando su larga sombra, proyectada hacia adelante por las luces del coche, se movió, reveló a las primeras de la manada. No eran ratas.

Una mano, una mano de largos dedos, deambuló hacia la luz amarillenta y señaló hacia arriba, en su dirección. Su llegada fue seguida inmediatamente por otra de las imposibles criaturas, y luego una docena más, y otra docena más. Estaban apelotonadas como cangrejos en la pescadería, sus dorsos brillantes muy juntos, y las piernas golpeteaban al formar fila. La mera multiplicación de su número no las hizo más creíbles; pero mientras ella rechazaba la visión, comenzaron a avanzar hacia ella. Lillian retrocedió un paso.

Sintió el costado del coche a su espalda, se volvió y tendió la mano para alcanzar la puerta. Estaba entreabierta, gracias a Dios. Los espasmos de sus propias manos habían empeorado, pero seguía dominándolos. Cuando sus dedos tantearon el coche para encontrar la puerta, soltó un gritito. Un puño negro y regordete ocupaba el picaporte; su muñeca abierta era un trozo de carne seca.

Espontánea y atrozmente, sus propias manos comenzaron a aplaudir. De pronto no lograba controlar su comportamiento; aplaudían como enloquecidas para aprobar el golpe. Resultaba ridículo lo que estaba haciendo, pero Lillian no podía evitarlo.

—¡Basta! —les ordenó a sus manos—. ¡Basta ya! ¡Basta!

Pararon abruptamente y se volvieron a mirarla. Lillian sabía que la miraban a su manera, sin ojos, y presintió que estaban hastiadas de la forma en que las trataba. Sin previo aviso se abalanzaron sobre su cara. Sus uñas, otrora su orgullo y su alegría, encontraron los ojos: de inmediato el milagro de la vista se convirtió en una húmeda inmundicia que le bajó por las mejillas. Ya ciega, perdió la orientación y cayó hacia atrás, pero había manos más que suficientes para agarrarla. Se sintió elevada por un mar de dedos.

Cuando arrojaron su cuerpo ultrajado a la cuneta, perdió la peluca, que tanto le había costado a Theodore en Viena. Después de un mínimo de persuasión, lo mismo les ocurrió a sus manos.

El doctor Jeudwine bajó la escalera de la casa de los George preguntándose (sólo preguntándose) si el abuelo de su sagrada profesión, Freud, no se habría equivocado. Las paradojas del comportamiento humano no encajaban en aquellos comportamientos pulcros y clásicos que les había asignado; tal vez el intentar ser racional con respecto a la mente humana era una contradicción en sí misma. Melancólico, se detuvo al pie de la escalera; no tenía ganas de volver ni al comedor ni a la cocina, pero se sentía obligado a contemplar una vez más las escenas de los crímenes. La casa deshabitada le daba grima; estaba solo, y el hecho de que en la puerta principal hubiera un policía montando guardia no contribuía a la paz de su espíritu. Se sentía culpable, sentía que había fallado a Charlie. Estaba claro que no había sondeado en la psiquis de éste con la profundidad suficiente como para desenterrar la verdadera trampa, el verdadero motivo que se ocultaba tras los asombrosos actos cometidos. Asesinar a su propia mujer, a la que había dicho amar tanto, en su lecho conyugal y luego cortarse la propia mano: era inconcebible. Jeudwine se miró las manos durante un momento: las marcas de los tendones y las venas azul—purpúreas de las muñecas. La policía sosténía la teoría del intruso, pero a él no le cabía duda de que Charlie había sido el autor de los hechos: el asesinato, la mutilación y demás. El único hecho que asombraba a Jeudwine era que no había logrado descubrir en su paciente la más ligera tendencia a cometer tales actos.

Entró en el comedor. El equipo forense había terminado con su trabajo; sobre una serie de superficies había una ligera película de polvo para las huellas. Era un milagro la forma en que difería una mano humana de otra. Sus líneas eran tan únicas como las caras o el tono de la voz. Bostezó. La llamada de Charlie lo había despertado en mitad de la noche y desde ese momento no había vuelto a dormir. Se había quedado a ver cómo envolvían a Charlie y se lo llevaban, y cómo cumplían con sus obligaciones los investigadores; había visto el amanecer blanco como un bacalao elevar su cabeza hacia el río; había bebido café, se había abatido, había pensado mucho en renunciar a su puesto como consultor psiquiátrico antes de que toda aquella historia saltara a las páginas de la prensa; había bebido más café y se había pensado mejor lo de renunciar, y ahora, perdida toda fe en Freud o en cualquier otro gurú, consideraba seriamente la posibilidad de publicar un libro sobre su relación con Charles George, el uxoricida. De esa forma, aunque perdiera su empleo, le quedaría algo por

rescatar de todo aquel lamentable episodio. ¿Y Freud? Charlatán vienes. ¿Qué podía enseñarle el viejo comeopio?

Se dejó caer sobre una de las sillas del comedor; se puso a escuchar el silencio que había descendido sobre la casa, como si las paredes, alejadas por lo que habían presenciado, estuvieran conteniendo el aliento. Tal vez dormitara un poco. En sueños, oyó un chasquido, vio un perro y despertó encontrándose con un gato en la cocina: un gato gordo, blanco y negro. Charlie había mencionado de pasada a este animalito doméstico. ¿Cómo se llamaba? Celoso. eso era: lo llamaban así por las dos manchas negras que tenía sobre los ojos y que le daban una expresión perpetuamente irritada. El gato miraba la sangre derramada sobre el suelo de la cocina; quería encontrar la forma de evitar el charco y llegar hasta su plato sin tener que mancharse las patas con el desorden que su amo había dejado. Jeudwine observó al melindroso animal avanzar con tiento por la cocina para oler el plato vacío. No se le ocurrió darle de comer: odiaba a los animales.

Finalmente, decidió que no tenía sentido quedarse más rato en la casa. Ya había realizado todos los actos de contrición que tenía en mente y se había sentido tan culpable como era capaz. Echaría otra rápida mirada en el piso de arriba, por si había pasado por alto alguna pista, y luego se marcharía.

Al bajar otra vez, al pie de la escalera oyó chillar al gato. ¿Chillar? No, más bien aullar. Al oírlo, la espina dorsal le pareció una columna helada en mitad de la espalda: fría como el hielo e igual de frágil. A toda prisa, volvió sobre sus pasos por el vestíbulo y entró en el comedor. La cabeza del gato estaba sobre la alfombra, y... dos..., dos (dilo, Jeudwine) manos la hacían avanzar rodando.

Miró más allá de la presa, hacia la cocina, allí, una docena más de bestias se escabullían de un lado a otro por el suelo. Algunas estaban en la parte superior del armario, oteando en derredor; otras trepaban por la pared, imitación ladrillo, para alcanzar los cuchillos de la rejilla.

—Oh, Charlie... —dijo en voz baja, reprendiendo al maníaco ausente— ¿Qué has hecho?

Los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas; no por Charlie, sino por las generaciones que vendrían cuando él, Jeudwine, fuera silenciado. Generaciones confiadas, de mentalidades sencillas, que depositarían su fe en la eficacia de Freud y la Sagrada Escritura de la Razón. Sintió que las rodillas empezaban a temblarle y se dejó caer sobre la alfombra del comedor, con los ojos demasiado anegados como para ver claramente a las rebeldes que se agolpaban a su alrededor. Cuando sintió que una cosa extraña se le sentaba en el regazo, bajó la vista y allí vio sus propias manos. Sus índices se tocaban apenas, con las uñas bien arregladas apoyadas una contra la otra. Lentamente, con una determinación horrenda en sus movimientos, los índices levantaron sus cabezas y comenzaron a trepar por su pecho, sujetándose en cada pliegue de su chaqueta italiana, en cada ojal. La escalada terminó abruptamente en el cuello, igual que Jeudwine.

La mano izquierda de Charlie tenía miedo. Necesitaba confianza, necesitaba aliento: en una palabra, necesitaba a Derecha. Al fin y al cabo, Derecha había sido el Mesías de esta nueva era, la única con una visión de futuro sin el cuerpo. El ejército que había reunido Izquierda debía captar esa visión, o pronto degeneraría transformándose en una chusma asesina. Si eso ocurría, la derrota no tardaría en producirse: ésa era la sabiduría convencional de las revoluciones.

Por eso Izquierda las había conducido de vuelta a la casa, buscando a Charlie en el último sitio donde lo había visto. Vana esperanza suponer que volvería allí; pero se trataba de un acto de desesperación.

Sin embargo, las circunstancias no desfavorecieron a las insurgentes. Aunque Charlie no estaba allí, se habían encontrado con el doctor Jeudwine, y las manos de éste no sólo sabían adónde habían conducido a Charlie, sino el camino para llegar hasta allí; conocían incluso la cama en que yacía.

Boswell no sabía a ciencia cierta por qué había echado a correr, ni hacia dónde iba. Tenía las facultades críticas mermadas y el sentido de la orientación completamente confundido. Pero una parte de él parecía saber adónde se dirigía, aunque él mismo lo ignorara, porque comenzó a reunir impulso al llegar al puente, y el trote se convirtió en carrera acelerada que no tenía absolutamente en cuenta cómo le quemaban los pulmones ni cómo le latía la cabeza. Desposeído de toda intención excepto de la huida, notó que rodeaba la estación y que corría paralelo a las vías del tren; simplemente iba hacia donde lo llevaban las piernas, aquél era el comienzo y el fin de la cuestión.

El tren surgió de repente, en la oscuridad. No silbó, no avisó. Tal vez el conductor notara su presencia, tal vez no. Y aunque la hubiera notado, el hombre no podía ser considerado responsable de los hechos que acontecieron luego. No, la culpa fue enteramente de Boswell: la forma en que sus

pies viraron repentinamente hacia las vías y cómo se le doblaron las rodillas para quedar tendido sobre los durmientes. El último pensamiento coherente de Boswell, cuando las ruedas pasaron por encima de él, fue que el tren no hacía más que pasar de A a B y que, al hacerlo, le cortaría limpiamente las piernas entre la ingle y la rodilla. Entonces se encontró debajo de las ruedas —los vagones pasaron pesadamente por encima de él— y el tren soltó un silbido (tan parecido a un grito) que lo arrastró en la oscuridad.

El muchacho negro fue conducido al hospital poco después de las seis; allí la jornada comenzaba temprano, los pacientes dormilones eran despertados de sus sueños para enfrentarse a otro largo y aburrido día. Se entregaban unas tazas de desvaído té gris a unas manos resentidas; se tomaban las temperaturas y se distribuía la medicación. El muchacho y su terrible accidente apenas lograron conmocionar el ambiente.

Charlie volvía a soñar. Pero no con el Alto Nilo, cortesía de las Colinas de Hollywood, ni con la Roma Imperial, ni con los barcos de esclavos de Fenicia. Era un sueño en blanco y negro. Soñaba que yacía en su ataúd. Ellen estaba allí (su subconsciente no se había hecho a la idea de su muerte), y también sus padres. Toda su vida se encontraba allí presente. Se acercó alguien (¿sería Jeudwine?; su voz consoladora le sonaba familiar) para atornillar suavemente la tapa del ataúd, y Charlie intentaba avisar a los miembros de la comitiva fúnebre de que seguía con vida. Al ver que no lo oían, el pánico se apoderó de él, pero por más que gritara, sus palabras no producían reacción alguna; lo único que podía hacer era permanecer allí tendido y dejar que lo encerraran en aquel dormitorio definitivo.

El sueño avanzó unas cuantas escenas más. Desde arriba le llegó la voz de la persona que oficiaba el servicio: «*El hombre tiene poco tiempo para vivir...*»; oyó el roce de las cuerdas, y la sombra de la tumba pareció oscurecer la oscuridad. Lo bajaban a la fosa, y él seguía protestando cuanto podía. Pero en la fosa el aire se había vuelto pesado; le costaba cada vez más respirar, y más aún aullar sus protestas. Logró inspirar una ligera bocanada de aire viciado a través de los doloridos senos nasales, pero al parecer tenía la boca llena de algo, flores quizás, y no lograba mover la cabeza para escupirlas. Oía el ruido seco de los terrones de tierra sobre el ataúd, y por Cristo que también lograba oír el ruido de los gusanos que lamían sus costillas. El corazón le latía tanto que parecía a punto de estallarle; la cara, estaba seguro, tendría un tono negro azulado por el esfuerzo.

Entonces, milagrosamente, tuvo compañía en el ataúd, alguien que luchaba por quitarle lo que le obstruía la boca.

—¡Señor George! —le gritaba aquel ángel piadoso.

Abrió los ojos en la oscuridad. Era la enfermera del hospital en el que había estado internado; ella también se hallaba en el ataúd.

—¡Señor George!

El pánico se estaba apoderando de la mujer, aquel modelo de calma y paciencia; al borde de las lágrimas, luchó por arrancarle la mano de la cara.

—¡Se está usted ahogando! —le gritó.

Otros brazos ayudaban en la lucha, y estaban ganando. Tuvieron que intervenir tres enfermeras para quitarle la mano de la cara; por fin lo lograron. Charlie volvió a respirar, ávido de aire.

—¿Se encuentra bien, señor George?

Abrió la boca para tranquilizar al ángel, pero se había quedado momentáneamente sin voz. Fue vagamente consciente de que su mano seguía luchando al extremo del brazo.

—¿Dónde está Jeudwine? —inquirió jadeando—. Por favor, que venga.

—El doctor no está en estos momentos, pero vendrá a verlo más tarde.

—Quiero que venga ahora.

—No se preocupe, señor George —repuso la enfermera, tras recuperar su trato atento y gentil—, le daremos un sedante suave y así podrá dormir un rato.

—¡No!

—Sí, señor George —repuso ella con firmeza—. No se preocupe. Está usted en buenas manos.

—No quiero dormir más. ¿Es que no lo ve? Ellas me controlan cuando estoy dormido.

—Aquí está usted seguro.

No era tan tonto. Sabía que no estaba seguro en ninguna parte, ya no. No mientras tuviera una mano. Ya no estaba bajo su control, si alguna vez lo había estado; quizás fuera simplemente una ilusión de servidumbre que había creado durante esos cuarenta y pico de años, una actuación para

acallarlo y hundirlo en un falso sentido de autocracia. Quería explicar todas estas cosas, pero no le salían las palabras. Se limitó a decir:

—No quiero dormir más.

Pero la enfermera tenía sus procedimientos. La sala estaba atestada de pacientes, y a cada hora llegaban más (acababa de enterarse de que en la Asociación de Jóvenes Cristianos se habían producido terribles escenas: docenas de heridos, un intento de suicidio colectivo); lo único que podía hacer era administrar un sedante a los nerviosos y continuar con las tareas del día.

—Sólo un sedante suave —repitió.

Y acto seguido enarbóló en la mano una aguja que escupía sueños.

—Escúcheme un momento —le dijo Charlie, intentado razonar con ella.

Pero la mujer no estaba dispuesta a las argumentaciones.

—Deje de portarse como un niño —le riñó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es que no lo entiende —le explico él mientras la enfermera buscaba la vena en el brazo.

—Se lo contará todo al doctor Jeudwine cuando venga a verlo.

La aguja se había clavado en el brazo y el émbolo ya comenzaba a bajar.

—¡No! —gritó George, y retiró el brazo.

La enfermera no esperaba semejante violencia. El paciente se había levantado y había saltado de la cama antes de que ella terminara de colocarle la inyección, y le había quedado la jeringuilla colgada del brazo.

—Señor George —le dijo severamente—. ¡Vuelva inmediatamente a la cama!

Charlie la señaló con el muñón.

—No se me acerque.

—Los demás pacientes se portan bien —intentó avergonzarlo—. ¿Es que no puede hacer lo mismo?

Charlie negó con la cabeza. La jeringuilla se le salió de la vena y cayó al suelo, llena en sus tres cuartas partes.

—No se lo volveré a repetir —dijo la enfermera.

—Claro que no, maldita sea —repuso Charlie.

Salió de la sala como disparado; a ambos lados, los pacientes alentaban su huida. «Vete, muchacho» gritó alguien. La enfermera se lanzó en su persecución, pero al llegar a la puerta un cómplice instantáneo intervino arrojándose literalmente delante de ella. Charlie se perdió de vista por los corredores antes de que la mujer lograra levantarse y continuar la persecución.

Era fácil perderse en aquel lugar. No tardó en advertirlo. El hospital había sido construido a finales del siglo XIX y posteriormente, a medida que las donaciones lo permitieron, había sufrido diversas ampliaciones: un ala en 1911, otra después de la primera guerra mundial, más salas en la década de los cincuenta, y el Ala Chaney Memorial en 1973. Aquel lugar era un laberinto. Tardarían siglos en encontrarlo.

El problema era que no se sentía tan bien. El muñón del brazo izquierdo comenzó a dolerle a medida que los calmantes fueron perdiendo su efecto, y tuvo la impresión de que sangraba debajo de las vendas. Además, el cuarto de jeringa de sedante que le habían inyectado lo estaba obnubilando. Se sentía ligeramente atontado, tenía la certeza de que se le notaba en la cara. Pero no permitiría que lo obligasen a volver a la cama, a dormir, hasta que se hubiera sentado en un sitio tranquilo a meditar sobre todo aquel asunto.

Encontró refugio en un cuarto diminuto, cerca de uno de los corredores; estaba tapizado de archivadores y de pilas de informes, y olía ligeramente a humedad. Había logrado llegar hasta el Ala Chaney Memorial, aunque no lo sabía. Se trataba de un monolito de siete pisos construido con un legado del millonario Frank Chaney; la empresa constructora del magnate se había encargado de erigirlo, tal como estipulaba el testamento del anciano. Había utilizado materiales de segunda y aprovechado el sistema de desagües anterior, razón por la cual Chaney había muerto millonario, y el Ala se estaba cayendo a pedazos del sótano para arriba. Se deslizó en un hueco apretado que había entre dos archivadores, bien apartado de la vista, por si entraba alguien, se agachó y comenzó a interrogar a su mano derecha.

—¿Y bien? —exigió en un tono razonable—. Explícate.

La mano se hizo la sorda.

—No te servirá de nada, te tengo calada —le dijo.

Continuó sentada al extremo de su brazo, inocente como un niño.

—Has intentado matarme... —la acusó.

La mano se abrió un poco, sin que él se lo ordenara, y le echó una ojeada.

—Podrías intentarlo otra vez, ¿verdad?

Comenzó a flexionar los dedos ominosamente, como un pianista que se prepara para un solo particularmente difícil.

—Sí, *podría intentarlo en cualquier momento* —afirmó.

—De hecho, poco puedo hacer para impedirlo, ¿no? —prosiguió Charlie—. Tarde o temprano me cogerás desprevenido. No puedo poner alguien para que me vigile el resto de mi vida. Me pregunto qué me queda entonces por hacer. Estar así y estar muerto es más o menos la misma cosa, ¿no te parece?

La mano se cerró un poco; la carne mullida de la palma se arrugó de placer.

—Así es, estás acabado, pobre *imbécil*, y no podrás hacer nada —le dijo.

—Mataste a Ellen.

—Sí.

La mano sonrió.

—Y me cortaste la otra mano para que huyera. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —repuso.

—Me di cuenta —le comentó Charlie—, presentí lo que se avecinaba. Y ahora quieres hacer lo mismo, ¿me equivoco? Quieres separarte de mí e irte.

—Exactamente.

—No me dejarás en paz, ¿verdad? No te quedaras tranquila hasta que hayas logrado tu libertad.

—Eso es.

—De acuerdo —asintió Charlie—. Creo que nos entendemos, y estoy dispuesto a hacer un trato contigo.

La mano se acercó a su rostro, subiendo por la chaqueta del pijama con aire conspirador.

—Te dejaré libre —le informó.

Ahora estaba apoyada sobre su cuello; no lo apretaba, pero se encontraba lo suficientemente cerca como para ponerlo nervioso.

—Encontraré la forma, te lo prometo. Una guillotina, un escálpelo, no sé qué.

Se restregó contra él como un gato y lo acarició.

—Pero has de hacerlo a mi manera, y cuando yo lo diga. Porque si me matas no podrás sobrevivir, ¿verdad? Te enterrarán conmigo, igual que enterraron las manos de papá.

La mano dejó de acariciarlo y se subió por el costado del archivador.

—¿Trato hecho? —inquirió Charlie.

La mano no le hacía el menor caso. De repente había perdido todo interés en la negociación. De haber tenido nariz, habría estado oliendo el aire. En unos pocos instantes, las cosas habían cambiado: ya no había trato.

Charlie se incorporó torpemente y fue hasta la ventana. Por dentro, el cristal estaba sucio, y por fuera estaba cubierto de varias capas de excrementos de pájaros, pero a pesar de todo logró divisar el jardín que había abajo. Había sido diseñado de conformidad con los términos del legado del millonario: un jardín formal que serviría de glorioso monumento a su buen gusto, tal como el edificio lo era de su pragmatismo. Pero cuando el edificio había comenzado a deteriorarse, el jardín había sido abandonado a sus propios recursos. Sus escasos árboles estaban muertos o bien se doblaban bajo el peso de las ramas no podadas; los bordes estaban llenos de maleza; los bancos volcados sobre los respaldos, con las patas cuadrangulares al aire. Sólo el césped estaba cortado y constituía una pequeña concesión al cuidado. Alguien, un médico que había salido un momento a fumar, se paseaba por los estrechos senderos. No había nadie más allí.

Pero la mano de Charlie se había posado en el cristal y lo raspaba, hundiéndole en él las uñas, en un vano intento por llegar al mundo exterior. Al parecer, allí fuera había algo más que el caos.

—Quieres salir —comentó Charlie.

La mano quedó aplanaada contra la ventana y comenzó a golpear con la palma, rítmicamente, contra el cristal: era el tambor de un ejército invisible. La apartó de la ventana, sin saber qué hacer. Si se negaba a sus exigencias, podría herirlo. Si las consentía, e intentaba salir al jardín, ¿qué iba a encontrar? Por otra parte, ¿qué alternativa le quedaba?

—Está bien —dijo—, ya vamos.

Afuera, en el corredor, había una actividad febril; casi nadie se molestó en mirar en su dirección, a pesar de que era el único que vestía el pijama de paciente e iba descalzo. Sonaban timbres, los altavoces pedían por este o aquel médico, los ingresados eran llevados a la morgue o al lavabo; se hablaba de las terribles escenas en la sala de Urgencias: decenas de muchachos sin manos. Charlie se movió entre la multitud demasiado de prisa como para captar una frase coherente. Creyó más conveniente mostrarse concentrado, fingir que tenía un propósito y un destino. Tardó un rato en ubicar la salida al jardín; sabía que la mano se impacientaba. Al costado de su cuerpo, flexionaba y estiraba los dedos, urgiéndole a continuar. Entonces vio el cartel: *A los jardines del Legado Chaney Memorial.*

En una esquina giró hacia un corredor apartado, carente de tráfico urgente, en cuyo extremo opuesto había una puerta que conducía al aire libre.

Afuera todo estaba muy tranquilo. En el aire y en el césped no se veía ni un pájaro; ni una abeja zumbaba entre las flores. Hasta el médico se había marchado, probablemente a reanudar sus tareas quirúrgicas.

La mano de Charlie estaba extasiada. Sudaba tanto que goteaba, y la sangre la había abandonado, por lo que la cubría una blanca palidez. Al parecer, ya no era suya. Era otro ser al que él, por alguna desafortunada argucia de la anatomía, se encontraba pegado. No veía la hora de deshacerse de ella.

El césped estaba húmedo de rocío, y en la sombra proyectada por el edificio de siete plantas hacía frío. Todavía eran las seis y media de la mañana. Quizá los pájaros siguieran dormidos y las abejas se hubieran demorado en sus colmenas. Tal vez en aquel jardín no había nada que temer: unas cuantas rosas de capullos podridos y gusanos tempraneros haciendo volteretas en el rocío. Tal vez su mano estuviera equivocada, y allí no hubiera más que la mañana.

Mientras vagaba, se fue adentrando en el jardín y notó las huellas del médico, más oscuras sobre el césped verde plateado. Al llegar al árbol y ver que la hierba se tornaba roja, advirtió que las pisadas iban, pero no volvían.

Boswell se encontraba en un coma voluntario; no sentía nada y se alegraba. Su mente reconoció apenas la posibilidad de despertar, pero el pensamiento era tan vago que no le costó trabajo negarse. De vez en cuando, una tajada del mundo real (del dolor, del poder) se deslizaba por entre sus párpados, se detenía un instante y se alejaba al vuelo. Boswell no quería saber nada de eso. No quería volver a recuperar la conciencia. Presentía ligeramente lo que encontraría al despertar, lo que le esperaba allí fuera, taconeando sin cesar.

Charlie levantó la vista y miró hacia las ramas. El árbol tenía dos extraordinarias clases de fruta.

Una era un ser humano: el cirujano que fumaba el cigarrillo. Había muerto con el cuello alojado en el ángulo que formaban dos ramas. Le faltaban las manos. Sus brazos acababan en dos heridas redondeadas de las que todavía manaban pesados coágulos de color brillante que caían al césped. Por encima de su cabeza, el árbol se encontraba abarrotado de otros frutos, todavía menos naturales. Las manos estaban en todas partes: cientos de ellas charlaban como un parlamento manual mientras debatían las tácticas. Las había de todas las formas y colores; subían y bajaban por las ramas bamboleantes.

Al verlas así reunidas, las metáforas se volvían mutiles. Eran lo que eran: manos humanas. Y en eso residía el horror.

Charlie quiso huir, pero su mano derecha no quería saber nada. Aquéllas eran sus discípulas; se habían reunido allí en tanta abundancia para esperar sus parábolas y sus profecías. Charlie miró al médico muerto y luego a las manos asesinas y pensó en Ellen, su Ellen, que había muerto sin culpa alguna y que ya estaría fría en la tumba. Pagarían por el crimen, todas ellas. Siempre y cuando el resto de su cuerpo le respondiera, las haría pagar. Había sido una cobardía intentar negociar con aquel cáncer que colgaba de su muñeca, ahora lo comprendía. Ella y las de su calaña eran una peste. No tenían derecho a vivir.

El ejército lo había avistado, y la nueva de su presencia se desparramó por las filas como un fuego incontrolado. Se agolparon en el tronco para bajar; algunas se tiraban como manzanas maduras de las ramas más bajas, ansiosas por abrazarse al Mesías. No tardarían en abalanzarse sobre él, y entonces habría perdido toda ventaja. Era ahora o nunca. Se alejó del árbol antes de que su mano derecha lograra asir una rama, y levantó la vista hacia el Ala Chaney Memorial, buscando

inspiración. La torre se elevaba por encima del jardín; las ventanas cegadas por el cielo, las puertas cerradas. Allí no habría solaz.

A sus espaldas, oyó el susurro de la hierba cuando incontables cantidades de dedos la pisotearon. Las tenía ya pegadas a los talones; entusiasmadas, seguían a su líder.

Charlie se dio cuenta de que lo seguirían adondequiera que se dirigiese. Tal vez esa ciega adoración por la mano que le quedaba era una debilidad que podría explotar. Exploró el edificio por segunda vez y su desesperada mirada descubrió la escalera de incendios; subía por el costado del edificio zigzagueando en dirección al tejado. A la carrera, se lanzó hacia ella, sorprendido de la velocidad de que era capaz. No había tiempo para volverse a mirar si lo seguían; debía confiar en la devoción de las manos. Después de unos cuantos pasos, su enfurecida mano se le abalanzó sobre el cuello, amenazando con arrancarle la garganta, pero él continuó la carrera, indiferente a los zarpazos. Llegó al pie de la escalera de incendios y, agilizado por la adrenalina, subió los peldaños metálicos de dos en dos, de tres en tres. No mantenía bien el equilibrio sin una mano para aferrarse de la barandilla de seguridad, pero ¿qué importaba si se lastimaba? No era más que su cuerpo.

En el tercer descansillo se arriesgó a echar un vistazo hacia abajo, a través del enrejado de los escalones. Al pie de la escalera de incendios, una cosecha de flores de carne alfombraba el suelo y se extendía en dirección a él. Subían a centenares, hambrientas, llenas de uñas y odio. «Déjalas que vengan —pensó—, deja que las malditas me sigan. Yo empecé esto y yo lo acabaré.»

Una infinidad de rostros se habían asomado a las ventanas del Ala Chaney Memorial. De los pisos inferiores le llegaban voces incrédulas y aterradas. Ya era demasiado tarde para contarles la historia de su vida: tendrían que reconstruir los retazos por sí mismas. ¡Y vaya rompecabezas sería! Tal vez, en su esfuerzo por comprender lo ocurrido esa mañana, encontrarían una solución creíble, la explicación del levantamiento que él no había logrado hallar; pero lo dudaba.

Estaba ya en el cuarto piso y se disponía a subir al quinto. La mano derecha se le hundía en el cuello. Tal vez sangrara, aunque tal vez fuera la lluvia, lluvia cálida que le chorreaba por el pecho y le bajaba por las piernas. Dos pisos más y llegaría al tejado. Debajo de él, en la estructura metálica, se produjo un zumbido: el ruido de la mirada de dedos que subían hacia él. El tejado se encontraba a una docena de peldaños, y se arriesgó a echar una segunda mirada hacia abajo, más allá de su cuerpo (no era lluvia lo que lo bañaba). Vio la escalera de incendios completamente cubierta de manos, como pulgones apiñados en el tallo de una flor. No, era otra metáfora. Las metáforas tenían que acabar.

El viento azotaba las alturas; hacia frío, pero Charlie no tenía tiempo de apreciarlo. Rebasó el parapeto de sesenta centímetros y saltó al tejado cubierto de grava. En los charcos yacían los cuerpos muertos de unas palomas; las grietas serpenteaban a través del cemento; un cubo con la inscripción «Vendajes sucios» estaba caído de lado y su contenido había adquirido una tonalidad verdosa. Atravesó aquella locura al tiempo que la primera del ejército indicaba al resto que subieran por el parapeto.

El dolor de la garganta se abrió paso hacia su cerebro desbocado cuando sus dedos traicioneros se le enterraron en la tráquea. Le quedaban pocas fuerzas después de la carrera ascendente por la escalera de incendios, y con dificultad cruzó al lado opuesto, que supondría una caída vertical hacia el cemento. Tropezó una vez, y otra. Ya no le quedaban fuerzas en las piernas, y en lugar de pensamientos coherentes la cabeza se le llenó de tonterías. Un koan, acertijo budista que había visto en una ocasión en la cubierta de un libro, le punzaba la memoria.

«*¿Cuál es el sonido...?*», comenzaba, pero no lograba completar la pregunta, por más esfuerzos que hiciera.

«*¿Cuál es el sonido...?*»

«Olvida los acertijos», se ordenó a sí mismo, cominando a sus piernas a que dieran un paso mas, y luego otro. Estuvo a punto de caer contra el parapeto, en el lado opuesto del tejado, y se quedó mirando hacia abajo. Era una caída vertical. Abajo había un aparcamiento de coches, frente al edificio. Estaba vacío. Se asomó un poco más y de su cuello lacerado cayeron gotas de sangre que, rápidamente, se fueron haciendo más y más pequeñas hasta humedecer el suelo. «Allá voy», le dijo a la gravedad y a Ellen, y pensó qué bonito sería morir y no tener que preocuparse nunca más de si le sangraban las encías al cepillarse los dientes o si se le había ensanchado la cintura, o si alguna belleza pasaba junto a él, en la calle, y le asaltaba el deseo de besarle los labios sin poder hacerlo jamás.

De pronto, el ejercito se abalanzó sobre él, trepándole por las piernas, presa de una fiebre victoriosa.

—Podéis venir —les dijo, al tiempo que oscurecían su cuerpo de la cabeza a los pies, necias en su entusiasmo—, podéis venir adonde yo vaya.

«*¿Cuál es el sonido...?*» Tenía la frase en la punta de la lengua.

Ya, ya la recordaba. «*¿Cuál es el sonido de una mano que aplaude?*» Qué satisfacción recordar algo rescatado del subconsciente con tanto esfuerzo... Era como encontrar una pequeña alhaja que se tenía por perdida para siempre. La emoción que le produjo el recordarlo endulzó sus últimos instantes. Se lanzó al espacio vacío, cayó y cayó hasta que la higiene dental y la belleza de las jóvenes mujeres concluyeron de repente. Las manos fueron tras él como una lluvia, destrozándose sobre el cemento, alrededor de su cuerpo, en oleadas; se lanzaron a su propia muerte en busca del Mesías.

Para los pacientes y enfermeras apiñados en las ventanas fue una escena de un mundo fantástico; comparado con aquello, una lluvia de sapos habría sido un hecho cotidiano. Les inspiró mas admiración reverencial que terror: era fabuloso. Terminó demasiado pronto, y al cabo de un minuto unas cuantas manos valientes se aventuraron a deambular entre los desechos para ver lo más posible. Había bastante y, a pesar de ello, nada. Obviamente era un raro espectáculo: horrible, inolvidable. Pero en él no podía descubrirse significado alguno, simplemente la parafernalia de un apocalipsis menor. No restaba más que limpiarlo todo; las propias manos se mostraron dóciles a regañadientes, mientras los cadáveres eran catalogados y metidos en cajas para un futuro examen. Algunas de las personas que participaron en la operación encontraron un momento a solas para rezar pidiendo explicaciones o al menos el poder dormir sin soñar. Entre el personal, hasta los agnósticos de conocimientos fragmentarios se sorprendieron al descubrir cuán fácil resultaba juntar las manos.

En su cuarto privado, en Cuidados Intensivos, Boswell volvió en sí. Tendió la mano hasta alcanzar el timbre que había junto a su cama y lo pulsó, pero nadie acudió a su llamada. En el cuarto había alguien que se ocultaba en el rincón detrás del biombo. Había oído como el intruso arrastraba los pies.

Volvió a pulsar el timbre, pero en el edificio sonaban muchos otros timbres y, al parecer, nadie se molestaba en contestarlos. Apoyándose en la mesita de noche que había junto a la cama, se acercó al borde de la misma para ver mejor al bromista.

—Sal de ahí —murmuró con los labios secos. Pero el desgraciado se tomaba su tiempo—. Sal..., se que estás ahí.

Tiró un poco más y de repente notó que se había alterado radicalmente su centro de equilibrio, que no tenía piernas y que estaba a punto de caerse de la cama. Con los brazos se cubrió la cabeza para que no golpeara el suelo, y lo logró. Sin embargo, se quedó sin aliento. Mareado, permaneció tirado donde había caído, intentando orientarse. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaban sus piernas, en nombre de Jah?

Sus ojos enrojecidos exploraron la habitación y se posaron sobre unos pies desnudos que se encontraban a un metro escaso de su nariz. Del tobillo les colgaba una etiqueta en la que se indicaba que iban destinados al incinerador. Levantó la vista y supo que eran sus piernas; estaban allí de pie, amputadas entre la ingle y la rodilla, pero seguían vivas y pateaban. Por un momento creyó que pretendían hacerle daño, pero no. Después de haberle revelado su presencia, lo dejaron allí tendido, contentas de estar libres.

¿Acaso sus ojos no envidiaron su libertad, y su lengua no se sintió ansiosa por abandonar la boca y salir? ¿Acaso cada parte de él, en su forma sutil, no se preparaba para abandonarlo? Era una alianza que se mantenía unida gracias a la más tenue de las treguas. Y ahora que ya se había sentado un precedente, ¿cuánto tardaría en producirse el siguiente levantamiento? ¿Minutos? ¿Años?

Con el corazón en la boca, Boswell esperó la caída del Imperio.

LA CONDICIÓN INHUMANA

—¿Has sido tú, eh? —inquirió Red, sujetando al vagabundo por el hombro de la escuálida gabardina.

—A qué te refieres? —repuso la cara cubierta de mugre.

Analizaba al cuarteto de jóvenes que lo habían arrinconado con ojos de roedor. El túnel en el que lo habían pescado orinando se encontraba alejado de toda esperanza de ayuda; todos lo sabían, y él también.

—No sé de qué me estás hablando —aseguró.

—Te has estado mostrando a los niños —le dijo Red.

El hombre meneó la cabeza; un hilillo de baba se le escurrió por el labio y fue a caer a la mata apelotonada de barba.

—Yo no he hecho nada —insistió.

Brendan se aproximó al hombre; sus pesados pasos resonaron huecos en el túnel.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con engañosa amabilidad.

Aunque no poseía la actitud imponente de Red y era más bajo, la cicatriz que marcaba la mejilla de Brendan desde la sien hasta la mandíbula sugería que conocía el sufrimiento, tanto por haberlo recibido como por haberlo infligido.

—Tu nombre —exigió—. No te lo preguntaré otra vez.

—Pope —repuso el viejo—. Señor Pope.

—¿Señor Pope? —repitió Brendan con una sonrisa—. Bien, nos hemos enterado de que has estado exhibiendo esa polla rancia a niños inocentes. ¿Qué me dices de eso?

—No —repuso Pope, meneando otra vez la cabeza—. No es cierto. Jamás he hecho una cosa así.

Al fruncir el ceño, la mugre que le cubría la cara se cuarteó como asfalto enloquecido; era una segunda piel de tizne, resultado de muchos meses. De no haber sido porque despedía una fragancia a alcohol, que cubría lo peor de sus hedores corporales, habría sido poco menos que imposible permanecer a escasos metros de él. Aquel hombre era un desecho humano, una vergüenza para su especie.

—¿Para qué te molestas? —preguntó Karney—. Apestá.

Red echó un vistazo por encima del hombro para acallar la interrupción. Karney, de diecisiete años, era el menor de todos, y de acuerdo con la inefable jerarquía del cuarteto, no tenía derecho a opinar. Al reconocer su error, cerró la boca y dejó que Red concentrara su atención en el vagabundo. Empujó a Pope contra la pared del túnel. El viejo lanzó un grito al golpearse contra el cemento; su eco quedó flotando en el túnel. Por la experiencia pasada, Karney ya sabía cómo se desarrollaría la escena a partir de ese momento, por lo que se alejó y se dedicó a observar una dorada nube de mosquitos en la boca del túnel. Aunque disfrutaba de la compañía de Red y de los otros dos —la camaradería, las raterías, las borracheras—, aquel juego en particular nunca le había gustado demasiado. No le encontraba gracia a eso de buscar un borracho perdido como Pope y darle una paliza hasta acabar con la poca cordura que le quedara en la trastornada cabeza. Aquello hacía que Karney se sintiera sucio, y no quería saber nada.

Red arrancó a Pope de la pared y le escupió a la cara una sarta de indecencias, y al no obtener una respuesta adecuada volvió a lanzarlo contra la pared del túnel por segunda vez, pero con más fuerza que la anterior; fue tras él, agarró de las solapas al hombre sin aliento y lo sacudió hasta hacerlo resonar. Pope lanzó una mirada aterrada hacia las vías. En otra época había pasado por allí un tren, que atravesaba Highgate y Finsbury Park. Pero ahora habían quitado las vías y el atajo se había convertido en parque público, muy popular entre los corredores mañaneros y los enamorados vespertinos. A aquella hora, en mitad de una calurosa tarde, las vías estaban desiertas en ambas direcciones.

—Ten cuidado, no le rompas las botellas —sugirió Catso.

—Tiene razón, quítémole la bebida antes de reventarle la cabeza —dijo Brendan.

Al oír que iban a robarle el licor, Pope comenzó a luchar, pero sus forcejeos no hicieron más que enfurecer a su captor. Red estaba de un humor de perros. Ese día, al igual que la mayoría de aquel veranillo de San Martín, había sido aburrido y pegajoso. Un día de perros de una estación desperdiciada, sin nada que hacer ni dinero para gastar. Hacía falta un poco de entretenimiento, y le había tocado a Red como león, y a Pope como cristiano, proporcionarlo.

—Te lastimarás si te resistes —le dijo Red al viejo—, sólo queremos ver lo que llevas en los bolsillos.

—No es asunto tuyo —le espetó Pope, y por un instante habló como un hombre que en alguna ocasión estuvo acostumbrado a ser obedecido.

El altercado hizo que Karney se olvidara de los mosquitos y se fijara en la cara demacrada de Pope. Las depravaciones innombrables le habían consumido toda la dignidad y el vigor, pero bajo la mugre aún conservaba algo que seguía brillando. Karney se preguntó qué habría sido aquel hombre. ¿Un banquero? ¿Un juez, perdido ya para la ley?

Catso intervino en la pelea para registrar las ropas de Pope, mientras Red sujetaba al prisionero por el cuello, contra la pared del túnel. Pope se deshizo de las atenciones no deseadas de Catso lo mejor que pudo; sus brazos giraron como molinos de viento y los ojos se le fueron enfureciendo más y más. «No luches —lo instó Karney mentalmente—, será peor para ti si lo haces.» Pero el viejo estaba al borde del pánico, y lanzaba gruñidos de protesta que eran más animales que humanos.

—Que alguien le sujete los brazos —ordenó Catso, agachándose para esquivar el ataque de Pope.

Brendan agarró a Pope de las muñecas y le subió los brazos por encima de la cabeza para facilitar la búsqueda. Aunque ya no tenía esperanzas de soltarse, Pope siguió retorciéndose. Logró darle una fuerte patada a Red en la espinilla izquierda, por lo que recibió un golpe a cambio. Empezó a sangrarle la nariz y a caerle por la boca. Karney sabía que de la nariz le saldría mucha más. Había visto innumerables películas de gente destrozada —la brillante espiral de los intestinos; la grasa amarilla y las luces púrpura—; todo ese brillo se encontraba encerrado en el saco gris del cuerpo de Pope. Karney no supo a ciencia cierta por qué se le había ocurrido pensar en eso. Lo ponía nervioso, por lo que intentó centrar su atención en los mosquitos, pero Pope no se lo permitió. Lanzó un grito de angustia cuando Catso le abrió de un tirón uno de los muchos chalecos hasta alcanzar las capas inferiores.

—¡Hijos de puta! —rugió Pope, sin importarle que los insultos le hicieran acreedor inevitable de más golpes—. ¡Quitadme de encima vuestras asquerosas manos! ¡Os matare! ¡A todos!

Red puso fin a las amenazas con un puñetazo y hubo más sangre. Pope la escupió en la cara de su atormentador.

—No me provoques —dijo con voz apenas audible—. Os lo advierto...

—Hueles a perro muerto —le dijo Brendan—. ¿Es eso lo que cres, un perro muerto?

Pope no respondió; sus ojos no se apartaron de Catso, quien se dedicó sistemáticamente a vaciarle los bolsillos de la chaqueta y los chalecos y lanzar al suelo polvoriento del túnel una patética colección de recuerdos.

—Karney, ¿quieres revisar todas estas cosas? —ordenó Red—. Fíjate si encuentras algo de valor.

Karney miró fijamente las baratijas y los lazos mugrientos, las raídas hojas de papel (¿acaso sería poeta?) y los corchos de las botellas de vino.

—No es más que basura —dijo.

—Fíjate de todos modos —insistió Red—. En una de éas, entre tanta porquería igual encuentras dinero. —Karney no se movió—. ¡Fíjate, maldita sea!

A regañadientes, Karney se puso en cuclillas y revolvió la pila de basura que Catso seguía depositando en el polvo. A simple vista logró ver que no había nada de valor, aunque tal vez algunos de los objetos —las viejas fotografías, las notas indescifrables— podían ofrecer una pista de lo que había sido Pope antes de que la bebida y la locura incipiente ahuyentaran los recuerdos. Aunque sentía curiosidad, Karney deseaba respetar la intimidad de Pope. Era lo único que le quedaba al hombre.

—Aquí no hay nada —anunció después de efectuar un rápido examen.

Pero Catso no había concluido su búsqueda; cuanto más revolvía, sus ávidas manos descubrían más capas de ropa sucia. Pope tenía más bolsillos que un mago maestro.

Karney levantó la vista de la pila solitaria de pertenencias y, para su incomodidad, notó que Pope lo miraba. El viejo, cansado y golpeado, ya no protestaba. Tenía un aspecto lamentable. Karney abrió las manos para indicarle que no se había quedado con nada. Como respuesta, Pope inclinó levemente la cabeza.

—¡La encontré! —aulló Catso con aire triunfal—. ¡Encontré a la hija de puta!

Y sacó una botella de vodka de uno de los bolsillos. Demasiado débil como para notar que le había sido arrebatado el suministro de alcohol, o bien demasiado cansado para preocuparse, Pope no formuló ninguna queja cuando le robaron la bebida.

—¿Algo más? —quiso saber Brendan. Había comenzado a reírse tontamente: una risa de tono agudo, indicadora de su creciente excitación—. Tal vez el muy perro tenga más de donde le sacamos ésta —sugirió, soltándole las manos a Pope y haciendo a un lado a Catso.

Este último no hizo objeción alguna por el tratamiento; había conseguido su botella y estaba satisfecho. Rompió el cuello de un golpe, para evitar la contaminación, y comenzó a beber, acuclillado entre la mugre. Red soltó a Pope al ver que Brendan se había hecho cargo de él. Estaba claro que el juego le aburría. Por otra parte Brendan apena comenzaha a tomarle gusto.

Red se dirigió a Karney y, con la punta de la bota, removió la pila formada por las pertenencias de Pope.

—Pura basura —dijo, sin demasiada convicción.

—Sí —asintió Karney, con la esperanza de que la falta de convicción de Red mareara el final de la humillacion del viejo.

Pero Red le había arrojado el hueso a Brendan y no era tan tonto como para arrebárselo otra vez. Karney conocía la capacidad de violencia de Brendan y no sentía deseo alguno de verlo otra vez en acción. Suspirando, se puso de pie y volvió la espalda a las actividades de Brendan. Sin embargo, los ecos del túnel eran demasiado elocuentes: una mezcla de puñetazos y obscenidades susurradas con un hilo de voz. Por experiencias pasadas, sabía que nada detendría a Brendan hasta que su furia se hubiera apagado. Si alguien era tan tonto como para interrumpirlo, acababa siendo víctima.

Red se paseó hasta el extremo más alejado del túnel, encendió un cigarrillo y observó con interés casual cómo castigaban al viejo. Karney echó un vistazo a Catso. Después de permanecer acuclillado, se sentó en medio de la mugre con la botella de vodka entre las piernas extendidas. Sonreía para sí, sordo a la sarta de súplicas que provenían de la boca rota de Pope.

Karney sintió ganas de vomitar. Para no tener que concentrarse en la paliza, más que por genuino interés, volvió a observar las porquerías salidas de los bolsillos de Pope, las revolvió, y recogió una de las fotos para examinarla. Era de un niño, aunque resultaba imposible adivinar si había algún parecido familiar, porque la cara de Pope era casi irreconocible. Había comenzado a cerrársele un ojo al hincharse la moradura. Karney lanzó la foto sobre el resto de los recuerdos. Al hacerlo vio un trozo de cuerda anudada que anteriormente había pasado por alto. Volvió a mirar a Pope. El ojo hinchado se le había cerrado y el otro parecía ciego. Contento de que no vigilara, Karney sacó la cuerda de donde estaba, enrollada como una serpiente en su nido, entre la basura. Los nudos le fascinaban, siempre le habían fascinado. Aunque jamás había tenido habilidad para los acertijos académicos (para él las matemáticas eran un misterio, y los detalles intrincados del lenguaje, igual), siempre le habían gustado los acertijos más tangibles. Si le daban un nudo, un rompecabezas o el horario de trenes, se desconectaba del mundo durante horas. Conservaba ese interés desde la infancia solitaria. sin padre ni hermanos con quienes entretenerte, ¿qué mejor compañía que un rompecabezas?

Le dio vueltas y vueltas a la cuerda, examinando los tres nudos hechos a intervalos de dos o tres centímetros a partir de la mitad de la cuerda. Eran grandes y asimétricos, y no parecían cumplir ninguna finalidad discernible salvo, tal vez, la de infatuar mentes como la suya. ¿Cómo si no podía explicarse su extraña construcción, salvo diciendo que quien hiciera los nudos se las había visto y deseado para crear un problema prácticamente insoluble? Dejó que sus dedos juguetearan con la superficie de los nudos, buscando instintivamente alguna amplitud, pero habían sido pergeñados con tanta brillantez que ninguna aguja, por fina que fuese, podría haber pasado entre los lazos unidos. El reto que presentaban era demasiado atrayente como para pasarlo por alto. Volvió a mirar al anciano. Al parecer, Brendan se había cansado de sus esfuerzos, y mientras Karney lo observaba, lanzó al anciano contra la pared del túnel y dejó que su cuerpo cayera al suelo. Una vez allí, lo dejó tirado. De el emanó un inconfundible olor a cloaca.

—Sí que ha estado bien —sentenció Brendan, como si acabara de salir de una vigurizante ducha. El ejercicio le había cubierto las facciones rubicundas con una capa de sudor; sonreía de oreja a oreja—. Dame un poco de vodka, Catso.

—Se ha terminado —farfulló éste volviendo la botella boca abajo—. No había más que un trago.

—Eres un mierda y un mentiroso —le dijo Brendan sin dejar de sonreír.

—¿Y qué? —repuso Catso, y lanzó la botella vacía a un lado. Se hizo añicos—. Ayúdame a levantarme —le pidió a Brendan.

Éste, sin perder su enorme buen humor, ayudó a Catso a ponerse en pie. Red ya había comenzado a salir del túnel; los demás lo siguieron.

—Oye, Karney... —dijo Catso por encima del hombro—, ¿te vienes?

—Claro.

Se puso de pie, sin despegar los ojos de la figura inerte repantigada sobre el suelo del túnel, intentando encontrar una pizca de conciencia. No logró ver nada. Echó un vistazo a sus compañeros: los tres le daban la espalda mientras caminaban por las vías. Rápidamente, Karney se metió los nudos en el bolsillo. El hurto le llevó unos instantes. Una vez que la cuerda quedó oculta a la vista de todos, se sintió invadido por una ola de triunfo que no guardaba proporción alguna con la mercancía adquirida. Imaginaba de antemano las horas de diversion que le proporcionarían los nudos. Horas en las que se olvidaría de si mismo, de su vacío; olvidaría el verano estéril y el invierno desangelado que le esperaba, olvidaría también al anciano que yacía sobre sus propios excrementos, a pocos metros de donde él mismo se encontraba.

—¡Karney! —gritó Catso.

Karney le dio la espalda a Pope y comenzó a alejarse del cuerpo y de la pila de porquería formada por sus pertenencias. A pocos pasos del final del túnel, el viejo comenzó a murmurar en su delirio. Las palabras eran incomprensibles, pero, por algún truco acústico, las paredes del túnel amplificaron el sonido. La voz de Pope viajó por el tunel, llenándolo de murmullos.

Karney no tuvo ocasión de estudiar los nudos con toda tranquilidad sino hasta mucho más tarde, esa misma noche, cuando se encontró sentado en su habitación a solas, mientras en la habitación contigua su madre lloraba en sueños. No le había dicho a Red ni a los otros que había robado la cuerda; el hurto era tan insignificante que se habrían burlado de él por mencionarlo. Además, los nudos suponían un reto personal, un reto que él enfrentaría —y que seguramente perdería— a solas.

Después de reflexionar un rato, eligió el nudo que intentaría desatar en primer lugar y se puso a trabajar. Casi de inmediato, perdió toda noción del tiempo: el problema lo absorbió por completo. Las horas de arrobada frustración pasaron sin que las notara mientras analizaba la maraña, en busca de alguna pista que le revelara el sistema oculto de los nudos. No logró encontrar ninguno. Las configuraciones, si es que tenían alguna lógica, lo superaban. Lo único que le quedaba era analizar el problema a base de ir eliminando errores. El amanecer amenazaba con devolver la luz al mundo cuando finalmente dejó la cuerda para dormir un par de horas; en toda una noche de trabajo apenas había logrado aflojar una pequeña porción del nudo.

Durante los cuatro días que siguieron el problema se convirtió en una idea fija, una obsesión hermética a la que volvía cada vez que le era posible, cogiendo el nudo con los dedos cada vez más entumecidos. El acertijo lo subyugaba como pocas cosas en su vida adulta; mientras trabajaba en el nudo estaba sordo y ciego al resto del mundo. Por las noches, sentado en su dormitorio iluminado por una lámpara, o en un parque, durante el día, llegaba a sentirse arrastrado hacia el retorcido corazón del nudo, con la mente tan concentrada que podía llegar adonde no alcanzaba la luz. A pesar de su persistencia, el desenmarañar la cuestión resultaba asunto lento. A diferencia de la mayoría de los nudos que, una vez aflojados en parte, concedían la solución total, esta estructura había sido diseñada con tanta precisión que al soltar un elemento no se lograba otra cosa que ajustar otro. Comenzó a vislumbrar que el truco consistía en trabajar por todos los extremos del nudo a igual ritmo: soltando un poco por una parte, dándole la vuelta para aflojar otra en el mismo grado, y así sucesivamente. Esta rotación sistemática, aunque tediosa, gradualmente fue dando resultados.

Durante esos días no vio a Red, a Brendan ni a Catso: su silencio sugería que echaban de menos su presencia tanto como él la de ellos. Se sorprendió cuando Catso apareció un viernes por la tarde a preguntar por él. Traía una propuesta. Él y Brendan habían encontrado una casa a punto para un atraco y querían que Karney hiciera de centinela. En el pasado, había desempeñado ese papel en dos ocasiones. En ambos casos se había tratado de atracos con escalamiento, igual que éste; en el primer caso habían logrado reunir unas cuantas alhajas vendibles, y en el segundo, varios cientos de libras. Sin embargo, esta vez se trataba de un trabajo a realizar sin la participación de Red, porque éste estaba cada vez más ocupado con Anelisa, y ella, en palabras de Catso, le había hecho jurar que no se ensuciaría las manos con asuntos de poca monta y que debía ahorrar sus talentos para golpes más ambiciosos. Karney presintió que Catso —y con toda probabilidad también Brendan— se moría por probar su eficacia criminal sin Red. La casa elegida era un objetivo fácil, al menos eso sosténía Catso, y Karney sería un tonto redomado si dejaba pasar la oportunidad de hacerse con un botín tan sencillo. Finalmente, cuando Catso concluyó con su perorata, Karney aceptó el trabajo, no por el dinero, sino simplemente porque al decir que sí podría volver a sus nudos mucho antes.

Mucho más tarde, esa noche, y siguiendo la sugerencia de Catso, se encontraron para echar un vistazo al lugar del golpe. El sitio resultaba, sin duda, presa fácil. Karney había pasado con frecuencia por el puente que conducía a Hornsey Lane por encima de Archway Road, pero jamás había

reparado en el empinado sendero, formado en parte por escalones y en parte por una senda, que bajaba desde un costado del puente hasta el camino de abajo. La entrada era estrecha y difícil de ver, y su sinuoso recorrido se hallaba iluminado por una sola farola; su luz era oscurecida por los árboles de los jardines cuyos fondos daban al sendero mismo. Eran estos jardines, de cercas fácilmente escalables o ya derruidas, los que ofrecían un acceso perfecto a las casas. Un ladrón que utilizara el apartado sendero podía entrar y salir impunemente, sin ser visto por los viandantes que pasaran por el camino superior o el inferior. Lo único que hacía falta era contar con un centinela en el sendero para advertir la presencia de un peatón ocasional que pudiera utilizarlo. Esa sería la misión de Karney.

La siguiente fue una noche ideal para ladrones. Fresca sin llegar a ser fría; el cielo estaba nublado pero no llovía. Se reunieron en Highgate Hill, junto a los portales de la iglesia de los Hermanos Pasionarios; desde allí bajaron hasta Archway Road. Según Brendan, si se acercaban al sendero desde arriba llamarían menos la atención. Los coches patrulla de la policía solían pasar más por Hornsey Lane, en parte porque el puente resultaba irresistible a los depresivos del barrio. Para el suicida decidido, el lugar ofrecía evidentes ventajas: una de las principales era que si la caída de veinticuatro metros no te mataba, lo harían sin duda los colosales camiones que se dirigían al sur por Archway Road.

Esa noche Brendan estaba dominado por el entusiasmo, encantado de dirigir a los otros en lugar de desempeñar el papel de segundo de Red. Estaba dicharachero y en gran parte su conversación giraba en torno a las mujeres. Karney le dejó a Catso el orgullo de ir al lado de Brendan y se mantuvo detrás de ellos, a unos cuantos pasos, sin sacar la mano del bolsillo de la chaqueta, donde le esperaban los nudos. En las últimas horas, fatigado por tantas noches insomnes, la cuerda había empezado a hacer cosas raras ante sus ojos; en cierta ocasión había llegado incluso a moverse en sus manos, como si se estuviera desatando desde dentro. Incluso en ese momento, mientras se acercaban al sendero, le pareció sentir que se retorcía contra la palma de su mano.

—Joder..., fíjate en eso. —Catso señaló hacia el sendero completamente a oscuras—. Alguien ha roto la farola.

—Baja la voz —le ordenó Brendan, y los condujo hacia el sendero.

No estaba completamente a oscuras: desde Archway Road llegaban vestigios de iluminación. Pero como se filtraba a través de la densa mata de arbustos, el sendero quedaba de todos modos sumido en las sombras. A duras penas Karney lograba verse la mano delante de la cara. Sin duda, la oscuridad disuadiría hasta al más confiado de los peatones de utilizar el sendero. Cuando habían subido más de la mitad del trayecto, Brendan hizo detener al grupo.

—Ésta es la casa —anunció.

—¿Estás seguro? —inquirió Catso.

—He contado los jardines. Es ésta.

La cerca que marcaba el final del jardín se encontraba en un estado deplorable; Brendan no tuvo más que manipularla brevemente —los ruidos quedaron cubiertos por el rugido de un camión rezagado que pasaba por el asfalto de más abajo— para que pudieran entrar sin problemas. Brendan avanzó por la maraña de zarzas que crecían exuberantes en el fondo del jardín; Catso fue tras él blasfemando cada vez que se pinchaba. Brendan lo mandó callar con otra maldición y luego regresó hasta donde estaba Karney.

—Vamos a entrar. Silbaremos dos veces cuando hayamos salido. ¿Te acuerdas de las señales?

—No es imbécil. ¿Eh, Karney? Lo hará bien. ¿Vamos a entrar o no?

Brendan no dijo una palabra más. Las dos figuras navegaron por las zarzas y subieron hasta alcanzar el jardín propiamente dicho. Cuando llegaron al césped y salieron de las sombras de los árboles, resultaron visibles como dos siluetas grises recortadas contra la casa. Karney los observó mientras avanzaban hacia la puerta trasera, y oyó el ruido que hizo ésta cuando Catso —el de dedos más ágiles— forzó la cerradura; luego, el duo entró en la casa. Y Karney se quedó solo.

No del todo solo. Todavía tenía a los compañeros de la cuerda. Miró hacia ambos lados del sendero; sus ojos se acostumbraron poco a poco a la penumbra color sodio. No vio ningún peatón. Satisfecho, sacó los nudos del bolsillo. Sus manos eran como fantasmas; apenas lograba ver los nudos. Pero prácticamente sin que los guiara la conciencia, sus dedos reanudaron la investigación, y por raro que pareciera, logró captar mejor el problema en unos segundos de ciega manipulación que en todas las horas precedentes. Sin poder utilizar la vista, se guió puramente por el instinto y obró maravillas. De nuevo tuvo la fantástica sensación de que el nudo tenía vida propia, como si fuera cada vez más un agente de su propio desatarse. Animado por la alegría de la victoria, deslizó sus dedos por el nudo con una precisión inspirada, encontrando justamente los hilos que debía manipular.

Volvió a echar un vistazo al sendero, para asegurarse de que estuviera vacío, y luego miró hacia la casa. La puerta estaba abierta, y no había señales ni de Catso ni de Brendan. Se concentró otra vez en el problema que tenía entre manos; estuvo a punto de echarse a reír al comprobar la facilidad con que de repente se desataba el nudo.

Sus ojos, iluminados quizá por el entusiasmo creciente, habían comenzado a jugarle una mala pasada. Unos destellos de color —extraños y de tonos innombrables— se encendieron ante él; se originaban en el corazón del nudo. La luz le iluminó los dedos a medida que trabajaban, y se volvieron translúcidos. Vio las terminaciones nerviosas, brillantes con una sensibilidad nueva, los huesecillos de los dedos, visibles hasta la médula. Entonces, tan repentinamente como habían surgido, los colores se apagaron, dejando a sus ojos embrujados en la oscuridad hasta que volvieron a encenderse.

El corazón comenzó a latirle en los oídos. Presintió que solo tardaría unos segundos en desatar el nudo. Los hilos entrelazados se iban separando; sus dedos se convirtieron en juguete de la cuerda, y no al revés. Abrió unas lazadas para pasar los otros dos nudos, tiró y tiró; lo hizo todo a instancias de la cuerda.

Volvieron los colores, pero esta vez sus dedos eran invisibles y en cambio logró ver una cosa brillar en las dos últimas vueltas del nudo. La forma se retorcía cual pez en la red y aumentaba con cada vuelta que él deshacía. Los latidos de la cabeza redoblaron su ritmo. A su alrededor, la atmósfera se había vuelto casi pegajosa, como si estuviera hundido en el barro.

Alguien silbó. Sabía que la señal tenía un significado, pero no logró recordar cuál era. Había demasiadas distracciones: el aire espeso, la cabeza que le latía, el nudo que se desataba solo en sus manos indefensas mientras la figura de su centro —sinuosa y brillante— se hinchaba y se revolvía.

Hubo otro silbido. Esta vez su urgencia lo sacó del trance. Levantó la vista. Brendan ya estaba atravesando el jardín y Catso le seguía a escasa distancia. Karney sólo tuvo un momento para registrar su aparición antes de que el nudo iniciara la fase final de su resolución. La última lazada se soltó, y la forma que se encontraba en su centro saltó a la cara de Karney, creciendo a un ritmo exponencial. Se apartó instintivamente para no perder la cabeza y la cosa pasó disparada junto a él. Asombrado, tropezó con la maraña de zarzas y cayó en un lecho de espinas. Arriba, el follaje se agitaba como si soplará un ventarrón. Le llovieron hojas y ramitas. Miró hacia arriba, a las ramas, e intentó divisar la forma, pero se había perdido de vista.

—¿Por qué no contestaste, idiota? —preguntó Brendan—. Creímos que te habías pirado.

Karney apenas se había percatado de la presencia agitada de Brendan; siguió buscando en el dosel de árboles que tenía encima de la cabeza. El hedor de barro helado le llenó la nariz.

—Será mejor que te muevas —le sugirió Brendan, trepando a la cerca rota y saltando al sendero.

Karney se esforzó por ponerse en pie, pero las espinas de las zarzas le impidieron ir de prisa porque se le enganchaban en el pelo y la ropa.

—¡Mierda! —oyó murmurar a Brendan desde el extremo opuesto de la cerca—. ¡La policía está en el puente!

Catso había llegado al final del jardín.

—¿Qué haces ahí abajo? —le preguntó a Karney.

—Ayúdame —dijo éste levantando la mano.

Catso le aferró de la muñeca y en ese momento Brendan siseó:

—¡La policía! ¡Moveos!

Catso soltó a Karney, se agachó y pasó por debajo de la cerca para seguir a Biandan, Archway Road abajo. Mareado, Karney tardó unos segundos en darse cuenta de que la cuerda con los nudos restantes le había desaparecido de la mano. No se le había caído, estaba seguro de eso. Lo más probable era que lo hubiese abandonado deliberadamente, y su única oportunidad la había tenido cuando Catso lo aferró de la muñeca. Extendió los brazos para agarrarse de la cerca desmoronada y ponerse de pie. Tenía que advertirle a Catso de lo que había hecho la cuerda, hubiera o no policía. En aquel paraje merodeaba algo peor que la ley.

Al bajar el sendero a toda carrera, Catso ni siquiera notó que los nudos habían logrado abrirse paso hasta su mano; estaba demasiado preocupado por huir. Brendan ya había huido por Archway Road. Catso echó una mirada por encima del hombro para comprobar si la policía lo seguía. No había señales de ellos. Incluso aunque comenzaran a perseguirlo ahora, no lograrían cazarlo. Pero quedaba Karney. Catso aminoró la marcha y luego se detuvo mirando hacia el sendero para comprobar si el muy idiota daba señales de seguirlo, pero ni siquiera había logrado saltar la cerca.

—Maldita sea —masculló.

¿Debería volver sobre sus pasos e ir en su busca?

Mientras titubeaba en el ensombrecido sendero, advirtió que lo que había tomado por un ventarrón entre los árboles había desaparecido repentinamente. El silencio lo dejó perplejo. Apartó la vista del sendero para observar el dosel de ramas; sus ojos asombrados se posaron en la forma que se arrastraba hacia él, llevando consigo el hedor del barro y la descomposición. Lentamente, como en un sueño, levantó las manos para impedir que la criatura lo tocase, pero lo alcanzó con sus miembros húmedos y helados y lo levantó.

Karney, que estaba trepando a la cerca, vio a Catso elevarse y desaparecer entre los árboles. También vio cómo sus piernas pedaleaban en el aire al tiempo que los artículos robados caían de sus bolsillos y saltaban sobre el sendero hacia Archway Road.

Entonces, Catso aulló, y sus piernas colgantes comenzaron a moverse enloquecidas. En lo alto del sendero, Karney oyó gritar a alguien. Un policía que hablaba con otro, supuso. Acto seguido, oyó el sonido de una carrera. Levantó la vista hacia Hornsey Lane —los oficiales aún no habían alcanzado lo alto del sendero— y luego volvió a mirar en dirección a Catso, justo a tiempo para ver cómo caía su cuerpo del arbol. Se desplomó en el suelo, inmóvil, y no tardó en ponerse de pie. Catso volvió a mirar hacia el sendero y hacia Karney. La expresión de su rostro, incluso en la oscuridad, era la de un loco. Entonces echó a correr. Contento de que Catso tuviera una ventaja inicial, Karney saltó de nuevo la cerca justo cuando dos policías aparecían en lo alto del sendero y comenzaban a perseguir a Catso. Todo aquello —el nudo, los ladrones, la persecución, el grito y demás— ocupó unos pocos segundos, durante los cuales Karney no había osado respirar siquiera. Ahora yacía sobre una almohada espinosa de zarzas y boqueaba como un pescado, mientras al otro lado de la cerca la policía bajaba por el sendero gritándole al sospechoso.

Catso apenas oyó sus órdenes. No huía de la policía, sino de la cosa fangosa que lo había levantado para mostrarle su cara chancrosa y cortajeadas. Al llegar a Archway Road, el temblor se apoderó de sus piernas. Si le fallaban las piernas, tenía la certeza de que la cosa volvería a buscarnos y posaría los labios sobre los suyos como antes. Pero esta vez no tendría fuerzas para gritar; le chuparía el aliento hasta quitarle de los pulmones la última gota de aire. Su única esperanza era interponer distancia entre él y su atormentador. Sin que la respiración de la bestia abandonara sus oídos, escaló la calzada hacia el sur. A medio camino advirtió su error. El horror lo había vuelto ciego a los demás peligros. Un Volvo azul —la boca de su chófer una O perfecta— lo dejó paralizado. Fascinado, quedó atrapado ante los faros como un animal; instantes después recibió un golpe súbito que lo arrojó al otro lado de la calzada, bajo las ruedas de un camión con remolque. El segundo chófer no tuvo ocasión de esquivarlo; el impacto abrió a Catso y lo lanzó bajo las ruedas.

En el jardín, allá en lo alto, Karney oyó el pánico de los frenos y al Policía, en el fondo del sendero, exclamar:

—¡Dios me libre y me guarde!

Esperó unos segundos y luego espió desde su escondite. El sendero estaba desierto tanto en lo alto como en la parte baja. Los árboles estaban en calma. Desde el camino de abajo le llegó el sonido de una sirena y el grito de los oficiales ordenando a los coches que se detuvieran. Algo más cerca, alguien sollozaba. Aguzó el oído durante unos instantes, intentando descifrar el origen del llanto, hasta que se dio cuenta de que era él quien lloraba. Con lágrimas o sin ellas, el clamor exigía su atención. Algo terrible había ocurrido, y tenía que comprobar qué era. Pero tenía miedo de pasar por la doble hilera de árboles, porque sabía lo que allí acechaba; se quedó quieto, mirando hacia las ramas, intentando localizar a la bestia. No había ruidos ni movimientos; los árboles estaban tan quietos que parecían muertos. Ahogando sus temores, salió de su escondite y comenzó a bajar por el sendero sin despegar los ojos del follaje para comprobar hasta la menor señal de la presencia de la bestia. La multitud fue aumentando y oyó sus murmullos. Se le ocurrió pensar en un muro de personas; a partir de ese momento tendría que ocultarse. Los hombres que habían visto milagros debían hacerlo.

Había llegado al lugar donde Catso se había elevado hacia los árboles; un montón de hojas y cosas robadas lo indicaban. Los pies de Karney desearon ser ligeros, recogerlo todo y alejarse a toda velocidad de aquel lugar, pero un instinto perverso lo obligaba a ir despacio. ¿Acaso quería tentar a la criatura del nudo para que le mostrara la cara? Mejor enfrentarse a ella ahora, en toda su asquerosidad, que vivir con el temor a partir de entonces, bordando su rostro y sus poderes. Pero la bestia se mantuvo oculta. Si todavía seguía en el árbol, no movió ni una uña.

Algo se retorció debajo de su pie. Karney bajó la vista y allí, casi perdida entre las hojas, estaba la cuerda. Al parecer Catso no había sido considerado digno de llevarla. Después de haber revelado algunos datos de su poder, no hizo esfuerzo alguno por aparentar ser algo natural. Se retorció en la grava como una serpiente en celo, echando hacia atrás la cabeza anudada para llamar la atención de Karney. Quiso pasar por alto sus cabriolas, pero le fue imposible. Sabía que si él no la recogía, con el tiempo lo haría algún otro: una víctima, como él, de la manía de resolver enigmas. ¿Adónde conduciría esa inocencia sino a otra huída más terrible que la primera? No, lo mejor era que recogiera

la cuerda con los nudos. Al menos él conocía su potencial y en consecuencia se encontraba prevenido. Se agachó, y al hacerlo, la cuerda saltó a sus manos, enroscándose en sus dedos con tanta fuerza que casi le hizo gritar.

—Hija de puta.

La cuerda se enrolló en su mano, enlazándosele entre los dedos, extasiada por la bienvenida. Levantó la mano para observar mejor su actuación. De repente, la inquietud por los acontecimientos de Archway Road había desaparecido milagrosamente, se había evaporado. ¿Qué importaban esas preocupaciones menores? No eran más que la vida y la muerte. Sería mejor que huyera ahora que tenía ocasión.

Por encima de su cabeza se sacudió una rama. Apartó la vista de los nudos y miró al árbol. Recuperada la cuerda, aquella trepidación, al igual que sus temores, se había evaporado.

—Muéstrate —dijo—. No soy como Catso, no tengo miedo. Quiero saber lo que eres.

Desde el camuflaje de hojas, la bestia acechante se inclinó hacia Karney y exhaló una sola bocanada de aire helado. Olía como el río cuando había marea baja, a vegetación putrefacta. Karney se disponía a preguntarle qué era, cuando advirtió que la exhalación era la respuesta de la bestia. Todo lo que podía decir de su condición estaba contenido en esa bocanada de aire amargo y rancio. Para ser una respuesta no carecía de elocuencia. Angustiado por las imágenes que despertó, Karney se alejó del lugar. Tras sus ojos se movían unas formas heridas y lentas, envueltas por una oleada de mugre.

A escasa distancia del árbol se rompió el hechizo del aliento y Karney bebió el aire contaminado del camino como si fuera la brisa clara y limpia de los albores del mundo. Le dio la espalda a las agonías que presentía, metió la mano envuelta en la cuerda en el bolsillo, y comenzó a subir por el sendero. Detrás de él, los árboles volvieron a quedarse quietos.

Varias docenas de espectadores se habían reunido en el puente a observar los procedimientos de más abajo. Su presencia había provocado la curiosidad de los camioneros y conductores que pasaban por Hornsey Lane, algunos de los cuales aparcaron sus vehículos, se apareon y se sumaron a la multitud. La escena debajo del puente parecía demasiado remota como para despertar en Karney sentimiento alguno. Permaneció entre la multitud y miró hacia abajo con bastante desapasionamiento. Reconoció el cadáver de Catso por las ropas; poco más quedaba del que fuera su compañero.

Dentro de unas horas sabía que iba a lamentarlo. Pero en ese momento no lograba sentir nada. Al fin y al cabo, Catso estaba muerto, ¿o no? Su dolor y su confusión habían acabado. Karney presintió que sería más conveniente que se ahorrara las lágrimas para aquellos cuyas agonías acababan de comenzar.

Y otra vez los nudos.

Esa noche, en su casa, intentó guardarlos, pero después de los acontecimientos de la carretera habían adquirido un encanto nuevo. Los nudos sujetaban a unas bestias. Ignoraba cómo y por qué, y aunque sentía curiosidad, no le importaba demasiado. Toda su vida había aceptado que el mundo estaba plagado de misterios que una mente de sus limitados recursos no podía esperar resolver. Era la única lección verdadera que había aprendido en la escuela: él era ignorante. Ese nuevo imponderable fue uno más de una larga lista.

Sólo se le ocurrió una explicación racional, y era que de alguna manera Pope había dispuesto que él le robara la cuerda, en la plena conciencia de que la bestia liberada se vengaría de los atormentadores del anciano; no fue hasta la cremación de Catso, seis días después, cuando Karney obtuvo cierta confirmación de su teoría. Mientras tanto, se guardó sus temores; decidió que cuanto menos hablara de la noche de los hechos, menos daño le harían. La palabra daba credibilidad a lo fantástico, otorgaba peso a unos fenómenos que si se dejaban estar, esperaba que se debilitaran lo bastante como para lograr sobrevivir.

Al día siguiente, cuando la policía fue a su casa a someterle a un interrogatorio de rutina porque era amigo de Catso, declaró desconocer las circunstancias que rodearon su muerte. Brendan había hecho otro tanto, y como parecía no haber testigos que declarasen lo contrario, no volvieron a interrogar a Karney. Lo dejaron en paz con sus pensamientos, y con los nudos.

En cierta ocasión vio a Brendan. Había esperado que le rerimiera; Brendan creía que Catso huía de la policía cuando se mató y que había sido la falta de concentración de Karney la que había impedido que les avisara de su presencia. Pero Brendan no formuló acusaciones. Había aceptado la carga de la culpa con una disposición que olía a apetito: hablaba sólo de sus fallos, y no de los de Karney. La aparente arbitrariedad de la muerte de Catso había despertado en Brendan una ternura

no deseada, y Karney se moría por contarle la historia desde el principio hasta el fin. Pero presintió que no era el momento adecuado. Dejó que Brendan se desahogara y mantuvo la boca cerrada.

Y otra vez los nudos.

A veces se despertaba en mitad de la noche y tocaba la cuerda debajo de la almohada. Su presencia era reconfortante, pero la ansiedad de la cuerda misma no despertaba en él un sentimiento similar. Quería tocar los nudos restantes y examinar los acertijos que ofrecían. Pero sabía que al hacerlo tentaría a la capitulación; sucumbiría a su propia fascinación y al hambre de los nudos por la libertad. Cuando surgía semejante tentación, se obligaba a recordar el sendero y la bestia de los árboles, para despertar los horripilantes pensamientos que habían acompañado a aquel aliento. Luego, poco a poco, la angustia recordada cancelaba la curiosidad presente y dejaba en paz la cuerda. Sus ojos no la veían, pero su corazón la sentía.

Aunque sabía que los nudos eran peligrosos, no se decidió a quemarlos. Mientras poseyera ese modesto cordel, sería un hombre único; entregarlo significaría volver a su condición amorfa. No estaba dispuesto a hacerlo, aunque sospechaba que su relación diaria e íntima con la cuerda debilitaba sistemáticamente su capacidad para resistirse a su seducción.

Como no había visto nada de la cosa del árbol, empezó a preguntarse si no se habría imaginado el encuentro. En realidad, si le daban tiempo, sus poderes para racionalizar la verdad y convertirla en algo inexistente habrían ganado la partida. Pero los acontecimientos acaecidos después de la cremación de Catso pusieron fin a tan conveniente opción.

Karney había asistido solo a la ceremonia, y a pesar de la presencia de Brendan, Red y Anelisa, se había sentido solo. No tenía deseos de hablar con ninguno de los asistentes. A medida que pasaba el tiempo, le resultaba cada vez más difícil reinventar las palabras que en cierta ocasión podía haber encontrado para describir los acontecimientos. Se alejó rápidamente del crematorio antes de que nadie se acercase a hablarle, con la cabeza gacha para evitar el viento polvoriento que, a lo largo del día, había producido una sucesión de períodos nublados y soleados. Mientras caminaba, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. La cuerda esperaba allí, como de costumbre, y le dio la bienvenida a sus dedos con su forma congraciadora de costumbre. La desenroscó y sacó los cigarrillos, pero había mucho viento, las cerillas se apagaban, y sus manos parecían incapaces de efectuar la simple tarea de parapetar la llama. Siguió andando hasta encontrar un callejón, y se metió en él para encender el cigarrillo. Allí le esperaba Pope.

—¿Has enviado flores? —inquirió el vago.

La primera intención de Karney fue dar media vuelta y echar a correr. Pero el camino soleado se encontraba a unos metros de distancia; no había peligro. Además, si hablaba con el anciano, quizás lograra averiguar algo.

—¿Nada de flores? —insistió Pope.

—No, nada de flores —repuso Karney. —¿Qué haces tú aquí?

—Lo mismo que tú —replicó Pope—, vine a ver como quemaban al muchacho.

Sonrió ironicamente; la expresión de aquel rostro mugriento era sumamente repulsiva. Pope seguía delgado y huesudo como hacía dos semanas en el túnel, pero ahora mostraba un aire amenazante. Karney se sintió aliviado de que a sus espaldas, no muy lejos, estuviera todo soleado.

—Y para verte a ti —aclaró Pope.

Karney permaneció callado. Sacó una cerilla y encendió el cigarrillo.

—Tienes algo que me pertenece —le dijo Pope. Karney no se mostró culpable—. Quiero que me devuelvas los nudos, muchacho, antes de que hagas daño en serio.

—No sé de qué me estas hablando —repuso Karney.

Su mirada se concentró sin querer en el rostro inescrutable de Pope. El callejón y sus desechos apilados se sacudieron abruptamente. Una nube debía de haber tapado el sol, porque Karney lo vio todo ligeramente oscurecido, a excepción de la figura de Pope.

—Fue una tontería que intentases robarme, muchacho. Reconozco que fui presa fácil; el error fue mío y no volverá a ocurrir. Es que a veces me siento solo. Seguro que me comprendes. Y cuando me siento solo, me da por beber.

Aunque habían pasado unos segundos desde que Karney encendiera el cigarrillo, éste se había quemado hasta el filtro sin que él le hubiera dado una sola chupada. Lo tiró, vagamente consciente de que en aquel pequeño callejón, el tiempo, igual que el espacio, se apartaban de la realidad.

—No fui yo —masculló, una defensa infantil ante todo tipo de acusaciones.

—Sí fuiste tú —repuso Pope con incontestable autoridad—. No perdamos el tiempo con mentiras. Me has robado y tu compañero pagó por ello. No puedes reparar el daño que has causado. Pero puedes evitar más daños si me devuelves ahora lo que me pertenece.

Sin darse cuenta, Karney había metido la mano en el bolsillo. Quería salir de aquella trampa antes de que se cerrara sobre él; sin duda, la solución más sencilla sería darle a Pope lo que le pertenecía por derecho. Sin embargo, sus dedos titubearon. ¿Por qué? ¿Tal vez porque los ojos de aquel matusalén eran implacables? ¿O porque devolverle los nudos a Pope le daría un control total sobre el arma que, en efecto, había matado a Catso? No obstante, había algo más; incluso si estaba en juego su cordura, Karney se sentía reacio a devolver el único fragmento de misterio que se había cruzado en su camino. Pope presintió en él la falta de disposición y sus lisonjas arreciaron.

—No me tengas miedo —le dijo—. No te haré daño a menos que me obligues. Preferiría que acabáramos este asunto pacíficamente. Más violencia, incluso otra muerte, llamarían la atención.

Karney se preguntó si aquel viejo tan desharrapado, tan ridículamente débil, sería un asesino. Sin embargo, lo que oía contradecía a lo que veía; la semilla de la autoridad que Karney había percibido la vez anterior en la voz de Pope había florecido por completo.

—¿Quieres dinero? —preguntó Pope—. ¿Es eso? ¿Si te ofreciera algo por tus molestias se sentiría tu orgullo mas aplacado? —Karney observó incrédulamente el estado ruinoso de Pope—. Tal vez no parezca un potentado, pero las apariencias suelen engañar. Además, ésa es la regla, y no la excepción. Fíjate en ti, por ejemplo. No pareces hombre muerto, pero te lo digo yo, muchacho, estás prácticamente muerto. Te prometo la muerte si continúas desafiándome.

La perorata —tan medida, tan escrupulosa— sorprendió a Karney viéndolo, como venía, de labios de Pope; estaba claro que su tesis quedaba probada. Hacía dos semanas habían pescado a Pope borracho y vulnerable, pero ahora, sobrio, el hombre hablaba como un potentado: un rey loco, quizás, mezclado entre el populacho disfrazado de mendigo. ¿Rey? No, más bien sacerdote. En la naturaleza de su autoridad (incluso en su nombre) había algo que sugería una persona cuyo poder jamás se había basado solamente en la política.

—Te lo repito —dijo Pope—, dame lo que es mío.

Dio un paso hacia Karney. El callejón era un túnel estrecho que se cernía sobre sus cabezas. Si allá arriba había un cielo, Pope lo había oscurecido.

—Dame los nudos —insistió.

Su voz era suave y tranquilizadora. La oscuridad era completa. Karney sólo lograba ver la boca del viejo: sus dientes desiguales, su lengua gris.

—Dámelos, ladrón, o sufrirás las consecuencias.

—¿Karney?

La voz de Red le llegó como de otro mundo. Se encontraba a unos pasos de distancia de la voz, el sol, el viento, pero durante un largo instante Karney luchó por localizarlos.

—¿Karney?

Sacó a rastras la conciencia que había quedado atrapada entre los dientes de Pope y se obligó a volver la cara para mirar el camino. Red estaba allí, parado en el sol, y Anelisa estaba a su lado. El pelo rubio de la muchacha brillaba.

—¿Qué ocurre?

—Déjanos en paz —le ordenó Pope—. Él y yo estamos discutiendo un asunto.

—¿Tienes asuntos con ese tipo? —inquirió Red a Karney.

Antes de que Karney pudiera contestar, Pope le dijo:

—Díselo. Diselo, Karney. Dile que quieras hablar conmigo a solas.

Red lanzó una mirada al anciano por encima del hombro de Karney, y le preguntó a éste:

—¿Quieres decirme qué está ocurriendo?

La lengua de Karney se esforzó por encontrar una respuesta, pero no lo logró. La luz del sol estaba tan lejos...; cada vez que la sombra de una nube surcaba la calle, temía que la luz se apagara para siempre. Sus labios se movieron en silencio para expresar su temor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Red—. Karney... ¿Me oyes?

Karney asintió. La oscuridad que lo tenía atrapado comenzó a desaparecer.

—Sí... —repuso.

De repente, Pope se abalanzó sobre Karney; sus manos buscaron desesperadamente llegar a los bolsillos. El impacto del ataque lanzó a Karney, que seguía estupefacto, contra la pared del callejón. Cayó de lado, sobre una pila de cajas. Todo se vino abajo; Pope agarraba a Karney con tanta fuerza

que cayó junto con él. La calma precedente —el humor negro, las amenazas circunspectas— se evaporó; Pope volvía a ser el vago idiota que escupía desatinos. Karney sintió que las manos del anciano le rasgaban las ropas y le arañaban la piel en busca de los nudos. Las palabras que le gritaba a la cara ya no le resultaban comprensibles.

Red entró en el callejón e intentó agarrar al viejo de la chaqueta, el cabello o la barba, lo primero que lograra asir, para apartarlo de su víctima. Era más fácil decirlo que hacerlo; su reacción tenía toda la furia de un ataque. Pero como Red era más fuerte, a la larga ganó la partida. Profiriendo tonterías, Pope fue puesto en pie. Red lo sujetó como si fuera un perro rabioso.

—Levántate —le ordenó a Karney—, y aléjate de él.

Karney se incorporó con dificultad entre las maderas de las cajas. En los escasos segundos de la agresión, Pope había causado un daño considerable: Karney sangraba en media docena de sitios. Tenía la ropa arrasada; la camisa estaba hecha jirones. Vacilante, se llevó la mano a la cara; los arañazos se habían hinchado como cicatrices rituales.

Red empujó a Pope contra la pared. El vagabundo seguía apoplético, con los ojos fuera de las órbitas. Una andanada de invectivas —mezcla de inglés y galimatías— cayó sobre la cara de Red. Sin interrumpir su perorata, Pope intentó atacar otra vez a Karney, pero esta vez Red lo sujetó e impidió que sus garras tocaran al muchacho. Red sacó a Pope del callejón y lo arrastró hasta el camino.

—Te sangra el labio —dijo Anelisa, mirando a Karney con disgusto.

Karney saboreó la sangre: salada y caliente. Se llevó el dorso de la mano a la boca. Al apartarla, quedó teñida de rojo.

—Menos mal que te seguimos —dijo la muchacha.

—Sí —repuso él sin mirarla.

Estaba avergonzado de su comportamiento ante el vagabundo, y sabía que la muchacha se estaría riendo de su incapacidad para defenderse. La familia de Anelisa estaba compuesta por villanos, su padre era un héroe entre los ladrones.

Red regresó de la calle. Pope se había ido.

—¿A qué venía todo esto? —exigió saber, sacando un peine del bolsillo de la chaqueta y arreglándose el copete.

—A nada —respondió Karney.

—No me vengas con esas mierdas —rechazó Red—. Dice que le robaste algo. ¿Es cierto?

Karney lanzó una mirada a Anelisa. De no haber estado ella allí, le habría contado todo a Red, en ese mismo instante. La muchacha le devolvió la mirada y pareció leerle el pensamiento. Se encogió de hombros y se apartó para no escuchar, pateando las cajas destrozadas a medida que se alejaba.

—Nos la tiene jurada a todos, Red —dijo Karney.

—¿De qué estás hablando?

Karney bajó la vista y se miró la mano ensangrentada. Aunque Anelisa se había alejado, las palabras para explicar sus sospechas tardaron en llegar.

—Catso... —comenzó a decir.

—¿Qué pasa con él?

—Huía, Red.

Detras de él, Anelisa lanzó un suspiro de irritación. Aquello tardaba demasiado para su gusto.

—Red, llegaremos tarde —dijo.

—Espera un momento —le ordenó Red, cortante, y concentró su atención en Karney—. ¿Qué quieras decirme sobre Catso?

—El viejo no es lo que parece. No es un vagabundo.

—¿No? ¿Y qué es entonces?

La voz de Red había recuperado su tono sarcástico; sin duda, debido a la presencia de Anelisa. La muchacha se había cansado de la discreción y había regresado junto a Red.

—¿Qué es, Karney? —repitió.

Karney negó con la cabeza. ¿Qué sentido tenía explicar una parte de lo ocurrido? O intentaba relatar toda la historia o se callaba la boca. Lo más fácil era callarse la boca.

—Da igual —dijo con tono monótono.

Red le lanzó una mirada asombrada y al comprobar que no se producía aclaración alguna, dijo:

—Si tienes algo que contarme sobre Catso, me gustaría oírlo. Ya sabes dónde vivo.

—Está bien.

—Lo digo en serio —insistió Red.

—Gracias.

—¿Sabes? Catso era un buen amigo. Un poco borrachín, pero todos tenemos nuestras cosas, ¿no? No tendría que haber muerto, Karney. Fue una putada.

—Red...

—Te llama —dijo Karney.

Anelisa se había ido hasta la calle.

—Siempre me está llamando. Ya nos veremos. Karney.

—Vale.

Red le dio una palmadita en la mejilla lastimada y salió al sol, tras Anelisa. Karney no hizo ademán de seguirlos. El ataque de Pope lo había dejado tembloroso; quería esperar en el callejón hasta recuperar la compostura. Buscó la tranquilidad de los nudos y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Estaba vacío. Registró los demás bolsillos. Todos vacíos, y sin embargo estaba seguro de que el viejo no había llegado a la cuerda. Tal vez se le hubiera caído durante la lucha. Karney comenzó a rastrear el callejón, y al ver que la primera búsqueda no daba resultado, revisó todo una segunda y una tercera vez, aunque ya la daba por perdida. Pope había logrado quitársela después de todo. A hurtadillas o bien por pura casualidad, había recuperado los nudos.

Con asombrosa claridad, Karney se recordó a sí mismo, de pie en el Salto del Suicida, mirando hacia abajo, hacia Archway Road, el cuerpo desparramado de Catso, que yacía en el centro de una maraña de luces y vehículos. Se había sentido tan alejado de la tragedia...; la había visto con la misma implicación que un pájaro al vuelo. De repente, le disparaban desde el cielo. Caía al suelo, herido, aguardando sin esperanzas los terrores que le esperaban. Saboreó la sangre que le manaba del labio partido y se preguntó, deseando que el pensamiento se desvaneciera incluso antes de formarse, si Catso habría muerto instantáneamente, o si él también habría saboreado su sangre mientras yacía sobre el asfalto, mirando a la gente del puente, que todavía no se había enterado de cuán cercana estaba la muerte.

Regresó a su casa por las calles más transitadas que logró encontrar. Aunque de ese modo su lamentable aspecto atraía las miradas de las madronas y los policías, prefirió su desaprobación a arriesgarse a transitar por calles vacías, alejadas de las arterias principales. Una vez en su casa, se lavó las heridas y se cambió de ropa, y luego se sentó frente al televisor para permitir que sus miembros dejaran de temblar. Eran las últimas horas de la tarde, y hacían programas para niños: un aire de optimismo fácil infectaba todos los canales. Miraba aquellas banalidades con los ojos, pero no con la mente, aprovechando el sosiego para encontrar las palabras que describieran lo que le había ocurrido. Lo imperioso ahora era advertir a Red y a Brendan. Pope se había hecho con los nudos, y sólo sería cuestión de tiempo antes de que alguna bestia —quizá peor que la cosa de los árboles— fuera en busca de ellos. Entonces sería demasiado tarde para explicaciones. Sabía que los otros dos se mostrarían incrédulos, pero haría lo imposible para convencerlos, aunque tuviera que quedar en el peor de los ridículos. Tal vez sus lágrimas y su terror los harían reaccionar, cosa que su empobrecido vocabulario no lograría jamás.

A eso de las cinco y cinco, antes de que su madre regresara del trabajo, salió de casa y fue en busca de Brendan.

Anelisa se sacó del bolsillo el trozo de cuerda que había hallado en el callejón y lo examinó. No estaba segura de por qué se había molestado en recogerlo; en cierto modo la cuerda había encontrado la forma de llegar hasta su mano. Jugueteó con uno de los nudos, corriendo el riesgo de estropearse las uñas. Tenía media docena de cosas mejores para hacer esa tarde. Red había ido a comprar bebida y cigarrillos, y ella se había prometido tomar un baño perfumado y relajante antes de que él volviera. No tardaría tanto en desatar el nudo, estaba segura. En realidad, parecía ansioso por ser desatado: tenía la extraña sensación de que se movía. Lo más intrigante de todo eran los colores que despedía el nudo: Anelisa logró ver tonalidades violeta y rojizas. Al cabo de unos minutos llegó a olvidarse por completo del baño; eso podía esperar. Se concentró en cambio en el acertijo que tenía entre las manos. Pocos minutos después comenzó a ver la luz.

Karney le contó la historia a Brendan lo mejor que pudo. En cuanto se lanzó a hablar y comenzó desde el principio, descubrió que tenía su propio impulso y fue eso lo que lo hizo cambiar al tiempo presente con escaso titubeo. Y terminó diciendo:

—Sé que suena increíble, pero es la verdad.

Brendan no creyó ni una sola palabra, eso quedó claro en su mirada ausente. Pero en la cara llena de cicatrices había algo más que incredulidad. Karney no logró descifrar de qué se trataba hasta que Brendan lo agarró por la camisa. Sólo entonces supo el alcance de la furia de Brendan.

—No te basta con la muerte de Catso y tienes que venir aquí a contarme esas mierdas.

—Es la verdad.

—¿Y dónde carajo están los nudos?

—Ya te lo dije, los tiene el viejo. Me los quitó esta tarde. Nos va a matar, Bren. Lo sé.

Brendan lo soltó y le dijo con tono magnánimo:

—Te diré lo que voy a hacer. Voy a olvidar que me has contado todo esto.

—Pero es que no me entiendes...

—He dicho que voy a olvidar que me lo has contado. ¿Vale? Ahora, vete de aquí y llévate tus historias.

Karney no se movió.

—¿Me has oído? —gritó Brendan.

En sus ojos Karney logró apreciar una plenitud delatora. La rabia era sólo el camuflaje —apenas adecuado— de una pena para la que no tenía mecanismos de defensa. En su estado de ánimo actual ni el temor ni la discusión lo convencerían de la verdad. Karney se puso de pie.

—Perdona, ya me voy —le dijo.

Brendan mantuvo la cabeza gacha. No volvió a levantarla, y dejó que Karney se alejara. Sólo quedaba Red, él sería el último tribunal de apelación. Podía repetir la historia ahora que ya la había contado. La repetición leería fácil. Dejó a Brendan a solas con sus lágrimas, y mentalmente comenzó a repasar las palabras.

Anelisa oyó entrar a Red por la puerta principal y lo oyó gritar varias veces una palabra. La palabra le resultaba familiar, pero tardó varios segundos de ferviente actividad mental en reconocerla como su propio nombre.

—¡Anelisa! —volvió a gritar—. ¿Dónde te has metido?

«En ninguna parte —pensó—. Soy la mujer invisible. No me busques, por favor. Dios mío, que me deje en paz.» Se llevó la mano a la boca para parar el castañeteo de sus dientes. Tenía que permanecer absolutamente quieta, y en silencio. Si movía un solo pelo, la oiría e iría en su busca. La única seguridad residía en hacerse un ovillito y taparse la boca con la palma de la mano.

Red comenzó a subir la escalera. Sin duda, Anelisa estaría cantando en el baño. Le encantaba el agua como pocas cosas. No era inusual que se pasara horas en la bañera, con los pechos rompiendo la superficie como dos islas de ensueño. A cuatro escalones del rellano, oyó un ruido en el pasillo de abajo: una tos o algo parecido. ¿Acaso estaría jugando con él? Se dio media vuelta y bajó, moviéndose con mayor sigilo. Casi al pie de la escalera, sus ojos se posaron en un trozo de cuerda que yacía sobre uno de los escalones. La levantó y, brevemente, se preguntó qué sería aquel único nudo antes de volver a oír el mismo ruido. Esta vez no pensó que se tratara de Anelisa. Contuvo el aliento, esperando que se repitiera en el pasillo. Cuando no oyó nada, metió la mano en el costado de la bota y sacó una navaja automática, un arma que llevaba encima desde la tierna edad de once años. Según el padre de Anelisa era un arma de adolescentes; pero ahora, al avanzar por el pasillo hacia la sala, agradeció al santo patrono de los cuchillos el no haber seguido el consejo del viejo criminal.

La habitación estaba a oscuras. La noche cayó sobre la casa, oscureciendo las ventanas. Red permaneció en el vano de la puerta durante largo rato, observando ansiosamente el interior en busca de algún movimiento. Y otra vez el ruido; esta vez no fue uno solo, sino una serie de sonidos. Para su alivio, notó que la fuente del mismo no era humana. Con toda probabilidad se trataría de un perro herido en alguna pelea. Y además, el ruido no provenía de la habitación de enfrente, sino de la cocina, ubicada más al fondo del pasillo. Recobrado el valor por el simple hecho de pensar que el intruso no era más que un animal, llevó la mano al interruptor y encendió la luz.

La rápida sucesión de acontecimientos que puso en marcha al hacerlo se produjo en una secuencia que no ocupó más de una docena de segundos; sin embargo, vivió cada uno de ellos con

el máximo de detalles. En el primer segundo, al encenderse la luz, vio moverse una cosa en la cocina; luego, se dirigió hacia ella empuñando la navaja. Durante el tercer segundo apareció el animal, que alertado por su agresión, salió de su escondite. Corrió hacia él: era una imagen borrosa de carne reluciente. Su repentina proximidad le resultó sobrecogedora; su tamaño, el calor que despedía su cuerpo humeante, la boca enorme que dejaba escapar un aliento podrido. Red empleó el cuarto y el quinto segundos para evitar el primer ataque, pero al sexto aquella cosa dio con él. Sus brazos desnudos agarraron a Red. Lanzó un navajazo al aire y le abrió una herida, pero ésta se cerró, al tiempo que la bestia aferraba a Red con un abrazo mortal. Más por accidente que por verdadera intención, la navaja se clavó en la carne de aquella cosa y un calor líquido le salpicó la cara a Red. Apenas lo notó. Siguieron los últimos tres segundos, en los que el arma, resbaladiza por la sangre, se le escapó de la mano y quedó clavada en la bestia. Desarmado, intentó desasirse de aquel abrazo mortal, pero antes de poder apartarse, la enorme cabeza inconclusa se acercó a él —las fauces enormes como un túnel— y de un solo golpe se bebió todo el aire de sus pulmones. Era todo el aliento que Red poseía. Su cerebro, privado de oxígeno, produjo una serie de fuegos artificiales para celebrar su inminente partida: petardos, estrellas, girándulas. La pirotecnia fue brevíssima; pronto se hizo la oscuridad.

Arriba, Anelisa escuchaba los caóticos sonidos e intentaba reunirlos para encontrarles un sentido, pero le fue imposible. Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido, había acabado en silencio. Red no fue en su busca. Pero tampoco la bestia. Tal vez, pensó, se habrían matado. La simplicidad de la solución la satisfizo. Esperó en su cuarto hasta que el hambre y el aburrimiento calmaron su ansiedad; entonces bajó.

Red yacía donde el segundo engendro de la cuerda lo había soltado, con los ojos muy abiertos para observar los fuegos de artificio. La bestia estaba acuciillada en el extremo de la habitación, hecha una ruina. Al verla, Anelisa se apartó del cuerpo de Red y fue hacia la puerta. La bestia no intentó acercarse a ella, se limitó a seguirla con los ojos hundidos, la respiración entrecortada y unos pocos movimientos muy entorpecidos.

Iría a buscar a su padre, decidió, y abandonó la casa, dejando la puerta principal entreabierta.

Seguía entreabierta cuando, media hora más tarde, llegó Karney. Aunque después de dejar a Brendan tenía la intención de ir directamente a casa de Red, le había faltado valor. Había vagado sin rumbo fijo hacia el puente sobre Archway Road. Allí había permanecido durante largo rato, observando el tráfico que pasaba debajo y bebiendo de la media botella de vodka que había comprado en Holloway Road. Se había quedado sin dinero, pero con el estómago vacío, el licor había sido potente, y le había aclarado las ideas. Había llegado a la conclusión de que morirían todos. Tal vez la culpa la tenía él, por robar la cuerda; de todos modos, lo más probable era que Pope los castigara por los crímenes perpetrados contra su persona. Ahora, lo más que podían esperar —que él podía esperar— era una brizna de comprensión. Eso le bastaría, decidió, obnubilado por el alcohol: simplemente morir un poco menos ignorante de lo que había nacido. Red lo entendería.

Estaba ahora en el umbral de la puerta y llamó al muchacho por su nombre. No recibió respuesta alguna. El vodka que había bebido lo tornó osado y, gritando otra vez el nombre de Red, entró en la casa. El pasillo estaba a oscuras, pero había luz en un cuarto del fondo y hacia ella fue. La atmósfera de la casa era bochornosa, como el interior de un invernadero. En la sala hacia todavía más calor, porque allí se enfriaba Red, soltando su calor al ambiente.

Karney bajó la vista y se quedó mirándolo el tiempo suficiente como para notar que con la mano izquierda aferraba la cuerda y que en ésta sólo quedaba un nudo. Tal vez Pope había estado allí y, por algún motivo, había dejado la cuerda. Fuera como fuese, su presencia en la mano de Red ofrecía una posibilidad de vivir. Esta vez, juró mientras se acercaba al cuerpo, destruiría la cuerda para siempre. La quemaría y esparrería sus cenizas a los cuatro vientos. Se agachó para quitársela de la mano a Red. La cuerda presintió su proximidad y saltó, manchada de sangre, de la mano del muerto a la de Karney, y se le enrolló entre los dedos, dejando una huella. Asqueado, Karney miró el último nudo. El proceso que tan doloroso esfuerzo le costara iniciar había cobrado ahora su propio impulso. Desatado el segundo nudo, el tercero comenzaba prácticamente a aflojarse solo. Al parecer, seguía necesitando de un agente humano —¿por qué si no había saltado con tanta prontitud a su mano?—, pero a pesar de ello, estaba muy cerca de resolver su propio misterio. Era imperioso que destruyera la cuerda rápidamente antes de que el nudo se desatase.

Entonces notó que no estaba solo. Además del muerto, había allí cerca otra presencia viva. Apartó la vista del nudo retorciéndose cuando alguien le habló. Las palabras no tenían sentido alguno. Ni siquiera eran palabras, sino más bien una serie de sonidos lastimeros. Karney recordó el aliento de la cosa del sendero y la ambigüedad de los sentimientos que había despertado en él. En aquel momento experimentó la misma ambigüedad: junto al temor creciente tuvo la sensación de que la voz de la bestia hablaba de pérdidas, fuera cual fuese su lengua. Se sintió embargado por la piedad.

—Muéstrate —le dijo, sin saber si entendería o no.

Pasaron unos cuantos instantes temblorosos. Entonces salió por la puerta del extremo opuesto. La luz de la sala era buena, y Karney tenía buena vista, pero la anatomía de la bestia desafió su comprensión. En su silueta deformada y palpitante había algo simiesco, como si hubiera nacido prematuramente. Su boca se abrió para emitir otro sonido; sus ojos, sepultados bajo la frente sangrante, eran inescrutables. Comenzó a arrastrarse desde su escondite para atravesar la habitación y dirigirse hacia él; con cada paso, ponía a prueba la cobardía de Karney. Al llegar al cadáver de Red, se detuvo, levantó un miembro destrozado e indicó un lugar en el pliegue del cuello. Karney vio el cuchillo; sería el de Red, supuso. Se preguntó si no estaría intentando justificar su muerte.

—¿Que eres? —le preguntó.

Meneó la pesada cabeza. De su boca salió un gemido prolongado. Y de repente, levantó el brazo y señaló en dirección a Karney. Al hacerlo, dejó que la luz le cayera de lleno en el rostro, y Karney pudo ver los ojos debajo de las pobladas cejas: eran como gema gemelas atrapadas en la bola herida del cráneo. Su brillo y su lucidez le revolvieron el estómago. Y seguía señalando en su dirección.

—¿Quequieres? —le preguntó Karney—. Dime lo quequieres.

Dejó caer el miembro pelado e hizo ademán de pasar por encima del cadáver en dirección a Karney, pero no tuvo ocasión de revelar sus intenciones. Desde la puerta principal llegó un grito que la detuvo en seco.

—¿Hay alguien? —preguntó una voz.

En el rostro de la bestia se dibujó el pánico —los ojos demasiado humanos se movieron en sus órbitas—, y se alejó, rumbo a la cocina. El visitante, quienquiera que fuese, volvió a gritar; su voz sonó más cercana. Karney miró el cadáver y luego vio que tenía la mano ensangrentada. Sopesó sus posibilidades, se retiró de la habitación y entró en la cocina. La bestia había huido: la puerta trasera estaba abierta de par en par. A sus espaldas, Karney oyó al visitante encomendarse a Dios cuando vio los restos de Red. Titubeó en las sombras. ¿Sería correcto huir? ¿No sería mejor quedarse allí y tratar de encontrar una forma de llegar a la verdad? El nudo, que seguía moviéndose en su mano, lo decidió: lo prioritario era destruirlo. En la sala, el visitante marcaba el número de la policía; utilizando su monólogo aterrador como tapadera, Karney cubrió los metros que le quedaban hasta alcanzar la puerta y huyó.

—Te ha llamado alguien —le gritó su madre desde lo alto de la escalera—; ya me ha despertado dos veces. Le dije que no...

—Lo siento, mamá. ¿Quién era?

—No me lo quiso decir. Le dije que no volviera a llamar. Si telefonea otra vez dile que no quiero que vuelva a llamar a estas horas de la noche. Que hay gente que tiene que madrugar.

—Sí, mamá.

Su madre desapareció del rellano, cerró la puerta y se metió en su cama solitaria. Karney se quedó temblando en el vestíbulo, con la mano en el bolsillo apretada alrededor del nudo. Seguía moviéndose, retorciéndose en todas direcciones, contra los confines de su palma, buscando un sitio, por pequeño que fuera, en el que soltarse. Pero no se lo permitía. Buscó el vodka que había comprado horas antes; con una sola mano destapó la botella y bebió. Cuando tomaba un segundo sorbo, sonó el teléfono. Dejó la botella y levantó el auricular.

—¿Diga?

Llamaban desde una cabina; sonó un «pip», depositaron unas monedas y una voz dijo:

—¿Karney?

—Sí?

—Por el amor de Dios, me matará.

—¿Quién habla?

—Brendan. —No sonaba como la voz de Brendan, era demasiado chillona, demasiado llorosa—. Me matará si no vienes.

—¿Pope? ¿Es Pope?

—Está loco. Tienes que venir al cementerio de coches, en la cima de la colina. Dale...

Se cortó la comunicación. Karney colgó. En su mano, la cuerda hacía acrobacias. Abrió la mano; en la escasa luz que provenía del rellano, el nudo restante brilló. En su centro, como en el centro de

los otros dos nudos, se produjeron chispazos de color. Cerró de nuevo el puño, recogió la botella de vodka y volvió a salir.

El cementerio de coches se había vanagloriado en cierta época de la presencia de un doberman perpetuamente irascible, pero al perro le había salido un tumor la primavera anterior y había atacado salvajemente a su amo. Después del incidente lo sacrificaron y no volvieron a comprar un sustituto. La pared de hierro corrugado fue, a partir de aquel momento, muy fácil de trasponer. Karney trepó a ella y bajó al terreno lleno de grava y cenizas. En el portón de entrada, una farola iluminaba la colección de vehículos particulares y comerciales amontonados allí. La mayoría estaban desahuciados: eran camiones abiertos y camiones cisterna herrumbrados, un autobús que se había llevado por delante un puente a toda velocidad, una especie de archivo policial fotográfico de coches, alineados o apilados, víctimas de accidentes diversos.

Comenzando por el portón de entrada, Karney efectuó una búsqueda sistemática por el terreno, intentando andar con cuidado, pero en el extremo noroeste del cementerio no encontró señal alguna de Pope ni de su prisionero. Con el nudo en la mano, comenzó a avanzar por el recinto; la luz tranquilizadora del portón temblaba a cada paso que daba. Un poco más adelante, entre dos de los vehículos, vio unas llamas. Se quedó quieto e intentó interpretar el intrincado juego de sombras y fuego. A sus espaldas oyó un movimiento; se volvió, previendo a cada latido del corazón un grito, un golpe. No hubo nada. Recorrió el cementerio a sus espaldas —la imagen de la llama amarilla le bailaba en la retina—, pero lo que se había movido permanecía ahora quieto.

—¿Brendan? —susurró, mirando hacia el fuego.

En un retazo de sombras, frente a él, se movió una silueta; Brendan salió de la oscuridad tambaleándose y cayó de rodillas sobre las cenizas, muy cerca de donde se encontraba Karney. Incluso en la engañosa luz, Karney logró ver que Brendan había sido apaleado salvajemente. Llevaba la camisa llena de manchas demasiado oscuras como para ser otra cosa que sangre; tenía el rostro crispado por el dolor presente o el que previsiblemente le llegaría. Cuando Karney avanzó hacia él, Brendan se escudó como un animal maltratado.

—Soy yo, Karney —le dijo éste.

—Dile que pare —le pidió Brendan, levantando la cabeza machacada.

—Todo saldrá bien.

—Por favor, dile que pare.

Brendan se llevó las manos al cuello. Un collar de cuerda le rodeaba la garganta, y de él partía una traílla que se internaba en la oscuridad, entre dos vehículos. Allí, sujetando el otro extremo de la traílla, estaba Pope. Sus ojos brillaban con las sombras, aunque ninguna fuente de luz se reflejara en ellos como para permitir aquel brillo.

—Ha sido muy sensato por tu parte el haber venido —le dijo Pope—. Lo habría matado.

—Suéltalo —le ordenó Karney.

—Primero dame el nudo —dijo Pope, negando con la cabeza.

Salió de su escondite. Karney esperaba que se le hubiese desprendido el disfraz de vagabundo, revelando su verdadero rostro —cualquiera que este fuese—, pero no fue así. Vestía las mismas ropas harapientas de siempre, pero su control de la situación era incontestable. Dio un tirón a la cuerda y Brendan se desplomó, ahogándose; sus manos aferraron en vano el nudo que le apretaba la garganta.

—Basta ya —le ordenó Karney a Pope—. Tengo el nudo, maldito seas. No lo mates.

—Dámelo.

Cuando Karney avanzaba hacia el anciano, algo gritó en el laberinto del cementerio. Karney reconoció el sonido; Pope también. No había posibilidad de error: era la voz de la bestia desollada que había matado a Red, y estaba muy cerca. La cara sucia de Pope se tiñó de una nueva urgencia

—¡Date prisa! —apremió—. O lo mato.

Había extraído un cuchillo de desollar de la chaqueta. Tiró de la traílla y obligó a Brendan a acercarse.

La queja de la bestia aumentó de tono.

—¡El nudo! —gritó Pope—. ¡Dámelo!

Avanzó hacia Brendan y le puso la hoja del cuchillo en la cabeza rapada.

—No lo hagas —le dijo Karney—, toma el nudo.

Antes de que lograra respirar, por el rabillo del ojo notó un movimiento y algo caliente le agarró la muñeca. Pope lanzó un grito de rabia, y Karney se volvió para ver a la bestia escarlata a su lado, mirándolo con ojos fantasmales. Karney forcejeó para soltarse, pero la bestia meneó su enloquecida cabeza.

—¡Mátala! ¡Mátala! —aulló Pope.

La bestia observó a Pope y, por primera vez, Karney vio en aquellos ojos pálidos una mirada inequívoca: un odio muy puro. Brendan lanzó un grito agudo y Karney miro en su dirección: el cuchillo de desollar se deslizó en su mejilla. Pope retiró la hoja y dejó que el cadáver de Brendan cayera hacia adelante. Antes de que este tocara el suelo, el anciano se dirigió hacia Karney; cada una de sus zancadas revelaba unas intenciones asesinas. Atemorizada, la bestia soltó a Karney justo a tiempo para que éste evitara el primer ataque de Pope. Hombre y bestia se separaron y echaron a correr. Karney resbaló en las cenizas y por un instante sintió cernirse sobre él la sombra de Pope, pero logró esquivar el segundo cuchillazo por milímetros.

—No podrás salir —se jactó Pope al verle correr. El viejo se mostraba tan confiado de su trampa que ni siquiera se molestó en perseguirlo—. Estás en mi territorio, muchacho. No hay modo de salir.

Karney se ocultó entre dos vehículos y comenzó a volver sobre sus pasos en dirección al portón, pero sin saber cómo, había perdido el sentido de la orientación. Una hilera de mastodontes herrumbados conducía a otra, tan parecida que no lograba distinguirlas. Ignoraba dónde lo conduciría aquella maraña, pero al parecer no había escapatoria; no volvería a ver la farola del portón, ni el fuego de Pope, en el extremo del cementerio. Aquello se había convertido en un coto de caza, y él en la presa; adondequiera que lo llevaba el sendero, la voz de Pope lo seguía tan de cerca como sus propios latidos.

—Entrégame el nudo, muchacho —le decía—, entrégamelo y no te obligaré a comerte tus propios ojos.

Karney estaba aterrorizado, pero presentía que a Pope le ocurría otro tanto. La cuerda no era una herramienta asesina, como Karney había creído siempre. Fuera cual fuese la razón de su existencia, el viejo no ejercía sobre ella dominio alguno. En ese hecho basaba las escasas posibilidades de supervivencia. Había llegado el momento de desatar el último nudo; lo desataría y esperaría las consecuencias. ¿Podrían ser peores que morir a manos de Pope?

Karney encontró un refugio adecuado al lado de un camión incendiado; se puso en cuclillas y abrió el puño. Incluso en la oscuridad logró sentir que el nudo se movía para deshacerse; lo ayudó lo mejor que pudo.

—No lo hagas, muchacho —le sugirió Pope, fingiendo una humanidad impropia en él—; sé lo que estás pensando, y créeme, será tu fin.

Era como si a las manos de Karney les hubieran brotado dedos adicionales: ya no estaban a la altura de solucionar el problema. Su mente era una galería de retratos de muerte: Catso tirado en la calzada del camino; Red en la alfombra, Brendan soltándose de las manos de Pope mientras el cuchillo se deslizaba de su cabeza. Se esforzó por apartar de si esas imágenes, guiando como podía su sitiado intelecto. Pope había concluido su monólogo. El único sonido que se oía en el cementerio de coches era el murmullo lejano del tráfico; provenía de un mundo que Karney dudaba en volver a ver. Manoseó desmañadamente el nudo como si fuera un hombre ante una puerta cerrada con un manojo de llaves, probando una, luego la siguiente, y la siguiente, con la certeza de que la noche se cernía sobre su cabeza. «De prisa. de prisa». se dijo. Pero su anterior destreza lo había abandonado por completo.

Entonces oyó un siseo que cortaba el aire; Pope había dado con el, vio su cara triunfante al lanzar el golpe asesino. Karney se echó a rodar desde la postura en la que se encontraba, pero la hoja le alcanzó en la parte superior del brazo, abriendole una herida desde el hombro hasta el codo. El dolor le dio velocidad, y el segundo golpe fue a dar contra la cabina del camión, sacando chispas en vez de sangre. Antes de que Pope lograra acuchillarlo otra vez, Karney se alejó sangrando copiosamente. El viejo salió en su persecución, pero Karney fue más veloz. Se metió detrás de un autocar y, mientras Pope iba tras él resollando, se agachó y se ocultó debajo del vehículo. Pope pasó de largo justo cuando Karney sofocaba un sollozo de dolor. La herida que acababan de infligirle le había incapacitado la mano izquierda. Apretando el brazo contra el cuerpo para reducir al mínimo el esfuerzo sobre el músculo destrozado, intentó concluir el maldito trabajo que había comenzado en el nudo, utilizando los dientes como segunda mano. Ante él aparecieron destellos de luz blanca: no tardaría en desmayarse. Respiró profundamente y con regularidad a través de las fosas nasales, mientras sus dedos tiraban febrilmente del nudo. Ya no veía ni lograba sentir el nudo en la mano. Trabajaba a ciegas, como lo había hecho en el sendero, y ahora, como entonces, sus instintos empezaron a suplir sus fuerzas. El nudo comenzó a bailar ante sus labios, ansioso por soltarse. Se encontraba a escasos momentos de la solución.

Tan concentrado estaba que no vio el brazo que se tendía hacia él hasta que se sintió arrastrar de su santuario y se quedó mirando hacia arriba los ojos brillantes de Pope.

—Basta de juegos —dijo el viejo, y soltó a Karney para arrancarle la cuerda de los dientes.

Karney intentó moverse un poco para evitar que Pope lo agarrara, pero el dolor del brazo era tan agudo que no pudo. Cayó hacia atrás lanzando un grito al tocar el suelo.

—Te sacare los ojos —dijo Pope, y el cuchillo descendió.

Sin embargo, el golpe cegador jamás llegó. Una silueta malherida salió de su escondite, detrás del viejo, y tironeó de las dos puntas de su gabardina. Pope recuperó el equilibrio en pocos momentos y se dio la vuelta. El cuchillo alcanzó a su contrincante, y Karney abrió los ojos nublados de dolor para ver a la bestia desollada retroceder con la mejilla abierta hasta el hueso. Pope fue tras ella para rematarla, pero Karney no se quedó a mirar. Tendió la mano para sujetarse del camión y se incorporó con el nudo apretado aún entre los dientes. A sus espaldas, Pope maldecía; Karney supo que había abandonado la matanza para seguirlo. Sabía también que lo alcanzaría, pero tambaleándose salió de entre los dos vehículos. ¿En qué dirección se encontraba el portón? No tenía idea. Sus piernas pertenecían a un comediante, y no a él; tenían articulaciones de goma, no servían para otra cosa que para hacerlo caer de nalgas. Avanzó dos pasos y las rodillas cedieron. Del suelo se elevó un olor de cenizas empapadas de gasolina.

Desesperado, se llevó la mano sana a la boca. Los dedos encontraron una lazada. Tiró con todas sus fuerzas y, milagrosamente, el nudo se deshizo. Escupió la cuerda al sentir que surgía un calor que le tostaba los labios. La cuerda cayó al suelo, roto su sello último, y de su centro se materializó el último de los prisioneros. Apareció sobre las cenizas como un niño enfermo, con unos vestigios de miembros, la cabeza pelada demasiado grande para el cuerpecito marchito, cuya carne era tan pálida que parecía translúcida. Agitó los brazos paralíticos en un vano esfuerzo por enderezarse cuando Pope avanzó hacia ella, ansioso por cortarle la indefensa garganta. Evidentemente, aquella incipiente forma de vida no era lo que Karney había esperado del tercer nudo; le daba asco.

Entonces habló. Su voz no era el maullido de un crío sino la de un hombre, aunque provenía de la boca de la criatura.

—¡Ven a mí! ¡Deprisa! —gritó.

Cuando Pope se inclinaba para asesinar a la criatura, el aire del cementerio de coches se llenó de un olor a fango y las sombras liberaron un ser espinoso, de vientre bajo, que se deslizó por el suelo, hacia él. Pope retrocedió cuando la criatura —tan inacabada en su estado de reptil como su hermano simiesco— se cerró sobre el extraño infante. Karney esperaba que devorase aquel montoncito de carne, pero el niño pálido levantó los brazos, como dándole la bienvenida, al tiempo que la bestia del primer nudo se enroscaba sobre él. Al hacerlo, la segunda bestia mostró su rostro fantasmal, gimiendo de placer. Posó sus manos sobre el niño y acunó el cuerpo deformado en sus brazos espaciosos, completando la atroz familia de reptil, mono y niño.

Sin embargo, la unión no se había completado aún. Cuando las criaturas se unieron, sus tres cuerpos comenzaron a desintegrarse, transformándose en lazos de una sustancia color pastel; incluso cuando sus anatomías comenzaban a disolverse, los restos iniciaban una nueva configuración: cada filamento se iba urdiendo con otros. Estaban atando otro nudo, al azar pero, aun así, inevitable, mucho más complicado que los que Karney había logrado tener entre sus manos. De las piezas del antiguo rompecabezas surgía otro nuevo, quizá insoluble, pero, mientras que los otros habían sido inacabados, éste sería completo y acabado. ¿Quéería?

Mientras la madeja de nervios y músculos se movía hacia su condición final, Pope aprovechó la ocasión que se le presentaba. Avanzó a toda velocidad, con el rostro enloquecido al ver la unión, y hundió el cuchillo de desollar en el corazón del nudo. Pero el ataque no llegó a tiempo. Un miembro con jirones luminosos se desenroscó del cuerpo y envolvió la muñeca de Pope. La gabardina se prendió fuego y las carnes de Pope comenzaron a arder. Aulló y dejó caer el arma. El miembro lo soltó a su vez, para volver al ovillo; dejó al hombre tambaleándose hacia atrás y acunándose el brazo humeante. Al parecer, Pope estaba perdiendo la cordura; sacudía la cabeza lastimeramente. Por un instante, sus ojos se encontraron con los de Karney y un relumbre astuto los iluminó. Estiró el brazo, cogió al muchacho por la herida y lo apretó con fuerza. Karney gritó, pero sin prestar atención a su prisionero, Pope lo alejó a rastras de la cosa que estaba terminando su formación y lo metió en el refugio del laberinto.

—No me hará daño —dijo Pope para sí—, no si tú estas a mi lado. Siempre tuvo debilidad por los niños. —Empujó a Karney delante de él—. Buscaré los papeles..., luego me ire.

Karney no sabía si estaba vivo o muerto; no le quedaban fuerzas para deshacerse de Pope. Se limitó a seguir al viejo, arrastrándose la mitad del trayecto, hasta que llegaron a su destino: un coche sepultado detrás de una montaña de vehículos herrumbrados. Le faltaban las ruedas; a través del chasis le había crecido un arbusto que ocupaba el asiento del conductor. Pope abrió la puerta trasera,

murmurando satisfecho, y se inclinó hacia el interior, dejando a Karney acurrucado contra la puerta. No tardaría en desmayarse; Karney lo deseaba vehementemente. Pero Pope lo necesitaba aún. Retiró un librito de su escondite, debajo del asiento del coche, y susurró:

—Ahora nos vamos. Tenemos asuntos que tratar.

Karney gimió cuando lo empujó.

—Cierra la boca —le dijo Pope abrazándolo—, mi hermano tiene oídos.

—¿Tu hermano? —murmuró Karney, intentando encontrar algún sentido a lo que se le acababa de escapar a Pope.

—Hechizado, hasta que apareciste tú —le dijo Pope.

—Bestias —masculló Karney, al asaltarle las imágenes mezcladas de reptiles y simios.

—Humanos —replicó Pope—. La evolución es el nudo de la cuestión, muchacho.

—Humanos. ..—repitió Karney.

Y cuando la palabra hubo abandonado sus labios, sus ojos doloridos vieron una forma brillante sobre el coche, a espaldas de su torturador. Sí, era humano. Todavía húmedo por su renacimiento, el cuerpo estaba surcado de las heridas heredadas, pero era triunfalmente humano.

Pope vio el reconocimiento reflejado en los ojos de Karney. Lo agarró, y se disponía a utilizar su cuerpo herido como escudo cuando intervino su hermano. El hombre redescubierto tendió las manos desde lo alto del techo y sujetó a Pope por el estrecho cuello. El viejo chilló y, retorciéndose, se soltó, alejándose a toda velocidad por las cenizas. Pero el otro inició una aullante persecución, alejándolo de Karney.

Desde una gran distancia, Karney oyó la última súplica de Pope antes de que su hermano lo venciera; entonces, las palabras se transformaron en grito, un grito que Karney esperaba no volver a oír en su vida. Y después, el silencio. La criatura no regresó, por lo que Karney se sintió agradecido, a pesar de la curiosidad.

Minutos mas tarde, cuando logró reunir energías suficientes como para salir del cementerio de coches —la luz volvía a brillar en el portón, como un faro para los extraviados—, encontró a Pope tirado boca abajo en la grava. Aunque hubiera tenido fuerzas, una pequeña fortuna no lo habría persuadido de darle la vuelta al cadáver. Le bastaba con ver cómo las manos del muerto habían cavado la tierra durante el tormento, y cómo las brillantes ristras de intestinos, antes tan prolíjamente enrolladas en el abdomen, asomaban por debajo del cuerpo. El libro que Pope se había tomado tanto trabajo en recuperar estaba a su lado. Karney se agachó para recogerlo; la cabeza le daba vueltas. Era una pequeña recompensa por la noche de horrores que había soportado. En el futuro próximo se formularía preguntas que jamás podría contestar, acusaciones contra las que tenía muy poca defensa. Pero a la luz de la farola del portón, notó que aquellas páginas manchadas le recompensaban mucho más de lo que había imaginado. Copiados con letra meticulosa, y acompañados de diagramas complicados, allí estaban los teoremas de la olvidada ciencia de Pope: los dibujos de nudos para asegurar el amor y ganar fama; lazos para dividir almas y unirlas; para hacer fortunas y niños; para causar la ruina del mundo.

Después de un breve examen, escaló el portón y saltó a la calle. A esa hora estaba desierta. En el lado opuesto, en el edificio propiedad del ayuntamiento, había varias luces; eran habitaciones donde los enfermos esperaban a que amaneciera. En vez de exigir más a sus miembros exhaustos, Karney decidió esperar donde se encontraba hasta parar un coche que lo llevase adonde pudiera contar su historia. Tenía mucho con qué entretenerte. Aunque le daba vueltas la cabeza y sentía el cuerpo entumecido, en su interior vibraba una lucidez como jamás había experimentado. Llegó a los misterios contenidos en las páginas del libro prohibido de Pope como a un oasis. Bebiendo profusamente de aquellas páginas, ansiaba con rara excitación el peregrinaje que le esperaba.

REVELACIONES

En Amarillo habían oído hablar de los tornados, del viento que se tragaba el ganado, los coches, incluso casas enteras, para levantarlos del suelo y volver a lanzarlos a la tierra; de comunidades enteras destrozadas en unos instantes devastadores. Tal vez fuera eso lo que tenía tan nerviosa a Virginia esa noche. Eso, o bien la fatiga acumulada después de viajar por tantas autopistas vacías con el único paisaje de los cielos impasibles de Texas, y con nada que esperar, al final del recorrido, más que otra tanda de himnos y fuego infernal. Estaba sentada en el asiento trasero del Pontiac negro; le dolía la espalda; intentó con todas sus fuerzas dormirse. Pero la atmósfera tranquila y bochornosa le rodeaba el delgado cuello y le provocaba pesadillas en las que creía ahogarse, por lo que abandonó todo intento de descansar y se conformó con ver cómo pasaban los campos de cereales y contar los elevadores de grano, brillantes contra las masas de cúmulos que comenzaban a formarse hacia el noreste.

En el asiento delantero, Earl canturreaba mientras conducía. Junto a Virginia, John —sentado a escasos centímetros de ella, pero en el fondo a millones de kilómetros de distancia— estudiaba las epístolas de san Pablo y murmuraba las palabras mientras leía. Cuando atravesaron el pueblo de Pantex («Aquí construyen las cabezas nucleares», comentó Earl enigmáticamente y luego no dijo nada más) empezó a llover. El chubasco cayó de repente, cuando empezaba a anochecer, ennegreciendo aún más la oscuridad reinante; en un instante sepultó la autopista Amarillo—Pampa bajo una noche mojada.

Virginia subió la ventanilla; la lluvia, aunque refrescante, le estaba empapando el sencillo vestido azul, el único que John le permitía llevar en las reuniones. Ya no tenía nada que mirar más allá del cristal. Permaneció allí sentada mientras crecía su nerviosismo a medida que se acercaban a Pampa, escuchando la vehemencia del chaparrón sobre el techo del coche, y los susurros de su marido, sentado a su lado:

—«Entonces dijo: Despertad vosotros, los que dormís, y volved de la muerte, y Cristo os dará la luz.

»"Procurad caminar cautelosamente, no como necios sino como hombres sabios, redimiendo el tiempo porque los días son malvados."

Allí estaba John sentado bien erguido, como de costumbre, con la misma Biblia de tapas blandas y hojas sobadas que había utilizado durante tantos años, posada sobre el regazo. Seguramente conocía esos pasajes de memoria; los citaba con harta frecuencia, y con una mezcla tal de familiaridad y frescura que las palabras podían haberle pertenecido a él y no a San Pablo, acuñadas recientemente de su propia boca. Esa pasión y ese vigor harían que con el tiempo John Gyer fuera el más grande evangelista de Estados Unidos, a Virginia no le cabía ninguna duda. Durante las agotadoras y frenéticas semanas de la gira por tres estados, su esposo había exhibido una confianza y una madurez sin precedentes. Su mensaje apenas había perdido parte de su vehemencia debido a aquel profesionalismo nuevo —continuaba siendo la anticuada mezcla de condenación y redención que tanto propugnaba—, pero ahora ejercía sobre sus dones un control completo y, ciudad tras ciudad —en Oklahoma, Nuevo México, y ahora en Texas—, los fieles se habían reunido a cientos, a miles, para escucharlo, ansiosos por volver a entrar en el reino de Dios. En Pampa, a cincuenta kilómetros de allí, ya se estarían reuniendo, a pesar de la lluvia, decididos a conseguir un lugar en la tribuna principal para cuando llegara el cruzado. Seguramente habrían acudido con sus hijos y sus ahorros y, principalmente, su hambre de perdón.

Pero el perdón sería para el día siguiente. Antes tenían que llegar a Pampa, y la lluvia arreciaba. En cuanto empezó la tormenta, Earl dejó de cantar y concentró su atención en el camino. De vez en cuando suspiraba para sí y se estiraba en el asiento. Virginia intentó no preocuparse por la forma en que conducía, pero el torrente se convirtió en diluvio y la ansiedad pudo más que ella. Se inclinó hacia adelante y comenzó a espiar a través del parabrisas, para ver si venían vehículos de frente. En condiciones como aquéllas solían ocurrir los accidentes: mal tiempo, un conductor cansado y ansioso por encontrarse treinta kilómetros más adelante. A su lado, John presintió su preocupación.

—El Señor está con nosotros —le dijo, sin apartar la vista de las páginas impresas con letra menuda, aunque hacia rato que estaba demasiado oscuro para leer.

—Es una noche de perros, John —le dijo ella—. Tal vez sería mejor que no fuéramos hasta Pampa. Earl tiene que estar cansado.

—Me encuentro perfectamente —comentó Earl—. Además, no estamos tan lejos.

—Estás cansado —insistió Virginia—. Todos lo estamos.

—Podríamos buscar un motel, supongo —sugirió Gyer—. ¿Qué opinas, Earl?

Earl encogió sus anchos hombros y sin protestar demasiado contestó:

—Lo que usted diga, jefe.

Gyer se volvió hacia su esposa y le dio unas suaves palmadas en la mano.

—Buscaremos un motel —le dijo—. Earl telefoneará a Pampa y les avisará que estaremos con ellos por la mañana. ¿Qué te parece?

Virginia le sonrió, pero él no la miraba.

—Me parece que la próxima salida es White Deer —le informó Earl a Virginia—. Tal vez haya allí un motel.

En efecto, el Motel El Álamo se encontraba a menos de un kilómetro al oeste de White Deer, en una zona desolada, al sur de la US 60; era un pequeño establecimiento con un álamo muerto, o a punto de morir, en la porción de terreno que separaba sus dos edificios bajos. En el aparcamiento ya había una serie de coches, y la mayoría de las habitaciones estaban iluminadas; probablemente serían todos fugitivos de la lluvia. Earl entró en el aparcamiento y aparcó lo más cerca que pudo de la oficina de recepción; luego, atravesó a la carrera el resto del trayecto bajo una lluvia torrencial, a fin de averiguar si quedaban habitaciones para la noche. Con el motor apagado, el ruido de la lluvia al golpear el techo del Pontiac se tornó más opresivo que nunca.

—Ojalá haya sitio —comentó Virginia, observando cómo la lluvia que caía sobre el cristal emborronaba el cartel de neón.

Gyer no le contestó. La lluvia continuó cayendo sin commiseración.

—Háblame, John —le dijo.

—¿Para qué?

—Olvídalo —repuso ella, sacudiendo la cabeza.

Unos mechones de pelo se le habían pegado a la frente sudorosa; aunque estaba lloviendo, el calor no se había disipado de la atmósfera.

—Odio esta lluvia —añadió.

—No durará toda la noche —repuso Gyer, y con la mano se alisó la espesa cabellera gris.

Era un gesto que utilizaba en el púlpito, para acentuar lo que decía, haciendo una pausa entre una frase y la siguiente. Conocía tan bien sus retóricas, tanto la física como la verbal... A veces tenía la impresión de que de él conocía todo cuanto había que conocer, que no le quedaba nada que realmente quisiera escuchar. Probablemente sena un sentimiento mutuo; hacía ya tiempo que su matrimonio había dejado de ser tal. Esa noche, como cada noche de aquella gira, yacerían en camas separadas y él dormiría ese sueño profundo y fácil que tan rápidamente le llegaba, mientras ella tragaba a escondidas una o dos píldoras para procurarse un poco de ansiada serenidad.

—El sueño —solía decirle él— es una ocasión para comulgar con el Señor.

Gyer creía en la eficacia de los sueños, aunque nunca hablaba de lo que veía en ellos. Llegaría el tiempo en que desvelaría la majestuosidad de sus visiones, a Virginia no le cabía duda, pero mientras tanto, dormía solo y guardaba silencio, dejándola a ella en compañía de sus penas secretas. Resultaba fácil ser amarga, pero se resistió a la tentación. El destino de Gyer era manifiesto, el Señor se lo había exigido. Y si era severo con ella, lo era mucho más consigo mismo; vivía siguiendo un régimen que habría destruido a hombres menos fuertes, y aun así, se castigaba por el más ínfimo acto de debilidad.

Finalmente, Earl salió de la oficina y volvió hasta el coche a la carrera. Llevaba tres llaves.

—Habitaciones siete y ocho —anunció, casi sin aliento y con la lluvia chorreado de la frente y la nariz—. Tengo la llave de la puerta que comunica los dos cuartos.

—Bien —dijo Gyer.

—Eran las dos últimas que quedaban —añadió Earl—. ¿Llevo el coche hasta allí? Las habitaciones están en el otro edificio.

El interior de las dos habitaciones era un himno a la banalidad. Habían ocupado miles de celdas como aquéllas, idénticas incluso hasta en el espantoso color naranja de los cubrecamas y la foto destenida del Gran Cañón sobre las paredes verde claro. John era insensible al ambiente, siempre lo había sido, pero a los ojos de Virginia, esas habitaciones eran un perfecto ejemplo del purgatorio. Limbos sin almas en los que nada de importancia ocurría nunca, ni nunca ocurriría. Aquellas

habitaciones no contenían nada que las diferenciara de las demás, pero aquella noche había algo diferente en Virginia.

No habían sido los comentarios acerca de los tornados lo que le había producido esa extraña sensación. Observó cómo Earl iba y venía con las maletas y se sintió extrañamente separada de sí misma, como si observara los acontecimientos a través de un velo más espeso que la lluvia que caía afuera. Como si estuviera sonámbula. Cuando John le dijo en voz baja cuál sería su cama, se acostó e intentó controlar su sensación de trastorno por medio de la relajación. Era fácil decirlo. En una habitación cercana, alguien tenía la televisión puesta, y la película le llegaba claramente, palabra por palabra, a través de las paredes finas como un papel.

—¿Se encuentra bien?

Abrió los ojos. Earl, siempre solícito, la miraba desde su altura. Se le veía cansado, tan cansado como se sentía ella. Su rostro, muy bronceado de estar de pie al sol en las reuniones al aire libre, presentaba una tonalidad amarillenta en lugar del saludable color tostado. Tenía un ligero exceso de peso, aunque aquella corpulencia encajaba bien con sus rasgos anchos y obstinados.

—Sí, estoy bien, gracias —repuso—. Pero tengo sed.

—Veré si puedo conseguirle algo para beber. Probablemente tengan una máquina expendedora de Coca-Cola.

Virginia asintió mirándolo a los ojos. En aquella conversación había un doble sentido que Gyer, sentado a la mesa para redactar unas notas al sermón del día siguiente, desconocía. De vez en cuando, durante toda la gira, Earl le había suministrado a Virginia los somníferos. Nada exótico, sólo tranquilizantes que le calmaban los nervios cada vez más afectados. Pero los somníferos, al igual que los estimulantes, el maquillaje y las joyas, eran cosas que un hombre de los principios de Gyer no veía con buenos ojos y cuando por casualidad su marido había descubierto las pastillas, se había producido una escena desagradable. Earl había soportado el peso de las iras de su jefe, por lo que Virginia le estaba profundamente agradecida. Y aunque tenía instrucciones estrictas de no volver a reincidir en su crimen, volvió a conseguírselas poco después del incidente. La culpa que compartían era un secreto casi placentero entre los dos; incluso en ese momento, Virginia podía ver la complicidad reflejada en sus ojos, igual que él la veía en los de ella.

—No, Coca-Cola no, por favor —dijo Gyer.

—Creí que podíarlos hacer una excepción....

—¿Excepción? —repitió Gyer. Su voz adquirió aquel tono característico de dignidad. En el aire se respiraba la retórica, y Earl se maldijo por haberse ido de la lengua—. El Señor no nos dio leyes por las que regimos para que hagamos excepciones, Earl. Lo sabes muy bien.

En aquel momento, a Earl no le importaba demasiado lo que hacía o decía el Señor. Estaba preocupado por Virginia. Sabía que era fuerte, a pesar de su cortesía sureña y la consiguiente apariencia de fragilidad; era lo bastante fuerte como para ayudarlos a superar las pequeñas crisis de la gira, cuando el Señor había fallado y no había aparecido para ayudar a sus agentes de campo. Pero toda fuerza tiene sus límites, y presintió que Virginia se encontraba al borde del colapso. Le daba mucho a su marido, su amor y su admiración, sus energías y su entusiasmo. En más de una ocasión, en las pasadas semanas, Earl pensó que se merecía algo mejor que aquel hombre que ocupaba el púlpito.

—¿Podrías conseguirme un poco de agua fría? —sugirió, mirándolo con los ojos grisazulados rodeados por arrugas de fatiga.

No era hermosa según los cánones corrientes; sus rasgos eran excesivamente aristocráticos. Pero el cansancio le daba una nueva fascinación.

—Marchando un poco de agua helada —dijo Earl, forzándose por utilizar un tono jovial que le costó mucho mantener.

Se dirigió a la puerta.

—¿Por qué no llamas a recepción y haces que la traigan? —sugirió Gyer cuando Earl estaba a punto de marcharse—. Quisiera repasar el itinerario de la semana contigo.

—No me importa ir personalmente —repuso Earl—. Además, tengo que telefonear a Pampa para avisarles que nos demoraremos.

Y salió al pasillo antes de que pudiera contradecirlo.

Necesitaba una excusa para estar a solas; la atmósfera entre Virginia y Gyer se deterioraba por momentos, y no resultaba un espectáculo agradable. Se quedó largo rato viendo cómo caía la cortina de lluvia. El álamo que ocupaba el centro del aparcamiento dobló su cabeza pelada bajo la furia del diluvio; Earl sabía exactamente cómo se sentía.

Mientras estaba en el pasillo, preguntándose cómo mantendría la cordura en las ocho semanas de gira que faltaban, dos siluetas bajaron andando de la autopista y cruzaron el aparcamiento. No las vio, aunque el rumbo que tomaron para ir a la habitación número siete los obligó a pasar justo delante de su campo visual. Caminaron bajo la lluvia torrencial desde el terreno desierto que había detrás de la oficina de recepción —donde, en el año 1955, habían aparcado su Buick rojo—, y aunque la lluvia caía en torrentes uniformes, no los tocó. La mujer, cuyo peinado había estado de moda en dos ocasiones desde la década de los cincuenta, y cuyas ropas parecían de la misma época, aminoró el paso durante un momento para echar un vistazo al hombre que miraba el álamo con tan concentrada atención. Tenía los ojos amables, a pesar del ceño fruncido. Pensó que en sus tiempos quizás habría llegado a enamorarse de un hombre así, pero resultaba evidente que sus tiempos habían pasado ya. Buck, su marido, se volvió hacia ella y le preguntó:

—Sadie, ¿no vienes?

Entonces, Sadie lo siguió por el pasillo de cemento (la última vez que había estado allí era de madera) y entraron por la puerta abierta de la habitación número siete.

Earl sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Había estado mirando la lluvia durante demasiado tiempo, pensó, eso y un exceso de añoranza infructífera. Caminó hasta el final del patio, se preparó para cruzar a la carrera el aparcamiento y llegar a la oficina, contó hasta tres y echó a correr.

Sadie Durning miró por encima del hombro cómo se alejaba Earl, y luego se volvió hacia Buck. Los años no habían atemperado el resentimiento que sentía hacia su marido, como tampoco habían mejorado las facciones furtivas de éste ni su risa demasiado fácil. Aquel 2 de junio de 1955 no le había hecho demasiada gracia, y tampoco le hacía demasiada gracia ahora, exactamente treinta años después. Buck Durning tenía alma de tenorio, su papá ya se lo había advertido. Aquello en sí no era tan terrible; tal vez sería la condición masculina. Pero le había conducido a comportarse de un modo tan sucio que, con el tiempo, ella se cansó de sus interminables engaños. Él, ignorante hasta el final, había interpretado la depresión de Sadie como una indirecta de que debían tener una segunda luna de miel. Esa fenomenal hipocresía acabó por vencer todo vestigio de tolerancia o perdón que pudiera haber abrigado Sadie, y cuando, esa misma noche, treinta años atrás, se registraron en el Motel El Álamo, ella había ido preparada para algo más que una noche de amor. Había dejado que Buck se duchase y, cuando salió del baño, lo había apuntado con la Smith and Wesson, calibre 38, y le había abierto un enorme agujero en el pecho. Luego, había echado a correr, arrojando el arma en la huida, segura de que la policía la encontraría, sin importarle demasiado cuándo lo hicieran. La habían llevado a la cárcel del condado de Carson, en Panhandle, y al cabo de unas semanas la sometieron a juicio. En ningún momento había intentado negar el asesinato: en sus treinta y ocho años de vida ya había habido demasiados engaños. Cuando la vieron desafiante, la trasladaron a la prisión estatal de Huntsville, escogieron un día brillante del mes de octubre del mismo año y le pasaron a traves del cuerpo, y sumariamente, 2.250 voltios, parándole casi instantáneamente el corazón impenitente. Ojo por ojo, diente por diente. La habían criado con ecuaciones morales así de simples. Y no se había mostrado descontenta de morir siguiendo las mismas matemáticas.

Pero esa noche ella y Buck habían decidido repetir el viaje realizado treinta años antes, para ver si lograban descubrir cómo y por qué su matrimonio había acabado en asesinato. Era una oportunidad que se les ofrecía a muchos amantes difuntos, aunque al parecer, eran pocos los que la aprovechaban; quizás la idea de experimentar otra vez el cataclismo que había puesto fin a sus vidas resultaba demasiado desagradable. Sin embargo, Sadie no podía dejar de preguntarse si todo aquello no habría sido producto de la predestinación: si una palabra tierna de Buck, o una mirada de genuino afecto en sus ojos oscuros, no habría podido impedir que apretara el gatillo, y salvarles a ambos la vida. La cita de esa noche les daría ocasión de poner a prueba la historia. Invisibles, inaudibles, seguirían la misma ruta de hacia treinta años; las cuatro horas siguientes revelarían si esa ruta había conducido inevitablemente al asesinato.

La habitación número siete estaba ocupada, igual que la contigua; la puerta que las conectaba estaba abierta de par en par, y los fluorescentes estaban encendidos en ambas. El hecho de que estuvieran ocupadas no suponía problema alguno. Hacía tiempo que Sadie se había acostumbrado al estado etéreo, a vagar entre los vivos sin ser vista. En esa condición había asistido a la boda de su sobrina y, más tarde, al funeral de su padre, de pie junto a la tumba, al lado del difunto anciano, criticando a los asistentes. Sin embargo, Buck, que nunca había sido una persona ágil, era mucho más descuidado. Sadie esperaba que esa noche tendría cuidado. Al fin y al cabo, tenía tanto interés como ella en que el experimento saliera bien.

Mientras estaban en el umbral, echaron un vistazo a la habitación en la que habían representado su farsa fatal. Sadie se preguntó si el disparo le habría dolido mucho. Esa noche tendría que preguntárselo, pensó, si se daba la ocasión.

Cuando Earl había ido a pedir las habitaciones, en la oficina de recepción encontró a una joven de rostro sencillo pero agradable. Ahora había desaparecido para ser reemplazada por un hombre de unos sesenta años, que llevaba una barba moteada de tres días y una camisa manchada de sudor. Cuando Earl entró, el hombre levantó la vista, que hasta ese momento había tenido clavada en la edición del día anterior del *Pampa Daily News*, colocado justo delante de sus narices.

—¿Sí?

—¿Es posible conseguir un poco de agua helada? —preguntó Earl.

El hombre lanzó un grito ronco por encima del hombro.

—¿Laura May? ¿Estás ahí?

Del vano de la puerta ubicada a sus espaldas provenía el ruido de la película de la noche —tiros, gritos, el rugido de una bestia huida—; luego, llegó la respuesta de Laura May:

—¿Quéquieres, papá?

—Hay un hombre que pide que le sirvan en la habitación —gritó el padre de Laura May, no sin un dejo de ironía en la voz—, ¿quieres salir a atenderlo?

No hubo respuesta, sólo más gritos. A Earl le produjeron dentera. El gerente levantó la vista y lo miró. Tenía un ojo nublado por las cataratas.

—¿Usted es el que va con el evangelista? —le preguntó.

—Sí... ¿Cómo sabía que era...?

—Laura May lo reconoció. Vio su foto en los diarios.

—¿De veras?

—A mi hija no se le escapa una.

Como si le hubieran dado el pie, Laura May salió de la habitación que había detrás de la oficina. Cuando sus ojos castaños notaron la presencia de Earl, se tornaron visiblemente más brillantes.

—Oh... —dijo. Una sonrisa le avivó las facciones—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

La frase, unida a la sonrisa, pareció reflejar algo más que un amable interés en Earl. ¿O sería acaso lo que él deseaba? A excepción de una señora de la calle que había encontrado en Pomca City, Oklahoma, en los últimos tres meses su vida sexual había sido prácticamente inexistente. Arriesgándose, le devolvió la sonrisa a Laura May. Aunque tenía por lo menos treinta y cinco, sus modales eran curiosamente aniñados, y la mirada que le lanzaba resultaba amedrentadoramente directa. Al encontrarse con esos ojos, Earl empezó a pensar que sus primeros cálculos no habían ido muy desencaminados.

—¿Por casualidad no tendrá agua fría? La señora Gyer no se siente muy bien.

Laura May asintió, y deteniéndose un momento frente a la puerta antes de regresar a la habitación donde se encontraba la televisión, dijo:

—Le traeré un poco de agua.

El alboroto de la película había aminorado —se trataría de una escena tranquila, quizás, antes de que volviera a aparecer la bestia—, y en el silencio, Earl logró oír el golpeteo de la lluvia que convertía en barro la tierra.

—Vaya tormentita, ¿eh? —comentó el gerente—; si sigue así, mañana quedarán ustedes pasados por agua.

—La gente viene haga el tiempo que haga —repuso Earl—. John Gyer es toda una atracción.

—No me extrañaría nada que hubiera un tornado —dijo el hombre haciendo una mueca, regodeándose en su papel de vaticinador—. Ya nos toca.

—¿De veras?

—Sí. Hace dos años el viento se llevo el tejado de la escuela; lo arrancó de cuajo.

Laura May volvió a aparecer en el vano de la puerta llevando una bandeja con una jarra y cuatro vasos. El hielo tintineaba dentro de la jarra.

—¿Qué estabas diciendo, papá? —preguntó.

—Que habrá un tornado.

—No hace bastante calor —anunció la muchacha, con autoridad casual.

Su padre gruñó para demostrar su desacuerdo pero no se lo discutió. Laura May avanzó hacia Earl con la bandeja, pero cuando él hizo ademán de llevarla, la muchacha le dijo:

—Ya la llevo yo. Vaya usted delante.

Earl no se negó. Así tendrían ocasión de intercambiar amabilidades camino de la habitación de los Gyer; a lo mejor, la muchacha pensaba lo mismo. O tal vez quisiera echarle un vistazo más de cerca al evangelista.

Anduvieron juntos hasta el final del pasillo sin decirse palabra y allí, se detuvieron. Ante ellos, entre un edificio y el siguiente, había una extensión de unos veinte metros de tierra sembrada de charcos.

—¿Quiere que lleve la jarra? —se ofreció Earl—. Usted lleve los vasos y la bandeja.

—De acuerdo —repuso ella. Con la misma mirada directa que le había echado antes, le preguntó—: ¿Cómo se llama?

—Earl Rayburn.

—Y yo Laura May Cade.

—Encantado de conocerla, Laura May.

—Ya sabe lo que pasó en este establecimiento, ¿no? Supongo que papá se lo habrá dicho.

—¿Se refiere a los tornados?

—No, me refiero al asesinato.

Sadie se detuvo al pie de la cama y observó a la mujer que yacía en ella. Tenía poco gusto para vestirse, pensó; su ropa era ordinaria, y no llevaba el cabello peinado de un modo atrayente. En su estado semicomatoso murmuró algo y entonces, bruscamente, despertó. Tenía los ojos muy abiertos. Se reflejaba en ellos una alarma y un dolor incipientes. Sadie la miró y suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Buck.

Había depositado las maletas en el suelo y se había sentado en una silla, frente al cuarto ocupante de la habitación, un hombre corpulento de rasgos fuertes, cara delgada y una melena de un gris acerado que habría sido el orgullo de un profeta del Antiguo Testamento.

—No pasa nada —repuso Sadie.

—No quiero compartir la habitación con estos dos —dijo él.

—Bueno, es la habitación en la que..., en la que estuvimos la otra vez.

—Vamos a la de al lado —sugirió Buck, señalando con un gesto la puerta abierta que daba a la habitación número ocho—, tendremos más intimidad.

—No pueden vernos.

—Pero yo los veo a ellos, y me da grima. No cambiará nada si ocupamos una habitación diferente, por el amor de Dios. —Y sin esperar que Sadie le indicara su acuerdo, Buck recogió las maletas y las llevó a la habitación de Earl—. ¿Vienes o no? —le preguntó.

La mujer asintió. Sería mejor hacerle caso; si empezaba a discutir ahora, no superarían el primer obstáculo. La conciliación debía ser la nota clave de ese encuentro, se recordó a sí misma, y obedientemente lo siguió a la habitación número ocho.

Tendida en la cama, Virginia pensó en levantarse e ir al lavabo, donde, sin ser vista, podría tomarse uno o dos tranquilizantes. Pero la presencia de John la atemorizaba; a veces tenía la impresión de que podía leerle el pensamiento, que sus culpas secretas eran para él como un libro abierto. Estaba segura de que si se levantaba y buscaba la medicación en el bolso, le preguntaría qué estaba haciendo. Y si eso ocurría, seguramente acabaría por contarle la verdad. No tenía fuerzas para soportar la vehemencia de sus ojos acusadores. No, lo mejor era quedarse acostada y esperar a que Earl regresara con el agua. Y cuando los dos se pusieran a hablar de la gira, se escaparía para tomarse las píldoras prohibidas.

La luz de la habitación tenía un aspecto evasivo; la angustiaba, quería cerrar los ojos para no ver sus trucos. Momentos antes, la luz había conjurado un espejismo a los pies de la cama: cierta sustancia, aleteante como una polilla, que se congeló en el aire antes de desaparecer.

Junto a la ventana, John se había puesto otra vez a leer en voz baja. Al principio, captó sólo algunas de las palabras...

—«Y del humo salieron las langostas que se cernieron sobre la tierra...»

De inmediato reconoció el pasaje, sus imágenes eran inconfundibles.

—«Y les fue dado el poder, el mismo que poseen los escorpiones de la tierra.»

El versículo pertenecía al Apocalipsis, las revelaciones que Dios hiciera a san Juan Evangelista. Conocía las palabras siguientes de memoria. En las reuniones él las había declamado una y otra vez.

—«Y se les ordenó que no dañaran la hierba de la tierra, ni ninguna cosa verde, ni ningún árbol, sólo a aquellos hombres que no llevan la marca de Dios en la frente.»

A Gyer le encantaba el Apocalipsis. Lo leía mucho más que los Evangelios, cuyas historias conocía de memoria, pero cuyas palabras no prendían en él del mismo modo que los mágicos ritmos del Apocalipsis. Cuando predicaba el Apocalipsis, compartía su visión y se sentía alborozado. Su voz adquiría un tono distinto; la poesía, en lugar de salir de él, salía a través de él. Indefenso, atrapado en aquella magia, se elevaba en una espiral de metáforas cada vez más terribles: de ángeles a dragones y de ahí a Babilonia, la madre de todas las rameras, posada sobre una bestia escarlata.

Virginia intentó no oírlas palabras. Normalmente, escuchar a su marido recitar los poemas del Apocalipsis suponía una alegría para ella, pero esa noche no. Esa noche las palabras parecían maduras hasta la podredumbre, y presentía, quizás por primera vez, que su marido no entendía lo que decía, que el espíritu de las palabras se le escapaba al recitarlas. Involuntariamente, emitió un sonido de queja. Gyer dejó de leer.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Virginia abrió los ojos, incómoda por haberlo interrumpido.

—Nada.

—¿Te molesta que lea? —inquirió Gyer.

La pregunta resultó como un reto, y ella se echó atrás.

—No, claro que no.

En el umbral de la puerta que separaba las dos habitaciones, Sadie observaba el rostro de Virginia. Había mentido, estaba claro, la lectura le molestaba. También le molestaba a Sadie, pero sólo porque le parecía lastimosamente melodramática, una droga; el sueño del Apocalipsis, más cómico que intimidatorio.

—Díselo —le aconsejó a Virginia—. Anda, dile que no te gusta.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Buck—. No te oyen.

Sadie no prestó atención a las observaciones de su marido.

—Vamos —instó a Virginia—, díselo a ese desgraciado.

Pero Virginia continuó acostada mientras Gyer proseguía leyendo los crecientes disparates:

—«Y las siluetas de las langostas eran como caballos dispuestos para la batalla; y sus cabezas parecían tocadas con coronas de oro, y sus caras eran como las caras de los hombres.

»Y tenían cabellos como los de las mujeres, y sus dientes eran como los dientes de los leones.»

Sadie meneó la cabeza: terrores como los de las historietas, efectivos sólo para asustar a los niños. ¿Por qué tenía la gente que morirse para superar esas estupideces?

—Díselo —repitió—. Dile cuán ridículo parece.

En cuanto hubo pronunciado esta frase, Virginia se sentó en la cama y dijo:

—¿John?

Sadie se quedó mirándola sin dejar de animarla:

—Díselo. Díselo, anda.

—¿Por qué te pasas la vida hablando de la muerte? Es muy deprimente.

Sadie estuvo a punto de aplaudir; no era exactamente la forma que ella habría utilizado, pero cada uno tiene su estilo.

—¿Que has dicho? —le preguntó Gyer, haciendo como que no había entendido bien.

—¿Acaso lo estaba retando?

Virginia se llevó una mano temblorosa a la boca, como para suprimir las palabras antes de decir las otra vez; pero no logró evitarlo.

—Esos pasajes que lees. Los detesto. Son tan...

—Estúpidos —sugirió Sadie.

—...desagradables —dijo Virginia.

—¿Vienes a la cama o no? —quiso saber Buck.

—Ya voy —replicó Sadie por encima del hombro—, quiero saber cómo acaba esto.

—La vida no es una telenovela —terció Buck.

Sadie estaba a punto de disentir, pero antes de que tuviera ocasión de hacerlo, el evangelista se había acercado a la cama de Virginia, con la Biblia en la mano.

—Ésta es la palabra inspirada del Señor, Virginia —le dijo.

—Ya lo sé, John. Pero hay otros pasajes...

—Creí que te gustaba el Apocalipsis.

—No —replicó Virginia—, me da angustia.

—Estás cansada.

—Claro que sí —intervino Sadie—, eso es lo que te dicen siempre cuando te acercas demasiado a la verdad. «Estas cansada», dicen, «¿por qué no echas una siestecita?»

—¿Porque no duermes un poco? —le sugirió Gyer—.me iré a trabajar a la otra habitación.

Virginia sostuvo la mirada condescendiente de su marido durante exactamente cinco segundos y luego asintió.

—Sí —admitió—, estoy cansada.

—¡Que mujer más tonta! —dijo Sadie—. Enfréntate a él, o la próxima vez hará lo mismo. Les das el dedo y se cogen el brazo entero.

Buck apareció detrás de Sadie y, agarrándola del brazo, le dijo:

—Ya te lo he pedido una vez; hemos venido para reconciliarnos, de modo que hagámoslo.

La alejó de la puerta con más rudeza de la necesaria. Ella le apartó la mano.

—No hace falta que te pongas violento, Buck.

—¡Ja! Mira quien habla —repuso él con una risotada desprovista de humor—. ¿Quieres ver violencia? —Sadie se alejó de Virginia para mirar a su esposo—. Esto es violencia.

Se había quitado la chaqueta, y se abrió la camisa desabrochada, dejando al descubierto la herida producida por el disparo. A tan escasa distancia, el 38 de Sadie le había abierto a Buck un enorme agujero en el pecho; tenía los bordes chamuscados y ensangrentados, y la herida estaba tan fresca como en el momento de morir. Buck lo señaló con el dedo como indicando el Sagrado Corazón.

—¿Ves esto, cariñito mio? Me lo hiciste tú.

Escudriñó el agujero con no poco interés. No cabía duda de que era una señal permanente; y sospechó que sería prácticamente la única que le había dejado.

—Me engañabas desde el principio, ¿no?

—No estamos hablando de engaños, estamos hablando del tiro que me pegaste —le espetó Buck.

—Me parece que un tema conduce al otro —repuso Sadie—. Y vuelta a empezar.

Buck la miró con los ojos todavía más entrecerrados. Decenas de mujeres habían encontrado irresistible aquella mirada, a juzgar por el número de asistentes anónimas presentes en su funeral.

—Bien, sí, tenía otras mujeres —admitió—. ¿Y qué?

—Pues que te maté por eso —repuso Sadie secamente.

Era prácticamente todo lo que tenía que decir sobre el tema. Gracias a ello el juicio había sido expeditivo.

—Al menos dime que lo sientes —le pidió Buck de repente.

Sadie sopesó la propuesta durante unos instantes y por fin exclamó:

—¡Pero es que no lo siento!

Sabía que la respuesta carecía de tacto, pero era la pura verdad. Incluso cuando la habían atado a la silla eléctrica, y el sacerdote intentaba consolar lo mejor que podía al abogado de Sadie, no se había arrepentido de cómo habían resultado las cosas.

—Todo es inútil —dijo Buck—. Hemos venido aquí a hacer las paces y ni siquiera eres capaz de decir que lo sientes. Eres una mujer enferma, ¿lo sabías? Siempre lo fuiste. Metías las narices en mis asuntos, fisgoneabas a mis espaldas...

—Yo no fisgoneaba nada —repuso Sadie con firmeza—. Tus porquerías vinieron en mi busca.

—¿Porquerías?

—Sí, Buck, porquerías. Contigo siempre fueron porquerías. Furtivas y sudorosas.

—¡Retira lo que acabas de decir! —rugió Buck agarrándola.

—Solías darme miedo —comentó Sadie fríamente—. Pero entonces me compré un revólver.

—Está bien —dijo Buck, apartándola con fuerza—. Después no vayas a decir que no lo intenté. Quería saber si éramos capaces de perdonar y olvidar; juro que lo he intentado. Pero tú no estás dispuesta a ceder ni un milímetro, ¿verdad? —mientras hablaba se palpó la herida y su voz se suavizó—. Podíamos habérnoslo pasado en grande esta noche, nena —murmuró—. Solos tú y yo.

Podía haberte dado una buena retozada, ¿sabes a qué me refiero? En otras épocas no te habrías negado.

Sadie suspiró suavemente. Lo que decía era cierto. En otras épocas habría aceptado lo poco que le daba y se habría considerado afortunada. Pero los tiempos habían cambiado.

—Vamos, nena. Libérate —dijo soñador, y empezó a desabrocharse del todo la camisa, sacándose de los pantalones. Tenía el vientre pelado como el de un crío—. ¿Qué te parece si olvidamos lo que has dicho, nos acostamos y charlamos?

Estaba a punto de responderle cuando se abrió la puerta de la habitación número siete y entró el hombre de los ojos sentimentales, seguido de una mujer cuya cara hizo sonar unas campanillas en la memoria de Sadie.

—Agua helada —dijo Earl.

Sadie observó cómo atravesaba el cuarto. En Wichita Falls no había existido un hombre tan majestuoso como aquél, al menos ella no lo recordaba. De pronto, le entraron ganas de estar viva.

—¿Vas a desnudarte de una vez? —inquirió Buck.

—Ya voy, Buck. Por el amor de Dios, si tenemos toda la noche por delante.

—Soy Laura May Cade —dijo la mujer de la cara familiar al tiempo que colocaba el agua helada sobre la mesa.

«Claro —pensó Sadie, eres la pequeña Laura May.» La niña tendría cinco o seis años cuando Sadie estuvo en el motel la última vez; una criatura extraña y reservada, llena de miradas furtivas. En los años transcurridos desde entonces había madurado físicamente, pero seguía conservando aquel aire extraño en los rasgos ligeramente descentrados. Sadie se volvió hacia Buck, que se encontraba sentado en la cama, desatándose los zapatos.

—¿Te acuerdas de la niña? —preguntó—. ¿A la que le diste veinticinco centavos para quitártela de encima?

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Está aquí.

—¿No me digas? —repuso sin ningún interés.

Laura May había servido el agua y se disponía a llevarle el vaso a Virginia.

—Es estupendo que hayan venido —dijo Laura May—. Por aquí no ocurren muchas cosas. De vez en cuando algún tornado...

Gyer le hizo una señal con la cabeza a Earl, quien sacó un billete de cinco dólares y se lo tendió a Laura May. La muchacha le dio las gracias, diciendo que no hacía falta que se molestara, y aceptó el dinero. Pero no iban a sobornarla para que se marchara.

—Este tiempo hace que la gente se sienta realmente extraña —prosiguió.

Earl logró predecir cual era el tema que rondaba los labios de Laura May. En el trayecto que había realizado junto a ella ya le había adelantado lo esencial de la historia, y sabía que Virginia no estaba de humor para esos cuentos.

—Gracias por el agua... —le dijo, cogiéndola del brazo para conducirla hasta la puerta.

Pero Gyer lo interrumpió.

—Mi esposa se encuentra fatal a causa del calor —dijo.

—Señora, debe usted tener mucho cuidado —le aconsejó Laura May a Virginia—, la gente hace unas cosas francamente raras...

—¿Como qué? —preguntó Virginia.

—Me parece... —comenzó a decir Earl.

Pero antes de que lograra agregar «que no queremos enterarnos», Laura May repuso como quien no quiere la cosa:

—Pues un asesinato.

Virginia levantó la vista, que hasta ese momento había tenido clavada en el vaso de agua helada.

—¿Un asesinato? —repitió.

—¿Lo has oído? —inquirió Sadie, orgullosa—. Se acuerda.

—En esta misma habitación —logró decir Laura May antes de que Earl la escoltara hacia afuera.

—Espera —dijo Virginia, mientras las dos siluetas desaparecían por la puerta—. ¡Earl! Quiero enterarme de lo que ocurrió.

—Ni hablar —le dijo Gyer.

—Claro que sí que quiere —dijo Sadie en voz baja, estudiando la expresión del rostro de Virginia—. Te encantaría enterarte, ¿no es así, Ginnie?

Por un instante preñado de posibilidades, Virginia apartó la vista de la puerta y miró fijamente hacia la habitación número ocho; sus ojos parecían estar posados sobre Sadie. La mirada fue tan directa que pudo haber sido de reconocimiento. El hielo tintineó en el vaso. Virginia frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Gyer.

Su esposa meneó la cabeza.

—Te he preguntado qué ocurre —insistió él.

Virginia dejó el vaso en la mesita de noche. Al cabo de un momento, repuso con sencillez:

—John, aquí hay alguien más.

—¿Quéquieres decir?

—Que en la habitación hay alguien más. He oído voces. Voces bien audibles.

—En la habitación de al lado —sugirió Gyer.

—No, en la de Earl.

—Está vacía. Tiene que haber sido en la habitación de al lado.

—He oido voces —insistió Virginia, no dispuesta a dejarse acallar por la lógica—. Te digo que he oido voces. Y vi algo al pie de la cama. Algo que flotaba en el aire.

—Santo cielo —dijo Sadie con un hilo de voz—, la pobre desgraciada es médium.

Buck se incorporó. Estaba en calzoncillos. Se dirigió hasta la puerta que comunicaba con el otro cuarto y observó a Virginia con ojos nuevos.

—¿Estás segura? —le preguntó a Sadie.

—Calla —le ordenó su mujer apartándose del campo visual de Virginia—. Acaba de decir que puede vernos.

—Virginia, no te encuentras bien —comenzó a decir Gyer en la habitación contigua—. Son esas pastillas que te da Earl.

—No —repuso Virginia, levantando la voz—. ¿Cuándo vas a dejar de hablar de las píldoras? Eran para tranquilizarme, para ayudarme a dormir.

Era evidente que en ese momento no estaba tranquila, pensó Buck. Le gustó la forma en que temblaba al intentar retener las lágrimas. Le hacía falta una buena retozada a la pobre Virginia, seguro que eso la ayudaría a dormir.

—Te digo que puedo ver cosas —le explicó a su marido.

—Que yo no puedo ver —repuso Gyer, incrédulo—. ¿Es a eso a lo que te refieres? ¿Que puedes ver visiones a las cuales los demás estamos ciegos?

—No me enorgullezco de ello, maldita sea —gritó exasperada por aquel trastocamiento.

—Sal de ahí, Buck —dijo Sadie—. La estamos poniendo nerviosa. Sabe que estamos aquí.

—¿Y qué? —repuso Buck—. El gilipollas de su marido no se lo cree. Míralo. Piensa que está loca.

—Pues la volveremos loca si seguimos paseándonos por aquí. Al menos hablemos en voz baja, ¿de acuerdo?

Buck le echó un vistazo a Sadie y le sonrió provocativamente.

—¿Quieres que valga la pena? —le preguntó en tono ruin—. No me meteré en medio si tú y yo nos divertimos un poco.

Sadie titubeó antes de contestar. Probablemente sería perverso rechazar los avances de Buck; era un crío desde el punto de vista emocional, siempre lo había sido. El sexo era una de las pocas formas en que podía expresarse.

—Está bien, Buck, deja que me refresque un poco y me arregle el pelo.

Al parecer, en la habitación número siete se había declarado una tregua inquietante.

—Voy a ducharme, Virginia —dijo Gyer—. Sugiero que te acuestes y dejes de comportarte como una tonta. Si sigues hablando así, especialmente delante de la gente, pondrás en peligro la cruzada, ¿me oyés?

Virginia miró a su marido y lo vio con una claridad de la que nunca había gozado.

—Sí, sí —repuso, sin rastros de emoción en la voz—, te oigo.

Gyer pareció satisfecho. Se quitó la chaqueta y entró en el baño, llevándose consigo la Biblia. Virginia oyó como echaba la llave y luego exhaló un largo y débil suspiro. Habría recriminaciones para

dar y vender por la discusión que acababan de tener; en los días venideros le exprimiría hasta la última gota de contrición. Echó un vistazo a la puerta que comunicaba con el otro cuarto. Ya no había señales de sombras en el aire, ni se oía el más mínimo susurro de aquellas voces. Tal vez, solo tal vez, se lo había imaginado. Abrió el bolso y revolvió su contenido en busca de los frascos de pastillas que ocultaba allí. Con un ojo en la puerta del lavabo, seleccionó un cóctel de tres variedades y se las tragó con un sorbo de agua helada. En realidad, el hielo de la jarra se había derretido hacía rato. El agua que bebió estaba tibia, como la lluvia que caía implacablemente fuera. Por la mañana, quizás el mundo entero habría sido arrastrado por la riada. Si eso ocurría, reflexionó, no lo lamentaría.

—Te pedí que no hablaras del asesinato —le dijo Earl a Laura May—. La señora Gyer no soporta ese tipo de cosas.

—Ocurren asesinatos todos los días —repuso ella sin inmutarse—. No puede andar por el mundo escondiendo la cabeza en la tierra para no enterarse.

Earl no dijo nada. Acababan de llegar al final del pasillo. Debían echar una carrera por el aparcamiento para llegar al otro edificio. Laura May se volvió a mirarlo. Era unos cuantos centímetros más baja que él. Sus ojos, vueltos hacia los de Earl, eran grandes y luminosos. Pese a que estaba enfadado, Earl no pudo dejar de notar la plenitud de su boca, el brillo de sus labios.

—Lo siento —dijo ella—, no quería causarte problemas.

—Ya lo sé, es que estoy nervioso.

—Es este calor. Ya te lo he dicho, hace que a la gente se le metan ideas extrañas en la cabeza.

Su mirada vagó por un momento: un dejo de incertidumbre le oscureció el rostro. Earl sintió como un hormigueo en la nuca. Era su oportunidad, ¿no? La muchacha se había ofrecido de un modo inequívoco. Pero Earl no encontró las palabras adecuadas. Finalmente, fue ella la que preguntó.

—¿Tienes que volver en seguida?

Earl tragó saliva; tenía la garganta seca.

—No veo el motivo. Además, no quiero estar en medio cuando discuten.

—¿Se llevan mal?

—Creo que sí. Será mejor que los deje tranquilos para que se arreglen en paz. No me necesitan.

Laura May apartó la vista del rostro de Earl, y dijo con un hilo de voz apenas audible por encima del golpeteo de la lluvia:

—Ellos no, pero yo sí.

Earl posó una mano cautelosa en la cara de Laura May y le acarició la mejilla. La muchacha tembló ligeramente. Entonces, inclinó la cabeza para besarla. Laura May dejó que le rozara los labios.

—¿Por qué no vamos a mi habitación? —inquirió contra su boca—; no me gusta estar aquí fuera.

—¿Y tu padre?

—A estas horas estará borracho como una cuba; todas las noches la misma historia. Si vas con cuidado jamás se enterará.

A Earl no le hizo muy feliz la idea. Si lo encontraban en la cama con Laura May no sólo perdería el trabajo. Estaba casado, aunque hacía tres meses que no veía a Barbara. Laura May presintió algo.

—No vengas si noquieres.

—No es eso.

Cuando la miró, Laura May se pasó la lengua por los labios. Fue un gesto completamente inconsciente, estaba seguro, pero le bastó para decidirse. En cierto sentido, aunque en ese momento no podía saberlo, todo lo que le esperaba —la farsa, el derramamiento de sangre, la inevitable tragedia— giró en torno a ese gesto, que Laura May se mojara el labio inferior con una sensualidad tan casual.

—Ah, mierda —dijo Earl—, eres demasiado, ¿lo sabías?

Se inclinó y volvió a besarla, mientras en alguna parte, hacia Skellytown, las nubes dejaban caer una potente tronada, como un redoble del tambor del circo antes de una acrobacia particularmente complicada.

En la habitación número siete, Virginia tenía pesadillas. Las pastillas no la habían conducido al puerto seguro del sueño. Se encontraba en medio de una aullante tempestad. En sus sueños, se

aferraba a un árbol tullido —una lastimosa ancla en medio de semejante torbellino—, mientras el viento levantaba por los aires los automóviles y el ganado, sorbiendo medio mundo para ocultarlo arriba, entre las nubes negras como la pez. Mientras pensaba que moriría allí, completamente sola, vio dos siluetas a poca distancia de donde ella se encontraba; aparecían y desaparecían en medio de unos velos cegadores de polvo formados por el viento. No lograba verles las caras, por eso les gritó:

—¿Quiénes sois?

En la habitación contigua, Sadie oyó a Virginia hablar en sueños. ¿Qué estaría soñando? Intentó no dejarse vencer por la tentación de ir a la habitación de al lado y susurrarle al oído a la durmiente.

Tras los párpados de Virginia, el sueño continuaba con toda su ferocidad. Aunque les gritara a los extraños en medio de la tormenta, ellos parecían no oírla. Como no quería quedarse sola, abandonó el refugio del árbol —que instantáneamente fue arrancado de cuajo y salió volando por los aires— y luchó para avanzar a través del polvo hiriente hasta donde se encontraban los extraños. Al acercarse, en una repentina pausa del viento, logró verlos. Eran un hombre y una mujer, e iban armados. Cuando les gritó para darse a conocer, se dispararon abriendose heridas letales en torso y cuello.

—¡Un asesinato! —gritó mientras el viento le salpicaba la cara con la sangre de los antagonistas—. ¡Por el amor de Dios, que alguien los detenga, se están matando!

Y se despertó de repente, con el corazón latiéndole furiosamente. El sueño continuaba aleteando tras sus ojos. Sacudió la cabeza para liberarse de las horribles imágenes, y después, vacilante, se arrastró hasta el borde de la cama y se puso de pie. Sentía la cabeza tan ligera que en cualquier momento podía salir flotando. Necesitaba aire fresco. Rara vez en su vida se había sentido tan extraña. Era como si estuviera perdiendo el débil asidero que la unía a la realidad, como si el mundo sólido se le escapara de entre los dedos. Se dirigió hacia la puerta exterior. Desde el baño le llegó la voz de John, que declamaba ante el espejo para ajustar cada detalle de su discurso.

Salió al pasillo. Allí fuera podría refrescarse, aunque fuera ligeramente. En una de las habitaciones del final del edificio lloró un niño. Mientras escuchaba el llanto, una voz aguda lo silenció. Durante unos diez segundos cesó el llanto para reanudarse en un tono más agudo. «Anda —le dijo mentalmente al niño—, llora, hay un montón de razones.» Confababa cada vez más en la infelicidad de la gente; a medida que pasaba el tiempo era lo único en lo que podía confiar. La tristeza era mucho más honesta que la bonhomía, tan abundante en esos días: la fachada de optimismo frívolo, extendida sobre la desesperación que todo el mundo sentía en el fondo de sus corazones. Al llorar en mitad de la noche, aquel niño expresaba ese sabio pánico. En silencio, aplaudió su honestidad.

En el baño, John Gyer se cansó de ver el reflejo de su propia cara en el espejo, y se dedicó por un momento a la reflexión. Bajó la tapa del retrete y se sentó allí durante unos minutos. Olía su propio sudor; necesitaba una ducha, y luego dormir toda la noche. Al día siguiente sería Pampa. Reuniones, discursos; cientos de miles de manos que estrechar y bendiciones que repartir. A veces se sentía tan cansado que se preguntaba si el Señor no podía aligerarle un poco la carga. Pero era el diablo quien así le hablaba al oído. No era tan tonto como para prestar demasiada atención a esa voz procaz. Si se le prestaba atención una sola vez, la duda prendería igual que había prendido en Virginia. En algún punto del recorrido, mientras se dedicaba a las obras del Señor, Virginia había extraviado el camino, y el tentador había descubierto sus divagaciones. Él, John Gyer, tendría que devolverla a la senda del bien, hacerle notar los peligros en que se hallaba su alma. Habría lágrimas y quejas, quizás quedara un poco lastimada. Pero las heridas cicatrizaban.

Dejó la Biblia, se arrodilló en el estrecho espacio entre la bañera y el toallero, y comenzó a orar. Intentó buscar palabras benignas, una plegaria gentil para pedir la fuerza de llevar a buen puerto su tarea y devolverle el buen sentido a Virginia. Pero la ternura y la gentileza lo habían abandonado. A sus labios volvía el vocabulario del Apocalipsis con toda la fuerza de que eran capaces las palabras. Las dejó fluir, aunque con cada palabra la fiebre ardiera en él con más brillo.

—¿Qué te parece? —preguntó Laura May a Earl cuando lo hizo pasar a su habitación.

Earl se quedó demasiado sorprendido ante aquel despliegue para responder con coherencia. El dormitorio era un mausoleo, fundado, al parecer, en nombre de la trivialidad. Expuestos en los estantes, colgados de las paredes y cubriendo gran parte del suelo, había todo tipo de artículos recogidos de la basura: latas vacías de Coca-Cola, colecciones de billetes, revistas sin cubiertas, juguetes destrozados, espejos hechos trizas, postales jamás enviadas, cartas jamás leídas, un tullido desfile de lo olvidado, de lo abandonado. Sus ojos se pasearon por aquella exhibición de basuras y

no encontraron ni un solo objeto de valor entre todas aquellas chucherías. Sin embargo, aquellas insignificancias estaban ordenadas con un cuidado meticuloso, de modo que ningún artículo tapara a otro, y al observar más de cerca, notó que cada elemento llevaba un número, como si cada uno tuviera su lugar en aquel sistema de desperdicios. Al pensar que aquello era obra de Laura May, a Earl se le revolvió el estómago. Estaba claro que se encontraba al borde de la locura.

—Es mi colección —le dijo la muchacha.

—Ya veo.

—Colecciono cosas desde los seis años.

Atravesó el dormitorio hasta llegar al tocador, donde la mayoría de las mujeres que Earl había conocido guardaban sus cosméticos. Pero allí sólo había más exhibiciones inútiles.

—Todos los clientes se dejan algo —le dijo la muchacha a Earl, cogiendo una de aquellas porquerías con el mismo cuidado con que otros levantarían una piedra preciosa, y examinándola antes de volver a colocarla en su sitio.

—¿De veras? —inquirió Earl.

—Sí. Todo el mundo. Aunque sólo sea una cerilla usada o un pañuelo de papel manchado de barra de labios. Cuando yo era niña, Ophelia, una mexicana, se encargaba de limpiar las habitaciones. Esto empezó con ella, como un juego. Solía traerme cosas que los clientes se dejaban en las habitaciones. Al morir ella, empecé a coleccionar las cosas que encontraba, como recuerdo.

Earl comprendió la absurda poesía del museo. Laura May albergaba en su limpio cuerpo toda la ambición de un gran conservador. Y no por el arte en sí, sino que coleccionaba recuerdos de una naturaleza más íntima, señales olvidadas de las personas que habían pasado por allí, y que probablemente no volvería a ver.

—Lo tienes todo marcado —señaló Earl.

—Sí, no serviría de nada si no supiera a quien perteneció cada cosa, ¿no te parece?

Earl supuso que no, y francamente impresionado, murmuró:

—Es increíble.

Laura May le sonrió. Earl imaginó que no le enseñaba la colección a mucha gente y se sintió extrañamente honrado de estar viéndola.

—Tengo piezas de primera —le informó, abriendo el cajón central del tocador—. Cosas que exibo.

—¿De veras?

El cajón que había abierto estaba forrado de papel de seda; crujío cuando ella extrajo una selección de adquisiciones especiales. Un pañuelo de papel sucio encontrado debajo de la cama de una estrella de Hollywood, muerta trágicamente seis semanas después de haber estado en el motel. Una hipodérmica utilizada para inyectarse heroína, dejada por X; una caja de cerillas vacía, proveniente del bar de homosexuales de Amarillo, dejada por Y. Los nombres que le mencionaba a Earl significaban poco o nada, pero le siguió la corriente, tal como presintió que ella deseaba que hiciese, mezclando exclamaciones de incredulidad con risas. El placer de Laura May, alimentado por el de Earl, creció. Le enseñó todos los elementos que guardaba en el tocador, refiriéndole alguna anécdota o algún dato biográfico. Cuando hubo terminado, le comentó:

—Cuando te dije que había empezado a coleccionar esas cosas con Ophelia, como una especie de juego, te mentí. En realidad, lo de la colección vino después.

—¿Qué te hizo empezar?

Se puso a cuatro patas y abrió el último cajón del tocador con una llave que pendía de una cadena que llevaba al cuello. En ese cajón había un único artefacto; lo sacó reverencialmente y se incorporó para enseñárselo.

—¿Qué es esto?

—Me has preguntado con qué empecé la colección. Fue con esto. Lo encontré y nunca lo devolví. Puedes mirarlo siquieres.

Tendió el premio hacia Earl y él desenvolvió el paño blanco planchadito en el que estaba envuelto el objeto. Era un revólver. Un Smith and Wesson, calibre 38, en óptimas condiciones. De inmediato supo a qué huésped del motel había pertenecido aquel trozo de historia.

—El arma que usó Sadie Durning... —dijo Earl, cogiendo el revólver—. ¿Me equivoco?

Laura May sonrió satisfecha.

—Lo encontré entre los matorrales, detrás del motel, antes de que la policía se pusiera a buscarlo. Había tanto revuelo que nadie se molestó en fijarse en mí dos veces. Y no se preocuparon de buscarlo con luz.

—¿Por qué?

—Al día siguiente se produjo el tornado del cincuenta y cinco. Arrancó de cuajo el tejado del motel y se llevó la escuela. Hubo muchos muertos. Tuvimos funerales durante semanas.

—¿Y no te interrogaron?

—Supe mentir —repuso, con no poca satisfacción.

—¿Y en todos estos años nunca revelaste que lo tenías?

El comentario le pareció un poco fuera de lugar y repuso:

—Me lo habrían quitado.

—Pero es una prueba.

—De todos modos la ejecutaron. Sadie lo confesó todo desde el principio. Si hubieran encontrado el arma asesina, las cosas no habrían cambiado.

Earl le dio unas vueltas al revólver. Tenía mugre incrustada.

—Es sangre —le indicó Laura May—. Todavía estaba mojado cuando lo encontré. Seguro que tocó el cuerpo de Buck, para asegurarse de que estaba muerto. Usó sólo dos balas. Las demás están en el cargador.

Desde que su cuñado se volara tres dedos en un accidente a Earl nunca le habían gustado las armas. Sólo de pensar que el 38 seguía cargado, se tomó aún más aprensivo. Colocó el revólver en su envoltorio y plegó la tela sobre él.

—Nunca había visto un sitio como éste —le dijo a Laura May mientras ésta se arrodillaba para colocar el revólver en el cajón—. Eres toda una mujer, ¿lo sabías?

Laura May lo miró desde abajo. Lentamente, su mano fue subiendo por la pernera de los pantalones de Earl.

—Me alegra que te guste lo que ves —le dijo.

—Sadie... ¿Vas a venir a la cama o no?

—Quiero terminar de arreglarme el pelo.

—No estás jugando limpio. Olvídate del pelo y ven.

—En seguida voy.

—¡Mierda!

—¿No tendrás prisa, eh, Buck? ¿Tienes que ir a alguna parte?

Vio su reflejo en el espejo. Le lanzó una mirada furibunda.

—Te crees que es gracioso, ¿eh?

—¿Qué es gracioso?

—Lo ocurrido. Que me dispararas. Y que acabaras en la silla eléctrica. Te proporciona una perversa satisfacción.

Reflexionó durante unos momentos. Era la primera vez que Buck había mostrado un deseo verdadero de hablar en serio, y quiso decirle la verdad.

—Sí —repuso, cuando estuvo segura de que ésa era la respuesta—. Sí, supongo que en cierto modo me produjo placer.

—Lo sabía —comentó Buck.

—Baja la voz —le ordenó Sadie—, o nos oirá.

—Ha salido. La oí. Y no cambies de tema.

Rodó sobre la cama y se sentó en el borde; la herida parecía dolorosa, pensó Sadie.

—¿Te dolió mucho? —le preguntó, volviéndose hacia él.

—¿Estás de broma? —repuso Buck, mostrándole el agujero—. ¿Qué carajo te parece a ti?

—Creí que sería rápido. Nunca quise hacerte sufrir.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Alguna vez te quise, Buek. De veras. ¿Sabes qué decían los titulares de los diarios al día siguiente?

—No, estaba ocupado en otros asuntos.

—«Motel convertido en matadero del amor.» Había fotos del dormitorio, de la sangre en el suelo, y fotos tuyas, cuando te llevaban tapado con una sábana.

—Mi mejor momento —comentó Buck con amargura—, y ni siquiera aparece en la prensa la foto de mi cara.

—Jamás olvidaré la frase «matadero del amor». Me pareció romántica. ¿Tú qué opinas? —Buck gruñó disgustado. De todos modos, Sadie prosiguió—: Mientras esperaba la ejecución, recibí trescientas propuestas de matrimonio, ¿no te lo había comentado?

—¿De veras? ¿Fueron a visitarte? ¿Te dieron un revolcón para que olvidaras el gran día?

—No —repuso Sadie friamente.

—Podías habértelo pasado bien. En tu lugar, yo lo habría hecho.

—No me cabe ninguna duda.

—Sólo de pensar en el tema me he puesto cachondísimo, Sadie. ¿Por qué no vienes y aprovechas mientras estoy caliente?

—Hemos venido aquí para hablar, Buck.

—Ya hablamos, por el amor de Dios. Además, no quiero hablar más. Ahora ven aquí. Me lo has prometido. —Se restregó el abdomen y le lanzó una sonrisa torcida—. Lo siento por la sangre, pero no es culpa mía.

Sadie se puso de pie.

—Ahora te comportas como una chica sensata.

Mientras Sadie Durning se dirigía hacia la cama, Virginia entró para guarecerse de la lluvia. Le había refrescado la cara, y los tranquilizantes que había tomado comenzaban a calmarle los nervios. En el baño, John seguía orando; su voz iba y venía. Se acercó a la mesa y echó un vistazo a las notas de su marido, pera no logró enfocar bien las palabras apretadas. Levantó los papeles para verlas más de cerca, y cuando la hizo, oyó un gemido proveniente de la otra habitación. Se quedó helada. Otro gemido más audible. Los papeles temblaron en sus manos; hizo ademán de volver a ponerlos sobre la mesa, pera la voz se oyó por tercera vez, y las hojas se le cayeron de la mano.

—Muévete un poco, maldita sea... —decía la voz.

Las palabras, aunque no muy claras, eran inconfundibles. Más quejidos, y Virginia se dirigió hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones; el temblor que se había iniciado en las manos se le extendió por todo el cuerpo.

—¿Quieres jugar limpio? —dijo la voz con rabia.

Cautelosamente, Virginia miró dentro de la habitación número ocho, aferrándose al dintel de la puerta para no caer. En la cama había una sombra; se retorcía penosamente, como si quisiera devorarse así misma. Virginia quedó petrificada; intentó ahogar un grito, mientras aquella sombra emitía más sonidos. Y esa vez no fue una voz, sino dos. Las palabras eran caufusas y, presa del pánico, no logró entender su sentido. Sin embargo, le fue imposible volverse de espaldas para no ver la escena. Siguió mirando fijamente, intentando encontrar algún sentido a aquella configuración fluctuante. Le llegaron una serie de palabras, y con ellas supo descifrar lo que ocurría en la cama. Oyó la voz de la mujer que protestaba, e incluso logró divisar a su dueña, luchando debajo de su pareja, que intentaba detener el movimiento de sus brazos. Su primera intuición no estaba equivocada: en cierto modo se estaban devorando.

Sadie miro a Buck a la cara. Volvía a exhibir aquella maldita sonrisa; le entraron ganas de dispararle otra vez. A eso había ido aquella noche. No para hablar de los sueños fracasados, sino a humillarla como tantas veces lo hiciera en el pasado, susurrándole obscenidades contra el cuello mientras la tenía clavada contra las sabanas. El placer que le producía su sufrimiento la hizo enfurecer.

—¡Suéltame! —gritó en voz más alta de lo que hubiera deseado.

Y Virginia, que estaba de pie ante la puerta, ordenó:

—Déjala en paz.

—Tenemos público —comentó Buck Durning con una sonrisa malévolas, satisfecho de la mirada asombrada retratada en el rostro de Virginia.

Sadie aprovechó su distracción. Logró que le soltara el brazo y quitárselo de encima; Buck se cayó de la cama y lanzó un grito. Cuando Sadie se incorporó, miró a la mujer cenicienta que estaba de pie en el umbral y se preguntó cuánto podía ver u oír. ¿Lo suficiente, quizá, como para deducir quiénes eran?

Buck había vuelto a subirse a la cama y avanzaba hacia su ex asesina, diciéndole:

—Vamos, olvídalos, es la loca esa.

—No te me acerques —le advirtió Sadie.

—Ahora ya no puedes hacerme daño. ¿O acaso te has olvidado de que ya estoy muerto?

Sus esfuerzos le habían abierto aún más la herida producida por el disparo. Estaba embadurnado de sangre; y cuando se fijó, notó que ella también. Sadie se retiró hacia la puerta. Allí no quedaba nada que salvar. Las escasas posibilidades de reconciliación habían degenerado en una espantosa farsa. La única solución para aquel desatino era marcharse y dejar que la pobre Virginia sacara las conclusiones que pudiera. Cuanto más se quedara a pelear con Buck, más empeoraría la situación para los tres.

—¿Adónde vas? —exigió saber Buck.

—Afueras —repuso Sadie—. Lejos de ti. Te dije que te quería, ¿no es así, Buck? Tal vez lo haya hecho. Pero ya estoy curada.

—¡Golfa!

—Adiós, Buck. Que tengas una feliz eternidad.

—¡Golfa barata!

No respondió a sus insultos; traspuso el umbral y se internó en la noche.

Virginia observó cómo la sombra atravesaba la puerta cerrada; se aferró a sus destrozados restos de cordura, apretando los puños hasta dejar los nudillos blancos. Debía quitarse de la cabeza esas apariciones tan pronto como le fuera posible, o enloquecería. Se volvió de espaldas a la habitación número ocho. Píldoras era lo que le hacía falta en ese momento. Recogió el bolso, que se le cayó otra vez cuando sus dedos temblorosos revolvieron el contenido en busca de los frascos. Uno de ellos estaba mal cerrado y se salieron todas las píldoras. Un surtido multicolor de pastillas rodó en todas direcciones por la alfombra manchada. Se arrodilló para recogerlas. Las lágrimas comenzaron a fluir, cegándola; fue tanteando para encontrar las píldoras, se metió un manojo en la boca e intentó tragárselas sin agua. El golpeteo de la lluvia sobre el tejado fue intensificándose dentro de su cabeza; una serie de truenos acompañaron la percusión.

Entonces oyó la voz de John:

—Virginia, ¿qué estás haciendo?

Levantó la vista, con los ojos anegados de lágrimas y una mano repleta de pastillas revoloteando junta a la boca. Se había olvidado por completo de su marido; las sombras, la lluvia y las voces habían apartado de su mente todo recuerdo de John. Dejó caer las píldoras en la alfombra. Le temblaban las piernas; no tenía fuerzas para ponerse de pie.

—Yo..., yo... he vuelto a oír voces —dijo.

Los ojos de John observaban el contenido desparramado del bolso y del frasco. El delito de Virginia había quedado al descubierto para que él lo viera. Era inútil que intentara negarlo, sólo lograría enfurecerlo más.

—Mujer —le dijo—, ¿es que no has aprendido la lección?

No le contestó. Los truenos ahogaron la siguiente frase de John. La repitió en voz más alta.

—¿De dónde has sacado las píldoras, Virginia?

La mujer meneó la cabeza débilmente.

—Supongo que ha sido Earl otra vez. ¿Quién si no?

—No —murmuró Virginia.

—¡Virginia, no me mientas! —Levantó la voz para competir con la tormenta—. Sabes que el Señor escucha tus mentiras igual que yo. ¡Y que te juzga, Virginia! ¡Te juzga!

—Por favor, déjame en paz —suplicó.

—Te estás envenenando.

—Las necesito, John. De veras las necesito.

No le quedaban fuerzas para mantener a raya las provocaciones de su marido, pero no quería que le quitara las píldoras. Aunque ¿qué sentido tenía protestar? Él se saldría con la suya, como de costumbre. Lo más sensato era entregarle ahora el botín y ahorrarse unas angustias innecesarias.

—Mírate —la increpó—, arrastrándote por el suelo.

—No te ensañes conmigo, John. Tu ganas. Toma las píldoras. ¡Vamos, tómala!

La rápida capitulación de Virginia le defraudó, como si fuera un actor que se preparase para su escena preferida y se encontrara conque el telón caía prematuramente. Pera sacó el máxima provecho de la invitación de Virginia; le dio la vuelta al bolso sobre la cama y recogió las frascos.

—¿Es todo?

—Sí.

—No permitiré que me engañes, Virginia.

—¡Es todo! —le gritó. Y luego, con más suavidad, agregó—: Lo juro...,es todo.

—Earl lo lamentará. Te lo prometo. Ha explotado tu debilidad...

—¡No!

—...tu debilidad y tus temores. Está claro que ese hombre es un enviado de Satán.

—¡No digas idioteces! —le gritó, sorprendida ante su propia vehemencia—. Yo le pedí que me las consiguiera. —Se puso de pie con cierta dificultad—. No quería desafiarte, John. Ha sido culpa mía.

—No, Virginia —dijo Gyer, meneando la cabeza—. No vas a salvarlo. Esta vez no. Se ha empeñado en arruinarme todo el tiempo. Ahora lo veo claro. Se ha empeñado en dañar mi cruzada por medio de ti. Pues bien, ahora lo he descubierto. Claro que sí.

Se volvió de repente y arrojó el manojo de frascos por la puerta abierta, hacia la lluviosa oscuridad. Virginia los vio volar y sintió que el corazón le daba un vuelco. En una noche como aquélla muy poco podía hacer la cordura, era una noche para enloquecer; la lluvia destrozaba los cráneos y el asesinato estaba en el aire, y ahora, aquel perfecto imbécil se había deshecho de su última oportunidad de recobrar el equilibrio. Gyer se volvió hacia ella, mostrándole los dientes perfectos.

—¿Cuántas veces hay que decírtelo?

Al parecer, después de todo, nadie iba a privarlo de su escena.

—¡No voy a escucharte! —le gritó, tapándose los oídos con las manos. A pesar de ello, lograba oír la lluvia—. ¡No voy a escucharte!

—Soy paciente, Virginia. El Señor celebrará su Juicio a su debido tiempo. ¿Dónde está Earl?

Virginia meneó la cabeza. Otra vez los truenos; no estaba segura de si habían caído dentro o fuera.

—¿Dónde está? —le gritó enfurecido—. ¿Ha ido a buscarte más de esas porquerías?

—¡No! —respondió ella a gritos—. No sé adónde ha ido.

—Reza, mujer. Arrodíllate y agradece al Señor que yo esté aquí para mantenerte alejada de Satán.

Satisfecho de su llamativa frase final, salió a buscar a Earl, dejando a Virginia temblorosa, pero curiosamente asombrada. Volvería, estaba claro. Habría más recriminaciones, y ella derramaría las lágrimas obligatorias. En cuanto a Earl, tendría que defenderse como pudiera. Se dejó caer en la cama, y sus ojos llorosos se posaron sobre las píldoras que seguían esparcidas por el suelo. No estaba todo perdido. No habría más de dos docenas, de modo que tendría que utilizarlas con cuidado, pero eso era mejor que nada. Secándose los ojos con el dorso de las manos, volvió a arrodillarse para recoger las píldoras. Al hacerlo, notó que alguien la observaba. No era su marido. ¿Cómo podía haber regresado tan pronto? Levantó la vista. La puerta que daba al exterior seguía abierta y se veía caer la lluvia, pero Gyer no estaba allí. Por un momento, al recordar las sombras de la habitación contigua, el corazón pareció perder el ritmo. Eran dos; una había salido, pero ¿y la otra?

Sus ojos se dirigieron hacia la puerta de comunicación. Estaba allí; era una mancha grisante que había adquirido una nueva solidez desde la última vez que la viera. ¿Acaso la aparición habría ganado coherencia, o acaso veía con más detalle? Era claramente humana, y resultaba igual de aparente que se trataba de un hombre. La miraba fijamente, de eso no le cupo dudas a Virginia. Si se concentraba lograba incluso verle los ojos. La débil percepción de su existencia fue mejorando; con cada tembloroso suspiro, aquel fantasma iba adquiriendo una nueva claridad.

Virginia se puso en pie lentamente. La aparición avanzó un paso hacia la puerta de comunicación. Ella fue hacia la puerta exterior: la aparición hizo otro movimiento y se interpuso con pasmosa velocidad entre ella y la noche. El brazo extendido de Virginia rozó su forma humeante y, como iluminado por un relámpago, ante ella surgió el retrato completo de su perseguidor, para desaparecer cuando ella retiró la mano. Sin embargo, había visto lo suficiente como para quedar aturdida. La visión pertenecía a un hombre muerto; le habían abierto el pecho de un disparo. ¿Sería otro de sus sueños que saltaba al mundo de los vivos?

Pensó en llamar a John, para que volviera, pero para eso tendría que volver a acercarse a la puerta y arriesgarse a tocar a la aparición. Decidió dar un cauteloso paso hacia atrás, rezando una plegaria en voz muy baja. Tal vez John tenía razón: tal vez había provocado esta locura con las

mismas píldoras que pisoteaba ahora y convertía en polvo. La aparición se cernió sobre ella. ¿Era su imaginación, o había abierto los brazos, como para envolverla en ellos?

Se enredó en los pliegues de la colcha y antes de que pudiera evitarlo, cayó de espaldas sobre la cama. Agitó los brazos buscando un punto de sujeción. Una vez más tocó a aquel producto de las sueños y nuevamente apareció ante ella el horroroso cuadro. Pero esta vez no desapareció, porque la visión la había aferrado por la mano y la sujetaba con fuerza. Tuvo la sensación de haber hundido los dedos en agua helada. Le gritó que la dejase en paz, levantando el brazo libre para apartar a su asaltante, pero éste se limitó a aferrarla por la otra mano.

Incapaz de resistirse, se encontró con su mirada. Los que la miraban no eran los ojos del diablo, eran unos ojos ligeramente estúpidos, incluso cómicos, y debajo de ellos una boca débil que reforzó la impresión de estupidez que le había causado. De repente, dejó de tener miedo. No era un demonio. Era un delirio, producido por el cansancio y las píldoras; no podía hacerle daño. El único peligro era que se lastimara en sus intentos por mantener a raya las alucinaciones.

Buck presintió que Virginia había perdido la voluntad de resistir.

—Eso está mejor —le dijo, conciliador—. Quieres un meneito, ¿eh, Ginnie?

Buck no estuvo seguro de que la hubiera oído, pero daba igual. Le resultaría muy sencillo revelar sus intenciones. Soltó una de las manos de Virginia y le pasó la palma por los pechos. Virginia suspiró; una expresión asombrada surcaba sus hermosos ojos, pero no realizó ningún esfuerzo por resistirse a sus atenciones.

—No existes —le dijo lisa y llanamente—. Sólo estás en mi imaginación, como me ha dicho John. Eres obra de las píldoras. Todo esto es producto de las píldoras.

Buck dejó que la mujer hablara, que pensara lo que le apeteciese, con tal de que no se le resistiera.

—Es así, ¿no es cierto? No eres real, ¿verdad?

Buck la complació con una respuesta amable.

—Claro —le dijo, dándole un apretón—. Soy sólo un sueño, nada más. —La respuesta pareció satisfacerla—. No hay necesidad de que luches contra mí, ¿verdad? —prosiguió—. Habré llegado y me habré ido antes de que te des cuenta.

El despacho del gerente estaba vacío. De la habitación contigua le llegó a Gyer el ruido de la televisión. Lo lógico era que Earl estuviera en alguna parte, por allí cerca. Se había ido de su cuarto en compañía de la muchacha que había llevado el agua helada, y con el tiempo que hacía no estarían por ahí dando un paseo. Los truenos sonaban cada vez más cerca. El último había sonado casi encima de su cabeza. A Gyer le encantaban el ruido y el espectáculo de los relámpagos. Alimentaban su sentido de la ocasión.

—¡Earl! —aulló, atravesando el despacho y acercándose al cuarto de la televisión.

La película de la noche estaba alcanzando su punto culminante; el sonido subió repentinamente y fue ensordecedor. Una bestia fantástica arrasaba Tokio: los ciudadanos huían despavoridos. Dormido en una silla, ante aquel apocalipsis de cartón piedra, había un hombre de mediana edad. Ni los truenos ni los gritos de Gyer lo habían despertado. Un vaso de licor, acurrucado en el regazo, se le había escapado de la mano y le había manchado los pantalones. Toda la escena apestaba a bourbon y a depravación; Gyer tomó nota mentalmente para utilizarla algún día en el púlpito.

Una ráfaga helada llegó desde la oficina. Gyer se volvió esperando algún visitante, pero en el despacho no había nadie. Se quedó mirando fijamente al espacio. Durante todo el trayecto hasta la oficina había tenido la sensación de que le seguían; sin embargo, tras él no había nadie. Desechó sus sospechas. Los temores como aquel eran cosas de mujeres y de viejos temerosos de la oscuridad. Pasó entre el borracho dormido y las ruinas de Tokio y se dirigió a la puerta cerrada que había más allá.

—¡Earl! —llamó—. ¡Contéstame!

Sadie observó a Gyer cuando éste abrió la puerta y entró en la cocina. Le asombraba su rimbombante expresión. Había abrigado la esperanza de que aquella subespecie se hubiera extinguido; ¿resultaba creíble semejante melodrama en una época tan avanzada como aquélla? Nunca le había gustado la gente de la iglesia, pero aquel tipo le resultaba particularmente ofensivo; bajo la petulancia había algo más que un dejo de malicia. Estaba enfurecido y era imprevisible, y la escena que le esperaba en el cuarto de Laura May no iba a gustarle. Sadie había estado allí. Había observado a los amantes durante un rato, hasta que su pasión le resultó tan insoportable que tuvo que salir a refrescarse mirando la lluvia. La aparición del evangelista la había hecho volver sobre sus

pasos, temerosa de lo que flotaba en el aire; los acontecimientos de esa noche no podían acabar bien. En la cocina, Gyer volvió a gritar. Estaba claro que le encantaba el sonido de su voz.

—¡Earl! ¿Me oyes? ¡No vas a engañarme!

En el dormitorio de Laura May, Earl intentaba llevar a cabo tres acciones al mismo tiempo. Una, besar a la mujer con la que acababa de hacer el amor; dos, ponerse los pantalones húmedos, y tres, inventar una excusa adecuada para ofrecerle a Gyer, si el evangelista llegaba a la puerta del dormitorio antes de haber podido crear una cierta ilusión de inocencia. Tal como estaban las cosas, no tuvo tiempo de completar ninguna de sus tres acciones. Todavía tenía la lengua atrapada en la tierna boca de Laura May cuando forzaran la cerradura de la puerta.

—¡Te he encontrado!

Earl interrumpió el beso y se volvió hacia la voz mesiánica. Gyer estaba de pie en el vano de la puerta, con el pelo aplastado por la lluvia formándole un gorro gris sobre el cráneo, y la cara brillante de ira. Desde la lámpara con pantalla de seda que había junto a la cama le llegaba una luz que lo hacía aparecer enorme; el relumbre de sus ojos redentores rayaba en lo maníático. Earl había oído hablar a Virginia de la ira de aquel hombre: en el pasado había roto muebles y huesos por igual.

—¿Es que tu iniquidad no tiene fin? —preguntó en tono autoritario.

Las palabras salieron de sus finos labios con una calma desconcertante. Earl se subió los pantalones y desmañadamente intentó subirse la cremallera.

—Esto no es asunto suyo... —comenzó a decir, pero la furia de Gyer hizo que las palabras se le volvieran polvorrientas en la boca.

Sin embargo, Laura May no se amedrentaba fácilmente.

—Sal de aquí —le ordenó, y con la sabana se tapó los generosos pechos.

Earl echó un vistazo a los hombros suaves que acababa de besar. Le entraron deseos de volver a besarlo, pero el hombre vestido de negro atravesó el cuarto en cuatro rápidas zancadas y lo aferró por el brazo y el pelo. En el confinado espacio del dormitorio de Laura May, ese movimiento tuvo el efecto de un temblor de tierra. Las piezas de su preciosa colección cayeron de los estantes y del tocador, apoyándose unas en otras hasta que la avalancha de trivialidades llegó al suelo. Laura May, sin embargo, no notó el daño ocasionado; sus pensamientos estaban con el hombre que tan dulcemente compartiera su cama. Logró ver la vibración en los ojos de Earl cuando el evangelista lo sacó a rastras, y ella la compartió.

—¡Déjalo en paz! —chilló, olvidando su modestia y levantándose de la cama—. ¡No ha hecho nada malo!

El evangelista se detuvo para contestar mientras Earl luchaba inútilmente por liberarse.

—¿Qué sabes tú de maldad, ramera? —le espetó Gyer—. Estás demasiado hundida en el pecado. Con tu desnudez y tu hedionda cama.

La cama olía, pero a buen jabón y a amor reciente. No tenía nada de qué disculparse, y no iba a permitir que aquel predicador de pacotilla la intimidara.

—¡Llamaré a la policía! —le advirtió—. ¡Si no lo dejas en paz llamaré a la policía!

Gyer ni siquiera se dignó contestar a la amenaza. Sacó a Earl a rastras de la habitación y lo llevó hasta la cocina. Laura May gritó:

—¡Aguanta, Earl! ¡Conseguiré ayuda!

Su amante no contestó; estaba demasiado ocupado en evitar que Gyer le arrancara los pelos de raíz.

A veces, cuando los días eran largos y solitarios, Laura May había soñado despierta con hombres oscuros como el evangelista. Se había imaginado levantada por ellos —sólo en parte contra su voluntad— y sacada de allí. Pero el hombre que había yacido en su cama esa noche había sido completamente diferente de los amantes de sus sueños febriles: había sido ingenuo y vulnerable. Si moría a manos de un hambre como Gyer —cuya imagen había invocado en sus horas desesperadas—, jamás se lo perdonaría.

En el cuarto del extremo opuesto, oyó a su padre preguntar:

—¿Qué pasa?

Alguna cosa cayó y se hizo añicos, un plato del aparador quizás, o algún vaso que tendría en el regazo. Rogó por que su padre no intentara detener al evangelista; si lo hacía sería como una paja llevada por el viento. Regresó a la cama para buscar su ropa; estaba enredada en las sábanas, y con cada segundo perdido en la búsqueda su frustración fue en aumento. Lanzó a un lado las almohadas. Una aterrizó sobre el tocador, y otras piezas de su colección, exquisitamente dispuestas, fueron

barridas hasta tocar el suelo. Mientras se ponía la ropa interior, su padre apareció en el vano de la puerta. Sus facciones enrojecidas por la bebida se tornaron aún más rojas al verla en aquel estado.

—¿Qué has hecho, Laura May?

—No importa, papá. No tengo tiempo de explicártelo.

—Pero ahí fuera hay unos hombres...

—Ya lo sé. ya lo sé. Quiero que llames al *sheriff* de Panhandle. ¿Me has entendido?

—¿Qué ocurre?

—¿Qué más da? Llama a Alvin y date prisa, o tendremos otro asesinato entre manos.

La idea de una matanza galvanizó a Milton Cade. Desapareció y dejó que su hija terminara de vestirse. Laura May sabía que en una noche como aquélla Alvin Baker y su ayudante tardarían en llegar. Y mientras tanto, sólo Dios sabía lo que el enloquecido predicador era capaz de hacer.

Desde la puerta, Sadie observó cómo se vestía la mujer. Laura May era una criatura sencilla, al menos ante los ojos críticos de Sadie, y aquella piel clara la hacía parecer insustancial y pálida a pesar de su figura plena. «¿Y quién soy yo para hablar de falta de sustancia?», se preguntó Sadie. Por primera vez en los treinta años transcurridos desde su muerte, sintió nostalgia de la corporeidad. En parte porque envidiaba a Laura May y la dicha experimentada junto a Earl, y en parte porque deseaba fervientemente desempeñar algún papel en el drama que se desenvolvía rápidamente ante ella.

En la cocina, después de recuperar abruptamente la sobriedad, Milton Cade hablaba al teléfono, intentando llamar la atención de la gente de Panhandle, mientras Laura May, que había terminado de vestirse, abría el último cajón del tocador y buscaba una cosa. Sadie espió por encima del hombro de la mujer y descubrió cuál era el trofeo; un estremecimiento le hizo eco en el cráneo cuando sus ojos se posaron en el 38. Entonces había sido Laura May quien había encontrado el arma; la paliducha niña de cinco años que había estado corriendo por el pasillo toda la tarde hacía treinta años, jugando sola y cantando canciones bajo aquel aire caliente y tranquilo.

Sadie sintió cierto deleite al volver a ver el arma asesina. «Tal vez he dejado algún signo de mí misma para ayudar a perfilar el futuro —pensó—; tal vez soy algo más que un titular en un diario amarillento y un recuerdo borroso en las mentes envejecidas.» Observó con ojos nuevos y ansiosos mientras Laura May se ponía los zapatos y salía a la bramante tormenta.

Virginia se había acurrucado contra la pared de la habitación número siete y miraba a la miserable figura recostada en el umbral de la puerta. Había permitido que el delirio conjurado hiciera con ella lo que quisiese, y jamás, en sus cuarenta años escasos, había oído tantas depravaciones. Pero aunque la sombra había vuelto a ella una y otra vez, apretando su frío cuerpo y su boca helada contra los suyos, no había podido violarla ni siquiera una vez. Tres veces lo había intentado, y tres veces las palabras apremiantes susurradas al oído no se habían hecho realidad. En ese momento montaba guardia ante la puerta, preparándose, supuso Virginia, para otro asalto más. Su cara aparecía con la claridad suficiente como para permitirle leer el desconcierto y la vergüenza retratados en su rostro. Virginia creyó que la miraba con ojos asesinos.

Afuera, oyó la voz de su marido por encima del alboroto de los truenos, y también la voz de Earl, expresando sus protestas. Resultaba evidente que discutían ferozmente. Se deslizó por la pared y se puso de pie, intentando comprender qué decían; el fantasma la observaba ominosamente.

—Has fallado —le dijo Virginia.

—No —le respondió.

—Eres uno de mis sueños y has fallado.

La ilusión abrió la boca y le sacó la pálida lengua. Virginia no entendía por qué no se esfumaba; tal vez la perseguiría hasta que el efecto de las píldoras se hubiera disipado. Daba igual. Ya había soportado lo peor, y si le daba tiempo, seguramente acabaría dejándola en paz. Los fallidos intentos de violación habían eliminado la influencia que sobre ella pudiera ejercer.

Se dirigió hacia la puerta; ya no tenía miedo. La ilusión se levantó de su postura acuclillada.

—¿Adonde vas? —exigió saber.

—Afuera, a ayudar a Earl.

—No irás, no he terminado contigo.

—Sólo eres un fantasma. No puedes detenerme.

—Te equivocas, Virginia —le dijo el fantasma con una sonrisa que era tres partes de malicia y una de encanto.

Ya no tenía sentido engañar a la mujer; se había cansado de aquel juego. Tal vez lo del revolcón había fallado porque la mujer se le había entregado con demasiada facilidad, en el convencimiento de que era una pesadilla inofensiva.

—No soy una ilusión, mujer. Soy Buck Durning.

Virginia frunció el ceño contemplando a la errante figura. ¿Sería otro truco de su psíquis?

—Hace treinta años me mataron de un tiro en esta misma habitación. Más o menos donde estás tú en este momento.

Instintivamente, Virginia echó un vistazo a la alfombra, esperando casi que las manchas de sangre siguieran allí.

—Sadie y yo hemos vuelto esta noche —prosiguió el fantasma—. Una parada de una noche en el Matadero del Amor. ¿Sabías que es así como llamaron a este lugar? Antes venía la gente de todas partes del país para echarle un vistazo a este cuarto, para ver dónde había matado Sadie Durning a Buck, su marido. Gente enferma, ¿no te parece, Virginia? Más interesados en un asesinato que en el amor. Pero yo no soy de éhos... Siempre me gustó el amor, ¿sabes? En realidad, es casi la única cosa para la que he tenido algún talento.

—Me has mentido. Me has utilizado.

—Pero todavía no he acabado —le prometió Buck—. En realidad, apenas he empezado.

Se apartó de la puerta y avanzó hacia ella, pero esta vez Virginia estaba preparada. Cuando la tocó, y el humo volvió a hacerse carne, intentó asestarle un golpe. Buck lo esquivó y ella logró escurrirse y alcanzar la puerta. El pelo suelto se le metía en los ojos, y aunque no podía ver, se lanzó ciegamente hacia la libertad. Una mano nebulosa la aferró, pero no lo hizo con la fuerza suficiente y logró zafarse.

—Te estaré esperando —le gritó Buck cuando Virginia se tambaleó por el pasillo y salió a la tormenta—. ¿Me has oído, ramera? ¡Te estaré esperando!

No iba a humillarse persiguiéndola. Tendría que regresar. Entonces él, invisible a todos menos a la mujer, se tomaría su tiempo. Si ella les contaba a sus compañeros lo que había visto, la tomarían por loca y quizás la encerraran, en cuyo caso la tendría a su entera disposición. No, se saldría con la suya. La mujer volvería calada hasta los huesos, con el vestido pegado a la piel en decenas de sitios rebuscados, asustada, quizás, llorosa, demasiado débil como para rechazar sus proposiciones. Entonces cómo la haría retozar. Sí, señor. Hasta que le rogara que parara.

Sadie siguió a Laura May hasta afuera.

—¿Adónde vas? —inquirió Milton a su hija, pero esta no le contestó—. ¡Cielos! —gritó al comprender lo que acababa de ver—. ¿De dónde rayos has sacado ese revólver?

Llovía torrencialmente; la lluvia golpeaba contra el suelo, sobre las últimas hojas del álamo, sobre el tejado, sobre las cabezas. En segundos le alisó el pelo a Laura May, aplastándolo contra la frente y el cuello.

—¡Earl! —gritó—. ¿Dónde estás, Earl?

Comenzó a correr por el aparcamiento, gritando su nombre. La lluvia había convertido la tierra en un fango marrón oscuro que le salpicaba las piernas. Fue hasta el otro edificio. Unas cuantas huéspedes se habían despertado al oír el alboroto montado por Gyer, y ahora la miraban desde sus ventanas. Se abrieron varias puertas; un hombre, de pie en el pasillo con una cerveza en la mano, preguntó qué ocurría.

—Hay gente dando vueltas como locos —dijo—. Y todos estos gritos. Hemos venido aquí para estar tranquilos, por el amor de Dios.

Una muchacha veinte años más joven salió de la habitación y se detuvo detrás del tipo de la cerveza para preguntarle:

—Dwayne, ¿has visto? Lleva un revólver.

—¿Adónde han ido? —inquirió Laura May al tipo de la cerveza.

—¿Quiénes? —repuso Dwayne.

—¡Los locos! gritó Laura May, por encima de los truenos.

—Están detrás de la oficina —repuso Dwayne, fijándose en el revólver más que en Laura May—. No están aquí. De veras, no están.

Laura May retrocedió hasta el edificio de la oficina. La lluvia y los relámpagos eran cegadores, y le costó trabajo no resbalar en aquel lodazal.

—¡Earl! —gritó—. ¿Estás ahí?

Sadie fue tras ella. La tal Cade tenía coraje, de eso no cabía duda, pero en su voz había un dejo de histeria que a Sadie no le gustó demasiado. Ese tipo de asuntos (el asesinato) exigía indiferencia. El truco consistía en hacerlo de forma casual, como quien conecta la radio o mata un mosquito. El pánico no hacía sino nublarlo todo, al igual que la pasión. Vamos, que cuando ella había levantado el 38 y le había apuntado a Buck, ni una brizna de rabia había alterado su puntería. En el análisis definitivo, era por esa por lo que la habían enviado a la silla eléctrica. No por haberlo hecho, sino por haberlo hecho demasiado bien.

Laura May no era tan fría. Respiraba entrecortadamente, y por la forma en que sollozaba el nombre de Earl mientras corría, estaba claro que no tardaría en derrumbarse. Fue hasta la parte trasera del edificio de la oficina, donde el cartel del motel arrojaba una fría luz sobre el erial, y esa vez, cuando llamó a Earl, hubo un grito de respuesta. Se detuvo y miró a través del velo de lluvia. Era la voz de Earl, como había esperado, pero no la llamaba a ella.

—¡Hijo de puta! —gritaba—. Estás loco. ¡Déjame en paz!

Logró distinguir dos siluetas a media distancia. Earl, con el torso corpulento manchado de barro, estaba de rodillas entre la hierba jabonera y los matorrales. Gyer se encontraba de pie, con las manos apoyadas sobre la cabeza de Earl, empujándolo hacia la tierra.

—¡Reconoce tu delito, pecador!

—¡No, maldito seas!

—Has venido para destruir mi cruzada. ¡Reconócelo!

—¡Vete al infierno!

—¡Reconoce tu complicidad, o que Dios te ampare porque te romperé todos los huesos!

Earl luchó por liberarse de Gyer, pero el evangelista era mucho más fuerte que él.

—¡Reza! —le gritó, aplastándole la cara contra el barro—. ¡Reza!

—¡Vete a tomar por culo! —le gritó Earl.

Gyer le levantó la cabeza tirándole de los pelos y alzó la otra mano para golpearle la cara. Pero antes de que pudiera hacerlo, Laura May intervino en la pelea y avanzó unos cuantos pasos por el lodazal, empuñando el 38 con manos temblorosas.

—Apártate de él —le ordenó.

Sadie notó con tranquilidad que la puntería de la mujer dejaba mucho que desear. Seguramente ni siquiera con buen tiempo sería buena tiradora, pero allí, bajo la presión y con esa lluvia, ¿quién sino un tirador experimentado podía garantizar el resultado? Gyer se volvió y miró a Laura May. No mostró ni el más mínimo asomo de aprensión. «Acaba de sacar la misma conclusión que yo —pensó Sadie—, sabe muy bien que existen pocas probabilidades de que le haga daño.»

—¡La ramera! —anunció Gyer, con los ojos vueltos al cielo—. ¿La has oído, mi Señor? ¿Has visto su desvergüenza y su depravación? ¡Márcala! ¡Es candidata para el tribunal de Babilonia!

Laura May no alcanzó a entender los detalles, pero sí le quedó claro el sentido general de la perorata de Gyer.

—¡No soy una ramera! —le gritó. El 38 casi se le saltó de las manos, como si estuviera deseoso de que lo dispararan—. ¡No te atrevas a llamarla ramera!

—Por favor, Laura May... —suplicó Earl, forcejeando con Gyer para poder mirarla—, márchate. Está loco.

La mujer no prestó atención a sus súplicas.

—Si no lo sueltas... —anunció, apuntando al hombre de negro.

—¿Sí? ¿Qué me vas a hacer, ramera? —inquirió Gyer, provocativo.

—¡Te mataré! ¡Juro que dispararé!

Al otro lado del edificio de la oficina, Virginia vio uno de los frascos que Gyer había lanzado al lodazal. Se detuvo, lo recogió, pero luego se lo pensó mejor. Ya no necesitaba píldoras. Había hablado con un muerto; con sólo tocarlo había podido ver a Buck Durning. ¡Vaya poder tenía! Sus visiones eran reales, siempre lo habían sido, más verdaderas que todas las revelaciones apocalípticas de segunda que pudiera proferir su estúpido marido. ¿Qué lograrían las píldoras sino obnubilar el talento que acababa de descubrir? Allí se quedarían.

Unas cuantas huéspedes se habían puesto las chaquetas y habían salido de sus habitaciones para enterarse de a qué venía todo aquel alboroto.

—¿Ha habido un accidente? —preguntó una mujer a gritos, cuando vio a Virginia.

En cuando hubo formulado la pregunta, se oyó un disparo.

—John... —murmuró Virginia.

Antes de que los ecos del disparo se hubieran acallado, Virginia avanzó hacia su fuente. Ya se imaginaba con qué se encontraría: su marido tirado en el suelo, y el asesino triunfante poniendo los enlodados pies en polvorosa. Apretó el paso; una plegaria salió de sus labios y echó a correr. No rogaba para que la escena que acababa de imaginar no fuese realidad, sino para que Dios la perdonara por desear que lo fuera.

La escena que la esperaba al otro lado del edificio confundió todas sus expectativas. El evangelista no estaba muerto. Se encontraba de pie, incólume. Era Earl quien yacía en el lodazal, junto a él. No muy lejos, la mujer que le había llevado el agua helada horas antes estaba de pie con un revólver en la mano. El arma humeaba todavía. Cuando Virginia miró a Laura May, una silueta salió de la lluvia y, de un golpe, le quitó el arma de la mano. Cayó al suelo. Virginia siguió la caída con los ojos. Laura May parecía asustada; estaba claro que no entendía cómo había dejado caer el arma. Sin embargo, Virginia lo sabía. Podía ver al fantasma aunque no muy claramente, y adivinó su identidad. Seguramente sería Sadie Durning, gracias a cuya provocación aquel establecimiento había sido bautizado con el nombre de Matadero del Amor.

Los ojos de Laura May descubrieron a Earl; lanzó un grito horrorizado y corrió hacia él.

—Earl, no te me mueras. ¡Por favor, te lo ruego, no te mueras!

Earl levantó la cabeza del baño de barro que acababa de tomar y negó con la cabeza.

—Has fallado por un kilómetro —le dijo.

A su lado, Gyer había caído de rodillas, con las manos juntas, y la cara vuelta hacia la lluvia.

—Oh, Señor, te doy las gracias por preservar a éste, tu instrumento, en esta hora de necesidad...

Virginia procuró no oír las idioteces. Aquél era el hombre que tanto la había convencido de que desvariaba que había acabado entregándose a Buck Durning. Pues ya basta. La había aterrorizado lo suficiente. Había visto a Sadie actuar sobre el mundo real, y había sentido a Buck hacer lo mismo. Había llegado el momento de invertir el procedimiento. Caminó con paso firme hasta donde estaba el 38 y lo recogió.

Al hacerlo, presintió la presencia de Sadie Durning. Una voz tan suave que apenas la oía le dijo al oído:

—¿Te parece sensato?

Virginia desconocía la respuesta a esa pregunta. Al fin y al cabo, ¿qué era la sensatez? Sin duda no era la gastada retórica de los profetas muertos. Tal vez la sensatez fueran Laura May y Earl, abrazados en el lodazal, indiferentes a las plegarias que Gyer escupía, y a las miradas de los huéspedes que habían acudido corriendo a ver quién había muerto. O tal vez la sensatez consistía en encontrar la influencia maligna de tu vida y arrancarla de una vez y para siempre. Con el revólver en la mano, regresó a la habitación número siete, consciente de que la presencia benigna de Sadie Durning caminaba a su lado.

—¿No irás a por Buck...? —susurró Sadie—. No puede ser.

—Me atacó —le dijo Virginia.

—Pobre corderito mío.

—No soy un corderito —replicó Virginia—. Ya no.

Dándose cuenta de que la mujer dominaba perfectamente su destino, Sadie se mantuvo alejada, temerosa de que su presencia alertara a Buck. Observó a Virginia cruzar el aparcamiento, dejar atrás el álamo y entrar en el cuarto donde su torturador había dicho que la esperaría. Las luces seguían encendidas; su brillo parecía mayor después de la oscuridad azul de afuera. No había señales de Durning. Virginia se dirigió a la puerta de comunicación. La habitación número ocho también estaba vacía. Entonces oyó la conocida voz.

—Has vuelto —le dijo Buck.

Se volvió en redondo, ocultándole el arma. Buck había salido del cuarto de baño y se interponía entre Virginia y la puerta.

—Sabía que volverías —le dijo—. Todas lo hacen.

—Quiero que te muestres... —le dijo Virginia.

—Estoy desnudo como un crío al llegar al mundo. ¿qué más quieres que haga, que me despelleje? Pensándolo bien, tal vez sería divertido.

—Muéstrate a John, mi marido. Hazle ver su error.

—Oh, pobre John. No creo que quiera verme. ¿Tú qué opinas?

—Piensa que estoy loca.

—La locura puede ser útil. A Sadie casi la salván de la silla eléctrica con un alegato de demencia. Pero fue demasiado honesta para su propio bien. No dejó de repetirles una y otra vez: «Quería verlo muerto, por eso le disparé». Nunca fue muy sensata. Pero tú..., bueno, creo que tú sabes lo que más te conviene.

La silueta velada se movió. Virginia no logró descifrar qué hacía Durning consigo mismo, pero era algo claramente obsceno.

—Anda, Virginia, ven a por ella, está preparadita.

Virginia sacó el 38 que ocultaba detrás de la espalda y le apuntó.

—Esta vez no —le dijo.

—No puedes hacerme daño con eso —repuso Buck—. Ya estoy muerto.

—Tú me has hecho daño, ¿por qué no podría devolvértelo?

Buck meneó la etérea cabeza, lanzando una carcajada. En ese mismo instante, de la autopista les llegó el gemido de las sirenas de la policía.

—¿Qué te parece? —dijo Buck—. Cuánto alboroto. Cariño, será mejor que nos demos ya el revolcón, antes de que nos interrumpan.

—Te lo advierto, es el revolver de Sadie...

—No me harías daño —murmuró Buck—. Conozco a las mujeres. Decís una cosa cuando en realidad queréis decir todo lo contrario.

Buck avanzó hacia ella riéndose.

—No te acerques —le advirtió Virginia.

Avanzó otro paso y Virginia apretó el gatillo. En el instante anterior a que oyera el disparo y sintiera saltar en sus manos el revolver, vio a John aparecer en el umbral. ¿Había estado allí todo el tiempo, o se resguardaría de la lluvia, después de orar, para entrar en la habitación a leer el Apocalipsis a su descarriada esposa? Virginia nunca lo sabría. La bala atravesó a Buck, dividiendo el cuerpo humeante a su paso, y siguió su recorrido con perfecta puntería hacia el evangelista. Éste la vio venir. Lo alcanzó en el cuello y la sangre brotó con rapidez, manchándole la camisa. La silueta de Buck se disolvió como el polvo, y desapareció. De repente, en la habitación número siete no había nadie más que Virginia, su esposo moribundo y el sonido de la lluvia.

John Gyer miró a Virginia con el ceño fruncido, luego tendió la mano hacia el marco de la puerta para aguantar su corpulencia. No logró aferrarse; cayó de espaldas hacia afuera como una estatua derribada, y la lluvia le lavo la cara. Pero la sangre no paró de manar. Salía a borbotones jubilosos, y continuaba manando cuando Alvin Baker y su ayudante se plantaron ante la puerta de la habitación con los revólveres dispuestos.

Virginia pensó que su marido no se enteraría jamás, ésa era la pena. Ya no podría obligarla a que reconociera su estupidez, a que se retractara de su arrogancia. Al menos no en el mundo de los vivos. El muy maldito estaba a salvo, y ella se había quedado allí con el revolver humeante en la mano, y sólo Dios sabía qué condena le esperaba.

—¡Baje el revolver y salga de ahí!

La voz que provenía del aparcamiento sonaba áspera e intransigente.

Virginia no contestó.

—¿Me oye? Soy el *sheriff* Baker. Tengo el edificio rodeado. Salga o morirá.

Virginia se sentó en la cama y sopesó las alternativas. No la ejecutarían por lo que había hecho, igual que a Sadie. Pero pasaría mucho tiempo en prisión, y estaba harta de regímenes. Si aún no había enloquecido, el encierro la empajaría hasta el límite y más allá. Pensó que lo mejor era acabar con todo allí mismo. Se puso el 38, todavía tibio, en el mentón, ladeándolo un poco para asegurarse de que el disparo le volara la tapa de los sesos.

—¿Te parece sensato? —inquirió Sadie, justo cuando Virginia preparaba el dedo para disparar.

—Me encerrarán —repuso Virginia—; no lo soportaré.

—Es cierto. Te pondrán entre rejas durante un tiempo. Pera no durará mucho.

—Estás bromeando. Acabo de matar a mi marido a sangre fría.

—No era ésa tu intención —replicó Sadie, animada—, le apuntabas a Buck.

—¿De veras? Me pregunto si fue así.

—Puedes alegar demencia; es lo que yo tendría que haber hecho. Invéntate la historia más disparatada que se te ocurra y repítela una y otra vez.

Virginia negó con la cabeza; las mentiras nunca se le habían dado bien.

—Y cuando te suelten —prosiguió Sadie—, serás famosa. Y eso es algo por lo que merece la pena vivir, ¿no?

Virginia no había pensado en eso. Una leve sonrisa le iluminó el rostro. Desde fuera, el *sheriff* Baker volvió a ordenarle que tirara el arma por la puerta y que saliera con las manos levantadas.

—Tiene diez segundos, señora, ni uno más.

—No puedo soportar la humillación —murmuró Virginia—. No puedo.

—Es una pena —dijo Sadie, encogiendose de hombros—. Ya ha dejado de llover, y ha salido la luna.

—¿La luna? ¿De veras?

Baker había empezado a contar.

—Tienes que decidirte —le dijo Sadie—. Te matarán si les das la más mínima oportunidad. Y lo harán con gusto.

Baker había contado hasta ocho. Virginia se puso de pie.

—¡Pare! —le gritó a través de la puerta.

Baker dejó de contar. Virginia arrojó el revólver por la puerta. Aterrizó en el lodazal.

—Bien —dijo Sadie—. Me alegro mucho.

—No puedo ir sola —le comentó Virginia.

—No hace falta que vayas sola.

En el aparcamiento había reunido un numeroso público: Earl y Laura May, Milton Cade, Dwayne y su chica, el *sheriff* Baker y su ayudante, una selección de huéspedes del motel. Sumidos en un respetuoso silencio, miraban a Virginia Gyer con expresiones en las que se mezclaban el azoramiento y el temor.

—Levante las manos donde yo las vea —le ordenó Baker.

Virginia obedeció.

—Mira —le dijo Sadie señalando.

La luna había salido. Era enorme y blanca.

—¿Por qué lo ha matado? —preguntó la chica de Dwayne.

—El diablo me ha obligado a hacerlo —repuso Virginia, mirando la luna con la mejor sonrisa de loca que logró simular.

¡ABAJO, SATÁN!

Las circunstancias habían hecho a Gregorius un hombre incalculablemente rico. Poseía flotillas, palacios, sementales, ciudades. En realidad, eran tantas sus posesiones que a los encargados de enumerarlas —cuando los acontecimientos de esta historia llegaron a su monstruosa conclusión— les parecía a veces más rápido hacer una lista de las cosas que Gregorius no poseía.

Era rico, pero distaba mucho de ser feliz. Lo habían criado en la religión católica, y en sus primeros años —antes de su vertiginoso ascenso a la fortuna— había encontrado solaz en la fe. Pero la había abandonado luego, y a la edad de cincuenta y cinco años, con el mundo a sus pies, despertó una noche para descubrir que carecía de Dios.

Fue un amargo golpe, pero de inmediato tomó las medidas necesarias para subsanar la pérdida. Viajó a Roma, habló con el Sumo Pontífice, rezó día y noche; fundó seminarios y colonias de leprosos. Pero Dios se negaba a mostrarle siquiera la uña del dedo gordo del pie. Al parecer, Gregorius estaba dejado de la mano de Dios.

Desesperado, se le metió en la cabeza que la única manera de conseguir su propósito de volver a los brazos del Hacedor sería arriesgar el alma del modo más disparatado. La idea tenía sus meritos. «Supongamos que lograra concertar un encuentro con Satán, el enemigo mayor —pensó Gregorius—; ¿acaso Dios, al verme *in extremis*, no se sentiría obligado a intervenir para hacerme volver al redil?»

Se trataba de un buen plan, pero ¿cómo llevarlo a cabo? El Diablo no acudía con una simple llamada, aunque proveniera de un magnate como Gregorius, y sus búsquedas no tardaron en demostrarle que los métodos tradicionales de invocar al Señor de las Tinieblas —mancillar el Sagrado Sacramento, el sacrificio de criaturas— no fueron más efectivos que las buenas obras para provocar a Jehová. Solo al cabo de un año de deliberaciones logró dar con un plan maestro. Mandaría construir un Infierno en la Tierra, un infierno moderno tan monstruoso que el Tentador se sentiría tentado e iría allí a establecer su reino como lo hace el cuco en los nidos robados.

Buscó por todo el mundo un arquitecto, y en las afueras de Florencia, languideciendo en un manicomio, encontró a un hombre llamado Leonardo, cuyos planos para los palacios de Mussolini poseían una grandeza demencial que se adaptaba perfectamente al proyecto de Gregorius. Leonardo fue sacado de su celda —era un hombre fétido, una piltrafa— y le devolvieron sus sueños. Su prodigioso genio no le había abandonado.

Para alimentar su inventiva, recorrieron las grandes bibliotecas del mundo en busca de las descripciones de los Infiernos, tanto seglares como metafísicas; las bóvedas de los museos fueron saqueadas en busca de las imágenes prohibidas del martirio. No se dejó piedra por levantar si se sospechaba que debajo se ocultaba algo perverso.

Los planos acabados debían algo a Sade y a Dante, y algo más a Freud y a Kraft—Ebbing, pero también contenían elementos que ninguna mente había concebido jamás, o al menos, nadie se había atrevido a consignarlos sobre el papel.

Se escogió un terreno en el norte de África y comenzó la construcción del Nuevo Infierno de Gregorius. Absolutamente todo lo relacionado con aquel proyecto batió los *records*. Sus cimientos eran mucho más vastos, sus paredes más gruesas, la fontanería más elaborada que la de ningún otro edificio construido hasta la fecha. Gregorius contemplaba su lenta evolución con un entusiasmo que no había saboreado desde sus primeros años de constructor de imperios. Resulta innecesario decir que en todas partes se lo tomó por loco. Los amigos que había tenido durante años se negaron a relacionarse con él; varias de sus empresas quebraron cuando los inversores se espantaron al leer los informes de su demencia. No le importó. Su plan no podía fallar. El Diablo tenía que acudir, aunque sólo fuera por la curiosidad de ver el Leviatan erigido en su nombre, y cuando apareciera, Gregorius lo estaría esperando.

Las obras tardaron cuatro años, y se llevaron la mejor parte de la fortuna de Gregorius. El edificio terminado tenía el tamaño de media docena de catedrales, y albergaba todas las instalaciones que el Ángel de las Tinieblas pudiera desear. Tras sus muros había fuegos, de modo que desplazarse por sus muchos corredores constituía una agonía insopportable. Las habitaciones que daban a esos corredores contaban con todos los dispositivos imaginables de tortura —agujas, parrillas, cepos— que el genio de los torturadores de Satán hubiera utilizado. Había hornos grandes como para quemar familias enteras; piscinas hondas como para ahogar generaciones. El Nuevo Infierno era una atrocidad a la espera de suceder, una celebración de la inhumanidad a la que sólo le faltaba su causa primera.

Los constructores se marcharon agradecidos. Entre ellos se rumoreaba que hacía tiempo que Satán vigilaba la construcción de su domo del placer. Algunos llegaron a sostener que lo habían visto en los niveles más profundos, donde el frío era tan intenso que helaba la orina en la vejiga. Existían

pruebas que respaldaban esa creencia en las presencias sobrenaturales cernidas sobre el edificio a medida que éste alcanzaba su término. Un ejemplo era la cruel muerte de Leopardo; se había arrojado —o, como sostenían los supersticiosos, había sido lanzado— por la ventana del sexto piso del hotel donde se hospedaba. Fue sepultado con la debida extravagancia.

De modo que solo, en el Infierno, Gregorius se dedicó a esperar.

No tuvo que esperar mucho. No había pasado allí mas que un día, cuando oyó ruidos provenientes de las profundidades inferiores. Rebosante de expectación, fue en busca de su fuente, pero sólo se encontró con la turbulencia de los baños de excrementos y el rugido de los hornos. Regresó a sus aposentos del noveno nivel y esperó. Volvió a oír ruidos; volvió a ir en busca de su fuente, y nuevamente regresó desalentado.

Pero los disturbios no cesaron. En los días siguientes, apenas pasaban diez minutos sin que oyera algún ruido de invasión. El Príncipe de las Tinieblas estaba allí, a Gregorius no le cabía duda, pero se mantenía en las sombras. Gregorius se conformó con seguirle el juego. Al fin y al cabo, era la fiesta del Demonio. Y a él le tocaba participar en el juego que escogiese.

En los largos y a veces solitarios meses que siguieron, Gregorius se aburrió de jugar al escondite y comenzó a exigirle a Satán que se mostrara. El eco de su voz se perdía por los desiertos pasillos sin obtener respuesta, hasta que la garganta se le irritó de tanto gritar. A partir de entonces, continuó con su búsqueda en forma silenciosa, con la esperanza de sorprender a su inquilino. Pero el Ángel Apostata siempre huía antes de que Gregorius lograra acercarse lo bastante como para verle.

Jugarían un juego de desgaste, Satán y él, persiguiéndose a través de hielos, fuegos, hielos otra vez. Gregorius se decía que debía tener paciencia. El Diablo había acudido, ¿o no? ¿Acaso en el picaporte no había dejado la señal de su dedo? ¿Y sus excrementos en las escaleras? Tarde o temprano el Supremo Malvado revelaría su rostro y Gregorius le escupiría a la cara.

El mundo exterior prosiguió su camino, y Gregorius fue incluido en el mismo grupo que otros reclusos arruinados por las riquezas. Su Locura, término con el que se conocía su obra, no carecía del todo de visitantes. Algunos le habían amado demasiado como para olvidarlo —unos pocos, que habían sacado provecho de él, esperaban aprovecharse aun más de su locura—, y se atrevieron a trasponer la puerta del Nuevo Infierno. Estos visitantes realizaron el viaje sin anunciar sus intenciones, temerosos de encontrarse con la desaprobación de sus amigos. Las investigaciones para esclarecer su desaparición jamás lograron ir más allá de África del Norte.

Y en su Locura, Gregorius seguía persiguiendo a la Serpiente, y ésta lo eludía, no sin dejar más y más terribles señales de su presencia a medida que pasaban los meses.

Fue la esposa de uno de los visitantes desaparecidos quien finalmente descubrió la verdad, y advirtió a las autoridades. La Locura de Gregorius fue puesta bajo vigilancia, y finalmente —unos tres años después de terminada—, un cuarteto de funcionarios tuvieron la bravura de trasponer la puerta.

Sin el debido mantenimiento, la Locura había comenzado a deteriorarse de mala manera. En muchos de los niveles fallaban las luces; las paredes se habían enfriado; sus pozos de alquitrán se habían solidificado. A medida que los funcionarios se internaron en sus bóvedas oscuras en busca de Gregorius, hallaron amplias evidencias de que, a pesar de su decrepita condición, el Nuevo Infierno continuaba en perfecto funcionamiento. En todos los hornos había cuerpos con caras enormes y negras; en muchos cuartos había restos humanos sentados y colgados, degollados, o descuartizados.

El terror de los funcionarios fue creciendo con cada puerta que abrían, con cada nueva abominación en la que posaban los febriles ojos.

Dos de los cuatro que traspusieron la puerta jamás llegaron a la cámara del centro. El terror pudo con ellos mucho antes, y huyeron para ser acechados en algún pasadizo sin salida y añadidos a los cientos que habían perecido en la Locura desde que Satán fijara allí su residencia.

De los dos que finalmente desenmascararon al culpable, sólo uno tuvo el coraje de contar lo que vio, aunque las escenas que presenció en el corazón de la Locura eran demasiado terribles para expresarlas en palabras.

No había señales de Satán, naturalmente. Allí sólo se encontraba Gregorius. El maestro constructor, al no hallar a nadie que habitara la casa que tantos sudores le costara, la había ocupado él mismo. Le acompañaban unos cuantos discípulos que había logrado reunir a lo largo de los años.

Al igual que él, parecían criaturas corrientes. Pero en el edificio no había instrumento de tortura del que no hubieran hecho un uso prolífico y despiadado.

Gregorius no se resistió al arresto; en realidad, pareció satisfecho de contar con una plataforma desde la que vanagloriarse de sus carnicerías. Posteriormente, durante el juicio al que fue sometido, habló libremente de su ambición, de sus apetitos, de toda la sangre que seguiría derramando si lo dejaban en libertad. Juró que sería suficiente como para ahogar todas las creencias y sus ilusiones. Pero aquello le supo a poco. Porque Dios se pudría en el Paraíso y Satán en el Abismo, ¿y quién iba a detenerlo?

Durante el juicio fue muy vilipendiado, y posteriormente, en el manicomio, donde murió al cabo de dos meses escasos en circunstancias poco claras. El Vaticano destruyó todos los informes que sobre el guardaba en sus archivos; los seminarios fundados en su impío nombre fueron disueltos.

Pero incluso entre los cardenales, hubo quienes no lograron olvidar su impenitente maldad, y en privado, algunos se preguntaban si su estrategia no habría triunfado. Si al abandonar toda esperanza en los ángeles —caídos o no—, no se habría convertido él también en un ángel más.

O en todo lo que la Tierra podía soportar de semejantes fenómenos.

LA ERA DEL DESEO

El hombre en llamas bajó precipitadamente la escalera de los Laboratorios Hume cuando el coche de la policía, que según él acudía atraído por la alarma que Welles o Dance habían hecho sonar en el piso de arriba, apareció en el portal y entró por el sendero. Mientras se alejaba a la carrera de la puerta, el coche chirrió junto a la escalera y escupió su carga humana. Esperó en las sombras, exhausto y demasiado aterrado como para continuar corriendo, seguro de que lo verían. Pero los hombres desaparecieron por las puertas giratorias sin siquiera echar una mirada hacia su tormento. Se preguntó si en realidad se estaría quemando. Si aquel horripilante espectáculo —su carne bautizada por una llama nítida que ardía pero no lograba consumirse— no sería una mera alucinación exclusiva para sus ojos. Si era así, todo lo que le había pasado en el laboratorio también había sido un delirio. Tal vez no había cometido los crímenes de los que había huido, con el calor en la carne lamiéndole de tal forma que le provocaba el éxtasis.

Se miró el cuerpo. Donde había quedado expuesta, la piel estaba moteada de puntos lívidos de fuego, pero uno por uno se fueron borrando. Notó que se apagaba como una hoguera olvidada. Las sensaciones que habían afluido a su cuerpo tan intensas y exigentes que le causaban dolor y a la vez placer abandonaron finalmente sus terminaciones nerviosas, dejandole un entumecimiento por el que se sintió agradecido. Su cuerpo surgía ahora de debajo del velo de fuego; estaba en un estado lamentable. Tenía la piel como un mapa de rasguños, las ropas hechas jirones, las manos pegajosas de sangre coagulada, sangre que él sabía que no le pertenecía. No había modo de evitar la amarga verdad. Había hecho todo lo que se había imaginado. En ese mismo momento los funcionarios estarían mirando perplejos su atroz obra.

Salió de su escondite, junto a la puerta, y bajó por el sendero, manteniéndose alerta por si regresaban los dos policías; pero no volvió a verlos. Detras del portal, la calle estaba desierta. Echó a correr. Había dado unas cuantas zancadas cuando repentinamente la alarma del ediflcio dejó de sonar. Durante unos segundos, los oídos le sonaron en simpatía con el timbre acallado. Luego, misteriosamente, empezo a oír el sonido del calor —el murmullo subrepticio de las ascuas—, lo bastante lejano como para no sentir miedo, aunque cercano como sus propios latidos.

Avanzó cojeando, para interponer entre él y sus crímenes una distancia adecuada, antes de que los descubrieran; pero aunque corriera de prisa, el calor lo acompañaba, resguardado en algún recoveco de sus entrañas, amenazando a cada paso desesperado con volver a quemarlo.

Cuando McBride desconectó la alarma, Dooley tardó varios segundos en identificar el alboroto proveniente del piso superior. Eran los chillidos agudos de los monos, y procedían de una de las muchas habitaciones que daban al corredor de su derecha.

—¡Virgil! —gritó por el hueco de la escalera—. Sube.

Sin esperar a que su compañero llegase, Dooley se dirigió hacia la fuente del ruido. En mitad del corredor, el olor de la alfombra nueva dio paso a una combinación más punzante: orina, desinfectante y frutas podridas. Dooley aminoró la marcha; no le gustaba el olor, ni la histeria que presentía en el criterio de los monos. McBride tardaba en acudir a su llamada, y tras dudar un momento, la curiosidad de Dooley pudo más que su inquietud. Con la mano en la porra, se acercó a la puerta abierta y entró. Su aparición desencadenó en los animales otra ola de frenesí. Una docena de aquellas bestias eran monos Rhesus. Se lanzaban contra los barrotes de las jaulas, saltaban y gritaban como posesos, sacudiendo la tela metálica. Su excitación era contagiosa. Dooley sintió que el sudor comenzaba a brotarle de los poros.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

La única respuesta provino de los prisioneros: más histeria, más sacudidas de las jaulas. Los miró desde la puerta. Ellos le devolvieron la mirada, mostrándole los dientes, y Dooley no supo precisar si era en señal de bienvenida o como muestra de temor; pero no quiso poner a prueba sus intenciones. Se mantuvo bien alejado del banco en el que se encontraban alineadas las jaulas y comenzó un registro somero del laboratorio.

—Me gustaría saber que carajo es ese olor —comentó McBride al aparecer en la puerta.

—Procede de los animales —repuso Dooley.

—¿No se lavan nunca? Malditos asquerosos.

—¿Hay algo abajo?

—No —respondió Meflride, acercándose a las jaulas. Los simios reaccionaron al avance con más acrobacias—. Sólo la alarma.

—Aquí arriba tampoco hay nada —dijo Dooley.

E iba a agregar: «No hagas eso», para evitar que su compañero pusiera el dedo en la tela metálica, pero antes de que pudiera hacerlo, uno de los animales le aferró el dedo y lo mordió. McBride luchó con el simio para recuperar el dedo y, como venganza, golpeó la tela metálica. Chillando su ira, el ocupante danzó con su menudo cuerpecito un lunático fandango que amenazó con lanzar al suelo al simio y su jaula.

—Tendrás que ponerte la antitetánica —le advirtió Dooley.

—¡Joder! —exclamó McBride—, ¿qué carajo le pasa al muy cabrón?

—A lo mejor no le gustan los extraños.

—Están completamente chalados —dijo McBride, meditabundo; se chupó el dedo y luego escupió—. Míralos.

Dooley no dijo nada.

—Te he dicho que los mires... —repitió McBride.

—Ven aquí —dijo Dooley en voz muy baja.

—¿Qué pasa?

—Ven aquí.

McBride apartó la vista de la fila de jaulas y miró hacia las mesas de trabajo, donde Dooley observaba el suelo con una expresión de fascinado asco. McBride dejó de chuparse el dedo y avanzó por entre los bancos y taburetes hasta donde se encontraba su compañero.

—Ahí abajo —murmuró Dooley.

En el suelo, a los pies de Dooley, había un zapato beige de mujer; debajo del banco estaba la dueña del zapato. A juzgar por su postura trabada, había sido escondida allí por su asesino o se había arrastrado para morir en su escondite.

—¿Está muerta? —preguntó McBride.

—Mírala, por el amor de Dios —repuso Dooley—; la han abierto por el medio.

—Tenemos que comprobar los signos vitales —le recordó McBride.

Dooley no se movió para hacerlo, de modo que McBride se agachó frente a la víctima y le tomó el pulso a nivel del cuello destrozado. No latía. Sin embargo, su piel seguía caliente. Los restos de saliva que le cubrían la mejilla no se habían secado aún.

Dooley pasó el parte mientras miraba a la víctima. Las heridas más graves ocupaban la parte superior del torso, y quedaban ocultas a la vista por el cuerpo de McBride. Lo único que llegaba a ver era una masa de cabello castaño-rojizo y las piernas, con un pie descalzo asomando por el escondite. Pensó que eran unas piernas hermosas y que en otros tiempos hasta podría haberle silbado a su dueña.

—Es una doctora o una técnica —dijo McBride—; lleva una bata de laboratorio.

Lo había sido. Le habían abierto la bata de un tirón, igual que las ropas que llevaba debajo, y luego, como para completar la exhibición, le habían hecho lo mismo a la piel y la carne de debajo. McBride le echó un vistazo al pecho; tenía el esternón partido y el corazón fuera de sitio, como si el asesino hubiera querido llevárselo de recuerdo y lo hubieran sorprendido en plena faena. La estudió sin remilgos; siempre se había enorgullecido de tener un estómago a prueba de balas.

—¿Has comprobado ya que está muerta?

—Nunca he visto a nadie tan muerto.

—Carnegie está en camino —dijo Dooley, dirigiéndose a uno de los fregaderos.

Sin importarle las huellas digitales, abrió el grifo y se remojó la cara con agua fría. Cuando levantó la vista de sus abluciones, McBride había concluido su *tête-à-tête* con el cadáver y se dirigía hacia un banco de maquinaria.

—Por el amor de Dios, ¿qué rayos hacen aquí? —inquirió—. Fíjate en todos estos trastos.

—Parece un centro de investigación —repuso Dooley.

—¿Y qué es lo que investigan?

—¿Cómo carajo voy a saberlo? —le espetó Dooley. La incesante cháchara de los monos y la proximidad de la mujer muerta le daban ganas de huir de allí—. Dejémoslo correr, ¿quieres?

McBride pasó por alto la petición de Dooley; la maquinaria le fascinaba. Embelesado, observó el encefalógrafo y el electrocardiografo, las unidades impresoras, de las que aún salían metros de papel en blanco que arrastraban por el suelo, la pantalla de video y las consolas. La escena le recordó a

Marie Celeste. Aquella nave abandonada por la ciencia que seguía canturreando para sí una canción desafinada, mientras navegaba sin capitán ni tripulación que la atendiera.

Tras el muro de equipos había una ventana que no tendría más de un metro cuadrado. McBride supuso que daría al exterior del edificio, pero al observar con mayor detenimiento notó que no era así. Detrás de la maquinaria y de la ventana había una sala de pruebas.

—¿Dooley...? —dijo, echando un vistazo a su alrededor.

Se había marchado; seguramente a recibir a Carnegie. Feliz de que lo hubiesen dejado solo para explorar, McBride centró su atención en la ventana. En el interior no había luz. Lleno de curiosidad, rodeó el equipo acumulado hasta que encontró la puerta de la cámara. Estaba entreabierta. Entró sin titubear.

Gran parte de la luz que se filtraba por la ventana quedaba oculta por los instrumentos que había al otro lado: el interior estaba a oscuras. Pasaron unos segundos antes de que sus ojos captaran una verdadera imagen del caos reinante en la sala: la mesa vuelta patas arriba; la silla reducida a astillas; la maraña de cables y de equipo destrozado —¿serían cámaras utilizadas para filmar los procedimientos realizados allí?—, racimos de luces igualmente destrozadas. Ni siquiera un vándalo profesional habría sido capaz de un destrozo tan perfecto.

En el aire había un olor que McBride reconoció pero que no logró determinar. Se quedó quieto, exasperado por el aroma. Del corredor externo le llegó el sonido de las sirenas; Carnegie no tardaría en llegar. De repente, el aroma le sugirió una serie de asociaciones. Era el mismo olor que le punzaba la nariz cuando, después de hacerle el amor a Jessica y, como era su costumbre, después de lavarse, volvía del lavabo al dormitorio. Era el olor del sexo. Sonrió.

Su cara continuaba reflejando placer, cuando un objeto pesado hendió el aire y fue a golpearle la nariz. Sintió ceder el cartílago y manar la sangre. Medio mareado, retrocedió dos o tres pasos para evitar el segundo golpe, pero con las prisas perdió el equilibrio. Cayó pesadamente sobre un montón de vidrios; levantó la vista para ver a su atacante, que blandía una barra metálica y avanzaba hacia él. La cara de aquel hombre se parecía a la de los monos: los mismos dientes amarillos, los mismos ojos rabiosos.

—¡No! —gritó el hombre, al tiempo que dejaba caer el improvisado garrote sobre McBride, quien logró aguantar el golpe con el brazo y arrebatarle el arma.

El ataque lo había cogido desprevenido, pero el dolor de la nariz rota le provocó una furia que redobló su respuesta, y fue mucho más agresivo que su atacante. Le arrancó el garrote como quien quita un dulce a un niño y, rugiendo, se incorporó. Olvidó instantáneamente los preceptos que alguna vez le enseñaran sobre las técnicas de arresto. Dejó caer una lluvia de golpes sobre la cabeza y los hombros del atacante, obligándole a refugiarse en el interior de la sala. El hombre se acobardó ante el asalto y al cabo de unos minutos se acurrucó sollozando contra la pared. Cuando su antagonista se encontraba ya al borde de la inconsciencia, el furor de McBride se apaciguó. Permaneció de pie en el centro de la sala, respirando entrecortadamente, y observó al hombre apaleado deslizarse por la pared y caer al suelo. Había cometido un craso error. Se dio cuenta de que su atacante vestía una bata blanca y, como le gustaba decir a Dooley, estaba del lado de los ángeles.

—Mierda —dijo McBride—, mierda, mierda y mierda.

El hombre abrió los ojos y miró a McBride. Apenas le quedaba conciencia, pero una mirada de reconocimiento le cruzó la cara sombría y morena. O más bien de falta de reconocimiento.

—No es él —murmuró.

—¿Quién? —preguntó McBride, al notar que quizás estaba a tiempo de salvar su reputación de aquel fallo si lograba sacarle alguna información al testigo—. ¿Quién creyó que era?

El hombre abrió la boca, pero no dijo nada. Ansioso por oír su testimonio, McBride se agachó a su lado y le preguntó:

—¿A quién creyó que atacaba?

La boca volvió a abrirse, pero de ella no salió ningún sonido audible. McBride insistió:

—Es importante, dígame quién era.

El hombre se esforzó por responder. McBride acercó el oído a la boca temblorosa.

—Nunca —repuso el hombre, y se desmayó.

McBride se quedó allí maldiciendo a su padre, que le había legado un temperamento que probablemente viviría para lamentar. Pero al fin y al cabo, ¿para qué se vivía?

El inspector Carnegie estaba acostumbrado a aburrirse. Por cada momento de genuino descubrimiento que le había proporcionado su vida profesional, había tenido que soportar hora tras hora de espera. Esperar a que fotografiaran y examinaran los cadáveres, esperar hasta concluir un trato con los abogados e intimidar a los sospechosos. Hacía tiempo que había abandonado la lucha contra esa marea de tedio, y a su manera, había aprendido el arte de nadar con la corriente. No se podía acelerar los procesos de la investigación; había llegado a comprender que un hombre sensato dejaba que los patólogos, los abogados y todas sus tribus concluyeran sus lentes procedimientos. En la plenitud del tiempo, lo que importaba era que al señalar con el dedo al culpable, éste se echara a temblar.

El reloj del laboratorio marcaba las doce cincuenta y tres de la noche; los simios ya se habían tranquilizado en sus jaulas, y Carnegie se sentó en uno de los bancos y esperó a que Hendrix acabara de hacer sus cálculos. El médico leyó el termómetro, luego se quitó los guantes como si fueran una segunda piel y los tiró sobre la sábana en la que yacía el cadáver.

—Siempre resulta difícil establecer la hora del fallecimiento —dijo—. Ha perdido menos de tres grados. Yo diría que lleva muerta menos de dos horas.

—Los funcionarios llegaron a las doce y cuarto —le informó Carnegie—, de modo que tal vez murió media hora antes.

—Más o menos.

—¿La pusieron allí? —preguntó, indicando el sitio debajo del banco.

—Claro. No había forma de que se ocultara ella misma, y menos con esas heridas. Son imponentes, ¿verdad?

Carnegie se quedó mirando fijamente a Hendrix. Probablemente habría visto cientos de cadáveres en todo tipo de estados, pero el entusiasmo reflejado en sus facciones crispadas era incalificable. Para Carnegie era un misterio más fascinante que el de la mujer muerta y su asesino. ¿Cómo era posible que alguien disfrutara tomándole la temperatura rectal a un cadáver? Era algo que lo dejaba perplejo. Pero el placer estaba allí, brillando en los ojos de aquel hombre.

—¿Y el móvil? —preguntó Carnegie.

—Es bastante explícito, ¿no le parece? Violación. Ha habido claros vejámenes, contusiones alrededor de la vagina y abundantes depósitos de semen. Son muchos elementos con los que trabajar.

—¿Y las heridas del torso?

—Son irregulares, más que cortes parecen zarpazos.

—¿Y el arma?

—No lo sé. —Hendrix hizo una U invertida con la boca—. Han lacerado la carne. Si no fuera por la evidencia de violación, me inclinaría a sugerir que fue un animal.

—¿Quiere decir un perro?

—Pensaba más bien en un tigre.

—¿Un tigre? —repitió Carnegie, frunciendo el ceño.

—Era una broma —acotó Hendrix—. Vamos, Carnegie, ¿es que no tiene usted sentido de la ironía?

—No tiene nada de gracioso.

—Yo no me estoy riendo —repuso Hendrix con mirada agria.

—¿Y el hombre que encontró McBride en la cámara de pruebas?

—¿Qué pasa con él?

—¿Podría ser un sospechoso?

—Ni aunque pasaran mil años. Buscamos a un maníaco, Carnegie. Un tipo grande, fuerte, enloquecido.

—¿Las heridas fueron hechas antes o después?

—Yo qué sé —repuso Hendrix, ceñudo—. El análisis postmortem nos dará más detalles. De momento puedo decir que nuestro asesino tuvo un ataque de locura. Diría que las heridas y la violación fueron probablemente simultáneas.

Los rasgos normalmente flemáticos de Carnegie registraron algo cercano a la sorpresa.

—¿Simultáneas?

—La lujuria es algo cómico —repuso Hendrix, encogiéndose de hombros.

—Hilarante —fue la asombrada respuesta de Carnegie.

Como tenía por costumbre, Carnegie hizo que su chófer lo dejase a medio kilómetro de su casa para poder caminar y aclararse las ideas antes de llegar, tomarse el chocolate caliente y dormir. Observaba este ritual religiosamente, incluso cuando estaba molido. Se daba un paseo para desacelerarse antes de trasponer el umbral de su casa; una larga experiencia le había enseñado que llevar las preocupaciones profesionales a casa no ayudaba ni a la investigación ni a su vida doméstica. Había aprendido la lección demasiado tarde como para impedir que su mujer lo abandonara y sus hijos se alejaran de él, pero continuaba aplicando aquel principio.

Esa noche caminó lentamente, para permitir que las perturbadoras escenas de horas antes se difuminaran un poco. En su deambular, pasó delante de un pequeño cine que, según había leído en la prensa local, iba a ser demolido. No le sorprendía. Aunque no era un cinéfilo, había podido notar que el programa que se ofrecía en aquella bolsa de pulgas había degenerado en los últimos años. El de esa semana era un claro ejemplo: dos películas de terror. Eran obras sucias, de poca calidad, a juzgar por los carteles de dibujos crudos y su desvergonzada hipérbole. *¡No podrá volver a dormir!*, decía una de las frases anzuelo; debajo de ella había una mujer —muy despierta— acurrucada a la sombra de un hombre de dos cabezas. Qué imágenes tan triviales conjuraban los populistas para asustar un poco a sus audiencias. Los muertos en vida, la naturaleza desbordada y enloquecida en un mundo de miniaturas; chupadores de sangre, presagios, seres que caminaban por el fuego, tormentas, y todas las tonterías ante las que el respetable se asustaba. Todo era tan risueñamente trillado... Entre aquel catálogo de horrores baratos no había siquiera uno que igualara la banalidad del apetito humano, horror que, junto con sus consecuencias, veía cada semana de su vida laboral. Al pensar en ello, por su imaginación fueron pasando decenas de fotos: los muertos vistos a la luz de una linterna, boca abajo y relegados al olvido; y los vivos también, que en su imaginación aparecían con hambre en los ojos, hambre de sexo, de narcóticos, de dolor ajeno. ¿Por qué no ponían eso en los carteles?

Cuando se acercaba a su casa, un niño gritó en las sombras, junto al garaje; el grito lo detuvo en seco. Se repitió, pero esta vez lo reconoció. No era un niño, sino un gato, o varios gatos, que intercambiaban sus llamadas amorosas en el callejón oscuro. Se acercó y los ahuyentó. Sus secreciones venéreas dejaron un mal olor en el callejón. No tuvo necesidad de gritar: golpeó el suelo con el pie, y eso bastó para asustarlos. Se lanzaron en todas direcciones. No eran sólo dos, sino media docena; al parecer, se trataba de una orgía con todas las de la ley. Sin embargo, había llegado demasiado tarde; el hedor de sus seducciones era arrebatador.

Carnegie observó con la mirada en blanco el complicado despliegue de monitores y grabadores de vídeo que dominaba su despacho.

—¿Qué diablos es todo esto? —preguntó.

—Las cintas de vídeo —repuso Boyle, el número dos—. Son del laboratorio. Creo que debería echarles un vistazo.

Aunque hacía siete meses que trabajaban en equipo, Boyle no era uno de los funcionarios favoritos de Carnegie; se le olía la ambición en la piel tersa. En una persona que tuviera la mitad de sus años, semejante codicia habría sido reprochable, pero en un hombre de treinta, rayaba en lo obsceno. Esa exhibición —el equipo listo para recibir a Carnegie cuando llegara a las ocho de la mañana— era justo el estilo de Boyle: redundante y ostentoso.

—¿A qué viene tanta pantalla? —inquirió Carnegie en tono acre—. ¿También voy a oírlo en estéreo?

—Es que había tres cámaras filmando al mismo tiempo. Cubrían el experimento desde varios ángulos.

—¿Qué experimento?

Boyle hizo un ademán para indicarle a su superior que tomara asiento. «Obsequioso hasta el final —pensó Carnegie—. Para lo que te va a servir...»

—Adelante —le dijo Boyle al técnico que manejaba los grabadores—. Páselo.

Carnegie bebió a pequeños sorbos el chocolate caliente que había traído consigo. Era una debilidad rayana en la adicción. Cuando la máquina que lo suministraba se averió, llegó a ser un hombre muy, pero muy infeliz. Miró las tres pantallas. De repente, aparció un título. *Proyecto Niño Ciego*, decía. *Confidencial*.

—¿Niño Ciego? repitió Carnegie—. ¿Qué o quién es?

—Está claro que se trata de algún código —repuso Boyle.

—Niño Ciego. Niño Ciego —repitió Carnegie como para dominarlo.

Pero antes de que lograrse resolver el problema, en las tres pantallas surgieron las imágenes. Presentaban al mismo sujeto —un hombre de gafas, de menos de treinta años, sentado en una silla—, pero cada una lo mostraba desde un ángulo diferente. En una aparecía el sujeto de cuerpo entero y de perfil; en la segunda, la imagen mostraba tres cuartos del cuerpo, y estaba tomada desde un angulo superior. y la tercera. un primer plano de la cabeza y los hombros del sujeto, tomado a traves del cristal de la cámara de pruebas y de frente. Las tres imágenes eran en blanco y negro, y ninguna estaba centrada ni enfocada del todo. Mientras las cintas comenzaban a pasar, alguien siguió ajustando esos detalles técnicos. Se oyó un fondo de conversación informal entre el sujeto y la mujer —a pesar de sus breves apariciones, se veía que era la víctima—, mientras ésta le aplicaba unos electrodos en la frente. Resultaba difícil entender lo que hablaban; la acústica de la cámara dejó con las ganas al micrófono y al espectador.

—La mujer es la doctora Dance —indicó Boyle—. La víctima.

—Ya —dijo Carnegie, observando atentamente las pantallas—. La he reconocido. ¿Cuánto dura esta preparación?

—Bastante, y en su mayor parte es poco constructiva.

—Pasemos a la parte constructiva, pues.

—Avance —dijo Boyle. El técnico obedeció, y los actores de las tres pantallas se convirtieron en comediantes gritones—. ¡Pare! —Ordenó Boyle—. Retroceda un poco. —El técnico hizo lo que le mandaban—. ¡Ahí! —ordenó Boyle—, pare ahí. Y ahora póngalo a velocidad normal. —La acción volvió a su ritmo natural—. Aquí es donde comienza todo.

Carnegie se había terminado el chocolate caliente; con el dedo, recogió la película suave depositada en el fondo de la taza y se lo lamió. En las pantallas, la doctora Dance se había acercado al sujeto con una jeringa en la mano; le pasó un algodón por el antebrazo y le inyectó. No era la primera vez desde que visitara los Laboratorios Hume que Carnegie se preguntaba qué hacían exactamente en ese establecimiento. ¿Era ese tipo de procedimiento de rigor en la investigación farmacéutica? El secreto del experimento —a altas horas de la noche en un edificio desierto— sugería que no. Estaba además el imperativo del título: *Confidencial*. Lo que veían en aquel momento no había sido concebido para ser proyectado en público.

—¿Se encuentra cómodo? —preguntó un hombre que no aparecía en pantalla.

El sujeto asintió. Le habían quitado las gafas, y sin ellas parecía un tanto absorto. Una cara corriente, pensó Carnegie; el sujeto —aún no nombrado— no era ni un Adonis ni un Quasimodo. Se contrajo ligeramente y el sucio cabello rubio le tocó los hombros.

—Me encuentro bien, doctor Welles —repuso al interrogador que no aparecía en pantalla.

—¿No siente calor? ¿No suda?

—No —repuso el conejillo de Indias, como disculpándose—. Siento lo corriente.

«Justo lo que tú eres». pensó Carnegie. Dirigiéndose a Boyle, preguntó:

—¿Ha visto las grabaciones hasta el final?

—No, no las he visto. Creí que querría verlas usted primero. Solo las pasé hasta la inyección.

—¿Hay novedades del hospital sobre el doctor Welles?

—En el último parte decían que continuaba en coma.

Carnegie gruñó y volvió a concentrarse en las pantallas. Después de la actividad provocada por la inyección, la película volvía ahora a carecer de acción: las tres cámaras estaban fijas en el sujeto miope, con sus ojos como abalorios: ocasionalmente, el tedio se veía interrumpido por el doctor Welles, que preguntaba al sujeto como se sentía. La respuesta era la misma. Al cabo de tres o cuatro minutos de inacción, hasta el mas mínimo parpadeo del sujeto comenzó a adquirir un significado dramático.

—El argumento no es muy bueno —comentó el técnico.

Carnegie se echo a reír; Boyle se mostró incómodo. Pasaron dos o tres minutos más sin cambios.

—No parece muy esperanzador —dijo Carnegie—. ¿Quiere pasarla a más velocidad?

El técnico se disponía a obedecer, cuando Boyle dijo:

—¡Espere!

Carnegie miró en su dirección, irritado por su intervención, y luego volvió a concentrarse en las pantallas. Algo ocurría: una sutil transformación se había iniciado en las insípidas facciones del sujeto. Había empezado a sonreír tontamente, y se hundía en la silla como si sumergiera el cuerpo

delgado en un baño caliente. Sus ojos, que hasta ese momento habían expresado poco más que una indiferencia afable, comenzaron a cerrarse, y una vez cerrados, a abrirse de nuevo. Al hacerlo, se reflejaba en ellos una condición antes inexistente: un hambre que parecía salirse de la pantalla e inundar el despacho del inspector.

Carnegie dejó la taza de chocolate y se acercó a las pantallas. Al hacerlo el sujeto también se levantó de la silla y caminó hasta el cristal de la sala, con lo que dos de las camaras dejaron de filmarlo. La tercera, sin embargo, continuó captando su imagen cuando apretó la cara contra la ventana, y por un momento, los dos hombres se enfrentaron a través de las capas de cristal y tiempo, como si sus miradas se encontraran.

La mirada reflejada en aquella cara era crítica: el hambre superaba rápidamente el control de la cordura. Con los ojos ardientes, apoyó los labios contra la ventana de la sala y la besó con la lengua.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Carnegie.

En la banda de sonido comenzaron a aparecer diversas voces: el doctor Welles le pedía en vano al sujeto que expresara sus sensaciones, mientras Dance iba recitando en voz alta las cifras de los diversos instrumentos de control. Resultaba difícil oír con claridad —el alboroto se vio aumentado por una erupción de chácharas de los simios enjaulados—, pero era evidente por la lectura que los valores procedentes del cuerpo del hombre subían. Tenía la cara enrojecida; la piel le brilló con un repentino sudor. Parecía un mártir a cuyos pies acabaran de encender la hoguera, enloquecido por un éxtasis fatal. Dejó de besar la ventana con la lengua y se arrancó los electrodos de las sienes y los sensores de los brazos y el pecho. Con voz alarmada, Dance le ordenó que se detuviera. Luego salió del campo de enfoque de la cámara y, según supuso Carnegie, entró en la sala de pruebas.

—Será mejor que no lo haga —dijo el policía, como si aquel drama siguiera sus órdenes y, al menor deseo, pudiera evitar la tragedia.

Obviamente, la mujer no hizo caso. Poco después aparecía de cuerpo entero, cuando entraba en la cámara. El hombre se adelantó para recibirla, derribando el equipo mientras lo hacía. La mujer gritó, tal vez su nombre. Si fue así, resultó inaudible, tal era el alboroto que montaron los monos.

—Mierda —dijo Carnegie, al tiempo que el sujeto agitaba los brazos ante la cámara que captaba el perfil y luego ante la otra que captaba tres cuartos del cuerpo.

Dos de los tres monitores quedaron sin imagen. Sólo siguió funcionando la cámara que estaba segura en el exterior de la sala, pero como filmaba muy de cerca sólo permitía ver ocasionalmente algún que otro movimiento de los cuerpos. El sobrio ojo de la cámara continuó mirando irónicamente la saliva embadurnada en el cristal de la ventana de la sala, ciega a las atrocidades que se cometían a escasos metros de su objetivo.

—¿Qué cuernos le dieron? —preguntó Carnegie cuando, fuera de cámara, los gritos de la mujer lograron superar los chillidos de los monos.

Jerome se despertó a primeras horas de la tarde; se sentía magullado y tenía hambre. Cuando apartó la sábana de su cuerpo se asombró al comprobar su estado: tenía el torso cubierto de arañazos y la zona de las ingles en carne viva. Dando un respingo, se acercó al borde de la cama y permaneció un rato sentado, intentando recomponer los acontecimientos de la noche anterior. Recordaba haber ido a los Laboratorios Hume, pero después de eso, muy poco más. Hacía meses que trabajaba como conejillo de Indias, vendiendo su sangre, su comodidad y su paciencia para complementar sus escasos ingresos como traductor. Aquel arreglo había comenzado gracias a un amigo que realizaba un trabajo similar, pero mientras Figley formaba parte del programa principal de los Laboratorios, al cabo de una semana los doctores Welles y Dance le habían propuesto a Jerome que trabajara exclusivamente para ellos, previa realización de una batería de pruebas psicológicas. Desde el comienzo había quedado claro que su proyecto (jamás le habían dicho la finalidad del mismo) era secreto, y que le exigían total dedicación y discreción. Le hacía falta el dinero, y la recompensa ofrecida era ligeramente mejor de lo que pagaban los Laboratorios, de modo que había aceptado, a pesar de que lo obligasen a trabajar durante horas solitarias. Hacía varias semanas que le habían pedido que acudiera al centro de investigación por las noches, y trabajaba hasta altas horas de la madrugada, soportando las interminables preguntas de Welles acerca de su vida privada, y la mirada helada de Dance.

Al pensar en aquella mirada helada, sintió un temblor. ¿Sería porque en cierta ocasión había abrigado la tonta idea de que lo contemplaba con más cariño del debido en una doctora? Aquel engaño era lamentable, se dijo en tono burlón. No era de los que hacían soñar a las mujeres, y cada día que salía a la calle se afirmaba más esta convicción. En su vida adulta no recordaba una sola ocasión en que una mujer se hubiera fijado en él sin apartar la vista, ni una sola vez en que le

devolvieran una de sus miradas apreciativas. No estaba seguro de por qué se preocupaba por eso ahora; su vida sin amor era ya un tópico, y lo sabía. Por otra parte, la naturaleza había sido amable; sabedora de que le había sido negado el don de la atracción, había considerado oportuno disminuirle la libido. Pasaban semanas sin que sus pensamientos conscientes se vistieran de luto por la forzada castidad.

De vez en cuando, cuando oía rugir las tuberías, se preguntaba qué aspecto tendría la señora Morrisey, la casera, cuando se bañaba; incluso imaginaba la firmeza de sus pechos enjabonados, o la oscura raja de su trasero cuando se agachaba para ponerse talco entre los dedos de los pies. Pero, dichosamente, esos tormentos eran infrecuentes. Y cuando la copa estaba a punto de rebosar, se metía en el bolsillo el dinero ahorrado con las sesiones de los Laboratorios y pagaba una hora de compañía a una mujer llamada Angela (nunca había sabido su apellido), que vivía en la calle Greek.

Pensó que pasarían varias semanas antes de que volviera a hacerlo; fuera lo que fuese lo que se había hecho la noche anterior, o mejor dicho, lo que le habían hecho, las magulladuras, por sí solas, habían estado a punto de dejarlo baldado. La única explicación creíble —aunque no recordaba ningún detalle— era que le habían dado una paliza al regresar de los Laboratorios; eso o que se había metido en un bar y alguien le había provocado. Ya le había sucedido alguna que otra vez. Tenía una cara que despertaba al provocador que los borrachos llevaban dentro.

Se puso de pie y, tambaleante, se dirigió al pequeño cuarto de baño, ubicado junto a su habitación. Las gafas no estaban en el sitio acostumbrado, junto al espejo, y su reflejo apareció lamentablemente borroso; sin embargo, resultó claro que tenía la cara tan arañada como el resto de su anatomía. Y algo más: por encima de la oreja izquierda le habían arrancado un mechón de pelo, y por el cuello le bajaba un hilo de sangre coagulada. Con mucho dolor, se dedicó a limpiarse las heridas y a bañarlas con una punzante solución antiséptica. Concluida la tarea, regresó a la sala dormitorio a buscar las gafas. Por más que buscó y buscó, no logró encontrarlas. Maldiciendo su idiotez, rastreó entre sus pertenencias y desenterró las gafas viejas. La graduación ya no le iba bien porque su vista había empeorado mucho desde que las llevara por última vez, pero al menos logró que todo lo que le rodeaba estuviera más enfocado.

Le había asaltado una indudable melancolía, mezcla del dolor y de los indeseados pensamientos sobre la señora Morrisey. Para mantener a raya sus sentimientos íntimos, puso la radio. Surgió una voz suave cargada de los paliativos de costumbre. Jerome siempre había despreciado la música popular y a sus apólogos, pero en ese momento, mientras vagaba por su habitación, desnudo porque no quería ponerse la ropa para que no le provocara más dolores, las canciones comenzaron a inspirarle algo muy distinto de la sorna. Era como si oyera la letra y la música por primera vez, como si toda su vida hubiera sido sordo a esos sentimientos. Embelesado, se olvidó de su dolor y se puso a escuchar. Las canciones hablaban de la misma y obsesiva historia: del amor perdido y encontrado, para volver a perderlo otra vez. Las letras llenaron las ondas de metáforas, en su mayoría ridículas, pero no por ello menos potentes. Hablaban de paraísos, de corazones ardientes, de pájaros, de campañas, de viajes, de puestas de sol, de la pasión como locura, como vuelo, como tesoro inimaginado. Las canciones y sus fatuos sentimientos no lo calmaron; lo torturaron al evocar, a pesar de la débil rima y la melodía trillada, un mundo encantado por el deseo. Se puso a temblar. Sus ojos, fatigados (o al menos así reflexionó él) por las gafas viejas, comenzaron a engañoso. Era como si viera rastros de luz en su piel: de la punta de los dedos le brotaban chispas.

Se miró las manos y los brazos; la ilusión, lejos de desaparecer bajo aquel escrutinio, no hizo más que aumentar. Unos puntos luminosos, como las llamas de fuego en las cenizas, comenzaron a subirle por las venas, multiplicándose bajo su mirada. Por curioso que pareciera, no sentía ninguna molestia. Aquel fuego creciente no hacía sino reflejar la pasión de que le hablaban las canciones: el amor, decían, estaba en el aire, a la vuelta de cada esquina, esperando. Volvió a pensar en la viuda Morrisey del apartamento de abajo, dedicada a sus tareas, suspirando, sin duda, igual que suspiraba él, esperando a su héroe. Cuanto más pensaba en ella, más se inflamaban sus ánimos. No lo rechazaría, las canciones lo convencieron de ello; y si lo hacía, debería insistir hasta que se le rindiera (tal como volvían a prometer las canciones). De repente, al pensar en la rendición de la señora Morrisey, lo envolvió el fuego. Dejó la radio puesta y bajó la escalera riendo.

Habían tardado parte de la mañana en reunir una lista de las personas utilizadas por los Laboratorios en las pruebas. Carnegie notó la renuencia de la empresa a abrir sus archivos a la investigación, a pesar de los horrores perpetrados en su edificio. Finalmente, poco después de mediodía, completaron rápidamente una lista con los nombres y las direcciones de los sujetos: cincuenta y cuatro en total. Ninguno de ellos, le informaron los empleados de la oficina, coincidía con la descripción del sujeto de Welles. Le explicaron que estaba claro que los doctores habían utilizado las instalaciones para trabajar en proyectos privados. Aunque la política de la empresa no estimulaba

estas actitudes, ambos profesionales eran investigadores avezados y por eso les dejaban cierta libertad de acción. Por lo tanto, era probable que el hombre que Carnegie buscaba no hubiera figurado nunca en la nómina de los Laboratorios. Impertérito, Carnegie ordenó que hicieran una serie de fotos a partir del vídeo y las hizo distribuir —con la lista de nombres y direcciones— entre sus oficiales. A partir de ese momento todo era cuestión de trabajo a pie y paciencia.

Leo Boyle pasó el dedo por la lista de nombres que le habían dado.

—Catorce más —dijo. Su chófer gruñó y Boyle le echó un vistazo—. Tú eras compañero de McBride, ¿no es cierto?

—Así es —repuso Dooley—. Lo han suspendido.

—¿Por qué?

—Por falta de delicadeza —repuso Dooley, frunciendo el ceño—. Virgil no logra captar la técnica de arresto.

Dooley paró el coche.

—¿Es aquí? —preguntó Boyle.

—Dijiste número ochenta. Aquí es el ochenta. Míralo: ocho cero.

—Tengo ojos.

Boyle bajó del coche y subió por el sendero. La casa era espaciosa y había sido dividida en apartamentos; había varios timbres. Pulso el de J. Tredgold —el nombre que figuraba en la lista— y esperó. De las cinco casas que había visitado hasta ese momento, dos estaban ocupadas, y los residentes de las tres restantes no se parecían en nada al sospechoso.

Boyle esperó unos segundos en la entrada y luego volvió a llamar, esta vez con un timbrazo más prolongado.

—No hay nadie —le dijo Dooley desde la acera.

—Eso parece.

Al decir esto, Boyle vio por el rabillo del ojo una figura que cruzaba el vestíbulo; su silueta quedó distorsionada por el cristal translúcido de la puerta.

—Espera un momento —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Hay alguien ahí dentro y no quiere contestar.

Volvió a pulsar el primer timbre y luego los restantes. Dooley se acercó, espantando una avispa demasiado afectuosa.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—He visto a alguien ahí dentro.

—Llama a los otros timbres —sugirió Dooley.

—Ya lo he hecho. Ahí dentro hay alguien y no quiere abrir. —Golpeó en el cristal—. Abran, policía —anunció.

«Qué listo —pensó Dooley—; ¿por qué no grita más fuerte, así se enteran también en el paraíso?» Cuando la puerta, como era previsible, continuó cerrada, Boyle se volvió hacia Dooley y le preguntó:

—¿Hay algún portón lateral?

—Sí.

—Entonces entra por ahí. Date prisa, antes de que se escape.

—¿No deberíamos pedir...?

—¡Obedece! Me quedaré aquí vigilando. Si puedes entrar por detrás, ven a abrir la puerta.

Dooley se marchó y dejó a Boyle solo en la puerta principal. Volvió a dar una serie de timbrazos y haciéndose sombra con las manos en la frente, aplicó la cara al cristal. En el vestíbulo no había señales de movimiento. ¿Era posible que el pájaro hubiera volado? Retrocedió por el sendero y observó las ventanas: éstas le devolvieron una mirada vacía. Había pasado el tiempo suficiente como para que Dooley llegara a la parte trasera de la casa, pero todavía no había llamado ni había vuelto a aparecer. Inmovilizado donde estaba, y nervioso porque su táctica le hubiera hecho perder la presa, Boyle decidió dirigirse a la parte trasera de la casa.

Dooley había dejado abierto el portón lateral. Boyle avanzó por el corredor; miró a través de una ventana y vio una sala vacía antes de proseguir hacia la puerta trasera. Estaba abierta. Sin embargo, no había señales de Dooley. Boyle se metió en el bolsillo la foto y la lista y entró; no quiso llamar a Dooley por temor a que su grito alertara al malhechor, y el silencio lo puso aún más nervioso.

Cauteloso como un gato caminando sobre cristales rotos, atravesó el apartamento, pero todas las habitaciones estaban vacías. Ante la puerta del apartamento que daba al vestíbulo en el que había visto la silueta por primera vez, se detuvo. ¿Dónde se habría metido Dooley? Al parecer había desaparecido.

Entonces oyó un gruñido detrás de la puerta.

—¿Dooley? —inquirió.

Otro gruñido. Entró en el vestíbulo. Vio tres puertas más, todas cerradas; posiblemente serían otros apartamentos, o salas dormitorio. Sobre el felpudo de fibra de coco, ubicado ante la puerta principal, estaba la porra de Dooley, abandonada como si su dueño hubiera emprendido la huida. Boyle se tragó sus miedos y se internó en el corredor. Volvió a oír la queja, más cerca esta vez. Miró a su alrededor y echó un vistazo a la escalera. Allí, en el descansillo, yacía Dooley. Estaba semiinconsciente. Habían intentado quitarle las ropas de un modo brutal; grandes porciones de su fofa anatomía inferior estaban al descubierto.

—¿Qué ocurre, Dooley? —inquirió Boyle, acercándose al pie de la escalera.

El oficial oyó su voz y se dio la vuelta rodando. Sus ojos nublados se abrieron aterrados al ver a Boyle.

—Tranquilo, hombre, soy yo —le dijo éste.

Boyle se dio cuenta demasiado tarde de que Dooley no lo miraba a él, sino a algo que había a sus espaldas. Cuando giró sobre sus talones para ver qué asustaba a Dooley, una silueta lo atropelló como un ariete. Maldiciendo y sin aliento, Boyle cayó al suelo. Se arrastró durante unos segundos antes de que su atacante lo agarrara por la chaqueta y el pelo y lo obligara a ponerse de pie. Reconoció de inmediato la cara salvaje pegada contra la suya —la línea del pelo en retirada, la boca débil, el hambre—, pero había muchas cosas que no había esperado. El hombre estaba desnudo como un crío al llegar al mundo, aunque no tan modestamente dotado. Además, tenía una erección notoria. Si el ojito brillante que llevaba en la entrepierna apuntando hacia Boyle no constituía prueba suficiente, cuando le arrancó las ropas con las manos, las intenciones del asaltante quedaron perfectamente claras.

—¡Dooley! —aulló Boyle al ser lanzado hacia el vestíbulo—. ¡En nombre de Dios! ¡Dooley!

Sus súplicas fueron acalladas cuando golpeó contra la pared opuesta. El hombre enloquecido se lanzó sobre él en un abrir y cerrar de ojos y le aplastó la cara contra el papel pintado; pájaros y flores entrelazados le llenaron los ojos. Desesperado, Boyle luchó, pero la pasión de aquel hombre le daba una fuerza ingobernable. Una mano insolente sujetaba la cabeza del policía, mientras la otra le arrancaba los pantalones y la ropa interior, dejando sus nalgas al aire.

—Dios... —suplicó Boyle al papel pintado de la pared—. Por favor, Dios mío, que alguien me ayude...

Pero las plegarias resultaron tan infructuosas como sus esfuerzos. Estaba clavado contra la pared como una mariposa extendida sobre un corcho, a punto de ser traspasado. Cerró los ojos; tenía las mejillas bañadas de lágrimas de frustración. El asaltante le soltó la cabeza y consumó la violación. Boyle se negó a gritar. El dolor que sintió no se equiparaba a la humillación. Quizá era mejor que Dooley estuviera en coma, así la humillación acabaría sin testigos.

—Basta —murmuró hacia la pared, dirigiéndose a su cuerpo y no a su atacante, para urgirlo a que no sintiera placer con aquel ultraje.

Pero sus terminaciones nerviosas fueron traicioneras y se contagiaron del incendiario ataque. Bajo la agonía punzante, una parte imperdonable de él se puso a la altura de las circunstancias.

En la escalera, Dooley se incorporó con dificultad. La región lumbar, debilitada desde un accidente automovilístico ocurrido las Navidades anteriores, había cedido en cuanto el salvaje lo lanzó contra la pared. El más mínimo movimiento le producía una agonía atroz. Baldado por el dolor, se tambaleó hasta el pie de la escalera y miró, asombrado, hacia el vestíbulo. ¿Acaso era Boyle, el arrogante, el ascendente, al que estaban violando como a un muchacho necesitado de dinero para droga? La escena paralizó a Dooley durante varios segundos; luego apartó los ojos y los dirigió a la porra que yacía sobre el felpudo. Se movió cautelosamente, pero el salvaje estaba demasiado ocupado con la desfloración como para notarlo.

Jerome estaba escuchando el corazón de Boyle. Su latido era fuerte y seductor, y a cada arremetida suya parecía aumentar su volumen. Lo quería para él, quería su calor, su vida. Puso la mano sobre el pecho de Boyle y empezó a hundirla en la carne.

—Dame tu corazón —le dijo.

Era como las letras de las canciones.

Boyle gritó con la cara aplastada contra la pared cuando su atacante le hundió la mano en el pecho. Había visto fotos de la mujer de los Laboratorios; en su imaginación, la herida abierta de aquel torso le resultó clara como el rayo. El maníaco pretendía repetir aquella atrocidad. *Dame tu corazón.* Aterrado, al borde de la locura, encontró nuevas fuerzas y reanudó la lucha, clavando las uñas en el torso de su atacante: nada; ni siquiera la sangrienta pérdida del pelo interrumpió el ritmo de sus arremetidas. Como último recurso, Boyle intentó meter una mano entre su cuerpo y la pared para llegar a la entrepierna del muy hijo de puta y arrancarle los testículos. Cuando se disponía a hacerlo, Dooley atacó, descargando una lluvia de golpes de porra sobre la cabeza del salvaje. Aquella distracción le dio a Boyle amplitud de movimientos. Se apretó con fuerza contra la pared; las manos del asaltante, resbaladizas por la sangre que manaba del pecho de Boyle, soltaron a su presa. Boyle volvió a empujar. Esta vez logró quitarse de encima al atacante. Los cuerpos se separaron. Boyle se volvió, sangrando pero a salvo, y vio a Dooley perseguir al hombre por el vestíbulo, dándole golpes en la grasa de la cabeza rubia. El enloquecido no intentó protegerse; sus ojos ardientes (Boyle jamás había comprendido hasta ese momento la precisión física de la imagen) seguían prendidos del objeto de sus afectos.

—¡Mátalo! —exclamó Boyle por lo bajo, mientras el hombre sonreía, ¡sonreía!, a pesar de los golpes—. ¡Destrózale hasta el último hueso!

Aunque Dooley, maltrecho como se encontraba, hubiera estado en condiciones de obedecer aquella orden, no tuvo ocasión de hacerlo. Una voz proveniente del corredor interrumpió la paliza. Del apartamento por el que había entrado Boyle salió una mujer. A juzgar por su estado, también había sido víctima de aquel saqueador; pero estaba claro que al entrar Dooley en la casa había distraído al atacante antes de que le ocasionara un serio daño.

—¡Arrésténlo! —gritó, señalando al hombre sonriente—. ¡Ha intentado violarme!

Dooley se acercó para tomar posesión del prisionero, pero Jerome tenía otras intenciones. Le puso la mano en la cara y lo empujó contra la puerta principal. El felpudo de fibra de coco se deslizó debajo de sus pies y Dooley estuvo a punto de caer. Cuando recuperó el equilibrio, Jerome se había levantado y había huido. Boyle intentó detenerlo, pero el pantalón hecho jirones se le enredó en las piernas, y Jerome no tardó en plantarse rápidamente en mitad de la escalera.

—Pide ayuda —le ordenó Boyle a Dooley—. Date prisa.

Dooley asintió y abrió la puerta principal.

—¿Hay forma de salir por la parte de arriba? —preguntó Boyle a la señora Morrisey. Ella negó con la cabeza—. Entonces tenemos atrapado a ese bastardo, ¿no es así? —dijo—. ¡Vamos, Dooley, muévete! —Dooley bajó cojeando por el sendero—. Y usted —agregó Boyle, dirigiéndose a la mujer—, busque algo que sirva de arma. Cualquier cosa sólida.

La mujer asintió y volvió sobre sus pasos, dejando a Boyle acurrucado junto a la puerta abierta. Una suave brisa le enfrió el sudor que le bañaba la cara. Afuera, en el coche, Dooley pidió refuerzos.

Boyle pensó que los coches no tardarían en llegar y que se llevarían al hombre a rastras, a prestar declaración. No tendría ocasión de vengarse cuando estuviera bajo custodia; la ley seguiría su plácido curso y él, la víctima, no sería más que un espectador. Si quería salvar las ruinas de su virilidad, aquella era la ocasión. Si no lo hacía, si languidecía allí, con las tripas ardiendo, jamás se desharía del horror provocado por la traición de su cuerpo. Debía actuar ya, debía borrarle la sonrisa de la cara a su violador de una vez y para siempre, o vivir despreciándose hasta que le fallase la memoria.

No le quedaba otra alternativa. Sin pensárselo más, se levantó y comenzó a subir la escalera. Al llegar al descansillo, se dio cuenta de que no llevaba armas, pero sabía que si volvía a bajar, perdería impulso. En ese momento, estaba preparado a morir si era necesario, por lo que continuó subiendo.

En el rellano superior sólo había una puerta abierta. Del interior del cuarto le llegó el sonido de una radio. Abajo, en la seguridad del vestíbulo, oyó a Dooley entrar de la calle para decirle que había pedido refuerzos e interrumpirse en mitad de la frase. Pasando por alto la distracción, Boyle entró en el apartamento.

No había nadie. Tardó unos minutos en revisar la cocina, el baño y la sala: todo vacío. Regresó al lavabo; la ventana estaba abierta y asomó la cabeza. La distancia que había hasta el césped del jardín era fácil de cubrir. En el suelo había unas huellas del cuerpo del hombre. Había saltado y se había ido.

Boyle se maldijo por haberse demorado, y agachó la cabeza. Un calorcillo le bajó por el interior del muslo. En la habitación contigua, seguían sonando las canciones de amor.

Para Jerome no existió el olvido, esa vez no. El encuentro con la señora Morrisey, interrumpido por Dooley, y el episodio con Boyle no habían hecho más que avivar el fuego que llevaba dentro. A la luz de aquellas llamas, comprendió claramente los crímenes cometidos. Recordó con espantosa claridad el laboratorio, la inyección, los monos, la sangre. Sin embargo, los actos que recordaba (y eran muchos) no despertaron en él una sensación de pecado. Las consecuencias morales, la vergüenza y el remordimiento fueron arrasados por el fuego que continuaba lamiéndole la carne y provocándole nuevos entusiasmos.

Se refugió en un callejón tranquilo para ponerse presentable. Las ropas que había logrado reunir antes de la huida eran abigarradas, pero le servirían para no llamar la atención. Mientras se abrochaba —el cuerpo parecía rechazar las ropas, como si se negara a que lo cubrieran—, intentó controlar el holocausto que rugía en su interior. Pero las llamas no se apagaban. Cada fibra de su ser se sentía viva ante el fluir del mundo que le rodeaba. Los ordenados árboles que bordeaban el camino, la pared que había a sus espaldas, las piedras del suelo bajo sus pies desnudos se prendían y ardían con su mismo fuego. Al ver cómo se propagaba el incendio, sonrió. El mundo, con cada uno de sus ansiosos detalles, le devolvió la sonrisa.

Excitado más allá de todo control, se volvió hacia la pared en la que se había recostado. El sol le daba de lleno, y estaba tibia; los ladrillos oían divinamente. Llenó de besos sus caras agrietadas; sus manos exploraron cada recoveco, cada rugosidad. Murmurando naderías dulzonas, se bajó la cremallera de la bragueta, buscó un comodo agujero y lo llenó. La mente se le pobló de imágenes líquidas: anatomías mezcladas, hombres y mujeres en un ayuntamiento carnal indescifrable. Arriba, en el cielo, hasta las nubes ardían; subyugado por sus cabezas ardientes, sintió cómo se le erguía el pene. Le faltaba la respiración. Pero ¿y el éxtasis? Seguramente no acabaría nunca.

Sin previo aviso, un espasmo doloroso le recorrió la columna vertebral desde la corteza cerebral hasta los testículos, y volvió a subir, sacudiéndolo. Las manos soltaron el ladrillo y acabó su agónico orgasmo en el aire, mientras caía al suelo. Durante varios segundos permaneció tendido, mientras los ecos del espasmo inicial le subían y bajaban por la columna, disminuyendo con cada regreso. En el fondo de la garganta sintió el sabor de la sangre; no estaba seguro de si se había mordido el labio o la lengua, pero creyó que no. Por encima de su cabeza, los pájaros volaban en círculos, elevándose lánguidamente en una espiral de aire cálido. Observó cómo se iba apagando el fuego de las nubes.

Se incorporó y bajó la vista para ver el montón de semen derramado sobre la acera. Durante un frágil instante revivió una bocanada de la visión que había tenido; imaginó la unión de su simiente con la piedra del suelo. Y pensó cuán sublimes serían las criaturas de las que el mundo podría vanagloriarse si pudiera copular con un ladrillo o un árbol; estaba dispuesto a soportar dichosamente los tormentos de la concepción si tales milagros fueran posibles. Pero los adoquines no se conmovieron ante las súplicas de su simiente; y la visión, igual que el fuego del cielo, se enfrió y ocultó sus glorias.

Guardó el miembro ensangrentado y se reclinó contra la pared, dando vueltas y más vueltas a los extraños acontecimientos de su vida. Algo fundamental estaba cambiando en él, de eso estaba seguro; el éxtasis que lo había poseído (y que sin duda volvería a poseerlo) era distinto de todo lo que había experimentado hasta entonces. Fuera lo que fuese lo que le habían inyectado, no daba señales de eliminarse naturalmente, todo lo contrario. Todavía sentía en su interior el calor, igual que le ocurriera al abandonar los Laboratorios, aunque esta vez el rugido de su presencia fue más fuerte que nunca.

Estaba viviendo una nueva clase de vida, y esa certeza, aunque aterradora, le producía alborozo. En ningún momento se le ocurrió a su aturdido y erotizado cerebro pensar que, con el tiempo, esa nueva clase de vida requeriría una nueva clase de muerte.

Sus superiores le habían advertido a Carnegie que esperaban resultados, y él pasó el rapapolvo verbal recibido a sus subalternos. Era una línea de humillaciones, en la que el de mas rango era estimulado a patear al de abajo, y éste, a su vez, al que tenía mas abajo aun. Carnegie se había preguntado a veces qué haría el último de la fila para desahogar sus iras; seguramente se desquitaría con su perro.

—Ese sinvergüenza sigue suelto, caballeros, a pesar de que su foto haya salido en muchos periódicos de esta mañana, y a pesar de un método de operaciones que resulta, por decir lo más leve, insolente. Lo atraparemos, claro está, pero hemos de hacerlo antes de que el muy bastardo asesine a alguien más...

Sonó el teléfono. El sustituto de Boyle, Migeon, lo cogió, mientras Carnegie concluía la estimulante perorata a los oficiales allí reunidos.

—Caballeros, lo quiero aquí dentro de veinticuatro horas. Es el tiempo que me han dado, no tenemos más. Veinticuatro horas.

Migeon lo interrumpió:

—Señor Carnegie, es Johannson. Dice que tiene algo para usted y que es urgente.

—Está bien. —El inspector cogió el auricular y dijo—. Aquí Carnegie.

La voz al otro extremo de la línea era tan queda que casi no se oía.

—Carnegie —dijo Johannson—, hemos repasado toda la información que encontramos en el laboratorio sobre las pruebas de Dance y Welles...

—¿Y?

—También hemos analizado los restos de la sustancia extraídos de la hipodérmica que usaron en el sospechoso. Creo que hemos encontrado al Niño, Carnegie.

—¿Qué niño? —inquirió éste; le irritaba la obcecación de Johannson.

—El Niño Ciego.

—¿Y?

Inexplicablemente, Carnegie tuvo la certeza de que al otro lado de la línea Johannson sonreía antes de contestar.

—Creo que será mejor que venga personalmente a verlo. ¿Qué le parece a eso de mediodía?

Johannson podía haber sido uno de los más grandes envenenadores de la historia: poseía todos los requisitos y las cualificaciones. Una mente ordenada (la experiencia de Carnegie le había enseñado que los envenenadores eran un dechado de perfección), una naturaleza paciente (el envenenamiento llevaba su tiempo) y, lo más importante, un conocimiento enciclopédico de toxicología. Al verlo en acción, cosa que ya había sucedido en dos ocasiones anteriores, Carnegie vio al hombre sutil dedicado a su sutil arte y el espectáculo le heló la sangre.

Johannson se había instalado en el laboratorio del piso superior, donde habían asesinado a la doctora Dance, en vez de utilizar para la investigación las instalaciones policiales, porque, según él mismo le explicara, gran parte del equipo del que se jactaba la organización Hume no existía en ninguna otra parte. Su dominio del lugar, junto con la ayuda de sus dos asistentes, había transformado el desorden dejado por los anteriores experimentadores en un sueño de orden y pulcritud. Sólo los monos continuaban siendo una constante. Por más que se empeñara, Johannson no lograba controlar su comportamiento.

—No nos resultó difícil encontrar la droga utilizada en su sospechoso —dijo Johannson—; simplemente cotejamos los restos que quedaban de la hipodérmica con los materiales encontrados en la sala. Al parecer, han estado fabricando esta sustancia, o variaciones del mismo tema, durante un tiempo. Los del laboratorio dicen no estar enterados de nada, claro. Me inclino a creerles. Lo que los buenos doctores estaban haciendo aquí era un experimento de tipo personal.

—¿Qué clase de experimento?

Johannson se quitó las gafas y se dispuso a limpiarlas con la punta de la corbata roja.

—Al principio pensamos que querían desarrollar una especie de alucinógeno —dijo—. En ciertos aspectos, la sustancia utilizada en su sospechoso se parece a un narcótico. En realidad, dejando de lado los métodos, creo que han hecho unos descubrimientos interesantes, que nos llevan a un territorio completamente nuevo.

—¿Entonces no es una droga?

—Claro que es una droga —dijo Johannson, poniéndose las gafas—, pero es una droga que sirve a un propósito muy específico. Véalo con sus propios ojos.

Johannson lo condujo a través del laboratorio hasta la fila de jaulas donde estaban los monos. En lugar de estar encerrados por separado, al toxicólogo le había parecido conveniente abrir las puertas que conectaban las jaulas entre sí, dejando que los animales tuvieran libre acceso para reunirse. La consecuencia era absolutamente clara: los animales estaban entregados a una serie de complejos actos sexuales. Carnegie se preguntó por qué los monos se pasaban la vida realizando obscenidades. Era la misma manifestación tórrida que tenía lugar cuando, de pequeños, llevaba a sus hijos al jardín zoológico de Regent. La jaula de los simios provocaba una embarazosa pregunta tras otra. Al cabo de un tiempo dejó de llevar a sus hijos al zoológico. Le resultaba demasiado mortificante.

—¿Es que no tienen nada mejor que hacer? —le preguntó a Johannson, apartando la vista para volverla a posar en un *menage à trois* tan íntimo que el ojo no lograba descifrar qué miembro pertenecía a qué mono.

—Créame —dijo Johannson, sonriendo presuntuosamente—, esto es suave comparado con el comportamiento que hemos observado en estos animales desde que les inyectamos la sustancia. A partir de ese momento, se olvidaron de las pautas normales de comportamiento, se saltaron los signos de excitación, los rituales de cortejo. Ya no les interesa la comida. No duermen. Se han convertido en unos obsesos sexuales. Olvidaron los demás estímulos. A menos que la sustancia se elimine, me temo que follen hasta reventar.

Carnegie echó un vistazo a las demás jaulas; en cada una de ellas se desarrollaban las mismas escenas pornográficas. Violaciones en masa, uniones homosexuales, fervorosas y exaltadas masturbaciones.

—Con razón los doctores mantuvieron en secreto su descubrimiento —prosiguió Johannson—; estaban a punto de descubrir algo que los haría ricos. Un afrodisíaco que funciona.

—¿Un afrodisíaco?

—La mayoría no sirven de nada. El cuerno de rinoceronte, las anguilas vivas en salsa de nata son elementos simbólicos. Están pensados para excitar por asociación.

Carnegie recordó el hambre reflejada en los ojos de Jerome. En los monos observó su eco. Hambre, y la desesperación que el hambre trae consigo.

—Y los ungüentos tampoco sirven de nada. La *Cantharis vesicatoria*...

—¿Qué es eso?

—Tal vez la conozca por los nombres de cantárida o mosca española. Es un insecto con el que se fabrica una pasta. Tampoco sirve de nada. En el mejor de los casos estas sustancias son inflamatorias. Pero esto... —Recogió una ampolla de líquido incoloro—. Esto es algo que raya en lo genial.

—A mí no me parece que los monos sean muy felices con eso en el cuerpo...

—Todavía está sin depurar —le explicó Johaunson—. Creo que los investigadores fueron muy codiciosos, y realizaron pruebas en humanos dos o tres años antes de lo aconsejable. Tal como se encuentra ahora, esta sustancia es casi letal, de eso no cabe duda. Pero con el tiempo podría funcionar. Verá usted, han logrado superar el problema mecánico; esta sustancia actúa directamente sobre la imaginación erótica, sobre la libido. Si uno excita la mente, el cuerpo responde. Ahí está el truco.

El matraqueo de la malla de alambre obligó a Carnegie a apartar la vista de las pálidas facciones de Johannson. Una de las monas, al parecer insatisfecha con las atenciones de varios machos, se había despatarrado contra la jaula y con sus dedos diestros intentaba tocar a Carnegie; sus compañeros no iban a permitirle que los dejara sin amor, y se habían entregado a la sodomía.

—Es Cupido, ¿no? —comentó Johannson—. «El amor no ve con los ojos sino con la imaginación.

»Por eso al Cupido alado lo pintan ciego." Pertenece a *El sueño de una noche de verano*.

—El Bardo nunca fue mi fuerte —dijo Carnegie. Y volvió a concentrarse en la mona—. ¿Y Jerome? —inquirió.

—Tiene la sustancia en la sangre. Una buena dosis.

—¡Entonces es como estos animales!

—Supongo que al contar con unas capacidades intelectuales superiores, la sustancia no actuará de un modo tan deliberado. Aunque, ahora que lo pienso, el sexo puede convertir en simio hasta al más pintado, ¿no? —Johannson se permitió sonreír a medias ante el juego de palabras—. Nuestras llamadas preocupaciones superiores se vuelven secundarias. Por un instante, el sexo nos vuelve obsesivos; somos capaces de realizar, o al menos creemos que podemos realizar, hechos que, retrospectivamente, resultan extraordinarios.

—Considero que no hay nada de extraordinario en una violación —comentó Carnegie, intentando cortar en seco la rapsodia de Johannson.

Pero el hombre no se dio por vencido.

—El sexo sin final, sin compromisos, sin disculpas —prosiguió—. Imagínese. El sueño de Casanova.

El mundo había presenciado tantas eras... El Siglo de las Luces, la Reforma, la Era de la Razón. Y ahora, por fin, la Era del Deseo. Y después, el fin de las eras, el fin de todo. Porque los fuegos avivados ahora eran más feroces de lo que sospechaba el mundo inocente. Eran fuegos terribles, fuegos sin final que iluminarían el mundo con su luz única, feroz y definitiva.

Eso pensaba Welles mientras yacía en su cama. Había recuperado la conciencia hacia unas horas, pero prefirió no dar señales de ello. Cuando entraba una enfermera, cerraba los ojos con fuerza y respiraba con más lentitud. Sabía que no podría fingir durante mucho tiempo, pero las horas le permitieron reflexionar sobre cuál sería su itinerario a partir de ese momento. En primer lugar tendría que regresar a los Laboratorios, para destruir los papeles allí guardados y borrar las cintas grabadas. Había decidido que a partir de ese momento toda información sobre el Proyecto Niño Ciego existiría solamente en su cabeza. De ese modo ejercería un control completo sobre su obra maestra y nadie podría arrebatarla.

Nunca le había interesado demasiado ganar dinero con el descubrimiento, aunque era consciente de lo lucrativo que podría llegar a ser un afrodisíaco viable; nunca había dado un pimiento por los bienes materiales. El motivo inicial que le había llevado al desarrollo de la droga —descubierta accidentalmente mientras probaban un agente para ayudar a los esquizofrénicos— fue el afán de investigar. Pero sus motivaciones habían madurado a lo largo de los meses de trabajo secreto. Había llegado a pensar en sí mismo como el iniciador del milenio. No permitiría que nadie le arrebatará ese papel sagrado.

Así pensaba mientras yacía en la cama, esperando el momento de huir.

Mientras vagaba por las calles, Jerome habría aprobado alegramente la visión de Welles. De todos los hombres quizás él fuera el más ansioso por dar la bienvenida a la Era del Deseo. Veía sus portentos por todas partes. En las vallas publicitarias y en los carteles de cine, en los escaparates y en las pantallas de televisión: en todas partes el cuerpo como mercancía. Donde no se utilizaba la carne para comercializar artefactos de acero y piedra, esos mismos artefactos adoptaban sus propiedades. Los automóviles pasaban junto a él con todos los atributos voluptuosos menos la respiración: sus sinuosas estructuras brillaban, sus interiores eran invitantes y mullidos. Los edificios lo rodeaban con sus retruécanos sexuales. Capiteles, pasadizos, plazas sombreadas con fuentes de agua blanca. Bajo el embeleso de lo trivial —los miles de distracciones que encontraba en la calle y la plaza—, sentía la madura vida del cuerpo impregnando cada detalle.

El espectáculo mantenía bien avivado su fuego interno; su fuerza de voluntad a duras penas lograba impedirle dispensar sus atenciones a cada una de las criaturas sobre las que posaba los ojos. Unos pocos presentían ese calor y se alejaban de él. Los perros también lo sentían. Varios lo siguieron, excitados por su excitación. Las moscas orbitaban sobre su cabeza en escuadrones. A medida que se acostumbraba a su estado, logró ejercer sobre él un rudimentario control. Sabía que una demostración pública de sus ardores atraería a la ley, y eso obstaculizaría sus aventuras. El fuego que había iniciado no tardaría en propagarse; entonces saldría de su escondite y se bañaría libremente en él. Hasta entonces, lo mejor sería la discreción.

En cierta ocasión había comprado la compañía de una joven del Soho; fue en su busca. Esa tarde hacía un calor bochornoso, aunque no se sentía fatigado. No había comido desde la noche anterior, pero no tenía hambre. Al subir la estrecha escalera hacia la habitación del primer piso que Angela ocupaba, se sintió vigoroso como un atleta, pleno de salud. El proxeneta de mirada penetrante y fiera, immaculadamente vestido, que solía ocupar un lugar en lo alto de la escalera no estaba presente. Jerome se dirigió a la habitación de la muchacha y llamó. No recibió respuesta. Volvió a llamar con mayor urgencia. Sus golpes hicieron que una mujer de mediana edad se asomara a la puerta del final del rellano.

—¿Quéquieres?

—A la mujer —repuso sencillamente.

—Angela se ha ido. Y sera mejor que te vayas tú tambien. Fijate en que estado estás. Esto no es una posada de mala muerte.

—¿Cuándo volverá? —preguntó, intentando sujetar lo mejor que podía su apetito.

La mujer, que era tan alta como Jerome y mucho mas pesada, avanzó hacia él.

—La muchacha no volverá, de modo que lárgate de aquí antes de que llame a Isaiah.

Jerome la miró; ejercía el mismo oficio que Angela, no cabía duda, aunque no era tan joven ni tan bella. Le sonrió.

—Oigo tu corazón —le dijo.

—No te lo repetiré...

Antes de que pudiera acabar la frase, Jerome atravesó el rellano y fue hacia ella. La mujer no se asustó por su acercamiento, simplemente se mostró asqueada.

—Si llamo a Isaiah lo lamentarás —le informó.

El ritmo de sus latidos babia aumentado, y Jerome logró oírla.

—Estoy ardiendo.

La mujer frunció el ceño; estaba claro que iba a perder aquella batalla de agudezas.

—No te me acerques, te lo advierto.

Los latidos eran todavía mas rápidos. El ritmo, sepultado en su sustancia, lo impulsó a avanzar. De aquella fuente provenía toda la vida, todo el calor.

—Dame tu corazón.

—¡Isaiah!

Nadie acudió a la llamada. Jerome no le dio oportunidad de gritar por segunda vez. La abrazó y con una mano le tapó la boca. La mujer le descargó una andanada de golpes, pero el dolor no hizo mas que avivar las llamas. Brilló más y más; cada uno de sus orificios daba al horno de su vientre, de su ijada, de su cabeza. La mayor corpulencia de la mujer no le sirvió de ventaja ante tanto fervor. La empujó contra la pared —el latido de su corazón le retumbaba en los oídos— y comenzó a besarle el cuello, al tiempo que le arrancaba el vestido para descubrirle los pechos.

—No grites —le dijo, procurando parecer persuasivo—. No quiero hacerte daño.

La mujer negó con la cabeza y a través de la mano con la que le tapaba la boca dijo:

—No gritaré.

Jerome quitó la mano y la mujer respiró desesperadamente, preguntándose dónde estaría Isaiah. No muy lejos, seguramente. Temió por su vida si se negaba al intruso —¡cómo le brillaban los ojos!—; abandonó todo intento de resistirse y lo dejó hacer. Por su larga experiencia sabía que el aprovisionamiento de pasión de los hombres se acababa fácilmente. Aunque amenazaran con mover el cielo y la tierra, media hora después sus jactancias acababan en sábitas húmedas y resentimiento. Si las cosas llegaban a lo peor, podría soportar su tonta cháchara sobre el fuego y la quemazón; había oído conversaciones de alcoba mucho más obscenas. En cuanto al pitón que intentaba introducirle, él y sus cómicos colegas no guardaban sorpresa alguna para ella.

Jerome quería tocarle el corazón, quería ver cómo le salpicaba la cara, bañarse en él. Le puso la mano en el pecho y sintió los latidos bajo la palma.

—Te gusta, ¿eh? —dijo la prostituta cuando él le apretó el pecho—. No eres el primero.

Le araño la piel.

—Despacio, cariño —le dijo burlona, y echó un vistazo por encima del hombro para comprobar si había señales de Isaiah—. No seas brusco. Es el único cuerpo que tengo.

No le hizo el menor caso. Los araños la hicieron sangrar.

—No hagas eso —le ordenó.

—Quiere salir —repuso, hundiendo más los dedos.

De repente, la mujer se dio cuenta de que aquello no era un juego amoroso.

—¡Basta! —le dijo cuando comenzó a lacerarla.

Esta vez la mujer gritó.

Abajo, no muy lejos, en la calle, Isaiah dejó caer la porción de *tarte française* que acababa de comprar y corrió a la puerta. No era la primera vez que la gula lo había tentado y había abandonado su puesto, pero —a menos que reparara el daño rápidamente— muy bien podría ser la última. Del rellano le llegaron unos ruidos tremendos. Subió la escalera a toda velocidad. La escena con la que se toparon sus ojos era peor que la conjurada por su imaginación. Simone se encontraba atrapada contra la pared, junto a su puerta, con un hombre pegado ávidamente a ella. De alguna parte, entre los dos, manaba sangre, pero no logró precisar de dónde.

Isaiah lanzó un grito. Con las manos ensangrentadas, Jerome interrumpió su labor y se volvió justo cuando un gigante muy bien vestido se abalanzaba sobre él. Jerome tardó unos segundos vitales en retirarse de la mujer, y en ese tiempo el hombre se le lanzó encima. Isaiah lo aferró y a rastras lo apartó de la mujer. Sollozando, ella se refugió en su cuarto.

—Maldito hijo de puta —dijo Isaiah, descargando sobre él una andanada de puñetazos.

Jerome se tambaleó. Pero estaba ardiendo, y por lo tanto no tenía miedo. En una pausa, saltó sobre el hombre como un mandril enfurecido. Isaiah, cogido por sorpresa, perdió el equilibrio y cayó

contra una de las puertas, que se abrió hacia adentro bajo su peso. Se desplomó en el interior de un escuálido lavabo y su cabeza fue a golpear contra la taza del retrete. El impacto lo desoriento; quedó tendido sobre el manchado linóleo, gruñendo y con las piernas abiertas. Jerome oyó la sangre fluir ávidamente por las venas del hombre, y olió el azúcar de su aliento. Sintió la tentación de quedarse, pero su instinto de conservación le aconsejó lo contrario; Isaiah intentaba incorporarse otra vez. Antes de que lograra ponerse en pie, Jerome se dio media vuelta y huyó escalera abajo.

En el escalón de la puerta se encontró con la canícula; le sonrió. La calle lo quería más que la mujer del rellano, y él ansiaba complacerla. Corrió por la acera; la erección continuaba empujando contra los pantalones. A sus espaldas, oyó al gigante bajar ruidosamente la escalera. Echó a correr, riéndose. El fuego continuaba ardiendo en él, y dio velocidad a sus pies; corrió calle abajo sin importarle si Aliento Azucarado lo seguía o no. Los peatones, en esta era desapasionada, no quisieron demostrar más que un interés casual en el sátiro salpicado de sangre y le cedieron el paso. Unos cuantos lo señalaron, suponiendo que sería un actor. La mayoría ni se percató de su presencia. Avanzó por una maraña de callejones; sin necesidad de mirar atrás era consciente de que Isaiah lo seguía.

Tal vez fue la casualidad la que lo condujo a la calle del mercado, o tal vez, lo más probable, era que el calor bochornoso llevó el aroma entremezclado de carne y fruta hasta su nariz, y quiso bañarse en él. El estrecho pasaje estaba atestado de compradores, visitantes y puestos colmados de mercancías. Se zambulló alegramente en la multitud, restregándose contra nalgas y muslos, encontrándose por todas partes con la mirada contagiosa de la carne. ¡Qué día! Ni él ni su pene podían creer en semejante fortuna.

A sus espaldas oyó gritar a Isaiah. Apuró el paso, dirigiéndose a las zonas más concurridas del mercado, en donde podría confundirse entre la cálida presión de la gente. Cada contacto le producía un doloroso éxtasis. Cada orgasmo —se sucedían uno tras otro mientras avanzaba entre la apretada multitud— le producía en el cuerpo un espasmo seco. Le dolían la espalda y los testículos, pero ¿qué era su cuerpo? Sólo una peana para el monumento singular de su pene. La cabeza no era nada, la mente no era nada. Sus brazos habían sido hechos simplemente para acercar el amor al cuerpo; las piernas para conducir la exigente espada a cualquier parte donde hallara satisfacción. Se imaginó a sí mismo como una erección andante, en un mundo que le miraba embelesado por todas partes: carne, ladrillo, acero, le daba igual, los violaría a todos.

De repente, sin que él lo buscara, la multitud se apartó, y se encontró en una callejuela estrecha, alejado del pasaje principal. El sol caía entre los edificios con un ardor magnificado. Se disponía a reunirse otra vez con la multitud, cuando olió un aroma y vio una escena que lo obligaron a continuar. Un poco más adelante, en la calle bañada por el calor, tres muchachos con el torso desnudo estaban de pie entre una pila de cajas de fruta, llenas de canastillas de fresas. Ese año había habido una excesiva producción de fresas, y con el calor despiadado habían comenzado a ablandarse y a pudrirse. El trío de trabajadores revisaba las canastillas, clasificando las buenas y las malas, y arrojando las fresas pasadas al borde de la calzada. El aroma que se elevaba de aquel estrecho espacio era sobrecogedor: una dulzura de una fuerza que habría asqueado a cualquier otro intruso que no fuera Jerome, cuyos sentidos habían perdido la capacidad de rechazo o asco. El mundo era el mundo, y él lo tomaría, como en el matrimonio, para bien y para mal. Embelesado, se quedó mirando el espectáculo; los sudorosos obreros brillaban bajo los rayos del sol, sus manos, sus brazos y sus torsos estaban salpicados de jugo escarlata; en el aire pululaban cientos de insectos en busca del néctar; la fruta desechara se apilaba en la calzada formando montículos que desprendían zumo. Entretenidos en su pegajosa labor, al principio los obreros no se percataron de su presencia. Pero luego, uno de los tres levantó la vista y vio la extraordinaria criatura que los observaba. La sonrisa se le heló en el rostro al ver los ojos de Jerome.

—¿Qué diablos hace ése?

Los otros dos interrumpieron su trabajo y miraron en dirección a Jerome.

—Dulce —dijo Jerome; lograba oír el temblor de sus corazones.

—Fijaos en ése —dijo el más joven de los tres, señalando la entrepierna de Jerome—. Exhibiéndose en público en ese estado.

Quedaron inmóviles bajo el sol, él y ellos, mientras las avispas revoloteaban alrededor de la fruta y, por la estrecha tajada del veraniego cielo azul que se veía entre los tejados, pasaban unos pájaros. Jerome deseó que aquel momento se perpetuara para siempre; su mente desnuda saboreaba en aquel paraje el Edén.

Entonces el sueño se rompió. Sintió una sombra a sus espaldas. Uno de los obreros dejó caer la canastilla que estaba clasificando; la fruta podrida quedó estampada contra el asfalto. Jerome frunció el ceño, y se dio media vuelta. Isaiah había encontrado la calle; el arma era de acero y brillaba. Cruzó

el espacio que lo separaba de Jerome en un segundo. Jerome sintió un dolor en el costado cuando el cuchillo lo atravesó.

—¡Jesús! —dijo el hombre joven, y echó a correr.

Sus hermanos no querían ser testigos de aquel ataque y dudaron un solo momento antes de seguirlo.

El dolor hizo gritar a Jerome, pero en el ruidoso mercado nadie oyó su grito. Isaiah retiró el cuchillo; estaba caliente. Hizo ademán de volver a atravesarlo, pero Jerome fue demasiado rápido para el aguafiestas; se apartó de su alcance y cruzó la calle tambaleándose. El pretendido asesino, temeroso de que los gritos de Jerome atrajesen demasiada atención, lo persiguió rápidamente para acabar su trabajo. Pero el pavimento estaba resbaladizo por la fruta podrida, y sus finos zapatos de gamuza no se agarraban tan bien como los pies desnudos de Jerome. La distancia que los separaba aumentó.

—No te irás —dijo Isaiah, decidido a no permitir que escapara su mortificador.

Empujó una torre de cajas de fruta; las canastillas cayeron al suelo, esparciendo su contenido en el camino de Jerome. Jerome se detuvo un instante a aspirar el aroma de la fruta machacada. Esa indulgencia casi acaba con él. Isaiah se acercó, dispuesto a rematarlo. Los estímulos del dolor llevaron su cuerpo al borde de la erupción, y observó cómo la hoja del cuchillo estaba a punto de abrirle el vientre. Con la mente conjuró la herida: el abdomen se partía, y el calor emanado se unía a la sangre de las fresas de la calzada. La idea fue tan tentadora... Casi la deseaba.

Isaiah había matado en dos ocasiones anteriores. Conocía el vocabulario inefable del acto, y vio la invitación reflejada en los ojos de su víctima. Contento de complacerlo, se acercó con el cuchillo preparado. En el último instante posible, Jerome se hizo a un lado y en vez de presentar el cuerpo al arma blanca, lanzó un golpe al gigante. Isaiah se agachó para esquivarlo y sus pies resbalaron en la papilla. El cuchillo salió disparado de su mano y cayó entre las canastillas y la fruta. Jerome se alejó mientras el cazador, perdida toda ventaja, se agachaba a buscar el cuchillo. Su presa se escabulló antes de que su mano regordeta encontrara el arma; Jerome se había perdido otra vez entre las calles atestadas de gente. No tuvo oportunidad de guardarse el cuchillo en el bolsillo antes de que de la multitud surgiera el uniforme y se acercara a él por el caluroso pasaje.

—¿Cómo me lo va a explicar? —le preguntó el policía mirando el cuchillo.

Isaiah siguió su mirada. La hoja ensangrentada estaba llena de moscas.

En su oficina, el inspector Carnegie bebía chocolate caliente a pequeños sorbos; era el tercero en la última hora, y mientras bebía, observaba los procesos del anochecer. Siempre había querido ser detective, desde sus más tempranos recuerdos; y en esos recuerdos, esa hora siempre había estado cargada de magia. La noche descendiendo sobre la ciudad, miradas de demonios vistiendo sus mejores galas para salir a jugar. Era la hora de la vigilancia, la hora de un nuevo rigor moral.

Pero de niño no había logrado imaginar la fatiga que el crepúsculo traería invariablemente. Estaba cansadísimo, y si en las proximas horas lograba dormir un poco, sabía que sería allí, en la silla, con los pies apoyados en el escritorio, en medio del clamor de los vasos de plástico.

Sonó el teléfono. Era Johannson.

—¿Trabajando todavía? —inquirió, impresionado por la dedicación al trabajo de Johannson.

Pasaba de las nueve. Tal vez Johannson tampoco tuviera una casa a la que llamar, ni a la que valiera la pena volver.

—Me he enterado de que nuestro sospechoso ha tenido un día muy ocupado —comento Johannson.

—Así es. Una prostituta del Soho, y luego lo acuchillaron.

—Supongo que logró saltarse el cordón policial.

—Suele ocurrir —repuso Carnegie, demasiado cansado como para irritarse—. ¿En qué puedo servirle?

—Creí que le gustaría saberlo. Los monos han empezado a morirse.

La noticia sacó a Carnegie del estupor en que lo tenía sumido la fatiga.

—¿Cuántos han muerto? —preguntó.

—Hasta ahora tres, de los catorce que son. Pero imagino que el resto habrá muerto al amanecer.

—¿Qué los está matando? ¿El cansancio?

Carnegie recordó las desesperadas saturnales de las jaulas. ¿Qué animal, humano o no, podía aguantar semejante juerga sin venirse abajo?

—No es algo físico —le informó Johannson—. Al menos no en la forma en que usted lo insinúa. Tendremos que esperar al resultado de las disecciones, antes de conseguir una explicación detallada...

—¿Qué supone usted?

—A mi juicio, se están volviendo majaras.

—¿Qué?

—Se produce una sobrecarga cerebral de algún tipo. Los cerebros de estos animales ceden. La sustancia no se elimina, sino que se alimenta a sí misma. Cuanto más ardor tienen, más droga se produce, y cuanta más droga hay, más ardor tienen. Es un círculo vicioso. Cada vez más y más ardor, cada vez más y más locura. Con el tiempo, el cuerpo no lo resiste, y de golpe, me encuentro con cadáveres de monos hasta los sobacos. —La sonrisa volvió a reflejarse en la voz fría y amarga—. Claro que los que siguen vivos no han dejado que eso les estropeara la diversión. Por aquí está de moda la necrofilia.

Carnegie espió la taza de chocolate, que se enfriaba. Se le había formado una fina película, que se reventó cuando tocó el vaso.

—¿Entonces es sólo cuestión de tiempo?

—¿Antes de que su sospechoso reviente? Sí, creo que sí.

—Está bien. Gracias por mantenerme al corriente. Siga informándose.

—¿Quiere venir a ver los restos?

—Puedo pasar sin cadáveres de monos, gracias.

Johannson se echó a reír. Carnegie colgó. Cuando se volvió hacia la ventana, ya se había hecho de noche.

En el laboratorio, Johannson fue hasta el interruptor, junto a la puerta; mientras hablaba con Carnegie, se había ido el resto de luz. Vio venir el golpe que lo derribó un instante antes de que lo alcanzara; le dio en el costado del cuello. Se le quebró una vértebra y las piernas se le doblaron. Se desplomó sin tocar el interruptor de la luz. Cuando llegó al suelo, la distinción entre el día y la noche fue una mera cuestión académica.

Welles no se molestó en comprobar si el golpe había sido letal o no; el tiempo apremiaba. Saltó por encima del cuerpo y se dirigió al banco en el que Johannson había estado trabajando. Allí, tendido en el círculo de luz de la lámpara, como para un acto final de tragedia simiesca, había un mono muerto. Se veía claramente que había perecido presa del frenesí; tenía la cara crispada: la boca abierta, manchada de saliva, los ojos fijos en la última mirada de alarma. En los esfuerzos penosos de las cópulas, había perdido el pelo a mechones; su cuerpo, gastado por el cansancio, era una masa de contusiones. En un examen de medio minuto, Welles reconoció las sugerencias del cadáver y las de los otros dos cuerpos que vio en un banco cercano.

—El amor mata —murmuro filosóficamente.

Y comenzó su sistemática destrucción de *Niño Ciego*.

«Me estoy muriendo —pensó Jerome—, me estoy muriendo de dicha extrema.» La idea le divirtió. Era la única idea que tenía algún sentido. Desde su encuentro con Isaiah y su huida de la policía, apenas lograba recordar algo con coherencia. Las horas que pasó ocultándose y curando sus heridas, sintiendo crecer nuevamente el fuego para apagarse otra vez, se habían fundido en un sueño de verano; una placentera certeza le decía que solo la muerte lo despertaría de ese sueño. La hoguera lo devoraba por completo, desde las entrañas hacia afuera. Si lo destriparan en ese mismo instante, ¿qué encontrarían los testigos? Sólo cenizas y ascuas.

Aún así, el amigo de un solo ojo le exigía más; mientras sus repetidos virajes lo llevaban de vuelta a los Laboratorios —¿adónde iba a ir un hombre fabricado como él sino al lugar del primer calor?—, las rejas de los desagües se le abrían seductoras, y cada pared de ladrillos se le ofrecía con sus cientos de invitaciones arenosas.

La noche era fragante; una noche de canciones de amor y romances. En la cuestionable intimidad de un aparcamiento, a unas manzanas de su destino, vio a dos personas haciendo el amor en la parte trasera de un coche, con las puertas abiertas para acomodar mejor las piernas y permitir el

paso del aire. Jerome se detuvo a observar el ritual, embelesado como nunca por la maraña de cuerpos y el sonido —retumbante como el trueno— de los corazones gemelos latiendo con el mismo ritmo ascendente. Al observarlos, la avidez invadió su verga.

La mujer lo vio primero, y avisó a su compañero de la presencia de aquel desecho humano que los observaba con deleite infantil. El hombre interrumpió sus toqueteos y lo miró fijamente. Jerome se preguntó si estaría ardiendo. Si tendría el pelo en llamas. Si la ilusión se materializaba. A juzgar por la mirada de la pareja, la respuesta era seguramente negativa. No les producía ningún miedo, simplemente rabia y asco.

—Me estoy quemando —les dijo.

El hombre se incorporó y le escupió. Jerome esperaba que la saliva se convirtiera en vapor al tocarlo, pero le cayó sobre la cara y el pecho como una ducha refrescante.

—Vete al infierno —le dijo la mujer—. Déjanos en paz.

Jerome meneó la cabeza. El hombre le advirtió que si daba un paso más le rompería la cabeza. Jerome no se inmutó; no había palabras ni golpes capaces de acallar el imperativo de su falo.

Cuando se aproximó a ellos, notó que sus corazones ya no latían al unísono.

Carnegie consultó el mapa que llevaba cinco años colgado de la pared de su despacho, para localizar el lugar del ataque del que acababan de informarle. Al parecer, las víctimas no habían sufrido serios daños; la llegada de un coche lleno de trasnochadores había decidido a Jerome (no había duda de que era él) a no demorarse. La zona estaba ahora inundada de policías, media docena de los cuales iban armados; en cuestión de minutos, cada calle del vecindario quedaría acordonada. A diferencia del Soho, donde la multitud le había permitido huir, en esta zona no encontraría el fugitivo muchos sitios donde ocultarse.

Carnegie señaló el lugar del ataque y cayó en la cuenta de que se encontraba a unas manzanas de los Laboratorios. Sin duda, no era casualidad. El hombre volvía al lugar del crimen. Herido, y seguramente al borde del colapso —los amantes lo habían descrito como un hombre que parecía más muerto que vivo—, Jerome sería atrapado antes de que llegara a casa. Pero existía siempre el riesgo de que burlara el cerco y llegara a los Laboratorios. Johannson estaba trabajando allí, solo; en esos tiempos de estrecheces, la guardia del edificio sería reducida.

Carnegie levantó el auricular y marcó el número de Johannson. Al otro lado de la línea, el teléfono sonó pero nadie contestó. Carnegie pensó que se habría ido a su casa, feliz de haberse quitado de encima una preocupación; eran las once menos diez de la noche, y se había ganado un descanso. Sin embargo, cuando se disponía a colgar, al otro lado levantaron el auricular.

—¿Johannson?

No hubo respuesta.

—¿Johannson? Soy Carnegie. —Ninguna respuesta—. Contésteme, maldita sea. ¿Quién es?

En los Laboratorios, el auricular cayó. No fue colocado otra vez en su receptáculo, sino que quedó sobre el banco. Al otro lado de la línea, Carnegie oyó claramente el agudo chillido de los monos.

—¿Johannson? —repitió—. ¿Está usted ahí? ¿Johannson?

Los monos siguieron chillando.

Con el material de *Niño Ciego* Welles había hecho dos montones en los fregaderos, y les había prendido fuego. Ardieron con entusiasmo. La espaciosa habitación se llenó de humo, calor y hollín; el aire se espesó. Cuando las fogatas ardían con fuerza, echó al fuego todas las cintas que logró encontrar y, para mayor seguridad, agregó también las notas de Johannson. Advirtió que en los archivos faltaban varias cintas. Lo único que mostrarían al ladrón eran unas cuantas escenas sugerentes de la transformación; el meollo del secreto seguía perteneciéndole. Destruídos los procedimientos y las fórmulas, sólo le quedaba echar al sumidero los restos de la sustancia y matar e incinerar a los animales.

Preparó una serie de hipodérmicas letales, realizando su tarea con un orden nada característico. Aquella destrucción sistemática le resultaba gratificante. No sentía remordimientos por la forma en que se habían desarrollado los acontecimientos. A partir de aquel primer momento de pánico, cuando había observado impotente los pavorosos efectos del suero *Niño Ciego* en Jerome, hasta llegar a esta eliminación final del material, todo había sido un proceso paulatino de limpieza. Con aquellos

fuegos ponía fin a toda pretensión de investigación científica; después de aquello sería el indiscutible Apóstol del Deseo, san Juan en el desierto. Esta idea excluyó cualquier otra. Sin importarle los arañazos de los monos, los arrancó uno por uno de las jaulas y les aplicó la dosis mortal. Había despachado a tres y se disponía a abrir la jaula del cuarto, cuando en el vano de la puerta del laboratorio apareció una silueta. Resultaba imposible ver quién era en medio de la humareda. Los monos supervivientes parecieron reconocerlo; interrumpieron sus acoplamientos y le dieron la bienvenida con una ensordecedora batahola.

Welles no se movió, y esperó a que el recién llegado avanzara.

—Me estoy muriendo —dijo Jerome.

Welles no se había imaginado aquello. Jerome era la última persona que había esperado encontrarse allí.

—¿Me ha oído? —preguntó.

Welles asintió, y repuso:

—Todos nos estamos muriendo, Jerome. La vida es una lenta enfermedad, ni más ni menos. Pero mientras dura, cuánta luz, ¿verdad?

—Sabía que esto ocurriría —le dijo Jerome—. Usted sabía que el fuego me consumiría.

—No —fue la sobria respuesta—. La verdad es que no lo sabía.

Jerome se apartó del vano de la puerta y avanzó hacia la luz mortecina. Estaba destrozado; era un retazo de hombre, llevaba sangre en el cuerpo y fuego en los ojos. Pero Welles no era tonto y no se fió de la aparente vulnerabilidad de aquel espantajo. La sustancia que llevaba en el cuerpo lo hacía capaz de realizar actos sobrehumanos; lo había visto destrozar a Dance con un par de golpes imperturbables. Debía proceder con tacto. Aunque se encontraba claramente al borde de la muerte, Jerome seguía siendo formidable.

—No quería esto, Jerome —le dijo Welles, procurando dominar el temblor de su voz—. En cierto modo, me gustaría decir que sí lo deseaba. Pero no fui tan previsor. Me ha llevado tiempo y muchos dolores comprender claramente el futuro.

El hombre ardiente lo observó, clavándole la mirada.

—Cuántos fuegos, Jerome, esperan ser encendidos.

—Lo sé... —replicó Jerome—. Créame..., lo sé.

—Tú y yo somos el fin del mundo.

El monstruo desgraciado reflexionó durante un instante y luego asintió lentamente. Welles exhaló un suave suspiro de alivio; la diplomacia ante el lecho de muerte funcionaba. Pero no podía perder el tiempo en conversaciones. Si Jerome estaba allí, las autoridades no andarían lejos.

—Amigo mío, tengo una tarea urgente que cumplir —le dijo con calma—. ¿Te parecerá una descortesía si continúo con mi trabajo?

Sin esperar su respuesta, abrió otra jaula y sacó al mono condenado, girando diestramente su cuerpo para facilitar la aplicación de la inyección. El animal se agitó violentamente entre sus brazos y luego murió. Welles desenganchó los deditos del mono de su camisa y lanzó el cuerpo y la hipodérmica vacía sobre el banco, volviéndose con destreza de verdugo en busca de su siguiente víctima.

—¿Por qué? —preguntó Jerome, mirando los ojos abiertos del animal.

—Por piedad —repuso Welles, recogiendo otra hipodérmica—. Puedes ver cuánto sufre.

Tendió la mano para abrir la siguiente jaula.

—No lo haga —le dijo Jerome.

—No hay tiempo para sentimentalismos —repuso Welles—. Te ruego que no insistas.

«Sentimentalismos», pensó Jerome, recordando vagamente las canciones de la radio que habían reavivado en él el fuego la primera vez. ¿Acaso Welles no comprendía que los procesos del corazón, la mente y los genitales eran indivisibles? ¿Que el sentimentalismo, por trillado que fuera, podía llevar a regiones inexploradas? Quiso decírselo, explicarle todo lo que había visto y todo lo que había amado en esas horas desesperadas. Pero las explicaciones se perdieron en algún punto entre la mente y la lengua. Lo único que logró articular, para expresar la empatía que lo unía al mundo doliente, cuando Welles abrió la otra jaula fue:

—No lo haga.

El doctor no le hizo caso, y metió la mano en el interior de la celda con malla de alambre. Contenía tres animales. Agarró al que estaba más cerca y lo arrancó de los brazos de sus

compañeros en medio de las protestas. Sin duda sabía el destino que le aguardaba; una ráfaga de chillidos señaló su espanto.

Jerome no podía soportar aquella eliminación casual. Avanzó para impedir la matanza; la herida del costado era un tormento. Distraído por el avance de Jerome, Welles no logró sujetar su agitada presa; el mono se puso a dar saltos por los bancos. Cuando fue en su persecución, los prisioneros de la jaula aprovecharon y huyeron.

—Maldito seas —le gritó Welles a Jerome—. ¿No ves que no tenemos tiempo? ¿No lo comprendes?

Jerome lo entendía todo, y sin embargo no entendía nada. La fiebre que compartía con los animales era algo que entendía; también entendía que su propósito era transformar el mundo. Pero no lograba comprender por qué tenía que acabar así esa dicha, esa visión, por qué tenía que reducirse todo a una sórdida habitación llena de humo y dolor, por qué tenía que reducirse todo a la desesperación, a la flaqueza. Supo que Welles, que había sido arquitecto de esas contradicciones, tampoco lo entendía.

Cuando el doctor intentó atrapar a uno de los monos huidos, Jerome se dirigió rápidamente a las demás jaulas y las abrió; los animales saltaron a la libertad. Welles había logrado capturar a sus presas y tenía sujetos a los vociferantes monos, dispuesto a administrarles la panacea. Jerome fue hacia él.

—Déjelos en paz —le gritó.

Welles introdujo la hipodérmica en el cuerpo del mono, pero antes de que pudiera tocar el émbolo, Jerome le tiró de la muñeca. La hipodérmica escupió su veneno en el aire, y cayó al suelo: le siguió el mono, que se retorció hasta liberarse.

Jerome atrajo a Welles hacia sí y le dijo:

—Le he dicho que los deje en paz.

Por toda respuesta, Welles le dio un puñetazo en el flanco herido. A Jerome se le saltaron las lágrimas de dolor, pero continuó sujetando al doctor. El estímulo, aunque desagradable, no logró convencerlo para soltar el corazón que latía tan cerca de él. Abrazando a Welles como a un hijo pródigo, deseó que se prendiera fuego, que el sueño de la carne ardiente se convirtiera en realidad, consumiendo al creador y a su obra en una única llama purificadora. Pero la carne de Jerome no era más que carne, sus huesos no eran más que huesos. Los milagros que había presenciado habían sido una revelación exclusiva, y no había tiempo para transmitir sus glorias y sus horrores. Lo que había visto moriría con él, para ser redescubierto, quizás, por algún ente futuro, para ser olvidado y redescubierto otra vez. Como la historia de amor narrada por la radio; la misma dicha perdida y encontrada, encontrada y perdida otra vez. Miró a Welles con nuevos ojos; oyó el aterrador latido de su corazón. El doctor se equivocaba. Si dejaba que viviera, se enteraría de su error. No eran vaticinadores del milenio. Ambos habían estado soñando.

—No me mates —suplicó Welles—. No quiero morir.

«Sigue engañándote», pensó Jerome, y lo soltó.

Welles estaba asombrado, no podía creer que su súplica hubiera sido escuchada. Esperando recibir un golpe a cada paso que daba, se alejó de Jerome, quien se limitó a darle la espalda al doctor y alejarse a su vez.

Desde abajo llegó un grito, y luego muchos más. La policía, adivinó Welles. Seguramente habrían encontrado el cuerpo del oficial que montaba guardia en la puerta. No tardarían en subir. No quedaba tiempo para concluir el trabajo que había venido a realizar. Tenía que alejarse antes de que llegaran.

En el piso de abajo, Carnegie vio desaparecer escalera arriba a los oficiales armados. El aire olía a quemado; temió lo peor.

«Yo soy el hombre que llega después de los sucesos —pensó—; me paso la vida llegando al lugar del crimen cuando ya ha pasado lo mejor.» Acostumbrado como estaba a esperar, paciente como un perro leal, esta vez no logró controlar la ansiedad mientras los otros avanzaban. Haciendo caso omiso de las voces que le aconsejaban esperar, comenzó a subir la escalera.

El laboratorio del piso superior se hallaba vacío; sólo estaban los monos y el cadáver de Johannson. El toxicólogo había caído de bruces con el cuello roto. La salida de emergencia, que daba a una escalera de incendios, estaba abierta; el vano de la puerta se chupaba la humareda. Cuando Carnegie se alejó del cuerpo de Johannson, los oficiales ya estaban en la escalera de incendios, gritando a sus colegas de abajo que buscaran al fugitivo.

—¿Señor?

Carnegie miró al hombre que se le había acercado.

—¿Qué es eso?

El oficial señaló al otro extremo del laboratorio, a la sala de pruebas. En la ventana había alguien asomado. Carnegie reconoció las facciones, aunque habían cambiado mucho. Era Jerome. Al principio creyó que lo miraba, pero un breve examen le hizo desechar la idea. Jerome miraba su propia imagen reflejada en el vidrio manchado, con los ojos anegados en lágrimas. Mientras Carnegie lo observaba, la cara se alejó hacia las sombras de la sala.

Otros oficiales habían notado también la presencia del hombre. Se distribuyeron por el laboratorio, tomando posiciones detrás de los bancos, desde donde podían apuntar bien a la puerta, y prepararon las armas. En otras ocasiones Carnegie había estado presente en situaciones parecidas; eran situaciones con un impulso propio y terrible. A menos que interviniera, se derramaría sangre.

—Alto, no disparen —ordenó.

Apartó al oficial que protestaba y comenzó a cruzar el laboratorio, sin ocultar su avance. Dejó atrás los fregaderos en los que ardían los restos de *Niño Ciego*, y el banco debajo del cual, hacia mucho tiempo, había encontrado muerta a Dance. Un mono con la cabeza gacha se arrastró delante de él, aparentemente sordo a la proximidad de Carnegie. Dejó que la bestia encontrara un agujero donde morir, y luego avanzó hacia la puerta de la sala de pruebas. Estaba entornada. Puso la mano en el picaporte. A sus espaldas, el laboratorio se sumió en un completo silencio; todos los ojos estaban pendientes de él. Abrió la puerta de un empellón. Todos los índices tocaron los gatillos. No se produjo ningún ataque. Carnegie entró.

Jerome estaba de pie, apoyado contra la pared de enfrente. Si vio entrar a Carnegie, o si lo oyó, no dio señales de ello. A sus pies yacía un simio muerto; seguía sujetándole el dobladillo del pantalón con una manita. En un rincón había otro mono, lloriqueando con la cabeza entre las manos.

—¿Jerome?

¿Sería la imaginación de Carnegie, o había olor a fresas?

Jerome parpadeó.

—Queda usted arrestado —le informó Carnegie, y pensó que Hendrix apreciaría la ironía de la frase.

El hombre apartó la mano ensangrentada de la herida del costado, se la llevó a la bragueta y comenzó a acariciarse.

—Es demasiado tarde —repuso.

Sintió elevarse en él el último fuego. Si el intruso decidía atravesar la cámara y arrestarlo, los próximos segundos le impedirían la captura. La muerte estaba allí. Y ahora que la veía con claridad, ¿qué era? Otra seducción, otra dulce oscuridad que llenar, a la que dar placer y fertilizar.

Un espasmo le recorrió el perineo; un relámpago partió en dos direcciones desde ese lugar, subiéndole por el falo y por la columna vertebral. Una risotada salió de su garganta.

En el rincón de la sala, al oír la risa de Jerome, el mono comenzó a lloriquear otra vez. El sonido atrajo momentáneamente la atención de Carnegie, y cuando volvió a mirar a Jerome, los ojos miopes se habían cerrado, la mano había caído a un lado, y estaba muerto, de pie contra la pared. Durante un momento el cuerpo desafió la gravedad. Después, las piernas se doblaron con gracia y Jerome cayó hacia adelante. Carnegie notó que era un saco de huesos, o poco más. Era asombroso que hubiera vivido tanto.

Cautelosamente, se acercó al cuerpo y le puso el dedo en el cuello. No latía. Los restos de la última risotada de Jerome quedaron en su cara, negándose a desvanecerse.

—Dime una cosa... —susurró Carnegie al hombre, presintiendo que a pesar de haberse adelantado se había perdido lo mejor, que seguía siendo y que quizás seguiría siendo siempre un mero espectador de las consecuencias—. ¿Cuál era el chiste?

Pero el niño ciego, como tenían por costumbre los de su clan, no se lo dijo.

LO PROHIBIDO

Como una impecable comedia, la elegancia de cuya estructura pasa inadvertida para quienes la viven, la perfecta geometría de la urbanización de la calle Spector sólo resultaba visible desde el aire. Caminar por sus melancólicos cañones, atravesar sus mugrientos corredores desde un rectángulo de cemento gris hasta el siguiente permitía descubrir muy poco que sedujera la vista o estimulara la imaginación. Los escasos árboles plantados en los cuadriláteros habían sido mutilados o arrancados de raíz hacía mucho tiempo; el césped, aunque alto, se negaba resueltamente a mostrar un verde saludable.

No cabía duda de que la urbanización y sus dos edificios vecinos habían sido antaño el sueño de algún arquitecto. No cabía duda de que los urbanistas habían llorado de placer ante un diseño que albergaba a trescientas treinta y seis personas por hectárea y, a pesar de ello, se jactaba de contar con espacio para la zona de juegos de los niños. La calle Spector había permitido la formación de indudables fortunas y reputaciones, y durante su inauguración se habían pronunciado bonitas palabras, y se la había erigido en el patrón por el que se medirían todas las edificaciones futuras. Pero los urbanistas —una vez derramadas las lágrimas y pronunciadas las palabras— habían dejado a la urbanización abandonada a sus propios recursos, y los arquitectos se habían ido al otro extremo de la ciudad para ocupar las mansiones georgianas restauradas y, probablemente, jamás volvieron por allí.

Si hubieran aparecido, no se habrían avergonzado del deterioro de la urbanización. Sin duda argumentarían que la hija de sus esfuerzos mentales continuaba siendo brillante como nunca: sus geometrías seguían tan exactas, sus proporciones tan calculadas; era la gente la que había arruinado la calle Spector. No les habría faltado razón en tales acusaciones. Pocas veces había visto Helen un medio urbano tan vandalizado. Las farolas estaban hechas añicos, las cercas de los jardines traseros arrancadas de cuajo; los coches cuyas ruedas y motores habían sido eliminados y cuyos chasis habían sido quemados bloqueaban las entradas de los garajes. En un patio, tres o cuatro chalets de una planta habían sido enteramente destruidos por el fuego, y sus ventanas y puertas tapiadas con tablones y hierro acanalado.

Lo más asombroso de todo eran los *graffiti*. Eso había venido a ver, animada por los comentarios de Archie sobre el lugar. No se sintió defraudada. Resultaba difícil de creer, observando las múltiples capas de dibujos, nombres, obscenidades y dogmas garabateados y rociados sobre cada ladrillo disponible, que la calle Spector sólo tuviera tres años y medio. Las paredes, hacía poco virgenes, estaban tan profundamente estropeadas que el Departamento de Limpieza del Ayuntamiento no podía esperar jamás restituirles su anterior condición. Una capa de pintura blanca para tapar aquella cacofonía visual sólo ofrecería a los escribas una superficie nueva, y más tentadora, sobre la cual dejar sus marcas.

Helen estaba en el séptimo cielo. Cada rincón que descubría ofrecía nuevo material para su tesis: *Graffiti: semiótica de la desesperación urbana*. Se trataba de un tema que conjugaba sus dos disciplinas preferidas —la sociología y la estética—, y mientras recorría la urbanización comenzó a preguntarse si no habría ya algún libro, además de su tesis, sobre el tema. Se paseó de patio en patio, copiando muchas de las frases más interesantes y apuntando su ubicación. Volvió a su coche para recoger la cámara y el trípode y regresó a la zona más fértil, para tomar un completo registro visual de las paredes.

Fue una tarea ardua. No era una experta fotógrafo, y el cielo de finales de octubre cambiaba por momentos, y la luz que caía sobre los ladrillos también fluctuaba. Mientras ajustaba y reajustaba la exposición para compensar los cambios de luz, sus dedos se volvieron más y más torpes y sus ánimos fueron mermando. Pero prosiguió la lucha, a pesar de la curiosidad ociosa de los viandantes. Había tantos diseños por documentar... Se recordó que la incomodidad presente sería ampliamente recompensada cuando le enseñara las diapositivas a Trevor, que desde el principio había dudado abiertamente de la validez del proyecto.

—¿Las inscripciones en las paredes? —había dicho con una de esas medias sonrisas suyas, tan irritantes—. Ya se ha tratado el tema cientos de veces.

Era verdad, claro, y sin embargo no del todo. Sin duda había trabajos doctos sobre los *graffiti*, plagados de jerga sociológica: privación de los derechos culturales, alienación urbana. Pero se hizo la ilusión de que entre aquella maraña de escrituras encontraría algo que los demás analistas habían pasado por alto: tal vez una convención unificadora que pudiera utilizar como idea conductora de su tesis. Sólo una esmerada catalogación y un cotejo de las frases e imágenes que tenía ante sí revelaría esa correspondencia: de ahí la importancia del estudio fotográfico. Habían trabajado allí tantas manos, tantas mentes habían dejado su señal, aunque fuera casual... Si lograba encontrar un patrón, un motivo predominante, la tesis llamaría la atención, y a su vez, ella también.

—¿Qué está haciendo? —preguntó una voz a sus espaldas.

Abandonó sus cálculos y vio a una joven mujer con un cochecito de bebé, de pie en la acera. Parecía cansada y contraída por el frío. En el cochecito, el niño protestaba; sus dedos sucios aferraban una piruleta de naranja y el envoltorio de una barra de chocolate. El chocolate y los restos de dulces anteriores aparecían exhibidos en la pechera del abrigo.

Helen sonrió débilmente a la mujer; al parecer le hacía falta.

—Estoy fotografiando las paredes —repuso en contestación a la pregunta inicial, aunque aquello resultaba perfectamente evidente.

La mujer —apenas tendría veinte años— volvió a preguntar:

—¿Se refiere usted a la mugre?

—Las inscripciones y los dibujos —dijo Helen, y luego agregó—: Sí, la mugre.

—¿Es usted del Ayuntamiento?

—No, de la universidad.

—Es un asco la forma en que lo ensucian todo —comentó la mujer—. Y no son sólo los niños.

—¿No?

—Personas mayores. Hombres adultos. Les importa un pimiento. Lo hacen a plena luz del día. Cualquiera puede verlos... a plena luz. —Echó una mirada al niño, que afilaba la piruleta en el suelo—. ¡Kerry! —le gritó, pero el niño no le hizo caso—. ¿Van a limpiarlo? —le preguntó a Helen.

—No lo sé —repuso ésta, y reiteró—: Soy de la universidad.

—Ah —dijo la mujer, como si se tratara de un dato nuevo—, ¿entonces no tiene nada que ver con el Ayuntamiento?

—No.

—Algunos son obscenos, ¿no? Sucios de verdad. Me da apuro ver las cosas que dibujan.

Helen asintió, echando un vistazo al niño. Kerry había decidido guardarse la piruleta en la oreja.

—Pero ¿qué haces? —le gritó su madre, y se inclinó para pegarle en la mano.

El golpe, que fue muy leve, hizo aullar al niño. Helen aprovechó para dedicarse otra vez a la cámara. Pero la mujer seguía con ganas de charlar.

—Y no pintan sólo por fuera —comentó.

—¿Cómo dice? —inquirió Helen.

—Entran en los apartamentos cuando quedan vacíos. El Ayuntamiento intentó tapiarlos, pero no sirvió de nada. Entran de todos modos. Los usan como lavabo y escriben más porquerías en las paredes. Y encienden fuegos. Después no hay quien pueda vivir allí.

La descripción despertó la curiosidad de Helen. ¿Acaso los *graffiti* de las paredes interiores serían sustancialmente distintos de los de afuera? Sin duda, merecía la pena investigarlo.

—¿Conoce algún lugar así por aquí cerca?

—¿Apartamentos vacíos, quiere decir?

—Con *graffiti*.

—Al lado de mi casa hay uno o dos —comentó la mujer—. Vivo en Butts' Court.

—¿Podría enseñármelos? —inquirió Helen.

La mujer se encogió de hombros.

—A propósito, me llamo Helen Buchanan.

—Anne-Marie —repuso la madre.

—Le agradecería mucho que pudiera indicarme uno de esos apartamentos vacíos.

Anne-Marie se sintió abrumada por el entusiasmo de Helen, y no intentó ocultarlo, pero volvió a encogerse de hombros y repuso:

—No hay mucho que ver, es lo mismo que hay aquí afuera.

Helen recogió su equipo y caminaron juntas por los corredores que separaban un bloque del siguiente. Aunque la urbanización no tenía mucha altura —cada bloque contaba con sólo cinco pisos—, el efecto de cada cuadrilátero era horriblemente claustrofóbico. Los pasillos y las escaleras eran el sueño de los ladrones; estaban plagados de puntos muertos y túneles mal iluminados. Las instalaciones para las basuras —conductos que bajaban de los pisos superiores por los que se podían arrojar las bolsas de basura— habían sido clausuradas hacía tiempo, porque resultaban mortales en caso de incendio. En los corredores se apilaban las bolsas de plástico llenas de basura,

muchas de ellas abiertas por los perros vagabundos y su contenido esparcido por el suelo. A pesar del frío, el olor que desprendían resultaba desagradable. En pleno verano debía de ser abrumador.

—Vivo al otro lado —dijo Anne—Marie, señalando más allá del cuadrilátero—. En el de la puerta amarilla. —Señaló el lado opuesto de la plazoleta—. A cinco o seis chalets del extremo opuesto —dijo—. Hay dos que están vacíos. Ya hace unas semanas que se fueron. Una de las familias se mudó a Ruskin Court; la otra se marchó de noche.

Dicho lo cual, le dio la espalda a Helen, empujó a Kerry, dedicado ahora a empapar de saliva el lateral del cochecito, y se dirigió hacia el cuadrilátero.

—Gracias —le gritó Helen.

Anne—Marie echó un breve vistazo por encima del hombro, pero no contestó. Azuzado su apetito, Helen avanzó entre la fila de chaletitos de una planta, muchos de los cuales, aunque habitados, daban escasas señales de ello. Las cortinas estaban echadas, no había botellas de leche en el escalón de las puertas, ni juguetes abandonados donde los niños habían estado jugando con ellos. En realidad, no había nada de vida. Resultaba sorprendente comprobar que habían rociado más *graffiti* en las puertas de las casas ocupadas. Examinó rápidamente las inscripciones, en parte porque temía que se abrieran las puertas mientras estudiaba una selección de obscenidades pintadas en ellas, pero más porque estaba ansiosa por ver qué revelaciones le ofrecerían los apartamentos vacíos.

Un maligno olor de orina, nueva y añeja, le dio la bienvenida en el umbral del número 14, y camuflado le llegó el aroma de pintura y plástico quemado. Vaciló un instante, preguntándose si sería conveniente entrar en el chalet. El territorio de la urbanización que había dejado atrás era indiscutiblemente extranjero, sellado en su propia miseria, pero las habitaciones que tenía en frente resultaban mucho más amenazantes, una oscura maraña que sus ojos apenas lograban penetrar. Sin embargo, cuando le faltó coraje, pensó en Trevor y en las ganas que tenía de acallar su condescendencia. Con estas reflexiones, entró en el lugar, pateando deliberadamente un trozo de madera chamuscado, con la esperanza de advertir a algún posible ocupante para que se mostrara.

Sin embargo, no había sonidos de ocupación. Mas confiada, comenzó a explorar la habitación del frente del chalet, que había sido —a juzgar por los restos de un sofa despanzurrado ubicado en un rincón y la raída alfombra— la sala. Tal como Anne—Marie prometiera, las paredes de color verde claro habían sido muy estropeadas por escribas menores —contentos de trabajar con pluma o con la crudeza del carbón obtenido del sofá— y por otros con mayores aspiraciones, que las habían rociado con una docena de colores.

Algunos de los comentarios eran de interés, aunque muchos ya aparecían afuera. Se repetían nombres familiares y algunos pareados. Aunque jamás había visto a aquellos individuos, sabía con qué ardor Fabian J. deseaba desvirgar a Michelle; y que Michelle, a su vez, estaba caliente por un tipo llamado señor Sheen. Aquí, como afuera, un hombre llamado Rata Blanca se jactaba de sus atributos, y en pintura roja se prometía el regreso de los Hermanos Syllabub. Uno o dos de los dibujos que acompañaban a estas frases —o al menos se hallaban junto a ellas— resultaron de especial interés. Estaban impregnados de una sencillez casi emblemática. Junto a la palabra *Christos* había un hombre delgado con el pelo irradiándole de la cabeza como espinas, y en cada espina más cabezas empaladas. Muy cerca había un dibujo de un acto sexual, tan brutalmente reducido que, al principio, Helen lo interpretó como un cuchillo hundiéndose en un ojo ciego. Pero aunque las imágenes eran fascinantes, en la habitación no había luz suficiente como para sacar fotos sin flash. Si deseaba un registro fiable de aquellos descubrimientos, tendría que volver, y conformarse ahora con una simple exploración del lugar.

El chalet no era demasiado espacioso, pero las ventanas habían sido tapiadas, y mientras se alejaba de la puerta principal, la escasa luz se extinguía del todo. El olor a orina, que en la puerta ya era fuerte, se intensificó, hasta que, cuando llegó al fondo de la sala y enfrió por un corto corredor hacia otro cuarto, llegó a parecerle empalagoso como el incienso. Al ser el más alejado de la puerta principal, ese cuarto era también el más oscuro, y tuvo que esperar unos momentos en la desordenada oscuridad para acostumbrarse a ella. Imaginó que habría sido el dormitorio. Los pocos muebles que los residentes habían dejado estaban completamente destrozados. Sólo el colchón había quedado relativamente intacto, y estaba en un rincón del dormitorio, entre una maraña de mantas, periódicos y restos de vajilla.

Afuera, el sol encontró un hueco entre las nubes, y dos o tres rayos se deslizaron entre las tablas clavadas en la ventana del dormitorio y traspasaron el cuarto como anunciaciones, pintando unas líneas brillantes en la pared opuesta. Los autores de los *graffiti* habían trabajado allí a sus anchas: el acostumbrado clamor de las palabras de amor y las amenazas. Escrutó rápidamente la pared, y al hacerlo, los rayos de luz la condujeron a la pared opuesta, en la que se hallaba la puerta por la que había entrado.

Allí, los artistas también habían trabajado a sus anchas, pero habían producido una imagen que no había visto en ninguna otra parte. Utilizando la puerta centrada en la pared como boca, los dibujantes habían pintado una enorme cabeza en el yeso desnudo. El dibujo era más correcto que los que había visto antes; estaba plagado de detalles que le daban a la imagen una veracidad inquietante. Los huesos de los pómulos se marcaban bajo la piel color mantequilla; los dientes —afilados en puntas irregulares— convergían todos hacia la puerta. Los ojos del modelo, debido al bajo techo del cuarto, se encontraban a poca distancia del labio superior, pero ese ajuste físico no hacía sino otorgarle fuerza a la imagen, y daba la impresión de tener la cabeza echada hacia atrás. Por el techo había mechones enredados de pelo que salían serpenteando del cuero cabelludo.

¿Sería un retrato? Había algo incómodamente específico en los detalles de las cejas y las líneas alrededor de la boca, en la cuidadosa reproducción de aquellos dientes malignos. Sin duda una pesadilla: un facsímil tal vez, de alguna cosa entrevista en una fuga de heroína. Fueran cuales fuesen sus orígenes, era potente. Hasta la ilusión de la puerta utilizada como boca funcionaba. El corto pasillo entre la sala y el dormitorio hacia las veces de garganta, con una lámpara rota en lugar de amígdalas. Más allá del gaznate, el día ardía blanqueado en el vientre de la pesadilla. Todo el efecto recordaba una pintura de tren fantasma. La misma deformidad heróica, la misma desvergonzada intención de asustar. Y funcionaba. Se quedó en el dormitorio, estupefacta ante el dibujo; aquellos ojos bordeados de rojo la miraban despiadadamente. Decidió que al día siguiente volvería con película de alta velocidad y un flash para iluminar la obra maestra.

Mientras se disponía a partir, el sol desapareció y las bandas de luz se extinguieron. Echó un vistazo por encima del hombro a las ventanas tapiadas, y por primera vez vio que en la pared habían pintado una sentencia de cuatro palabras.

Dulces para los dulces, decía. La cita le resultaba familiar, pero no recordaba su origen. ¿Sería una declaración de amor? Si lo era, resultaba un lugar extraño para semejante confesión. A pesar del colchón ubicado en un rincón, y de la relativa intimidad del cuarto, no lograba imaginarse al pretendido destinatario de tales palabras entrar allí para recibir su ramillete. Ningún amante adolescente, por más ardor que tuviera, se acostaría allí a jugar a papás y a mamás, y menos bajo la mirada del aterrador dibujo de la pared. Se acercó para examinar la inscripción. La pintura era del mismo tono rosado que habían utilizado para dar color a las encías del hombre aullador. ¿Acaso habría sido la misma mano quien la aplicara?

A sus espaldas se produjo un ruido. Se volvió con tanta rapidez que a punto estuvo de enredarse en el colchón cubierto de mantas revueltas.

—¿Quién...?

Al otro extremo de la garganta, en la sala, había un niño de seis o siete años con las rodillas plagadas de costras secas. Miraba fijamente a Helen; le brillaban los ojos en la semioscuridad, como si esperara que le hablaran.

—¿Sí?

—Dice Anne—Marie que si quieras una taza de té —anunció sin pausa ni entonación.

Le daba la impresión de que hacía horas que había hablado con la mujer. Sin embargo, agradecía la invitación. La humedad del chalet le había dado frío.

—Sí... —le dijo al niño—. Sí, gracias.

El niño no se movió, se limitó a seguir mirándola.

—¿Vas a llevarme hasta su casa? —le preguntó.

—Si quieras... —repuso, incapaz de demostrar una pizca de entusiasmo.

—Me gustaría mucho.

—¿Estás haciendo fotos? —le preguntó.

—Sí, pero no aquí dentro.

—¿Por qué no?

—Porque está muy oscuro.

—¿No puedes hacer en la oscuridad? —inquirió.

—No.

El niño asintió, como si la información encajara en su esquema de las cosas, y se dio media vuelta sin añadir una sola palabra más; estaba claro que esperaba que Helen lo siguiera.

Si se había mostrado taciturna en la calle, en la intimidad de su cocina Anne—Marie fue todo lo contrario. Su velada curiosidad había desaparecido, para ser reemplazada por un torrente de palabras vivaces y un constante ir y venir para realizar una docena de pequeñas tareas domésticas, como un malabarista que hiciera girar varios platos simultáneamente. Helen observó aquel acto de equilibrio con cierta admiración: sus propias habilidades domésticas eran escasas. Finalmente, la conversación se centró en el tema que había llevado allí a Helen.

—¿Por qué quiere hacer esas fotos? —le preguntó Anne—Marie.

—Estoy escribiendo sobre los *graffiti*. Las fotos ilustrarán mi tesis.

—No es muy bonito.

—No, tiene razón, no lo es. Pero me resulta interesante.

Anne—Marie meneó la cabeza y comentó:

—Odio toda la urbanización. No es un sitio seguro. Nos roban ante la puerta de nuestras casas. Día tras día, los niños prenden fuego a las basuras. El verano pasado los bomberos tuvieron que venir hasta dos y tres veces al día; finalmente, clausuraron los conductos de basuras. Ahora la gente deja las bolsas en los pasillos, y eso atrae a las ratas.

—¿Vive aquí sola?

—Sí, desde que Davey me abandonó.

—¿Su marido?

—Es el padre de Kerry, pero no estamos casados. Vivimos juntos dos años. Pasamos buenos momentos. Un día, cuando yo estaba en casa de mi madre con Kerry, se levantó y se marchó. —Miró fijamente en la taza de té—. Estoy mejor sin él. Pero a veces tengo miedo. ¿Quiere más té?

—No, gracias, no tengo tiempo.

—Sólo una taza —insistió Anne—Marie, que ya se había puesto de pie para desenchufar la tetera eléctrica y llenarle la taza. Cuando iba a abrir el grifo, vio algo en el escurreplatos de la encimera y lo aplastó con el pulgar—. Te cacé, bicho —dijo, y luego, volviéndose a Helen, agregó—: Tenemos hormigas.

—¿Hormigas?

—Toda la urbanización está infectada. Vienen de Egipto; hormigas faraónicas, se llaman. Son unos bichos marrones, asquerosos. Crían en los conductos de la calefacción central, y por ahí se meten en todos los apartamentos. Está plagado de hormigas.

A Helen le resultó cómico aquel exotismo improbable (¿hormiga de Egipto?), pero no dijo nada. Anne—Marie se asomó a la ventana de la cocina y miró hacia el patio trasero.

—Debería decirles... —comentó, aunque Helen no sabía exactamente a quién tenía que decírselo—, debería decirles que la gente normal ya no puede andar por las calles...

—¿Tan mal están las cosas? —inquirió Helen, cansada ya de aquel catálogo de desgracias.

Anne—Marie se apartó del fregadero y la miró fijamente.

—Hemos tenido asesinatos.

—¿De veras?

—hubo uno en el verano. Era un viejo de Ruskin. Eso está aquí cerca. No lo conocía, pero era amigo de la hermana de mi vecina. No me acuerdo cómo se llamaba.

—¿Y fue asesinado?

—Lo cortaron a trocitos en su propia casa. Tardaron casi una semana en encontrarlo.

—¿Qué me dice de sus vecinos? ¿No notaron su ausencia?

Anne—Marie se encogió de hombros, como si después de referirle los datos más importantes —el asesinato y el aislamiento del hombre— toda otra indagación del problema resultara irrelevante. Pero Helen insistió.

—A mí me parece raro.

Anne—Marie enchufó la tetera llena y, sin inmutarse, repuso:

—Pues ocurrió.

—No digo que no, sino que...

—Le habían sacado los ojos —le informó, antes de que Helen pudiera formular otras dudas.

Helen dio un respingo y con un hilo de voz dijo:

—No.

—Es la pura verdad —insistió Anne—Marie—. Y eso no es lo único que le hicieron. —Hizo una pausa para intensificar el efecto y luego añadió—: Una se pregunta qué clase de gente es capaz de semejantes barbaridades, ¿no?

Helen asintió. Estaba pensando precisamente lo mismo.

—¿Encontraron al culpable?

Anne—Marie soltó un bufido para expresar su menosprecio.

—A la policía le importa un pepino lo que pasa aquí. Siempre que pueden se mantienen alejados de la urbanización. Cuando patrullan lo único que hacen es encerrar a los chicos por emborracharse y esas cosas. Tienen miedo. Por eso se mantienen alejados.

—¿Miedo del asesino?

—Puede ser. Además, tenía un gancho.

—¿Un gancho?

—Sí, el hombre que lo hizo tenía un gancho, como Jack el Destripador.

Helen no era experta en asesinatos, pero estaba segura de que el Destripador nunca había llevado un gancho. Le pareció una grosería dudar de la veracidad de la historia de Anne—Marie, aunque en silencio se preguntó cuánto habría de invención en todo ello, en lo de los ojos arrancados, el cuerpo pudriendose en el apartamento, el gancho. Lo cierto era que hasta el más escrupuloso de los reporteros sentía la tentación de embellecer una historia de vez en cuando.

Anne—Marie se había servido otra taza de té y se disponía a hacer lo mismo para su invitada.

—No, gracias —dijo Helen—. Tengo que irme.

—¿Está casada? —preguntó Anne—Marie de repente.

—Sí. Con un catedrático de la universidad.

—¿Cómo se llama?

—Trevor.

Anne—Marie se sirvió dos cucharadas colmadas de azúcar y le preguntó:

—¿Va usted a volver?

—Eso espero. Será más adelante, esta misma semana. Quiero hacer unas fotos de los dibujos que hay en el chalet al otro lado de la plazoleta.

—Venga a verme.

—Lo haré. Gracias por su ayuda.

—De nada —repuso Anne—Marie—. A alguien hay que contárselo, ¿no?

—Parece ser que el hombre tenía un gancho en lugar de una mano.

Trevor levantó la vista del plato de *tagliatelle con prosciutto*.

—¿Cómo dices?

Helen había hecho un gran esfuerzo por evitar que su narración de la historia se viera teñida por su propia reacción. Tenía interés en saber qué deducción sacaría Trevor, y sabía que si indicaba su posición en el asunto, instintivamente él le llevaría la contraria.

—Tenía un gancho —repitió sin inflexión alguna.

Trevor dejó el tenedor y se tiró de la nariz, olisqueando.

—Yo no he leído nada de todo eso.

—No lees la prensa local —replicó Helen—. Yo tampoco. Tal vez nunca se publicó en los diarios nacionales.

—¿Anciano asesinado por nianaco con mano de gancho? —dijo Trevor, saboreando la hipérbole—. Yo diría que es material para la prensa. ¿Y cuándo se supone que ocurrió todo?

—Algún día del verano pasado. Tal vez fue cuando estábamos en Irlanda.

—Tal vez —dijo Trevor, y volvió a coger el tenedor.

Inclinado sobre su ración, los lentes pulidos de sus gafas sólo reflejaron el plato de pasta y jamón picado que tenía enfrente, y no sus ojos.

—¿Por qué dices tal vez? —insistió Helen.

—Porque me suena que algo no funciona. En realidad me parece absurdo.

—¿No te lo crees? —preguntó Helen.

Trevor levantó la vista del plato y con la lengua rescató un trocito de *tagliatelle* de la comisura de los labios. Su rostro se había relajado, adquiriendo esa expresión no comprometida típica en él, la misma cara que ponía cuando escuchaba a sus estudiantes.

—¿Tú te lo crees? —le preguntó a Helen.

Era uno de sus ardides típicos para ganar tiempo, otro truco de seminario: interrogar al interrogador.

—No estoy —segura repuso Helen, demasiado preocupada por encontrar un asidero firme en aquel mar de dudas como para gastar energías en ganar puntos.

—Pues olvídate del asunto... —sugirió Trevor, dejando la comida para beberse otro vaso de vino tinto—. ¿Qué me dices de la persona que te lo contó? ¿Te inspiró confianza?

Helen recordó la expresión ansiosa de Anne—Marie mientras narraba la historia del asesinato del viejo.

—Sí, creo que me habría dado cuenta si me hubiera mentido.

—¿Y por qué tiene tanta importancia? Quiero decir, ¿por qué es tan importante si te mintió o no? ¿Qué diablos importa?

Era una pregunta razonable, aunque su formulación resultaba irritante. ¿Por qué le importaba? ¿Acaso deseaba que sus peores presentimientos sobre la calle Spector fueran falsos? Que aquella urbanización fuera sucia, no tuviera esperanza, fuera un estercolero donde se ocultaba a la vista del público a los indeseables y a los pobres, todo eso era una tri vialidad liberal, y la aceptaba como una realidad social desgradable. Pero la historia del asesinato y la mutilación del anciano era algo distinto. Una imagen de muerte violenta que se negaba a abandonarla.

Muy a su pesar se dio cuenta de que aquella confusión se le reflejaba en la cara, y que Trevor la miraba desde el otro lado de la mesa con expresión reprobatoria.

—Si tanto te molesta —le dijo—, ¿por que no vuelves al barrio y preguntas por ahí, en vez de jugar al me lo creo o no me lo creo durante la cena?

No pudo evitar enfadarse.

—Creí que te gustaban los acertijos —le espetó.

Él le lanzó una mirada hosca.

—Has vuelto a equivocarte.

No era mala sugerencia eso de que investigara, aunque no cabía duda de que tenía motivos ocultos. A medida que pasaba el tiempo veía a Trevor cada vez menos caritativo. Lo que en otra época había considerado como un furibundo compromiso con el debate le parecía ahora un despliegue de fuerzas con fines coercitivos. Discutía, no por la emoción de la dialéctica, sino porque era patológicamente competitivo. Lo había visto en muchísimas ocasiones adoptar posturas que sabía a ciencia cierta que no compartía. simplemente por el gusto de provocar al contrario. Lamentablemente, no era el único que practicaba aquel deporte. El mundo académico era una de las últimas plazas fuertes de quienes malgastaban profesionalmente el tiempo. En ocasiones, el círculo de sus amistades parecía dominado totalmente por idiotas educados, perdidos en un erial de retórica gastada y compromisos vacíos.

Volvió a la calle Spector al día siguiente, armada del flash, el trípode y película sensible. Soplaba viento del Ártico; su furia aumentaba al quedar atrapado en la maraña de pasillos y patios. Se dirigió al número 14 y se pasó la siguiente hora en sus sucios confines, fotografiando meticulosamente las paredes del dormitorio y de la sala. En el fondo había abrigado la esperanza de que el hecho de haberla visto hiciera que la cabeza del dormitorio perdiere parte de su impacto, pero no fue así. Aunque se esforzó por captarla en detalle lo mejor que pudo, sabía que las fotos no serían más que un pálido reflejo de aquel grito perpetuo.

Gran parte de su poder residía en el contexto. Que uno pudiera toparse con semejante imagen en un medio tan deslustrado y monótono, tan carente de misterio, era como encontrar un ícono en una pila de basura, un símbolo reluciente de trascendencia en un mundo de afanes y ruinas que se proyectaba en un reino más oscuro, más tremendo. Fue dolorosamente consciente de que la intensidad de su reacción desafiaba su forma de articularla. Su vocabulario era analítico, repleto de palabras altisonantes y de terminología académica, pero abrumadoramente empobrecido cuando se trataba de evocar alguna cosa. Las fotos, por pálidas que fueran, al menos darían una idea de la potencia del dibujo, aunque no lograsen reflejar la forma en que helaba la sangre.

Cuando salió del chalet el viento era más tremendo que nunca, pero el niño que esperaba fuera —el mismo que la había guiado el día anterior— iba vestido de primavera. Hizo muecas para mantener a raya los temblores.

—Hola —lo saludó Helen.

—Esperaba —anunció el chico.

—¿Esperabas?

—Anne Marie dijo que volverías.

—No pensaba hacerlo hasta finales de esta semana —comentó Helen—. Podrías haber esperado mucho tiempo.

La mueca del niño se relajó un poco y dijo:

—Es igual. No tengo nada que hacer.

—¿Y la escuela qué?

—No me gusta —repuso el niño, como si no se sintiera obligado a ser educado si la cosa no era de su gusto.

—Ya entiendo —dijo Helen, y comenzó a caminar por el costado del cuadrilátero.

El chico la siguió. En el parche de césped del centro del cuadrilátero habían apilado varias sillas y dos o tres arbolitos.

—¿Y esto? —inquirió a media voz.

—Para la noche de las hogueras —le informó el niño—. Es la semana que viene.

—Ah, sí.

—¿Vas a visitar a Anne—Marie? —le preguntó.

—Sí.

—No está en casa.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Bueno, tal vez puedas ayudarme... —Se detuvo y se dio la vuelta para mirar al niño de frente.. tenía ojeras de cansancio—. Me he enterado de que asesinaron a un anciano por aquí cerca. El verano pasado. ¿Sabes algo de eso?

—No.

—¿Nada de nada? ¿No recuerdas haber oído que habían matado a alguien?

—No —repuso otra vez el niño, en un notable tono conclusivo—. No me acuerdo.

—Bueno, gracias de todos modos.

Esta vez, cuando volvió sobre sus pasos rumbo al coche, el chico no la siguió. Pero cuando dobló la esquina para alejarse del cuadrilátero, miró atrás y vio que seguía de pie donde lo había dejado, mirándola como si fuera una loca.

Para cuando hubo llegado al coche y guardado el equipo fotográfico en el maletero, en el viento había gotas de lluvia, y se sintió muy tentada de olvidar que había oído la historia de Anne—Marie y volver a su casa, donde hallaría café caliente aunque la bienvenida fuera fría. Pero necesitaba una respuesta a la pregunta que le formulara Trevor la noche anterior. «¿Te lo crees?», le había preguntado cuando le contó la historia. Entonces no había sabido contestarle, y seguía sin saberlo. Tal vez (¿por qué lo presentía así?) en este caso la terminología de la verdad verificable sería redundante, tal vez la respuesta definitiva a esta pregunta no fuera una respuesta, sino otra pregunta. En ese caso, daba igual. Ella lo averiguaría.

Ruskin Court era tan solitario como sus compañeros, si no más. Ni siquiera lucía una hoguera. En el balcón del tercer piso, una mujer entraba la colada antes de que se pusiera a llover. En el césped del centro del cuadrilátero dos perros se apareaban con aire ausente; la perra miraba fijamente hacia el cielo vacío. Mientras avanzaba por la acera desierta, contrajo la cara con determinación; una mirada llena de carácter, le había dicho una vez Bernadette, un ataque refrenado. Cuando vio a las dos mujeres hablando en el extremo opuesto de la plazoleta, se acercó a ellas rápidamente, agradecida por su presencia.

—Disculpen.

Las mujeres de mediana edad interrumpieron su animada conversación y la miraron de arriba abajo.

—¿Podrían ayudarme?

Sintió cómo la sopesaban y olió su desconfianza; no intentaron ocultarlo. Una de las dos, la de cara rubicunda, inquirió sin rodeos:

—¿Qué quiere?

De repente, Helen sintió que había perdido la habilidad de caer bien. ¿Qué podía decirles a aquellas dos mujeres que no consideraran truculento?

—Me comentaron... —empezó a decir, y se detuvo, consciente de que ninguna de las dos la ayudaría—. Me comentaron que por aquí cerca hubo un asesinato. ¿Es cierto?

La rubicunda enarcó las cejas, tan depiladas que apenas se veían.

—¿Un asesinato? —inquirió.

—¿Es usted de algún diario? —preguntó la otra mujer.

Los años le habían amargado las facciones de tal modo que ya no había quien las endulzara. La boca pequeña estaba surcada de profundas arrugas, el pelo, teñido de moreno, presentaba medio centímetro de raíces grises.

—No, no soy de ningún diario —repuso Helen—. Soy amiga de Anne—Marie, de Butts' Court.

Hacerse pasar por amiga de Anne Marie era estirar mucho la verdad, pero aquello ablandó un poco a las mujeres.

—¿Está usted de visita? —preguntó la mujer rubicunda.

—En cierto modo...

—Se ha perdido los días cálidos que tuvimos...

—Anne—Marie me comentó que habían asesinado a alguien por aquí cerca, el verano pasado. Y sentí curiosidad.

—¿No me diga?

—¿Sabe usted algo?

—Por aquí pasan muchas cosas —comentó la segunda mujer—. Y no nos enteramos ni de la mitad.

—Entonces es cierto —dijo Helen.

—Tuvieron que clausurar los baños —terció la primera mujer.

—Sí, eso hicieron —dijo la otra.

—¿Los baños? —inquirió Helen.

¿Qué tenía eso que ver con la muerte del anciano?

—Fue terrible —dijo la primera—. Maureen, ¿fue tu Frank quien te lo contó?

—No, no fue Frank. Frank sigue embarcado. Fue la señora Tyzack.

Una vez establecida la identidad de la testigo, Maureen dejó que su amiga continuara con la historia y se dedicó a mirar a Helen. De sus ojos aún no se había borrado la sospecha.

—Eso fue hace dos meses —dijo Josie—. Más o menos a finales de agosto. Era agosto, ¿no? —Miró a la otra mujer en busca de una verificación—. Maureen, a ti se te dan bien las fechas.

Maureen se mostró incómoda, claramente renuente a prestar testimonio.

—No me acuerdo.

—Me gustaría saberlo —dijo Helen.

A pesar de la renuencia de su amiga, Josie estaba ansiosa por darle gusto.

—Hay unos lavabos justo delante de las tiendas..., ya sabe, lavabos públicos. No estoy muy segura de cómo ocurrió todo, pero había un chico..., bueno, no era exactamente un chico, sería un muchacho de veinte años o más, pero era... —Buceó para encontrar la palabra correcta—. Retrasado mental, supongo que se dice. Su madre tenía que llevárselo a todas partes como si tuviera cuatro años. En fin, que lo dejó ir al lavabo mientras ella entraba en el supermercado aquel, ¿cómo se llama?

Se volvió hacia Maureen para que se lo dijera, pero ésta le devolvió la mirada sin ocultar su desaprobación. Sin embargo, Josie no quiso disciplinarse.

—Ocurrió en pleno día —le dijo a Helen—. En fin, que el chico fue al lavabo, mientras la madre estaba en el supermercado. Al cabo de un rato, ya sabe cómo son las cosas, la mujer está entretenida comprando y se olvida del chico, y de repente se da cuenta de que hace rato que el chico ha salido al lavabo...

En ese punto, Maureen no logró evitar meterse en la conversación; la precisión de la historia venció su cautela.

—Se puso a discutir —corrigió a Josie—. Discutió con el encargado del supermercado, porque le habían vendido tocino en mal estado. Por eso tardó tanto...

—Ya entiendo —dijo Helen.

—De todos modos, terminó con las compras —prosiguió Josie—, y cuando salió, su hijo todavía no había vuelto...

—Entonces le preguntó a alguien del supermercado... —comenzó a decir Maureen.

Pero Josie no iba a permitir que le arrebataran la narración en ese punto vital.

—Le pidió a uno de los hombres del supermercado —repitió, cubriendo la intervención de Maureen— que fuera a los lavabos a buscarlo.

—Fue terrible —comentó Maureen, representando en su imaginación la atrocidad.

—Estaba tirado en el suelo en medio de un charco de sangre.

—¿Asesinado?

Josie negó con la cabeza y repuso:

—Hubiera sido mejor que estuviera muerto. Lo habían atacado con una navaja... —Dejó que este dato hiciera su efecto antes de asestar el golpe de gracia—. Y le habían cortado las partes. Se las cortaron, las arrojaron al retrete y tiraron de la cadena. No tenían ningún motivo para hacer semejante cosa.

—Dios mío.

—Estaría mejor muerto —repitió Josie—. Algo así no se arregla tan fácilmente, ¿verdad?

La delirante historia parecía aún mas delirante por la sangre fría de la narradora, y por la repetición casual de «Estaría mejor muerto».

—¿Logró el chico describir a sus atacantes? —inquirió Helen.

—No —respondió Josie—. Es prácticamente un imbécil. No sabe decir más de dos palabras seguidas.

—¿Y nadie vio entrar o salir de los lavabos a alguna persona?

—La gente entra y sale todo el rato —comentó Maureen.

Aunque parecía una explicación adecuada, en la experiencia de Helen no había ocurrido así. En el cuadrilátero y los pasillos no había visto nunca gran actividad, más bien todo lo contrario. Tal vez la zona comercial fuera más concurrida, reflexionó, y podría ofrecer una tapadera adecuada para semejante crimen.

—Entonces no encontraron al culpable —dijo.

—No —repuso Josie.

El fervor fue desapareciendo de sus ojos. El crimen y sus consecuencias inmediatas eran el quid de la historia; tenía muy poco o ningun interés en el culpable o su captura.

—No estamos seguros ni siquiera en nuestras propias camas —observó Maureen—. Pregúnteselo a cualquiera.

—Anne—Marie me comentó lo mismo —repuso Helen—. Fue así como me contó lo del anciano. Dijo que lo asesinaron el verano pasado, aquí, en Ruskin Court.

—Creo recordar algo —dijo Josie—. Oí algún comentario. Un viejo y su perro. Lo mataron a palos y el perro acabó... No lo sé. Pero desde luego no ocurrió aquí. Debió de ser en alguna otra urbanización.

—¿Está segura?

La mujer se ofendió ante aquella calumnia contra su memoria.

—Claro que sí. Si hubiera ocurrido aquí, nos habríamos enterado, ¿no?

Helen agradeció a las dos mujeres la ayuda prestada y decidió dar un paseo por el cuadrilátero, para averiguar cuántos chalets estaban desocupados. Al igual que en Butts' Court, gran parte de las cortinas estaban echadas y todas las puertas cerradas. De hecho, si la calle Spector se encontraba bajo el asedio de un maníaco capaz de los asesinatos y mutilaciones que le habían descrito, no le sorprendía que los residentes se encerraran en sus casas y no salieran. No había mucho que ver en la plazoleta. Todos los chalets y apartamentos deshabitados acababan de ser tapiados, a juzgar por el montón de clavos abandonados en el escalón de una puerta por los obreros del Ayuntamiento. Sin embargo, hubo una cosa que le llamó la atención. Garrapateada en los adoquines sobre los que caminaba —y apenas borrada por la lluvia y las pisadas— vio la misma frase que había en el

dormitorio del número 14: *Dulces para los dulces*. Las palabras eran tan benignas... ¿Por qué, entonces, presentía que ocultaban una amenaza? ¿Sería tal vez su exceso, la superabundancia de azúcar sobre azúcar, de miel sobre miel?

Siguió andando, a pesar de la lluvia, y su vagabundeo la alejó gradualmente de los cuadriláteros hacia una tierra de nadie de cemento, por la que no había pasado antes. Era —o había sido— el área de esparcimiento de la urbanización. Allí estaban los juegos de los niños, con sus toboganes y columpios metálicos volcados, la caja de arena llena de excrementos de perro, el estanque vacío. También estaban las tiendas. Varias de ellas habían sido tapiadas, y las que no, eran poco atrayentes y sucias, y tenían los escaparates cubiertos por una pesada malla de alambre.

Caminó entre la hilera de tiendas, dobló una esquina y frente a ella encontró un edificio bajo de ladrillo. Los lavabos públicos, supuso, aunque los carteles indicadores habían desaparecido. Los portones de hierro estaban cerrados con candados. De pie, frente al feo edificio, con el viento soplando entre las piernas, no logró evitar pensar en lo ocurrido allí. En el hombre—niño, sangrando en el suelo, indefenso, sin poder pedir ayuda. La mera contemplación de aquel lugar la intransquilizaba. Pensó entonces en el criminal. ¿Qué aspecto tendría un hombre capaz de semejantes depravaciones? Intentó formarse una imagen de él, pero ninguno de los detalles que imaginaba tenía la suficiente fuerza. Aunque los monstruos rara vez eran muy terribles cuando se los sacaba a la luz del día. Mientras a aquel hombre se lo conociera sólo por sus actos, ejercería un control inenarrable sobre la imaginación; pero la verdad humana, oculta tras los terrores, sería amargamente decepcionante. No sería un monstruo, sino una pálida excusa de hombre, más necesitado de piedad que de favor.

La siguiente ráfaga de viento trajo consigo más lluvia. Decidió que era hora de poner fin a sus aventuras por ese día. Volviendo la espalda a los lavabos públicos, regresó rápidamente a los cuadriláteros y al refugio del coche, mientras la lluvia helada le insensibilizaba la cara con sus pinchazos.

Los invitados a la cena se mostraron gratamente sorprendidos por la historia, y Trevor, a juzgar por la expresión de su cara, estaba furioso. Pero ya estaba hecho. No había forma de retirar lo dicho. Tampoco pudo negar ella la satisfacción que le produjo el haber acallado la cháchara interdepartamental que había dominado la mesa. Fue Bernadette, la ayudante de Trevor en el Departamento de Historia, quien rompió el agónico silencio.

—¿Y cuándo ocurrió?

—Durante el verano —contestó Helen.

—No recuerdo haber leído nada —dijo Archie, muy mejorado después de haber bebido durante dos horas; la bebida le aflojaba la lengua, que de lo contrario se le llenaba de sus propias agudezas.

—Tal vez la policía no quiso que se supiera —comentó Daniel.

—¿Conspiración? —inquirió Trevor, abiertamente cínico.

—Ocurre con mucha frecuencia —le espetó Daniel.

—¿Por qué tendría que ocultar la policía algo así? —preguntó Helen—. No tiene mucho sentido.

—¿Desde cuándo tienen sentido los procedimientos de la policía? —repuso Daniel.

Bernadette intervino antes de que Helen pudiera contestar.

—Ni siquiera nos molestamos en leer ese tipo de noticias.

—No generalices, habla por ti —comentó alguien.

Pero Bernadette no se dio por aludida y prosiguió:

—Estamos aturdidos con tanta violencia. Por eso ya no la distinguimos, ni siquiera cuando la tenemos delante de las narices.

—Todas las noches vemos en la televisión muerte y desastres en color —apuntó Archie.

—No tiene nada de moderno —dijo Trevor—. Un isabelino veía muerte todo el tiempo. Las ejecuciones públicas eran una forma muy popular de entretenimiento.

La mesa estalló en una cacofonía de opiniones. Al cabo de dos horas de amable chismorreo, la reunión se incendió de repente. Al observar la furia del debate, Helen lamentó no haber tenido tiempo de revelar las fotos y hacer copias; los *graffiti* habrían añadido leña al fuego de aquella vigorizante trifulca. Como de costumbre, Purcell fue el último en exponer su punto de vista, y también como de costumbre, resultó devastador.

—Helen, querida, está claro que tus testigos podrían haber mentido, ¿no te parece? —comentó con aquel afectado cansancio en la voz, cargado de la emoción de la controversia.

La conversación se apagó, y todas las cabezas se volvieron hacia Purcell. Con aire perverso, pasó por alto la atención que había cosechado y se volvió a susurrarle algo en el oído al joven que lo acompañaba, una nueva pasión que, como había ocurrido en el pasado, sería desecharla en cuestión de semanas para ser reemplazada por otro bonito golfo.

—¿Mentir, dices? —repuso Helen.

Sintió cómo se erizaba ante la observación, y Purcell apenas había dicho unas cuantas palabras.

—¿Por qué no? —repuso el otro, llevándose la copa de vino a los labios—. Tal vez estén urdiendo un cuento complicado. La historia de la mutilación del retrasado mental en los lavabos públicos. El asesinato de un anciano. Incluso lo del gancho. Son todos elementos bastante familiares. Has de ser consciente de que existe algo tradicional en estas historias truculentas. Se suelen intercambiar todo el tiempo; hay en ellas algo competitivo, tal vez, como intentar encontrar un nuevo detalle que añadir a la historia colectiva, un giro nuevo que la haga un poquitín más espeluznante al transmitirla.

—A ti te parecerá familiar —dijo Helen a la defensiva.

El aplomo de Purcell la irritaba. Aunque sus argumentaciones tuvieran alguna validez —cosa que dudaba—, que la condenaran si iba a reconocerlo.

—Yo nunca había oído ese tipo de historias —añadió.

—¿Ah, no? —dijo Purcell, como si Helen acabara de admitir su ignorancia—. ¿Qué me dices de la de los amantes y el lunático fugado, la has oído?

—Yo sí—intervino Daniel.

—Al hombre lo destripa normalmente un asesino con un gancho en lugar de mano, que deja el cuerpo en el techo del coche, mientras la novia está petrificada de miedo en el interior. Es una historia con moraleja que te previene contra los males de la heterosexualidad desenfrenada. —La broma provocó la carcajada de todos menos de Helen—. Estas historias son muy comunes.

—De modo que sugieres que me han mentido —protestó.

—Mentido no, no exactamente.

—Has dicho que podrían haberme mentido.

—Quería provocarte —retrucó Purcell; su tono conciliador resultó más ofensivo que nunca—. No quiero sugerir que haya nada de malo en ello. Pero has de reconocer que hasta ahora no has encontrado un solo testigo. Tales hechos suelen ocurrir en una fecha indeterminada, a unas personas indeterminadas. Son referidos en situaciones variadas. Con suerte, le ocurrieron a los hermanos de los amigos de unos parientes lejanos. Te ruego que consideres la posibilidad de que tal vez esos hechos no existan en el mundo real, sino que sean meramente cotilleos para amas de casa aburridas...

Helen no discutió, simplemente porque carecía de argumentos. Purcell había puesto el dedo en la llaga al mencionar la falta total de testigos; ella misma se lo había cuestionado. También resultaba extraña la forma en que las mujeres de Ruskin Court se habían apresurado a endilgar el asesinato del anciano a otra urbanización, como si aquellas atrocidades ocurrieraan siempre fuera de la vista de uno, en la otra esquina, en el callejón de al lado.

—Entonces, ¿por qué? —inquirió Bernadette.

—¿Por qué qué? —preguntó Archie a su vez.

—¿Por qué las historias? ¿Por qué contar esas horribles historias si no son ciertas?

—Sí, ¿por qué? —pregunto Helen, arrojando la controversia al amplio regazo de Purcell.

Purcell se repantigó, consciente de que su intervención en el debate había cambiado de un plumazo la hipótesis básica.

—No lo sé —repuso, feliz de haber acabado con el juego después de aportar su intervención—. Helen, no debes tomarme tan en serio. Yo trato de no hacerlo.

El muchacho sentado al lado de Purcell lanzó una risita afectada.

—Tal vez sean elementos de un tabú —sugirió Archie.

—Elementos reprimidos —apuntó Daniel.

—No en la forma en que tú insinúas —le espetó Archie—. No todo es política, Daniel.

—Vaya candidez.

—¿Qué tiene de tabú la muerte? —inquirió Trevor—. Bernadette lo ha dicho, la tenemos delante de nosotros continuamente. En la televisión, en los diarios.

—Tal vez no sea lo bastante cerca —sugirió Bernadette.

—¿Os importa si fumo? —interrumpió Purcell—. Como parece que los postres han quedado suspendidos indefinidamente...

Helen pasó por alto la observación y le preguntó a Bernadette qué quería decir con lo de bastante cerca.

—No lo sé exactamente —repuso ésta, encogiéndose de hombros—. Tal vez que la muerte debe de estar cerca, que tenemos que saber que está a la vuelta de la esquina. La televisión no te ofrece intimidad suficiente...

Helen frunció el ceño. El comentario tenía cierto sentido, pero en el alboroto reinante no logró desentrañar su importancia.

—¿Crees que son cuentos? —le preguntó.

—A Andrew no le falta razón... —repuso Bernadette.

—Muy amable —dijo Purcell—. ¿Alguien tiene fuego? Este chico ha empeñado mi encendedor.

—...en lo de la falta de testigos —concluyó Bernadette.

—Lo único que prueba es que no he conocido a nadie que haya visto algo—retrucó Helen—, no que no existan testigos.

—Está bien —admitió Purcell—. Búscame uno. Si me pruebas que tu traficante de atrocidades está vivito y coleando, os invitaré a todos a cenar a Appollinaires. ¿Qué te parece? ¿Soy excesivamente generoso o es que no sé cuándo darme por vencido?

Se echó a reír, golpeando la mesa con los nudillos a manera de aplauso.

—Por mí vale —dijo Trevor—. ¿Tú qué dices, Helen?

No regresó a la calle Spector hasta el lunes siguiente, pero con el pensamiento estuvo allí durante todo el fin de semana: de pie delante de los lavabos cerrados, con el viento anunciando la lluvia; o en el dormitorio, con el dibujo surgiendo en lontananza. La urbanización requirió toda su concentración. A últimas horas de la tarde del sábado, cuando Trevor encontró una excusa para discutir, pasó por alto los insultos y lo vio cumplir con su conocido ritual del martirio, sin sentirse afectada en lo mas mínimo. La indiferencia de Helen lo enfureció aún más. Salió como una tromba, lleno de inquina, a visitar a la mujer que ese mes gozaba de sus favores. Se alegró de verlo marchar. Esa noche, cuando no regresó, ni siquiera se le ocurrió llorar. Era tonto y vacío. Había perdido la esperanza de ver en sus ojos aburridos una mirada inquieta, perturbada, ¿y de qué le servía un hombre que era incapaz de inquietarse, de perturbase?

Tampoco regresó el domingo, y a la mañana siguiente, mientras aparcaba en el corazón de la urbanización, se le ocurrió pensar que nadie sabía donde había ido, y que podía permanecer ausente durante días sin que por eso la gente supiera más que antes. Al igual que el anciano del que le había hablado Anne-Marie: olvidado en su sillón favorito, con los ojos arrancados por el gancho, mientras las moscas se daban un banquete y la mantequilla se entranciaba sobre la mesa.

Faltaba poco para la noche de las hogueras, y durante el fin de semana la pequeña pila de combustibles de Butts' Court había aumentado hasta adquirir un considerable tamaño. La pila no parecía firme, pero eso no impidió que cierto número de niños y adolescentes treparan a ella y se metieran en ella. Estaba formada por muebles, sin duda robados de las propiedades tapiadas. Dudó que ardiera durante mucho tiempo; si lo hacía, se ahogaría en cuestión de nada. Mientras se dirigía a casa de Anne-Marie, los niños la detuvieron en cuatro ocasiones y le pidieron dinero para petardos.

—Una limosnita para el monigote —le decían, aunque ninguno llevaba un monigote que mostrar.

Cuando llegó a la puerta principal ya se le había terminado todo el cambio que llevaba en los bolsillos.

Anne Marie estaba en casa, aunque no la recibió con una sonrisa. Se quedó mirando fijamente a su visitante, como hechizada.

—Espero que no le importe que haya venido...

Anne—Marie no respondió.

—...quería hablar con usted.

—Estoy ocupada —le contestó finalmente.

No la invitó a pasar, ni le ofreció té.

—Sólo es un momento.

La puerta de atrás estaba abierta y la corriente invadía la casa. En el patio trasero volaban unos papeles. Helen los vio elevarse en el aire como enormes polillas blancas.

—¿Qué quiere? —preguntó Anne—Marie.

—Preguntarle sobre el anciano.

La mujer frunció el ceño levemente. Parecía a punto de vomitar; tenía la cara del color y la textura de la masa rancia, y el pelo graso y lacio.

—¿Qué anciano?

—La última vez que estuve aquí me habló usted de un anciano que había ido asesinado.

—No.

—Me dijo que vivía cerca de la plazoleta contigua.

—Pues no me acuerdo.

—Pero si me lo dijo claramente...

En la cocina, algo cayó al suelo y se rompió. Anne—Marie dio un respingo, pero no se apartó de la puerta; con el brazo le impedía a Helen entrar en la casa. El vestíbulo estaba lleno de juguetes del niño mordidos y rotos.

—¿Se encuentra bien?

Anne—Marie asintió y luego le dijo:

—Tengo que hacer.

—¿Y no se acuerda de haberme contado lo del anciano?

—Lo entendería mal —repuso Anne—Marie, y luego, bajando la voz, agregó—: No debio haber venido. Todo el mundo lo sabe.

—¿Sabe qué?

La mujer se había puesto a temblar.

—¿Es que no lo entiende? ¿Se cree que la gente no se fija?

—¿Qué importancia tiene? Lo único que le pregunto es...

—Yo no sé nada —reiteró Anne—Marie—. Sea lo que fuere lo que le dije, le mentí.

—Bueno, gracias de todos modos —replicó Helen, demasiado perpleja por el cambio de actitud de Anne—Marie como para insistir.

En cuanto se hubo apartado de la puerta, oyo el chasquido de la llave en la cerradura.

Aquella conversación fue una de las diversas desilusiones que experimentaría esa mañana. Regresó a la hilera de tiendas y visitó el supermercado del que Josie le hablara. Allí preguntó por los lavabos públicos y su reciente historia. El supermercado había cambiado de dueño el mes anterior, y el nuevo propietario, un paquistaní taciturno, insistió en que no sabía nada de cuándo y como habían clausurado los lavabos. Mientras preguntaba, notó que los demás clientes de la tienda la estudiaban; se sintió como una paria. Esa sensación se hizo más fuerte cuando, despues de abandonar el supermercado, vio a Josie salir de la lavandería y la llamó; la mujer apuró el paso y se perdió en la maraña de corredores. Helen la siguió, pero perdió su presa y el sentido de la orientación.

Frustrada y al borde de las lágrimas, permaneció entre un montón de bolsas de basura desparramadas y sintió una oleada de indignación por haber sido tan estúpida. No pertenecía a aquel lugar. ¿Cuántas veces había criticado a otras personas por la presunción de sostener que comprendían una sociedad a la que habían visto de lejos? Allí estaba ella, cometiendo el mismo error, yendo a aquel barrio con su cámara y sus preguntas, utilizando las vidas (y las muertes) de esas gentes como material de conversación en las reuniones sociales. No culpaba a Anne—Marie por volverle la espalda; ¿acaso se merecía algo mejor?

Cansada y aterida, decidió que era hora de admitir que Purcell tenía razón. Todo lo que le habían contado no eran más que historias. Habían jugado con ella, presintiendo su hambre de horrores, y ella, la tonta perfecta, se había creído cada palabra. Era hora de empacar su credulidad y volver a casa.

Sin embargo, antes de regresar al coche tenía que realizar una última visita: quería volver a ver la cabeza pintada. No como antropóloga entre una tribu extraña, sino como pasajera de un tren fantasma, por el simple gusto de hacerlo. Sin embargo, cuando estuvo ante el numero 14 se enfrentó a la última y más aplastante desilusión. Los meticulosos obreros del Ayuntamiento habían tapiado el chalet. La puerta estaba cerrada con candado, y la ventana de delante tapiada.

Pero se propuso no aceptar la derrota tan fácilmente. Fue hasta la parte trasera de Butts' Court y localizó el patio del numero 14 mediante un sencillo cálculo matemático. La verja estaba cerrada

desde dentro, pero empujó con fuerza y, con un poco de trabajo, se abrió. Una montaña de basura —alfombras podridas, una caja de revistas manchadas de lluvia, un desnudo arbol de Navidad— la había bloqueado.

Atravesó el patio, se acercó a las ventanas tapiadas y espió a través de las rendijas que dejaban las tablas de madera. Afuera no había mucha luz, pero dentro todo era mucho más oscuro; resultaba difícil captar algo más que un leve atisbo de la pintuia del dormitorio. Apretó la cara contra las tablas, ansiosa por captarla una última vez.

En el cuarto vio moverse una sombra; por un momento le tapó la visual. Se apartó de la ventana, asustada; no estaba segura de lo que había visto. ¿Había sido tal vez su propia sombra, proyectada a través de la ventana? Pero ella no se había movido, y la sombra sí.

Volvió a aproximarse a la ventana con mayor cuidado. El aire vibraba; en alguna parte logró oír un quejido amortiguado, aunque no logró determinar si provenía de dentro o de fuera. Volvió a apoyar la cara contra las rugosas tablas y, de repente, algo saltó a la ventana. Esta vez lanzó un grito. Desde dentro le llegó el ruido producido por unas uñas al araÑar la madera.

¡Un perro! Y era grande, porque había saltado muy alto.

—Estúpida —se dijo en voz alta.

La bañó un súbito sudor.

El sonido se interrumpió casi tan de prisa como había comenzado, pero Helen no logró acercarse otra vez a la ventana. Estaba claro que los obreros que habían tapiado el chalet no lo habían registrado adecuadamente, y por error habían encerrado al animal. A juzgar por el baboseo, éste estaba hambriento; se alegró de no haber intentado entrar. El perro —hambriento, tal vez rabioso en aquella oscuridad apesosa—, podría haberle arrancado el cuello.

Se quedó mirando fijamente la ventana tapiada. Las rendijas entre las tablas apenas tenían un centímetro de ancho, pero presintió que el animal estaba levantado sobre las patas traseras, observándola a través de la abertura. Cuando logró respirar con más regularidad, oyó al perro resollar y rascar el alféizar con las patas.

—Maldito asqueroso... —dijo—. Ahí te quedas.

Retrocedió hacia la verja. Un sinnúmero de cochinillas y arañas, arrancadas de sus nidos al mover las alfombras de detrás de la verja, corrían en todas direcciones, en busca de una nueva oscuridad donde asentar su hogar.

Cerró la verja tras de sí, y se disponía a volver al frente de la casa, cuando oyó las sirenas: dos horribles espirales acústicas que le pusieron los pelos de la nuca de punta. Se acercaban. Apuró el paso, y llegó a la parte frontal de Butts' Court a tiempo para ver a varios policías atravesar el césped que había detrás de la hoguera, y una ambulancia subida a la acera en dirección al otro lado del cuadrilátero. La gente había salido de sus casas y estaban en los balcones, mirando hacia abajo. Otros caminaban por la plazoleta, sin disimular su curiosidad, para unirse a la multitud. El estómago le dio un vuelco cuando descubrió cuál era el centro de interés: la casa de Anne—Marie. La policía abrió un sendero entre la multitud para que pasaran los de la ambulancia. Un segundo coche patrulla siguió la ruta de la ambulancia y se subió a la acera; se bajaron dos oficiales de paisano.

Helen se acercó a la multitud. Las escasas conversaciones entabladas entre los espectadores tenían lugar en voz baja; una o dos de las mujeres mayores lloraban. Aunque espió por encima de las cabezas de los espectadores no logró ver nada. Se volvió hacia un hombre de barba, que llevaba a un niño sobre los hombros, y le preguntó qué ocurría. El hombre no lo sabía. Había oido decir que había un muerto, pero no estaba seguro.

—¿Anne—Marie? —preguntó.

Una mujer delante de ella se volvió e inquirió a su vez, aterrada, como si se refiriera a un ser querido:

—¿La conoce?

—Un poco —repuso Helen, dubitativa—. ¿Puede decirme que ha ocurrido?

Involuntariamente, la mujer se llevó la mano a la boca, como para impedir que salieran las palabras. Pero de todos modos repuso:

—El niño...

—¿Kerry?

—Alguien entró en la casa por la parte de atrás y le abrió la garganta.

Helen sintió otra vez el sudor. En su imaginación, los papeles se elevaron y cayeron en el patio de Anne—Marie.

—No —musitó.

—Tal como se lo cuento.

Helen miró a la trágica que intentaba venderle aquella atrocidad y repitió:

—No.

Resultaba increíble; sin embargo, sus negaciones no lograron acallar la horrible comprensión de los hechos que la embargaba.

Le dio la espalda a la mujer y se abrió paso entre la multitud. Sabía que no habría nada que ver, y aunque lo hubiera, no tenía deseos de mirar. Aquella gente —continuaban saliendo de sus casas a medida que se propagaba la noticia— exhibía un apetito que le daba asco. Ella no pertenecía a aquel lugar, jamás sería como ellos. Sintió deseos de abofetear aquellas caras ansiosas para infundirles un poco de buen tino y de decirles: «Están espiando el dolor y la pena. ¿Por qué? ¿Por qué?». Pero le faltó coraje. El asco le había quitado todo menos la energía de alejarse de allí, dejando a la multitud con su diversión.

Trevor había vuelto a casa. Ni siquiera intentó explicar su ausencia, se limitó a esperar a que ella le interrogase. Cuando Helen no lo hizo exhibió una fácil afabilidad que resultó peor que su silencio expectante. Fue ligeramente consciente de que su falta de interés era quizás más incomoda para él que la teatralidad que esperaba. A Helen le daba igual.

Sintonizó la radio en la emisora local y escuchó las noticias. Le confirmaron lo que la mujer de la multitud le había dicho. Kerry Latimer había muerto. Una o varias personas desconocidas habían logrado acceder a la casa por el patio trasero y asesinar al niño mientras jugaba en el suelo de la cocina. Un portavoz de la policía profirió las mismas perogrulladas de siempre; se refirió a la muerte de Kerry como a un «crimen incalificable», y al asesino como a un «individuo peligroso y mentalmente perturbado». Por un momento, la retórica fue justificada; la voz del hombre tembló perceptiblemente al describir la escena que habían hallado los oficiales en la cocina de la casa de Anne-Marie.

—¿Escuchando la radio? —preguntó Trevor como quien no quiere la cosa, cuando Helen hubo sintonizado tres boletines consecutivos.

No vio motivo para ocultarle la experiencia vivida en la calle Spector; tarde o temprano se enteraría. Fríamente y sin reservas, le refirió lo ocurrido en Butts' Court.

—La tal Anne-Marie es la mujer que viste por primera vez cuando fuiste a la urbanización, ¿no?

Asintió, con la esperanza de que no le formulara demasiadas preguntas. Estaba a punto de echarse a llorar, y no tenía intención de ceder delante de su marido.

—Entonces estabas en lo cierto.

—¿Cómo en lo cierto?

—Sí, tenías razón, en ese lugar hay un maniaco.

—Pero el niño...

Se levantó, fue hasta la ventana y miró hacia la calle oscurecida, dos pisos mas abajo. ¿Por qué sentía la necesidad de rechazar la teoría de la conspiración con tanta urgencia? ¿Por qué rogaba que Purcell tuviera razón, y que todo lo que le habían contado fueran mentiras? Una y otra vez repasó mentalmente la forma en que Anne-Marie la había tratado aquella mañana: estaba pálida, temblorosa, a la expectativa. Se había comportado como si esperara la llegada de alguien, ansiosa por alejar a las visitas no deseadas para dedicarse otra vez a la espera. Pero ¿qué esperaría, o a quién? ¿Era posible que Anne-Marie conociera al asesino? ¿Que lo hubiese invitado a entrar en la casa?

—Espero que encuentren a ese animal —dijo, sin dejar de mirar hacia la calle.

—Lo encontrarán —repuso Trevor—. Mira que asesinar a un bebé, por el amor de Dios. Le darán prioridad al caso.

En la esquina apareció un hombre, se volvió y silbó. Un enorme perro alsaciano se le acercó y los dos partieron hacia la catedral.

—El perro —murmuró Helen.

—¿Qué?

Después de todo lo ocurrido se había olvidado del perro. La invadió otra vez el asombro que había sentido cuando el animal saltó a la ventana.

—¿Qué perro? —insistió Trevor.

—Hoy volví a la casa, aquella donde tomé las fotos de los *graffiti*. Había un perro. Estaba encerrado.

—¿Y qué?

—Se morirá de hambre. Nadie sabe que está allí.

—¿Cómo sabes que no lo encerraron expresamente?

—Es que hacía un ruido...

—Los perros suelen ladrar —repuso Trevor—. Es para lo único que sirven.

—No... —dijo ella en voz baja, recordando los ruidos que había oído a través de la ventana tapiada—. No ladraba...

—Olvídate del perro. Y del niño. No hay nada que tú puedas hacer. Sólo pasabas por allí.

Aquellas palabras fueron un eco de sus propios pensamientos de aquella mañana, pero de alguna forma —por motivos que no lograba expresar con palabras— esa convicción se había ido desvaneciendo con el paso de las horas. No pasaba por allí, sin más. Nadie pasa por ahí, sin más; la experiencia siempre deja su marca. A veces sólo arañaba; en ocasiones arrancaba miembros enteros. Desconocía la gravedad de la herida, pero sabía que era más profunda de lo que lograba comprender, y la asustaba.

—Se nos ha acabado la bebida —dijo Helen, sirviéndose el resto de whisky en el vaso.

Trevor pareció alegrarse de contar con un motivo para complacerla y le dijo:

—Iré a buscar una o dos botellas, ¿te parece?

—Sí, si quieres —repuso ella.

Estuvo fuera sólo media hora; Helen deseó que hubiese tardado más. No tenía ganas de hablar; sólo quería sentarse y reflexionar sobre la inquietud que sentía en el estómago. Aunque Trevor había pasado por alto su preocupación por el perro —y quizás su actitud fuera justificada—, Helen no lograba evitar que su imaginación regresara al chalet tapiado y viera otra vez la cara enfurecida de la pared del dormitorio y oyera los gruñidos amortiguados del animal mientras arañaba las tablas de la ventana. A pesar de lo que Trevor le había dicho, Helen no creía que utilizaran la casa como perrera. No, el perro estaba allí apresado, no cabía duda, y daba vueltas y vueltas y, en su desesperación, se veía obligado a comerse sus propias heces, enloqueciendo más y más a medida que pasaba el tiempo. Empezó a temer que alguien —niños en busca de más madera para la hoguera, quizás— entrase en aquella casa sin saber lo que contenía. No temía por la seguridad de los intrusos, sino que el perro, una vez liberado, fuera a buscarla. Sabría donde estaba (al menos eso deducía en su estado de ebriedad) guiándose por el olfato.

Trevor regresó con el whisky y bebieron juntos hasta la madrugada; entonces, le entraron ganas de vomitar. Se refugió en el cuarto de baño, mientras Trevor le preguntaba desde fuera si necesitaba algo, y ella le contestaba débilmente que la dejara sola. Una hora después, cuando salió, Trevor se había ido a la cama. No se acostó con él, sino que se echó en el sofá y dormitó hasta el amanecer.

El asesinato fue noticia. A la mañana siguiente ocupó la primera plana de todos los diarios sensacionalistas, y páginas de importancia en los periódicos más serios. Aparecieron fotos de la desesperada madre mientras la sacaban de su casa, y otras, borrosas pero potentes, tomadas por encima de la pared del patio trasero y a través de la puerta abierta de la cocina. ¿Lo que había en el suelo sería sangre o una sombra?

Helen no se molestó en leer los artículos —la jaqueca la hizo rebelarse ante esa idea—, pero Trevor, que había comprado los periódicos, se mostró ansioso por hablar. Helen no logró precisar si de ese modo procuraba hacer las paces, o si su interés en el tema era genuino.

—La mujer está bajo custodia —le dijo, leyendo atentamente el *Daily Telegraph*.

Era un periódico cuya tendencia política no compartía, pero tenía fama de cubrir detalladamente los crímenes violentos.

Por más que Helen no lo deseara, el comentario le llamó la atención.

—¿Anne-Marie bajo custodia? —inquirió.

—Sí.

—Déjame ver.

Le entregó el periódico y ella le echó un vistazo a la página.

—Tercera columna —le indicó Trevor.

Encontró el artículo, y allí estaba por escrito. Anne-Marie quedaba bajo custodia para ser interrogada; debía justificar el lapso de tiempo transcurrido entre la hora estimada de la muerte del niño y la hora en que fue informado el hecho. Helen volvió a releer los párrafos relevantes, para

asegurarse de que lo había entendido bien. Lo había entendido perfectamente. El forense calculaba que Kerry había muerto entre las seis y las seis y media de aquella mañana, y el asesinato no habría sido denunciado hasta las doce.

Leyó la nota por tercera, por cuarta vez, pero la repetición no cambió los terribles hechos. El niño había sido asesinado antes del amanecer. Y cuando ella había estado en la casa aquella mañana, Kerry llevaba muerto cuatro horas. El cadáver estaba en la cocina, a unos metros del vestíbulo, donde se encontraba Anne—Marie, y no le había dicho nada. ¿Qué significado tenía aquella actitud de expectación que Helen le había provocado? ¿Qué esperaba una señal para coger el teléfono y llamar a la policía?

—Dios mío... —dijo Helen, y dejó caer el periódico.

—¿Qué pasa?

—Tengo que ir a la policía.

—¿Por qué?

—Para informarles que fui a casa de Anne—Marie —respondió. Trevor pareció desconcertado—. La criatura estaba muerta, Trevor. Cuando vi a Anne—Marie ayer por la mañana, Kerry ya estaba muerto.

Telefoneó al número que se indicaba en el diario para quienes desearan aportar información y, media hora más tarde, un coche de la policía pasó a recogerla. En las dos horas de interrogatorio ocurrieron muchas cosas que la asombraron; una de ellas fue que nadie había informado a la policía de su presencia en la urbanización, aunque seguramente la habrían notado.

—No quieren saber nada —le informó el detective—. Cualquiera diría que un lugar como ése estaría plagado de testigos. Si es así, no quieren presentarse. Un crimen semejante...

—¿Es el primero? —inquirió.

El detective la miró desde el otro lado del caótico escritorio y le preguntó:

—¿El primero?

—Me han contado ciertas cosas sobre la urbanización. Hubo unos crímenes este verano.

El detective negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Hubo una avalancha de atracos; una mujer hospitalizada durante una semana o así. Pero crímenes no.

El detective le caía bien. Sus ojos la adulaban con aquellas miradas lentes, y le gustaba su franqueza. Sin importarle si parecía tonta o no, comentó:

—No entiendo por qué mienten así. Mira que decir que le habían arrancado los ojos a una víctima...

El detective se rascó la prominente nariz y le dijo:

—A nosotros también nos pasa. Aquí nos llega gente que confiesa todo tipo de porquerías. Algunos se pasan toda la noche hablando de cosas que han hecho, o creen haber hecho. Lo explican con todo lujo de detalles. Y cuando hacemos un par de llamadas, resulta que todo es inventado. Están locos.

—Tal vez si no vinieran aquí a contar esas historias... saldrían a la calle y lo harían de verdad.

—Es verdad —admitió el detective—. Dios nos libre si así fuera.

—Y las historias que le habían contado a ella? ¿Eran confesiones de crímenes no cometidos? ¿Relatos de lo peor que pudiera uno imaginar para evitar que la ficción se convirtiera en realidad? La idea se mordía la cola: aquellas terribles historias necesitaban una causa primera, una fuente de la cual manar. Mientras regresaba andando a su casa, por calles atestadas, se preguntó cuántos de sus conciudadanos conocían semejantes historias. ¿Serían esas invenciones moneda corriente, como había sostenido Purcell? ¿Había un lugar en cada corazón, por pequeño que fuera, reservado a lo monstruoso?

—Ha llamado Purcell —le informó Trevor cuando regresó a casa—. Para invitarnos a cenar.

No le gustaba la idea y puso mala cara.

—Appollinaire, ¿te acuerdas? —le dijo él—. Prometió invitarnos a todos a cenar si probabas que estaba equivocado.

La idea de ganar una cena a costa de la muerte del hijo de Anne—Marie le pareció repugnante, y así se lo hizo saber a su marido.

—Se ofenderá si no aceptas la invitación.

—Me importa un bledo. No quiero cenar con Purcell.

—Por favor —le suplicó él en voz baja—. Se pondrá difícil; y de momento quiero mantenerlo sonriente.

Helen le lanzó una mirada. Trevor había puesto cara de perro de aguas empapado. Pensó que era un asqueroso manipulador, pero le dijo:

—Está bien, iré. Pero no esperes que me ponga a bailar sobre la mesa.

—Eso se lo dejaremos a Archie. Le dije a Purcell que mañana por la noche no teníamos ningún compromiso. ¿Te va bien?

—Cuando tú quieras, me da igual.

—Reservará mesa para las ocho de la noche.

Los periódicos de la noche relegaron La Tragedia del Pequeño Kerry a una delgada columna en las páginas interiores. En lugar de aportar nuevas, se limitaron a describir las averiguaciones realizadas casa por casa en la calle Spector. Algunas de las ediciones nocturnas mencionaron que Anne—Marie había sido puesta en libertad después de someterla a un prolongado interrogatorio, y que residía con unos amigos. También mencionaban, de pasada, que el funeral sería al día siguiente.

Esa noche, cuando se fue a dormir, Helen no tenía pensado volver a la calle Spector para asistir al funeral, pero el sueño la hizo cambiar de idea, y despertó con la decisión ya tomada.

La muerte había infundido vida a la urbanización. Al dirigirse hacia Ruskin Court desde la calle, notó que nunca había visto tanta gente afuera. Muchos flanqueaban el bordillo de la acera para observar el paso del cortejo fúnebre, y al parecer, habían conseguido su puesto mucho antes, a pesar del viento y la amenaza siempre presente de la lluvia. Algunos llevaban prendas negras —un abrigo, una bufanda—, pero la impresión general, a pesar de las conversaciones en voz baja y las expresiones estudiadas, era de celebración. Los niños corrían por allí, no afectados por la situación; los adultos, entregados al cotilleo, dejaban escapar de vez en cuando alguna carcajada. Helen captó la atmósfera de anticipación y, a pesar de la ocasión, su espíritu se sintió animado.

No era sólo la presencia de tanta gente lo que la tranquilizaba; reconoció que se sentía feliz de haber vuelto a la calle Spector. Los cuadriláteros, con sus árboles raquílicos y su césped gris, le resultaban más reales que los corredores enmoquetados sobre los que solía caminar; las caras anónimas de los balcones y de las calles significaban más que sus colegas de la universidad. En una palabra, se sentía como en casa.

Finalmente, llegaron los coches; avanzaban a paso de tortuga por las estrechas calles. Cuando apareció el coche fúnebre —el diminuto ataúd blanco cubierto de flores—, unas cuantas mujeres de la multitud manifestaron su pena en voz baja. Una espectadora se desmayó; un grupo de ansiosos se apiñó a su alrededor. Hasta los niños estaban callados.

Helen observó el cortejo sin llorar. No era de llanto fácil, especialmente si se encontraba en compañía. Cuando el segundo coche, en el que viajaban Anne—Marie y dos mujeres más, pasó delante de ella, Helen notó que la desolada madre no exhibía en público su pena. Parecía casi elevada por la ceremonia: sentada bien erguida en la parte trasera del coche, sus facciones pálidas fueron fuente de gran admiración. Le pareció un pensamiento amargo, pero Helen tuvo la impresión de que veía a Anne—Marie en su mejor momento; un día especial en una vida anónima durante el cual sería el centro de atención. Lentamente, el cortejo se alejó y desapareció de la vista.

La multitud que rodeaba a Helen comenzó a dispersarse. Se apartó de los pocos plañideros que seguían junto al bordillo y comenzó a andar en dirección a Butts' Court. Tenía intención de regresar al chalet tapiado para ver si el perro continuaba allí. Si así ocurría, para aliviar sus preocupaciones buscaría a algún encargado de la urbanización y lo pondría al tanto.

A diferencia de las demás plazoletas, el cuadrilátero aquel estaba prácticamente vacío. Tal vez los residentes, al ser vecinos de Anne—Marie, habrían ido al Crematorio para asistir a la ceremonia. Fuera cual fuese el motivo, se encontraba pavorosamente desierto. Sólo quedaban los niños, que jugaban alrededor de la pirámide de la hoguera; los ecos de sus voces se oían por la plaza vacía.

Llegó al chalet y se sorprendió al encontrar la puerta otra vez abierta, igual que la primera vez. Al ver el interior sintió un mareo. Cuántas veces, en los pasados días, se había imaginado allí de pie, mirando hacia la oscuridad del interior. No había sonido alguno. Seguramente, el perro habría escapado, o se habría muerto. No ocurriría nada malo si volvía a entrar por última vez, simplemente a echarle un vistazo a la cara de la pared, y al lema que la acompañaba.

Dulces para los dulces. Nunca había buscado los orígenes de la frase. Daba igual. Fuera cual fuese su significado, allí se transformaba, igual que todo, ella incluida. Permaneció unos instantes en

la habitación del frente, para darse tiempo a saborear lo que la esperaba. A sus espaldas, muy lejos, los niños chillaban como pájaros enloquecidos.

Pasó por encima de un montón de muebles y se dirigió hacia el corredor que comunicaba la sala con el dormitorio, demorando el encuentro final. El corazón le latía con fuerza; una sonrisa le jugueteaba en los labios.

Y allí, por fin, el retrato se levantó, atrayente como nunca. En la oscura habitación, dio un paso atrás para admirarlo con más plenitud, y tropezó con el colchón, que seguía en una esquina del cuarto. Miró hacia abajo. Alguien le había dado la vuelta al escuálido lecho, para exponer su cara no dañada. Sobre él yacían varias mantas y una almohada envuelta en trapos. Entre los pliegues de la manta de arriba brillaba una cosa. Se agachó para observar más de cerca y encontró un puñado de dulces —chocolates y caramelos— envueltos en papel brillante. Y entre ellos, amontonadas, aunque no tan atractivas ni tan dulces, una docena de cuchillas de afeitar. Varias de ellas estaban manchadas de sangre. Volvió a ponerse en pie para apartarse del colchón, y al hacerlo, un zumbido le llegó desde la habitación contigua. Se volvió; la luz del dormitorio disminuyó cuando una figura penetró en la garganta que se interponía entre ella y el mundo exterior. La silueta recortada contra la luz le impidió ver al hombre que estaba de pie en el vano de la puerta, pero lo olió. Olía a caramelo; y el zumbido iba con él, o estaba en él.

—He venido a mirar..., a mirar el dibujo —dijo Helen.

El zumbido continuó; era como el sonido de una tarde soñolienta y lejana. El hombre no se movió del vano de la puerta.

—Debo marcharme —prosiguió Helen; sabía que por más que se esforzara, cada una de sus palabras destilaba terror—. Me esperan...

No era del todo mentira. Esa noche estaban todos invitados a cenar en Appollinaire. Pero eso era a las ocho; todavía faltaban cuatro horas. No echarían de menos su presencia durante varias horas.

—Si me disculpa usted...

El zumbido se había acallado un poco, y en el silencio, el hombre del vano de la puerta habló. Su voz sin acento era casi tan dulce como su aroma.

—No hace falta que se marche todavía —susurró.

—Me esperan en...

Aunque no lograba verle los ojos, sintió que la miraban, y que le provocaban somnolencia, igual que el verano que le cantaba en la cabeza.

—He venido a buscarla —le dijo el hombre.

Repitó mentalmente las cuatro palabras. *He venido a buscarla*. Si ocultaban una amenaza, no fueron proferidas como tal.

—No..., no lo conozco.

—No —murmuró el hombre—. Pero dudó de mí.

—¿Dudé de usted?

—No se conformó con las historias, con lo que escribían en las paredes. Por eso me vi obligado a venir.

La somnolencia la obligaba a pensar con lentitud, pero comprendió la esencia de lo que el hombre le decía. Que era una leyenda, y que al no creer en él, lo había obligado a mostrar sus manos. Bajó la vista para ver aquellas manos. Le faltaba una. En su lugar había un gancho.

—Habrá culpas —prosiguió él—. Dirán que sus dudas derramaron sangre inocente. Pero yo digo: ¿para qué sirve la sangre, sino para ser derramada? Y con el tiempo, las preguntas quedarán atrás. La policía se irá, las cámaras enfocarán nuevos horrores, y volverán a estar solos para contar más historias sobre el caramelero.

—¿Caramelero?

Su lengua apenas logró pronunciar aquella palabra inocente.

—He venido a buscarla —murmuró en voz tan baja que la seducción flotó en el aire.

Al hablar, avanzó por el corredor y se colocó en la luz.

Lo conocía, no había duda. Lo había conocido desde siempre, en aquel lugar reservado a los terrores. Era el hombre de la pared. El pintor del retrato no había plasmado una fantasía: el dibujo que aullaba desde la pared se reproducía en cada detalle en el hombre que tenía ante sus ojos. Brillaba tanto que resultaba chillón: tenía la piel amarilla como la cera, los labios finos de color azul pálido, los ojos enloquecidos brillaban como si los iris fueran rubíes engarzados. La chaqueta era un

puro parche, igual que los pantalones. Le pareció casi ridículo, con aquel abigarramiento manchado de sangre, y el leve toque de barra de labios en las melillas cetrinas. Pero la gente era superficial. Aquel despliegue era necesario para mantener su atención. Milagros, asesinatos, demonios liberados, piedras rodando de las tumbas. El barato encanto no corrompía el sentido oculto. En la historia natural de la mente, sólo las plumas brillantes atraen a las especies para aparearse con su yo secreto.

Helen quedó encantada. Por su voz, por sus colores, por el zumbido de su cuerpo. Pero luchó por resistirse al arroamiento. Bajo aquel despliegue rebuscado había un monstruo; su nido de cuchillas yacía a los pies de Helen, todavía empapadas en sangre. ¿Dudaría en cortarle la garganta una vez que le pusiera las manos encima?

Cuando el caramelero avanzó hacia ella, Helen se agachó, agarró la manta y se la lanzó. Una lluvia de cuchillas de afeitar y de dulces le cayó sobre los hombros. Le siguió la manta, cegándolo. Pero antes de que lograse aprovechar el momento para alejarse de él, la almohada que estaba sobre la manta rodó ante sus pies.

No era una almohada. Fuera cual fuese el contenido del solitario ataúd blanco que había visto en el coche fúnebre, no era el cuerpo de Kerry. El cadáver estaba allí, a sus pies, con la cara exangüe vuelta hacia ella. Estaba desnudo. Su cuerpo mostraba por todas partes las marcas dejadas por las atenciones del malvado.

En el breve instante que Helen tardó en comprender aquel último horror, el caramelero se deshizo de la manta. Al luchar por escapar de entre sus pliegues, se le había desabrochado la chaqueta. y Helen vio —aunque sus sentidos protestaron— que el contenido de aquel torso se había podrido, y que el agujero estaba ocupado por un nido de abejas. Habían formado un enjambre en la bóveda de su pecho, y con su masa hirviente recubrían cual costra los restos de carne que allí colgaban. El caramelero sonrió al notar la repugnancia de Helen.

—Dulces para los dulces —murmuró él, y tendió la mano ganchuda hacia la cara de Helen.

Ya no podía ver la luz del mundo exterior, ni oír a los niños que jugaban en Butts' Court. No había manera de huir hacia un mundo más cuerdo. Sólo podía ver al caramelero: sus miembros carecían de fuerzas para mantenerlo alejado.

—No me mate —susurró.

—¿Crees en mí?

—¿Cómo no hacerlo? —preguntó a su vez, asintiendo levemente.

—¿Entonces por qué quieres vivir?

No lo comprendía, y temía que su ignorancia resultara fatal, por eso permaneció callada.

—Si aprendieras de mí, aunque fuera un poco..., no implorarías vivir. —Su voz era un susurro—. Soy el rumor —le cantó al oído—. Es una condición dichosa, créeme. Vivir en los sueños de la gente, ser susurrado en las esquinas, pero no tener que ser. ¿Lo entiendes?

Su cuerpo fatigado lo entendía. Sus nervios, cansados de tanta crispación, lo entendían. La dulzura que ofrecía era la vida sin tener que vivir; era estar muerto, pero siendo recordado en todas partes; era la inmortalidad de los cotilleos y los *graffiti*.

—Sé mi víctima —le dijo.

—No... —murmuró Helen.

—No te forzaré —repuso él, como un perfecto caballero—. No te obligaré a morir. Pero piensa, piensa. Si te mato aquí, si te abro con mi gancho... —Con el gancho de la mano trazó el recorrido de la herida prometida. Iba de la ingle hasta el cuello—. Piensa cómo marcarían este sitio con sus conversaciones... Lo señalarían con el dedo cada vez que pasaran por delante y dirían: «Aquí murió la mujer de los ojos verdes». Tu muerte se convertiría en parábola con la que asustar a los niños. Los amantes la utilizarían como excusa para abrazarse con más fuerza...

No se había equivocado: aquello era una seducción.

—¿Acaso la fama ha sido alguna vez tan fácil? —preguntó él.

—Preferiría que me olvidaran —repuso Helen, meneando la cabeza—, antes que ser recordada de ese modo.

El caramelero se encogió levemente de hombros.

—¿Qué saben los buenos, salvo lo que los malos les enseñan mediante sus excesos? —inquirió el caramelero. Y levantando la mano ganchuda, agregó—: He dicho que no te obligaría a morir, y seré fiel a mi palabra. Pero deja al menos que te bese...

Avanzó hacia ella. Helen murmuró una amenaza absurda, que él pasó por alto. El volumen del zumbido había aumentado. La idea de tocar aquel cuerpo, de la proximidad de los insectos, era horrenda. Con esfuerzo, levantó los brazos plomizos para impedirle avanzar.

Su asquerosa cara eclipsó el dibujo de la pared. El sonido de las abejas aumentó; algunas, excitadas, habían subido hasta su garganta y le salían volando por la boca. Se le rezagaban en los labios, en el pelo.

Le rogó una y otra vez que la dejara en paz, pero no logró apaciguarlo. Finalmente, ya no le quedó dónde retirarse; a sus espaldas estaba la pared. Intentando evitar los picotazos, le puso las manos sobre el pecho y lo empujó. Al hacerlo, el caramelero la aferró por la nuca; el gancho le arañó la piel sonrojada de la garganta. Sintió manar la sangre; estaba segura de que le abriría la yugular de un terrible zarpazo. Pero le había dado su palabra y la mantuvo.

Excitadas por aquella repentina actividad, las abejas volaron en todas direcciones. Las sintió moverse sobre su cuerpo, buscando trocitos de cera en sus oídos y de azúcar en sus labios. No intentó ahuyentárlas. El gancho estaba posado sobre su cuello. Si se movía, le abriría una herida. Estaba atrapada, como en las pesadillas de su niñez, en un callejón sin salida. Cuando los sueños la conducían a aquel estado desesperado —demonios acechando por todas partes para descuartizarla—, siempre quedaba un último recurso: rendirse, abandonar toda ambición por la vida, y entregar su cuerpo a la oscuridad. Cuando la cara del caramelero se apretó contra la suya y el sonido de las abejas apagó incluso el rumor de su propia respiración, jugó esa carta oculta. Y al igual que en los sueños, el cuarto y el malvado se borraron y desaparecieron.

Despertó de la luz a la oscuridad. Por unos instantes colmados de terror no supo dónde se encontraba, pero luego lo recordó. No sentía dolor alguno. Se llevó la mano al cuello; a excepción del corte provocado por el gancho, estaba intacto. Notó que se hallaba tendida en el colchón. ¿La habría atacado después de haber sufrido un desmayo? Con delicadeza se revisó el cuerpo. No sangraba; la ropa estaba intacta y en su sitio. Al parecer el caramelero sólo había pretendido un beso.

Se sentó. Por la ventana tapiada se colaba muy poca luz; y por la puerta principal, ninguna. Tal vez estuviera cerrada. Pero no, logró oír a alguien susurrar en el umbral. La voz de una mujer.

No se movió. Aquella gente estaba loca. Desde un principio sabían que su presencia en Butts' Court atraería al caramelero, y le habían protegido a él, a aquel psicópata almibarado; le habían dado una cama y le habían regalado bombones, ocultándolo a las miradas curiosas, y se habían callado la boca cuando tiñó sus portales de sangre. Incluso Anne-Marie, sin una lágrima, en el vestíbulo de su casa, cuando sabía que su hijo estaba muerto a escasos metros de allí.

¡La criatura! Era la prueba que necesitaba. De alguna manera habían conspirado para sacar el cadáver del ataúd (¿qué habrían puesto en su lugar, un perro muerto?) y lo habían llevado hasta allí —al tabernáculo del caramelero— como si fuera un juguete, o un amante, Se llevaría consigo a Kerry —lo entregaría a la policía— y referiría toda la historia. Creyesen lo que creyesen —y sin duda sería muy poco—, el cadáver del niño constituía un hecho incontestable. De ese modo, algunos de los locos sufrirían por su conspiración. Sufrirían por el sufrimiento de ella.

El murmullo proveniente de la puerta había cesado. Alguien se dirigía hacia el dormitorio. Iba sin luces. Helen se acurrucó con la esperanza de que no la detectaran.

En el vano de la puerta asomó una silueta. La oscuridad era demasiado impenetrable como para que lograra discernir algo más que una figura delgada, que se agachó y recogió un bulto del suelo. Una melena rubia le permitió reconocer a Anne-Marie; el bulto que había recogido era, sin duda, el cadáver de Kerry. Sin mirar en dirección a Helen, la madre se dio media vuelta y salió del dormitorio.

Helen se quedó escuchando mientras los pasos se alejaban por la sala. Se puso de pie rápidamente y se dirigió hacia el corredor. Desde allí logró distinguir vagamente la silueta de Anne-Marie en el portal del chalet. En el cuadrilátero de afuera no había luces. La mujer desapareció y Helen la siguió tan rápidamente como le fue posible con los ojos fijos en la puerta. Tropezó una vez, y otra, pero llegó a la puerta a tiempo para ver la silueta vaga de Anne-Marie en la noche.

Salió del chalet, al aire libre. Hacia frío. No había estrellas. Las luces de los balcones y de los corredores estaban apagadas; tampoco había luces en los apartamentos, ni siquiera el brillo de un televisor. Butts' Court estaba desierto.

Titubeó un instante antes de ir tras la muchacha ¿Por qué no se marchaba ahora? La cobardía la azuzaba a regresar al coche. Pero si así lo hacía, los conspiradores tendrían tiempo de ocultar el cuerpo del niño. Y cuando regresara con la policía, sólo encontraría bocas cerradas y encogimiento de hombros; le dirían que había imaginado el cadáver y al caramelero. Los terrores que había

experimentado volverían a convertirse en rumores, en palabras garabateadas sobre una pared. Y mientras viviera, se odiaría por no haber buscado la cordura.

Fue tras la muchacha. Anne—Marie no rodeó el cuadrilátero, sino que se dirigió hacia el centro de la plazoleta. ¡A la hoguera! ¡Sí, a la hoguera! Se elevaba ante Helen, más negra que el cielo nocturno. Apenas logró discernir la silueta de Anne—Marie acercándose al borde de la pila de maderas y muebles y agachándose para internarse en su centro. Así era como pensaban eliminar la prueba. Sepultar al niño no era suficiente; ahora bien, si lo quemaban y molían los huesos... ¿quién iba a enterarse?

Permaneció a unos diez metros de la pirámide y observó cómo salía Anne—Marie de ella y se alejaba, su silueta fundida en la oscuridad.

Rápidamente; Helen atravesó el césped crecido y localizó el estrecho espacio entre las maderas apiladas por el que Anne—Marie había introducido el cadáver. Le pareció ver el pálido bullo; lo había depositado en un hueco. Pero no lograba llegar hasta él. Agradeció a Dios el ser tan delgada como la madre y pasó apretadamente por la estrecha abertura. El vestido se le enganchó en un clavo. Se volvió para desengancharlo con dedos temblorosos. Cuando se dio otra vez la vuelta, había perdido de vista el cadáver.

Tanteó desmañadamente, sin ver nada, y sus manos sólo encontraron maderas y trapos y lo que parecía el respaldo de un viejo sillón, pero no la fría piel del niño. Se había vuelto insensible al contacto con el cadáver; en las últimas horas había pasado por cosas peores que recoger el cuerpo sin vida de una criatura. Resuelta a no dejarse derrotar, avanzó un poco más; se le lastimaron las espinillas y los dedos se le llenaron de astillas. Le dolían los ojos, y de soslayo alcanzó a distinguir unos chispazos luminosos. La sangre le silbaba en los oídos. ¡Pero allí estaba! El cuerpo se encontraba a apenas un metro de ella. Se agachó para pasar por debajo de una viga, pero al tender la mano, no alcanzó el solitario bullo. Se estiró más; el zumbido aumentó en su cabeza, pero no alcanzó a llegar hasta la criatura. Sólo le restaba doblarse en dos y meterse por el agujero del escondite, en el centro de la hoguera.

Le costó trabajo pasar. El espacio era tan reducido que apenas pudo arrastrarse a cuatro patas, pero lo logró. El niño yacía boca abajo. Luchó contra los vestigios de repugnancia y lo recogió. Al hacerlo, algo le cayó sobre el brazo. La sorpresa la asustó. A punto estuvo de gritar, pero se tragó el miedo y espantó aquella molestia, que levantó el vuelo con un zumbido. El silbido que se elevaba en sus oídos no era su sangre, sino la colmena.

—Sabía que vendrías —dijo una voz a sus espaldas, y una mano enorme le tapó la cara.

Helen cayó hacia atrás y el caramelero la abrazó.

—Tenemos que irnos —le dijo al oído, mientras una luz temblona se desparramaba por entre las maderas apiladas—. Hemos de emprender el viaje tú y yo.

Luchó por librarse de él, por gritarles para que no encendieran la hoguera, pero él la sujetaba amorosamente. La luz aumentó y con ella llegó el calor; y a través de las primeras llamas vio que de la oscuridad de Butts' Court iban saliendo unas siluetas que se acercaban a la pira. Habían estado allí todo el rato, esperando, con las luces apagadas en sus casas y en los corredores. Su conspiración final.

La hoguera prendió con fuerza, pero por un truco de su construcción, las llamas no invadieron demasiado de prisa su escondite; el humo tampoco reptó por entre los muebles para sofocarla. Vio cómo brillaban las caras de los niños, cómo sus padres les ordenaban que no se acercaran demasiado y cómo desobedecían; cómo las viejas, de sangre débil, se calentaban las manos y sonreían a las llamas. Al cabo de un rato, el rugido y el crepititar fueron ensordecedores, y el caramelero la dejó gritar hasta quedar sin voz, porque sabía que nadie la oiría, y aunque lo hicieran, no se habrían movido para sacarla del fuego.

Las abejas abandonaron el vientre del malvado cuando el aire se tornó más caliente, y enmarañaron el aire con su vuelo aterrador. Algunas se quemaban al intentar la huida y caían al suelo como diminutos meteoros. El cadáver de Kerry, que yacía junto a las llamas, comenzó a arder. El delicado cabello se le llenó de humo; la espalda se le ampolló.

El calor trepó a la garganta de Helen y chamuscó sus súplicas. Exhausta, cayó en los brazos del caramelero y se resignó a su triunfo. Dentro de poco emprenderían el viaje, como le había prometido, y no había manera de evitarlo.

Quizá la recordarían, tal como él le había dicho, al hallar su cráneo partido entre la cenizas. Con el tiempo, tal vez se convertiría en una historia con la que asustar a los niños. En cuanto a su seductor, se echó a reír cuando el fuego los encontró. Para él no había permanencia en aquella noche de muerte. Sus hechos estaban en cientos de muros y en diez mil bocas, y si volvían a dudar de él, su congregación lo mandaría llamar con dulzura. Tenía motivos para reír. Mientras las llamas

iban envolviéndolos, ella también tuvo motivos para reír, porque a través del fuego, entre los espectadores, vio acercarse una cara familiar. Era Trevor. Había ido en su busca.

Lo vio preguntar a los vecinos, y a éstos negar con la cabeza, sin dejar de observar la pira con una sonrisa sepultada en los ojos. Pobre infeliz, pensó Helen, continuaba con sus bufonadas. Deseó que mirara más allá de las llamas con la esperanza de que la vieran arder. No tanto para que la salvara de la muerte —hacía tiempo que había perdido esa esperanza— sino porque le daba lástima verlo tan perplejo y quería proporcionarle, aunque no se lo agradeciese, algo que lo obsesionara, que lo persiguiera. Eso, y una historia que contar.

LA MADONNA

Jerry Coloqhoun esperó en la escalinata de las Piscinas de Leopold Road durante más de treinta y cinco minutos antes de que Garvey apareciera; poco a poco sus pies fueron perdiendo sensibilidad a medida que el frío se le colaba por la suela de los zapatos. Se juró a sí mismo que llegaría la hora en que sería él quien hiciera esperar a los demás. En realidad, tal prerrogativa no tardaría en verificarce, si lograba convencer a Ezra Garvey para que invirtiera en el Domo del Placer. Aquello requeriría una sed de riesgo y un capital sustancial, y sus contactos le habían asegurado que Garvey, a pesar de su reputación, poseía ambos elementos en abundancia. De dónde venía el dinero de Garvey no era un punto de los procedimientos, al menos así se había convencido Jerry. En los últimos seis meses, varios plutócratas mucho más agradables habían rechazado su proyecto; en semejantes circunstancias, la delicadeza de sentimientos era un lujo que apenas podía permitirse.

No estaba del todo sorprendido por la renuncia de los inversores. Eran tiempos difíciles, y no se podía aceptar riesgos a la ligera. Además, hacía falta cierta imaginación —facultad no muy abundante entre los adinerados que había conocido— para ver las Piscinas transformadas en el reluciente complejo de diversiones que él tenía pensado. Pero sus investigaciones le habían convencido de que en una zona como aquella —donde las casas al borde de la demolición eran compradas y restauradas por una generación de sibaritas de clase media— las instalaciones que el había planeado no podían dejar de dar dinero.

Había otro aliciente más. El Ayuntamiento, propietario de las Piscinas, estaba ansioso por deshacerse de la finca del modo más expeditivo posible, porque los acreedores acosaban. La persona a la que Jerry había sobornado en la Dirección de Servicios Comunitarios —el mismo hombre que había robado alegremente las llaves de la finca por dos botellas de ginebra— le había comentado que el edificio podía adquirirse por nada si la oferta se hacía rápidamente. Todo era cuestión de buena coordinación, y de llegar a tiempo.

Cualidad de la que, al parecer, Garvey carecía. Cuando por fin se presentó, el entumecimiento se había desplazado al norte de las rodillas de Jerry, y ya no estaba de tan buen humor. Sin embargo, no dio señales de ello cuando Garvey se bajó de un Rover conducido por su chófer y se acercó a la escalinata. Jerry sólo había hablado con él por teléfono y se esperaba un hombre más corpulento, aunque a pesar de la falta de estatura, no había manera de dudar de la autoridad de Garvey. Aquella autoridad se le notaba en la abierta mirada de evaluación que le echó a Coloqhoun, en sus rasgos nada felices, en el traje inmaculado.

Se estrecharon la mano.

—Me alegra conocerle, señor Garvey.

El hombre asintió con la cabeza, pero no le devolvió el cumplido. Jerry no veía la hora de guarecerse del frío, y por eso abrió la puerta principal y lo condujo hasta el interior.

—Sólo dispongo de diez minutos —dijo Garvey.

—Muy bien —repuso Jerry—. Sólo quería enseñarle la distribución.

—¿Ha estudiado el edificio?

—Por supuesto.

Era mentira. Jerry sólo había estado en el edificio en el mes de agosto, por cortesía de un contacto del Departamento de Arquitectura, y desde entonces sólo había visto el lugar desde fuera. Habían pasado cinco meses desde que entrara en el edificio, y abrigó la esperanza de que el acelerado deterioro no se hubiera apoderado definitivamente del lugar. Entraron en el vestíbulo. Olía a humedad, pero el aroma era soportable.

—No hay electricidad —explicó—. Tendremos que utilizar una linterna.

Sacó la linterna del bolsillo y enfocó el haz luminoso hacia la puerta interior. Tenía un caudado. Se quedó mirándolo sin decir palabra. Si la última vez que había estado allí, esa puerta estaba cerrada, no lo recordaba. Probó con la única llave que le habían dado, sabiendo antes de meterla en la cerradura que no serviría. Maldijo por lo bajo, repasando mentalmente las opciones disponibles. O bien Garvey y él se daban media vuelta y dejaban las Piscinas con sus secretos —si el moho, la podredumbre y un techo a punto de venirse abajo podían clasificarse como secretos—, o bien intentaba entrar por la fuerza. Le echó un vistazo a Garvey, que había sacado un prodigioso cigarro del bolsillo y le daba ligeros toques con una llama; se formó una nube de humo aterciopelado.

—Lamento el contratiempo —dijo.

—Son cosas que pasan —repuso Garvey, claramente imperturbable.

—Me parece que harán falta un par de brazos fuertes —dijo Jerry, sondeando a Garvey para ver qué le parecía lo de entrar por la fuerza.

—Me parece bien.

Jerry efectuó una rápida inspección del vestíbulo en busca de un implemento. En la taquilla encontró un taburete de patas metálicas. Lo sacó y fue hacia la puerta, consciente de que la mirada divertida y benigna de Garvey lo seguía a todas partes. Utilizó una de las patas a manera de palanca y rompió el candado, que cayó sobre los mosaicos del suelo con estrépito.

—Ábrete, sésamo —murmuró con cierta satisfacción, y abrió la puerta de un empellón para que pasara Garvey.

El eco producido por el ruido del candado se demoró en los pasillos desiertos por los que pasaron y fue disminuyendo hasta convertirse en un suspiro. El interior parecía más inhóspito de lo que Jerry recordaba. Las ráfagas de luz que se filtraban por los cristales enmohecidos de las claraboyas del pasillo eran de color gris azulado. La luz y las cosas iluminadas rivalizaban en melancolía. Sin duda, en otra época las Piscinas de Leopold Road habían sido un ejemplo de *art déco*, de azulejos relucientes y bonitos mosaicos en suelos y paredes. Pero no en la vida adulta de Jerry. Hacía tiempo que los mosaicos del suelo se habían levantado con la humedad, y que de las paredes los azulejos habían caído por centenares, dejando un dibujo de cerámica blanca y mortero ennegrecido como si se tratara de un enorme crucigrama carente de pistas. La atmósfera de indigencia era tan profunda que a Jerry le entraron ganas de abandonar su intento de venderle el proyecto a Garvey. Sin duda no habría esperanza de ventas por más ridículamente bajo que fuera el precio de compra. Pero Garvey parecía más interesado de lo que Jerry había creído. A grandes zancadas se internó en el pasillo, fumando el cigarrillo y gruñendo para sí mientras avanzaba. Jerry presintió que sólo una curiosidad morbosa podía empujar al magnate a adentrarse en aquel mausoleo de ecos.

—Es atmosférico. Este lugar tiene posibilidades —dijo Garvey—. No tengo reputación de filántropo, Coloqhoun, y usted ha de saberlo, pero tengo buen gusto por las cosas finas.

Se había detenido delante de un mosaico que reflejaba una indefinida escena mitológica de peces, ninfas y dioses marinos juguetones. Gruñó apreciativamente siguiendo la curva sinuosa del diseño con la punta humedecida del cigarro.

—Hoy en día no se ve mano de obra así —comentó.

—Es soberbio —dijo Jerry, aunque no le pareciera gran cosa.

—Enséñeme el resto.

El complejo había albergado en otra época gran cantidad de servicios —salas de sauna, baños turcos, baños termales—, además de las dos piscinas. Estas distintas zonas estaban conectadas por una maraña de pasadizos que, a diferencia del pasillo principal, no tenían claraboyas; allí tendrían que conformarse con la luz de la linterna. A oscuras o no, Garvey quiso ver todas las zonas públicas. Los diez minutos de los que disponía al principio se convirtieron en veinte, y luego en treinta, pues a cada rato, cuando descubría algún nuevo elemento que provocaba sus comentarios, interrumpía el recorrido. Jerry escuchaba con fingida comprensión; el entusiasmo de aquel hombre por la decoración le resultaba detestable.

—Me gustaría ver las piscinas —anunció Garvey tras haber realizado una prolífica investigación de los servicios secundarios.

Jerry lo condujo servicialmente por el laberinto hacia las dos piscinas. En un diminuto corredor, muy cerca de los baños turcos, Garvey dijo:

—Silencio.

—¿Cómo? —inquirió Jerry, parándose en seco.

—He oído una voz.

Jerry escuchó. El haz de la linterna iluminó los mosaicos del suelo, dejando una tenue luminiscencia a su alrededor que hizo palidecer el rostro de Garvey.

—No oigo...

—He dicho silencio —le ordenó Garvey.

Movió lentamente la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Jerry no oía nada. Y en ese momento, tampoco Garvey. Se encogió de hombros y le dio una chupada al cigarrillo. La voz se había apagado, ahogada por el aire húmedo.

—Un truco de los corredores —comentó Jerry—. Los ecos resultan engañosos. A veces se oye el ruido de los propios pasos que vuelven para recibirnos.

Garvey volvió a gruñir. El gruñido parecía su más valioso elemento del lenguaje.

—He oido algo —insistió, claramente insatisfecho por la explicación de Jerry.

Volvió a escuchar. En los corredores reinaba un silencio tal que se podría haber oído el sonido de un alfiler al caer al suelo. Ni siquiera se oía el tráfico de Leopold Road. Por fin, Garvey pareció contento.

—Adelante —dijo.

Jerry lo guió hacia las piscinas, aunque no conocía muy bien el camino. En varias ocasiones giraron en sentido equivocado y fueron a parar a una maraña de corredores idénticos, pero finalmente llegaron a su destino.

—Hace calor —dijo Garvey, mientras esperaba delante de la piscina más pequeña.

Jerry asintió con un murmullo. En su ansia por llegar a las piscinas no había notado que la temperatura aumentaba. Pero en cuanto se detuvo, comprobó que tenía el cuerpo bañado en sudor. El aire era húmedo, y no olía a moho, como en los demás lugares del edificio, sino que despedía un aroma más malsano, casi oprimente. Esperó que Garvey, envuelto en el humo de su cigarrillo, no percibiera el olor, porque distaba mucho de ser agradable.

—Está encendida la calefacción —dijo Garvey.

—Eso parece —asintió Jerry, aunque no entendía por qué.

Tal vez el Departamento de Ingeniería pusiera en marcha de vez en cuando el sistema de calefacción, para que no se estropeara con la inactividad. En ese caso, ¿estarían en el corazón del edificio? ¿Acaso Garvey habría oído voces de verdad? Mentalmente intentó encontrar una explicación por si se topaba con ellos.

—Las piscinas —anunció, y abrió una de las puertas dobles.

La claraboya de aquella sala estaba mucho más sucia que las del pasillo principal; por ella apenas se filtraba algo de luz. Sin embargo, Garvey no se amilanó. Traspuso el umbral y se acercó al borde de la piscina. Había poco que ver; allí, las superficies estaban cubiertas por una capa de moho de varios años. En el fondo de la piscina, apenas visible debajo de las algas, los mosaicos formaban un dibujo. Un brillante ojo de pez los miraba desde la profundidad, con un perfecto descuido.

—Siempre me ha dado miedo el agua —comentó Garvey, pensativo, mientras miraba la piscina vacía—. No se de dónde me viene.

—De la infancia —sugirió Jerry.

—¿Le parece? —repuso Garvey—. Mi mujer dice que es del útero.

—¿El útero?

—Según ella no me gustaba nadar en el útero de mi madre —repuso con una sonrisa que podía haber sido a sus propias expensas, aunque más bien parecía a expensas de su mujer.

Un sonido breve, como de algo que cae, les llegó a través de la piscina vacía. Garvey se quedó helado.

—¿Ha oído eso? —inquirió—. Aquí hay alguien más.

Su voz se había elevado de repente media octava.

—Serán ratas —repuso Jerry.

No deseaba encontrarse con los ingenieros, porque temía que le formularan preguntas incómodas.

—Deme la linterna —le ordenó Garvey, quitándosela de la mano.

Iluminó el lado opuesto de la piscina. Aparecieron una serie de vestuarios, y una puerta por la que se podía salir de la piscina. No se movió nada.

—No me gustan las alimañas —dijo Garvey.

—Es que este sitio está abandonado —comentó Jerry.

—Sobre todo si son de la especie humana —concluyó Garvey. Lanzó la linterna a las manos de Jerry—. Tengo enemigos, señor Coloqhoun. Aunque ya estara usted al tanto de mis antecedentes, ¿no es así? No soy un lirio del valle. —La preocupación de Garvey por los ruidos que creía haber escuchado adquiría un desagradable sentido. No temía a las ratas, sino que le hicieran daño físico—. Sera mejor que nos vayamos —dijo—. Enséñeme la otra piscina y habremos terminado.

—De acuerdo —dijo Jerry, tan feliz como su invitado de poder marcharse.

El incidente le había dado más calor. Sudaba copiosamente, y las gotas le caían por la nuca. Le dolía la nariz. Condujo a Garvey por el pasillo hasta la puerta de la piscina más grande y la empujó. La puerta no se abrió.

—¿Algún problema?

—Estará cerrada por dentro.

—¿Hay otra forma de entrar?

—Creo que sí. ¿Quiere que dé la vuelta por atrás?

—Le concedo dos minutos —dijo Garvey, echando un vistazo a su reloj—. Tengo varias citas.

Garvey vio desaparecer a Coloqhoun por el corredor oscuro, con la luz de la linterna marchando delante. El tipo no le caía bien. Iba demasiado bien afeitado; y calzaba zapatos italianos. No obstante, dejando de lado al padre de la idea, el proyecto tenía su mérito. A Garvey le gustaban las Piscinas y sus anexos, la uniformidad de su diseño, la banalidad de sus decoraciones. A diferencia de muchas personas, encontraba tranquilizadoras las instituciones: los hospitales, las escuelas, incluso las prisiones. Olían a orden social, aliviaban esa parte interior suya temerosa del caos. Era mejor un mundo excesivamente organizado que uno no organizado suficientemente.

El cigarro había vuelto a apagársele. Se lo llevó a los labios y encendió una cerilla. Al apagarse la primera llama, en el corredor vislumbró a una muchacha desnuda que lo estaba observado. La visión fue momentánea, pero cuando la cerilla se le cayó de los dedos y la luz se apagó, apareció en su mente, perfectamente intacta. Era joven —a lo sumo tendría quince años—, y su cuerpo, pleno. El sudor que le perlaba la piel le daba una sensualidad tal que podría haber sido producto de sus sueños. Tiró el cigarro a medio fumar, buscó otra cerilla y la encendió, pero en los escasos segundos de oscuridad la bella niña había desaparecido, dejando simplemente el aroma de su dulce cuerpo en el aire.

—Niña...—llamó.

La visión de su desnudez, y la sorpresa reflejada en aquellos ojos, le provocaron ansias de volver a verla.

—Niña...

La llama de la segunda cerilla no logró penetrar más de uno o dos metros de corredor.

—¿Estás ahí?

No podía andar muy lejos, reflexionó. Encendió una tercera cerilla y fue en su busca. Había avanzado unos cuantos pasos, cuando oyó a alguien a sus espaldas. Se volvió. La luz de la linterna iluminó el susto que llevaba en la cara. Era el de los zapatos italianos.

—No hay forma de entrar.

—No es necesario que me encandile —dijo Garvey.

El haz de luz bajó.

—Disculpe.

—Coloqhoun, aquí hay alguien. Es una chica.

—¿Una chica?

—Tal vez sepa usted algo.

—No.

—Estaba completamente desnuda. Apareció a tres o cuatro metros de mí.

Perplejo, Jerry miró a Garvey. ¿Acaso padecería delirios sexuales?

—Le digo que vi una chica —protestó Garvey, aunque nadie le había llevado la contraria—. Si no hubiera llegado usted, la habría agarrado. —Volvió a mirar hacia el corredor—. Ilumine por ahí, haga el favor.

Jerry enfocó el haz luminoso hacia la maraña. No había señales de vida.

—Maldita sea —dijo Garvey con genuina pena. Se volvió a mirar a Jerry—. Está bien. Salgamos de aquí.

Cuando se despidieron en las escalinatas, dijo:

—Me interesa. El proyecto no carece de potencial. ¿Tiene un plano del edificio?

—No, pero puedo conseguir uno.

—Hágalo. —Garvey encendió un nuevo cigarro—. Y envíeme su propuesta con más detalles. Entonces volveremos a hablar.

Tuvo que entregar una considerable suma a su contacto del Departamento de Arquitectura para sacarle los planos de las Piscinas, pero a la larga, Jerry los consiguió. Sobre el papel, el complejo parecía un laberinto. Y como en el mejor de los laberintos, no había un orden aparente en la disposición de las duchas, los lavabos y los vestuarios. Fue Carole la que le probó que esa tesis estaba equivocada.

—¿Qué es eso? —le preguntó mientras Jerry estudiaba los planos esa noche.

Habían pasado cuatro o cinco horas juntos en el apartamento de Jerry, sin los altercados y el mal ambiente que últimamente les estropeaban cada velada.

—Son los planos de las Piscinas dc Leopold Road. ¿Quieres otro brandy?

—No, gracias.

Observó los planos mientras él se levantaba para volver a llenarse la copa.

—Creo que he convencido a Garvey para que se asocie conmigo —dijo Jerry.

—¿Vas a hacer negocios con él?

—No me hagas sentir como un negrero. El tío tiene dinero.

—Dinero sucio.

—¿Qué importa un poco de suciedad entre amigos?

Lo miró friamente y Jerry deseó poseer la capacidad de repetir los últimos diez segundos y borrar el comentario.

—Necesito este proyecto —le dijo. Llevó la copa hasta el sofá y se sentó frente a ella; los planos estaban desplegados sobre la mesita que había entre ambos—. Necesito que aunque sea por una vez las cosas me salgan bien.

Los ojos de Carole se negaron a concederle un respiro.

—Creo que Garvey y los de su calaña no son buena gente. No me importa cuánto dinero tenga. Es un villano, Jerry.

—Entonces tengo que olvidarme de todo el proyecto, ¿eh? ¿Es eso lo que insinuas? —Habían discutido en anteriores ocasiones sobre el particular—. ¿Pretendes que me olvide de todos los esfuerzos que he realizado y que agregue esta fracaso a los anteriores?

—No hace falta que grites.

—¡No estoy gritando!

—Está bien —dijo en voz baja—, no estás gritando.

—¡Dios Santo!

Carole continuó estudiando los planos. Él la observaba por encima del borde de la copa de whisky; le miró el fino cabello rubio peinado con raya al medio. Tenía tan poco sentido que siguieran juntos... Los procesos que los habían conducido hasta aquel callejón sin salida eran obvios, pero nunca lograban encontrar el terreno común necesario para intercambiar opiniones de un modo fructífero. No sólo sobre aquel tema, sino sobre medio centenar más. Los pensamientos que zumbaban bajo aquel tierno cráneo eran para él un misterio, y probablemente, a ella le ocurría lo mismo con respecto a él.

—Es una espiral —dijo Carole.

—¿El qué?

—Las Piscinas. Están diseñadas en forma de espiral, fijate.

Se levantó para ver los planos, mientras Carole trazaba una ruta por los pasillos con el dedo índice. Tenía razón. Aunque los imperativos de las instrucciones de los arquitectos habían oscurecido la claridad de la imagen, la maraña de corredores y cuartos formaba una somera espiral. Los círculos de sus dedos fueron dibujando giros cada vez más cerrados mientras describían la forma. Finalmente, se detuvo en la piscina más grande, la que permanecía cerrada. Jerry se quedó mirando los planos en silencio. Si ella no lo hubiera notado, sabía que podía haberse pasado una semana entera mirando los planos sin descubrir la estructura oculta.

Carole decidió que no se quedaría a dormir. En la puerta intentó explicarle que no significaba que todo había terminado, sino que valoraba demasiado su intimidad como para utilizarla de parche. Jerry lo comprendió a medias. Carole se imaginaba a ambos como animales heridos. Al menos tenían una vida metafórica en común.

Estaba acostumbrado a dormir solo. En cierto modo, prefería estar solo en su cama que compartirlo con alguien, incluso con Carole. Pero esa noche la necesitaba a su lado; en realidad, necesitaba a alguien a su lado, aunque no fuera ella. Se sentía inquieto sin motivos, como un niño. Cuando llegó el sueño, volvió a huir, como si temiera soñar.

Hacia el amanecer se levantó; prefería el insomnio a aquel horrible sueño agitado. Se envolvió en la bata y fue a la cocina a prepararse un poco de té. Los planos seguían desplegados sobre la mesita de café, donde los habían dejado la noche anterior. Sorbiendo el dulce y cálido té de Assam, se quedó pensando en los planos. Desde que Carole se lo había indicado, no lograba hacer otra cosa que concentrarse en la espiral, a pesar de la variedad de detalles que le llamaban la atención; la

espiral era una prueba irrefutable de que debajo del caos aparente había una mano oculta. Sus ojos quedaron atrapados, y fue seducido por aquellas curvas a seguir la ruta incesante, vueltas y vueltas, en círculos cada vez más cerrados. Pero ¿hacia qué? Una piscina cerrada.

Ahito de té, volvió a la cama; esta vez, la fatiga pudo más que sus nervios, y el sueño que le había sido negado lo invadió. Carole lo despertó a las siete y cuarto; le telefoneaba antes de ir a trabajar para disculparse por lo de la noche anterior.

—No quiero que todo salga mal entre nosotros, Jerry. Y tu lo sabes, ¿verdad? Sabes que significas mucho para mí.

No soportaba hablar de amor por las mañanas. Lo que a medianoche le parecía romántico le sonaba ridículo al amanecer. Le contestó con declaraciones de compromiso y quedó en verla a la noche siguiente. Y se volvió a la cama.

Desde que visitara las Piscinas, no pasó siquiera un cuarto de hora sin que Ezra Garvey pensara en la chica que había visto en el corredor. La cara de la niña había acudido a su mente mientras cenaba con su esposa y hacia el amor con su amante. Una cara tan ilimitada, tan brillante de posibilidades...

Garvey se consideraba un hombre atractivo para las mujeres. A diferencia de gran parte de sus potentados colegas, cuyas consortes eran un aditamento que daba más beneficios cuando estaban ausentes siempre que no las necesitaban para una función específica, Garvey disfrutaba en compañía del sexo opuesto. Sus voces, sus perfumes, sus risas. La avidez que sentía por su proximidad no conocía límites; eran criaturas preciosas y estaba dispuesto a gastarse pequeñas fortunas para asegurarse su compañía. Por lo tanto, esa mañana, cuando regresó a Leopold Road, llevaba la chaqueta cargada de dinero y alhajas caras.

Los transeúntes estaban demasiado preocupados en no mojarse las cabezas (desde el amanecer había caído una fría y constante llovizna) como para fijarse en el hombre que estaba de pie en las escalinatas bajo un paraguas negro, mientras otro se agachaba e intentaba abrir el candado. Chandaman era un experto en cerraduras. El candado se abrió con un chasquido al cabo de unos segundos. Garvey bajó el paraguas y se metió en el vestíbulo.

—Espera aquí —le ordenó a Chandaman—. Y cierra la puerta.

—Sí, señor.

—Si te necesito te llamaré. ¿Llevas la linterna?

Chandaman sacó la linterna de la chaqueta. Garvey la tomó, la encendió y desapareció corredor abajo. O bien en el exterior hacia mucho más frío que el día anterior, o bien en el interior el calor era excesivo. Se desabrochó la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Recibió con beneplácito el calor, porque le recordaba el brillo de la piel de la niña de sus ensueños, la lánguida mirada de sus ojos negros. Avanzó por el corredor; la luz de la linterna bañó los mosaicos. Siempre había tenido un buen sentido de la orientación; sólo tardó unos minutos en dar con el camino hacia el exterior de la piscina más grande, donde había encontrado a la chica. Al llegar se quedó quieto y aguzó el oído.

Garvey era un hombre acostumbrado a mirar por encima del hombro. Toda su vida profesional, dentro o fuera de la cárcel, había tenido que cuidarse de los asesinos. Aquella vigilancia incesante le había vuelto sensible a la menor señal de presencia humana. Los sonidos que otros hubieran pasado por alto le imprimían un tatuaje de advertencia en los tímpanos. Pero allí, nada. Silencio en los corredores; silencio en las antecámaras de los baños turcos; silencio en todos los enclaves azulejados de un extremo al otro del edificio. Y sin embargo sabía que no estaba solo. Cuando le fallaban los cinco sentidos, un sexto —perteneciente quizás a la bestia que llevaba dentro que al hombre sofisticado reflejado en el traje caro que vestía— captaba las presencias. En más de una ocasión aquella facultad le había salvado el pellejo. Y esperaba que en aquellas circunstancias lo guiara hasta los brazos de la belleza.

Fiándose del instinto, apagó la linterna y avanzó por el corredor del que había surgido la muchacha, tanteando las paredes. La presencia de la presa lo incitaba. Sospechaba que se encontraba al otro lado de alguna pared, siguiendo sus pasos por algún pasadizo secreto al que él no tenía acceso. La idea de aquel acecho lo satisfizo. Ella y él, solos en aquella sudorosa maraña, jugando un juego que ambos sabían que acabaría en captura. Se movió furtivamente; su pulso fue marcándole los segundos de la persecución en el cuello, en las muñecas y en la entrepierna. El sudor le pegó el crucifijo al pecho.

Finalmente, el corredor se bifurcó. Se detuvo. La luz era muy escasa, y la poca que había perfilaba los túneles de un modo engañoso. Resultaba imposible juzgar la distancia. Pero fiándose de sus instintos, giró hacia la izquierda y se guió por el olfato. Inmediatamente halló una puerta. Estaba

abierta; la traspuso y se encontró en un espacio más amplio, al menos eso supuso a juzgar por el sonido apagado de sus pasos. Volvió a permanecer quieto. Esta vez sus oídos se vieron recompensados con un sonido. Provenía del otro lado de la habitación; era el suave murmullo de unos pies desnudos sobre los mosaicos. ¿Sería su imaginación, o llegó a atisbar a la niña, su cuerpo esculpido en la oscuridad, más pálido que la negrura que la rodeaba y más suave aún? ¡Sí! Era ella. A punto estuvo de gritarle, pero luego se lo pensó mejor. La persiguió en silencio, feliz de seguirle el juego hasta que se hartara. Atravesó la habitación, traspuso otra puerta que daba a otro túnel. El aire era mucho más cálido que en otras partes del edificio; pegajoso y congraciador, se le apretó al cuerpo. Un instante de ansiedad le cerró la garganta; estaba olvidando todos los artículos de fe del autócrata al introducir tan de buena gana la cabeza en el lazo cálido. Aquello podía muy bien ser una trampa: la muchacha, la persecución. Al doblar la siguiente esquina los pechos y la belleza podían haber desaparecido, y un cuchillo podría clavársele en el corazón. Sin embargo, sabía que no era así; sabía que los pasos que oía eran los de una mujer, ligeros y esbeltos; que el bochorno que le producía nuevas olas de sudor sólo podía nutrir suavidad y pasividad. En semejante calor los cuchillos no podían sobrevivir; su filo se estropearía, su ambición caería en el abandono. Estaba seguro.

Más adelante, las pisadas se interrumpieron. Él también se detuvo. De alguna parte provenía un poco de luz, aunque su fuente no resultaba visible. Se mojó los labios; sabían a sal. Avanzó. Sus dedos palparon los azulejos, que rezumaban agua; los pies le resbalaban en los mosaicos. A cada paso, su expectación iba en aumento.

La luz se tomó más brillante. No era del día. La luz del sol no lograba penetrar en aquel santuario; se parecía más a la luz de la luna, suave, evasiva; aunque tampoco tendría acceso a aquel lugar, pensó Garvey. Fueran cuales fuesen sus orígenes, gracias a ella logró ver a la muchacha, mejor dicho, a una muchacha, porque no era la misma que viera dos días antes. Estaba desnuda, era joven, pero por lo demás, era distinta. Logró verla brevemente antes de que huyera de él por el corredor y girara en una esquina. La perplejidad otorgó un sabor excitante a la persecución; no era una, sino dos las niñas que ocupaban aquel lugar secreto. ¿Por qué?

Volvió la vista atrás para asegurarse de que su vía de escape quedaba libre, en caso de que tuviera que retirarse, pero su memoria, confundida por el aire perfumado, no lograba formarse una clara idea de la ruta que lo había conducido hasta allí. La preocupación mantuvo a raya su entusiasmo, pero no quiso sucumbir a ella, y continuó avanzando; fue tras la muchacha hasta el final del corredor y giró a la izquierda. El pasillo recorría una pequeña distancia antes de volver a girar a la izquierda; la muchacha acababa de desaparecer por allí. Apenas consciente de que los giros se hacían cada vez más cerrados con cada vuelta, fue tras la muchacha, respirando entrecortadamente por la agobiante atmósfera y la persecución.

De repente, cuando giró una última esquina, el calor se hizo más aplastante y el pasillo lo condujo a una pequeña cámara apenas iluminada. Se desabrochó el cuello de la camisa. Las venas del dorso de las manos sobresalían como cordeles; notó cómo le trabajaban el corazón y los pulmones. Pero sintió alivio al comprobar que la persecución concluía allí. El objeto de su cacería estaba allí de pie, dándole la espalda, y al ver aquella espalda suave y aquellas nalgas exquisitas, su claustrotobia se evaporó.

—Niña... —jadeó—, sí que me has hecho correr.

La chica pareció no oírlo, o mejor dicho, pareció llevar el juego hasta los límites de la desobediencia.

Avanzó por los mosaicos resbaladizos.

—Te estoy hablando.

Cuando estuvo a una media docena de pasos de ella, la chica se volvió. No era la muchacha que acababa de perseguir por el corredor, ni tampoco la que había visto hacia dos días. Aquella criatura era otra distinta. Su mirada reposó sobre aquel rostro desconocido durante unos segundos, antes de bajar vertiginosamente al niño que llevaba en brazos. Era un lactante, como cualquier niño recién nacido, que chupaba hambriento de uno de los jóvenes pechos. Pero en sus cincuenta y tantos años de vida, los ojos de Garvey jamás habían visto una criatura como aquélla. Le invadieron las náuseas. Ver a la muchacha amamantando fue ya una gran sorpresa, pero verla amamantar semejante cosa, semejante paria de vaya a saber qué tribu, humana o animal, fue algo que su estómago apenas pudo resistir. El infierno mismo daba retoños más dignos del abrazo.

—En nombre de Dios, ¿qué...?

La muchacha observó fijamente la sorpresa de Garvey, y una ola de risotadas le surcó el rostro. Garvey menció la cabeza. La criatura que llevaba en los brazos desenroscó un miembro y lo estampó sobre el pecho de su madre para sacar más alimento. Aquel gesto convirtió el asco de Garvey en ira. Haciendo caso omiso de las protestas de la muchacha, le arrancó la abominación de los brazos; la

sostuvo lo suficiente como para sentir el saco reluciente de aquel cuerpo retorcerse entre sus manos, y luego lo arrojó con todas sus fuerzas contra la pared opuesta de la cámara. Al golpear contra los azulejos, gritó; su quejido acabó tan de prisa como había empezado, pero fue repetido rápidamente por la madre. La muchacha corrió hacia el sitio donde yacía la criatura; al parecer, el impacto había abierto el cuerpo sin huesos. Uno de sus miembros, de los que tenía al menos media docena, intentó elevarse para tocarle la cara bañada en lágrimas. La muchacha cobijó en sus brazos a aquella cosa; unos hilillos de fluido reluciente le corrieron por el vientre y las ingles.

Más allá de la cámara se oyó un grito. Garvey sabía de qué se trataba: contestaba al grito de muerte de la criatura, y al lamento creciente de su madre, pero aquel sonido era más perturbador que los otros dos. La imaginación de Garvey se tornó una facultad empobrecida. Mas alla de sus sueños de mujeres y riquezas había un erial. Pero al oír el sonido de aquella voz, el erial floreció y dio paso a unos horrores que se creía incapaz de concebir. No eran retratos de monstruos, que en el mejor dc los casos no podían ser más que la conjunción de los fenomenos experimentados. Lo que su mente creó fueron mas sensaciones que visiones; provenían de su esencia y no de su mente. Todas las certezas se echaron a temblar —la masculinidad, el poder, los dobles imperativos del temor y la razón—, todas se subieron el cuello del abrigo y se negaron a reconocerlo. Comenzó a temblar, con un temor que sólo sentía en sueños, mientras el grito continuaba. Le dio la espalda a la cámara y echó a correr: la luz proyectó su sombra delante de él por el oscuro corredor.

Su sentido dc la orientación lo había abandonado. En la primera intersección, y luego en la segunda, cometió un error. Unos metros más adelante reconoció su error e intentó volver sobre sus pasos, pero de ese modo no hizo sino aumentar la confusión. Los corredores se parecían: los mismos azulejos, la misma luz mortecina. Cada vez que doblaba una esquina llegaba a una cámara por la que no había pasado antes, o bien terminaba en callejones sin salida. Su pánico aumentó. El lamento había concluido; estaba solo con su respiracion entrecortada y las maldiciones a media voz. Coloqhoun era responsable de aquel tormento, y Garvey juró que le arrancaría la verdad a palos, aunque tuviera que romperle personalmente hasta el último hueso. Mientras continuaba corriendo, se aferró a la idea de aquella paliza; era su único consuelo. Tan preocupado estaba pensando en las agonías que haría padecer a Coloqhoun, que no notó que daba vueltas en círculo y que regresaba hacia la luz, hasta que resbalando llegó a una cámara familiar. La criatura yacía en el suelo, muerta y desechada. Su madre había desaparecido.

Garvey se detuvo a hacer inventario de su situación. Si volvía por donde había llegado, la ruta no haría mas que confundirlo; si seguía adelante, atravesando la cámara, hacia la luz, quizá lograra cortar el nudo gordiano y regresar al punto de partida. El veloz ingenio de la solución le satisfizo. Cautelosamente, atravesó la cámara hasta la puerta abierta ubicada al otro lado y se asomó. Ante él se extendía un nuevo corredor, y al final de éste otra puerta que daba a un espacio abierto. ¡La piscina! ¡Seguramente sería la piscina!

Olvidó toda precaución, cruzó la cámara y recorrió el pasillo.

A cada paso, el calor iba en aumento. La cabeza le zumbaba. Llegó al final del pasillo y salió al ruedo que había más allá.

A diferencia de la pequeña, la piscina grande no estaba vacía. Estaba llena a rebosar, no de agua clara, sino de un caldo espumoso que humeaba a pesar del calor reinante. Aquella era la fuente de la luz. El agua de la piscina despedía una fosforescencia que todo lo teñía —los mosaicos, el trampolín, los vestuarios, sin duda a él mismo— con el mismo tono leonado.

Escudriñó la escena que tenía ante sí. No había señales de las mujeres. Su camino hacia la salida no se veía amenazado; tampoco veía señales de cadenas ni de candados en las puertas dobles. Comenzó a avanzar hacia ellas. Resbaló en los mosaicos; echó un breve vistazo hacia abajo y vio que había atravesado un rastro de fluido —en la luz embrujada le resultó difícil distinguir su color— que acababa en el borde del agua o bien comenzaba allí.

Dominado por la curiosidad, se volvió a mirar al agua. El vapor se arremolinaba; una corriente jugaba con la espuma. Y allí... sus ojos captaron una silueta oscura, anónima, que se deslizaba debajo de la piel del agua. Pensó en la criatura que había matado, en su cuerpo informe y en los lazos colgantes de sus miembros. ¿Sería otra de la misma especie? El brillo del líquido lamió el borde de la piscina; los continentes de espuma se deshicieron en archipiélagos. No vio señales del nadador.

Irritado, apartó la vista del agua. Ya no estaba solo. Tres muchachas habían aparecido de la nada, y avanzaban hacia él por el borde de la piscina. Una de ellas era la que había visto la primera vez. A diferencia de sus hermanas, llevaba un vestido. Tenía un pecho desnudo. Lo miró muy seria y se fue acercando; a su lado arrastraba una cuerda adornada con cintas manchadas, atadas en lazos flojos pero extravagantes.

Al llegar estas tres gracias las aguas fermentadas de la piscina se agitaron locamente cuando sus ocupantes salieron a recibir a las mujeres. Garvey logró ver tres o cuatro siluetas inquietas sacudir la

superficie sin romperla. Quedó atrapado entre su instinto, que le aconsejaba huir (la cuerda, aunque embellecida, seguía siendo una cuerda), y el deseo de quedarse a ver lo que contenía la piscina. Echó un vistazo hacia la puerta. Se encontraba a menos de diez metros de ella. Una rápida carrera y saldría a la fresca atmósfera del pasillo. Desde allí podría gritarle a Chandaman.

Las muchachas se detuvieron muy cerca de él y lo observaron. Les devolvió las miradas. Todos los deseos que lo habían conducido hasta allí se habían evaporado. Ya no quería sostener en sus manos los pechos de aquellas criaturas, ni acariciar la intersección de sus muslos relucientes. Aquellas mujeres no eran lo que parecían. Su silencio no era docilidad, sino el trance inducido por alguna droga; su desnudez no era sensualidad, sino una horrible indiferencia que lo ofendía. Incluso su juventud, y todo lo que traía aparejado —la suavidad de la piel, el brillo del pelo—, hasta eso parecía de algún modo corrupto. Cuando la muchacha del vestido tendió una mano y le tocó la cara sudorosa, Garvey lanzó un gritito de asco, como si lo hubiera lamido una serpiente. No se mostró molesta por su reacción, sino que se le acercó más, sin apartar los ojos de los suyos; no olía a perfume como su amante, sino a frescura. A pesar de sentirse agraviado no podía apartarse de ella. Se quedó quieto, sin apartar la vista de los ojos de aquella furcia, mientras ella le besaba la mejilla y con la cuerda engalanada de lazos le envolvía el cuello.

Jerry telefoneó al despacho de Garvey a intervalos de media hora durante todo el día. Al principio le dijeron que no estaba en la oficina, y que regresaría esa misma tarde. Pero a medida que avanzaba el día, el mensaje cambió. Garvey no iba a estar en el despacho en todo el día. El señor Garvey, le dijo la secretaria, no se encontraba bien y se había marchado a su casa a descansar. Le pidió que telefoneara al día siguiente. Jerry solicitó a la secretaria que tomara nota de un recado: había conseguido los planos de las Piscinas y estaría encantado de hablar del proyecto cuando al señor Garvey le pareciera oportuno.

A últimas horas de la tarde le telefonó Carole.

—¿Salimos esta noche? ¿Qué te parece si vamos al cine?

—Pues no se me había ocurrido ir tan lejos —repuso él—. Hablaremos esta noche, ¿vale?

Finalmente fueron a ver una película francesa que, aparentemente, por lo que Jerry logró captar, carecía de argumento; consistía en una serie de diálogos entre los personajes, en los que discutían sus traumas y aspiraciones, siendo los primeros directamente proporcionales al fracaso de las últimas. La película le dejó una sensación de apatía.

—No te ha gustado...

—No demasiado. Todos esos diálogos intimidadores...

—Y nada de tiros.

—Nada de tiros.

Carole sonrió para sí.

—¿Qué tiene de gracioso? —quiso saber él.

—Nada...

—No digas que nada.

—No he hecho más que sonreír, eso es todo —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿No puedo sonreír?

—Cielos. Lo único que le falta a esta conversación son subtítulos.

Caminaron un rato por la calle Oxford.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó Jerry cuando llegaron a la esquina de la calle Poland—. Podríamos ir al Red Fort.

—No, gracias, no me gusta cenar tan tarde.

—Por el amor del cielo, no discutamos por una maldita película.

—¿Quién discute?

—Eres exasperante.

—Pues es algo que tenemos en común —le espetó.

Se le sonrojó el cuello.

—Esta mañana dijiste... —empezó él.

—¿Qué dije?

—Hablaste de que no debíamos perder lo que hay entre nosotros...

—Eso fue esta mañana —replicó Carole con ojos acerados. Y de repente, agregó—: Me importa un bledo, Jerry. De mí, de nadie.

Se quedó mirándolo como desafiándolo a que no contestara. Cuando no lo hizo, se mostró curiosamente satisfecha.

—Buenas noches... —dijo, y se apartó de él.

Jerry observó cómo daba cinco, seis, siete pasos y se alejaba de él. En lo más hondo deseaba llamarla, pero una docena de irrelevancias —el orgullo, la fatiga, la inconveniencia— se lo impidieron. Finalmente, lo que lo hizo reaccionar y le puso su nombre en los labios fue la idea de pasar otra noche en la cama vacía, pensar en las sábanas cálidas sólo en donde él yaciera, y frías como mil demonios a su derecha o a su izquierda.

—Carole.

No se volvió, ni siquiera aminoró la marcha. Tuvo que correr para alcanzarla, consciente de que la escena llamaría la atención de los transeúntes.

—Carole —repitió, y la sujetó del brazo.

Se detuvo. Cuando se puso frente a ella para verle la cara, se sorprendió al comprobar que estaba llorando. Aquello lo desarmó; detestaba las lágrimas de Carole una pizca menos de lo que detestaba las suyas propias.

—Me rindo —le dijo, intentando sonreír—. La película era una obra de arte. ¿Qué te parece?

Se negó a permitir que sus payasadas la calmaran; tenía la cara hinchada de desdichas.

—No llores —le dijo—, por favor, no llores. No me...

(«No me salen bien las disculpas», quiso decir, pero en realidad se le daban tan mal que ni siquiera logró expresarlo.)

—Es igual —dijo ella en voz baja.

Jerry notó que no estaba enfadada, simplemente se sentía triste.

—Anda, volvamos a mi piso.

—No quiero.

—Pues yo quiero que vengas —le dijo él. Al menos lo decía con sinceridad—. No me gusta hablar en la calle.

Llamó un taxi y regresaron a Kentish Town, sin decirse palabra. En mitad de la escalera, antes de llegar a la puerta del apartamento, Carole dijo:

—Qué perfume más asqueroso.

En la escalera flotaba un olor fuerte y ácido.

—Alguien ha estado aquí arriba —dijo Jerry.

De pronto le entró una ansiedad inexplicable y subió rápidamente el tramo restante hasta plantarse ante la puerta del apartamento. Estaba abierta; habían forzado la cerradura sin reparos y astillado 1a madera de la jamba. Lanzó una maldición.

—¿Qué ocurre? —inquirió Carole, yendo tras él.

—Han entrado en mi piso.

Entró en su casa y encendió la luz. El interior era un caos. Lo habían destrozado todo a conciencia. Por todas partes se observaban pequeños actos de vandalismo: cuadros rotos, almohadas despanzurradas, muebles reducidos a astillas. Jerry se quedó de pie, en medio del desastre, meneando la cabeza, mientras Carole iba de cuarto en cuarto, descubriendo en cada uno la misma prolífica destrucción.

—Es algo personal, Jerry.

Él asintió.

—Llamaré a la policía —se ofreció Carole—. Fíjate en qué se han llevado.

Hizo lo que le ordenó con el rostro completamente pálido. El golpe de aquella invasión lo había aturdido. Mientras caminaba sin rumbo por el apartamento para comprobar el pandemónium —dándole la vuelta a los objetos rotos, colocando los cajones en su sitio—, se imaginó a los intrusos en plena tarea, riéndose mientras revisaban sus ropa y sus recuerdos. En un rincón del dormitorio encontró todas las fotos amontonadas. Habían orinado encima de ellas.

—La policía está en camino —le informó Carole—. Han dicho que no tocásemos nada.

—Demasiado tarde —murmuró.

—¿Qué se han llevado?

—Nada —replicó.

Los objetos de valor —el estéreo y el vídeo, las tarjetas de crédito, las pocas joyas estaban allí. Sólo entonces recordó los planos. Regresó a la sala y empezó a buscar entre el desastre, aunque sabía con certeza que no iba a encontrarlos.

—Garvey —dijo.

—¿Qué pasa con Garvey?

—Vino a buscar los planos de las Piscinas. O envió a alguien.

—¿Por qué? —inquirió Carole, contemplando el caos—. De todos modos ibas a dárselos.

—Fuiste tú la que me advirtió que no me relacionara con él... —dijo Jerry, meneando la cabeza.

—Nunca imaginé una cosa así.

—Ya somos dos.

La policía llegó y se marchó, ofreciéndole unas magras disculpas cuando le comentaron que no creían probable que arrestaran al culpable.

—Últimamente, hay muchos actos de vandalismo —le explicó el oficial—. Su vecino de abajo no estaba...

—No, están fuera.

—Era la última esperanza. Recibimos muchas llamadas como ésta. ¿Tiene el piso asegurado?

—Sí.

—Bueno, al menos es algo.

En la entrevista, Jerry no comentó nada de sus sospechas, aunque en repetidas ocasiones sintió la tentación de lanzar sus acusaciones. En aquellas circunstancias no tenía demasiado sentido acusar a Garvey. Por una parte, éste tendría sus coartadas preparadas; por otra, ¿qué lograrían unas acusaciones sin fundamento sino alimentar aún más la locura de aquel hombre?

—¿Qué vas a hacer? le preguntó Carole cuando los policías terminaron de encogerse de hombros con indiferencia y se marcharon.

—No lo sé. Ni siquiera estoy seguro de que fuera Garvey. Por un momento es todo dulzura y luz, y al siguiente, esto. ¿Cómo hacer frente a una mente así?

—No se le hace frente. Se la deja correr —repuso Carole—. ¿Quieres quedarte aquí o venirte a casa?

—Quiero quedarme.

Realizaron un superficial intento por restablecer la situación anterior; devolvieron los muebles no demasiado rotos a su sitio, y quitaron los cristales rotos. Le dieron la vuelta al colchón destrozado, buscaron dos cojines intactos y se fueron a la cama.

Carole quiso hacer el amor, pero esa seguridad, igual que gran parte de la vida dr Jerry, estaba destinada a fracasar. Bajo las sábanas no lograron componer lo que se había echado a perder fuera de ellas. La rabia de Jerry lo tornó brusco, y su brusquedad enfureció a Carole. Debajo de él, Carole frunció el ceño y sus besos se tornaron reacios y poco espontáneos. La renuencia de Carole hizo que Jerry la desdeñase con mayor tosquerad.

—Dejémoslo —dijo Carole, cuando Jerry se disponía a penetrarla—. No quiero esto.

Él sí, y cómo. Empujó antes de que ella volviera a protestar.

—He dicho que lo dejemos, Jerry.

Jerry procuró no oírla. Y se mostró más pesado que ella.

—Déjalo ya.

Jerry cerró los ojos. Carole volvió a pedirle que lo dejara, pero él empujó con más fuerza, con una furia verdadera, en la forma que a veces le había pedido ella cuando estaban muy excitados, rogándoselo casi. Pero en ese momento lo maldecía, lo amenazaba, y con cada palabra proferida Jerry se convencía de que no se dejaría engañar esta vez, aunque en la entrepierna no sentía más que plenitud e incomodidad, y la urgencia de acabar.

Carole empezó a luchar; le arañó la espalda y le tiró del pelo para apartar la cara de Jerry de su cuello. Mientras continuaba moviéndose a Jerry se le ocurrió pensar que lo odiaría por aquello, y en eso, al menos, estarían de acuerdo, pero la idea no tardó en dar paso a las sensaciones.

Concluido el veneno, se apartó de ella.

—Bastardo...

A Jerry le ardía la espalda. Cuando se levantó de la cama, dejó manchas de sangre en las sábanas. Buscando en el caos de la sala logró encontrar una botella de whisky intacta. Pero las

copas estaban todas rotas, y de repente le invadió el absurdo melindre de que no quería beber a morro. Se agachó contra la pared, con la espalda helada, y no se sintió ni desdichado ni orgulloso. La puerta principal se abrió y se cerró con estrépito. Esperó un rato y oyó los pasos de Carole al bajar la escalera. Entonces surgieron las lágrimas, aunque también se sintió completamente alejado de ellas. Finalmente, concluido el ataque, fue a la cocina, lo revisó todo hasta encontrar una taza y bebió de ella hasta perder el sentido.

El estudio de Garvey era un cuarto impresionante. Lo había hecho decorar imitando el de un abogado experto en asuntos fiscales que había conocido; las paredes estaban tapizadas de libros comprados por metros, el color de la alfombra y la pintura se había apagado, por la acumulación del humo de cigarro y de sabiduría. Cuando le costaba dormirse, como ahora, se retiraba al estudio, se sentaba en la silla de respaldo de cuero detrás del enorme escritorio, y soñaba con la legitimidad. Sin embargo, esa noche no fue así; esa noche, sus pensamientos estaban invadidos por otras preocupaciones. Por más que se esforzara en conducirlos por otro camino, ellos regresaban a Leopold Road.

No se acordaba demasiado de lo ocurrido en las Piscinas. Eso ya era de por sí angustiante; siempre se había enorgullecido de poseer una aguzada memoria. De hecho, su memoria para las caras vistas y los favores realizados le había ayudado en gran medida a conseguir su actual poder. Se jactaba de que no había un solo portero, ni una sola mujer de la limpieza, entre los cientos de empleados que tenía al que no pudiera dirigirse por su nombre de pila.

Pero de los hechos acaecidos en Leopold Road hacía escasamente treinta y seis horas, de cómo se le habían acercado las mujeres, de cómo la cuerda le había apretado el cuello, de cómo lo habían conducido por el borde de la piscina hasta una cámara cuya abyección le había despojado prácticamente de sus sentidos, conservaba apenas un vago recuerdo. Lo ocurrido allí después se movía en su memoria como lo hacían las siluetas en la mugre de la piscina: de un modo oscura y terriblemente inquietante. Había experimentado humillaciones y horrores. Pero aparte de eso, no recordaba nada.

No era hombre que se inclinara ante tales ambigüedades sin plantarles cara. Si había misterios que desvelar, él los desvelaría, y aceptaría las consecuencias de la revelación. Su primera ofensiva había consistido en enviar a Chandaman y a Fryer a destrozar el piso de Coloqhoun. Si, tal como sospechaba, toda aquella empresa era una elaborada trampa pergeñada por sus enemigos, entonces Coloqhoun estaba implicado. Sin duda no sería más que una tapadera, y con toda seguridad no era la mente maestra que ideara el plan. Pero Garvey se sintió satisfecho de que la destrucción de los bienes muebles de Coloqhoun advirtiera a sus jefes de que estaba dispuesto a pelear. También había dado otros frutos. Chandaman había regresado con los planos de las Piscinas; estaban desplegados sobre el escritorio de Garvey. Había trazado la ruta seguida a través del complejo una y otra vez con la esperanza de azuzar su memoria. Pero se sintió defraudado.

Cansado, se puso de pie y se dirigió a la ventana del estudio. El jardín de la casa era inmenso, y severamente cuidado. Aunque en aquel momento apenas lograba distinguir los bordes inmaculados; la luz de las estrellas describía rudimentariamente el mundo exterior. Lo único que lograba ver era su propio reflejo en el cristal pulido.

Cuando se concentró en su imagen, su silueta se onduló, y sintió una flojedad en el bajo vientre, como si se le hubiera desatado algo. Se llevó la mano al abdomen. Le picaba, temblaba, y por un instante se vio otra vez en las Piscinas, desnudo; algo abultado se movía ante sus ojos. A punto estuvo de gritar, pero se controló apartándose de la ventana y observando la habitación, las alfombras, los libros y los muebles, la realidad sólida y sobria. No obstante, las imágenes se negaban a abandonar su cabeza. Los pliegues de sus intestinos siguieron temblando.

Tardó varios minutos en reunir el coraje suficiente como para volver a mirar su reflejo proyectado en la ventana. Finalmente, cuando lo hizo, había desaparecido todo rastro de vacilación. No volvería a soportar otras noches insomnes como aquélla, perseguido por los fantasmas. Con las primeras luces del amanecer le llegó la convicción de que aquél sería el día en que destrozaría al señor Coloqhoun.

Esa mañana, Jerry intentó telefonear a Carole a la oficina. En repetidas ocasiones le dijeron que no podía ponerse. A la larga, dejó de intentarlo, y dedicó sus atenciones a la hercúlea tarea de devolver un poco de orden al piso. Pero le faltaron la concentración y las energías necesarias para hacer un buen trabajo. Tras una hora fútil durante la cual apenas logró hacer mella en el problema, se

dio por vencido. El caos reflejaba perfectamente la opinión que tenía de sí mismo. Lo mejor sería dejarlo estar.

Poco antes de mediodía, recibió una llamada.

—¿El señor Coloqhoun? ¿Gerard Coloqhoun?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Fryer. Llamo de parte del señor Garvey...

—¿Ah, sí?

¿Aquella llamada sería para regodearse o acaso amenazaba con ulteriores desgracias?

—El señor Garvey esperaba que le hiciera ciertas proposiciones —le dijo Fryer.

—¿Proposiciones?

—Está muy entusiasmado con el proyecto de Leopold Road, señor Coloqhoun. Tiene la impresión de que se puede sacar buen dinero.

Jerry no dijo nada; aquella palabrería lo confundía.

—Al señor Garvey le gustaría mantener otra reunión lo antes posible.

—¿De veras?

—En las Piscinas. Hay unos cuantos detalles arquitectónicos que le gustaría enseñar a sus colegas.

—Entiendo.

—¿Estará usted disponible para este mismo día?

—Sí, claro.

—¿Qué le parece a las cuatro y media?

La conversación terminó más o menos allí. Jerry quedó perplejo. En los modales de Fryer no notó rastros de enemistad; ni una pizca, por más sutil que fuera, de mala fe entre las partes. Tal vez, como había sugerido la policía, los acontecimientos de la noche anterior habían sido obra de unos vándalos anónimos y el robo de los planos un capricho de los responsables. Se animó un poco. No todo estaba perdido.

Volvió a telefonear a Carole, animado por aquel giro de los acontecimientos. Esta vez no aceptó las excusas de sus colegas e insistió en hablar con ella. Finalmente, se puso.

—No quiero hablar contigo, Jerry. Vete al diablo.

—Escúchame...

Le colgó antes de que lograra agregar nada más. Volvió a llamarla. Cuando contestó y oyó su voz, se mostró desconcertada de que estuviera tan ansioso por disculparse.

—¿Por qué lo intentas? Dios santo, ¿de qué sirve?

Jerry notó que a Carole se le agolpaban las lágrimas en la garganta.

—Quiero que comprendas lo enfermo que me siento. Deja que lo arregle, por favor, déjame que lo arregle.

—No —contestó a su súplica.

—No me cuelgues. Por favor, no me cuelgues. Sé que fue imperdonable, Cristo, lo sé...

Carole siguió en silencio.

—Pero piénsatelo, ¿quieres? Dame una oportunidad de arreglar las cosas. ¿Lo harás?

La oyó suspirar.

—¿Me dejas?

—Sí. Sí.

Y colgó.

Partió hacia la cita en Leopold Road tres cuartos de hora antes de lo previsto, pero a mitad de camino se puso a llover torrencialmente, tanto que el limpiaparabrisas no daba abasto. El tráfico marchaba lento; durante más de medio kilómetro avanzó despacio. Lo único que lograba distinguir eran las luces de freno del vehículo de delante. Los minutos pasaron y su ansiedad fue en aumento. Cuando por fin logró abandonar el atasco para tomar otro camino, ya se le había hecho tarde. Nadie lo esperaba en la escalinata de las Piscinas; pero el Rover verdeazulado de Garvey estaba aparcado en el camino. No había señales del chófer. Jerry encontró un sitio para aparcar en el lado opuesto del camino, y cruzó la calle bajo la lluvia. Desde el coche hasta las Piscinas no había más de veinticinco metros, pero llegó empapado y sin aliento. La puerta estaba abierta. Era evidente que Garvey había manipulado la cerradura y se había guarecido de la lluvia torrencial. Jerry entró.

Garvey no estaba en el vestíbulo, pero había otra persona. Un hombre de la altura de Jerry, pero mucho más fornido. Llevaba guantes de cuero. Su rostro, a no ser por la ausencia de costuras, podría haber sido del mismo material.

—¿Coloqhoun?

—Sí.

—El señor Garvey lo espera dentro.

—¿Quién es usted?

—Chandaman —repuso el hombre—. Entre.

Al final del pasillo había una luz. Jerry abrió las puertas de paneles acristalados del vestíbulo y fue hacia la luz. A sus espaldas oyó la puerta principal cerrarse con un chasquido, y luego el eco de los pasos del lugarteniente de Garvey.

Garvey hablaba con otro hombre, más bajo que Chandaman, que llevaba una enorme linterna. Cuando los dos oyeron acercarse a Jerry miraron en su dirección; la conversación cesó de repente. Garvey no le tendió la mano ni le ofreció ningún comentario de bienvenida; simplemente se limitó a decirle:

—Ya era hora.

—Es que la lluvia... —se excusó Jerry.

Luego se lo pensó mejor y no dio una explicación que resultaba evidente.

—Ese remojón puede causarle la muerte —comentó el de la linterna.

Jerry reconoció inmediatamente el tono dulzón.

—Fryer.

—El mismo —replicó el hombre.

—Encantado de conocerlo.

Se estrecharon la mano, y al hacerlo, Jerry vio que Garvey lo observaba como si le buscara una segunda cabeza. No dijo nada durante un buen rato, limitándose a examinar la creciente inquietud reflejada en el rostro de Jerry.

—No soy un estúpido —dijo por fin Garvey.

El comentario surgido así, de repente, exigía una respuesta.

—Ni siquiera creo que sea usted el cabecilla de este asunto —prosiguió Garvey—. Estoy dispuesto a ser caritativo.

—¿A qué viene todo esto?

—Caritativo —repitió Garvey—. Porque creo que se ha metido usted en honduras. ¿Me equivoco?

Jerry frunció el ceño.

—Creo que tiene razón —repuso Fryer.

—Me parece que ni siquiera en estos momentos comprende el lío en que está metido, ¿verdad? —inquirió Garvey.

De repente, Jerry fue consciente de su vulnerabilidad y de que Chandaman se encontraba detrás de él.

—Sin embargo, no creo que la ignorancia deba confundirse con el arroboamiento —continuó Garvey—. Quiero decir que aunque no entienda nada, eso no lo hace menos culpable, ¿no le parece?

—No tengo ni idea de lo que me está hablando —protestó levemente Jerry.

Bajo la luz de la linterna, la cara de Garvey aparecía crispada y pálida; tenía todo el aspecto de necesitar unas vacaciones.

—De este lugar —replicó Garvey—. Le estoy hablando de este lugar. De las mujeres que ha puesto aquí... para mi beneficio. ¿A qué viene todo esto, Coloqhoun? Es todo lo que quiero saber. ¿A qué viene todo esto?

Jerry se encogió ligeramente de hombros. Cada palabra pronunciada por Garvey lo dejaba más y más perplejo; pero ya le había advertido que la ignorancia no constituía una excusa legítima. Tal vez la mejor respuesta fuese una pregunta.

—¿Ha visto usted mujeres?

—Furcias, más bien —replicó Garvey. El aliento le olía a ceniza de cigarrillo viejo—. ¿Para quién trabaja usted, Coloqhoun?

—Trabajo por mi cuenta. La propuesta que le hice...

—Olvídese dc su maldita propuesta. No estoy interesado en hacer tratos con usted.

—Ya entiendo —repuso Jerry—. Entonces no le veo sentido a esta conversación.

Dio un paso para alejarse de Garvey, pero éste tendió un brazo y lo sujetó por la americana empapada de lluvia.

—No le he dicho que se fuera —le dijo.

—Tengo asuntos que atender...

—Tendrán que esperar —le contestó Garvey sin soltarlo.

Jerry supo que si intentaba quitarse de encima a Garvey y correr hacia la puerta principal, Chandaman se lo impediría antes de que diera tres pasos; por otra parte, si no intentaba huir...

—No me gustan los de su clase —prosiguió Garvey, soltándolo—. Sabelotodos con vista para las buenas oportunidades. Se creen ustedes muy listos, Sólo porque tienen un acento extravagante y corbatas de seda. Permítame que le diga una cosa... —Con el dedo le dio una estocada en la garganta—. Me importan ustedes una mierda. Sólo quiero saber para quién trabaja. ¿Entendido?

—Ya se lo he dicho...

—¿Para quién trabaja? —insistió Garvey, señalando cada palabra con una nueva estocada—. Hable o se va a sentir usted muy, pero que muy mal.

—Por el amor de Dios..., no trabajo para nadie. Y no sé nada de esas mujeres.

—No empeore usted las cosas —le aconsejó Fryer con fingida preocupación.

—Estoy diciendo la verdad.

—Me parece que quiere que lo lastimen —dijo Fryer—. ¿Es eso lo que quiere?

Chandaman lanzó una risotada sin alegría.

—Sólo dígame algunos nombres —le pidió Garvey—. O le romperemos las piernas.

La amenaza, aunque inequívoca, no contribuyó a aclararle la mente a Jerry. No veía otra forma de salir del embrollo más que insistir en su inocencia. Si nombraba a algún jefe supremo ficticio, descubrirían la mentira en seguida, y el engaño no haría sino empeorar las consecuencias.

—Compruebe mis credenciales —suplicó—. Usted cuenta con recursos. Averigüe por ahí. No soy hombre de formar sociedades, Garvey, nunca lo he sido.

Garvey dejó de mirar a Jerry a la cara y se fijó en su hombro. Jerry captó el significado de la señal demasiado tarde como para prepararse a recibir el golpe en los riñones del hombre que tenía a sus espaldas. Cayó hacia adelante, pero antes de que chocara con Garvey, Chandaman lo sujetó por el cuello y lo arrojó contra la pared. Se dobló; el dolor no le dejó pensar en nada. Vagamente, oyó a Garvey preguntarle otra vez quién era su jefe. Jerry negó con la cabeza. Tenía el cráneo lleno de cojinete, le matraqueaban entre las orejas.

—Dios..., Dios... —dijo, esforzándose por encontrar alguna palabra en su defensa para que no le pegaran.

Pero lo incorporaron violentamente antes de que se le ocurriera ninguna. Lo iluminaron con la linterna. Se avergonzó de las lágrimas que le bañaban las mejillas.

—Quiero nombres —repitió Garvey.

Los cojinete continuaron matraqueando.

—Dale más —dijo Garvey.

Chandaman se le acercó para entrenar los puños. Garvey le ordenó que parara cuando Jerry estaba ya a punto de desmayarse. La cara de cuero se apartó.

—Póngase de pie cuando le hablo —le ordenó Garvey.

Jerry intentó obedecerle, pero su cuerpo no se mostró dispuesto. Temblaba, sentía ganas de morir.

—Póngase de pie —reiteró Fryer, interponiéndose entre Jerry y su verdugo para asegurarse de que lo entendiera.

Al tenerlo tan cerca, Jerry olió el aroma ácido que Carole había descubierto en la escalera: era la colonia de Fryer.

—¡Póngase de pie! —gritó el hombre.

Jerry levantó débilmente una mano para escudarse del haz cegador. No lograba verles las caras, pero fue levemente consciente de que Fryer impedía que Chandaman se le acercara. A la derecha de Jerry, Garvey encendió una cerilla y acercó la llama a un cigarro. Era su oportunidad: Garvey estaba ocupado, y el matón obstaculizado. Jerry la aprovechó.

Se agachó por debajo del haz de la linterna y se lanzó contra la pared, al tiempo que le arrancaba a Fryer la linterna de la mano. La fuente luminosa rodó con estrepito por los mosaicos y se apagó.

En la repentina oscuridad, Jerry hizo un esfuerzo por conseguir la libertad. A sus espaldas oyó maldecir a Garvey, y a Chandaman y Fryer chocar entre sí al abalanzarse sobre la linterna caída. Tanteó las paredes y llegó hasta el final del corredor. Evidentemente, no había manera segura de deshacerse de sus verdugos y llegar a la puerta principal; su única esperanza residía en perderse en la red de corredores que se extendía delante de él.

Llegó a una esquina y giró a la derecha, recordando vagamente que se alejaba de las instalaciones principales y se dirigía a los corredores de servicio. La paliza que le habían propinado, aunque interrumpida antes de quedar incapacitado, lo había dejado magullado y sin aliento. A cada paso que daba sentía un dolor agudo en la espalda y la parte baja del abdomen. Cuando resbaló y cayó sobre los viscosos mosaicos a punto estuvo de lanzar un grito.

A sus espaldas, Garvey volvía a rugir. Habían encontrado la linterna. Su luz se bamboleaba por el laberinto; iba en su busca. Jerry se apresuró, contento de la escasa luz, pero no de su fuente. Lo seguirían. Y si como Carole había dicho, el lugar era una simple espiral y los corredores describían un giro incesante sin salida, entonces estaba perdido, condenado. Mareado por el creciente calor, avanzó rogando encontrar una salida de incendios que le permitiera huir de aquella trampa.

—Ha ido por aquí —dijo Fryer—. Seguro que ha ido por aquí.

Garvey asintió; sin duda era el camino más probable, y Coloqhoun lo habría seguido. Se alejaba de la luz y se adentraba en el laberinto.

—¿Vamos tras él? —preguntó Chandaman. Al hombre se le hacía la boca agua al pensar en terminar con la paliza que había empezado a propinarle a Jerry—. No puede haber ido muy lejos.

—No —dijo Garvey.

Nada, ni siquiera la promesa de convertirlo en caballero, lo hubiera inducido a seguirlo.

Fryer ya había empezado a avanzar por el pasillo, iluminando con la linterna las paredes relucientes.

—Hace calor —dijo.

Garvey sabía muy bien cuánto calor hacía. No era un calor natural, no para Inglaterra. Inglaterra era una isla templada; por eso nunca la había abandonado. El calor sofocante de otros continentes alimentaba cosas grotescas de las que no quería enterarse.

—¿Qué hacemos? —preguntó Chandaman—. ¿Esperamos a que salga?

Garvey sopesó esa opción. El olor del corredor empezaba a angustiarle. El vientre le ardía y tenía la piel de gallina. Instintivamente se llevó la mano a la entrepierna. Su virilidad se había encogido, azorada.

—No —repuso repentinamente.

—¿No?

—No vamos a esperar.

—No se quedará ahí dentro para siempre.

—¡He dicho que no!

No había imaginado cuán profundamente lo haría sudar que le producía aquel lugar. Aunque le fastidiaba dejar que Coloqhoun se le escapara de aquel modo, sabía que si permanecía allí durante más tiempo, se arriesgaba a perder el autocontrol.

—Podéis esperarle en su piso —le dijo a Chandaman—. Tarde o temprano tendrá que volver a su casa.

—Qué lástima —murmuró Fryer al salir del pasillo—, con lo que me gustan las persecuciones.

Tal vez no lo estuvieran siguiendo. Habían pasado varios minutos desde que Jerry oyera las voces a sus espaldas. Su corazón había dejado de latir con furia. La adrenalina ya no le incitaba a correr; sus músculos cargados de magulladuras lo obligaron a arrastrarse. Su cuerpo se rebeló incluso ante ese leve movimiento.

Cuando dar un paso más se convirtió en una agonía insoportable, se dejó caer por la pared y quedó acurrucado en el pasillo. La ropa empapada se le pegó al cuerpo y a la garganta; sintió frío y calor al mismo tiempo. Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el chaleco y la camisa. La calidez del aire del laberinto le acarició la piel. El contacto le resultó agradable.

Cerró los ojos e intentó la autohipnosis para no sentir el dolor. ¿Qué eran las sensaciones sino un truco de las terminaciones nerviosas? Existían técnicas que permitían separar la mente del cuerpo, y dejar atrás las agonías. En cuanto cerró los ojos oyó unos sonidos apagados que provenían de muy cerca. Pasos, murmullo de voces. No eran Garvey y sus secuaces; eran voces femeninas. Jerry levantó la agobiada cabeza y abrió los ojos. O se había acostumbrado a la oscuridad en aquellos escasos momentos de meditación o en el pasillo había aparecido una luz; sin duda sería eso último.

Se puso de pie. La chaqueta le pesaba como un muerto; se la quitó con esfuerzo y la dejó caer donde había estado acostado. Entonces fue en dirección a la luz. El calor había aumentado considerablemente en los últimos minutos; le producía ligeras alucinaciones. Las paredes daban la impresión de haber abandonado la verticalidad; en el aire, la transparencia se había convertido en una rielante aurora.

Giró en una esquina. La luz se tornó más brillante. Otra esquina más y llegó a una diminuta cámara azulejada, donde el calor lo dejó sin aliento. Boqueó como un pez varado en la playa y miró con esfuerzo hacia la puerta que había en el otro extremo; el aire se iba tornando cada vez más denso. La luz amarillenta que se colaba por la puerta era aún más brillante, pero no logró reunir fuerzas suficientes para avanzar; el calor lo derrotó. Presintió que se encontraba al borde del desmayo y tendió una mano para sostenerse, pero la palma resbaló por los azulejos mojados y Jerry cayó al suelo, aterrizando sobre un costado. Lanzó un grito de dolor.

Gimiendo sus desdichas, encogió las piernas contra el cuerpo y permaneció donde había caído. Si Garvey había oído su grito, y había enviado a sus lugartenientes en su persecución, le daba igual. Ya no le importaba nada.

Desde el otro lado de la cámara le llegó el sonido de un movimiento. Levantó la cabeza del suelo y abrió un poco los ojos. En el vano de la puerta había una muchacha desnuda, o al menos eso era lo que sus aturdidos sentidos le indicaban. Le brillaba la piel como si la tuviera aceitada; en los pechos y los muslos tenía unas manchas de lo que podía haber sido sangre añeja. Aunque no parecía suya. No había herida alguna que le desfigurara el cuerpo reluciente.

La muchacha había comenzado a reírse de él con una risa suave y fácil que lo hizo sentir muy tonto. Su musicalidad lo embriagó, y se esforzó por mirarla mejor. Había empezado a cruzar la cámara en dirección a él, sin dejar de reírse; entonces advirtió que detrás de ella había otras. Aquéllas eran las mujeres de las que Garvey le había hablado; aquélla era la trampa de la que le había acusado.

—¿Quién eres? —murmuró cuando la muchacha se le acercó.

A ésta la falló la risa cuando vio sus facciones crispadas por el dolor.

Jerry intentó sentarse derecho, pero tenía los brazos entumecidos y volvió a resbalar por los mosaicos. La mujer no respondió a su pregunta ni tampoco intentó ayudarlo. Se limitó a mirarlo fijamente como haría un peatón a un borracho tendido en la cuneta; su rostro era inescrutable. Jerry le devolvió la mirada y sintió que iba perdiendo el tenue asidero a la conciencia. El calor, el dolor y aquella repentina erupción de belleza eran demasiado. Las mujeres más alejadas se dispersaron en la oscuridad; toda la cámara se plegó como la caja de un mago hasta que la criatura sublime que tenía delante exigió toda su atención. Ante su muda insistencia, Jerry sintió que la imaginación abandonaba su cabeza y que se deslizaba sobre la piel de la muchacha, que aquella carne era un paisaje y que cada poro era una fosa y cada cabello un pilón. Jerry fue suyo por completo. La mujer lo ahogó en sus ojos y lo desolló con sus pestañas; lo revolcó por su abdomen y lo hizo descender por el suave canal de su espalda. Lo recogió entre las nalgas y lo introdujo en su calor para volverlo a sacar mientras Jerry creía que se quemaría vivo. La velocidad lo regocijaba. Notó que su cuerpo, metido en alguna parte muy abajo, se hiperventilaba en el terror; pero su imaginación, a la que no le importaba respirar, se dirigía deseosa adonde la muchacha la condujera, y hacía rizos como un pájaro, hasta que, mareado y maltrecho, fue arrojado de nuevo al cáliz de su cráneo. Antes de que lograse aplicar la frágil herramienta de la razón a los fenómenos que acababa de experimentar, sus ojos se cerraron y se desmayó.

El cuerpo no necesita de la mente. Cuenta con infinidad de procesos —llenar y vaciar los pulmones, bombear la sangre y asimilar los alimentos— que no requieren la autoridad del pensamiento. Sólo cuando uno o más de esos procesos fallan, la mente adquiere conciencia de lo intrincado de los mecanismos que habita. El desmayo de Coloqhoun sólo duró unos minutos, pero cuando volvió en sí tuvo conciencia de su cuerpo como jamás la había tenido: como una trampa. Y no logró salir de ella; estaba atado con grilletes a esa miseria, o mejor dicho, en esa miseria.

Estos pensamientos iban y venían. Y en medio se producían breves visiones a través de las cuales caía, y momentos más breves aún, durante los cuales atisbaba el mundo exterior.

Las mujeres lo habían recogido. La cabeza le colgaba, el pelo le arrastraba por el suelo. «Soy un trofeo», pensó en un instante más coherente. Luego otra vez la oscuridad. Nuevamente luchó por alcanzar la superficie y vio cómo lo transportaban por el borde de la piscina grande. La nariz se le llenó de aromas contradictorios, a la vez deliciosos y fétidos. Por el rabillo del ojo logró ver el agua, más brillante que nunca, lamer las orillas de la piscina; y algo más, unas sombras que se movían dentro del brillo.

«Quieren ahogarme —pensó. Y luego—: Me estoy ahogando ya.» Imaginó que el agua le llenaba la boca; imaginó las formas que había entrevisto en la piscina invadirle la garganta y deslizarse hasta su vientre. Se esforzó por vomitarlas en medio de convulsiones.

Le pusieron una mano sobre la cara. La palma era divinamente fresca.

—Calla —le murmuró alguien.

Y al oír esa palabra, sus delirios desaparecieron. Consiguieron apartarlo de sus miedos y devolverle la conciencia.

La mano había desaparecido de su frente. Miró a su alrededor, en la penumbra de la sala, para buscar a su salvadora, pero sus ojos no fueron muy lejos. Al otro lado de la cámara —que parecía haber sido una ducha comunitaria—, varios tubos colocados en lo alto de la pared despedían sólidos arcos acuosos sobre los mosaicos, y desaguaban por unos canales. Un fino rocío producido por las fuentes llenó el aire. Jerry se incorporó. Tras la cascada del velo líquido se produjo un movimiento; una silueta demasiado enorme para ser humana. Espió a través de la llovizna e intentó encontrar algún sentido a aquellos pliegues de carne. ¿Era un animal? Había allí un olor penetrante que tenía algo de zoológico.

Jerry se movió con considerable cautela para no llamar la atención de la bestia e intentó ponerse de pie. Sin embargo, sus piernas no estuvieron a la altura de sus intenciones. Lo único que logró fue arrastrarse un trecho por la sala sobre las manos y las rodillas y espiar —una bestia a otra— a través del velo de agua.

Presintió que lo presentían, que la oscura criatura reclinada había vuelto los ojos en su dirección. Cuando lo miró, sintió que se le erizaba la piel, pero no logró apartar la vista. Y cuando él se disponía a examinarla mejor, en la sustancia de la criatura se formó un chispazo fosforescente que se esparció en olas de luz amarillenta por toda su tremenda silueta, revelándola en su totalidad a Coloqhoun.

Supo sin lugar a dudas que se trataba de una hembra, aunque no se parecía a ninguna especie o género que él conociera. Mientras las olas de luminosidad recorrían el físico de la criatura, descubrieron con cada nueva ráfaga una configuración también nueva y fenomenal. Al observarla, a Jerry se le ocurrió pensar en algo lento y fundido, vidrio tal vez, o piedra, como si su carne adquiriera formas complicadas para ser devuelta al horno y moldeada otra vez. Carecía de cabeza y piernas reconocibles como tales, pero sus contornos estaban plagados de racimos de burbujas brillantes que podían haber sido ojos, y aquí y allá despedía cintas iridiscentes —unas llamaradas lentas de color pastel— que parecían encender por momentos el aire.

Aquel cuerpo emitió entonces una serie de suaves sonidos: suspiros y burbujeos. Se preguntó si se estaría dirigiendo a él, y si era así, cómo esperaba que respondiera. Al oír unas pisadas detrás de él, se volvió hacia una de las mujeres en busca de apoyo.

—No tengas miedo —le dijo.

—No tengo miedo —repuso Jerry.

Era verdad. El prodigo que tenía delante resultaba electrificante, pero no le producía ningún temor.

—¿Qué es? —preguntó.

La mujer se mantuvo cerca de él. Su piel, bañada por la luz que despedía la criatura, era dorada. A pesar de las circunstancias, o tal vez precisamente a causa de ellas, sintió un temblor de deseo.

—Es la Madonna. La Virgen Madre.

—¿Madre? —repitió Jerry, volviéndose otra vez para ver a la criatura.

Las olas de fosforescencia habían dejado de recorrer el cuerpo. La luz latía ahora en una parte concreta de su anatomía, y en esa región, siguiendo el ritmo del pulso, la sustancia de la Madonna se hinchó y se partió. A sus espaldas Jerry oyó más pasos; el eco de unos susurros, de risas y aplausos llenó la cámara.

La Madonna estaba pariendo. La carne hinchada se abría. Una luz líquida comenzó a manar; un olor a fuego y sangre llenó la sala de duchas. Una muchacha lanzó un grito, como en armonía con la Madonna. Los aplausos arreciaron, y de repente, del corte abierto en la Madonna salió una criatura —una mezcla de calamar y cordero esquilado—, que cayó sobre los mosaicos. El agua que salía de los tubos la despertó inmediatamente; la criatura echó la cabeza hacia atrás para mirar a su alrededor

con su único ojo, enorme y perfectamente lúcido. Se retorció sobre los mosaicos durante unos instantes antes de que la chica que estaba al lado de Jerry avanzara entre el velo de agua y la recogiera. Su boca desdentada buscó rápidamente el pecho. La muchacha la acercó al pezón.

—No es humana... —murmuró Jerry. No estaba preparado para ver una criatura tan extraña y, sin embargo, tan inequívocamente inteligente—. Los niños... ¿son todos iguales?

Arrobada, la madre sustituta miró el saco de vida acurrucado entre sus brazos.

—Nadie es igual a nadie —repuso—. Nosotras los alimentamos. Algunos mueren. Otros viven y se van en busca de sus destinos.

—¿Adónde, por el amor de Dios?

—Al agua. Al mar. A los sueños.

La muchacha arrulló a la criatura. Un miembro aflautado, recorrido por la luz como había ocurrido con su madre, se agitó en el aire lleno de placer.

—¿Y el padre?

—No necesita marido —repuso—. Podría hacer hijos con un chubasco si quisiera.

Jerry volvió a mirar a la Madonna. En ella apenas quedaban vestigios de luz. El enorme cuerpo lanzó un zarcillo llameante color azafrán, que se mojó bajo la cascada de agua y dibujó unas formas danzarinas sobre la pared. Después se quedó quieta. Cuando Jerry se volvió, la madre sustituta y la criatura se habían ido. Se habían marchado todas menos una. Era la muchacha que se le había aparecido la primera vez. Su rostro volvía a lucir la misma sonrisa; estaba sentada al otro extremo de la habitación, con las piernas separadas. Jerry entrecerró los ojos para verle la entrepierna y luego le miró otra vez a la cara.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó la chica.

—No tengo miedo.

—¿Por qué no vienes a mí entonces?

Jerry se puso de pie, atravesó la cámara y fue hasta donde ella estaba sentada. A sus espaldas, el agua seguía manando y corriendo por los mosaicos, y detrás de las fuentes, las carnes de la Madonna murmuraban. Su presencia no lo intimidaba. Los de su clase seguramente no merecían la atención de semejante criatura. Y si lo veía, seguramente lo consideraría un ser ridículo. ¡Cielos! Si hasta él mismo se consideraba ridículo. Ya no le quedaban ni dignidad ni esperanzas que perder.

Mañana, todo aquello sería un sueño: el agua, las criaturas, la belleza que se incorporaba para abrazarlo. Mañana creería que había estado muerto durante un día y visitado unos baños para ángeles. Pero ahora, tenía que aprovechar la oportunidad.

Después de hacer el amor con la muchacha sonriente, cuando intentó recordar los detalles del acto, no logró precisar con exactitud si había llegado a algo. Sólo le quedaron los más vagos recuerdos, y no se acordaba de los besos de la muchacha ni del acoplamiento, sino de la leche que le goteaba de los pechos y de la forma en que ella murmuraba: «Nunca..., nunca...» mientras se entrelazaban. Cuando terminaron, ella se mostró indiferente. Ya no hubo palabras ni sonrisas. La muchacha lo dejó solo en medio de la llovizna de la cámara. Jerry se abrochó los sucios pantalones y dejó a la Madonna con su fecundidad.

Un corto pasillo conducía dc la sala de duchas a la piscina grande. Tal como comprobaba vagamente cuando las muchachas lo llevaron en presencia de la Madonna, estaba llena a rebosar. Los hijos de la Madonna jugaban en el agua radiante; sus formas eran innumerables. Las mujeres no estaban por ninguna parte, pero la puerta que daba al corredor exterior estaba abierta. La traspuso, y no había dado más de seis pasos cuando se cerro tras él.

Ezra Garvey se dio cuenta demasiado tarde de que regresar a las Piscinas (aunque fuera para un acto de intimidación del que normalmente hubiera disfrutado) había sido un error. Había vuelto a abrirle una herida que creía a punto de cicatrizar, y le había traído los recuerdos de su segunda visita, de las mujeres y de lo que le habían hecho ver (recuerdos que intentó aclarar hasta comprender su verdadera naturaleza) cerca de la superficie. Lo habían drogado, de un modo u otro lo habían drogado, y cuando estaba débil y había perdido todo sentido del decoro, lo habían explotado para divertirse. Lo habían amamantado como a un niño y lo habían convertido en su juguete. Esos recuerdos lo dejaban perplejo; pero había otros, demasiado profundos como para distinguirlos, que lo consternaban. Recuerdos de una cámara, de agua que caía en forma de cortina, de una oscuridad terrible y de una luminiscencia más terrible aún.

Sabía que había llegado la hora de destrozar esos sueños bajo los pies y de poner fin a semejante desconcierto. Era un hombre que no olvidaba los favores recibidos ni realizados; poco

antes de las once hizo dos llamadas telefónicas para hacer valer dos de esos favores. Fuera lo que fuese lo que vivía en las Piscinas de Leopold Road, no continuaría prosperando. Satisfecho con sus maniobras nocturnas, subió a acostarse.

Desde el incidente con Coloqhoun se había bebido gran parte de una botella de aguardiente; tenía frío y se sentía inquieto. El alcohol comenzó a hacerle efecto. Le pesaban las piernas y la cabeza. Ni siquiera se molestó en desvestirse, y se acostó en la cama grande durante unos minutos para aclararse un poco. Cuando se despertó era la una y media de la madrugada.

Se incorporó. El estómago volvía a hacerle cabriolas; en realidad, todo el cuerpo parecía traumatizado. En sus cincuenta y tantos años rara vez había estado enfermo; el éxito había mantenido a raya los achaques. Pero ahora se sentía fatal. Tenía un dolor de cabeza espantoso; tambaleándose, fue desde el dormitorio a la cocina tanteando las paredes. Se sirvió un vaso de leche, se sentó a la mesa y se lo llevó a los labios. Pero no bebió. Sus ojos se posaron en la mano que sostenía el vaso. La miró a través de la bruma del dolor. No se parecía a su mano; era demasiado delicada, demasiado suave. Dejó el vaso; temblaba de tal modo que derramó la leche sobre la mesa de teca y el charco formado empezó a caer al suelo.

Se puso de pie. El sonido de la leche al caer sobre los mosaicos de la cocina despertó en él unos pensamientos muy curiosos. Se dirigió vacilante hacia su estudio. Necesitaba la compañía de alguien, de cualquiera. Tomó la agenda telefónica e intentó descifrar los garabatos de las páginas, pero los números no le resultaban claros. El pánico fue en aumento. ¿Sería aquello la locura? El delirio de la mano transformada, las sensaciones extrañas que le recorrían el cuerpo. Se desabrochó la camisa, y al hacerlo, su mano rozó otro delirio más absurdo que el anterior. Con dedos renuentes se abrió la camisa, repitiéndose una y otra vez que nada de aquello era posible.

Pero las pruebas eran bien claras. Tocó un cuerpo que ya no era el suyo. Todavía había señales de que la carne y los huesos le pertenecían —una cicatriz de apendicitis en la parte baja del abdomen, la marca de nacimiento debajo del brazo—, pero la sustancia de su cuerpo había sido transformada (estaba siendo transformada mientras él observaba) en formas vergonzantes. Hundió las uñas en las formas que le desfiguraban el torso, como si fueran a disolverse ante el asalto, pero sólo logró que sangraran.

En otras épocas, Ezra Garvey había sufrido mucho, y casi todos los sufrimientos habían sido autoinfligidos. Había estado en la cárcel; había estado a punto de recibir serias heridas; había soportado los engaños de mujeres hermosas. Pero esos tormentos no eran nada comparados con la angustia que sentía ahora. ¡No era él mismo! Le habían quitado el cuerpo mientras dormía y le habían dejado aquél a cambio. El horror de aquella realidad destrozó su autoestima, y su cordura peligró.

Incapaz de frenar las lágrimas, empezó a tirar del cinturón. «Por favor, Dios mío —se dijo—, por favor, permite que siga entero.» Las lágrimas apenas le dejaban ver. Se las enjugó de un manotazo y se miró la entrepierna. Al ver las deformidades que allí se estaban produciendo, rugió hasta hacer temblar las ventanas.

Garvey no era hombre para engaños. Sabía que la discusión no contribuiría en nada a mejorar los hechos. No sabía con seguridad cómo había sido escrito en su cuerpo aquel tratado de transformación, y no le importaba demasiado. Lo único que se le ocurría pensar era que se moriría de vergüenza si alguna vez aquella vil condición llegaba a ver la luz del día. Regresó a la cocina y sacó un enorme cuchillo del cajón; luego se arregló la ropa y abandonó la casa.

Sus lágrimas se habían secado. Llorar ahora sería un desperdicio, y él no era un derrochón. Atravesó la ciudad vacía en su coche y fue hacia el río; cruzó el puente Blackfriars. Allí aparcó y fue andando hasta la orilla. Esa noche el Támesis estaba crecido y sus aguas bajaban rápidas; en la superficie había espuma blanca.

Sólo entonces, después de llegar tan lejos sin analizar demasiado sus intenciones, el temor a morir lo detuvo. Era un hombre rico e influyente, ¿acaso no habría otras salidas a aquella pesadilla que la solución a la que se había lanzado de cabeza? ¿Traficantes de píldoras que pudieran invertir la locura que había invadido sus células? ¿Cirujanos que cercenaran las partes ofensivas y suturaran los retazos de su yo perdido? ¿Cuánto durarían esas soluciones? Tarde o temprano el proceso volvería a empezar, lo sabía. Nadie podía ayudarlo.

Una ráfaga de viento levantó la espuma del agua. Fue a caerle sobre la cara y la sensación rompió el sello del olvido. Finalmente lo recordó todo: la sala de duchas, los chorros de los tubos rotos que golpeaban el suelo, el calor, las mujeres riéndose, los aplausos. Y por último, la cosa que vivía detrás de la pared de agua, una criatura que era peor que cualquier pesadilla de femineidad que su mente extraviada hubiera podido pergeñar. Allí se había acoplado en presencia de aquel monstruo, y en la furia del acto —cuando se había olvidado momentáneamente de sí mismo—, las muy furcias lo habían sometido a aquel embeleso. De nada servían las lamentaciones. Estaba acabado, acabado. Al

menos había tomado medidas para la destrucción de su guarida. Mediante la autocirugía desharía lo que ellas habían ideado con su magia, y así les negaría la posibilidad de ver el resultado de su obra.

El viento era frío, pero él tenía la sangre caliente. Lo envolvió con sus ráfagas mientras él se acuchillaba el cuerpo. El Támesis recibió la libación con entusiasmo. A sus pies, lamía la orilla formando remolinos. No había concluido el trabajo, cuando la pérdida de sangre lo venció. «Da igual —pensó, mientras se le doblaban las rodillas y caía al agua—, ahora no me verán más que los peces.» Cuando el río se cerró sobre él, rogó por que la muerte no fuera mujer.

Mucho antes de que Garvey hubiera despertado en mitad de la noche y descubierto la rebelión de su cuerpo, Jerry había abandonado las Piscinas, había subido a su coche e intentado regresar a su casa. Pero le había costado un gran esfuerzo llevar a cabo esa tarea tan simple. Tenía los ojos nublados, y el sentido de la dirección trastocado. En una intersección estuvo a punto de provocar un accidente, por lo que aparcó el coche y empezó a caminar hasta su casa. Los recuerdos de lo que acababa de ocurrirle no eran en absoluto claros, aunque los acontecimientos apenas tenían horas de vida. Tenía la cabeza plagada de extrañas asociaciones. Andaba en el mundo real como en sueños. Sin embargo, cuando vio a Chandaman y a Fryer esperándole en el dormitorio de su apartamento, volvió a la realidad como si le hubieran dado de bofetadas. No esperó a que lo saludasen; se volvió y echó a correr. Durante la espera le habían vaciado las reservas de bebidas alcohólicas y reaccionaron con lentitud. Jerry había bajado la escalera y abandonado la casa antes de que ellos salieran en su persecución.

Fue andando hasta casa de Carole, pero no estaba. No le importó esperar. Se sentó en los escalones de la entrada y allí estuvo durante media hora: cuando llegó el inquilino del piso superior, logró convencerlo de que lo dejase entrar y esperó en la relativa calidez de la casa. Se sentó en la escalera y en la duermevela volvió sobre sus pasos y regresó a la intersección donde había abandonado el coche. Una multitud pasaba por allí. «¿Adónde van?», inquirió. «A ver los yates», le respondieron. «¿Qué yates?», quiso saber, pero la gente se alejaba charlando. Siguió andando durante un rato. El ciclo estaba oscuro, pero las calles se hallaban iluminadas por una luz azulada, carente de sombras. Cuando ya iba a ver las Piscinas, oyó como un chapaleo y, al doblar una esquina, descubrió que la marea iba subiendo por la calle Leopold. ¿Qué clase de mar era aquél?, preguntó a las gaviotas que volaban en el cielo, porque el olor a salitre del aire denotaba que aquellas aguas eran del océano y no del río. ¿Acaso importaba qué mar era?, replicaron las gaviotas. En definitiva, ¿no eran todos los mares un mismo mar? Se quedó mirando cómo las olas iban subiendo por el asfalto. Su avance, aunque delicado, derribó farolas y erosionó los cimientos de los edificios con tanta rapidez que éstos se derrumbaban en silencio, bajo la marea glacial. Las olas no tardaron en bañarle los pies. Los peces, pequeños dardos plateados, se movían en el agua.

—¿Jerry?

Carole estaba en la escalera, mirándolo fijamente.

—¿Qué diablos te ha pasado?

—Estuve a punto de ahogarme —repuso.

Le habló de la trampa que Garvey le había tendido en Leopold Road, de la paliza recibida y de la presencia de los maleantes en su propia casa. Carole le ofreció su fría comprensión. Jerry no le contó nada sobre la persecución por la espiral, ni de las mujeres, ni de la cosa que había visto en las duchas. Le habría resultado imposible referirlo, aunque hubiera querido; cada hora que pasaba desde que abandonara las Piscinas estaba menos seguro de haber visto nada.

—¿Quieres quedarte aquí? —ofreció Carole cuando Jerry terminó su relato.

—Creí que nunca me lo preguntarías.

—Será mejor que tomes un baño. ¿Estás seguro de que no te han roto ningún hueso?

—Creo que a estas alturas ya lo sentiría si lo hubieran hecho.

Seguramente no tendría huesos rotos, pero no había salido incólume. El torso era una colección de morados, y le dolía todo, desde la cabeza a los pies. Tras permanecer media hora en remojo, salió de la bañera y se miró en el espejo; tenía el cuerpo hinchado por la paliza, y la piel del pecho se veía suave y tensa. No era un bonito panorama.

—Mañana deberás ir a la policía —le dijo Carole más tarde, cuando estaban acostados—. Y harás que arresten al bastardo de Garvey...

—Supongo...

Carole se inclinó sobre él. Tenía la cara blanda por la fatiga. Lo besó suavemente.

—Me gustaría quererte —le dijo. Jerry no la miró. —¿Por qué me lo pones tan difícil?

—¿Te lo pongo difícil? —inquirió; los ojos se le cerraban.

Carole deseó deslizar la mano por debajo de la bata que llevaba puesta —nunca había logrado comprender la timidez de Jerry, pero le resultaba atractiva— y acariciarlo. Pero en la forma en que yacía Jerry había cierto aislamiento que dejaba entrever su deseo de no ser tocado, y ella lo respetó.

—Apagaré la luz —le dijo.

Pero él no la oyó, ya se había dormido.

La marea no fue amable con Ezra Garvey. Recogió su cuerpo y jugueteó con él, lanzándolo a la orilla y volviendo a llevarlo hacia el interior durante un rato, picoteándolo como un comensal harto que escarba la comida. Llevó el cuerpo río abajo durante más de un kilómetro y luego se cansó de su peso. La corriente lo relegó al remanso de las orillas, y allí, a la altura de Battersea, quedó enganchado en una cuerda de amarre; su cuerpo exangüe se reveló en toda su extensión cuando lo abandonó la marea y vino la madrugada a espiar. A las ocho su audiencia se componía de alguien más que la mañana.

Jerry se despertó con el ruido de la ducha proveniente del baño contiguo. Las cortinas del dormitorio todavía estaban echadas. Sólo un diminuto haz luminoso logró filtrarse hasta donde yacía. Se dio la vuelta y sepultó la cabeza en la almohada, para que la luz no le molestase, pero su cabeza, una vez agitada, comenzó a darle vueltas. Le esperaba un día muy difícil; tendría que explicar los acontecimientos recientes a la policía. Le harían preguntas y algunas resultarían incómodas. Cuanto antes recapitulara su versión, más hermética sería. Volvió a darse la vuelta y apartó las sábanas.

Lo primero que se le ocurrió pensar cuando se miró fue que no se había despertado del todo, sino que continuaba con la cara sepultada en la almohada y soñaba ese despertar. Que soñaba el cuerpo en el cual habitaba, con sus pechos florecientes y el vientre suave. Aquel cuerpo no le pertenecía; el suyo era del otro sexo.

Sacudió la cabeza e intentó despertarse, pero no existía nada a lo cual despertar. Estaba allí. Aquella anatomía transformada era la suya —aquella raja, aquella suavidad, aquel extraño peso—, todo era suyo. En las horas transcurridas desde la medianoche lo habían desejido para volver a hacerle otra imagen.

Desde el cuarto de baño, el sonido de la ducha le devolvió el recuerdo de la Madonna. Y de la mujer que lo había persuadido con halagos para que la poseyera y le había susurrado, mientras él fruncía el ceño y continuaba con las arremetidas, «Nunca..., nunca...», diciéndole, aunque entonces estaba lejos de sospecharlo, que aquél sería su último acoplamiento como hombre. Habían conspirado —la mujer y la Madonna— para someterlo a aquel hechizo. Y el no poder siquiera aferrarse a su propio sexo, el hecho de que la virilidad, al igual que la influencia y la riqueza, le fueran prometidas para serle arrebatadas después, ¿acaso todo aquello no representaba el fracaso más perfecto de su vida?

Salió de la cama; hizo girar las manos para admirar su nueva delicadeza y se pasó las palmas por los pechos. No tenía miedo, pero tampoco sentía júbilo. Aceptó aquel *fait accompli* como un bebé acepta su condición, sin tener idea del bien o del mal que podía hacerle.

Tal vez habría más hechizos de donde provenía éste. Si así era, volvería a las Piscinas y los buscaría él mismo; seguiría la espiral hasta su corazón caliente y discutiría acerca de los misterios con la Madonna. ¡En el mundo había milagros! Fuerzas que podían volver la carne del revés sin producir sangre, que podían destruir la tiranía de lo real y jugar con sus ruinas.

En el cuarto de baño, el agua de la ducha continuaba cayendo. Se aproximó a la puerta del lavabo, ligeramente entreabierta, y espió. Aunque la ducha estaba abierta, Carole no se encontraba debajo de ella. Estaba sentada en el borde de la bañera y con las manos se cubría la cara. Lo oyó aproximarse a la puerta. Su cuerpo dio un respingo. No levantó la vista.

—Te he visto... —le dijo. Su voz era gutural, llena de un horror que no lograba domeñar—. ¿Me estoy volviendo loca?

—No.

—¿Entonces qué ocurre?

—No lo sé —repuso Jerry, sencillamente—. ¿Tan terrible es?

—Es repugnante, odioso. No quiero mirarte. ¿Me oyes? No quiero verte.

No intentó discutir. Carole no quería saber nada de él, y era su prerrogativa.

Volvió al dormitorio, se vistió con sus ropas sucias y regresó a las Piscinas.

Nadie reparó en él, o mejor dicho, si por el camino alguien notó algo extraño en aquel peatón —una disparidad entre las ropas que vestía y el cuerpo que las llevaba—, se limitó a mirar hacia otra parte, sin deseos de enfrentarse a semejante problema a una hora tan temprana y sobrio.

Cuando llegó a Leopold Road, en la escalinata había varios hombres. Hablaban, aunque él no lo supo, de la inminente demolición. Jerry se detuvo en el portal de una tienda, al otro lado de la calle, hasta que el trío se alejó; entonces, fue hasta la puerta principal de las Piscinas. Temía que hubieran cambiado la cerradura, pero no lo habían hecho. Entró fácilmente y cerró la puerta tras de sí.

No llevaba linterna, pero cuando se internó en el laberinto se dejó guiar por el instinto y éste no le falló. Al cabo de unos minutos de exploración por los corredores sumidos en la oscuridad tropezó con la chaqueta que había dejado el día anterior; unos giros más adelante, llegó a la cámara donde la muchacha risueña lo había encontrado. Había una ligera luz proveniente de la piscina. Habían desaparecido casi todos los vestigios de luminiscencia que lo habían conducido hasta allí.

Atravesó la cámara de prisa, lleno de aprensión. La piscina seguía llena a rebosar, pero la luz se había apagado casi por completo. Examinó el caldo: no había movimiento en sus profundidades. Se habían ido. Las madres, los hijos. También se habría ido su causa primera, la Madonna.

Se dirigió a las duchas. Sí, se había marchado. Más aún, la cámara había sido destruida, como en un rapto de rabia. Habían arrancado los azulejos de las paredes y destrozado las tuberías. Aquí y allá vio manchas de sangre.

Le dio la espalda a la destrucción y regresó a la piscina, preguntándose si habría sido su invasión lo que las había alejado de aquel templo provisional. Fuera cual fuese el motivo, las brujas se habían ido, y él, su criatura, se encontraba abandonado y privado de los misterios.

Desesperado, vagó por el borde de la piscina. La superficie del agua no estaba del todo en calma: en ella había despertado un círculo de olas que aumentaba como un latido. Se quedó mirando cómo el oleaje iba ganando impulso y extendía sus brazos por la piscina. De repente, el nivel del agua comenzó a descender. El oleaje se convirtió rápidamente en un remolino de aguas espumosas. En el fondo de la piscina habían abierto alguna boca y el agua estaba drenando. ¿Había huido por allí la Madonna? Corrió hasta el extremo opuesto de la piscina y examinó los azulejos. ¡Sí! Al abandonar su altar para lanzarse a la seguridad de la piscina, había dejado tras ella un rastro de fluido. Y si por ahí se había marchado la Madonna, ¿acaso las demás no la habrían seguido?

No tenía manera de saber adónde iban a desembocar las aguas. Tal vez a las cloacas y de allí al río y, finalmente, al mar. Ahogándose hasta morir, hacia la extinción de la magia. O a través de algún canal secreto, hacia la tierra, a algún santuario seguro, apartado de los curiosos, donde el éxtasis no estaba prohibido.

Las aguas enloquecían rápidamente a medida que la succión las reclamaba. El vórtice giraba, hervía, escupía. Estudió la forma que describía. Una espiral, por supuesto. Elegante, inevitable. Las aguas bajaban de prisa y el chapaleo pasó a ser rugido. Pronto no quedaría nada, y la puerta hacia otro mundo quedaría sellada y se perdería.

No tenía alternativa: saltó. La corriente arremolinada tiró de él hacia abajo y dio vueltas y más vueltas, descendiendo más y más. Se sintió lanzado contra el suelo de la piscina y dio varias volteretas a medida que la corriente tiraba inexorablemente de él aproximándolo a la salida. Abrió los ojos. La corriente lo arrastró hasta el borde y más allá. El torrente lo acogió bajo su custodia y con su furia lo lanzó hacia atrás y hacia adelante.

Más adelante había luz. No logró calcular a qué distancia se encontraba, pero ¿qué importancia tenía? Si se ahogaba antes de alcanzarla y moría antes de concluir el viaje, ¿qué? La muerte no era más segura que el sueño de masculinidad que había vivido durante todos esos años. Los términos de la descripción no servían para otra cosa que para ser trastocados, cambiados radicalmente. La tierra estaría brillante, ¿no?, y probablemente plagada de estrellas. Abrió la boca y gritó en el remolino, a medida que la luz crecía y crecía, cual himno en alabanza de la paradoja.

**Clive Barker
Sangre 2**

Traducción de Celia Filippetto

Diseño cubierta: Romi Sanmartí

Ilustración cubierta: Crisp/Agencia Luserke

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *Books of Blood*, publicado por Sphere Books, Ltd., Londres

© 1985 by Clive Barker

© 1993, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Enrique Granados, 84, 08008 Barcelona

ISBN 84-270-1786-3

Depósito legal B. 21.332-1993

Impreso y encuadrado por Romanyá Valls, S. A., Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo	5
Los hijos de Babel	7
En persona	25
La vida de la muerte	55
Cómo se desangran los expoliadores.....	75
Crepúsculo en las torres.....	94
La última ilusión.....	113

Para Julie y David

Prólogo

«He visto el futuro del género de horror y su nombre es Clive Barker —escribió Stephen King después de haber leído los primeros relatos de este autor—. Lo que Barker hace con los Books of Blood —añadió— crea la impresión de que el resto de sus colegas hemos permanecido estáticos durante los últimos diez años. Algunos de sus cuentos me resultaron tan terroríficos, en el sentido más macabro del término, que literalmente no pude leerlos a solas.»

¿Quién es Clive Barker, y qué dice acerca de su propia obra? Barker nació en 1952 en la ciudad inglesa de Liverpool, cuna de los Beatles, fue a las mismas escuelas que John Lennon, y su rostro de querubín tiene un extraño parecido con el de Paul McCartney. Terminó sus estudios de filosofía en la universidad de Liverpool, y fue pintor y dramaturgo antes de empezar a escribir ficción. Ahora se ha convertido en guionista de las películas inspiradas en algunas de sus obras.

Cuando le preguntan qué fue lo que le impulsó a escribir cuentos de horror, responde: «En el género de horror subvientes lo que la gente piensa acerca de la mortalidad, la sexualidad y la política. Es un ámbito donde todo está a tu disposición, y me atrae porque aborrezo lo seguro, lo convencional. La ficción en general examina los estratos del mundo con criterio realista; la ficción de horror arremete contra ellos con una sierra eléctrica, corta la realidad en pedacitos y le pide al lector que vuelva a armarla. Es una forma agresiva de redefinir lo que piensas acerca del mundo, y ésa es la causa de que a menudo la rechacen los críticos y los lectores. Puede maltratar brutalmente nuestra visión del mundo».

Barker atribuye la singularidad de su ficción de horror al hecho de que no está influido sólo por la literatura. «También me han afectado los cuadros de artistas como El Bosco y Goya, que forman parte de la tradición europea de pintura fantástica. No son sólo objetos que nos asustan: también están asociados a la exploración del inconsciente. Siempre me han fascinado.»

Beth Levine, que lo entrevistó para Publishers Weekly, recoge su confesión de que influyeron sobre él películas como Psicosis, La noche de los muertos vivientes y Viernes trece. La truculencia vivida y gráfica de estas películas, explica Levine, es quizás la causa de uno de los rasgos característicos de Barker: éste nunca desvía la vista, aunque la escena sea extremadamente chocante. «Nunca me echo atrás —afirma Barker—. Para mí, ése es un artículo de fe. La buena ficción de horror siempre debe estar un paso más allá de los límites del buen gusto, para que el lector reciba la sensación de que el libro que tiene en sus manos es peligroso. La gente recurre a la ficción de horror para que ésta impugne sus tabúes, y a mí me gusta satisfacer este deseo. Casi toda la ficción de horror empieza con una vida rutinaria que es desquiciada por la aparición de un monstruo. Una vez eliminado el monstruo, todo vuelve a la normalidad. No creo que esto sea válido para el mundo. No podemos destruir el monstruo porque el monstruo somos nosotros. Piénselo: no hay peores monstruos que las personas con quienes nos casamos, o con quienes trabajamos, o que nos han engendrado.»

En otra entrevista concedida a Douglas E. Winter, de la revista *Twilight Zone*, Barker siguió desnudando sus motivaciones íntimas. «Mi anhelo de perversidad es tal vez un poco más completo que el de algunos de mis colegas escritores —confesó—. Quiero decir que si olfateo la predictibilidad de algo que estoy haciendo, inmediatamente me enfrié y dejo la pluma. Esto determina que mis cuentos sean un poco escandalosos para algunos gustos, pero también determina que los lectores aborden mis cuentos con la certeza de que se van a encontrar con algo que no se parece a ninguna otra cosa. Supongo que ésta es la cualidad que ha demostrado ser fructífera... Nunca me he autocensurado. Nunca he emprendido una indagación para después detenerme a mitad de camino al darme cuenta de que me lleva a algo más macabro de lo que puedo soportar. Nunca he eliminado ningún subtexto sexual de mi obra; en cambio, he tendido a llevarlo hasta sus últimas consecuencias con mucho placer. Y nunca he supuesto que algo era demasiado pasmoso o extraordinario para mis lectores. Siempre he supuesto que son tan valientes, temerarios y morboso como yo... La verdad es que no me encarnizo con lo sanguinario. Me encarnizo con todo. Cuando mi relato es sanguinario, es muy sanguinario; cuando es sexual, es muy sexual; cuando es humorístico, es muy gracioso. No me

gustan las medias tintas... Así que no creo ser un buscador de sangre. Soy un buscador de excesos. Me gusta llevar los cuentos, los hechos y los personajes hasta las últimas consecuencias. Me afligiría que mi público me leyera sólo para ver cómo despedazan a la gente. Esto sería un poco como asistir a una función del Rey Lear sólo para ver cómo le arrancan los ojos a Gloucester.»

Dicho lo cual, sólo cabe replegarse para dejar que Clive Barker abra la caja de Pandora de sus excesos innombrables.

EDUARDO GOLIGORSKY

Los hijos de Babel

¿Por qué razón le resultaban irresistibles a Vanessa los caminos sin señalizar, las sendas que conducían a Dios sabía dónde? En el pasado, su entusiasmo por dejarse guiar por el olfato la había metido en más de un aprieto. Una noche casi fatal, perdida en los Alpes; aquel episodio en Marrakech que casi acabó en violación; la aventura con el aprendiz de trágasables en las selvas del bajo Manhattan. Y a pesar de las enseñanzas de la amarga experiencia, siempre que tenía que escoger entre un camino señalizado y otros sin señalizar, se inclinaba indefectiblemente por este último.

Como aquí, por ejemplo. Este camino que serpenteaba hacia la costa de Kithnos: ¿Qué otra cosa le ofrecía sino un recorrido sin tropiezos a través de un paisaje de vegetación achaparrada, algún que otro encuentro casual con alguna cabra, y una vista desde los acantilados del azul Egeo? Podía disfrutar de esa vista desde su hotel, en la bahía Merikha, prácticamente sin tener que salir de la cama. Las otras carreteras que arrancaban de ese cruce estaban tan claramente señalizadas... Una iba a Loutra y a su fuerte veneciano en ruinas, la otra llevaba a Driopis. No había visitado ninguno de esos poblados y había oído decir que ambos eran encantadores, pero el hecho de que estuvieran tan claramente indicados los despojaba de todo atractivo. Sin embargo, este otro camino, aunque no condujera a ninguna parte, cosa muy probable, al menos iba a un sitio sin nombre. No era una recomendación despreciable. Colmada de pura perversidad, siguió ese camino.

El paisaje a ambos lados de la carretera (o mejor dicho, el sendero, porque no tardó en convertirse en eso) no tenía nada de especial. Hasta las cabras con las que esperaba encontrarse brillaban por su ausencia, pero lo cierto era que la escasa vegetación no tenía aspecto apetecible. La isla no era un paraíso. A diferencia de Santorini, con su pintoresco volcán, o de Mykonos —la Sodoma de las Cicladas—, con sus lujosas playas y sus hoteles más lujosos aún, Kithnos no podía jactarse de nada que atrajera al turista. En suma, ése era el motivo por el que estaba allí, tan lejos de las multitudes como podía conspirar para estarlo. Sin duda, ese sendero la alejaría de ellas aún más.

El grito proveniente de los montes ubicados a su izquierda no podía ser pasado por alto. Era un grito de pura alarma, y resultó perfectamente audible por encima del gruñido de su coche de alquiler. Detuvo el anticuado vehículo y apagó el motor. El grito se repitió, pero esa vez seguido de un disparo, un intervalo y un segundo disparo. Sin pensárselo dos veces, abrió la puerta del coche y saltó al sendero. El aire le trajo la fragancia de los lirios del arenal y del tomillo silvestre, aromas que el pestazo a gasolina del interior del coche había encubierto con efectividad. Mientras aspiraba el perfume oyó un tercer disparo y vio una silueta —demasiado alejada de donde ella estaba como para distinguirla, aunque se hubiera tratado de su marido— que trepó a la cima de una de las colinas para desaparecer en una hondonada. Segundos después, aparecieron los perseguidores. Efectuaron otro disparo, y sintió alivio al comprobar que había sido lanzado al aire y no al hombre. Le advertían que se detuviera, en vez de tirar a matar. Los detalles de los perseguidores le resultaron tan poco claros como los del perseguido, salvo por un ominoso aspecto: iban vestidos, de la cabeza a los pies, con ondulantes túnicas negras.

Vaciló al costado del coche; no estaba segura de si debía volver a subirse al vehículo y marcharse, o averiguar a qué se debía aquel juego del escondite. El sonido de las armas no era particularmente agradable, pero ¿cómo darle la espalda a semejante misterio? Los hombres de negro habían desaparecido tras su presa, y ella volvió la vista hacia el lugar del que habían salido y hacia allí se dirigió, manteniendo la cabeza gacha lo mejor que pudo.

En aquel terreno poco común las distancias resultaban engañosas; las colinas arenosas se parecían mucho entre sí. Durante diez minutos avanzó cuidadosamente entre los cohombrillos amargos, y entonces le embargó la certeza de haber perdido el lugar por donde perseguidor y perseguidores habían desaparecido; para entonces se encontraba en un mar de lomas cubiertas de

pasto seco. Hacía rato que los gritos habían cesado, al igual que los disparos. Estaba sola con el sonido de las gaviotas y el chirriante debate de las cigarras alrededor de sus pies.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¿Porqué haré estas cosas?

Escogió la colina más grande de las cercanías y subió la ladera con paso incierto por el terreno arenoso, para comprobar si desde la cima lograba tener una mejor visión del sendero que acababa de abandonar, o tal vez del mar. Si lograba localizar los acantilados, podría orientarse en relación con el lugar donde había dejado el coche y dirigirse aproximadamente en aquella dirección, con la certeza de que tarde o temprano alcanzaría el sendero. Pero el montecillo era una miniatura; desde su cima sólo le fue revelado el alcance de su aislamiento. Por todas partes, los lomos de las mismas colinas indiferenciadas se alzaban hacia el sol de la tarde. Desesperada, se chupó el dedo y lo levantó en el aire para comprobar de dónde soplaban el viento, razonando que la brisa vendría con toda probabilidad del mar, y que podría utilizar esa magra información para basar en ella su cartografía mental. La brisa era insignificante, pero constituía la única guía disponible, por lo que partió en la dirección en la que esperaba encontrar el sendero.

Al cabo de cinco minutos, durante los cuales su agitación fue en aumento, subió y bajó colinas, escaló una de las laderas, y no se encontró con su coche, sino con un racimo de edificaciones blancas —dominadas por una gruesa torre y rodeadas de un alto muro, como si fuera una guarnición— que no había observado en sus anteriores exploraciones desde lo alto. Se le ocurrió que el perseguido y sus tres excesivamente atentos admiradores habían salido de allí, y ese hecho le aconsejó que no le convenía acercarse. Pero sin instrucciones de nadie, ¿acaso no corría el riesgo de vagar indefinidamente por aquel erial sin poder encontrar el camino de regreso al coche? Además, los edificios tenían un aspecto nada pretencioso que le infundió seguridad. Por encima del brillante muro asomaba el follaje, lo cual sugería que allí detrás había un jardín solitario, en el que al menos encontraría un poco de sombra. Cambió de rumbo y se dirigió hacia la entrada.

Cuando llegó a los portones de hierro forjados estaba exhausta. Sólo cuando encontrara un poco de alivio reconocería el peso de su cansancio: la marcha penosa a través de las colinas le había reducido muslos y pantorrillas a una incompetencia temblorosa.

Al ver uno de los portones entornado, se coló por la abertura. El patio que había detrás estaba pavimentado, y salpicado de excrementos de paloma; varias de las culpables se habían posado sobre un mirto y al verla aparecer se pusieron a arrullar. Desde el patio, y en dirección a una maraña de edificios, partían una serie de senderos cubiertos. Su perversidad, viciada por la aventura, la impulsó a seguir el de aspecto menos prometedor, que la condujo a la sombra de un balsámico pasaje cubierto de sencillos bancos, y más allá encontró un recinto más pequeño. Allí, el sol caía sobre uno de los muros, en uno de cuyos nichos había una estatua de la Virgen María, con su famoso niño, con dos dedos levantados en señal de bendición, sentado sobre su brazo. Al ver la estatua, las piezas del misterio encajaron: el lugar apartado, el silencio, la sencillez de los patios y senderos... Seguramente se trataría de un establecimiento religioso.

Había carecido de Dios desde la temprana adolescencia, y en los veinticinco años que siguieron, rara vez había traspuesto el umbral de una iglesia. Ahora, a los cuarenta y uno, difícilmente volvería al redil, por lo que se sintió doblemente intrusa. Pero al fin y al cabo no buscaba asilo, sino simplemente instrucciones. Podía pedirlas y marcharse.

A medida que avanzaba por el suelo de piedra, bañado de sol, experimentó la curiosa incomodidad que acompaña a la sensación de que te están espiando. Se trataba de una cualidad que, durante su vida en común con Ronald, había adquirido el sofisticado grado de sexto sentido. Los ridículos celos que tres meses antes habían puesto fin al matrimonio habían empujado a Ronald a adoptar unas estrategias de espionaje que no habrían avergonzado a las agencias de Whitehall o Washington. En este momento sintió que la observaban no uno, sino varios pares de ojos. Aunque miró las estrechas ventanas que daban al patio y notó movimiento en una de ellas, nadie hizo ningún esfuerzo por comunicarse con ella. Tal vez se tratara de una orden muda cuyos votos de silencio eran observados con tanto rigor que tendría que hacerse entender por señas. Pues bien, que así fuera.

A sus espaldas oyó el sonido de unos pies que corrían, seguido de varios pares de pies que se acercaban a toda prisa hacia ella. Y desde el fondo del sendero le llegó el fragor de los portones de hierro al cerrarse con estrépito. Por un motivo u otro, el corazón le dio un vuelco, provocándole un revuelo en la sangre, que se le agolpó en la cara. Las piernas, debilitadas, le volvieron a temblar.

Se volvió para enfrentarse a los propietarios de aquellos pasos urgentes, y al hacerlo vio moverse un poco la pétrea cabeza de la Virgen. Sus ojos azules habían seguido su recorrido por el patio, y no cabía duda de que también la estaban vigilando ahora. Se quedó inmóvil. Lo mejor sería no correr, pensó, porque tenía a Nuestra Señora cubriendole las espaldas. De todas maneras, de nada le habría servido el salir corriendo, porque en ese momento de las sombras de los claustros surgieron tres monjas cuyos hábitos ondulaban en el aire. Las barbas y el brillo de los rifles

automáticos que llevaban destrozaron la ilusión de que eran esposas de Cristo. Se habría echado a reír ante aquella incongruencia, pero las monjas le apuntaron directamente al corazón.

No le ofrecieron ni una palabra de explicación; no obstante en un lugar que albergaba hombres armados disfrazados de monjas, un atisbo de razón sería, indudablemente, tan raro como las ranas con plumas.

Las tres hermanitas la ataron y la sacaron del patio, tratándola como si acabara de arrasar con el Vaticano. La registraron a fondo y expeditivamente. Aceptó aquella invasión con alguna que otra queja sumaria. Las miras de sus rifles no se apartaron de ella ni por un momento, y en semejantes circunstancias lo mejor era obedecer. Acabado el registro, uno de ellos la invitó a vestirse, y fue escoltada a un cuartito donde la encerraron. Poco después, una de las monjas le llevó una botella de sabroso retsina y, para completar el catálogo de incongruencias, la mejor pizza estilo Chicago que había comido al este de esa ciudad. A Alicia, perdida en el País de las Maravillas, no podría haberle parecido más curioso.

—Tal vez haya habido un error —reconoció el hombre del bigote aceitado, al cabo de varias horas de interrogatorio.

Vanessa sintió alivio al descubrir que el hombre no pretendía hacerse pasar por abadesa, a pesar del aspecto de la guarnición. Su despacho —si es que era su despacho— estaba parcamente amueblado, y el único artefacto digno de mención era una calavera humana sin mandíbula inferior, que reposaba sobre el escritorio y la miraba fijamente desde sus cuencas vacías. El hombre vestía bien, tenía la pajarita inmaculadamente atada, y los pantalones llevaban una raya letal. Por debajo de su inglés calculado, Vanessa creyó olfatear un rastro de acento. ¿Francés? ¿Alemán? Sólo cuando sacó un poco de chocolate del escritorio, Vanessa concluyó que era suizo. Según le dijo, se llamaba señor Klein.

—¿Un error? ¡Desde luego que ha habido un error! —exclamó Vanessa.

—Hemos encontrado su coche. También hemos llamado al hotel y, de momento su historia queda verificada.

—No soy una impostora —dijo Vanessa.

A pesar de que intentara sobornarla con dulces, el señor Klein había desbordado su capacidad de cortesía. Calculó que ya sería bien entrada la noche; no obstante, no llevaba reloj y aquella pequeña habitación desnuda, ubicada en el vientre de uno de los edificios, carecía de ventanas, por lo que resultaba difícil estar segura. El señor Klein y su desnutrido número dos se habían encargado de distraer la atención de Vanessa, por lo que no tenía mucha idea del tiempo transcurrido.

—En fin —añadió—, me alegro de que esté usted satisfecho. ¿Me dejará ahora volver al hotel? Estoy cansada.

—No —repuso Klein, negando con la cabeza—. Me temo que no será posible.

Vanessa se puso en pie de un salto, y la violencia de su movimiento hizo caer la silla. Al cabo de un segundo, la puerta se abrió y una de las hermanas barbudas asomó por ella con la pistola en alto.

—Está bien, Stanislaus —ronroneó el señor Klein—. La señora Jape no me ha degollado.

«La hermana» Stanislaus se retiró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Por qué? —inquirió Vanessa.

La aparición del guardia había aplacado sus iras.

—¿Por qué qué? —preguntó el señor Klein. —Las monjas.

Klein suspiró pesadamente y tocó la cafetera que le habían llevado una hora antes, para comprobar si seguía caliente. Se sirvió media taza antes de contestar.

—En mi opinión, todo esto es innecesario, señora Jape, y le doy mi palabra de que haré que la suelten lo antes posible. Por el momento, le ruego que sea indulgente. Piense en esto como si se tratara de un juego... —El semblante se le agrió un poco—. A ellos les gustan los juegos.

—¿A quiénes?

—Olvídalo —dijo Klein, frunciendo el ceño—. Cuanto menos sepa, menos tendremos que hacerle olvidar.

Vanessa entrecerró los ojos y le echó una mirada a la calavera.

—Todo esto no tiene ningún sentido —dijo.

—Ni falta que hace que lo tenga —repuso el señor Klein. Hizo una pausa y bebió un sorbo de café tibio—. Señora Jape, ha cometido un lamentable error al venir aquí. También es verdad que hemos cometido un error al dejarla entrar. Normalmente, nuestras defensas son mucho más severas. Pero nos pescó usted con la guardia baja, y sin darnos cuenta...

—Oiga —le interrumpió Vanessa—, no sé qué es lo que pasa aquí. Ni quiero saberlo. Lo único que deseo es que me permitan regresar a mi hotel y terminar mis vacaciones en paz.

A juzgar por la expresión de la cara de su interrogador, sus súplicas no parecían resultar persuasivas.

—¿Es mucho pedir? —inquirió—. No he hecho nada. No he visto nada. ¿Cuál es el problema?

El señor Klein se puso de pie.

—El problema —repitió en voz baja, como para sí—. Es una buena pregunta. —No se molestó en contestarla, sin embargo. Se limitó a llamar—: Stanislaus.

La puerta se abrió y apareció «la monja».

—Lleva a la señora Jape a su habitación, ¿quieres?

—¡Presentaré una queja ante mi embajada! —aulló Vanessa, llena de resentimiento—. ¡Tengo mis derechos!

—Por favor —dijo el señor Klein, dolorido—, que grite no nos será de ninguna utilidad.

«La monja» aferró a Vanessa por el brazo. La mujer notó la proximidad del revólver.

—¿Vamos? —inquirió amablemente el guarda. —¿Tengo otra elección? —preguntó a su vez Vanessa. —No.

El truco de la buena farsa, le había comentado una vez su cuñado, ex actor, estaba en representarla con mortal seriedad. Nada de guiños solapados a la galería que indiquen la intención cómica del comediante; nada de detalles extravagantes que pongan en peligro la realidad de la pieza. De acuerdo con estas rigurosas normas, se encontraba rodeado de un elenco de expertos: todos deseosos de actuar —a pesar de los hábitos, los velos y las vírgenes espías— como si aquella ridícula situación no fuera en modo alguno algo fuera de lo corriente. Por más que se esforzaba, no podía desenmascararlos, ni romperles las caras serias, ni obtener de ellos una sola señal de timidez. Estaba claro que carecía de las habilidades necesarias para esa clase de comedia. Cuanto antes advirtieran su error y la despidieran de la compañía, más feliz se sentiría.

Durmía bien, ayudada por media botella de whisky que alguien previsor había dejado en su cuartito mientras ella estaba ausente. Rara vez había bebido tanto en tan corto tiempo, y cuando, a eso del amanecer, la despertaron unos ligeros golpecitos en la puerta, sintió la cabeza pesada y la lengua como si fuera un guante de ante. Tardó unos instantes en orientarse; entre tanto, los golpecitos se repitieron y la ventana de la puerta se abrió desde fuera. Una cara ansiosa se asomó a ella: la de un anciano con barba en forma de hongo y ojos enloquecidos.

—Señora Jape —siseó—. Señora Jape. ¿Podemos hablar?

Se dirigió a la puerta y miró a través de la ventana. El aliento del anciano se componía de dos partes de ouzo añejo y una de aire fresco. Eso le impidió acercarse demasiado a la ventana, aunque el anciano le hacía señas para que lo hiciera.

—¿Quién es usted? —inquirió Vanessa, no sólo por pura curiosidad sino porque las facciones, bruñidas por el sol y duras como el cuero, le recordaban a alguien.

El hombre le lanzó una ligerísima mirada y repuso:

—Un admirador.

—¿Le conozco?

—Es demasiado joven —respondió, negando con la cabeza—. Pero yo la conozco a usted. La vi entrar. Quise advertírselo, pero no me dio tiempo.

—¿Usted también está aquí preso?

—Sí, digámoslo así. ¿Ha visto a Floyd?

—¿A quién?

—Escapó. Anteayer.

—Ah, Floyd era el hombre al que perseguían, ¿no? —dijo Vanessa, comenzando a enhebrar aquellas perlas sueltas.

—Exactamente. Logró escabullirse. Y al perseguirlo, los muy zoquetes se dejaron el portón abierto. En estos días la seguridad es espantosa... —Parecía genuinamente indignado por la situación—. Aunque no vaya a creer que no me alegro de que esté aquí. —Sus ojos reflejaban cierta desesperación, una pena que luchaba por mantener sumergida—. Oímos disparos. No lo alcanzaron, ¿verdad?

—Al menos no llegué a verlo —repuso Vanessa—. Fui a mirar, pero no encontré rastros...

—¡Aja! —exclamó el anciano, regocijándose—. Entonces, quizá haya logrado escapar.

A Vanessa ya se le había ocurrido que aquella conversación podía ser una trampa; que el anciano fuera víctima del engaño de su captor, y que aquél fuera otro modo de sonsacarle información. Pero su instinto le dijo lo contrario. El anciano la miraba con afecto, y su cara, que era la de un payaso maestro, parecía incapaz de fingir. Para bien o para mal, Vanessa confiaba en él. Le quedaban muy pocas alternativas.

—Ayúdeme a salir —le pidió—. Tengo que salir de aquí.

—¿Tan pronto? —dijo el anciano, con aire abatido—. Si acaba de llegar.

—No soy una ladrona. No me gusta que me encierran.

—Claro que no —repuso él, asintiendo con la cabeza, y recriminándose en silencio por su egoísmo—. Lo siento. Es que una mujer hermosa... —Se interrumpió, y volvió a hilar la frase—: Esto de hablar nunca ha sido mi fuerte...

—¿Está seguro de que no lo conozco de alguna parte? —preguntó Vanessa—. Su cara me resulta familiar.

—¿De veras? Eso es muy agradable. Aquí todos creemos que nos han olvidado.

—¿Todos?

—Hace tanto tiempo que nos raptaron... Muchos de nosotros acabábamos de comenzar nuestras investigaciones. Fue por eso por lo que Floyd huyó. Quería completar unos cuantos meses de trabajo decente antes del final. A veces yo siento lo mismo. —Puso fin a su melancólica sucesión de ideas y volvió a la pregunta de Vanessa—. Soy el profesor Harvey Gomm. Aunque últimamente no recuerdo de qué era profesor.

Gomm. Era un nombre singular, y le sonaba, pero de momento Vanessa no lograba identificar la melodía.

—¿No se acuerda? —inquirió él, mirándola directamente a los ojos.

Vanessa deseó mentirle, pero eso podría poner en su contra al anciano —la única voz cuerda que había encontrado allí— mucho más que la verdad.

—No.... no me acuerdo. ¿Y si me diera una pista? Antes de que lograra desvelarle otra parte del misterio, el anciano oyó voces.

—Ahora no puedo hablarle, señora Jape. —Llámeme Vanessa.

—¿Puedo? —se le iluminó el rostro ante la calidez de su magnanimidad—. Vanessa.

—¿Me ayudará?

—Lo mejor que pueda. Pero si me viera en compañía de otros...

—... Nunca nos hemos visto.

—Exactamente. Au revoir.

Cerró el panel de la puerta y Vanessa oyó sus pisadas alejarse por el corredor. Minutos más tarde, cuando llegó su guardián, un afable malhechor llamado Guillemot, portando una bandeja con té. Vanessa fue toda sonrisas.

Su explosión del día anterior había dado, al parecer, ciertos frutos. Esa mañana, después del desayuno, el señor Klein le hizo una breve visita y le informó que le permitirían salir a los jardines del lugar (acompañada de Guillemot), para que pudiera disfrutar del sol. Le suministraron una nueva muda de ropa, un poco grande para ella, pero de todos modos un alivio que le permitió desprenderse de las prendas sudadas que hacía más de veinticuatro horas que llevaba encima. Esta última concesión a su comodidad era, sin embargo, un consuelo de tontos. Aunque estaba encantada de llevar ropa interior limpia, el hecho de que le suministraran ropa sugería que el señor Klein no preveía soltarla pronto.

Intentó calcular cuánto tiempo pasaría antes de que el obtuso gerente de su hotel se diera cuenta de que no iba a volver. Y en ese caso, ¿qué haría? Tal vez ya hubiera puesto sobre aviso a las autoridades; tal vez encontrarían el coche abandonado y seguirían su rastro hasta esa curiosa

fortaleza. Con respecto a este último punto, sus esperanzas se esfumaron esa misma mañana, durante el paseo. El coche se encontraba estacionado en el recinto circundado de laureles, junto al portón, y a juzgar por las copiosas bendiciones derramadas sobre él por las palomas, había estado allí toda la noche. Sus captores no eran tontos. Tal vez tendría que esperar hasta que en Inglaterra alguien se preocupara e intentara averiguar su paradero; entre tanto podía muy bien morirse de aburrimiento.

Las demás personas que había en aquel sitio habían encontrado ciertas diversiones que les impidieron trasponer el umbral de la locura. Esa mañana, mientras recorría junto a Guillemot los jardines, oyó claramente unas voces en un patio vecino. Una de esas voces era la de Gomm. Gritaban excitadas.

—¿Qué ocurre?

—Están jugando —repuso Guillemot.

—¿Podemos ir a ver? —preguntó Vanessa. como quien no quiere la cosa.

—No...

—Me gustan los juegos.

—¿De veras? Entonces jugaremos usted y yo, ¿eh?

No era la respuesta que esperaba, pero si insistía podía levantar sospechas.

—¿Por qué no? —contestó.

Ganarse la confianza de aquel hombre sólo podía resultarle beneficioso.

—¿Al póquer? —Nunca he jugado.

—Le enseñaré —repuso Guillemot.

Resultaba evidente que le seducía la idea. Del patio contiguo se elevó la algarabía de los jugadores. Parecía una especie de carrera, a juzgar por los gritos de aliento y la subsiguiente calma desinflada que se producía al alcanzar la meta. Guillemot la pescó escuchando.

—Ranas — le dijo —. Son carreras de ranas.

—Me preguntaba si...

Guillemot la miró casi con cariño y le dijo:

—Será mejor que no.

A pesar del consejo de Guillemot, una vez que centró su atención en el sonido de los juegos, no logró apartar de su cabeza la algarabía. Continuó durante toda la tarde, con aumentos y disminuciones. A veces se oían carcajadas repentinamente, y con frecuencia, discusiones. Gomm y sus amigos se comportaban como niños por la forma en que reñían por un objetivo tan intrascendente como una carrera de ranas. Pero a falta de diversiones más edificantes, ¿acaso podía culparlos? Esa noche, cuando el rostro de Gomm se asomó a la ventana de la puerta, lo primero que le dijo fue:

—Esta mañana los oí en uno de los patios. Y también esta tarde. Al parecer, se lo estaban pasando en grande.

—Ah, los juegos —repuso Gomm—. Hemos tenido un día ocupado. Había muchas cosas que decidir.

—¿Cree que podría convencerlos para que me permitieran unirme a ustedes? Aquí dentro empiezo a aburrirme.

—Pobre Vanessa. Me gustaría poder ayudarla. Pero es prácticamente imposible. En esos momentos tenemos una avalancha de trabajo, especialmente a raíz de la huida de Floyd.

«¿Avalancha de trabajo? —pensó Vanessa—. ¿Por jugar a las carreras de ranas?» Temerosa de ofenderlo, no expresó su duda en voz alta.

—¿Qué ocurre aquí? No son ustedes criminales, ¿verdad?

—¿Criminales? —inquirió Gomm con aire ultrajado.

—Lo lamento...

—No, no. Comprendo por qué lo ha preguntado. Supongo que ha de parecerle extraño... eso de que estemos encerrados. Pero no somos criminales.

—¿Y qué son entonces? ¿Cuál es el secreto? Gomm inspiró profundamente antes de contestar. —Si se lo digo, ¿nos ayudará a salir de aquí? —¿Cómo?

—En su coche. Está en la parte de delante.

—Sí, ya lo vi...

—Si lográsemos llegar hasta él, ¿nos llevaría?

—¿Cuántos son?

—Cuatro. Ireniya, Mottershead, Goldberg y yo. Claro que Floyd andará por ahí fuera, en alguna parte, pero tendrá que cuidarse solo, ¿no?

—El coche es pequeño —le advirtió.

—Somos gente pequeña —replicó Gomm—. Con la edad uno se encoge, ya lo sabe usted, como la fruta seca. Y somos viejos. Entre todos, incluido Floyd, sumamos trescientos noventa y ocho años. Tanta amarga experiencia, y no por eso somos más sabios.

En el patio al que daba el cuarto de Vanessa se oyeron unos gritos repentinos. Gomm desapareció de la puerta, y volvió a reaparecer brevemente para murmurar:

—Lo han encontrado. Dios mío, lo han encontrado.

Dicho lo cual salió disparado.

Vanessa se dirigió a la ventana y espió por ella. No logró ver demasiado, pero lo poco que logró captar denotaba una agitada actividad: «las hermanas» iban de acá para allá.

En el centro de la conmoción logró ver una pequeña figura, el fugado Floyd, no cabía duda, que forcejeaba entre dos guardas. Los días y las noches pasados a la intemperie parecían haberlo dejado maltrecho; tenía las facciones lánguidas y sucias, y la coronilla pelada despellejada por el exceso de sol. Vanessa oyó la voz del señor Klein elevarse por encima del ajetreo y lo vio entrar en escena. Se acercó a Floyd y procedió a reprenderlo sin piedad. Vanessa apenas lograba captar una de cada diez palabras, pero el asalto verbal no tardó en provocar el llanto del anciano. Se alejó de la ventana, rogando en silencio porque Klein se ahogara la próxima vez que comiese chocolate.

Hasta ese momento, el tiempo transcurrido allí le había permitido colecciónar un curioso número de experiencias: un momento agradable (la sonrisa de Gomm, la pizza, el sonido de los juegos desarrollados en un patio parecido), y el siguiente (el interrogatorio, la provocación que acababa de presenciar) desagradable. Y aun así, distaba mucho de comprender qué función cumplía aquella cárcel, por qué sólo contaba con cinco reclusos (seis, si se incluía a sí misma) y por qué eran todos tan viejos, encogidos por los años, según le había dicho Gomm. Pero después de presenciar la humillación que Klein le infligiera a Floyd, Vanessa tuvo la certeza de que ningún secreto, por más apremiante que fuera, le impediría ayudar a Gomm en su lucha por conseguir la libertad.

El profesor no regresó esa noche, lo cual la defraudó. Quizá la captura de Floyd se habría traducido en unas reglas más severas, reflexionó, aunque ese principio apenas la afectara a ella. Al parecer, la tenían prácticamente olvidada. Aunque Guillemot le llevaba comida y bebida, no se quedaba a enseñarle a jugar al póquer, tal como habían acordado, ni tampoco la sacaba a tomar el aire. Abandonada en la sofocante habitación, sin compañía, y con la mente sin otro entretenimiento que contarse los dedos, no tardó en sentirse invadida por la apatía y el sueño.

Dormitaba en mitad de la tarde, cuando algo golpeó contra la pared externa, junto a la ventana. Se levantó, y se disponía a ver qué era aquel sonido, cuando por la ventana entró un objeto lanzado desde fuera. Aterrizó con un ruido metálico y sordo. Quiso echarle un vistazo al remitente, pero ya se había ido.

El pequeño paquete era una llave envuelta en una nota que decía: Vanessa, prepárese. Suyo, per saecula saeculorum, H. G.

El latín no era su fuerte; abrigó la esperanza de que las últimas palabras fueran un saludo cariñoso y no una instrucción. Probó la llave en la puerta de su celda. Funcionaba. Estaba claro que Gomm no pretendía que la utilizara ahora mismo, sino que esperaba una señal. Prepárese, le había escrito. Evidentemente, era más fácil decirlo que hacerlo. Resultaba tan tentador, con la puerta abierta y el corredor que iba hacia el sol completamente desierto, olvidarse de Gomm y de los otros y salir por piernas... Pero sin duda H. G. se había arriesgado al conseguir la llave. Y le debía fidelidad.

A partir de ese momento, no volvió a dormitar. Cada vez que oía una pisada en los claustros, o un grito en el patio, se levantaba y estaba lista. Pero la señal de Gomm no llegó. La tarde transcurrió lentamente, y al llegar el anochecer, Guillemot apareció con otra pizza y una botella de Coca-Cola para la cena, y antes de que Vanessa se diera cuenta, la noche había caído y otro día había concluido.

Tal vez fueran al abrigo de la oscuridad, pensó, pero no lo hicieron. Salió la luna, con sus mares de sonrisas presuntuosas, y no recibió señales de H. G. ni de su prometido éxodo. Comenzó a sospechar lo peor: que habían descubierto el plan y que los habían castigado a todos por ello. Si así era, ¿acaso el señor Klein no tardaría en descubrir, tarde o temprano, su participación? Aunque su papel había sido mínimo, ¿qué sanciones le impondría el hombre de los chocolates? Poco después

de medianoche, decidió que esperar allí a que el hacha cayera no era su estilo, y que lo más sensato que podía hacer era imitar a Floyd y salir por piernas.

Salió de la celda, la cerró con llave y atravesó los claustros a toda prisa, manteniéndose en las sombras lo mejor que pudo. No había señales de presencia humana, pero recordó a la Virgen vigilante que la había espiado por primera vez. Allí no se podía una fiar de nada. Agazapada, y gracias a la pura buena suerte, logró salir al patio en el que Floyd se había enfrentado al señor Klein. Hizo una pausa para decidir de qué lado estaría la salida. Pero las nubes le cubrieron la cara de la luna, y en la oscuridad, su incierto sentido de la orientación la abandonó por completo. Confiado en la suerte que la había llevado hasta allí sin ser detenida, escogió una de las salidas del patio, la atravesó y se dejó guiar por el olfato a lo largo de un sendero cubierto que serpeaba y giraba antes de conducir a otro patio mayor que el primero. Una ligera brisa agitó las hojas de los laureles entrelazados que había en el centro del patio; los insectos nocturnos zumbaban en las paredes. Por pacífica que pareciera, no lograba ver en la plaza una ruta prometedora, y se disponía a regresar por donde había llegado, cuando la luna se deshizo de sus velos e iluminó el patio de pared a pared.

Estaba vacío, a excepción de los laureles y la sombra de los laureles, pero esa sombra caía sobre un complicado dibujo pintado en el suelo. Se quedó mirándolo, demasiado embargada por la curiosidad como para retirarse, aunque al principio no logró encontrarle sentido a la cosa; el diseño parecía ser sólo eso: un diseño. Cautelosamente, recorrió uno de sus bordes intentando descifrar su significado. Entonces advirtió que lo estaba mirando del revés. Se dirigió al otro extremo del patio y el dibujo le resultó claro. Era un mapa del mundo, reproducido hasta la última e insignificante isla. Aparecían indicadas las ciudades más importantes, y los océanos y los continentes estaban recorridos por cientos de finas líneas que marcaban latitudes, longitudes y muchas cosas más. Aunque muchos de los símbolos eran idiosincrásicos, estaba claro que el mapa se encontraba plagado de detalles políticos. Fronteras en litigio, aguas territoriales, zonas de exclusión. Muchos de estos detalles habían sido redibujados en tiza, como respondiendo a las informaciones diarias. En ciertas regiones, particularmente cargadas de acontecimientos, la masa de tierra aparecía oscurecida por anotaciones.

La fascinación se interpuso entre ella y su seguridad. No oyó las pisadas provenientes del Polo Norte hasta que su propietario salió de su escondite y quedó iluminado por la luz de la luna. Se disponía a salir corriendo, cuando reconoció a Gomm.

—No se mueva —murmuró éste desde el otro lado del mundo.

Hizo lo que le indicaba. H. G. echó un vistazo a su alrededor, como un conejo acorralado, hasta que estuvo seguro de que el patio se hallaba desierto. Entonces, cruzó hasta donde se encontraba Vanessa.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó.

—Usted no se presentó —le acusó ella—. Creí que se había olvidado de mí.

—Las cosas se han complicado. Nos vigilan todo el tiempo.

—No podía seguir esperando, Harvey. Éste no es lugar para pasar las vacaciones.

—Tiene razón —admitió con aire decepcionado—. Esto no tiene remedio. No tiene remedio. Debería huir usted sola. Olvídense de nosotros. Jamás nos dejarán salir. La verdad es demasiado terrible.

—¿Qué verdad?

—Olvídalo —le dijo, meneando la cabeza—. Olvide que nos conocimos.

Vanessa lo sujetó por el larguirucho brazo y le dijo:

—De eso nada. Tengo que saber qué está pasando aquí.

—Sí, quizá sería mejor que se enterara —dijo Gomm, encogiéndose de hombros—. Tal vez todo el mundo debería enterarse.

La tomó de la mano y se retiraron a la relativa seguridad de los claustros.

—¿Para qué es el mapa? —fue la primera pregunta que formuló Vanessa.

—Aquí es donde jugamos... —repuso, mirando fijamente la maraña de garabatos que había sobre el suelo del patio. Suspiró—. Claro que no siempre fueron juegos. Pero los sistemas se deterioran, como ya sabrá usted. Es una condición irrefutable, que vale tanto para la materia como para las ideas. Se empieza con buenas intenciones y en dos décadas..., dos décadas... —repitió como si ese hecho le causara un asombro nuevo—, pasamos a jugar con ranas.

—Mire, Harvey, eso que me dice no tiene demasiado sentido —le comentó Vanessa—. ¿Se muestra usted deliberadamente obtuso o acaso es un síntoma de senilidad?

Sintió la punzada de aquella acusación, pero dio resultado. Con la vista fija en el mapa del mundo, H. G. pronunció una vigorosa parrafada, como si hubiera ensayado esta confesión.

—En mil novecientos sesenta y dos hubo un día de cordura en el que a los potentados se les ocurrió pensar que se encontraban a punto de destruir el mundo. Ni siquiera a los potentados les resultaba seductora la idea de una Tierra sólo apta para cucarachas. Si había que impedir la aniquilación, decidieron que habrían de prevalecer nuestros mejores instintos. Los poderosos se reunieron a puerta cerrada en un simposio celebrado en Ginebra. Jamás se había producido la reunión de semejantes eminentes. Los líderes de los Politburós, los Parlamentos, Congresos y Senados, los Amos de la Tierra, todos juntos en un colosal debate. Se decidió entonces que en lo sucesivo, los asuntos mundiales serían dirimidos por un comité especial formado por eminentes y personalidades influyentes, como yo. Hombres y mujeres que no estuvieran sujetos a los caprichos de los favores políticos, que pudieran ofrecer unos principios rectores que impidieran que la especie cometiera un suicidio colectivo. El comité debía formarse con personas provenientes de las diferentes áreas del quehacer humano, lo mejor de lo mejor, una élite moral e intelectual cuya sabiduría conjunta permitiera el resurgir de una nueva edad de oro. Ésa fue la teoría.

Vanessa escuchaba sin formular los cientos de preguntas que el corto discurso de Gomm le habían sugerido. Él prosiguió:

—...Y durante cierto tiempo funcionó. Funcionó de veras. Éramos trece... para mantener el consenso. Un ruso, unos cuantos de Europa occidental, como yo, el querido Yoniyoko, claro, un neocelandés, un par de norteamericanos... Formábamos un grupo de gran potencia. Dos de nosotros habíamos ganado el Nobel...

En ese momento se acordó de Gomm, o al menos de dónde había visto su cara. Por entonces ambos eran mucho más jóvenes. De estudiante, ella había hecho propias sus teorías y las había propagado.

—...Teníamos instrucciones de fomentar el entendimiento mutuo entre los poderes constituidos, de ayudar a modelar unas estructuras económicas compasivas y a desarrollar la identidad cultural de los países nacientes. Todos lugares comunes, claro está, pero entonces sonaban muy bien. Tal como estaban las cosas, casi desde el comienzo nuestras preocupaciones fueron de tipo territorial.

—¿De tipo territorial?

Gomm realizó un gesto expansivo indicando el mapa que yacía ante ellos.

—Sí, ayudar a dividir el mundo —repuso—. Controlar las pequeñas guerras para que no se convirtieran en grandes guerras, evitar que las dictaduras se volvieran demasiado pagadas de sí mismas. Nos convertimos en los criados del mundo; limpiábamos allí donde la mugre se acumulaba demasiado. Era una gran responsabilidad, pero cargamos con ella con gran alegría. Al principio nos complacía pensar que los trece dábamos forma al mundo, y que sólo en las altas esferas de los gobiernos se conocía nuestra existencia.

Aquello era el síndrome de Napoleón en todo su esplendor, pensó Vanessa.

Gomm estaba indiscutiblemente loco, pero ¡qué heroica locura! En esencia, era inocua. ¿Por qué lo habrían encerrado entonces? Estaba claro que era incapaz de causar ningún daño.

—Me parece una injusticia que lo hayan encerrado aquí —le comentó.

—Es por nuestra propia seguridad, claro está —repuso Gomm—. Imagínese el caos que se desataría si un grupo anarquista se enterara del lugar de nuestras operaciones y nos eliminara. Gobernamos el mundo. No era así como se había planificado, pero como ya le dije, los sistemas se deterioran. Con el paso del tiempo, los potentados, sabedores de que contaban con nosotros para las decisiones críticas, comenzaron a dedicarse cada vez más a los placeres de los altos cargos, y cada vez menos a pensar. Al cabo de cinco años ya no éramos asesores, sino jefes supremos sustitutos, y hacíamos malabarismos con las naciones.

—Qué divertido —comentó Vanessa.

—Durante un tiempo, quizá —reconoció Gomm—. Pero el encanto se esfumó muy pronto. Al cabo de una década más o menos, la presión comenzó a sentirse. La mitad de los miembros del comité han muerto ya. Golovatenko se arrojó por una ventana. Buchanan, el neocelandés, tenía sífilis y no lo sabía. Los años se encargaron de Yoniyoko, de Bernheimre y de Sourbutts. Y tarde o temprano, se encargarán de todos nosotros. Klein sigue prometiéndonos que nos traerá gente que se haga cargo cuando hayamos desaparecido nosotros, pero en realidad les da igual. ¡Les importa un pimiento! Somos funcionarios, eso es todo. —Estaba cada vez más agitado—. Con tal de que les demos nuestras opiniones, están contentos. Bueno... —Su voz se redujo a un susurro—. El caso es que vamos a abandonar.

¿Acaso sería aquél un momento de lucidez? ¿Acaso el hombre cuerdo que había en la mente de Gomm intentaba deshacerse de la ficción sobre la dominación del mundo? Si era así, quizá ella pudiera contribuir al proceso.

—¿Quieren huir? —inquirió.

Gomm asintió y le dijo:

—Me gustaría volver a ver mi casa antes de morir. He renunciado a tantas cosas por el comité, Vanessa, que casi me he vuelto loco... (Ah, pensó Vanessa, lo sabe). ¿Le parecerá egoísta si le digo que considero demasiado sacrificio ofrecer la vida por la paz mundial? —Vanessa sonrió ante la forma en que se jactaba del poder, pero no hizo comentario alguno—. Si es egoísta, pues mala suerte. No me arrepiento. ¡Quiero irme! Quiero...

—No grite, por favor.

Gomm recordó dónde estaba y asintió.

—Quiero un poco de libertad antes de morir. Todos la queremos. Y pensamos que tal vez podría ayudarnos. —La miró—. ¿Ocurre algo malo?

—¿Malo?

—¿Por qué me mira de ese modo?

—No está usted bien, Harvey. No lo considero peligroso, pero...

—Un momento —protestó Gomm—. ¿Qué se cree que he estado contándole? Me tomo la molestia de...

—Harvey. Es una historia estupenda...

—¿Historia? ¿Cómo que una historia? —inquirió, petulante—. Ah... ya comprendo. No me cree, ¿verdad? ¡Eso es! ¡Acabo de contarle el más grande secreto del mundo y no me cree!

—No digo que esté mintiendo...

—Conque es eso. ¡Cree que estoy loco! —estalló Gomm.

El eco de su voz se propagó por el mundo rectangular. Casi de inmediato se oyeron gritos desde varios de los edificios y por encima de ellos, el tronido de pies.

—Mire lo que acaba de hacer —dijo Gomm.

—¿Que yo lo he hecho?

—Estamos en un buen lío.

—Mire, H. G., esto no significa...

—Es tarde para retractarse. Quédese donde está..., procuraré salir corriendo, y distraerlos.

Se disponía a partir cuando se volvió, la sujetó por la mano y se la besó.

—Si estoy loco —le dijo—, ustedes me han hecho así.

Y se marchó; sus piernas cortas lo condujeron a buena velocidad hasta el otro extremo del patio. Ni siquiera había llegado a los árboles de laurel cuando aparecieron los guardas. Le gritaron que se detuviera. Como no lo hizo, uno de ellos disparó. Las balas surcaron el océano, alrededor de los pies de Gomm.

—Está bien —gritó Gomm, deteniéndose y levantando las manos—. ¡Mea culpa!

Cesaron los disparos. Los guardas abrieron paso a su comandante.

—Ah, eres tú, Sidney —dijo H. G. al capitán.

El hombre se mostró visiblemente incómodo de que se dirigiese a él en ese modo delante de sus subordinados.

—¿Qué hace afuera a estas horas de la noche? —inquirió Sidney.

—Miraba las estrellas —repuso Gomm.

—No estaba solo —dijo el capitán.

A Vanessa se le fue el alma al suelo. No podía regresar a su cuarto sin atravesar el patio abierto, y seguramente, después de dada la alarma, Guillemot habría ido a verla a su habitación.

—Es verdad —admitió Gomm—. No estaba solo. —¿Acaso habría ofendido tanto al anciano que ahora iba a traicionarla?—. Vi a la mujer que habéis traído...

—¿Dónde?

—En lo alto del muro.

—¡Jesús! —exclamó el capitán, y se dio la vuelta para ordenar a sus hombres que salieran en su persecución.

—Se lo advertí —continuó parloteando Gomm—. Le dije que se rompería el cuello. Le dije que lo mejor era que esperase a que abrieran el portón...

A que abrieran el portón. Entonces no era un loco, después de todo.

—Phülipenko —ordenó el capitán —, escolte a Harvey a su dormitorio...

—No necesito que nadie me arrulle, gracias —protestó Gomm.

—Acompáñelo.

El guarda se acercó a H. G. y lo escoltó a su habitación. El capitán se demoró lo suficiente como para murmurar por lo bajo:

—¿Quién es un tipo listo, Sidney?

Luego lo siguió. El patio volvió a quedar vacío, a excepción de la luz de la luna y el mapa del mundo.

Vanessa esperó a que se hubiera acallado hasta el último sonido, luego salió de su escondite y siguió el mismo camino que habían tomado los guardas. Al cabo de un rato llegó a una zona que reconoció vagamente de su paseo en compañía de Guillemot. Animada, recorrió de prisa un pasillo que daba al patio de Nuestra Señora de los Ojos Eléctricos. Avanzó agazapada a lo largo del muro, se agachó al pasar ante la estatua para no ser vista y, finalmente, estuvo ante los portones. Estaban abiertos. Tal como había criticado el anciano la primera vez que se vieron, la seguridad era lamentablemente inadecuada, y dio gracias a Dios por ello.

Cuando corría hacia los portones oyó el sonido de unas botas pisando la grava; echó una mirada por encima del hombro y vio al capitán empuñando el rifle y avanzando desde el refugio de un árbol.

—¿Le apetece un poco de chocolate, señora Jape? —inquirió el señor Klein.

—Esto es un manicomio —le dijo Vanessa al señor Klein cuando la escoltaron otra vez a la sala de interrogatorios—. Ni más ni menos. No tienen derecho a retenerme.

El señor Klein hizo caso omiso de sus quejas.

—Habló con Gomm, y él habló con usted.

—¿Y qué si lo hizo?

—¿Qué le ha contado? —He dicho: ¿y qué si lo hizo?

—Y yo he dicho: ¿qué le ha contado? —rugió Klein. Jamás le habría creído capaz de semejante apoplejía—. Quiero que me lo cuente, señora Jape.

En contra de su voluntad, Vanessa tembló ante las iras de Klein.

—No hizo más que decir tonterías —repuso—. Está loco. Creo que todos están locos.

—¿Qué tonterías le dijo? —Basuras.

—Me gustaría saber, señora Jape —insistió Klein; su furia se había aplacado—. Déme el gusto.

—Dijo que aquí trabaja una especie de comité, que toma decisiones sobre la política mundial, y que él forma parte del comité. Eso es todo; total, para lo que sirve.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Que le dije amablemente que estaba tocado del ala.

El señor Klein fingió una sonrisa.

—Por supuesto que es pura ficción.

—Por supuesto —dijo Vanessa—. Por el amor del cielo, no me trate como a una imbécil, señor Klein. Soy una mujer adulta...

—El señor Gomm...

—Me dijo que era profesor.

—Otro delirio. El señor Gomm es un esquizofrénico paranoide. Si le dan ocasión, puede ser sumamente peligroso. Tuvo usted suerte.

—¿Y los demás?

—¿Los demás?

—No está solo. Los he oído. ¿Son todos esquizofrénicos?

—Están todos perturbados —dijo Klein suspirando—, aunque sus estados varían. En su época, por difícil que pueda parecer, fueron todos asesinos. —Hizo una pausa para que la información surtiera su efecto—. Algunos hasta varias veces asesinos. Por ese motivo están aquí encerrados, solos y ocultos al mundo. Por eso los oficiales van armados...

Vanessa abrió la boca para preguntar por qué era preciso que se disfrazaran de monjas, pero Klein no le dio ocasión.

—Créame, el que esté usted aquí es para mí tan inconveniente como para usted irritante.

—Entonces, déjeme ir.

—Cuando haya acabado mis investigaciones —le dijo—. Mientras tanto, agradeceré su cooperación. Si el señor Gomm o cualquiera de los otros pacientes intentaran implicarla en cualquier tipo de plan, le ruego que me informe de inmediato. ¿Lo hará?

—Supongo...

—Y por favor, absténgase de intentar otra fuga. La próxima podría resultar fatal.

—Quería preguntarle...

—Tal vez mañana —dijo el señor Klein, echando un vistazo al reloj mientras se ponía de pie—. Ahora a dormir.

Mientras luchaba consigo misma cuando el sueño se negó a venir, se devanó los sesos pensando cuál de todos los caminos conducentes a la verdad que se abrían ante ella era el menos probable. Contaba con diversas alternativas: la de Gomm, la de Klein, la de su sentido común. Todas eran tentadoramente improbables. Todas, al igual que el sendero que la había llevado hasta allí, no indicaban cuál era el destino final. Había sufrido las consecuencias de su perversidad por haber seguido aquel sendero, no cabía duda, porque allí estaba, cansada y vapuleada, encerrada y con pocas esperanzas de poder huir. Pero esa perversidad formaba parte de su naturaleza; y tal vez, como Ronald le dijera una vez, era el único hecho indiscutible de su persona. Si no seguía ahora ese instinto, a pesar de todo lo que la había hecho padecer, estaba perdida. No se durmió, siguió dando vueltas en la cabeza a las distintas alternativas posibles. Al amanecer, ya había tomado una determinación.

Aguardó todo el día, con la esperanza de que Gomm fuera a verla, pero no se sorprendió cuando no lo vio aparecer. Probablemente, los hechos de la noche anterior le habían metido en problemas más complicados, de los que ni su labia podría sacarlo. Sin embargo, Vanessa no estuvo del todo sola. Guillemot iba y venía, con comida, con bebidas y, en mitad de la tarde, con cartas. No tardó en aprenderle el truco al póquer de cinco cartas, y se pasaron una o dos horas jugando alegremente, mientras el aire les llevaba los gritos del patio, donde los lunáticos hacían correr a las ranas.

—¿Cree que podría conseguir que me dejaran bañar, o al menos duchar? —le preguntó a Guillemot cuando regresó trayéndole la bandeja con la cena—. Ni yo misma aguento mi propia compañía.

—Iré a averiguarlo —repuso, casi con una sonrisa.

—¿Lo hará? Es usted muy amable —dijo entusiasmada.

Regresó una hora más tarde para decirle que se había solicitado y otorgado la dispensa, y que lo acompañara a las duchas.

—¿Va a frotarme la espalda? —inquirió Vanessa con tono casual.

Los ojos de Guillemot vacilaron llenos de pánico ante la observación, y las orejas se le pusieron coloradas como la remolacha.

—Sígame, por favor —le dijo.

Obediente, Vanessa lo siguió, e intentó retener mentalmente la ruta para el caso de que necesitara volver a encontrarla más tarde sin la ayuda de su guardián.

Las instalaciones hasta las cuales la condujo distaban mucho de ser primitivas, y, al entrar en el baño lleno de espejos, lamentó que el lavarse no figurara en primer lugar en su lista de prioridades. Daba igual, lo de asearse quedaría para otro día.

—La esperaré en la puerta —le informó Guillemot.

—Es muy tranquilizador —repuso Vanessa.

Ofreciéndole una mirada que confiaba en que él encontrara prometedora, cerró la puerta. Abrió el grifo de la ducha para que el agua saliera lo más caliente posible, hasta que el vapor comenzó a nublar el cuarto, y se puso a enjabonar el suelo. Cuando el cuarto de baño estuvo lo suficientemente velado y el suelo lo bastante resbaladizo, llamó a Guillemot. Podría haberse sentido halagada por la velocidad con la que acudió, pero Vanessa estaba demasiado ocupada colocándose detrás de él, que tanteaba en medio del vapor, y le dio un vigoroso empujón. El hombre resbaló por el suelo y chocó contra la ducha, lanzando un grito cuando el agua hirviente le mojó el cráneo. Su rifle automático

cayó el suelo con estrépito metálico; cuando el hombre se incorporaba, Vanessa ya empuñaba el arma y le apuntaba al torso, un blanco sustancial. Aunque no era muy buena tiradora y le temblaba el pulso, a esa distancia ni siquiera una ciega hubiera fallado; Vanessa lo sabía, y Guillemot también. Por eso levantó las manos.

—No dispare.

—Si mueve un solo músculo...

—Por favor.... no dispare.

—Ahora me llevará usted hasta el señor Gomm y los otros. De prisa y sin hacer ruido.

—¿Porqué?

—Lléveme con él —le ordenó, indicándole con la punta del rifle que saliera del cuarto de baño y fuera delante —. Sé que esto no es muy caballeroso, pero ocurre que no soy un caballero. Sólo soy una mujer imprevisible. De modo que trátame con cuidado.

—...Sí.

La obedeció mansamente; la condujo fuera del edificio y a través de una serie de corredores que los llevó —al menos eso dedujo ella— hacia el campanario y el complejo que se amontonaba a su alrededor. Siempre había supuesto que aquél era el corazón de la fortaleza y que allí había una capilla. No podía haber estado más equivocada. La capa externa podía ser un techo de tejas y paredes blancas, pero aquello no era más que la fachada; al trasponer el umbral se encontraron ante una maraña que más se parecía a un bunker que a un lugar de adoración. Se le ocurrió que aquella estructura había sido construida para soportar un ataque nuclear, impresión que se vio reforzada por el hecho de que todos los corredores conducían hacia abajo. Si aquello era un manicomio, estaba construido para albergar a unos dementes muy extraños.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó a Guillemot.

—Lo llamamos el Tocador —repuso él—. Es donde pasa todo.

En ese momento pasaba muy poco; la mayoría de las oficinas que daban al pasillo estaban a oscuras. En una habitación, una computadora calculaba sus probabilidades de pensamiento independiente sin ser atendida; en otra, una máquina de télex se escribía cartas de amor a sí misma. Bajaron a las entrañas de aquel lugar sin ser molestados, hasta que, al doblar una esquina, se toparon de frente con una mujer arrodillada que fregaba el linóleo. El encuentro asustó a ambas partes, y Guillemot se apresuró a tomar la iniciativa. Empujó a Vanessa hacia la pared y salió por piernas. Antes de que pudiera apuntarle, el hombre había desaparecido.

Vanessa se maldijo. En cuestión de instantes, las alarmas comenzarían a sonar y los guardas llegarían corriendo. Si permanecía donde se encontraba, estaría perdida. Las tres salidas de aquel pasillo parecían igualmente poco prometedoras, por lo que escogió la más cercana; la limpiadora se quedó mirando cómo se iba. La ruta que siguió resultó ser otra aventura. La condujo a través de una serie de habitaciones; una de ellas estaba tapizada de decenas de relojes que indicaban diferentes horas; en la siguiente había algo más de cincuenta teléfonos negros; en la tercera, que era la más amplia, las paredes estaban cubiertas de pantallas de televisión. Estaban apiladas, unas sobre las otras, desde el suelo hasta el techo. Sólo en una había imagen; las demás estaban a oscuras. La excepción a la regla mostraba lo que en un primer momento interpretó como una lucha en el barro, pero que después resultó ser una copia mala de una película pornográfica. Repantigada en una silla, mirando la película con una lata de cerveza haciendo equilibrios sobre el estómago, había una monja bigotuda. Se levantó al entrar Vanessa: lo habían pescado con las manos en la masa. Le apuntó con el rifle.

—Lo mataré de un disparo —le dijo Vanessa.

—Mierda.

—¿Dónde están Gomm y los demás?

—¿Cómo?

—¿Dónde están? —repitió—. ¡De prisa!

—Al fondo del vestíbulo. Gire a la izquierda y luego vuelva a girar a la izquierda —le informó. Luego agregó: No quiero morir.

—Entonces siéntese y quédese callado.

—Gracias a Dios.

—Eso mismo, agradézcaselos —le ordenó Vanessa.

Cuando salió de la habitación, el tipo cayó de rodillas; a sus espaldas los que luchaban en el barro continuaron con sus cabriolas.

A la izquierda y otra vez a la izquierda. Las instrucciones resultaron fructíferas: la condujeron a una serie de habitaciones. Se disponía a llamar a una de las puertas cuando sonó la alarma. Lanzando toda precaución al viento, abrió de un empellón todas las puertas. Desde el interior de los cuartos, unas voces se quejaron de que los despertaran y preguntaron por qué sonaba la alarma. En la tercera habitación encontró a Gomm. El nombre le sonrió.

—Vanessa —le dijo, y salió disparado hacia el corredor. Vestía una larga túnica; no llevaba nada más—. Ha venido, ¿eh? ¡Ha venido!

Adormilados, los demás comenzaron a salir de sus habitaciones. Ireniya, Floyd, Mottershead, Goldberg. Al ver sus caras arreboladas comprendió que era verdad que entre los cuatro sumaban cuatrocientos años.

—Despertad, vejetes —les dijo Gomm.

Había encontrado un par de pantalones y se los estaba poniendo.

—Está sonando la alarma... —comentó uno cuyo pelo blanco brillante casi le tocaba los hombros.

—No tardarán en llegar... —dijo Ireniya.

—Da igual —repuso Gomm.

—Estoy listo —anunció Floyd ya vestido.

—Pero son más que nosotros —protestó Vanessa—. Nunca saldremos con vida.

—Tiene razón —dijo uno, mirándola de soslayo—. Es inútil.

—Cállate, Goldberg —le espetó Gomm—. Lleva un rifle, ¿no?

—Uno —observó el hombre del pelo blanco. Debía de ser Mottershead—. Un rifle contra todos ellos.

—Yo me vuelvo a la cama —dijo Goldberg.

—Es una oportunidad para huir —dijo Gomm—. Probablemente la única que tendremos jamás.

—Tiene razón —dijo la mujer.

—¿Y los juegos qué? —les recordó Goldberg.

—Olvídate de los juegos —le sugirió Floyd—, que se preocupen ellos.

—Es demasiado tarde —dijo Vanessa—. Ya vienen. —De ambos extremos del corredor les llegaron unos gritos—. Estamos atrapados.

—Bien —dijo Gomm.

—Está usted loco —le dijo Vanessa llanamente.

—Todavía puede dispararnos —le repuso con una sonrisa.

—Quiero salir de aquí, pero no es para tanto —gritó Floyd.

—¡Amenácelos! ¡Amenácelos! —gritó Gomm—. Dígales que si intentan algo nos matará a todos.

Ireniya sonrió. Se había dejado la dentadura postiza en la habitación.

—No es usted sólo una cara bonita —le dijo ella a Gomm.

—Tiene razón —dijo Floyd con una sonrisa de oreja a oreja—. No se atreverían a ponernos en peligro. Tendrán que dejarnos ir.

—Estáis locos —murmuró Goldberg—. Allá afuera no hay nada para nosotros...

Regresó a su habitación y cerró de un portazo. Al hacerlo, una masa de guardas bloqueó ambos extremos del corredor. Gomm sujetó el rifle de Vanessa y lo levantó hasta dejarlo apuntando a su propio corazón.

—Sea amable —siseó, y le tiró un beso.

—Baje el arma, señora Jape —le dijo una voz familiar. El señor Klein apareció entre la multitud de guardas—. Está completamente rodeada, créame.

—Los mataré a todos —anunció Vanessa un tanto vacilante. Y con más sentimiento, añadió—: Os lo advierto, estoy desesperada. Los mataré a todos antes de que me disparéis.

—Ya veo... —dijo Klein en voz baja—. ¿Por qué supone que me importa un bledo si los mata o no? Están locos, ya se lo he dicho; son todos dementes, asesinos...

—Usted y yo sabemos que no es verdad —repuso Vanessa, cobrando confianza al ver la ansiedad reflejada en el rostro de Klein—. Quiero que abran el portón de entrada y me entreguen las llaves de mi coche. Le advierto, señor Klein, que si intenta hacer alguna estupidez mataré sistemáticamente a estos rehenes. Despida a sus matones y obedezca.

El señor Klein titubeó y luego hizo una indicación de retirada general.

—Bien hecho —susurró Gomm con la mirada brillante.

—¿Por qué no me indica el camino? —sugirió Vanessa.

Gomm hizo lo que le ordenaban; el pequeño grupo salió serpeando por delante de la masa de relojes, teléfonos y pantallas de vídeo. A cada paso, Vanessa esperaba que una bala fuera a su encuentro, pero estaba claro que al señor Klein le preocupaba demasiado la salud de los ancianos como para arriesgarse a no tomarla en serio. Salieron al aire libre sin incidentes.

En el exterior, los guardas se pusieron en evidencia, aunque intentaban permanecer ocultos. Vanessa siguió apuntando con el rifle a los cuatro cautivos mientras avanzaban por los patios hasta donde estaba estacionado su coche. Habían abierto el portón.

—Gomm —susurró—. Abra las puertas del coche.

Gomm obedeció. Le había dicho que la edad los había encogido a todos, y tal vez fuera cierto, pero eran cinco personas las que debían entrar en el pequeño vehículo, e iba hasta los topes. Vanessa fue la última en subir. Cuando se agachó para ocupar el asiento del conductor, sonó un disparo, y sintió un golpe en el hombro. Soltó el rifle.

—¡Hijos de perra! —exclamó Gomm.

—Déjala —dijo alguien claramente desde el asiento posterior, pero Gomm ya había salido del coche y la estaba metiendo detrás, junto a Floyd. Luego ocupó el asiento del conductor y puso el motor en marcha.

—¿Sabes conducir? —inquirió Ireniya.

—¡Por supuesto que sé conducir, maldita sea! —le replicó.

El coche dio un bandazo hacia adelante y traspuso la entrada con las marchas chirriando.

A Vanessa nunca le habían disparado, y esperaba —si sobrevivía a aquel episodio— evitar que volviera a ocurrirle. La herida del hombro le sangraba copiosamente. Floyd hizo lo que pudo para taponarle la herida, pero la forma en que conducía Gomm dificultaba sobremanera toda ayuda realmente constructiva.

—Hay un sendero... —logró decirle Vanessa—, desviándonos por allí.

—¿Por allí, dónde? —gritó Gomm.

—¡A la derecha! ¡A la derecha! —gritó ella a su vez. Gomm separó ambas manos del volante y las miró. —¿Cuál es la derecha?

—Por el amor de Dios...

Ireniya, que ocupaba el asiento de al lado, le volvió a colocar las manos en el volante. El coche ejecutó una tarantela. Vanessa gemía a cada bote.

—¡Ya lo veo! —gritó Gomm—. ¡Veo el sendero!

Pisó a fondo el acelerador. Una de las puertas traseras, que no había cerrado bien, se abrió de golpe, y Vanessa estuvo a punto de salir despedida. Mottershead pasó por delante de Floyd y la aferró, devolviéndola a la seguridad, pero antes de que lograsen cerrarla, la puerta se golpeó contra el peñasco que marcaba la convergencia de los dos senderos. El coche pegó una violenta sacudida cuando la puerta fue arrancada de sus goznes.

—Necesitábamos más aire —comentó Gomm, y siguió conduciendo.

El de ellos no era el único motor que perturbaba la noche del Egeo. Detrás se veían unas luces, y se oía el sonido de una frenética persecución. El rifle de Guillemot se había quedado en el convento, y ya no podían valerse de la muerte repentina para negociar; Klein lo sabía.

—¡Acelera a fondo! —rugió Floyd, sonriendo de oreja a oreja —. Nos siguen.

—Voy tan de prisa como puedo —dijo Gomm.

—Apaga las luces —sugirió Ireniya—. Así ya no ofreceremos tan buen blanco.

—Entonces no veré el sendero —se quejó Gomm por encima del rugido del motor.

—¿Y qué? De todos modos tampoco estás yendo por él. Mottershead se echó a reír y —en contra de sus mejores instintos —

Vanessa lo imitó. Quizá la pérdida de sangre la hubiera vuelto irresponsable, pero no pudo contenerse. Cuatro matusalenos y ella misma en un coche con tres puertas dando vueltas en la oscuridad: sólo un loco se habría tomado aquello en serio. Y allí estaba la prueba irrefutable de que aquella gente no estaba loca, tal como Klein los había clasificado, porque también veían el lado humorístico de aquel episodio. Gomm incluso se había puesto a cantar mientras conducía: fragmentos de Verdi y una versión en falsete de Over the rainbow.

Y si —tal como su mente obnubilada había deducido— aquellas criaturas estaban tan cuerdas como ella, entonces, ¿qué pasaba con la historia que Gomm le había contado? ¿Sería también cierta? ¿Era posible que ese puñado de risueños pacientes de geriatría hubieran mantenido a raya el apocalipsis?

—¡Se nos acercan! —anunció Floyd.

Estaba de rodillas sobre el asiento trasero, mirando por la ventanilla.

—No lo lograremos —observó Mottershead, sin dejar de reírse—. Moriremos todos.

—¡Allí! —aulló Ireniya—. ¡Allí hay otro sendero! ¡Ve por ahí! ¡Ve por ahí!

Gomm giró el volante y el coche estuvo a punto de volcar al dejar el sendero principal y seguir la nueva ruta. Con las luces apagadas resultaba imposible ver más que un relumbre del camino que se abría delante, pero Gomm no se iba a amilanar ante consideraciones de menor cuantía como aquéllas. Aceleró a fondo hasta que el motor chilló. Se levantó una polvareda que entró por el agujero que la puerta había tapado; una cabra huyó del sendero, librándose por segundos de perder la vida.

—¿Adonde vamos? —gritó Vanessa.

—No tengo ni idea —repuso Gomm—. ¿Y usted?

Cualquiera que fuese el lugar al que se dirigían, iba a una buena velocidad. Aquel sendero era más llano que el que acababan de abandonar, y Gomm sacaba pleno partido de ese hecho. Nuevamente se puso a cantar.

Mottershead estaba asomado a la ventanilla de atrás; el pelo le volaba al viento mientras vigilaba a sus perseguidores.

—¡Los hemos perdido! —aulló con aire triunfante—. ¡Los hemos perdido!

Un regocijo generalizado hizo presa de los viajeros y todos se pusieron a cantar con H. G. Cantaban tan alto que Gomm no logró oír a Mottershead cuando le informó de que el camino daba la impresión de desaparecer delante de ellos. H. G. no advirtió que había conducido el coche más allá del acantilado hasta que el vehículo cayó en picado y el mar salió a su encuentro.

—¿Señora Jape? ¿Señora Jape?

Vanessa despertó en contra de su voluntad. Le dolían la cabeza y el brazo. Últimamente había pasado por momentos tremendos, aunque tardó un rato en recordar su esencia. Entonces volvieron los recuerdos. El coche que saltaba por encima del acantilado; el mar frío que entraba a borbotones por la puerta abierta; los gritos desesperados que la rodearon cuando el vehículo se hundió. Semiinconsciente, había luchado por salir; vagamente notó que Floyd flotaba a su lado. Lo había llamado por su nombre, pero no le había contestado. Lo repitió ahora.

—Está muerto —le dijo el señor Klein—. Están todos muertos. —Dios mío —murmuró Vanessa.

No le miraba a la cara, sino a la mancha de chocolate que tenía en el chaleco.

—No se preocupe por ellos ahora —sugirió Klein.

—¿Que no me preocupe?

—Hay otros asuntos más importantes, señora Jape. Tiene que levantársele prisa.

La urgencia que reflejaba la voz de Klein hizo incorporar a Vanessa.

—¿Es de día? —preguntó.

En la habitación no había ventanas. A juzgar por las paredes de hormigón, se encontraban en el Tocador.

—Sí, es de día —repuso Klein, impaciente—. ¿Quiere acompañarme? He de enseñarle una cosa.

Abrió la puerta y salieron al lóbrego corredor. Un poco más adelante, daba la impresión de que había una discusión; docenas de voces acalaradas, imprecaciones y súplicas.

—¿Qué ocurre?

—Se están preparando para el Apocalipsis —repuso él. La condujo hasta la habitación en la que Vanessa había visto anteriormente a los luchadores en el barro. Todas las pantallas de vídeo zumbaban; en cada una aparecía una imagen diferente. Eran salas de guerra y despachos presidenciales, las Oficinas del Gabinete y las Salas de Congresos. En cada una de ellas había alguien que gritaba.

—Ha estado inconsciente durante dos días enteros —le informó Klein, como si aquello lograra explicar el caos.

A Vanessa ya le dolía la cabeza. Miró de pantalla en pantalla: de Washington a Hamburgo, de Sydney a Río de Janeiro. En todos los rincones del planeta, los poderosos estaban a la espera de noticias. Pero los oráculos habían muerto.

—No son más que actores —dijo Klein, señalando las pantallas vociferantes— . No están capacitados para echar una carrera a la pata coja, y mucho menos para gobernar el mundo. Se están poniendo histéricos y se mueren de ganas de apretar el botón.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —le espetó Vanessa. Aquella torre de Babel la deprimía—. No soy estratega.

—Tampoco lo eran Gomm y los otros. Hace tiempo pudieron serlo, pero las cosas se vinieron abajo muy pronto.

—Los sistemas se deterioran —dijo Vanessa.

—Una verdad como la copa de un pino. Cuando yo llegué, la mitad del comité había muerto ya. Y el resto había perdido todo interés en sus deberes...

—Pero continuaron emitiendo sus juicios, al menos eso me dijo H. G.

—Claro que sí.

—¿Gobernaban el mundo?

—En cierto modo —repuso Klein.

—¿Qué quiere decir con eso de en cierto modo?

Klein miró las pantallas. Sus ojos parecían a punto de inundarse de lágrimas.

—¿No se lo explicó? Jugaban a los juegos, señora Jape. Cuando se aburrieron de utilizar la razón y de oír el sonido de sus propias voces, abandonaron el debate y empezaron a lanzar la moneda.

—No.

—Ya organizar carreras de ranas, claro. Era el método preferido.

—Pero los gobiernos... —protestó Vanessa— seguramente no se limitarían a aceptar...

—¿Usted cree que les importa? —inquirió Klein—. Con tal de estar en boca del público, ¿qué importancia tienen para ellos las palabrerías que escupen o cómo llegaron a elaborarlas?

—Todo fue pura casualidad? —inquirió Vanessa. La cabeza le daba vueltas.

—¿Por qué no? Se trata de una tradición respetable. Las naciones han sucumbido por decisiones adivinadas al leer las entrañas de las ovejas.

—Es absurdo.

—Coincido con usted. Pero le pregunto con toda honestidad, ¿es acaso eso más terrible que dejar el poder en manos de ésos?

Señaló las filas de rostros iracundos. Los demócratas sudaban desesperados ante la posibilidad de que el mañana los encontrara sin causas que desposar ni aplausos que ganar; los déspotas estaban aterrados de que, al carecer de instrucciones, sus cruelezas perdieran apoyo y fueran derrocados. Un primer ministro había sufrido, al parecer, un ataque bronquial, y dos de sus asesores lo sostenían; otro aferraba un revólver y lo apuntaba a la pantalla, exigiendo una satisfacción; un tercero mascaba su peluquín. ¿Serían aquéllos los mejores frutos del árbol político? ¿Unos idiotas parloteantes, provocadores y lisonjeros, empujados a la apoplejía porque nadie les indicaba hacia dónde saltar? Entre ellos no había un solo hombre ni una sola mujer en los que Vanessa hubiera confiado ni siquiera para dejarse guiar hasta el otro lado del camino.

—Mejor lo de las ranas —murmuró Vanessa; amargo pensamiento aquél.

Después de la mortecina iluminación del refugio, la luz del patio resultó enceguecedoramente brillante, pero Vanessa se alegró de no oír las estridencias del interior. Mientras salían al aire libre, Klein le comentó que no tardarían en reunir un nuevo comité: en cuestión de semanas se restablecería el equilibrio. Mientras tanto, las desesperadas criaturas que acababa de contemplar podían reducir a polvo el planeta. Necesitaban opiniones y muy pronto.

—Goldberg está vivo —dijo Klein — . Y continuará con los juegos, pero para jugar hacen falta dos personas.

—¿Por qué no usted?

—Porque me odia. Nos odia a todos. Dice que sólo jugará con usted.

Goldberg estaba sentado debajo de un laurel, jugando al solitario. Era un proceso lento. Su miopía lo obligaba a llevarse cada naípe a pocos centímetros de la nariz para verla, y cuando llegaba al final de la hilera de cartas se había olvidado de las que había al principio.

—La señora Jape está de acuerdo —dijo Klein. Goldberg no levantó la mirada del juego—. Le he dicho que está de acuerdo.

—Soy ciego, no sordo —repuso Goldberg, sin dejar de examinar las cartas. Finalmente, cuando levantó la vista, fue para mirar torcidamente a Vanessa—. Ya les dije que acabarían mal... —comentó en voz baja; Vanessa supo que tras esa demostración de fatalismo el anciano lamentaba la pérdida de sus compañeros—. Les dije desde el principio que habíamos venido aquí para quedarnos. No tenía sentido huir. —Se encogió de hombros y siguió jugando—. ¿Huir adonde? El mundo ha cambiado. Lo sé. Nosotros lo hemos cambiado.

—No ha ido tan mal —le dijo Vanessa.

—¿El mundo?

—La forma en que murieron.

—Ah.

—Nos divertimos hasta el último momento.

—Gomm era un sentimental —dijo Goldberg—. Nunca nos caímos demasiado bien.

Una enorme rana saltó delante de Vanessa. El movimiento llamó la atención de Goldberg.

—¿Quiénes? —inquirió.

El bicho contempló funestamente el pie de Vanessa.

—Es una rana —repuso ella.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es gorda —repuso—. Tiene tres puntos rojos en el lomo.

—Es Israel —le dijo—. No la pise.

—¿Podremos contar con alguna decisión al mediodía? —interrumpió Klein—. Especialmente sobre la situación del Golfo y el contencioso mexicano y...

—Sí, sí. Y ahora váyase —le ordenó Goldberg.

—... Podríamos desembocar en otra Bahía de Cochinos...

—No me dice nada que ya no sepa. ¡Váyase! Está molestando a las naciones. —Miró de reojo a Vanessa—. Y bien, ¿va a sentarse o no?

Vanessa se sentó.

—Los dejo trabajar —dijo Klein y se retiró.

Goldberg había comenzado a producir un sonido gutural —«croac-croac-croac»—, imitando el canto de las ranas. Desde todos los extremos del patio les llegó el croar de las ranas. Al oír su canto, Vanessa reprimió una sonrisa. La farsa, se había dicho a sí misma en una ocasión anterior, debía interpretarse con cara seria, como si uno se creyera hasta la última y ridícula palabra. Sólo la tragedia necesitaba de las risas, pero, con ayuda de las ranas, aún estaban a tiempo de impedirla.

En persona

Cuando Cleveland Smith regresó a su celda, después de la entrevista con el funcionario de galería, su nuevo compañero de litera ya se había instalado y miraba fijamente la luz del sol, llena de motas de polvo, que se filtraba por la ventana de cristal reforzado. Era un espectáculo breve; durante menos de media hora, cada tarde (si las nubes lo permitían), el sol se abría paso entre el muro y el edificio de administración y recorría el costado de la galería B, para no volver a aparecer hasta el día siguiente.

—¿Eres Tait? —preguntó Cleve ve.

El prisionero apartó la vista del sol. Mayflower le había dicho que el nuevo tenía veintidós, pero Tait parecía cinco años más joven. Tenía cara de perro extraviado. Y de perro feo, para ser exactos; un perro abandonado por sus amos al tráfico urbano. Los ojos demasiado torturados, la boca demasiado blanda, los brazos demasiado flacos: una víctima nata. A Cleve le fastidiaba que le hubieran colocado al muchacho. Tait era un lastre, y a Cleve no le sobraban energías para dedicarlas a la protección del muchacho, a pesar de la conversación de apoyo de Mayflower sobre aquello de tenderle una mano de bienvenida.

—Sí —repuso el perro—. William.

—¿La gente te llama William?

—No, me llaman Billy —contestó el muchacho.

—Billy.

Cleve asintió y entró en la celda. En Pentonville el régimen era relativamente suave; por las mañanas dejaban las celdas abiertas durante dos horas, y a menudo lo hacían durante dos horas más por las tardes, lo que permitía a los convictos una cierta libertad de movimientos. El arreglo tenía sus desventajas y precisamente por eso Mayflower le había hablado.

—Me han pedido que te diera unos consejos.

—¿Ah, sí? —contestó el muchacho.

—¿Has cumplido condena anteriormente?

—No.

—¿Ni siquiera en el correccional de menores?

Los ojos de Tait vacilaron.

—Poco tiempo.

—Entonces ya sabes de qué va el asunto. Sabes que eres carnada fácil.

—Ya.

—Al parecer me han nombrado voluntario para que impida que te sacudan —dijo Cleve sin entusiasmo.

Tait se quedó mirando a Cleve con unos ojos azul lechoso, como si el sol siguiera reflejado en ellos.

—No te molestes. No me debes nada.

—Maldita sea, claro que no te debo nada. Pero parece que tengo una responsabilidad social —dijo Cleve amargamente—. Y esa responsabilidad eres tú.

Cleve ya había cumplido dos meses de su condena por tráfico de marihuana y era la tercera vez que visitaba Pentonville. A los treinta años distaba mucho de estar acabado. Tenía el cuerpo sólido, el rostro delgado y distinguido; con el traje que llevó al juicio podría muy bien haber pasado por abogado. Si alguien lo mirase con detenimiento notaría la cicatriz que tenía en el cuello, resultado del ataque de un adicto sin blanca, así como una cierta inquietud en el andar, como si a cada paso mantuviera la opción de una veloz retirada.

«Es usted joven todavía —le había dicho el último juez—, aún está a tiempo de modificar sus defectos.» No había manifestado su desacuerdo en voz alta, pero Cleve sabía en el fondo de su corazón que era un leopardo de pura cepa. Delinuir era fácil; trabajar, no. Mientras nadie se lo

impidiera se dedicaría a lo que le salía mejor, y si lo cazaban soportaría las consecuencias. Al fin y al cabo, cumplir condena no era tan desagradable si se tomaba con la actitud correcta. La comida no estaba mal. La compañía era selecta, y mientras tuviera en qué ocupar la mente, estaba contento. En aquellos momentos estaba leyendo sobre el pecado. Ése sí que era un tema. En sus tiempos había oído infinidad de explicaciones sobre cómo había aparecido el pecado en el mundo: de los agentes judiciales de vigilancia, de los abogados, de los curas. Teorías sociológicas, teológicas, ideológicas. Algunas merecían unos minutos de consideración. La mayoría eran tan absurdas (pecado congénito, pecado del estado) que se había reído en la cara de sus apólogos. Ninguna aguantaba mucho sin hacer agua.

Era un hueso duro de roer. Y a él le hacía falta contar con un problema en qué ocupar el día. Y las noches: en la cárcel se dormía mal. No eran sus culpas las que lo mantenían despierto, sino las de los demás. Al fin y al cabo, él no era más que un traficante de marihuana, que suministraba material allí donde hubiera demanda: una pieza menor en la maquinaria del consumo; no tenía nada de qué arrepentirse. Pero allí había otros, muchos otros, al parecer, cuyos sueños no eran tan benévolos, y cuyas noches no eran tan pacíficas. Gritaban, se quejaban; maldecían a los jueces terrenales y celestiales. Armaban tal alboroto que habrían despertado hasta a los muertos.

—¿Siempre es así? —le preguntó Billy a Cleve al cabo de una semana.

Al final del pasillo, un nuevo inquilino estaba montando una buena batahola, por momentos lloraba y por momentos escupía obscenidades.

—Sí, la mayor parte del tiempo —repuso Cleve—. Algunos necesitan gritar un poco. Así impiden que se les espese el cerebro.

—Tú no —observó la voz nada musical desde la litera de abajo—, tú sólo lees tus libros y te mantienes alejado de los problemas. Te he estado observando. No te importa, ¿verdad?

—Puedo seguir viviendo —repuso Cleve—. No tengo una mujer que me venga a visitar cada semana para recordarme lo que me estoy perdiendo.

—¿Has estado en chirona otras veces?

—Dos.

El muchacho vaciló un instante antes de decir:

—Me imagino que sabrás cómo manejarlo por aquí, ¿no?

—No tanto como para escribir una guía, pero ya me he enterado del recorrido general. —Al muchacho le pareció un comentario extraño—. ¿Porqué?

—Mira, por saberlo —repuso Billy.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

Tait permaneció callado varios segundos; luego dijo:

—Me enteré de que solían... colgar gente aquí.

Fuera lo que fuese lo que Cleve esperaba del muchacho, no era aquello. Pero ya hacía días que había llegado a la conclusión de que Billy Tait era un tipo raro. Las miradas furtivas de aquellos ojos azul lechoso; la forma que tenía de mirar la pared o la ventana, igual que un detective en la escena del crimen, desesperado por encontrar una pista.

—Había un cobertizo con una horca, me parece —comentó Cleve.

Otro silencio; y luego otra pregunta que el muchacho dejó caer tan a la ligera como le fue posible.

—¿Continúa en pie?

—¿El cobertizo? No lo sé. Ya no ahorcan a la gente, Billy, ¿no te habías enterado? —No hubo respuesta—. Además, ¿a qué viene todo esto?

—Sólo era curiosidad.

Billy tenía razón; era curioso. Y tan raro, con sus miradas vacías y sus modos solitarios, que la mayoría de los presos no se le acercaban. Lowell fue el único que se interesó en él, y sus motivos eran inequívocos.

—¿Me prestas a tu dama para pasar la tarde? —le preguntó a Cleve mientras esperaban en la cola del desayuno.

Tait, que estaba lo bastante cerca para oírla, no dijo nada; Cleve tampoco.

—¿Me oyes? Te he hecho una pregunta.

—Ya te he oído. Déjalo en paz.

—Hay que ir a partes iguales —dijo Lowell—. Puedo hacerte algunos favores. Podemos negociarlo.

—No está disponible.

—Será mejor que se lo pregunte yo —dijo Lowell, sonriendo a través de la barba—. ¿Qué me dices, preciosidad?

Tait se volvió para mirar a Lowell.

—No, gracias.

—No, gracias —repitió Lowell, y le lanzó a Cleve una sonrisa completamente exenta de humor—. Lo tienes bien educado. ¿También se sienta y da la patita?

—Esfúmate, Lowell —repuso Cleve—. No está disponible y no se hable más.

—No podrás vigilarlo a todas horas —le hizo notar Lowell—. Tarde o temprano tendrá que mantenerse sólo sobre los dos pies. A menos que se le dé mejor de rodillas.

La indirecta provocó las carcajadas de Nayler, el compañero de celda de Lowell. Aquellos dos no eran hombres a los que Cleve se hubiera enfrentado voluntariamente en un altercado, pero su habilidad para la fanfarronería estaba afilada como una hoja de afeitar, y la utilizó en ese momento.

—No te busques problemas, porque las cicatrices sólo te las podrás tapar dejándote la barba —le dijo a Lowell.

Lowell miró a Cleve; el buen humor le había abandonado. No lograba distinguir claramente la verdad del alarde, y resultaba igual de claro que no estaba dispuesto a arriesgar el pellejo.

—No descuides la guardia —se limitó a advertirle.

No mencionaron el encuentro del desayuno hasta aquella noche, cuando ya se habían apagado las luces. Fue Billy quien sacó el tema.

—No debiste hacerlo. Lowell es un hijo de perra. He oido lo que dicen.

—¿Entonces quieres que te violen?

—No —repuso rápidamente—, por Dios, no. Tengo que mantenerme en forma.

—No estarás en forma para nada si Lowell te pone las manos encima.

Billy salió de su litera y se puso de pie, en mitad de la celda; apenas se le veía en la oscuridad.

—Supongo que querrás algo a cambio —dijo.

Cleve volvió la cabeza sobre la almohada y observó la silueta desdibujada que se encontraba a un metro escaso de él.

—¿Y qué tienes tú que pudiera interesarle, Billy?

—Lo que Lowell buscaba.

—¿Crees que me marqué el farol para eso? ¿Para hacer valer mis derechos?

—Sí.

—Tal como tú dijiste: no, gracias —concluyó Cleve, y volvió a colocarse otra vez de cara a la pared.

—No era mi intención...

—Me importa un pimiento cuál era tu intención. No me la cuentes, ¿de acuerdo? Mantente alejado de Lowell, y no me vengas con chorradas.

—Oye —murmuró Billy—, por favor, no te pongas así. Por favor. Eres el único amigo que tengo.

—No soy amigo de nadie —dijo Cleve a la pared—. No quiero problemas. ¿Entendido?

—No quieres problemas —repitió el muchacho torpemente.

—Eso mismo. Y ahora... necesito mi cura de sueño.

Tait no hizo más comentarios y volvió a meterse en la litera de abajo; al hacerlo, los muelles chirriaron. Acostado en su cama, Cleve comenzó a darle vueltas mentalmente a la conversación. No tenía ganas de ponerle las manos encima al muchacho, pero quizás se lo hubiera explicado de un modo demasiado brusco. En fin, lo hecho, hecho estaba.

De la litera de abajo le llegaron los murmullos casi inaudibles de Billy. Cleve aguzó el oído para enterarse de lo que decía el muchacho. Tuvo que permanecer alerta durante varios segundos antes de darse cuenta de que el pequeño Billy rezaba sus plegarias.

Esa noche, Cleve tuvo un sueño. Por la mañana no logró recordar qué había soñado, aunque mientras se duchaba y se afeitaba desfilaron por su mente incitadores retazos. Esa mañana, apenas transcurrieron diez minutos sin que algo —la sal volcada sobre la mesa del desayuno, o los gritos provenientes del patio de ejercicios— prometiera interrumpir su sueño: pero la revelación no llegó. Aquello lo dejó, aunque era raro en él, muy nervioso y de malas pulgas. Cuando Wesley, un falsificador de segunda al que había conocido en las anteriores vacaciones que pasara allí, se le acercó en la biblioteca y comenzó a hablarle como si fueran amigos de toda la vida, Cleve lo mandó callar. Pero Wesley insistió.

—Tienes problemas.

—¿Y eso a qué viene?

—Ese chico tuyo, Billy.

—¿Qué pasa con él?

—Está haciendo preguntas. Se está poniendo pesado, y a la gente no le gusta. Dicen que deberías encargarte de él.

—No soy su guardián.

Wesley hizo una mueca y le comentó:

—Te lo digo como amigo.

—Ahórrame el trago.

—No seas estúpido, Cleveland. Te estás ganando enemigos.

—¿Ah, sí? Nómbrame uno.

—Lowell —repuso Wesley, rápido como un rayo—. Y Nayler. Toda clase de gente. No les gusta cómo es Tait.

—¿Y cómo es? —le espetó Cíe ve.

Wesley lanzó un gruñido a manera de protesta.

—Sólo trato de advertírtelo. Es taimado. Como una puta rata. Habrá problemas.

—Ahórrate las profecías.

La ley del término medio exige que el peor profeta dé en lo cierto alguna vez: al parecer, en esa ocasión le tocó el turno a Wesley. Al día siguiente, de regreso del taller donde había ejercitado su intelecto colocando las ruedas a unos coches de plástico, Cíe ve se encontró con Mayflower esperándolo en la galería.

—Te pedí que cuidaras de William Tait, Smith —le dijo el funcionario—. ¿Es que no te importa un pepino?

—¿Qué ha pasado?

—No, supongo que no te importa un pepino.

—He preguntado qué ha pasado. Señor.

—No mucho, esta vez. Le han dado una paliza, eso es todo. Parece ser que Lowell le ha echado el ojo. ¿Me equivoco? —Mayflower miró a Cíe ve de reojo, y al ver que no obtenía respuesta, prosiguió—: Me equivoqué contigo, Smith. Creí que debajo del hombre duro había algo a lo que merecía la pena apelar. El error fue mío.

Billy estaba acostado en la litera; tenía la cara amoratada y los ojos cerrados. No los abrió cuando entró Cleve.

—¿Te encuentras bien?

—Claro —repuso el muchacho en voz baja.

—¿Te han roto algún hueso?

—Sobreviviré.

—Tienes que entender...

—Escúchame. —Billy abrió los ojos. Las pupilas se le habían oscurecido, o al menos eso era lo que la luz reflejaba—. Estoy vivo, ¿de acuerdo? Y no soy idiota. Sabía a lo que me exponía al venir aquí. —Hablabía como si hubiera tenido alguna elección en el asunto—. Sabré arreglármelas con Lowell —prosiguió—, de modo que no te preocupes. —Hizo una pausa y luego añadió—: Tenías razón.

—¿En qué?

—En eso de no tener amigos. Yo me las arreglo por mi cuenta y tú por la tuya, ¿no? Soy lento en aprender, pero ya le estoy cogiendo el truquillo —dijo, sonriendo para sí.

—Has estado haciendo preguntas —le comentó Cleve.

—¿Ah, sí? —repuso Billy en tono casual — . ¿Quién te lo ha dicho? —Si tienes preguntas que hacer, me las haces a mí. Los fisgones caen gordos aquí dentro. La gente empieza a sospechar. Y te volverán la espalda si Lowell y los de su calaña se ponen pesados.

Al nombrarlo, Billy frunció el ceño dolorosamente. Se tocó la mejilla amoratada.

—Es hombre muerto —murmuró el muchacho, casi para sí.

—No tienes ninguna oportunidad —comentó Cleve.

En ese momento, Tait habría sido capaz de rebanar un trozo de acero con la mirada.

—Lo digo en serio —comentó sin asomo de duda en la voz—. Lowell no saldrá de aquí vivo.

Cleve no dijo nada más; al muchacho le hacía falta esa demostración de bravura, por cómica que fuera.

—¿Qué quieres saber, sobre qué andas fisgoneando tanto por ahí?

—Poca cosa —repuso Billy. Ya no miraba a Cleve, sino que fijó la vista en la litera de arriba. En voz baja, añadió: Sólo quería saber dónde están las tumbas, eso es todo.

—¿Las tumbas?

—Sí, donde enterraron a los hombres a los que ahorcaron. Me han comentado que hay un rosario donde enterraron a Crippen. ¿Has oído algo sobre eso?

Cleve negó con la cabeza. Fue entonces cuando recordó que el muchacho había preguntado sobre el cobertizo de la horca y que ahora volvía sobre el tema, con lo de las tumbas. Billy alzó la cara para mirarlo. El moretón maduraba a ojos vista.

—¿Sabes dónde están, Cleve? —inquirió.

Otra vez aquel fingido desapego.

—Podría averiguarlo si me haces el favor de decirme por qué quieres saberlo.

Billy sacó la cabeza del refugio de la litera. El sol de la tarde describía su breve arco sobre el ladrillo pintado de la pared de la celda. Ese día era débil. El muchacho sacó las piernas de la litera y se sentó en el borde de la cama, se quedó mirando fijamente la luz, igual que había hecho el primer día.

—Mi abuelo, el padre de mi madre... fue colgado aquí —dijo con voz ronca—. En 1937. Edgar Tait. Edgard Saint Clair Tait.

—¿Dijiste el padre de tu madre?

—Sí, me puse su apellido. No quería el de mi padre. Nunca le pertenecí.

—Nadie pertenece a nadie —observó Cleve—. Tú eres tu propio dueño.

—Pero eso no es cierto —dijo Billy encogiéndose levemente de hombros, sin dejar de mirar la luz reflejada en la pared. Su certidumbre era inamovible; la suavidad con la que habló no le quitó firmeza al comentario—. Yo pertenezco a mi abuelo. Siempre ha sido así.

—Pero si ni siquiera habías nacido cuando lo...

—Da igual. Llegar, partir, eso no es nada.

Llegar y partir, pensó Cleve, asombrado; ¿acaso Tait se refería a la vida y la muerte? No tuvo ocasión de preguntárselo. Billy volvía a hablar con el mismo tono apagado, pero insistente.

—Era culpable, por supuesto. No en el sentido que ellos creían, sino culpable. Sabía lo que era y de lo que era capaz, y eso es ser culpable, ¿no? Mató a cuatro personas. Al menos, por eso lo ahorcaron.

—¿Quieres decir que había matado a más?

Billy volvió a encogerse ligeramente de hombros: al parecer, las cantidades carecían de importancia.

—Pero nadie vino a ver dónde lo habían enterrado. Y eso no está bien, ¿verdad? Supongo que a nadie le importaba. Probablemente, toda la familia se alegró de que hubiera muerto. Pensarían que estaba mal de la cabeza. Pero no es así. Sé que no estaba mal de la cabeza. Heredé sus manos y sus ojos. Eso decía mi madre. Me lo contó todo sobre su padre justo antes de morir. Me dijo cosas que no le había contado a nadie, y me las dijó porque mis ojos... —balbució y se llevó la mano a la boca; la luz fluctuante reflejada en los ladrillos ya lo había hechizado para que no hablara demasiado.

—¿Qué fue lo que te dijo tu madre? —inquirió Cleve.

Billy sopesó varias respuestas alternativas antes de dar una.

—Sólo que él y yo tenemos cosas parecidas.

—¿Que estás loco como él, quieres decir? —aventuró Cleve medio en serio, medio en broma.

—Algo por el estilo —repuso Billy sin apartar los ojos de la pared. Suspiró y luego se permitió hacer otra confesión — . Por eso vine aquí. Para que mi abuelo supiera que no lo han olvidado.

—¿Qué quieres decir con eso de que viniste aquí? Te cogieron y te sentenciaron. No tuviste elección.

La luz reflejada en la pared se oscureció cuando una nube cubrió el sol. Billy levantó la cabeza y miró a Cleve. Tenía la luz en los ojos.

—Cometí un delito para llegar aquí —repuso el muchacho—. Fue un acto deliberado.

Cleve meneó la cabeza. Era una ridiculez.

—Anteriormente lo intenté dos veces. Me llevó tiempo. Pero al final lo logré, ¿no?

—No me tomes por tonto, Billy —le advirtió Cleve.

—No te estoy tomando por tonto —repuso el muchacho. Se puso de pie. Parecía aliviado después de haberle referido a su compañero aquella historia; hasta llegó a sonreír, vacilante, mientras decía—: Has sido bueno conmigo. No creas que no lo sé. Te estoy agradecido. Y ahora... —se puso frente a Cleve antes de agregar—: quiero saber dónde están las tumbas. Averígualo y te juro que no volverás a oírmе hablar del tema.

Cleve sabía muy poco de la cárcel y de su historia, pero conocía a alguien que tenía toda la información. Había un tipo llamado Bishop que solía ir al taller a la misma hora que Cleve. Bishop se había pasado gran parte de sus cuarenta y tantos años cumpliendo sentencias en prisión, en su mayor parte por delitos de menor cuantía, y, con todo el fatalismo de un hombre cojo que dedica su vida al estudio de los seres de un solo pie, se había vuelto un experto en prisiones y sistema penal. Muy pocos de sus conocimientos provenían de los libros. Había reunido el grueso de su sabiduría gracias a los viejos carceleros y presidiarios que deseaban matar las horas hablando y, gradualmente, se había convertido en una enciclopedia andante del crimen y el castigo. Había hecho de ello su oficio, y vendía sus conocimientos cuidadosamente acumulados frase por frase, a veces como información geográfica para los candidatos a una fuga, a veces como mitología presidiaria para el convicto sin dios en busca de una divinidad local. Cleve lo buscó y le entregó el pago en tabaco y pagarés.

—¿En qué puedo ayudarte? —inquirió Bishop.

Era corpulento, aunque no en exceso. Los cigarrillos finos como agujas que liaba permanentemente se veían empequeñecidos al lado de sus dedos de carníero, teñidos de un tono sepia por la nicotina.

—Quiero que me hables de los ahorcamientos que hubo aquí.

Bishop sonrió.

—Unas historias muy jugosas —comentó, y empezó a darle detalles.

En líneas generales, Billy había estado en lo cierto. En Pentonville habían ahorcado a una serie de condenados hasta mediados de siglo, pero ya hacía tiempo que habían demolido el cobertizo. En su lugar se erigía ahora la Oficina de Libertad Condicional, en la galería B. En cuanto a la historia de las rosas de Crippen, también había algo de cierto. Frente a un cobertizo que, según informó Bishop a Cleve, servía para guardar el equipo de jardinería, había una pequeña extensión de césped en cuyo centro florecía un rosal, plantado (y a estas alturas Bishop confesó que no lograba distinguir entre la realidad y la ficción) en memoria del doctor Crippen, ahorcado en 1910.

—¿Y es allí donde están las tumbas? —preguntó Cleve.

—No, no —negó Bishop, reduciendo a cenizas la mitad de uno de sus diminutos cigarrillos de una sola inspiración — . Las tumbas están junto al muro, a la izquierda, detrás del cobertizo. Hay mucho césped, tienes que haberlo visto.

—¿No hay lápidas?

—En absoluto. Nunca las han señalado. Sólo el alcaide sabe dónde está enterrado cada cual, y lo más probable es que se le hayan perdido los planos.—Bishop hurtó en el bolsillo superior de su camisa reglamentaria en busca de la lata de tabaco y se puso a liar otro cigarrillo de un modo tan mecánico que apenas le hizo falta mirar lo que hacía—. No se permite a nadie venir a visitar las tumbas, ¿me entiendes? Ojos Rué no ven, corazón que no siente: por eso lo hacen. Aunque la cosa no funciona así, ¿verdad? La gente se olvidará de los primeros ministros, pero se acuerda siempre de los asesinos. Puedes andar sobre ese césped, y a un metro ochenta bajo tierra están algunos de los

hombres de peor reputación que hayan distinguido jamás a este verde y pacífico país. Y ni siquiera hay una cruz para indicarlo. Un crimen, ¿no te parece?

—¿Sabes quiénes están enterrados allí?

—Unos caballeros muy malos —repuso Bishop, como reprendiéndolos amablemente por sus fechorías.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Edgar Tait?

Bishop enarcó las cejas; los pliegues regordetes de la frente se le arrugaron.

—¿San Tait? Sí, claro. Es un nombre que no se olvida fácilmente.

—¿Qué sabes de él?

—Mató a su esposa y luego a sus hijos. Los pasó a todos a cuchillo, así como te lo cuento.

—¿A todos?

Bishop se llevó el cigarrillo recién liado a sus gruesos labios.

—Tal vez no a todos —repuso, entrecerrando los ojos e intentando recordar los detalles—. Tal vez alguno sobreviviera. Me parece que una hija... —se encogió de hombros, indiferente—. No se me da bien recordar a las víctimas. ¿A quién sí? —Fijó su blanda mirada en Cleve—. ¿Por qué te interesa tanto Tait? Lo colgaron antes de la guerra.

—Mil novecientos treinta y siete. Estará bien muerto, ¿no?

Bishop levantó un dedo en señal de cautela y dijo:

—No tanto. Verás, el terreno sobre el que han construido esta cárcel tiene unas propiedades especiales. Los cuerpos aquí enterrados no se pudren igual que en todas partes. —Cleve le lanzó a Bishop una mirada incrédula—. Es cierto —protestó el gordo moderadamente—. Lo he sabido por alguien de fiar. Créeme, cuando han tenido que exhumar un cadáver siempre lo han encontrado en condiciones casi perfectas. —Hizo una pausa para encender el cigarrillo, le dio una calada y exhaló el humo por la boca junto con estas palabras—: Cuando nos llegue el fin del mundo, los hombres buenos de Marylebone y Camden Town se levantarán de sus sepulturas en los huesos. ¿Y los malvados? El día del Juicio bailarán tan frescos como el día que cayeron. Imagínatelo. —Aquella idea perversa le deleitaba abiertamente. La cara regordeta se le llenó de hoyuelos de satisfacción y después se preguntó—: Me gustaría saber quién llamará a quién corrupto, ese gran día.

Cleve nunca pudo descifrar exactamente cómo había logrado Billy convencer a quien correspondiera para que lo incluyeran en el equipo de jardinería, pero lo logró. Tal vez hubiera apelado directamente a Mayflower, quien habría persuadido a sus superiores de que podían fiarse de dejar al muchacho al aire libre. Fuera cual hubiese sido su maniobra, mediada la semana siguiente a aquella que Cleve descubrió la ubicación de las tumbas, Billy se encontraba en el exterior, una fría mañana de abril, cortando el césped.

Lo ocurrido ese día circuló por vías secretas hacia la hora del recreo.

La historia le llegó a Cleve a través de tres fuentes independientes, ninguna de las cuales había estado en el lugar. Aunque los detalles de los distintos relatos diferían, estaba claro que tenían un mismo origen. Sus aspectos más importantes eran los siguientes:

El equipo de jardinería, formado por cuatro hombres vigilados por un solo funcionario de prisiones, se movía por el jardín, cortando el césped y quitando las hierbas de los parterres para prepararlos para la plantación de primavera. Al parecer, la custodia no había sido demasiado estricta. Pasaron dos o tres minutos antes de que el funcionario se percatara de que uno de los que estaban a su cargo se había desplazado hasta la periferia del grupo y había escapado. Se dio la alarma. Sin embargo, los funcionarios no tuvieron que buscar muy lejos. Tait no había realizado ningún intento de huir; si lo había hecho, al parecer se había visto obstaculizado en su intento por algún tipo de ataque, que lo había dejado baldado. Lo encontraron tendido en el suelo (y aquí las versiones diferían considerablemente) en una amplia zona de césped, junto al muro. Algunas versiones indicaban que tenía la cara negra, el cuerpo hecho un nudo y la lengua casi perforada por los dientes; otras, que lo encontraron boca abajo, hablándole a la tierra, llorando y persuadiéndola con lisonjas. El consenso general apuntaba a que el muchacho había perdido la razón.

Los rumores convirtieron a Cleve en el centro de atención, situación que no le hacía ninguna gracia. Durante los días que siguieron, apenas le dejaron en paz; los presos querían saber qué se sentía al compartir la celda con un loco. Cleve insistía en que nada tenía que decir. Tait había sido el compañero de celda perfecto, tranquilo, nada exigente e incuestionablemente cuerdo. Al día siguiente, cuando Mayflower lo acribilló a preguntas, le refirió la misma historia; más tarde, le repitió lo mismo al médico de la cárcel. No soltó prenda sobre el interés de Tait en las tumbas, y se encargó de

ver a Bishop y pedirle un silencio similar. El hombre asintió de buena gana, con la condición de que le concediera la versión completa en su debido momento. Cleve se lo prometió. Bishop cumplió con su palabra.

Billy permaneció fuera del redil durante dos días. En ese lapso, Mayflower fue apartado de sus funciones como funcionario de galería. No se dio explicación alguna. Lo reemplazó un hombre llamado Devlin, al que transfirieron de la galería D. Su reputación le había precedido. Al parecer, no era un hombre compasivo. La impresión quedó confirmada cuando, el día que regresó Billy Tait, Cleve fue obligado a presentarse en el despacho de Devlin.

—Me han dicho que Tait y tú sois íntimos —dijo Devlin.

Su cara era flexible como el granito.

—En realidad, no, señor.

—No cometeré el mismo error que Mayflower, Smith. Por lo que a mí respecta, Tait es un problema. Voy a vigilarlo como un halcón, y cuando yo no esté, tú lo harás por mí, ¿entendido? Bastará con que se ponga bizco para que lo meta en el tren fantasma. Lo sacaré de aquí y lo haré trasladar a una unidad especial antes de que pueda tirarse un pedo ¿Hablo claro?

—Le presentabas tus respetos, ¿no?

En el hospital, Billy había perdido peso, un lujo que su delgada constitución no podía permitirse. La camisa le quedaba holgada y llevaba el cinturón abrochado en el último agujero. La delgadez hizo más evidente que nunca su vulnerabilidad física; Cleve pensó que podrían derribarlo de un plumazo. Pero su cara tenía una intensidad nueva, casi desesperada. Era sólo ojos; y éstos habían perdido todo vestigio de la luz del sol capturada. También había desaparecido de ellos la simulada vacuidad, reemplazada por una determinación pavorosa.

—Te he hecho una pregunta.

—Ya te he oído —dijo Billy. Ese día no había sol, pero de todos modos miraba hacia la pared—. Si quieres saberlo, pues sí, le presentaba mis respetos.

—Devlin me ha pedido que te vigile. Quiere sacarte de esta galena. Tal vez trasladarte.

—¿Trasladarme? —La mirada aterrada que Billy le lanzó a Cleve era demasiado desnuda como para sostenerla más de unos pocos segundos—. ¿Sacarme de aquí, quieres decir?

—Supongo que sí.

—¡No pueden!

—Claro que pueden. En lo que llaman el tren fantasma. Ahora estás aquí, y al minuto siguiente...

—No —insistió el muchacho apretando los puños.

Se había puesto a temblar, y por un momento Cleve temió que le diera un segundo ataque. Al parecer, su voluntad se impuso, logró controlar los temblores y volvió la mirada hacia su compañero de celda. Las moraduras que le dejara Lowell habían virado a un tono amarillogrisáceo, pero les faltaba mucho para desaparecer; las mejillas sin afeitar estaban pobladas de una barba delicada. Al mirarlo, Cleve sintió una punzada de preocupación.

—Cuéntamelo —le dijo Cleve.

—¿Qué te cuente qué? —inquirió Billy. —Lo que pasó en las tumbas.

—Tuve un mareo. Me caí. Y cuando me desperté estaba en el hospital.

—Es lo que les contaste a ellos, ¿verdad?

—Es la verdad.

—Por lo que oí decir, no. ¿Por qué no me explicas lo que pasó? Quiero que confíes en mí.

—Confío en ti —dijo el muchacho—. Pero esto tengo que guardármelo. Es algo entre él y yo.

—¿Entre Edgar y tú? —preguntó Cleve. Billy asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Un tipo que mató a toda su familia excepto a tu madre?

Billy se sorprendió abiertamente de que Cleve conociera ese detalle.

—Sí —repuso después de pensarla—. Sí, los mató a todos. Y también habría matado a mamá si no se hubiera escapado. Quería barrer con toda la familia. Para que no quedaran herederos que llevaran mala sangre.

—¿Entonces tu sangre es mala?

Billy se permitió la más leve de las sonrisas y respondió:

—No. No creo. El abuelo se equivocó. Los tiempos han cambiado, ¿no es cierto?

Está loco, pensó Cleve. Raudo como el rayo, Billy captó su pensamiento.

—No estoy loco —dijo—. Díselo. Díselo a Devlin y a quien te lo pregunte. Diles que soy un corderito. —La fiereza volvió a sus ojos. En ellos no había nada de cordero, aunque Cleve se cuidó mucho de mencionarlo—. No deben sacarme de aquí, Cleve. Y menos después de estar tan cerca. Tengo asuntos que atender. Asuntos importantes.

—¿Con un muerto?

—Con un muerto.

Fueran cuales fuesen las nuevas intenciones de que le habló a Cleve, Billy cerró la barraca cuando volvió a mezclarse con el resto de los convictos. No respondió ni a las preguntas ni a los insultos que circulaban en boca de todos: su fachada de indiferencia y su mirada ausente eran perfectas. Cleve quedó impresionado. El muchacho tenía futuro como actor, si decidía abandonar la locura profesional.

Pero pronto empezó a notársele el esfuerzo por ocultar una nueva urgencia. En la vacuidad de sus ojos, en el nerviosismo de sus movimientos, en sus silencios pensativos e inabordables. El médico que seguía viendo a Billy notó el deterioro físico; diagnosticó que el muchacho padecía de depresión e insomnios agudos, por lo que le recetó unos sedantes que le ayudasen a conciliar el sueño. Billy le dio las pastillas a Cleve, e insistió en que no las necesitaba. Cleve le estuvo agradecido. Por primera vez en muchos meses comenzó a dormir bien, sin que perturbaran su sueño las lágrimas y los gritos de los otros presidiarios.

Durante el día, la relación entre el muchacho y él, que siempre había sido rudimentaria, pasó a limitarse a la mera cortesía. Cleve presintió que Billy se estaba encerrando por completo en sí mismo, despreocupándose de las cuestiones puramente físicas.

No era la primera vez que presenciaba un retramiento de este tipo, hosanna, su cuñada, había muerto de cáncer de estómago hacía tres años: una decadencia larga y uniforme hasta las últimas semanas. Cíe ve no había estado a su lado, pero quizás esa misma distancia le había dado una perspectiva respecto al comportamiento de la mujer de la que el resto de la familia carecía. Le había sorprendido la forma sistemática en que se había preparado para la muerte, dosificando los afectos hasta que sólo tocaron a las figuras más vitales de su vida: sus hijos y su sacerdote; prescindió de todos los demás, incluido su marido, con el que había estado casada durante catorce años.

Veía ahora en Billy la misma falta de pasión, la misma frugalidad. Como un hombre que se adiestra para atravesar un erial desierto y sin agua, demasiado avaro con sus energías como para derrocharlas en un solo gesto estéril, el muchacho se hundía en sí mismo. Era algo favoroso; a Cleve le resultaba cada vez más incómodo compartir con Billy la celda de tres cincuenta por dos cuarenta. Era como vivir con un hombre en el Callejón de la Muerte.

El único consuelo eran los tranquilizantes; Billy convenció prestamente al médico para que continuara prescribiéndoselos. Le garantizaban a Cleve un descanso reparador y, al menos durante varios días, sin sueños.

Entonces soñó con la ciudad.

No, con la ciudad no; al principio fue con el desierto. Una extensión vacía de arena azul negruzca que al caminar se le clavaba en la planta de los pies; un viento frío levantaba la arena, que se le quedaba impregnada en la nariz, los ojos, el pelo. Sabía que ya había estado allí. Su yo dormido reconocía el paisaje de dunas yermas, sin árboles ni casas que rompieran la monotonía. Pero en las visitas anteriores, había ido con guías (o al menos ésa era su convicción, apenas esbozada); ahora estaba solo. y las nubes que se elevaban por encima de su cabeza, densas y grises como la pizarra, presagiaban la falta de sol. Durante lo que le parecieron horas, caminó por las dunas; los pies se le ensangrentaron de hollar la punzante arena, el cuerpo se le empolvó, tiñéndose de azul. Cuando el cansancio estuvo a punto de derrotarlo, vio unas ruinas y fue hacia ellas.

No era un oasis. En aquellas calles vacías no había nada saludable ni que sirviera de sustento, no había árboles frutales ni fuentes cantarinas. La ciudad era un conglomerado de casas, o de partes de casas —a veces pisos enteros, a veces habitaciones aisladas—, apiñadas unas al lado de otras en una triste parodia de ordenación urbana. Los estilos eran una abigarrada mezcla —finos establecimientos georgianos junto a edificios de viviendas pobres con habitaciones quemadas; una casa arrancada de un terraplén, perfecta hasta en el detalle de un perro barnizado que descansaba

en el alféizar de la ventana. Todas conservaban las cicatrices de la brusca remoción de su entorno: las paredes estaban rajadas, con lo que se podía atisbar en el interior; las escaleras se proyectaban hacia las nubes, sin un destino aparente; las puertas se abrían y cerraban con el viento, dejando ver que daban a ninguna parte.

Cleve sabía que allí había vida. No sólo las lagartijas, las ratas y las mariposas —todas albinas— que aleteaban y se escurrían ante él cuando caminaba por las calles abandonadas, sino vida humana. Presintió que cada paso que daba era espiado, aunque no vio señales de presencia humana, al menos durante su primera visita.

Durante la segunda visita, su yo dormido abandonó la marcha penosa a través del erial y fue enviado directamente a la necrópolis; sus pies, fácilmente aleccionados, siguieron la misma ruta de la primera visita. El viento constante soplaba con más fuerza aquella noche. Enredaba las cortinas de encaje de esta ventana y hacía tintinear los abolorios chinos que colgaban de aquella otra. Era también portador de voces; sonidos horrendos y estrañalarios provenientes de un lugar lejano, más allá de la ciudad. Al oír aquellos chirridos, aquellos quejidos como de niños enloquecidos, agradeció la presencia de las calles y los cuartos, agradeció la presencia de su familiaridad, aunque no la comodidad que le ofrecían. No tenía deseo alguno de penetrar en esos interiores, hubiera o no voces; no deseaba descubrir qué era lo que marcaba esos retazos de arquitectura ni qué había hecho que los arrancaran de cuajo y los lanzaran a esa llorosa desolación.

Una vez visitado aquel lugar, su mente dormida regresaba a él noche tras noche; caminaba siempre con los pies ensangrentados, viendo sólo ratas y mariposas y la arena negra en cada portal, aventada al interior de las habitaciones y los pasillos, que jamás cambiaban de una visita a la siguiente; por lo que había podido atisbar detrás de unas cortinas o por una grieta en las paredes, aquellos escenarios parecían haber quedado fijados en un momento preciso: una comida sin tocar, servida en una mesa puesta para tres (el pollo sin cortar, las salsas humeantes), o una ducha abierta en un lavabo en el que la lámpara oscilaba perpetuamente; y, en un cuarto que podía haber sido el estudio de un abogado, un perro faldero, o quizás una peluca arrancada y lanzada al suelo, abandonada en una fina alfombra cuya intrincada trama había sido medio devorada por la arena.

Sólo en una ocasión vio a otro ser humano en la ciudad: a Billy. Ocurrió de un modo extraño. Una noche —mientras soñaba con las calles— se despertó a medias. Billy estaba despierto y se encontraba de pie en mitad de la celda, mirando hacia la luz que penetraba por la ventana. No era la luz de la luna, pero el muchacho se bañaba en ella como si lo fuera. Tenía el rostro vuelto hacia la ventana: la boca abierta y los ojos cerrados. Cleve apenas tuvo tiempo de notar el trance en el que parecía hallarse el muchacho antes de que los tranquilizantes lo recondujeran al sueño. Se llevó consigo un fragmento de la realidad, incluyendo al muchacho en su sueño. Cuando regresó a la ciudad, allí estaba Billy Tait: de pie, en la calle, con el rostro vuelto hacia las nubes bajas, la boca abierta, los ojos cerrados.

La imagen duró sólo un momento. Porque acto seguido el muchacho se alejó; sus pies levantaban pequeños abanicos de arena. Cleve lo llamó. Pero Billy siguió corriendo sin prestarle atención; con esa presciencia que dan los sueños, Cleve supo adonde se dirigía. Hacia el borde de la ciudad, donde las casas raleaban y empezaba el desierto. A encontrarse con algún amigo traído por el terrible viento, quizás. Nada iba a inducirlo a ir tras él; sin embargo, no quería perder el contacto con el único ser humano que había visto en aquellas calles desoladas. Volvió a gritar el nombre de Billy, con más fuerza.

En esta ocasión, sintió una mano en el brazo y despertó sobresaltado para encontrarse en la celda.

—Ya está bien, tranquilo —le dijo Billy—. Estabas soñando.

Cleve procuró sacarse la ciudad de la cabeza, pero durante unos peligrosos segundos, el sueño se coló en el mundo real; al mirar al muchacho vio que un viento que no pertenecía, no podía pertenecer a los confines de la celda, le alborotaba el pelo.

—Estás soñando —insistió Billy—. Despierta.

Tembloroso, Cleve se sentó en la litera. La ciudad se difuminó —había desaparecido casi—, pero antes de que lograse perderla de vista por completo, tuvo la convicción de que Billy sabía de qué sueño acababa de despertar a Cleve, que habían estado allí juntos por unos pocos y frágiles momentos.

—Lo sabes, ¿verdad? —acusó a la cara pálida que tenía a su lado.

El muchacho se mostró asombrado y le preguntó:

—¿De qué estás hablando?

Cleve meneó la cabeza. La sospecha se volvía más increíble a medida que iba tomando distancia respecto al sueño. Aun así, al mirar la mano huesuda de Billy, que seguía aferrada a su brazo, en cierto modo esperaba notar restos de suciedad obsidiana en sus uñas. Sólo vio mugre.

Sin embargo, las dudas persistieron mucho después de que la razón hubiera logrado amedrentarlas y subyugarlas. A partir de esa noche, Cleve vigiló al muchacho más de cerca, con la esperanza de que algún desliz le revelara la naturaleza de su juego. Semejante escrutinio era una causa perdida. A partir de aquella noche, desaparecieron los últimos vestigios de accesibilidad: el muchacho, como le ocurriera a Rosanna, se convirtió en un libro indescifrable, que no dejaba entrever ni una pista de la naturaleza de su mundo secreto. En cuanto al sueño, no se volvió a hablar de él. La única alusión tortuosa a aquella noche fue la redoblada insistencia de Billy en que Cleve continuara tomando los sedantes.

—Necesitas dormir —le dijo al regresar de la enfermería con un nuevo suministro—. Tómalas.

—Tú también necesitas dormir —le contestó Cleve, interesado en saber hasta qué punto insistiría el muchacho—. Ya no me hacen falta las píldoras.

—Claro que sí —insistió Billy, exhibiendo el frasco de cápsulas—. Ya sabes cuánto ruido hacen por aquí.

—Dicen que producen hábito —comentó Cleve, sin aceptar las píldoras—. Pasaré sin ellas.

—No —dijo Billy; Cleve presintió un nivel de insistencia que confirmó sus más profundas sospechas. El muchacho quería que estuviera drogado, había sido así desde el principio—. Yo duermo como un bebé —adujo Billy—. Tómalas, por favor. De lo contrario, habrá que tirarlas.

—Si estás seguro de lo que dices —comentó Cleve encogiéndose de hombros.

Sus temores quedaban confirmados, por lo que se limitó a fingir que cedía.

—Estoy seguro.

—Gracias, entonces —dijo mientras cogía el frasco.

Billy sonrió, feliz. En cierto sentido, con aquella sonrisa comenzaron los malos tiempos.

Esa noche, Cleve contestó a la actuación del muchacho con otra de cosecha propia; fingió tomar los tranquilizantes, como de costumbre, pero no se los tragó. Cuando estuvo acostado en la litera, de cara a la pared, se los sacó de la boca y los metió debajo de la almohada. Y después fingió que se dormía.

En la prisión, el día comienza y termina temprano; a las nueve menos cuarto, como mucho a las nueve, las celdas de las cuatro galerías quedaban a oscuras, y los presidiarios eran encerrados hasta el amanecer, entregados a sus propios recursos. Esa noche era más tranquila y silenciosa que de costumbre. El llorón que estaba encerrado dos celdas más abajo había sido transferido a la galena D; había muy pocos ruidos. Incluso sin píldoras, Cleve sintió que el sueño lo tentaba. De la litera de abajo no provenía prácticamente ningún ruido, excepto algún que otro suspiro. Resultaba imposible adivinar si Billy dormía o no. Cleve se mantuvo en silencio; de vez en cuando echaba una larga mirada a la esfera luminosa de su reloj. Los minutos se estiraban interminables, y a medida que iban pasando las primeras horas temió que su sueño fingido se convirtiera en algo real. Estaba dándole vueltas a esa posibilidad cuando le sobrevino la inconsciencia.

Despertó mucho más tarde. Al parecer, no había cambiado de posición. Frente a él tenía la pared; la pintura desconchada era como el mapa borroso de un territorio sin nombre. Tardó un par de minutos en orientarse. De la litera de abajo no le llegaba ningún ruido. Simulando moverse mientras dormía, levantó el brazo hasta colocarlo a la altura de los ojos y miró la esfera verde claro de su reloj. Eran las dos menos nueve minutos. Faltaban varias horas para el amanecer. Permaneció en la Posición en la que se había despertado durante un buen cuarto de hora, escuchando todos los sonidos de la celda e intentando ubicar a Billy. No deseaba darse la vuelta y comprobarlo por sí mismo, por temor a encontrar al muchacho en medio de la celda, como la noche en que visitara la ciudad.

Aunque sumido en la oscuridad, el mundo distaba mucho de estar en silencio. Oyó los pasos amortiguados de alguien que recorría la celda de la galería de arriba; oyó al agua fluir en las tuberías y el sonido de una sirena en Caledonian Road. Pero no lograba oír a Billy. Ni siquiera un suspiro del muchacho.

Transcurrió otro cuarto de hora, y Cleve sintió el adormecimiento familiar que intentaba reclamarlo; si continuaba inmóvil, no tardaría en volver a dormirse, y antes de que se diera cuenta habría amanecido. Si quería enterarse de algo, tendría que darse la vuelta y mirar. Decidió que lo mejor sería no moverse subrepticiamente, sino darse la vuelta lo más naturalmente posible. Y así lo hizo, murmurando para sí, como si estuviera dormido, para otorgarle más peso a la ilusión. En cuanto se hubo dado la vuelta completa y hubo colocado la mano sobre la cara para que no se notara que estaba espiando, abrió cautelosamente los ojos.

La celda parecía más oscura que la noche en que había visto a Billy con el rostro vuelto hacia la ventana. En cuanto al muchacho, no se lo veía por ninguna parte. Cleve abrió un poco más los ojos y escrutó la celda lo mejor que pudo, mirando a través de los dedos. Faltaba algo, pero no logró precisar qué era. Permaneció tendido durante varios minutos, esperando que sus ojos se acostumbraran a la negrura. Pero no lo hicieron. La escena que tenía delante continuaba siendo borrosa, como una pintura tan llena de suciedad y barniz que sus profundidades repelían al ojo escrutador. Pero sabía que las sombras de los rincones de la celda, y de la pared opuesta, no estaban vacías. Quería poner fin a la expectación que le hacía latir alocadamente el corazón, quería levantar la cabeza de la almohada llena de guijarros y pedirle a Billy que saliera de su escondite. Pero el buen tino le aconsejó lo contrario. Permaneció quieto, sudoroso y vigilante.

Entonces comenzó a notar qué era lo que fallaba en la escena que tenía ante sí. Las sombras ocultas se cernían sobre sitios indebidos; se ensanchaban por el corredor, donde debía caer la débil luz que se filtraba por la ventana. En cierto modo, entre la ventana y la pared la luz había sido ahogada y devorada. Cleve cerró los ojos para permitir que su mente confusa pudiera racionalizar esa conclusión y rechazarla. Cuando volvió a abrirlos, el corazón le dio un vuelco. La sombra, muy lejos de perder potencia, había crecido un poco.

Jamás había sentido tanto miedo; jamás había experimentado en las entrañas un frío como el que ahora le invadía. A duras penas logró mantener acompasada la respiración y las manos quietas. Su instinto le impelía a enroscarse y ocultar la cara como un niño. Dos pensamientos se lo impidieron. Uno le indicaba que el más ligero movimiento podría atraer una atención no deseada. El otro, que Billy estaba en algún lugar de la celda y quizás tan amenazado por aquella oscuridad viviente como él.

Entonces, en la litera inferior, el muchacho habló con voz suave, probablemente para no despertar a su compañero dormido. Su tonalidad era pavorosamente íntima. A Cleve ni se le ocurrió pensar que Billy hablara en sueños; ya no era posible seguirse engañando al respecto. El muchacho hablaba con la oscuridad, de ese hecho no cabía duda.

—... me duele... —dijo, con un leve deje acusador—. No me habías dicho que iba a dolerme tanto...

¿Serían imaginaciones de Cleve, o las sombras espectrales oscilaron un poco a manera de respuesta, como la tinta del calamar en el agua? Sintió un miedo atroz.

El muchacho volvió a hablar. Su voz era tan queda que Cleve apenas logró captar las palabras.

—... tiene que ser pronto... —decía con tranquila urgencia—. No tengo miedo. No tengo miedo.

La sombra volvió a oscilar. Esa vez, cuando Cleve miró hacia su centro, logró notar la forma químérica que la envolvía. Le tembló la garganta; un grito quedó atrapado detrás de su lengua, impaciente por salir de su boca.

—... Todo lo que puedas enseñarme... —decía Billy—. De prisa...

Las palabras iban y venían, pero Cleve apenas lograba oírlas. Su atención estaba concentrada en la cortina de sombras y en la silueta, hilvanada de negrura, que se movía en sus pliegues. No era una ilusión. Allí había un hombre, de sustancia tenue, cuyos rebordes se deterioraban permanentemente, y que con gran esfuerzo lograba arrastrarse y mantener unos rasgos ligeramente humanos. Cleve apenas distinguía las facciones del visitante, aunque lo que podía ver era suficiente para presentir unas deformidades exhibidas como virtudes: una cara que parecía un plato de fruta podrida, pulposa y pelada, plagada de hinchazones de las que brotaban las moscas y con zonas pestilentes que se caían a pedazos. ¿Cómo era posible que el muchacho conversara con tanta facilidad con semejante cosa? Pero, a pesar de la podredumbre, había una amarga dignidad en el porte de aquella criatura, en la angustia de aquellos ojos, en el óvalo desdentado de aquellas fauces.

Billy se puso de pie repentinamente. El abrupto movimiento, después de tantas palabras susurradas, estuvo a punto de hacer que Cleve Profiriera un grito. Se lo tragó con dificultad y entrecerró los ojos lo suficiente como para poder ver lo que ocurrió después a través de las barras de sus pestañas.

Billy hablaba otra vez, pero su voz era apenas un hilo que no permitía oír la conversación. Avanzó hacia la sombra y con su cuerpo ocultó gran parte de la silueta reflejada en la pared opuesta. La celda no tenía roas de dos o tres zancadas de ancho, pero por algún truco de la física dio la impresión de que el muchacho se alejaba de la litera cinco, seis o incluso siete pasos. Cleve abrió mucho los ojos: sabía que no lo vigilaban. La sombra y su acólito estaban ocupados en otros asuntos que los tenían completamente absortos.

Dentro de los confines de la celda, la silueta de Billy se veía más pequeña de lo que parecía posible, como si hubiese atravesado el muro y se encontrara en alguna otra provincia. Sólo entonces, con los ojos desmesuradamente abiertos, logró Cleve reconocer aquel lugar. La oscuridad que forjaba al visitante de Billy se componía de nubes, sombras y polvo; detrás de él, apenas visible en la

negrura hechizada, pero reconocible para cualquiera que hubiese estado allí, estaba la ciudad aparecida en los sueños de Cleve.

Billy había alcanzado a su maestro. La criatura se elevaba por encima de él, larguirucha y harapienta pero henchida de poder. Cleve ignoraba cómo y por qué el muchacho se le había aproximado, y temió por su seguridad al verlo tan cerca, pero el miedo por su propia seguridad lo mantuvo clavado a la litera. En ese momento se dio cuenta de que jamás había amado a nadie, hombre o mujer, lo suficiente como para ir tras ellos e internarse en la sombra de su sombra. Esta certeza le produjo una terrible sensación de soledad, porque en ese mismo instante supo que nadie, al verlo caminar hacia su castigo eterno, daría un solo paso para rescatarlo del abismo. Almas perdidas los dos: él y el muchacho.

En ese momento, el amo de Billy levantó la hinchada cabeza, y el viento incesante de aquellas calles azules elevó su melena y la hinchó de enfurecida vida. En el viento, Cleve oyó las mismas voces de antes, los gritos de niños enloquecidos, mezcla de llanto y aullidos. Como animado por estas voces, el ente tendió los brazos hacia Billy y lo abrazó, envolviendo al muchacho con sus vapores. Billy no se resistió al abrazo, sino que lo correspondió. Incapaz de contemplar aquella horrenda intimidad, Cleve cerró los ojos y más tarde — ¿segundos, quizá minutos? —, cuando volvió a abrirllos, el encuentro parecía haber tocado a su fin. Aquella cosa sombra se desvanecía, renunciando a su débil coherencia. Se fragmentó, y los restos de su andrajosa anatomía volaron por las calles como basura al viento. Su partida pareció marcar la dispersión de toda la escena; el polvo y la distancia comenzaron a devorar las calles y las casas. Antes de que los últimos vestigios de la sombra se hubieran elevado por los aires y perdido de vista, la ciudad se volvió invisible. Cleve sintió alivio al verse excluido de ella. La realidad, por sordida que fuese, era preferible a aquella desolación. Ladrillo a ladrillo, volvió a surgir el muro, y Billy, liberado del abrazo de su maestro, fue devuelto a la sólida geometría de la celda, donde permaneció mirando hacia la luz que se filtraba por la ventana.

Esa noche Cleve no volvió a dormirse. Acostado sobre su duro colchón y mirando hacia las estalactitas de pintura que pendían del techo, se preguntó si volvería a encontrar refugio en los sueños.

La luz del sol era un maestro de ceremonias. Lanzaba su brillo hacia abajo con gran extravagancia, ávida como cualquier mercader de oropeles por encandilar y distraer. Pero bajo la superficie brillante que iluminaba había otro estado, uno que la luz del sol, esa aduladora de multitudes trataba de ocultar. Esa condición era vil y desesperada. La mayoría enceguecidos por su visión, ni siquiera lograban atisbarla. Pero Cleve ya conocía la falta de sol, había caminado en ella, en sus sueños, y aunque lloraba por la pérdida de su inocencia, sabía que jamás podría desandar aquel camino y regresar a la sala de espejos de la luz.

Procuró ocultar aquel cambio con todas sus fuerzas para que Billy no lo notara; lo último que quería era que el muchacho sospechase que lo había estado escuchando a escondidas. Pero ocultarlo era prácticamente imposible. Aunque al día siguiente Cleve intentó fingir normalidad con todas sus fuerzas, no logró ocultar del todo su incomodidad. Se le escapaba sin que él lograra controlarla, como el sudor de los poros. Y el muchacho lo sabía, no había duda, lo sabía. Y no tardó demasiado en manifestarle sus sospechas. Al volver a la celda después de haber estado en el taller, por la tarde, Billy no tardó en ir al grano.

—¿Qué te pasa hoy?

Cleve se puso a rehacer la cama, pues temía incluso mirar de reojo a Billy.

—No me pasa nada. No me siento demasiado bien, es todo.

—¿Has pasado mala noche? —preguntó el muchacho. Cleve notó que Billy le perforaba la espalda con los ojos.

—No —repuso al cabo de una pausa, para que su negación no pareciera precipitada—. Tomé tus píldoras, como de costumbre.

—Bien.

La conversación se interrumpió y Cleve pudo terminar de hacerse la cama en silencio. Pero la tregua no podía durar mucho. Cuando se apartó de la litera una vez concluida la tarea, encontró a Billy sentado ante la mesita, con uno de los libros de Cleve abierto sobre las rodillas. Lo hojeó sin mucho interés; habían desaparecido las señales de su anterior sospecha. Pero Cleve no fue tan tonto como para fiarse de las apariencias.

—¿Por qué lees estas cosas? —le preguntó el muchacho.

—Para pasar el rato —repuso Cleve, desbaratando su labor al trepar a la litera de arriba y estirarse sobre la cama.

—No me refiero a por qué lees libros. Quiero decir que por qué lees estos libros. Todo este rollo sobre el pecado.

Cleve oyó la pregunta a medias. El estar tumbado en su litera le recordaba con demasiada claridad cómo había sido la noche. Le recordaba también que la oscuridad volvía a apoderarse de una parte del mundo. Al pensarlo, se le cerró la boca del estómago.

—¿Me has oído? —insistió el muchacho. Cleve murmuró que lo había oido.

—¿Por qué lees estos libros? ¿Sobre la maldición eterna y esas cosas?

—Nadie los saca de la biblioteca —repuso Cleve.

Le costaba un enorme trabajo modelar los pensamientos para poder manifestarlos en voz alta cuando los otros, los táctitos, eran mucho más exigentes.

—¿No te lo crees entonces?

—No —contestó—. No me creo una sola palabra.

El muchacho se mantuvo callado durante un rato. Aunque Cleve no lo miraba, logró oír cómo Billy volvía las páginas. Entonces le hizo otra pregunta, pero en voz más baja, como una confesión.

—¿Alguna vez tienes miedo?

La pregunta sacó a Cleve de su trance. La conversación había virado de la lectura a algo muchísimo más pertinente. ¿Por qué le preguntaría Billy sobre el miedo, a menos que él también lo tuviera?

—¿Y de qué tendría que tener miedo? —inquirió Cleve.

Por el rabillo del ojo vio cómo el muchacho se encogía de hombros antes de contestar.

—De las cosas que pasan —dijo con un tono nada entusiasmado—. De las cosas que no puedes controlar.

—Sí —contestó Cleve sin saber adonde le conduciría aquella conversación—. Sí, claro. A veces tengo miedo.

—¿Y entonces qué haces?

—Pues no hay nada que hacer, ¿no? —dijo Cleve. Su voz, como la de Billy, era apenas un hilo —. Dejé de rezar la mañana en que murió mi padre.

Oyó el suave golpecito cuando Billy cerró el libro, e inclinó la cabeza lo suficiente como para ver al muchacho. Billy no lograba ocultar del todo su agitación. Tiene miedo, pensó Cleve; no quiere que vuelva la noche, igual que yo. Al pensar en sus temores compartidos se sintió reconfortado. Tal vez el muchacho no perteneciera por completo a la sombra, tal vez lograra convencer a Billy para que le señalara el camino por el que ambos podrían salir de aquella espiral de pesadillas.

Se sentó bien derecho; su cabeza se encontraba a unos centímetros del techo de la celda. Billy abandonó sus meditaciones y levantó la vista: su rostro era un pálido óvalo de músculos crispados. Cleve supo que era el momento de hablar, antes de que se apagaran las luces y las celdas quedaran confinadas a las sombras. Entonces no habría tiempo para explicaciones. El muchacho estaría medio perdido en la ciudad y sería imposible persuadirlo.

—Últimamente tengo unos sueños... —dijo Cleve. Billy no comentó nada, se limitó a mirarlo con ojos vacíos—. Sueño con una ciudad.

El muchacho ni se inmutó. Estaba claro que no iba a ofrecerle ninguna aclaración, tendría que obligarlo a ello.

—¿Sabes de qué estoy hablando?

—No —repuso Billy, sacudiendo la cabeza—. Yo nunca sueño. —Todo el mundo sueña.

—Entonces no me acuerdo de lo que sueño.

—Yo si —dijo Cleve. Estaba decidido, ya que había abordado el tema, a no dejar en paz a Billy—. Y tú estás en el sueño. En la ciudad.

El muchacho dio un respingo; fue un movimiento engañoso, pero le bastó para convencer a Cleve de que no malgastaba su tiempo.

—¿Qué lugar es, Billy? —le preguntó.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —le espetó el muchacho, a punto de soltar la risa, pero luego se refrenó—. No lo sé. ¿verdad? Son tus sueños.

Antes de que Cleve pudiera constestarle, oyó la voz de uno de los funcionarios al pasar delante de la fila de celdas indicando a los hombres que se fueran a la cama. No tardarían en apagar las luces; a partir de entonces, quedaría encerrado en aquella celda estrecha durante diez horas. Con Billy y los fantasmas...

—Anoche... —dijo, temeroso de mencionar lo que había visto y oído sin la debida preparación, pero más temeroso de enfrentarse a otra noche en las fronteras de la ciudad, solo, en la oscuridad —. Anoche vi... —se interrumpió. ¿Por qué no le salían las palabras? —. Vi...

—¿Qué viste? —inquirió el muchacho con rostro insondable.

Había desaparecido cualquier asomo de aprensión. Tal vez también habría oído al funcionario, y sabía ya que no había nada que hacer, que no había manera de detener el avance de la noche.

—¿Qué fue lo que viste? —insistió Billy.

—A mi madre —repuso Cleve con un suspiro.

El muchacho dejó entrever su alivio en la tenue sonrisa que se le dibujó en los labios.

—Sí... vi a mi madre. En carne y hueso.

—¿Y eso te ha afectado, no es cierto?

—A veces los sueños le afectan a uno.

El funcionario había llegado a la B 3. 20.

—Apagaremos las luces dentro de dos minutos —anunció al pasar.

—Tendrías que tomar más de esas píldoras —le aconsejó Billy dejando el libro y dirigiéndose a su litera—. Entonces te pasaría como a mí, nada de sueños.

Cleve había perdido. Él, el matón, el chulo, había sido derrotado por el muchacho y ahora debía afrontar las consecuencias. Permaneció tumbado, de cara al techo, contando los segundos hasta que las luces se apagaron, mientras en la litera de abajo el muchacho se desvestía y se metía en la cama.

Todavía le quedaba tiempo para levantarse y llamar al funcionario; tiempo para darse con la cabeza contra la puerta hasta que acudiera alguien. Pero ¿qué iba a decir para justificar su representación? ¿Que había tenido pesadillas? ¿Y quién no las tenía? ¿Que tenía miedo de la oscuridad? ¿Y quién no temía la oscuridad? Se le reirían en la cara y le diñan que volviese a la cama, con lo que perdería el camuflaje, y el muchacho y su maestro lo estarían esperando en el muro. Semejante táctica no ofrecía seguridad alguna.

Tampoco la ofrecían las plegarias. Fue sincero con Billy al decirle que había dejado de creer en Dios cuando sus plegarias por la vida de su padre no habían sido escuchadas. De semejante abandono divino surgió el ateísmo; no podía reavivar la fe, por más profundo que fuese su terror.

Al pensar en su padre, volvió inevitablemente a la niñez; muy pocos temas, si los había, podían ocupar lo bastante su mente como para hacerle olvidar sus temores. Cuando se apagaron por fin las luces, su mente atemorizada se refugió en los recuerdos. Bajó el ritmo de sus pulsaciones; los dedos dejaron de temblarle y, con el paso de las horas, sin apenas darse cuenta, el sueño lo venció.

Las distracciones de las que disponía su conciencia no estaban al alcance de su inconsciente. Una vez dormido, las amables remembranzas quedaron excluidas; los recuerdos de infancia se convirtieron en cosa del pasado, y él regresó, con los pies ensangrentados, a aquella terrible ciudad.

O mejor dicho, a sus fronteras. Porque esa noche no siguió el camine familiar que lo conducía más allá de la casa georgiana y sus dependencias adyacentes, sino que caminó hasta las afueras de la ciudad, donde el viento era más fuerte que nunca, y las voces que en él viajaban, mucho más claras. Aunque a cada paso esperaba encontrar a Billy y a su oscuro compañero, no vio a nadie. Sólo las mariposas, luminosas como la esfera de su reloj, lo acompañaban por el sendero. Se le posaban sobre el hombro y el pelo como confeti, para echarse a volar después.

Llegó al borde de la ciudad sin incidentes y allí se quedó escrutando el desierto. Las nubes, sólidas como nunca, se movían en lo alto con majestuosidad de gigantes. Esa noche las voces parecían más cercanas a las pasiones que expresaban menos angustiantes que la vez anterior. No logró precisar si la suavidad estaba en ellas o en la reacción que le provocaban.

Mientras observaba las dunas y el cielo, hechizado por su negrura oyó un ruido; al mirar por encima del hombro vio a un hombre sonriente, vestido en lo que parecía su traje de domingo; salió de la ciudad y sí dirigió hacia él. Llevaba un cuchillo; la sangre que lo cubría estaba húmeda, y le manchaba las manos y la pechera de la camisa. Aunque estando dormido era inmune, Cleve sintió miedo y dio un paso atrás, tratando de hablar para defenderse. El hombre sonriente no dio señales de verlo, pasó junto a él y se internó en el desierto, dejando caer el cuchilla al trasponer un límite invisible. Sólo entonces advirtió Cleve que otro? habían hecho lo mismo, y que el suelo, en los límites

de la ciudad, estaba plagado de recuerdos letales —cuchillos, cuerdas (incluso una mano humana, cercenada por la muñeca) — , la mayoría de los cuales se encontraban semisepultados.

El viento traía otra vez voces: retazos de canciones sin sentido y de risas inacabadas. Apartó la vista de la arena. El exiliado se había alejado unos cientos de metros de la ciudad y se encontraba en lo alto de una de las dunas; al parecer, esperaba. Las voces se hacían cada vez más audibles. A Cleve le entró un cierto nerviosismo. Todas las veces que había estado en la ciudad y había oído semejante cacofonía, el cuadro que se había formado de aquellos que eran su origen le había helado la sangre en las venas. ¿Sería capaz de quedarse allí a esperar hasta que aparecieran los fantasmas? La curiosidad pudo más que la prudencia. Fijó la vista en la loma por la que iban a aparecer; el corazón le latía ferozmente y era incapaz de dejar de mirar. El hombre del traje dominguero había empezado a quitarse la chaqueta. La lanzó al suelo y comenzó a aflojarse la corbata.

Entonces. Cleve creyó ver algo en las dunas y el ruido se tornó un aullido de bienvenida. Desafiando a sus nervios a que lo traicionaran, siguió mirando, decidido a ver todas las caras de aquel horror.

De repente, por encima del rumor de su música, alguien gritó; era la voz de un hombre, muy aguda, perlada de terror. No provenía de la ciudad de sus sueños, sino de la otra ficción que él ocupaba y cuyo nombre no lograba recordar. Centró su atención en las dunas, decidido a no perderse la reunión que iba a producirse delante de él. El grito proveniente de aquel otro lugar sin nombre aumentó hasta la ronquera y luego cesó. En su lugar se oyó una alarma, más insistente que nunca. Cleve notó que el sueño se le escapaba de las manos.

—No... —murmuró—. Déjame ver...

Las dunas comenzaron a moverse. Lo mismo hizo su conciencia; se alejó de la ciudad y emprendió el regreso a la celda. Sus protestas de nada sirvieron. El desierto se desvaneció, al igual que la ciudad. Abrió los ojos. La celda seguía a oscuras; sonaba la alarma. En las demás celdas se oían gritos y las voces de los funcionarios en una confusión de preguntas y órdenes.

Permaneció acostado en la litera con la esperanza de poder regresar al enclave de su sueño. Pero fue imposible, la alarma era demasiado estrepitosa, y la histeria creciente de las celdas vecinas demasiado acuciante. Reconoció su derrota, y se sentó en la cama completamente despierto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Billy.

El muchacho no estaba de pie junto al muro. Acaso dormido, por una vez, a pesar del ruido.

—¿Billy?

Cleve se asomó por el borde de la litera y miró hacia abajo. La cama estaba vacía. Las sábanas y las mantas estaban echadas hacia atrás.

Cleve saltó de su litera. De un sola mirada se podía abarcar todo el espacio de la celda, no había dónde ocultarse. El muchacho no estaba. ¿Acaso se lo habrían llevado en secreto mientras él dormía? No habría sido la primera vez; era el tren fantasma del que Devlin le había hadado: el inexplicable traslado de los prisioneros difíciles. Cleve no tenía noticia de que hubiera ocurrido de noche, pero siempre había una primera vez para todo.

Se dirigió a la puerta para ver si lograba entender a qué se debía el griterío, pero no logró interpretarlo. Lo más probable era que se hubiese producido por una pelea entre dos convictos que no soportaban la idea de pasarse otra hora en el mismo recinto. Intentó descifrar de dónde había provenido el grito inicial, si de la derecha o de la izquierda, de arriba o de abajo, pero el sueño le había trastocado el sentido de la orientación.

Mientras se hallaba frente a la puerta, esperando que pasara algún funcionario, sintió un cambio en el aire. Fue tan sutil que al principio apenas lo notó. Sólo cuando levantó la mano para frotarse los ojos se dio cuenta de que tenía la carne de gallina.

A su espalda oyó el sonido de una respiración, o una disonante parodia de la misma.

Sus labios pronunciaron sin sonido la palabra «Billy». El frío le llegó a la espalda; se echó a temblar. La celda no estaba vacía después de todo, había alguien más en aquel diminuto espacio.

Reunió todo su coraje y se obligó a darse la vuelta. La celda estaba más oscura que cuando se había despertado; al aire era un velo provocador. Pero Billy no estaba en la celda; no había nadie más.

Y volvió a repetirse el ruido; Cleve miró hacia la litera de abajo. La cama era negra como la pez, una sombra —como la de la pared— demasiado profunda y volátil como para tener orígenes naturales. De ella salían unos gruñidos que imitaban la respiración, como los estertores de un asmático. Notó que la oscuridad de la celda se originaba allí mismo, en el estrecho espacio de la

cama de Billy; la sombra se deslizó hasta el suelo y se enroscó como la niebla en la cabecera de la litera.

Las reservas de temor de Cleve no eran inagotables. En los últimos días las había consumido en los sueños nocturnos y diurnos; había sudado, se había helado, había vivido al borde de la cordura y había sobrevivido. Y aunque el vello insistía en erizársese, su mente no lograba atemorizarse. Se sintió más tranquilo que nunca: los hechos recientes lo habían imbuido de una nueva imparcialidad. No se asustaría. No se taparía los ojos ni rogaría porque amaneciera; si lo hacía, una buena mañana despertaría para encontrarse muerto, y jamás sabría el origen de aquel misterio.

Inspiró profundamente y se acercó a la litera. Ésta había empezado a sacudirse. El ocupante amortajado de la cama inferior se movía violentamente.

—Billy —dijo Cleve.

La sombra se movió. Le encharcó los pies, le subió rodando hasta la cara: olía a piedras mojadas por la lluvia; era fría e incómoda.

Estaba a menos de un metro de la litera y aun así no lograba distinguir nada; la sombra se le resistía. No se dejó amedrentar, y tendió la mano hacia la cama. Al tocarlo, el velo se partió como el humo y la forma que se retorcía sobre el colchón se hizo aparente.

Era Billy, evidentemente; sin embargo, no lo era del todo. Tal vez un Billy perdido, o un Billy que todavía no había llegado. En ese caso; Cleve no quiso participar de un futuro que pudiera engendrar semejante trauma. En la litera de abajo yacía una silueta oscura, desdichada, que se solidificaba bajo la mirada de Cleve, formándose a partir de las sombras. Sus ojos incandescentes y el arsenal de dientes afilados como agujas recordaban a un zorro rabioso; la forma de replegarse sobre sí misma recordaba a un insecto patas arriba, con el lomo más carnoso que coriáceo; más pesadilla que otra cosa. Ninguna de sus partes estaba fija. Fuera cual fuese su forma (quizá tuviera varias), Cleve observaba cómo se disolvía. Los dientes crecían, y al hacerlo se tornaban más insustanciales, su materia se estiraba al borde de la fragilidad para dispersarse como la neblina; sus miembros ganchudos pedaleaban en el aire al tiempo que se hacían impalpables. Debajo del caos vio al fantasma de Billy Tait con la boca abierta y profiriendo agónicas frases, luchando por darse a conocer. Quiso penetrar en aquel torbellino y arrancar de allí al muchacho, pero presintió que el proceso desarrollado ante sus ojos poseía un impulso propio y que su intervención podría tener fatales consecuencias. Sólo podía seguir mirando cómo los blancos miembros delgados de Billy y su abdomenagitado se retorcían para desprenderse de aquella espantosa anatomía. Los ojos luminosos fueron los últimos en irse; saltaron de sus órbitas y formaron una miríada de hilos, hasta deshacerse en negros vapores.

Finalmente logró distinguir la cara de Billy, aunque surcada de restos de su anterior condición. Entonces se dispersaron esos restos, las sombras desaparecieron y vio a Billy tendido en la litera, desnudo y jadeante por el esfuerzo de la angustia.

Miró a Cleve con una cara inexpresiva.

Cleve recordó cómo se había quejado el muchacho a la criatura de la ciudad: «... me duele —había dicho—. No me dijiste que doliera tanto...». Era una verdad evidente. El cuerpo del muchacho era un desierto de sudor y huesos; resultaba difícil imaginar una visión menos agradable. Pero humana; al menos humana.

Billy abrió la boca. Tenía los labios rojos y brillantes, como si los llevara pintados.

—Y ahora... —dijo respirando dolorosamente —, ¿y ahora... qué hacemos?

Hablar parecía costarle un enorme esfuerzo. Del fondo de la garganta le salió un sonido gutural y se llevó la mano a la boca. Cleve se apartó cuando Billy se puso de pie y corrió hacia el cubo que había en un rincón de la celda, que les servía de retrete. La náusea lo venció antes de llegar a él; el vómito le manchó los dedos y cayó al suelo. Cleve apartó la vista Centras Billy devolvía, preparándose para el hedor que tendría que soportar hasta la hora de la limpieza, a la mañana siguiente. Pero la celda no se llenó del hedor a vómito, sino de algo más dulce y empalagoso.

Perplejo, Cleve volvió a mirar la silueta acuclillada en el rincón. En el suelo, alrededor de sus pies, había salpicaduras de un líquido negro; "nos hilillos del mismo líquido le bajaban por las piernas desnudas.

A pesar de la oscuridad de la celda, no había lugar para confusiones: era sangre.

Hasta en las cárceles más modélicas, la violencia estalla inevitablemente y sin previo aviso. La relación entre dos convictos confinados dentro de la misma celda diecisésis horas de cada veinticuatro era algo imprevisible. Pero, por lo que habían podido observar los presidiarios y los funcionarios, entre Lowell y Nayler no había habido ningún roce; ni tampoco, hasta que se produjo aquel grito, de la celda que ocupaban había surgido sonido alguno: ni discusiones, ni voces coléricas. El motivo que

había inducido a Nayler a atacar espontáneamente a su compañero y matarlo, y después inflingirle unas heridas espeluznantes, fue tema de debate tanto en el comedor como en el patio de ejercicio. El porqué del asunto pasó a ocupar un lugar secundario; el privilegio del primer puesto quedó reservado al cómo. Los rumores que describían el estado en que se hallaba el cuerpo de Lowell cuando lo encontraron desafían a la imaginación; hasta los hombres más acostumbrados a la brutalidad reaccionaron con asombro ante las descripciones. Lowell no había gozado de muchas simpatías; era un matón y un embuster. Pero nada de lo que hubiese hecho merecía semejante mutilación. Lo habían despedazado: le habían arrancado los ojos y los genitales. Nayler, el único contrincante posible, se había abierto el estómago. Lo habían llevado a la Unidad de Cuidados Intensivos y el diagnóstico no ofrecía esperanzas.

Con el furor de la indignación flotando por la galería, a Cleve no le resultó difícil pasar el resto del día sin que nadie se fijara en él. También él tenía una historia que contar, pero ¿quién iba a creerle? Hasta a él le costaba trabajo creérsela. A lo largo de aquel día, cuando las imágenes volvían con toda su frescura, se preguntó si estaría cuerdo. Pero la cordura era una fiesta móvil, ¿no? La locura de un hombre podía ser la política de otro. Lo único de lo que estaba seguro era de que había presenciado la transformación de Billy Tait. Y se aferró a aquella certeza con una tenacidad nacida de la desesperación. Si dejaba de creer en lo que le mostraban sus propios ojos, ya no le quedarían defensas para mantener a raya la oscuridad.

Después de las abluciones y del desayuno, toda la galería fue confinada a las celdas; los talleres, el recreo —toda actividad que requiriera movimiento por las galerías—, quedaron cancelados para poder fotografiar, examinar y limpiar la celda de Lowell. Después del desayuno, Billy durmió toda la mañana, aunque, por su profundidad, aquello se parecía más al estado de coma que al sueño. Cuando despertó para el almuerzo, estaba más brillante y comunicativo de lo que Cleve lo había visto en muchas semanas. Sus huecos comentarios no dejaron entrever señal alguna de que sabía lo ocurrido la noche anterior. Por la tarde. Cleve lo enfrentó con la verdad.

—Tú mataste a Lowell —le dijo.

No tenía sentido que fingiera ignorarlo; si el muchacho no recordaba lo que había hecho, seguramente lo haría con el tiempo. Y al hacerlo, no tardaría en recordar también que Cleve había presenciado su transformación. Lo mejor era confesarlo todo ahora.

—Te vi —añadió —. Vi cómo te transformabas...

Billy no pareció molestarse ante estas revelaciones.

—Sí —admitió—, yo maté a Lowell. ¿Me culpas?

Aquella pregunta, que daba pie a muchísimas otras, fue formulada a la ligera, poco más que como una mera curiosidad.

—¿Qué fue lo que te pasó? —inquirió Cleve—. Te vi... allí... —asombrado por el recuerdo, señaló hacia la litera de abajo—; no eras humano.

—No tenía intención de que me vieras —repuso el muchacho—. Te di las píldoras, ¿no? No debiste espiarme.

—Y la noche anterior... —dijo Cleve —, también estuve despierto.

El muchacho parpadeó como un pájaro pasmado, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Has sido muy estúpido. Muy estúpido.

—Me guste o no, estoy metido en esto. Sueño unas cosas...

—Ya. —Se le arrugó el ceño de porcelana—. Sueñas con la ciudad, ¿no?

—¿Qué es ese lugar, Billy?

—En alguna parte leí que los muertos tienen sus senderos. ¿Lo habías oído alguna vez? Pues bueno..., también tienen ciudades.

—¿Los muertos? ¿Quieres decir que es una especie de ciudad fantasma?

—No quería meterte en esto. Has sido bueno conmigo, mucho más que otros. Pero te lo dije, vine a Pentonville para arreglar ciertos asuntos.

—Con Tait.

—Sí, con Tait.

Cleve quiso echarse a reír; lo que acababa de oír —una ciudad para los muertos?— no hacía más que aumentar la sarta de dislates. Sin embargo su exasperado raciocinio no había logrado olfatear una explicación más factible.

—Mi abuelo mató a sus hijos —dijo Billy— porque no quería transmitir su condición a otra generación. Se enteró tarde, ¿sabes? Hasta que tuvo esposa e hijos no se dio cuenta de que era distinto a la mayoría de nombres. Era especial. Pero no quería las habilidades que le habían sido dadas, y tampoco quería que sus hijos sobrevivieran llevando en la sangre ese mismo poder. Se habría matado y así habría acabado todo, pero tu madre escapó. Y antes de que lograra encontrarla y matarla, lo arrestaron.

—Y lo ahorcaron y lo enterraron.

—Lo ahorcaron y lo enterraron, pero no por eso está perdido. Nadie se pierde, Cleve. Nunca.

—Y has venido aquí para encontrarlo.

—Más que para encontrarlo: para que me ayude. A los diez años descubrí de qué era capaz. No de un modo consciente, pero tuve una vaga sospecha. Y me dio miedo. Claro, era lógico que lo tuviera, porque se trataba de un terrible misterio.

—¿Siempre has podido hacer esa mutación?

—No. Sólo sabía que podía hacerla. Vine aquí para que mi abuelo me guiara, para que me enseñara el modo. Incluso ahora... —y se miró los brazos consumidos— que él me enseña..., el dolor es casi insopportable.

—¿Por qué lo haces entonces?

El muchacho miró a Cleve con incredulidad y le contestó:

—Para no ser yo mismo, para ser humo y sombras. Para ser algo terrible. —La reticencia de Cleve pareció asombrarlo genuinamente—. ¿No harías tú lo mismo?

Cleve negó con la cabeza.

—Anoche te convertiste en algo repelente.

—Eso es lo que mi abuelo pensaba. Durante el juicio se llamó a sí mismo abominación. Aunque ellos no sabían de qué hablaba, claro, pero eso fue lo que dijo. Se puso en pie y dijo: «Soy el excremento de Satán...» —Billy sonrió al recordar la frase—. «... Por el amor de Dios, colgadme y quemad mis restos.» Pero desde entonces ha cambiado de opinión. Está a punto de promediar el siglo y se necesitan tribus nuevas. —Miró a Cleve fijamente—. No tengas miedo. No te haré daño, a menos que vayas por ahí explicando historias. Pero no lo harás, ¿verdad?

—¿Qué podría contar yo que sonara a cordura? —repuso Cleve humildemente—. No, no abriré la boca.

—Bien. Dentro de poco me habré ido y tú también. Entonces podrás olvidar.

—Lo dudo.

—Cuando ya no esté aquí, se acabarán los sueños. Los compartes conmigo sólo porque posees ciertas dotes de médium. Confía en mí. No hay nada que temer.

—La ciudad...

—¿Qué pasa con la ciudad?

—¿Dónde están sus habitantes? Nunca veo a nadie. No, no es del todo cierto. Vi a alguien una vez. Un hombre con un cuchillo... que salía al desierto...

—No puedo ayudarte. Yo también voy allí como visitante. Sólo sé lo que mi abuelo me cuenta: que es una ciudad ocupada por almas muertas. Olvida lo que hayas visto allí. Tú no perteneces a ese lugar. Todavía no has muerto.

¿Resultaba prudente creer siempre lo que los muertos decían? ¿Acaso el hecho de morir los purgaba de todo artificio para lanzarlos a su nuevo estado como santos? Cleve no lograba aceptar semejante ingenuidad. Lo más probable era que llevaran consigo sus capacidades, las buenas y las malas, y que las utilizaran lo mejor que podían. En el paro habría zapateros, ¿no? Sería una tontería pensar que por el mero hecho de estar allí olvidaran cómo se cose el cuero.

Por lo tanto, era probable que Edgar Tait hubiera mentido sobre la dudad. Aquel sitio ocultaba más cosas de las que Billy sabía. ¿Y las voces transportadas por el viento? ¿Y el hombre que había dejado caer el cuchillo entre una montaña de armas, antes de partir rumbo a Dios sabía dónde? ¿Qué ritual sería aquél?

Agotados todos sus temores, y sin una realidad inmaculada a la que aferrarse, Cleve no encontró motivos para no volver voluntariamente a la ciudad. ¿Qué podía haber allí, en aquellas polvorrientas calles, que fuese peor de lo que había presenciado en la litera de abajo, o lo que les había ocurrido a Lowell y a Nayler? Comparada con semejantes atrocidades, la ciudad era un refugio.

Sus calles y sus plazas estaban embargadas de una cierta serenidad; en aquel lugar Cleve tenía la sensación de que toda acción había tocado a su fin, que toda ira y todo sufrimiento habían acabado, que aquellos interiores (con el grifo abierto en el baño y la taza rebosante) habían visto cosas peores, y que se contentaban con esperar tranquilamente a que se acabara el milenio. Esa noche, cuando se durmió y la ciudad se abrió ante él, se internó en ella no como un hombre temeroso perdido en un territorio hostil, sino como un visitante satisfecho de relajarse en un lugar que conocía lo bastante para no perderse en él, y no lo suficiente como para estar hastiado.

Como respondiendo a esa nueva calma, la ciudad se le ofreció toda. Al vagar por las calles, con los pies más ensangrentados que nunca, encontró las puertas abiertas de par en par, y las ventanas con las persianas sin echar. No desdenó la invitación que le ofrecían, sino que se acercó para ver mejor el interior de las casas. Al observarlas más de cerca no pudo seguir las considerando el paradigma de la calma doméstica que había intuido al principio. En cada una descubría algún signo de violenta reciente. Una silla volcada, quizás, o una marca en el suelo, donde un tacón había resbalado al pisar una mancha de sangre, o a veces manifestaciones más evidentes. Un martillo ensangrentado abandonado sobre una mesa cargada de periódicos. Había un cuarto en el que los listones del suelo habían sido arrancados; junto al agujero se veían unos paquees de plástico negro sospechosamente lustrosos. En una habitación, un espejo había sido destrozado; en otra, unos dientes postizos habían quedado junto a un hogar en el que crepitaba el fuego.

Todas aquéllas eran escenas de crímenes. Las víctimas se habían marchado —a otras ciudades, quizás, llenas de niños asesinados y amigos puertos— dejando estos retablos perpetuamente fijados en los instantes sin aliento que siguen al crimen. Cleve se paseó por las calles como el perfecto mirón y espió una escena tras otra, reconstruyendo con el ojo de la mente las horas que habían precedido a la estudiada quietud de la habitación. Aquí había muerto un niño: había una cuna volcada; aquí alguien había sido asesinado en la cama, pues las almohadas estaban empapadas de sangre y el hacha yacía sobre la alfombra. ¿Sería aquélla la condena eterna? ¿El que los asesinos se vieran obligados a esperar una parte de la eternidad (o tal vez toda la eternidad) en el cuarto en el que habían cometido sus asesinatos?

No logró encontrar rastro alguno de los delincuentes, aunque por lógica deducía que tenían que hallarse cerca. ¿Acaso tendrían el poder de volverse invisibles para ocultarse a los ojos de soñadores curiosos como él? ¿O acaso, transcurrido un tiempo en aquella nada, se transformaban para dejar de ser de carne y hueso y convertirse en parte de sus celdas: en una silla o una muñeca de porcelana?

Entonces recordó al hombre que había visto en la frontera, que había aparecido con su traje dominguero y las manos manchadas de sangre y que se había internado en el desierto. Él no había sido invisible.

—¿Dónde estás? —preguntó, de pie en el umbral de una mísera habitación donde había un horno abierto y unos utensilios que estaban remojándose en el fregadero. Sal, quiero verte.

Un movimiento le llamó la atención y miró hacia la puerta. Había un hombre. Había estado allí todo el tiempo, pero tan quieto, fundido tan perfectamente con la habitación, que Cleve no lo había visto hasta que el movimiento de sus ojos atrajo su mirada. Cleve se sintió embargado por la incomodidad al pensar que en cada habitación en la que había espiado contenía uno o más asesinos, camuflados igualmente con la escena. Al comprobar que había sido visto, el hombre salió de su escondite. Rondaría los cincuenta años, y esa mañana, al afeitarse, se había cortado.

—¿Quién es usted? —le preguntó—. Lo he visto pasar por aquí otras veces.

Hablabía en voz baja, con tristeza; Cleve pensó que no era probable que fuese un asesino.

—Un visitante —repuso.

—Aquí no hay visitantes —le dijo el hombre—, sólo posibles ciudadanos.

Cleve frunció el ceño e intentó descifrar lo que el hombre acababa de decir. Pero su mente dormida se había vuelto lenta, y antes de que lograra resolver el enigma de sus palabras, el hombre volvió a hablar.

—¿Lo conozco? —le preguntó—. Cada vez me cuesta más recordar. Y no tiene sentido, ¿verdad? Si me olvido, jamás me iré de aquí, ¿no es así?

—¿Irse? —repitió Cleve.

—Pues sí, hacer un intercambio —repuso el hombre, arreglándose el tupé.

—¿Y adonde iría?

—Volvería. Lo haría todo otra vez.

Cruzó la habitación y se acercó a Cleve. Tendió las manos con las palmas hacia arriba; las tenía llenas de ampollas.

—Usted puede ayudarme. Puedo hacer un trato con el mejor.

—No le entiendo.

El hombre creyó que Cleve mentía. Torció el labio superior adornado por un bigote teñido de negro.

—Sí que me entiende. Me entiende perfectamente. Sólo quiere venderse, como todo el mundo. Al mejor postor, ¿no es así? ¿Qué es usted, un asesino?

—Sólo estoy soñando —contestó Cleve sacudiendo la cabeza.

—Seamos amigos —dijo el hombre, perdido ya todo asomo de despecho— . No tengo influencias, no soy como otros. Algunos llegan aquí y en cuestión de horas ya están fuera. Son profesionales. Llegan a un arreglo. ¿Pero yo? Lo mío fue un crimen pasional. No vine preparado. Me quedaré aquí hasta que pueda llegar a un arreglo. Por favor, seamos amigos.

—No puedo ayudarle —le dijo Cleve, sin estar seguro de qué era lo que le pedía el hombre.

—Claro que no —admitió el asesino—. No esperaba que...

Se apartó de Cleve y fue hacia el horno. De él salió el calor, y la bandeja interior se convirtió en un espejismo. De manera casual, posó las palmas ampolladas sobre la puerta y la cerró; en cuanto la hubo cerrado, volvió a abrirse con un crujido.

—¿Sabe usted lo apetecible que es el olorcillo de la carne rustida? —le preguntó, volviéndose otra vez hacia la puerta del horno para cerrarla por segunda vez—. ¿Acaso puede alguien culparme?

Cleve lo dejó en compañía de sus divagaciones; si todo aquello tenía algún sentido no merecía la pena que él se molestara en encontrarlo. Cleve no lograba comprender lo de los intercambios y la salida de la ciudad.

Siguió vagando, cansado ya de espiar en las casas. Había visto todo lo que quería ver. Seguramente no tardaría en llegar, y sonaría el timbre de la galería. Tal vez convenía que se despertara y acabase con el viaje Por esta noche.

Y cuando así pensaba, apareció la niña. No tendría más de seis o siete años; estaba de pie, en la siguiente intersección. Sin duda no era una asesina. Cleve caminó hacia ella. La niña, ya fuera por pura timidez o Por motivos menos benignos, se dirigió a la derecha y echó a correr. Cleve la siguió. Cuando llegó a la intersección, la niña había recorrido ya más de la mitad de la calle siguiente; Cleve fue tras ella. Como suele ocurrir en estas persecuciones soñadas, las leyes de la física no son iguales para el perseguido que para el perseguidor. La niña avanzaba fácilmente, mientras que Cleve tenía que luchar contra un aire denso como la melaza. No obstante, no se dio por vencido, sino que avanzó de prisa hacia donde iba la niña. No tardó en encontrarse a buena distancia de los lugares familiares, en una conejera de patios y callejones que, según supuso, serían escenas de crímenes. A diferencia de las arterias principales, aquel gueto contenía pocos espacios enteros, sólo pinceladas de geografía: una zona con césped, más rojo que verde; un trozo de encofrado, con una soga colgando; un montículo de tierra. Y entonces, simplemente un muro.

La niña lo había conducido a un callejón sin salida y había desaparecido, dejándolo frente a un sencillo muro de ladrillo gastado donde se abría un ventanuco. Se acercó: estaba claro que lo habían conducido hasta allí para que viera aquello. Espió por el cristal reforzado, que del lado de afuera estaba cubierto por una acumulación de excrementos de pájaros, y se encontró mirando una de las celdas de Pentonville. Se le revolvió el estómago. ¿Qué clase de juego era aquel, que lo sacaba de una celda para conducirlo a esa ciudad de sueños, para ser luego devuelto otra vez a la prisión? Al cabo de un breve examen, supo que no era su celda. Era la de Lowell y Nayler. Eran suyas las fotos pegadas con cinta adhesiva a los ladrillos grises, y suya era la sangre derramada sobre el suelo, la pared, la litera y la puerta. Era la escena de otro crimen.

—Santo Dios —murmuró—. Billy...

Se apartó del muro. A sus pies, sobre la arena, se acoplaban un par de lagartijas; en el viento, que había logrado llegar a aquel apartado rincón, había mariposas. Mientras observaba cómo danzaban, sonó el timbre de la galería B; ya había amanecido.

Era una trampa cuyo mecanismo no le resultaba claro a Cleve, pero no tenía duda de su finalidad. Billy iría a la ciudad muy pronto. La celda en la que había cometido el asesinato le esperaba ya, y todos los lugares desolados que Cleve había visto en aquel muestuario de retazos de casas, sin duda la pequeña celda cubierta de sangre era el peor.

El muchacho ignoraba lo que había sido planeado para él; su abuelo le había mentido al no mencionarle ciertos aspectos de la ciudad, había olvidado contarle a Billy los especiales requisitos que era necesario cumplir para existir allí dentro. Pero ¿por qué? Cleve recordó la conversación que

había tenido con el hombre de la cocina. Había hablado de intercambios, de pactos, de regresar. Edgar Tait había lamentado sus pecados, ¿no? Pero con el paso del tiempo había decidido que no era excremento del demonio, y que volver al mundo no era tan mala idea. Billy sería el instrumento de su regreso.

—No le caes bien a mi abuelo —le dijo el muchacho cuando volvió ron a estar encerrados después del almuerzo.

Por segundo día consecutivo se habían cancelado los recreos y las actividades del taller, para permitir a los funcionarios efectuar un interrogatorio celda por celda, en relación con la muerte de Lowell y, desde la primera hora de aquel día, con la de Nayler.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Dice que preguntas demasiadas cosas en la ciudad.

Cleve estaba sentado en la litera superior; Billy, en la silla, contra la pared opuesta. El muchacho tenía los ojos enrojecidos; un temblor delicado, pero constante, se había apoderado de su cuerpo.

—Vas a morir —le dijo Cleve. ¿Qué otra manera había de expresar ese hecho, sino aquélla, tan brutal?—. En la ciudad... vi...

—A veces hablas como un demente —le dijo Billy sacudiendo la cabeza—. Mi abuelo dice que no debería confiar en ti.

—Porque me tiene miedo.

Billy se echó a reír burlonamente. El sonido de su risa era desagradable; Cleve supuso que lo habría aprendido del abuelo Tait.

—No le teme a nadie —le espetó Billy.

—... .Tiene miedo de lo que pueda ver. O de lo que pueda decirte.

—No —dijo el muchacho con absoluta convicción.

—Te ordenó que mataras a Lowell, ¿no?

Billy levantó la cabeza repentinamente.

—¿Por qué lo dices?

—Nunca quisiste matarlos. Tal vez asustarlos a los dos, pero no matarlos. Fue idea de tu adorado abuelito.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer —repuso Billy lanzándole una gélida mirada—. Nadie.

—Está bien —admitió Cleve—, tal vez te haya convencido. Te dije que era una cuestión de orgullo familiar, o algo así.

El comentario hizo diana; los temblores aumentaron.

—¿Y qué, si lo hizo?

—He visto adonde te mandarán, Billy. Hay un lugar que te espera... —El muchacho miró fijamente a Cleve, pero no intentó interrumpirlo—. Billy, esa ciudad está ocupada sólo por asesinos. Por eso tu abuelo está allí. Y si logra encontrar a alguien que lo sustituya..., si puede salir de allí y provocar otro asesinato..., entonces quedará libre.

Billy se puso de pie hecho una furia. La burla se había borrado de su rostro.

—¿Quéquieres decir con eso de libre?

—Volverá al mundo. Volverá aquí.

—Mientes...

—Pregúntaselo.

—El no me engañaría. Llevo su misma sangre.

—¿Crees que le importa? Después de pasarse cincuenta años en ese lugar, esperando una oportunidad para salir, para irse, ¿crees que le importa un pimiento cómo lo hará?

—Le contaré cómo mientes... —La rabia de Billy no iba dirigida del todo a Cleve; se apreciaba en él un asomo de duda que intentó sofocar—. Morirás cuando se entere cómo intentas volverme en contra de él. Entonces verás quién es. Claro que sí. Y rogarás a Dios no haberlo hecho.

No parecía haber salida. Incluso si Cleve lograba convencer a los funcionarios de que lo trasladaran antes de la noche —magra posibilidad, porque tendría que retractarse de todo lo que había dicho sobre el muchacho, tendría que decírselos que Billy era un loco peligroso o algo por el estilo, pero sin duda no podría decirles la verdad—, aunque lograra que lo trasladaran a otra celda, nada le garantizaría seguridad. El muchacho le había dicho que era humo y sombras. Ni las puertas ni las rejas podrían mantener a raya semejantes insinuaciones; el final de Lowell y Nayler era una

prueba patente de ello. Además, Billy no estaba solo. Lo acompañaba Edgar Saint Clair Tait, y había que hacerse cargo de él; ¿qué poderes poseería? Pero pasar una noche más en aquella celda, con el muchacho, era como una incitación al suicidio. Aquello era como entregarse a las garras de las bestias.

Cuando abandonaron las celdas para la cena, Cleve buscó a Devlin, lo encontró y le pidió una entrevista, que le fue concedida. Después de la cena, Cleve se presentó ante el funcionario.

—Me pidió que vigilara a Billy Tait.

—¿Qué pasa con él?

Cleve se había devanado los sesos tratando de encontrar una excusa que obligara a Devlin a trasladarlo de inmediato, pero no se le había ocurrido nada. Vaciló, esperando una inspiración, pero no logró decir palabra.

—Yo... quisiera solicitar un cambio de celda.

—¿Porqué?

—Ese muchacho es un desequilibrado —repuso Cleve—. Temo que me haga daño. Que le dé otro de esos ataques...

—Podrías dejarlo tieso con una sola mano; está en los huesos.

Llegados a ese punto, de haber estado hablando con Mayflower, Cleve habría apelado directamente al ser humano. Pero con Devlin, semejante táctica estaba destinada a fallar.

—No sé por qué te quejas. Si ha sido bueno como un corderito —comentó Devlin, saboreando la parodia del padre bondadoso—. Callado. siempre amable. No representa peligro ni para ti, ni para nadie.

—No lo conoce...

—¿Qué estás tratando de hacer?

—Métame en una celda del artículo 43, señor. Donde sea, no me importa. Pero aléjeme de él. Por favor.

Devlin no contestó, se quedó simplemente mirando a Cleve, Finalmente, dijo:

—Le tienes miedo.

—Sí.

—¿Qué es lo que te pasa? Has compartido la celda con tipos más duros y no se te movió ni un pelo.

—Él es distinto —repuso Cleve; poco más podía decir, salvo agregar— : Está loco. Le digo que está loco.

—Todo el mundo está loco, salvo tú y yo, Smith. ¿No te habías enterado? —Devlin se echó a reír—. Vuelve a tu celda y deja de quejarte. No querrás que te meta en el tren fantasma, ¿eh? ¿O sí?

Cuando Cleve regresó a la celda, Billy estaba escribiendo una carta. Sentado en su litera, inclinado sobre el papel, parecía completamente vulnerable. Lo que Devlin le había dicho era cierto: el muchacho estaba en los huesos. Resultaba difícil de creer, al observar la escalera de sus vértebras, visibles a través de la camiseta, que aquel frágil cuerpecito pudiera soportar las agonías de la transformación. Aunque tal vez no lo hiciera. Tal vez, con el tiempo, los rigores del cambio lograran destrozarlo. Pero no ocurriría lo bastante pronto.

—Billy...

El muchacho no apartó los ojos de la carta.

—... lo que te dije de la ciudad...

Dejó de escribir...

—... tal vez lo imaginé. Tal vez fue todo un sueño...

Y continuó escribiendo.

—... Sólo te lo dije porque temía por ti. Es todo. Quiero que seamos amigos...

Billy levantó la vista.

—No está en mis manos —le dijo, simplemente—. Al menos no ahora. Es cosa del abuelo. Tal vez sea piadoso, tal vez no.

—¿Por qué tienes que contárselo?

—Es que él sabe todo lo que hay dentro de mí. Él y yo... es como si fuéramos uno solo. Por eso sé que no me engañaría.

Pronto caería la noche; las luces de la galería se apagarían y llegarían las sombras.

—¿Entonces no me queda más que esperar? —inquirió Cleve.

Billy asintió.

—Lo llamaré y después veremos.

«¿Llamarlo? —pensó Cleve—. ¿Acaso al viejo le hacía falta que lo llamaran para que abandonara su lugar de descanso? ¿Acaso era eso lo que había visto hacer a Billy, cuando se ponía de pie en mitad de la celda, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia la ventana? Si era así, tal vez hubiera un modo de impedirle que llamara a los muertos.»

Mientras anochecía, Cleve permaneció acostado en su litera, repasando las opciones que estaban a su disposición. ¿Sería mejor esperar a oír la opinión de Tait, o intentar controlar la situación e impedir la llegada del viejo? Si procedía de ese modo, no habría vuelta atrás; no habría lugar para disculpas ni súplicas: su agresión engendraría, indudablemente, más agresión. Si no podía impedir que el muchacho llamara a Tait, sería el fin.

Se apagaron las luces. En las celdas de los cinco pisos de la galería B, los hombres posarían los rostros sobre las almohadas. Algunos, quizás, permanecerían acostados, sin dormir, planificando sus carreras cuando concluyera aquella interrupción sin mayor importancia en sus vidas profesionales; otros se abandonarían a los brazos de amantes invisibles. Cleve escuchó los sonidos de la celda: el avance sonoro del agua por las tuberías, la respiración tranquila que provenía de la litera de abajo. A veces tenía la impresión de que había vivido una segunda vida sobre aquella almohada manchada, abandonada en la oscuridad.

La respiración proveniente de la litera de abajo no tardó en hacerse casi inaudible; tampoco oyó ningún movimiento. Tal vez Billy esperara a que Cleve se durmiera para actuar. Si así era, esperaría en vano. No cerraría los ojos para permitirles que lo mataran mientras dormía. No era un cerdo al que se lleva al matadero sin que medie protesta alguna.

Moviéndose con la mayor de las precauciones para no levantar sospechas, Cleve se desabrochó el cinturón y lo sacó de las trabillas del pantalón. Tal vez pudiera conseguir mejor material para atar utilizando la sábana y la funda de la almohada, pero ello implicaba llamar la atención de Billy. Y así, con el cinturón en la mano, se puso a esperar, fingiendo que dormía.

Esa noche agradeció que los ruidos de la galería le impidieran dormirse, porque pasaron más de dos horas antes de que Billy se levantara de su litera, dos horas en las que —a pesar del miedo por lo que iba a ocurrir si se dormía— los ojos de Cleve lo traicionaron en tres o cuatro ocasiones. Pero otros presidiarios de la misma galería estaban llorosos aquella noche; las muertes de Lowell y Nayler habían hecho temblar hasta al más duro de los convictos. Los gritos —y las respuestas a esos gritos de los presidiarios insomnes— marcaron las horas. A pesar de la fatiga que sentía en los miembros, el sueño no lo dominó.

Finalmente, cuando Billy se levantó de la litera de abajo eran más de las doce, y la galería estaba en silencio. Cleve logró oír la respiración del muchacho; ya no era tranquila, sino sobresaltada. Con los ojos entrecerrados, observó cómo Billy cruzaba la celda hasta llegar a su lugar de costumbre, frente a la ventana. No había duda de que se disponía a llamar al anciano.

Cuando Billy cerró los ojos, Cleve se incorporó, apartó las mantas y bajó de la litera. El muchacho reaccionó con lentitud. Antes de que lograra comprender lo que ocurría, Cleve había atravesado la celda, lo había puesto de espaldas contra la pared y le había tapado la boca con la mano.

—No lo harás —siseó Cleve—, a mí no me vas a matar como a Lowell. Billy luchó, pero Cleve lo superaba en fuerza física.

—Esta noche no vendrá —le dijo Cleve, mirando al muchacho a los ojos—, porque no vas a llamarlo.

Billy luchó violentamente por liberarse, y mordió con fuerza la mano de su captor. Instintivamente, Cleve apartó la mano, y en dos zancadas, el muchacho se plantó ante la ventana y miró hacia ella. De su garganta surgió una especie de canción; tenía la cara bañada por unas lágrimas inexplicables. Cleve lo apartó con fuerza.

—¡Cierra la boca! —le ordenó. Pero el muchacho continuó canturreando. Cleve lo abofeteó con la mano abierta.

—¡Que te calles! —gritó.

Pero el muchacho rehusaba dejar de cantar; la música había adquirido otro ritmo. Cleve volvió a golpearlo una y otra vez. Pero no logró hacerlo callar. En la atmósfera de la celda se produjo un murmullo cambiante, una especie de movimiento en sus sombras.

El pánico se apoderó de Cleve. Sin pensarlo dos veces, cerró el puño y le asestó al muchacho un buen golpe en el estómago. Cuando Billy se dobló en dos, un gancho de abajo arriba le dio en plena mandíbula. El golpe le hizo dar con la cabeza contra el muro. Las piernas de Billy cedieron, y cayó al suelo. Ligero como una pluma, había pensado en cierta ocasión Cleve, y era la verdad. Dos buenos puñetazos y el muchacho había quedado fuera de combate.

Cleve echó un vistazo a su alrededor. El movimiento producido en las sombras había cesado; aunque temblaban ligeramente, como galgos a la espera de que los suelten. Con el corazón galopante, llevó a Billy hasta su litera y lo acostó. No daba señales de recuperar la conciencia; el muchacho yacía lánguidamente sobre el colchón mientras Cleve rompía su sábana a tiras y lo amordazaba, metiéndole una pelota de tela en la boca para impedirle que volviera a emitir aquel sonido. Procedió entonces a atar a Billy a la litera, utilizando su propio cinturón y el del muchacho, además de otras tiras de la sábana. Tardó varios minutos en concluir su trabajo. Cuando Cleve le estaba atando las piernas, el muchacho comenzó a moverse. Sus ojos se abrieron, llenos de asombro. Al darse cuenta de su situación, comenzó a sacudir la cabeza; poco más podía hacer para indicar su protesta.

—No, Billy —murmuró Cleve, cubriéndolo con una manta para impedir que los funcionarios lo vieran atado si llegaban a asomarse por el ventanuco de la celda—. Esta noche no lo vas a traer. Todo lo que te dije era verdad, muchacho. Quiere salir de allí y te está utilizando para huir. —Cleve sujetó a Billy por la cabeza, presionándole las mejillas con los dedos—. No es tu amigo. Yo sí soy tu amigo. Siempre lo he sido. —Billy intentó liberarse pero no pudo—. No gastes energías —le aconsejó Cleve—. Será una noche muy larga.

Dejó al muchacho en la litera, atravesó la celda hasta llegar al muro y se dejó caer en el suelo, para quedarse allí, en cuclillas y vigilante. Permanecería despierto hasta el amanecer; entonces, cuando hubiera un poco de luz que le permitiera pensar, meditaría su siguiente movimiento. De momento, se conformaba con que su ruda táctica hubiera dado resultado.

El muchacho había dejado de luchar; estaba claro que se había dado cuenta de que lo habían atado demasiado bien como para que pudiera soltarse. Una especie de calma descendió sobre la celda: Cleve estaba sentado en el retazo de luz que se filtraba por la ventana, el muchacho yacía en la penumbra de la litera de abajo, respirando uniformemente por las ventanas de la nariz. Cleve le echó una mirada al reloj. Era la una menos seis minutos. ¿Cuándo amanecería? Lo ignoraba. Faltaban por lo menos cinco horas. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando la luz.

Lo hechizaba. Los minutos pasaron lenta pero inexorablemente, y la luz no cambió. A veces, por el pasillo avanzaba algún funcionario, y al oír los pasos Billy reanudaba su lucha. Pero nadie miró en el interior de la celda. Los dos prisioneros estaban a solas con sus pensamientos; Cleve se preguntaba si llegaría alguna vez el momento en que se liberaría de la sombra que había detrás de él, y Billy pensaba cómo soltar a los monstruos. Mientras tanto, fueron transcurriendo las horas de la madrugada; sus minutos saltaban ante la mente cual escolares obedientes que se colocasen uno detrás del otro, y al pasar sesenta, formaban una hora, transcurrida la cual el amanecer estaba más cerca. Pero también la muerte; y presumiblemente ocurriría lo mismo con el fin del mundo: el glorioso Último Triunfo del que le hablara Bishop con tanto cariño; cuando los muertos que descansaban debajo del césped, allá afuera, se levantarían frescos como el pan de ayer y saldrían a encontrarse con su Hacedor. Sentado junto al muro, escuchando las inhalaciones y exhalaciones de Billy, y observando la luz que se filtraba por el vidrio, Cleve supo sin duda alguna que, aunque escapara de esa trampa, aquello no sería más que un respiro pasajero; que esa larga noche, sus minutos, sus horas, le permitían saborear de antemano una vigilia más prolongada. Se desesperó; sintió que el alma se le hundía en un agujero en el que no había esperanza ni escapatoria. Llorando, reconoció que el mundo verdadero estaba allí. Que no había alegría, ni luz, ni esperanza, sólo aquella espera sin saber qué ocurriría, sin esperanza ni miedo, porque el temor sólo estaba reservado a los que tenían algún sueño que perder. El agujero era profundo y oscuro. Levantó la vista para ver la luz que se filtraba por la ventana, y sus pensamientos se convirtieron en una especie de noria funesta. Se olvidó de la litera y del muchacho que en ella yacía. Se olvidó de la insensibilidad que se había apoderado de sus piernas. Con el tiempo, hasta podría haberse olvidado del simple acto de respirar, a no ser por el olor a orina que lo despertó de su fuga.

Miró hacia la litera. El muchacho había vaciado la vejiga, pero aquel acto no era más que el síntoma de algo completamente diferente. Debajo de la manta, el cuerpo de Billy se movía en una decena de formas que las ataduras debían haberle impedido. Cleve tardó unos instantes en sacudirse el letargo, y unos segundos en advertir lo que ocurría. Billy se estaba transformando.

Cleve intentó incorporarse, pero las piernas se le habían dormido por haber permanecido tanto tiempo inmóvil. A punto estuvo de caer hacia adelante, pero tendió un brazo y se aferró a la silla. Sus ojos estaban fijos en la oscuridad reinante en la litera de abajo. Los movimientos aumentaron en escala y complejidad. La manta saltó a un lado. El cuerpo de Billy era irreconocible; el mismo y

terrible procedimiento que observara antes, pero a la inversa. La materia zumbaba en nubes alrededor del cuerpo y adoptaba formas atroces. Miembros y órganos de orígenes inefables, dientes que se formaban como agujas y se hundían en las correspondientes concavidades de una cabeza enorme y desproporcionada. Le rogó a Billy que parara, pero con cada palabra pronunciada, quedaba menos humanidad a la que apelar. La fuerza de la que el muchacho había carecido le fue concedida a la bestia; ya casi había roto todas sus ataduras, y mientras Cleve le observaba se liberó de la última, salió de la litera y rodó por el suelo de la celda.

Cleve retrocedió hacia la puerta, sin dejar de escrutar la mutada silueta de Billy. Recordó el horror de su madre hacia las tijeretas y vio algo de aquel insecto en esa anatomía; la forma en que curvaba sobre sí misma el brillante lomo, dejando al descubierto el pataleante enredo que le cubría el abdomen. Por lo demás, era la única analogía existente con el insecto. Su cabeza estaba plagada de lenguas que lamían los ojos a manera de párpados, y que recorrían los dientes, mojándolos y remojándolos constantemente; de unos agujeros humeantes que había en sus flancos brotaba un olor a cloaca. Sin embargo, aquel horror retenía un cierto residuo humano, y los ruidos que emitía no servían más que para destacar la asquerosidad del conjunto. Al ver aquellos ganchos y aquellas espinas, Cleve recordó el grito atroz de Lowell; la garganta le ardía por emitir un sonido igual en caso de que la bestia se volviera hacia él.

Pero Billy tenía otras intenciones. Con los miembros espantosamente dispuestos, se movió hacia la ventana y trepó por ella, apretando la cabeza contra el cristal, cual una sanguijuela. La música que producía no se parecía a la anterior canción, pero a Cleve no le cupo duda de que se trataba de la misma llamada. Se volvió hacia la puerta y comenzó a aporrearla, con la esperanza de que Billy estuviera demasiado distraído con su canto como para abalanzarse sobre él antes de que apareciera un guardia.

—¡Por el amor de Dios! ¡Venid! ¡De prisa!

Gritó tan alto como se lo permitieron sus fuerzas, y miró por encima del hombro en una ocasión para ver si Billy se dirigía hacia él. Seguía Pegado a la ventana, aunque su llamada había cesado. Había logrado su Propósito. En la celda, la oscuridad regía como un tirano.

Aterrado, Cleve se volvió otra vez hacia la puerta y reanudó sus aullidos. Alguien corrió por el pasillo; oyó los gritos y las imprecaciones Provenientes de las otras celdas.

—¡Ayudadme, por el amor del cielo! —gritó.

Sintió un frío helado a sus espaldas. No fue necesario que se diera la Suelta para saber lo que ocurría. La sombra creció; la pared se esfumó y la ciudad y sus ocupantes entraron en la celda. Tait estaba allí. Sintió la Presencia del hombre, vasta y negra. Tait, el parricida; Tait, la cosa sombría; Tait, el transformista. Cleve aporreó la puerta hasta que le ^{sa}ngraron las manos. Las pisadas parecían provenir de otro continente. ¿Acudirían a su llamada? ¿Acudirían?

El frío que había detrás de él se convirtió en un estallido. Vio su propia sombra proyectada contra la puerta por una luz azul, vacilante; olió a sangre y arena.

Entonces, oyó la voz. No era la del muchacho, sino la del abuelo, la de Edgar Saint Clair Tait. Ése era el hombre que se había llamado a sí mismo excremento del diablo; al oír aquella voz aborrecible, Cleve creyó en el Infierno y en su Señor, se creyó ya en la entrañas de Satán, testigo de sus maravillas.

—Eres demasiado curioso —le dijo Edgar—. Es hora de que te vayas a la cama.

Cleve no quiso darse la vuelta. Lo último que pensó fue que debía darse la vuelta y mirar a su interlocutor. Pero ya no era dueño de su propia voluntad; Tait se había llevado los dedos a la cabeza y había comenzado a hurgar en ella. Se dio la vuelta y lo miró.

El ahorcado estaba en la celda. No era la bestia que Cleve había entrevisto, ni la cara toda pulpa y huevas. Estaba ahí en persona; llevaba ropas de otra época con una cierta elegancia. Su rostro era bien parecido; la frente ancha, los ojos impávidos. Todavía llevaba el anillo de bodas en la mano con la que acariciaba la cabeza gacha de Billy, como si fuera la de un perro faldero.

—Es hora de morir, señor Smith —dijo.

Afuera, en el pasillo, Cleve oyó gritar a Devlin. No le quedaba aliento para contestar. Pero oyó el ruido de las llaves al introducirse en la cerradura, ¿o sería una ilusión que su mente pergeñaba para aplacar el pánico?

La diminuta celda se llenó de viento. La mesa y la silla cayeron al suelo; las sábanas revolotearon por el aire, como fantasmas infantiles. Y el remolino se llevó con él a Tait y al muchacho, los devolvió a las perspectivas brumosas de la ciudad.

—Vamos ya... —ordenó Tait cuando comenzó a pudrirse la cara—, te necesitamos en cuerpo y alma. Venga con nosotros, señor Smith. No podrá negarse.

—¡No! —aulló Cleve a su atormentador. La succión tiraba de sus dedos, de sus globos oculares —. ¡ No iré...!

A sus espaldas, la puerta comenzó a crujir.

—No iré, ¿me oye?

De repente, la puerta se abrió de par en par, lanzándolo hacia el remolino de niebla y polvo que succionaba a Tait y a su nieto. Y habría ido con ellos a no ser por esa mano que lo agarró por la camisa y lo apartó del borde, justo en el momento en que la conciencia lo abandonaba.

En alguna parte, muy lejos, Devlin comenzó a reír como una hiena. Se ha vuelto loco —reflexionó Cleve—. Su mente evocó una imagen en la que vio los sesos de Devlin saliéndosele por la boca como una manada de perros voladores.

Despertó en medio de sus sueños; estaba en la ciudad. Y recordó sus últimos momentos conscientes: la histeria de Devlin, la mano que impidió su caída cuando las dos siluetas eran absorbidas justo delante de él. Al parecer, las había seguido, incapaz de impedir que su mente comatosa volviese a recorrer el camino familiar que conducía a la metrópolis de los asesinos. Pero Tait aún no había vencido. Cleve seguía soñando su presencia en la ciudad. Su yo corpóreo continuaba en Pentonville; a cada paso que daba, notaba la separación.

Se puso a escuchar el viento. Era más elocuente que nunca: las voces iban y venían con cada ráfaga arenosa, pero nunca desaparecían del todo, por más que el viento se callara hasta no ser más que un susurro. Mientras escuchaba, oyó un grito. En aquella ciudad muda, el sonido le produjo un sobresalto; las ratas huyeron asustadas de sus nidos y los pájaros se lanzaron al vuelo en la plaza solitaria.

Intrigado, fue tras el sonido, cuyos ecos quedaron marcados en el aire. Mientras avanzaba a toda prisa por las calles vacías oyó otras voces coléricas, y entonces, en las puertas y ventanas de sus celdas, fueron apareciendo hombres y mujeres. Tantas caras, y entre ellas no había nada en común que confirmara las esperanzas de un fisionomista. El crimen tenía tantas caras como formas de producirse. El único aspecto común era la desdicha, el desespero de aquellas mentes después de pasar siglos en el lugar de sus crímenes. Los miró al pasar; estaba tan distraído por sus aspectos que no notó hacia dónde lo conducía el grito, hasta que se encontró una vez más en el gueto al que lo había conducido la niña.

Dobló una esquina y al final del callejón que viera en su primera visita (la pared, la ventana, la sangrienta cámara) vio a Billy, retorciéndose en la arena, a los pies de Tait. El muchacho era una mezcla de sí mismo y de aquella bestia en la que se había convertido ante los ojos de Cleve. Las dos partes luchaban por desembarazararse de la otra, pero sin éxito. Por momentos, afloraba el cuerpo del muchacho, pálido y débil, para ser devorado por el flujo de la transformación. ¿Acaso aquello que se formaba era un brazo, para ser arrebatabado nuevamente antes de que lograra adquirir unos dedos? ¿Acaso aquélla era una cara que se debatía por salir de la casa de lenguas que formaba la cabeza de la bestia? El espectáculo desafiaba todo análisis. En cuanto Cleve lograba fijar la vista en una facción reconocible, ésta era ahogada de inmediato.

Edgar Tait levantó la vista de la lucha que se desarrollaba delante de él y sonrió a Cleve mostrándole los dientes: un gesto que hubiera sido la envidia de un tiburón.

—Dudó de mí, señor Smith —dijo el monstruo—, y vino a buscar su celda.

Del amasijo que había en la arena surgió una boca que dejó escapar ^un grito agudo, pleno de pánico y dolor.

—Y ahora quiere alejarse de mí —le dijo Tait—. Usted sembró la duda. Billy sufrirá las consecuencias. —Señaló a Cleve con un dedo tembloroso, y al hacerlo, el dedo se transformó; la carne se convirtió en cuero magullado—. Se metió usted donde no le llamaron, y fíjese en las agonías que ha provocado.

Tait pateó la cosa que tenía a sus pies. Y la cosa se replegó sobre la espalda y vomitó.

—Me necesita —dijo Tait—. ¿Es que no tiene el tino suficiente como para comprenderlo? Sin mí está perdido.

Cleve no contestó al ahorcado, sino que se dirigió a la bestia que yacía en la arena.

—¿Billy? —dijo, procurando sacar al muchacho de aquella vorágine.

—Perdido —repitió Tait.

—Billy... —insistió Cleve—. Escúchame...

—No volverá —le dijo Tait—. Para usted esto no es más que un sueño. Pero él está aquí, en persona.

—Billy, ¿me oyes? Soy yo, Cleve.

El muchacho hizo una pausa momentánea en sus movimientos, como si hubiera oído la súplica. Cleve continuó repitiendo el nombre de Billy.

Se trataba de una de las primeras cosas que aprenden los niños: su propio nombre. Si algo podía hacer mella en el muchacho era su nombre.

—Billy... Billy...

Al oír aquella palabra repetidamente, el cuerpo rodó sobre sí mismo.

Tait comenzaba a mostrarse intranquilo. La confianza que había manifestado quedó silenciada. Su cuerpo comenzaba a oscurecerse y su cabeza adquiría formas bulbosas. Cleve procuró no mirar las sutiles distorsiones de la anatomía de Edgar y concentrarse en recuperar a Billy. La repetición del nombre comenzó a dar resultados; la bestia iba a ser sojuzgada. Poco a poco, el muchacho fue emergiendo. Tenía un aspecto lamentable: sólo piel y huesos sobre la arena negra. La cara había quedado prácticamente reconstruida y sus ojos miraban a Cleve.

—¿Billy...?

Asintió. El pelo empapado de sudor se le pegaba a la frente: sus miembros se movían espasmódicamente.

—¿Sabes dónde estás y quién eres?

Al principio parecía como si no lograra entenderle. Luego, poco a poco, sus ojos reflejaban la luz de la razón, y con ella le llegó el miedo al hombre que se cernía sobre él.

Cleve miró a Tait. En los escasos segundos en que había dejado de observarlo, las pocas características humanas que le quedaban habían sido borradas de la cabeza y el torso, revelando una putrefacción más profunda que la que cubría a su nieto. Billy miró por encima el hombro como un perro apaleado.

—Me perteneces, eres mío —pronunció Tait a través de unas facciones incapaces de hablar.

Billy vio descender los miembros hacia él y se levantó del suelo para huir, pero su reacción fue muy tardía. Cleve vio cómo el gancho afilado del miembro de Tait se enroscó alrededor del cuello de Billy atrayéndolo hacia él. La sangre manó del gaznate partido y con ella salió el quejido del aire.

Cleve lanzó un grito.

—Conmigo —dijo Tait; y las palabras se deformaron hasta convertirse en un farfulleo.

De repente, el estrecho callejón se llenó de luz, y el muchacho, Tait y la ciudad comenzaron a esfumarse. Cleve intentó asirse a ellos pero se le escaparon y fueron sustituidos por otra realidad concreta: una luz, una cara (caras) y una voz que lo sacaba de un absurdo para sepultarlo en otro.

La mano del doctor estaba posada sobre su cara. Su tacto era pegajoso.

—¿Qué diablos estaba soñando? —le preguntó el muy idiota.

Billy se había ido.

De todos los misterios con los que tuvieron que enfrentarse el alcaide, Devlin y los demás funcionarios que entraron en la B 3. 20 aquella noche, la total desaparición de William Tait de la celda, que quedó intacta, fue el más irresoluble. Nada se dijo de la visión que había hecho reír tontamente a Devlin, cual si se tratase de un demente; resultaba más fácil creer en un delirio colectivo que aceptar que habían presenciado una realidad objetiva. Cuando Cleve intentó explicar los hechos de esa noche, y de las noches anteriores a aquélla, su monólogo, plagado de silencios e interrumpido a menudo por los sollozos, fue recibido con fingida comprensión y miradas de soslayo. Refirió la historia varias veces, a pesar de la condescendencia de sus interlocutores, que escucharon cada una de sus palabras simplemente porque intentaban encontrar en sus fábulas demenciales alguna pista que explicara la realidad del número de Houdini realizado por Billy Tait. Cuando vieron que en su narración no encontraban nada que les permitiera avanzar en sus investigaciones, comenzaron a perder la paciencia. Y las amenazas ocuparon el lugar del consuelo. Exigían saber, elevando la voz a cada pregunta, adonde había ido Billy. Cleve les contestaba de la única forma que sabía.

—A la ciudad, porque es un asesino.

—¿Y su cuerpo? —inquirió el alcaide —. ¿Dónde supones que ha ido a parar su cuerpo?

Cleve no lo sabía, y así lo manifestó. Fue mucho más tarde, de hecho al cabo de cuatro días completos, cuando se encontraba junto a la ventaba mirando el recuadro del jardín que separaba dos alas de la cárcel, y donde las nuevas plantitas esperaban la primavera, cuando se acordó de las tumbas.

Buscó a Mayflower, que había sido asignado otra vez a la galería B en sustitución de Devlin, y le comentó lo que acababa de ocurrírsele.

—Está en la tumba. Está con su abuelo. Humo y sombras.

Al abrigo de la noche desenterraron el ataúd; un complicado escudo de postes y lonas fue levantado para ocultar los acontecimientos a los ojos de los curiosos, y unas lámparas, brillantes como el día pero no tan cálidas, iluminaban la tarea de quienes se habían ofrecido para formar parte del equipo de exhumación. La solución ofrecida por Cíe ve al misterio de la desaparición de Tait fue recibida con universal desconcierto, pero no se podía pasar por alto ninguna explicación de un misterio tan ingobernable, por absurda que fuese. Y así se reunieron ante la sepultura sin marcar, para remover una tierra que no daba señales de haber sido tocada durante cinco décadas: el alcaide, un grupo selecto de funcionarios del Ministerio del Interior, un patólogo y Devlin. Uno de los médicos, convencido de que el morboso delirio de Cleve desaparecería si veía con sus propios ojos el contenido del ataúd y admitía su error, convenció al alcaide de que Cleve tenía que sumarse a los espectadores.

En el interior del ataúd de Edgar Saint Clair Tait había pocas cosas que Cleve no hubiera visto ya. El cadáver del asesino, que había vuelto a su morada (¿como humo quizás?), no era del todo bestia ni del todo humano, y se conservaba, tal como había vaticinado Bishop, en las mismas condiciones que el día de su ejecución; compartía el cajón con Billy Tait, que yacía allí, desnudo como vino al mundo, en los brazos de su abuelo. El brazo corrupto de Edgar seguía enroscado al cuello de Billy, y unas manchas negras de sangre coagulada cubrían las paredes del ataúd. El rostro de Billy no había sido mancillado.

—Parece un muñeco —comentó uno de los médicos.

Cleve estuvo a punto de decirle que ningún muñeco tiene en las mejillas los surcos secos de las lágrimas, ni semejante desesperación en la mirada, pero el pensamiento se resistió a tomar cuerpo en las palabras.

Cleve salió de Pentonville tres semanas más tarde, después de presentar una solicitud especial a la Junta de Libertad Bajo Palabra, habiendo cumplido solamente dos tercios de su condena. Al cabo de medio año volvió a la única profesión que conocía. Si alguna vez abrigó la esperanza de liberarse de sus sueños, ésta fue muy efímera. El lugar lo acompañaba: ya no lograba verlo tan claramente, ni atravesarlo con tanta facilidad, ahora que Billy, cuya mente le abriera aquella puerta, se había marchado, pero seguía siendo un terror potente, cuya presencia constante abrumaba a Cleve.

A veces, los sueños desaparecían por completo, para volver más tarde con fuerza renovada. Cleve tardó varios meses en comprender el motivo de esas vacilaciones. La gente misma era quien le hacía soñar. Si se encontraba en compañía de alguien con intenciones asesinas, la ciudad volvía. Y ese tipo de gente no era tan infrecuente. A medida que se fue sensibilizando respecto a la faceta letal de quienes le rodeaban, notó que le resultaba imposible andar por las calles. Aquellos asesinos embrionarios estaban por todas partes; eran personas que vestían buenas ropas y mostraban expresiones radiantes mientras caminaban por las calles e imaginaban, al andar, las muertes de sus jefes, de sus cónyuges, de las estrellas de las telenovelas, de los sastres incompetentes. El mundo entero pensaba en el asesinato, y Cleve ya no lograba soportar aquellos pensamientos.

Sólo la heroína le ofreció un modo de desprendérse de la carga de la experiencia. Nunca se había inyectado demasiado, pero la adicción no tardó en convertirse en cielo y tierra para él. Se trataba de un hábito caro, y el círculo cada vez más truncado de sus contactos profesionales apenas podía ofrecerle esperanzas de financiarlo. Fue un hombre llamado Grimm, un adicto tan desesperado por eludir la realidad que podía colocarse hasta con leche fermentada, quien sugirió a Cleve un trabajito con el que podría procurarse unos ingresos a la altura de sus apetitos. A Cleve le pareció buena idea. Se concertó una cita y se le hizo una proposición. La paga por hacer el trabajo era tan alta que ningún hombre desesperado por conseguir dinero podía rechazarla. Obviamente, el trabajo consistía en asesinar a alguien.

«Aquí no hay visitantes, sólo posibles ciudadanos». Eso le habían dicho en cierta ocasión, aunque ya no recordaba bien quién había sido; además, creía en las profecías. Podía no cometer un asesinato entonces, pero hacerlo sólo sería cuestión de tiempo.

Y aunque los detalles del asesinato para el que lo habían contratado le resultaron tremadamente familiares, no había esperado el encontronazo de circunstancias que acabaron por hacerlo huir de la escena del crimen descalzo, corriendo con tanta fuerza por las aceras y las calles que, cuando la policía logró arrinconarlo y matarlo de un disparo, tenía los pies ensangrentados, listos por fin para hollar las calles de la ciudad, 'al como lo había hecho en sueños'.

El cuarto en el que había matado lo estaba esperando; vivió allí durante meses, ocultándose de todo aquel que apareciera afuera, en la calle. Imaginó que allí el tiempo transcurría, porque le había crecido la barba; aunque rara vez conciliaba el sueño, y el día jamás llegaba. Al cabo de un tiempo, sin embargo, se impuso al viento frío y a las mariposas y se desplazó hasta los confines de la ciudad, donde raleaban las casas e imperaba el desierto. Y fue hasta allí no para ver las dunas, sino para escuchar las voces que siempre llegaban, ondulantes, como los aullidos de los chacales o de los niños.

Y allí se quedó durante un largo rato, y el viento, acompañado por el desierto, conspiró para sepultarlo. Pero el fruto de su desvelo no lo defraudó. Porque al cabo de un día, o tal vez de un año, vio acercarse a aquel lugar a un hombre que dejó caer un revólver en la arena para enfriarse luego en el desierto, donde, al cabo de un instante, los dueños de las voces salieron a su encuentro, corriendo enloquecidos, bailando sobre sus muletas. Risueños, se agolparon a su alrededor. Y el hombre se fue con ellos, también risueño. Y aunque el viento y la distancia difuminaron la escena, Cleve tuvo la certeza de que uno de los celebrante recogía al hombre y que éste, ya niño, posado sobre sus hombros, era arrebatado por otros brazos y transformado en recién nacido hasta que en el límite de sus sentidos, oía aullar al hombre en el momento de ser devuelto a la vida. Se alejó contento, porque por fin había logrado descubrir cómo el pecado (y él mismo) habían llegado al mundo.

La vida de la muerte

El periódico era el de la primera edición del día, y Elaine lo devoró de cabo a rabo en la sala de espera del hospital. Un animal, que se sospechaba que era una pantera —y que había aterrorizado al vecindario de Epping Forest durante dos meses— había sido derribado de un disparo y habían descubierto que se trataba de un perro salvaje. Unos arqueólogos habían descubierto en Sudán unos restos de huesos que, en su opinión, podrían conducir a una nueva valoración de los orígenes del hombre. Cerca de Clapham encontraron asesinada a una joven que en cierta época se había codeado con la realeza menor. Desaparecido el hombre que realizaba la vuelta al mundo en yate. Recientemente se habían desvanecido las esperanzas de encontrar una cura al resfriado común. Leyó con igual fervor los boletines mundiales y las trivialidades —cualquier cosa con tal de no pensar en la revisión que le esperaba—, pero las noticias de aquel día se parecían mucho a las del día anterior: sólo los nombres habían cambiado.

El doctor Sennett le informó que cicatrizaba bien, tanto por dentro como por fuera, y que estaba en condiciones de reasumir sus plenas responsabilidades en cuanto se sintiera lo suficientemente recuperada desde el punto de vista psicológico. Le comunicó que debería someterse a una nueva revisión, la definitiva, en la primera semana del nuevo año. Elaine dejó al médico lavándose las manos después de haberla revisado. La idea de meterse directamente en el autobús y regresar a su casa le resultó repugnante después de haberse pasado tanto rato sentada y esperando. Decidió que caminaría una o dos paradas. El ejercicio le sentaría bien, y aquel día de diciembre, aunque distaba de ser cálido, era luminoso.

Sin embargo, sus planes resultaron excesivamente ambiciosos. Después de andar unos minutos empezó a dolerle la parte baja del abdomen, y comenzó a sentir náuseas, por lo que se desvió del camino principal para buscar un sitio donde descansar y tomar un poco de té. Sabía que debía comer, aunque nunca había tenido demasiado apetito, y mucho menos desde la operación. Su deambular se vio recompensado. Encontró un pequeño restaurante en el que, a pesar de ser casi la una, no estaba desbordado por la clientela de mediodía. Una mujer pequeña, desvergonzadamente teñida de pelirrojo, le sirvió el té y una tortilla de champiñones. Se esforzó por comer, pero sin demasiados resultados. La camarera se mostró abiertamente preocupada.

—¿Es que no está bien la tortilla? —le preguntó, algo irritada. —No es eso —le aseguró Elaine—. Soy yo.

De todas maneras, la camarera se mostró ofendida.

—Me gustaría tomar un poco más de té, si fuera posible —dijo Elaine.

Apartó el plato con la esperanza de que la camarera se lo retirase en seguida. La visión de la comida helándose sobre el plato liso no la estimulaba en absoluto. Odiaba la inoportuna sensibilidad que la invadía era absurdo que un plato con una tortilla sin terminar le produjese semejante melancolía, pero le resultaba imposible contenerse. En todas partes encontraba pequeños ecos de su propia pérdida. En la muerte de los bulbos de la maceta del alféizar, ocurrida a raíz del tiempo benigno de noviembre y las heladas repentinamente; en el pensamiento del perro salvaje sobre el que había leído esa mañana, muerto en Epping Forest.

La camarera regresó con el té recién hecho, pero no se llevó el plato. Elaine la llamó y le pidió que lo hiciera. A regañadientes, obedeció.

Ya no quedaban clientes en el local; sólo estaban Elaine y la camarera, ocupada en quitar los menús del almuerzo de las mesas y sustituirlos por los de la noche. Elaine miró por la ventana. En los últimos minutos se habían formado en la calle unos velos de humo azul grisáceo, que solidificaban la luz solar.

—Otra vez están quemando cosas —comentó la camarera—. Ese maldito olor se mete por todas partes.

—¿Qué es lo que están quemando?

—Era un centro comunitario. Lo están demoliendo y van a construir uno nuevo. Malgastan el dinero de los contribuyentes.

Efectivamente, el humo entraba en el restaurante. Elaine no lo encontró molesto; olía ligeramente a otoño, su estación preferida. Intrigada, acabó el té, pagó la cuenta y decidió caminar por la zona para encontrar la fuente del humo. No tuvo que andar demasiado. Al final de la calle había una placita; el emplazamiento de la demolición la dominaba. Sin embargo, recibió una sorpresa. El

edificio al que la camarera se había referido como centro comunitario era en realidad una iglesia, o lo había sido. Ya habían arrancado el emplomado y la pizarra del tejado dejando las vigas desnudas mirando al cielo; a las ventanas les faltaban los cristales; al costado del edificio ya no quedaba ni sombra del césped y habían derribado dos árboles. La pira formada por ellos era lo que producía el perfume incitante.

Dudaba que el edificio hubiera sido alguna vez hermoso, pero aún quedaba en pie suficiente estructura como para permitirle suponer que podía haber tenido su encanto. La piedra, gastada por el tiempo no combinaba en absoluto con él ladrillo y el cemento que la rodeaban pero el asedio al que la sometían (los obreros que trajinaban para deshacer aquello, la excavadora ávida de escombros) le otorgaba cierta fascinación.

Uno o dos obreros notaron que los observaba, pero ninguno hizo ademán de detenerla cuando atravesó la plaza, fue hacia el pórtico de la iglesia y echó un vistazo a su interior. Por dentro, la iglesia había sido despojada de la mampostería decorativa, del púlpito, los bancos, la pila bautismal y todo lo demás; quedaba simplemente una estancia de piedra que carecía de atmósfera y de autoridad. Sin embargo, una persona había encontrado allí algo interesante. En el extremo opuesto de la iglesia había un hombre, situado de espaldas a Elaine, que miraba fijamente al suelo. Al oír pasos, se volvió con aire culpable.

—No tardaré nada —dijo.

—No se apure —repuso Elaine—. Creo que los dos somos intrusos.

El hombre asintió. Vestía sobriamente —incluso con una cierta monotonía—, a excepción de la pajarita verde. Sus facciones, a pesar del porte y el cabello canoso propio del hombre de mediana edad, carecían de arrugas, como si las sonrisas y el ceño fruncido no hubieran estropeado nunca su perfecta indiferencia.

—Es triste ver un sitio en estas condiciones, ¿no le parece? —inquirió él.

—¿Sabe cómo era la iglesia antes de que iniciaran la demolición?

—Venía de vez en cuando —repuso—, pero nunca fue muy popular.

—¿Cómo se llama? —preguntó Elaine.

—Iglesia de Todos los Santos. La construyeron a finales del siglo diecisiete, creo. ¿Le gustan las iglesias?

—No en particular. Vi el humo y...

—A todo el mundo le gustan las demoliciones —comentó él.

—Sí, supongo que es cierto —convino ella.

—Es como presenciar un funeral. Mejor ellos que nosotros, ¿no?

Elaine musitó alguna cosa para indicar su acuerdo y su mente se desvió hacia otra parte. Al hospital. Al dolor y a la actual cicatrización. A la vida que le salvaron solamente a costa de la capacidad de producir más vida. «Mejor ellos que nosotros.»

—Me llamo Kavanagh —le dijo él.

Cubrió la corta distancia que los separaba con la mano tendida.

—Mucho gusto. Elaine Rider.

—Elaine, bonito nombre.

—¿Está echando un último vistazo al lugar antes de que se venga abajo?

—Efectivamente. He estado viendo las inscripciones de las piedras del suelo. Algunas son de lo más elocuente. —Con el pie apartó un fragmento de madera de una de las lápidas—. Me parece un desperdicio. Estoy seguro de que se limitarán a hacerlas trizas cuando comiencen a levantar el suelo...

Elaine bajó la mirada para observar las lápidas que tenía bajo los pies. No todas ellas llevaban inscripción; en la mayoría de las que la tenían sólo figuraban las fechas y los nombres. Sin embargo, había algunas inscripciones. Una de ellas, a la izquierda de donde estaba Kavanagh de pie, tenía un relieve casi completamente erosionado de tibias cruzadas, como baquetas de tambor, y el abrupto lema: Redimid el tiempo.

—Creo que, en algún momento, aquí debajo hubo una cripta —dijo Kavanagh.

—Ah, ya veo. Y éstas son las personas a las que enterraron.

—Pues no se me ocurre otra cosa para explicar las inscripciones, ¿y a usted? Me gustaría preguntarles a los obreros... —hizo una pausa en mitad de la frase—. Pensará usted que es algo morboso por mi parte...

—¿Qué?

—Pues verá, preservar de la destrucción una o dos de las lápidas más bonitas.

—No lo considero morboso —repuso ella—. Son muy hermosas.

Visiblemente animado por la respuesta de Elaine, el hombre dijo:

—Quizá debería hablar con ellos ahora. ¿Me disculpa un momento?

Se marchó dejándola sola en la nave, como una novia desamparada, y fue a preguntar a uno de los obreros. Elaine se dirigió hasta el punto donde había estado el altar y fue leyendo los nombres a medida que avanzaba. ¿A quién le importaban ahora los lugares de descanso de estas personas? Muertas hacía doscientos años y más, no para pasar a la amorosa posteridad sino al olvido. Y de repente, las esperanzas de una vida después de la muerte, que nunca había expresado claramente pero que había abrigado a lo largo de sus treinta y cuatro años, desparecieron; la vaga ambición del cielo ya no la agobiaba. Algun día, quizás este mismo día, moriría, igual que estas personas, y no importaría ni un ápice. No había nada que esperar, nada a qué aspirar, nada con qué soñar. Se quedó en un lugar iluminado por la luz del sol, espesado por el humo, meditando al respecto, y casi se sintió feliz.

Kavanagh regresó después de haber hablado con el capataz.

—Efectivamente, hay una cripta —le dijo—, pero todavía no la han vaciado.

—Ah.

Todavía están ahí abajo, pensó ella. Polvo y huesos.

—Al parecer tienen problemas para acceder a ella. Todas las entradas están selladas. Por eso están excavando alrededor de los cimientos. Para encontrar otro modo de entrar.

—¿Se suelen sellar las criptas?

—No tan bien como ésta.

—Quizá no quedara sitio —comentó ella.

—Puede ser —repuso Kavanagh, tomándose el comentario con mucha seriedad.

—¿Le darán una de las lápidas?

—No es algo que les competía decidir —repuso, sacudiendo la cabeza—. Son sólo lacayos del ayuntamiento. Parece ser que cuentan con una empresa de excavadores profesionales que vendrán a levantar los cuerpos para llevarlos a sus nuevas sepulturas. Ha de hacerse todo con el debido decoro.

—Mucho se preocupan —comentó Elaine, y volvió a bajar la vista para observar las lápidas.

—En eso estoy de acuerdo —replicó Kavanagh—. Me parece que todo esto resulta un tanto excesivo. Aunque quizás no seamos lo suficientemente temerosos de Dios.

—Es probable.

—De todas maneras, me dijeron que regresara dentro de uno o dos días, y que preguntara a los que harán el traslado.

Elaine se echó a reír al pensar en los muertos mudándose de casa y empaquetando sus bienes personales. Kavanagh se mostró satisfecho de haber hecho un chiste, aunque hubiera sido sin intención. Instalado en la cima de este éxito, dijo:

—Me pregunto si podré invitarla a una copa.

—Me temo que no sería muy buena compañía. Estoy muy cansada.

—Quizás podríamos reunirnos en otro momento —sugirió él.

Ella apartó la vista de aquella cara ansiosa. Era bastante agradable, dentro de su placidez. Le gustaba su pajarita verde —seguramente era una broma a expensas de su propia monotonía. También le gustaba su seriedad. Pero no lograba enfrentarse a la idea de tomar una copa en su compañía, al menos no esa noche. Le ofreció disculpas y le explicó que había estado enferma y que aún no había recuperado las fuerzas.

—¿Otra noche, quizás? —preguntó con amabilidad.

La falta de agresividad en su galanteo resultó persuasiva.

—Me gustaría, muchas gracias.

Antes de separarse, intercambiaron sus números de teléfono. Él se mostró encantadoramente entusiasmado ante la idea de volver a verla, e hizo sentir a Elaine que, a pesar de todo lo que le habían quitado, aún conservaba su sexo.

Regresó al apartamento y se encontró con un paquete de Mitch y un gato famélico ante la puerta. Dio de comer al animalito, se preparó café y abrió el paquete. En su interior, envuelta en varias capas de papel tisú, encontró una bufanda de seda, escogida con el extraño ojo que tenía

Mitch para los gustos de Elaine. La nota que la acompañaba decía: Es tu color. Te quiero, Mitch. Se sintió tentada de coger el teléfono en ese mismo momento y hablarle, pero en cierta manera la idea de oír su voz le pareció peligrosa. Demasiado cercana a la herida, quizás. Le preguntaría cómo se sentía, entonces ella contestaría que se encontraba bien, y él insistiría: «Ya, ¿pero estás segura?». Ella respondería: «Estoy vacía, me han quitado la mitad de las vísceras, maldito seas, y jamás tendré ni hijos contigo ni con nadie más, y ahí se acaba todo, ¿no?». Sólo pensar en hablar con él hizo que las lágrimas le asomaran a los ojos, y en un inexplicable arranque de ira, envolvió la bufanda en el papel disecado y la sepultó en el fondo del cajón más profundo. Maldito fuera por intentar remediar las cosas ahora, cuando en el momento en que ella más necesitó de él sólo había sido capaz de hablarle de su paternidad y de cómo los tumores de ella se la negarían.

Era una noche clara; la piel fría del cielo se estiró tanto, que a punto estuvo de romperse. No quería echar las cortinas de la habitación de delante, aunque los transeúntes pudieran ver el interior, porque el azul que iba haciéndose cada vez más oscuro era demasiado hermoso para perdérselo. De modo que permaneció sentada ante la ventana y observó el crepúsculo. Sólo cuando se produjo el último cambio, echó las cortinas para impedir el paso del frío.

No tenía hambre; no obstante, se preparó algo de comida y se sentó a mirar la televisión mientras cenaba. Sin acabarse el contenido del plato, posó la bandeja y se quedó adormilada; los programas le fueron llegando de forma intermitente. Un comediante sin gracia ni ingenio, cuya simpleza hacía caer a la audiencia en el paroxismo; un programa de historia natural sobre la vida en Serengetti; las noticias. Había leído todo lo que necesitaba saber esa misma mañana: los titulares no habían cambiado.

Sin embargo, un tema le picó la curiosidad: una entrevista con Michael Maybury, el navegante solitario que había sido rescatado ese mismo día, después de dos semanas a la deriva en el Pacífico. La entrevista se retransmitía desde Australia, y la conexión no era buena; la imagen de la cara barbuda y quemada por el sol de Maybury sufría la amenaza constante de difuminarse. La imagen importaba poco: el solo sonido de su narración de los hechos resultaba cautivador, sobre todo un episodio en particular, cuyo recuerdo parecía angustiarlo nuevamente. Su embarcación permaneció inmovilizada por falta de vientos, y como carecía de motor, no le había quedado más remedio que esperar. Pero los vientos no llegaron. Pasó una semana y su barco apenas se había movido un kilómetro del mismo lugar en el océano apático; ni un pájaro ni ninguna otra embarcación habían roto la monotonía. A cada hora que pasaba crecía su claustrofobia, y al octavo día ésta alcanzó las proporciones del pánico; por ello se dejó caer por la borda del yate y se alejó a nado de la embarcación, con un salvavidas atado a la cintura, para escapar de aquellos escasos metros de cubierta, siempre iguales, invariables. Pero una vez que se hubo alejado del yate, y cuando flotaba ya en el agua tranquila y caliente, no sintió deseo alguno de regresar. ¿Por qué no desatar el nudo —pensó— y alejarse flotando?

—¿Qué le hizo cambiar de idea? —inquirió el entrevistador.

En este punto, Maybury frunció el ceño. Resultaba claro que había llegado al momento álgido de su historia, pero se negaba a concluirla. El entrevistador le repitió la pregunta.

Finalmente, el marino respondió, titubeante:

—Me volví a mirar el yate y vi que en la cubierta había alguien.

Inseguro de haber oído bien, el entrevistador preguntó:

—¿Alguien en la cubierta?

—Sí —respondió Maybury—. Había alguien en la cubierta. Vi claramente una figura que se movía por la cubierta.

—¿Reconoció usted a ese... ese polizón? —inquirió el entrevistador.

Maybury cambió por completo de expresión al presentir que se tomaban su historia con un ligero sarcasmo.

—¿Quién era? —insistió el entrevistador.

—No lo sé —repuso Maybury—. La muerte, supongo. Durante un instante, el periodista se quedó sin palabras.

—Claro que, al cabo de unos momentos, usted volvió al yate.

—Sí.

—¿Y no encontró rastros de nadie?

Maybury miró de frente al entrevistador, y una expresión desdénosa le surcó el rostro.

—He sobrevivido, ¿no? —repuso.

El entrevistador murmuró que no entendía bien qué quería decir.

—No me ahogué —explicó Maybury—. Pude haber muerto entonces, si hubiera querido. Pude haber desatado la cuerda y ahogarme.

—Pero no lo hizo. Y al día siguiente...

—Al día siguiente el viento empezó a soplar.

—Se trata de una historia extraordinaria —dijo el entrevistador, satisfecho de haber superado con seguridad la parte más peligrosa—. Tendrá usted ganas de ver a su familia para las Navidades...

Elaine no escuchó el intercambio final de ocurrencias. Su imaginación seguía sujetada mediante una fina cuerda a la habitación en la que se encontraba, y con los dedos jugueteaba con el nudo. Si la Muerte lograba encontrar una embarcación en el medio del Pacífico, cuánto más fácil le sería encontrarla a ella, y sentarse en su compañía, quizás, mientras ella durmiera. Observarla mientras ella se dedicaba a su luto. Se incorporó y apagó la televisión. De pronto, el apartamento quedó en silencio. Con impaciencia, analizó la calma, pero no notó signo alguno de huéspedes, fueran bienvenidos o no.

Mientras escuchaba, logró saborear agua salada. Del océano, no cabía duda.

Al salir del hospital le habían ofrecido diversos refugios en los que Pasar la convalecencia. Su padre le había invitado a Aberdeen; su hermana Rachel le había suplicado en varias ocasiones que pasara unas semanas en Buckinghamshire; incluso había recibido una lamentable llamada telefónica de Mitch, durante la cual le había sugerido pasar juntos las vacaciones navideñas. Había rechazado todas las propuestas, pretextando que quería recuperar el ritmo de su vida anterior lo antes posible: volver al trabajo, a sus compañeros y sus amigos. En realidad, sus motivos eran mucho más profundos. Había temido la compasión de todos ellos, había temido que la arroparan demasiado con sus afectos y que llegara a apoyarse demasiado en ellos. La vena independiente que la había traído a esta ciudad poco amistosa era un estudiado desafío a su asfixiante deseo de seguridad. Si cedía a esas amorosas súplicas, sabía que echaría raíces en el suelo doméstico y que no volvería a salir de él durante al menos otro año. Y, en ese tiempo, ¿quién sabe qué aventuras podrían escapársele de las manos?

Por eso había vuelto a trabajar en cuanto se sintió capaz, con la esperanza de que, aunque no hubiera asumido todas sus responsabilidades, la rutina la ayudara a recuperar una vida normal. Pero el juego de manos no resultó del todo acertado. Un día sí y otro también, ocurría algo —oía por casualidad algún comentario, o pescaba alguna que otra mirada que se suponía que no debía haber visto— que le hacía comprender que la trataban con una cautela ensayada, que sus colegas la consideraban fundamentalmente cambiada por la enfermedad. Y aquello le había dado rabia. Le hubiera gustado escupirles en la cara las sospechas que abrigaba, decirles que ella no era sinónimo de su útero, y que la extirpación de uno no significaba el eclipse de la otra.

Pero hoy, al volver a la oficina, no estaba tan segura de que no tuvieran razón. Se sentía como si no hubiera descansado durante semanas, a pesar de que dormía profundamente todas las noches. Tenía la vista nublada: veía sus experiencias desde una lejanía tal, y le parecían tan curiosas, que las asoció con una fatiga extremada, como si se alejara cada vez más, y a la deriva, del trabajo que tenía sobre el escritorio, de sus sensaciones, de sus pensamientos. En dos ocasiones, esa mañana, se sorprendió hablando y, al instante, se preguntó con quién y para quién. Sin duda, no era con ella misma, porque ella estaba muy ocupada escuchando.

Entonces, una hora después del almuerzo, las cosas cambiaron repentinamente para empeorar. La llamaron al despacho de su supervisor y le pidieron que se sentara.

—¿Se encuentra bien, Elaine? —le había preguntado el señor Chimes.

—Sí, me encuentro bien —había respondido ella.

—Estamos todos muy preocupados...

—¿Por qué?

—Por su comportamiento —repuso el señor Chimes, ligeramente incómodo—. Por favor, le ruego que no piense que me meto en su vida. Elaine. Simplemente, quiero que sepa que si necesita más tiempo para recuperarse...

—Pero si me encuentro bien.

—Pero el llanto...

—¿Qué?

—La forma en que ha estado llorando hoy nos preocupa.

—¿Llorar? Pero si yo no lloro.

—Pero ha estado llorando todo el día —insistió el supervisor, aparentemente desconcertado—. Está llorando en este mismo momento.

Elaine se llevó la mano a la mejilla. Sí, estaba llorando. Tenía la mejilla húmeda. Se puso en pie, asombrada por su propia conducta.

—No..., no lo sabía—respondió.

Aunque las palabras le parecieron un disparate, eran ciertas. No lo sabía. Sólo en ese momento, una vez que le señalaron el hecho, sintió el sabor de las lágrimas en la garganta y en los senos nasales, y con ese sabor le llegó el recuerdo del inicio de la excentricidad: la noche anterior, frente al televisor.

—¿Por qué no se toma el resto del día?

—Sí.

—Si lo desea, tómese toda la semana —le sugirió Chimes—. Elaine, no tengo que decirle que es usted una empleada valiosa. No queremos que le ocurra nada malo.

Esta última observación, hizo diana con una fuerza punzante. ¿Acaso pensaban que se encontraba al borde del suicidio? ¿Por eso la trataban con guantes de seda? Pero si no eran más que lágrimas, por el amor de Dios, y se sentía tan indiferente a ellas que ni siquiera se había enterado de que caían.

—Me iré a casa —dijo—. Gracias por su... preocupación.

El supervisor la miró con una cierta consternación y le dijo:

—Debe de haber sido una experiencia muy traumática. La comprendemos. De verdad. Si en algún momento tiene necesidad de hablar...

Ella rechazó el ofrecimiento, le dio otra vez las gracias y abandonó la oficina.

Cara a cara consigo misma, ante el espejo del lavabo de señoritas, se dio cuenta del mal aspecto que tenía. Su piel estaba sonrojada, los ojos hinchados. Como pudo, intentó ocultar los signos de aquella pena indolora, luego recogió su chaqueta y se dirigió hacia su casa. Al llegar a la estación del metro se dio cuenta de que no sería buena idea regresar al apartamento vacío. Se pondría a pensar, dormiría (últimamente dormía demasiado y no soñaba nada), pero no mejoraría su condición mental con ninguno de esos dos remedios. La campana de los Santos Inocentes, que tañía en la tarde clara, le recordó el humo, la plaza y al señor Kavanagh. Decidió que aquél sería el lugar adecuado al que dirigirse. Podía disfrutar del sol y pensar. Y tal vez lograra volver a encontrarse con su admirador.

Encontró fácilmente el camino de regreso a Todos los Santos, pero la esperaba una decepción. El terreno de la demolición había sido acordonado; habían marcado los límites con una hilera de postes unidos por una cinta de un rojo fosforescente. El lugar de la obra se encontraba vigilado nada menos que por cuatro policías, que indicaban a los peatones que se desviaran y dieran la vuelta a la plaza. Los obreros y sus martillos habían sido exiliados de las sombras de Todos los Santos, y en aquel momento un grupo muy diferente de gente —vestida con traje, y con aire académico— ocupaba la zona que había más allá de la cinta; algunos de "os estaban enzarzados en una animada conversación, otros estaban de pie sobre el suelo fangoso y, llenos de curiosidad, miraban hacia la iglesia abandonada. El crucero posterior y gran parte de la zona que lo rodeaba habían sido ocultados a la vista del público mediante una tela encerada y unas placas de plástico. Ocasionalmente, alguien emergía de detrás de este velo para consultar con las demás personas de la obra. Notó que todos los que lo hacían llevaban guantes, y uno o dos tenían máscara. Era como si estuvieran realizando una operación de cirugía ad hoc, al abrigo de la pantalla plástica. Quizá fuera un tumor en las entrañas de Todos los Santos.

—¿Qué ocurre? —inquirió, acercándose a uno de los oficiales.

—Los cimientos no son estables —le dijo—. Al parecer, la iglesia podría derrumbarse de un momento a otro.

—¿Por qué llevan máscaras?

—Es una precaución contra el polvo.

No discutió, aunque la explicación le pareció inverosímil.

—Si quiere ir hasta la calle Temple, tendrá que dar la vuelta por la parte de atrás —le explicó el oficial.

Lo que de verdad le apetecía hacer era quedarse a observar los procedimientos que se seguían, pero la proximidad del cuarteto uniformado la intimidaba, por lo que decidió volver a su casa. Cuando se disponía a regresar al camino principal, notó que una figura familiar cruzaba el extremo de una calle adyacente. No cabía posibilidad de errores, era Kavanagh. Lo llamó, aunque ya había desaparecido, y se alegró de verlo volver sobre sus pasos, devolviéndole el saludo.

—Vaya, vaya... —dijo él mientras se acercaba para reunirse con ella—. No esperaba volver a verla tan pronto.

—Vine a ver el resto de la demolición —le explicó.

Tenía la cara enrojecida por el frío, y los ojos brillantes.

—Me alegro mucho. ¿Quiere tomar el té? Hay un sitio a la vuelta de la esquina.

—Sí, me gustaría.

Mientras caminaban, le preguntó si sabía lo que pasaba en Todos los Santos.

—Es la cripta —le contestó, confirmando sus sospechas.

—¿La han abierto?

—Sin duda encontraron la forma de entrar. Estuve esta mañana...

—¿Para preguntar por las piedras?

—Sí. Estaban colocando las telas enceradas.

—Algunos llevaban máscaras.

—Pues supongo que allá abajo no debe oler muy bien, y menos después de tanto tiempo.

—Me pregunto qué aspecto tendrá —comentó Elaine, pensando en la cortina de tela encerada que se alzaba entre ella y el misterio que había detrás.

—Un mundo fantástico —repuso Kavanagh.

Era una respuesta extraña, y no la cuestionó, al menos de inmediato pero más tarde, cuando ya llevaban una hora hablando y se sentía más cómoda en su compañía, volvió sobre el comentario.

—Lo que dijo de la cripta...

—¿Sí?

—... que era un mundo fantástico...

—¿He dicho eso? —repuso un tanto avergonzado—. ¿Qué pensará usted de mí?

—Pues me sorprendió. Me gustaría saber qué quiso decir.

—Me gustan los sitios donde están los muertos. Siempre me han gustado. Los cementerios pueden ser muy hermosos, ¿no le parece? Los mausoleos, las tumbas, los trabajos de artesanía que albergan. Hasta los muertos suelen recompensar un análisis más de cerca. —La miró para comprobar si había superado los límites del buen gusto de la muchacha, pero al ver que lo observaba con callada fascinación, prosiguió—: A veces llegan a ser muy hermosos. Tienen como una especie de encanto. Es una pena que se pierda con los empresarios de pompas fúnebres. —Lanzó una sonrisa traviesa—. Estoy seguro de que hay mucho que ver en esa cripta. Extrañas visiones. Maravillosas.

—Sólo he visto una persona muerta en mi vida. Mi abuela. Y entonces yo era muy joven...

—Confío en que haya sido una experiencia fundamental.

—No lo creo. En realidad, casi no la recuerdo. Sólo recuerdo que todos lloraban.

—Ah. —Asintió sabiamente con la cabeza—. Qué egoísta. ¿No le parece? Arruinar una despedida con llantos y mocos. —Volvió a observarla para sopesar su reacción y, nuevamente, se sintió satisfecho de que ella no se ofendiera—. Lloramos por nosotros mismos, ¿no? No por los muertos. Los muertos ya no merecen que nos preocupemos.

En voz muy baja, respondió que sí y luego, en tono más audible, dijo:

—Dios mío, es verdad. Siempre por nosotros mismos...

—¿Ve todo lo que nos pueden enseñar los muertos, mientras yacen ahí, haciendo girar los huesecitos de los pulgares?

Elaine se echó a reír y él la imitó. En el encuentro inicial lo había juzgado mal al pensar que su rostro no estaba acostumbrado a sonreír; no era así. Pero sus facciones, una vez que cesaron las carcajadas, volvieron a recuperar la espectral inmovilidad del principio.

Siguió una media hora más en la que él se limitó a efectuar comentarios lacónicos, y luego le comentó que tenía unas citas y que debía marcharse. Ella le agradeció la compañía y le dijo:

—Hacía semanas que no me hacían reír así. Se lo agradezco.

—Debería reír —le dijo—. Le sienta bien. —Luego agregó—: Tiene unos dientes preciosos.

Pensó en este extraño comentario cuando se hubo marchado, igual que en muchos otros que había hecho durante la tarde. No cabía duda de que se trataba de uno de los individuos más inusitados que había conocido, pero había aparecido en su vida —con sus ansias de hablar sobre las criptas, los muertos y la belleza de los dientes de Elaine— en el momento justo. Era la distracción

perfecta que le impediría recordar sus penas ocultas, que haría que sus aberraciones actuales, comparadas con las de él parecieran algo sin importancia. Cuando emprendió el regreso a su casa, se encontraba de buen humor. Si no se hubiera conocido tan bien, hasta habría pensado que estaba medio enamorada de él.

Durante el camino de vuelta, y más tarde, esa noche, pensó sobre todo en el chiste que había hecho él sobre los muertos que hacían girar los huesecitos de los pulgares, y aquel pensamiento la condujo, inevitablemente, a los misterios encerrados en la cripta, y que permanecían ocultos. Una vez despierta su curiosidad, no le resultó fácil acallarla: creció en su interior con lentitud, hasta tal punto que deseó con todas sus fuerzas poder superar el cordón y ver la cámara funeraria con sus propios ojos. Se trataba de un deseo que en otra ocasión no habría admitido jamás. (¿Cuántas veces se había alejado del lugar de un accidente, diciéndose que debía reprimir la vergonzosa curiosidad que la embargaba?) Pero Kavanagh había legitimado ese apetito con su flagrante entusiasmo por todo lo fúnebre. Ahora que el tabú carecía de frenos, quiso regresar a Todos los Santos para ver a la Muerte cara a cara; de ese modo, cuando volviera a ver a Kavanagh tendría algunas historias que contarle. La idea se asomó en su mente, no tardó en florecer; en mitad de la noche, se vistió otra vez para salir a la calle y se dirigió a la plaza.

No llegó a Todos los Santos hasta pasadas las once y media, pero en el lugar aún había señales de actividad. Los focos, montados sobre pedestales y sobre la pared misma de la iglesia, derramaban su luz sobre la escena. Un trío de técnicos, a los que Kavanagh había aludido como los hombres del traslado, se encontraban fuera del refugio de tela encerada, con las caras tirantes por la fatiga y el aliento nublando el aire helado. Se mantuvieron a distancia para que no la vieran y observó la escena. Comenzaba a sentir cada vez más frío y las cicatrices le dolían, pero parecía que estaba a punto de concluir el trabajo nocturno en la cripta. Después de conversar brevemente con la policía, los técnicos se marcharon. Habían apagado todos los focos menos uno, por lo que la iglesia, la tela encerada y el barro escarchado se sumieron en un siniestro claroscuro.

Los dos oficiales que quedaron de guardia no ponían un exceso de celo en el cumplimiento de sus deberes. Al parecer, discurrían de esta manera: ¿qué idiota iría a profanar una tumba a esa hora, y con esa temperatura? Al cabo de unos minutos de una vigilia durante la cual no dejaron de patear el suelo, se retiraron a la relativa comodidad de la caseta de los obreros. Al ver que no volvían a salir. Elaine salió de su escondite y, con toda la cautela de la que fue capaz, se acercó hasta la cinta que separaba una zona de la otra. En la caseta habían encendido una radio cuyo rumor (música para enamorados de la noche al amanecer, susurro la voz lejana) disimulaba el crujido de sus pisadas al avanzar sobre la tierra helada.

Una vez traspuesto el cordón, y dentro ya del territorio prohibido, no se mostró tan dubitativa. Con destreza atravesó el suelo duro —el rastro dejado por las ruedas era como de cemento— y se refugió en la iglesia. La luz del foco era enceguecedora; iluminaba su aliento y lo hacía aparecer tan sólido como el humo del día anterior. A sus espaldas continuaba el murmullo de la música para enamorados. Nadie salió de la caseta para llamarle la atención por entrar ilegalmente en el lugar. No sonaron campanas de alarma. Llegó al borde de la cortina de plástico sin incidentes y espió la escena que se ocultaba detrás.

Los obreros de la demolición, siguiendo instrucciones muy específicas a juzgar por el cuidado con que habían realizado su tarea, habían cavado un pozo de una profundidad de dos metros y medio al costado de Todos los Santos, dejando los cimientos al descubierto. Al hacerlo, habían hallado una entrada a la cámara mortuoria que otros se habían tomado el difícil trabajo de ocultar. No sólo habían apilado tierra contra el flanco de la iglesia para disimular la entrada, sino que habían eliminado también la puerta de la cripta; y la abertura había sido tapiada por unos albañiles. Estaba claro que esto último lo habían hecho con cierta prisa: el trabajo distaba mucho de ser ordenado. Se limitaron a llenar la entrada con las piedras o los ladrillos que habían encontrado a mano, y cubrieron sus esfuerzos con un poco de mortero basto. Sobre el mortero —aunque el diseño se había arruinado con las excavaciones— algún artesano había garabateado una cruz de casi dos metros.

Tantos esfuerzos por asegurar la cripta y por marcar el mortero para alejar a los impíos no habían servido de nada. Habían roto el sello, destrozado el mortero y arrancado las piedras. En medio de lo que antes fuera la puerta había ahora un pequeño agujero, lo suficientemente grande como para permitir el paso de una persona. Elaine no dudó en bajar por el talud, llegar hasta la pared rota y mirar hacia el interior.

Había previsto la oscuridad que encontró del otro lado, por lo que había traído el encendedor que Mitch le había regalado hacía tres años. Lo encendió. La llama era diminuta; levantó el mechero y bajo la luz vacilante observó el espacio que tenía ante sí. No se encontraba en la cripta propiamente dicha, sino en un estrecho vestíbulo de alguna especie: aproximadamente a un metro de donde estaba vio otra puerta y otra pared. Ésta no había sido tapiada con ladrillos, aunque en su sólida madera habían tallado una segunda cruz. Se acercó. Habían quitado la cerradura —tal vez hubieran

sido los investigadores— y habían vuelto a cerrar la puerta con una cuerda. Aquello había sido la obra rápida de unas manos cansadas. No le costó mucho desatar la cuerda, aunque tuvo que utilizar ambas manos, por lo que debió trabajar en la oscuridad.

Mientras desataba el nudo, oyó voces. Los policías —malditos fueran— habían abandonado el aislamiento de la caseta para salir a plena loche a realizar la ronda. Dejó la cuerda en su sitio y se arrimó contra el interior del muro del vestíbulo. Las voces de los oficiales se hacían más audibles: hablaban de sus hijos, y del creciente coste de la alegría navideña. Ahora se encontraban a unos metros de la entrada de la cripta, de pie —al menos eso supuso—, al abrigo de la tela encerada. Sin embargo, no intentaron bajar por el talud, sino que terminaron su sumaria inspección al borde de las excavaciones y luego regresaron. Sus voces se apagaron.

Satisficha de que estuvieran lejos de su vista y de su oído, volvió a encender el mechero y regresó a la puerta. Era enorme y brutalmente pesada; su primer intento de abrirla fue coronado por el fracaso. Volvió a probar, y esta vez se movió, rascando las piedrecillas que había en el suelo del vestíbulo. Una vez abierta los centímetros necesarios para poder colarse por el hueco, descansó un poco. La llama del encendedor vaciló, como si desde dentro hubieran lanzado un suspiro; durante unos segundos ardió con un tono amarillo en lugar del acostumbrado azul eléctrico. No se detuvo a admirarlo, sino que se deslizó hacia el prometido mundo fantástico.

La llama se avivó, se volvió lívida y, por un instante, su repentino brillo le obnubiló la visión. Cerró los ojos con fuerza para recuperarse y volvió a mirar.

De modo que aquélla era la Muerte. Carecía del arte y el encanto del que Kavanagh había hablado; no se veía la calma emanar de unas bellezas amortajadas sobre losas de frío mármol, ni relicarios elaborados, ni aforismos sobre la naturaleza de las flaquezas humanas: ni siquiera había nombres o fechas. En la mayoría de los casos, los cadáveres carecían de ataúd.

La cripta era un osario. Habían arrojado los cuerpos en pilas, por todas partes; familias enteras estrujadas en unos nichos diseñados para contener un solo féretro, y muchos más que habían caído donde la prisa y el descuido los habían arrojado. Aunque la escena era absolutamente inmóvil, estaba repleta de pánico. Estaba allí, en las caras que observaban fijamente desde las pilas de muertos: bocas abiertas de par en par en muda protesta, cavidades en las que los ojos se habían marchitado, aterrados ante semejante tratamiento. También se reflejaba en la forma en que había degenerado el sistema de enterramiento, desde la ordenada disposición de los féretros, en el extremo opuesto de la cripta, hasta las pilas caprichosas de ataúdes rudamente fabricados, con madera sin pulir, tapas sin marcas a excepción de una cruz garabateada; y se reflejaba también en este presuroso amontonamiento de cadáveres sin ataúd, olvidada ya toda preocupación por la dignidad, incluso quizás por los ritos mortuorios, en medio de la creciente histeria.

Aquello tenía que ser producto de algún desastre, no le cabía ninguna duda; una repentina afluencia de cuerpos —hombres, mujeres, niños (a sus pies se encontraba una criatura que no habría alcanzado a vivir un día) — muertos en tales cantidades que no había habido tiempo siquiera para cerrarles los ojos antes de ser alojados en este agujero. Quizás también habrían muerto los fabricantes de ataúdes, y habían sido lanzados aquí, entre sus clientes; también los que cosían mortajas, y los sacerdotes. Todos desaparecidos en un mes (o en una semana) apocalíptico; los parientes que les sobrevivieron habrían estado quizás demasiado asombrados o aterrados como para reparar en minucias, ansiosos solamente por quitar de en medio a los muertos, para no tener que volver a ver sus carnes.

Todavía quedaba a la vista gran parte de aquellas carnes. Al sellar la cripta la habían aislado del aire, con lo que sus ocupantes habían permanecido intactos. Al violarse el secreto de esta cámara, el calor de la descomposición se había avivado, y los tejidos reiniciaron el proceso de putrefacción. Por todas partes observó su acción: hinchazones, supuraciones, ampollas, pústulas. Subió la llama para ver mejor, aunque el hedor de la corrupción comenzaba a agobiarla y a marearla. En todos los sitios donde se posaban sus ojos descubría alguna escena dolorosa. Dos niños yacían juntos, como si durmieron abrazados; una mujer, que al parecer había tenido tiempo para un último acto: se había pintado la cara enferma, para morir con una expresión más propia del tálamo nupcial que de la tumba.

No podía hacer otra cosa que mirar, aunque su fascinación robara a los muertos la privacidad. Tenía tantas cosas que ver y recordar. Ya no volvería a ser la misma después de haber presenciado estas escenas. Un cadáver, medio oculto debajo de otro, le llamó especialmente la atención: era una mujer cuyo largo cabello castaño fluía del cráneo de forma tan copiosa que Elaine sintió envidia. Se acercó un poco para verlo mejor y, venciendo los vestigios del último remilgo, cogió el cuerpo que se encontraba encima de la mujer y lo apartó. La carne del cadáver resultó grasosa al tacto, y le manchó las manos, pero Elaine no se angustió. El cadáver descubierto yacía con las piernas abiertas, pero el peso constante de su compañero las había doblado hasta dejarlas en una configuración imposible. La herida que la había matado le había manchado de sangre los muslos, y la camisa se le había pegado

al abdomen y a las ingles. ¿Habría perdido un hijo —se preguntó Elaine—, o quizás alguna enfermedad le habría devorado esa parte?

Se hartó de mirar, inclinada para estudiar la expresión lejana que tenía el rostro putrefacto de la mujer. Vaya lugar para yacer, pensó, con la Propia sangre vergonzante a la vista de todos. La próxima vez que se encontrara con Kavanagh le contaría lo que había visto, le diría cuán erradas habían sido sus ideas sentimentales sobre la calma que existe debajo de la tierra.

Ya había visto bastante, más que suficiente. Se limpió las manos en la chaqueta y regresó a la puerta; la cerró tras de sí y ató la cuerda tal corno la había encontrado. Subió por el talud y salió al aire libre. Los policías no estaban a la vista; y se marchó furtivamente, sin ser vista, como si fuera la sombra de una sombra.

Una vez dominado el disgusto inicial, y el asomo de piedad que había sentido al ver a los niños y a la mujer del cabello castaño, ya no le quedó nada que sentir; incluso estas respuestas —junto con la piedad y la repugnancia— fueron bastante manejables. Habían sido mucho más agudas y marcadas cuando vio un coche atropellar a un perro que cuando contempló la cripta de Todos los Santos, a pesar de las escenas horrendas que había por todas partes. Aquella noche, cuando apoyó la cabeza en la almohada para dormirse, notó que no temblaba ni sentía náuseas, sino que se sentía fuerte. ¿Qué había de temer en este mundo, si el espectáculo de mortandad que acababa de presenciar podía soportarse con tanta facilidad? Durmió profundamente, y al despertar se sintió renovada.

Aquella mañana volvió al trabajo; le pidió disculpas al señor Chimes por su comportamiento del día anterior, y le aseguró que se sentía más feliz de lo que había sido en muchos meses. Para probar su rehabilitación, se mostró tan gregaria como pudo, conversó con los amigos olvidados y desempolvó su sonrisa. Al principio, su actitud fue recibida con una cierta renuencia; Elaine presintió que sus colegas dudaban de que este arrebato de sol presagiara de verdad el verano. Pero como mantuvo el buen humor durante todo ese día y el siguiente, comenzaron a responderle con más facilidad. Hacia el jueves, fue como si jamás hubiera derramado aquellas lágrimas a principios de la semana. La gente le decía lo bien que se la veía. Era verdad; su espejo le confirmó los rumores. Le brillaban los ojos y la piel. Era la viva imagen de la vitalidad.

El jueves por la tarde se encontraba sentada ante su escritorio, contestando un montón de correspondencia atrasada, cuando una de las secretarias apareció en el corredor y comenzó a balbucear. Alguien acudió en su ayuda; entre los sollozos, parecía que hablaba de Bernice, una mujer a la que Elaine conocía de intercambiar una que otra sonrisa en la escalera, pero nada más. Al parecer, se había producido un accidente; la mujer estaba diciendo que había sangre en el suelo. Elaine se puso de pie y se reunió con el grupo que salía a comprobar a qué se debía el alboroto. El supervisor se encontraba ya ante los lavabos de señoras, ordenando en vano a los curiosos que se apartaran. Otra persona —al parecer otro testigo— ofrecía su versión de los hechos:

—Estaba allí de pie, y de repente se puso a temblar. Pensé que le había dado un ataque. Empezó a sangrar por la nariz, y por la boca. Le caía la sangre a chorros.

—No hay nada que ver —insistió Chimes—. Por favor, no se acerquen.

Nadie le hacía caso. Trajeron mantas para tapar a la mujer, y en cuanto volvieron a abrir la puerta del lavabo, los curiosos avanzaron. Elaine alcanzó a ver una forma que se movía sobre el suelo del lavabo como convulsionada por los calambres; no le quedaron ganas de ver nada más. Dejó a la multitud en el corredor hablando a voz en cuello de Bernice como si ya estuviera muerta, y regresó a su escritorio. Tenía tanto que hacer, tenía que recuperar tantos días apesadumbrados, perdidos. Le cruzó por la mente una frase adecuada. Redimid el tiempo. Apuntó las tres palabras en su libreta a manera de recordatorio. ¿De dónde las había sacado? No lograba recordarlo. No tenía importancia. En ocasiones, había sabiduría en el olvido.

Esa noche, Kavanagh la telefoneó y la invitó a cenar al día siguiente. Aunque se sentía ansiosa por comentar con él sus recientes proezas, tuvo que rechazar la invitación porque varios de sus amigos daban una fiesta para celebrar su restablecimiento. Le preguntó si quería unirse a ellos. Él le agradeció la invitación y le comentó que siempre le habían intimidado las aglomeraciones de gente. Ella le dijo que no fuese tonto: que sus amigos se mostrarían encantados de conocerlo, y ella de darlo a conocer, pero él le contestó que se presentaría en la fiesta sólo si su ego se sentía a la altura de las circunstancias y que, si no aparecía, esperaba que ella no se ofendiese. Elaine le aseguró que no se ofendería. Antes de que la conversación concluyera, le mencionó solapadamente que la próxima vez que se vieran tenía que contarle una historia.

El día siguiente fue portador de malas noticias. Bernice había muerto en las primeras horas de la mañana del viernes, sin recuperar la conciencia. Todavía no habían encontrado la causa de la muerte, pero los rumores que circulaban en la oficina coincidieron en afirmar que nunca había sido una mujer fuerte —siempre había sido la primera de las secretarias en resfriarse y la última en

curarse — . También se rumoreaba, aunque en un tono más discreto, sobre su comportamiento personal. Había sido generosa con sus favores, y poco juiciosa en la elección de sus parejas. Y en vista de que las enfermedades venéreas alcanzaban proporciones de epidemia, ¿no sería acaso ésa una explicación probable de la muerte?

Las noticias, aunque mantuvieron ocupados a los cotillas, no resultaron beneficiosas para la moral general. Esa misma mañana cayeron enfermas dos muchachas, y a la hora del almuerzo, Elaine era la única de todo el personal que gozaba de apetito. En cierto modo, el suyo compensaba la escasez en sus colegas. Sentía un hambre voraz; su cuerpo clamaba dolorido por recibir alimento. Era una buena sensación, después de tantos meses de languidez. Cuando echó un vistazo a su alrededor, a las caras cansadas de quienes estaban sentados a la mesa, se sintió completamente alejada de ellos: de sus chácharas, de sus opiniones triviales, de la forma en que sus conversaciones giraban en torno a lo repentina de la muerte de Bernice, como si en años no hubieran pensado jamás en el tema y se sintieran asombrados de que tal negligencia no lo hubiera extinguido.

Elaine sabía que no era así. En los últimos tiempos había estado cerca de la muerte en varias ocasiones: durante los meses que la condujeron a la histerectomía, cuando los tumores habían duplicado repentinamente su tamaño, como si presintieran que algo se tramaba para eliminarlos; en la mesa de operaciones, cuando los cirujanos creyeron en dos ocasiones que la habían perdido; y, más recientemente, en la cripta, cara a cara con aquellos desgarbados cadáveres. La Muerte estaba en todas partes. El hecho de que se mostraran tan sorprendidos de que entrara en su círculo falso de gracia, le pareció casi cómico. Comió ávidamente, y dejó que hablaran en susurros.

Se reunieron para la fiesta en casa de Reuben: Elaine, Hermione, Sam y Nellwyn, Josh y Sonja. Fue una velada agradable; tuvieron ocasión de ponerse al día sobre las vicisitudes de los amigos mutuos, y los cambios producidos en los estados y ambiciones de cada uno. Se emborracharon muy de prisa; las lenguas, liberadas por la familiaridad, se fueron soltando todavía más. Nellwyn ofreció un lacrimoso brindis a Elaine; Josh y Sonja tuvieron un intercambio de opiniones, breve pero cáustico, sobre el evangelismo; Reuben imitó a sus colegas abogados. Fue como en los viejos tiempos, aunque el recuerdo todavía habría de mejorarlo. Kavanagh no se presentó, y Elaine se alegró de que no lo hiciera. A pesar de las protestas cuando había hablado con él, sabía que se habría sentido fuera de lugar con una compañía tan cerrada.

Alrededor de las doce y media de la noche, cuando la estancia se había calmado y hubieron iniciado una tranquila conversación, Hermione mencionó al navegante. Aunque se encontraba casi al otro extremo del cuarto, Elaine oyó el nombre del marinero con toda claridad. Interrumpió la conversación que mantenía con Nellwyn y, saltando por encima de las piernas de quienes estaban tendidos en el suelo, se acercó a Hermione y a Sam.

—He oído que hablabais de Maybury — les dijo.

—Sí, Sam y yo estábamos comentando lo extraño que fue todo — dijo Hermione.

—Lo vi en el noticario — explicó Elaine.

—Es una triste historia, ¿no? — dijo Sam —. Por la forma en que ocurrió.

—¿Por qué triste?

—Por lo que dijo de la Muerte, que estaba con él en la embarcación...

—... y porque después murió — explicó Hermione.

—¿Murió? — inquirió Elaine —. ¿Cuándo?

—Salió en todos los periódicos.

—La verdad es que no llego todavía a concentrarme tanto — se excusó Elaine —. ¿Qué ocurrió?

—Se mató — le explicó Sam —. Lo llevaban al aeropuerto, para que regresara a su casa, se produjo un accidente, y el hombre murió así. — Chasqueó el pulgar y el dedo medio —. Se apagó como una luz.

—Qué triste — dijo Hermione.

Observó a Elaine y frunció el ceño. Aquella expresión desconcertó a Elaine hasta que — con la misma sorpresa que había sentido en el despacho de Chimes al descubrir las lágrimas — se dio cuenta de que sonreía.

De modo que el marino había muerto.

La fiesta terminó en la madrugada del sábado. Intercambiando los besos y los abrazos, y de nuevo en su casa, repasó mentalmente la entrevista de Maybury, y recordó la cara quemada por el sol y los ojos enrojecidos por la tragedia que había estado a punto de vivir, y pensó en Maybury, en la mezcla de indiferencia y turbación, mientras narraba su experiencia. Y por supuesto, recordó aquellas últimas palabras, cuando lo forzaron a identificar al extraño:

—La Muerte, supongo—había dicho.

Había estado en lo cierto.

El sábado se despertó tarde, sin la prevista resaca. Tenía carta de Mitch. No la abrió, sino que la dejó sobre la repisa de la chimenea, para cuando tuviera un momento libre durante el día. El aire presagiaba la primera nevada del invierno, aunque había demasiada humedad como para que cuajara. Pero el frío era penetrante, a juzgar por el malhumor dibujado en las caras de los transeúntes. Sin embargo, se sintió extrañamente inmunizada contra todo ello. Aunque en el apartamento no tenía Puesta la calefacción, caminaba descalza y cubierta solamente por el albornoz, como si en el vientre le ardiera un fuego.

Después del café, se lavó. En el sumidero del lavabo había un puñado de pelos con forma de araña, lo quitó, lo arrojó por la taza del inodoro y regresó a la pileta. Desde que le quitaran el vendaje había evitado expresamente examinar de cerca su cuerpo, pero hoy parecía haber perdido todo escrúpulo y toda vanidad. Se quitó el albornoz y se miró con ojo crítico.

Se sintió satisfecha de lo que vio. Sus pechos eran plenos y oscuros la piel tenía un brillo agradable, el vello del pubis había crecido con más lozanía que nunca. Las cicatrices todavía parecían frescas, pero sus ojos interpretaron aquella lividez como un síntoma de la ambición de su sexo, como si, de un día para otro, fuera a crecer desde el ano hasta el ombligo (y más arriba quizás) partiéndola por la mitad, volviéndola terrible.

Sin duda, resultaba paradójico que sólo entonces, cuando los cirujanos la habían vaciado, lograra sentirse tan plena, tan madura, tan resplandeciente. Se pasó una buena media hora frente al espejo, admirándose, mientras sus pensamientos vagaban. Finalmente, volvió a sus abluciones. Cuando hubo terminado, regresó a la habitación de delante, desnuda. No sentía deseos de ocultarse, sino todo lo contrario. Era lo máximo que podía hacer para no salir a la nieve y dar a todos los vecinos de su calle algo por qué recordarla.

Se dirigió a la ventana, pensando un montón de cosas tontas. La nieve había cuajado. A través de las ráfagas logró captar un movimiento en el callejón que separaba las casas de enfrente. Había alguien que la observaba, aunque no lograba ver quién era. No le importó. Espió al fisiólogo, y se preguntó si tendría el valor de mostrarse, pero no lo tuvo.

Se mantuvo vigilante durante varios minutos antes de darse cuenta de que su desfachatez había asustado al fisiólogo. Desilusionada, regresó al dormitorio y se vistió. Era hora de que se buscara algo para comer: había vuelto a asaltarla aquel hambre voraz tan familiar. El refrigerador estaba prácticamente vacío. Tendría que salir a comprar comida para fin de semana.

Los supermercados eran como circos, especialmente los sábados. Pero su buen humor era demasiado boyante como para deprimirse por tener que abrirse paso entre la multitud. Incluso encontró un cierto placer en las escenas de llamativo consumo, en los carros y las cestas atestados de comida, en la expresión glotona de los niños al aproximarse a los dulces, y en sus lágrimas cuando les eran negados, en las amas de casa que sopesaban los méritos de una pierna de cordero mientras sus maridos observaban a las dependientas con ojos no menos calculadores.

Aquel fin de semana compró el doble de comida del que hubiera necesitado normalmente para toda una semana; su apetito se distrajo con los aromas que emanaban de los mostradores de la charcutería y la carne fresca. Cuando llegó a su casa, temblaba casi de pensar en que iba a comer. Al dejar las bolsas en la entrada para buscar las llaves, se percató de que detrás de ella alguien cerraba un coche de un portazo.

—¿Elaine?

Era Hermione. El vino tinto que había bebido la noche anterior le había dejado un aspecto apagado y la cara llena de manchas.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Elaine.

—La cuestión es si tú estás bien —le replicó Hermione.

—Sí, muy bien. ¿Por qué no iba a estar bien?

—Sonja y Reuben han caído enfermos. Parece una especie de intoxicación —le dijo Hermione mirándola con hostilidad—. He venido para ver si te encontrabas bien.

—Ya te digo, me encuentro estupendamente.

—No lo entiendo.

—¿Qué me dices de Nellwyn y Dick?

—Los he llamado pero no me contestan. Reuben está muy mal. Se lo han llevado al hospital para someterlo a unas pruebas.

—¿Quieres entrar a tomar una taza de café?

—No, gracias, he de volver para ver a Sonja. No me gustaba la idea de que estuvieras sola si te había pasado lo mismo.

—Eres un ángel —le dijo Elaine con una sonrisa, y la besó en la mejilla.

Aquello pareció sorprender a Hermione. Por algún motivo, una vez intercambiado el beso dio un paso atrás, y se quedó mirando a Elaine con un ligero asombro en los ojos.

—Debo... debo irme —le dijo, procurando controlar sus gestos como si fueran a delatarla.

—Te llamaré más tarde para saber cómo están —le comentó Elaine.

—De acuerdo.

Hermione se alejó, cruzó la calle y se dirigió a su coche. Aunque realizó un ligero intento por ocultar el gesto, Elaine vio cómo se llevaba los dedos a la mejilla, donde ella la había besado, y se la restregaba, como para erradicar el contacto.

No era la época de las moscas, pero las que lograron sobrevivir a la reciente ola de frío zumbaban en la cocina mientras Elaine escogía un poco de pan, jamón ahumado y salchichas con ajo, de entre las compras que había hecho, y se sentaba a comer. Estaba famélica. En menos de cinco minutos devoró la carne y realizó unas sustanciales incursiones en la hogaza de pan, pero su hambre distaba mucho de haber sido aplacada. Disponiéndose a dar cuenta del postre: higos y queso, se le ocurrió pensar en la mezquina tortilla que no había podido acabarse aquel día, después de haber estado en el hospital. Un pensamiento la condujo a otro, de la tortilla pasó al humo, del humo a la plaza y de ahí a Kavanagh y a su reciente visita a la iglesia; al pensar en aquel lugar, la invadió un repentino entusiasmo por volver a verlo por última vez antes de que terminaran de arrasarlo. Probablemente sería ya demasiado tarde. Los cuerpos habrían sido envueltos y transportados, y la cripta descontaminada y limpiada; las paredes habrían quedado reducidas a escombros, "ero sabía que no se sentiría satisfecha hasta haberlo comprobado ella misma.

Había comido tanto que, días antes, se habría sentido enferma, pero en esos momentos, al dirigirse hacia Todos los Santos, la invadía un ligero, como si estuviera borracha. No se trataba de la embriaguez llorosa a la que tenía tanta tendencia cuando estaba con Mitch, sino de una euforia que la hacía sentir casi invulnerable, como si por fin hubiera encontrado en sí misma una parte brillante, incorruptible, como si nunca fuera a ocurrirle nada malo.

Se había preparado para encontrar la iglesia de Todos los Santos en ruinas, pero no fue así. El edificio seguía en pie, con las paredes intactas y las vigas dividiendo el cielo. Tal vez tampoco podría ser derribado, reflexionó, tal vez el edificio y ella eran inmortales. La sospecha se vio reforzada por la manada de nuevos adoradores que había atraído la iglesia. Los guardianes se habían triplicado desde la última vez, y la tela encerada que había ocultado la entrada de la cripta a la vista del público se había convertido en una amplia tienda, sujetada por los andamios, que envolvía por completo el flanco del edificio. Los acólitos estaban muy cerca de la tienda y llevaban máscaras y guantes; los sumos sacerdotes —los pocos elegidos que tenían acceso al sanctasanctórum— vestían unos trajes de protección.

Desde el cordón se quedó mirándolos: las genuflexiones y los ademanes de los devotos, las manifestaciones de los hombres con traje, alemerger de detrás del velo, la fina lluvia de las fumigaciones que llenaban el aire como amargo incienso.

Otro de los observadores interrogó a uno de los oficiales.

—¿Por qué llevan trajes?

—Por si es contagioso —fue la respuesta.

—¿Después de tantos años?

—No saben lo que hay ahí dentro.

—Las enfermedades no perduran, ¿verdad?

—Se trata de un pozo pestilente. Se limitan a tener cuidado —le explicó el oficial.

Elaine escuchaba la conversación y se moría por intervenir. Con unas cuantas palabras, podía ahorrarles las investigaciones. Al fin y al cabo, era una prueba viviente de que la peste que destruyera a las familias de la cripta ya no era virulenta. Ella había respirado aquel aire, había tocado la carne enmohecida, y se sentía ahora más sana de lo que se había sentido en arios. Aunque no le agradecerían semejantes revelaciones, ¿verdad? Estaban demasiado ensimismados con sus rituales, incluso emocionados por el descubrimiento de aquellos horrores, sus inquietudes alimentadas y encendidas por la posibilidad de que esta muerte siguiera viva. No sería tan antideportiva como para arruinarles el entusiasmo confesándoles que gozaba de una extraña salud.

Volvió la espalda a los sacerdotes y sus ritos, a la llovizna de incienso que volaba en el aire y comenzó a alejarse de la plaza. Al abandonar un instante sus pensamientos, notó que una figura familiar la observaba desde la esquina de una calle adyacente. Se alejó justo en el momento en que ella levantó la vista, pero no cabía duda de que se trataba de Kavanagh. Lo llamó y se dirigió hasta la esquina, pero se alejaba briosamente de ella, con la cabeza gacha. Volvió a llamarlo, y entonces él se volvió, con una mirada de sorpresa visiblemente falsa en el rostro; desanduvo la ruta de huida para saludarla.

—¿Ha oído usted lo que han encontrado? —le preguntó ella.

—Claro que sí —repuso.

A pesar de la familiaridad de la que habían disfrutado últimamente Elaine recordó la primera impresión que había tenido de él: que no era un hombre muy amigo de los sentimientos.

—Ahora no podrá conseguir sus piedras —le comentó.

—Supongo que no —dijo él, no demasiado preocupado por la perdida.

Deseó contarle lo que había visto con sus propios ojos en el pozo pestilente, con la esperanza de que la novedad le iluminara el rostro, pero la esquina de aquella calle bañada por el sol no era el lugar adecuado para semejante conversación. Además, parecía como si lo supiera.

La miraba de un modo tan extraño; la calidez de su anterior encuentro había desaparecido por completo.

—¿Por qué regresó? —le preguntó él.

—Para ver —repuso ella.

—Me siento halagado.

—¿Halagado?

—De que mi entusiasmo por los mausoleos sea contagioso.

Siguió mirándola, y ella, al devolverle la mirada, fue consciente de lo fríos que eran sus ojos, y de cómo brillaban. Hasta podían haber sido de cristal, pensó. Y la piel tirante y agamuzada era como una capucha que ocultara la sutil arquitectura del cráneo.

—Debo marcharme —dijo ella.

—¿Por placer o por trabajo?

—Por ninguno de los dos motivos —repuso ella—. Tengo unos amigos enfermos.

—Ah.

Elaine tuvo la impresión de que era él quien quería marcharse, que sólo el temor de parecer tonto le impedía que se apartara de ella a la carrera.

—Tal vez volvamos a vernos en algún otro momento —sugirió ella.

—Estoy seguro —repuso él, y aprovechando la ocasión agradecido, se alejó diciendo—. Dé recuerdos a sus amigos.

Aunque hubiera querido darles recuerdos a Reuben y Sonja de parte de Kavanagh, le habría sido imposible. Hermione no contestaba al teléfono, y tampoco los demás. Lo más que pudo hacer fue dejar un mensaje en el contestador automático de Reuben.

El mareo que había sentido durante el día se había transformado en una rara somnolencia a medida que pasaba la tarde y se hacía de noche. Volvió a comer, pero el festín no logró impedir que el estado de amnesia temporal se hiciera más profundo. Se encontraba bastante bien, y la sensación de inviolabilidad que la había asaltado seguía intacta. Pero una y otra vez, a medida que avanzaba el día, se encontraba de pie, en el umbral de un cuarto, sin saber cómo había llegado hasta allí, o bien observando la luz titilar en la calle, sin tener la plena certeza de si era ella la que miraba o la cosa mirada. No obstante, se sentía a gusto con su compañía, igual que con las moscas. Seguían zumbando y llamando la atención a pesar de que ya hubiera oscurecido.

A eso de las siete de la tarde oyó un coche que aparcaba fuera, y sonó el timbre. Fue hasta la puerta del apartamento, pero no logró reunir la curiosidad suficiente como para abrirla, salir al pasillo y dejar entrar a los visitantes. Lo más probable era que se tratara otra vez de Hermione, y no sentía ninguna ganas de aguantar su aburrida conversación. En realidad, no deseaba la compañía de nadie, sólo la de las moscas.

Los visitantes volvieron a tocar el timbre, y cuanto más insistían, más decidida estaba a no contestar. Se deslizó a lo largo de la pared, junto a la puerta, y escuchó la amortiguada discusión que se inició ante la escalera. No era Hermione; no era nadie a quien pudiera reconocer. Sistemáticamente, se pusieron a llamar a los apartamentos de arriba, hasta que el señor Prudhoe bajó del último piso, hablando consigo mismo por el camino, y les abrió la puerta. De la conversación que siguió, logró comprender lo bastante como para saber que tenían una misión urgente, pero su mente desordenada no tuvo la persistencia de prestar atención a los detalles. Persuadieron a Prudhoe para que les dejara entrar. Se acercaron a la puerta del apartamento de Elaine y llamaron, pronunciando su nombre. No respondió. Volvieron a llamar al tiempo que intercambiaban palabras de frustración. Elaine se preguntó si la oirían sonreír en la oscuridad. Por fin —después de hablar otra vez con Prudhoe— la dejaron sola.

No supo cuánto tiempo permaneció sentada en el suelo, junto a la puerta, pero cuando volvió a incorporarse, tenía las piernas completamente dormidas y se sentía hambrienta. Comió con voracidad, y se acabó más o menos las compras de aquella mañana. Mientras tanto, las moscas parecían haberse reproducido; caminaban sobre la mesa y se comían las sobras. Las dejó hacer. Ellas también tenían que vivir sus vidas.

Finalmente, decidió tomar un poco el aire. No obstante, en cuanto hubo salido del apartamento, el vigilante Prudhoe se asomó en lo alto de la escalera y la llamó.

—Señorita Rider, espere un momento. Tengo un recado para usted.

Contempló la posibilidad de cerrarle la puerta en la cara, pero sabía que el hombre no cejaría hasta haber emitido el mensaje. Bajó la escalera a toda prisa, cual una Casandra en chanclas gastadas.

—Estuvo aquí la policía —le anunció sin haber llegado al pie de la escalera—, la buscaban.

—¿Dijeron qué querían?

—Hablar con usted. Urgentemente. Dos de sus amigos...

—¿Qué les pasa?

—Han muerto —repuso—. Esta tarde. Tienen no sé qué enfermedad.

En la mano tenía una nota. Se la entregó, soltándola un instante antes de que ella la cogiera.

—Me dejaron este número para que llamase. Ha de ponerse en contacto con ellos lo antes posible.

Una vez entregado el mensaje, volvió a subir la escalera.

Elaine miró la nota y los números garabateados en ella. Cuando hubo leído los siete dígitos, Prudhoe había desaparecido.

Entró otra vez al apartamento. Por algún motivo no pensaba en Reuben ni en Sonja —a los que, al parecer, no volvería a ver—sino en el marino, en Maybury, que había visto a la Muerte y había huido de ella sólo para que lo siguiera como un perro fiel, esperando el momento adecuado para saltarle encima y lamerle la cara. Se sentó junto al teléfono y se quedó mirando fijamente los números de la nota, y luego los dedos que sostenerían la nota y las manos que sostenerían los dedos. ¿Acaso el contacto que residía con tanta inocencia en el extremo de sus brazos era ahora letal? ¿Acaso era eso lo que los detectives habían ido a decirle? ¿Que sus amigos habían muerto gracias a sus buenos oficios? Si era así, ¿a cuántas personas había rozado y sobre cuántos había respirado en los días transcurridos desde su pestilente educación en la cripta? En la calle, en el autobús, en el supermercado, en el trabajo, en las diversiones. Pensó en Bernice, tendida en el suelo del lavabo, y en Hermione, frotándose el sitio donde la había besado, como si supiera que le habían pasado alguna plaga. Y de pronto supo, en el fondo de su corazón supo que las sospechas de sus perseguidores eran ciertas, y que durante esos días adormilados había estado nutriendo una cría fatal. De ahí el hambre, de ahí la plenitud que sentía.

Dejó la nota y se sentó en la semipenumbra, tratando de adivinar exactamente el lugar en el que se hallaba la plaga. ¿En la punta de los dedos, en el vientre, en los ojos? En ninguno de esos sitios y, a la vez, en todos. Su primera suposición no era acertada. No se trataba de una cría: no la llevaba en ninguna célula en particular. Sino en todas partes. Ella y la enfermedad eran sinónimos. En ese caso, no podrían cortarle la parte ofensiva, como habían hecho con los tumores y con todo lo que los tumores habían devorado. Aunque, por ese hecho, Elaine no lograría dejar de llamarles la atención. Habían ido a buscarla para devolverla a la custodia de unos cuartos estériles, para privarla

de sus opiniones y de su dignidad, para hacerla objeto únicamente de sus desamoradas investigaciones. La idea le dio asco; prefería morir, igual que la mujer de cabello castaño de la cripta, vencida por la agonía, que volver a someterse a ellos. Hizo pedazos la nota y dejó caer los fragmentos.

De todos modos, era demasiado tarde para encontrar soluciones. Los del traslado habían abierto la puerta y se habían encontrado con que al otro lado esperaba la Muerte, ansiosa por ver la luz del día. Ella era su agente, y la Muerte, en su sabiduría, le había concedido la inmunidad, le había dado fuerzas y aquél lúgido éxtasis, y se había llevado sus temores. A cambio, ella había difundido su palabra, y no había manera de deshacer aquella obra: ya no. Las decenas, incluso cientos de Personas que había contaminado en los últimos días habrían vuelto con sus familias y amigos, a sus lugares de trabajo o de diversión, y habrían difundido la palabra aún más. Habrían pasado la promesa fatal de la Muerte a sus hijos al arroparlos en la cama, a sus parejas en el acto del amor. Los sacerdotes la habrían dado con la Comunión, los tenderos con el cambio de un billete de cinco libras.

Mientras pensaba en ello —en la enfermedad avanzando como el fuego en la madera— volvió a sonar el timbre. Habían vuelto a buscarla.

Y, como antes, llamaban a los timbres de los otros apartamentos. Logró oír a Prudhoe que bajaba la escalera. En esta ocasión, sabía que estaba en casa. Y se lo diría. Aporrearían la puerta, y cuando ella rehusara abrir...

Mientras Prudhoe les abría la puerta principal, Elaine quitó el cerrojo de la de atrás. Al salir al patio, oyó voces ante la puerta del apartamento, y luego los golpes y las demandas. Descorrió el pestillo de la puerta del patio y se lanzó a la oscuridad del callejón. Cuando hubieron derribado la puerta, ella ya se encontraba lejos y no logró oírlos.

Deseaba más que nada regresar a Todos los Santos, pero sabía que esa táctica invitaría a que la arrestasen. Supondrían que seguiría ese camino, contando con el hecho de que siguiera la primera causa. Pero quería volver a ver la cara de la Muerte, ahora más que nunca. Hablar con ella. Discutir sus estrategias. Las estrategias de las dos. Preguntarle por qué la había escogido.

Salió del callejón y desde la esquina observó los sucesos que se producían frente al edificio. Esta vez había más de dos hombres —logró contar por lo menos cuatro— que entraban y salían de la casa. ¿Qué estarían haciendo? Fisgoneando entre su ropa interior y sus cartas de amor, seguramente, examinando las sábanas de su cama en busca de pelos, y el espejo, para ver si quedaban trazas de su reflejo. Aunque pusieran el apartamento patas arriba, y lo examinaran todo a fondo, no encontrarían las pistas que buscaban. Déjalos que busquen. La amante había huido. Sólo quedaban las manchas de sus lágrimas, y las moscas pegadas a la bombilla de la luz, para contar sus alabanzas.

Era una noche estrellada, pero a medida que se acercaba al centro, el brillo de las lámparas que festoneaban los árboles de Navidad y los edificios apagaron su luz. A esa hora, la mayoría de las tiendas habían cerrado hacía rato, pero todavía deambulaba por las aceras un buen número de personas que miraban escaparates. Se cansó pronto de las fruslerías y los maniquíes, y se apartó del camino principal para dirigirse a las calles menos importantes. Estaban más oscuras, lo cual convenía a su estado de abstracción. Por las puertas abiertas de los bares salía el sonido de risas y música; en un garito de un primer piso se inició una discusión: hubo un intercambio de golpes; en un portal, dos amantes desafiaban la discreción; en otro, un hombre orinaba con la vitalidad de un caballo.

Sólo entonces, en la relativa calma de aquellos rincones tranquilos, advirtió que no estaba sola. A una cautelosa distancia la seguían unos pasos, sin alejarse nunca demasiado. ¿Acaso sus perseguidores la habrían seguido? ¿Acaso estarían rodeándola, dispuestos ya a detenerla? Si así era, la huida no haría más que demorar lo inevitable. Sería mejor que se enfrentara a ellos ahora, que los retara a acercarse lo suficiente como para exponerse al contagio. Se ocultó sigilosamente y escuchó aproximarse los pasos; entonces, se plantó ante ellos.

No era la ley, sino Kavanagh. A su sorpresa inicial siguió, casi de inmediato, la súbita comprensión del por qué la había perseguido. Elaine lo estudió. Tenía la piel tan tirante sobre la cabeza que, bajo la luz tenue, logró distinguir el brillo de sus huesos. ¿Cómo era posible, inquirieron sus turbulentos pensamientos, que no lo reconociera antes? ¿Qué no hubiera notado durante el primer encuentro, cuando había hablado de los muertos, de su encanto, que él era su Hacedor?

—La he seguido —le explicó.

—¿Desde mi casa?

Asintió.

—¿Qué le han dicho? —le preguntó él—. ¿Qué le ha dicho la policía?

—Nada que no hubiera adivinado ya —repuso ella.

—¿Lo sabía?

—En cierto modo sí. En el fondo de mi corazón, creo que lo sabía. ¿Recuerda nuestra primera conversación?

Kavanagh asintió con un murmullo.

—Todo lo que dijo de la Muerte. Cuánto egoísmo.

Sonrió de pronto, dejando ver más huesos.

—Sí, ¿qué habrá pensado de mí? —inquirió él.

—Incluso entonces, aquello tuvo un cierto sentido. Aunque no sabía por qué. No sabía lo que me depararía el futuro...

—¿Qué le depara? —preguntó él en voz baja.

—La Muerte ha estado esperándome todo este tiempo, ¿no es cierto? —inquirió, encogiéndose de hombros.

—Claro que sí —repuso él, satisfecho de que comprendiera la situación que había entre ambos.

Avanzó un paso y tendió la mano para tocarle la cara.

—Es usted admirable.

—En realidad no.

—Mire que permanecer tan indiferente ante todo esto. Tan fría.

—¿Qué es lo que hay que temer? —preguntó Elaine.

El le acarició la mejilla. En ese momento esperaba que la capa de piel se le abriera y que de las cavidades oculares saltaran las canicas que jugueteaban en su interior y se hicieran añicos. Pero Kavanagh mantuvo intacto su disfraz, por el bien de las apariencias.

—Te quiero —le dijo.

—Sí —repuso ella.

Claro que quería. Desde el primer momento, en cada palabra, la había querido, pero ella había carecido de la inteligencia para comprenderlo. En definitiva, toda historia de amor era una historia de muerte. Los poetas se empeñaban en ese punto. ;Por qué tenía que ser menos cierto lo opuesto?

No podían ir adonde él vivía; le dijo que también allí habría policías, que ya estarían enterados de su romance. Por supuesto, tampoco podían regresar al piso de ella. De modo que buscaron un hotelito en las cercanías y pidieron una habitación. En el destortalado ascensor, él tomó la libertad de acariciarle el pelo, al ver que ella no lo rechazaba, la puso la mano sobre el pecho.

El cuarto contaba con escasos muebles, pero un árbol de Navidad que había en la calle le daba un cierto toque de encanto con sus luces coloreadas. Su amante no le quitó los ojos de encima ni por un momento como si incluso entonces esperara que diera media vuelta y huyera despavorida al menor fallo de su conducta. No había motivo de preocupación, porque la forma en que la trataba no daba lugar a queja alguna. Sus besos eran insistentes pero no abrumadores. La forma en que la desnudó —salvo por la torpeza (un bonito contacto humano, pensó ella)— fue un modelo de delicadeza y dulce solemnidad.

Se sorprendió de que no supiera ya lo de sus cicatrices, porque había llegado a creer que aquella intimidad había comenzado en la mesa de operaciones, cuando había estado en sus brazos en dos ocasiones, y en dos ocasiones la actitud provocativa del cirujano lo había impedido. Pero quizás, como no era un sentimental, se habría olvidado de aquel primer encuentro. Cualquiera que fuese el motivo, pareció molestarte cuando le quitó el vestido, y se produjo un tembloroso intervalo durante el que Elaine creyó que la rechazaría. Pero el momento pasó, y él tendió la mano hasta el abdomen de Elaine y le pasó los dedos por la cicatriz.

—Es hermosa —le dijo.

Ella se sintió feliz.

—Casi me muero cuando estaba bajo los efectos de la anestesia —le comentó.

—Habría sido un desperdicio —repuso él, subiendo la mano para acariciarle los senos.

Aquello pareció excitarlo, porque cuando volvió a hablar, su voz sonó más gutural.

—¿Qué te dijeron? —le preguntó, deslizando las manos hasta el suave canal que tenía detrás de la clavícula para acariciarla.

Hacía meses que no la tocaban, salvo aquellas manos desinfectadas; su delicadeza la hizo temblar. Tan ensimismada estaba con el placer que sentía que no contestó a su pregunta. Volvió a preguntárselo mientras se movía entre sus piernas.

—¿Qué te dijeron?

—Me dejaron un número de teléfono para que los llamase — repuso a través de la nebulosa expectación que la invadía—. Para ayudarme—Pero tú no querías ayuda, ¿verdad?

—No, ¿para qué iba a quererla? —inquirió con un suspiro.

Entrevió su sonrisa, aunque sus ojos no deseaban otra cosa que cerrarse del todo. Su aspecto no lograba despertar en ella pasión alguna, en realidad, su disfraz tenía muchas cosas (entre otras, aquella absurda pajarita) que le resultaban ridículas. Sin embargo, con los ojos cerrados, podía olvidar detalles tan insignificantes, podía quitarle la máscara imaginárselo puro. Cuando pensó en él de aquella forma, su mente hizo cabriolas.

Le quitó las manos de encima; ella abrió los ojos. Torpemente, intentaba desabrocharse el cinturón. Mientras él estaba ocupado, desde abajo les llegó un grito. Kavanagh volvió bruscamente la cabeza en dirección a la ventana; los músculos se le tensaron. A Elaine le sorprendió su repentina preocupación.

—No hay de qué preocuparse —le aseguró ella.

Kavanagh se inclinó sobre ella y le puso la mano en la garganta.

—Cállate —le ordenó.

Lo miró a la cara. Había empezado a sudar. La conversación de la calle continuó durante unos minutos; se trataba de dos apostadores noctámbulos que se estaban despidiendo. Kavanagh advirtió su error.

—Creí haber oído...

—¿Qué?

—... .Creí haber oido gritar mi nombre.

—¿Quién haría semejante cosa? —preguntó ella, cariñosa—. Nadie sabe que estamos aquí.

Él apartó la mirada de la ventana. De repente, se había extinguido toda su determinación; después del instante de temor, sus facciones se habían relajado. Le pareció casi estúpido.

—Estuvieron a punto, pero nunca me encontraron —le comentó.

—¿A punto?

—Al ir en tu busca —le dijo, apoyando la cabeza sobre sus senos—. Por un pelo —murmuró. Elaine logró oír cómo le latían las sienes—. Pero soy rápido —agregó Él —. E invisible.

La mano de Kavanagh bajó hasta la cicatriz de Elaine, y más abajo aún.

—Y siempre soy muy limpio —añadió él.

Al acariciarla, Elaine suspiró.

—Me admirán por eso, estoy seguro. ¿No crees que deben admirarme por ser tan limpio?

Elaine recordó el caos de la cripta, sus ultrajes, sus desórdenes.

—No siempre... —le dijo.

Kavanagh dejó de acariciarla.

—Es cierto —insistió él —. Nunca derramo sangre. Es una de mis reglas. No derramar nunca sangre.

Elaine sonrió ante sus alardes. Le comentaría —aunque seguramente ya lo sabría— lo de su visita a Todos los Santos, y la obra que había visto allí.

—A veces no se puede evitar el derramar sangre —le comentó ella—. No es que te lo reproche.

Ante estas palabras, él se echó a temblar. ~~¿Qué te han contado de mí? ¿Qué mentiras te han contado? —Ninguna —repuso ella, perpleja por su reacción—. ¿Qué iban ellos a saber?

—Soy un profesional —le explicó, subiendo las manos hasta la cara de ella.

Volvió a sentir en él una cierta intencionalidad. Una especie de seriedad en su peso, mientras se apretaba más contra ella.

—No permitiré que digan mentiras de mí. No lo admitiré.

Apartó la cabeza de su pecho y la miró.

—Me limito a detener al del tambor —le explicó.

—¿El del tambor?

—Tengo que detenerlo limpiamente. En seco.

Los reflejos coloreados de las luces de abajo le pintaron el rostro de rojo, luego de verde, luego de amarillo; eran tonalidades puras, como las de las cajas de lápices de colores de un niño.

—No admitiré que digan mentiras de mí —insistió—. Que digan que derramo sangre.

—No me han dicho nada —le aseguró ella.

Había abandonado por completo la almohada, y se disponía a montarse a horcajadas sobre ella. Sus manos habían acabado con las tiernas caricias.

—¿Quieres que te muestre cuán limpio soy? ¿Con qué facilidad detengo al del tambor?

Antes de que pudiera contestarle, las manos de Kavanagh se cerraron alrededor de su cuello. No le dio tiempo a suspirar, y mucho menos a gritar. Sus pulgares eran diestros; encontraron la tráquea y apretaron. Elaine oyó al del tambor apresurar el ritmo.

—Es rápido y limpio —le decía, al tiempo que los colores continuaban tiñéndolo con su previsible secuencia: rojo, amarillo, verde; rojo, amarillo, verde.

Sabía que tenía que haber un error, una terrible equivocación que no lograba descifrar. Elaine luchó por encontrarle algún sentido.

—No lo entiendo —intentó decirle, pero tenía la laringe magullada y apenas logró articular un sonido gutural.

—Es demasiado tarde para las excusas —le dijo, sacudiendo la cabeza—. Tú viniste hasta mí, ¿lo recuerdas? Quieres que detenga al del tambor. ¿Por qué si no ibas a venir?

Apretó aún más. Elaine tuvo la sensación de que se le hinchaba la cara, que la sangre pugnada por salírsele de los ojos.

—¿No comprendes que iban a advertirte sobre mí? —inquirió haciendo una mueca, mientras proseguía con su trabajo—. Fueron a convencerte para que te alejaras de mí, diciéndote que derramo sangre.

—No —logró decir con el último suspiro.

Pero él se limitó a apretar con más fuerza para borrar esa negativa.

El del tambor tocaba con tal ímpetu que le resultó ensordecedor, aunque la boca de Kavanagh se abría y se cerraba, Elaine ya no logró oír lo que le estaba diciendo. Poco importaba. Comprendía que no era Muerte, ni tampoco el guardián de huesos limpios al que había estado esperando. En sus ansias, se había echado en los brazos de un asesino común, un Caín callejero. Deseó escupirle su odio a la cara, pero le falló la conciencia; la habitación, las luces, aquella cara, todo latía al ritmo del tambor. Luego, todo cesó.

Desde lo alto, ella miró hacia la cama. Su cuerpo yacía despatarrado sobre ella. Desesperada, una mano se había asido a la sábana, y así permanecía, aferrada a ella, aunque carecía ya de vida. Tenía la lengua salida y los labios azules manchados de baba. Pero (tal como le prometiera él) no había sangre.

Aleteó en lo alto; su presencia no levantó siquiera una brisa que sacudiera las telarañas de ese rincón del techo; observó mientras Kavanagh cumplía a su vez con los rituales de su crimen. Estaba inclinado sobre el cadáver, susurrándole al oído, mientras lo acomodaba sobre las sábanas revueltas. Entonces, se desabrochó y dejó al descubierto aquel hueso cuya inflamación era la forma más sincera de halago. Lo que siguió resultó cómico en su falta de gracia, igual que le resultaba cómico su cuerpo, con sus cicatrices, y las zonas en las que la edad había hecho mella, con sus rugosos pliegues. A distancia observó los torpes intentos por acoplarse. Sus nalgas eran pálidas, y tenían las marcas que le habían dejado la ropa interior; su movimiento le recordó a un juguete mecánico.

La besó mientras se movía sobre ella y junto con la saliva se tragó su pestilencia; al separarse de ella, sus manos se llenaron de sus células contagiosas. Él lo ignoraba todo, claro. Desconocía por completo la corrupción que abrazaba y absorbía con cada empellón carente de inspiración.

Finalmente, acabó. No hubo jadeos ni gritos. Simplemente detuvo su movimiento mecánico y se apartó de ella, limpiándose con el borde de la sábana y volviéndose a abrochar.

Unos guías la llamaban. Tenía viajes por emprender, ansiadas reuniones. Pero Elaine no quería irse, al menos no todavía. Dirigió el vehículo de su espíritu hacia un nuevo punto ventajoso desde el cual pudiera ver la cara de Kavanagh. La vista de Elaine, o comoquiera que se llamase el sentido que aquella condición le otorgaba, notó claramente cómo las facciones de Kavanagh se hallaban dibujadas sobre cimientos musculares, y cómo, debajo de ese intrincado esquema, relucían los huesos. Ah, los huesos. No era la Muerte, por supuesto, y sin embargo, sí lo era. ¿Acaso no tenía su cara? Y un día, con la gracia de la podredumbre, la mostraría. Era una verdadera lástima que una fina capa de carne la ocultara a los ojos.

Ven, insistieron las voces. Elaine sabía que ya no podría evadirlas con engaños. Entre ellas se encontraban algunas que creyó conocer. Un momento —suplicó ella—, sólo un momento más.

Kavanagh había terminado con su trabajo en el lugar del crimen, se miró en el espejo del armario para comprobar su aspecto, y luego se dirigió a la puerta. Elaine fue con él, intrigada por la absoluta banalidad de su expresión. El hombre se deslizó silenciosamente hasta el rellano y luego bajó la escalera; aprovechó un momento en que el portero de noche estaba ocupado para salir a la calle y hacia la libertad.

¿Sería el amanecer lo que iluminaba el cielo, o serían las luces? Tai vez lo había estado observando desde el rincón del cuarto durante más tiempo del que creía, quizá en el estado que acababa de estrenar las horas pasaran como si fueran momentos.

Sólo al final fue recompensada por su vigilia, cuando una expresión que le resultaba familiar surcó el rostro de Kavanagh. ¡Hambre! Tenía hambre. No moriría a causa de la plaga, como tampoco había muerto ella. Su presencia brilló en él, le dio un nuevo relumbre a la piel y una nueva insistencia a su estómago.

Kavanagh había llegado a ella como un asesino de poca monta, y se alejaba como mensajero de la Muerte. Elaine se echó a reír al comprender la profecía que, sin saberlo, había puesto en marcha. Kavanagh se detuvo un solo instante, como si la hubiera oído. Pero no; se había detenido a comprobar si oía al del tambor ejecutar su melodía con más fuerza que nunca, y exigiéndole, mientras se alejaba, un vigor nuevo y letal en cada uno de sus pasos.

Cómo se desangran los expoliadores

Locke elevó la vista hacia los árboles. El viento se agitaba entre las copas, y la commoción de las ramas cargadas sonó como el río en plena creciente. Se trataba de una entre miles de representaciones. La primera vez que había llegado a la selva, le había asombrado la multiplicidad de bestias y flores, el implacable desfile de la vida. Pero ya había aprendido. Esa diversidad germinativa era una impostura: la jungla fingía ser un jardín natural. No lo era. Allí donde el ingenuo intruso veía sólo un brillante despliegue de esplendores naturales, Locke lograba reconocer que se gestaba una sutil conspiración en la cual cada cosa era el reflejo de alguna otra. Los árboles, el río; un capullo, un pájaro. En el ala de una mariposa, el ojo de un mono; en los lomos de una lagartija, los rayos del sol sobre las piedras. Vueltas y vueltas en un vertiginoso círculo de representaciones; una galería de espejos que confundía los sentidos y que, con el tiempo, llegaba a carcomer la razón. Fíjate en nosotros —pensó ébriamente mientras estaban de pie, alrededor de la tumba de Cherrick—, también estamos dentro del mismo juego. Vivimos, pero representamos a los muertos mejor que los muertos mismos.

El cuerpo estaba cubierto de costras cuando lo elevaron para meterlo en un saco y conducirlo hasta aquel miserable trozo de terreno, detrás de la casa de Tetelman, para darle sepultura. Había una media docena de tumbas. Todas de europeos, a juzgar por los nombres rudamente grabados a fuego en las cruces de madera, muertos por el calor, las víboras o la añoranza.

Tetelman intentó decir una breve plegaria en español, pero el rugido de los árboles y la algarabía de los pájaros, que regresaban a sus moradas antes de que cayera la noche, la ahogaron. Al cabo de unos instantes, se dio por vencido y todos regresaron al fresco interior de la casa, donde Stumpf estaba sentado, bebiendo brandy y mirando con expresión vacía la mancha oscurecida de los listones del suelo.

En el exterior, dos de los indios domesticados de Tetelman echaban con las palas la fértil tierra de la selva sobre el saco de Cherrick, ansiosos por acabar con el trabajo y marcharse antes del anochecer. Locke los observaba desde la ventana. Los sepultureros no hablaban mientras trabajaban; se limitaban a llenar la tumba poco profunda y a aplanar la tierra lo mejor que podían con las plantas de los pies, duras como el cuero.

Las patadas asestadas al suelo adquirieron un ritmo. A Locke se le ocurrió pensar que quizá fuera el mal efecto del whisky barato; conocía a pocos indios que no bebieran como cosacos. Tambaleándose un poco, comenzaron a bailar sobre la tumba de Cherrick.

—¿Locke?

Locke se despertó. Un cigarrillo brillaba en la oscuridad. Cuando el fumador le dio una calada y la brasa ardió con más intensidad, de la noche surgieron las facciones gastadas de Stumpf.

—Locke, ¿estás despierto?

—¿Quéquieres?

—No puedo dormir —repuso la máscara—, he estado pensando. Pasado mañana llegará el avión de suministros que viene de Santarém. En unas cuantas horas podríamos estar allí. Lejos de todo esto.

—Claro.

—Quiero decir para siempre. Lejos de esto —insistió Stumpf.

—¿Para siempre?

Con la colilla del cigarrillo, Stumpf encendió otro antes de comentar:

—No creo en las maldiciones. Al menos me parece que no creo en ellas.

—¿Quién ha hablado de maldiciones?

—Tú viste el cuerpo de Cherrick. Lo que le ocurrió...

—Hay una enfermedad..., ¿cómo se llama...? —dijo Locke—. Ya sabes, esa enfermedad que no permite que la sangre coagule bien.

—Hemofilia —contestó Stumpf—. No tenía hemofilia, y lo sabemos. Lo he visto arañarse y cortarse cientos de veces. Y se curaba como tú y yo.

Locke atrapó un mosquito que le había aterrizado sobre el pecho y lo estrujó entre el pulgar y el índice.

—De acuerdo. ¿De qué murió, entonces?

—Viste las heridas mejor que yo, pero tengo la impresión de que se le rompía la piel en cuanto lo tocaban.

—Eso es lo que parecía —asintió Locke.

—Tal vez sea algo que se le contagió de los indios.

—Yo no he tocado a ninguno —aclaró Locke, captando su idea.

—Ni yo. Pero él sí, ¿te acuerdas?

Locke se acordaba, no resultaba fácil olvidar escenas como aquélla, por más que lo intentara.

—Dios —dijo en voz baja—. ¡Qué jodida situación!

—Me vuelvo a Santarém. No quiero que vengan a buscarme.

—No van a hacerlo.

—¿Cómo lo sabes? Metimos la pata en ese punto. Pudimos haberlos sobornado. Obligarlos a abandonar esas tierras de otra manera.

—Lo dudo. Has oído lo que dijo Tetelman. Son territorios ancestrales.

—Puedes quedarte con mi parte del terreno —le dijo Stumpf—. No quiero saber nada más.

—¿Hablas en serio? ¿Lo abandonas todo? —Me siento sucio. Somos expoliadores, Locke. —Será tu fin.

—Lo digo en serio. No soy como tú. En realidad, nunca he tenido estómago para estas cosas. ¿Me comprarás el tercio que me corresponde?

—Depende del precio.

—Lo que quieras darme, te lo dejo por lo que quieras dar.

Concluida la confesión, Stumpf volvió a la cama; se recostó en la oscuridad y terminó el cigarrillo. No tardaría en amanecer. Otro amanecer en la selva: un intervalo precioso, demasiado breve, antes de que el mundo comenzara a sudar. Cuánto odiaba aquel lugar. Al menos no había tocado a ninguno de los indios, ni siquiera se había acercado a ellos. Fuera cual fuese la enfermedad que le transmitieran a Cherrick, él no se habría contagiado. En menos de cuarenta y ocho horas estaría en Santarém, y de allí se iría a alguna ciudad, cualquier ciudad, a la que la tribu no podría seguirlo. Ya había cumplido con su penitencia, ¿no?, había pagado por su codicia y su arrogancia con la peste que llevaba en el vientre y los terrores de los que no volvería a separarse. Que fuera aquello castigo suficiente, rogaba, y antes de que los simios comenzaran a anunciar el día se sumió en el sueño del expoliador.

Un escarabajo con el caparazón parecido a una piedra preciosa, atrapado debajo de la red antimosquitos de Stumpf, giró en círculos decrecientes y zumbones buscando una salida. No logró hallarla. Exhausto por la búsqueda, planeó sobre el hombre dormido y fue a posarse sobre su frente. Vagó sobre ella, bebiendo de los poros. Bajo su paso imperceptible, la piel de Stumpf se abrió y se rompió, formando un sendero de diminutas heridas.

Habían llegado al caserío indio a mediodía; el sol era como el ojo de un basilisco. Al principio creyeron que el lugar estaba desierto. Locke y Cherrick se habían internado en el recinto de chozas, dejando en el jeep a Stumpf, que padecía un ataque de disentería, para que no le diera de lleno el calor. Cherrick fue el primero en ver al niño. Era un crío con el vientre hinchado, de unos cuatro o cinco años, que llevaba la cara cubierta de gruesas bandas pintadas con el tinte rojo sacado de la planta del urucú. Había salido de su escondite para espiaar a los invasores; la curiosidad lo había vuelto temerario. Cherrick se quedó inmóvil, igual que Locke. De las chozas y del refugio de los árboles que rodeaban el recinto de moradas fue saliendo el resto de la tribu, de uno en uno, a mirar, igual que el niño, a los recién llegados. Si en sus rostros anchos, de narices chatas, había algún asomo de sentimiento, Locke no logró captarlo. Aquella gente —pensaba en cada indio como parte de una sola y miserable tribu— le resultaba imposible de descifrar; su única habilidad residía en el engaño.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió. El sol le quemaba la nuca—. Estos terrenos son nuestros.

El niño seguía mirándolo a la cara. Sus ojos almendrados se resistían a temerle.

—No te entienden —le dijo Cherrick.

—Tráeme al alemán. Y que él se lo explique.

—No puede moverse.

—Tráemelo hasta aquí —dijo Locke—. Aunque se haya cagado en los pantalones.

Cherrick retrocedió hasta el sendero, dejando a Locke en medio del círculo de chozas. Locke miró de portal en portal, de árbol en árbol, intentando calcular cuántos eran. No habría más de tres docenas de indios; las dos terceras partes eran mujeres y niños, descendientes de los grandes pueblos que en una época habían vagado a millares por la cuenca del Amazonas. Ahora, aquellas tribus estaban casi diezmadas. Estaban arrasando y quemando la selva en la que antaño prosperaran durante generaciones; por sus cotos de caza avanzaban velozmente las autopistas de ocho carriles. Todo lo que consideraban sagrado —lo salvaje \ el lugar que ocupaban en este sistema— era pisoteado y violado: eran exiliados en su propia tierra. Aun así, se negaban a rendir homenaje a sus nuevos amos, a pesar de los rifles que traían consigo. Sólo la muerte los convencería de su derrota, reflexionó Locke.

Cherrick encontró a Stumpf despatarrado en el asiento delantero del jeep, con sus descoloridas facciones más decaídas que nunca.

—Locke quiere que vayas —le dijo, sacudiéndolo para sacarlo del sopor—. El villorio sigue ocupado. Tendrás que hablar con ellos.

—No puedo moverme —gimió Stumpf—. Me estoy muriendo...

—Locke te quiere vivo o muerto —le explicó Cherrick.

El temor que Locke les inspiraba, temor del que nunca hablaban, era quizá una de las pocas cosas que tenían en común; eso y la codicia.

—Me siento fatal —dijo Stumpf.

—Si no te llevo, vendrá él mismo a buscarte —le indicó Cherrick.

Era un argumento irrefutable. Stumpf lanzó una desesperada mirada al otro hombre, asintió con la cabeza enorme y dijo:

—Está bien, ayúdame.

Cherrick no tenía ninguna gana de tocar a Stumpf. El hedor de su enfermedad era insoportable; era como si el contenido de sus tripas le rezumara a través de los poros; su piel tenía el lustre de la carne rancia. A pesar de todo, tomó la mano tendida. Sin ayuda, Stumpf habría sido incapaz de recorrer los cientos de metros que separaban el jeep del recinto de chozas.

Allá adelante, Locke gritaba.

—Date prisa —le urgió Cherrick, tirando de Stumpf para bajarlo del asiento delantero y conducirlo hasta donde Locke vociferaba—. Acabemos con todo esto de una vez.

Cuando los dos hombres llegaron al círculo de chozas, la escena no había variado mucho. Locke miró a su alrededor en busca de Stumpf.

—Tenemos invasores —le dijo.

—Eso veo —repuso Stumpf, agobiado.

—Diles que se vayan de nuestras tierras. Diles que esto es nuestro territorio, que lo hemos comprado. Sin inquilinos.

Stumpf asintió sin mirar a los ojos enfurecidos de Locke. En ocasiones lo odiaba tanto como se odiaba a sí mismo.

—Vamos... —lo instó Locke.

Con un ademán indicó a Cherrick que soltara a Stumpf. Cherrick obedeció. El alemán se tambaleó con la cabeza inclinada. Tardó unos segundos en elaborar su discurso, luego alzó la cabeza y pronunció unas cuantas palabras mustias en mal portugués. La declaración fue recibida con las mismas expresiones impasibles que la actuación de Locke. Stumpf volvió a intentarlo, reordenando su inadecuado vocabulario para despertar una luz de entendimiento entre aquellos salvajes.

El niño al que tanto habían divertido las cabriolas de Locke miraba ahora fijamente a este tercer demonio; de su rostro se había borrado la sonrisa. Éste no era tan cómico como el primero; éste estaba enfermo y se le veía macilento: olía a muerte. El niño se tapó la nariz para no inhalar la maldad que despedía.

Stumpf escrutó a su audiencia con la vista nublada. Si habían entendido y fingían aquella impasible incomprendión, era una actuación sin mácula. Derrotadas sus limitadas habilidades, aturdido, se volvió hacia Locke.

—No me entienden —le dijo.

—Vuelve a decírselo.

—Creo que no hablan portugués.

—Díselo de todos modos.

—No tenemos por qué hablar con ellos —comentó en voz baja Cherrick, al tiempo que amartillaba el rifle —. Están en nuestras tierras. Y tenemos derecho a...

—No —dijo Locke —. No hay necesidad de dispararles. No, si podemos convencerlos de que se vayan pacíficamente.

—No saben lo que es el sentido común —insistió Cherrick—. Míralos. Son animales. Viven en la mugre.

Stumpf había vuelto a intentar comunicarse con ellos; esta vez acompañó sus palabras titubeantes con unos gestos dignos de compasión.

—Diles que tenemos que trabajar —le sugirió Locke.

—Lo hago lo mejor que puedo —replicó Stumpf, irritado.

—Tenemos papeles.

—No creo que eso pueda llegar a impresionarlos —replicó Stumpf con un cauteloso sarcasmo que el otro hombre no captó.

—Diles que se vayan. Que busquen otro terreno que ocupar. Observando cómo Stumpf intentaba traducir estos sentimientos en palabras y al lenguaje de los signos, Locke empezó a repasar las alternativas que le quedaban. Una de dos: o los indios —los txukahamei o los achual o cualquiera que fuera la maldita tribu— aceptaban sus exigencias y se marchaban, o tendrían que echarlos a la fuerza. Como Cherrick había dicho, estaban en su derecho. Tenían papeles de los organismos de desarrollo; tenían mapas en los que se señalaba la división entre un terreno y el siguiente; contaban con todas las autorizaciones, desde las firmas hasta las balas. No tenía un vivo deseo de derramar sangre. El mundo seguía demasiado lleno de liberales de sangrante corazón y de sentimentalistas de ojos tiernos como para hacer del genocidio la solución más conveniente. Pero en anteriores ocasiones se habían utilizado las armas, y volverían a utilizarse, hasta que el último indio sucio se hubiera puesto un par de pantalones y hubiera dejado de comerse a los simios.

A pesar de la batahola de los liberales, las armas tenían su encanto. Eran rápidas, y absolutas. Una vez emitidos sus discursos breves y agudos, no había peligro de que se produjeran ulteriores protestas, no dejaban lugar a que al cabo de diez años algún indio mercenario que hubiera encontrado un ejemplar de Marx en alguna cuneta pudiera regresar exigiendo sus territorios tribales, con petróleo, minerales y todo lo demás. Una vez desaparecidos, era para siempre.

Sólo de pensar en ver muertos a esos salvajes de rostros colorados, a Locke le empezó a picar el dedo con el que apretaba el gatillo: sintió una comezón física. Stumpf había terminado de repetir su discurso sin resultados. Gruñó y se volvió hacia Locke. —Voy a vomitar —dijo.

Tenía la cara pálida y brillante; el resplandor de su piel hacía que sus dientecitos parecieran sucios. —Tú mismo —repuso Locke.

—Por favor. Tengo que acostarme. No quiero que ellos me vean. —No te moverás hasta que te hagan caso —le informó Locke, negando con la cabeza—. Si no nos hacen caso, verás algo por lo que merecerá la pena que vomites.

Mientras hablaba, Locke jugueteó con la caja del rifle, y pasó la uña rota del pulgar por las muescas que llevaba grabadas. Había por lo menos una docena; cada una representaba la tumba de una persona. La selva ocultaba el asesinato con mucha facilidad, parecía incluso que perdonara el crimen de una forma enigmática.

Stumpf se apartó de Locke y volvió a escrutar a los mudos circunstantes. Había tantos indios, pensó; y, aunque llevaba pistola, era un tirador inepto. Suponiendo que arremetieran contra Locke, Cherrick y él mismo, no lograrían sobrevivir. Y sin embargo, al mirar a los indios, no lograba encontrar ninguna señal de agresión. Antaño habían sido guerreros. ¿Ahora? Eran como niños castigados, enfurruñados y obstinadamente estúpidos. En una o dos de las mujeres quedaba algún rastro de belleza; su piel, aunque mugrienta, era delicada, y tenían los ojos negros. De haber estado en mejores condiciones de salud, sus desnudeces le habrían excitado, se habría sentido tentado de estrujar entre las manos aquellos cuerpos relucientes. Tal como estaban las cosas, su fingida incomprendición no hacía más que irritarlo. En medio del silencio, parecían como de otra especie, misteriosos e indescifrables como mulas o pájaros. ¿Acaso no le habían dicho en Uxituba que muchos de ellos ni siquiera ponían nombre a sus hijos, que cada uno de ellos era como una extremidad de la tribu, anónimo y por lo tanto inamovible? Al ver en cada par de ojos la misma mirada oscura, lo creía. Creía que no se estaban enfrentando a tres docenas de individuos, sino a un sistema fluido de odio hecho carne. Se echó a temblar sólo de pensarlo.

Por primera vez desde que aparecieran los hombres blancos, uno de la tribu se movió. Era un anciano; se notaba que tendría unos treinta años más que el resto de la tribu. Iba desnudo, igual que los demás. La carne mustia de sus piernas y sus tetillas parecía cuero bronceado; aunque sus ojos pálidos indicaban que estaba ciego, su paso era perfectamente seguro. Cuando estuvo frente a los

intrusos, abrió la boca —las encías consumidas carecían de dientes— y habló. Lo que salió de su enjuta garganta no era una lengua hecha de palabras, sino de sonidos, una mezcla confusa de sonidos de la selva. Aquella manifestación no presentaba un modelo discernible, era simplemente una muestra —apabullante, a su manera— de personificaciones. Aquel hombre rugía como un jaguar, chillaba como un papagayo; en su garganta albergaba el sonido de la lluvia al mojar las orquídeas y el aullido de los monos.

Los sonidos asquearon a Stumpf. La selva lo había enfermado, deshidratado, exprimido. Y aquel hombre enjuto de ojos reumáticos le estaba vomitando a la cara aquel asqueroso lugar entero. El crudo calor reinante en el círculo de chozas hizo que a Stumpf le latiera la cabeza, y mientras escuchaba el clamor del sabio tuvo la certeza de que el anciano acomodaba el ritmo de su tonta perorata a los latidos que él mismo sentía en las sienes y las muñecas.

—¿Qué dice? —inquirió Locke.

—¿A qué te parece que suena? —repuso Stumpf, irritado por la estúpida pregunta de Locke — . Son sólo ruidos.

—El desgraciado nos está maldiciendo —comentó Cherrick. Stumpf se volvió para fijarse en el tercer hombre. Cherrick tenía los ojos desorbitados.

—Es una maldición —le dijo a Stumpf.

Locke se echó a reír, indiferente ante la aprensión de Cherrick.

Apartó a Stumpf de un empellón y quedó encarado con el viejo, cuya perorata cantada bajó de tono, hasta hacerse melodiosa. Cantaba el crepúsculo, pensó Stumpf: aquella breve ambigüedad entre el día feroz y la noche sofocante. Sí, era eso. En la canción logró captar el ronroneo y el arrullo de un reino somnoliento. Tan persuasivo resultaba que deseó tenderse allí mismo y ponerse a dormir. Locke rompió el hechizo.

—¿Qué estás diciendo? —escupió casi en la cara tortuosa del indio—. ¡Habla con cordura!

Pero los sonidos nocturnos prolongaron su susurro, como un torrente ininterrumpido.

—Ésta es nuestra aldea —intervino otra voz.

El hombre hablaba como para traducir las palabras del anciano. Locke se volvió abruptamente para localizar a quien había hablado. Era un joven delgado, cuya piel pudo haber sido dorada en otra época.

—Nuestra aldea. Nuestra tierra.

—Hablas inglés —le dijo Locke.

—Un poco—repuso el joven.

—¿Por qué no me contestaste antes? —inquirió Locke.

Su furia se exacerbó al notar el desinterés reflejado en el rostro del indio.

—No me correspondía —repuso el hombre—. Él es el más viejo.

—¿El jefe, quieres decir?

—El jefe está muerto. Toda su familia está muerta. Éste es el más sabio de todos...

—Entonces dile...

—No hace falta decirle nada —le interrumpió el joven — . Te entiende.

—¿También habla inglés?

—No — repuso el otro—, pero te entiende. Eres... transparente.

Locke captó a medias que el joven intentaba insultarlo, pero no estaba del todo seguro. Lanzó una mirada asombrada a Stumpf. El alemán sacudió la cabeza. Locke concentró su atención en el joven.

—De todos modos, díselo. Díselo a todos. Esta tierra es nuestra. La hemos comprado.

—La tribu siempre ha vivido aquí —fue la respuesta.

—Pues ahora ya no —le dijo Cherrick.

—Tenemos papeles... —intervino Stumpf suavemente, con la esperanza de que el enfrentamiento acabara pacíficamente — , papeles del gobierno.

—Nosotros estábamos aquí antes que el gobierno —repuso el muchacho.

El viejo había dejado de hablar como la selva. Tal vez haya llegado al comienzo de un nuevo día y por eso se detiene, pensó Stumpf. El anciano se alejó, indiferente a la presencia de los inoportunos visitantes.

—Dile que vuelva —exigió Locke, apuntando al joven con el rifle. El alemán no ocultaba ambigüedad alguna—. Oblígalo a que diga a los demás que tienen que irse.

El muchacho no pareció impresionado por la amenaza del rifle, y se mostró claramente reacio a darle órdenes a uno de sus mayores, por más que existiera un imperativo. Se limitó a observar cómo regresaba el anciano a la choza de la que había salido. En el recinto, los demás comenzaron a retirarse. Al parecer, la retirada del viejo había sido la señal de que se había acabado la fiesta.

—¡No! —rugió Cherrick — . No estás escuchando.

El color de sus mejillas había aumentado un tono, y su voz, una octava. Avanzó con el rifle en alto.

—¡Maldita escoria!

A pesar de su histeria, perdió audiencia rápidamente. El anciano había llegado a la puerta de su choza, y dobló la espalda para desaparecer en el interior; los pocos miembros de la tribu que mostraban algún interés por los hechos observaban a los europeos con un aire de lástima por su locura. Aquello enfureció aún más a Cherrick.

—¡Escuchadme! —aulló. El sudor le perlaba la frente cuando volvió la cabeza a una de las figuras en retirada, y luego a otra—. ¡Escuchadme, bastardos!

—Tranquilo... —le dijo Stumpf.

Aquello desató a Cherrick. Sin advertencia alguna, se llevó el rifle al hombro, apuntó hacia la puerta abierta de la choza en la que había desaparecido el anciano y disparó. De la copa de los árboles adyacentes salieron volando unos pájaros; los perros pusieron pies en polvorosa. Del interior de la choza salió un gritito, que no se parecía en nada a la voz del anciano. Al oírla, Stumpf cayó de rodillas, sosteniéndose el vientre, abatido por los espasmos. Con la cara sepultada en el suelo, no logró ver la diminuta figura que salió de la choza y trotó a la luz. Cuando levantó la cabeza para mirar y vio cómo el niño de la cara roja se agarraba el vientre, abrigó la esperanza de que sus ojos mintieran. Pero no mintieron. Lo que fluía entre los deditos del niño era sangre, y lo que se reflejaba en su cara era la muerte. Cayó sobre la tierra batida, ante el umbral de la choza, se retorció y murió.

En una de las chozas, una mujer comenzó a sollozar calladamente. Por un instante, el mundo giró sobre la cabeza de un alfiler, exquisitamente equilibrado entre el silencio y el grito que debía romperlo, entre la tregua contenida y la atrocidad que iba a desencadenarse.

—¡Maldito bastardo! —murmuró Locke dirigiéndose a Cherrick. Le tembló la voz al emitir la condena—. Apártate. Stumpf, ponte de pie. No esperaremos. Levántate y síguenos o te quedas aquí.

Stumpf continuaba mirando el cuerpo del niño. Conteniendo los sollozos, se incorporó.

—Ayúdame —suplicó.

Locke le tendió el brazo.

—Cúbrenos —le ordenó a Cherrick.

El hombre asintió, mortalmente pálido. Algunos de los de la tribu se habían vuelto a contemplar la retirada de los europeos; a pesar de la tragedia sus expresiones eran más inescrutables que nunca. Sólo el llanto de la mujer, probablemente la madre del niño muerto, reptó entre las figuras silenciosas, lamentando su pena.

El rifle de Cherrick tembló mientras vigilaba la cabeza de puente. Había echado sus cálculos; si se producía una colisión de frente, tenían pocas probabilidades de sobrevivir. Pero incluso ahora que el enemigo se retiraba, entre los indios no se produjo ningún movimiento. Sólo quedaban los hechos acusadores: el niño muerto, el rifle caliente. Cherrick se arriesgó y miró por encima del hombro. Locke y Stumpf ya estaban cerca del jeep, y los salvajes todavía no se habían movido.

Entonces, cuando volvió la mirada hacia el recinto de chozas, fue como si la tribu respirara al unísono un único y sólido aliento; al oír aquel sonido, Cherrick sintió que la muerte se le encajaba en la garganta como la espina de un pescado, demasiado profunda como para quitársela con los dedos, demasiado grande como para defecarla. Esperaba ahí, alojada en su anatomía, incontestable, inapelable. El movimiento que se produjo ante la puerta de la choza lo distrajo de aquella presencia. Dispuesto a volver a cometer el mismo error, empuñó el rifle con más fuerza. El anciano había vuelto a aparecer. Pasó por encima del cadáver del niño, que yacía donde había caído. Cherrick volvió a mirar por encima del hombro. ¿Seguro que habían llegado al jeep? Stumpf había trastabillado y Locke tiraba de él para que se pusiera en pie. Al ver al anciano avanzar hacia él, Cherrick dio un cauteloso paso atrás, seguido de otro más. Pero el viejo no tenía miedo. Atravesó a paso rápido el recinto de chozas y se colocó tan cerca de Cherrick, con el cuerpo vulnerable como siempre, que el cañón del rifle se le hundió en el vientre arrugado.

En sus manos había sangre, lo bastante fresca como para resbalarle por los brazos cuando exhibió las palmas ante Cherrick. Cherrick se preguntó si habría tocado al niño al salir de la choza. Si lo había hecho, había sido gracias a un asombroso juego de prestidigitación, porque Cherrick no había visto nada. Truco o no, el significado de la exhibición resultaba claro: lo estaban acusando de

asesinato. Cherrick no estaba dispuesto a amilanarse. Devolvió la mirada al anciano, contestando a su desafío con más desafío.

Pero el viejo bastardo no hizo nada, se limitó a mostrarle las palmas sangrantes, con los ojos anegados de lágrimas. Cherrick sintió que volvía a crecer en él la ira. Hundió un dedo en las carnes del viejo.

—No me asustas — le dijo —. ¿Me entiendes? No soy un imbécil.

Mientras hablaba, creyó ver un cambio en las facciones del viejo. Era un reflejo del sol, o la sombra de un pájaro, no cabía duda, pero bajo la corrupción de la edad se podía ver un parecido con el niño muerto ante la puerta de la choza: la boca pequeñita sonreía incluso. Entonces, con la misma sutileza con la que había aparecido, la ilusión se desvaneció.

Cherrick retiró la mano del pecho del viejo y entrecerró los ojos para protegerse de otros espejismos. Y reemprendió la retirada. Apenas había dado tres pasos cuando algo, a su izquierda, salió de su escondite. Se dio la vuelta, levantó el rifle y disparó. Un cerdo moteado, al huir de una manada que estaba pastando alrededor de las chozas, fue alcanzado en el cogote por la bala. Trastabilló sobre sí mismo y cayó de cabeza en el polvo.

Cherrick volvió a apuntar al anciano. Pero éste no se había movido, excepto para abrir la boca. De su paladar salió el mismo sonido del cerdo agonizante. Un chillido ahogado, lastimero y ridículo que acompañó a Cherrick por el sendero que conducía al jeep. Locke tenía el motor encendido.

—Sube —le ordenó.

Cherrick no necesitó que lo animasen, y se lanzó al asiento delantero. En el interior del vehículo hacía un calor abrasador y olía a los fluidos corporales de Stumpf, pero era más parecido a un refugio seguro que el lugar donde habían estado en la última hora.

—Era un cerdo —le dijo Cherrick—. Maté un cerdo.

—Ya lo vi —repuso Locke.

—Ese viejo bastardo...

Dejó la frase sin terminar. Se miró los dos dedos con los que había tocado al anciano.

—Lo toqué —murmuró, perplejo por lo que veía.

Las yemas de sus dedos sangraban, aunque el sitio donde había tocado al viejo estaba limpio.

Locke pasó por alto la confusión de Cherrick, hizo marcha atrás para dar la vuelta y se alejó del villorrio por un sendero en el que, durante la hora que habían permanecido allí, parecía haber vuelto a crecer la maleza.

En el pequeño establecimiento ubicado al sur de Averio no abundaba la civilización, pero contaba con la suficiente. Allí había caras blancas y agua limpia. Stumpf, cuyo estado había empeorado durante el viaje de regreso, recibió tratamiento por parte de Dancy, un inglés con los modales de un conde privado de sus privilegios y cara de filete aplanado. Sostenía que en sus tiempos sobrios había sido médico, y aunque no tenía pruebas de su título, nadie puso en duda su derecho a tratar a Stumpf. El alemán deliraba en ocasiones con violencia, pero Dancy, cuyas manos estaban cargadas de pesados anillos de oro, manifestaba un positivo deleite al cuidar a su agitado paciente.

Mientras Stumpf desvariaba debajo de la red antimosquitos, Locke y Cherrick permanecieron sentados en la oscuridad iluminada por una lámpara y bebieron. Luego narraron la historia de su encuentro con la tribu. Fue Tetelman, el dueño del almacén, quien tuvo más que decir cuando la historia hubo concluido. Conocía bien a los indios.

—Hace años que vivo aquí —dijo, dándole nueces al mono sarnoso que saltaba sobre su regazo—. Sé cómo piensa esta gente. Por sus actos pueden parecer estúpidos, incluso cobardes. Pero os aseguro yo, que entiendo de esto, que no son ni lo uno ni lo otro.

Cherrick lanzó un gruñido. El mono azogado lo miró con ojos glaucos.

—Ni siquiera intentaron atacarnos —explicó Cherrick—, aunque había diez de ellos por cada uno de nosotros. Si eso no es cobardía, ¿qué es entonces?

Tetelman se repantigó en la silla chirriante, echando al animal de su regazo. Tenía el rostro arrebolado y ajado. Sólo sus labios, constantemente humedecidos con la bebida, tenían un cierto color; parecía una vieja prostituta, pensó Locke.

—Hace treinta años —dijo Tetelman—, todo este territorio les pertenecía. Nadie lo quería; ellos iban adonde querían, hacían lo que les apetecía. En lo que a nosotros, los blancos, respectaba, la jungla era sucia y estaba llena de enfermedades: no queríamos saber nada de ella. La verdad es que

en cierto sentido teníamos razón. Es sucia y está llena de enfermedades; pero también cuenta con reservas que codiciamos profundamente: minerales, quizá petróleo, poder.

—Pagamos por esas tierras —le explicó Locke; los dedos le temblaban en el borde quebrado de la copa—. Es todo lo que tenemos.

—¿Pagaron por ellas? —se burló Tetelman. El mono parloteaba a sus pies, al parecer tan divertido por aquella afirmación como su dueño—. No. Sólo pagaron para que alguien hiciera la vista gorda y ustedes pudieran apropiarse de las tierras por la fuerza. Pagaron por tener derecho a engañar a los indios de la mejor forma que se les ocurriera. Eso es lo que sus dólares han comprado, señor Locke. El gobierno de este país está contando los meses que faltan para que la última tribu del subcontinente sea borrada de la faz de la tierra por gente como usted. De nada sirve hacerse el inocente ultrajado. Llevo aquí demasiado tiempo...

Cherrick lanzó un escupitajo al suelo desnudo. Tetelman y su perorata le habían encendido la sangre.

—¿Y para qué vino a parar aquí, si es usted tan listo? —inquirió al comerciante.

—Por la misma razón que usted —repuso Tetelman llanamente.

Tetelman posó la mirada sobre los árboles que había más allá del terreno ubicado detrás del almacén. Sus siluetas se agitaban contra el cielo; sería el viento o las aves nocturnas.

—¿Y cuál es esa razón? —inquirió Cherrick, controlando a duras penas la hostilidad.

—La codicia —respondió Tetelman mansamente, sin dejar de observar los árboles.

Algo correteó por el bajo tejado de madera. El mono que yacía a los pies de Tetelman escuchó con la cabeza erguida.

—Creí que aquí me haría rico, igual que usted. Me concedí un plazo de dos años. Como mucho, tres. De eso hace ya veinte largos años. —Frunció el ceño; fueran cuales fuesen los pensamientos que le surcaron los ojos, no cabía duda de que eran amargos—. La selva te devora y luego, tarde o temprano, te escupe.

—A mí no —dijo Locke.

—Claro que sí —dijo Tetelman volviendo los ojos hacia él. Estaban húmedos—. La destrucción está en el aire, señor Locke. Puedo olerla.

Dicho esto, se volvió a mirar por la ventana.

Lo que estaba en el tejado tenía ahora compañía.

—No vendrán aquí, ¿verdad? —dijo Cherrick—. ¿No nos seguirán?

La pregunta, formulada casi en un suspiro, suplicaba una respuesta negativa. Aunque se esforzara, Cherrick no lograba apartar de su mente las escenas del día anterior. No era el cadáver del niño lo que tanto le perseguía, de eso no tardaría en aprender a olvidarse. Era el anciano —con su rostro cambiante, iluminado por el sol— y las palmas levantadas como para mostrar un estigma, eso era lo que no lograba olvidar.

—No se preocupe —le dijo Tetelman, con un cierto tono de condescendencia—. De vez en cuando viene uno, quizá dos, a venderme algún papagayo, o unos cuantos cacharros, pero nunca han venido en grupos grandes. No les gusta esto. Para ellos es la civilización, y los intimida. Además, serían incapaces de lastimar a mis invitados. Me necesitan.

—¿Lo necesitan? —inquirió Locke.

¿Quién podría necesitar a esta piltrafa de hombre?

—Utilizan nuestras medicinas. Dancy se las proporciona. Y de vez en cuando les damos mantas. Como le dije, no son tontos.

En la habitación contigua, Stumpf había comenzado a aullar. La voz consoladora de Dancy intentaba conjurar el pánico. Era evidente que no lo lograba.

—Su amigo está muy mal —dijo Tetelman.

—No es mi amigo —repuso Cherrick.

—Se pudre —murmuró Tetelman para sí.

—¿Qué se pudre?

—El alma. —Aquella palabra sonó completamente fuera de lugar en los labios de Tetelman brillantes por el whisky—. Es como la fruta, ¿sabe? Se pudre.

En cierta manera, los gritos de Stumpf le dieron fuerza a la observación. No era la voz de una persona sana, en ella había una cierta podredumbre.

Para apartar su atención del alboroto del alemán, más que por verdadero interés, Cherrick preguntó:

—¿Qué le dan a usted a cambio de las medicinas y las mantas? ¿Mujeres?

Aquella posibilidad divirtió abiertamente a Tetelman, que se echó a reír; sus dientes de oro brillaron.

—No me sirven para nada —dijo—, he padecido la sífilis durante demasiados años. —Chasqueó los dedos y el mono se encaramó a su regazo—. El alma no es lo único que se pudre.

—¿Qué es lo que saca de ellos a cambio de los suministros? —preguntó Locke.

—Chucherías —respondió Tetelman—. Jarras, cuencos, felpudos Los norteamericanos me los compran y los vuelven a vender en Manhattan. Todo el mundo quiere comprar cosas de las tribus extinguidas. Memento morí.

—¿Extinguidas? —dijo Locke.

La palabra tenía un sonido seductor; a él le sonaba a vida.

—Claro —dijo Tetelman—. Ya están acabados. Si no se los cargan ustedes, ellos lo harán por sí mismos.

—¿Suicidándose? —inquirió Locke.

—A su manera. Se desmoralizan. Lo he visto en muchas ocasiones. Una tribu pierde sus tierras, y junto con la tierra se va su apetito por la vida. Dejan de cuidarse. Las mujeres no quedan preñadas; los hombres jóvenes se dan a la bebida; los viejos se dejan morir de hambre. En uno o dos años es como si no hubieran existido nunca.

Locke se bebió el resto de la copa, brindando en silencio por la fatal sabiduría de esos pueblos. Sabían cuándo morirse, cosa que no podía decirse de alguna gente que había conocido. Al pensar en el deseo de muerte de aquellos indios se sintió absuelto de los últimos vestigios de culpa. ¿Qué eran las armas en sus manos, sino un instrumento de la evolución?

Al cuarto día de haber llegado al almacén, la fiebre de Stumpf disminuyó, muy a pesar de Dancy.

—Lo peor ha pasado —anunció—. Dejen que descansen un par de días más y podrán volver al trabajo.

—¿Cuáles son sus planes? —quiso saber Tetelman.

Locke observaba la lluvia desde el porche. Eran cortinas de agua que descendían de unas nubes tan bajas que rozaban las copas de los árboles. Luego, tan de repente como había llegado, el aguacero desapareció, como si alguien hubiera cerrado un grifo. Asomó el sol; la selva lavada volvía a humear, a retoñar, a prosperar.

—No sé lo que haremos —repuso Locke—. Quizá consigamos ayuda y volvamos a nuestras tierras.

—Hay ciertas formas —dijo Tetelman.

Cherrick, que estaba sentado junto a la puerta para beneficiarse de la escasa brisa disponible, tomó el vaso que su mano apenas había abandonado en los últimos días y volvió a llenarlo.

—No más armas —dijo.

No había tocado el rifle desde el día en que llegaran al almacén; en realidad, sólo tenía contacto con la botella y la cama. Su piel parecía estar perpetuamente erizada.

—No hace falta utilizar armas —murmuró Tetelman.

La frase quedó en el aire como una promesa no cumplida.

—¿Deshacernos de ellos sin armas? —inquirió Locke—. Si quiere decir que hemos de esperar a que mueran de muerte natural, no soy tan paciente.

—No —replicó Tetelman—, podemos ser más rápidos.

—¿Cómo?

—Con ellos me gano la vida —le contestó Tetelman echándole una mirada indolente—. Al menos en parte. Me está usted pidiendo que provoque mi propia quiebra.

«No sólo parece una vieja prostituta —pensó Locke—, sino que piensa como una vieja prostituta.»

—¿Cuánto cuesta su información? —preguntó.

—Una participación en lo que encuentre en sus terrenos —respondió Tetelman.

—¿Qué podemos perder? —inquirió Locke, asintiendo con la cabeza— . Cherrick, ¿estás de acuerdo en darle una participación?

Cherrick asintió encogiéndose de hombros.

—De acuerdo —dijo Locke—, hable.

—Necesitan medicinas —le explicó Tetelman— porque son muy susceptibles a nuestras enfermedades. Una plaga decente puede diezmarlos prácticamente de la noche a la mañana.

Locke meditó al respecto sin mirar a Tetelman.

—Caerían de un solo golpe —prosiguió Tetelman— . Prácticamente no tienen defensas contra ciertas bacterias. Como nunca tuvieron que crear resistencias contra ellas... La gonorrea. La viruela. Incluso el sarampión.

—¿Cómo? —inquirió Locke.

Otro silencio. Más allá de la escalera del porche, donde acababa la civilización, la selva se henchía para ir en busca del sol. En el calor líquido, las plantas florecían, se pudrían y volvían a florecer.

—He preguntado que cómo —repitió Locke.

—Con mantas —respondió Tetelman—, con las mantas de los muertos.

Poco antes del amanecer del día en que Stumpf se recuperó, Cherrick se despertó de repente, arrancado de su reposo por una pesadilla. Afuera, todo estaba oscuro como la pez; ni la luna ni las estrellas aliviaban la profundidad de la noche. Por el reloj de su cuerpo, que su vida de mercenario había adiestrado hasta adquirir una exactitud impresionante, supo que no tardaría mucho en amanecer, y no tenía ganas de volver a apoyar la cabeza y dormir. Porque en sus sueños le esperaba el anciano. Las palmas levantadas, la sangre brillante no era lo único que acosaban a Cherrick. Eran las palabras que en sueños surgían de la boca desdentada del anciano lo que le producían el sudor frío que ahora le cubría el cuerpo.

¿Qué decían esas palabras? No lograba recordarlas, pero lo deseaba; quería arrastrar los sentimientos hasta conducirlos a la vigilia, para poder diseccionarlos y desecharlos por ridículos. Pero no lograba recordarlos. Se quedó tendido sobre su miserable camastro, la oscuridad lo envolvía con demasiada fuerza como para moverse; de repente, las manos ensangrentadas estaban allí, frente a él, suspendidas del techo. No había ningún rostro, ni cielo, ni tampoco la tribu. Sólo las manos.

—Estoy soñando —se dijo Cherrick, pero no era tan tonto como para aceptarlo.

Y entonces, la voz. Su deseo se había hecho realidad; oía las palabras que había oído en sueños. Casi ninguna tenía sentido. Cherrick yacía en su camastro, como un recién nacido que escucha a sus padres hablar pero incapaz de comprender el significado de la conversación. Era un ignorante; saboreó la acritud de su estupidez por primera vez desde la infancia. La voz le hizo temer las ambigüedades de las que nunca había hecho caso, los susurros que su vida gritona había hecho inaudibles. Se esforzó por comprender, y no se sintió del todo frustrado. El hombre hablaba del mundo, y del exilio del mundo; hablaba de cómo destruye lo que uno trata de poseer. Cherrick luchó, deseando poder detener aquella voz para pedirle explicaciones. Pero se apagaba ya, escoltada por los gritos salvajes de los papagayos, por las voces roncas y llamativas que surgían de repente, por todas partes. A través de la malla de su red antimosquitos, Cherrick logró ver el cielo relumbrar tras las ramas de los árboles.

Se sentó en la cama. Las manos y la voz habían desaparecido, y con ellas todo, excepto un murmullo irritante de lo que casi había logrado comprender. Mientras dormía, había arrojado la única sábana y ahora se miraba el cuerpo con disgusto. Tenía la espalda, las nalgas y la parte trasera de los muslos doloridas. Había sudado demasiado sobre esas sábanas toscas, pensó. No era la primera vez en los últimos días que recordaba una pequeña casa en Bristol, la que en algunas épocas había sido su hogar.

El ruido de los pájaros le llenaba la cabeza. Se arrastró hasta el borde del camastro y apartó la red antimosquitos. Al tocarla, el tosco material de la red le restregó la palma de la mano. La soltó y maldijo por lo bajo. Hoy también sentía en la piel unas ansias de ternura, las mismas ansias que experimentara desde el día en que llegara al almacén. Incluso las plantas de los pies, apretadas contra el suelo por el peso de su cuerpo, parecían sufrir al tocar cada nudo y cada astilla. No veía la hora de alejarse de aquel lugar.

Un cálido hilillo le surcó la muñeca y le llamó la atención; se sorprendió de ver un pequeño surco de sangre bajarle por el brazo desde la mano. Tenía un corte en la yema del pulgar, donde la red antimosquitos le había arrancado la carne. Sangraba, aunque no copiosamente. Se chupó la

herida y volvió a sentir esa sensibilidad extraña en el tacto que sólo la bebida abundante adormilaba. Escupiendo sangre, empezó a vestirse.

La ropas fueron como latigazos en la espalda. La camisa, endurecida por el sudor seco, le raspaba los hombros y el cuello; era como si sintiera los hilos aplastarle las terminaciones nerviosas. Por la forma en que lo raspaba, la camisa parecía hecha de tela de saco.

Oyó a Locke moverse en la habitación contigua. Terminó de vestirse con cuidado y fue a reunirse con él. Locke estaba sentado ante la mesa, junto a la ventana. Estudiaba con atención un mapa de Tetelman y bebía una taza de amargo café que Dancy gustaba de preparar, y que tomaba con una gota de leche condensada. Los dos hombres tenían poco que decirse. Desde el incidente de la aldea había desaparecido todo intento de simular amistad o respeto. El único hecho que los mantenía unidos era el contrato que habían firmado con Stumpf. En lugar de desayunar con whisky, cosa que Locke había considerado como un síntoma más de su declive, Cherrick se sirvió una taza del vomitivo brebaje de Dancy y salió a contemplar la mañana.

Se sentía raro. Había algo en el amanecer de aquel día que le provocaba una profunda inquietud. Conocía los peligros de cortejar temores infundados, e intentó prohibirlos, pero eran incontestables.

¿Sería sólo el agotamiento lo que esa mañana lo hacía tan dolorosamente consciente de sus muchos malestares? ¿Por qué si no iba a sentir con tanta fuerza la presión de sus ropas malolientes? El roce del borde de la bota contra el hueso del tobillo, la rítmica raspadura que le producía el pantalón en la pierna cuando caminaba, incluso el arañazo del aire que bullía alrededor de su cara y sus brazos expuestos. El mundo presionaba contra él —al menos era ésa la sensación—, presionaba como si quisiera eliminarlo.

Se le acercó una enorme libélula gimiente, con sus alas iridiscentes, y fue a chocar contra su brazo. El dolor de la colisión le hizo soltar el tazón. No se rompió, pero rodó hasta el porche y se perdió en la maleza. Enfadado, Cherrick apartó de él al insecto de un manotazo, y una mancha de sangre sobre el antebrazo tatuado señaló la defunción de la libélula. Se limpió. La sangre volvió a manar del mismo sitio, plena y oscura.

No era sangre de insecto, sino la suya propia. De algún modo, la libélula le había provocado un corte, pero no había sentido nada. Irritado, observó con más detenimiento la piel perforada. La herida no era importante, pero sí dolorosa.

En el interior de la casa, oyó hablar a Locke. Vociferaba y le describía a Tetelman lo inútiles que eran sus compañeros de aventuras.

—Stumpf no está hecho para este tipo de trabajos —dijo—. Y Cherrick...

—¿Qué tienes que decir de mí?

Cherrick entró en la miserable estancia, limpiándose un nuevo flujo de sangre que le brotaba del brazo.

—Eres paranoico —repuso Locke sin molestarse en mirarlo a la cara—. Paranoico, y no eres digno de confianza.

—Sólo porque maté a un indio mocoso —adujo Cherrick. que no estaba de humor para soportar las impertinencias de Locke. Cuanto más se limpiaba la sangre del brazo lastimado, más le dolía —. Tú no tuviste cojones como para hacerlo por ti mismo.

Locke no se molestó en apartar la vista del mapa que estaba examinando. Cherrick se acercó a la mesa.

—¿Me has oído? —preguntó.

Para añadir fuerza a la pregunta, dio un puñetazo en la mesa. Con el impacto, la mano se le abrió. La sangre saltó en todas direcciones, manchando el mapa.

Cherrick aulló y se apartó de la mesa; la sangre le salía a borbotones de la raja enorme que se le había abierto en el costado de la mano. Se le veía el hueso. A través del tumulto del dolor que le bullía en la cabeza, logró oír una voz suave. Las palabras eran inaudibles, pero sabía de quién eran.

—¡No te escucharé! —gritó, sacudiendo la cabeza como un perro con una pulga en la oreja. Retrocedió tambaleándose hasta llegar a la pared, pero el más leve contacto le produjo otra agonía —. ¡No voy a escucharte, maldita sea!

—¿De qué rayos está hablando? —inquirió Dancy, apoyado en el marco de la puerta.

Los gritos lo habían despertado y sostenía todavía las Obras completas de Shelley, sin las cuales Tetelman había confesado no poder dormir.

Locke reformuló la pregunta a Cherrick. que estaba de pie, con los ojos desmesuradamente abiertos, en un rincón del cuarto; de entre los dedos le manaba la sangre e intentaba vanamente restañar la herida de la mano.

—¿Qué estás diciendo?

—El me habló —repuso Cherrick —. El viejo.

—¿Qué viejo? —inquirió Tetelman.

—Se refiere al de la aldea —aclaró Locke. Y dirigiéndose a Cherrick. preguntó—: ¿Es a él a quien te refieres?

—Quiere echarnos. Exiliados. Igual que ellos. ¡Igual que ellos!

El terror de Cherrick escapaba rápidamente al control de cualquiera y, por supuesto, al suyo propio.

—Tiene una insolación —dijo Dancy, sin perder su manía de diagnosticar.

Locke sabía que no era así.

—Vamos a vendarte la mano —le dijo, acercándose lentamente a Cherrick.

—Lo he oido... —murmuró Cherrick.

—Te creo. Tranquilízate. Ya saldremos de ésta. —No —repuso el otro—. Nos sacarán de aquí. Todo lo que tocamos. Todo lo que tocamos.

Daba la impresión de que iba a desmoronarse, y Locke se acercó para sostenerlo. Cuando sus manos tocaron los hombros de Cherrick, la carne se partió debajo de la camisa, y de inmediato las manos de Locke se empaparon de rojo. Las apartó, consternado. Cherrick cayó de rodillas, y éstas se convirtieron en nuevas heridas. Se miró la camisa y los pantalones manchados.

—¿Qué me está pasando? —lloriqueó.

—Deja que te ayude —dijo Dancy acercándose a él.

—¡No! ¡No me toques! —suplicó Cherrick, pero no se podía rehusar que Dancy prestara su ayuda sanitaria.

—Ya, tranquilízate —dijo, en su mejor estilo de enfermero.

Al sujetarlo Dancy, que sólo pretendía levantarla para que no estuviera apoyado sobre las rodillas sangrantes, se le abrieron nuevos cortes donde lo tocaba. Dancy sintió cómo brotaba la sangre bajo sus manos y cómo se le arrancaba la carne del hueso. La sensación superó incluso su gusto por la agonía. Al igual que Locke, abandonó al hombre perdido.

—Se está pudriendo —murmuró.

El cuerpo de Cherrick se había roto por una docena de sitios o más. Intentó incorporarse y, tambaleante, volvió a venirse abajo; la carne se le abría cada vez que tocaba la pared, o una silla o el suelo. No había ayuda posible. Los demás sólo podían estar allí, como espectadores de una ejecución, esperando los últimos estertores. Incluso Stumpf se había levantado de la cama para ver a qué se debían tantos gritos. Se apoyó en el marco de la puerta; la cara, demacrada por la enfermedad, era toda incredulidad.

Un minuto más, y la pérdida de sangre derrotó a Cherrick. Se desplomó y quedó boca abajo, despatarrado en el suelo. Dancy se acercó a él, se agachó junto a su cabeza.

—¿Está muerto? —preguntó Locke. —Casi —repuso Dancy.

—Podrido —dijo Tetelman, como si la palabra explicara la atrocidad que acababan de presenciar.

En la mano llevaba un crucifijo grande, tallado rudamente. Parecía artesanía india, pensó Locke. El Mesías crucificado en el árbol tenía ojos endriños y estaba indecentemente desnudo. A pesar de los clavos y las espinas, sonreía.

Dancy tocó el cuerpo de Cherrick, dejando que brotara la sangre bajo su mano y le dio la vuelta; se inclinó hacia la cara aterrada. El hombre agonizante movía los labios de forma apenas perceptible.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Dancy, y se acercó aún más para captar las palabras del hombre.

De la boca de Cherrick salía una baba llena de sangre, pero ningún sonido.

Locke se acercó, y apartó a Dancy. Las moscas ya revoloteaban alrededor del rostro de Cherrick. Locke puso su cabeza con cuello de toro a la vista de Cherrick.

~ ¿Me oyes? —inquirió.

El cuerpo gruñó.

—¿Me reconoces?

Otro gruñido.

—¿Quieres darme tu parte de la tierra?

El gruñido fue más suave esta vez, casi un suspiro.

—Tenemos testigos —le informó Locke—. Di simplemente que sí Te oirán. Sólo di que sí.

El cuerpo hacía lo que podía. Abrió la boca un poco más.

—Dancy... —dijo Locke—. ¿Ha oído lo que dijo?

Dancy no pudo disimular el horror que le producía la insistencia de Locke, pero asintió.

—Eres testigo.

—Si no queda remedio —dijo el inglés.

En el fondo de su cuerpo, Cherrick sintió la espina de pescado con la que se había atragantado la primera vez en la aldea; se retorció una última vez y acabó su vida.

—¿Ha dicho que sí, Dancy? —inquirió Tetelman.

Dancy sintió la proximidad física del bruto que estaba arrodillado a su lado. No sabía lo que había dicho el hombre muerto, pero, ¿qué importaba? De todos modos, Locke se quedaría con las tierras, ¿o no?

—Dijo que sí.

Locke se puso de pie, y fue a servirse otra taza de café.

Sin pensarlo, Dancy posó los dedos sobre los párpados de Cherrick para sellar su vacía mirada. Bajo la más ligera de las presiones, los párpados se partieron y la sangre tiñó las lágrimas que habían manado, allí donde antes habían estado los ojos de Cherrick.

Lo enterraron hacia el anochecer. Aunque durante el calor del mediodía el cuerpo había estado en la parte más fresca de la tienda, junto con los comestibles, cuando lo metieron en el interior de una loneta para ser enterrado ya había empezado a descomponerse. Por la noche. Stumpf le había ofrecido a Locke el último tercio de los terrenos, que fue a engrosar la parte de Cherrick; Locke, el realista de siempre, había aceptado. Las condiciones, que eran punitivas, se elaboraron al día siguiente. Al anochecer de aquel día, tal como Stumpf había esperado. Llegó el avión de suministros. Locke, aburrido ya de las desdeñosas miradas de Tetelman, también había decidido volver a Santarém, donde se emborracharía para borrarse la selva del cuerpo durante unos días, y volver renovado. Tenía la intención de comprar provisiones frescas y, si podía, contratar a un chófer y un tirador de confianza.

El vuelo fue ruidoso, incómodo y aburrido; los dos hombres no intercambiaron palabra durante todo el trayecto. Stumpf mantenía los ojos fijos en las zonas de selva que iban sobrevolando y que aún seguían en pie, aunque el paisaje varió muy poco de una hora a la siguiente. Un panorama verde oscuro, roto de vez en cuando por la relumbre del agua, o una columna de humo azul que se elevaba aquí y allá, donde despejaban el terreno; y poco más.

En Santarém se separaron con un solo apretón de manos, que dejó dolorido cada nervio de la mano de Stumpf y que le produjo un corte en la carne tierna entre el pulgar y el índice.

Santarém no era Río, reflexionó Locke mientras se dirigía a un bar del sur de la ciudad, dirigido por un veterano de Vietnam al que le gustaban los espectáculos ad hoc con animales. Uno de los pocos placeres seguros de Locke, de los que nunca se cansaba, consistía en observar a una nativa, de rostro muerto como una torta fría de mandioca, entregarse a un perro o un burro a cambio de unos cuantos dólares mugrientos. En su mayoría, las mujeres de Santarém eran tan insípidas como la cerveza, pero Locke no tenía buen ojo para apreciar la belleza del sexo opuesto: lo único que le importaba era que sus cuerpos funcionaran razonablemente y no estuvieran enfermos. Encontró el bar y se dispuso a pasar la noche intercambiando indecencias con el americano. Cuando se cansó —poco después de medianoche—, compró una botella de whisky y salió a buscar una cara contra la que apagar su calentura.

La mujer estrábica estaba a punto de acceder a determinado pecadillo de Locke, al que se había negado resueltamente hasta que la embriaguez la persuadió y abandonó la escasa esperanza de dignidad que poseía, cuando llamaron a la puerta.

—¡Joder! —protestó Locke.

—Sí —dijo la mujer—. Joder. Joder.

Al parecer, era la única palabra que sabía en inglés. Locke no le prestó atención y, borracho, se arrastró hasta el borde del manchado colchón. Volvieron a llamar a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Senhor Locke? —dijo la voz desde el pasillo; al parecer se trataba de un niño.

—¿Sí? —dijo Locke. Había perdido los pantalones entre la maraña de sábanas—. Sí, ¿quéquieres?

—Mensagem —repuso el niño—. Urgente. Urgente. —¿Para mí?

Había encontrado los pantalones y empezó a ponérselos. La mujer, nada descontenta de la separación, lo observaba desde el cabezal de la cama, jugueteando con una botella vacía. Locke se abrochó al mismo tiempo que iba desde la cama hasta la puerta: una distancia de tres pasos. Abrió. A juzgar por la negrura de sus ojos y el lustre peculiar de la piel, el niño que estaba en el oscuro pasillo parecía de ascendencia india. Llevaba una camiseta con la marca Coca-Cola.

—Mensagem, señor Locke... —insistió el niño—, do hospital.

El niño miró a la mujer que yacía en la cama. Sonrió de oreja a oreja al observar sus cabriolas.

—¿Del hospital? —inquirió Locke.

—Sim. Hospital «Sacrado Coração de María».

No podía ser otro que Stumpf, pensó Locke. ¿A quién más conocía en este rincón del infierno, que acudiera a él? A nadie. Desde su altura miró al lascivo niño.

—Vem contigo —le dijo el niño—, vem contigo. Urgente.

—No —dijo Locke—. No voy. Ahora no. ¿Me entiendes? Más tarde. Más tarde.

—Tá morrendo —le informó el niño encogiéndose de hombros. —¿Se muere? —preguntó Locke.

—Sim. Tá morrendo.

—Que se muera. ¿Me entiendes? Vuelve y dile que no iré hasta que esté listo.

—E meu dinheiro? —inquirió el niño, volviendo a encogerse de hombros, cuando notó que Locke iba a cerrar la puerta.

—Vete al infierno —repuso Locke, y le cerró la puerta en la cara.

Dos horas más tarde, después de un desmañado acto sexual exento de pasión, cuando Locke abrió la puerta, descubrió que, para vengarse, el niño había defecado en el umbral.

El hospital «Sacrado Coração de María» no era un lugar para caer enfermo; mientras recorría los sucios pasillos, Locke pensó que era mejor morirse en la propia cama, en compañía del propio sudor, que ir a parar allí. El olor del desinfectante no lograba tapar del todo el hedor del dolor humano. Las paredes estaban impregnadas de él; formaba una capa grasa sobre las lámparas, daba brillo a los suelos sin lavar. ¿Qué le habría ocurrido a Stumpf para ir a parar allí? ¿Una pelea de taberna, una discusión con algún chulo por el precio de una mujer? El alemán era lo bastante idiota como para meterse hasta el cuello por algo tan insignificante.

—¿Senhor Stumpf? —inquirió a la mujer de blanco con la que se encontró en el pasillo—. Busco al señor Stumpf.

La mujer negó con la cabeza y señaló en dirección al hombre de aspecto atormentado que se encontraba al fondo del pasillo, y que se había detenido un momento para encender un pequeño cigarrillo. Le soltó el brazo a la enfermera y abordó al hombre. Estaba envuelto por una pestilosa nube de humo.

—Busco al señor Stumpf —le dijo.

El hombre lo observó, interrogante.

—¿Es usted Locke? —preguntó.

—Sí.

—Ah —dijo y le dio una chupada al cigarrillo. La causticidad del humo expelido era capaz de provocar la recaída del paciente más duro—. Soy el doctor Edson Costa —le informó el hombre, tendiéndole la mano húmeda y fría—. Su amigo ha estado esperándole toda la noche.

—¿Qué le pasa?

—Se ha lastimado el ojo —respondió Edson Costa, abiertamente indiferente al estado de Stumpf—. Y tiene unas erosiones menores en las manos y la cara. Pero no quiere que nadie se le acerque. Él mismo se ha medicado.

—¿Porqué? —preguntó Locke.

El doctor se mostró perplejo. Y repuso:

—Paga para que lo pongamos en una habitación limpia. Paga mucho. De modo que lo meto en una. ¿Quiere verlo? Quizá pueda llevárselo.

—Quizá —dijo Locke, sin entusiasmo.

—La cabeza... —dijo el doctor—. Tiene delirios.

Sin más explicaciones, el hombre salió a considerable velocidad, dejando tras de sí un reguero de humo de tabaco. Después de dar varias vueltas, salió del edificio principal, atravesó un pequeño patio interior y llegó a una habitación con una mampara de cristal en la puerta.

—Aquí está su amigo —le dijo el doctor, y tirando la colilla, agregó—: Dígale que si no me paga más, mañana tendrá que irse.

Locke espió a través de la mampara de cristal. La habitación de color blanco mugriento estaba vacía, excepto por la cama y una mesita, y estaba iluminada por la misma luz mortecina que maldecía cada centímetro de aquel miserable establecimiento. Stumpf no estaba en la cama, sino en cucillas, en un rincón del cuarto. Tenía el ojo izquierdo cubierto por una venda abultada, sostenida en su sitio por otra, enrollada alrededor de la cabeza.

Locke lo observó durante un buen rato antes de que Stumpf se percatara de que lo estaban mirando. Levantó la cabeza lentamente. El ojo sano, para compensar la pérdida de su compañero, parecía haberse hinchado al doble de su tamaño natural. Reflejaba terror suficiente como para él y su hermano gemelo; en realidad, reflejaba terror como para una docena de ojos.

Cautelosamente, como un hombre cuyos huesos fueran tan frágiles que temiera que un soplo imprudente fuera a destrozarlos, Stumpf se incorporó apoyándose en la pared y se dirigió a la puerta. No la abrió, sino que se dirigió a Locke a través del cristal.

—¿Por qué no viniste? —inquirió.

—Estoy aquí.

—Pero antes —dijo Stumpf. Tenía la cara despelejada, como si le hubieran dado una paliza—. Antes.

—Tenía cosas que hacer —replicó Locke—. ¿Qué te ha pasado?

—Es verdad, Locke —dijo el alemán—, todo es verdad.

—¿De qué estás hablando?

—Tetelman me lo dijo. Los desvarios de Cherrick. Eso de que somos exiliados. Es verdad. Quieren echarnos.

—Ahora no estamos en la selva —le dijo Locke—. Aquí no tienes nada de qué temer.

—Claro que sí —dijo Stumpf; el ojo estaba más abierto que nunca—; Claro que sí! Lo vi...

—¿A quién?

—Al anciano de la aldea. Estuvo aquí. —Es ridículo.

—Estuvo aquí, maldita sea —insistió Stumpf—. Ahí donde estás tú ahora. Me miraba a través del cristal.

—Has estado bebiendo demasiado.

—Le ocurrió a Cherrick y ahora me ocurre a mí. Hacen que sea imposible vivir...

—Yo no tengo ningún problema —dijo Locke soltanto una risotada.

—No dejarán que escapes —le dijo Stumpf—. Ninguno de nosotros escapará. Hasta que les demos una compensación.

—Tienes que abandonar la habitación —le informó Locke. no dispuesto a soportar más tonterías—. Me han dicho que tienes que irte de aquí mañana.

—No —repuso Stumpf—. No puedo irme. No puedo. —No tienes nada que temer.

—El polvo —dijo el alemán — . El polvo que hay en el aire. Me cortará. Me entró una mota en el ojo, sólo una mota, y en seguida me empezó a sangrar como si no fuera a parar nunca. Apenas puedo acostarme, porque es como si las sábanas estuvieran llenas de clavos. Las plantas de los pies me duelen como si fueran a partírseme. Tienes que ayudarme.

—¿Cómo? —inquirió Locke.

—Págales la habitación. Págales para que pueda quedarme hasta que consigas un especialista de Sao Luis. Luego vuelve a la aldea. Locke. Vuelve y díselo. Diles que no quiero las tierras. Diles que ya no me pertenecen.

—Volveré, pero cuando sea hora.

—Tienes que ir de prisa —suplicó Stumpf—. Diles que me dejen en paz.

De repente, la expresión de la cara parcialmente cubierta cambió. Stumpf miró más allá de Locke. al espectáculo que había en el fondo del corredor. De su boca, laxa por el terror, salieron palabras apenas audibles:

—Por favor.

Perplejo ante la expresión de aquel hombre. Locke se volvió. El corredor estaba desierto, a excepción de unas gruesas polillas que hostigaban la bombilla.

—No hay nada allí —le dijo, regresando a la puerta del cuarto de Stumpf.

En el cristal reforzado con alambre de la ventana estaban las huellas claras de dos palmas ensangrentadas.

—Está aquí —dijo el alemán, mirando fijamente el milagro del cristal sangrante.

Locke no tuvo que preguntar a quién se refería. Levantó la mano para tocar las marcas. Las huellas de las manos, aún húmedas, estaban de su lado del cristal, no del de Stumpf.

—Dios mío —murmuró.

¿Cómo pudo nadie haberse deslizado entre él y la puerta, dejar sus huellas y volver a escaparse otra vez en el breve instante que había tardado en darse la vuelta? Desafiaba todo razonamiento. Volvió a mirar corredor abajo. Seguía desierto. Sólo la bombilla, que se columpiaba levemente, como embestida por una brisa pasajera, y las alas de las polillas, susurrantes.

—¿Qué está pasando? —inquirió Locke en un susurro.

Embelesado por las huellas de las manos. Stumpf apoyó ligeramente la punta de los dedos en el vidrio. Al tocarlo, de sus dedos manó la sangre, y unos hilillos bajaron por el cristal. No apartó los dedos, sino que se limitó a mirar fijamente a Locke con la desesperación reflejada en el ojo.

—¿Lo ves? —preguntó con voz muy queda.

—¿A qué estás jugando? —inquirió Locke, también con voz muy queda—. Tiene que ser un truco.

—No.

—No tienes la enfermedad de Cherrick. No es posible. No los tocaste. Así lo acordamos, maldita sea —dijo ardientemente—. Cherrick los tocó, nosotros no.

Stumpf observó a Locke con algo parecido a la pena reflejada en el rostro.

—Nos equivocamos —dijo suavemente. Los dedos, que había apartado del cristal, seguían sangrando, y la sangre le bajaba por el anverso de las manos y los brazos—. Locke, esto no es algo que puedas derrotar o someter. Se nos escapa de las manos. —Levantó los dedos ensangrentados y su propio juego de palabras le hizo sonreír—. ¿Lo ves?

La calma repentina y fatalista del alemán asustó a Locke. Tendió la mano, aferró el picaporte y lo meneó. La habitación estaba cerrada con llave. La llave estaba en el lado de adentro, en el sitio en que Stumpf había pagado para que estuviera.

—No entres —le dijo Stumpf—. No te acerques a mí.

Su sonrisa se había desvanecido. Locke apoyó el hombro contra la Puerta.

—He dicho que no te acerques a mí —gritó Stumpf con voz chillona.

Se alejó de la puerta en el momento en que Locke se abalanzaba contra ella. Al ver que no tardaría en ceder, dio el grito de alarma. Locke no le prestó la menor atención, sino que continuó abalanzándose contra la puerta. Se produjo el sonido de la madera al astillarse.

En alguna parte, allí cerca, Locke oyó la voz de una mujer que había acudido en respuesta a los gritos de Stumpf. Daba igual; agarraría al alemán antes de que llegara algún tipo de ayuda, y entonces, por Dios que le borraría de la cara a aquel bastardo hasta el último vestigio de sonrisa. Volvió a lanzarse contra la puerta con renovado fervor, una y otra vez. La puerta cedió.

En el interior del antiséptico capullo de su habitación, Stumpf sintió la primera punzada de aire sucio del mundo exterior. No fue más que una ligera brisa que invadió su santuario provisional, pero llevaba consigo toda la basura del mundo. Hollín y semillas, escamas de piel desprendidas de miles de cueros cabelludos, pelusas, arena y pelos, el polvillo brillante del ala de una polilla. Motas tan diminutas que el ojo humano sólo alcanzaba a vislumbrar en un haz de blancos rayos de sol; todas ellas, motas diminutas y remolineantes, inocuas para la mayoría de los organismos vivos. Pero para Stumpf aquella nube fue letal; en segundos, su cuerpo se convirtió en un campo de heridas diminutas y sangrantes.

Chilló y corrió hacia la puerta para volver a cerrarla de un golpe; fue como si se hubiera lanzado a una lluvia de pequeñas cuchillas que, una por una, fueron lacerándolo. Empujando contra la puerta para impedir que Locke entrase, las manos heridas se rompieron. Ya era demasiado tarde para impedirle el paso. El hombre había abierto la puerta de par en par, y había entrado; con cada uno de sus movimientos levantaba oleadas de aire que cortaban a Stumpf. Locke aferró al alemán por la muñeca. Al hacerlo, la piel del alemán se abrió como tocado por un cuchillo.

Detrás de él, una mujer lanzó un grito horrorizado. Locke se dio cuenta de que Stumpf ya no estaba en condiciones de retractarse por haberse reído, y lo soltó. Adornado con cortes en todas las partes del cuerpo expuestas al aire y con otras heridas que fueron formándose. Stumpf retrocedió, enceguecido, y cayó junto a la cama. El aire destructor seguía despedazándolo cuando cayó; cada uno de sus agonizantes estertores despertaban nuevos torrentes que lo hicieron pedazos.

Ceniciente, Locke se apartó del lugar donde yacía el cuerpo, y salió al corredor tambaleándose. Lo bloqueaba un grupo de curiosos; se hicieron a un lado cuando lo vieron acercarse, demasiado intimidados por su corpulencia y por la mirada enloquecida que llevaba en el rostro como para hacerle frente. Volvió sobre sus pasos a través del laberinto perfumado de enfermedad, atravesó el pequeño patio y entró en el edificio principal. Brevemente vio a Edson Costa que salía en su persecución, pero no se quedó para dar explicaciones.

En el vestíbulo, que a pesar de la hora estaba atestado de víctimas de uno u otro tipo, su mirada hostil se posó en un niño pequeño, acunado en el regazo de su madre. Al parecer se había lastimado en el vientre. La camisa, excesivamente grande, estaba manchada de sangre; tenía el rostro empapado de lágrimas. La madre no levantó los ojos cuando Locke avanzó entre la multitud. Sin embargo, el niño sí lo hizo. Alzó la cabeza como si hubiera sabido que Locke estaba a punto de pasar y sonrió, radiante.

En la tienda de Tetelman no había nadie que Locke conociera; toda la información que logró sacar a la fuerza a los obreros contratados, en su mayoría tan borrachos que no podían siquiera tenerse en pie, fue que sus amos habían partido hacia la selva el día anterior. Locke persiguió al más sobrio del grupo y lo persuadió con amenazas de que lo acompañara hasta la aldea en calidad de traductor. No tenía una idea clara de cómo haría las paces con la tribu. Lo único de lo que estaba seguro era de que tendría que demostrar su inocencia. Argüiría que, después de todo, no había sido él quien disparara el tiro letal. No cabía duda de que había habido disensiones, pero no le había causado ningún daño a la gente. ¿Cómo podían ellos, en conciencia, conspirar para hacerle daño? Si deseaban castigarlo, no iba a negarse a sus exigencias. En realidad, ¿acaso no obtendrían una satisfacción en ello? Últimamente había visto demasiado sufrimiento. Quería que lo liberaran de él. Cualquier cosa que le pidieran, siempre que estuviera dentro de lo razonable, lo cumpliría, cualquier cosa con tal de no morir igual que los otros. Incluso estaba dispuesto a devolverles las tierras.

El viaje fue muy ajetreado y su arisco acompañante se quejaba con frecuencia y de un modo incoherente. Locke hizo oídos sordos. No había tiempo que perder. Su ruidoso avance —el motor del jeep se quejaba ante cada nueva acrobacia que se le exigía— hizo revivir a la selva por los cuatro costados, y sonó un repertorio de chillidos, lamentos y aullidos. Era un lugar urgente, hambriento, pensó Locke; y por primera vez desde que pusiera el pie en este subcontinente, lo odió con todo su corazón. Aquel lugar no le daba a uno ocasión de encontrarle un sentido a los acontecimientos; a lo más que se podía aspirar era a que se le concediera a uno un rincón donde respirar por un momento entre un escuálido florecer y el siguiente.

Media hora antes del anochecer, exhaustos por el viaje, llegaron a las afueras de la aldea. El sitio no había cambiado nada en los escasos días que habían permanecido alejados de allí, pero el círculo de chozas se notaba claramente desierto. Las puertas estaban abiertas; los fuegos comunales, siempre encendidos, eran un cúmulo de cenizas. No había ni niños ni cerdos que se volvieran a mirarlo mientras atravesaba el recinto. Al llegar al centro del círculo, se quedó inmóvil; buscó a su alrededor alguna pista de lo ocurrido. No encontró nada. La fatiga lo volvió audaz. Reuniendo sus desperdigadas fuerzas, gritó hacia la maleza:

—¿Dónde estáis?

Dos guacamayos rojo brillante, de alas irregulares, salieron volando y chillando de los árboles, en el extremo opuesto de la aldea. Poco después, una figura surgió de la espesura de jacarandás y balsas. No era uno de la tribu, sino Dancy. Se detuvo antes de dejarse ver del todo; al reconocer a Locke, una amplia sonrisa le surcó el rostro, y avanzó hacia el recinto. Detrás de él, el follaje tembló cuando los demás se abrieron paso. Estaba Tetelman, y unos cuantos noruegos dirigidos por un tipo "amado" Björnström, a quien Locke había visto brevemente en el almacén. La cara, bajo un mechón de pelo descolorido por el sol, era igual que la langosta hervida.

—Dios mío —dijo Tetelman—, ¿qué está haciendo aquí?

—Eso mismo le pregunto yo —repuso Locke, irritado.

Con un ademán, Björnström ordenó a sus tres compañeros que bajaran los rifles y se adelantó con una sonrisa conciliatoria.

—Señor Locke —dijo el noruego, tendiéndole la mano enguantada de cuero—, me alegra volver a verte.

Locke bajó la vista y con disgusto observó el guante manchado; con una mirada de autoadmonición, Björnström se lo quitó. La mano que quedó al descubierto era prístina.

—Discúlpeme —le dijo—. Estuvimos trabajando.

—¿En qué? —preguntó Locke.

La acidez estomacal fue subiendo lentamente hasta depositársele en la garganta.

—Esos indios —repuso Tetelman lanzando un escupitajo.

—¿Dónde está la tribu? —preguntó Locke.

—Bj0rnstr0m dice que tiene derechos sobre este territorio... —intervino nuevamente Tetelman.

—¿Dónde está la tribu? —insistió Locke.

El noruego jugueteo con el guante.

—¿Les dieron dinero para que se fueran? —inquirió Locke.

—No exactamente —repuso Bj0rnstr0m.

Su inglés era impecable, como su perfil.

—Que venga —sugirió Dancy con cierto entusiasmo—. Dejad que lo vea con sus propios ojos.

—¿Por qué no? —dijo Bj0rnstr0m asintiendo con la cabeza—. No toque nada, señor Locke. Dígale a su porteador que se quede donde está.

Dancy ya se había dado media vuelta y se dirigía hacia la espesura: Bj0rnstr0m hizo lo mismo, escoltando a Locke por el recinto, hacia un corredor abierto en medio del denso follaje. Locke apenas lograba seguirles; a cada paso, sus piernas se mostraban más reacias a continuar. A lo largo del sendero, el suelo estaba bien apisonado. Sobre la tierra húmeda había un mantillo de hojas y flores de orquídeas pisoteadas.

Habían cavado una fosa en un pequeño claro, a unos cien metros de recinto. La fosa no era profunda, ni tampoco muy grande. Los olores mezclados de la cal y la gasolina tapaban los demás aromas.

Tetelman, que había llegado al claro delante de Locke, se abstuvo de acercarse al borde de la excavación, pero Dancy no se mostró tan melindroso. A grandes zancadas rodeó el extremo más alejado de la fosa y con el dedo le hizo señales a Locke para que se fijara en su contenido.

La tribu ya se estaba pudriendo. Yacían donde los habían arrojado, en un amontonamiento de pechos, nalgas, caras y piernas; sus cuerpos salpicados, aquí y allá, de manchas negras y púrpura. En el aire, encima de los cuerpos, las moscas se agolpaban en una confusa nube.

—Una lección —comentó Dancy.

Locke no logró apartar la vista, mientras Bj0rnstr0m se dirigió al otro costado de la fosa, para unirse a Dancy.

—¿Son todos? —preguntó Locke. El noruego asintió.

—De un solo plumazo —dijo, pronunciando cada palabra con una precisión perturbadora.

—Las mantas —dijo Tetelman, indicando el arma asesina.

—Pero tan de prisa... —murmuró Locke.

—Es muy eficaz —dijo Dancy—. Y difícil de probar. Incluso en el caso de que alguien pregunte.

—Las enfermedades son algo natural —observó Bj0rnstr0m—. Quizá podamos trabajar juntos.

Locke ni siquiera intentó responder. Los otros miembros del grupo noruego habían apoyado sus rifles en el suelo y se disponían a continuar con el trabajo: del solitario montón, junto a la fosa, sacaron los pocos cuerpos que quedaban por arrojar junto a sus congéneres.

Entre la maraña, Locke logró ver a un niño y a un viejo al que los enterradores estaban recogiendo. El cadáver daba la impresión de carecer de articulaciones cuando lo balancearon por encima del borde del agujero. Cayó dando tumbos por la leve pendiente y quedó boca arriba, con los brazos estirados a ambos lados de la cabeza, en un gesto de sumisión, o de expulsión. Se trataba del anciano al que Cherrick se había enfrentado. Las palmas de sus manos todavía estaban rojas. En la frente tenía un limpio agujero de bala. Al parecer, la enfermedad y la desesperación no habían sido del todo eficaces.

Locke se quedó mirando mientras arrojaban el siguiente cuerpo a la fosa común, y a un tercero que le siguió.

Bj0rnstr0m se paseó por el extremo más alejado de la fosa y encendió un cigarrillo. Sus ojos se encontraron con los de Locke.

—Así es la vida —dijo.

Detrás de Locke, Tetelman habló.

—Creímos que no volvería —dijo, intentando quizá justificar su alianza con Bj0rnstr0m.

—Stumpf ha muerto —dijo Locke.

—Mejor, menos para dividir —comentó Tetelman, acercándose y poniéndole una mano sobre el hombro.

Locke no respondió; se limitó a mirar fijamente los cadáveres, a los que estaban cubriendo de cal; lentamente fue advirtiendo el calorcillo que le bajaba por el cuerpo desde el punto en que Tetelman lo había tocado. Asqueado, el hombre había quitado la mano, y se quedó mirando la creciente mancha de sangre de la camisa de Locke.

Crepúsculo en las torres

Las fotografías de Mironenko que le habían enseñado a Ballard distaban mucho de ser instructivas. Sólo en una o dos de ellas aparecía el rostro del hombre de la KGB, plenamente; las restantes eran en su mayoría confusas y poco claras: delataban sus orígenes furtivos. Eso no preocupó demasiado a Ballard. Una larga experiencia, en ocasiones amarga, le había enseñado que el ojo estaba siempre demasiado dispuesto al engaño, pero existían otras facultades..., los restos de unos sentidos que la vida moderna había vuelto obsoletos... y que él había aprendido a poner en juego, para oler los síntomas más leves de traición. De esta capacidad se valdría cuando se encontrara con Mironenko. Con ellos le arrancaría la verdad a aquel hombre.

¿La verdad? Ahí residía la cuestión más intrincada, porque, en este contexto, ¿acaso no era la sinceridad una fiesta móvil? Sergei Zakharovich Mironenko había sido Jefe de Sección de la Directiva S de la KGB durante once años, y había tenido acceso a la información más confidencial sobre la dispersión de ilegales soviéticos en Occidente. Sin embargo, en las últimas semanas se había desencantado de sus amos actuales y había manifestado su consiguiente deseo de desertar al Servicio de Seguridad Británico. A cambio de los complicados esfuerzos que se tendrían que realizar por su culpa, se había ofrecido a actuar como agente dentro de la KGB durante un período de tres meses, concluido el cual lo conducirían al seno de la democracia y lo ocultarían donde sus vengativos jefes supremos no lograran encontrarlo jamás. Le había tocado a Ballard encontrarse cara a cara con el ruso, en la esperanza de establecer si la deslealtad de Mironenko para con su ideología era real o fingida. La respuesta no vendría de labios de Mironenko, y Ballard lo sabía, sino de algún matiz de su comportamiento que sólo el instinto lograría comprender.

En otra época, Ballard habría encontrado fascinante el acertijo, cada uno de sus pensamientos vigilantes habrían dado vueltas al problema por descifrar. Pero tal compromiso había pertenecido a un hombre convencido de que sus actos ejercían un efecto significativo sobre el mundo. Ahora había ganado en experiencia. Los agentes del Este y del Oeste se dedicaban a sus trabajos secretos sin interrupción. Conspiraban, confabulaban, de vez en cuando (aunque raramente) derramaban sangre. Se producían derrotas, pactos especiales y victorias tácticas menores. Pero al final las cosas seguían más o menos como siempre.

Esta ciudad, por ejemplo. Ballard había ido por primera vez a Berlín en abril de 1969. Entonces tenía veintinueve años; acababa de terminar el adiestramiento intensivo y estaba listo para vivir un poco. Aunque allí no se había sentido cómodo. La ciudad le resultó carente de encanto, a menudo desierta. Odell, su colega durante los dos primeros años, había tenido que probarle que Berlín era merecedora de sus afectos, y cuando Ballard cayó, quedó perdido para el resto de su vida. Se sentía más en casa en esta ciudad dividida que en Londres. Su desasosiego, su idealismo fallido y —quizá lo más agudo de todo— su terrible aislamiento, se parecían mucho a él. La ciudad y él mantenían una presencia en un etrial de ambiciones muertas.

Encontró a Mironenko en la Germalde Galerie, y sí, las fotografías habían mentido. El ruso parecía tener más de cuarenta y seis años, y se le veía más enfermo que en aquellos retratos robados. Ninguno de los dos hombres dio muestras de reconocerse. Recorrieron la colección de la galería durante una buena media hora; Mironenko demostró un interés marcado, aparentemente genuino, hacia las obras expuestas. Sólo cuando ambos estuvieron seguros de que no los observaban, el ruso abandonó el edificio y condujo a Ballard hasta el amable suburbio de Dahlem, a una casa segura, mutuamente acordada. Allí, en la cocina pequeña y sin calefacción se sentaron y hablaron.

El dominio del inglés de Mironenko era inseguro, o al menos eso parecía, aunque Ballard tuvo la impresión de que sus esfuerzos por encontrar el sentido eran tanto tácticos como gramaticales. De haber estado él en la situación del ruso, muy bien podría haber presentado la misma fachada; rara vez resultaba dañino parecer menos competente de lo que uno era. A pesar de las dificultades que tenía para expresarse, las declaraciones de Mironenko eran inequívocas.

—Ya no soy comunista —dijo humildemente—. No he sido miembro del partido, al menos no aquí. —Se llevó el puño al pecho y agregó—: Desde hace muchos años.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un pañuelo blancuzco, se quitó un guante, y de entre los pliegues del pañuelo extrajo un frasco de tabletas. —Perdóneme —dijo, y con unos golpecitos sacó las tabletas de la botella—. Tengo dolores. En la cabeza y en las manos.

Ballard esperó hasta que se hubo tragado la medicación antes de preguntarle:

—¿Por qué empezó a dudar?

El ruso se guardó el frasco y el pañuelo en el bolsillo; su rostro estaba falso de toda expresión.

—¿Cómo llega un hombre a perder la... la fe? —preguntó a su vez—. ¿Acaso será porque he visto demasiado, o tal vez demasiado poco?

Observó el rostro de Ballard para comprobar si sus palabras titubeantes tenían algún sentido. Al no encontrar allí comprensión alguna, volvió a intentarlo.

—Creo que el hombre que no cree que está perdido, lo está.

La paradoja fue expresada de forma elegante; la sospecha de Ballard en cuanto al verdadero dominio de Mironenko del inglés se confirmó.

—¿Está usted perdido en estos momentos? —inquirió Ballard.

Mironenko no respondió. Se quitó el otro guante y se miró las manos. Las píldoras que se había tragado no parecían ejercer ningún efecto sobre el dolor del que se había quejado. Abrió y cerró los puños, como un artrítico que comprobara el avance de su enfermedad. Sin levantar la vista, dijo:

—Me enseñaron que el Partido tenía soluciones para todo. Eso me liberó del temor.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —repitió—. Ahora tengo unos extraños pensamientos. Me llegan de ninguna parte...

—Siga —lo animó Ballard.

—Tiene que conocerme por dentro y por fuera, ¿verdad? —Mironenko ensayó una sonrisa forzada—. ¿Hasta lo que sueño?

—Sí —respondió Ballard.

—Nosotros haríamos lo mismo —replicó, asintiendo con la cabeza. Después de una pausa, agregó—: A veces he pensado que me partía. ¿Entiende lo que digo? Que me rompería, porque dentro de mí llevo una rabia tan grande... Y eso hace que tenga miedo, Ballard. Creo que verán cuánto los odio. —Miró a su interrogador—. Tienen que darse prisa, o me descubrirán. Procuro no pensar en lo que harían. —Volvió a hacer una pausa. Se le había borrado del rostro todo vestigio de sonrisa, por más carente de humor que fuera—. La Directiva cuenta con Departamentos de los que ni siquiera yo estoy enterado. Hospitales especiales donde nadie puede entrar. Saben cómo despedazarle el alma a un hombre.

Ballard, el pragmático de siempre, se preguntó si el vocabulario de Mironenko no era un tanto ampuloso. De haber estado él en manos de la KGB dudaba mucho que estuviera pensando en la satisfacción de su propia alma. Al fin y al cabo, era en el cuerpo donde se alojaban las terminaciones nerviosas.

Hablaron durante una hora o más; la conversación giró en torno de la política y los recuerdos personales, las trivialidades y la confesión—Acabada la entrevista, a Ballard no le cabía ninguna duda sobre la antipatía que Mironenko profesaba a sus amos. Era, como él mismo lo había dicho, un hombre sin fe.

Al día siguiente, Ballard se encontró con Cripps en el restaurante del Hotel Schweizerhof, y le presentó un informe oral sobre Mironenko.

—Está dispuesto y espera. Pero insiste en que nos demos prisa en decidirnos.

—Era de suponer —comentó Cripps.

Ese día, el ojo de vidrio le molestaba; el aire frío, explicó, lo volvía lerdo. Se movía a una velocidad ligeramente inferior que su ojo verdadero, y en ocasiones se veía obligado a darle un ligero toque con el dedo para ponerlo en movimiento.

—No permitiremos que nos metan prisas para tomar una decisión —dijo Cripps.

—¿Dónde está el problema? No tengo ninguna duda sobre su compromiso, ni sobre su desesperación.

—Ya te he oído —repuso Cripps—. ¿Quieres algo de postre?

—¿Es que dudas de mis evaluaciones? ¿Es eso?

—Toma algo dulce para terminar, así no me sentiré un perfecto réprobo.

—Crees que me equivoco con respecto a él, ¿verdad? —insistió Ballard. Al ver que Cripps no contestaba, se inclinó sobre la mesa y volvió a insistir—: Es así, ¿verdad?

—Simplemente digo que tenemos motivos para ir con cuidado —repuso Cripps — . Si finalmente decidimos aceptarlo a bordo, los rusos se sentirán muy disgustados. Hemos de estar seguros de que el trato vale la pena como para soportar el mal tiempo que se nos avecina. En estos momentos, las cosas se presentan muy arriesgadas.

—¿Y cuándo no? —replicó Ballard—. Dime una sola ocasión en que no haya habido una crisis en perspectiva.

Se reclinó en la silla e intentó leer en el rostro de Cripps. El ojo de vidrio era, si acaso, más cándido que el verdadero.

—Estoy harto de este maldito juego —murmuró Ballard. —¿Por el ruso? —inquirió Cripps; su ojo de vidrio dio vueltas.

—Puede ser.

—Créeme —le dijo Cripps—, tengo buenos motivos para ir con cuidado con este hombre. —Dime uno.

—No hay nada comprobado.

—¿Qué tienes contra él? —insistió Ballard.

—Ya te lo he dicho, son rumores —repuso Cripps.

—¿Por qué no se me informó?

Cripps sacudió ligeramente la cabeza y repuso:

—En este momento es algo puramente académico. Me has proporcionado un buen informe. Sólo quiero que entiendas que si las cosas no salen como crees que deberían, no es porque no hayamos confiado en tus evaluaciones.

—Ya veo.

—No, no ves nada —dijo Cripps—. Te sientes torturado, y no te culpo del todo.

—¿Y ahora, qué? ¿Se supone que tengo que olvidar que conocí a ese hombre?

—No vendría nada mal —repuso Cripps—. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Estaba claro que Cripps no se fiaba de Ballard como para aceptar sus consejos. Aunque en la semana siguiente Ballard realizó discretamente diversas averiguaciones sobre el caso Mironenko, estaba cantado que alguien había advertido a su círculo habitual de contactos para que mantuvieran la boca cerrada.

Tal como estaban las cosas, las siguientes noticias sobre el caso le llegaron a Ballard a través de las páginas de los diarios de la mañana, en un artículo sobre un cadáver hallado en una casa, cerca de la estación, en Kaiser Damm. En el momento de leer la noticia, no tenía forma de saber cómo podía estar ligada con Mironenko, pero la nota contenía detalles suficientes como para despertar su interés. Por una parte, sospechaba que la casa indicada en el artículo había sido utilizada en algunas ocasiones por el Servicio; por otra, el artículo explicaba que dos hombres no identificados habían estado a punto de ser sorprendidos en el acto de sacar el cadáver de allí, con lo que se veía que aquél no era un crimen pasional.

Alrededor del mediodía fue a ver a Cripps a sus oficinas, con la esperanza de obligarlo a darle alguna explicación, pero Cripps no estaba disponible, ni lo estaría, según le explicó la secretaria, hasta nuevo aviso; habían surgido ciertos asuntos en Munich que lo habían obligado a regresar allí. Ballard le dejó dicho que quería hablar con él en cuanto regresara.

Cuando volvió a salir al aire frío, notó que se había ganado un admirador: un individuo de cara delgada, cuyos cabellos se le habían retirado de la frente, dejándole una ridícula melena en la parte más alta de la cabeza. Ballard lo reconoció; lo había visto en el entorno de Cripps, pero no lograba ponerle nombre a la cara. Se lo proporcionaron rápidamente.

—Suckling —dijo el hombre.

—Ah, claro, hola —dijo Ballard.

—Creo que será mejor que hablemos, si tiene un momento —le explicó el hombre.

Su voz estaba tan contraída como sus facciones; Ballard no quería saber nada de sus chismorros. Estaba apunto de rechazar la oferta, cuando Suckling le dijo:

—Supongo que se habrá enterado de lo que le pasó a Cripps.

Ballard negó con la cabeza. Encantado de poseer aquella piedra preciosa, Suckling agregó:

—Tenemos que hablar.

Caminaron por la Kantstrasse hacia el zoológico. La calle bullía de peatones que iban a comer, pero Ballard apenas reparó en ellos. La historia que Suckling le desveló mientras caminaban exigía su absoluta atención.

Se la refirió con sencillez. Al parecer, Cripps había arreglado un encuentro con Mironenko para realizar su propia evaluación de la integridad del ruso. La casa de Schöneberg, escogida para la reunión, había sido utilizada en varias ocasiones anteriores, y durante mucho tiempo se la había considerado como uno de los lugares más seguros de la ciudad. Sin embargo, la noche anterior quedó probado que no era así. Los hombres de la KGB habían seguido a Mironenko hasta la casa y luego intentaron aguarles la fiesta. No había testigos que pudieran decir lo que ocurrió después: los dos hombres que habían acompañado a Cripps, uno de los cuales era Odell, el antiguo colega de Ballard, habían muerto, y Cripps estaba en coma.

—¿Y Mironenko? —inquirió Ballard.

—Se lo llevaron a la madre patria, al menos eso se presume —repuso Suckling encogiéndose de hombros.

Ballard olfateó un soplo de engaño en el hombre.

—Me commueve que me mantenga usted al día —le comentó a Suckling— . Pero ¿por qué?

—Odell y usted eran amigos, ¿no? —fue la respuesta—. Ahora que Cripps está fuera de circulación, ya no le quedan muchos.

—¿De veras?

—No es mi intención ofenderlo —se apresuró a aclarar Suckling—. Pero tiene usted reputación de disidente.

—Vaya al grano —le ordenó Ballard.

—No hay ningún grano —protestó Suckling—. Simplemente creí que tenía que enterarse de lo ocurrido. Con esto me estoy jugando el pescuezo.

—Buen intento el suyo —dijo Ballard.

Se detuvo. Suckling dio un paso o dos antes de volverse para encontrarse con un Ballard sonriente.

—¿Quién le ha enviado?

—Nadie —repuso Suckling.

—Muy astuto esto de ponerme al tanto sobre el chismorreo de la corte. Estuve a punto de creérmelo. Es usted muy verosímil.

El rostro de Suckling no era lo suficientemente rechoncho como para ocultar un tic en la mejilla.

—¿Por qué motivo sospechan de mí? ¿Creen que conspiro con Mironenko? ¿Es eso? No, no creo que sean tan estúpidos.

Suckling sacudió la cabeza, como un médico en presencia de una enfermedad incurable, y dijo:

—Le gusta hacerse enemigos, ¿eh?

—Es un riesgo del oficio. No se me ocurriría dejar de dormir por eso. En realidad no lo hago.

—Hay cambios en el aire —dijo Suckling—. En su lugar, me aseguraría de tener las respuestas preparadas.

—A la mierda las respuestas —repuso Ballard cortésmente —. Creo que ya es hora de que prepare las preguntas adecuadas.

El que enviaran a Suckling para sondarla olía a desesperación. Querían información desde dentro, pero, ¿sobre qué? ¿Acaso creían de verdad que estaba relacionado con Mironenko o, lo que era peor, con la KGB misma? Dejó que se aplacara su resentimiento, porque levantaba demasiado barro y necesitaba aguas claras si quería encontrar el modo de salir de aquella confusión. De alguna manera, Suckling estaba perfectamente en lo cierto: tenía enemigos, y con Cripps de baja, era vulnerable. En tales circunstancias existían dos tipos de medidas. Podía regresar a Londres y ocultarse, o quedarse en Berlín a esperar la siguiente maniobra por parte de ellos. Se decidió por esto último. El encanto del juego del escondite se fue difuminando rápidamente.

Al desviarse hacia el norte, en dirección a Leibnizstrasse, por el rabillo del ojo vio el reflejo de un hombre de chaqueta gris en un escaparate. Fue un leve atisbo, pero tuvo la sensación de que conocía la cara de ese hombre. Se preguntó si le habrían asignado un perro guardián. Se dio la vuelta y sus ojos se encontraron con los de aquel hombre; sostuvo su mirada. El sospechoso pareció incómodo y apartó la vista. Una actuación, quizás; aunque quizás no. Poco importaba, pensó Ballard. Que lo vigilaran todo lo que quisieran. Estaba libre de culpa. Siempre y cuando más acá de la locura existiera tal estado.

Una extraña felicidad embargó a Sergei Mironenko; felicidad que había llegado sin ton ni son y que llenaba su corazón a rebosar.

Hasta el día anterior, las circunstancias le habían parecido insoportables. El dolor en las manos, la cabeza y la columna había empeorado lentamente, y ahora lo acompañaba una comezón tan cominatoria que había tenido que cortarse las uñas al ras para no producirse serios daños. Había llegado a la conclusión de que su cuerpo se rebelaba en contra de él. Ése era el pensamiento que había intentado explicarle a Ballard: que se encontraba dividido, y que temía que pronto iba a quedar partido en dos. Pero hoy había desaparecido el temor.

Pero no los dolores. Eran peores que el día anterior. Los músculos y los ligamentos le dolían como si los hubieran trabajado más allá de los límites de su propio diseño; en todas las articulaciones tenía moretones donde la sangre había roto sus cauces, debajo de la piel. Pero la sensación de rebelión inminente había desaparecido para ser reemplazada por una lánguida tranquilidad. Y en su centro, una felicidad total.

Cuando intentó reflexionar acerca de los últimos acontecimientos, descifrar qué había desatado esta transformación, su memoria le jugó sucio. Lo habían citado para encontrarse con el superior de Ballard, de eso se acordaba. Pero ya no recordaba si había acudido a la cita. La noche había quedado en blanco.

Ballard sabría cómo estaban las cosas, reflexionó. Desde el principio le había caído bien y había confiado en el inglés; presintió que, a pesar de las muchas diferencias existentes entre ambos, se parecían más de lo esperado. Y se dejó guiar por ese instinto; encontraría a Ballard, de eso estaba seguro. El inglés se sorprendería de verlo, al principio se enfadaría incluso. Pero cuando le contara a Ballard la felicidad que acababa de encontrar, ¿acaso no le perdonaría sus pecados?

Ballard cenó tarde, y bebió hasta más tarde aún en El Cuadrilátero, un pequeño bar de travestidos al que había ido por primera vez con Odell, hacía ya casi veinte años. Sin duda, su guía había tenido la intención de probar su sofisticación mostrándole al colega bisoño la decadencia de Berlín, pero Ballard, aunque nunca había experimentado ningún frisson sexual en compañía de la clientela del Cuadrilátero, se había sentido inmediatamente como en casa. Respetaban su neutralidad; nadie intentaba abordarlo. Dejaban simplemente que bebiera y observara el desfile de géneros.

Al ir allí, aquella noche, había despertado el fantasma de Odell, cuyo nombre sería borrado de las conversaciones por su relación con el asunto Mironenko. Ballard había asistido a ese proceso en otras ocasiones. La historia no perdonaba los errores, a menos que fueran tan profundos que alcanzaran una especie de grandeza. Para los Odells del mundo, hombres ambiciosos que se habían encontrado, muy a pesar de ellos, en un callejón sin salida que no daba lugar a retirada alguna; para tales hombres no se pronunciarían bonitas palabras, ni se les concederían medallas. Sólo existiría para ellos el olvido.

Aquellas reflexiones le produjeron melancolía, y bebió mucho para mantener sus ebrios pensamientos, pero cuando a eso de las dos de la madrugada salió a la calle, su depresión se encontraba obnubilada sólo a medias. Los buenos burgueses de Berlín hacía rato que estaban en la cama; al día siguiente había que ir a trabajar. El sonido del tráfico de la Kurfürstendamm era la única señal cercana de vida. Se dirigió hacia allí; sus pensamientos eran muy ligeros.

Detrás de él, risas. Un muchacho, encantadoramente vestido de estrella de cine, pasó tambaleante por la acera, del brazo de su serio acompañante. Ballard reconoció al travestido, que era parroquiano del bar; el cliente, a juzgar por su traje sobrio, provenía de fuera de la ciudad y deseaba saciar su sed de muchachos vestidos de chicas a espaldas de su esposa. Ballard siguió caminando. La risa del muchacho, de una musicalidad abiertamente forzada, le produjo dentera.

Oyó a alguien correr cerca de allí; por el rabillo del ojo vio moverse una sombra. Seguramente sería su perro guardián. Aunque el alcohol le había obnubilado los instintos, sintió que despuntaba una cierta ansiedad, cuyas raíces no logró precisar. Siguió caminando. Unos temblores ligeros como plumas le recorrieron el cráneo.

Un poco más adelante, notó que la risa proveniente de la calle que había dejado atrás había cesado. Miró por encima del hombro, como esperando ver abrazados al muchacho y a su cliente. Pero habían desaparecido; se habían escabullido por uno de los callejones, sin duda, a concluir su trato en la oscuridad. Cerca de allí, en alguna parte, un perro se había puesto a ladrar furiosamente. Ballard se dio la vuelta para observar el camino por el que había venido, retando a la calle desierta a que le mostrara sus secretos. Fuera lo que fuese lo que le producía el zumbido en la cabeza y la comezón en las palmas de las manos, no era una ansiedad cualquiera. En la calle había algo extraño; a pesar de su aspecto inocente, ocultaba ciertos terrores.

Las luces brillantes de Kurfürstendamm se encontraban a unos minutos de distancia, pero no quería volverle la espalda a este misterio para refugiarse en ellas. Siguió caminando por donde había venido, lentamente. El perro ya no experimentaba alarma alguna, y había callado; por toda compañía tenía el sonido de sus pasos.

Llegó a la esquina del primer callejón y escudriñó en su interior. No había luces en las ventanas ni en los portales. No presintió ninguna presencia humana en la oscuridad. Cruzó el callejón y caminó hasta el siguiente. Un olor sensual flotó de repente en el aire, y se hizo más profuso cuando se acercó a la esquina. Mientras lo aspiraba, el zumbido de la cabeza se hizo más agudo, hasta alcanzar la amenaza del trueno.

En la garganta del callejón titiló una luz solitaria, un magro relumbre proveniente de una ventana superior. Gracias a ella, vio el cuerpo del cliente del travestido, despatarrado en el suelo. Lo habían mutilado de una forma tan traumática que daba la impresión de que habían intentado volverlo del revés. De las vísceras desparramadas, manaba un olor pleno en toda su complejidad.

Ballard había visto muertes violentas en otras ocasiones, y se creyó indiferente al espectáculo. Pero algo en aquel callejón le había desaliñado la calma. Empezaron a temblarle las piernas. Entonces, más allá del haz luminoso, el muchacho habló. —En nombre de Dios... —dijo.

Su voz había perdido toda pretensión de femineidad, era un murmullo de genuino terror.

Ballard avanzó un paso por el callejón. Ni el muchacho ni el motivo de su susurrante plegaria fueron visibles hasta que hubo avanzado unos diez metros. El muchacho se encontraba medio sepultado entre las basuras, junto a una pared. Le habían arrancado las lentejuelas y los tafetanes; su cuerpo era pálido y asexuado. No pareció notar la presencia de Ballard: sus ojos estaban fijos en las más profundas sombras.

A Ballard le temblaron aún más las piernas cuando siguió la mirada del muchacho; era lo máximo que podía hacer para impedir que los dientes le castañetearan. No obstante, continuó avanzando, no por el bien del muchacho (le habían enseñado que el heroísmo tenía poco mérito), sino porque sentía curiosidad; más que curiosidad, estaba ansioso por ver qué clase de hombre era capaz de semejante violación fortuita. Ver cara a cara semejante ferocidad le pareció en ese momento lo más importante del mundo.

El muchacho lo vio y murmuró una penosa súplica, pero Ballard apenas la oyó. Presintió que otros ojos lo miraban, y al posarse sobre él, fue como si lo hubieran golpeado. El ruido de la cabeza adquirió un ritmo enloquecedor, como el sonido de los rotores de un helicóptero. En segundos, se convirtió en un rugido enceguecedor.

Ballard se tapó los ojos con las manos y se tambaleó hacia atrás, contra la pared, apenas consciente de que el asesino salía de su escondite (alguien removió la basura) y se aprestaba a huir. Sintió que algo lo rozaba y abrió los ojos justo a tiempo para ver al hombre alejarse por el pasadizo. Parecía deformado; tenía como una joroba y la cabeza demasiado grande. Ballard le gritó, pero el enloquecido siguió corriendo; sólo se detuvo un momento para mirar el cadáver antes de continuar a toda velocidad hacia la calle.

Ballard se apartó de la pared y se irguió. El ruido de la cabeza disminuyó un poco, el mareo se le pasaba.

Detrás de él, el muchacho había comenzado a gemir.

—¿Lo ha visto? ¿Lo ha visto?

—¿Quién era? ¿Alguien a quien conocía usted?

El muchacho se quedó mirando a Ballard con sus enormes ojos pintados, como un ciervo asustado.

—¿Alguien...? —dijo.

Ballard se disponía a repetir la pregunta cuando oyó el chirrido de unos frenos, seguido del sonido de un impacto. El muchacho se cubrió con el roto trousseau, y Ballard volvió a la calle. Cerca de allí se oían voces; se dirigió hacia ellas a toda prisa. Atravesado en la calzada se encontraba un coche grande, con las luces encendidas. Alguien ayudaba al conductor a salir de su asiento, mientras sus pasajeros —venían de una fiesta a juzgar por los trajes y los rostros enrojecidos por la bebida— discutían furiosamente cómo había ocurrido el accidente. Una de las mujeres hablaba de un animal que había visto en el camino, pero otro de los pasajeros la corrigió. El cuerpo que yacía en la cuneta, donde había sido arrojado por el impacto, no era el de un animal.

Ballard apenas había logrado ver al asesino en el callejón, pero supo instintivamente que era éste. No había rastro de las deformaciones que había creído distinguir; era sólo un hombre vestido con un traje que había visto mejores épocas. Yacía boca abajo, en un charco de sangre. La policía había llegado ya, y un oficial le gritó que se apartara del cuerpo; Ballard pasó por alto la orden y se

acercó para ver el rostro del muerto. En él no había muestras de la ferocidad que tanto había ansiado ver. Sin embargo, reconocía en él muchas cosas.

Era Odell.

Dijo a los oficiales que no había visto el accidente, lo que en esencia era cierto, y huyó de allí antes de que se descubrieran los hechos acaecidos en el callejón adyacente.

Al regresar a sus habitaciones, cada rincón le formulaba una nueva pregunta. La principal de todas: ¿por qué le habían mentido sobre la muerte de Odell? ¿Qué psicosis había hecho presa de él para que matara de la forma que Ballard había visto? Sabía que no obtendría la respuesta a estas pregunta de quienes en otras épocas fueran sus colegas. La única persona a la que hubiera podido arrancarle alguna respuesta era Cripps. Recordó la discusión que tuvieron sobre Mironenko, y «los motivos para tener cuidado» mencionados por Cripps en relación con el ruso. El ojo de vidrio había sabido entonces que había algo en el aire, aunque ni siquiera él mismo había logrado imaginar el grado del verdadero desastre. Dos agentes muy valiosos habían sido asesinados; Mironenko había desaparecido, supuestamente estaría muerto: él mismo — si había de creer a Suckling— estaba al borde de la muerte. Todo aquello había comenzado con Sergei Zakharovick Mironenko, el hombre perdido de Berlín. Al parecer su tragedia era contagiosa.

Ballard decidió que al día siguiente encontraría a Suckling y lo obligaría a darle alguna respuesta. Mientras tanto, le dolían la cabeza y las manos, y quería dormir. La fatiga le impedía razonar adecuadamente, y si en algún momento necesitó de esa facultad, era ahora. A pesar del agotamiento, el sueño tardó una hora o más en llegar, y cuando por fin lo hizo, no le sirvió de alivio. Soñó con unos susurros y, por encima de ellos, elevándose como para ahogarlos, el rugido de los helicópteros. En dos ocasiones despertó del sueño con la cabeza a punto de estallarle: y en las dos ocasiones, un ansia por comprender lo que decían los susurros lo devolvieron a la almohada. Cuando despertó por tercera vez, el ruido de las sienes se había vuelto acuciante: era como un asalto que arrasaba con todo pensamiento, y le hizo temer por su cordura. Casi incapaz de ver la habitación de tanto dolor, salió de la cama a rastras.

—Por favor... —murmuró, como si hubiera alguien que pudiera ayudarlo a superar su miseria.

De la oscuridad surgió una voz tranquila que le contestó:

—¿Qué quieres?

No interrogó al interrogador, se limitó a decir:

—Que me quiten el dolor.

—Puedes hacerlo tú mismo —le informó la voz.

Se apoyó contra la pared, sosteniéndose la cabeza con las manos y llorando agónicas lágrimas. —No sé cómo.

—Los sueños son los que te causan dolor —repuso la voz—, has de olvidarlos. ¿Entiendes? Olvídalos, y el dolor cesará.

Entendió las instrucciones, pero no sabía cómo llevarlas a cabo. En el sueño no tenía ningún poder. Era él el objeto de esos murmullos, y no al revés. Pero la voz insistió.

—El sueño te hace daño, Ballard. Has de sepultarlo. Sepúltalo bien hondo.

—¿Sepultarlo?

—Haz con él una imagen, Ballard. Imagínatelo detalladamente.

Hizo lo que le ordenaban. Se imaginó un cortejo fúnebre, y un ataúd; dentro del ataúd, el sueño. Hizo que los enterradores cavaran bien hondo, tal como la voz le sugiriera, para que no pudiera nadie desenterrar jamás aquella dolorosa cosa. Pero cuando imaginó que bajaban el ataúd a la fosa, oyó que la tapa crujía. El sueño no se estaba quieto. Rechazaba el confinamiento. La tapa del ataúd comenzó a romperse.

—¡De prisa! —le urgió la voz.

El ruido de los rotores era ensordecedor. Empezó a manarle sangre de la nariz; sintió un sabor salado en la garganta.

—¡Acaba con él! —aulló la voz por encima del tumulto—. ¡Tápalo!

Ballard miró dentro de la fosa. El ataúd se sacudía.

—¡Tápalo, maldita sea!

Intentó obligar al cortejo fúnebre a que obedeciera; les exigió que empuñaran las palas y sepultaran aquella ofensiva cosa viviente, pero no le hicieron caso. En cambio, miraron fijamente

hacia el interior de la tumba, igual que él. y observaron cómo el contenido del ataúd luchaba por alcanzar la luz.

—¡No! —exigió la voz, con creciente cólera—. ¡No debes mirar!

El ataúd bailó en la fosa. La tapa se astilló. Brevemente, Ballard logró ver algo brillante entre las maderas.

—¡Te matará! —gritó la voz.

Como para probar su aserción, el volumen del sonido se elevó hasta volverse insoportable, llevándose al cortejo fúnebre, el ataúd y todo lo demás en una llamarada de dolor. De repente, dio la impresión de que lo que la voz había dicho era verdad, que estaba al borde de la muerte. Pero no era el sueño el que conspiraba para matarlo, sino el centinela que habían apostado entre él y el sueño: aquella cacofonía que le destrozaba los sesos.

Hasta ese momento no había notado que había caído al suelo, postrado bajo aquel asalto. Tendió las manos ciegamente y encontró la pared, se arrastró hasta ella; las máquinas seguían rugiendo detrás de sus ojos, la sangre se le agolpó en la cara.

Se incorporó como pudo y comenzó a avanzar hacia el lavabo. A su espalda, la voz había logrado controlar su rabia e iniciaba la exhortación desde el principio. Su sonido era tan íntimo que se volvió del todo con la esperanza de ver a su interlocutor; no se sintió defraudado. Por unos fugaces instantes le dio la impresión de encontrarse en una pequeña habitación sin ventanas, de blancas paredes. La luz era brillante y en el centro del cuarto estaba la cara de la que provenía la voz. Sonreía.

—Los sueños te dan dolor —dijo. Otra vez el primer mandamiento—. Entiérralos, Ballard, y el dolor habrá cesado.

Ballard lloraba como un niño; aquella mirada escrutadora le provocaba vergüenza. Apartó la mirada de su tutor, para ocultar las lágrimas.

—Confía en nosotros —le dijo otra voz, muy cercana—. Somos tus amigos.

No se fiaba de sus bonitas palabras. El dolor del que decían querer salvarlo era obra de ellos; era como una vara con la que le pegaban si los sueños volvían a surgir.

—Queremos ayudarte —dijo otra voz, o quizá la misma.

—No... —murmuró Ballard—. No, maldita sea... No..., no os... creo...

La habitación desapareció y volvió a encontrarse en el dormitorio, aferrado a la pared como un alpinista a la cara de un risco. Antes de que regresaran con más palabras, y más dolor, a tientas, llegó a la puerta del lavabo y ciegamente se abalanzó hacia la ducha. Por un momento, el pánico se apoderó de él mientras buscaba los grifos; después, el agua salió a borbotones. Estaba terriblemente fría, pero puso la cabeza debajo del chorro, mientras la violencia embestida de los rotores intentaba destrozarle el cráneo. El agua helada le cayó por la espalda; dejó que la lluvia lo mojara como un torrente y, poco a poco, los helicópteros se fueron alejando. Aunque temblaba de frío, no se movió hasta que el último se hubo marchado; entonces, se sentó en el borde de la bañera, secándose el agua que le caía por el cuello, la cara y el cuerpo, y poco después, cuando sintió que sus piernas recuperaban las fuerzas, volvió al dormitorio.

Se acostó sobre las mismas sábanas arrugadas, en la misma posición en que había yacido antes; sin embargo, nada era igual. No sabía qué había cambiado en él, ni cómo, pero así permaneció, sin que el sueño molestara su serenidad durante el resto de la noche. Intentó descifrar aquel enigma; poco antes del amanecer recordó las palabras que había balbuceado al encontrarse cara a cara con el engaño. Palabras simples, pero ¡cuánto poder encerraban!

—No os creo... —dijo; y los mandamientos temblaron.

Faltaba media hora para el mediodía cuando llegó a la pequeña empresa exportadora de libros que servía de tapadera a Suckling. Se sentía ingenioso, a pesar de la mala noche que había pasado; rápidamente logró engatusar a la recepcionista para que lo dejase pasar, y entró en el despacho de Suckling sin hacerse anunciar. Cuando Suckling vio al visitante, saltó de su asiento como si le hubieran disparado.

—Buenos días —le dijo Ballard—. Creo que ya es hora de que hablemos.

Los ojos de Suckling se posaron velozmente en la puerta del despacho, que Ballard había dejado entreabierta.

—Lo siento, ¿hay corriente? —inquirió Ballard cerrando la puerta con suavidad—. Quiero vera Cripps.

Suckling paseó la vista por el mar de libros y manuscritos que amenazaban con tragarse su escritorio y le preguntó:

—¿Cómo se le ocurre venir aquí? ¿Se ha vuelto loco? —Dígales que soy amigo, de la familia —sugirió Ballard. —No puedo creer que sea usted tan estúpido.

—Dígame cómo llegar hasta Cripps y me iré.

Suckling no le prestó atención y prosiguió con su andanada: —He tardado dos años en crearme esta tapadera. Ballard se echó a reír.

—¡Informaré de esto, maldita sea!

—Debería hacerlo —repuso Ballard, levantando la voz—. Mientras tanto, ¿dónde está Cripps?

Aparentemente convencido de que estaba ante un loco, Suckling controló su ataque de ira y le dijo:

—Está bien, haré que alguien vaya a visitarlo y lo conduzca hasta él.

—No me parece bien —repuso Ballard.

En dos zancadas se acercó a Suckling y lo sujetó por la solapa. En diez años había pasado a lo sumo unas tres horas en compañía de Suckling, pero en su presencia no había habido un solo instante en el que no hubiera sentido unas ganas tremendas de hacer lo que se disponía a hacer en ese momento. Le apartó las manos de golpe y lo empujó contra la pared tapizada de libros. Una pila de libros cayó al tocarla Suckling con el pie.

—Se lo repito, quiero ver al viejo.

—Quíteme sus sucias manos de encima —le ordenó Suckling, con redoblada furia porque lo habían tocado.

—Insisto, quiero ver a Cripps.

—Haré que le llamen la atención por esto. ¡Haré que lo echen!

Ballard se inclinó hacia la cara enrojecida y sonrió.

—De todas maneras yo estoy fuera. Han muerto varios, ¿lo recuerda? Londres necesita un chivo expiatorio, y creo que seré yo. —Suckling se quedó de una pieza—. De modo que no tengo nada que perder, ¿verdad? —No hubo respuesta. Ballard se acercó más a Suckling y lo aferró con mayor fuerza—. ¿Verdad?

—Cripps ha muerto —le informó Suckling, perdiendo el valor.

—Lo mismo dijo de Odell —repuso Ballard sin soltarlo. Al oír aquel nombre, los ojos de Suckling se abrieron desmesuradamente —. Y lo vi anoche, en la ciudad.

—¿Vio a Odell?

—Claro que sí.

Al mencionar al hombre muerto, Ballard recordó la escena del callejón. El olor del cuerpo, los sollozos del muchacho. Existían otras creencias, pensó Ballard, más allá de la que una vez había compartido con la criatura que tenía debajo de él. Creencias cuyas devociones se construían con sangre y sudor, cuyos dogmas eran sueños. ¿Acaso no era la oración perfecta para bautizarse en esa nueva creencia con la sangre del enemigo?

En algún rincón de su mente logró oír los helicópteros, pero no los dejó levantar vuelo. Se sentía fuerte; las manos, la cabeza, tenían fuerza. Cuando acercó las uñas hacia los ojos de Suckling, la sangre manó fácilmente. Debajo de la carne tuvo una visión momentánea de la cara, de los rasgos de Suckling desnudos hasta la esencia misma.

—¿Señor?

Ballard miró por encima del hombro. La recepcionista estaba de pie, en el umbral de la puerta.

—Lo siento —se disculpó la muchacha, dispuesta a retirarse.

A juzgar por el sonrojo de la chica, era como si hubiese interrumpido una cita de amantes.

—Quédese —le ordenó Suckling—. El señor Ballard... ya se iba.

Ballard soltó a su presa. Surgirían otras oportunidades de cobrarse la vida de Suckling.

—Ya volveremos a vernos —le dijo.

Suckling sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y se lo apretó contra la cara.

—Cuento con ello —repuso.

Ahora irían por él, no le cabía ninguna duda. Era un elemento molesto, y lucharían por acallarlo lo antes posible. La idea no le disgustaba. Lo que habían intentado hacerle olvidar con el lavado de cerebro era más ambicioso de lo que había previsto; aunque le habían enseñado a enterrarlo muy hondo, estaba cavando para surgir a la superficie. Todavía no lograba verlo, pero sabía que estaba cerca. En más de una ocasión, cuando iba camino de regreso a sus habitaciones, imaginó que, detrás de él, alguien lo observaba. Quizá lo seguían todavía, pero su instinto le indicaba lo contrario. La presencia que sentía cerca —tan cerca que a veces se encontraba justo a sus espaldas— era quizás otra parte de él. Se sintió protegido por aquella presencia, como si fuera un dios menor.

En cierto modo había esperado encontrarse con un comité de recepción en sus habitaciones, pero no había nadie. Estaba claro que Suckling había tenido que demorar su llamada de alarma, o bien que la jerarquía superior continuaba discutiendo las tácticas. Se metió en los bolsillos las escasas pertenencias que deseaba ocultar de los ojos calculadores del enemigo y abandonó otra vez el edificio sin que nadie hiciera nada por detenerlo.

Era una gran sensación estar vivo, a pesar del frío, que hacía que las calles mortecinas fueran más mortecinas aún. Sin motivo aparente, decidió ir al zoológico; aunque durante veinte años había visitado la ciudad en muchas ocasiones jamás había visto el zoológico. Mientras caminaba, se le ocurrió que nunca había sido tan libre como en ese momento en que se había despojado del poder como de una chaqueta vieja. Con razón le tenían miedo. Tenían motivos.

La Kantstrasse estaba atestada, pero se abrió paso entre los transeúntes con facilidad, como si presintieran una extraña certeza en él que los obligaba a apartarse. Al acercarse a la entrada del zoo, sin embargo, alguien tropezó con él. Se volvió para reclamar al muchacho, pero sólo alcanzó a verle la nuca cuando se confundía con la multitud que iba hacia Herdenbergstrasse. Sospechó que habían intentado robarle, y se registró los bolsillos. Encontró un trozo de papel en uno de ellos. No fue tan tonto como para examinarlo en el acto, sino que echó un vistazo a su alrededor para comprobar si reconocía al correo. El hombre ya había desaparecido.

Demoró la visita al zoo y se dirigió al Tiergarten; allí —en la espesura del gran parque— buscó un lugar donde leer el mensaje. Era de Mironenko, y le pedía una cita para hablar de un asunto de considerable urgencia; le indicaba una casa en Marienfelde como lugar de encuentro. Ballard memorizó los detalles y destruyó la nota.

Era perfectamente posible que la nota fuera una trampa, tendida por los de su bando o por los del opuesto. Quizá era una forma de poner a prueba su lealtad, o de manipularlo para hacerlo caer en una situación en la que pudieran despacharlo fácilmente. Sin embargo, a pesar de sus dudas, no le quedaba más remedio que acudir, en la esperanza de que quien lo citaba fuera en realidad Mironenko. Fueran cuales fuesen los peligros de aquel encuentro, no le resultaban del todo nuevos. En realidad, y teniendo en cuenta las dudas que había abrigado durante tanto tiempo acerca de la eficacia de la visita, ¿no habían sido todas las citas concertadas por él unas citas a ciegas?

Hacia el anochecer, el aire húmedo se espesó hasta formar una niebla; cuando bajó del autobús en Hildburghauserstrasse ya se había apoderado de la ciudad, otorgándole al frío nuevos poderes para producir incomodidades.

Ballard avanzó rápidamente por las calles silenciosas. Apenas conocía el barrio, pero su proximidad al Muro le había arrancado el escaso encanto que alguna vez pudo haber tenido. Muchas de las casas estaban deshabitadas, y las pocas que no lo estaban se encontraban cerradas a cal y canto para impedir el paso de la noche, el frío y las luces que brillaban desde las torres de vigilancia. Sólo con la ayuda del mapa logró encontrar la callecita que indicaba la nota de Mironenko.

En la casa no había luces. Ballard llamó con fuerza, pero en el vestíbulo no oyó la respuesta de unos pasos. Había pensado ya en varias posibilidades, pero el que en la casa no le contestaran no había sido una de ellas. Volvió a llamar una y otra vez. Sólo entonces oyó ruidos en el interior; finalmente, le abrieron la puerta. El pasillo estaba pintado de gris y marrón, e iluminado por una bombilla desnuda. El hombre cuya silueta quedó recortada contra el monótono interior no era Mironenko.

—Sí? ¿Qué quiere? —le preguntó.

Hablaban alemán con un claro acento moscovita.

—Busco a un amigo mío —respondió Ballard.

El hombre, que era casi tan ancho como el umbral de la puerta, negó con la cabeza.

—Aquí no hay nadie. Sólo estoy yo.

—Me dijeron...

—Se habrá equivocado de casa.

En cuanto el portero hubo hecho el comentario, desde el fondo del triste pasillo le llegaron unos ruidos. Alguien derribaba unos muebles y empezaba a gritar.

El ruso miró por encima del hombro y se disponía a cerrarle la puerta en la cara a Ballard, pero éste puso el pie entre la puerta y el marco y se lo impidió. Aprovechando la distracción del hombre, Ballard apoyó el hombro contra la puerta y empujó. Se encontró en el pasillo —en realidad ya lo había recorrido hasta la mitad— antes de que el ruso fuera en su persecución. Los ruidos habían aumentado, ahogados ahora por los chillidos de un hombre. Ballard siguió aquellos sonidos hasta dejar atrás los dominios de la solitaria bombilla y adentrarse en la oscuridad del fondo de la casa. En aquel punto habría muy bien podido perderse, pero justo en ese instante una puerta se abrió violentamente delante de él.

La habitación tenía el suelo de madera roja; brillaba como si lo acabaran de pintar. Y apareció el decorador en persona. Le habían abierto el torso desde el cuello hasta el ombligo. Se apretaba con las manos el canal abierto, pero poco pudo hacer para detener el torrente; la sangre le brotaba a chorros, y junto con ella saltaron las vísceras. La mirada del hombre encontró la de Ballard; sus ojos estaban llenos de muerte a rebosar, pero su cuerpo aún no había recibido la instrucción de echarse y morir; avanzó a tientas, en un deplorable intento de huir de la escena de la ejecución.

Ballard se quedó petrificado ante el espectáculo que contemplaba, y el ruso logró darle alcance; lo sujetó y lo arrastró de vuelta al pasillo, gritándole a la cara. Ballard no entendió palabra de la asustada perorata en ruso, pero no hizo falta que le tradujeran lo que le decían aquellas manos que se cerraron alrededor de su garganta. El ruso no era tan hábil como él, y aunque en las manos tenía la fuerza de un experto estrangulador, Ballard no hubo de hacer ningún esfuerzo para sentirse superior a su contrincante. Apartó las manos que le apretaban el cuello y lo golpeó en la cara. Fue un golpe fortuito. El ruso cayó contra la escalera y dejó de gritar.

Ballard se volvió a mirar la habitación roja. El muerto había desaparecido, aunque en el umbral de la puerta quedaban trozos de su carne.

Desde el interior le llegó una carcajada.

Ballard se volvió hacia el ruso y preguntó:

—En nombre de Dios, ¿qué es lo que ocurre?

El otro se limitó a mirar fijamente hacia la puerta abierta.

Al hablar Ballard, las risas cesaron. Una sombra se movió sobre la pared manchada de sangre del interior, y una voz dijo:

—¿Ballard?

La voz era ronca, como si el hablante hubiera gritado un día y una noche enteros, pero era la voz de Mironenko.

—No se quede ahí fuera, hace frío —le dijo—; entre. Y traiga a Solomonov.

El ruso hizo un esfuerzo por llegar hasta la puerta principal, pero Ballard logró asirlo antes de que hubiera logrado dar un par de pasos.

—No hay nada que temer, camarada —le dijo Mironenko—, el perro se ha marchado.

A pesar de la frase tranquilizadora, Solomonov comenzó a sollozar cuando Ballard lo empujó hacia la puerta abierta.

Mironenko tenía razón; adentro hacía más calor. Y no había señales del perro. Sin embargo, había sangre en abundancia. El hombre que Ballard había visto tambalearse en el umbral de la puerta había sido arrastrado de vuelta a aquel matadero mientras el inglés luchaba con Solomonov. El cuerpo había sido tratado con una atrocidad sorprendente. Le habían abierto la cabeza a golpes; y por el suelo estaban desparramadas sus vísceras.

Acuclillado en un oscuro rincón de aquel horrible cuarto se encontraba Mironenko. A juzgar por la hincha de la cara y del torso, lo habían golpeado sin piedad, pero en la cara sin afeitar se dibujó una sonrisa para su salvador.

—Sabía que vendría —le dijo. Posó la mirada en Solomonov—. Me siguieron. Supongo que tenían intención de matarme. ¿Era eso lo que pretendíais, camarada?

Solomonov negó con la cabeza, lleno de miedo. Sus ojos pasaron rápidamente de la magullada cara redonda de Mironenko a los trozos de vísceras desperdigados por todas partes, sin encontrar refugio alguno.

—¿Qué los detuvo? —inquirió Ballard.

Mironenko se puso de pie. Incluso aquel lento movimiento hizo estremecerse a Solomonov.

—Díselo al señor Ballard —le ordenó Mironenko—. Dile lo que ocurrió. —Solomonov estaba demasiado aterrado para contestar—. Es de la KGB —le explicó Mironenko—. Los dos son de confianza. Pero se ve que no les tenían tanta confianza como para avisarles. Pobres idiotas. Los

enviaron a asesinarme armados de un revólver y una plegaria. —Se echó a reír ante aquel pensamiento—. En estas circunstancias, ninguna de las dos cosas les sirvió de mucho.

—Déjame ir... —murmuró Solomonov —, te lo suplico. No diré nada.

—Dirás lo que ellos quieran que digas, camarada, tal como hacemos todos —repuso Mironenko—. ¿No es así, Ballard? ¿No somos esclavos de nuestra fe?

Ballard observó atentamente la cara de Mironenko; reflejaba una plenitud no del todo atribuible a las magulladuras. Un hormiguelo parecía recorrerle la piel.

—Nos han vuelto desmemoriados —dijo Mironenko.

—¿De qué nos olvidamos? —preguntó Ballard. —De nosotros mismos —fue la respuesta.

Al contestar, Mironenko salió de su mugriento rincón y se plantó en la luz.

¿Qué le habían hecho Solomonov y su compañero muerto? La carne de Mironenko era una masa de pequeñas contusiones, y en el cuello y las sienes tenía unos bultos ensangrentados que Ballard habría confundido con moretones, de no haberlos visto palpitárselos, como si algo anidara debajo de la piel. Sin embargo, Mironenko no dio señales de incomodidad cuando tendió la mano hacia Solomonov. Al tocar al frustrado asesino, éste perdió el control de la vejiga, pero las intenciones de Mironenko no eran asesinas. Con una pavorosa ternura le quitó una lágrima que se deslizaba por la mejilla de Solomonov.

—Vuelve con ellos —aconsejó al tembloroso hombre —. Cuéntales lo que has visto.

Solomonov apenas podía creer lo que oía, o bien sospechó —igual que Ballard— que aquel perdón era una trampa, y que cualquier intento por alejarse de allí provocaría unas consecuencias fatales.

Pero Mironenko insistió.

—Vete. Déjanos, por favor. ¿O preferirías quedarte y comer?

Solomonov dio un solo paso vacilante hacia la puerta. Al comprobar que no le había caído ningún golpe, dio otro paso, y un tercero, y luego salió por la puerta y se marchó.

—¡Cuéntales! —les gritó Mironenko. Se oyó un portazo.

—¿Contarles qué? —preguntó Ballard.

—Que he recordado —repuso Mironenko—. Que he encontrado la piel que me habían robado.

Por primera vez desde que entrara en la casa, Ballard comenzó a sentir náuseas. No eran ni por la sangre ni por los huesos que yacían a sus pies, sino por la mirada de Mironenko. En una ocasión había visto unos ojos igual de brillantes. Pero ¿dónde?

—Usted... —dijo en voz baja—, usted lo ha hecho.

—Por supuesto —repuso Mironenko.

—¿Cómo? —preguntó Ballard. En la cabeza comenzó a retumbarle un estruendo familiar. Intentó no prestarle atención y quiso obligar al ruso a darle una explicación —. ¿Cómo, maldita sea?

—Somos iguales —repuso Mironenko—. Lo huelo en usted.

—No —negó Ballard.

El clamor aumentaba.

—Las doctrinas no son más que palabras. Lo que importa no es lo que nos enseñan, sino lo que sabemos, en lo más hondo, en el alma.

En otra ocasión había hablado del alma, de los lugares que sus amos habían construido para destrozar a los hombres. Entonces, Ballard lo había tomado como una extravagancia, pero ya no estaba tan seguro.

¿Qué otra finalidad tenía el cortejo fúnebre sino la de subyugar una parte secreta de él? La parte más honda, el alma.

Antes de que Ballard lograra encontrar las palabras para expresarse, Mironenko quedó inmóvil; sus ojos relucían con mayor brillo que nunca.

—Están afuera —le dijo.

—¿Quiénes?

—De veras importa? —inquirió el ruso encogiéndose de hombros—. Los tuyos, los míos. Da igual, cualquiera de los dos bandos nos acallará, si puede.

Era verdad.

—Hemos de darnos prisa —dijo, y se dirigió al pasillo.

La puerta principal estaba entreabierta. Mironenko se plantó ante ella en unos segundos. Ballard lo siguió. Juntos se escabulleron hacia la calle.

La niebla había espesado. Remoloneaba alrededor de las farolas, ensuciando su luz, convirtiendo cada portal en un escondite. Ballard no esperó para tentar a los perseguidores a que salieran, sino que siguió a Mironenko, que ya le llevaba bastante ventaja; se movía con rapidez, a pesar de su corpulencia. Ballard tuvo que acelerar el paso para no perder de vista al hombre. Lo distinguía un momento, y al momento siguiente se perdía, envuelto en la niebla.

La zona residencial que atravesaron dio paso a unos edificios anónimos, depósitos tal vez, cuyas paredes sin ventanas se elevaban en la densa oscuridad. Ballard le gritó para que aminorara su baldada marcha. El ruso se detuvo y se volvió hacia Ballard; su perfil osciló en la luz asediada. ¿Sería una jugarreta de la niebla, o acaso el estado de Mironenko se había deteriorado desde que abandonaran la casa? Daba la impresión de que su cara se caía a pedazos; los bultos del cuello se habían hinchado todavía más.

—No tenemos que correr —le dijo Ballard—. No nos siguen.

—Siempre nos siguen —respondió Mironenko.

Para confirmar la observación, Ballard oyó en una calle cercana unos pasos amortiguados por la niebla.

—No hay tiempo para discutir —murmuró Mironenko, se volvió en redondo y echó a correr.

En unos segundos, la niebla volvió a encerrarlo en su secreto.

Ballard titubeó un momento más. Aunque sabía que era una imprudencia, quiso ver a sus perseguidores para reconocerlos en un futuro. Pero mientras las suaves pisadas de Mironenko se fueron acallando con la distancia, notó que los otros pasos también habían cesado. ¿Sabrían que los estaba esperando? Contuvo el aliento, pero no recibió señales de ellos. La niebla criminal siguió remoloneando. Al parecer, se encontraba solo, envuelto en ella. A regañadientes, desistió de su propósito y fue tras el ruso a toda carrera.

Unos metros más adelante, el camino se bifurcaba. En ninguna de las dos direcciones vio señales de Mironenko. Maldiciendo la estupidez que lo obligó a demorarse, Ballard se internó por el camino en el que la mortaja de la niebla era más densa. La calle era breve y terminaba en un muro tapizado de púas; detrás del muro había una especie de parque. La niebla se aferraba a este espacio de tierra húmeda con más tenacidad que en la calle, y Ballard no lograba ver más que un par de metros de la parte del jardín en el que se hallaba. Su intuición le decía que había escogido el camino correcto, que Mironenko había escalado el muro y que lo esperaba en alguna parte, muy cerca. A sus espaldas, la niebla guardaba silencio. Sus perseguidores habían perdido su pista o bien habían equivocado el camino o las dos cosas. Subió al muro evitando a duras penas las púas, y se dejó caer del lado opuesto.

La calle le había parecido tan silenciosa que hubiera podido oír el ruido de un alfiler al caer, pero en realidad no era así, porque en el interior del parque había un silencio aún mayor. Allí, la niebla era más fría, y se cernía sobre él con más insistencia a medida que avanzaba por el césped humedecido. El muro que había dejado atrás —su único punto de referencia en aquel erial— se convirtió en un fantasma y acabó por desaparecer. Condenado ya, avanzó unos cuantos pasos, sin tener la certeza de seguir un camino recto. De repente, la cortina de niebla se abrió y vio una figura que lo esperaba a unos metros de distancia. Las magulladuras le desfiguraban de tal manera la cara que Ballard no habría reconocido a Mironenko a no ser por los ojos que seguían ardiendo, brillantes.

El hombre no esperó a Ballard, sino que se volvió y salió a medio galope hacia la insolidez, dejando al inglés detrás, que lo siguió maldiciendo la persecución y la presa. En ese momento sintió un movimiento muy cerca. Sus sentidos de nada le sirvieron en el cerrado abrazo de la niebla y la noche, pero vio con esos otros ojos, oyó con esos otros oídos y supo que no estaba solo. ¿Acaso Mironenko había abandonado la carrera y había vuelto para escoltarlo? Pronunció su nombre, consciente de que al hacerlo revelaría su situación a cualquiera y a todos, pero igualmente seguro de que quienquiera que lo acechase ya sabía exactamente dónde estaba.

—Hable —le dijo.

De la niebla no surgió respuesta alguna.

Entonces, otro movimiento. La niebla se enroscó sobre sí misma y Ballard divisó entre sus divididos velos una silueta. ¡Mironenko! Volvió a gritar su nombre, y dio unos cuantos pasos en la lobreguez; de repente, alguien avanzó hacia él. Vio al fantasma sólo por un momento, el suficiente como para ver unos ojos incandescentes y unos dientes tan enormes que deformaban la boca, convertida en una mueca permanente. De esos dos hechos —dientes y ojos— tuvo una certeza plena. De las demás rarezas —el vello erizado, los monstruosos miembros— no estuvo tan seguro.

Tal vez su mente, exhausta por el ruido y el dolor, había terminado por perder todo asidero con el mundo real, e inventaba terrores para asustarlo y hacerlo volver a la ignorancia.

—¡Maldición! —exclamó, desafiando al trueno que volvía para enceguecerlo otra vez y a los fantasmas que no lograría ver.

Como para poner a prueba su desafío, la niebla rieló y se abrió, y algo que hubiera podido ser humano, pero que yacía con el vientre en el suelo, se mostró furtivamente y desapareció. A su derecha oyó unos gruñidos; a su izquierda apareció otra silueta indeterminada y se desvaneció. Al parecer, estaba rodeado de locos y perros salvajes.

¿Y Mironenko, dónde estaría? ¿Formaría parte de aquel grupo, o sería presa de él? Al oír a su espalda una palabra pronunciada a medias, se volvió en redondo y vio una figura que, claramente, era la del ruso, pero volvió a ocultarse en la niebla. Esta vez la persiguió a la carrera, y su velocidad se vio recompensada. La figura reapareció ante él; Ballard tendió la mano para aferrar la chaqueta del hombre. Sus dedos encontraron un asidero y, de golpe, Mironenko se olvidó; un gruñido escapó de su garganta, y Ballard se quedó mirando fijamente una cara que casi le arrancó un grito. Su boca era una herida fresca, los dientes enormes, los ojos unas rajas de oro fundido; los bultos del cuello se habían hinchado y extendido, y la cabeza del ruso ya no surgía del cuerpo sino que formaba parte de una energía indivisa, se convertía en torso sin que entre ambos hubiera interrupción alguna.

—Ballard —dijo la bestia con una sonrisa.

La voz se aferraba a la coherencia con gran dificultad, pero Ballard logró captar en ella algún vestigio de la de Mironenko. Cuanto más exploraba la carne ardiente, más crecía su asombro.

—No tenga miedo —le dijo Mironenko.

—¿Qué enfermedad es ésta?

—La única enfermedad que padecía era la del olvido, y ya estoy curado...

Al hablar hizo unas muecas, como si cada palabra se formara contrariando los instintos de su garganta.

Ballard se llevó la mano a la cabeza. A pesar de la aversión que le producía el dolor, el ruido aumentaba cada vez más. —También usted lo recuerda, ¿verdad? Es igual que yo.

—No —balbució Ballard.

Mironenko tendió hacia él una mano erizada de pelos para tocarlo y le dijo:

—No tema, no está solo. Somos muchos. Hermanos todos.

—No soy su hermano —protestó Ballard.

El ruido era tremendo, pero era peor la cara de Mironenko. Asqueado, le volvió la espalda, pero el ruso se limitó a seguirlo.

—¿Acaso no saborea la libertad, Ballard? Y la vida. Está al alcance de la mano.

Ballard continuó caminando; comenzó a sangrarle la nariz. No hizo nada por impedirlo.

—Sólo duele durante unos momentos —le explicó Mironenko— Despues, el dolor desaparece...

Ballard mantuvo la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo. Al ver que sus palabras no surtían efecto. Mironenko se quedó atrás.

—¡No permitirán que vuelva! —le gritó—. Ha visto usted demasiado.

El rugido de los helicópteros no logró acallar aquellas palabras. Ballard sabía que encerraban la verdad. Vaciló, y a través del ruido oyó que Mironenko murmuraba:

—Mire...

La niebla se había vuelto menos densa, y a través de los jirones de bruma logró ver la pared del parque. Detrás de él, la voz de Mironenko se había convertido en un gruñido.

—Mire lo que es.

Los rotores rugían; Ballard sintió como si las piernas fueran a doblársele. Pero siguió avanzando hacia el muro. Cuando estuvo a unos metros de él, Mironenko volvió a llamarlo, pero ya no con palabras. Sólo oyó un rugido muy quedo. Ballard no logró resistir la tentación de mirar, aunque sólo fuera una vez. Y miró por encima del hombro.

La niebla volvió a confundirlo, pero no del todo. Durante unos momentos que fueron a la vez eternos y excesivamente breves, Ballard vio en toda su gloria la cosa que había sido Mironenko; al verlo, el sonido de los rotores aumentó a un nivel ensordecedor. Se tapó la cara con las manos. En ese momento sonó un disparo, luego otro, y luego una ráfaga. Cayó al suelo abatido por la debilidad, así como para defenderse; se descubrió la cara y en la niebla vio moverse a varias siluetas humanas. Aunque se había olvidado de sus perseguidores, ellos no se habían olvidado de él. Lo habían seguido

hasta el parque, se habían internado en el corazón de aquella locura, y ahora se encontraban perdidos en la niebla los hombres, los medio hombres y unas cosas que ya no lo eran, y por todas partes reinaba la confusión. Vio a un tirador disparando a una sombra, y acto seguido apareció ante él un aliado con un tiro en el estómago; vio aparecer una cosa a cuatro patas y la vio desaparecer erguida en dos; vio a otra correr riendo a través del hocico y llevando una cabeza humana agarrada por el pelo. Él también quedó envuelto en la confusión. Temiendo por su vida, se incorporó y, tambaleándose, regresó al muro. Prosigió la sucesión de gritos, disparos y gruñidos; a cada paso esperaba toparse con una bala o una bestia. Logró llegar al muro con vida e intentó escalarlo, pero le fallaba la coordinación. No le quedó más remedio que seguir el muro en toda su extensión hasta llegar al portal.

Detrás de él proseguían las escenas de desenmascaramiento, transformación e identidad errada. Sus debilitados pensamientos volvieron brevemente a Mironenko. ¿Acaso él, o cualquiera de su tribu, sobrevivirían a esta masacre?

—Ballard —dijo una voz en la niebla.

Al principio no logró recordar su nombre. Su mente vagaba como un niño extraviado, aunque su interrogador le exigía una y otra vez que prestara atención, habiéndole como si fueran viejos amigos. Y en verdad su ojo errante tenía un no sé qué de familiar, pues seguía su camino con más lentitud que su compañero. Por fin se acordó del nombre.

—Tú eres Cripps —le dijo.

—Claro que soy Cripps —repuso el hombre—. ¿Es que la memoria te está jugando una mala pasada? No te preocunes. Te he administrado unos supresores, para impedir que perdieras el equilibrio. Aunque no lo creo probable. Has luchado con el bando correcto, Ballard, a pesar de las considerables provocaciones. Cuando pienso en la forma en que murió Odell... —Suspiró—. ¿Recuerdas algo de lo de anoche?

Al principio, su mente estaba en blanco. Pero luego, los recuerdos comenzaron a llegar. Unas formas vagas moviéndose en la niebla.

—El parque —dijo, por fin.

—Llegué a tiempo para sacarte. Sólo Dios sabe cuántos han muerto.

—¿El otro..., el ruso...?

—¿Mironenko? —sugirió Cripps—. No lo sé. Ya no estoy al cargo, simplemente intervine para salvar lo que pude. Tarde o temprano, Londres volverá a necesitarnos. En especial ahora que saben que los rusos cuentan con un cuerpo especial como el nuestro. Ya nos habían llegado rumores, y cuando te entrevistaste con él, comenzamos a sospechar de Mironenko. Por eso organicé la cita. Y cuando lo vi cara a cara, lo supe. Tenía algo en los ojos, algo hambriento.

—Lo vi cambiar...

—Sí, todo un espectáculo, ¿no? Hay que ver la fuerza que desata. Por eso desarrollamos el programa, para aprovechar esa fuerza y usarla a nuestro favor. Pero es difícil de controlar. Llevó años de terapia supresiva, hubo que enterrar lentamente el deseo de transformación, para quedarnos con un hombre con las facultades de la bestia. Un lobo con piel de cordero. Creímos que habíamos resuelto el problema: si los sistemas de creencias no mantenían dominado al sujeto, lo haría la respuesta dolorosa. Pero nos equivocamos. —Se puso de pie y se dirigió a la ventana—. Ahora tenemos que empezar de nuevo.

—Suckling dijo que te habían herido.

—No. Simplemente me degradaron. Me ordenaron que volviera a Londres.

—Pero no volverás.

No logró ver a su interlocutor, aunque reconoció su voz. La había o en sus delirios, y le había mentido. Sintió un pinchazo en el cuello. El hombre se le había acercado por detrás y le había metido la aguja. —Duerma —le dijo la voz. Y con aquella palabra llegó el olvido.

—No, ahora que te he encontrado, no. —Miró a Ballard de arriba a abajo—. Eres mi vindicación, Ballard. Eres una prueba viviente de que mis técnicas son viables. Tienes pleno conocimiento de tu estado, pero la terapia te mantiene dominado.

Se volvió hacia la ventana. La lluvia golpeaba el cristal. Ballard la sentía casi en la cabeza, en la espalda. Lluvia dulce, fresca. Por un dichoso momento, le pareció correr bajo la lluvia, cerca del suelo, y el aire se llenaba de los aromas que el chubasco arrancaba al asfalto.

—Mironenkodijo...

—Olvídate de Mironenko —le aconsejó Cripps—. Está muerto. Tú eres el último del antiguo orden, Ballard. Y el primero del nuevo.

Abajo sonó el timbre. Cripps se asomó a la ventana y miró hacia la calle.

—Vaya, vaya —dijo—. Una delegación que viene a rogarnos que volvamos. Espero que te sientas halagado. —Se dirigió a la puerta—. Quédate aquí. No hace falta que te exhibamos esta noche. Estás cansado. Que esperen, ¿no? Que suden.

Abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Ballard oyó sus pasos en la escalera. Llamaron otra vez al timbre. Se levantó y fue hasta la ventana. La lasitud de la luz del atardecer concordaba con su propia lasitud; la ciudad y él compartían la misma armonía, a pesar de la maldición que pesaba sobre él. Abajo, un hombre salió del asiento trasero de un coche y se acercó a la puerta principal. Incluso desde ese ángulo agudo, Ballard reconoció a Suckling.

Se oyeron voces en el pasillo; al aparecer Suckling, la discusión se tornó más acalorada. Ballard fue hasta la puerta y escuchó, pero no logró entender demasiado, porque las drogas le obnubilaban la mente. Rogaba porque Cripps mantuviera su palabra y no les permitiera verlo. No quería ser una bestia como Mironenko. Aquello no era la libertad. Ser tan horrible no era la libertad: simplemente era una clase distinta de tiranía. Tampoco quería convertirse en el primero de la nueva y heroica orden de Cripps. Comprendió que no pertenecía a nadie, ni siquiera a sí mismo. Se encontraba irremediablemente perdido. Sin embargo, ¿acaso no había dicho Mironenko, durante aquella primera cita, que el hombre que no se creía perdido, estaba perdido? Quizá mejor así —mejor existir en el crepúsculo, entre un estado y el otro, prosperar lo mejor que podía con la duda y la ambigüedad— que sufrir las certezas de la torre.

La discusión cobró mayor impulso. Ballard abrió la puerta para oír mejor. Le llegó la voz de Suckling. Su tono era colérico, pero no por eso menos amenazante.

—Se acabó —le decía a Cripps—. ¿Es que no entiende el inglés? —Cripps intentó protestar, pero Suckling lo interrumpió—. O nos acompaña de un modo pacífico, o Gideon y Sheppard lo sacarán a la fuerza. ¿Qué elige?

—¿Qué es esto? —inquirió Cripps—. Usted no es quién, Suckling— Es usted un segundón cualquiera.

—Eso era ayer —repuso el hombre—. Se han producido ciertos cambios. A todos nos llega el turno, ¿no es así? Usted debería saberlo mejor que nadie. En su lugar, me llevaría un impermeable. Está lloviendo.

Se produjo un breve silencio, luego Cripps dijo:

—Está bien, les acompañaré.

—Así se hace —dijo Suckling con suavidad—. Gideon, sube a echar un vistazo.

—Estoy solo —dijo Cripps.

—Le creo —comentó Suckling. Y dirigiéndose a Gideon, agregó—: De todos modos, sube.

Ballard oyó a alguien cruzar el pasillo, y luego una serie repentina de movimientos. Cripps intentaba huir o atacar a Suckling, o ambas cosas. Suckling gritó; se produjo un forcejeo. En medio de la confusión, sonó un solo disparo.

Cripps lanzó un grito, y luego se oyó el ruido que hizo al caer.

Acto seguido, la voz de Suckling gritó enfurecida:

—Estúpido, estúpido.

Cripps masculló algo que Ballard no logró captar. ¿Acaso le habría pedido que lo remataran? Suckling le contestó:

—No, volverá a Londres. Sheppard, córtale la hemorragia. Gideon, sube.

Ballard se apartó del descansillo de la escalera cuando Gideon inició el ascenso. Se sentía lento e inepto. No había forma de salir de aquella trampa. Lo arrinconarían y acabarían con él. Era una bestia; un perro enfurecido y ofuscado. Ojalá hubiera matado a Suckling cuando tenía fuerzas para hacerlo. Pero ¿de qué habría servido? El mundo estaba lleno de hombres como Suckling, hombres que esperaban que les llegara la hora para mostrar su verdadera naturaleza; hombres viles, blandos, secretos. De repente, la bestia comenzó a moverse dentro de Ballard, y pensó en el parque y la niebla, y en la sonrisa que había visto en la cara de Mironenko; sintió que lo embargaba la pena por algo que nunca había tenido: la vida de un monstruo.

Gideon se encontraba casi en lo alto de la escalera. Aunque eso sólo demoraría lo inevitable por unos momentos, Ballard se deslizó por el rellano y abrió la primera puerta que encontró. Era el cuarto de baño. En la puerta había un pestillo y lo corrió.

El cuarto se llenó del sonido del agua corriente. Se había roto un trozo del tubo de desagüe y por él caía un torrente de agua de lluvia sobre el alféizar de la ventana. Aquel sonido y el frío del cuarto de baño le recordaron la noche de los delirios. Recordó el dolor y la sangre, recordó la ducha —el agua golpeándole el cráneo, aliviándole el dolor amansador—. Al pensarlo, cuatro palabras surgieron de sus labios, incontroladas.

—No me lo creo.

Gideon le oyó.

—Hay alguien aquí arriba —gritó Gideon.

El hombre se acercó a la puerta y la aporreó.

—¡Abra!

Ballard lo oyó con toda claridad, pero no contestó. Le quemaba la garganta, y el rugido de los rotoreos volvía a aumentar. Desesperado, se recostó contra la puerta.

Suckling tardó unos segundos en subir la escalera y plantarse delante de la puerta.

—¿Quién está ahí dentro? —exigió saber— ¡Conteste! ¿Quién es?

Al no obtener respuesta, ordenó que subieran a Cripps. Se produjo un mayor alboroto cuando la orden fue obedecida.

—Por última vez... —amenazó Suckling.

En la cabeza de Ballard, la presión fue en aumento. Esta vez daba la impresión de que el ruido tenía intenciones letales; le dolían los ojos, como si estuvieran a punto de saltárseles de las órbitas. En el espejo que había encima del lavabo logró vislumbrar algo, una cosa con ojos relucientes, y otra vez surgieron las palabras, «No me lo creo», pero esta vez su garganta, ocupada en otros menesteres, apenas logró pronunciarlas.

—Ballard —dijo Suckling. El nombre sonó a triunfo—. Dios mío, también tenemos a Ballard. Es nuestro día de suerte.

No, pensó el hombre reflejado en el espejo. Ahí dentro no había nadie con ese nombre. En realidad, carecía de nombre, porque ¿no eran acaso los nombres el primer acto de fe, la primera tabla del ataúd en el que se enterraba la libertad? La cosa en la que se estaba convirtiendo era innombrable, no podía ser encerrada en un ataúd, ni sepultada. Nunca jamás.

Por un momento dejó de ver el cuarto de baño, y se encontró revoloteando sobre la tumba que le habían obligado a cavar, y en las profundidades bailaba el ataúd mientras su contenido pugnaba por impedir su prematuro enterramiento. Logró oír cómo se astillaba la madera, ¿o sería el ruido producido por la puerta al ser derribada?

La tapa del féretro se hizo pedazos. Una lluvia de clavos cayó sobre las cabezas de los miembros del cortejo fúnebre. El ruido, como si supiera que sus tormentos habían sido infructuosos, desapareció de repente, y con él los delirios. Se encontró otra vez en el cuarto de baño, frente a la puerta abierta. Los hombres que lo miraban tenían cara de tontos. Estupefactos por la sorpresa de contemplar el cambio producido. De contemplar el hocico, los pelos, los ojos dorados y los dientes amarillos. Sintió alborozo al ver el horror de aquellos hombres.

—¡Mátalo! —dijo Suckling, y empujó a Gideon hacia el umbral.

El hombre ya había sacado el revólver del bolsillo y se disponía a apuntar, pero fue demasiado lento. La bestia le aferró la mano y le deshizo la carne contra el acero. Gideon aulló y bajó la escalera tambaleante, sin prestar atención a los gritos de Suckling.

Cuando la bestia levantó la mano para oler la sangre que bañaba su palma, se produjo un fogonazo y sintió un golpe en el hombro. Sheppard no tuvo ocasión de disparar por segunda vez antes de que su presa saliera por la puerta y se abalanzara sobre él. Dejó caer el arma e intentó fútilmente correr hacia la escalera, pero la mano de la bestia le abrió la nuca de un solo golpe. El asesino cayó de brases y el estrecho rellano se llenó de su olor. Olvidándose de sus otros enemigos, la bestia se abalanzó sobre las vísceras y comió.

Alguien dijo:

—Ballard.

La bestia se tragó los ojos del muerto de un solo bocado, como si fueran ostras de calidad.

Y otra vez, aquella palabra:

—Ballard.

Habría continuado con el festín, pero el ruido de unos sollozos le hizo aguzar los oídos. Estaba muerto para sí mismo, pero no para la pena. Dejó caer la carne y se volvió a mirar hacia el rellano.

El hombre que lloraba lo hacía con un solo ojo; el otro miraba fijamente y, por raro que pareciera, seguía intacto. Pero el dolor del ojo vivo era verdaderamente profundo. Era desesperación, la bestia lo sabía; aquel sufrimiento se encontraba demasiado cercano a él como para que la dulzura de la transformación lo hubiera borrado por completo. Otro hombre sujetaba al que sollozaba, y había colocado el revólver en la sien del prisionero.

—Si da un paso más —dijo el capturador—, le volaré la cabeza. ¿Me entiende?

La bestia se limpió la boca.

—¡Dígaselo, Cripps! Es obra suya. Haga que lo entienda.

El hombre de un solo ojo intentó hablar, pero le fallaron las palabras. Por entre sus dedos, manaba sangre de la herida del abdomen.

—Ninguno de los dos tiene por qué morir —dijo el capturador. A la bestia no le gustó la música de su voz; era aguda y engañosa—. Londres preferiría conservarlo con vida. ¿Por qué no se lo dice, Cripps? Dígale que no quiero hacerle daño.

El hombre sollozante asintió.

—Ballard... —murmuró.

Su voz era más suave que la del otro. La bestia escuchó.

—Dígame, Ballard... ¿qué se siente?

La bestia no logró entender bien la pregunta.

—Por favor, dígamelo. Sólo por curiosidad se lo pregunto...

—Maldita sea... —dijo Suckling, presionando el arma contra la carne de Cripps—. Esto no es una tertulia.

—¿Bien? —preguntó Cripps, sin prestar atención al hombre ni al revólver.

—¡Cállese!

—Contésteme, Ballard. ¿Qué se siente?

Mientras miraba fijamente en los desesperados ojos de Cripps, el significado de los sonidos proferidos adquirió sentido, las palabras fueron ocupando su sitio, como las piezas de un mosaico.

—¿Es bueno? —preguntó el hombre.

Ballard oyó que su garganta lanzaba una carcajada y allí encontró las silabas para contestar.

—Sí —le contestó al hombre sollozante —. Sí, es bueno.

No había concluido la respuesta y la mano de Cripps aferró la de Suckling. Nunca se sabría si intentó suicidarse o escapar. Salió el disparo; una bala atravesó la cabeza de Cripps y desparramó su desesperación por el techo. Suckling se desembarazó del cuerpo y se dispuso a apuntar de nuevo, pero la bestia ya se le había echado encima.

Si hubiera tenido más de hombre, a Ballard se le habría ocurrido hacer sufrir a Suckling, pero no abrigaba tan perversa ambición. Sólo pensaba en eliminar al enemigo lo más eficazmente posible. Dos zarpazos letales lo hicieron. Una vez despachado el hombre, Ballard fue hasta donde yacía Cripps. Su ojo de vidrio había escapado de la destrucción. Continuaba mirando fijamente; el holocausto que los rodeaba no había hecho mella en él. Lo sacó de la cabeza mutilada y se lo metió en el bolsillo; luego salió a la calle, bajo la lluvia.

Oscurecía. No sabía a qué distrito de Berlín lo habían conducido, pero sus impulsos, libres ya de la razón, lo condujeron por las callejuelas más ocultas y entre las sombras, hasta un erial de las afueras de la ciudad, en medio del cual se elevaba una ruina solitaria. Cualquiera sabía qué había sido aquel edificio (¿un matadero? ¿un teatro de ópera?), pero por algún capricho del destino había escapado a la demolición, por más que todos los demás edificios, en varias manzanas a la redonda, hubieran sido derribados. Mientras avanzaba por las ruinas cubiertas de hierbajos, el viento cambió de dirección y le trajo el olor de su tribu. Eran muchos, y se refugiaban en las ruinas. Algunos se recostaban contra las paredes y compartían un cigarrillo; otros, completamente convertidos en lobos, vagaban en la oscuridad como fantasmas de ojos dorados; otros habrían pasado por humanos, salvo por sus huellas.

Aunque temía que los nombres estuvieran prohibidos en aquel clan, le preguntó a un macho que cubría a una hembra al abrigo de la pared si conocía a un hombre llamado Mironenko. La hembra tenía el lomo suave y sin pelos y del vientre le colgaba una docena de tetas hinchadas.

—Escucha —le dijo.

Ballard escuchó y oyó a alguien hablar en un rincón de las ruinas. La voz iba y venía. Siguió el sonido por el interior sin techo, hasta donde se encontraba un lobo, con un libro abierto entre las

patas delanteras, rodeado de una atenta audiencia. Al aproximarse Ballard, uno o dos del grupo volvieron sus ojos luminosos hacia él. El lector se detuvo.

—¡ Chist! — le chistó uno—, el camarada nos está leyendo.

Era Mironenko quien había hablado. Ballard entró a formar parte del corro y se colocó junto a él, y el lector comenzó la historia desde el principio.

—«Y Dios los bendijo y les dijo: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra..."»

Ballard había oído ya aquellas palabras, pero esa noche le parecieron nuevas.

—«... y conquistadla: y dominad a los peces del mar, y a las aves del cielo...»

Echó un vistazo a su alrededor, a medida que las palabras describían su curso familiar.

—«...y a todas las cosas vivientes que se mueven sobre la tierra.» En alguna parte, muy cerca, lloraba una bestia.

La última ilusión

Lo que ocurría más tarde —cuando el mago, después de haber hechizado al tigre enjaulado y tirado del cordón con borlas que soltaba una docena de espadas sobre su cabeza— era objeto de una acalorada discusión tanto en el bar del teatro como luego, en la acera de la calle Cincuenta y Uno, una vez concluida la actuación de Swann. Algunos sostenían haber visto abrirse el fondo de la jaula en la fracción de segundo en que todos los ojos miraban caer las espadas, y que el tigre desaparecía para dar paso a la mujer del vestido rojo, detrás de las barras lacadas. Otros sostenían, con igual obstinación, que para empezar el animal nunca había estado en la jaula, y que su presencia no era más que una proyección extinguida mientras un mecanismo subía a la mujer desde debajo del escenario, todo ello a una velocidad tal que engañaba los ojos de todos, menos los de aquellos que eran lo bastante rápidos y escépticos como para captarlo. ¿Y las espadas? La naturaleza del truco que, en los escasos segundos de su brillante descenso, las transformaba de acero en pétalos de rosa, alimentaba ulteriores debates. Las explicaciones iban de lo prosaico a lo elaborado, pero muy pocos de los que abandonaban el teatro carecían de algún tipo de teoría. Y las discusiones no terminaban allí, en la acera. Continuaban sin duda, en los apartamentos y restaurantes de Nueva York.

El placer producido por las ilusiones de Swann era, al parecer, doble. Primero: el espectáculo del truco en sí —en el pasmado instante en que la incredulidad quedaba, si no suspendida, al menos puesta sobre aviso—. Y segundo: concluido el momento y restituida la lógica, en el debate sobre cómo se había realizado el truco.

—¿Cómo lo hace, señor Swann? —inquirió Barbara Bernstein, ansiosa.

—Es magia —repuso Swann.

La había invitado a pasar entre bambalinas para que examinase la jaula del tigre y comprobara si había alguna trampa en su construcción; no había encontrado ninguna. Había examinado las espadas; eran letales. Y los pétalos, fragantes. Pero la muchacha insistió:

—Sí, pero de verdad... —dijo, y se acercó más a él—. Puede contármelo, le prometo que de mí no saldrá.

Le devolvió una tranquila sonrisa por toda respuesta.

—Ah, ya sé... —dijo ella—, me dirá que ha firmado una especie de juramento.

—Eso es —repuso Swann.

—... y que tiene prohibido revelar secretos profesionales.

—La intención es darle placer al público —le dijo—. ¿He fallado en eso?

—Oh, no —replicó la muchacha, sin dudarlo un instante—. Todo el mundo habla del espectáculo. Es usted la admiración de Nueva York.

—No —protestó él.

—De veras —insistió ella—, conozco a algunos que beben los vientos por entrar en este teatro. Y por hacer una visita guiada entre bambalinas. .. Seré la envidia de todo el mundo.

—Me halaga —le dijo, y le acarició la cara.

Estaba claro que ella esperaba que lo hiciera. Algo más de qué vanagloriarse: seducida por el hombre que la crítica había dado en llamar el Mago de Manhattan.

—Me gustaría hacer el amor contigo —le susurró él.

—¿Aquí? —preguntó ella.

—No. Aquí nos oirían los tigres.

La muchacha se echó a reír. Prefería a sus amantes veinte años más jóvenes que Swann; alguien había hecho notar que, por su perfil, parecía un hombre de luto, pero su caricia prometía el ingenio que ningún muchacho podía ofrecerle. Le gustaba el toque disoluto que presentía bajo su caballerosa fachada. Swann era un hombre peligroso. Si lo rechazaba, posiblemente no volvería a encontrar otro. —Podríamos ir a un hotel —sugirió ella.

—Un hotel, buena idea —dijo él.

Un asomo de duda surcó el rostro de la muchacha.

—¿Y tu esposa? Podrían vernos.

—¿Seremos invisibles, entonces? —inquirió él, tomándola de la mano.

—Hablo en serio.

—Yo también —insistió él—. Te lo digo yo, ver no es creer. Y de esto sé algo. Es la piedra angular de mi profesión. —Ella no pareció muy segura—. Si alguien nos reconoce —le dijo—, simplemente les diré que están viendo visiones.

Sonrió al oírlo, y él la besó. La muchacha le devolvió el beso con un fervor incuestionable.

—Milagroso —dijo él, cuando sus bocas se separaron—. ¿Nos vamos antes de que los tigres se pongan a cotillear?

La escoltó a través del escenario. Los limpiadores todavía no habían comenzado su tarea, y allí, esparcidos sobre las tablas, había un montón de capullos de rosa. Algunos pisoteados, otros intactos. Swann soltó la mano de la joven y se dirigió hasta donde yacían las flores.

Ella lo observó mientras se agachaba para arrancar una rosa del suelo, encantada por el ademán, pero antes de que lograra incorporarse otra vez, vio una hoja de plata que caía sobre él. Intentó advertirle, pero la espada fue más rápida que la lengua de la muchacha. En el último instante, él pareció presentir el peligro en que se encontraba y se volvió, con el pimpollo en la mano, justo cuando la punta de la espada se encontró con su espalda. El impulso del arma blanca hizo que se le hundiera hasta la empuñadura. La sangre le saltó del pecho y salpicó el suelo. No hizo ningún ruido; cayó hacia adelante, y al golpear el escenario dos terceras partes de la espada se le salieron del cuerpo.

La muchacha habría gritado, pero el traqueteo de los aparatos mágicos dispuestos entre bastidores, detrás de ella, y un gruñido apagado que era sin duda la voz del tigre le llamaron la atención. Quedó paralizada. Con toda probabilidad, existirían instrucciones sobre el mejor modo de mirar fijamente a los tigres embravecidos, pero como era una muchacha nacida y criada en Manhattan, aquéllas eran técnicas con las que no estaba familiarizada.

—¿Swann? —dijo, con la esperanza de que se tratara de una ilusión de mal gusto representada puramente en su beneficio—. Swann, por favor, levántate.

Pero el mago continuó tirado donde había caído; el charco iba extendiéndose debajo de él.

—Si es una broma... —dijo, irritada—, no me parece divertida. —Al comprobar que el tono empleado, no había surtido efecto, ensayó una táctica más dulce —. Swann, cariño, quisiera irme, si no te importa.

Volvió a llegarle el gruñido. No quería darse la vuelta para buscar la fuente de donde provenía, pero tampoco quería que la bestia le saltara encima por la espalda.

Cautelosamente miró hacia atrás. Los bastidores se encontraban a oscuras. La batahola de trastos le impidió descifrar la ubicación exacta del animal. Sin embargo, continuaba oyéndolo: sus pisadas, sus gruñidos. Poco a poco, se retiró hacia el proscenio. El telón la separaba del auditorio, pero abrigó la esperanza de poder escabullirse por debajo de él antes de que el tigre la alcanzara.

Mientras se apoyaba contra la pesada tela, una de las sombras que había entre bambalinas perdió su ambigüedad y apareció el animal. No era hermoso, como le había parecido cuando se encontraba detrás de los barrotes. Era enorme y letal, y estaba hambriento. Se agachó y buscó el dobladillo del telón. La tela llevaba unas pesas, y tuvo más dificultad en levantarla de la esperada; había logrado deslizar medio cuerpo debajo del telón y tenía la cabeza y las manos apoyadas contra las tablas cuando oyó las pisadas del tigre al avanzar. Un instante después, sintió su húmedo aliento en la espalda desnuda. La muchacha lanzó un grito cuando la bestia le enterró las garras en el cuerpo y la arrastró desde la salvación hacia sus fauces humeantes.

Ni siquiera entonces quiso entregarle la vida. Pateó al animal, le arrancó el pelaje a manojos y le asestó una andanada de puñetazos en el hocico. Pero, enfrentada a tal autoridad, su resistencia fue insignificante: el asalto de la muchacha, a pesar de su ferocidad, no detuvo a la bestia ni un ápice. Le abrió el cuerpo de un solo golpe casual. Misericordiosamente, con esa primera herida sus sentidos abandonaron todo asomo de verosimilitud y se dedicaron en cambio a la invención descabellada. Le pareció oír unos aplausos, y el rugido de un público enfervorecido, y en lugar de la sangre que sin duda manaría de su cuerpo, salían fuentes de luz rutilante. La agonía padecida por sus terminaciones nerviosas no la alcanzaban en absoluto. Incluso cuando el animal la hubo dividido en tres o cuatro trozos, su cabeza yacía de lado al borde del escenario y observaba cómo la bestia laceraba su torso y devoraba sus miembros.

Y durante todo el tiempo, mientras se preguntaba cómo podía ocurrir aquello —que sus ojos pudieran vivir para presenciar esa última cena—, la única respuesta que se le ocurría era la misma que Swann le había dado:

—Es magia.

En realidad, pensaba justamente eso, que aquello tenía que ser magia, cuando el tigre se acercó a su cabeza con tranquilidad y se la tragó de un solo bocado.

Cuando se encontraba con un determinado tipo de gente, Harry D'Amour gustaba de creer que gozaba de una cierta reputación —un círculo que lamentablemente no incluía a su ex mujer, a sus acreedores o a esos críticos anónimos que regularmente le enviaban excrementos de perro por el buzón de la oficina—. Pero la mujer que tenía al teléfono en ese momento, su voz tan cargada de pena que muy bien podía haber estado llorando medio año y que se iba a echar a llorar otra vez, ella sabía que él era un dechado de perfección.

—Necesito su ayuda, señor D'Amour, desesperadamente. —En estos momentos estoy ocupado con varios casos —le dijo—. ¿Podría venir a mi oficina, quizás?

—No puedo salir de casa —le comunicó la mujer—. Se lo explicaré todo, por favor, venga.

Se sintió muy tentado de hacerlo. Pero lo cierto es que tenía varios casos pendientes, uno de los cuales, si no lo resolvía pronto, podía acabar en fraticidio. Le sugirió que acudiera a otro.

—Es que no puedo acudir a cualquiera —insistió la mujer. — ¿Por qué yo?

—He leído sobre usted. Sobre lo que pasó en Brooklyn. El mencionar uno de sus más estrepitosos fracasos no era el método más seguro para conseguir sus servicios, pensó Harry, pero sin duda logró llamarle la atención. Lo que había ocurrido en la calle Wyckoff había comenzado de un modo inocente; un marido había contratado sus servicios para seguir a una esposa adúltera, y todo había acabado en el último piso de la casa Lomax; el mundo que creyó conocer se volvió patas arriba. Cuando se hizo el recuento de cadáveres y se despachó a los sacerdotes supervivientes, él se quedó con un pavor a las escaleras y con más preguntas de las que lograría contestar antes de ir a la tumba. No le producía ningún placer que le recordaran aquellos terrores.

—No me gusta hablar de Brooklyn —dijo.

—Perdóneme —repuso la mujer—, pero necesito a alguien que tenga experiencia con__con lo oculto.

Por un momento dejó de hablar. Al otro extremo de la línea, logró oír su respiración, suave pero errática.

—Lo necesito —dijo ella.

En la pausa en la que sólo se había oído el temor de la mujer. D'Amour ya había decidido qué respuesta le daría.

—Voy para allá.

—Le estoy agradecida. Mi casa está en la calle Sesenta y Uno Este. — Harry apuntó los detalles. Las últimas palabras de la mujer fueron — : Por favor, dese prisa.

Después colgó.

Harry hizo unas cuantas llamadas, con la vana esperanza de aplacar a dos de sus clientes más irascibles, luego se puso la americana, cerró con llave la oficina y bajó la escalera. En el rellano y el vestíbulo había un olor penetrante. Al llegar a la puerta principal sorprendió a Chaplin. el portero, cuando salía del sótano.

—Este lugar apesta —le dijo al hombre.

—Es desinfectante.

—Es pis de gato —repuso Harry—. Haga algo para quitarlo, ¿quiere? Tengo una reputación que proteger.

Cuando Harry se marchó, el portero aún seguía riendo.

La casa de tres pisos de la calle Sesenta y Uno Este se encontraba en una condición prístina. Se detuvo en la limpia entrada, sudoroso y con mal aliento, y se sintió desaliñado. La expresión del rostro que le recibió al abrirse la puerta no logró borrarle esa opinión.

—¿Sí? —inquirió.

—Soy Harry D'Amour —dijo—. Recibí una llamada. El hombre asintió y dijo sin entusiasmo:

—Será mejor que pase.

El interior estaba más fresco, y tenía una atmósfera más dulzona. Olía a perfume. Harry siguió a aquel rostro censurador por el pasillo, hasta una habitación espaciosa donde —después de la alfombra oriental en cuyo estampado habían urdido de todo, menos el precio— se encontraba sentada la viuda. No vestía de negro, ni mostraba sus lágrimas. Se puso de pie y le tendió la mano.

—¿Señor D'Amour? —Sí.

—Valentín le traerá algo de beber, si le apetece. —Sí, gracias. Leche, si tiene.

Durante la última hora había tenido el estómago revuelto, desde que ella le hablara de la calle Wyckoff, para ser exactos.

Valentín se retiró de la habitación, sin dejar de mirar a Harry con aquellos ojos como cuentas de collar hasta el último momento.

—Ha muerto alguien —dijo Harry. una vez que el hombre se hubo marchado.

—Efectivamente —repuso la viuda, volviendo a sentarse. Harry aceptó su invitación de tomar asiento y ocupó un lugar delante de ella, entre cojines suficientes como para tapizar un harén. —Mi esposo —aclaró ella.

—Lo siento.

—No hay tiempo para sentirlo —replicó.

Pero su mirada y sus gestos traicionaron sus palabras. Harry se alegró de su pena; las manchas de las lágrimas y la fatiga empañaban una belleza que, de haberse mantenido incólume, lo habría hecho enmudecer de admiración.

—Dicen que la muerte de mi esposo fue un accidente —le informó ella—. Sé que no es así.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama?

—Perdone. Me llamo Swann. señor D'Amour. Dorothea Swann. Quizá haya oído hablar de mi esposo.

—¿El Mago?

—Ilusionista —le corrigió ella.

—Lo he leído, sí. Una tragedia.

—¿Alguna vez vio su actuación?

—No puedo permitirme el lujo de ir a Broadway, señora Swann —repuso Harry. negando con la cabeza.

—Sólo íbamos a estar aquí durante tres meses, lo que durara su espectáculo. En septiembre íbamos a volver... —¿Volver?

—A Hamburgo —dijo ella—. No me gusta esta ciudad. Hace demasiado calor. Y es demasiado cruel.

—Nueva York no tiene la culpa de ser como es.

—Puede ser —repuso, con un gesto afirmativo—. Tal vez lo que le pasó a Swann le habría ocurrido de todos modos, dondequiera que hubiese estado. La gente me dice que fue un accidente. Sólo eso: un accidente.

—¿Usted no lo cree así?

Valentín había aparecido con un vaso de leche. Lo colocó en la mesa, frente a Harry. Cuando se disponía a marcharse, ella le dijo:

—Valentín, ¿y la carta?

La miró de un modo extraño, casi como si le hubiera dicho algo obsceno.

—La carta —repitió la señora Swann.

Valentín se marchó.

—Me estaba comentando usted...

—¿Qué? —inquirió ella frunciendo el ceño.

—Que era un accidente.

—Ah, sí. Viví con Swann durante siete años y medio, y llegué a comprenderlo mejor que nadie. Llegué a presentir cuándo me quería a su lado y cuándo no. Cuando era que no, me iba a otra parte y lo dejaba solo. Los genios necesitan de la soledad. Y él era un genio, ya lo sabe usted. El más grande ilusionista después de Houdini.

—¿De veras?

—En ocasiones llegué a pensar que fue una especie de milagro que me dejara entrar en su vida.

Harry quiso decir que Swann habría sido un loco si no la hubiera aceptado, pero el comentario no era adecuado. No quería lisonjas, no las necesitaba. Quizá no necesitaba nada más que recuperar a su esposo muerto.

—Ahora pienso que no lo conocía en absoluto —prosiguió—, que no lo entendía. Tal vez fuera otro truco. Otra parte de su magia.

—Hace un momento, le llamé mago —dijo Harry— y usted me corrigió.

—Es verdad —admitió ella, con una mirada de disculpa—. Perdóneme. Eso solía decir Swann. No le gustaba que le llamasen mago. Decía que era una palabra que había que dejar para los hacedores de milagros.

—¿Y él no era un hacedor de milagros?

—Solía llamarse a sí mismo el Gran Simulador —dijo ella.

Aquello la hizo sonreír.

Valentín había vuelto a entrar; sus lúgubres facciones estaban repletas de sospecha. Llevaba un sobre, y resultaba claro que no tenía deseo alguno de entregarlo. Dorothea tuvo que cruzar la alfombra y quitárselo de las manos.

—¿Le parece prudente? —inquirió Valentín. —Sí —repuso ella.

Valentín se volvió sobre los talones y efectuó una inteligente retirada.

—Está destrozado por la pena. Perdone su comportamiento. Estuvo con Swann desde los comienzos de su carrera. Creo que quería a mi esposo tanto como yo.

Metió un dedo en el interior del sobre y sacó la carta. El papel era amarillo pálido, y fino como una gasa.

—Unas horas después de su muerte, nos llegó esta carta. La trajeron en mano. Iba dirigida a él. La abrí. Creo que debería leerla.

Se la entregó. La letra era firme y carente de afectación.

»Dorothea —había escrito—, si estás leyendo esta carta, entonces es que he muerto.

«Sabes la poca importancia que les daba a los sueños, las premoniciones y cosas parecidas. Pero en los últimos días me he visto asaltado por unos extrañísimos pensamientos, y tengo la sospecha de que mi muerte está cercana. Si debe ser así, pues que sea. No tiene remedio.

No pierdas tiempo intentando dilucidar los porqués, ya son cosa superada. Quiero que sepas que te amo, y que, a mi manera, siempre te he amado. Lamento cualquier infelicidad que pude haberte causado, o que te esté causando ahora, pero se me ha escapado de las manos.

»Tengo unas instrucciones en lo tocante a cómo has de disponer de mi cuerpo. Por favor, cúmplelas al pie de la letra. No permitas que nadie te convenza de hacer lo contrario de lo que te pido.

»Quiero que hagas vigilar mi cuerpo día y noche hasta que lo quemen. No intentes llevar mis restos de vuelta a Europa. Haz que me quemen aquí, lo antes posible, y luego arroja las cenizas al East River.

»Mi dulce amor, tengo miedo. No de las pesadillas, ni de lo que pudiera ocurrirme en esta vida, sino de lo que mis enemigos puedan intentar cuando esté muerto. Ya sabes cómo son los críticos: esperan hasta que no puedes luchar contra ellos, y entonces comienzan a asesinarte la fama. Se trata de un asunto muy complicado como para explicártelo todo, de modo que debo confiar en que hagas lo que te digo.

»Una vez más, te quiero, y espero que nunca tengas que leer esta carta,

»Tu adorado,

»Swann.

—Menuda carta de despedida —comentó Harry cuando la hubo leído por segunda vez.

La dobló y se la devolvió a la viuda.

—Me gustaría que se quedara con él. A velarlo, si prefiere. Al menos hasta que hayamos concluido con los trámites legales y yo pueda disponer lo de la cremación. No creo que tarden mucho. Tengo un abogado que se está ocupando de todo.

—Una vez más: ¿por qué yo?

—Como me dice él en su carta —repuso la viuda sin mirarlo a los ojos—, nunca fue supersticioso. Pero yo sí. Creo en los presagios. Y en los días que precedieron a su muerte, en esta casa se notaba una extraña atmósfera. Como si nos vigilaran.

—¿Cree usted que lo asesinaron? Reflexionó sobre el particular y luego repuso: —No creo que fuera un accidente.

—Esos enemigos de los que él habla... —Era un gran hombre. Lo envidiaban mucho.

—¿Celos profesionales? ¿Es ése un móvil para cometer un asesinato?

—Cualquier cosa puede ser un móvil, ¿no? Hay quien es asesinado por el color de sus ojos, ¿o no?

Harry estaba impresionado. Había tardado veinte años en aprender lo arbitrarias que eran las cosas. Y ella lo decía como si fuera un conocimiento convencional.

—¿Dónde está su esposo? —preguntó Harry.

—Arriba —repuso ella—. Hice que trajeran el cuerpo aquí, donde pudiera cuidar de él. No fingiré que entiendo lo que pasa, pero no me arriesgaré a pasar por alto sus instrucciones.

Harry asintió.

—Swann era mi vida —agregó en voz baja, a propósito de nada en especial, y de todo.

Lo condujo al piso de arriba. El perfume que lo había recibido en la entrada se había vuelto más intenso. El dormitorio principal había sido convertido en capilla ardiente, y había ramos y coronas de todos los tamaños y clases que llegaban a la altura de la rodilla; sus aromas entremezclados rozaban lo alucinógeno. En medio de aquella abundancia estaba el ataúd —un artilugio recargado, en negro y plata—, montado sobre caballetes. La parte superior de la tapa se encontraba abierta, y los ricos encajes plegados hacia atrás. Cuando Dorothea se lo pidió, pasó con dificultad entre los tributos para echar un vistazo al finado. Le gustó la cara de Swann; había humor en ella, y una cierta astucia, hasta resultaba atractiva en su cansada manera. Más aún: había inspirado el amor de Dorothea; una cara podía tener pocas recomendaciones mejores que ésa. Harry estaba de flores hasta la cintura y, por absurdo que pareciera, sintió un poco de envidia por el amor que aquel hombre había disfrutado.

—¿Me ayudará, señor D'Amour?

Qué otra cosa podía decir, si no:

—Sí, por supuesto que la ayudaré —y luego agregó—: Llámeme Harry.

Aquella noche le echarían de menos en el Wing's Pavilion. Hacía seis años y medio que, cada viernes por la noche, ocupaba la mejor mesa del local, para comer de una sola sentada lo suficiente como para compensar su dieta, carente de excelencia y variedad, de los restantes seis días de la semana. Ese banquete —la mejor cocina china al sur de la calle Canal— le salía gratis, gracias a los servicios que había prestado en cierta ocasión al propietario. Aquella noche, la mesa quedaría vacía.

Sin embargo, su estómago no iba a sufrir demasiado. Había pasado aproximadamente una hora sentado junto a Swann, cuando Valentín subió y le dijo:

—¿Cómo le gusta el filete?

—Poco menos que quemado —repuso Harry.

Valentín no se sintió demasiado contento con la respuesta.

—No me gusta cocer demasiado un buen filete —acotó.

—Y a mí me disgusta ver sangre —replicó Harry—, incluso si no es mía.

El chef perdió la esperanza de modificar el paladar de su invitado y se volvió para marcharse.

—¿Valentín?

El hombre se dio la vuelta y lo miró.

—¿Es ése su nombre de bautismo? —preguntó Harry.

—Los nombres de bautismo son para los que se bautizan —fue la respuesta.

—No le gusta que esté aquí, ¿verdad? —inquirió Harry.

Valentín no le contestó. Sus ojos dejaron de mirarlo y se posaron en el ataúd abierto.

—No estaré aquí mucho tiempo —le informó Harry—, pero mientras esté, ¿no podemos ser amigos?

La mirada de Valentín volvió a encontrarse con la suya.

—No tengo amigos —dijo sin hostilidad ni autocompasión—. Y menos ahora.

—Vale, lo siento.

—¿Qué es lo que hay que sentir? —quiso saber Valentín—. Swann está muerto. Todo se acabó, excepto los gritos.

El afligido rostro se resistía estoicamente a las lágrimas. Harry supuso que una piedra se echaría a llorar con más rapidez. Pero en aquel rostro había pena, y era mucho más profunda por ser muda.

—Una pregunta.

—¿Sólo una?

—¿Por qué no quería que leyese su carta?

Valentín enarcó ligeramente las cejas; eran lo suficientemente finas como para haber sido pintadas con lápiz.

—No estaba loco —dijo—. No quería que pensase que era un loco por lo que escribió. No revelé a nadie lo que ha leído. Swann era una leyenda. No quiero que se mancille su recuerdo.

—Debería escribir usted un libro, para contar la historia completa de una vez por todas. Me han dicho que ha estado con él durante mucho tiempo.

—Sí —repuso Valentín—, el suficiente como para no ser tan tonto y decir la verdad.

Dicho lo cual se marchó, dejando que las flores se marchitasen, y a Harry con más preguntas de las que tenía al empezar.

Al cabo de veinte minutos, Valentín le subió una bandeja con comida: una enorme ensalada, pan, vino y el filete. Le faltaba poco para estar carbonizado.

—Tal como me gusta —dijo Harry, y se dispuso a engullírselo.

No vio a Dorothea Swann, aunque Dios sabe que pensó a menudo en ella. Cada vez que oía un murmullo en la escalera, o unos pasos en el rellano alfombrado, alimentaba la esperanza de ver aparecer su rostro en el umbral de la puerta, con una invitación en los labios. No era tal vez el pensamiento más apropiado, dada la proximidad del cadáver de su marido, pero ¿qué le importaba ahora al ilusionista? Estaba muerto. Si tenía una pizca de generosidad de espíritu, no querría ver a su viuda ahogada por la pena.

Harry se bebió la media garrafa de vino que Valentín le había subido y tres cuartos de hora después, cuando el hombre reapareció con café y Calvados, le pidió que dejase la botella.

No tardaría en anochecer. El tráfico de Lexington y la Tercera era animado. Por aburrimiento se puso a mirar la calle desde la ventana. Una pareja discutía acaloradamente en la acera, y se calló sólo cuando una morena de labio leporino que paseaba un pequinés se puso a mirarlos descaradamente. En la casa de tres pisos de enfrente, se hacían preparativos para una fiesta: vio una mesa amorosamente puesta y velas encendidas. Al cabo de un rato, comenzó a deprimirle lo que estaba espiando, llamó a Valentín y le preguntó si tenía un televisor portátil para prestarle. Fue cuestión de abrir la boca y su deseo se vio satisfecho: durante las dos horas siguientes permaneció sentado frente al monitor en blanco y negro, posado en el suelo, entre las orquídeas y los lirios, mirando cuánto estúpido entretenimiento le ofrecía; la plateada luminiscencia oscilaba sobre las flores como si fuera la luz estimulante de la luna.

A las doce y cuarto de la noche, cuando la fiesta de la casa de enfrente se hallaba en su apogeo, subió Valentín.

—¿Quiere tomar algo antes de que me retire? —le preguntó. —Bueno.

—¿Leche, o algo más fuerte? —Algo más fuerte.

Sacó una botella de buen coñac y dos copas. Juntos brindaron por el muerto.

—Por el señor Swann.

—Por el señor Swann.

—Si necesita algo más esta noche —le informó Valentín —, estoy en la habitación que está justo encima de ésta. La señora Swann se quedará abajo, de modo que si oye a alguien caminar por ahí, no se preocupe. Estas últimas noches no duerme bien.

—¿Quién duerme bien? —repuso Harry.

Valentín lo dejó con su vigilia. Harry oyó cómo subía dificultosamente la escalera, y luego el crujido de las maderas del suelo del piso superior. Volvió a concentrarse en el televisor, pero había perdido el hilo de la película que estaba empezando a ver. Faltaba mucho para el amanecer; mientras tanto, Nueva York disfrutaría de una estupenda noche de viernes: baile, peleas, bromas.

La imagen del televisor comenzó a fallar. Harry se incorporó para acercarse al televisor, pero nunca llegó hasta él. A dos pasos de distancia de la silla en la que había estado sentado, la imagen se hizo más borrosa y desapareció del todo, con lo que la habitación quedó sepultada en una completa oscuridad. Harry apenas tuvo tiempo de notar que por las ventanas tampoco le llegaba ninguna luz de la calle. Entonces comenzó la locura.

En la oscuridad algo se movió: formas vagas se elevaron y cayeron. Tardó un momento en reconocerlas. ¡Las flores! Unas manos invisibles destrozaban las coronas y los tributos y lanzaban las flores al aire. Siguió su descenso con la vista, pero no las vio tocar el suelo. Al parecer, las maderas del suelo habían perdido toda fe en sí mismas y habían desaparecido, de modo que las flores

seguían cayendo y cayendo, a través del suelo de la habitación de abajo, a través del suelo del sótano, lejos, lejos, sólo Dios sabía hacia qué destino. El miedo se apoderó de Harry, como un viejo traficante de drogas que promete un efecto soberbio. Las escasas tablas que continuaban debajo de sus pies se volvieron insustanciales. En unos segundos, él seguiría el mismo rumbo que las flores.

Miró en derredor para buscar la silla de la que se había levantado: un punto fijo en esa vertiginosa pesadilla. La silla continuaba en su sitio; logró discernir su silueta en la penumbra. Con una lluvia de flores cayéndole sobre la cabeza, intentó alcanzarla, pero cuando logró asirla, el suelo de debajo de la silla desapareció, y la luz espectral del agujero abierto bajo sus pies, permitió que Harry la viera caer hacia el infierno, dando vueltas y vueltas hasta que quedó pequeñita como la cabeza de un alfiler.

Y entonces desapareció, y las flores desaparecieron, y las paredes y las ventanas y hasta la última maldita cosa; desapareció todo menos él.

Aunque no todo. Allí seguía el ataúd de Swann, la tapa continuaba abierta, los encajes prolijamente doblados hacia atrás, como la sábana de la cama de un niño. El caballete había desaparecido, igual que el suelo debajo del caballete. Pero el ataúd flotaba en la oscuridad exactamente como una morbosa ilusión, mientras desde las profundidades un ruido sordo acompañaba al truco, igual que el redoblar de un tambor militar.

Harry sintió desvanecerse la última solidez bajo sus pies; sintió que el foso lo llamaba. Cuando sus pies abandonaron el suelo, éste se desvaneció en la nada, y por un terrorífico momento permaneció colgado al borde del abismo, mientras sus manos buscaban el borde del féretro. Con la derecha logró sujetarse en una de las asas y se aferró a ella, agradecido. El brazo estuvo a punto de descoyuntársele cuando tuvo que soportar el peso del cuerpo, pero estiró el otro y encontró el borde del féretro. Utilizándolo como punto de apoyo, se izó como un marinero medio ahogado. Era un extraño bote salvavidas, pero aquél era un mar no menos extraño. Infinitamente profundo, infinitamente terrible.

Mientras se esforzaba por lograr asirse mejor, el féretro comenzó a sacudirse, y al levantar la vista Harry descubrió que el muerto estaba sentado bien erguido. Los ojos de Swann estaban desmesuradamente abiertos. Los volvió hacia Harry; distaban mucho de ser benévolos—. El ilusionista muerto no tardó en ponerse de pie, y a cada movimiento que hacía el féretro flotante se sacudía con mayor violencia. Una vez en posición vertical, Swann se dispuso a deshacerse de su visitante, hundiéndole el tacón en los nudillos. Harry miró a Swann, suplicándole que parara.

El Gran Simulador era todo un espectáculo digno de verse. Tenía los ojos desorbitados, llevaba la camisa rota y abierta para mostrar la herida de salida del pecho. Volvía a sangrar. Una lluvia de fría sangre cayó sobre el rostro vuelto hacia arriba de Harry. Y el tacón continuaba hundiéndose en sus manos. Harry sintió que comenzaba a soltarse. Al comprobar que se aproximaba el triunfo, Swann comenzó a sonreír.

—¡Cae, muchacho! —le ordenó—. ¡Cae!

Harry no aguantaba más. En un enloquecido esfuerzo por salvarse, soltó el asa que aferraba con la derecha y procuró agarrar a Swann por la pernera del pantalón. Sus dedos encontraron el dobladillo y tiró. El ilusionista dejó de sonreír al sentir que perdía el equilibrio. Buscó detrás de él, para sujetarse en la tapa de féretro, pero el ademán lo inclinó aún más. El cojín afelpado pasó por encima de la cabeza de Harry y le siguieron las flores.

Swann aulló enfurecido y le asestó una maligna patada en la mano. Fue un error. El féretro se dio la vuelta del todo y el muerto salió despedido. Harry tuvo tiempo de vislumbrar el rostro asombrado de Swann cuando el ilusionista pasó junto a él en su caída. Luego, él también perdió asidero y cayó tras el ilusionista.

El aire oscuro gimió junto a sus orejas. Debajo de él, el abismo le tendió sus vacíos brazos. Entonces, además del rumor que sentía en la cabeza, le llegó otro sonido: una voz humana.

—¿Está muerto? —preguntó.

—No —repuso otra voz—, creo que no. ¿Cómo se llama, Dorothea?

—D'Amour.

—¿Señor D'Amour? ¿Señor D'Amour?

La caída de Harry aminoró un tanto. Debajo de él, el abismo rugía enfurecido.

Oyó otra vez la voz, cultivada pero sin melodías. —Señor D'Amour.

—Harry —dijo Dorothea.

Al oír su nombre, pronunciado por aquella voz, dejó de caer y se sintió impulsado hacia arriba. Abrió los ojos. Yacía sobre un suelo sólido con la cabeza a unos centímetros de la pantalla sin

imagen del televisor. Las flores estaban todas en su sitio, repartidas por la habitación, Swann en su féretro y Dios —si había que hacer caso de los rumores— en los Cielos.

—Estoy vivo —dijo.

Su resurrección contaba con bastante público. Dorothea, por supuesto, y dos extraños. Uno, el dueño de la voz que había oído en primer término, estaba de pie, junto a la puerta. Sus facciones no tenían nada de notable, a excepción de las cejas y las pestañas, pálidas hasta el punto de resultar invisibles. La mujer que acompañaba al hombre se encontraba cerca. Compartía con él esa inquietante banalidad, despojada de toda característica que pudiera servir de pista para descifrar su naturaleza.

—Ayúdalo, ángel mío —ordenó el hombre, y la mujer se inclinó para obedecerlo.

Era más fuerte de lo que parecía; ayudó a Harry a ponerse en pie. Durante su extraño sueño había vomitado. Se sintió sucio y ridículo.

—¿Qué diablos pasó? —inquirió, mientras la mujer lo acompañaba hasta la silla y le ayudaba a sentarse.

—Intentó envenenarle —le dijo el hombre.

—¿Quién?

—Valentín, por supuesto.

—¿Valentín?

—Se ha ido —le informó Dorothea—. Desapareció. —Tremblaba—. Le oí gritar, y cuando vine lo encontré en el suelo. Creí que iba a ahogarse.

—Ya está bien —dijo el hombre—, todo está en orden.

—Sí —dijo Dorothea, tranquilizada por su insulsa sonrisa—. Éste es el abogado del que le hablé, Harry. El señor Butterfield.

—Encantado —dijo Harry limpiándose la boca.

—¿Por qué no bajamos? —sugirió Butterfield—. Así podré pagarle al señor D'Amour lo que le debemos.

—No se preocupe —dijo Harry—, no suelo cobrar hasta haber terminado el trabajo.

—Pero ya está —dijo Butterfield—. Sus servicios ya no son necesarios.

Harry lanzó una mirada a Dorothea. Arrancaba un anthurium marchito de una rama que, por lo demás, estaba bien verde.

—Me contrataron para acompañar el cuerpo...

—Ya se han hecho los arreglos para disponer del cuerpo de Swann —le informó Butterfield. Su cortesía era perfecta—. ¿No es así, Dorothea?

—Estamos en plena noche —protestó Harry—. No conseguirán quemarlo hasta mañana por la mañana.

—Gracias por su ayuda —le dijo Dorothea—. Pero estoy segura de que todo estará en orden ahora que ha llegado el señor Butterfield.

Butterfield se volvió hacia su compañera.

—¿Por qué no sales a buscarle un taxi al señor D'Amour? —le sugirió. Luego, dirigiéndose a Harry, añadió—: No queremos que tenga que andar por ahí, dando vueltas.

Mientras bajaba la escalera, y en el pasillo, mientras Butterfield le pagaba, Harry deseó que Dorothea contradijese al abogado y le pidiera que se quedara. Pero ni siquiera le ofreció una palabra de despedida cuando lo acompañaron a la puerta principal. Los doscientos dólares que le habían dado eran, por supuesto, una recompensa más que adecuada por las pocas horas ociosas que había pasado allí, pero hubiera quemado felizmente los billetes porque Dorothea le hiciera al menos una señal que le indicara que lamentaba la separación. Pero, por supuesto, no hizo nada. Por sus experiencias pasadas, sabía que su magullado ego tardaría veinticuatro horas en recuperarse de semejante indiferencia.

Se bajó del taxi en la Tercera, cerca de la Ochenta y Tres, y caminó hasta un bar de Lexington, donde sabía que podría poner media botella de bourbon entre él y los sueños que había tenido.

Era bastante más tarde de la una de la mañana. La calle estaba desierta, sólo ocupada por él y por el eco de sus pasos. Dobló la esquina, entró en Lexington y esperó. Momentos después, Valentín dobló la misma esquina. Harry lo agarró de la corbata.

—No está mal el nudo —le dijo, levantando al hombre del suelo.

Valentín no intentó soltarse y se limitó a decirle:

—Gracias a Dios que está vivo.

—No iba a ser gracias a usted —le comentó Harry—. ¿Qué me puso en la bebida?

—Nada —insistió Valentín—. ¿Por qué habría de ponerle alguna cosa?

—¿Cómo es que me encontré en el suelo? ¿Y cómo es que tuve esos malos sueños?

—Ha sido Butterfield —le indicó Valentín—. Lo que haya soñado fue obra suya, créame. Reconozco que en cuanto lo oí entrar en la casa, me entró el pánico. Sé que debí advertírselo, pero también sabía que si no me iba de allí rápidamente, no lograría salir nunca.

—¿Me está diciendo que le habría matado? —Personalmente, no; pero sí, me habría matado.

—Harry parecía incrédulo—. Lo nuestro viene de lejos.

—Pues se lo dejó —le informó Harry, soltando la corbata—. Estoy demasiado cansado como para aguantar más mierda de ésta.

Se apartó de Valentín y comenzó a caminar.

—Espere —le dijo el otro—, sé que no fui amable con usted, allá en la casa, pero tiene que comprenderme, las cosas se pondrán mal. Para los dos.

—Me pareció haberle oído comentar que todo se había acabado, excepto los gritos.

—Eso pensaba yo. Creí que lo teníamos todo atado. Y cuando llegó Butterfield me di cuenta de lo ingenuo que había sido. No dejarán que Swann descansse en paz. Ni ahora ni nunca. Tenemos que salvarlo, D'Amour.

Harry se detuvo y estudió la cara del hombre. Si se lo hubiera encontrado por la calle, no lo habría tomado por un loco.

—¿Subió Butterfield al piso de arriba? —preguntó Valentín.

—Sí. ¿Porqué?

—¿Recuerda si se acercó al féretro? Harry negó con la cabeza.

—Bien —dijo Valentín—. Entonces, las defensas aguantan, y eso nos da un poco de tiempo. Swann era un estupendo táctico, ¿sabe? Pero a veces llegaba a ser descuidado. Por eso lo atraparon. Por puro descuido. Sabía que iban tras él. Se lo dije desde el principio, le dije que debíamos cancelar el resto de las actuaciones e irnos a casa. Al menos allí tenía una especie de santuario.

—¿Cree que lo asesinaron?

—Cristo santo —murmuró Valentín, casi sin esperanza de hacer entrar en razón a Harry—, por supuesto que lo asesinaron.

—De modo que ya nadie puede salvarlo, ¿verdad? El tío está muerto.

—Muerto, sí. Pero no es cierto que nadie pueda salvarlo.

—¿A todo el mundo le habla en clave?

Valentín le puso la mano en el hombro y le dijo con sinceridad no fingida:

—Claro que no. De nadie me fío tanto como de usted.

—Es muy repentina. ¿Puedo preguntar por qué?

—Porque está usted metido en esto hasta el cuello, igual que yo —repuso Valentín.

—Ni hablar —dijo Harry.

Pero Valentín no prestó atención a su negativa y prosiguió su discurso.

—Por el momento no sabemos cuántos son, claro. Quizá sólo hayan enviado a Butterfield, pero no lo creo probable.

—¿Con quién está Butterfield? ¿Con la mafia?

—Ojalá tuviéramos tanta suerte —replicó Valentín. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel—. Ésta es la mujer con la que estaba Swann esa noche, en el teatro. Quizá ella sepa la fuerza que tienen.

—¿Hubo una testigo?

—No se presentó, pero sí, la hubo. Yo era su alcahuete. Concertaba sus adulterios, para que nadie lo molestara. Procure ver si puede llegar hasta ella...

Se interrumpió abruptamente. En alguna parte, muy cerca, se oyó una música. Sonaba como una banda de jazz compuesta por músicos borrachos que improvisaran con las flautas: una cacofonía asmática y errabunda. La cara de Valentín se convirtió instantáneamente en el vivo retrato del dolor.

—Dios nos ampare —dijo en voz muy baja, y comenzó a alejarse de Harry.

—¿Qué pasa?

—¿Sabe rezar? —inquirió Valentín mientras se retiraba por la calle Ochenta y Tres.

El volumen de la música subía a cada intervalo.

—Hace veinte años que no rezo —repuso Harry. —Entonces, aprenda —le dijo Valentín.

Se dio media vuelta y echó a correr.

Al hacerlo, desde el norte fue avanzando por la calle una especie de oscuridad que le quitó brillo a los letreros de los bares y a las farolas. Los anuncios de neón comenzaron a fallar y se apagaron; en los pisos superiores se oyeron protestas al irse las luces y, como animada por las blasfemias, la música adquirió un ritmo más fresco y movido. Por encima de su cabeza, Harry oyó como un lamento, alzó la vista y vio una silueta irregular recortada contra las nubes. De ella pendían como unos zarcillos; parecía un buque de guerra que descendiera sobre la calle, dejando atrás un hedor de pescado podrido. Estaba claro que su objetivo era Valentín. Harry gritó por encima del lamento, la música, el pánico y la negrura, pero en cuanto hubo gritado oyó a Valentín aullar en la oscuridad; era un grito suplicante que fue crudamente interrumpido.

Permaneció en las sombras; sus pies se negaban a avanzar hacia el lugar desde donde había provenido la súplica. El hedor seguía llenándole la nariz; al aspirarlo le volvió la náusea. Y entonces regresaron también las luces; fue una ola de potencia que encendió las farolas y los letreros de los bares mientras cubría toda la calle. Alcanzó a Harry y siguió adelante, hasta el lugar donde había visto a Valentín por última vez. Estaba desierto; para ser más exactos, la acera estaba vacía hasta llegar a la siguiente intersección.

La machacona música de jazz había cesado.

Con los ojos alerta, esperando descubrir a un hombre, una bestia o los restos de cualquiera de ellos, Harry deambuló por la acera. A unos diez metros de donde había estado, el cemento aparecía húmedo. Se alegró de comprobar que no era sangre: el fluido era de color de la bilis y olía como mil demonios. Entre las salpicaduras se encontraban varias tiras de lo que podía haber sido tejido humano. Al parecer, Valentín había luchado y había logrado herir a su atacante. Había más rastros de aquella sangre más adelante, en la acera, como si aquella cosa herida se hubiera arrastrado antes de reemprender el vuelo. Con toda probabilidad, llevándose a Valentín. Ante semejantes fuerzas, Harry sabía que sus escasos poderes no le servían de nada, pero de todos modos se sintió culpable. Había oído el grito, había visto al agresor lanzarse en picado; sin embargo, el miedo le había pegado al suelo la suela de los zapatos.

Experimentó un terror parecido a éste en la calle Wyckoff, cuando el diablo amante de Mimi Lomax había abandonado finalmente toda simulación de humanidad. El cuarto se había llenado de olor a éter y a mugre humana, y el demonio se había erguido en toda su asombrosa desnudez para mostrarle unas escenas que le revolvieron las vísceras. Entonces, aquellas escenas regresaron con él. Lo acompañarían para siempre.

Bajó la vista y miró el trozo de papel que Valentín le había dado: había apuntado el nombre y la dirección a toda prisa, pero logró descifrarlos.

Un hombre en su sano juicio, se recordó Harry, rompería aquella nota y la arrojaría a la alcantarilla. Pero si los hechos acaecidos en la calle Wyckoff le habían enseñado algo, eso era que, una vez tocado por una maldad como la que había visto y soñado en las últimas horas, resultaba imposible deshacerse de ella de un modo casual. Tendría que seguirla hasta el origen por más que le repugnara la idea, y realizar con ella los pactos que la fuerza de su mano le permitiera.

La ocasión nunca era buena para hacer negocios de este tipo: así que tendría que aprovechar aquélla. Regresó hasta Lexington y fue en taxi hasta la dirección escrita en el papel. No recibió respuesta al llamar al timbre marcado con el nombre de Bernstein; despertó al portero y se enzarzó en una frustrante discusión con él a través de la puerta de cristales. El hombre estaba furioso porque le habían despertado a esa hora; insistía en que la señorita Bernstein no estaba en su apartamento, y permaneció inmutable cuando Harry adujo que podía tratarse de una emergencia de vida o muerte. Sólo cuando sacó la cartera el hombre mostró un ligero asomo de preocupación. Finalmente, dejó entrar a Harry.

—No está en casa —le dijo, guardándose en el bolsillo los billetes—. Hace días que no está.

Harry subió en ascensor: le dolían las espinillas y la espalda. Quería dormir; un bourbon y luego dormir. Tal vez como había previsto el portero, en el apartamento no le contestó nadie, pero siguió llamando a la puerta y gritando el nombre de la chica.

—¿Señorita Bernstein? ¿Está usted ahí?

En el interior no había señales de vida, al menos no las hubo hasta que dijo:

—Quiero hablarle de Swann.

Oyó que alguien respiraba cerca de la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó—. Por favor, conteste. No tiene nada que temer.

Al cabo de varios segundos, una voz amodorrada y melancólica murmuró:

—Swann ha muerto.

Al menos ella no, pensó Harry. Fueran cuales fuesen las fuerzas que se habían llevado a Valentín, aún no habían llegado a ese rincón de Manhattan.

—¿Puedo hablar con usted? —le pidió. —No —repuso ella.

Su voz era como la llama de una vela a punto de apagarse. —Sólo unas preguntas, Barbara.

—Estoy en la panza del tigre —respondió lentamente —, y no quiere que lo deje pasar.

Tal vez habían llegado antes que él.

—¿No puede acercarse a la puerta? —intentó persuadirla—. No está muy lejos...

—Pero me ha tragado —insistió la muchacha.

—Inténtelo, Barbara. Al tigre no le importará. Venga hasta la puerta.

Del otro lado le llegó un silencio, y luego el sonido del arrastrarse de unos pies. ¿Estaría haciendo lo que le había pedido? Eso parecía. Oyó cómo maniobraba torpemente con el cerrojo.

—Eso es —la animó—. ¿Puede abrir? Intente hacerlo.

En el último momento pensó: ¿y si dijo la verdad y hubiera un tigre ahí dentro? Era demasiado tarde para retirarse; la puerta se abrió. En el vestíbulo no había ningún animal. Sólo una mujer, y olor a suciedad.

Se veía claramente que no se había lavado ni cambiado de ropa desde que huyera del teatro. El vestido de noche que llevaba estaba sucio y roto; tenía la piel gris de mugre. Entró en el apartamento. Ella se alejó de él adentrándose en el vestíbulo, desesperada por evitar que la tocase.

—Tranquilícese —le dijo—, no hay ningún tigre aquí.

Sus enormes ojos parecían casi vacíos; la presencia que moraba allí estaba perdida para la cordura.

—Sí lo hay —le dijo—, yo estoy dentro del tigre. Estoy dentro de él para siempre.

Como carecía del tiempo y la habilidad necesarios para disuadirla de su locura, decidió que lo mejor era seguirle la corriente.

—¿Cómo entró usted allí, dentro del tigre? —le preguntó—. ¿Ocurrió cuando estaba con Swann?

Asintió.

—Se acuerda de eso, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Qué es lo que recuerda?

—Había una espada; cayó. Él estaba levantando... Se interrumpió y frunció el ceño. —¿Levantando qué? De repente, pareció más distraída que nunca.

—¿Cómo puede oírme si estoy dentro del tigre? ¿Está usted también dentro del tigre?

—Quizá sí —repuso, rehusando analizar la metáfora con excesiva minuciosidad.

—¿Sabe? Estamos aquí para siempre —le informó—. Nunca nos dejarán salir.

—¿Quién se lo ha dicho?

No contestó, sino que se limitó a inclinar un poco la cabeza.

—¿Lo oye?

—¿Oír qué?

La muchacha dio otro paso para adentrarse más en el vestíbulo. Harry escuchó, pero no logró oír nada. La creciente agitación reflejada en el rostro de Barbara fue suficiente para que volviera a la puerta principal y la abriera. El ascensor estaba en marcha. Logró oír su suave murmullo a través del rellano. Y lo que era peor: las luces del vestíbulo y la escalera empezaban a fallar; las bombillas perdían potencia a medida que el ascensor subía.

Volvió a entrar en el apartamento y aferró a Barbara por la muñeca. Ella no protestó. Sus ojos estaban fijos en el umbral de la puerta, a través del cual ella parecía saber que le llegaría el juicio final.

—Iremos por la escalera —le dijo, y la condujo hasta el rellano.

Las luces estaban a punto de apagarse. Echó un vistazo a los números de los pisos que se iban marcando en el indicador, encima de las puertas del ascensor. ¿Era el último piso o todavía quedaba otro más arriba? No lo recordaba ni tuvo tiempo de pensarlo, porque las luces fallaron por completo.

Se tambaleó en el desconocido territorio del rellano arrastrando a la muchacha, con la esperanza de que Dios le permitiera encontrar la escalera antes de que el ascensor llegara a ese piso. Barbara se hacía la remolona, pero él la apremió a que apurara el paso. En el instante en que su pie tocaba el primer escalón, el ascensor concluyó su ascenso.

Las puertas se abrieron con un siseo, y una fría fluorescencia bañó el rellano. No lograba ver su origen, y tampoco tenía deseos de hacerlo, pero su efecto reveló al ojo humano todas las manchas e imperfecciones, todos los signos de podredumbre y ruina que la pintura intentaba camuflar. El espectáculo distrajo la atención de Harry sólo durante un momento; después sujetó con mayor firmeza la mano de la mujer y comenzaron a bajar. Sin embargo, Barbara estaba más interesada en los acontecimientos del rellano que en huir.

Tan ocupada estaba en ello que tropezó y cayó pesadamente contra Harry. Ambos hubieran rodado escalera abajo de no haberse sujetado él del pasamanos. Enfadado, se volvió hacia ella. Desde donde estaban no se veía el rellano, pero la luz reptaba hacia ellos y bañaba la cara de Barbara. Bajo su escrutinio poco caritativo, Harry vio la podredumbre actuando en ella. Vio las caries de los dientes y la muerte en su pelo, su piel y sus uñas. Sin duda, él aparecería ante ella del mismo modo si la muchacha se hubiera fijado en él, pero continuaba mirando por encima del hombro, hacia lo alto de la escalera.

La fuente luminosa se movía. Iba acompañada de voces.

—La puerta está abierta —dijo la mujer.

—¿A qué esperas? —repuso una voz.

Era Butterfield.

Harry contuvo el aliento y sujetó a la mujer de la muñeca al tiempo que la fuente luminosa volvía a moverse, al parecer hacia la puerta, para quedar luego parcialmente eclipsada al desaparecer en el interior del apartamento.

—Tenemos que darnos prisa —le dijo a Barbara.

Bajó con él dos o tres escalones y, sin previo aviso, le puso la mano en la cara y le arañó la mejilla. La soltó para escudarse y, en ese instante, aprovechó para soltarse y subir por la escalera.

Maldiciendo, fue tras ella, pero la anterior lentitud de Barbara había desaparecido: era asombrosamente diestra. Con los vestigios de luz provenientes del rellano la vio alcanzar los últimos peldaños y desaparecer.

—Estoy aquí —gritó mientras avanzaba.

Harry se quedó inmovilizado en la escalera, incapaz de decidir si debía irse o quedarse, incapaz de moverse. Desde lo acaecido en la calle Wyckoff, aborrecía las escaleras. La luz se avivó por un instante, proyectando sobre él las sombras del pasamanos, y luego se apagó. Se llevó la mano a la cara. Le había dejado unos verdugones, pero casi nada de sangre. ¿Qué podía esperar si acudía en su auxilio? La misma actitud. Era una causa perdida.

Abandonada ya toda esperanza de ayudarla, oyó un sonido proveniente del rincón, en lo alto de la escalera: un sonido suave que podía haber sido de unos pasos o de un suspiro. ¿Habría escapado a su influencia después de todo? ¿O quizás ni siquiera había llegado a la puerta del apartamento y, después de pensarlo mejor, había retrocedido? Mientras sopesaba las posibilidades la oyó decir:

—Ayúdame...

La voz era el fantasma de un fantasma, pero era indiscutiblemente la suya, y estaba aterrorizada.

Sacó el 38 y volvió a subir la escalera. Antes de pasar el recodo sintió un escozor en la nuca y se le erizaron todos los pelos.

Barbara estaba allí. Pero también estaba el tigre. Se encontraba en el rellano, a unos metros de Harry; Su cuerpo murmurante latía lleno de fuerza. Sus ojos parecían de metal fundido, sus fauces abiertas eran ¡creíblemente enormes. Y allí, metida ya en su vasta garganta, estaba Barbara. Sus ojos se encontraron con los de ella, a punto de desaparecer en la boca del tigre, y vio un relumbre de comprensión que fue peor que ninguna locura. La bestia movió la cabeza hacia adelante y hacia atrás para acabar de tragarse a su presa. Se la había tragado entera. En el rellano no había sangre, ni tampoco en el morro del tigre; sólo el asombroso espectáculo de la cara de la muchacha que desaparecía por el túnel de la garganta del tigre.

Desde el vientre de la bestia, lanzó un último grito; cuando el animal se disponía a saltar, a Harry le pareció que sonreía. Su cara se arrugó grotescamente, los ojos se entrecerraron como los de un Buda carcajeante, los labios se echaron hacia atrás para mostrar una hilera de brillantes dientes falciformes. El grito quedó finalmente acallado por esta demostración. Y en ese mismo instante, el tigre saltó.

Harry disparó a aquella masa devoradora y, cuando el tiro tocó la carne, la mirada malvada y las fauces y todo aquel cuerpo a rayas se desovillaron en un solo instante. De pronto, había desaparecido, y en el sitio donde había estado sólo quedó una fina lluvia de confetis apastelados bajando en espiral. El disparo había llamado la atención. En uno o dos de los apartamentos se oyeron voces agitadas, y la luz que acompañara a Butterfield al salir del ascensor salió con más brillo por el umbral de la residencia Bernstein. Sintió la tentación de quedarse para ver al hacedor de luz, pero la discreción venció a su curiosidad; se dio la vuelta y comenzó a bajar los escalones de dos en dos y de tres en tres. Los confetis bajaron tras él, dando tumbos, como si gozaran de vida propia. Quizá la vida de Barbara, transformada en trocitos de papel y lanzada al aire.

Llegó al vestíbulo de entrada sin aliento. El portero estaba allí de pie, mirando hacia la escalera con ojos vacíos.

—¿Han matado a alguien? —preguntó.

—No, se la han comido —repuso Harry.

Mientras se dirigía hacia la puerta, oyó que el ascensor volvía a sisear mientras bajaba. Quizá fuera simplemente un inquilino que iba a dar un paseo antes del amanecer. O tal vez no.

El portero se quedó tal como lo había encontrado, enfurruñado y confundido; él salió a la calle y dejó de correr sólo cuando estuvo a dos manzanas del edificio de apartamentos. No se molestaron en seguirlo. Lo más probable era que no mereciese que se preocuparan por él.

¿Qué iba a hacer? Valentín estaba muerto, y Barbara Bernstein también. Sabía tanto como al inicio de aquella locura, y además había repasado la lección que le enseñaran en la calle Wyckoff: que al tratar con el Abismo era mejor no creer jamás lo que veían los ojos. En cuanto se fiaba uno de los propios sentidos, cuando se creía que un tigre era un tigre, se estaba ya medio poseído.

No era una lección complicada, pero al parecer la había olvidado, como un tonto, y había sido preciso que se produjeran dos muertes para que él volviera a aprenderla. Quizá lo más sencillo habría sido hacerse tatuar la regla en el dorso de la mano: Jamás creas lo que ven tus ojos. El principio seguía fresco en su mente mientras caminaba de regreso a su piso, cuando un hombre salió de un portal y le dijo: —Harry.

Se parecía a Valentín; un Valentín herido, un Valentín descuartizado y recomposto por un equipo de cirujanos ciegos, pero en esencia el mismo hombre. Sin embargo, el tigre parecía un tigre, ¿o no? —Soy yo —dijo. —Oh, no —repuso Harry —. Esta vez no.

—¿De qué me habla? Soy Valentín.

—Pruébemelo.

El hombre pareció perplejo.

—No es el momento de jugar, estamos en una situación desesperada.

Harry sacó el 38 del bolsillo y apuntó a Valentín en el pecho. —Pruébemelo o disparo.

—¿Se ha vuelto loco? —Lo he visto destrozado.

—No del todo —repuso Valentín. Llevaba el brazo izquierdo cubierto por un vendaje provisional que le cubría desde la punta de los dedos hasta la mitad del bíceps —. Fue cuestión de suerte..., pero todo tiene su talón de Aquiles —dijo—. Sólo se trata de encontrar el lugar justo.

Harry lo miró lleno de curiosidad. Quería creer que se trataba de Valentín, pero resultaba demasiado increíble aceptar que la frágil figura que tenía delante hubiera podido sobrevivir a la monstruosidad que presenciara en la calle Ochenta y Tres. No, se trataba de otra ilusión. Igual que el tigre: papel y malicia.

Valentín interrumpió la sucesión de ideas de Harry.

—El filete... —dijo. —¿El filete?

—Le gusta casi quemado —le dijo Valentín —. Y yo protesté ¿lo recuerda?

—Siga —le dijo Harry.

Claro que lo recordaba.

—Y usted dijo que no le gustaba ver sangre, aunque no fuera suya.

—Sí, es cierto —dijo Harry.

Las dudas se disiparon.

—Me pidió que le probara que soy Valentín. Es lo más que puedo hacer. —Harry estaba casi convencido—. En nombre de Dios, ¿es que tenemos que discutir el asunto aquí, en medio de la calle?

—Será mejor que entre.

El apartamento era pequeño, pero esa noche le pareció más agobiante que nunca. Valentín se sentó donde pudiera ver bien la puerta. Rehusó los licores y los primeros auxilios. Harry se sirvió un bourbon. Iba por la tercera copa cuando Valentín dijo:

—Tenemos que regresar a la casa. Harry.

—¿Cómo?

—Debemos recobrar el cuerpo de Swann antes que Butterfield.

—Yo ya hice lo que pude. Ya no es asunto mío.

—¿Y dejará a Swann en manos del Abismo? —inquirió Valentín.

—A ella no le importa. ¿Por qué habría de importarme a mí?

—¿Se refiere a Dorothea? No sabe en qué estaba metido Swann. Por eso es tan confiada. Quizá sospechaba algo, pero en la medida en que se pueda carecer de culpas en todo este asunto, ella es inocente. —Hizo una pausa para acomodar el brazo herido—. Era prostituta, ¿sabe? Me imagino que no se lo dijó. Una vez Swann me dijo que se había casado con ella porque sólo las prostitutas conocen el valor del amor.

Harry pasó por alto esta aparente paradoja.

—¿Por qué se quedó con él? —inquirió—. No era lo que se dice un hombre fiel.

—Lo amaba —repuso Valentín—. Es algo que suele ocurrir.

—¿Y usted?

—Yo también lo quería, a pesar de sus estupideces. Por eso debemos ayudarlo. Si Butterfield y sus colegas ponen sus manos sobre los restos mortales de Swann, tendremos todo un infierno por pagar.

—Ya lo sé. En casa de Bernstein he podido ver una muestra.

—¿Qué vio?

—Algo y nada —repuso Harry—. Un tigre. Al menos eso creí. Pero la cuestión es que no era un tigre.

—La parafernalia de siempre —contestó Valentín.

—Algo más acompañaba a Butterfield. Algo que despedía luz: no logré ver qué era.

—El Castrato —murmuró Valentín para sí, visiblemente turbado—. Hemos de tener cuidado.

Se puso de pie; el movimiento le hizo dar un respiro y sugirió:

—Harry, creo que deberíamos emprender la marcha.

—¿Me pagará o lo hago por amor al arte? —preguntó Harry.

—Lo hará por lo que ocurrió en la calle Wyckoff —repuso con voz muy queda—. Porque el Abismo le arrebató a Mimi Lomax, y porque no quiere perder a Swann. Es decir, si no lo ha perdido ya.

En la avenida Madison tomaron un taxi y regresaron al centro, hacia la calle Sesenta y Uno, sin decirse palabra. Harry tenía medio centenar de preguntas para formularle a Valentín. ¿Quién era Butterfield? Eso por un lado. Y, ¿qué crimen había cometido Swann para que lo persiguieran hasta la muerte y más allá aún? Cuántos enigmas. Valentín parecía enfermo y en malas condiciones para contestar preguntas. Además, Harry presentía que cuanto más supiera, menos entusiasmo sentiría por el viaje que acababan de emprender.

—Tal vez tengamos una ventaja —dijo Valentín cuando se acercaban a la calle Sesenta y Uno—. No esperan este ataque frontal. Butterfield supone que he muerto, y probablemente crea que está usted ocultándose, presa de un pánico mortal.

—Estoy pensando en ello.

—No está en peligro, al menos no del modo en que lo está Swann —le indicó Valentín—. Aunque lo descuartizaran, eso no sería nada comparado con los tormentos que le tienen preparados al mago.

—Illusionista —le corrigió Harry.

Pero Valentín negó con la cabeza.

—Era un mago y siempre lo será.

El taxista los interrumpió antes de que Harry lograra repetir lo que dijera Dorothea al respecto.

—¿A qué número iban ustedes? —preguntó.

—Déjenos aquí, a la derecha —le indicó Valentín—. Y espérenos, ¿entendido?

—Entendido.

—Déle cincuenta dólares —le ordenó Valentín a Harry.

—¿Cincuenta?

—¿Quiere que espere o no?

Harry contó cuatro billetes de diez y diez de uno y los fue poniendo en la mano del taxista.

—Será mejor que mantenga el motor en marcha —le sugirió.

—Lo que usted mande —sonrió el taxista.

Harry se reunió con Valentín en la acera y cubrieron la distancia que los separaba de la casa. A pesar de la hora, había mucho ruido en la calle: la fiesta cuyos preparativos había presenciado Harry hacía cuatro horas estaba ahora en su punto álgido. Pero en la residencia de los Swann no había señales de vida.

Tal vez no nos esperan, pensó Harry. Sin duda, ese asalto frontal era prácticamente la táctica más arriesgada que pudiera imaginarse, y como tal cogería al enemigo desprevenido. Pero ¿alguna vez estaban desprevenidas semejantes fuerzas? ¿Acaso en sus agusanadas vidas había un minuto en el que se les cayeran los párpados y el sueño los amansara por un momento? No. Por experiencia, Harry sabía que sólo el bien necesitaba dormir; la iniquidad y sus practicantes permanecían vigilantes en todo afanoso momento, para tramar nuevas felonías.

—¿Cómo entramos? —preguntó cuando estuvieron delante de la casa.

—Tengo la llave —repuso Valentín, y se dirigió a la puerta.

Ya no podía echarse atrás. Giró la llave en la cerradura, la puerta se abrió, y abandonaron la relativa seguridad de la calle. Una vez dentro, la casa estaba tan oscura como había aparecido por fuera. En ninguno de los pisos había sonidos de presencias humanas. ¿Acaso era posible que las defensas que Swann había levantado alrededor de su cadáver hubieran repelido a Butterfield, y que él y sus secuaces se hubieran retirado? Valentín desbarató su desencaminado optimismo casi de inmediato; sujetó a Harry por el brazo e, inclinándose hacia él, le susurró:

—Están aquí.

No era momento de preguntarle cómo lo sabía, y mentalmente Harry se limitó a tomar nota del asunto para interrogarlo cuando salieran, o más bien si salían de la casa con las lenguas intactas dentro de la boca.

Valentín se encontraba ya al pie de la escalera. Los ojos de Harry procuraban acostumbrarse al vestigio de la luz que reptaba desde la calle hacia el interior. Cruzó el vestíbulo y fue tras él. El otro hombre se movía confiadamente en la oscuridad; Harry se alegró. Si Valentín no le hubiera tirado de la manga y no lo hubiera guiado hasta el descansillo, con toda probabilidad se habría lastimado.

A pesar de lo manifestado por Valentín, en el piso de arriba no había más sonidos ni señales de presencia alguna que las que habían observado abajo, y al avanzar hacia el dormitorio principal, donde yacía Swann, un diente cariado que Harry tenía en la mandíbula inferior, y que últimamente había estado tranquilo, comenzó a dolerle; además, tenía el vientre lleno de gases. La ansiedad era martirizante. Sentía unas ganas incontenibles de gritar y de obligar al enemigo a mostrar su mano, si es que tenía manos para mostrar.

Valentín había llegado a la puerta. Volvió la cabeza en dirección a Harry, y a pesar de la oscuridad resultaba evidente que el miedo había hecho presa de él. Le brillaba la piel, olía a sudor reciente.

Señaló hacia la puerta. Harry asintió. Estaba tan preparado como podía estarlo en esas circunstancias. Valentín aferró el picaporte. El ruido de la cerradura fue ensordecedor, pero no produjo respuesta en ningún rincón de la casa. La puerta se abrió de par en par, y les salió al encuentro el pesado aroma de las flores. Habían comenzado a marchitarse en el exagerado calor de la casa; debajo del perfume había un cierto hedor. Más acogedora que el perfume fue la luz. Las cortinas del dormitorio no estaban del todo corridas y las farolas silueteaban el interior: las flores apiñadas como nubes alrededor del féretro, la silla donde Harry se había sentado, la botella de Calvados junto a ella, el espejo encima de la chimenea, que mostraba al cuarto su secreta personalidad.

Valentín se dirigía ya hacia el féretro y Harry lo oyó suspirar al posar los ojos en su antiguo amo. No perdió tiempo; de inmediato levantó la parte inferior de la tapa. Pero no logró hacerlo con un solo brazo, y Harry tuvo que prestarle ayuda, impaciente por acabar con el trabajo y marcharse. Al tocar la madera maciza del féretro, la pesadilla volvió con toda su sobrecogedora fuerza: el Abismo que se abría bajo sus pies, el ilusionista que se incorporaba de su lecho cual durmiente al que despertaran en contra de su voluntad. Pero no se produjo de nuevo el espectáculo. En realidad, si el cadáver hubiera gozado de una pizca de vida, les habría facilitado la tarea. Swann era un hombre corpulento y su cuerpo inerte no cooperó en nada. El simple acto de sacarlo del féretro requirió todo su aliento y atención. Finalmente lo lograron, aunque el cadáver respondió de mala gana y sus miembros quedaron colgando.

—Y ahora bajemos —dijo Valentín.

Cuando se dirigieron a la puerta, en la calle se encendió una cosa, o al menos eso pareció, porque de repente el interior se iluminó. La luz no fue benéfica con la carga. Reveló la crudeza de los cosméticos aplicados al rostro de Swann, y la floreciente putrefacción subyacente. Harry gozó de un instante para apreciar esas bienaventuranzas; luego, la luz cobró mayor brillo y notó que no estaba fuera, sino dentro.

Miró a Valentín y le entró la desesperación. La luminosidad fue menos caritativa con el sirviente que con su amo; fue como si le arrancara la carne del rostro. Harry apenas logró captar un atisbo de lo que dejaba entrever —los hechos no tardaron en reclamar su atención—, pero vio lo suficiente como para deducir que si Valentín no hubiera sido su cómplice en la aventura, habría huido de él.

—¡Sáquelo de aquí! —aulló Valentín.

Soltó la piernas de Swann y dejó que Harry se encargara del cadáver. Pero éste se mostró recalcitrante. Blasfemando, Harry apenas había logrado dar dos pasos hacia la salida cuando los hechos tomaron un giro cataclísmico.

Oyó a Valentín soltar un juramento y, al levantar la vista, notó que el espejo había abandonado todo intento de reflejo, y que algo surgía de sus líquidas profundidades, trayendo consigo la luz.

—¿Qué es? —balbució Harry.

—El Castrato —repuso Valentín—. ¿Quiere irse?

No hubo tiempo de obedecer la orden aterrada de Valentín antes de que la cosa oculta rompiera el plano del espejo e invadiera la habitación. Harry se había equivocado. No llevaba la luz consigo, en sus desplazamientos: era la luz. O más bien, el holocausto ardiente de sus vísceras, cuyo fulgor escapaba como podía por el cuerpo de la criatura. Había sido humano; un hombre como una montaña, con el vientre y los pechos de una Venus neolítica. Pero el fuego de su cuerpo la había distorsionado lo indecible, saltando por las palmas de sus manos, por el ombligo quemándole la boca y las fosas nasales para formar un solo agujero sinuoso. Tal como indicaba su nombre, no había tenido sexo; de ese agujero también surgía la luz. Bajo aquella luz, la putrefacción de las flores se aceleró. Los capullos se marchitaron y murieron. En instantes, el cuarto se llenó del hedor de la sustancia vegetal podrida.

Harry oyó que Valentín lo llamaba a gritos una y otra vez. Sólo entonces recordó el cadáver que tenía entre los brazos. Con esfuerzo, apartó la vista del Castrato flotante y avanzó con Swann medio metro más. La puerta se encontraba a sus espaldas; estaba abierta. Arrastró su carga hasta el rellano, al tiempo que el Castrato pateaba el féretro. Oyó el tumulto y luego los gritos de Valentín. Siguió una terrible agitación y la voz estridente del Castrato que hablaba a través del agujero de la cara.

—Muere y sé feliz —dijo.

Una lluvia de muebles cayó sobre la pared con una fuerza tal que las sillas se clavaron en el yeso. No obstante, Valentín había logrado salir ileso del ataque, o eso parecía, porque un instante después, Harry oyó chillar al Castrato. Fue un sonido pasmoso: despreciable y repugnante. Se habría tapado los oídos de no haber tenido las manos ocupadas.

Había logrado llegar casi hasta el principio de la escalera. Arrastró a Swann unos cuantos escalones y depositó el cuerpo en el suelo. La luz del Castrato no se había apagado; a pesar de sus quejas, continuaba oscilando sobre la pared del dormitorio como en una tormenta de verano. Por tercera vez esa noche —la primera en la calle Ochenta y Tres y la segunda en la escalera de la casa de Bernstein—, Harry titubeó. Si regresaba a ayudar a Valentín vería cosas peores que las presenciadas en la calle Wyckoff. Pero no podía echarse atrás. Sin Valentín estaba perdido. A toda carrera volvió al rellano y abrió la puerta de par en par. El ambiente era pesado, las lámparas oscilaban. En el centro del cuarto flotaba el Castrato, desafiando las leyes de la gravedad. Tenía a Valentín agarrado por los pelos. La otra mano estaba dispuesta —el dedo índice y el medio abiertos como un par de cuernos— para arrancarle los ojos a su prisionero.

Harry sacó la 38 del bolsillo, apuntó y disparó. Siempre había sido mal tirador cuando le daban tiempo para apuntar, pero in extremis, cuando el instinto gobernaba el pensamiento racional, no era tan malo. Aquella fue una de esas ocasiones. La bala se alojó en el cuello del Castrato y abrió otra herida. Más por efecto de la sorpresa que por el dolor, soltó a Valentín. Por el agujero del cuello se coló la luz, y la bestia se llevó la mano a la herida.

Valentín se puso rápidamente en pie.

—Otra vez —le gritó a Harry—. ¡Dispare otra vez!

Harry obedeció. La segunda bala perforó el pecho de la criatura; la tercera, el estómago. Esta última herida fue particularmente traumática; el tejido distendido, pronto a estallar, se rompió, y el haz de luz que manó de la herida se convirtió velozmente en un torrente cuando el abdomen se partió en dos.

El Castrato volvió a aullar, esta vez presa del pánico, y perdió el control de su vuelo. Se elevó hacia el techo dando vueltas como un globo pinchado; sus manos regordetas intentaban desesperadamente contener el motín producido en su sustancia. Pero había alcanzado la masa crítica, ya no había manera de arreglar el daño producido. Comenzó a despedir trozos de carne. Valentín, demasiado sorprendido o fascinado, se quedó mirando hacia arriba, mientras la criatura se desintegraba lanzando una lluvia de carne cocida. Harry lo agarró y tiró de él hacia la puerta.

Finalmente, el Castrato hizo honor a su nombre y lanzó una nota que les perforó los tímpanos. Harry no esperó a comprobar su muerte, sino que cerró de un portazo el dormitorio, justo en el instante en que la voz alcanzaba un tono espantoso y las ventanas se hacían añicos.

—¿Sabe lo que hemos hecho? —inquirió Valentín con la mueca de una sonrisa.

—Da igual. Salgamos de este jodido lugar.

Al ver el cuerpo de Swann en lo alto de la escalera, Valentín recuperó la disciplina. Harry le ordenó que lo ayudara, y lo hizo con toda la eficacia que su azoramiento le permitió. Al llegar a la puerta principal, desde arriba les llegó el último grito, cuando el Castrato se desintegró. Y luego, el silencio.

El alboroto no había pasado inadvertido. De la casa de enfrente salieron algunos jaraneros, y en la acera se había reunido una multitud de peatones noctámbulos.

—¡Vaya fiestecita! —exclamó uno de ellos al tiempo que el trío abandonaba la casa.

Harry esperaba que el taxi los hubiera abandonado, pero no había contado con la curiosidad del taxista. El hombre había bajado del coche y miraba hacia la ventana del primer piso.

—¿Necesita ir al hospital? —inquirió mientras colocaban a Swann en el asiento posterior del vehículo.

—No —repuso Harry—. No puede estar peor que ahora.

—¿Quiere ponerse en marcha? —le ordenó Valentín. —Claro. Dígame adónde vamos.

—A cualquier parte —fue la cansada respuesta—. Sáquenos de aquí. —Un momento —dijo el taxista—. No quiero lías.

—Entonces muévase —le sugirió Valentín.

El taxista se topó con la mirada del pasajero. Lo que vio en ella le hizo decir:

—Ya, ya voy.

Y salieron a toda velocidad por la calle Sesenta y Uno Este, como si el taxi se tratara de un murciélagos proverbial salido del infierno.

—Lo logramos, Harry —dijo Valentín cuando llevaban viajando unos cuantos minutos—. Lo recuperamos.

—¿Y esa cosa? Hábreme de ella.

—¿El Castrato? ¿Qué quiere que le cuente? Butterfield lo dejó de perro guardián, hasta que lograse encontrar a un técnico que descifrara los mecanismos de defensa de Swann. Tuvimos suerte. Necesitaba que lo ordeñasen. Y eso los vuelve inestables.

—¿Cómo es que sabe tanto de estas cosas?

—Es una larga historia —replicó Valentín—. Y no es apta para un viaje en taxi.

—Y ahora ¿qué? No podemos estar toda la noche dando vueltas en círculo.

Valentín observó el cuerpo que se encontraba sentado entre ambos, víctima de cada uno de los caprichos de la suspensión del taxi y de la mano de los pavimentadores de calles. Con suavidad, colocó las manos de Swann sobre el regazo.

—Tiene razón —le dijo—. Hemos de disponer la cremación lo antes posible.

El taxi saltó al pasar por un bache. El rostro de Valentín se endureció.

—¿Le duele algo? —inquirió Harry.

—He pasado por momentos peores.

—Podríamos regresar a mi apartamento y descansar.

—No sería muy inteligente —repuso Valentín negando con la cabeza—; sería el primer lugar adonde irían a buscarnos.

—En mi oficina, pues...

—Ése sería el segundo lugar.

—Dios santo, al taxi se le acabará la gasolina en algún momento.

En ese punto intervino el taxista.

—¿Han hablado ustedes de cremación? —Puede ser —repuso Valentín.

—Es que mi cuñado tiene una funeraria en Queens.

—¿Ah, sí? —dijo Harry.

—Precios muy razonables. Se lo recomiendo. No es cualquier basura.

—¿Podría ponerse en contacto con él ahora? —preguntó Valentín.

—Son las dos de la madrugada.

—Es que tenemos prisa.

El taxista ajustó el retrovisor; le estaba echando un vistazo a Swann.

—No le importa que pregunte, ¿verdad? ¿Eso de ahí atrás es un cadáver?

—Sí —repuso Harry—. Y se está impacientando.

El taxista lanzó un grito de sorpresa.

—¡Joder! —exclamó—. En ese asiento he llevado de todo. Una mujer que parió mellizos, putas que atendían a sus clientes, incluso un caimán. ¡Pero este pasajero les gana a todos! —Reflexionó durante un instante y agregó—: Ustedes lo mataron, ¿verdad?

—No —respondió Harry.

—Supongo que si se lo hubieran cargado ustedes iríamos en dirección del East River, ¿no?

—Efectivamente. Sólo queremos una cremación decente. Y rápida.

—Es comprensible.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Harry.

—Winston Jowitt. Pero todos me llaman Byron. Soy poeta, ¿sabe? Al menos los fines de semana.

—Byron.

—Cualquier otro taxista estaría espantado, ¿no? Llevar como pasajeros a dos tipos con un cadáver tiene tela. Pero tal como yo lo veo, es material.

—Para los poemas.

—Eso es —repuso Byron—. La Musa es una querida inconstante. Hay que poseerla donde se la encuentra, ¿sabe? Y hablando de eso, ¿tienen idea de adónde quieren ir?

—A su oficina —le dijo Valentín a Harry—. Desde allí podrá telefonear a su cuñado.

—Está bien —asintió Harry. Y dirigiéndose a Byron, añadió—: Vaya hacia el oeste por la Cuarenta y Cinco esquina con la Octava.

—Allá vamos —dijo Byron, y el taxi duplicó la velocidad en el espacio de diez metros—. Oigan, ¿les gustaría escuchar uno de mis poemas?

—¿Ahora? —preguntó Harry.

—Me gusta improvisar —repuso Byron—. Elija el tema. El que más le guste.

Valentín apretó contra su cuerpo el brazo herido y en voz baja sugirió:

—¿Qué le parece el fin del mundo?

—Buen tema —repuso el poeta—, déme uno o dos minutos.

—¿Tan poco? —preguntó Valentín.

Siguieron un camino indirecto para llegar a la oficina; durante el trayecto, Byron Jowitt intentó una selección de rimas para apocalipsis. Los sonámbulos poblaban la calle Cuarenta y Cinco, en

busca de uno u otro cuelgue; algunos estaban sentados en los portales, otros yacían despatarrados en las aceras. Todos se limitaron a inspeccionar brevemente al taxi y a sus ocupantes. Harry abrió la puerta principal y él y Byron subieron a Swann hasta el tercer piso.

La oficina era como su segunda casa: caótica y atestada. Colocaron a Swann en la silla giratoria, detrás de las tazas manchadas y las demandas por pensiones alimenticias acumuladas sobre el escritorio. Era el más saludable del cuarteto. Byron sudaba como un toro después de subir los tres pisos; Harry se sentía —y seguramente se le vería en la cara— como si llevara dos meses sin dormir; Valentín se había dejado caer en la silla de los clientes, tan falto de vitalidad que podía haberse hallado en el umbral de la muerte.

—Tiene usted un aspecto fatal —le dijo Harry.

—No importa. Pronto habrá acabado todo.

Harry se dirigió a Byron y le preguntó:

—¿Qué le parece si llama a ese cuñado suyo?

Mientras Byron se disponía a hacerlo, Harry volvió a concentrarse en Valentín.

—En algún sitio tengo un botiquín. ¿Quiere que le vende el brazo?

—No, gracias. Igual que usted, odio ver sangre. Especialmente si es la mía.

Byron estaba al teléfono, regañando a su cuñado por su ingratitud.

—¿De qué te quejas? ¡Te he conseguido un cliente! Ya sé la hora, por el amor de Dios, pero los negocios son los negocios...

—Dígale que le pagaremos el doble de lo que suele cobrar —dijo Valentín.

—¿Lo has oído, Mel? El doble de lo que sueles cobrar. De modo que ven hasta aquí, ¿quieres?

Le dio la dirección al cuñado y colgó.

—Ya viene para acá —anunció.

—¿Ahora? —preguntó Harry.

—Ahora —repuso Byron echando un vistazo al reloj — . Tengo un agujero en el estómago. ¿Qué tal si comemos? ¿Hay algún lugar abierto por aquí cerca?

—Sí, hay uno a una manzana de aquí.

—¿Le apetece algo? —le preguntó Byron a Valentín. —Creo que no —repuso.

Parecía empeorar por momentos.

—De acuerdo —le dijo Byron a Harry—, sólo seremos usted y yo. ¿Tiene diez dólares para prestarme?

Harry le dio el billete y las llaves de la puerta de calle, y le pidió un donut y café; Byron salió. Cuando ya se había marchado, Harry deseó haber convencido al poeta de aguantarse el hambre durante un rato. Sin él, en la oficina se hizo un penoso silencio: Swann acomodado detrás del escritorio, Valentín que sucumbía al sueño en la otra silla. Aquella calma le trajo a la memoria un silencio parecido, el producido en aquella última y espantosa noche en la casa de los Lomax, cuando el demonio amante de Mimi, herido por el padre Hesse, se había ido por las paredes y los había dejado esperando, sabedores de que volvería pero sin la certeza de cuándo o cómo lo haría. Permanecieron allí sentados durante seis horas —Mimi rompía el silencio de vez en cuando con alguna carcajada o frases inconexas—, y la primera señal que había tenido Harry de su regreso fue el olor a excremento cocido, y el grito de Mimi —¡Sodomita!—, al tiempo que Hesse se entregaba a un acto que su fe le había prohibido durante mucho tiempo. Y entonces se había acabado el silencio, durante un largo momento sólo se oyeron los gritos de Hesse y las súplicas de Harry por obtener el olvido. Ninguna de ellas fue atendida.

Tuvo la impresión de que aún oía la voz del demonio, sus exigencias.

sus invitaciones. Pero no, era sólo Valentín. El hombre cabeceaba medio dormido; el rostro se le contraía espasmódicamente. De repente dio un brinco en la silla, con una palabra en los labios:

—¡Swann!

Abrió los ojos y cuando los posó en el cadáver del ilusionista, erguido en la silla de enfrente, las lágrimas se le saltaron incontroladas, mientras su cuerpo se sacudía por los sollozos.

—Está muerto —dijo, como si en sueños hubiese olvidado aquel amargo hecho—. Le he fallado, D'Amour. Por eso está muerto. Por culpa de mi negligencia.

—Ahora está haciendo usted lo mejor que puede por él —le comentó Harry, aunque sabía que aquellas palabras no servirían de compensación —. Nadie podría pedir un amigo mejor.

—Nunca fui su amigo —dijo Valentín, observando atentamente el cadáver con los ojos bañados en lágrimas—. Siempre abrigué la esperanza de que un día confiara en mí plenamente. Pero nunca lo hizo.

—¿Por qué no?

—No podía permitirse el lujo de fiarse de nadie. Y menos en su situación —repuso, secándose las mejillas con el dorso de la mano.

—Quizá haya llegado el momento de que me cuente toda la historia.

—Si quiere oírla.

—Quiero oírla.

—Está bien. Hace treinta y dos años, Swann hizo un pacto con el Abismo. Acordó ser su embajador si ellos, a cambio, le daban la magia.

—¿La magia?

—La capacidad de obrar milagros. De transformar la materia. De encantar a las almas. Incluso de echar a Dios.

—¿Y eso es un milagro?

—Es más difícil de lo que usted cree —repuso Valentín.

—¿De modo que Swann era un verdadero mago? —Sí, lo era.

—¿Y por qué no utilizó sus poderes?

—Los utilizó. Cada noche, en cada representación.

—No comprendo —dijo Harry desconcertado.

—Nada de lo que el Príncipe de las Tinieblas ofrece a la humanidad tiene valor alguno, o no lo ofrecería. La primera vez que hizo el pacto, Swann lo ignoraba. Pero no tardó en aprenderlo. Los milagros no sirven para nada. La magia es una distracción que te aparta de las verdaderas preocupaciones, de los problemas verdaderos. Es retórica. Melodrama.

—¿Y cuáles serían las verdaderas preocupaciones?

—Eso debería saberlo usted mejor que yo —repuso Valentín—. La hermandad, quizás. La curiosidad. Sin duda, no tiene ninguna importancia si el agua puede convertirse en vino o si Lázaro vive un año más.

Harry logró captar la sabiduría de aquel pensamiento, pero no entendía de qué manera aquello había conducido al mago hasta Broadway. Tal como estaban las cosas, no hizo falta que preguntara nada. Valentín había iniciado la narración de la historia, y sus lágrimas fueron desapareciendo al contarla; su expresión se había animado un poco.

—Swann no tardó en caer en la cuenta de que había vendido su alma por un plato de lentejas —le explicó—. Y cuando lo comprendió se sintió desconsolado. Al menos durante un tiempo. Después, empezó a tramar su venganza.

—¿Cómo?

—Tomando el nombre del infierno en vano. Utilizando la magia de la que tanto se vanagloriaba el infierno como un entretenimiento trivial, degradando el poder del Abismo al hacer pasar su poder de obrar maravillas como una mera ilusión. Era algo así como un acto de heroica perversidad. Cada vez que se tomaba un truco de Swann como un juego de manos, el Abismo se revolvía de rabia.

—¿Por qué no lo mataron? —preguntó Harry.

—Lo intentaron. Muchas veces. Pero Swann tenía aliados. Agentes que desde dentro le advertían de las conjuras en contra de él. De ese modo escapó a la venganza del infierno durante años.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —dijo Valentín con un suspiro—. Era descuidado, y yo también. Ahora está muerto, y el Abismo bebe los vientos por alcanzarle.

—Comprendo.

—Aunque no estábamos del todo desprevenidos para esta eventualidad. Había pedido perdón a Dios, y espero de veras que le hayan sido perdonados sus pecados. Rezo para que así sea. Esta noche está en juego algo más que su salvación.

—¿La de usted?

—Todos cuantos le quisimos estamos manchados —repuso Valentín—, pero si logramos destruir sus restos mortales antes de que el Abismo los reclame, quizás estemos a tiempo de evitar las consecuencias de su pacto.

—¿Por qué esperó tanto? ¿Por qué no lo quemó el mismo día en que murió?

—Sus abogados no son tontos. El pacto estipula claramente que el cadáver ha de pasar cierto tiempo en capilla ardiente. Si hubiéramos intentado violar esa cláusula, su alma se habría perdido automáticamente.

—¿Y cuándo acaba ese plazo?

—Acabó hace tres horas, a medianoche —repuso Valentín—. Por eso están desesperados. Y por eso son tan peligrosos.

A Byron Jowitt le asaltó otro poema mientras regresaba por la Octava Avenida, devorando un bocadillo de ensalada de atún. A su Musa no había que meterle prisas. Podía tardar tanto como cinco minutos en finalizar un poema, más si incluían una doble rima. Por lo tanto, no se apresuró en regresar a las oficinas, sino que deambuló en un estado de ensueño, combinando los versos en todas las formas posibles para que encajaran. De ese modo, esperaba regresar con otro poema concluido. Dos en una sola noche era un ritmo estupendo.

Cuando llegó a la puerta de la calle todavía no había perfeccionado el último pareado. Funcionando en piloto automático, buscó en el bolsillo las llaves que le dejara D'Amour y entró. Se disponía a cerrar cuando una mujer se escabulló por la puerta entreabierta sonriéndole. Era una belleza, y Byron, que era poeta, se volvía loco ante una belleza.

—Por favor, necesito su ayuda —le dijo la mujer.

—¿En qué puedo servirla? —preguntó Byron con la boca llena.

—¿Conoce a un hombre llamado D'Amour? ¿Harry D'Amour? —Claro que sí. Justo en este momento iba a su oficina.

—¿Podría indicarme dónde está? —le preguntó la mujer, cuando Byron cerró la puerta.

—Será un placer —repuso.

La condujo por el vestíbulo hasta el pie de la escalera.

—Es usted muy amable —le dijo la mujer.

Byron se derritió.

Valentín estaba junto a la ventana. —¿Ocurre algo malo? —inquirió Harry.

—Es un presentimiento —comentó Valentín—. Tengo la sospecha de que el Diablo está en Manhattan.

—¿Y qué tiene eso de nuevo? —Que tal vez venga a buscarnos.

Y, como si aquel comentario hubiera sido el pie, llamaron a la puerta. Harry se levantó de un salto.

—Tranquilícese —le dijo Valentín—, nunca llama a la puerta.

Harry fue a la puerta sintiéndose como un tonto.

—¿Es usted, Byron? —preguntó antes de descorrer el cerrojo.

—Por favor —dijo una voz que Harry creyó que no volvería a escuchar—. Ayúdeme...

Abrió la puerta. Era Dorothea, por supuesto. Estaba blanca como el papel y parecía imprevisible. Incluso antes de que Harry la invitara a trasponer el umbral de la puerta, una decena de expresiones cruzaron su rostro: angustia, sospecha, terror. Y cuando sus ojos se posaron sobre el cuerpo de su adorado Swann, alivio y gratitud.

—Está aquí con ustedes —dijo, y entró en la oficina.

Harry cerró la puerta. Desde la escalera les llegó una fría ráfaga. —Gracias a Dios. Gracias a Dios.

Tomó el rostro de Harry entre las manos y lo besó ligeramente en los labios. Sólo entonces se percató de la presencia de Valentín. Bajó las manos.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó. —Está conmigo. Con nosotros.

—No —dijo.

Parecía albergar ciertas dudas.

—Es de fiar.

—¡He dicho que no! Échelo, Harry. —La embargaba una fría cólera que la hacía temblar—. ¡Échelo!

Valentín se la quedó mirando con los ojos vidriosos.

—La señora protesta demasiado —murmuró.

Dorothea se llevó los dedos a los labios como para frenar una explosión ulterior.

—Lo lamento —dijo, y dirigiéndose a Harry, añadió—: He de decirle que este hombre es capaz de...

—Sin él, su esposo seguiría en la casa, señora Swann —señaló Harry—. A él debería estarle agradecida, no a mí.

Al oírlo, la expresión de Dorothea se suavizó, pasando de la confusión a una nueva amabilidad.

—¿De veras? —preguntó, y se volvió para mirar a Valentín y disculparse—: Lo siento. Cuando huiste de la casa supuse que había alguna complicidad entre tú y...

—¿Y quién? —preguntó Valentín.

Hizo un leve gesto de negación con la cabeza y luego comentó:

—¿Te has lastimado el brazo? —Una herida menor —repuso.

—He intentado vendársela —comentó Harry—. Pero es muy cabezota.

—Sí, soy cabezota —repuso Valentín, sin inflexiones en el tono. —Pero pronto habremos terminado con todo... —dijo Harry. —No le cuente nada —le interrumpió Valentín. —Voy a explicarle lo del cuñado... —dijo Harry.

—¿El cuñado? —inquirió Dorothea, sentándose.

El suspiro de sus piernas al cruzarse fue el sonido más encantador que había oído Harry en veinticuatro horas.

—Por favor, cuénteme lo del cuñado... —pidió.

Antes de que Harry abriera la boca para hablar, Valentín le advirtió:

—No es ella, Harry.

Las palabras, dichas sin asomo de dramatismo, tardaron unos segundos en adquirir pleno sentido. Y cuando lo hicieron, su locura resultó evidente. Ahí estaba ella en carne y hueso, perfecta en todo detalle.

—¿De qué me está hablando? —preguntó Harry.

—¿Con cuánta mayor claridad puedo decírselo? —repuso Valentín—. No es ella. Es un truco. Una ilusión. Saben dónde estamos y enviaron esto hasta aquí para espiar nuestras defensas.

Harry se hubiera echado a reír, pero las acusaciones hicieron brotar las lágrimas en los ojos de Dorothea.

—Basta ya —le ordenó Harry a Valentín.

—No, Harry. Piense un momento. Piense en las trampas que nos han tendido, en las bestias que han reunido. ¿Supone acaso que ella pudo escapar a todo eso? —Se apartó de la ventana y se dirigió hacia Dorothea—. ¿Dónde está Butterfield? —le espetó—. ¿En el vestíbulo, esperando tu señal?

—Cállese —le ordenó Harry.

—Tiene miedo y por eso no ha subido él, ¿verdad? —prosiguió Valentín—. Teme a Swann, y quizá a nosotros también, después de lo que le hicimos a su capón.

—Dígale que se calle —le pidió Dorothea a Harry.

Harry detuvo el avance de Valentín poniéndole una mano en el pecho huesudo.

—Ya ha oído a la señora.

—No es ninguna señora —repuso Valentín, echando chispas por los ojos—. No sé lo que es, pero no es una señora.

—Vine porque creí que estaría segura —dijo Dorothea poniéndose en pie.

—Está segura —intervino Harry.

—No si él anda por aquí —repuso, volviéndose a mirar a Valentín—. Creo que será mejor que me vaya.

Harry le tocó el brazo.

—No —le dijo.

—Señor D'Amour —dijo la mujer dulcemente —, ya se ha ganado usted sus honorarios con creces. Creo que ha llegado la hora de que me responsabilice de mi esposo.

Harry exploró aquel rostro vivaz. En él no apreció rastro alguno de engaño.

—Tengo un coche abajo —dijo—. Me pregunto si podría llevar el cuerpo hasta abajo.

Harry oyó un ruido como de un perro acorralado a sus espaldas; se volvió y vio a Valentín junto al cadáver de Swann. Había tomado el pesado encendedor del escritorio y se disponía a encenderlo. Salieron chispas, pero no la llama.

—¿Qué rayos está haciendo? —rugió Harry. Valentín no lo miró a él, sino a Dorothea. —Ella lo sabe —repuso.

Había logrado encontrarle el truquillo al encendedor, y la llama brilló.

Dorothea lanzó un sonido desesperado.

—Por favor, no.

—Nos quemaremos todos con él si es preciso —le advirtió Valentin.

—Está loco —profirió Dorothea.

Sus lágrimas habían desaparecido de repente.

—Tiene razón —le dijo Harry a Valentin — , actúa como un demente.

—¡Y usted es un imbécil si se deja convencer por unas cuantas lágrimas! —gritó Valentin—. ¿Es que no ve que si se lo lleva habremos perdido todo aquello por lo que luchamos?

—No le escuche —murmuró la mujer—. Harry, usted me conoce. Confía en mí.

—¿Qué llevas debajo de esa cara? —preguntó Valentin—. ¿Qué eres? ¿Un Coprolito? ¿Un Homúnculo?

A Harry aquellos nombres no le sugerían nada. Lo único que sabía era que la mujer estaba a su lado, que su mano descansaba sobre su brazo.

—¿Y qué me dices de ti? —le espetó la mujer a Valentin. Y luego, en voz baja, agregó—: ¿Por qué no nos muestras la herida?

Abandonó la protección de Harry y se dirigió hasta el escritorio. La llama del encendedor osciló al aproximarse la mujer.

—Vamos... —le instó, en un tono que apenas llegaba al suspiro—, a ver si te atreves.

—D'Amour, pídale que le muestre lo que oculta bajo los vendajes.

—¿De qué está hablando? —preguntó Harry.

El asomo de ansiedad reflejado en los ojos de Valentin fue suficiente para convencer a Harry de que Dorothea le pedía algo lógico.

—Explíquese —añadió.

Valentin no tuvo ocasión de hacerlo. Distraído por la petición de Harry, resultó presa fácil cuando Dorothea se inclinó sobre el escritorio y le arrebató el encendedor de la mano. El hombre se dobló para recuperarlo, pero ella aferró el bulto de vendajes y tiró de él. Se rompió y cayó al suelo.

—¿Lo ve? —preguntó la mujer, dando un paso atrás.

Valentin quedó revelado. La criatura de la calle Ochenta y Tres había destrozado la fachada de humanidad de su brazo; el miembro que había dejado era una masa de escamas negroazuladas. Cada dedo de la mano ampollada terminaba en una uña que se abría y se cerraba como el pico de un loro. No intentó ocultar la verdad. Y la vergüenza eclipsó toda respuesta.

—Se lo advertí —dijo la mujer—. Le advertí que no se podía fiar de él.

—No tengo excusas —admitió Valentin mirando fijamente a Harry—. Lo único que le pido es que crea que sólo deseo lo mejor para Swann.

—¿Cómo se atreve? Es un demonio.

—Soy más que eso —reconoció Valentin — , soy el tentador de Swann. Su espíritu protector, su criatura. Pero le pertenezco más a él que al Abismo. Y le desafiaré —hizo una pausa, y mirando a Dorothea concluyó—: y a sus agentes.

La mujer se volvió hacia Harry y le dijo:

—Tiene usted un revólver. Mate a esta basura. No debemos permitir que una cosa así viva.

Harry se fijó en el brazo plagado de pústulas, en las uñas rechinantes: ¿qué otras repugnancias albergaba aquella fachada de carne?

—Mátelo —le dijo la mujer.

Sacó el revólver del bolsillo. Valentin parecía haber perdido coraje desde que se revelara su verdadera naturaleza. Se reclinó contra la pared, la cara llena de desesperación.

—Máteme —le dijo a Harry—, máteme si tanto asco le doy. Pero Harry, se lo ruego, no le entregue a Swann. Prométamelo. Espere a que regrese el taxista y disponga del cuerpo por los medios que consiga. ¡Pero no se lo entregue a ella!

—No le escuche —le dijo Dorothea—. No se preocupa por Swann como yo lo hago.
 Harry levantó el arma. Incluso al tener a la muerte de frente, Valentín no se inmutó.
 —Has fallado, Judas —le dijo Dorothea a Valentín—. El mago es mío.
 —¿Qué mago? —inquirió Harry.
 —¡Swann, por supuesto! —repuso ella, a la ligera—. ¿Cuántos magos tenéis aquí arriba?
 Harry dejó de apuntar a Valentín.

—Es un ilusionista, usted me lo dijo al principio de todo. No lo llame nunca mago, me dijo.
 —No sea pedante —repuso ella, intentando borrar su faux pas con una risita.

Harry apuntó el arma hacia ella. La mujer echó la cabeza hacia atrás, el rostro se le contrajo y emitió un sonido que, de no haberlo oído salir de una garganta humana, Harry no hubiera creído que una laringe pudiera producir. El sonido descendió por el corredor y por la escalera, en busca de un oído alerta.

—Butterfield está aquí —dijo Valentín, rotundo.

Harry asintió. En el mismo instante en que ella quiso acercársele, su expresión se retorció grotescamente. Era fuerte y rápida, como una pincelada emponzoñada que lo sorprendió desprevenido. Oyó a Valentín que le gritaba que la matase antes de que la mujer se transformara. Tardó un instante en comprender el significado de todo aquello, momento que ella aprovechó para hincarle los dientes en la garganta. Una de sus manos le aferró la muñeca como una prensa helada; Harry presintió que en ella había fuerza suficiente como para pulverizarle los huesos. Los dedos ya empezaban a hormiguearle debido a la presión; sólo le quedó tiempo para apretar el gatillo. El arma se disparó. El aliento le salía a borbotones y chocaba contra el cuello de Harry. Luego, la mujer lo soltó y retrocedió tambaleándose. El disparo le había abierto el abdomen.

Hizo un gesto de incredulidad al comprobar lo que había hecho. Aquella criatura, a pesar del grito, seguía pareciéndose a una mujer de la que él podría haberse enamorado.

—Bien hecho —aprobó Valentín, mientras la sangre caía a chorros sobre el suelo de la oficina—. Ahora se mostrará como es.

Al oírlo, ella negó con la cabeza y dijo:

—Esto es todo lo que hay que ver.
 —Dios mío, es ella... —murmuró Harry dejando caer el arma.
 Dorothea gesticuló. La sangre continuaba manando.
 —Una parte de ella —balbució.
 —¿Siempre has estado con ellos? —preguntó Valentín.

—Claro que no.
 —¿Por qué entonces?

—No tenía adónde ir... —repuso, con un hilo de voz—. Nada en qué creer. Todo es mentira. Todo... mentiras.

—¿Y te uniste a Butterfield?
 —Mejor el infierno que un falso paraíso —replicó.
 —¿Quién le enseñó eso? —balbució Harry.
 —¿Quién cree usted? —repuso la mujer, volviendo su mirada hacia él. Aunque al desangrarse perdía fuerzas, sus ojos conservaban el brillo ardiente — . Está usted acabado, D'Amour. Usted, el demonio y Swann. Ya no queda nadie que pueda ayudarle.

A pesar del odio de sus palabras, Harry no tuvo el coraje de quedarse a ver cómo se desangraba hasta morir. Pasando por alto la orden de Valentín de no acercarse, fue hasta ella. Cuando se encontró a su alcance, ella lo golpeó con una fuerza sorprendente. El golpe lo encegueció durante un momento; cayó sobre el archivador, que a su vez se tambaleó. Ambos fueron a parar al suelo. El archivador soltó papeles, y él, maldiciones. Notó vagamente que la mujer pasaba junto a él para huir, pero estaba demasiado ocupado procurando que la cabeza no le diese vueltas como para impedírselo. Cuando recuperó el equilibrio, la mujer se había ido, dejando sus ensangrentadas huellas en la pared y la puerta.

Chaplin, el portero, tenía la costumbre de proteger su territorio. El sótano del edificio era su dominio privado, donde clasificaba la basura de las oficinas, alimentaba su adorada caldera y leía en voz alta sus pasajes favoritos de la Biblia, todo ello sin temor a ser interrumpido. Sus intestinos —que distaban mucho de estar en condiciones saludables— no lo dejaban descansar. A lo sumo, un par de horas por noche, que él complementaba con unas cabezaditas durante el día. No estaba tan mal.

Disponía de la soledad del sótano, a la que se retiraba cuando arriba la vida se volvía demasiado exigente; el calor forzado solía traerle unos extraños sueños, que soñaba despierto.

—Sería aquél uno de esos sueños: ese tipo insípido con un buen traje? Si no lo era, ¿cómo había logrado entrar en el sótano, cuando la puerta estaba cerrada con llave y pestillo? No formuló pregunta alguna al intruso. Algo en la forma de mirar del hombre le trabó la lengua.

—Chaplin, me gustaría que abrieras la caldera —le dijo sin apenas mover los finos labios.

En otras circunstancias muy bien habría podido levantar la pala para golpear al extraño en la cabeza. La caldera era como una hija para él. Conocía como nadie sus peculiaridades y su ocasional petulancia; adoraba como nadie el rugido que emitía cuando estaba contenta; el tono mandón que utilizó el hombre no le cayó nada bien. Pero había perdido la voluntad de resistir. Cogió un trapo y abrió la puerta hiriente; la caldera le ofreció su ardiente corazón, igual que en Sodoma ofreciera Lot sus hijas al extranjero.

Butterfield sonrió al oler el calor de la caldera. Desde el tercer piso le llegó el grito de socorro de la mujer, y momentos después, un disparo. Había fallado. Butterfield lo había imaginado. Pero de todos modos, la vida de la mujer estaba perdida. No perdía nada si la enviaba al frente; por medio de engaños hubiera podido quitarles el cadáver a sus guardianes. Le habría ahorrado el inconveniente de un ataque a gran escala, pero daba igual. Por el alma de Swann valía la pena hacer cualquier esfuerzo. Había mancillado el buen nombre del Príncipe de las Tinieblas. Por ello sufriría lo que ningún mago ruin había sufrido. Comparado con el castigo de Swann, el de Fausto se vería como algo leve, y el de Napoleón como un crucero de placer.

Mientras arriba se extinguían los ecos del disparo, sacó del bolsillo de la chaqueta una caja lacada en negro. Los ojos del portero estaban vueltos hacia el cielo. El también había oído el tiro.

—No ha sido nada —le dijo Butterfield—. Aviva el fuego.

Chaplin obedeció. El calor del atestado sótano aumentó rápidamente. El portero comenzó a sudar, pero su visitante no. Estaba a escasos metros de la caldera abierta y miraba fijamente hacia el brillante interior, con expresión impasible. Por fin, pareció satisfecho.

—Ya basta —le ordenó, y abrió la caja lacada.

Chaplin creyó percibir ciertos movimientos en su interior, como si estuviera llena a rebosar de gusanos, pero antes de que pudiera mirar con más detenimiento, la caja y su contenido fueron a parar a las llamas.

—Cierra la puerta —le ordenó Butterfield.

Chaplin obedeció.

—Puedes vigilarlos un poco, si lo deseas —prosiguió—. Necesitan el calor. Los hace poderosos.

Dejó que el portero montara guardia junto a la caldera, y subió al vestíbulo. Había dejado la puerta de la calle abierta, y un traficante de drogas había buscado el abrigo del vestíbulo para cerrar tratos con un cliente. Negociaron en las sombras, hasta que el traficante notó la presencia del abogado.

—No se preocupen por mí —les dijo Butterfield, y subió la escalera.

Encontró a la viuda de Swann en el primer descansillo. No estaba del todo muerta, pero él acabó rápidamente el trabajo iniciado por D'Amour.

—Estamos en un verdadero apuro —le dijo Valentín—. Oigo ruidos abajo. ¿Hay alguna otra salida?

Harry estaba sentado en el suelo, apoyado contra el archivador caído; intentaba dejar de pensar en la cara que puso Dorothea cuando recibió el impacto de la bala, y en la criatura de la que ahora se veía obligado a depender.

—Hay una escalera de incendios que baja por la parte trasera del edificio.

—Enséñemela —le ordenó Valentín, ayudándolo a ponerse en pie.

—¡Quítame las manos de encima!

—Lo siento —se disculpó Valentín, y se retiró, herido por el rechazo—. Posiblemente no debería esperar que me aceptase. Pero lo hago.

Harry no dijo palabra, se limitó a levantarse en medio de la pila de informes y fotos. Llevaba una sucia vida: espiaba adulterios en nombre de cónyuges despechados, registraba cloacas en busca de niños extraviados, se relacionaba con la escoria porque flotaba y el resto simplemente se ahogaba. ¿Acaso el alma de Valentín era más sucia?

—La salida de incendios está al final del corredor —le dijo.

—Aún podemos sacar a Swann —sugirió Valentín—. Y conseguirle una cremación decente... —La obsesión del demonio por la dignidad de su amo era conmovedora a su manera—. Pero tiene que ayudarme, Harry.

—Le ayudaré —le dijo sin mirarlo—. Pero no espere amor y afecto.

Si era posible oír una sonrisa, eso fue lo que Harry oyó.

—Quieren terminar con este asunto antes del amanecer —le dijo el demonio.

—Poco ha de faltar.

—Una hora quizá —repuso Valentín—. Pero es suficiente. Pase lo que pase, es suficiente.

El sonido de la caldera calmó a Chaplin, su crepitante resultaba tan familiar como la queja de sus propios intestinos. Pero detrás de la puerta se oía otro sonido, un sonido que nunca había escuchado antes. Su mente producía unas raras imágenes para acompañarlo. De cerdos carcajeantes, de vidrios y alambres de púas molidos entre dientes, de pezuñas que bailoteaban sobre la puerta. A medida que aumentaban los ruidos lo hacía también su temblor, pero cuando se dirigió a la puerta del sótano para pedir ayuda, la encontró cerrada, y la llave había desaparecido. Para colmo, como si las cosas no hubieran sido ya bastante complicadas, se produjo un apagón.

Comenzó a rezar torpemente.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora...

Pero se detuvo cuando una voz se dirigió a él con toda claridad:

—Michelmas —le dijo.

No cabía duda, era su madre. Y tampoco cabía duda alguna de su fuente. Provenía de la caldera.

—Michelmas —insistió la voz, perentoria—, ¿es que vas a dejar que me ase aquí dentro?

No era posible, por supuesto, que su madre se encontrara allí en persona: llevaba muerta trece largos años. ¿Sería un fantasma, quizá? Él creía en fantasmas. En ocasiones los había visto entrando y saliendo de los cines de la calle Cuarenta y Dos cogidos del brazo.

—Abre, Michelmas —le ordenó su madre con ese tono especial que utilizaba cuando le reservaba algún premio.

Se acercó a la puerta como un niño obediente. La caldera jamás había despedido un calor como aquél; olió cómo se le chamuscaba el vello de los brazos.

—Abre la puerta —repitió su mamá.

No podía negarse. A pesar del calor infernal, tendió la mano para obedecerla.

—Ese maldito portero —protestó Harry, pateando vengativamente la salida de incendios atascada—. Se supone que esta puerta tiene que estar abierta a todas horas.

Tironeó de las cadenas enrolladas alrededor de los picaportes.

—Tendremos que ir por la escalera —concluyó.

Del corredor les llegó un ruido; un rugido en el sistema de calefacción que hizo trepidar los antiguos radiadores. En ese momento, en el sótano, Michelmas Chaplin obedecía a su mamá y abría la puerta de la caldera. Desde abajo les llegó un grito cuando al portero le voló la cara en mil pedazos. Luego siguió el ruido de la puerta del sótano al ser derribada.

Harry miró a Valentín, olvidando momentáneamente su repugnancia.

—No iremos por la escalera —dijo el demonio.

Los gritos, las chácharas y los chillidos iban en aumento. Lo que había nacido en el sótano era sin duda precoz.

—Tenemos que encontrar algo con qué derribar la puerta —dijo Valentín—. Lo que sea.

Harry repasó mentalmente los despachos adyacentes, alerta por si recordaba una herramienta que pudiera dejar alguna huella en la puerta de incendios o en las cadenas que la mantenían cerrada. Pero no había nada útil: sólo máquinas de escribir y archivadores.

—Piense, hombre —le dijo Valentín.

Rastreó a fondo en la memoria. Hacía falta un instrumento pesado. Un martillo o una barra. ¡Un hacha! En el segundo piso había un agente llamado Shapiro que representaba exclusivamente a

artistas porno, una de las cuales había intentado volarle los cojones el mes anterior. La chica había fallado, pero un día, en la escalera, Shapiro se jactó de que había adquirido el hacha más grande que había podido hallar y que decapitaría alegramente a cualquier cliente que intentara atacarlo.

El alboroto proveniente de abajo se estaba apaciguando. El silencio, a su modo, era más perturbador que el jaleo que lo había precedido.

—No tenemos mucho tiempo —dijo el demonio.

Harry lo dejó junto a la puerta encadenada y echó a correr al tiempo que le preguntaba:

—¿Puede traer a Swann?

—Haré lo que pueda.

Cuando Harry llegó a la escalera, las últimas chácharas se fueron acallando, y cuando empezó a bajar el tramo que tenía delante, cesaron del todo. No había manera de calcular a qué distancia se encontraba el enemigo. ¿En el piso siguiente? ¿A la vuelta de la esquina? Intentó no pensar en ellos, pero su febril imaginación pobló cada sombra sucia.

Llegó al pie del tramo de escalera sin incidentes, y se escabulló por el oscuro corredor del segundo piso hasta el despacho de Shapiro. Cuando le faltaba recorrer la mitad del trayecto, oyó un siseo a sus espaldas. Miró por encima del hombro; su cuerpo sentía unos inmensos deseos de echar a correr. Uno de los radiadores se había calentado más allá de sus límites y había comenzado a gotear. De sus tubos salía vapor, y siseaba al escaparse. Esperó un instante a que el corazón le volviera a su sitio, porque lo llevaba en la boca, y a toda prisa se dirigió hasta la puerta del despacho de Shapiro, rogando porque el hombre no hubiera estado fanfarroneando cuando habló del hacha. Si era así, estaban acabados. La oficina estaba cerrada con llave, claro, pero de un codazo rompió el cristal translúcido, pasó el brazo por el agujero y entró, buscando a tientas el interruptor de la luz. Las paredes estaban tapizadas de fotos de diosas del sexo. Apenas le llamaron la atención; el terror de Harry aumentaba a cada instante que pasaba allí dentro. Torpemente registró la oficina; la impaciencia le hizo poner patas arriba los muebles. No había señales del hacha de Shapiro.

Le llegó otro ruido desde abajo. Subía por el hueco de la escalera y el corredor; iba en su busca; una cacofonía aterradora como la que había oído en la calle Ochenta y Tres. Le dio dentera; el nervio del molar cariado comenzó a dolerle de nuevo. ¿Qué indicaría aquella música? ¿Su avance?

Desesperado, fue hasta el escritorio de Shapiro para comprobar si el hombre tenía algún otro elemento que pudiera utilizar, y allí, oculta entre el escritorio y la pared, encontró el hacha. La sacó de su escondite. Tal como Shapiro había proclamado, era grande, y su peso fue la primera cosa que hizo que Harry se sintiera seguro después de mucho tiempo. Regresó al corredor. El vapor de la tubería rota se había espesado. A través de sus velos podía apreciarse que el concierto había adquirido un nuevo fervor. El doliente gemido iba y venía, marcado por los laxos sonidos de la percusión.

Desafió a la nube de vapor y se dirigió a la escalera. Al poner el pie en el primer escalón, fue como si la música lo agarrara por la nuca y le susurrara al oído: «Escucha». No tenía ganas de escuchar, la música era maligna. Pero de alguna forma —mientras estaba ocupado buscando el hacha— había reptado hasta instalársele en el cerebro. Absorbía toda la fuerza de sus miembros. Al cabo de unos instantes, el hacha le empezó a parecer una carga imposible de llevar.

—Baja —lo instó la música—, anda, baja y únete a la orquesta.

Aunque intentó formar con los labios la palabra «no» a cada nota la música fue cobrando más influencia sobre él. Comenzó a oír melodías que parecían maullidos, temas prolongados y sinuosos que le frenaban la sangre y le idiotizaban los pensamientos. Sabía que en la fuente de la música no encontraría placer alguno —sólo lo tentaba hacia el dolor y la desolación—; sin embargo, no podía deshacerse de su delirio. Sus pies comenzaron a moverse en dirección de los flautistas. Se olvidó de Valentín, de Swann, de sus deseos de huir, y comenzó a bajar la escalera. La melodía se tornó más intrincada. Podía oír voces que cantaban el acompañamiento, sin ninguna gracia y en una lengua que no entendía. Desde arriba, alguien gritó su nombre, pero no hizo caso de las súplicas. La música se apoderó de él por completo y ahora —mientras descendía el siguiente tramo de escalera— logró ver a los músicos.

Eran más brillantes de lo que había esperado, y más variados. Más barrocos en sus configuraciones (las cabelleras, las múltiples cabezas), más originales en su decoración (el conjunto de caras despellejadas, los años enrojecidos), y sus ojos hipnotizados se morían por ver la atroz colección de instrumentos. ¡Y qué instrumentos! Allí estaba Byron, con sus huesos bien limpios y agujereados, sus pulmones y su vejiga se colaban por las hendeduras del cuerpo como reservas de aliento para el gaitero. Estaba doblado, invertido sobre el regazo del músico, y cuando lo ejecutaban, los sacos se hinchaban y la boca sin lengua emitía una nota asmática. Dorothea se encontraba acurrucada, a su lado, no menos transformada, las cuerdas de sus intestinos tensadas entre las

piernas separadas cual obscena lira; sus pechos eran utilizados como tambores. Había otros instrumentos: hombres que habían salido de la calle y caído en las garras de la banda. Incluso Chaplin se encontraba allí con gran parte de sus carnes quemadas, y tocaban sobre su caja torácica.

—No lo tenía por amante de la música —dijo Butterfield, dándole una chupada al cigarrillo y mostrándole una sonrisa de bienvenida—. Deje el hacha y únase a nosotros.

La palabra «hacha» recordó a Harry el peso que llevaba en las manos, aunque no lograba encontrar, a través de las notas musicales, algo que le permitiera recordar su significado.

—No tema —le dijo Butterfield—, en esto es usted un inocente. No le guardamos rencor.

—Dorothea... —dijo Harry.

—También era inocente —dijo el abogado—, hasta que le mostramos ciertas imágenes.

Harry observó el cuerpo de la mujer, los terribles cambios que le habían producido. Al verlos comenzó a temblar, y algo se interpuso entre él y la música; la inminencia de las lágrimas lo emborronó todo.

—Deje el hacha —insistió Butterfield.

El sonido del concierto no competiría con la pena que crecía en su interior. Butterfield pareció advertir el cambio en sus ojos, el disgusto y la rabia que allí anidaban. Tiró el cigarrillo a medio fumar e hizo una señal para que parara la música.

—¿Tiene que ser la muerte, entonces? —inquirió Butterfield.

Pero apenas logró terminar de formular la pregunta, porque Harry bajó los últimos escalones y se dirigió hacia él. Levantó el hacha y la dejó caer sobre el abogado, pero falló el golpe. El filo del arma dejó un surco en el yeso de la pared, a treinta centímetros de su objetivo.

Ante esta erupción de violencia, los músicos arrojaron sus instrumentos y comenzaron a atravesar el vestíbulo, arrastrando las chaquetas y las colas y dejando un rastro de sangre y grasa. Por el rabillo del ojo, Harry notó que avanzaban. Detrás de la horda, enraizada en las sombras, había otra forma, más grande que el mayor de los demonios convocados; de ella provino un golpeteo que podía muy bien haber sido el de un enorme martillo neumático. Intentó descifrar el sonido o la visión, pero no lo logró. No había tiempo para la curiosidad, los demonios estaban ya sobre él.

Butterfield los animó a avanzar con la mirada, y Harry aprovechó el momento para volver a utilizar el hacha. El golpe le dio a Butterfield en el hombro, y su brazo quedó inmediatamente separado del cuerpo. El abogado aulló; la sangre salpicó toda la pared. Pero no tuvo tiempo para un tercer golpe. En medio de letales carcajadas, los demonios estaban a punto de alcanzarlo.

Volvió a subir los escalones, de dos en dos, de tres en tres, de cuatro en cuatro. Butterfield seguía chillando allá abajo; desde arriba, oyó a Valentín gritar su nombre. No tenía ni tiempo ni aliento suficiente para contestar.

Los llevaba pegados a los talones: su ascenso era un alboroto de gruñidos, gritos y batir de alas. Y detrás de aquel tumulto, el martillo neumático golpeteó hasta llegar al pie de la escalera; su ruido era más intimidante que las chácharas enloquecidas que tenía a su espalda. Aquel golpeteo le horadaba el estómago, era como si lo llevara en las tripas. Como el latido de la muerte, lento e irrevocable.

En el segundo descansillo oyó a sus espaldas un sonido chirriante; al darse media vuelta vio una polilla con la cabeza humana del tamaño de un buitre que volaba hacia él. La recibió con el filo del hacha y la derribó de un golpe. Desde abajo llegó un grito de excitación cuando el cuerpo rodó por la escalera con las alas haciendo de hélice. Harry subió a la carrera el tramo de escalera restante, hasta donde estaba Valentín escuchando. No prestaba atención a las chácharas, ni a los gritos del abogado, sino al martillo neumático.

—Han traído al Raparee —dijo.

—Herí a Butterfield...

—Ya lo he oído. Pero eso no los detendrá.

—Todavía podemos intentar abrir la puerta.

—Creo que es demasiado tarde, amigo.

—¡No! —gritó Harry, apartando a Valentín de un empellón.

El demonio no había intentado arrastrar el cuerpo de Swann hasta la puerta, y había dispuesto al mago en medio del corredor, con las manos cruzadas sobre el pecho. En un último y misterioso acto de reverencia, le había colocado unos cuencos de papel en la cabeza y en los pies, y le había puesto en los labios una diminuta flor origami, a la japonesa. Harry se detuvo lo suficiente como para volver a familiarizarse con la dulzura de la expresión de Swann, y luego corrió hacia la puerta y comenzó a aporrear las cadenas. Sería un largo trabajo. El ataque dañó más al hacha que a los

eslabones de acero. Pero no se atrevía a darse por vencido. Era la única salida que tenían, ésa o arrojarse por las ventanas y morir. Decidió que eso haría si ocurría lo peor. Saltar y morir, antes de ser convertido en un juguete.

Se le durmieron los brazos de tanto golpear. Era una causa perdida: la cadena seguía intacta. Aumentó su desesperación al oír un grito de Valentín —una llamada aguda, implorante, a la que debía acudir—. Se apartó de la puerta de incendios y, pasando junto al cuerpo de Swann, fue hasta donde se iniciaba la escalera.

Los demonios habían atrapado a Valentín. Se arremolinaron sobre él como avispas sobre el azúcar y lo destrozaron. Por un instante brevísimamente logró zafarse de sus iras, y Harry pudo ver la máscara de humanidad hecha pedazos y la verdad reluciente y ensangrentada que había debajo. Era tan asqueroso como los que lo atacaban, pero Harry acudió en su ayuda de todos modos, para herir a los demonios y salvar a su presa.

El hacha sembró la destrucción a diestra y siniestra; los torturadores de Valentín retrocedieron escalera abajo, con los miembros y las caras destrozados. No todos sangraban. Un vientre abierto derramó huevos a montones, una cabeza herida soltó pequeñas anguilas que huyeron hasta el techo y se colgaron de allí por los labios. En la confusión perdió de vista a Valentín. En realidad, se olvidó de él hasta que volvió a oír el martillo neumático y recordó la expresión descompuesta del rostro de Valentín al nombrar a aquella cosa. La había llamado el Raparee, o algo parecido.

Mientras su memoria formaba la palabra, lo tuvo ante sus ojos. No se parecía en nada a sus compañeros, carecía de alas, de melena y de vanidad. Ni siquiera parecía estar formado de carne, sino forjado, un motor que se abastecía de malicia para mantenerse en marcha.

Al aparecer el Raparee, los demás se retiraron y Harry quedó en el rellano, rodeado de engendros muertos. Avanzaba lentamente; su media docena de miembros se movían en configuraciones aceitadas y complicadas para perforar las paredes del hueco de la escalera, en busca del apoyo que le permitiera subir. Recordaba a un hombre con muletas que primero coloca éstas y luego hace avanzar el cuerpo, pero en el tronar de aquel cuerpo no había nada de inválido, no había dolor en el ojo blanco que ardía en aquella cabeza en forma de hoz.

Harry creía que había conocido la desesperación; cuán equivocado había estado. Sólo en aquel momento saboreó las cenizas de la desesperación. La única salida que le quedaba era la ventana. Y la salvación del asfalto. Se apartó de lo alto de la escalera y soltó el hacha.

Valentín se encontraba en el corredor. No estaba muerto, como había supuesto Harry, sino que se encontraba arrodillado junto al cadáver de Swann; su propio cuerpo babeaba a través de cientos de heridas. Se inclinó sobre el mago. Sin duda para ofrecerle sus disculpas al amo muerto. Pero no. Había algo más. Tenía en la mano el encendedor, y estaba prendiendo un cirio. Murmurando una plegaria para sí, llevó el cirio hasta la boca del mago. La flor origami se encendió y ardió. Su llama era extrañamente brillante y se propagó con una eficacia sobrenatural por la cara y el cuerpo de Swann. Valentín se puso en pie con dificultad; el resplandor del fuego se reflejó en sus escamas. Logró encontrar fuerzas para inclinar la cabeza ante el cuerpo al comenzar su cremación, y luego las heridas lo vencieron. Cayó hacia atrás y quedó inmóvil. Harry observó mientras las llamas cobraban fuerza. Estaba claro que el cuerpo había sido rociado con gasolina o algo parecido, porque el fuego se propagó en instantes, dorado y verde.

De pronto, algo le sujetó por la pierna. Bajó los ojos y vio que un demonio, con la piel como moras maduras, tenía aún apetito. Su lengua se le había enroscado alrededor de la pierna, y con las garras intentaba llegarle hasta la ingle. El ataque hizo que olvidara la cremación y al Raparee. Se inclinó para destrozar la lengua con las manos, pero era tan resbaladiza que no lo logró. Trastabilló cuando el demonio trepó por su cuerpo, abrazándolo con las piernas.

La lucha los hizo caer al suelo; se alejaron rodando de la escalera y avanzaron por un extremo del corredor. Distaba mucho de ser una lucha desigual; la repugnancia de Harry igualaba el ardor del demonio. Con el torso apretado contra el suelo, de repente recordó al Raparee. Su avance reverberaba en cada pared, en cada tabla del suelo.

Apareció en lo alto de la escalera y giró su lerda cabeza hacia la pira funeraria de Swann. Incluso desde esa distancia, Harry comprendió que el desesperado intento de Valentín por destruir el cuerpo de su amo había fallado. El fuego apenas había empezado a devorar al mago. Lograrían apoderarse de él.

Al mirar al Raparee, Harry se olvidó de su enemigo más cercano, y éste le metió un pedazo de carne en la boca. La garganta se le llenó de un fluido acre; sintió que se ahogaba. Abrió la boca y mordió con fuerza el órgano, arrancándolo de cuajo. El demonio no gritó, sino que lanzó torrentes de excremento caliente de los poros que tenía en el lomo y se soltó. Harry escupió mientras el demonio se alejaba a rastras. Entonces volvió a mirar el fuego.

Se olvidó de todo al ver lo que tenía delante.

Swann se había puesto de pie.

Ardía de pies a cabeza. El pelo, las ropas, la piel. No había parte alguna que no fuera una tea ardiente. No obstante, estaba de pie y levantaba las manos ante la audiencia, como dándole la bienvenida.

El Raparee había dejado de avanzar. Se encontraba a unos metros de Swann, con sus miembros absolutamente inmóviles, como embelesado por aquel truco sorprendente.

Harry vio surgir otra figura al final de la escalera. Era Butterfield. Llevaba el muñón atado chapuceramente; un demonio sostenía su cuerpo ladeado.

—Apaga el fuego —ordenó el abogado al Raparee—. No es tan difícil.

La criatura no se movió.

—Vamos —insistió Butterfield—. Es otro de sus trucos. Está muerto, maldita sea. Es un truco de prestidigitación.

—No —dijo Harry.

Butterfield miró en su dirección. El abogado siempre había sido un insípido. Ahora estaba tan pálido que seguramente su existencia estaba en peligro.

—¿Y usted qué sabe?

—No es un truco de prestidigitación —dijo Harry—. Es magia.

Al parecer, Swann oyó aquella palabra. Sus párpados se abrieron y lentamente se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y con un floreo sacó el pañuelo. También ardía. Pero sin consumirse. Cuando lo sacudió, unos pajarillos brillantes saltaron de sus pliegues y aletearon con sus alas susurrantes. El Raparee quedó encantado por aquel juego de manos. Su mirada fue tras los pájaros ilusorios mientras remontaban el vuelo y se dispersaban. En ese momento, el mago avanzó y se abrazó a la máquina.

De inmediato, ardió con el fuego de Swann; las llamas se propagaron hasta sus miembros palpitantes. Aunque luchó para liberarse del abrazo del mago, no logró desembarazarse de él. El mago se aferró al demonio como a un hermano largo tiempo perdido, y no lo dejó en paz hasta que la criatura comenzó a marchitarse con el calor. Una vez iniciada la descomposición, el Raparee fue devorado en segundos, pero resultaba difícil estar seguro. El momento —igual que en la mejor de las actuaciones— quedó suspendido. ¿Duró un minuto? ¿Dos minutos? ¿Cinco, quizás? Harry nunca lo sabría. Tampoco tenía intenciones de analizarlo. El escepticismo era para los cobardes, y la duda una moda que baldaba el espíritu. Se contentó con observar, sin saber si Swann vivía o estaba muerto, sin saber si los pájaros, el fuego, el corredor o incluso él mismo, Harry D'Amour, eran reales o ilusorios.

Finalmente, el Raparee desapareció. Harry se incorporó. Swann también estaba de pie, pero su actuación de despedida había acabado.

La derrota del Raparee había superado el coraje de la horda. Huyeron dejando a Butterfield solo.

—No lo olvidaremos, ni lo perdonaremos —le dijo a Harry—. Para usted no habrá descanso. Nunca. Soy su enemigo.

—Eso espero —repuso Harry.

Se volvió a mirar a Swann, dejando a Butterfield que se retirara. El mago se había vuelto a echar en el suelo. Tenía los ojos cerrados, y las manos sobre el pecho. Era como si nunca se hubiera movido. El fuego mostraba sus verdaderos dientes. La carne de Swann comenzó a burbujejar, sus ropas se contrajeron emitiendo humo y hollín. Aquello tardó bastante, pero con el tiempo, el fuego redujo el cadáver a cenizas.

Cuando eso ocurrió, ya había amanecido, pero era domingo, y Harry sabía que las visitas no interrumpirían sus labores. Tendría tiempo para recoger los restos, moler los fragmentos de huesos y ponerlos junto con las cenizas en una bolsa. Entonces saldría y buscaría un puente o un muelle y lanzaría a Swann al río.

Cuando el fuego hubo concluido su tarea, quedó bien poco del mago, y nada que se pareciera aunque fuera vagamente al hombre.

Las cosas surgían y desaparecían, en ello había una especie de magia. ¿Y entre tanto, qué? Búsquedas y conjuros; horrores y apariencias. Ocasionalmente, la dicha.

Y que hubiera lugar para la dicha... ¡Ah! Eso también era magia.

FIN